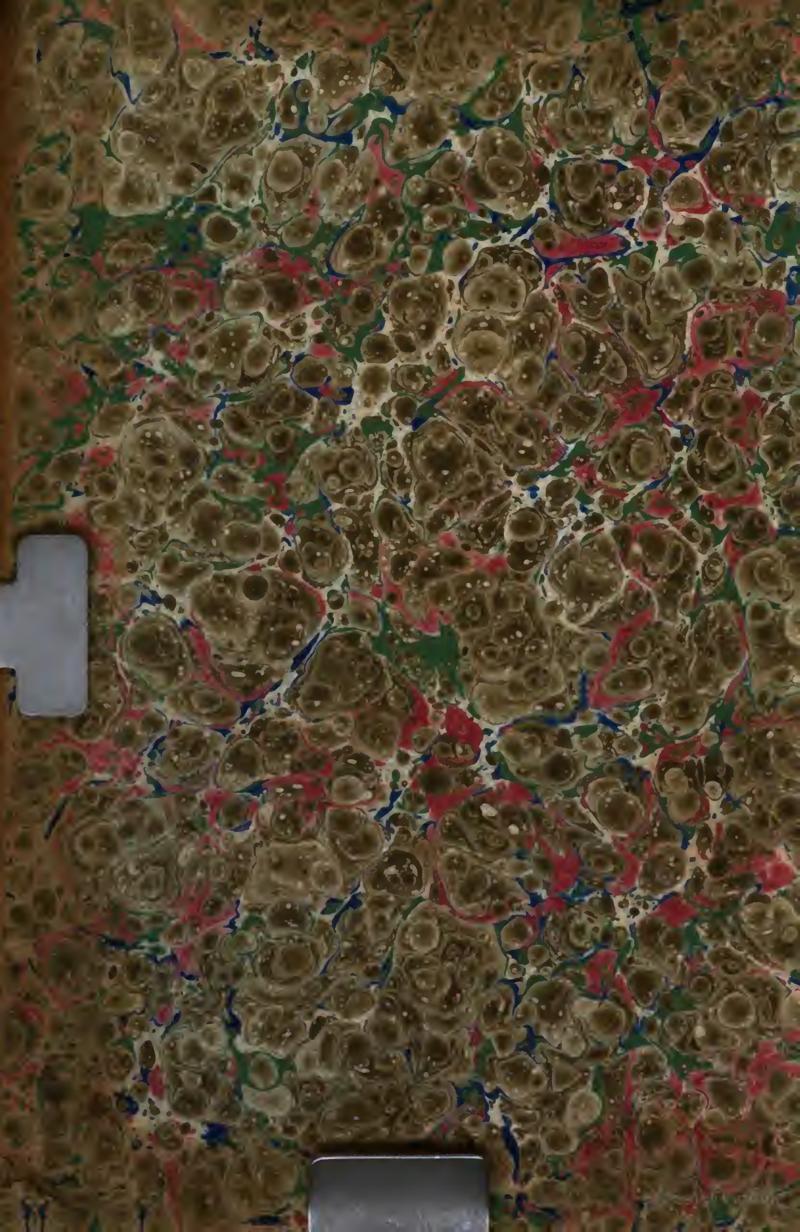






BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

LOS ESPAÑOLES

PINTADOS POR SI MISMOS

Por varios autores.

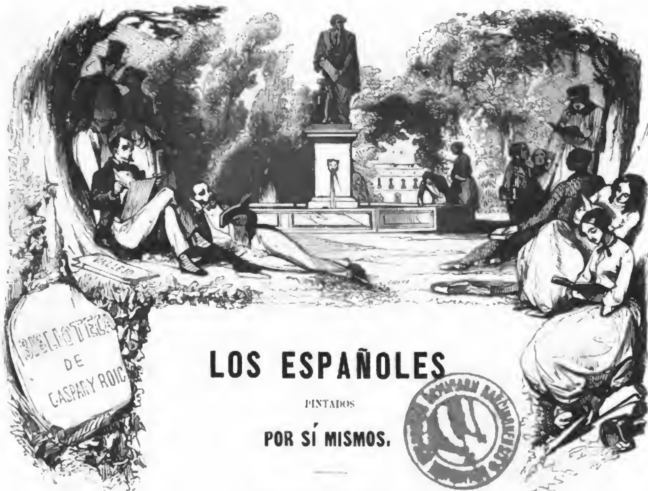
Adornada con cien grabados.





MADRID
GASPAR Y ROIG, EDITORES
calle del Príncipe, núm. 4.
1851





LOS ESPAÑOLES

PINTADOS

POR SÍ MISMOS.

Adornada con cien láminas.

PROLOGO.

Mr. Daguerre mismo no previó seguramente en toda su extension las consecuencias de su prodigioso invento. Orgulloso con haber encerrado al Sol á trabajar en su camara oscura, en lo que ménos pensó probablemente fue que en el discurso de algunos años se habrian hecho mas retratos que hasta aquel dia desde lo que los sábios historiadores de todas las edades llaman *tiempos primitivos*, sin sospechar (dicho sea de paso) que puedan ser de otros *derivados*.

Suprímase por una parte esa época en que la sociedad mamaba todavia; suprímase la subsiguiente, en que solo se trata de saltar y correr; suprímase la que haya tardado en tener la idea de pintar y la vanidad de retratarse; suprímase, en fin, el tiempo que haya empleado en aprender el oficio, y se convencerá cualquiera de que desde Mr. Daguerre acá se han hecho mas retratos que *ab initio mundi*, como dicen tambien los teólogos.

Acabará de persuadirse si por otra parte piensa que este es el siglo de los grandes sucesos y de los hombres grandes, en que hay *especialidades* para todo, hasta *para pantalones*.

En otro tiempo solo se retrataban los reyes para presidir las sesiones de los concejos; y los enamorados por vivir pared por medio con el corazon de su dulce dueño. Pero ahora *todos se reproducen* (hablamos artísticamente): el rey y el pechero, el viejo pergamino y la nueva vitela; el general que *gana* victorias y el que es *ganado*, oficio que siempre gana; el diputado que habla y el diputado que calla, género de elocuencia no bien cultivado hasta nuestros dias; el ministro que se sacrifica por el bien del pais hasta que lo destituyen; el cantante y la bailarina que pisan oro y diademas mientras el compositor roe su pedazo de miseria en medio del público en quien *hace furor*; el escritor, el magistrado, el tendero; todos, en fin, se retratan porque no falte á la posteridad cuando quiera escribir la historia de nuestra edad, la *vera efigies* de esos gloriosos obreros de la moderna civilizacion.

Ese prurito pictórico, amigo lector, es quien hace que hoy se vean las esposiciones infestadas de retratos; quien coloca en la portada, aunque sea de una cartilla, el de su autor, con el facsímile al pié; quien ha creado el nuevo oficio de los retratistas al daguerrotipo, que imita á la política poblando esas calles de caras dobles; quien en fin, ha inspirado este libro de Los Españoles pintados por sí mismos.

Ningun otro pueblo ciertamente merecia tanto el ser pintado como el español, porque ningun otro es tan numeroso y variado en sus tipos, ni tan original. ¿Dónde hallaríais un torero? ¿donde un gitano como el español? ¿un contrabandista como el andaluz? ¿una manola como la madrileña? En ninguna parte; y si hubiésemos tardado algo mas en pintarnos, ni en España mismo, porque la sociedad entera se está rejuveneciendo y la moda francesa nos ha ido desnudando pieza por pieza para vestirnos al instable capricho de ese pueblo, que así arroja un rey una mañana al canal de la Mancha como se quita una camisa y la echa á la ropa sucia.

Yo no digo que en esto haga bien ni mal el pueblo español y la sociedad entera. Si lo hace, sus razones tendrá para ello. Lo que digo es que vamos perdiendo todas las facciones de aquella fisonomia especial que nos distinguia de los demas pueblos de la tierra, y que dentro de poco será preciso exclamar con el poeta:

« No busques en Roma á Roma ¡oh! caminante. »

La España tradicional, la España de nuestros abuelos, tendrán entónces que venir á buscarla nuestros nietos y los extrangeros en este libro, en que están Los Españoles pintados por sí mismos.

EL TORERO.

En España el torero es una planta indígena, un tipo esencialmente nacional. Y decimos nacional, no porque todos los españoles espongan el *bulto* ó sean *diestros*, sino porque es el pais donde desde la mas remota antigüedad se conoce el *toreo*, y donde únicamente germina y se desarrolla la raza de los *chulos* y *banderilleros*. Hay quien asegura que los romanos introdujeron los espectáculos de tauromáquia en España poco despues de la conquista; pero á lo mas podrán ser una derivacion de las fiestas de los hijos de Rómulo, en cuyos circos se admitian todas las fieras útiles para la lucha con los hombres condenados á perecer sobre la sangrienta arena del anfiteatro. No era ciertamente el gallardo toro la fiera destinada entónces para ejercer el oficio de verdugo que tan bien desempeñaban los leones, tigres, osos y panteras; y por esta razon, y por el silencio que guardan los historiadores contemporáneos, es de suponer que no fueron los romanos los primeros adalides del *toreo*. Con mas fundamento puede creérsele originario de los



El Torero

árabes andaluces y de los galantes caballeros de la edad media, porque es sabido que estos y aquellos corrian *toros* y *cañas*, donde como en los torneos ostentaban su destreza y bravura delante de la belleza y de lo mas lucido de la corte. Y aquí si que los toreros de la edad presente pueden, si no lo han por enojo, envanecerse con su arte por lo remoto de su origen, y decir á los que por su susceptibilidad consideran esta profesion como deshonrosa, que por espacio de muchos siglos fue egercida por lo mas *entonao* y *lusio* de la corte española.

Nada menos que el ilustre D. Rodriguez Diaz de Vivar, el famoso Cid Campeador está á la cabeza de los toreros mas *cruos* y de mas empuje que se han conocido, por haber sido el primero que mató de una lanzada un toro en la plaza de Valencia. Desde el siglo XI empezó á generalizarse esta diversion, y á hacerse casi esclusiva en los grandes acontecimientos: en las plazas de las capitales donde estaba la corte: en los campamentos se alanceaban toros con el mayor entusiasmo por la gente de sángre azul, y hasta los monarcas descendieron muchas veces del trono para habérselas en la arena con los coronados *vichos* del Jarama y Guadalquivir. Grande fue la simpatía que tales espectáculos encontraron en el pueblo español, y muchos los vítores y aplausos que recogieron los ilustres toreros de todas las épocas, á pesar de que hasta á mediados del siglo XVII no se le pusieron al arte de torear los andadores. Antes no se conocian la *vara de detener*, ni los *rehiletes*, ni el *estoque*, ni las vistosas suertes que despues se han inventado; y como para lidiar toros no se necesitaba mas que un buen caballo, una lanza con su *puya* de á tercia y valor hasta la temeridad; de aquí las repugnantes cuanto sangrientas escenas que se presentaban en el *cerco*, en el que eran muy frecuentes las *cogidas*, ó bien se atravesaba á lanzazos por donde primero se podia al *pobre animalito*, ó se le desgarretaba de alguna furibunda cuchillada. Podemos decir que hasta la época citada estuvo el arte en mantillas, y desde aquí en adelante le vemos crecer y desarrollarse portentosamente, sustituyendo á la ignorancia y barbárie la inteligencia y el verdadero valor. El toreo de á pié principia á hacer notables adelantos: se ordenan los *peones* en cuadrillas, se usa del *harpon*: se *rejonea* y *parchea*, despues se *meten pares*, y finalmente se mata cara á cara con el *estoque y muleta*, suerte inventada por el famoso torero Curro Romero *el Rondeño*, que fue el primero que la ejecutó. Dejemos, pues, á los ilustrísimos toreros de la antigüedad, que por mas que hayan sido los primeros, no pasan de ser unos picadores de mala ley, montados en caballos de batalla y lanza en ristre, dando con ventajas y sin reglas mucho *castigo* á las reses, y vengamos ya á la época en que el torero es ya torero, que no es ilustrísimo sino del pueblo, y que no torea solamente por lucimiento y aficion, sino por interés y por oficio.

Como la tarea que se nos ha encomendado se reduce únicamente á tratar del *torero*, no molestaremos mas á nuestros lectores con la relacion histórica de los espectáculos de toros, y nos ocuparemos de un tipo tan especial, considerándolo primeramente bajo de un punto de vista general, y despues, y con separacion, bajo el de las principales especies en que suele dividirse.

La educacion artística del Torero en general principia en el campo entre las numerosas vacadas que se apacentan en todas las provincias de este privilegiado pais, y en los mataderos de todas las ciudades. Los primeros por su vida salvage y campesina por el frecuente trato con los *vichos*, adquieren una constitucion robusta, bien trabada y gigantesca, se identifican con aquellos cuanto es dable á una criatura con un bruto, y se les ve luchar y acostumbrarse á *derribar* y á *tomar por delante* dando algunos *puyazos* en las *tientas* á los becerrillos. Los segundos, ó lo que es lo mismo, los alumnos de los mataderos, se ensayan con las vacas mas revoltosas, ya enlazándolas con la *guindaleta* en los corrales, como lo hemos visto en algunos de aquellos en Andalucía, ya *trasteándoles* cuando una vez enmaromadas *viajan* por el patio, ó ya parodiando *los recortes y galleos* ántes de citar la res á la columna para recibir el *puntazo*. Los primeros por las razones que hemos espuesto, son mas á propósito para picadores: dirigen tal cual el caballo: tienen el *bulto* á prueba de *encontronazos*; y finalmente, mas *poér pa manejá el palo* que los segundos, que por la ligereza que adquieren y por las suertes que pueden

practicarse en un matadero, suelen ser mas útiles para la clase de peones. Generalmente hablando, este es el bautismo tauromáquico que recibe el *diestro* ántes de dejarse crecer la coleta ó trencilla para sujetar la airosa moña: estos los principios, únicamente de práctica, con que algunos se presentan en las plazas de segundo y aun de primer órden, de las que es muy frecuente verlos salir para el campo santo, cuando no estan dotados de facultades naturales para comprender la teoria del arte sobre el terreno. Repetimos que hablamos en un sentido general, y que no incluimos entre esta gente á aquellos que han recibido una educacion teórico-práctica mas completa en la única escuela de tauromáquia, fundada por el último Rey en la hermosa Sevilla, de la que han salido, aunque pocos, muy aventajados lidiadores, y que en fuerza de sus conocimientos han cambiado estos sangrientos espectáculos en funciones de divertido entretenimiento.

El Torero siempre es andaluz: es cualidad indispensable cuya sola posesion asegura al neófito un puesto delante de la fiera, y ser reputado desde luego como apto y conveniente para el oficio. Con ser andaluz se adelanta la mitad del camino; porque la santa costumbre ha vinculado este ejercicio entre los garbosos hijos del Bétis, y por eso los valencianos, manchegos, murcianos ó estremeños que se dedican al toreo, lo primero que hacen es olvidarse del pais en que nacieron: adoptar, ademas del *uniforme de plaza*, el trage de calle mas comun en los andaluces: imponerse en la gerga técnica de los *compaes:* mezclarse en los calientes *bromazos* que corren de contínuo y á la vuelta de un año de *trasteo*, ya hay hombre: aunque haya salido de las riberas del Miño, la metamórfosis es completa: ya pertenece á la buena raza, y puede decir *cuadrándose en regla*, con el *estache* sobre el *cliso erecho*, embozado en la *nube*, apoyando la siniestra *bae* en la *caera*, y sosteniendo con dos *langutes* de la diestra un *prajandí de la vuelta de abajo:* —«¡AQUI HAY UN JEMBRO... TOA MI CASTA ES DE JEREZ!»

Los toreros fuera de la lidia parecen iguales, de una misma familia, enteramente gemelos. Una hora de vida es vida; y como cada *quisque* suele tener la suya de ocho en ocho dias muy cerca de la *jojanca* procuran amenizarla con todos los goces terrenos que les sugiere su acalorada y brillante fantasia. Rumbosos y decidores por naturaleza, alegres y festivos por la naturaleza del arte, derraman su dinero y su sal con todo el garbo y desprendimiento español; gastan, triunfan y se ahítan de tal modo, que cuando suene la hora en que un toro de *piernas* los *embroque sobre corto* y les arrime el *achazo* con DOS CUARTAS DE MADERA DE TINTEROS, pueden decirle á la oreja —«*Espachúrrame, hases bien... que ya estoy arto.*»

Este es el *Torero* en general. Con este género de vida cruza el territorio desde el Gualdiquivir hasta el Arga: asi recorre todas las plazas del reino; y aunque en el calor de las orgias todos son *echaos pa lantre*, todos tienen inteligencia, y cuenta cada cual alguna *hombrá*, lo que es en el *cerco esapartao é las tablas y con el vicho en jurisdiccion*, entónces ya es otra cosa..... y aquí principia el Torero á dividirse en especies de mas ó ménos importancia, siendo únicamente las que nos darán ocupacion las que mas suelen estar en evidencia.

Así como todos los toros tienen cuatro pezuñas y cuatro orejas, como dice el vulgo, y sin embargo de esta aparente semejanza están debidamente clasificados por los inteligentes, así mismo los Toreros á pesar de que todos son hombres y gastan *chorrera y monteriya y capote* y otras zarandajas, deben entrar á clasificacion, porque todo en los tiempos que corren se clasifica, aunque no se purifica. Como hay algunos Toreros que solo tienen *piés*, otros que carecen de ellos, pero que poseen bastante *cabeza*, muchos que ni *piés* ni *cabeza* y pocos que reunen á la vez *cabeza, corazon* y *piés*, es decir, inteligencia, valor y ligereza, forzoso será dividirlos en cuatro clases, especies ó secciones, para mayor claridad, y denominaremos á los de la primera, Toreros *bravucones:* á los de la segunda de *sentío:* á los de la tercera *abantos*, y por último á los de la cuarta de *buentrapio*. Y contad, toreros del alma, paisanos nuestros, que al aplicaros el nombre que vosotros le dais al *ganao*, no vayais á creer que es por consejo de alguna mala alusion, por aquello de las *cuatro orejas*. ¡Ná de eso! no hay que *amoscarse*, camarás: nosotros no nos metemos en la parte física del *testud*, tan solo diremos, si decirse puede, que las preudas morales de los *vichos* están muy *arrimás* á las vuestras, con la mejor intencion y buen deseo entramos en este berengenal, del que vamos á ver si empezamos á salir con el ayuda de

EL TORERO BRAVUCON.

Este *diestro* suele ser bastante torpe; pero lo disimula todo lo posible: tiene una fortuna escandalosa que le hace quedar bien en todas ocasiones, y al dotarle la madre naturaleza de buena figura, donaire y arrogancia, le ha inspirado un si es no es de *asco* á la *diadema cornumental*, que el buen hombre se *pirra* cuando la ve *viajar* hácia él. Desde chiquito y cuando por primera vez se presentó en el *corral*, encontró un *pairino* que le dió algunas lecciones de *trastéo*, le inició en los misterios del arte, y concluyó asegurándole que en los apuros grandes ó pequeños la parte mas importante del *bulto* eran los *alares*, y que sabiéndolos menear bien, no habia que tener *cudiao*. Y esta conclusion de las lecciones del *pairino* se ha quedado tan profundamente grabada en el corazon del ahijado, que cuando su buena estrella le depara el primer ajuste y se encuentra sobre la arena y ántes que la puerta del chiquero dé salida á un *boyante* de cinco años, está diciendo para sus adentros: —¡ay pinreles!..... *¿pa que os quiero?* —y encomiendase con todas veras á MARIA ZANTISIMA É LA JANGUSTIAS. —Exteriormente es un héroe: con la barrera por delante *se quié comé* á la fiera..... «¡*Andresiyo!..... mételo el trapo y yevátelo á los medios porque ese choto ma tomao una tirria que me voy á vé e nel caso*.....» —y hace una *movision* de cuerpo como quien dice... «lo voy á estropeá... y es una lástima.»

Si es *chulo* nunca mete el capote sino para *destroncar*, y aunque el pobre toro se quede *espatarrao* y maldiciendo la gracia, lo que es nuestro hombre sigue su *viaje* hasta que se ve al abrigo de los *tableros* donde recibe con cierto aplomo y afectada indiferencia los aplausos de la multitud ignorante que cree que con *cuartear* al *vicho* ha ejecutado una gran cosa. —Cuando le toca banderillear, lo mas que logra meter es un rehilete, y ese de la manera mas fácil y segura, á *media guelta* y *saliendo por piés* con la velocidad de una saeta, fingiendo mucho berrinche porque el toro está *aplomao* y no *ze fué pa cá*. Si es *picador* siempre busca á la fiera por el terreno mas largo para dar tiempo á que algun compañero se le atraviese, con achaque del caballo, ó del estribo, ó de la cincha, entra y sale en la cuadra, da todas las largas posibles hasta que llega un alguacil y le dice de parte del presidente. —Sr. José, cite V. al toro. —«*Digasté á su señoria que esto no é jaser pasteles.*» Y la multitud que comprende la alusion da grandes risotadas y muestras de aprobacion al *chiste*, porque á los toros va mucha gente que le gusta ver en ridículo á la autoridad, y sobre todo si hay alguaciles de por medio. El alguacil se guarda bien de ir con semejante embajada al presidente, y por último, el diestro va á cargar la suerte observando ántes si está la barrera bien á mano, y echando una *mirá* á los peones que le rodean. —«*Cabayeros, ayá voy, quítamelo presto, porque si no va á yevá un castigo que...* ¡Juy!... ¡berrendo!..»

Y el berrendo se le *cuela* como de costumbre hasta la *espinillera ó mona*, queda el pobre caballo exánime en la arena y el ginete montado en el *jolivo*, llamando al toro con el sombrero hasta que dice con la mayor frescura. ¡ *Que!..... si lo han corrio ya otra vez..... y l ego, estos jacos son de cartulina*. Los contratistas de caballos tienen muy pocas simpatías con este *diestro*. Pues no decimos nada si por ventura es *espada ó media espada*, ó sobresaliente ó cosa que lo valga. Es todo cuanto hay que ver y oir, cuando situado delante del palco de la presidencia, echa el *bríndis* con la montera en la mano, y apura toda su elocuencia, sin dejar por esto de mirar de cuando en cuando hácia atrás por si es cosa que se le antoja al toro venir á interrumpirle ó á privarle del uso de la palabra. Pero concluye el ofertorio, y tira la montera y la pisotea, y... ¡ bravo !... ¡ bien !... dicen en el décimo tendido, y el jembro sale con su estoque y su muleta echando espuma por la boca y con los ojos encendidos en busca de la víctima que aguarda con resignacion el golpe mortal en un extremo de la plaza. *¿Aonde está el vicho? Ea, que toquen á arrastrá*. Y sin embargo de que el vicho está deseando de que lo arrastren, el matador le mira ántes y á lo largo, de frente y de soslayo como quien dice : « ya te conozco. » *Echamelo pa cá, Gueno, á la suerte*... pero al ir á *cnadrarse* se detiene otra vez y dice á la cuadrilla : *Mu escompuesta tiene la cabeza... si lo mesmo es dicarme que se cubre..... ¡Vaya!... échamelo pa ayá y no esap rtarse*. Carga, en fin, la suerte ; y si repara que el palco de enfrente hay algun conde ó marques aficionado, con un expresivo *guiño* le da á entender estas palabras : *¡Por la de osté, zeñorito!* y conducido por su buena fortuna se larga con los ojos cerrados á la cabeza del toro, el que cansado de la vida y de tanta iniquidad como han hecho con él, se mete por el estoque arriba y él mismo se corta la *herraura* para no servir por mas tiempo de juguete y diversion á tanto vago. Este torero es el que mueve mas ruido entre los compañeros; es el mas disputador, y siempre su feliz ingenio le proporciona buenas salidas cuando le dan á entender que tal ó cual cosa no la ejecutó con el lucimiento que debia. Raras veces deja de acompañar á los grandes y caballeros á las corridas particulares de novillos que suelen celebrar de cuando en cuando en algunas de sus quintas. Allí y desde la barrera alienta con su voz á los inexpertos toreros, les marca las suertes mas seguras, aplaude, vitorea y tira el *calachés* con el entusiasmo mas superlativo, y no cesa de gritar detras del parapeto.... *Zeñor duque no hay cudiao, ca aquí estoy yo*... Tambien suele este torero en algunas ocasiones llevar levita, sombrero de copa alta y pantalon con travillas, pero raras veces guantes. — Por lo demas es un hombre completo; procura hacer sus huesos todo lo viejos posible, siente de corazon cualquiera desgracia de sus compañeros, á nadie tiene envidia, y es, en fin, el reverso de la medalla de

EL TORERO DE SENTIO.

El torero de *sentio* es el fiscal mas severo que tiene el torero *bravucon*. Es un egoiston de marca, algo gordo y pesado : de suerte infeliz, buena *cabeza*, malos *piés* y entrañas *atravesás*. No puede llevar con paciencia la desmedida fortuna del *bravucon*, ni la agilidad con que salva sus torpezas, ni los aplausos del público cuando se dirigen á algun compañero, ni mucho ménos las chiflas cuando se dirigen á él. Ya se ve, esto es muy natural, y por desgracia harto frecuente en lo miserable de la condicion humana. Procura *trastear y trastea* con bastante inteligencia; pero como su inteligencia carece de solidez porque les falta una de las bases mas esenciales, es decir, *los piés*; y como el toro no entiende de retóricas, y si es *revoltoso* en enfilando el *bulto* no lo deja, por eso la inteligencia muy á menudo da en la arena cada batacazo que canta el gallo de la pasion, sin que le quede al pobre *die tro* el triste consuelo de haber escitado ninguna clase de interés en los espectadores. — ¡ Ya se ve !... repetimos, tampoco esto es extraño : el público está acostumbrado á ver fuera de la plaza rodar la *inteligencia* por ese suelo de Dios, y como esa escena es cuotidiana ya carece de novedad, y hé aquí la razon porque en el *cerco* la presencia es muda é indiferente. Pero esto no es argumento para el Torero de *sentío*, y por eso está á matar con sus semejantes, los toros, los caballos y hasta con los que tocan los timbales, que ignoramos á que reino pertenecen ; por eso su sangre no es ya sangre, que es acibar, alquitran, veneno, y por lo mismo es el primero siempre á *largar el trapo* cuando puede echar con disimulo el *vicho* sobre el que está descuidado, y el último que mete el capote para sacar la fiera cuando esta da alguna cogida. Este Torero se inutiliza pronto ó sucumbe ántes entre las marcadas astas de los toros *celosos* y amigos de *ceñirse*. Su genio es irascible, su lengua picante mordaz, está con frecuencia enfermo, las que mas suelen atormentarle son la *peritonitis*, y nosotros le aconsejamos de buena fe que en vez de torear se dedique á vender fósforos ó á hacer hilas para los pobres, oficios que si bien es verdad son poco socorridos, al ménos son descansados, nada expuestos, y especialmente el último muy meritorio á los ojos de la divinidad por el beneficio que proporciona á la humanidad doliente.

EL TORERO ABANTO.

Este *diestro* no es diestro : es el sota-torero, el repartidor de un periódico de literatura. La misma importancia artística tiene aquel que este en la direccion, compilacion y elaboracion de los artículos de alta mision en una redaccion.. Pero es el torero feliz: es el que logra ver su cabello encanecido sin ningun contratiempo tauromáquico : es la crónica ambulante donde se encuentra la noticia de todos los acontecimientos de la plaza : es el que nunca pisa los *medios* sino cuando está el toro enganchado, y para cubrir con un espuerta de arena la sangre derramada por las víctimas : reparte banderillas por fuera con mucha precaucion si la fiera está bastante léjos, y si está *encima*, lo hace con extraordinario arrojo por dentro de la barrera. A lo mas que suele ascender es á guardar el *toril*, y entónces tiene la honra de tomar de manos del alguacil la llave del chiquero, con la que cuanto ántes y con la mejor intencion dispara á un *vicho* de piernas detras del apurado corchete que á todo escape se mama un sustazo y una chifla que no hay mas que pedir. Pero este Torero debe ser para nosotros lo que para el público los toros *abantos*. Salen, dan cuatro *viajes*, se *escupen de la suerte*, los cargan de *fuego* ó de *perros*, y en cinco minutos desaparecen de la escena. Quitemos tambien nosotros de en medio y cuanto ántes al Torero *abanto* sin echarle perros ni foguearlo y hasta sin darle el *cachete* del ridículo ó el de una sátira poco generosa, y ocupemónos de la cuarta y última clase, procurando abreviar todo lo posible para no cansar mas con esta bataola á nuestros amables y pacientísimos lectores.

EL TORERO DE BUEN TRAPIO.

Este es el bello ideal de todos los diestros : el *Minuto* y *Jordan* de los peones y banderilleros ; el *Hormigo* y *Charpa* de los picadores ; y de los espadas, el *Miranda* de los buenos tiempos, y el *Montes* de siempre. — Y ya que hemos nombrado á Montes, porque es forzoso hacerlo tratándose de buenos lidiadores, á Montes con el mayor placer dedicaremos esta parte de nuestro pobre artículo, porque en el *Zeñon Paquiro* encontramos reunidas todas las buenas cualidades del gran *diestro* y todas las prendas que constituyen á el mas cumplido caballero. — Miradle siempre ejecutar

las suertes mas difíciles con limpieza, seguridad y lucimiento, *liarse* con la fiera, arrancarle la *divisa*, y retirarse paso á paso con el *vicho* á la espalda, que mas que toro bravo parece un manso cordero domesticado por él. Vedle sereno, con los *piés sentados* á la cabeza de la res, pasarla y repasarla con pulso y conocimiento ó bien desplegar su capote y mostrarse digno sucesor de *Costillares*, *Pepe* (*Hillo*), *Cándido y Romero*. — Si quereis encontrar á Montes, buscadle en el peligro; notad esa avidez tan marcada en su noble semblante, ese afan por precaver y remediar todas las desgracias, ese instinto y oportunidad en la ejecucion. ¿A cuántos no ha librado de la muerte su capote? Y sin embargo, lo hemos visto muchas veces caminar solo á dar la muerte sin mas apoyo que su inteligencia, sin mas amparo que su destreza y serenidad.— Francisco Montes es el torero do *buen trapío*: es la gloria de Chiclana y de todo el mundo tauromáquico, aunque les pese oirlo á sus muchos detractores.—Pero; ¿cuándo no los tuvo el verdadero mérito? No obstante, el lidiador que en su arte de torear á pié y á caballo, superior y mas completo que el de *Novelli Pepe Hillo* y otros, ha fijado reglas para asegurar la vida de sus compañeros y sucesores, y ha dejado consignados en el mismo los sentimientos francos y puros de un alma noble y desinteresada, merece seguramente un lugar muy distinguido en el aprecio y consideracion de todos los hombres. Y á propósito del arte de torear de Montes, no haria mal nuestro gobierno, ya que es algo *aficionao á los embroques sobre corto*, en hechar la *visual* á la parte tercera, capítulo único de dicho arte, que trata de la *reforma de los espectáculos de toros*, tanto porque es muy conveniente para la mejora de esta fiesta nacional, como porque sus productos se suelen aplicar en beneficio de establecimientos de beneficencia y pública utilidad.

Vamos á concluir con una triste reflexion.—El toro no sabe leer ni escribir; por consiguiente á lo mejor da al traste con todas las reglas, y con un mete y saca iguala las diferentes clases de toreros. ¡Líbrelos Dios, y muy especialmente al *Zeñon Paquiro*, de semejantes trabajos!!

TOMAS RODRIGUEZ RUBI.

LA PATRONA DE HUESPEDES.

EL origen de las casas de huéspedes (estilo coronista), se pierde en la noche de los tiempos. Los libros sagrados nos hablan ya de esta costumbre generalizada entre los primeros patriarcas, por lo que hay que decretar, cuando ménos, al padre Abraham los honores de la invencion.

Verdad es que en aquellos siglos primitivos, todavia este uso venerando se resentia de la sencillez evangélica, y no estaba tan refinado como lo vemos hoy, los que aguardamos á nacer tres ó cuatro mil años despues. Entónces todo su mecanismo se reducia á tener siempre abiertas las puertas de la choza paternal (si es que esta tenia puertas) al fatigado peregrino que, sin mas maleta ni silla de posta que el bordon y la calabaza, acertaba á atravesar á deshora por aquellos andurriales; hacerle un ladito en la estera que servia de blando sofá y de mullido lecho; ponerle delante un cenacho de bellotas, ó cosa tal, y su botijo de agua pura y serenada; y si lo queria comer, bueno, y si no, tan amigos como ántes. Luego de sobremesa, era de rigor el cruzarse de brazos la familia, y rodear al huésped, para escuchar de su boca la narracion de las extrañas aventuras de sus peregrinaciones, durante la cual no dejaba el papá de enternecerse, la madre de compungirse, el hijo de entusiasmarse, y la señorita, si la habia, de echar al forastero unas ojeadas, que déjelo Vd. estar.

No hay duda que, considerada esta simplicidad bajo el aspecto poético, no deja de tener su aquel; y sino léanse por lo religioso los libros bíblicos, que tan admirables recursos supieron hallar en este sencillo argumento: y viniendo á lo profano, ahí estan Virgilio y Fenelon, que no eran ningunas ranas, los cuales hallando que esto de la hospitalidad era la fuente de toda poesía, y cosa buena para ponerse en libros, cogieron por su cuenta á las semidiosas Dido y Calipso (dos honradas señoras por otra parte, que no



La Patrona de huéspedes.

consta pagasen patente de hospedage público ni secreto) hiciéronlas poner sendos papelitos laterales en los balcones, (como es uso y costumbre de Madrid en casos tales) y hágote viuda de circunstancias, ó doncella cuarentañona, y «*Aquí se alquilan salas y alcobas con asistencia ó sin ella, á gusto del parroquiano*, etc.;» viendo lo cual los mancebos Enéas y Telémaco, que eran hombres que lo entendian, subieron bonitamente las escaleras, llamaron á la puerta, y..... lo demas por sabido se calla.

Era, pues, otra Calipso que no podia consolarse de la partida de otro Ulises; y que en el esceso de su dolor, (como hubieran traducido mas de cuatro literatos) *se encontraba desgraciada de ser inmortal*: quiero decir, de hallarse viva todavia, porque lo que es inmortales ya no se usan desde los tiempos de Calipso, en cuya isla no debia haber médicos ni boticarios. Pero volviendo á nuestro poema contemporáneo y á su lastimosa heroina, cuya gruta (ó sea cuarto piso) no resonaba ya con los acentos de su voz, proseguiremos nuestra *indirecta* imitacion ó sea *arreglo á la escena española*, diciendo que las ninfas que la servian no osaban decirla «esta boca es mia.» — (Estas ninfas eran una moza gallega, fresca y reluciente

como tarja de remolacha, y una náyade del Manzanares, de las que acuden todas las tardes por bajo de la Vírgen del Puerto á sumergir en las ondas sus flotantes túnicas, ó sean pañales, y los de sus parroquianos, nada inmaculados por cierto.

Paseábase, pues, nuestra anónima Ariadna á largos pasos y con visibles señales de agitacion todo á lo largo de su palacio que podria tener hasta unos quince piés en cuadro; y de vez en cuando solia pararse á contemplar el solitario y mal perjeñado lecho, que solia regar con sus lágrimas; pero esta bella perspectiva, lejos de moderar su dolor, la traia á la memoria la fementida estampa de su ingrato huésped, el fugitivo Teseo, que no era otro que D. Ponciano Pasacalle, nombrado administrador de correos de S. Esteban de Gormaz.

A veces asomábase á la ventana, que ofrecia á sus miradas la risueña perspectiva de un tejadillo, renovando su dolor los episódicos lances amatorios de los zapirones de la vecindad; y todo se la volvia alargar la gaita por entre un canalon y dos chimeneas, por ver si acertaba á divisar á lo lejos el camino real de Castilla, por donde D. Ponciano habia desaparecido, conducido por arrobas en alas de un maragato.

De pronto se oye ruido de tacones de botas que suben la escalera; páranse luego, porque no habia mas que subir; llaman tres golpecitos á la puerta; abre la gallega, y dos hombres, de los cuales el uno parecia á D. Ponciano como un huevo á otro, se presentan delante de la viuda. —Por supuesto que esta conoció á la legua que el tal no podia ser otro que el primo hermano de su ausente, que este le habia anunciado como que debia venir un dia de estos á Madrid para revalidarse de cirujano en el colegio de S. Cárlos. —No pudo, sin embargo, conocer quién era el vegete que le acompañaba, y es que el tal vegete era un escribiente memorialista de detras de Correos, quo cuidaba de acomodar á los forasteros que se apeaban de la rotonda do la diligencia y servirles de Mentor en sus primeros pasos en la heróica capital.

Por supuesto que nuestra patrona (á quien ya relevaremos del incógnito, y llamaremos por el nombre de *D.ª Tadea de Rivadeneyra*) tuvo allá en sus adentros un ratito de jolgorio al contemplar las facciones del recienvenido mancebo, tan acordes y paralelas con las del eclipsado administrador; pero no queriendo dar, como quien dice, su brazo á torcer, ni confesarse vencida á las primeras de cambio, frunció algun tanto el entrecejo, ahuecó la voz, y dirigiéndola á los dos personages anónimos, les apostrofó preguntándoles por quién ó como habian sabido su ignorada habitacion y que ocasion les traia á sus altas y elevadas regiones.—Entónces el mancebo, (quo tenia una voz de barítono acostumbrada á modularse al compás de la *jota* y de la *guaracha*) se quitó cortésmente su gorrilla de viajero, sacó del bolsillo un papelito si es no es mugriento y arrugado, dióselo á leer á D.ª Tadea, por donde esta vino en conocimiento de lo que ya su corazon la habia predicho, á saber: que el tal individuo no era otro que el sospechado primo del supradicho Pasacalle. Con lo cual, mas en su equilibrio la viuda, acudió amorosa á tomar el saco del colegial, le instó en su aposento, y marchó á dar una vuelta á la cocina para disponer unas tortillas con sendos golpes de patatas y jamon.

Este ligero articulejo habria de aspirar á las formidables dimensiones del poema de Fenelon, si hubiéramos de seguir uno por uno los gratos episodios que formaron, hicieron creer y morir aquella intriga, ó sea drama, entre el jóven Pedro Correa, natural de Olmedo, cirujano sangrador y barbero latino, y la honrada y excelente dueña D.ª Tadea de Rivadeneyra, viuda *in partibus infidelium*; la cual desde aquel primer almuerzo dió al traste con sus memorias, eclipsó su entendimiento, y subyugó su voluntad al nuevo huésped. Este por su parte, que no era lerdo, bien echó luego de ver el efecto que sus ojos y compostura habian hecho en la huéspeda; y como ella no era todavia ningun vestiglo que digamos, y mas para impuesta sin censo, y como por otro lado, la bolsa del colegial no estaba para pedir cotufas en el golfo, ni para hacer ascos de ninguna económica caridad, dió en seguirla la corriente, y en hacer como que si tal; de suerte que á las veces narrando en familia, al amor de la lumbre, sus aventuras estudiantiles, ó rascando otras en su mal templada vihuela por el tono del *Salerito* y del *¡ay, ay, ay!* acertó á encender en aquel blando pecho una hoguera que ni todas las mangas de la villa acertáran á apagar.

Por supuesto que á todo esto nada se habia tratado de cuenta de gasto ni de cosa tal; sino que el bienaventurado mancebo podia hacerse la ilusion poética de que nacian por ensalmo al fuego de sus miradas, el rico chocolate de Cruzada, el sabroso jamon gallego, la excitante morcilla extremeña, el delicado queso montañés. Todo se reducia por su parte á un regular consumo de suspiros y ternezas, á tal coplilla simbólica improvisada á la guitarra, ó cual otro juramento en prosa hecho á la manera jesuitica, con la debida restriccion mental.

La viuda, sin embargo, no estaba en el pleno goce de aquella celeste beatitud que era de suponer; porque amaestrada en el mundo (¡y quién no lo está á las cuarenta navidades!) bien echaba de ver que todos aquellos rendimientos del muchacho pudieran tal vez ser mas calculados que espontáneos, y que dando rienda suelta á sus pasiones, corria inminente peligro de ver convertidos en espuma sus ahorros en el yelmo barberil.

Acabó de fijarla mas y mas en estos temores una sospecha que, aunque nacida á oscuras, vino á iluminar su razon, y fue el caso que cierta noche, regresando del sermon de los Dolores, halló que el huésped, cansado sin duda del de la Soledad, se hallaba mano á mano, y á oscuras, con la moza gallega; que, nueva Eucharis podria tal vez haber hallado favor en el pecho del forastero, y contribuir con su traicion á hacer mas interesante el argumento del drama. (La viuda habia leido el Telémaco traducido por R... lo cual es lo mismo que decir que no le habia leido de modo alguno.)

Desde aquel dia, ó mejor sea dicho, desde aquella noche, la agitada D.ª Tadea no tenia, como suele decirse, el alma en su almario; y todo era soñar traiciones, y vislumbrar complots, y temblar pronunciamientos; y ora se figuraba á su cruel Vireno, número 2, huyendo con la otra maula, ora creia ver á esta reirse en sus barbas de las angustias y temores que la hacia experimentar. Ni en paseo, ni en misa, ni en visita, podia sosegar un punto, ni dejaba tampoco reposar al amartelado galan, el cual, sea agradecimiento á los favores recibidos, sea esperanza de los que aun confiaba recibir, todo se resolvia en protestas y manifiestos del mas sincero y cordial rendimiento, y aun habló de «coronar su amor» y demas frases poéticas dignas de un pastor de la Arcadia, siempre con la condicion de llegar á reunir los dos mil y pico de reales del depósito exigido por los reglamentos para autorizarle á matar al prógimo.

D.ª Tadea, como mujer y enamorada, no era de piedra para dejarse convencer, tanto mas, que el galan por su parte la instaba diariamente á que para apartar el pretesto de sus sinsabores, despidiese á la gallega; hízolo así con efecto; y desde entónces, mas acordes, pudo la viuda soñar tranquila con su grata esperanza, el galan afirmarse en su viva fé, y la moza entregarse á su ardiente caridad.

Dispuestas así las cosas á gusto de todos, no tardó el traidor en atraer á lo mas recóndito de sus redes

á su víctima, quiero decir, en hacer venir á supuracion el talego de sus ahorros, abonándole lo necesario para el exámen, costear los gastos del título, item mas, de las fes de bautismo y diligencias matrimoniales; hasta que llegando el caso de dar los nombres de los contrayentes, una mañanita temprano, cuando aquella rezaba fervientemente el responsorio de S. Antonio, *si buscas milagros, mira*..... siente abrir las vidrieras de su alcoba, entrar silenciosamente al mancebo y á la moza, arrojarse ambos á sus piés, y con una elocuencia digna de mejor causa, improvisar una demanda de perdon, ó sea un *bill de indemnité*, por su gloriosa insurreccion.

No hay pluma de ganso capaz de pintar el espasmo, el singulto y la histérica que se apoderaron de la doblemente engañada matrona, á la simple esposicion de aquella peripecia; con que no hay sino dejarlo á juicio discreto del lector; basta saber que hoy es, y todavia se encuentra en el hospital de Incurables, á donde acaso habrá hallado otras compañeras, en quienes el hielo de los cuarenta años no acertó á apagar el incendio del amor.

Todo este mas que razonable ejemplo preambular se ha atravesado en nuestra pluma, con el objeto de hacer sentir lo peligroso que es al tipo que hoy nos proponemos retratar el no renunciar preliminarmente á los combates de las pasiones, y templar su corazon á prueba de huéspedes, ántes de decidirse á plantar el blanco papelillo en el hierro izquierdo del balcon. El buzo no se sumerge en el hondo de los mares, sin la campana protectora; el aeronauta no se lanza á las nubes, sin el paracaida que ha de sostenerle, y el osado ginete no comienza la carrera, hasta tener bien sujetas en su mano las riendas del alazan. De este modo, la mujer que haya de abrir las puertas de su casa al forastero, ha de haber cerrado y aun tapiado de antemano las entradas de su corazon. El caso de Dido, el de Calipso, y el de D.ª Tadea (todos igualmente históricos) son ejemplos ¡oh viudas! que conviene meditar.

Por fortuna estos casos forman mas bien excepciones de la regla que quiere que la *huéspeda, patrona,* ó *ama de casa* (que de todos modos podremos llamarla con arreglo á los *Diccionarios* y *Panléxicos* mas corrientes) frise ya en las cincuenta navidades, edad la mas propia para supeditar las pasiones á la razon y al cálculo, y no la mas idónea para ofrecer tampoco estimulantes al apetito carnal del forastero; quiere que la severa faz revele la formalidad y espíritu metódico de la dueña; quiere que sus blancos cabellos aparezcan modestamente recogidos en la historiada papalina; que el vestido de sarga ó de algodon oscuro se halle resguardado con el honrado fiador del delantal, que las tocas modestas encubran la rugosa garganta, que el ancho zapato de orillo cobije por lo regular los juanetudos piés.—Es tambien inmemorial costumbre en Madrid, (donde hablamos) que la tal Patrona sea viuda legítima y de legítimo consorcio de un empleado de Correos ó en Loterías; que tenga señalada su pension de doce reales por el Monte Pio, y que este la deba treinta ó mas mensualidades por pura piedad; que conserve de su antiguo estado matrimonial algunos pequeños ahorros, y tales cuales muebles y ropa blanca, con que acudir al servicio de los comensales; y que en fin, por su economía, su religiosidad y buenos modales, vea acrecer su reputacion, pasando de boca en boca de los forasteros, los cuales, de regreso á su pueblo, no podrán ménos de recomendar á todo viniente á la corte la casa y persona de D.ª Escolástica ó D.ª Celedonia.

Pero de nada habrian de servirla todas estas favorables circunstancias, y veríase víctima de todos los inconvenientes quo quedan apuntados en el caso anterior, si tuviese en su compañia una, dos ó mas hijas ó sobrinas, de pocos años, alegre travesura, y no desapacible parecer. Aconsejamos, pues, á la que en tal se viese, que no dé entrada en sus lares sino á gente provecta y asegurada de incendios, v. g. un militar retirado, prisionero en la batalla de Ocaña, ó un senador gallego, de los que entónces padres, ahora abuelos de la patria, firmaron en Cádiz la constitucion de 12, ó tuvieron voz y voto en la Suprema Central. Todo lo demas seria llevar fósforos donde hay combustibles, ó poner el gato á enseñar á bailar al raton.

¿Pues si acierta el diablo á entrar por sus puertas, bajo el amable aspecto de un rico mayorazgo valenciano, ó de un abogado andaluz; de un jóven millonario de la Habana, ó de un novelesco viajador frances; de un militar brioso y arrogante, ó de un estudiantillo travieso y perspicaz? ¡Patronas las que teneis hijas doncellas! libradlas por su bien de tales peligros; negad la hospitalidad á la pérfida juventud advenediza, y no deis oidos á las promesas de indiferencia, á la modesta pretension del que intenta solo meter el pié; porque á lo mejor y cuando menos lo creyéredes veréislos alzarse con el santo y la limosna, y el santo serán vuestras hijas ó sobrinas, y la limosna será vuestra mísera racion; porque si los hay que gustan de echar la cuenta sin la huéspeda, tambien los hay que buscan la huéspeda y no pagan la cuenta tampoco.

En los pueblos extranjeros, en donde las rápidas y frecuentes comunicaciones, dan ocasion á una vitalidad y movimiento asombrosos, apenas son conocidos estos modestos medios hospitalarios, quedando al cargo de los aseados y elegantes *hotels* y las suntuosas fondas, acoger y cobijar al forastero con todo el aparato de ostentacion que pudiera desplegar un magnate en su propio palacio.

Nuestro pais, por desgracia, ofrece aun muy pocos de estos refinamientos, y para convencerse de ello, basta dar un ligero paseo por las provincias, y aun dejarse caer luego dentro de los muros de la noble capital. Al entrar en ella, y desembarcar de la diligencia, no se disputarán al forastero falanges enteras de mozos y domésticos de fondas y paradores; ni acudirán á recoger su equipage infinidad de mozuelos despiertos y serviciales, ni se brindarán á conducir su persona multitud de cocheros y *cicerones* inteligentes. Todo lo contrario: la mas absoluta soledad, la mas completa indiferencia, esperan al viajero á su descenso de la diligencia; y si, como es de presumir, fuere la vez primera que entrase en nuestro pueblo, puede entregarse á la buena suerte, y vagar algunas horas por las calles de la capital, ántes de dar con su persona bajo algun amigable techo.

Todo esto tiene por orígen la escasez de viajeros, propiamente tales, que suelen visitarnos, la falta de estímulo para las grandes empresas industriales, la indefinible arrogancia é indiferencia del comun del pueblo hácia las pequeñas ganancias que estos servicios le pudieran reportar. La miseria, que en otros pueblos se viste con la brillante librea de la civilizacion, el interés, que sabe levantar en ellos suntuosos edificios, ricamente alhajados y servidos para hospedar al forastero, conserva en el nuestro un carácter de sencillez patriarcal, y establece la costumbre de que cualquier familia ó persona desvalida, cuyos limitados recursos no bastan á cubrir sus indispensables necesidades, trata de llamar en su auxilio una ó mas personas de las que accidentalmente vienen á la ciudad, y cederla por un módico precio parte de su habitacion, de sus muebles, y hasta de su mísero sustento; y á este recurso, á esta desdichada dependencia, se hallan hoy suscritas mas de dos mil casas en Madrid.—El dia en que el progreso de la industria sustituya por elegantes hospederías las pocas y malas que hoy llevan el nombre de tales, brinde al transeunte, al celibato, al extranjero con los goces y comodidades que le ofrecen los hoteles de Paris, Lóndres y

Bruselas, la civilizacion, es cierto, habrá dado un gran paso; las ciudades españolas serán mas visitadas y conocidas; el interés de algunos industriales habrá progresado grandemente; pero en cambio multitud de familias carecerán de este recurso de existencia, el forastero de este medio de incorporacion á nuestra sociedad, y esta, en fin, verá desaparecer un tipo que sino es poético, por lo menos tiene un poco de original.

En la dilatada escala de las familias que se entregan en Madrid y ciudades principales del reino á este medio de existir, seria imposible diseñar al natural todas las circunstancias que distinguen á estos públicos establecimientos secretos.—Los hay que ostentando aun los restos de una pasada fortuna, brindan al forastero con elegantes muebles, decente mesa y esmerado servicio: pero el precio de ellos suele esceder por lo menos en un doble al que costaria igual ó mejor asistencia en una brillante fonda; los hay que reunen á una mediana comodidad, los agrados de la sociedad íntima de una familia amable y desgraciada; pero llevan consigo el grave inconveniente de los compromisos y miramientos que exige esta íntima sociedad; los hay, en fin, que limitados á las mas módicas fortunas, ofrecen al desdichado forastero aposento, cama, luz y alimento por la inverosimil cantidad de *cuatro reales diarios*. De estos establecimientos solo puede decirse que son una providencia artificial, un problema humanitario, resuelto por algun genio bienhechor.

Las familias vergonzantes y numerosas acostumbran recibir un huésped solo para conllevar el pago de la casa, limitándose ellas á habitar las piezas interiores. En tal caso el huésped no es huésped; es otra persona mas en la familia. Recibe sus confianzas; asiste con ella á la mesa comun; hace pié en el tresillo; acompaña á paseo, á misa y al teatro; enseña á escribir al niño de la casa; da leccion de guitarra á la señorita; cuida de los tiestos del balcon y de echar alpiste al canario, y prepara el rapé para la mamá. En casos tales, para buscar al huésped hay que pasar á las habitaciones interiores; para hacer visita á las amas, es de rigor que se las busque en la sala principal.—La mas extraña amalgama se establece entónces en el adorno de esta; las botas están sobre el piano; el S. Antonio de talla tiene en su cabeza el schakó del capitan; el ridículo de la señorita suele servir de bolsa á los cigarros; el nacimiento del niño viene á interpolarse en la cómoda con las pistolas y cartucheras; los Devocionarios con las Julias; los jabones y navajas con los pendientes y canesús.—Si el huésped cae malo, no hay género de atencion ni de cuidado que no se le prodigue; se quita la campanilla de la puerta; se encierra al gato; se sahuman con espliego y juncia las habitaciones; se llama al médico de la familia, al barbero, al comadron; se le hace tomar por fuerza al enfermo un caldito de chorizo y morcilla cada cuarto de hora; se le ponen sinapismos hasta en las rodillas; se le buscan apetitos que alarguen la convalecencia dos meses mas. Por último, cuando se marcha de la casa aquello es una verdadera desolacion; hay llantos, gemidos y patatuses; y no ha llegado el huésped á las Rozas, cuando ya recibe epístolas que pudiera el tierno Ovidio envidiar.

Este, por supuesto, es el bello ideal de la especie, el *desiderandum* de todo aventurero viajador. No se dan tan espontáneamente estas familias tiernas, íntimas y simpáticas; ni de tan buena estrella suelen ir acompañados los galanes viandantes, para saber conquistar tan grato homenage agasajador.

Réstanos ahora, y despues de haber pintado los diversos matices heróicos de que se reviste á veces nuestro tipo, trazar algun rasguño general que ponga de manifiesto, no el lado feo, sino por desgracia el comun de la especie en cuestion.

Generalmente las casas de huéspedes son tenidas por una matrona viuda ó jubilada, cuya historia anterior suele ser un secreto de su estado. Solo se sabe, por ejemplo, que es vizcaina, por su apellido *Arrevaygorrirumizaeta*, y por sus admirables manos para aderezar el bacalao; que es andaluza, por su gracia parlera, lo aljofifado de los ladrillos, y el tufillo de azúcar y menjui; que es castellana, por su frescura, su aseo y su franca sequedad. Por lo demas, si su difunto consorte murió en este ú el contrario bando, en la batalla de Mendigorría; si su padre era ó no era intendente de Tlascala en tiempo de Hernan Cortés; si tiene ó no tiene un primo colector de bulas en Avila de los Caballeros; si su hija está ó no casada con un capitan de marina al servicio del Japon; esto es lo que ella sabe, lo que ella cuenta, ó lo que ella calla, lo que nadie cree, ó lo que á ninguno le importa. Baste decir que sus modales, aunque un si es no es ordinarios, revelan cierto roce de gentes; que sus facciones, aunque añejas, dejan adivinar cierta pasada perfeccion; que su familiaridad con los criados, como que da á sospechar no haber sido siempre extraña á su comunion; que su marcialidad con los huéspedes, descubre al mismo tiempo que la es desconocida la íntima comunicacion con mas elevada clase social.

Tiene, para su servicio y el de los parroquianos, una ó dos criadas alcarreñas ó indígenas de la corte, frescas, francas y familiares, de buen palmito y mejores manos, aseadas y compuestas, con su pañolito de lazo en la cabeza, su vestido de percal de S. Fernando, y su gracioso delantal; y para los mandados extramuros tiene un asturiano fiel é infundible, que va, que viene, que mira y que no vé, que escucha y que no oye, que sisa, come, calla y no replica.—Las criadas ocupan la cocina y el comedor; el asturiano la antesala; los huéspedes la sala principal y los dormitorios interiores; el ama de la casa, ó sea abeja reina de aquella colmena, en todas partes está, y ora discute el gasto con los huéspedes, ora limpia los muebles ó riñe á voces con el aguador: ya acude risueña á coger un boton ó á repasar una averiada corbata; ya da una vuelta á la plaza ó asiste á espumar el puchero.

No bien se presenta un nuevo huésped á la puerta de la casa, la criada favorita lo introduce á la audiencia de la Sra., la cual en muy breves palabras se pone al corriente de su porte y le clasifica y tasa, colocándole en consecuencia, ya en el gabinete de la virgen ó en el de los tiestos, ya en la pieza del patio ó en el cuarto oscuro del rincon. Si dice que comerá fuera, entónces el precio suele ser mayor que comiendo en casa, por haber de renunciar al beneficio de la provision; si permaneciere solo ocho dias, costarále al triste mas que si permaneciera un mes: y así otras reglas de proporcion *ad usum* de las amas de huéspedes. Si es diputado, y ha de recibir visitas, podrá disponer de la sala y tendrá brasero, pero tambien pagará como padre de la patria; si es, en fin, estudiante y se retira tarde de noche, tiene que pensar en sobornar al asturiano para que no le deje en la calle.

Mientras todo este interrogatorio, las muchachas se han asomado alternativamente, con el ostensible pretesto de buscar una llave ó dar cuerda al reloj; pero en realidad con el objeto de examinar al forastero, medirle, pesarle, calcularle y anatomatizarle mentalmente; y si tiene vigote y barbas, ó si gasta sortijas y cadenas, aquello es no darse manos á recoger y colocar la maleta, á aderezar el cuarto, y á surtir el aguamanil.

El ama dirige y preside todas aquellas evoluciones, y cuida de recoger los restos esparcidos procedentes del anterior huésped, tales como viejas chinelas, guantes inmemoriales, cigarros inverosímiles, gacetas virgenes, y mártires sombrereras de carton. Muda á vista del nuevo cofrade las sábanas de la cama, por

otras no tan amarillas; barre el cuarto á sus mismas barbas; y si hay ventana á la calle, la abre para que el huésped se asome y vea que aquello «es un coche parado» (y la tal calle suele ser la de los Negros ó la del Perro); y si es cuarto interior, como que le envidia la quietud y el recogimiento, diciéndole que allí «no se siente una mosca» y vé correr á este tiempo tres ó cuatro ratones por el suelo, y observa que la ventana da á un patio, en el que hay un herrero y dos cuadras, media docena de gallinas y un gallo cacareador.

El ama hospitalaria no gasta para si un solo maravedi: todo para sus queridos huéspedes; para ellos se hace en los últimos meses del año la provision del rico tocino castellano, del aceite andaluz, del vino manchego, de las frutas de Aragon: para ellos se paga al casero anticipado, y se riñe con él para que pinte la sala ó ensanche los pasillos: para ellos se compran muebles por ferias, se visten de estera los pisos en los primeros dias de noviembre, ó se almazarronan los suelos en los últimos de mayo; para ellos, en fin, se tienen criadas, gallego, y farol en el portal. — Únicamente que de aquellos tocinos, de aquel aceite, de aquel vino, de aquellas frutas, diezma la casera las primicias para su ordinaria refaccion; que de aquellos muebles, de aquellas esteras, de aquella habitacion, se sirve con ellos á *perfetta vicenda* para sus regulares necesidades; que aquel farol á ella tambien la ilumina, y aquellos criados á ella obedecen, y reconocen por única ama en todo rigor. Todo esto, amen del estipendio diario, semanal ó mensual, de cada uno de los huéspedes ó de todos *in sólidum*, cuyo tributo viene al cabo de algunos años de afanada tarea á convertirse en una modesta suma con que dotar á la hija, ó poner una prenderia, ó comprar un segundo marido, ó librar de la suerte de soldado al sobrino colegial.

Y sin embargo, todo ello no basta casi nunca para asegurarla al cabo de sus años una existencia independiente y cómoda; y la misma honrada matrona que toda su vida ofreció benévola su techo hospitalario al forastero, suele implorar en sus últimos dias la caridad públi ca en el lecho de un hospital.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA CASTAÑERA.

Arbol nobilísimo es el castaño, si consideramos que con su nombre y los derivados de su nombre se ha formado el patronímico de muchas familias, mas ó ménos ilustres; ¡ y á buen seguro que me desmientan los *Castañedas*, ni los *Castañizas*, ni los *Castañeiras*, ni los *Castaños*, ni los *Castañones*! Un *castañar* era el féudo que tenia en mas estimacion aquel *García de idem*, cuyo elevado carácter y esclarecidos hechos celebró en un drama inmortal *D. Francisco de Rojas y Zorrilla*; aquel que se envanecia con ser tenido por el *labrador mas honrado*, y aun que no humillaba su cerviz *del Rey abajo á ninguno* contento con la vida patriarcal y bucólica que llevaba, exclamó:

. . . .
Que aqueste es el *castañar*
Que en mas lo estimo, señor,
Que cuanta hacienda y honor
Los reyes me pueden dar.

Por último, el nombre de *Castaños* representa y simboliza una de las pájinas mas bellas de nuestra moderna historia. *D. Francisco Javier Castaños* se llama el benemérito general español que primero humilló las hasta entónces nunca humilladas águilas francesas cuando en los campos de Bailen fueron vencidas y derrotadas por visoños soldados las aguerridas huestes de *Dupont*; y es fama que á cada tiro y á cada bayonetazo escarnecian *los nuestros* á los *gúiris* con un ¡ *toma para castañas*! ¡ Batalla memorable que dió renombre europeo y elevó al primer grado de la milicia y á la grandeza de España, con el título de *duque de Bailen*, á quien ya nació emparentado con ella, y á quien—¡Vicisitudes humanas!—¡puede hoy un ciudadano tributar justos elogios sin riesgo de que le acusen de quemar incienso en las aras del poder y de la fortuna!...

Frondoso, corpulento, prócer, de bella flor, regalado fruto y apacible sombra, es el *Castaño* uno de los árboles mas beneficiosos. Su compacta madera es utilísima para toda clase de carpinteria, excelente su leña para el hogar; bien en rajas, bien reducida á carbon, y de los glóbulos espinosos que el árbol produce sale un alimento que codician los pavos y es la delicia de otro animal.... ménos grato de nombrar que de comer. A las *castañas* deben, en efecto, su gastronómica nombradia los ricos y suculentos jamones de *Caldelas y Aviles*; y tambien el animal implume y bípedo que llaman hombre las saborea con placer, crudas ó cocidas, asadas ó pilongas, acarameladas por Navidad, ó en potage por Cuaresma.

Otra prueba de la justa celebridad del producto susodicho es haber dado nombre á un color. A cada instante oimos decir pelo *castaño*; esto pasa de *castaño oscuro*. Hasta un autor, que fue *gracioso*..., al ménos en las listas de las compañias á que perteneció, fue mas conocido por el apodo de *Castañitas* que por su nombre bautismal. Hay vasijas, y no destinadas para el agua, que por excelencia se nombran *castañas*, y hasta el moño de las mujeres, rubias ó pelinegras, *castañas* ó pias, se ha distinguido y en algunas partes se distingue todavia con la misma denominacion. ¿Que mas? *Castañuelas* son; esto es, diminutivo de *castañas*, los sonoros instrumentos de la *Crotalógia*; de ese arte sublime, cuyos luminosos principios se encierran en esta sabia y significativa máxima: *ó no tocar las castañuelas ó saberlas tocar*. Y á la pericia en tocar las *castañuelas*, diminutivo de *castañas*, tanto como á la ligereza de sus piés, á la flexibilidad de sus rodillas, á la morbidez de su talle y á la movilidad de su gesticulacion, debe sus triunfos pantomímicos la famosa *Fanny Essler*, esa Terpsícore de nuestros dias, embeleso de ambos mundos. Por ella, por sus *castañuelas* tiene ya fama universal la *Cachucha* española, cuyos dengues voluptuosos y provocativos contoneos han vuelto locos de regocijo á los graves descendientes de *Wasingthon* y han inflamado la sangre de los glaciales moscovitas.

Castaño..., *Castaña*.... No me precio de etimologista, pero tengo para mí que estos vocablos se derivan del vocablo *castidad*. Las mismas letras de que se componen lo estan diciendo: *casta*-ña.... ¿Y como poner en duda lo *casto* de esta *casta*, cuando la forma y las condiciones del fruto demuestran que Dios lo ha criado para ser emblema *comestible* del pudor y de la continencia? Nace la *castaña* cubierta de un púdico zurron erizado de punzantes espinas, como si e Autor del Universo quisiera con él defenderla de la humana voracidad. Antes que llegue á sazonarse es la desesperacion de los golosos; fruta inverniza, no se esquilma hasta que el termómetro de *Reaumur* marca pocos grados sobre cero, estacion en que las pasiones no son por lo general muy activas y vehementes. Aun entónces no se desprende de la rama natal sino á fuerza de violentas embestidas y sendos palos; ántes de ser desarmada hiere con sus pinchos la mano atrevida que lo intenta; aun despues de mondada de su áspera corteza; aun despues de *exclaustrada*, digámoslo así, contra su voluntad, esta monja vegetal, esta vírjen del bosque, esta vestal asturiana ampara su honestidad, vestida de punta en *castaño*, con la doble y tenaz coraza que ostenta; y vencida en su segundo atrincheramiento, todavia resiste á la vergonzosa

desnudez que tanto teme y esquiva, todavía pugna por coherir é identificar á sus carnes inmaculadas aquella ténue película, su postrer refugio, y como si dijéramos *su camisa*. ¡Cándida doncella! ¡Interesante criatura!

Pero si queda demostrada la *castidad* de la *castaña*, no lo está tanto la *castidad* de la *Castañera*. Entiéndase esto sin menoscabo de la buena opinion de tan benemérita *clase*, á la cual no es lícito atribuir menos virtudes que á las honorabilísimas de piñoneras, naranjeras, buñoleras, rabaneras, etc., etc., etc. Dígolo porque, si bien hay *castañeras* del estado que se llama honesto, las hay tambien empadronadas con los venerables títulos de esposas y madres, y es cosa averiguada que para *asar ó cocer castañas* no es necesaria para maldita de Dios la cosa el requisito arriba mencionado.

Dejo á los eruditos y *curiosos parlantes* la meritoria, bien que ímproba tarea de escudriñar desde cuando empezó á ejercerse en Madrid la importante *profesion* de *Castañera*, y quien fue la primera que como tal mereció ser inscrita en los registros de la policía: basta á mi propósito hacer observar al pio lector que la práctica de semejante industria data evidentemente de tiempos muy remotos....; acaso del tiempo de *Mari-Castaña*, que, como todos sabemos, fue coetánea de *El rey que rabió* y de *Perico el de los palotes*. Lo que consta por documentos auténticos es que *la clase* llegó al apogeo de su gloria en el último tercio del siglo próximo pasado, y que hasta principios del presente se mantuvo á la altura de la gran reputacion que supo adquirir. Durante el período citado, mas de una heroina de fuelle y tenazas mereció los honores de la escena. Díganlo las *Castañeras picadas*, y otros dramas del nunca bien ponderado *D. Ramon de la Cruz Cano y Olmedilla*, que no por llevar el humilde título de *sainetes* y porque en ellos se peque gravemente contra los dogmas y fueros de eso que llaman *buen tono*, dejan de tener mas mérito intrínseco, y sobre todo mas originalidad y mas nacionalidad que otros de mayores dimensiones, escritos con altas miras filosóficas, terapéuticas y sociabilitarias.

Hoy dia, preciso es confesarlo, no son nuestras *Castañeras* sombra de lo que fueron. Guardan, si, muchos de sus rasgos característicos, pero aquella fiereza varonil de que un tiempo blasonaron y aquella su procaz elocuencia, que era el embeleso de los barrios bajos y el terror de los altos, pertenece ya en gran parte á la historia; y para admirarla, si no en su orígen, á lo menos en copias bastante fieles, es preciso asistir á las representaciones de los ya indicados sainetes del referido *D. Ramon de la Cruz, Cano y Olmedilla*.

Verdad es que si en este siglo que apellidan *de las luces* yo llamaria *de los fósforos*, es muy difícil encontrar á la *mujer fuerte*, ni aun en el gremio de las *Castañeras*, no está ménos gastado, si del todo no ha desaparecido, el tipo singular del *Manolo*; la fisonomía y virtualidad de aquellos héroes de presidio y taberna que prorrumpian en estas enérgicas palabras:

Ú te he de echar las tripas por la boca,
Ú hemos de ver quien tiene la peseta;

ó decian, para pintarlos con una brochada mas análoga al artículo presente:

Los héroes como yo cuando pelean
No reparan en mesas ni en *castañas*.

Con efecto, desde que dejaron de existir zorongos y redecillas; desde que ascendieron á pantalones los calzones de nuestros abuelos ha ido degenerando de dia en dia aquella especial y vigorosa raza que, si todavía no reniega de sus peculiares instintos, poco ó nada conserva de sus antiguos hábitos. Lo que llamamos *pueblo bajo* ha menguado en calidad y en cantidad, como ha decaido en riqueza y en prestigio la aristocracia. Las clases medias absorven visiblemente á las extremas; fenómeno que en parte se debe á los progresos de la civilizacion, en parte al influjo de las instituciones políticas, y cuyas ventajas é inconvenientes no me propongo dilucidar. Ello es que ya no se encuentran por un ojo de la cara aquellos chisperos cuya siniestra catadura debe de estar muy presente en la memoria de *Godoy*, ni aquellas manolas que santiguaban con una pesa de dos libras á los soldados de *Murat* que osaban requebrarlas. Es cierto que aun hace la *navaja* de las suyas y que hay todavía en cada plazuela varias *catedras*, no reconocidas por la Direccion de Estudios, donde se enseña *gratis* el arte ameno y persuasivo de esgrimirse á desvergüenzas; pero estas mismas desvergüenzas son ya algo mas cultas y menos peladas que *in illo tempore*, y son, para bien de la moral pública, menos frecuentes los repelones y las azotainas: hasta en la ropa, cuando no se viste el uniforme legal que iguala al rico con el pobre y al noble con el plebeyo, hay cierta arbitrariedad, cierta insubordinacion que se asemeja mucho á la anarquía. Ya no hay traje nacional para nadie, como no se busque en alguna arrinconada é insignificante aldea. Vemos á mas de un señor titulado ataviarse con zamarra y sombrero calañés, como vemos á mas de un proletario menestral proveerse de levita en los portales de la calle Mayor, y tan *lechuguinas* se van haciendo las *Bastianas* y las *Alifonsas* que no pierdo la esperanza de ver á alguna de ellas con papalina. ¡*Oh tempora*! ¡*Oh mores*!

Volviendo á las *Castañeras*, observo entre ellas varias graduaciones, ó llámense gerarquías, que conviene deslindar para dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César; que hay *Castañeras* á quienes humillaría el trato con otras menos calificadas.

En primer lugar, aunque todas tratan en *castañas*, unas las *cuecen* y otras las *asan*: en segundo lugar, unas *asan* las *castañas así*, y otras las *asan.... asado*: en tercer lugar, hay *Castañeras* de esquina, *Castañeras* de portal y *Castañeras* de taberna.

Las *Castañeras cocidas*...., quiero decir, las *Castañeras* que *cuecen*, son las últimas en categoría, y como el populacho de la comunidad; tanto por la vida nómada y aperreada que llevan, porque generalmente no tienen puesto fijo, cuanto por ser menos codiciada su mercancía y muy escaso el capital que emplean en ella. La misma olla, con honores de cántaro, en que cuecen las *castañas*, sirve de almacen para guardarlas y de mostrador para venderlas. El anís con que las sazonan vale poco, el carbon que para ello consumen no vale mucho, y el agua que gastan, si la toman del pilon de la mas cercana fuente, como es probable, no cuesta nada. Por lo mismo, suelen dedicarse á este subalterno tráfico muchachuelas de poco *pelo* y mal *pelaje*, ó viejas deterioradas, cuyo calor natural no basta á reemplazar el de las *castañas* cuando lo pierden por la influencia de la atmósfera, por mas que abracen y acaricien con materno amor el yerto receptáculo.

Las *Castañeras que asan*, ya son gente de otra estofa. Suele ser su comercio, aunque algunas lo ejercen de *ab initio*, decente jubilacion de una *carrera* mas activa relacionada en cierto modo con la de *San Gerónimo*, particularmente en el espacio que media desde el que fue convento de padres *de la Victoria*, hasta el que lo ha sido de madres de *Pinto*.

Es de presumir que en este invierno crezca considerablemente el número de operarias de dicha procedencia, merced á las visitas domiciliarias y pesquisas callejeras verificadas poco ha por órden de la autoridad superior política; medida cuya constitu-

cionalidad podrá ser disputable, y cuyos efectos llegarian á ser funestos á las *libertades públicas* y al derecho de *propiedad*, si se repitiese y generalizase demasiado; pero á la cual debemos por de pronto la ventaja de tener mas espedito y ménos peligroso el tránsito de la calle del *Príncipe*, la plazuela de *Santa Ana*, é islas adyacentes. Pero á los que no somos gefes políticos, ni celadores municipales, ni periodistas, no nos incumbe inquirir y rastrear vidas agenas. Por otra parte, *agua pasada no muele molino*; la Magdalena mas pecadora puede ser con el tiempo modelo de austera santidad; y en resolucion, cualesquiera que hayan sido los *precedentes* de una *Castañera*, por lo que es debemos juzgarla, no por lo que haya sido.

Una *Castañera* de la especie que voy describiendo ha menestér para serlo dignamente gastar algunos duros en proveerse de los siguientes utensilios: una mesa con su cajon correspondiente, una vasija *sui generis*, un anafe ú hornilla portátil, un cañon de hoja de lata que de salida al húmo sin molestia de la protagonista y de los transeuntes, un fuelle, unas tenazas para escarbar la lumbre (estas pueden suplirse con los dedos); un cuchillo para hacer en cada castaña la incision con que se facilita despues la separacion de la cáscara; una manta, ó parte de ella, para abrigar la ya tostada mercaderia; una espuerta bien provista de carbon, un tarro lleno de sal, aunque algunas pue len suplirla con la mucha que Dios les ha dado; una silla para la *maestra*; á veces un cobertizo, que á ella y á su hacienda resguarde de la intemperie; y ademas de todo esto, y de algun otro adminiculo que puede habérseme olvidado, tiene que pagar á la Villa la licencia para vender, y acaso á algun casero despiadado ó á algun tabernero sin entrañas, el alquiler del reducido terreno en que pone su tinglado. Es, pues, evidente que, siquiera bajo este aspecto, son las *Castañeras* mujeres *que tienen que perder*. Consideremos tambien que su vida sedentaria y afanosa, la publicidad de sus *funciones*, lo *incombustibles* que llegan á hacerse á fuerza de familiarizarse con el fuego, á lo mucho que perjudican á sus *gracias personales* y á los primores de su *toilette* los desacatos del humo y las insolencias del carbon, son otras tantas garantias de ejemplar conducta propia, y otros tantos preservativos contra los estímulos de la agena concupiscencia.

Sin embargo, como nunca falta un roto para un descosido, y de gustos no hay nada escrito, y los hay que merecen palos, las *Castañeras* que no son casadas, y tal vez algunas que lo son, suelen tener un chulo que *liquide* en la taberna los productos de las productos de las castañas. Lo malo es que á medida que estos en general se aumentan, se disminuyen en particular, porque las tiendas y las ambulancias de este artículo de comercio, no comprendido en la tabla de aranceles, se multiplican prodigiosamente, y ya no solo hay *Castañeras*, sino *Castañeros* tambien. ¡Si; *Castañeros*! ¡Tanto es el egoismo del hombre, y de tal suerte ha venido á ménos la galanteria española, que usurpamos al *bello sexo* hasta el ejercicio de las tranquilas y delicadas *labores* análogas á su tierna complexion y blandas costumbres! ¿Que es ver á un tagarote holgazan manejando el fuelle afeminado en vez de la rúda piqueta?.... Pero, ¿quién sabe si alguno de esos desventurados pertenecerá á las *clases pasivas*?....!!!

Y los *castañeros* son sin duda los que, por pereza ó por economia, han sustituido la prosáica cacerola, ó sarten sin mango, al poético cantarillo agujereado del siglo de oro castañeril—¡sacrilegos!—y los que han suprimido el elegante tubo que reprimia y daba conveniente direccion al humo, hoy tan licencioso é indisciplinado.—¡Vándalos!.... Pero no faltan respetables matronas que, fieles á las buenas tradiciones del *arte*, mantienen y alimentan con loable perseverancia *el fuego sagrado*. Estas heroinas contumaces, que constituyen la *aristocrácia* del oficio, tienen éstablecido por lo regular su *despacho* á las puertas de las tabernas. Bien saben ellas lo que se hacen, como veteranas que son. ¿Hay aliciente mas poderoso para el vino que las *castañas*? Con solo verlas en las ascuas se codicia el zumo de la vid, y aun por eso dijo, dos siglos ha, mi paisano *Villegas*:

Al son de las *castañas*
Que saltan en el fuego,
Hecha *vino*, muchacho,
Beba Lesbia y juguemos.

Hay; en efecto, manjares que convidan mas que otros á beber, tales como la salchicha, el abadejo, la tarángana, la sardina.... pero si grato con ellos, con las *castañas* es indispensable el *vino*, so pena de morir estrangulado..., ó de beber *agua*; que para muchos hombres de bien es el mayor de los suplicios. Aquella sustancia seca, farinácea, de difícil y laboriosa deglucion, pide *vino* con urgencia, y de ahi viene sin duda el dicho vulgar · *dijo la castaña al vino bien venido seas, amigo.*

Razones de amor propio, ademas del atractivo de la ganancia, aconsejan á *las Castañeras* el situarse en los peristilos de los templos de Baco, que si los *devotos* apetecen solamente las *castañas* cuando entran, tal vez cuando salen apetecen.... la *Castañera*.

Ni siempre vegeta pasiva y sedentaria al amor de la lumbre y al cuidado de su hacienda; que en las horas de menos despacho suele dejar á cargo de alguna comadre, ó de algun compadre, su portátil mostrador para visitar el de la taberna acreditando con frecuentes libaciones de *Yepes* ó de *Valdepeñas* no ser indiferente al fervoroso culto que allí se tributa al númen de *Anacreonte*. Ya se ve; sus miembros se entumecen de estar tantas horas encogidos; su gañote se seca de tanto gritar: ¡*gordales, seis al cuarto*! ¡*Que se arrematan*! ¿*Cuántas, que queman*? y es preciso poner alguna vez los huesos de punta y *remojar la palabra*. Por otra parte, si algun cachirulo la *camela* con medio chico en la derecha y pellizcándose con la izquierda el lábio inferior, ella, que no es mujer de negarse á casos de *honra*, ¿como ha de resistir á un brindis tan *macareno*? Tratándose de *echar copas* entre gente de *caliá*, una mujer de su *aquel* nunca se escusa de echar *su cuarto á espáas*. Cuando se la convida con mal modo, ó se toma algun *endino* libertades prévias y extrajudiciales, le confirma de lo lindo con las tenazas; pero sabe tambien, en ocasiones, ser agradecida y campechana, y si algun majo llevó su galanteria mas allá de lo que su bolsillo permite y su crédito consiente, ¡*aparte uste*! le dice, ¡*desgalichao*! y plantando sobre el aparador un peso duro, exclama con gentil desenfado y mucha de la fanfarria: *ó semos ó no semos; donde yo estoy no paga naide.*

Amen de estos agradables episodios, la *Castañera de taberna* pasa una vida hasta cierto punto envidiable. Su tenducho es una especie de tertulia que frecuentan y amenizan con sus chistes y agudezas los criados de la vecindad, los *simones* desocupados, los comparsas de los teatros, y los mozos de cordel. Allí se deletrea y se comenta *el papel que ha salido nuevo* con noticia de las potencias extrangeras que los *ciegos* han recibido por *extraordinario*. Ella pescuda, y husmea, y analiza á las mil maravillas la *crónica escandalosa* de la manzana, y puede dar razon de lo que pasa en ella tanto quizá como el memorialista de enfrente ó el zapatero de la esquina, y desde luego mucho mas y mejor que el *alcalde del barrio*. Es mujer de pró, que egerce en su distrito cierta jurisdiccion moral; y manejando á su arbitrio las pasiones de *escalera abajo* y los afectos de *portal afuera*, asi pro-

mueve una camorra como la apacigua, segun el humor que viene; ó para expresarlo en términos mas castizos, segun *se lo pide el cuerpo.* Sarcástica y decidora, el chisme es su comidilla y la sátira su regodeo; pero sabe soltar sus pullas con tanto disimulo como oportunidad, y hasta las palabras con que pregona su mercancia suelen ser otras tantas *indirectas del padre Cobos.* Así, por ejemplo, si con sus guiños y ventaneos, y ceceos y tapujos dan que decir las hijas de la escribana, apenas las ve salir de casa las mira con el rabillo del ojo, y canta en octava mayor: ¡ *Ahora salen las calientes* !



La Castañera.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL BARBERO.

Como que es una cosa indispensable pasar los puntos de la pluma por el suavizador de Lanue, para colocarnos despues á la esquina de una calle y observar con detencion esas hileras de yelmos de Mambrino que diezman las casas de la capital, dando guardia de honor á las puertas de las barberías; nadie extrañará que en nuestras noticias barberiles demos la preferencia á la vacia.

La vacia no es una cosa así como suena, tratándose de un barbero, porque difícilmente se encontrará un instrumento mas significativo ni tan característico acaso.

La vacia colgada al exterior de los establecimientos en una palomilla de hierro ó de madera (esta distincion indica los humos aristocráticos del maestro sangrador), suele ser de azofar ó de hojalata (esto tambien pertenece á la categoría del establecimiento) podrá servir de *tam tam* á las conteras de los paraguas en dias de lluvia, de blanco á las pedradas de los muchachos, de barómetro á los vecinos cuando los huracanes y aquilones andan robando sombreros, y poniendo de manifiesto las pantorrillas y.....; de piedra magnética á las bayonetas de los nacionales que van de patrulla; y últimamente, de aviso á los que quieran oir *el punto de la Habana* ó decreten la siega de su barba. Pero es mas importante que todo eso la mision de las vacias cuando libres del aire, y los muchachos, se muestran obedientes á su centro de gravedad: cada vacia es un espejo ustorio de su respectivo barbero; el elegante que pasea tranquilo é inocente por la calle es el foco del instrumento; los anchos faldones de su frac: ó el ala enorme de su sombrero, se retratan con toda precision en la vacia; el barbero no quita la vista de su daguerrotipo, y apenas conoce que la moda se ha enriquecido con algun nuevo descubrimiento, tira la navaja ó la guitarra, pues precisamente tendrá una cosa de las dos en la mano, descorre la cortinilla, y llama desaforado al sastre de enfrente que por miedo á las contribuciones tiene su taller en un portal. Llega por fin el profesor tigera, recibe las instrucciones del mancebo, y nosotros que aun no hemos concluido de examinar la parte exterior del establecimiento sabremos despues lo que discurren los dos vecinos.

Las puertas de la barbería gozan de una libertad absoluta, para ser verdes, blancas, etc.; pero ordinariamente son azules con listas amarillas, y una gran estrella encarnada en el fondo del cuerpo inferior que es la parte leñosa de ellas. De medio cuerpo ar-

riba están compuestas de cristales ó vidrios; las mas veces de esta última materia, y cuando son de la primera, imitan tanto á los segundos que parecen una misma cosa.

A la parte interior de estas vidrieras, suele haber unos cartelitos de papel con lazos de colores que dicen:

Acui se uenden sanguiguelas de superior calidad y se da, Razon de un Maestro de Guitarra por cifra; son estremeñas.

Por el estilo de estos anuncios suele ser la muestra que, colocada entre las dos vacias, sirve de rodapié en el balcon del piso principal. Distínguense todas por su contenido, que regularmente no baja de 100 letras lo menos. Es cuanto pueda saberse ántes de diez minutos que vive allí:

D. CIRIACO LAGARTOS, PROFESOR.
APROBADO DE CIRUGIA. COMA
DRON Y SACAMUELAS, AFEITA Y CORTA
A REAL, Y MEDIO RIZA EL PELO.

Mucho ántes de ponerse el transeunte á tiro de navaja en las barberías, hiere sus oidos el rascar de la guitarra con que el mancebo entretiene la ausencia de los parroquianos, y consigue tener siempre desalquilado el piso principal de la casa, merced al poco gusto que se observa hácia las filarmonías ratoneras.

Pero ya se va haciendo tiempo de levantar el picaporte de las puertas vidrieras, y á riesgo de interrumpir los acordes del guitarrista, asomar la cabeza por la trampilla y saludar al artista con las palabras del Angel: ¡Ave María!—Adelante, adelante, replicará sin detencion el barbero. Volveremos á cerrar la puerta, y ya hemos penetrado en el despacho del dentista, en la sala de recibo del comadron, en la agencia de los guitarristas por cifra, en el depósito de sanguijuelas, en el gabinete de consultas médico-quirúrgico-farmacéuticas, y últimamente estamos ya de puertas adentro en la tienda barbería.

En el fondo de este aposento se hacen indispensables dos puertas, la una con vidrieras, y la otra sin ellas, pero coronadas ambas de unos pabellones que precisamente han de ser blancos, ó cuando mas amarillos, pues son los únicos colores que admiten las colgaduras de estos establecimientos.

La primera conduce á una alcoba destinada para las consultas secretas, y los disparates á oscuras en perjuicio de la humanidad doliente. La otra que carece de colgaduras es pequeña; por ella sale y entra el barbero toda vez que le ocurre dirigirse á la cocina para calentar el agua, sacar lumbre á los parroquianos fumadores y..... algun dia que la mujer está lavando los navageros en el rio, es indudable que el marido espuma los pucheros y pica la ensalada.

Entre estas dos puertas hay un espejo colgado en la pared, cuyo tamaño varía desde seis pulgadas en cuadro hasta poco mas de medio pié, y aun á veces suelen llegar á una quinta parte de vara; lo suficiente para que el parroquiano sepa donde ha de aplicar el pañuelo, que restañe bien la sangre en los dibujos de la navaja.

Debajo de este imparcial retratista del Almaden, hay una mesa parda que todos creen ser de pino, menos el carpintero que la hizo con intencion de adulterar la caoba. Un majo y una maja de yeso, se ven sobre ella, y en medio de estas figuras, una gran jarra de cristal, llena de agua y peces de colores; al rededor un tintero y una salvadera de metal dorado, formando parte de un heterogéneo recado de escribir que termina con una caja de carton donde yacen en armonía las obleas y las lamparillas.

En los cuatro ángulos de la sala-tienda, hay cuatro magníficos pedestales de yeso, que sostienen otras tantas estátuas de la misma materia, á quienes llamó el escultor: *Europa, Asia, Africa* y *América*.

En la fachada opuesta á la del espejo, se ve una repisa de madera sostenida por unas cuerdas, y sobre ella una magnífica redoma de vidrio llena de agua y cubierta la boca por un trapo. Allí dentro se agita un centenar de sanguijuelas, maldicientes tal vez, de la sangre que desperdicia su dueño cuando descañona algun prójimo.

Y para no desmentir en nada los anuncios de las puertas vidrieras, no hace falta debajo de esta repisa, un enorme clavo romano, cubierto por un gran lazo de cintas de colores que forman el moño de la guitarra, colgada allí para los usos consabidos.



El Barbero.

Dos listones del mismo color y materia que la mesa de pino, se hallan tendidos horizontalmente en la pared. Anchos de seis dedos y largos de una vara, sostienen, ayudados de diez y ocho presillas de cuero, docena y media de navajas, jubiladas las mas y en actual servicio las menos. Por grande que sea la riqueza y elegancia barberil del sangrador jamás exceden de este número los instrumentos cortantes de cada navajero; suele acontecer únicamente, que estos se multipliquen, pero eso sucede pocas veces, y asi se sabe por regla general, que cada barbería tiene un navajero, y cada uno de estos, diez y ocho navajas.

Varias estampas iluminadas, con marcos pocas y sin ellos muchas, adornan las paredes de estos gabinetes, perpetuando la vida, milagros y amores de *Atala* con *Chactas*, las aventuras de *Robinson*, y tal cual retrato de algun heroe frances, por ser este pais el que expende á menos precio sus notabilidades. Una docena de sillas de Victoria, con su correspondiente

sofá de á siete, jamás hace falta en estos lugares. Dos de ellas están en medio de la sala con un paño blanco cada una, destinado á cubrir los hombros del paciente á quien Dios castiga dándole pelos en la cara, y la gente, dicha de buen tono, haciéndoselos quitar.

Con una mano en la cadera, y la otra en el respaldo de una de estas dos sillas, recibe el barbero á los parroquianos, á quienes hace una reverente cortesía, pasando en seguida á recogerles el sombrero, ó á quitarles la capa en invierno. Y acto continuo los envuelve en el mencionado roquete blanco, haciéndoles tomar asiento en el banquillo del sacrificio.

El barbero de que nos ocupamos no es el dueño de la tienda, ni tiene nada que ver con las certificaciones mortuorias que su maestro anda firmando por las casas pobres del barrio; ni prueba tampoco los dulces, que recoge muy á menudo el comadron, gracias á que el mundo no tiene trazas de acabarse por ahora. El barbero, que se ha dirigido por el agua caliente á la cocina, es uno de los aspirantes á la dignidad y prerogativas del maestro sangrador; que este tiene en su casa, y á quienes llama *mancebos* á boca llena.

Estatura regular, pelo castaño, casi incrustado en el carrillo, y formando sobre la sien izquierda un gracioso rizo, que parece participar de la sonrisa que baña á todas horas los lábios del mancebo, jóven de unos 20 á 22 años; casaquilla gris cenicienta, ó un dorman verde claro con felpa blanquecina, forma un bello contraste con el chaleco escocés, y la corbata pagiza. Un pantalon ancho de todas partes y muy ajustado de la rodilla, hace alarde de su hermoso color de grana, en cuanto lo permiten las campanas de hule negro, y las franjas de paño azul. Ultimamente una boina de paño negro con una franja de plata, termina el trage barberil, haciendo llegar hasta el hombro de su dueño una magnífica borla del mismo metal que el galon plateado.

La primera operacion del barbero, apenas tiene á su víctima con el peinador, es sacar del bolsillo de la chaqueta una petaca de cuero, picar un cigarro de los que lleva en ella, hacer con aquellos escombros, otro cigarrillo, forrado en un papel, y colocárselo tras de la oreja. En seguida coge una navaja, cualquiera de las que están en la pared, y pasándola una y otra vez sobre la correa que coloca en la izquierda, se dirige al parroquiano con la siguiente:

—¡Ha visto Vd. que tiempo!... ya ya! ningun año se ha conocido cosa por el estilo! Pues de las provincias dicen lo mismo; á mi me escriben de casa que hace un temporal insufrible. Pues al tendero de enfrente... y los periódicos tambien dicen.....

—Vaya, despache Vd., es lo único que suele contestar el paciente.

—Si, Sr., al momento; ya tenemos corriente lo principal que es *dar chuleta* á la navaja. Ahora continua el barbero, aunque el parroquiano no conteste una sola palabra, le pongo á Vd. la *charretera* y manos á la obra.

Al concluir estas palabras, desaparece por la puerta de la cocina, volviendo á poco rato con una vacía blanca floreada de azul propia de la fábrica de Talavera, de la cual se desprende gran cantidad de agua en vapor; y así sin mas ni menos hace que la garganta del infeliz barbudo llene la media luna de la vacía. Entónces echa mano el barbero al bolsillo de su chaqueta y saca una bola de jabon jaspeado, incrustada de diferentes materias extrañas, gracias á la blandura del jabon, y á las migas de pan y polvo de tabaco, que alternan con dicha bola en el bolsillo.

El agua de la vacía, ha perdido en todo este tiempo mas de 10 grados de temperatura, pero aun se conserva á 80 poco mas ó menos, y el desapiadado barbero, prueba la incombustibilidad de su mano derecha introduciéndola en este liquido, y jabonando despues la cara del parroquiano. En esta operacion suele gastar el barbero menos de un cuarto de hora, y mas de trece minutos, porque este, á no dudarlo, es uno de los mejores pasos del oficio. En él regularmente se distrae el barbero, y pasa y repasa la bola de jabon por el rostro consabido hasta que consigue cubrirle de espuma desde los ojos abajo; y entónces retira la vacía, preparándose para lo mas penoso del sacrificio.

Acto continuo; enciende el cigarro que habia colado tras de la oreja, vuelve á pasar la navaja por la correa, y empieza la formidable, sangrienta y descomunal operacion. El infeliz sentenciado obedece en los giros, las voces ejecutivas del hombre-navaja, que con la menor amabilidad posible, se coloca la cabeza de su víctima debajo del brazo; asoma la suya por encima, y tajo á derecha, tajo á izquierda, humo de tabaco en todas direcciones, varias rociaduras de un líquido viscoso que á no salir de la boca del mancebo, cualquiera tendria por espuma de jabon; todo esto acompañado del enfadoso diálogo sobre el tiempo y la política, y los chismes de la vecindad aumenta la tortura del agraciado, á quien se le pregunta por añadidura: —¿Está dura la navaja? ¿siente usted aspereza?...

—¡Oh! ¡no tal! responde el paciente temiendo la venganza del barbero; y resuelto á perdonarle el sarcasmo de la pregunta, reprime las lágrimas que saltan de sus ojos, y repasa en silencio todo el martirologio, comparando su vida con la de S. Bartolomé y demas santos desollados.

Concluye por fin el barbero de raspar y manosear al parroquiano, y con la mayor impavidez le dice: —¿Quiere usted que la descañone?

¡Huya todo el que no lleve la volubilidad al extremo de mudar de cutis, y no dé nunca una contestacion afirmativa en estos casos! Conténtese con lo sufrido, y concluya la operacion dejándose lavar la cara por fin de fiesta, estableciendo sobre todo una aduana entre el corbatin y la vacía, para que no se forme entre el pecho y su camisa, el sumidero del líquido jabonoso. Lleve con paciencia la caricia final del barbero que le pasará el peinador por la cara, diciendo: —Salud y mandar. Responda: —Gracias, amiguito, y póngale en la mano seis ú ocho cuartos. Con esto y desprenderse de toda educacion, para poder dejar al barbero empezando á referir cualquier historieta, dará vuelta á su casa, y allí se podrá aplicar tres ó cuatro telas de araña segun el número de deslices que hubiese cometido la navaja.

La misma funcion se repite con todos los parroquianos, con mas el guiño de ojos que suelen hacerse mútuamente los barberos cuando entra alguno de barba cerrada, y sobre todo *vidriosa*. En estos casos se necesita una órden expresa del maestro ó una reprimenda de la maestra, para que los mancebos cumplan su obligacion.

Por la mañana temprano, salen de cada barberia uno ó dos mancebos, á cumplir con los parroquianos que esperando en sus casas al barbero suelen perder mas tiempo del que gastarian en arrancarse uno á uno los pelos de la barba.

En cuanto al momento del sacrificio hacen lo mismo, ni mas ni menos que en las tiendas; lo único que suele ocurrir de nuevo en casa de los parroquianos, es la consulta de la amarillenta y desencajada doncella que cuenta en secreto al barbero su enfermedad. Este no es hombre aprensivo, y la ordena unos polvos cualquieras, que tras de cinco ó seis meses de hospital, hacen crónica la palidez, y la pobre muchacha acude con su palma al cementerio. Y hénos aquí en un punto de la fisiologia que nos obliga á decir algo sobre la posicion social del barbero, y sus ocupaciones en el resto del dia.

La primera diligencia del barbero, apenas se ha botado de la cama (á las seis de la mañana en invierno,

y á las cuatro en verano), es sacar las llaves de la tienda debajo de la almohada del maestro; abrir de par en par las puertas de la calle, regar la barberia y un trozo de cuatro varas en cuadro hasta el arroyo, barrerlo muy bien todo, limpiar los muebles, sacudir los peinadores, colgar las vacías en las palomillas que, aunque no han pasado la noche con las llaves, no se quedaron al raso por necesitarlas el maestro debajo de la cama; y últimamente, colocar las puertas vidrieras, meter la cabeza en un cubo de l'*eau veritable* de pozo, hacerse el rizo consabido, ajustarse la corbata escocésa, y sobre todo, alzarse las mangas de la casaquilla, y puntear un poco la vihuela, que es un reclamo seguro para los parroquianos. A esas horas suelen estrenar la navaja los horteras, los jornaleros y tal cual sacristan de monjas. Mas tarde empiezan á rasurarse los que han vendido en las plazuelas á las cuatro de la mañana, y los nacionales que salen de guardia; los mas perezosos, en fin, suelen ser porteros de oficinas, varios holgazanes y demas gente de la que madruga á las diez y no se sabe afeitar sola, ni recibir en su casa al barbero.

Despues de las dos de la tarde apenas acude nadie á las barberias, y entónces coje el mancebo su capa parda, se emboza bien en ella, mete un libro en cuartodebajo del brazo y dirige sus pasos hácia el colegio de medicina, á donde aumenta el número de mas de 2000 capas pardas y otras tantas boinas, propias de otros tantos mancebos de barberia que acuden allí á lo mismo que el nuestro: á ponerse en estado de ser cirujanos romancistas, aprendiendo á sangrar, á echar sanguijuelas, aplicar ventosas, y en suma á que el pueblo los llame *lanceros*, y estár autorizados para llevar siempre consigo la lanceta y demas chismes cortantes del oficio.

En esta época del dia, es cuando el barbero se lanza á la política, y se pronuncia contra el catedrático porque comete la necedad de decirle que estudie si quiere saber cuanto ignora; y en estos casos tiembla el gobierno y vigilan las autoridades, porque los lanceros son un combustible seguro en las revoluciones.

Pero dejando en paz que el estudiante romancista, con cincuenta ó mas de su calaña, vaya encendiendo la guerra por las calles de la capital, cantando el *himno de Riego* en los tiempos del absolutismo, y la *pitita* en las épocas constitucionales; examinemos sus ocupaciones en la tarde del domingo, y demas fiestas solemnes. Dejémosle pasar en vela la noche del sábado, restituyendo el color perdido en ciertos trozos del frac; dando friegas espirituosas á las costuras del pantalon, y cerremos los ojos por un momento, interin el elegante mancebo se afana por encorvar las alas del sombrero, y descose avergonzado las borlas que ha lucido toda una semana, sin que su invencion haya tenido mas prosélitos que el diputado por su provincia, y tal cual cofrade del gremio barberil. Apartemos sobre todo la vista cuando se envuelva en el gaban azul, y no tendremos necesidad de averiguar porque se le vendió en cuarenta reales el criado del cuarto segundo, mandándole por única condicion de venta, que no le usase sin teñir, y mucho menos sin mudarle los botones. Figurémonos ya que el mancebo está en la calle, y procuremos no perderle de vista, porque apenas haya llegado al Prado se confundirá con los primeros elegantes que paseen allí, y en este caso es imposible reconocerle. Los dias de fiesta por la tarde, hace sombra el barbero á las mas esquisitas notabilidades de figurin. Las academias de baile y los teatros caseros le abren sus puertas por la noche; de esto resulta que nuestro mocito se enamora de la hermosa jóven que ocupa la silla inmediata; se vuelve loco de alegria al observar la franqueza con que aquella responde á su amor, la ofrece el brazo al salir, y casi está resuelto á decirla: « Señora marquesa, usted se ha engañado; soy.... un mancebo de barberia; » pero gracias á una llave que la elegante jóven saca del pecho para abrir la puerta de su boardilla, conoce el barbero que no es un obstáculo ser oficiala de modista para vestirse de señora los domingos.

Reducido es, como se ha dicho ya, el número de atenciones pecuniarias que pesan sobre nuestro mancebo, pero siendo algo menores las cantidades que ingresan en sus bolsillos, nos vemos obligados á escudriñar los medios de que se vale para la adquisicion del chaleco blanco, que luce en Minerva y las Delicias, con mas los cuarenta reales de aquel gaban y otras frioleras, que no fundiéndose con los garbanzos en el puchero, gravitan sobre los débiles hombros del mancebito. El maestro le da por único salario la comida, y la maestra le lava gratis camisas y calzoncillos. Puchero y ropa limpia es todo lo que tienen por rasurar á destajo. Los abanicos y pañuelos que de vez en cuando regala á su novia, y las bocanadas de humo habano con que acompaña su amorosa declaracion, son para nuestro propósito del mismo género que los chalecos y las corbatas. ¿De donde sale el dinero para todo? es lo que pretendemos averiguar, suponiendo que no le paga al maestro tres barbas cuando cobra siete, ó que no recoge el valor de cuatro despues de haberlas entregado todas. El barbero en general es honrado, aunque pobre, y solo toma lo ageno contra la voluntad de su dueño, cuando saca tres muelas en vez de una, y este precisamente es uno de sus recursos pecuniarios. El maestro ignora ó aparenta ignorar los casos de medicina y cirugia que diariamente resuelven los mancebos porque él hizo otro tanto en sus mocedades, y porque ya de tiempo inmemorial ha sucedido lo mismo: entre morir de cornada de buey, y ponerse en manos de un barberillo no hay diferencia alguna: la muerte nos hace á todos iguales, y se lleva sus parroquianos como mejor le place. El único consuelo en esos casos es conformarse con la voluntad de Dios, y gracias, que á cada cual le llega su San Martin. Y como este santo se aparece siempre bajo distintas formas, segun la gente á quien visita, el S. Martin de los enfermos pobres que tienen asco al hospital, es el mancebo de la barberia inmediata. Su habilidad en la guitarra le proporciona varios admiradores, que á poco mas se llaman sus amigos, y andando el tiempo enferman, porque la sociedad de Seguros generales no llega á prevenir las calenturas ni las tercianas. Esta última enfermedad es la que mejor conoce el barbero, gracias á los muchos desgraciados que imploran su auxilio cuando sienten el frio de la calentura.

Sea cualquiera la clase de enfermedad que padecen sus parroquianos, los medicamentos que aplica siempre son los mismos. Sangrias, ventosas y sanguijuelas; de este modo cobra por médico, cirujano y barbero á la vez. Lo primero que hace al entregarse de algun enfermo, no es la señal de la cruz, ni otra invocacion por el estilo; se contenta con advertir á la familia del paciente que él no está autorizado para visitar enfermos aunque bien pudiera, pues sabe tanto como cualquier médico, á cuya modesta ignorancia añaden los interesados: — ¡Y algo mas! Con esto basta, para coger la mano del enfermo, hacer con ella lo mismo que hacen los médicos cuando toman el pulso y decir á renglon seguido:

— Esto no vale nada por ahora; haremos una sangria para ver si se presenta enfermedad conocida; y no se aflijan ustedes, añade dirigiéndose á la angustiada familia, tengo unas pastillas secretas que va:.. el *panaceam universalitatem*, que decimos en la facultad. Si hubiese caido usted en manos de algun médico moderno, dice dirigiéndose al paciente, ¡ya la lleva usted larga!

— Como que estan interesados en que duren los males, responde en voz débil el desgraciado. Desde que un compañero de usted, andaluz por cierto, curó á

mi compadre una pulmonia que trujo del hospital no tengo fe ninguna en los médicos.

—Pues ea, venga el brazo, replica el improvisado doctor; y diciendo y haciendo toma una cazuela que le presentan al efecto, saca una cinta del bolsillo, y aquí es donde hace la señal de la cruz sobre la vena que ha de rasgar ó sobre el tendon que ha de romper pero esto no indica miedo en el operario, ni mucho menos que el enfermo se halle poseido de los demonios; sino que asi lo hacia el barbero de su pueblo, y «cuando él lo hacia, estudiado lo tendria.» Por lo demas el mancebo aprendió á sangrar en una hoja de berza, y se atreve á sacar la sangre de cualquiera á traves de una toalla, ó con los ojos vendados.

De estas empresas sale casi siempre mal, como se debe suponer, pero como se viene á la mano, lo que está de Dios, y nadie se muere hasta que sufre la última enfermedad; por mas esfuerzos, que de buena fe hace el barbero para quitar la vida al infeliz que la puso en sus manos, deja de conseguirlo algunas veces, y la naturaleza suele triunfar de la enfermedad, y de los disparates barberiles, que precisamente es la parte mas rebelde y el enemigo mas formidable de la humanidad. Y si estos casos no fuesen del número de las chiripas, algo mas lucido andaria el barbero; porque cuando se pone bueno el zapatero de la boardilla, lo primero que hace es cumplir con el facultativo, aunque para ello necesite destinar los jornales de toda una semana.

Ahora bien, ya parece que con la escrupulosa revista que hemos practicado en todos los pasos de la vida barberil, no debiéramos tener nada que añadir sobre el porvenir de estos señores, apenas han terminado sus años de colegio y establecido su oficina, para cumplir con su lanceta las disposiciones del médico cirujano, y visitar por sí y ante sí á las gentes pobres de su barrio, que no por el deseo de morir mas pronto, sino con ánimo de pagar menos el asesinato, le nombran médico de cabecera. Pero hay una cierta clase de barberos *apóstatas*, que á voz en grito reclaman un lugar en este artículo. Es muy difícil que entre los diversos parroquianos de barba que tiene el mancebo, no cuente algun marqués, senador, diputado á Cortes, ó tal vez un ministro; y en cualquiera de estos casos, especialmente en el último, ya puede decirse que el barbero ha tirado la navaja, y que llegará á ser, cuando menos, comisionado de amortizacion en su pueblo. El mancebo, charlatan de oficio y adulador de circunstancias, no amortigua nunca sus palabras en estas ocasiones, y empieza su carrera reemplazando al ayuda de cámara del ministro, ó sirviendo este oficio por primera vez en casa de S. E. porque no todos los secretarios del despacho usan esta clase de sirvientes. Pasa en seguida á ser secretario particular del magnate, se casa con la doncella mas querida de este señor, y marcha á su pueblo con una comision del gobierno, y una doncella... del ministro á quien afeitaba. Esta brillante posicion no la logran muchos barberos, pero se les presenta á casi todos, y la saben aprovechar algunos.

Hay mas divisiones que hacer aun entre esa clase de gente, que si no vive de lo que rapa como otros muchos, vive rapando que es una vida como otra cualquiera, y no de los peores por cierto. Existe un gremio de barberos *ambulantes*, que nos echaria en cara nuestro olvido, sino diésemos cuenta aquí de sus trabajos, en obsequio del rostro tiznado del carbonero, de la dificultosa patilla del mozo de esquina, y de la evacuacion sanguínea que hace sufrir á los aguadores.

Con una chaqueta de pieles en invierno, y en mangas de camisa los veranos, se ajusta un cinturon de cuero con diferentes bolsas, en las que lleva un par de navajas y otros de tijeras, media docena de nueces chicas con grandes, un trozo de jabon y media vara en cuadro de trapo blanco que fue, una vacia de hierro colada debajo del brazo, un *escalfador* del mismo metal, con agua caliente, en la mano derecha, y un asiento de tijera en la izquierda. Así sale el barbero ambulante todas las mañanas, y se dirige á la fuente inmediata como teatro principal de sus operaciones. Extiende el asiento, acomoda con él al aguador, le introduce una nuez en la boca, chica ó grande segun el calibre del asturiano; á beneficio de este cuerpo extraño *infla* los carrillos el paciente, le jabona el barbero la cara, y entre la navaja y el agua hirviendo, saltan las barbas que crecieron en una semana, y se renuevan las heridas que se cicatrizaron aquel mismo dia tal vez. Esta operacion se repite con todos los aguadores que teniendo barbas, pueden pagar tres cuartos al que se las quita, y seis cuando hace uso de la tijera para pelarle la cabeza, y cogerle tal cual vez las orejas con el mismo instrumento. Ademas de los citados carboneros y mozos de cordel, son tambien pasto del hombre escalfador, los aldeanos transeuntes, que sufren los mismos tajos y las mismas cortaduras, á vista y presencia de todo el que pasea por las calles, y tropieza con estos sangrientos espectáculos. De este modo pasa el barbero ambulante todas las calles de la capital, afeitando gratis á uno de los carboneros para que este le suministre á igual precio el carbon necesario á mantener caliente el agua del escalfador, y entra en un bodegon, cuando se siente acometido del hambre y puede disponer de dos reales, y dar de baja en el barreño de la mondonguera uno de los pucherillos que humean al efecto.

Nada hemos dicho sobre la procedencia de los barberos en cuanto á su naturaleza, ni de su instalacion en las barberias, porque ambas cosas son de poca importancia para nuestros lectores. Aconsejámosles únicamente que rehusen el trato íntimo con los dueños de tienda, porque todos los mancebos se reciben á prueba, y para averiguar su habilidad en la navaja, se estrenan manoseando al párroquiano mas amable y menos exigente. Tauromáquicamente hablando, se diria que la prueba barberil, era la suerte de perros en dia de toros.

Sin embargo, y á pesar de que la elegancia y el aseo interior de las barberias, no cambia en nada las noticias que dejamos apuntadas sobre el barbero, no será demas que los nombres de Reigon, Munilla, y otros varios en cuyos elegantes gabinetes de tocador completo se afeita con delicadeza y esmero, nos sirvan para terminar aquí este artículo.

ANTONIO FLORES.

EL INDIANO.

Si Dios en sus justas iras no hubiera roto las cataratas del cielo y levantado los mares sobre el nivel de la tierra: si Isabel la Católica no hubiera cedido á las súplicas de un extrangero que mendigára de trono en trono algo de proteccion en cambio de un nuevo mundo, no habria en España á quien aplicar con exactitud la calificacion de Indiano. Noé, demostrando desde el arca á sus descendientes como podian surcarse las olas con el auxilio de frágiles leños: Flavio Gioia, regalando á los navegantes desde el bello recinto de Amalfi su portentoso invento de la brújula para que sin temor alguno se desviasen de las costas; Colon, señalando á sus compañeros de viaje regiones desconocidas desde la popa de sus carabelas; Diego Velazquez, Hernan-Cortés y Francisco Pizarro, con la conquista y gobernacion del territorio de América, prepararon al Indiano el teatro de sus glorias, la palestra de sus aventuras. Y, sin que haya vuelta de hoja, la existencia del tipo que nos ocupa va unida á la historia de tan insignes sucesos y de tan altos per-

sonages como el estio al otoño, como la almeja á su concha, como el dolor á la vida.

No teman mis lectores que, prevalido de la voz Indiano, les retrate en bosquejo á un sucesor de Motezuma ó de Atabaliba, que haya bebido en su niñez las aguas del Marañon ó del Orinoco, ni recreado sus ojos infantiles en las cimas del Cuzco ó de los Andes, ni descansado de sus juegos á la sombra de las ceibas ó las palmas. Nada tiene que ver el protagonista de este cuadro con Incas ni con Tlascaltecas, ni sabe cosa alguna en sus primeros años de las Antillas, ni de las Californias. Quien aspire á conocer el país de donde es oriundo, recorra las aldeas de la antigua Cantabria, ó los concejos de Asturias, ó las parroquias de Galicia: tome á su antojo una partida de bautismo, y llámese como quiera de nombre y apellido el sugeto á quien corresponda, se las ha de seguro con el padre, deudo ó amigo de un Indiano, ó con el mismo Indiano en persona. Pocos dias de residencia en cualquiera de esos pueblos le bastan para enterarse á fondo del instinto unánime y vocacion firme del cuajado enjambre de chicos que allí pululan: solo un fanático por la milicia, solo un hombre, cuyos marciales ensueños se balanceen entre broqueles y arcabuces, columbrará en ellos inclinacion á las armas, solo quien delire por la agricultura contará con la robustez de aquellos brazos para el cultivo de las propias tierras. Mas como, por fortuna de la ciencia y por desgracia del individuo, sabe al dedillo todo español que la postracion es el invierno de las naciones, y como esta imágen fúnebre se le presentará mas viva al trasladarse al centro de esos muchachos gallegos, asturianos y montañeses, por cuya circunferencia gira nuestro relato, ha de compararles sin duda á esas bandadas de golondrinas que buscan en mas suaves climas amparo contra las nieves y las escarchas que yerman los vergeles donde fabricáran sus nidos: como ellas emigrarán á centenares apenas consigan desplegar al viento sus alas, y mientras llega ese dia forman en conjunto un abundoso plantel de Indianos.

A duras penas matareis el tiempo en una aldea, si no pasais tres ó cuatro horas al dia en la esquina de una calle ó en el ángulo de una plaza. De este modo observareis de cerca á esos chicos, y os persuadireis de que cuanto les rodea sirve de jugoso pasto al único pensamiento que les anima y crece con ellos y con ellos se desarrolla. Si descubrís algun muchacho que va por leña, no le perdais de vista: el camino que conduce al monte es mas llano y espacioso que todos los de la comarca, y ántes de aprender el Credo, sabia el leñadorcito ser obra de un paisano suyo, que ganó pingüe fortuna á favor de veinte años de permanencia en Lima. Si á la caida de una tarde de verano tropezais con un chicuelo que viene de apacentar cinco ó seis vaquillas y le preguntais donde se guarece de los ardores de la siesta, os ponderará cuán amena sombra le brindan las tapias de una fértil huerta contigua al prado, propiedad de un pariente suyo, si bien remoto, que regresó á su pais cuando Méjico dejó de pertenecer á España. Acaso, sin apercibiros de ello, se os cruce en angosta travesía algun rapaz para quien es árdua empresa sostener la vasija que lleva en la mano, pues si os viniera en voluntad adquirir pormenores sobre aquel encuentro, insignificante segun las apariencias, averiguariais como hace un viaje cotidiano á la taberna en busca de media azumbre que el autor de sus dias, natural de Reinosa, y vecino de Cartagena de Indias, tiene la humorada de costearle á su abuelo, un si es no es dado al mosto. Si sois observador profundo hasta comprendereis como el muchacho, que por su desdicha pasa la niñez endeble y enfermizo, disfruta como todos los de su edad de ese poderoso estímulo, de ese irresistible aliciente, bajo cuyo influjo merma de dia en dia la poblacion española, porque desde el poyo ó tarima, testigo de sus dolencias, tiene fijos sus ojos de contínuo en los terrados y chimeneas de un magnífico edificio, propio de un sugeto á quien los ancianos del pais vieron marchar vestido de paño burdo y con almadreñas, para volver con tres millones de reales, amen de un condado.

Aun cuando no llevo escrita ni una sola línea que no sea indispen sable para el conocimiento, análisis y estudio del tipo, manantial de mis actuales inspiraciones, circunscribiré el asunto á mas estrechos límites para que sobresalgan como es debido las brillantes formas del Aquiles de mi Iliada, del Godofredo de mi Jerusalen, del héroe de mi epopeya. Así como de una crisálida sale una mariposa, un montañés se convierte en Indiano; y afuer de prácticos naturalistas conviene paremos mientes en el incidente mas mínimo que concurra á tan importante metamórfosis.

Si eligiéramos por tipo á un gallego, le trasladáramos desde su hogar á la Coruña: si á un asturiano, forzoso era comenzar por llevarle á Vigo á toda costa; preferimos de buen grado á un montañesillo, y desde su aldea le trasladaremos via recta á Santander. Allí le acompaña su padre ó pariente mas cercano, siendo portador del producto de su última aranzada de tierra, vendida para satisfacer el flete del viajero y para la manutencion de ambos, mientras una velera fragata cierra su registro y sopla viento favorable: en Santander se necesita nordeste hasta para ir á misa. Llegado el instante fiero, el montañés pimpollo, que se columpia entre dos y tres lustros, responde con suspiros á los consejos de su padre, y con sollozos á las exhortaciones de la mujer, en cuya casa se hospedan, y para demostrar si serán impertinentes, baste decir que la compungida dueña llevó al cuello por dige una moneda de la proclamacion de Cárlos III, solemnidad que coincidió con su nacimiento. Por último, en el muelle y con un pié en el bote, que ha de conducirle á bordo de la fragata, recibe el hijo de manos del padre un escapulario de la Virgen de las Angustias, dos bendiciones, tres abrazos y cuatro pesetas sevillanas: sentidas palabras y dolorosas frases dan fin á tan patético cuadro. Triste y macilento regresa el padre de familia al seno de la suya: por honda que sea la del chico desaparece de su corazon ántes que el número de su cabeza: por copiosas y ardientes que broten sus lágrimas, caen, se hielan y confunden entre las primeras olas del golfo de Gascuña. Al doblar el cabo de Finisterre hace crisis la existencia del adalid cántabro: bullen en su mente asombrosas ideas: se ofrecen á sus ojos magníficas ilusiones: pueblan sus sueños nunca vistes imágenes: en perpétuo éxtasis con su porvenir sepulta su pasado en el Letéo: todo lo tiene delante, detras nada; la golondrina engalana ya los espacios con su flexible vuelo: toca ya la crisálida en el primer período de su transformacion: ya se nos presenta el montañés con sus ribetes de Indiano.

A las Indias, como al reino de los cielos, son muchos los llamados y pocos los escogidos. Todos los que dirigen su rumbo á tan encantados paises van á romper lanzas como paladines de un torneo en que es reina la fortuna, dama voluble en sus gracias para los galanes á quienes concede sus favores, consecuente en sus crueldades para los infelices á quienes miró una vez con faz esquiva y desdeñosa. En tanto que vaga la fragata por esas azarosas y movibles sendas que trazan los vientos en los mares; en tanto que divisa las pintorescas playas de Cuba, descifremos, sin hacinar geroglíficos, emblemas ni conjuros, el inmutable sino de los rapaces que van á bordo de ella, escrito, ántes que saliera del astillero, en el voluminoso libro de los hados. Oigamos las palabras, estudiemos el carácter, observemos las acciones del montañesillo del escapulario, diametralmente opues-

tas á las de un primo suyo que come en su mismo plato y duerme en su misma cama, así deduciremos de un modo infalible cuál se halla entre el número de los *escogidos*, y cuál solo en el de los *llamados*.

Mi campeon es alegre y vivaracho; se desliza de noche por la borda del buque á la mesa de guarnicion, donde elige á su estómago por confidente único de cierto hurto consumado en la despensa: solo para hacer alarde de su travesura trepa á todas horas por las jarcias hasta la cofa del trinquete, ó monta á caballo en el bauprés: entretiene con sus agudezas á los pasajeros de popa; traduce el Telémaco y las fábulas de Fedro: sabe de la historia que los moros vinieron á España despues que los romanos, y que D. Castor de Andechaga enarboló en su pueblo la bandera del mal aconsejado príncipe: es el niño mimado de la tripulacion, y como se empeñe en ello hasta tendrá agua dulce para lavarse las manos: lleva recomendaciones para comerciantes, propietarios, tenientes gobernadores y aun para el Intendente de la Habana: no sufre ancas de nadie: si le dan un bofeton devuelve cinco, sin reparar en que mejilla: posee un mediano equipage: saltará en tierra con levita de cutí, sombrero de paja, chaleco de piqué, pantalon blanco, corbatin de gró, y borceguíes. Su primo es el reverso de la medalla: siempre está sério y cabizbajo: come tan solo lo que le dan: sumiso á las mas leves insinuaciones del piloto no sale del recinto comprendido entre la proa y el palo mayor: busca un rinconcillo al sol ó á la sombra, segun cumple á su deseo, y se pasa allí las horas muertas: si le veis con un libro en la mano apostad la vida á que es el Bertoldo ó los Doce Pares de Francia: sábese á bordo que entona el romance de la Rosaura, y que cantó en la misa del Gallo de su pueblo los villancicos, pero no hay fuerzas humanas que alcancen á vencer su obstinado propósito de tener oculta su habilidad: á las palabras que le dirigen responde con rústicas sentencias: nadie le hace caso por adusto; si el contramaestre le da un golpe se volverá con mansedumbre del otro lado para que acabe de saciar su furia: si sopla el viento de proa ó sobreviene una calma chicha, le tasan el agua hasta el extremo de dársela por el oido de un fusil; cuando desembarque lo verificará con el mismo traje que lleva á bordo, salvo que se mudará de camisa y estrenará un chaleco de percal pagizo y unos zapatos de becerro blanco con cintas verdes: lleva una carta de recomendacion para un soldado del Fijo, y cuenta ademas con la benevolencia de un tio suyo, de quien sabe por toda noticia que vivia sano y bueno en Guanabacoa dos años ántes.

Ea, amabilísimos lectores, ¿cual de estos dos seres se os figura que respirará algun dia el ámbar de la opulencia arrullado con la música que formen sus onzas de oro al caer en las arcas de su erario, y engreido con el crédito de que goce su firma en todos los mercados? Aun no es tiempo de que lo sepais.

Hasta que el buque echa el ancla en la bahía de la primera ciudad de Cuba puede decirse que los dos primos han seguido un curso paralelo, como dos arroyos que brotan de un mismo manantial y riegan una misma llanura: desde aquel punto se separan para no encontrarse jamás: fuerza es que los sigamos en sus opuestas y en sus revueltas sinuosidades.

El montañesillo jovial y bullicioso es de los primeros que saltan en tierra, acaso trascurran dos ó tres semanas ántes que lo verifique el del chaleco pagizo: un mes ántes de su llegada ha fallecido su tio en la última miseria: el soldado en quien cifraba su postrer consuelo se halla destacado en lo interior de la Isla, tales son los funestos informes que adquiere el infeliz, hostigando con sus preguntas á cuantos llegan á bordo: no se le alcanza medio de conseguir su licencia de desembarque: se resigna á los rigores de su estrella, y todo lo compone con no decir esta boca es mia. Al fin el capitan de la fragata se conduele de tan triste abandono, y la víspera de tomar la vuelta de Europa le saca á tierra, y se lo encarga al dueño de una bodega, sita en la plaza de S. Francisco, con quien tiene suma franqueza. «Ahí te dejo ese chico, le dice, atiéndele hasta que se coloque.» Y al hallarse con tan inesperada acogida, da el pobre rapaz la primera muestra de no ser indiferente á cuanto le rodea: un solidificado lagrimon resbala lento y despacio por aquel rostro de estuco. Su primo está ya en otro rango, es dependiente en una tienda de ropas de la calle de la Muralla: se grangea el afecto de su amo por lo mucho que promete su viveza y desenfado: lee todas las mañanas el Diario y el Noticioso Lucero: se egercita en la ciencia de vender, no permitiendo salga de allí ningun marchante sin aflojar la mosca é irse



El Indiano.

muy contento; cada semana se le permite una noche de holgura, y el montañesillo va á la retreta: cada mes va al teatro un domingo por la tarde: cada año gana por de pronto cien duros: aprende la partida doble, se perfecciona en el frances y se impone en los primeros rudimentos de la lengua inglesa. Un muchacho de tan brillantes disposiciones debe subir como la espuma, ó no hay justicia en el universo: tiene fe en sí mismo y se envanece al ver cómo le solicitan, ya el primer socio de un almacen de loza, ya un baratillero de la plaza vieja, ofreciéndole triple salario del que disfruta. ¿Como resistir á tan ligeras tentaciones? Tambien le sonsaca de su nueva colocacion con el cebo de mejorar de suerte el ferretero cuya tienda está dos puertas mas arriba. Así anda el montañés de Heródes á Pilátos dos, tres, cuatro años, ganando siempre en provecho y categoría, hasta que

logra pertenecer al escritorio de una casa de comercio, para llevar los libros ó la correspondencia. Hé aquí la época de su apogeo: en pos vienen el reloj y la cadena del metal mas fino de las minas del Perú, y el alfiler de brillantes, y la cámisa de tela real, y el frac negro, y el abono al teatro, y las suscriciones á los bailes de *Sta. Cecilia* y la *Habanera*, y los primeros amores: se encuentra como el pez en el agua, y todos sus conatos se encaminan á equilibrar sus gastos con sus ingresos: su principal no tiene de él queja alguna y comerá el pan de su mesa hasta el dia del juicio, si ambos viven y el montañés no se cansa de ello: ocupémonos de su primo y paisano.

Desde que el capitan del buque le deja en la bodega, hace propósito su dueño de formarlo para sí y de amoldarle á sus hábitos: en pocas palabras le traza cual ha de ser su método de vida; y en su consecuencia el muchacho abandona su catre una hora ántes que salga el sol del cristalino alcázar de Anfitrite: en los primeros meses barre, friega y se ocupa en otros oficios de este jaez: luego que aprende, guisa cuanto comen el amo y sus otros dependientes: hasta los dos ó tres años no le dan sueldo ninguno: despues tampoco se le dan, se le señalan: cuando el bodeguero realice sus intereses dejará treinta ó cuarenta mil duros de capital, y la cantidad que sumen los salarios del montañés con el agregado de su industria y trabajo se reputan por un capital equivalente: otro sócio deposita en metálico la misma cantidad, y ya entra el cantor de la Rosaura á disfrutar en las ganancias una tercera parte. Por lo general nunca se realiza esto sino despues de haber pasado dos ó tres años bisiestos: en tan largo trascurso de dias, solo ha gozado nuestro mancebo tres ratos de solaz, y son un almuerzo que dió su amo en el torreon de la Chorrera en celebridad de haber sacado el premio grande: cinco ó seis partidas de tute que jugó una noche con un compañero suyo mientras estaban en vela por hallarse enfermo el dependiente principal; y ciertos festivos coloquios que tuvo á hurtadillas con una mulata. Ademas de los cotidianos afanes estuvo á la muerte de resultas de la fiebre amarilla, y por milagro se libró de las garras del tétano de la Isla de Cuba.

Ya tenemos en posicion á los dos primos: de ella han de desprenderse de un modo inmediato sus opuestos destinos: ambos sentirian cerrar el ojo sin pisar de nuevo los maravillosos paisages donde corriera su infancia: quizá no esté lejos el dia en que vean colmada esa idea de ventura que con tanto esmero acarician en su mente.

El montañés de la bodega avanza que es un portento: trabajillo le costó descubrir el filon de su mina, mas llegó la época de explotarla, y á fe que lo hace con buen éxito, y no se da mala maña: todo le sale á pedir de boca: no hay empresa que no prospere si en ella figura como socio, ni especulacion que no le reditue siquiera un diez por ciento: tiene en la uña el vocabulario mercantil: sus papeles se reducen á pagarés y letras de cambio: sus libros á los de cuenta y razon, de cargo y data. Al que le pregunte cuándo piensa volver á Europa, le contesta: «¡Quién sabe!» En tan lacónico periodo hay mas significacion de la que pudiéramos darle comentándolo. Pero á fuerza de vogar sus asuntos viento en popa, se determina á soltar prenda. «Así que junte cincuenta mil duros, dice, voy á dar un abrazo á los abuelos.» Se hace el balance por Navidad, y como resulten á su favor cuarenta y nueve mil duros y pico, bregará otros dos meses á fin de completar la suma: entre los Indianos se cuentan real por real los pesos duros, como entre los militares se cuentan los años de servicio dia por dia. Ocurre con frecuencia dilatar el plazo de la vuelta á Europa y duplicar el capital apetecido; porque tambien se asemeja el Indiano al cazador, que sin cimbel ni reclamo se situa á la márgen de un rayo: le costará muchos sudores adquirir elementos tan indispensables para henchir sus jaulas de prisioneros, mas luego que los adquiera caeran pájaros en sus redes como gotas de agua en los campos por la estacion de las lluvias. Todos los afanes, las fatigas, todas las contrariedades que afligen al Indiano, duran lo que tarda en poseer los primeros cien mil reales: vencido este inconveniente como la gracia de Dios se propagan las onzas de oro en sus baules, y se declara entre ellos crónica tan salutífera epidemia. Así que cunde lo bastante al colmo de su anhelo, solo aguarda para hacerse á la vela á que pase el equinoccio de marzo.

Con trasladarse á la Habana y con disfrutar mil y quinientos duros cada año no ha hecho el otro montañés sino ensanchar el círculo de sus necesidades, á medida que se ha dilatado el de sus recursos: medio que conduce á no alcanzar medro alguno: todo lo que no sea trazarse dos circunferencias concéntricas y reducir la que represente los gastos cuanto mas se dilate la de los productos, es andarse por las ramas. Su principal arma es un buque para la costa de Africa, y á instancias suyas arriesga en la expedicion una de sus anualidades: hé aquí la primera y la última de sus especulaciones mercantiles: corre el mes de diciembre: si los vientos no le son constantemente contrarios en todo abril, dará el barco cima á su viaje. Si desembarca en las inmediaciones del Mariel ó del Batabanó trescientos ó cuatrocientos bozales, en lo cual nada habria de milagroso, realizará nuestro jóven su proyecto, refrigerará la sed de diez y siete años en las deliciosas aguas del Nervion. ¡Ah cuántos suicidios se han consumado por haberse destruido castillos fabricados en el aire! ¡Que de huéspedes no han admitido en su seno las casas de Orates y del Nuncio, porque una maléfica ráfaga de desengaños vino á dar al traste con las mas arraigadas ilusiones! ¡Preserve Dios al mercader visoño de tamañas desventuras cuando llegue á sus oidos la fatal noticia que le trae un bergantin, señalado ya en las almenas del Morro, por los mismos dias en que, segun sus planes, debia hallarse dando tumbos en el golfo de las Yeguas! La corbeta expedicionaria cayó en las garras del Leopardo marino, y se declaró buena presa en el tribunal de Sierra Leona. Del mal el menos: el montañés ni se suicida, ni se vuelve loco: abúrrese algun tanto, y al fin decide á todo trance volver á la tierra: su principal le indemniza de la última pérdida, y entre unas cosas y otras reune dos mil duros escasos, y algunas alhajas de su uso.

Ya se ha operado la metamorfosis: ni la madre que los parió conoceria á los antiguos montañeses aunque se encontrára con ellos de manos á boca: el dependiente de la casa de comercio viste con elegancia y se presenta en la calle con el porte de un usía: tambien el bodeguero gasta levita y corbata, y aunque no es airoso ni pulido se ha impregnado su figura en esa especie de barniz que destila la riqueza; maravillosa óptica por cuyo cristal parece mas sutil y delgado su cabello, menos tosco su cútis, y no tan paralela su persona desde hombros á tobillos; ambos pueden caer de sorpresa en la casa paternal solicitando hospedaje al anochecer de un dia nebuloso, ó representando otra inocente farsa que pase á ser anécdota y folletin de un periódico. Aquel montañesillo alegre y bullicioso, que era el Benjamin de sus compañeros de viaje, desembarca en Santander á su regreso de América: trae unos pañuelos de batista para sus hermanas, un cajon de tabacos para su padre, una rueda de cajetillas para el maestro de escuela, y dos cajas de dulce de guayaba para el ama del cura de su pueblo: cumple con todos y todos le agasajan: no llora lástimas á que no ha de proporcionar alivio quien las escuche; y así están sus compatriotas en la creencia de que viene po-

derosísimo de las Indias: le hacen padrino de todas las bodas, y le llevan en palmas á todas las romerías. No le disgustan aquellas distinciones: si permaneciera allí le nombrarian de seguro alcalde ó comandante de la milicia, y no deja de alhagarle lo del uniforme: pero su bolsa vá quedándose sin sustancia, y por lo mismo que le aguijea el orgullo, ántes seria mártir que confesor. Se halla en el caso de tomar una resolucion decisiva, porque el asunto urge, y la que adopta como menos mala es dar otra vez con sus huesos en la isla de Cuba, despues de vivir tres meses entre los suyos. Vuelve de nuevo á su escritorio, y acaba por dar lecciones de gramática y geografía á los hijos de un excelencia.

Aquel otro montañés sério y cabizbajo, á quien todos detestaban por adusto, regresa al país por Nev Yorck, Liverpool, y las capitales de Inglaterra y Francia: habla pestes de los extrangeros porque no comprenden el español, único idioma que posee, y porque para alternar con ellos en la mesa á bordo del *Greatwestern* tenia que ponerse de punta en blanco: celebra su regreso á Europa calzando guantes á sus manos por la primera vez: nada le pregunteis de la Gran-Bretaña, pues solo se detuvo en Londres el tiempo necesario para hacerse un traje completo y para ver que hora era: de Paris os informará mejor; ha asistido una noche á la Academia real de música, ha visto por fuera el cuartel de Inválidos, y compró en cierta estampería una caricatura de Luis Felipe. Procura entrar en su aldea á la sordina: no es portador de ningun regalo: solo trae dinero: nadie sabe á cuánto asciende su fortuna: segun su dictámen en tan graves materias lo que está por decir es la mejor palabra: se lamenta de los tiempos; propiedad de todos los que tienen, llorar para que no les pidan: señala á sus padres una buena mensualidad: edifica una casa de tres pisos mas suntuosa que todas cuantas construyeron sus predecesores en aquellos contornos. ¡Una casa de tres pisos! Pirámide elocuente que atestigüa su victoria, espléndido trofeo de su insigne campaña; gigantesca columna en cuyo pedestal se esculpirá su nombre con letras de oro puro; pirámide, trofeo y columna que servirán de cebo padre por hijo á cuantos montañeses nazcan y se sucedan en el curso de los años, mientras los años no corroan sus cimientos y aplanen su techumbre.

Ni obsequios, ni agasajos le hacen olvidar al recien venido que no es solo en el mundo, y que donde él viva ha de vivir su metálico: y acto contínuo se le vienen á la memoria las contribuciones estraordinarias y los préstamos forzosos: de aquí las cavilaciones y los insomnios y los cálculos ambiguos. Es español rancio, y si en su pais no anduviera todo manga por hombro, como él dice, se estableciera en Santander ó en la Coruña, botaria buques á la mar, y le nombrarian diputado á Córtes ó senador del reino en las primeras elecciones. Tampoco le desagradaria vivir en España sin traer á ella sus capitales; mas como los refranes castellanos son la norma de su conducta, se le ocurre al punto aquel de «Hacienda tu amo te vea» y decide volver á la Habana, no sin dar ántes un vistazo por Madrid, donde permanece quince dias: en ellos conoce á Isabel II, vé la historia natural, pasea una vez en el prado, vá á los toros, asiste á la representacion del *Pelo de la Dehesa*, y frecuenta los ministerios. Merced á estas visitas y á algunos centenares de peluconas, obtiene grado de capitan, ó título de marqués, ó la gran cruz de Isabel la Católica, ó las tres cosas juntas; todo estriba en su desprendimiento. ¡Cómo lo vá á lucir por semana santa en la plaza de armas, en las procesiones y en las iglesias! Esta vez se embarca en la ciudad de Alcídes, y al cabo de un mes pisa de nuevo su tierra de promision. Lejos de experimentar quebranto alguno han crecido sus fondos: se casa con una criolla rica de fortuna y de belleza: administra sus cafetales, beneficia un ingenio en la *vuelta de arriba*, y engrandece su comercio. En seis años le dá su linda pareja seis robustas criaturas: ellas crecerán y darán buena cuenta del fruto de tantos afanes y tan repetidos sinsabores luego que papá cierre el ojo. Mas no le hagais semejante observacion, porque os dejará frios contestándoos: «Por mucho que ellos disfruten con despifarrarlo, no gozarán tanto como yo guardándolo en mis arcones.»

En España no hay pueblo alguno que no surta de habitantes á Querétaro y Caracas, á Montevideo y Arequipa. Como ya no se aparece la madre de Dios á los pastores, ni se tañen solas las campanas cuando entran los arzobispos en las aldeas, mucho es si de cada ciento vuelve uno á su pais satisfecho de haber hallado lo que le indujo á atravesar el charco: basta ese número para que no se resfrie el entusiasmo de sus compatriotas, y para que á un dos por tres imiten su ejemplo. Contadísimos son los que se trasladan con sus fortunas al suelo natal; de como lo hacian ántes son testigos esos edificios que en todos los pueblos de alguna importancia se conocen con el distintivo de *casa del indiano*: á pocas leguas de la corte y en la lóbrega villa de Tembleque, descuella entre su humilde caserío una suntuosa morada con sus honores de palacio, en prueba de que todo el que trae de las Indias buena porcion de barras de oro dedica un espléndido recuerdo al rincon donde tuvo su cuna. Tan populares se hacen estos sucesos que para enteraros de sus mas triviales pormenores no necesitais sino dirigiros á la mas concienzuda santurrona ó á la mas liviana posadera, al primer labrador de aquellos contornos, ó al último mozo de mulas: segun la persona que elijais oireis la historia apetecida en son de jácara ó conseja, de tradicion ó de romance.

«De luengas tierras luengas mentiras», por eso algunos individuos, enriquecidos en América, vienen al pais creyendo que España voga en un océano de venturas: salen de su error á los pocos minutos de pisar las fértiles playas de Andalucía ó la amena costa de Cataluña, y resueltos á no pasar segunda vez el golfo de las Damas, se establecen en Burdeos, donde si no se avienen del todo con el refinamiento de la sociedad francesa, figuran entre lo mas florido, merced á la preponderancia que ejercen sus caudales.

Costumbre es llamar *Indiano* á todo peninsular que regresa de América. Si se lo llamais á alguno y se sonrie es porque, no lo dudeis, al oir como le nombrásteis *Indiano*, dice en sus adentros «sin calzones»; pero si su faz permanece inmoble y su lengua muda, le regalais el oido y teneis delante al verdadero *Indiano*, esto es, al que sale pobre de su aldea y vuelve opulento.

Por último, agradecido al lector, cuya condescendencia le haya inclinado á seguirme hasta este punto, es mi voluntad que si no le agradare el epígrafe de mi artículo, aunque es tan propio como ámplio y significativo, le sustituya con otro mas sonoro y denomine al tipo que dejo bosquejado *el Montañés de las Indias*.

ANTONIO FERRER DEL RIO.

EL ESCRIBIENTE MEMORIALISTA.

No es mi intencion, benévolo lector, trazar aquí un cuadro completo de la existencia del Escribiente Memorialista: se necesitarian mas páginas que tiene un Calepino, solo para trazar el cuadro exterior de la existencia aparente, el panorama material del pobre y desdeñado Memorialista; porque si hubiese de penetrar en el caos de esa vida agitada, si hubiese de seducir á palabras todo lo que encierra su alma de

dolores, de abatimiento, de proyectos y esperanzas, todo el papel de Burgos y Candelario, no bastaria á contener mis reflexiones; toda tu paciencia seria poca para sufrirme. Así, pues, pasaremos rápidamente por ambas faces, desterraremos el insoportable análisis, y como la abeja volaremos de una en otra flor salvo que no libamos miel ni cosa parecida, porque, caro lector, en la vida del Memorialista, apenas hay otra cosa que acibar y cicuta, amargura y dolor.

Vedle, escondido á medias, detras de su biombo, sudando tinta, derramando el genio á borbotones, poniendo continuamente en prensa una inteligencia no vulgar, y todo á tan módico precio, que apenas basta á satisfacer la menor de sus necesidades. Vedle otras veces cruzar las calles de la corte, ligero como una ardilla, activo como el mas activo corredor de la Bolsa. A veces parece una sombra, una pesadilla: por todas partes se le encuentra, siempre incansable, siempre impulsado como una máquina de vapor cuyo motor es el hambre. Verdadero judío errante, apenas el cansancio le detiene algunos momentos, cuando la voz de la necesidad, le grita: «¡*Anda*! ¡*Anda*!» y el Memorialista con un sacudimiento que puede llamarse galvánico, se despoja de su flaqueza mortal y vuelve á cobrar vigor para emprender su camino.

¿Y que necesidad tiene el escribiente, cuya vida parece que debia ser poltrona y sedentaria, de tanta actividad, de tan incansables incursiones, fuera del techo de su vivienda?

Esta es acaso la primera reflexion que se te ocurra, ¡ó inconsiderado lector! ¡ó lector de alma marmórea y berroqueña! ¿piensas tú que el Escribiente Memorialista, escribe las mas veces memoriales ni otra cosa ninguna?

¿Piensas tú que todos los que esta profesion ejercen, saben escribir? Si esto consideráras, conocerias todas las amarguras que el Memorialista sufre, todo el talento que emplea, y el inmenso tesoro de ingenio y de memoria que á veces malgasta, para vivir siempre pobre, para arrastrarse en la abyeccion de la servidumbre y acabar su peregrinacion en el hospital general ó el rincon estrecho de alguna porteria. Por mi parte, te lo digo con verdad, creo que el ser mas desdichado de la tierra, el mas combatido por la fortuna entre todos los otros séres, es el Memorialista.

¿Y en que se ocupa el Memorialista? ¿por que se llama así? ¿En que se ocupa? ¿porque se llama así?—Se ocupa en todo, y se llama así, porque no hay una palabra que pueda significar una profesion tan universal y heterogénea. Podia llamarse *omnibus*, pero por una parte, el Memorialista no es pedante ni sabe latin, y por otra ya está profanada la palabra por asquerosas tartanas é inmundos carro-matos. Otros mil sustantivos podrás encontrar sin duda; pero aun cuando hallases al fin, que no lo creo, la calificacion exacta de este ente universal, reducida á un vocablo, el memorialista no adoptaria la innovacion, porque es enemigo de novedades, y el nombre que lleva, heredado de sus antecesores, es para él mas sagrado, mas noble y respetable, que para un hidalgo de provincia los signos heráldicos de su escudo de armas.

El Memorialista vende cosméticos que vuelven en blanco ó rojo el pelo negro, que quitan el cutis de las manchas y producen otros milagros tan sorprendentes ó mas que los dichos.

Proporciona criados *de ambos sexos*. (No seamos rigoristas: quiere decir de uno ú otro sexo.)

Dá razon de casas de huéspedes, donde por seis reales diarios satisfacen todas las exigencias.

Tiene amas de cria. (No para él: para el que las pida.)

Ajusta cuentas *en toda clase de idiomas*.

Enseña á hacer agua de colonia, betun, cerillas de fósforo y otras ciencias.

Tiene amos que colocar.

Hace toda clase de negocios: és corredor universal.

Por último, (y este es el Memorialista privilegiado, el aristócrata, el doctor *in utroque* de la profesion,) escribe cartas y memoriales, da el sér á los villancicos de noche buena, y á los estrechos para damas y galanes, y si no le confian el juicio del año para el calendario, cúlpese á la oscuridad que le rodea, y que no deja descubrir al genio sumido en el rincon en que se oculta, pero del que mal su grado, ha de salir hoy á donde le vean el sol y el mundo.

Asi verás, lector, que hago bien en clasificar el Memorialista en dos distintas órdenes.

1.° El Memorialista que sabe escribir.

2.° El Memorialista que no sabe escribir, ni leer.

El primero es desde luego hombre pachon y bien hallado, avaro, sedentario tal como tú le concibes: es por último, el memorialista vulgar, sin poesia, todo carne y positivismo. Y sin embargo, si en su cabeza, cupiese una idea de lo bello, si un solo rayo de ilusion cupiese en aquel cerebro macizo y apelmazado, ¿que felicidad envidiaria? ¿que existencia correria mas venturosa y risueña en la populosa corte, aun de escaleras abajo, que es donde se anida la felicidad si es que hay alguna?

Considérate tú, lector, en tu cómoda banqueta, mirando tras de tus vidrios y esperando á la fortuna; (es decir, al parroquiano,) figúrate que ves abrirse la portezuela de tu jaula, y que entra una sonrosada muchacha de ojos vivarachos, modestamente vestida con su limpio traje de percal, arrebujada en su negra mantilla, y sustentando en el siniestro brazo la cesta de la compra. Ya te parece que la ves acercarse á ti....

Detente, lector mio, y no arranques al Memorialista la poca ventura que goza. Tú no serias, además, tan reservado y prudente como él: tú no sabrias guardar en tu corazon todo el tesoro de preciosos secretos, de dulces palabras, de amantes propósitos, de frases apasionadas, que se escapan involuntariamente de aquellos dulces lábios, con la sonora entonacion de las Maravillas y el Rastro. Tú te sonreirias malignamente, tú la echarias á hurtadillas alguna mirada poco casta, que revelaria al instinto de la muchacha que tú no ejercias de mucho tiempo la profesion de Memorialista de ese intérprete de sus amores en quien está acostumbrada á mirar un ente bruto, una máquina inanimada, que no ve sino para escribir, que no oye sino para trasmitir sus palabras al papel, como si estas palabras corriesen á manera de un fluido electrico desde su oido hasta su pluma, sin dejar el menor rastro de sí. Verias entónces cómo retrocedia asombrada, como las palabras se perdian entre sus lábios, como no articulaba mas que frases vagas é incoherentes, sin vida, sin calor.

Retrocede pues, y no turbes al Memorialista en su blando somnambulismo, y á la pobre muchacha en las ilusiones de su ausente amor.

Pasemos ahora al memorialista, que no sabe escribir, al memorialista activo, emprendedor. Este es el que mas trabaja y el que hace ménos fortuna, cosa que no te sorprenderá si consideras que en esta tierra de desalmados, lo mismo nos sucede á todos, desde el patan hasta el covachuelista, desde el zapatero de viejo hasta el ministro de Hacienda. Nuestro desdichado *escribiente*, necesita vegetar sin escribir; engañar con sutileza al que le encarga un memorial, una carta, un comunicado para un periódico, la copia tal vez de algun drama ó novela original. Discúlpase con algun que hacer importante, oye que le llaman, se mueve convulsivamente sobre su banco, como hombre á quien aguijan urgentes negocios, se da en fin la importancia de un secretario del despacho, y atrapando ya en borrador, ya en la memoria la carta, memorial, etc., corre como un relámpago á subarren-

dar el escrito: quédale por consiguiente tan módica ganancia, que es ventura para el asendereado corredor, que no se haya inventado moneda menor que la calderilla.

Le encargas algun criado, nodriza, cochero, mozo para cuidar caballos, etc. No habrá pasado media hora, y tu casa se verá inundada de todos los vagos que en Madrid hurtan pañuelos, de todas las pasiegas de los portales de Santa Cruz, de todo cuanto necesites, en fin. Y cuando consideres que el Memorialista ha corrido en este tiempo los 50 barrios intramuros de Madrid, te reirás, como yo lo hago, de todas esas peligrosas invenciones de los caminos de hierro que tú no has visto ni verás en España. Bien puedes apostar por él contra el mejor caballo del lord Sidney, porque yo tengo para mí que el mas aéreo y ligero de cuantos posee el opulento aristócrata inglés, ha de tener huesos y pellejo como el de Gonela, y el Memorialista todo es momia y cartílagos. Tal le ha parado su pasmosa actividad, tal vive siempre famélico y vacío, que si obedece á las leyes de la gravedad, puede agradecerlo al supremo Autor que sujetó á la tierra con una cadena invisible, al aire como al Memorialista. Y solo así podia tener esa envidiable celeridad, con él es pesada la ardilla y perezoso el gavilan. Si tuviera el olfato del perdiguero, grande seria su fortuna: pero, ¿quien posee juntas tantas perfecciones? ¿á quien no le falta algo para hacer completa su felicidad?

Pero si el Memorialista que no escribe, está flaco y digámoslo así, evaporado, goza en cambio de una salud á prueba, resiste al frio, al calor, al viento, al agua. Es preciso conceder que el ejercicio es un gran elemento de higiene; es fuerza confesar que la dieta es un gran preservativo, y que no en vano la recomiendan los *Brusistas*. ¡Ahí teneis la prueba, incrédulos! el famélico y activo corredor, desafía á Codorniu y á Delgrás: nunca ha entrado en botica; jamás ha querido imponer leyes á la naturaleza. Ella que le ha curtido, escudándole así contra todos los sistemas conocidos de la medicina, ella tendrá cuidado de llamarle á su hora, sin ruido y sin violencia. Esta es una de las pocas venturas que el pobre Memorialista disfruta.

Y ya que hablamos de sus venturas, no las dejemos pasar por alto, pues que de sus desdichas hemos hablado. El Domingo, dia de descanso para todos los que trabajan, (los que no trabajan, no descansan nunca) el Domingo como digo, es el dia de sus mayores felicidades, porque está consagrado al reposo del alma, á las ilusiones risueñas, á la vanidad de que no esta exento el mas humilde de los mortales. La mañana está destinada á las obligaciones religiosas: ayuda misas ó acompaña al viático.

Por la tarde va á Chamberí, ó á la Virgen del Puerto, se pasea gravemente por entre la *canalla*, saluda á las criadas que le deben su colocacion, permite que le den tratamiento, y envuelto en su ancha levita y blandiendo su nudoso baston de encina, olvida por un momento su miseria pavoneándose con ridícula gravedad.

Pero el memorialista debe al fin envejecer, como envejece todo, como el mundo mismo, como la naturaleza misma. Considera su desesperacion, ¡oh lector mio! el ave encerrada en su estrecha jaula, ansiosa de aire y de espacio no sufre lo que el sufre, ligado por la edad; cogido en el lazo inflexible de la vejez. Entónces empieza el reposo de su cuerpo: su destino regular es la portería. ¡La portería! ¡lo que él considera como su degradacion y afrenta!

¡Pobre memorialista! ¡ántes tan activo, libre como el aire, ligero como el águila; ahora encerrado en una angosta celda! ¡ántes tan bullicioso y decidor! ¡ahora tan meditabundo y silencioso! ¡Adios, esperanzas proyectos, ilusiones! ya habeis muerto para el viejo memorialista, que ya no aguarda sino el momento de que le saquen de aquella tumba para encerrarle en otra aun mas estrecha.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL AMA DEL CURA.

Incedo per ignem.
Camino sobre ascuas.

HALLÁBAME asaz embebido en pintar esa singular mujer que nosotros los españoles llamamos figuradamente el ama del cura, calificacion que por sí sola suple por un difuso comentario, cuando de improviso fui sorprendido por una voz que me gritaba: «¡*que te quemas*! ¡*que te quemas*! No yo, sino ella» contesté con viveza sin haber reflexionado todo el valor de esta expresion, sin duda porque las delicadas facciones y las gracias del tipo que habia empezado á trazar escitaron en mi mente ideas demasiado terrenales. Luego, repuesto de la primera sorpresa, y viendo á mi lado un antiguo y apreciable amigo, que era el que me hablaba, retiré pausadamente el guardamano, solté la paleta y los pinceles, y acomodándome bien en la silla le dije:

«En verdad, amigo, que no dejas de tener razon, conozco que he tomado á mi cargo una empresa erizada de punzantes espinas, y rodeada de escollos, pudiendo decir que navego entre Scyla y Caribdis. Ese retrato que aun está en bosquejo, y al que me prometo dar toda la exactitud en las formas, con la mayor perfeccion de coloridos, es el de una española que se diferencia de todas las de su sexo por mas de una circunstancia curiosa é importante de su vida. Ha de representar á la compañera del director de la conciencia de los demas hombres, y no así como quiera compañera, sino compañera inseparable, depositaria de todos sus secretos que le consuela en sus aflicciones y le alienta en sus trabajos pastorales. De aquí nace el papel que ella hace en la sociedad, y de aquí tambien procede que en todos tiempos ha ofrecido un problema de difícil resolucion, escitando la envidia de muchas mujeres por mas de un motivo.

«Si se atiende á que el ama del cura suele ser por lo regular jóven y bonita, ó por lo menos rolliza y no mal encarada; porque esos benditos señores con muy leves escepciones, han dado siempre en la terquedad de tomar amas que llegan á los veinte y nunca pasan de los treinta abriles, faltando á lo que se les preceptúa en repetidos cánones eclesiásticos, se descubre un *fomes pecati* que eternamente ha sido piedra de escándalo para la generalidad, digo la generalidad para que no te imagines hablo de lo que llaman vulgo, porque mira las cosas solo por la corteza, ni creas han pensado esclusivamente de esa matrona con mezquindad ó malicia los que se reunen á matar el tiempo en el café ó en la taberna. Papas y concilios, reyes y legisladores, escritores de moral religiosa, y por complemento muchos poetas, todos, todos se han esforzado en censurar esta costumbre, haciendo contra ella un argumento poderoso del conjunto de estas autoridades:

»De que el señor cura tenga
Por ama una moza alegre,
Siendo mejor una vieja
Para que su ajuar gobierne
¿Que se infiere?

Así se espresaba Iglesias y en verdad que siendo clérigo muy bien podia decir aquello de que *quien las sabe las taññe*. Pero en honor de la justicia me decido á no dar á esta pregunta el valor de un rapto poético, de una inspiracion del dios del Pindo, teniéndola mas bien por una sugestion diabólica de su *ánima apicarada*, que le dió esa libertad en el decir, segun el mismo confiesa; libertad que degenera en ligereza, y le

hace faltar á la veracidad, con olvido de uno de los mejores preceptos de Horacio, pues, si hemos de mirar este asunto con imparcialidad, de que los curas y los clérigos tengan mujeres mozas á su lado, solo puede inferirse, que como es natural prefieren la edad lozana á aquella en que decaen las fuerzas del cuerpo y del espíritu, y por consiguiente para darles en esto razon no precisa meterse en mayores honduras. Así es que se cuenta de un cura que en lugar de un ama de mas de cuarenta tenia dos de mas de veinte y un años cada una, y habiendo sido reconvenido por su superior sobre este particular, le contestó con agudeza: «señor ilustrísimo, en nada he faltado al concilio porque tengo la obra en dos tomos.»

«Pero no es ese el punto de la dificultad, sino que al paso que tanto se ha escrito sobre las amas de los clérigos, como puedes ver si te place en ese gran monton de libros que estan sobre la mesa y he registrado con detencion, hay tambien algunos esclusivamente dedicados á hacer su panegírico sin distincion de mozas ó solteras, no faltando quien las compare con la mujer fuerte del Evangelio, haciendo una larga enumeracion de los servicios que han prestado á la iglesia.

«En medio de este choque de opiniones, solo la filosofía y la propia esperiencia pueden servir de brújula para seguir un seguro derrotero, por lo que me veo precisado á separarme de todas esas autoridades, y tomar el rumbo natural por donde me guia la mas constante y larga observacion, sobre todo cuando ninguno de esos escritores ha tomado en consideracion las diferencias de tiempos, de circunstancias y opiniones que tanto influyen en los hábitos, usos y costumbres de los hombres.

«En paz sea dicho de los encomiadores de las amas de los curas, que tanto nos recuerdan los consejos de san Pablo y las costumbres de los primeros siglos de la cristiandad, lo mismo que de sus exagerados detractores; esa mujer no es lo que los unos sostienen ni lo que los otros discurren; es y será siempre una persona misteriosa é indefinible en su posicion social. No es viuda, casada ni soltera, aunque de todo tiene un poquito; es un ser semi-espiritualizado, que por prevision primero, despues por hábito, y siempre por el mas refinado egoismo, se convierte en un rigoroso trasunto de las ideas, genio y carácter del hombre que lo es todo para ella, y cuyo corazon quiere conquistar, como prenda hipotecaria de su bienestar presente y futuro. Por eso se la vé en toda la escala clerical, desde el canónigo ó el opulento patrimonista hasta el cura de aldea ó el alquitivi, imitando minuciosamente al que se ha dignado tomarla bajo su proteccion, y le trasmite la influencia que disfruta: sigámosla observando en esta escala, que es método analítico y nos ha de suministrar algunos medios de conocerla.

«La primera dificultad que se me presentó cuando empecé á trazar esa figura, fue relativa al trage con que la adornára. Pasaron ya aquellos tiempos en que las amas de los clérigos españoles llamaban por su lujo la atencion del legislador, como lo demuestran varias leyes suntuarias insertas en nuestros códigos, y aunque en muchos pueblos de escaso y pobre vecindario suelen tener reservado en la iglesia, donde debiera desaparecer toda distincion, un lugar preferente, es lo cierto que ni llevan cojines, alfombras, ni cosa que lo valga, ni pueden gastar profusion en el vestir, pues como hoy el abad solo de lo que canta yanta, es decir, que viviendo el cura del pie de altar, consiste lo restante de su renta en esperanzas para cuando el pueblo se encuentre mas adinerado, ó el tesoro haya salido de sus apuros y como las rentas del patrimonista ó nuevo capellan han disminuido en proporcion del valor de los frutos de las fincas, es lo cierto que sus amas no pueden extenderse como quisieran, y tienen que moderar sus gastos, de lo que se lamentan sin cesar, maldiciendo la revolucion y á los reformadores.

«¡Malditos de Dios esos judíos fracmasones que han destruido la religion!» decia el ama de un canónigo que habia ido con este á visitar una compañera. «¿Como querrá vd. creer, doña Josefa, que mi casa está toda desarreglada y desprovista desde que empezaron estas revueltas? A don Tadeo parece que le han echado encima cien años, me figuro que se le ha de ir el juicio.

—Y con sobrada razon: «contestó doña Cándida; lo mismo sucede al mio, porque ¿quien puede mirar con paciencia el estado precario á que nos hallamos reducidos todos los que dependemos de la iglesia? Yo no he podido salir estas pascuas porque todos mis vestidos necesitan compostura; unos por tener la manga antigua y otros el talle muy alto ó muy bajo, y no me he atrevido á llamar la modista por no tener para pagarla.»

»Estas quejas son sin embargo algo exageradas, pues las amas de los clérigos, aun los de aldea, se distinguen todavía por la riqueza del trage. En las ciudades se las vé vestir con la mayor elegancia y gusto esquisito, aunque siempre sin entrar en la última moda por no confundirse con las profanas. En los pueblos de alguna extension gastan mejor apostura que la mujer del juez de primera instancia, si es que este puede mantener á una mujer, lo que ahora anda muy dudoso, ó la del alcalde constitucional, y esto va sube de punto, por serlo regularmente el propietario mas rico de la poblacion, y disfrutar mayor consideracion que el pobre sacerdote de Themis. En los pueblos pequeños y en las aldeas presentan mas lisura, pero siempre el ama se diferencia de sus convecinas por el aseo, primor y finura de la tela de sus ropas, ofreciendo en todas las localidades por resultado la singularidad.

«Causas muy poderosas han influido ciertamente en esta ostentacion lujosa de las amas: unas traen su origen de las combinaciones de su propio interés, y otras es menester buscarlas en el modo de discurrir del clérigo. Piensa el ama, y piensa con fundamento, que el trage comun la confundiria con una simple criada, siendo llano y humilde, que el desaliño no es decente en la del estado honesto; y que el luto de la viuda infunde tristeza. Por eso, tomando el consejo de San Agustin, procura adornarse como la casada, para llamar la atencion de aquel mortal de quien depende su ventura, pero siempre acomodando sus trages á su estado ambiguo y misterioso. El clérigo por su parte, prescindiendo de la natural inclinacion del hombre á ver engalanado el objeto de su aprecio, y de la satisfaccion que produce la presencia de la hermosura con sus legítimos adornos tiene tambien otros motivos muy graves para desearlo así. ¡Que se diria de él si los que viven á su lado no diesen á conocer por su aliño que sabe darles el lugar que á cada uno corresponde, teniendo metotizada y bien morigerada su familia, cuando es el que por obligacion ha de dar ejemplo á los demas! Así mira por el prisma de su disfrazado amor propio el lujo del ama como una cosa consiguiente indispensable, como una muestra de prudencia y prevision. ¡Triste humanidad, siempre débil y estraviada!

«En resúmen, el ama del cura mientras no llega á una edad provecta, en que pueda considerarse como jubilada, solo se diferencia de las demas mujeres por el trage, no en sus formas y prendido, sino por su mayor elegancia y riqueza. Cuando para ella ha pasado el tiempo de las ilusiones, cuando raya en los cincuenta años, entónces, entran los repulgos, los remilgos y los escrupulillos, que tambien se apoderan del buen sacerdote octogenario. Ya gasta por fin saya y manto, ó mantilla lisa, ó á lo mas con una blondita angosta, segun el uso de cada pueblo ó provincia; lleva su alfiler en el pañuelo del cuello, colocado allí

junto á la barba; sus zapatos son de cordoban ó becerrillo, y en cuanto á las pocas canas que le han quedado, las recoge con un cordon negro lo mejor que Dios la da á entender. Nada de pendientes ó arracadas pues no lo permite la enjuta y mortificada oreja, y si en los dedos, que empiezan á padecer igual consuncion, conserva algun anillo, es de cuatro metales para preservarse de un ataque epiléptico, ó el que le regaló su cura allá en cierta ocasion solemne, y ella piensa dejar en herencia á un sobrinito de aquel en prueba del maternal afecto que le conserva, por haberle criado, asi como está en dejarle el remanente de sus ahorros despues de descargada su conciencia, acerca de cuya arreglada disposicion testamentaria ha hecho mas de una consulta al anciano casuista.

«Pero basta de trapos, moños y perifollos, que aunque tratándose de mujeres tienen siempre su importancia, no es este el punto de vista por donde conviene examinar á nuestra heroina y lo que ha dado pié á nuestra conversacion.... Llegando aquí me interrumpió el amigo y dijo: «Ya se á donde vas á parar. El ama del cura de cualquier modo que se vista, hará siempre rancho aparte de todas las demas mujeres por sus maneras, sus hábitos y su modo de pensar.»

«Lo hará, amigo, y lo hace en efecto: esto es muy sencillo, y no necesita comprobarse con la autoridad de Séneca ni de ningun otro filósofo. Basta la luz natural para conocerlo. Este es uno de los muchos casos comprobantes de los sabidos refranes (con perdon del buen Sancho sea dicho): «no con quien naces sino con quien paces» «dime con quien andas decirte hé quien eres» «quien con lobos anda á ahullar se enseña.» ¿Como ha de pensar y obrar una mujer que continuamente pasa sus dias bebiendo los hálitos de un hombre superior á ella en todos conceptos, ya se atienda á la mayor firmeza de su sexo, ya á la edad, ya á la educacion é instruccion, ya, en fin porque es su protector su amigo y su consejero? Ella tiene su dormitorio inmediato al del *Padre* por si se ofrece algo á media noche, hallarse pronta á prestarle todo el servicio que le ha prometido y es de su deber. Por la mañana suele levantarse primero para tener todas las cosas dispuestas y arreglada la casa en lo que se manifiesta muy solícita. En seguida, si este va á la iglesia, ó le acompaña ó entra á ella pocos minutos despues, ó le precede para enterarse del sacristan de si hace falta alguna cosa en el recado de decir misa. De vuelta al hogar se desayunan juntos, y los dias que el uno nada tiene urgente que le obligue á volver á la calle, toma parte en los quehaceres domésticos, ya cuidando los pájaros, y otros animalillos, ya regando las flores, ó cultivando las berzas del corral.

«En todas estas faenas ó entretenimientos le acompaña el ama con su acostumbrada complacencia, y llegada la hora del medio dia comen juntos, duermen ambos la siesta, repitiéndose á la noche la misma escena, de suerte que el ama del cura puede decir como Xira en la tragedia de Voltaire: «á Orosman solamente oigo y veo; de su bondad recibo honras continuas que me esclavizan mas y mas.» viene pues el ama á reducirse á un eco del clérigo; piensa como él, siente lo que él, y obra como él, salvas las diferencias del sexo. Por eso nunca entra en franca sociedad con otras mujeres, á las que se cree superior hallando siempre en ellas motivos de censura. No se acompaña con las mocitas porque no saben hablar como buenas casquivanas, de otra cosa que de novios y las tiene por atolondradas é insustanciales, esto cuando no las califique de lividinosas ó desenvueltas, que es lo mas frecuente. Si por casualidad concurre alguna vez donde hay casadas, y alguna se lamenta de la mala conducta ó del génio áspero del marido, y otra de lo mucho que los chiquillos le dan que hacer, al instante dice:

«¡Gracias á Dios que no tengo que pasar por todas esas penalidades! Si tuviese que sufrir, que contemplar á un hombre tan osco, tan ingrato, me moria á los cuatro dias: por eso no me he casado, y cuenta que no me han faltado proporciones. He tenido la suerte de que el padre es una malva, un almívar, un bendito, un santo, y ademas un pozo de ciencia. ¡Que órden, que reposo, que paz reina en mi casa! No hay mas voluntad que la mia, que siempre es la de él, pues mis complacencias se cifran en obedecerle, así como él en darme gusto en todo. ¡Cuánto pierden los que pierden la tranquilidad del espíritu! Pues ¿y la educacion de los hijos? ¡que cargos, que cargos en la presencia de Dios! ¡Cuántas gracias debo dar á este Señor que me ha librado de tan gran resposabilidad!»

«Si llama á la puerta de su casa una pobre viuda cargada de hijos, que viene acongojada á implorar la caridad de su párroco, ó para que la socorra con alguna limosna que ha sabido se reparte á las de su estado por conducto del mismo, ó para que la consuele ó la alumbre algun arbitrio que la pueda sacar de su indigencia, el ama, informada de su cuita, vuelve á su acostumbrada cantinela. «Cuánto mejor no le habria estado á Vd. no casarse, pues no se veria sola, jóven todavía y cargada de hijos? Vea Vd. por que yo no me atrevido á abrazar un estado que trae en pos de sí tan fatales consecuencias.» Por últimos el ama del clérigo es enteramente opuesta á los casamientos, porque con este austero y místico lenguaje procura disimular su posicion equívoca, y llenar el vacío que esta deja en su conversacion con las que por las diversas relaciones de sus respectivos estados solo hablan de lo que mas les punza, y en cuyos, detalles ni puede ni quiere tomar parte, naciendo de aquí y de la envidia que las casadas escitan en las solteras que se han quedado para vestir imágenes, como suele decirse, el general desvío que entre todas ellas se observa.

«No por esto se crea que el Ama del Cura se muestra siempre mezquina y poco compasiva. Nunca incurre en semejante torpeza, tan contraria á su propio interés: este se disfraza con el manto de la caridad, cuando es oportuno ó indispensable, si hemos de creer al sentencioso La Rochefoucault. ¿Que se diria del Cura y de su Ama si esta no diese limosna, si no socorriese al pobre y al necesitado? Ningun mendigo que llega á su puerta se retira con las manos vacías, especialmente á la hora de medio dia, y en los pueblos pequeños, en que está su casa junto á la parroquia, á la hora de misa mayor. Suelen ser madrinas de bautismo ó confirmacion de los hijos de los pobres, distribuyen el hilado de su lino y lana entre las mas necesitadas, y se encargan de referir al cura los ayes del bracero enfermo que no puede trabajar. Son pues el dechado de las vecinas, el modelo de la caridad cristiana. Tambien suelen tomar á su cargo el cuidado y aseo de algun altar, y cuando pasan de la edad florida dan á todos buenos consejos, cuentan mil ejemplos, milagros y casos prácticos de conciencia; traen siempre un púlpito en las manos, hablando de los apóstoles y el Evangelio, y repitiendo lo que les ha ido enseñando el cura en el largo discurso de su vida. Esto se entiende cuando el buen señor ha sido lo que debe ser un cura, pues tratándose del que olvida su ministerio pastoral, dice misa temprano el dia que la dice, y se marcha de cacería con el hijo del secretario y el del regidor primero, que son dos buenos nenes; del que pasa el dia entero en el ayuntamiento, disputando con el alcalde y el síndico sobre todos los negocios que allí se ventilan y en que toma una parte activa; ó finalmente del que se asocia al eterno juego de la malilla ó del solo en casa del boticario, claro está que el ama nada bueno ha aprendido, y por lo mismo no puede hacer bien este papel. Con todo, como por lo regular la mujer suele ser mas astuta que el hombre, son pocos los casos en que se

encuentra fuera del círculo en que se ha colocado. Su casa está cerrada, y ella dentro, entregada á sus labores como Penélope.

«Empero estas mujeres no viven del todo aisladas: en las ciudades y pueblos numerosos forman tertulia varios clérigos, á la que concurren sus amas, haciendo tercio para jugar un mediator ó una malilla. En esta reunion se habla de todo, concluyéndose por dar un repaso general á la vecindad bajo el conocido tema del desarreglo de las costumbres, y la censura del libertinaje que en ellas se ha introducido. Uno de aquellos señores habla de lo mucho que ha padecido el culto con la reforma del clero, y el eco de este buen eclesiástico, es decir, su ama, cita la supresion de las hermandades y rosarios. Otro saca á volar la inquisicion y los frailes, que eran el mas firme sosten de la iglesia; otro se desata en una furibunda diatriva contra los liberales y el gobierno representativo, y alguno mas anciano cuenta sus dolencias, que el ama no se descuida de lamentar, quejándose de la intemperie de la estacion.

«Luego se habla de música, y no falta aficionado que pondere la buena voz del nuevo sochantre, ó la habilidad del organista, como tampoco quien se queja de haberse introducido en los templos una música profana. En fin, se habla de todo lo acomodado á las ideas de los concurrentes, como el cultivo de las flores, la recoleccion de cosechas, de muebles primorosos, de la cria de animalillos, y por último forma la parte mas sustanciosa y recreativa de la conversacion el buen tabaco, los dulces y los casos ocurridos á los conocidos, que es donde esplayan las amas su reprimida locuacidad, separándose todos amigos y contentos, quedando cada clérigo convencido por su parte de que su ama es la mas discreta de toda la concurrencia, así como esta sale satisfecha de haber sabido lisonjear el amor propio del eclesiástico su protector.

He dicho que el ama no descuida ninguno de sus deberes domésticos, y que lejos de adormecerse en la molicie se levanta antes del dia y se ocupa en la direccion de la casa. En efecto, con dificultad se encuentra una que presente en lo interior mejor aspecto que la del clérigo, y donde esten mas exactamente distribuidos el tiempo y los quehaceres. Los muebles de todos las habitaciones se hallan limpísimos y colocados en su lugar respectivo, lo mismo que los útiles de cocina, y demas oficinas. El perrito y los gatos, animalillos predilectos de los comensales, tienen señalado el sitio donde han de dormir. La criada y el criado los ha escogido tan á propósito que de puro buenos pueden arder en un candil: la primera por callada, limpia y hacendosa, el segundo porque pasa por todo, siendo incapaz de decir fuera lo que pasa de puertas adentro, escelente cualidad tan rara como el ave fénix. Para ello siempre que tiene que tomar algun sirviente, ademas de adquirir ántes los mas minuciosos informes, le hace un largo y prolijo interrogatorio, y concluye con el siguiente catálogo de prevenciones.

«Bien, dice á la que ha de ser criada, en atencion á los buenos informes que me han dado de tí, y á que ni tienes novio, ni piensas tenerlo, es menester que sepas que si te quedas en casa debes no olvidar que esta es un convento, y que has de ser muy humilde. Lo que yo te mande es como si lo mandara el Padre cura, pues aqui no hay mas voz que la mia, y su merced se entiende siempre conmigo, por que estoy enterada en todo y sé cómo se le ha de dar gusto. Nada de cuentecillos á las vecinas de lo que pasa en casa, y poco trato con todas, sin reñir con ninguna.» En cuanto al criado le previene que no ha de tener chichisveo con aquella, entendiéndose para todo solo con el amo y con ella, siendo bien hablado y asistente á la iglesia. Tal es el buen órden que el Ama del Cura observa y hace guardar á sus domésticos.



El Ama del Cura.

«Mas no es oro todo lo que reluce, ni en el mundo hay felicidad completa. Si el clérigo y su ama son de una misma edad, llegan juntos al fin de una vida pacífica, que han pasado pensando esclusivamente en lo que podrán dejar al sobrinito, único objeto de su predileccion. No sucede otro tanto al ama jóven de clérigo anciano, porque esta, en medio de las comodidades y gustos que disfruta, no vive tranquila. Hay

un gusanillo que la roe interiormente, un pensamiento mortificante que la hace temer para lo futuro. La seguridad de su bienestar no solo depende de la vida de aquel sino de su última voluntad, y esta puede no serle favorable, aunque ya tiene hecho testamento en su favor. Hay unos malditos parientes pobres que se han empeñado en heredarle. De aquí su continuo afan para estorbar todo trato y comunicacion del uno con los otros, y aunque esto lo ha conseguido hasta aquí, mientras su bienhechor goza salud, teme el momento crítico de la proximidad al sepulcro, cuando el hombre vé las cosas de este mundo al revés que en todo el discurso de su vida. Asi pasa el ama sus dias entre esperanzas y sobresaltos, recelosa de perder el verdadero precio de tanto sacrificio.

«Llega por fin ese momento fatal tan temido y azaroso: cae gravemente enfermo el clérigo; acuden los parientes, desentendiéndose de anteriores justos motivos de resentimiento, para aprovechar esta ocasion crítica que encubre su sumision ó su bajeza, pero han llegado tarde, y la suerte está echada, porque para ellos ya su pariente no existe. El médico, estimulado disimuladamente por el ama, ha prevenido se acerquen solo al enfermo las personas que le asisten, y ninguno de ellos consigue penetrar en la misteriosa alcoba, de cuyas puertas no se separa el ama un instante. El clérigo atribuye á estremada ingratitud el desden ú olvido que muestran sus parientes; vé los extremos de sentimiento que hace el ama, y muere sin variar su disposicion testamentaria, concluyendo al cabo los temores de la agraciada. Luego que pasan los dias del funeral, despide al criado, conservando solo la criada, reduce algo su gasto, se rodea de su familia, si la tiene, y se dedica esclusivamente á disfrutar los bienes heredados.»

Supongo, lector benévolo, no se habrá escapado á tu sagaz penetracion que eres el amigo á quien he dirigido la palabra desde un principio. Me parece haber satisfecho tu oportuna curiosidad, haber desvanecido tus dudas, y haberte presentado con la exactitud que me ha sido posible el retrato característico de una española, de cuya misteriosa vida tanto se ha escrito y hablado en todos tiempos, y que en el presente sufre como cada hijo de vecino los embates de la tormenta revolucionaria, que tan rápidamente va alterando nuestras antiguas costumbres, de las que apenas nos quedan reminiscencias.

JOSE MARIA TENORIO.

EL PRETENDIENTE.

TRATANDO de delinear los tipos mas generales y característicos de la sociedad española, muy pocos pasos podríamos dar en tan vasto campo, sin tropezar de buenas á primeras con el que queda estampado por cabeza de este artículo.

Donde quiera, con efecto, que dirijamos nuestra vista, donde quiera que alarguemos nuestra mano, *el pretendiente* nos presenta su atareada figura, *el pretendiente* nos ofrece su envejecido memorial. Desde el humilde taller del artesano, hasta los aureos escalones del trono, ni una sola clase, apenas ni un solo individuo, dejamos de ver atacado mas ó menos de esta enfermedad endémica, de este tifus contagioso, designado por los fisiologistas de sociedad con el espresivo título de *la empleo-manía*; y aunque variados en los accidentes, siempre habremos de reconocer en todos ellos los caracteres principales de tal dolencia; la ambicion ó la miseria por causas; la agitacion, la intriga y desvelo por efectos consiguientes. El término del mal tambien varia segun los individuos ó segun las circunstancias; sos hay que se darian por sanos y salvos con la posesion de una estafeta de correos ó un estanquillo de tabacos; los hay que aspiran á ornar su persona con un capisayo de obispo ó un uniforme ministerial; hasta los hemos visto, que en mas elevada clase, no dudaron un punto en lanzarse á la pelea y conmover al pais á trueque de conquistar una corona. Todos son *pretendientes*; todos están atacados del tifus de la ambicion.

Para conseguir sus deseos, cada cual pone de su parte los medios respectivos que entiende por mas análogos; y estos medios, este sistema, varian tambien frecuentemente segun los caractéres peculiares de cada siglo, de cada *civilizacion*, de cada mes. Los que eran ayer oportunos y de seguro efecto, suelen aparecer hoy ridículos y producir el contrario; los que en el momento presente están indicados, hubieran sido temerarios ejercidos en la antigüedad: *la antigüedad* en el lenguaje moderno, suele ser la década última, el año pasado; y nunca mas que ahora tiene su significacion genuina la emblemática figura del tiempo viejo y volador.



El Pretendiente.

Tanto mas difícil para el dibujante retratar con exactitud la fisonomía de un objeto tan móvil, cuanto que á cada paso se viste como el camaleon de los colores que le rodean; que ayer humilde, hoy arrogante; ayer hipócrita y compungido, hoy desenvuelto y lenguaraz, como que parece desafiar á la observacion mas constante, al mas atinado pincel, á la pluma mas bien cortada.

Válganos para el desempeño mas ó menos acertado de nuestra difícil tarea los procedimientos velocí-

feros del siglo en que vivimos; hagamos en vez de un esmerado retrato al óleo, un risueño bosquejo á la aguada; y si esto no basta, préstenos el *daguerreotipo* su máquina ingeniosa, la estereotipia su prodigiosa multiplicidad, el vapor su fuerza de movimiento, y la viva lumbre de su llama el fantástico gas; aun así, procediendo con tan rápidos auxiliares y pidiendo por favor al modelo unos instantes de reposo, todavía nos tememos que ha de cambiar á nuestra vista, y que si le empezamos á dibujar semejante, ha de haber envejecido antes que concluyamos la operacion.

Para ofrecer algun ligero estimulante al complaciente auditorio, bueno será preparar la escena en que ha de aparecer nuestro protagonista, con una primera parte que sirva de prólogo ó introito como acostumbramos los modernos dramaturgos, en el cual alargando nuestra vista retrospectiva á unos diez ó doce años atras, podremos observar cual era entonces el pretendiente cortesano y cuales las condiciones á que habia de sugetarse en aquella *clásica* sociedad. Este paso retrógrado que habrán de dar con nosotros los lectores, hallará gracia en sus corazones, siquiera no sea mas que por la circunstancia de trasladarse en imaginacion á una edad mas juvenil; que tambien en retroceder hay progreso, sobre todo cuando se cuentan diez ó doce navidades de progreso mas.

1823 á 1833.

No bien en aquellos *pretendidos* años apuntaba el bozo en el labio superior del mancebo, y no bien el sacristan del pueblo y el maestro de escuela habian declarado solemnemente que el muchacho *prometia mucho*, como que sabia de memoria casi todas las églogas de Virgilio y recitaba á propósito el *¿Quousque tandem* CATILINA? á todas las Catalinas del pueblo, cuando el padre vicario ó el administrador del duque, que se interesaban por la viuda madre del mancebo, le tomaban bajo su proteccion y amparo; inoculábanle los mas recónditos preceptos de la ciencia del mundo, y con ellos en la cabeza y unos cuantos ducados en el bolsillo, encaminábanle á la córte atravesado en un macho, en busca de la próspera fortuna.

Durante el camino (que por lo regular pasaba de la semana) podia el muchacho entregarse á su sabor á mil profundas meditaciones sobre su porvenir, y adiestrado por las indicaciones de sus maestros, se revestia ya de aquella amanerada compostura, de aquel exterior respetuoso y deferente, de aquella completa abnegacion de sus propios deseos, que al decir de sus patronos le eran necesarios para conquistar las voluntades agenas, para obtener del poderoso el necesario favor.—No hay hombre sin hombre»—repetiase á si mismo el aventurero viandante; y esto le daba materia á estenderse en cálculos sobre cual seria el hombre que el cielo le destinase por escudo, el que la próvida fortuna le habia de brindar como escabel. Sin embargo, la severidad del aspecto del que él suponia su futuro ángel tutelar, lo rígido del servicio ageno y lo crítico de la edad propia influian alternativamente en la imaginacion del mancebo, y allá en lo mas íntimo de su corazon, repitiendo fervientemente el axioma del «hombre con hombre» se ponia á pedir á Dios y los santos que aquel hombre fuese si era posible... una mujer.

Llegado á Madrid, su primera diligencia era entregar las cartas del vicario al padre guardian de San Francisco, ó al mayordomo de S. E. el regalito del administrador; con lo cual y sus sucesivas visitas al paisano funcionario ó al pariente mercader, entregábase nuestro neófito á las primeras pruebas de su curso social, de este curso social, de este curso que el vulgo maligno se placia en designar con el título espresivo de *gramática parda*; que los rígidos censores apellidaban *falsa mónita*, y que daba en fin al que sabia aprovecharle el apreciado título de *mozo de provecho*.

Un mozo *de provecho* era por entónces un diligente mancebo, que hacia buena letra y ayudaba á misa todos los dias; que si su patrono era el fraile, entraba de esclavo en tres ó cuatro cofradías, llevaba el estandarte en las procesiones, ó en los rosarios el farol: si servia al abogado ó al fiscal, limpiaba las ropas, y ponia los alegatos y respuestas, iba á comprar á la plaza, y agenciaba aguinaldo, por pascuas, ferias, y dulces en cualquier ocasion. Si era al mayordomo de su escelencia, estendia los tratados secretos con los arrendadores y comensales, llevaba la cuenta de la refaccion de las once y bajaba al portal á ver pasar el carbon, si era en fin ahijado del mercader, barria al amanecer la tienda, comia en la hortera, y daba trazas para el recibo de un fardo sin pasar por la aduana, ó enganchaba á las parroquianas con su charla y su despejo marcial.

Triste habia de correr la suerte del tal mocito, para que á vuelta de algunos años de sublime abnegacion no acertase á meter la cabeza de *meritorio* en alguna oficina, por recomendacion del padre guardian; ó á ascender á paje del consejero ú oficial de la escribanía de cámara; ó á entrar de escribiente en la contaduria de S. E.; ó á aspirar á la mano de una hija del mercader.

A propósito de faldas; cuando el *hombre* de nuestro hombre era muger; cuando su ingenio despejado ó su próspera fortuna le hacian interesar en esta á la mas bella mitad del género humano, entonces el avance en la carrera era por lo regular mas rápido; entonces volaba por los espacios de la dicha, sostenido é impulsado por las alas del amor. Verdad es que el tierno rapazuelo solia aparecérsele bajo la fementida estampa de una dueña quintañona, moza de retrete de palacio ó viuda de un covachuelo: de una taimada doncella protegida del viejo consejero; de una sobrina anónima del padre guardian; ó de la mas contrahecha y antipática de las hijas del mercader. Pero.... ¿quién dijo miedo? la ocasion la pintan calva, y no por eso deja de tener demasiados apasionados; y nuestro pretendiente de entónces rendia el mas humilde tributo á la diosa de la ocasion.

Limitándonos, pues, al pretendiente propiamente dicho, que era el que seguia la carrera de los empleos públicos, lo regular era que, á vuelta de alguna de aquellas combinaciones, acertase al fin á calzarse una administracion de rentas ó una visita de propios, con que brillar en mayor escala en una capital de provincia; y si era letrado y acertaba á enlazar su mano con una de las ya indicadas doncellas, lo natural era ponerle una vara.... en las manos, y enviarle de alcalde mayor a Móstoles ó á Griñon.—Pero está variante del *pretendiente á varas* merece por sí solo un episodio, que habrán de perdonar los lectores, como uno de los tipos mas característicos de la época en cuestion.

Figúrense pues, (si no lo han por enojo) un hombre grave, ventrudo y reluciente, entrado ya en los ocho lustros (pues entonces la capacidad y las togas no se concedian sino á los que acertaban á casarse con la hija de una camarista) que concluido su primer sexenio en un pueblo de las montañas de Leon, se hallaba en la necesidad de venir á la córte, en solicitud de la consulta de la cámara de Castilla, necesaria para ser proveido en un juzgado superior.—Sorprendámosle en las primeras horas de la mañana, paseando reposado el portalon de los consejos, ó las galerias bajas de palacio, espiando el instante de que suene el coche del presidente de Castilla ó del ministro de gracia y justicia para colocarse al pié del estribo, con papel en mano, cabeza al aire, y encorvada espina dorsal. Esta rápida transicion en un hombre que pocos momentos antes ostentaba todo el aire de un *capitan de guerra*, y cuyo trage serio y de oficio, sus medias, calzon y casaca negros, su blanca corbata, su caña con

puño de oro y su tricornio horizontal, daban muestras visibles de hallarse pocos dias antes colocado al frente de todo un partido, encima de todo un pueblo, á la cabeza de todo un ayuntamiento, y en un importante empleo, término entre merced y señoría; esta súbita metamorfosis, repetimos, desde la autoridad á la demanda, desde el funcionario al postulante, desde la providencia al memorial, era en efecto una de las mas graciosas y dignas de observacion.

A la presencia del magnate, la autoridad del alcalde desaparecia, y en su lugar se reflejaba en su semblante toda la humildad y compuncion del *ex*; calculaba sus movimientos; media sus palabras por las palabras y movimientos del presidente ó del ministro; (porque conviene saber que entonces los ministros y los presidentes lo eran *de veras*, y su presencia hacia temblar las rodillas y balbucear la voz del mas aguerrido presidente); sacaba del bolsillo un ciento de relaciones y testimonios de méritos; esforzábase á comentarios con la palabra, y si por toda respuesta obtenia una benévola sonrisa ó un dudoso *veremos* del magistrado, deshaciase á cortesías que pudieran llamarse genuflexiones, quebraba el hilo de su discurso, paralizábanse sus miembros y caian inadvertidamente de sus manos sombrero y baston.—Esta escena repetida diariamente durante tres ó cuatro meses, acababa por darle un primer lugar en la consulta de la Cámara, una línea en la Guía de Forasteros, y una segunda vara con que hacer el Sancho Abarca en Avila ó en Alcaraz.

Pero el proto-tipo de la época en cuestion, y la *vera efigies* del pretendiente veterano, era *D. Verecundo Corbeta y Luenga vista*, cuya animada historia ocupó ya el clarín de la Fama, y de cuyo dramático desenlace quedan todavía recuerdos en el Nuncio de Toledo.

Ninguno como D. Verecundo acertó á reunir en su privilegiada persona la esbeltez é impermeabilidad físicas, la ductilidad y movilidad huesosas, la imperturbabilidad fósil, la diligencia y actividad mental, necesarias al hombre que para alcanzar el término que desea no cuenta con mas favor que su perseverancia, su ingenio y su físico á prueba de vientos y tempestad. Nadie como él llegó á obligar á sus ojos á velar dia y noche, y á ver de lejos al ministro ó á su amigo, ó al amigo de su amigo, ó al pariente de su pariente; nadie como él acertó á escuchar los pensamientos del poderoso, á calcular sus próximos deseos, á leer en sus ojos las mas remotas esperanzas; nadie en fin llegó á olfatear de mas lejos las próximas elevaciones, las remotas caidas de los magnates cortesanos, con un instinto semejante al del ave que predice anticipadamente la borrasca en un sereno cielo, ó que canta adivinando la futura vuelta del aura primaveral.

Verdaderamente grande en sus pensamientos, el blanco de sus tiros se extendia á todos los empleos civiles y eclesiásticos, desde una intendencia hasta una plaza de aforador, desde una demanda de monjas hasta un deanato de catedral. Escribia 365 memoriales en cada año y 366 los que eran bisiestos; pero tenia la precaucion de repartirlos entre los cinco ministros; y acontecíale á veces entablar simultáneamente dos solicitudes á una plaza de correo de gabinete ó una reposada canongía, á una direccion de rentas ó á una portería militar.

Los escribientes, los oficiales, los ministros, los porteros, los centinelas, todos le conocian y mostraban el semblante risueño, y sin embargo ¡los ingratos! le dejaban envejecer en la tarea, y si le alargaban la mano era solo para darle un empujon. Pero él, impávido, no por eso cejaba en su propósito, antes bien reproduciéndose fabulosamente, siempre se le veia de gefe de fila de toda audiencia, de fila marmórea de toda escalera, de trasto obligado de toda antesala, y aun llevó su audacia hasta el extremo de introducirse un dia furtivamente en el coche del ministro y esperarle allí á pié firme y en la mano el memorial.—Verdad es que aquel dia precisamente era el dia 29 de setiembre de 1834, en que Fernando VII murió definitivamente y por la última vez.

1833 á 1843.

Un pretendiente como los que quedan delineados seria un verdadero anacronismo en estos tiempos de gracia y de progreso social. Ahora los honores y los empleos públicos no se reciben; se toman por asalto á la punta de la espada ó á la boca de un fusil; y para hablar con mas propiedad, con los tiros de la elocuencia ó los cañones de la pluma, á la luz del dia y entre los agitados gritos de la plaza pública, ó en las sombras de la noche, entre los tenebrosos círculos de la conspiracion. ¡Papel sellado, cortesías y genuflexiones, audiencias y cartas recomendatorias!... papeles mojados, viejos, de figuron, resortes mohosos y gastados; habiendo imprentas y tinteros, y espadas y tribunas, y juramentos y apostasías y oratoria de levaduras y masas dispuestas á fermentar.

Además ¿á quien pudiera satisfacer como antiguamente un miserable empleillo de *escala*, en que era preciso constituirse en eterno fiscal de la salud de quince ó veinte delanteros, espiar la llegada de una benéfica pulmonía para el uno, la de una tisis para el otro, ó calcular en fin sobre la futura boda con una hija recien nacida del gefe? Y todo ¿para qué? para llegar al cabo de muchos años á colocarse en el centro de la mesa, en lugar de colocarse á la esquina; para cobrar en los últimos meses de la vida algunos reales mas.

Ahora bendito Dios, es distinto, y puede principiarse por donde acababan nuestros retrógados abuelos. — Ejemplo.

Aparece en una de nuestras mil y tantas universidades un estudiantillo despierto y procaz, que argumenta fuerte *ad hominem y ad mulierem*; que niega la autoridad del libro, del maestro, de la ley; que habla á todas horas y sobre todas materias, sin la mas mínima aprension; que escribe en mala prosa y peores versos discursos políticos, letrillas fúnebres, sátiras amargas y protestas enérgicas contra la sociedad. — No hay remedio. La estrella de este niño es ser un hombre grande, su mision sobre la tierra ser ministro, los medios para llevarlo á cabo, su pico, su pluma y su carácter audaz.

Pertrechado con tan buenos atavíos, descuélgase en la corte, que para él no es mas que un teatro donde hace su primera salida. Pónese á contemplar los hombres á quienes se digna conferir mentalmente los demas papeles; mira colocarse á su frente á los curiosos espectadores; tira él mismo la cortina, suena el silbato, y comienza á representar.

Por lo regular la escena suele ofrecer el interior de una redaccion de periódico, en donde entre el humo del cigarro y el trafago de papeles y personajes, se deja ver nuestro mozo colocado primero en los puestos inferiores y armado de una tijera, (inteligencia mecánica del redactor subalterno de *noticias varias* ó envuelto humildemente entre las flores del *folletin*. De allí á unos dias, auxiliado por una vacante repentina, una enfermedad súbita ó una espontánea inspiracion, salta los últimos términos del periódico, abrázase á sus columnas, trepa por ellas, tiende el paño y comienza á lanzar desde aquella altura los dardos acerados que afilaba para esta ocasion. — Sus colaboradores se admiran y estasian de aquel *ex abrupto*; el público aplaude la demasía, los funcionarios atacados que al principio desprecian los fuegos de aquel insignificante enemigo, mas tarde quieren atraérsele con una mezquina gracia; pero él, lejos de humillarseles y atender á sus bondades, les persigue, les acosa

incesantemente, les lanza por miles las acusaciones, les busca enemigos en su propio bando, les separa de sus propios súbditos, y les mira en fin, engreido con la llaneza de igual, con la arrogancia de dueño, con la sarcástica sonrisa de un genio fascinador. Y sin embargo, todos aquellos argumentos no son muchas veces conviccion: todos aquellos insultos no son odio ni enemistad: todas aquellas apóstrofes no son dañada intencion. —¿Pues que son entónces?..—¿No lo han adivinado los lectores?..—Súplicas impresas; rebozado material.

A los pocos dias de los mas furibundos ataques, el enemigo cede, los preliminares de paz comienzan, la enérgica pluma del publicista va haciéndose mas dúctil y suspicaz; calla luego de repente, y en la semana próxima viene encabezado el Boletin oficial de una provincia con esta alocucion:

HABITANTES DE.....

El supremo gobierno, celoso siempre por el bienestar de los pueblos, se ha dignado conferirme el mando de esta provincia, etc.,

y firmado por el mismo *Pretendiente* en cuestion. — Pero alto ahí, pluma parlera, no hay que salirse del tipo que hoy nos ocupa; dejemos para otra mas atrevida y versada en estas materias, el delinear uno de los mas risueños de la época, el tipo de *La autoridad*.

La fama de nuestro hombre grande, no cabiendo á veces en los salones de la capital, y viniéndole aun estrecho el uniforme de covachuelo ó de gefe, vuela diligente por las ciudades y aldeas de su provincia, y hace repetir las glorias del personaje por mil lenguas entusiastas ó comanditarias. Por cuanto á la sazon la dicha provincia suele hallarse ocupada en procurarse un padre que la defienda por tres años en el Congreso nacional *de esta corte*, como dicen los ciegos papeleros. ¡Que mejor ocasion! Hínchanse con el nombre del joven candidato las urnas electorales; vótanle regocijados como patrono aquellos que le auxiliaron con algunos realejos para venir á darse en espectáculo á los heróicos vecinos de Madrid: admiran y encomian su improvisado talento los mismos que ha poco tiempo le negaban hasta el sentido comun: dispútansele y le proclaman los propios parientes y amigos que antes no hallaban ocasion para echarle de sí.

Ya le tenemos, pues, sentado en los escaños del parlamento; sus discursos fogosos arrebatan á la multitud; lanzado á la tribuna, truena con voz terrible contra los hombres del poder; apostrófales duramente por sus palabras, por sus acciones, por sus pensamientos; llama en su apoyo la opinion del país y de la Europa entera, y concita á sus conciudadanos á salvar la patria, á derrocar la tirania, á vengar la libertad...—Al dia siguiente el fogoso tribuno es llamado á sentarse en el negro banco; y en fuerza de su mágica influencia cambia de continente, modera sus acciones, mitiga sus palabras y prueba que es necesario á todo buen patricio acudir ganoso á defender el órden y robustecer su poder. —No hay como los teatros parlamentarios para estos dramas *á grande espectáculo*; no hay como los gobiernos representativos para estas representaciones *á beneficio* de un actor.

No todos, es verdad, acuden al gran teatro de la corte á desplegar sus facultades. Pretendientes hay tambien *de la legua*, que sin salir de su pueblo y sin grandes escándalos acaban por conseguir; que modestos y buenos ciudadanos, hombres francos y desinteresados, se hacen la violencia de servir al pueblo en las cargas concejiles, de crear establecimientos benéficos, de mandar la fuerza armada, ó influir con sus consejos en la opinion; el pueblo en recompensa les nombra sus patronos, les encomia, les ensalza, y acaba por imponérselos al mismo gobierno como una necesidad. Este camino es acaso mas lento, pero mas seguro: los aduladores del poder reciben por premio un insignificante diploma ó una módica soldada: los que sirven al pueblo pueden aspirar á una corona cívica ó un sillon ministerial.

Otros, echando por diverso camino, sostienen con destreza el precioso balancin, y ora trabajan y se agitan de órden superior en favor de una candidatura circular: ora se descuelgan desde su rincon con un comunicado vejigatorio contra la autoridad: ya proponen en pleno concejo cien planes de público beneficio, ya dan auxilio al intendente para llevar á sangre y fuego la recaudacion del subsidio industrial: ora en fin marchan al frente de los mas ardientes agitadores, reunen la fuerza armada y se pronuncian por la anarquía, ora se colocan al lado de la autoridad cuando esta manda algunos batallones, y se precian y glorian de sostener los buenos principios, el órden y la justicia.

Otros por último, careciendo de estos recursos intelectuales, y mas prosáicos en sus medios de accion, benefician en provecho propio el saber ó la influencia de un lejano pariente, de un condiscípulo, de un amigo, ¡y quien en estos benditos tiempos no es condiscípulo, amigo ó pariente de algun hombre grande! No hay en la estension de la monarquia ciudad ni villa, lugar, aldea ni despoblado, que no haya producido un ministro al menos, y los grandes oradores, los eminentes repúblicos, los héroes de todos calibres, nacen espontáneamente á cada paso en este siglo feliz.

EPILOGO.—Todos aquellos servicios, todos estos manejos pueden traducirse por *pretension* pura, puro y esplícito *memorial*. La hipocresia religiosa ha cedido el paso á la filantropia política; el amor de la patria es hoy en ciertos labios lo mismo que era en otros anteriormente el amor de Dios: el club ha sustituido á la cofradia, al estandarte la bandera, y á la imágen del santo la inveterada efigie de algun santon.

El *Pretendiente*, este tipo prodigiosamente móvil é impresionable á quien comparábamos en el principio de este artículo con el simpático camaleon, reviste como él todos las matices que le rodean, trueca los ídolos antiguos por otros nuevos; olvida la añeja flexibilidad del espinazo, y apela á la fuerza de sus pulmones; ataca por asalto la plaza que antes bloqueaba, y en vez de presentarse con humildes memoriales, habla gordo al poder y le impone su *pretension*.

EL CURIOSO PARLANTE.

LA CRIADA.

Dichoso el mortal que cansado de la vida bulliciosa y arrastrada, de los placeres fáciles y de la dependencia paternal, da entrada en su mente á graves reflexiones que fijan de una vez el firme propósito que ha hecho de mudar de estado y condicion. Este mortal precisamente piensa en casarse, y desde el instante en que lo piensa, establece por alto un balance general de sus fondos, con el objeto de arreglar la cuenta corriente de su casa. Ya se entiende que esta operacion tiene lugar en la imaginacion de un hombre prudente y económico, ó que se empeña en serlo, luego que asciende á la clase de cabeza de familia: si se propone seguir como hasta allí, dado á la disipacion ó á los vicios, nada establece, ni cuenta corriente, ni balance, pues que solo se casa por variar, por probar de todo, como él dice, y á salga lo que saliere.

Esto no quiere decir que el pretendiente á marido, por mucho juicio que abrigue su mollera ó por grandes que sean sus deseos de convertirse en hombre de bien, no padezca extraordinarias equivocaciones en el arreglo de los cálculos que forma para la acertada

marcha y sabia distribucion de las domésticas urgencias que comienzan á acosar su corazon y su bolsillo bastantes dias ántes de aquel afortunado en que recibe la bendicion nupcial. Padécelas en efecto, y la prueba está á la mano. Sabe por ejemplo que la casa le cuesta *dos mil nuevecientos reales anuales* á razon de ocho diarios; que la plaza, la tahona, el vinatero, el lonjista y el carnicero le consumen un duro largo; que tiene que aflojar entre carbonería y aguador dos ó tres duros mas mensuales: item otros dos ó tres de lavandera, con la añadidura del gasto de costurera y planchadora, y de *cuatro* reales al mozo de la compañía á que pertenece, si es miliciano nacional. Sabe tambien que ha de llevar de vez en cuando á su esposa al *Príncipe*, al *Circo* y á la *Cruz*, porque al fin no se casa ella para meterse cartuja, y que la ha de llevar de modo que no desmerezca en su porte de las



La Criada.

demas señoras que se dejan ver en público: si hay angelitos, es forzoso que el presupuesto vaya ascendiendo en progresion del número de los que van asomando las narices al mundo, empezando por la casa y acabando por el ama de cria, por la niñera y por el maestro de primeras letras. Agréguense á estas partidas las sueltas del sastre, del zapatero, de la modista, de la *fábrica de guantes* y otras por el estilo, y tendremos que un honrado marido cree inocentemente que sus desembolsos anuales ascienden, poco mas ó menos, á tanto ó cuanto.

Pero el honrado marido ha echado la cuenta sin la huéspeda; quiero decir, sin la Criada, sin esta perla de todas las provincias de España, sin este tipo hermoso, feo, sucio, reluciente como plata, fiel, vendido, siempre murmurador, siempre alegre, respondon, cariñoso, atrevido y de rompe y rasga. El cabeza de familia comprende muy bien que tiene Criada en su casa, porque se vé obligado á destinar para ese renglon cincuenta ó sesenta reales; llega así mismo á su noticia que la tal se llama Manuela, Juana, Ignacia ó cosa semejante, y por conversaciones que casualmente ha presenciado, habidas entre su cara mitad y la vecina del otro cuarto, se ha convencido de que para que sus asuntos de puertas adentro y aun de puertas afuera continuen bajo un órden regular, es absolutamente indispensable mudar de Criada todos los meses.

A estas semi-noticias se reducen los resultados de las investigaciones del hombre casado: la muger casada ya es otra cosa con respecto á la Criada; la observa en sus manejos interiores de cocina; cuenta los minutos que tarda en los recados, y se informa minuciosamente de sus amistades y de sus amores de calle. Cuando la recibe, la sujeta á un exámen riguroso; la primera pregunta se reduce generalmente á averiguar las casas en que ha servido; despues entran el pueblo de su nacimiento, el nombre, la habilidad, las personas de categoría que la abonan, si es que no va recomendada por agencia ó por memorialista, y por último los honorarios que pide.

Para entender esto algo mejor voy á copiar un diálogo de los muchos de esta especie con que pudiera entretener al lector.

Lorenza es una muchacha alcarreña, novicia en las calles de Madrid, que sin embargo no ignora donde le aprieta el zapato: solo ha servido en casa de un empleado, habiendo dejado la colocacion porque andaba el pan debajo de llave y la soldada por las nubes. Cansada de contar sus cuitas á sus compañeras, y de bailar en *Chamberí* los domingos, se decide á presentarse en el cuarto de doña Engracia, mujer de un cesante, cuya Criada ha sido despedida por devaneos con un cabo de no sé que regimiento, y por chismosa.

Entre D.ª Engracia y Lorenza se entabla la conversacion de este modo, despues de los *buenos dias*, y el *cómo está usté* de ordenanza:

—Me han dicho que necesita Vd. Criada y venia...

—¿Tiene Vd. personas que la abonen? D.ª Engracia, al hacer esta pregunta, fija sus ojos inquisidores en la fisonomía de Lorenza; esta se mantiene en una actitud que indica no haber roto un plato en toda su vida. Despues de su respuesta afirmativa prosigue el exámen de conciencia:

—¿Que sabe Vd. hacer?—«Yo, Sra.... todo lo de una casa: sé barrer, comprar, hacer las camas, fregar, limpiar el polvo....—¿Y guisar?—Guisar... tambien. Vamos... quiero decir.... no sé hacer *primores* que digamos, pero así, lo ordinario... en fin, arrimar un puchero, y espumarlo, y preparar una tortilla ó freir un par de huevos, ú otra cosa por el estilo... ¡Oh! En cuanto á eso, sí Sra. En cá el señor de loterías no habia mas que yo para la cocina y en jamás tuvo que regañarme la Sra. porque los garbanzos salian duros. ¡Pues no faltaba mas!—No, pues si nos convenimos, aquí no tendrá V. mucho trabajo: por la mañana.... eso sí, me gusta que las criadas madruguen mucho; en este tiempo me parece que á las cinco es una hora regular.—Sí Señora.—Y ademas, yo padezco mucho de debilidades y necesito tomar el chocolate temprano. Mire V.: en cuanto V. se levante, me enciende V. la lumbre; en seguida baja V. á buscar la leche y un panecillo; luego hace V. mi chocolate; despues el del amo; mientras yo me levanto barre V. la sala, el gabinete, el comedor y el recibimiento... ¡ah! y me tiene us-

ted mucho cuidado de limpiar bien los cristales; concluido esto, viste V. á los niños, les dá el desayuno y los lleva á la escuela; á la vuelta compra V. lo necesario en la plaza, dispone V. el almuerzo, que ha de estar en la mesa á las once en punto, para que el amo no refunfuñe, y entretanto se pueden hacer las camas y lo demas de la casa. Para la comida ya lo sabe V.; nosotros comemos á las cinco, despues que traiga V. los niños de la escuela: ese es poco trabajo, porque aquí no comemos principios; eso sí, un cocido abundante y santas pascuas; lo que es hambre no pasará V. en mi casa, y tampoco le faltará lo suyo todos los meses. —Ya lo sé, Sra., que á no ser así, tampoco hubiera venido, porque en algunas partes..... en *cá e mi ama* me daban el pan por alquitara y... —Lo demas, se escusa hablar; el fregado y los recados que ocurran. —Eso ya se sabe. —Yo quiero mucha fidelidad en mi casa, porque ya conoce V. que en una casa anda á veces todo tirado, y es preciso que uno sepa á quien mete dentro, por los continuos chascos y desengaños que se llevan. —En ese punto no hay entodavia quien pueda decir en el mundo de mí la menor queja; pobre, si Sra., pero mas honrada que pobre tambien: pregunté usté á la Pepa que está sirviendo hay en esa casa de la esquina, y que es de mi mesmo pueblo, y á la ama en donde he servido y á otras personas de categoria que puedo presentar, y todas dirán mi buena conducta y que no trato de engañarla á usté, y sino usté misma lo verá. —Tambien hay que jabonar en casa, y hay que ir al rio algunas veces. —Bien, Señora, por eso que no quede. —¿Y cuanto piensa V. ganar? —Yo Sra.... en *en cá el Sr.* de loterias me daban cuarenta reales; con que es decir que lo mismo. —Es mucho, hija mia. —Pues por menos... ya vé usté. —Ni por un ojo de la cara viene una Criada hoy dia menos de cuarenta reales; parece que todas se han dado las manos. —Es que el trabajo.... los zapatos se rompen, y luego hay que salir mucho á la calle y llevar y traer los niños. —Vaya, pues si V. merece los dos duros, no reñiremos. —Quiero ademas los domingos por la tarde libres. —Eso si que no puede ser, porque tiene V. que salir con los niños. —Pues bien; quiere decir que los llevaré conmigo. —Si, pero á buenos sitios ¿eh?... ya sabe V. que hay mucha corrupcion; y á mí no me gusta que las criaturas.... por lo demas, yo no me meto en nada: V. cumpla bien con su obligacion, y Cristo con todos. —Pierda usté cuidado, Sra., que ya verá usté que no soy ninguna loca. —Corriente: venga V. desde mañana, y si V. se porta tendrá casa para años.

Poco mas ó menos tal es la admision de la Criada en todas las casas: unas vuelven al dia siguiente para disgustarse á los ocho y despedirse ó ser despedidas á los quince; otras no vuelven y se evitan el trabajo de correr una casa mas; pocas son las que parecen á primera vista; muchas parecen desde luego lo que son.

La Criada perfecta ha de tener, cuando menos, dos amantes; uno en su pueblo, y otro en el pueblo en que sirve: con el primero se cartea, sirviéndole de escribiente y lector el zapatero del portal, mediante una retribucion de salchicha que ella sisa de la despensa ó de la olla, y un traguete diario de vino cuando lo compra en la taberna, déficit que le es fácil cubrir en la botella con el liquido de la tinaja. Con el segundo arma palique en todas sus salidas de casa, circunstancia que la expone sin cesar á reprimendas y alborotos, á causa de la tardanza con que hace los recados, ó porque durante su ausencia se ha ido el puchero ó se ha quemado el pollo. Cuando he dicho que estos dos amantes son necesarios á la Criada, no he establecido que sean los únicos; puede tener tres y hasta media docena, si encuentra seis hijos de Adan que le plazcan, que si encontrará por poco tiempo que emplee en buscarlos. El inconveniente mayor que para la Criada puede resultar de esta séxtupla intriga es que el dia mas bonito del año la trate uno en la plazuela de *arrastráa*, otro en el Rastro de *perdia*, este en los toros de *toas caras*, aquel en el Retiro de *pavera*, el quinto en el Manzanares de *chupona*, y el sesto en la Fuente Castellana de..... lo primero que le ocurra, que nunca ocurre cosa buena al amante de una Criada, celoso con motivo, y desesperado sin por qué. Pero inconvenientes son estos que la Criada sortea con admirable destreza y habilidad, por poco que le ayuden la adquirida práctica y la natural malicia de su oficio, profesion, arte, recurso, pasatiempo, ó sea lo que fuere aquello de revolver platos y sacar por las noches espuertas de basura. Al primero de sus amantes le dice que está desesperada con la casa que le ha cabido en suerte, y que á él solo le adora: aquí entra de cajon el quitar el pellejo al ama, asegurando que mientras el Sr. se despepita buscando empeños para el ministro, á fin de que le vuelvan el destino que perdió por falsos informes, ella (la susodicha ama) se entretiene en escribir billetes amorosos que ella (la Criada) se vé en el caso de llevar al oficial H... y al encargado del negociado D. N.... sugetos sumamente amables, que no se desdeñan de hacer á la conductora de la correspondencia, si á pelo viene, cuatro fiestas y un como medio regalo. Jura y protesta al segundo de los referidos amantes que es mentira todo lo que ha llegado á oler del primero, y que el caramillo de sus pendencias se ha armado por envidias y malquerer de Tomasa, que es, como si dijéramos, otra Criada amiga de la nuestra y tan Criada como ella. Al tercero le vuelve á jurar lo que mejor le parece, echando siempre á vanguardia su honradez y su aquel, que nadie delante de su cara es capaz de poner en duda, so pena de un bofeton ó de un escándalo, percances de que todos tenemos buen cuidado de huir en esta tierra de lágrimas. La misma táctica observa la Criada con el cuarto, quinto y sesto de sus amantes. Vaya Vd. á averiguar las protestas que les hace: el resultado es que los deja á todos mas suaves que una malva, ó descompadra con algunos de ellos, ó parte peras con los seis. ¿Que le importa el resultado? En el primer caso, ya que son novelas, sigue engañándolos con buenas palabras y malas obras; en el segundo, por lo mismo que han dado en la necedad de mantenerse en sus trece, los reemplaza ¿Y cuando falta reemplazo de amantes á la Criada? Era preciso que en España no hubiese quintas para el reemplazo del ejército.

Mientras sucede toda esta barahunda de cortejos, de quejas, de satisfacciones, de contentamientos y de riñas, que es justamente el tiempo que debe transcurrir sin apelacion para que la Criada vaya y venga de la lonja con un cuarteron de fideos, ó una *panilla* de aceite, sucede tambien que se chamusca el guisado ó que llega la hora de comer y los cubiertos están por fregar: alli es Troya. El ama grita por la tardanza; la Criada se escuda con la muletilla de que en la tienda habia mucha gente y no la han despachado á tiempo; vuelve á reproducir el ama aquello de *no me replique V.*, y torna la Criada con lo de *si V. no está contenta, la casa es de V. y la calle es mia*; y el paciente esposo se pasea por la sala esperando con evangélica resignacion el momento deseado en que le avise su cara consorte que por fin han cesado los inconvenientes que le impedian sentarse á la mesa á la hora acostumbrada. Se sienta en efecto de mal humor y de peor gana, y ó come poco, ó no come, ó come muy mal, que es lo mas comun, por aquello de

A Criada loca y ama entretenida,
Cruda comida.

Esto del amo paciente se entiende cuando no median relaciones particulares entre él y la Criada, porque en este caso varía tanto la escena que la segunda se convierte en ama con aprobacion del que manda, ó del que paga, que es una cosa misma, y el ama se encuentra, si van mal dadas, en disposicion de ponerse á servir, de divorciarse ó punto menos: ejemplos palpitantes, como dicen los escritores políticos, hay en nuestra España de estas miserias, los cuales prueban irrecusablemente la moralidad de los nobles tiempos que alcanzamos.

El lector que no conozca á la Criada (¿habrá algun lector tan negado en España?) imaginará que este tesoro nacional es una mina de cobre, que solo acarrea gastos á los accionistas, ó un cuadro de Lucifer que no presenta lado hermoso por donde se le mire, por bella que sea la pintura. El tal lector, se lo aseguro, se engaña miserablemente. La Criada es en nuestra nacion un personage tan útil, tan patrióticamente interesante como un diputado á Córtes, ó cuando menos como un ministro.

¿De qué apuros no saca la Criada á unos amos pobres? Verdad es que en desquite se vuelve mas orgullosa, ménos sufrida para los regaños, un tanto perezosa y díscola, y pone mala cara el dia que su señora no se muestra comunicativa con ella. Esto consiste no precisamente en su condicion de Criada, sino en que ha ascendido desde Criada á amiga; ó al ménos á confidente de los trabajos de la familia. ¿Y por que no hemos de sufrir el orgullo, el quietismo y las malas respuestas de una Criada que nos proporciona recursos para comer quince dias, probándonos así su buena ley, cuando á todas horas tenemos que bajar la cabeza delante de personas, que en vez de premiar, cual deben, nuestras tareas ó servicios, nos insultan con su fausto ó nos obligan á ser testigos de su ridícula vanidad? ¿Cuando besamos manos que quisiéramos ver cortadas? ¿Pero cuales son esos méritos que la Criada contrae ó puede certificar y que le dan un derecho incontestable á la gratitud de sus amos?

Ahí es nada. Consideremos á la mencionada Lorenza, que á pesar de las impertinencias de doña Engracia, la esposa del cesante, y de las pesadas travesuras de los niños, se mantiene en casa; considerémosla á las siete y media de una horrorosa mañana del mes de enero, con la cesta debajo del brazo, abrigada con una mala saya de percal, en pelo ó con mantilla, arrastrando unas chancletas viejas, y recogiendo con una mano las puntas del agujereado pañuelo de muleton, ó levantando por detrás los pingajos del zagalejo para guarecerlos del espeso fango de las calles: sigámosla los pasos hasta cualquiera de las plazas de Madrid; observemos lo que hace en el puesto de la verdulera y en la tabla del carnicero; sin duda compra.... No lo creais; no compran, á lo ménos al contado, todas las criadas que van á la plaza. Lorenza conoce á la tia Jesusa, conoce á Esteban, y saca de este la carne y de aquella el repollo, los nabos, el peregil y las cebollas, con promesa de pagarlo todo á la primera paga que reciba su amo el cesante: como esta garantía no hace hoy fe en España, figuráos la cara que pondrá Estebán á la primera proposicion, pero la cara de Lorenza la suaviza, y un *bendita seas maldecía*, que ella admite acordándose de la familia menesterosa, y una pasadita de mano por aquel soberano rostro, ó tal cual beso rezagado en el que el carnicero roba, completan el contrato, y por consiguiente ya tiene la casa carne fiada. En cuanto á la tia Jesusa es mas sorda que un deudor moderno, y por lo tanto permite á Lorenza sin desconfianza escoger lo mejor y mas maduro de las verduras; como Lorenza se sonrie y no le paga, entiende la tia Jesusa que ya le pagará al dia siguiente ó al otro; lenguaje, si bien mudo, expresivo, que entre verduleras y criadas equivale á la cuenta corriente del mas acreditado comerciante.

¡Y que! ¿No contaremos por nada el servicio que á costa de un beso y de una sonrisa hace á sus amos la Criada, proporcionándoles los víveres con que no cuentan? Pues ¿que diremos de los consuelos y recursos que inventa para mitigar las amarguras de su señora que se desespera porque no tienen sus hijos un pedazo de pan que llevar á la boca? — Vaya, no se aflija vd. por eso, que no todos los dias son iguales, y tras de uno malo viene otro bueno; á mas de que Dios aprieta, pero no ahoga, y la mala suerte se ha de cansar. ¿Que le hemos de hacer?... ¡Ah! Mire V.: me ocurre ahora mismo.... Si V. tuviese algunas cosas que darme, unos pendientes ó algo de ropa blanca, se podrian llevar á empeño al *Monte de Piedad*.... justamente es mañana sábado.... — Hija, pero yo no estoy acostumbrada á eso; me da tanta vergüenza ir allí á que me miren las gentes. — Es que si V. quiere iré yo; á mí no me conocen, y no le dé á V. cuidado que nadie necesita saberlo. — Siendo así, estoy pronta.

En estos casos es la Criada un ángel doméstico, por mas demonio que en otros parezca; ya está contenta porque va á buscar dinero para seis dias; carga con el lio de ropas ó las alhajas escapadas como por milagro del furor del hambre *cesantil;* llega al *Monte*; disputa con el contraste tasador porque señala poco precio á lo que lleva; envuelve en un papel el dinero y la papeleta ó billete al portador que el establecimiento otorga á su propio nombre y no al de su ama, y vuelve volando á casa, tan alegre, como si hubiera sacado un terno á la lotería. Volando, si señores, porque en semejantes urgencias es cuando la Criada, por enamorada y pizpireta que la consideremos, tiene en la punta de la lengua para cualquiera de sus amantes el *luego hablaremos que voy de prisa*, palabras que sabe muy bien pueden ahorrar á sus amos una ó dos horas de crueles tormentos.

Entre las buenas cualidades que adornan á la Criada, debe contarse como una de las principales el ser buena cristiana, pues mas quiere sufrir un regaño por tener la cocina sucia, que detenerse á barrerla cuando oye tocar á misa: sabe por experiencia que el santificar las fiestas es una obligacion, y que por lo mismo no necesita permiso de nadie para cumplirla: lo único que hace es soltar la escoba, calzarse los zapatos y coger la mantilla para ponérsela en la escalera ó en el portal, diciendo al salir: *Señora, voy á misa, que están tocando.* A estas palabras se humilla toda autoridad doméstica, así como quedan postergados los mas indispensables quehaceres, las obligaciones profanas mas perentorias.

Por otra parte, y aun cuando sean sumamente capitales los defectos y nulidades de la Criada, no pesa sobre nuestros frágiles hombros como una carga insoportable, supuesto que con motivo ó sin él somos dueños de deshacernos de ella cuando nos acomoda: pero esto se entiende tocante á la criada que nosotros mismos recibimos y pagamos: mas claro, tocante á la Criada que no hemos conocido en casa de nuestros padres. La que nos ha visto nacer se convierte con el tiempo en una verdadera plaga; por lo mismo que nos ha manejado como muñecos cuando gateábamos por sillas y baules, ha llegado á adquirir sobre nuestra imaginacion una especie de predominio que nos humilla y encocora; su presencia en nuestro estudio si somos abogados, ó en nuestros aristocráticos salones, si por dicha nos hemos convertido en marqueses, es un anacronismo insoportable: si á esto se añade que nos tutea delante de nuestros ménos íntimos amigos, y que nos detiene en la calle para informarse de nuestra salud, aun cuando vea que nos apeámos de una elegante carretela en compañía de la dama mas encopetada de la corte, vendrá cualquiera en co-

nocimiento de las mortificaciones, del fastidio, del enojo que debe causarnos á todas horas la Criada vieja que nos narraba cuentos de duendes y aparecidos en nuestra infancia, en pago de lo que la hacíamos rabiar.

La criada es una crónica de todos los chismes de la vecindad; tercera de los amores de la señorita, lleva y trae sus amorosos billetes, y siempre retozona, siempre cantando, pasa la vida de casa en casa, como el pájaro burlon de árbol en árbol, hasta que la pesadez de los años la conduce á vender palillos en un portal ó á meterse á ama de gobierno, si es que no llega á contraer matrimonio con algun oficial de cerragero que audando los dias hereda el obrador de su amo. Ni aun así olvida la Criada sus habituales ocupaciones, pues se la ve madrugar, ir á la compra con su cesta y al Manzanares con su lio de ropa, por muy ama que sea de su casa.

José Maria de Andueza.

LA NODRIZA.

¡Y no siempre una madre cariñosa
te cabe en suerte, malhadado infante,
que en su seno te abrigue
y á tu labio anhelante
dulce néctar solicita prodigue!
No por tu cara linda
es justo que prescinda
del baile doña Flor, del coliseo,
del público paseo,
de visitar las tiendas de la plaza,
ó tal vez de la cita misteriosa,
do en adulterio torpe se solaza.
«¡Criar y mas criar! ¡Jesus, que empacho!
¡Compadézcanme ustedes!
Una mujer de tono entre paredes
no ha de pasar su juventud amena.
¡Pues no faltaba mas! ¡Y este muchacho
que mama sin conciencia! Yo me seco.
¡Eh! que se desgañite enhorabuena,
ó que le den gazpacho.
No he de morirme yo por un muñeco.»
Así razona, y razonando engülle
ya el cangilon de pingüe gelatina,
ya la perdiz sabrosa ó la gallina,
ya la pintada trucha,
ya un piélago de espeso chocolate
con esponjado bollo, ó con tomate
luengua magra se embucha
del animal grasiento que abomina
el pueblo de Israel. El apetito
del cuitado angelito
con lacónico sorbo satisface,
y, mármol á su queja,
préndese la mantilla
y eternas horas huérfano le deja.
En tanto al jugo del materno pecho
de insípida papilla
el glutinoso pábulo reemplaza,
que ha de tragar el nene á su despecho,
aunque su llanto el alma despedaza.
¡Vieras allí la retirada pugna
de la fámula hedionda que la embute,
y del lábio infantil que la repugna!
¡Vieras allí de su grosera boca,
que no es tan infernal la de una foca,
á la del puro y cándido retoño
trasegar la bazofia Maritornes!
Y si la arroja el desgraciado chilla,
¡erre que erre, y vuelta á la escudilla,
y á la carga otra vez!—Crudo tormento,
¡oh Tántalo! en castigo de tu crimen
te depara de Júpiter la ira
cuando á tu lábio hambriento,
que por ello sin término suspira,
te defiende llegar la rubia poma
que de fácil arbusto se desgaja;
mas tal vez en crudeza le aventaja
la bárbara porfía
de forzar á que coma
contra su gusto al prójimo ó sin gana,
aunque le den olímpica ambrosía.
Otras madres, y abundan en la córte,
yo pudiera citar á una cohorte,
nacidas entre el oro y los placeres,
desde que nace el niño—¡Qué mujeres!...—
como odioso embarazo
le arrojan sin piedad de su regazo.
Empero de otras madres...., ¡me horripilo!...
mas feroces quizá compran el quilo;
que arrebatadas de codicia inmunda
y con el rostro enjuto,
el que dieron á luz mísero fruto,
ya de casta coyunda,
ya de torpe concúbito, almacenan
en público hospital, y al fruto ageno
despues alquilan el ingrato seno.
¡Siglo de vanidad y de miseria!
¿qué diria á las madres de la Iberia
una madre de Esparta ó de Corinto,
si de Madrid se alzára en el recinto
desde la yerta losa
do su ceniza secular reposa?
No cual vosotras en serviles manos
sus hijos entregaban;
y no valian ellos
menos que valen hoy los castellanos.
No sus pechos al párvulo negaban
por conservarlos túrgidos y bellos.
¡Santa naturaleza!
embelesada en su materno arrullo,
les inspirabas tú mas noble orgullo;
de efímera belleza
abreviar no temian el imperio,
si el público respeto granjeaban
y á la virtud robustos y á la gloria
los Leonidas, los Héctores criaban.
No entónces cual enjambre
esguízaros con faldas se veian
infestar la metrópoli opulenta
que su sangre y su afrenta
al que mejor pagaba revendian.
¡Qué es ver á la prolífera Cantabria,
desde Irun á la Puebla de Sanabria,
cual allá de sus mares
acarrea besugos y salmones,
madres acarrear al Manzanares!
¡Qué es ver tan mofletuda y tan rolliza
ostentar en landó por ese prado
áureo galon sobre la verde falda
la pasiega Nodriza,
que ocho arrobas ayer sobre su espalda
de coton ambulaba y de terlices
en público mercado,
y á riesgo de romperle las narices
un robusto mamon de añadidura
en el cuévano inmenso postergado!
¡Que es ver sobre su seno exorbitante
sonreir á un infante
que otra mujer parió, y el dulce nombre
prodigarla de madre, y de la propia
algun beso tardío
con desden rechazar y con hastío!
¡Oh de las *Amas* pernicioso flujo,
trampas de la infeliz naturaleza,
cual si hartas ya no hiciera en esta córte
al crédulo marido
la pérfida consorte!

¡Oh mundo corrompido!
¡Oh del soberbio, estravagante lujo
desvarío fatal, plaga ominosa!...—
Pero hablemos en prosa
y dejemos el tono de Cartujo.

Si hay madres, en efecto, muy merecedoras de la invectiva con que va encabezado este artículo, otras, y en número infinitamente mayor, acogen, miman y amamantan con ardiente idolatría al hijo de sus amores. Tambien puede haber algo de ficcion poética, ó de hipérbole cuando menos, en la filípica que antecede. Acaso no sea este siglo mas perverso que otros; y la imparcialidad nos manda declarar que en todos tiempos ha habido *burras de leche* y *amas de cria*; y si es innegable que algunas de estas aciertan á ser algo mas *racionales* que aquellas por lo que respecta á la índole y á la genialidad, digámoslo así, cualquiera daria la preferencia á las primeras; esto es, á las *amas cuadrúpedas*. Pero no involucremos las cuestiones, que ahora se trata de las madres en propiedad y no de las sustitutas.

Al amor de madre no hay afecto que le iguale, es el título; y ciertamente no hay amor tan entrañable como el de una madre; no cabe en el corazon humano un sentimiento mas profundo, mas legítimo ni mas capaz de inspirar acciones heróicas y sacrificios sublimes. Y este sentimiento, como el mas inmediatamente derivado de la naturaleza, es el menos accesible al nocivo influjo de las malas costumbres. En cada siglo, mientras dure el mundo, se contarán mas *Andrómacas* que *Medeas*, y si la moda, la vanidad ó el capricho son causas de que algunas madres aparezcan menos asíduas y fervorosas que debieran en el cuidado y educacion de sus hijos, aun estas mismas, ó no nacieron para amar, ó es seguro que los aman sobre cuanto es amable en la tierra.

Pudiera argüírseme diciendo que la multitud, todos los dias creciente, de amas de leche, que hormiguean en la capital, atestigua contra la ternura de las madres españolas; pero conviene advertir que muchas confian con harto dolor sus niños á zafias y descastadas pasiegas, no por punible desvío hácia ellos, ni por conformarse á las absurdas leyes del *buen tono* y de la *elegancia*, ni por miras de una higiene reprensible y de un refinado egoismo, sino porque la falta de robustez les impone tan triste necesidad. Es cierto que obedientes en demasía á las exigencias de una sociedad muy culta, muy galante y muy entendida, eso si, pero mas frívola que previsora, á nadie tienen que echar la culpa sino á sí mismas del quebranto de su salud las que la lloran desmejorada por la tortura del corsé, del zapato y del cinturon, por los escesos de la danza, y por los abusos de la gula; ya que algun otro de los siete pecados capitales, que llaman mortales, no remuerda su conciencia. Dirán, empero, las que en este caso se hallen, que hartas incomodidades lleva consigo el embarazo sin hacerlo mas penoso sujetándose á molestas privaciones, y que por estar *en cinta* una dama no se ha de incomunicar como una lechuza, ni ha de consentir que su mórbido talle rebose indisciplinado, y que *los orbes depositarios del jugo lácteo* (no cabe nombrarlos con mas pulcritud) por falta de sujecion se desordenen y *traslimiten*. ¡Pobres señoras! Preciso es aceptar sus convincentes disculpas ó no tener pizca de consideracion y de crianza.

Otras parturientas, por amor al feto que abrigan en sus entrañas, se han abstenido con loable abnegacion hasta de los mas inocentes placeres, y sin embargo se ven imposibilitadas de criar por sí mismas á sus caros hijuelos, y otras ¡mal pecado! ó paren dos no teniendo *víveres* mas que para uno, ó lastimosamente fecundas conciben el segundo antes que sea posible destetar al primero sin inminente peligro de verle muerto de inanicion. Semejantes trabajos no suelen afligir á las familias acomodadas: son privilegio ordinariamente reservado á las mujeres de los sastres *sin ejercicio*, de los empleados escedentes, ó de los cómicos ambulantes. ¡Bendito sea Dios!!!

Infinidad de mujeres de esta muy heróica villa necesitan pues, por varios motivos, delegar en otras los venerables deberes de la maternidad, y de aquí la necesaria afluencia de Nodrizas de todas clases, dimensiones, cataduras y gerarquías.

El litoral de nuestro Océano cantábrico provee en su mayor parte á Madrid de esta humana mercancía, cuya casta mas aventajada se produce en el famoso valle de *Pas*, de donde se deriva el nombre de *pasiegas* con que designamos á todas las amas de leche, aunque no sean de menos pujanza y calibre las que procedan del Vierzo ó de los montes de Oca. Pero haya pacido las yerbas del Septentrion, ó las del Oeste de la Península, es forzoso que la Nodriza sea montañesa para aspirar á la honra de dar teta al mamon que nació en dorada cuna; y aun asi no está segura de conseguirlo si el médico no certifica despues de un prolijo exámen, ¡diantre de médicos! que el *Ama* carece de todo vicio orgánico, que su leche es fresca, sana y abundante, que su estómago puede dar quince y falta al de un avestruz, y que la *candidata* podria en un apuro tirar de un cabriolé. Son cualidades no menos indispensables para pertenecer á la aristocracia de las pasiegas el tener facciones regulares, ya que no sean graciosas, el ser blancotas, coloradotas y carrilludas, y que sobre una espalda de vara y tercia de latitud columpie larga y trenzada la negra cabellera. Las manos pueden ser impunemente callosas y descomunales, y se les permite gastar una piel de becerro para calzar cada una de sus enormes patas.

Las otras montañesas que en grado igual no poseen los mencionados requisitos pertenecen, unas á la clase media y otras á la plebe de las Nodrizas *trashumantes*. Las primeras se colocan en casas decentes, aunque no de mucho rumbo; las últimas establecen su asiento (no digo *cuartel general* por lo mucho que se ha abusado ya de esta frase) agrupadas en los portales de la plazuela de Santa Cruz y accesorias, como en la *tela* y otras afueras de Madrid los rebaños de ovejas; y asi como la leche de estas, esto es, de las ovejas de extramuros, cuesta mas barata, asi tambien aquellas; quiero decir las madres de alquiler, estacionadas en dicha plazuela de Santa Cruz, se ajustan con mas equidad. Entretanto hilan, ó remiendan, ó charlan, ó riñen, ó juegan á la brisca, esperando impacientes la hora de confinar en la *Inclusa* su chiquillo para dejarse chupar por el ageno; y á falta de mejor acomodo, tienen bastante enjundia y osadía para encargarse de alimentar con sus lacias mamilas y por un módico salario á diez de los desventurados inquilinos de aquel piadoso establecimiento; mas como Dios no las concede la gracia de repetir el milagro de los panes y los peces, aunque se afanen por suplir la falta de leche con sendas tazas de nauseabunda y salcochada papilla, la mayoria, sino la totalidad de sus alumnos, fallecen hambrientos y encanijados.

Tales pasiegas y otras tales que no son pasiegas, y que, solo por no serlo, para obtener colocacion se ven precisadas á solicitarla, como si el cielo negase facultades maternales á las que nacieron orillas del Tajo, del Turia ó del Guadiana, acuden con frecuencia y ansiedad á la redaccion del *Diario de Avisos* con este ú otros anuncios semejantes:

NODRIZAS.—*Encarnacion*
Valmojado, natural
de la villa de *Alcobendas*,
busca cria. Abonará
su conducta el *limpia-botas*
de la calle de la Paz.

Hay tambien Nodrizas clandestinas y vergonzosas como hay madres anónimas y vergonzantes, aconteciendo mas de una vez que la flaqueza de la una sirve de salvaguardia, ó si se quiere, de *editor responsable* á la otra. Los cirujanos comadrones y los administradores del *Refugio,* confidentes habituales de semejantes episodios, nos revelarian sobre este particular anecdotillas tan curiosas como interesantes, si les fuera lícito quebrantar el religioso sigilo á que su caridad y sus juramentos les obligan; pero madres y Nodrizas sin duda alguna fueron víctimas, no de sus instintos pecaminosos... ¡vaya!... sino de su credulidad é inesperiencia.

Una vez instalada la Nodriza, (hablo de las que crian en casa agena, que las otras no tienen tantas ocasiones para ser exigentes) una vez posesionada de su empleo, ejerce, no solo sobre su cria, sino sobre toda la familia y parte de la vecindad, un despotismo que está muy lejos de ser *ilustrado.* Empieza por ser *Ama de leche* únicamente, y acaba por ser *ama* en toda la estension de la palabra. Sea primeriza y como tal no haya tenido medios todavia para equiparse; ó á fuer de veterana conserve en su pais dentro de un apolillado arcon tantos vestidos completos por lo menos como sean las casas donde ha servido, es de rigor que ha de presentarse á las vistas casi en el estado de nuestra madre Eva. Exige, por tanto, como primera condicion que se la vista de piés á cabeza; y gracias si se da por satisfecha con un solo traje, que muchas quieren otro mas fino y lujoso para los dias de fiesta. Casas hay donde, por su propio decoro ó por hacer ostentacion de su opulencia, nada escasean los señores sobre este punto ni sobre alguna de las gollerías que sin cesar están pidiendo las *Amas* con insaciable avaricia y desvergonzada inconsideracion; pero el lujo de unas pasiegas escita la envidia de las otras, y sus amos necesitan hacer contínuos y no leves sacrificios para tenerlas contentas, no sea que viéndose contrariadas tomen una rabieta y de sus resultas den mala leche á los inocentes chicuelos. Porque bueno es prevenir á los que lo ignoren, por no haber tenido fruto de *bendicion*, ó porque con una prógima de *Pas* no haya entrado todavía la *maldicion* en sus hogares; bueno es prevenir, repito, que esas acémilas bautizadas son muy propensas á la *hidrofóbia.* Ni basta muchas veces á domesticarlas la no interrumpida condescendencia con que los que de ellas forzosamente se valen, acaso en justa espiacion de sus culpas, satisfacen todos sus antojos; que aun asi acostumbran á responder con un par de coces á las mas inofensivas amonestaciones y hasta á los mismos halagos. ¡Oh! y han de tener ustedes entendido que cuando ellas tiran un par de coces..., regla general, siempre quedan preparadas para otro.

Sabido es que todos los dias tienen las consabidas un pretesto para conspirar contra el bolsillo de sus amos. Son gentes que tienen en la uña el almanaque, y no hay en la casa aniversario, mas ó menos plausible, que no esploten en su provecho. ¿Llegan los dias ó cumpleaños del Sr., de la Sra. y de cada uno de los señoritos? Regalo. ¿Asciende el amo, ó le nombran senador, ó gana un pleito? Propina. ¿Suenan rabeles y zambombas? Aguinaldo. Pero la mina inagotable para una ama de cria es el mismo pimpollo á quien sustenta y arrulla. Todos los progresos que va haciendo, físicos ó intelectuales, son para ella otras tantas adealas. Que se rie: que dice: *ajó, ajó*; que hoy hace pinitos y mañana el gesto de la vieja; que menea el sonagero; que estrena los andadores y la pollera; que le visten de corto; que le ponen zarcillos; que sufre la operacion de la vacuna; que le confirma un obispo *in partibus infidelium*; todo son milagros de la leche que mama, todas son gracias que es necesario atribuir y recompensar á los desvelos de la madre alquilona. ¿Y la denticion? A cada huesecillo que cuaja en las encías, á cada nuevo poblador de aquellas desiertas mandíbulas, nueva peticion de la importuna montañesa; ó en otros términos, á cada *diente* que le nace al heredero es forzoso sacar una *muela* á su padre.

Cuando nuestras *heroinas* se presentan en las casas, que no tardarán en mirar como pais conquistado, á todo se allanan; protestan tener paladar de fraile y estómago de pobre; llenen ellas el buche, y aunque sea de berzas y nabos; pero lograda ya su admision y á medida que van usurpando á las madres efectivas el cariño de las criaturas, insinúan poco á poco dengues, apetitos y delicadezas que contrastan de notable manera con su rústica estraccion y su insolente obesidad; y llega dia en que es preciso recorrer todas las fondas y todos los mercados de la corte para satisfacer su *voraz* inapetencia. ¡Cuantos padres, resignados á la frugal comida que vulgarmente llaman *sota, caballo y rey*, gimen en silencio viéndolas saborear los ricos manjares de que ayunan ellos por no apresurar la ruina que les amenaza! Azotes de los demas criados, donde los hay, lejos de ayudarles en sus faenas, como un dia prometieron, los mandan con mas autoridad y urgencia que los amos; con chismes y peloteras y calumnias les roban la confianza y afecto de que son tal vez mas dignos que su tirana; se desdeñan de altercar con ellos en la cocina, y exigen por lo menos que se les ponga mesa aparte las que no se sientan muy orondas á la mesa de sus señores dándoles martirio con sus groseros modales.

¡Pobre del ciudadano que tiene hijos y abre, por ende, sus puertas á tan horrible calamidad! ¿Pues que diré si el *pobre ciudadano* es ademas *ciudadano pobre*? No hay ahorros y economías que basten á sufragar tantos dispendios. El *ama* es una lima sorda, una carcoma perdurable, una calentura lenta, y hay cristiano que con dos lustros de abstinencia no se redime de los empeños que contrajo en dos años de lactancia.

Pudiera suceder que, asi como todas las susodichas saben al dedillo la *gramática parda*, algunas supieran igualmente deletrear, y llegase á sus manos este articulejo, ó se lo oyeran leer á algun oficioso ayuda de cámara; y por tanto declaro, como haya mas lugar en derecho, que todo lo que he dicho de las nodrizas en general no obsta para que algunas en particular sean mujeres muy honradas y temerosas de Dios. Antes que incurrir en la tremenda cólera de una pasiega y de verme acaso en el duro trance de luchar con ella á brazo partido, prefiero cantar esta especie de palinodia. Y diré mas: estoy íntimamente persuadido de que habrá algunas que lleguen á encariñarse con los chiquillos á quienes crian tanto como si los hubiesen parido.

Hecha la precedente salvedad, y para no moler mas á mis lectores, acaso empalagados ya de tanto *lacticinio,* confesaré tambien que aun las *amas* de mas áspera condicion se amansan cuando se va acercando el para ellas muy desagradable, como para los padres muy lisongero momento del destete, mansedumbre que tiene el doble objeto de prorogar cuanto puedan su *dictadura* y el ser á la despedida mas liberal y generosamente remuneradas.

Pero la nodriza de raza y de *buen trapío* no permanece mucho tiempo cesante. O despues de criar á un niño conserva todavia bastante repuesto para abastecer á otro, ó recurre á los medios ordinarios de proveer nuevamente del almo licor las fuentes de la vida. ¡Dios me libre de imaginar qne en un rapto de filantropia contribuya al logro de sus designios el señorito de la casa! Para constituirse una individua de esas en la situacion *interesante* que la Providencia suele deparar á las reinas de Inglaterra, no ha menester inspirar *excéntricas* pasiones. Un viaje á la tierra y Cristo con todos. Allí la espera fiel, amoroso y lozano su marido y conjunta persona;—y tambien alguna vieja

maligna que mas adelante ajuste con nímia escrupulosidad cuentas que no son de su incumbencia, y en que pone sin embargo sus cinco sentidos mejor que en las del rosario.



La Nodriza.

—«Pero, tia fulana, responde la tia mengana, no sea usted el enemigo. Pensando piadosamente.....»—«No hay tu tia, replica la otra tia. ¡Son habas contadas! O al chico de Geroma le faltan cinco semanas para ser *sietemesino*, ó el papamoscas de Tiburcio puede y debe probar la *coartada*.

Manuel Breton de los Herreros.

LA COQUETA.

Si hace cien años, allá en los tiempos en que se gastaban, entre otras zarandajas, espadin y polvos, se hubiese pronunciado la palabra que sirve de epígrafe á este artículo, hubiéranse mirado unos á otros los que la oyeran, demandándose su significacion. En el transcurso de un siglo, y quizás mucho ménos, se ha vulgarizado de tal modo, que apenas hay quien ignore la acepcion que en nuestro idioma tiene. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, altos y bajos, ricos y pobres, nobles y plebeyos, todos conocen ese epíteto, y quizás es una de las primeras voces que el tierno infante aprende á murmurar. ¡Tanto es lo que se repite, y tanto lo que abunda el ser á quien se le aplica!

¿Deberemos inferir que el tipo sea moderno? No; así como Bossuet dijo: «Estudiad el hombre y estudiareis los vicios;» tambien podemos decir: «Buscad la mujer, y hallareis la coqueta.» En efecto, parece averiguado que nuestra madre Eva consintió en comer del fruto prohibido, porque Luzbel le aseguró que así agradaria mas á Adan. Véase como de todos los males de la humanidad tiene la culpa la coquetería de las mujeres.

Dedúcese de aquí que el tipo es antidiluviano, aunque el nombre sea moderno é importado de la Francia, de ese pais de donde nos vienen tantas cosas buenas y malas, como la libertad de imprenta, las modas, las costumbres parlamentarias, los dramas, las coaliciones, los sastres y las telas. Mas todo cargo exige pruebas, y yo voy á aducir algunas no solo para demostrar la fecha del vicio, sino tambien sus funestos resultados.

Elena, la causa eficiente de la guerra de Troya, fué una coqueta, y algo mas, que se dejó robar por Páris: Dido, la reina de Cartago, con remilgo y monadas, hizo que Enéas olvidase sus deberes y faltase á sus juramentos; Calipso se consoló de la partida de Ulises con la llegada de Telemaco; Cleopatra solo se aplicó el áspid, cuando no tuvo quien la requiriese de amores; Isabel de Inglaterra dió muerte á María Stuard, porque le disputaba sus amantes; y la infeliz reina de Escocia pagó en el cadalso sus veleidades y coqueterías.

Aun pudiera alargar mucho este catálogo, si no fuera inútil, porque basta á mi propósito lo dicho, y porque en este punto, gracias á Dios, todos los hombres estamos acordes. Pero cúmpleme asentar que por el progreso de los siglos, y por el adelantamiento de las ideas, las Circes y sirenas de los remotos tiempos se llaman en nuestra época Emilias, Serafinas y hasta Gerónimas.

Falta ahora no mas que averiguar la generalidad de este achaque femenino, y si está vinculado en una ó determinadas clases de la sociedad, ó si es comun á todas. Pretenden algunos que la franqueza es la virtud de los dioses; otros aseguran que es máscara de la impudencia, no faltando quien afirme que mohina y avergonzada la tal señora, ha huido en nuestros dias á los desiertos del Africa. Por tanto, yo no me atrevo á resolver la delicada tésis que he sentado arriba, y me escaparé por la tangente diciendo tan solo que si fuese académico ó siquiera autor del *Panlexico*, al llegar á la palabra *Coqueta*, saldria del paso añadiendo: Véase *Mujer*, y vice-versa.

Ya concibo la noble indignacion que al llegar aquí sentirá la hermosa mitad del género humano. Mas por Dios que se tranquilice y sosiegue, pues tienen excepciones todas las reglas, y sin duda habrá muchas en la presente. No importa que en el mismo momento que le doy tan cumplida satisfaccion dirija alguna lectora sus miradas á la calle, donde las aguarda anheloso el capitan de artillería, mientras en el canapé de enfrente escribe su primito en un precioso album tiernísimas endechas, cantando la constancia y el amor.

Sentado, pues, que la coqueta es la mujer, no nos admirará encontrarla en todas las clases de la sociedad. Lo son, pues, las damas elegantes y melancólicas; las matronas añejas y graves; las jóvenes alegres y pizpiretas; las solteras de 32, que pasan por austeras y devotas; la hija del comerciante y del tendero que venden terciopelo y garbanzos; la doncella de labor que se pasea el domingo en el Prado; la criada *para todo* que baila los dias de fiesta en la Virgen del Puerto, y hasta la desenvuelta y descocada manola que contesta con un sopapo al que se atreve á mayores. Consiste en que la coquetería no es como la tisis ó el asma, que se adquieren, sino como las enfermedades heredadas, que se nace con ellas.

Existe una diferencia, sin embargo, que en prueba de lealtad quiero notar aqui: en esta clasificacion general hay tres secciones de todo punto diversas; las coquetas por instinto, las que lo son por estudio, y las que no lo son (vulgo feas). La cuestion se reduce pues á tres extremos: naturalidad, arte é impotencia. En el vasto círculo que abraza y comprende hay mujeres que aspiran santamente al matrimonio, y que para alcanzar ese fin ponen en planta todos los medios: algunas (pocas, muy pocas) que renuncian á la coqueteria el mismo dia que al celibato; otras por último, para quienes *el estado perfecto*, como le llaman los teólogos, no es sino un resorte mas con que ejercer, y en mas vasta escala, sus artes.

Resulta que este vicio es la esencia del corazon femenino; que es un gérmen que en todas las mujeres se halla, y en unas se revela espontáneamente, y en otras se desarrolla á favor de constantes esfuerzos.—Sentadas estas bases, fuerza es entrar ya en materia: expuesta la teoría, justo es hacer las aplicaciones necesarias.

La coquetería es un instinto: desde muy temprana edad aparece ya y se formula; ved á la niña que juega con sus muñecas á los amantes; que sin saber por que, busca y prefiere la sociedad de los hombres; que se goza en adornar su frente con flores del jardin por donde alegre trisca; que se mira en la límpida corriente de los rios; que se envanece y ufana al oirse llamar hermosa; que siente el agudo dardo de la envidia si á otra en su presencia se le otorgan elogios, y que ya ambiciona y codicia galas y atavíos brillantes. Volved tambien los ojos á la sencilla é inesperta



La Coqueta.

aldeana, que escucha amores de los mozos de su pueblo; que se cantonea orgullosa al oir sus piropos; que acepta las músicas que le dan por la noche tres mancebos distintos, y que á todos responde, y con todos baila. ¿Quien puede haber revelado en esas almas infantiles y cándidas las aficiones de otra edad y los refinamientos de la civilizacion? La naturaleza, la naturaleza solamente.

Pero esta propension íntima de la mujer, ese gérmen que nace con ella, muere en unas sin desarrollarse, y en otras se engrandece y cultiva, elevándose á la esfera de arte ó de ciencia, que de ambas cosas tiene mucho, aunque hasta ahora no se haya determinado de cual de las dos tiene mas.

La dama elegante y de alto rango es la coqueta por excelencia, porque posee mas medios de que disponer para servir á sus inclinaciones, y porque su vida entera se consagra á perfeccionar el sistema que sigue.

Asi se la vé por dias lánguida, vaporosa, sentimental, alegre, viva ó revoltosa; asi combina el traje y los colores con la importancia del papel que va á representar, adoptando el negro cuando quiere dar á su semblante una expresion grave y triste; el rosa para aparecer fresca y lozana; el blanco cuando desea que se la juzgue candorosa é inocente, y en fin el azul cuando se finge celosa.

Y digo *se finge*, porque la coqueta no siente nada de lo que expresa; porque todas las variaciones de su carácter son producidas por la índole del carácter mismo; porque acostumbrada á jugar con los sentimientos del corazon, á remedarlos sucesivamente, se hace escéptica y positiva, y en nada cree, y en todo busca un goce material ó el logro de una esperanza cualquiera.

Hay coquetas que se sublevan á este título; que lo rechazan con indignacion, pretendiendo que solo lo merecen las que mantienen relaciones con mas de un hombre á la vez. En muchas puede ser virtud que no hagan esto; en otras es necesidad. Quiere decir que las que tal consiguen, que las que logran engañar verbi-gracia á cinco á un tiempo, merecen citarse como modelos, y llevar la borla de doctoras en la facultad. Son mas hábiles sin duda, son mas diestras innegablemente las que maña se dan para tanto; pero no son ni mas ni menos coquetas que las demas, ni hay por qué ofenderse de que con ese honroso epiteto se las clasifique y decore.

La coqueta de buen tono, que es el tipo legítimo y verdadero, y el que me propongo describir, no tiene mas ocupacion, ni mas deberes que los de su coqueteria: no hay distincion entre solteras y casadas, entre niñas ó adultas: iguales son sus medios, iguales sus resortes, é idénticos por fin su sistema y su arte.

Emilia, Julia ó Isabel, que de cualquiera de estos modos se llama, se levanta tarde, muy tarde, cuando el sol está en la mitad de su carrera. En la estrecha y suntuosa alcoba todo revela ya quien es la que allí descansa; respírase una atmósfera embalsamada; arden ricos perfumes en dorados pebeteros; cubren el tálamo de la esposa ó el sencillo lecho de la doncella, ya el terciopelo y el raso, ya la muselina y el gró, de agudas saetas suspendidos, ó por lindas coronas rematados; difunde una lámpara de china un resplandor tibio y voluptuoso, y cobijada entre batistas y encage, se contempla á la deidad de aquel templo, no sueltas las trenzas de su alisado cabello, sino recogidas en una elegante gorra de tul y blonda. Hasta en el sueño es estudiada la posicion de la hermosa: no está tendida prosáicamente sobre la pluma y la seda; no están descubiertos su albo seno, ni sus torneados hombros; solo se vé una blanquísima mano donde apoya la pura mejilla, ligeramente sonroseada; y asi duerme casta y pudorosamente, con la sonrisa en los labios que nunca la abandona sino cuando es menester que la abandone, y soñando quizás nuevos triunfos y nuevas glorias.

Toda esta poesía de que se rodea, y de que no prescinde ni con su marido, todo ese arte maravilloso que emplea hasta en los menores detalles, y hasta en las situaciones mas solemnes de su vida, es lo que constituye su fuerza y lo que hace irresistibles sus encantos. El mismo esposo no penetra en el santuario cuando se le otorga tal merced, sino con emocion y con interes; porque nada destruye tanto las ilusiones, nada mata ten presto el cariño como cerciorarse de que el ángel que se ama es una mujer como todas; que bajo una capa de oro y seda está encubierto un pútrido cadáver; que el ídolo ante quien nos prosternamos es un autómata de barro comun y grosero.

Por eso la verdadera coqueta ni un momento sale del círculo en que gira, y por hábito y por conveniencia es inexorable en este particular: aun cuando esté enferma, aunque solo vea al médico y á la doncella, no faltará por eso á ninguna de las reglas que se ha impuesto; y recibirá al facultativo sonriendo en medio de sus dolores, y preferirá morir á que corten impíamente su cabello, ó á que maltraten sus brazos ó su espalda con cantáridas y sanguijuelas. ¿Por que no hemos de llamar heroinas á las que asi se sacrifican á sus voluntarios deberes, á las que en su afan de conquistar al hombre, prefieren la muerte á dejar de agradarle?

El tocador de la coqueta es la parte mas importante de su vida: asi se la ve largas horas casando los colores y los adornos del modo que mejor le parece, estudiando la expresion que cuadra mejor á su semblante aquel dia, y que no variará despues de resuelta, ni un instante. Verdad es que en este punto, como en varios otros, no tiene opinion propia, y admite las telas, los lazos ó las flores que la proporcionaron mas incienso y mas conquistas. Si uno de sus amantes elogia su palidez, la coqueta usa exclusivamente el blanquete; si otro menos romántico se pronuncia por unos buenos colores, hace provision de carmin y de papelillos de rosa. Si el adorador es melancólico y sentimental, no hay batistas bastantes para enjugar las lágrimas de su amada; si es un desenfadado militar, mi tipo adopta el tono y las maneras desenvueltas de su víctima: si le gusta á uno la soledad, ella pinta con poéticos colores los placeres del retiro, habla de deliciosas *oásis*, de queseras edificadas en el pico mas escabroso de una montaña suiza; ensalza la vida pastoril, y envidia á los pacíficos habitantes de la antigua Arcadia: si otro pondera los deleites de la vida social, tambien ella es de esta opinion. Y en tal variedad de gustos, y en tal contraste de aficiones, y en semejante laberinto de pareceres, pasa su vida contenta, satisfecho su amor propio, colmada su ambicion; sin pasiones violentas y sin dulces afectos, verdad es, pero sin dolores ni pesares tampoco.

Esta disposicion para plegarse á todo dócilmente, esta flexibilidad de carácter es mas admirable, cuando á un mismo tiempo tiene que variar de un extremo á otro. Supongamos, pues, que Adela tiene cuatro amantes; el uno es un mozalvete inesperto, uno de esos niños que acaban de salir del cascaron, como vulgarmente se dice, y que por tanto trae un corazon vírgen, y una porcion de ilusiones idem; que el segundo es un capitan de caballeria, andaluz por mas señas, y de los que declaran á una mujer en estado de sitio, y la requiebran y obsequian marcialmente; que el tercero es un abogado rechoncho como su entendimiento, de peluquita rubia, de rostro cándido; en suma, uno de tantos como conocemos por el nombre de *predestinados*; que el último es por fin un *Otelo* pasado de moda, un catalan selvático y feroz; que se encela por un quítame allá esas pajas, que frunce el gesto por la menor cosa, y que jura vengarse á sangre y fuego si se le ultraja ó se le vende. En este contraste de caractéres, en este dédalo oscurísimo y enmarañado, la coqueta no se aturde ni desmaya: al inocente pipiolo le engaña de cualquier modo; al capitan le deslumbra con sus dengues y gachonadas; al mofletudo jurisperito llamándole su esposo; al terrible catalan desempeñando el papel de víctima, derramando á lo mejor un torrente de lágrimas, ó haciendo uso, en caso de necesidad, de los ataques de nervios. Asi viven los cuatro en una paz octaviana, todos arrullados por blandas esperanzas, adormidos en dulces ensueños, mecidos en gratas ilusiones. La farsa dura hasta que uno de ellos avanza mas que los otros, y pide al papá ó al tio la mano de la inocente doncella, á la que se le da un ardite del dolor del jovenzuelo, y de sus amenazas de suicidio; de los sarcasmos del capitan, de las burletas del abogado (que es las mas veces el preferido) ó de la teatral desesperacion del *Otelo*. A veces suele calmarlos con seductoras promesas para el porvenir.

Tambien puede alcanzar otro desenlace la comedia: un dia el mas inesperto de los cuatro tiene la candidez de enseñar á cualquiera de los restantes un lazo de rubios cabellos: el otro se alarma por el color y por la forma de la prenda, y saca una igual del bolsillo, comunicando sus dudas al mancebo; pero este se irrita con semejante sospecha, llama calumniador al que toma el asunto con tanta frescura, y si aun asi no le hace perder su sangre fria, hasta le apostrofa de cobarde. El resultado es el que puede colegirse: salen con los padrinos correspondientes, y por donde hace el demonio que sean estos los dos compañeros de la coalicion amatoria, y que al enterarse del motivo de la contienda, saquen otros dos lazos idénticos, finalizando la intriga, con no poco contento de todos, menos del que amaba de buena fe, que se mesa y arranca las barbas, si ya las ha, y que canta doloridas trovas, si el destino le hizo nacer poeta: pero en fin, el lance no tiene mas consecuencias que escribir una epístola que firman los cuatro, y que va concebida en estos ó parecidos términos:

«Temiendo que si sigue Vd. tan pródiga en la reparticion de cabellos, tenga que hacer pronto uso del tuétano de vaca ó de la grasa de oso: ó que como la de Sanson, su fuerza consista en el pelo, y que quedando calva, pierda las proporciones á que aun puede aspirar; le devolvemos los preciosos recuerdos que de su amor guardábamos, para que los traspase á otros mas inocentes y menos ingratos.»

Tampoco es raro que media docena de amigos se encuentren con seis ediciones de un mismo billete, ó con seis copias de un mismo retrato. En este caso la alocucion de despedida se formula del modo siguiente:

«Habiendo leido y discutido maduramente los que suscriben la adjunta circular, han resuelto negarle su voto, en atencion al descrédito de la candidatura que propone. Lo que comunicamos á V. para su inteligencia y fines convenientes.»—Dios guarde á V. muchos años.—Madrid, etc.

No piensen mis lectores que la coqueta se corre ni desconcierta por esto: asi como un propietario no teme ver siempre desalquilada la casa que un inquilino abandona, entonces lo mismo que aquel, Adela pone papeles: es decir, que destina una hora mas al tocador; que si canta dirige sus miradas, mientras entona una *romanza* amorosa, al que mas cerca tiene; que si baila el cotillon, saca tres veces seguidas á uno mismo; que si este ó aquel la contempla un instante, clava en él sus ojos toda la noche. Otras veces se resuelve á atacar el alcázar de la vanidad humana: al tieso y afectado *dandy*, que no piensa mas que en el frac de Utrilla, en el charol de Fortis ó en las corbatas de Bomel, le encomia cualquiera de sus trajes, y hé aqui la conquista hecha: si es un autor dramático silbado, habla contra las cábalas literarias, se enciende en ira con las intrigas de bastidores, y acaba por decir que no conoce drama mejor que el suyo, aunque no lo haya visto, ó desde el prólogo comenzase á bostezar y á dormirse. Si es un artista, le saca á relucir dos ó tres nombres que leyó en un periódico por la mañana, como Van-Dick y Correggio; hace el elogio del claro oscuro de sus cuadros, aunque sean chillones y desentonados, y le predice un porvenir brillante. Si es por último un hombre juicioso y racional (porque ni estos están libres de la fascinacion), comienza por hablar mal de las mujeres, truena contra las coquetas, hace el elogio de la que no gusta de saraos ni diversiones, y que limitada á sus faenas domésticas, cumple todos sus deberes dedicando su existencia á su esposo y á sus hijos. Con esto le basta para armarse en poco tiempo, y para no echar de menos el descalabro anterior.

La arena verdadera en que combate mi tipo, el campo donde hace gala de su talento, donde despliega todos sus inmensos recursos, todas sus facultades físicas y morales, es un baile, es una reunion cualquiera. Allí prodiga sus mejores sonrisas: allí otorga sus codiciados favores: ya estrecha la mano de uno en el reposado rigodon: ya se abandona lánguida en los brazos de otro al lanzarse al rápido wals: ya se deja caer sobre una banqueta exánime y fatigada, mientras este la abanica: ya irguiéndose de pronto como una rosa abatida por el ábrego, deja con la palabra en la boca al que la improvisaba una bien pensada declaracion.

El carnaval es un gran recurso para la coqueta: sobre la careta natural que lleva siempre, se pone otra artificial: con el traje de valenciana da una cita en un salon de Villa-hermosa; y cuando el anzuelo ha prendido, pónese encima un dominó, y pasa cogida de otro junto al que la busca desalado. Esta operacion se repite diferentes veces, sin mas que cambiar tres ó cuatro disfraces de diferentes colores, y pasando la noche entera en tan inocente ocupacion.

El teatro es otro de los sitios donde tiene erigido su trono: situada en un palco bajo, echa los anteojos al *lion* de la décima fila de lunetas, dirige la vista al que ocupa la galería de enfrente, y de vez en cuando levanta los ojos hácia el infeliz á quien relega á la tertulia con cualquier especioso pretesto. Entónces es de verla orgullosa de tener en todas partes obedientes siervos; entónces es de verla gozarse con el imperio que ejerce; entónces, por último, es de verla repartir miradas y sonrisas á diestro y siniestro, hacer imperceptibles señas con la cabeza, ó mover ligeramente los dedos. Nada mas frecuente que escenas semejantes en los teatros: yo trocaria el nombre de estos por el de *oficinas telegráficas de coqueteos*. Y forzoso es convenir en que las empresas de espectáculos públicos tienen mucho que agradecer á las coquetas, y que debieran erigirlas estátuas y aun altares, en muestra de justa gratitud.

Ofrece ademas el coliseo una porcion de ocasiones favorables para que mi tipo afiance y consolide su dominio: si el drama es triste, la coqueta halla coyuntura para demostrar su sensibilidad; y ¡ luego son tan hechiceros unos ojos empañados por las lágrimas! Si es alegre la pieza, al reirse descubre dos filas seductoras de preciosos dientes: si un chiste grosero ó impudente excita carcajadas en el patio, se enciende ruboroso su semblante, revelando asi su pureza: si hay una catástrofe horrible, se cubre la cara con el abanico..... para coquetear por entre las varillas con algun neófito ó inocente. Por último, si es ópera, se agita, se conmueve, y tiene que aspirar varias veces su frasquito de sales, para no desmayarse con la emocion que siente. Luego á la salida hay mil ocasiones favorables para trocar algunas palabras, para deslizar una cartita, para dejarse estrechar la mano, para regalar el ramillete que aspiraba, *reseco con su hálito y humedecido con sus lágrimas*. ¿ Y con que riquezas se paga ese *bouquet* que ha recibido todas las impresiones de la hermosa por quien suspiran seis ó siete? La moda ha dado un compañero al abanico: este divide sus funciones con el lindo manojo de flores, que á las veces hasta suele asemejarse á la banda con que la hermosura recompensaba en los torneos la destreza del vencedor.

Hay mujeres que son eternamente coquetas, y estas tiñen sus cabellos cuando comienzan á blanquear, estiran su cútis con cosméticos y menjurges cuando principia á arrugarse, y reemplazan sus dientes con los que construyen Rotondo y Monasterio, cuando los primitivos desaparecen. Esas no son ni solteras, ni casadas, ni viudas, ni madres; no son mas que coquetas. Sacerdotisas de ese nuevo idolo, á él lo sacrifican todo, las afecciones lo mismo que los deberes: si son ricas, cuando no obtienen ya obsequios, los compran: si son pobres, se mueren ó se hacen devotas.

A esta última especie corresponden las tias ó las madres severas é implacables, que tienen en duro cautiverio á sus hijas ó á sus sobrinas; las que declaman contra las costumbres de la época; las ásperas y regañonas, las de gesto avinagrado, y las que cubren su despoblada cabeza á favor del arte de Reigon y de Peláez.

Ellas, y por aquel adagio de *no hay peor cuña que la de la misma madera*, se muestran inexorables con la coquetería: ellas, sobre todo si son solteronas, predican fervorosamente contra aquel vicio; ellas en fin, inflamadas en santo celo, dan á las jóvenes rectos y saludables avisos..... Pero sin querer é involuntariamente iba invadiendo un terreno que no me pertenece: de la coqueta iba pasando á la devota, tipo no menos abundante y no menos digno de estudiarse y describirse.

Asi como las obras dramáticas terminaban en otros tiempos con su correspondiente moraleja, que reasumia el pensamiento moral del autor al escribirlas, asi tambien quiero dar fin á este artículo con una reflexion filosófica. En todos estos caractéres de la naturaleza, en todos estos tipos que se distinguen por sí solos, y á los que dá color, por decirlo asi, la mano eterna del tiempo, hay un enlace y una conexion íntimos, hay una semejanza, una identidad asombrosas. De la niña nace la mujer; de la mujer sale la coqueta; de la coqueta se desprenden otra porcion de eslabones, que diferentes entre sí, guardan todos grande analogía con el primitivo, y nos lo hace reconocer como los hijos de una nacion, como las flores de una misma planta, como los dedos de una misma mano, iguales aunque desemejantes.

RAMON DE NAVARRETE.

EL EMPLEADO.

Aprended, flores, de mí
lo que va de ayer á hoy;
que ayer maravilla fuí,
y hoy sombra mia no soy.

Con efecto: ¿á quién con mas razon que al empleado español puede aplicarse tan sabida y manoseada copla? ¿Dónde se encontrará un dechado mas perfecto de las mudanzas humanas? El zapatero hace ahora zapatos como antaño, y como antaño los cobra, escepto de los tramposos que son de todas las épocas. El propietario percibe los alquileres de sus fincas, aunque ande á pleito con inquilinos renitentes, plaga muy anterior á las reformas modernas. El cura, si ha perdido el diezmo, tiene esperanza en la caridad de los fieles, mientras el empleado ni aguarda caridad, ni conoce fieles en el mundo. En ninguna clase, en fin, ha impreso la revolucion tan profundamente su sello; él es la revolucion personificada.

Aprended, flores, de mí, puede en verdad decir el Empleado, porque el Empleado es ahora flor de efímera existencia, que nace por la mañana y por la tarde ha desaparecido, cuando antes no viene á troncharla inesperado huracan en su mayor lozanía. Antes ¡ay! no era flor, sino una cosa á manera de ostra, tenazmente agarrada á la roca de su destino, ostra que en un mar siempre bonancible, allí vivia, allí engordaba, sin mas movimiento que el de abrir sus conchas para recibir los rayos de su sol querido, es decir, las mesadas que en su periódico curso volvian con tanta regularidad como el astro del dia en el suyo. ¡Aquel sí que era el régimen perfecto y sabiamente combinado. Aquella sí que se podia llamar constitucion-verdad; y no ahora que solo predomina el régimen dietético, el cual, destruyendo la constitucion física del empleado, no le enseña mas verdad que una: que su sueldo es una mentira! ¡Tiempos felices de Cárlos III y de su hijo! Vosotros fuisteis la edad dorada de los empleados. Ahora no nos hallamos siquiera en la edad de hierro: estamos en la de barro, fiel emblema de la fragilidad de los empleos.

El Empleado de antaño, seguro de su inmovilidad, vivia feliz, tendiéndose á la bartola: el de ogaño, espuesto á mil vaivenes, no conoce lo que es paz ni contento. Aquel ostentaba en su rostro una serenidad inalterable: este es la vera-efigies del susto y de la zozobra. El primero era mas cachazudo; el segundo es mas activo. En el uno habia mayor inteligencia de los negocios; el otro vence en travesura. Ambos á dos podrian correr parejas en cuanto á instruccion y conocimientos; pero al menos el antiguo sabia el camino de su oficina, en vez de que el moderno suele ignorarlo; bien que tampoco necesita saberlo.

Resultan, pues, dos tipos distintos de Empleados en España: el antiguo, que es el primordial, el genuino; el moderno, que es el tipo reformado. Hablando con propiedad, solo el antiguo es un verdadero tipo porque el personage á que se refiere es el único que tenia ocupaciones constantes, ideas fijas, costumbres inalterables, circunstancias necesarias para formar un tipo: el moderno es un camaleon que no se sabe por donde cogerle, tanto varia de formas y colores. El tipo antiguo va desapareciendo: únicamente se encuentra alguno en la inmensa masa de cesantes; el moderno puebla toda España; y al paso que vamos, no habrá en breve un ciudadano que no pueda decir como aquel célebre artista *anch' io sono pittore*. Sin embargo, á pesar de la abundancia de este, y de la escasez de aquel, necesitamos principiar por el Empleado de antaño, porque, como ya hemos dicho, es el verdadero tipo: el otro no es mas que una variedad debida á las circunstancias.

Aunque el ser Empleado no era en España antiguamente privilegio esclusivo de ninguna clase, una práctica constante hacia que por lo general el empleado naciese del empleado. Apenas el hijo de un oficinista habia salido de la escuela, cuando, teniendo á lo sumo doce años, se le colocaba de meritorio al lado de su padre. Allí se soltaba en la letra, se perfeccionaba en las cuentas, y aprendia lentamente las prácticas burocráticas. Al cabo de seis ó mas años habia por fin una vacante, y entraba el neófito de escribiente de número con sus trescientos ducados de sueldo, habiendo aquel dia arroz y gallo muerto en la casa paterna, refresco en la botillería de Canosa, y palco segundo en el coliseo para ver la comedia de magia. Cate usted á nuestro muñeco hecho todo un hombre: ya estaba encarrilado; ya no tenia mas que dormirse sobre su cartapacio, dejarse llevar suavemente, y entregarse al dulce y pausado movimiento que año tras otro le hacia recorrer todos los grados de la escala hasta llegar á escribiente primero: desde allí daba en otro empujon el suspirado salto á la categoría de oficial; y ya entónces, si ántes no habia hecho una calaverada, teniendo treinta años, con diez y seis de buenos servicios, y en atencion á que pagaba el descuento para el Monte Pío, elegia esposa entre las hijas de los oficiales primeros, con lo cual ponia un nuevo clavo á la rueda de su fortuna, y tomaba puesto entre los padres graves de la comunidad. El horizonte de sus deseos no se estendia mas allá del círculo de su oficina; aspiraba únicamente, si Dios le daba vida, al puesto de oficial mayor; y cuando al cabo de años le alcanzaba, cubierto de canas, con la dignidad de secretario del rey, y tal vez la cruz de Cárlos III, teníase por un personage en la sociedad, viéndose acatado por todas partes, honrado en las tertulias, funciones públicas y actos del gobierno, y optando en cualquier ocasion á todas las preeminencias de su distinguida categoría.

Escusado es decir, que en estas transformaciones

habia ido tomando el Empleado la fisonomía correspondiente á la situacion que ocupaba. Al muchacho motilon que salia de la escuela para ir á copiar oficios al lado de su padre, se le arreglaba una casaca vieja de este, dejándosela bien larga para que fuese crecedera: su madre le peinaba cuidadosamente, recogiéndole el pelo, en coleta, pero sin polvo todavia; y con su ancho sombrero de tres picos, sus calzones cortos, su chupa que no llegaba á los calzones, dejando ver algo de la camisa, sus calcetas arrugadas, y sus zapatos de cabra sin hebillas, iba hecho un hombrecito, encantando á toda la oficina con su aire candoroso y su docilidad. Cuando entraba en la adolescencia, y á esto se añadia un sueldecillo de cuatro reales diarios, ya se vestia con ropa nueva, pero si no le arrastraban los faldones de la casaca, solian por el contrario hacerse cortos, y las mangas harto estrechas, porque la escasez de los fondos, menguados todavía con las sisas paternales, no permitia renovar con la necesaria frecuencia las prendas del vestuario. Pero una vez nombrado escribiente de número, y adquirida de este modo la investidura de verdadero empleado, ya era preciso presentarse con los requisitos de tal, y desde entónces, procurando imitar á los petimetres de la época, se colgaba el espadin, se clavaba sus hebillas, añadia chorrera á la camisa, vuelos á los puños y lucia su brillante botonadura de acero sobre el rico paño de Guadalajara. Este equipaje, sin embargo, no llegaba á su complemento, sino cuando era ya oficial, y andando mucho el tiempo, tomada posesion de los grados altos, se usaba la vicuña, el terciopelo, rizado el encaje en vuelos y chorrera, y la ancha bolsa en el peluquin muy empolvado. Asi por el aspecto esterior de un oficinista, podia decirse desde luego sin mas informacion el puesto que ocupaba, y las madres calculaban si habia llegado ya el punto en que era un novio conveniente para la niña.

Pero veamos á este tipo primordial de nuestros empleados en las dos situaciones de su monotona vida, en la oficina y en el interior doméstico.

El empleado antiguo era mas matinal que el moderno. A las nueve ya estaba andando para su oficina; llegaba, abria la papelera con calma, aquella papelera modelo donde estaba colocado todo en un órden admirable, ostentando los legajos su perfecta simetria, sin que ningun pliego se atreviese á interrumpir la recta alineacion con sus hermanos, comprimidos todos en amarillentas carpetas mediante el encarnado balduque artísticamente enlazado, y á la vista el correspondiente rótulo en hermosa letra bastardilla. Sacados que eran los papeles, colocados cada cual en el lugar oportuno, cortadas las plumas y dispuesto el tinglado de forma que anunciase la presencia del dueño, echada una ojeada á la gaceta que por fortuna era corta y no diaria, principiábanse los trabajos por la indispensable tarea del cigarro. El cigarro en las oficinas sirve para dos cosas: para dejar de trabajar, y para armar conversacion. Formábase, pues, el corro: y como entónces la política no preocupaba los ánimos, se hablaba de la última corrida, de la caida de Costillares, de la estocada de Pedro Romano, ó bien del admirable paso del puñal hecho por la Rita Luna en la Esclava del Negroponto. No faltaba algun gastrónomo que daba noticia de donde se vendian los mejores jamones de Candelario, ó á qué punto habian llegado los mas frescos besugos; y en tan sabrosa conversacion, daban las once, hora en que se tomaba el refrigerio que de la puntualidad con que entónces se servia ha conservado este nombre. Reconfortado el estómago, hallábase por fin un hombre en disposicion de entregarse al trabajo, y de emprender la lectura de un espediente, formar su estracto, ó redactar algun informe, hecho todo con pausa, circunspeccion y esmero. En aquellas caras no se veia la agitacion del que anhela despachar pronto, ni la contraccion del pensador profundo, ni la animacion del que engendra en su cabeza un pensamiento grande; todo era serenidad, cachaza, imperturbabilidad, como quien trabaja por rutina, siguiendo el camino trillado, y sin dársele un pito de acabar hoy ó mañana. En esto daba la una; de repente las plumas todas se paraban donde las hallaba la campanada: echábanse polvos; se recojia, oyéndose un ruido de papeleras á manera de fuego graneado, y tomando cada cual capa y sombrero, con un «hasta mañana, caballeros», se despedia la gente. ¡Oh vida feliz aquella! ¡A la una cesaba el trabajo!... ¡Cuánto han variado los tiempos! ¿Qué dirian aquellos benditos y patriarcales oficinis-



El Empleado.

tas, si alzasen ahora la cabeza, y viesen á sus sucesores salir á las cinco de la tarde? Y ¿qué, si hubiesen alcanzado la diábolica invencion de volver á la oficina por las noches? Pero no os asusteis, venerables sombras de la antigua burocracia española, no es tan fiero el leon como le pintan. Si ahora salimos á las cinco, tambien vamos á las dos ó no vamos, que es lo mas fijo: si ahora volvemos por las noches, el daño es para las pobres luces que arden sin duda para las ánimas. Hoy dia hay largos y eternos periódicos, novelas de Jorge-Sand, discusiones políticas: todo esto ocupa y hace pasar agradablemente las eternas horas, cuando no es uno tan concienzudo que sacrifica el teatro ó el liceo á la material presencia en la oficina.

A la una, pues, volvia el Empleado á su hogar: desaparecia el hombre público, y hasta las nueve del dia siguiente, si no era domingo, fiesta de guardar ó dia feriado, es decir, la mitad del año, quedaba reducido á caballero particular, tan dueño de su persona como el ocioso mayorazgo. Comia con calma, echábase á dormir la siesta, salia á dar un paseo, volvia al anochecer á tomar su chocolate, ó le tomaba en casa agena, iba á su tertulia y á las diez ya estaba recogido para entregarse al sueño despues de una parca cena. Ese sueño no era turbado por visiones horribles de revolucion y trastorno; la idea de su destitucion no le atormentaba; hallábase aun por inventar la palabra *cesante*, torcedor continuo del empleado; y si acaso se trasladaba su imaginacion al porvenir, era solo para contar los años ó enumerar los achaques de los que le precedian en la escala, estendiéndose todo su encono á desear que los jubilasen.

Si el sueldo no era grande, pagábase al menos puntualmente, y habia gajes, regalos y obvenciones; no hablamos de manos puercas, estas son de todos tiempos. La casa del empleado era por Navidad una colmena. ¿Que pretendiente no hacia su obsequio al oficial de la mesa? ¿Que agente no mandaba á los gefes un mozo cargado con frutas de la época? ¿Que intendente, que cabildo, que ayuntamiento dejaba de cumplir con los covachuelistas influyentes? ¡Oh, España era entónces un pais de Jauja para los empleados! Ahora han desaparecido los regalos, aunque suelen subsistir en las cuentas de los agentes; y es en verdad calamitosa la poca generosidad de los que solicitan.

Aun habia mas. Pocos empleados eran los que no acumulaban á su empleo una administracion de fincas, otro destino en casa de algun grande, ó que por lo menos no aumentasen su escaso peculio con los productos de copias, arreglo de papeles ó liquidaciones de cuentas; y si á esta nueva ocupacion querian añadir la respetabilidad, se hacian nombrar síndicos de alguna cofradía, cuyo pendon llevaban en la procesion del Corpus; ó bien pedian en las calles para el pecado mortal, entonando con voz sonora sus agudas saetillas.

¿Y que diremos del alto empleado, del oficial de covachuela? ¿Le pintaremos con su uniforme, yendo tarde á la secretaría, no para trabajar, sino para presentarse al ministro y despachar con él; no ensuciándose nunca los dedos con la tinta de su escribanía de plata, ni con el polvo de su papelera forrada de tafilete; teniendo un escribiente que le hacia el trabajo; respondiendo al humilde pretendiente con desdeñosos monosílabos; citando á su casa al agente de Indias, que se insinuaba cual conviene; y corriendo en seguida á hacer su córte al ídolo de la época de quien esperaba conseguir una plaza de camarista ó ser nombrado asistente de Sevilla? Pero el espacio nos falta para tanto, y tenemos que venir á los tiempos modernos, tiempos calamitosos, en que los españoles hubieran renunciado á la empleo-manía, sin los gratos antecedentes que ha dejado, y si no fuese una plaga incurable en esta patria favorecida del cielo.

No sé si el hambre habrá dejado todavía vivo á algun empleado del tiempo de Cárlos IV. Si este fenómeno existe, él podrá decir las revoluciones que su clase ha padecido desde entónces, y como ha variado hasta el aspecto exterior del oficinista, que tampoco el oficinista está libre del imperio de la moda, aunque por motivos independientes de su voluntad, suele seguirla de lejos. Este venerable y escuálido resto de la antigua burocracia diria como se apartó del costado el espadin, reemplazado hoy con el sable de miliciano; como se abandonaron las casacas redondas para substituirlas con el frac y la levita; como el calzon corto que resistió mas tiempo, se alargó en fin hasta caer en pantalon sobre el tobillo; y como perecieron los peluquines, cayeron las coletas, y las calvas se cubrieron trayéndose hácia delante el pelo de atrás que ondeaba á veces á guisa de penacho, á pesar del artístico batido. Tal ha sido, en fin, la revolucion, que hoy ya se ven empleados con trabillas, guantes amarillos, cabello largo y rizado.... y hasta con barbas: con barbas, si, que hubieran horrorizado á sus antecesores, y fueran suficientes á ocasionar su destitucion en un tiempo en que esta ominosa palabra solo se encontraba por lujo en el Diccionario de la lengua castellana.

Pero, ¿que ha de suceder, si todo ha variado á tal punto, que una oficina, símbolo antes de la paz y suavidad de costumbres, ofrece ahora el aspecto de un cuartel lleno de uniformes, armas é insignias militares? ¿Si en vez de las palabras *expediente, legajo, extracto, minuta, órden*, solo se oyen las de *batallon, compañía, fusil, guardia, formacion y ejercicio*? ¿Si á la palabra *señor mayor* han sustituido los subalternos las de *mi capitan, mi comandante*? ¿Nos hemos vuelto todos guerreros? Sí; porque los destinos no se consiguen ahora por escala, ni á fuerza de años de servicios, como antiguamente; sino que se asaltan, se ganan en buena ó mala lid, y se quitan al que los tiene para colocarse uno en ellos. Este es un nuevo método que hemos inventado mucho mas expedito y cómodo, porque en estos tiempos de máquinas de vapor, queremos tambien carreras al vapor que en un periquete nos alcen á los cuernos de la luna.

Con efecto, ya no existe el meritorio, aquel tierno y cándido novicio que, con la leche en los labios, iba á aprender el oficio al lado de su padre. ¿Donde hay paciencia ahora para esperar seis ú ocho años hasta obtener una miserable plaza de escribiente? La táctica es otra. ¿Se halla V. sin oficio ni beneficio? ¿Aspira á una placita en rentas ó en un gobierno político? ¿No es V. en fin, mas que un pretendiente de escalera abajo? Pues se mete V. miliciano, alborota y chilla en su compañía; se hace nombrar sargento; la echa de patriota; arma alguna bullanga; se luce en un pronunciamiento; y mal ha de andar la cosa para que al fin no se *calce* (esta es voz nuevamente inventada para significar que se ha alcanzado un destino.) ¿Tiene V. mas ambicion? ¿Apetece una intendencia, una gefatura política, una magistratura, un ministerio? ¡Oh! entonces, segun la categoría del destino, adelanta V. mas en la milicia, se hace capitan ó comandante, se cuela en un ayuntamiento, se ingiere en una diputacion provincial, se arroja á la tribuna parlamentaria, ó bien se constituye miembro de alguna junta revolucionaria, y ya no necesita mas: por poco que se mueva, que charle, que farolee, ó que, segun convenga, haga la oposicion ó apoye al ministerio, no hay falencia, á los dos meses, cate V. á Periquito hecho fraile; y el que no ha mucho era paseante en corte, manda á toda una provincia, dirige un vasto ramo de la administracion, en una palabra, tiene cuarenta ó cincuenta mil reales de sueldo, que es el problema que habia que resolver.

Pero ¡ oh vanidad de las vanidades humanas! Apénas se ha llegado al suspirado término; apenas se ha satisfecho la ambicion, ó se ha matado al hambre que mataba, cuando se entra en un mar tempestuoso, en un piélago de inquietudes, en fin, en una vida de perros. Y no porque abrume el trabajo: gracias á Dios, esto es lo que da menos cuidado, lo que menos ocupa; pero el mónstruo de la *cesantía* se le pone á uno delante, con faz torva y desabrida, le sigue á todas partes, le acosa en los paseos, envenena las comidas, altera el sueño, y haria caer la pluma de las manos, si alguna vez la pluma se cojiese. Ved al Empleado sentado en su silla, delante de su papelera, no aquella papelera antigua, modelo de órden y simetría, sino revuelta, desarreglada, confusa, símbolo de la época y del alma de su dueño: ved, decimos, al

Empleado, inmóvil, aunque la procesion ande por dentro, pálido, mirar sombrío, meditabundo. Cualquiera dirá que piensa en los negocios que le estan encomendados, que se hilvana los sesos por despacharlos con acierto; nada de eso; piensa en su destino, en el tiempo que le tiene, en el tiempo que le durará, en los medios de conservarle. Calcula, lee los papeles que tiene delante, que no son expedientes, sino periódicos: repasa los sucesos del dia, procura adivinar los de mañana; desearia tener al lado una sibila (si es que sabe lo que es una sibila) que le descorriese el velo del porvenir; se afana por averiguar de que lado ha de soplar el viento. ¿Triunfará la oposicion? ¿Vencerá el Ministerio? ¿Habrá mudanza, crisis? ¿Conviene ser todavia fiel, ó es tiempo ya de virar de bordo y pasarse á los contrarios? Dispuestos estamos á una defeccion; pero ¿ha llegado la hora de la defeccion? ¡Terrible problema! ¿Quién le resolverá? Se levanta: va á charlar por lo bajo con otro camarada que se halla en la misma disposicion de ánimo.—«¿Qué hay?—Hombre, esto se pone de mala data.—¿Habrá mudanza?—Peor.—¿Pues qué?—Pronunciamiento.—¿Qué dice Vd.?—Está reunido el consejo: la sesion de mañana será borrascosa.—¿Qué haremos?—Estemos á ver venir.—¡Válgame Dios! ¡Que situacion!—No, pues yo.... esto de quedarme apeado....—Déje Vd. conozco.... Sobre todo, ¿no es V. de *aquello*?—Si, pero hace tiempo que no he asistido.—¿Quién diablos deja eso? Esta noche es preciso que V. venga.—Sin falta, si, veremos de que se trata; alli se sabrá algo; se tomará un partido....—Cualquiera, con tal de tenernos firmes.—Yo por mi no me importa que me quiten de aquí... como me lleven á otra parte mejor.—Toma, entonces no tenemos caso.» Dicho esto, se amontonan los papeles, se arrojan barajados dentro de la taquilla, se cierra, se toma sombrero y baston, se lanza uno á la calle, se va á la Puerta del Sol, luego por la tarde al café, se charla, se patriotiza; llega la noche, se acude á aquella parte, los cofrades echan cuatro arengas, se alborota el cotarro, se toma una resolucion enérgica, y cada uno sale á ocupar el puesto que le ha sido señalado. Hay bullanga: se grita á favor del que vence, se brama contra el vencido, se aprovecha la ocasion, y si es posible se sube un escaloncito.

¡Vida de tribulaciones y amarguras! Y ¡si á todo esto se comiese! Pero las pagas van atrasadas: nos deben ya treinta meses: el tesoro está exhausto: no se habla siquiera de una nueva contribucion; el ministro de Hacienda es un hombre sin entrañas. El ciudadano empleado va á su casa, y encuentra que aquel dia no se ha encendido lumbre, y que el casero ha estado por la mañana á reclamar los alquileres de seis meses, y que el sastre apura para el pago de la única levita que tiene. ¡Pagar la levita cuando ya está raida, cuando los ojales se niegan al servicio, servicio necesario para ocultar el mal estado de la camisa! Y ¡para esto ha de haber andado en seis pronunciamientos! Y ¡esto se saca de haber mudado otras tantas veces de partido! ¡Mas le valiera el haberse quedado en la antigua oscuridad!

Pero ¿qué es esto? ¡Han pasado solo seis meses, y al mismo hombre, tan tronado antes, le veo ahora hecho un milor, vestido con la mayor elegancia, habitando una casa magníficamente alhajada, teniendo opipara mesa é insultando en su bombe al que no ha mucho se paseaba con él, oyéndole el triste relato de sus miserias! ¿Cómo se ha verificado tan estraña mudanza? ¿Ha heredado? ¿Ha contraido el Estado algun empréstito y paga ya corriente? No señor: no se le ha muerto ningun pariente millonario: la nacion está cada dia mas pobre y atrasada. Pues ¿qué milagro es este? Recóndito misterio que no nos incumbe profundizar: bástanos dejar consignado, como única cosa que hace á nuestro propósito, que el empleado de ogaño está destinado, ó bien á pasar miserias y penalidades, ó bien á escandalizar con su repentina fortuna. Sobre todo, aconsejaremos, y no diremos por qué, á los que quieran ser empleados de provecho que dejen la córte y se vayan á una provincia. Lo que hay que ser es empleado de provincia, y si es posible en alguna aduana. No deslumbre el oropel de la córte que solo procura indigencia: en la provincia se halla lo positivo, y seis reales de sueldo en ella, dan mas de sí quo sesenta mil en el tribunal supremo de Justicia.

Diré mas; aun ese oropel que ántes existia, y que satisfacia la vanidad, ha desaparecido. Y si no, trasladaos á una audiencia. Antes salia el oficial muy finchado, con uniforme bordado de oro, la mano derecha metida en el pecho, y el brazo izquierdo apoyado en la espalda. Su mirar erguido se dignaba apenas caer sobre el trémulo pretendiente que se acercaba con el sombrero en la mano, inclinándose hasta el suelo, y atreviéndose apenas á preguntar con voz desmayada acerca del estado de su expediente. Ahora ha variado de posicion: el oficial parece ser el pretendiente, y este el que dá la audiencia. Aquel, vestido con sencillez, toma una actitud humilde á fuerza de querer mostrarse amable: él es el que se encorva, mientras el otro se engrie: la sonrisa afectada del Empleado contrasta con el ceño adusto del solicitante: su voz meliflua apenas se oye apagada por el eco imperioso de la del peticionario que vestido de miliciano con enormes barbas, retorcido bigote y facha de patriota crudo, se olvida tal vez de quitarse el chacó y acaricia con áspera mano, en aire de amenaza, el puño de su sable.

Pero lo qne hay que ver es una secretaria del despacho en dia que se muda el ministro. ¡Que semblantes tan largos y macilentos! ¡Que miradas tan inquietas! ¡Que afan, que desasosiego! Las mesas están abandonadas; los espedientes amontonados sin despachar, en todas las piezas corros y conversaciones misteriosas. ¡Que ir y venir! ¡Que informarse! ¡Que hablar de las cualidades y de los antecedentes favorables ó contrarios del nuevo gefe! De repente viene un portero. «Señores, que se sirvan usias pasar á la subsecretaría.» Este es el momento de la presentacion; todos acuden cabizbajos; se reunen, y con el subsecretario al frente, pasan al despacho de S. E. colocándose en círculo, y observando con inquietud el semblante del árbitro de sus destinos, con el fin de adivinar en sus ojos la suerte que les espera. Pero el taimado, con una sonrisita nacida, mas bien que de amabilidad, del contento de su reciente elevacion, los desorienta y los recibe afectuoso, maravillándose tal vez de la numerosa grey que tiene á sus órdenes, y habiendo ministro que en semejante ocasion ha esclamado con estúpida candidez: «¡Oh! ¡oh! ¡parece una comunidad!» Oye el balbuciente cumplido que le dirige el subsecretario en nombre de sus subordinados, y en seguida responde que se ha visto precisado á aceptar aquel puesto, que se sacrifica al bien público, y que solo la cooperacion, las luces de los que están presentes podrán sacarle airoso del árduo empeño, y ayudarle á llevar la pesada carga que han arrojado sobre sus débiles hombros. «Espero, dice (son palabras históricas), que con los brazos *unísonos* me ayudarán ustedes á tirar del carro.» En seguida le hacen todos una profunda cortesía, y la comunidad se larga silenciosa por la puerta, quedando el ministro ocupado en nombrar á otros para tirar del carro, y los oficiales haciendo comentarios sobre la entrevista, hasta que reciben la órden de irse con la música á otra parte.

¡Irse con la música á otra parte! ¡Caer en el inmenso panteon de los cesantes! Triste suerte; pero suerte infalible de todo empleado moderno. El empleo no es mas que un pasadizo que lleva desde la nada á la cesantia, es decir, á otra nada peor que la anterior,

por estar llena de recuerdos y de esperanzas burladas, burladas, digo, pero no perdidas porque el cesante siempre espera. Puesta la vista en el destino que ha dejado, aguarda una nueva revolucion que le reintegre en su pristino esplendor, para perderle de nuevo, y recobrarle otra vez, y otras veinte en el espacio de pocos años. Como los arcaduces de una noria, los empleados actuales suben y bajan alternativamente, y se sumergen, y vuelven á aparecer, y están llenos unas veces, y otras vacíos, y nunca quiétos, porque la rueda á que van atados los arrastra en su incesante movimiento; y como los mismos arcaduces, solo sirven todos para agotar el manantial por donde pasan, es decir, la nacion, á la cual, ya en activo servicio, ya cesantes, arruinan y sirven poco. Agentes, mas bien que del gobierno, de la revolucion, ellos y los aspirantes á serlo son los que alimentan nuestras revueltas, y nos tienen en perpétua alarma. Antiguamente al ménos, si trabajaban poco, hacian mucho mas y no eran tantos; y sobre todo, pacíficos y morigerados, servian con fidelidad y no armaban trastornos. Ahora... Pero basta, basta, ya es tiempo de acabar, que harto he dicho y harto he murmurado de mis carísimos compañeros; pues por si lo ignora el benévolo lector, yo tambien he sido tres ó cuatro veces empleado y cesante, y soy esto último ahora, y mientras escribo este artículo, estoy pensando en cuando volveré á las ollas de Egipto, aguardando, como tantos, que haya una nueva revolucion, ó que suba al ministerio un amigo que bien me quiera. Por desgracia del pais, lo primero es mas fácil que lo segundo.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

EL CESANTE.

EL *cesante* es una de las que en España se llaman *clases pasivas*, nombradas sin duda así porque *padecer* es su destino. Estas clases toman diferentes títulos como *jubilados, cesantes, retirados, excedentes, ilimitados, indefinidos, viudas, huérfanos*, etc. etc. etc., segun su origen y derechos, y todos convienen en un carácter general que es el *tener señalada* una pension sobre el erario público, con obligacion de no hacer nada. Decimos *tener señalada* para ser exactos; pues si usáramos del verbo *cobrar*, dariamos una idea muy equivocada de este carácter especial y distintivo que tiene mucho mas de aparente que de sólido y verdadero. Aquí sobre todo viene de perilla áquel refran que dice: *del dicho al hecho hay mucho trecho.*

Podríase escribir una obra tan voluminosa como promete ser la Enciclopedia Española del presente siglo, con solo tratar de estas diferentes clases y sus especies, obra que, á falta de otra utilidad, tendria la de ser un archivo de todas las flaquezas, injusticias y arbitrariedades humanas. Pero tan inmenso trabajo no es para nuestras débiles fuerzas, reduciéndose nuestro encargo á dar una idea de lo que propiamente se llama *cesante*; es decir aquella variedad de las clases pasivas que procede de los empleados civiles, aptos todavia para el servicio activo, pero que en virtud de una reforma, de un capricho ministerial, de una recomendacion parlamentaria, de la indicacion de un club subterráneo, ó del decreto de una jaula revolucionaria, han quedado, como se suele decir vulgarmente, *en la calle*; espresion propia, puesto que muchos de estos individuos suelen de resultas no tener otro domicilio que la via pública.

Así como el hombre ha sido lanzado al mundo para *trabajar*, el cesante, por el contrario, es arrojado á la sociedad para que *no trabaje*. No es esto decir que se le impida el ejercitar sus fuerzas en las faenas que á bien tenga; nada de eso, le es muy lícito ponerse á peon de albañil, á memorialista, á repartidor de periódicos: en una palabra, no por ser cesante está exento de la maldicion que Dios echó sobre la humanidad cuando dijo á nuestro primer padre: *Ganarás tu sustento con el sudor de tu frente*. El cesante solo deja de trabajar en aquello que sabe y puede: fuera de esto, cualquiera ocupacion le es permitida, lo que vale tanto como no permitirle ninguna. El cesante es, pues, un ser entregado á una holganza forzada.

En esto conviene con las demas clases pasivas, pero se distingue de ellas en cuanto á la pension asignada



El Cesante.

sobre el erario, pues hay cesantes que la tienen, y otros que carecen de ella. El que ha ocupado un empleo, aunque no sea mas que un solo dia, y al otro queda apeado, ese lleva ya la honrosa denominacion de Cesante, quedándole en recompensa dos papelitos firmados por dos distintas personas, y á veces por una misma: el uno que dice: «S. M. se ha servido nombrar á vd. para tal ó cual empleo»; y el otro con un «S. M. ha tenido á bien exonerar á V.» Ambos papelitos se guardan cuidadosamente como oro en paño, sino por lo útiles que son, por los recuerdos que dejan.

Ahora bien; la distancia entre las fechas de uno y otro no es cosa indiferente, puesto que si esa distancia no llega á quince años, el empleado desposeido queda *cesante sin cesantía*; y si pasa, es *cesante con cesantía*. Para entender esto conviene advertir que la palabra *cesantía* tiene dos acepciones, primera el estado de cesante, que es la genuina; segunda, la pension ó sueldo que segun los años de servicio le queda señalada al cesante. Ambas cosas vienen á ser para los efectos materiales una misma, pero establecen una

diferencia grande en cuanto á los derechos. La *cesantía con cesantía* da derecho á ser inscrito en una nómina; para la *cesantía sin cesantía* no hay nómina; es decir que queda este cuidado menos, pues entónces el cesante no se desespera, esperando el santo advenimiento de una paga que tarde ó nunca llega.

Explicado ya lo que es cesante, resta saber de que causa procede, como se forma y que variedades ofrece.

La causa primordial de la cesantía está en aquella propiedad de la materia llamada *impenetrabilidad*, la cual, como todos saben, consiste en que dos cuerpos no pueden ocupar á un tiempo un mismo lugar en el espacio, de donde resulta que cuando un cuerpo extraño quiere colocarse en ese lugar, tiene que decir al que le ocupa aquello del consabido juego: *ese puesto le necesito yo*. Ahora bien, medite el benévolo lector sobre todos los pretestos que puede haber en el mundo para quitar á un hombre del lugar que ocupa, y otros tantos tendrá de producir un cesante. Sin embargo, aunque todos se tienen generalmente por buenos, existen dos principales que son los que mas se emplean.

1.° Extincion de una dependencia, supresion del destino, ó arpegio de la oficina para darle nueva planta. Este es un pretesto decoroso y contra el cual no puede haber reclamacion alguna, puesto que lleva siempre por objeto aparente la economía, aunque en realidad resulte lo contrario. Si se estingue la dependencia, renace con otro nombre, y claro está que los empleados en la antigua no tienen derecho para entrar en la nueva: si es el destino el suprimido, á poco tiempo se reconoce su falta y se rehabilita, aunque no á la persona que le ocupaba: si hay nueva planta se dice á los pacientes que no caben en ella, y se dice con razon puesto que los huecos han sido ocupados por otros. Es verdad que en todos estos casos se le hace la gracia al cesante para optar á la cesantía, de no exigirle mas que doce años de servicios, en vez de los quince que debería acreditar si hubiera sido meramente exonerado; y tambien es preciso hacer justicia al ministro; nunca deja de poner en la órden que «se tendrán presentes los servicios del interesado para colocarle con arreglo á sus méritos y circunstancias;» lo cual no deja de ser buen consuelo de tripas para el pobrete que se queda in albis, y sabe muy bien el valor que debe dar á semejante frase.

2.° Opiniones políticas. Este es el pretesto mas cómodo, el que hay siempre á la mano, y sobre todo el mas elástico, puesto que en él cabe toda clase de pretestos y de personas. Con efecto, ha sido el mas general en estos tiempos que alcanzamos. Desde el carlista mas fanático hasta el mas furibundo republicano, no hay color político que no sea materia dispuesta para formar un cesante: todos han pasado por el tamiz, yendo uno tras otro, y á veces todos juntos, á poblar el inmenso panteon destinado á la clase. Aquí sí que han metido el brazo hasta el codo ciertos ministros; y á fe que no les ha de pedir Dios cuenta de lo que han dejado de hacer en obra tan meritoria. Pero en honor de la verdad, se han quedado todos niños de teta en comparacion de las juntas revolucionarias, que, con varios y pomposos títulos, han desgobernado á España en los muchos pronunciamientos que para bien de esta heróica y pronunciada nacion hemos tenido desde que corren revoluciones. Es tal la manía que se dan las tales juntas en esto de quitar empleos, que parecen como nacidas para este solo objeto. Reúnense unos cuantos patriotas para salvar á la nacion, y el primer acto y el primer espediente que se les ocurre, por no decir el único, es el hacer un regular desmoche por todas las dependencias de que tienen noticia; cumplida esta faena, no sin provecho propio y de los suyos, tendiendo la vista por su obra, esclaman como Dios al acabar el mundo: «¡Bien hecho está!» y en seguida, como él descansan y no hacen mas, y quedan coronados de gloria.

Cualquier pobrete á quien se le alcance poco en esto de cesantías, creerá cándidamente que el verdadero motivo para dejar á un hombre apeado, ha de ser solo su ineptitud, su inmoralidad ó su mal comportamiento. En creerlo así demuestra su falta de cacúmen, y prueba que de achaque de empleos no entiende nada. ¿Que es un empleo? ¿Es por ventura una ocupacion, un servicio que se hace al estado? ¿un medio de ser útil á la patria y para lo cual se necesita aptitud, talento, aplicacion y probidad? Así era en otros tiempos; pero ahora, con las reformas, lo hemos arreglado de otro modo. Un empleo en la actualidad es pura y simplemente un medio de tener una rentita al año sin necesidad de trabajar ni molestarse, ni mas ni menos que como en otro tiempo le sucedia á un mayorazgo: y así como al mayorazgo no le obstaba para cobrar sus rentas y gastarlas el ser tonto, ignorante, ocioso y mala cabeza, sino que al contrario, estas cualidades parecian requisito indispensable de la clase, del propio modo le viene tambien de molde al empleado moderno. Y á la verdad para cobrar y gastar un sueldo no se necesita haber inventado la pólvora: por cuya razon, y conforme á esta teoría, la única verdadera, hemos declarado los modernos que la probidad, la aplicacion y el talento no hacen falta para ser empleado; que mas bien estorban, y por lo tanto, para dar ó quitar un destino es inútil contar con semejantes fruslerías, debiendo ser la única norma la conveniencia del individuo. Así queda muy simplificada la cuestion; y reducida al solo punto de si el que ocupa un empleo es ó no amigo, se le quitan al ministro ó junta destituidora muchos quebraderos de cabeza.

De aquí ha resultado que el cesante es un bicho que se ha multiplicado de un modo prodigioso en España, y va cubriendo toda su haz como las hormigas cubren un campo en el estío. Cesantes hay de todos colores, de todas edades, y hasta las amas de cria han quedado cesantes. Véanse las aldeas; allí cesantes; recorranse las ciudades populosas; allí cesantes; éntrese en los cafés; allí cesantes: penétrese en los establecimientos fabriles, comerciales y literarios; allí cesantes; visítense los hospicios y hospitales; allí sobre todo cesantes: España no tiene españoles; todos son cesantes: España va á perder su nombre; y en vez del que ahora lleva, olvidándose hasta las antiguas denominaciones de Iberia, Bética, Castilla, Aragon, etc. etc.; no conservará mas que el de *Cesantía* ó patria de los cesantes. Con efecto, semejante casta no es conocida mas que en este pais privilegiado: es peculiar de nuestro suelo: ninguna otra nacion del mundo la posee, y para ella sola hay en el dia Pirineos. Por lo mismo y para que los estrangeros, si llegan á leer estos tipos, adquieran una idea exacta de tan rara y nueva especie, vamos á manifestar aquí sus caractéres y variedades.

El cesante es, por lo visto, un animal bípedo, bastante parecido al hombre, y que participa mucho de la naturaleza del camaleon: como este vive en gran parte del aire, y merced á su forma esterior, se pasea entre los humanos, con los cuales alterna, las mas veces á guisa de sombra ó espectro, que á tal suele reducirle el leve elemento de que se mantiene. Esta especie no fué incluida por Linneo en su clasificacion del reino animal, porque fundado su sistema únicamente en los caracteres esteriores, la confundió aquel célebre naturalista con el hombre; ó mas bien, porque viviendo en pais donde no existia, no tuvo ocasion de observarla.

Divídese esta especie en variedades que se multiplican al infinito, pero cuyas principales son las siguientes: el *cesante acomodado*, el *industrioso*, el *literato*, el *económico*, el *mendicante* y el *revolucionario*.

El *Cesante acomodado* es aquel que teniendo al-

gunos bienes de fortuna, ya patrimoniales, ya adquiridos (aquí no se trata del como), no necesita para vivir mas ó menos decorosamente, ni del sueldo de su empleo, ni de su mal pagada cesantía. Este cesante conserva buen aspecto; sus carnes no han padecido disminucion notable, su vestido es aseado y su habitacion elegante: se da todavía los aires de hombre de alguna importancia, sobre todo si guarda el carácter de secretario de S. M. con su tratamiento al canto y su cruz de Cárlos III ó de comendador. Concurre infaliblemente de dos á tres de la tarde á la calle de la Montera, no ha dejado de ir á tomar su taza de café á *los Dos Amigos* ó á *Gaspar Amato*, y al anochecer, en el buen tiempo, se le ve sentado en las sillas del Prado formando corro con otros muchos de su especie. Por la noche tiene su tertulia en el *Casino* ó el *Ateneo*, es individuo del *Liceo*, y hace siempre un esfuerzo para suscribirse á las funciones extraordinarias de *Rubini* ó de cualquier otro artista extrangero. La funcion nueva que llama la atencion en el teatro le tiene fijo en la tercera ó cuarta representacion (cuando ya ha cesado el saqueo de los revendedores), y por supuesto en luneta, que no ha de rebajar todavía nada de su dignidad y decoro. En suma, á primera vista, es su porte el mismo que cuando ocupaba su poltrona, y no falta quien en el despecho ó el asombro de no verle abatido, dice para su capote: «bien te se conoce, bribon, lo que has robado.»

Sin embargo, para el observador atento y escrupuloso no es oro todo lo que reluce, y no dejan de advertirse en este cesante señales de decadencia. Al fin y al cabo, aunque se tenga algun caudal, veinte ó treinta mil reales de menos al año no son moco de pavo, y su falta obliga siempre á muchas economías aunque disimuladas. Si lo necesario no falta, han dejado de tenerse aquellas golferías á que daba márgen la no escasa mesada, y que constituyendo la ostentacion de la persona, hacen la vida mas regalada y gustosa. El pastelero de al lado no guarda ya para su vecino, como antes solia, la rica anguila del Ebro, ni el exquisito salmon, ni el pastel de Perigord, ni mucho menos el *dindon truffé* por el que antaño le llevaba sus diez ó doce duros. Las visitas al sastre son mucho menos frecuentes y aun se ha reñido con él bajo pretesto de haber echado á perder la última levita. El aseo de la persona es siempre grande, y si cabe mayor que antes; pero la ropa no sigue ya la volubilidad de las modas, se hace antigua, las costuras blanquean y se mantiene lustrosa á fuerza de cepillo. Todas estas privaciones, si bien no atacan la existencia del individuo, si bien no obligan á buscar trabajosos recursos, sostienen y avivan la ira del cesante; y como pasa todo el dia en santa ociosidad, se distrae de ella hablando mal de los ministros; lee exclusivamente los periódicos de la oposicion, arrullándose con los insultos que se prodigan á sus contrarios, va á todas partes por noticias, las lleva, las trae y las inventa en caso necesario, en una palabra, el cesante acomodado no conspira, no obra directamente contra el gobierno, pero es el que mas trabaja con su continua charla en desacreditarle.

El *Cesante industrioso* no tiene bienes de fortuna, pero posee un genio activo y emprendedor. En vez de amilanarse con la desgracia, saca fuerzas de flaqueza, busca ardientemente los medios de subsanar lo que ha perdido, y lo consigue a menudo con creces y ventaja suya. Su principal objeto es que no le vean decaer un punto de su esplendor antiguo, y antes bien procura aumentarle para dar en rostro á sus enemigos. Su misma actividad le ha hecho adquirir, siendo empleado, numerosas y útiles relaciones; su perspicacia le ha descubierto medios de fortuna que antes ignoraba y que beneficia ahora. Ya se convierte en agente de negocios, sirviéndole los conocimientos burocráticos que posee, los amigos que en las oficinas conserva, y los porteros que siempre le respetan y atienden en la espectativa de que pueda volver á su destino; ya consigue administrar los bienes de algun grande ó de un rico hacendado; ya un comerciante le coloca en su escritorio, poniéndole al frente de sus negocios; ya se introduce en la Bolsa, observa el alza y baja de los fondos, se hace amigo de los especuladores y agentes, arriesga algunas operaciones y con prudencia y maña saca al cabo del año su regular ganancia; ya encontrando apoyo en un capitalista amigo, se lanza en el ramo de suministros y anticipaciones al gobierno, ó emprende alguna especulacion productiva; ya en fin, trocando en oficio lo que hasta entónces fue diversion, saca producto de su habilidad al tresillo, al golfo, al villar, ó de su fortuna á la banca. Su porte es brillante, no hay en él señal alguna de decadencia como en el empleado acomodado; gasta, triunfa, se divierte y pasa con desdeñosa altanería al lado del que le ha sustituido en el empleo. Come en el Casino, no falta al Liceo, asiste casi todas las noches al teatro, va siempre en coche propio ó ageno; habla mal del gobierno por costumbre y sucede al cabo de algun tiempo una de dos cosas: ó que da un batacazo y desaparece dejando colgados á sus acreedores, ó que hace realmente fortuna, logra vivir independiente, y se olvida del gobierno, de la política, y hasta de que hay empleos en el mundo.

El Cesante Literato. Esta variedad es rara pero existe. Como no suele ser el talento poético, ni la vasta erudicion lo que entre nosotros conduce á los destinos, tampoco abundan los que desposeidos de ellos pueden fundar su nueva subsistencia en ocupaciones literarias. Sin embargo, muchos jóvenes al salir de la Universidad, han preferido el servicio del Estado al ejercicio de su profesion, y en las oficinas se encuentran infinitos abogados y no pocos médicos. Algunos vuelven á la primitiva carrera, tal vez con harto provecho y gloria suya, pero los mas faltos de práctica en ella, y habiendo tomado gusto á esto de manejar la péñola, tienen por mas socorrido el meterse á escritores públicos. Ya se ve, el escribir bien ó mal es cosa de que todos presumen entender un poco; y no se necesita en estos tiempos que corren ser un Garcilaso ó un Cervantes para llamarse literato. Por mal que vaya, no ha de faltar alguna novela que traducir, ó algun rinconcito de periódico donde un hombre pueda echar á volar por el mundo sus pensamientos. Si escribir para la gloria es privilegio de pocos, hacerlo de pane lucrando está al alcance de muchos. La libertad de imprenta es una mina que con un poco de maña puede beneficiar el mas zote, pues no son tan escrupulosos los lectores ni libreros, y si el producto no es grande, al menos se vive y se va pasando hasta que abra Dios otro camino.

Lo malo que hay para el gobierno es que en esta clase de *Cesantes literatos* es donde encuentra sus mas acérrimos y temibles enemigos. La ira literaria fue siempre la mas rencorosa de todas. ¿Que será, pues, si á la saña natural de la especie se añade la venganza? Apodérase el cesante del arma que mas daña al gobierno, es decir, de un periódico; y aquí te quiero escopeta. Cada mañana lanza contra el poder un par de articulitos capaces de poner en combustion el mismo reino de los cielos, y que levantando ampollas al malhadado ministro, no le dejan comer ni dormir pensando en su antagonista. Así pues, la mayor parte de los periodistas de oposicion son siempre empleados cesantes, jóvenes ardientes, que no solo combaten por el triunfo de sus ideas, sino tambien por reconquistar una posicion política con la fuerza que les dan su ilustracion é indisputables talentos. Ellos creen ser dueños del porvenir; escriben menos para alcanzar riquezas, que para arrebatar el poder, la reputacion y la gloria; y tal vez entre ellos se ocultan futuros hombres de estado, en cuyas manos caerán algun dia los destinos de la patria.

El *Cesante económico* es generalmente algun antiguo empleado con veinticinco ó treinta años de buenos servicios. Acometido el infeliz de improviso por el duro golpe que en su vejez le priva de subsistencia, acostumbrado á una vida pacífica y metódica, no siendo útil á otra cosa mas que á lo que desde la infancia ha sido su ocupacion constante, se encuentra como el pez fuera del agua y desmaya y perece. Sin embargo, tiene mujer, tiene una hija, necesita vivir para sostenerlas y se resigna con su suerte. Reúnese el consejo de familia á fin de decretar las medidas extraordinarias que la situacion exige. Apesar del escaso sueldo, tantos años de vida arreglada le han dejado algunos ahorrillos que puestos á ganancias aumentaban el anual peculio. ¿Se echará mano de este fondo destinado para dote de la niña? No es bella, y aunque bien criada y hacendosa, sin aquel aliciente se quedará tal vez sin novio. Vence el amor paternal y se resuelve no encentar el depósito. Sus réditos llegan á tres mil reales; si se cobra una tercera parte de la cesantía, resultarán otros tantos: con dos mil que copiando y haciendo ajustes de cuentas podrá ganar el papá, ascenderá todo á ocho mil reales, cantidad mezquina, pero con la cual ninguna familia se muere de hambre. Hecho este computo se deja el cuarto de la calle del Príncipe, dándose un salto á otra habitacion modesta del barrio de Afligidos: se despiden los criados, la madre guisa, la niña cose, plancha y tiene aseada la casa, la comida se reduce al puchero, se renuncia al teatro, nada de refrescos en las botillerías, cuando mas los dias que repican recio, se extiende el exceso á un chico de michi-michi; fuera galas supérfluas, pero se conservan cuidadosamente las antiguas, á fin de no hacer mal papel ni ahuyentar á los novios; y de este modo, mediante la mas estricta economía, sin goces ningunos, pero sin grandes penalidades, se llega al cabo del año quedando pié con bola.

Este cesante en su porte esterior es aseado, su ropa es antigua pero limpia y bien cuidada, no va al Prado ni á las grandes reuniones, se le suele encontrar en Chamberí y en la fuente Castellana, con su cara mitad y la niña, ó con otros viejos venerables, y por la noche nunca falta á la partida de mediador ó de malilla. Es ademas enteramente inofensivo: todo su afan se reduce á recuperar su perdido empleo, y no murmura del gobierno, sea el que fuere, al menos de modo que se llegue á saber por temor de perder toda esperanza y de inutilizar los pasos que da y los empeños que busca.

El *Cesante mendicante* es una degeneracion del anterior: bien sea por causa de su dilatada familia, bien por falta de economía, bien por vicio é indolencia, el dia que se vió sin destino se encontró sin un cuarto ni de donde le viniera. Es incapaz de ocuparse en nada, ni de buscar ningun medio decoroso de subsistencia: aun su cesantía, si llega á cobrar alguna parte, no le sirve de nada; porque el mismo dia que cobra se lo gasta todo alegremente; en suma, se pasa la mano por la cara, se quita la poca vergüenza que le queda, y resuelve vivir sobre el pais.

Desgraciadamente es esta una variedad muy numerosa, y la que se podria considerar como el tipo genuino y verdadero de la especie. Al aspecto exterior se la puede reconocer. Este aspecto es el de un ser flaco y estenuado; rostro macilento, estirado é intenso, ojos hundidos pero perspicaces y codiciosos. Suele llevar un gaban ó paletot de hechura antigua que en tiempos mas felices se ostentaba sobre el rico frac de sedan y el precioso chaleco, y ahora sirve solo para mal encubrir la falta de uno y otro y el estado fatal de la camisa. En cuanto al dichoso gaban no le conoceria el sastre que le engendró: perdida la memoria de su primitivo color, no admite ya siquiera las oficiosas caricias del cepillo, é indiscretos boquerones dan suelta á la entretela que á toda prisa se escapa. Los anchos pantalones emancipádos de las trabillas, no sujetan el zapato que quiere divorciarse del pié y renegar de su dueño por lo mal parado que le trae. El sombrero, que apenas tapa la enmarañada cabellera, parece haber recibido tormento en la santa inquisicion por lo desvencijado que está, resguardándole del contacto ageno lo empolvado y mugriento. Con este pelaje, sin embargo, pasea impávido el mendicante las calles y plazas de Madrid, penetra en los cafés, alterna en los corrillos y se da todavia la importancia de un funcionario público. Estaciónase en la Puerta del Sol, junto al antiguo café de Lorencini, donde se abriga cuando llueve ó entra á leer la Gaceta que devora á falta de otro alimento, teniendo al lado un vaso de agua que la caridad del mozo no le niega. Si ve á lo lejos algun antiguo compañero, al punto corre tras de él, le sigue impertérrito contándole todas sus lástimas y no le deja hasta arrancarle su peseta. Otras veces emplea la noche en escribir esquelas de pedir; y al siguiente dia las va llevando por las casas de todos sus conocidos, sacando raja de ellos, hasta que escamados dan órden á sus criados de no admitir ya semejantes papelitos; otras en fin, se presenta en casa de algun rico, se hace anunciar como el coronel tal ó el magistrado cual, y con una relacion lastimosa consigue sacar un par de duros, que no es posible dar menos á un personaje de tal categoría. Por la noche guardaos, si no teneis precision, de atravesar el café de los Dos Amigos; pues sabiendo el taimado que tiene salida á dos calles principales y que muchos para ahorrar camino le convierten en pasadizo, está colocado de acecho en parage oportuno, y como la araña á la mosca pilla al pobrete que pasa, y sin ser mosca le hace que la suelte. En fin, es una plaga para la cual haria bien el gobierno en fundar un nuevo San Bernardino.

Pero todavia es mas plaga el *Cesante Revolucionario*. Este es la peor ralea de cesantes que existe. Tiene mucha afinidad con la variedad anterior, y se diferencia poco en el pelage, pero con peor catadura y mañas mas aviesas. Como él, saquea al prójimo, ya sea á domicilio, ya al paso; como él, obstruye la Puerta del Sol, habita Lorencini, y chilla en el Café Nuevo que es el asiento principal de esta especie de sabandijas. El cesante mendicante suele por lo menos ser viejo é inspirar compasion: el revolucionario es por lo regular jóven, y como solo ha debido el ser empleado á algun pronunciamento, no teniendo años de servicio, ha quedado sin cesantía, y funda su única esperanza en otro pronunciamiento. Casi siempre gasta largas melenas, ancha barba y retorcido vigote: es muy comun en él llevar debajo de un mal capote una levita rota de miliciano, y por supuesto, la echa de patriota puro. Perora en el café; insulta en la Puerta del Sol al que cree ser de opinion contraria; intriga y alborota en su compañía; aplaude y silba en las galerías del Congreso; amenaza á los diputados y los quiere matar á su salida; no hay sociedad secreta en que no entre, bullanga que no promueva, conspiracion á que no sirva de instrumento; en suma, es una de esas alimañas que salidas de lo mas corrompido de la sociedad, abortan las revoluciones para deshonra del pueblo, gangrena del estado, ruina de los hombres de bien y destruccion de todo buen gobierno.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

EL ALCALDE DE MONTERILLA.

CONFIESO yo pecador, que acabo de tomar la pluma para escribir de lo que dice el artículo, y al segundo renglon me encuentro en mayor aprieto que el que acaban de pasar los empleados electores; porque obligado por el título de la obra, y como español que soy,

(con perdon de la nacional independencia) á pintarme á mí mismo, y comprometido en el presente artículo á retratar un *Alcalde de Monterilla*, que ni fuí ni soy, ni seré, como no me den un cetro para trocarlo por la vara de mi lugar, dudaba en qué términos daria principio á mi tarea, hasta que me he desembarazado del comienzo con el parrafillo que aquí acaba.

Allá en tiempo de antaño cuando el señoron de mas alcurnia se honraba con los títulos de regidor perpétuo y de alguacil mayor, cuando todo viviente en los dominios de España é Indias nombraba al monarca el *Rey nuestro señor*, y cuantos lo escuchaban decian, descubriéndose la cabeza: *Dios le guarde* si comia y bebia, ó *en gloria está*, si yacia en el panteon del Escorial; cuando la familia alcaldesca era tan numerosa que se conocian

Alcalde de Hijosdalgo.
Alcalde de Casa, Corte y Rastro,
Alcalde del Crímen,
Alcalde de Obras y Bosques,
Alcalde de Alzadas,
Alcalde de Sacas,
Alcalde entregador de la Mesta,
Alcalde Mayor,
Alcalde Ordinario,
Alcalde Pedáneo,
Alcalde de la Hermandad,
Alcalde de Cofradia,

y hasta Alcalde del Tresillo, entónces sin duda les vino en voluntad á los chuzones literatos ó á los rufianes palaciegos de aumentar el catálogo con la denominacion de *Alcalde de Monterilla*.

Es preciso ser tan ciego como un ministro tonto para no advertir desde luego que este título era ilegal, inconstitucional y excepcional, porque ni le reconocian las leyes, estatutos y constituciones vigentes, ni se leia en el órden normal alfabético de los vocabularios, ni existia en otra parte que en la república ideal de las fantasias románticas, en las novelas y en los dramas. Solamente el uso, ese dictador de vocablos, ese rey absoluto de las lenguas ciudadanas, ese tirano que prescinde de las reglas parlamentarias ó parladorescas, es el que ha podido sostener la alcaldia enmonterada, no digo á la par de tantos alcaldes ilustres del antiguo régimen, sino hasta en el mas democrático de los ayuntamientos constitucionales.

¿Y que han querido expresar con alcalde de Monterilla? ¿Que significa esta frase? ¿Que es un alcalde de Monterilla? Puto de mí que voy á retratarle y así tropiezo con el original como con el ave Fénix ó la cuadratura del circulo. Pues no, sino irlo á buscar en el Diccionario completísimo de la academia, que á lo sumo nos encontraremos con un *alcalde de palo*, que los españoles estamos destinados siempre á ser regidos como los rebaños, ya por académicos que dan pato por montera, ya por hacendistas que dan gato por liebre, ya por gobernantes que dan bombazos por razon. Pero héte aquí á dos señoras mias, cuyos piés beso, que vienen á sacarme de la duda y á presentarme la *vera efigies* del alcalde de Monterilla.

Doña Etimología.—Alcalde de Monterilla es aquel que gasta montera, y si V. gusta montera pequeña.

Doña Acepcion.—Alcalde de Monterilla designa un alcalde lego, liso, llano y abonado; un alcalde comun de pueblo ó aldea.

Vive Dios que las dos señoras catedráticas me dejan tan confuso como ántes, si ya no redoblan mis dudas sus encontrados pareceres como embrollan la inteligencia de las leyes las aclaraciones covachuelisticas. Porque, una de dos, ó el hábito hace este monje, es decir, ó alude la denominacion á la prenda de vestuario y entónces es alcalde de Monterilla el que la gasta aunque sepa mas leyes que Gregorio Lopez, y ejerza su jurisdiccion en la ciudad mas culta, ó atañe á la rústica simplicidad del juez, á su torpeza innata, y en este caso hay Alcaldes de Monterilla con birretes y bandas, aunque estén aposentados por arte del Diablo en el consistorio de la corte. Mas haciendo una coalicion de las opiniones antedichas, se encontrará la solucion del enigma, el voto de la mayoría parladora.

Entiéndese en esta España de conejos y gazapos por *Alcalde de Monterilla* un Alcalde zote, sin carrera literaria, que necesita asesor para actuar en negocios graves, que obra á tontas y á locas cuando le guia su instinto zopenco, ó que cede á las inspiraciones de un Mentor petulante y enredador; un Alcalde labriego mas ó menos burdo. Y como esta rudeza se ha creido propia de los Alcaldes campesinos de chupa y garrote, que ordinariamente usaban montera, se dió el apodo de *Alcalde de Monterilla* al que hace alcaldadas de patan, aunque tenga mas sombreros que las fábricas de Leza, y mas condecoraciones que un via crucis. Y nota bien que no dijeron *Alcalde Montera*, diminutivando *de Monterilla*, modo despreciativo, usual en los cortesanos orgullosos, siempre que han de tratar de las cosas y de las personas, de los lugareños paganos, antes plebe, y ahora masa inerte de la sociedad.

Entre tanto que la gente de letras se ocupaba del distintivo capital de los Alcaldes, la moda caprichosa que todo lo lleva por delante, como el espíritu reformador del siglo, hizo en nuestras provincias un pronunciamiento general contra las monteras. Así debia de suceder á fe. Las cabezas constitucionales no era razon que continuasen cubriéndose con el aparato que cobijaron las testas del servilismo. A la sombra del árbol de la libertad progresaron los *sombreros*, y las fanáticas monteras fueron á esconderse avergonzadas con los señoríos y los diezmos, con las vinculaciones y las santas hermandades. Coincidencia fué que oriundo el régimen constitucional de la Andalucía, vino tambien por Sierra Morena la inundacion de calañeses, gachos, chambergos y de chozo, que tan pronto como los sarracenos, se apoderaron de Castilla, sin dejar cabeza con montera.

Deducirás de aquí, lector benévolo, que hoy puede caer bajo el dictado de *Alcalde de Monterilla* todo mandarin municipal simple y atestuzado, ora le cubra un pavero, un tres-candiles ó un copudo sombrero, ora vista al modelo del último figurin de Paris. Tan variados y multiformes son en nuestros dias los Alcaldes de Monterilla como los rateros de corte y los esbirros de policía. Si entre político y naturalista me propusiera hacer una clasificacion botánica lineana del reino alcaldesco monterillal, verian ustedes cuantos órdenes, géneros, especies y variedades. A pintarlos todos era cosa de alquilar conventos para formar galerías y museos. Iré describiendo algunos, y por ligeras que sean las pinceladas no será difícil al curioso observador el cotejarlos con ciertos originales de los que funcionan por estos mundos de Dios, si es que este mundo no está dejado de su mano, y entregado á mandones del otro.

La escena es en un lugar de trescientos vecinos, entre Alcarria y Mancha. El protagonista es un labrador de la medianía, de genio apacible y zonzo, y obeso á fuerza de comer mucho y pensar poco. Sus cinco compañeros de ayuntamiento son: un mayorazguillo simplote, que tiene un par de mulas flacas y bastantes tierras eriales; un cultivador rentero, viudo y con dos hijastras; otro labrador de primavera que gran parte del año se ocupa en la arriería; un tintorero codicioso, escogido para procurador del comun; y un sacristan maestro de escuela y fiel de fechos en una pieza, pendolista de mal gusto, practicon confuso, pero ducho en los enredos de cuentas, libretes y manejo de Propios. Acostumbrados los concejales á fiarse en el Alcalde, y no pudiendo este

fiarse de si mismo, preciso es un resorte privado que mueva la máquina municipal. El secretario es el alma de la corporacion, los piés y las manos de su presidente; como si dijéramos la camarilla que se oculta tras los ministros responsables. Bueno será conocer bien á este favorito, para comprender los actos de su dirigido.

D. Deogracias Langarica es un vecino, natural del pueblo, oriundo de Vizcaya, cuyo padre picapedrero se estableció aquí con el ama de un clérigo. Este cuidó de la educacion del hijo de su padre, que llegó á reunir los tres cargos, eclesiástico, literario y municipal, que le rinden al año doscientos ducados y manos puercas. Soltero de por vida, á fuer de escarmentado no tiene mas familia que una criada anciana, tan gruñidora como sucia. La casa es un zaquizamí con cuatro taburetes de pino, y una mesa vieja de nogal, sobre la cual se halla todo el archivo de la Villa; que se conocerá por el índice: «un monton de papeles confusos, llenos de manchas del candil: otro brazado de pedazos de pergamino, medios pliegos rotos, salpicados de gotas de flor baja: y varios papeles, oficios, tiras y retazos dispersos, jaspeados de moscas y de chinches.» Unas veces en la estancia angustiosa, y otras en el corral al sol, se ocupa en escribir las cosas del ayuntamiento, interpolando los renglones para las planas de los chicos, y las cuentas de la fábrica, á mas de invertir algunos ratos en el libro de



El Alcalde de Monterilla.

caja del obligado de la carne, y en la lista de lo que fia el abacero. Este es el asesor, el oráculo, el todo de nuestro Alcalde de Monterilla: el que sabe hacer que su merced salga siempre alcanzando á los fondos de Villa y de Propios; el que entiende como se confeccionan dos subastas de los puestos públicos, una secreta y verdadera para cobrar, y otra aparente mas baja para las oficinas y menos repartir; el que liberta al juez de los sablazos que quiere darle un cabo de escuadra, porque no le suministran un bagage mayor por cada dos soldados, y el que en los sorteos de quintas acierta á combinar las cédulas de modo que siempre saca números altos el hijo del cacique su protector.

¡Qué mucho que el buen Alcalde no acierte á respirar sin el soplo de tan afamado entonador! Si viene una órden de la capital ha de leérsela y explicársela á su modo el secretario: si pide justicia una mozuela, atropellada en el campo por un zagal incontinente, responde que tiene que consultarlo con su secretario: si el guarda del monte trae un dañador penado, lo envia al fiel para que lo absuelva ó condene: si han de correrse novillos en la fiesta del patron, es preciso saber que lo aprueba D. Deogracias: y si se

trata de cualquier negocio que exige ver papeles ó recordar costumbre, debe oirse *in voce* al secretario para que instruya el asunto con antecedentes. No hay dia en que su merced no vaya un par de veces á casa del fiel de fechos, y en que no le envie al alguacil mas de otras tantas: se guardaria de llamarle como de azotar á un Cristo; que la supremacía inteligente, sabe aquí como en otras partes, hacerse necesaria y respetable.

Figúrense mis leyentes que se hallan presenciando una sesion de nuestro cabildo, en que amen de los seis municipales hay cuatro repartidores nombrados por el mismo ayuntamiento, y son, un ganadero, un labrador ricote, otro mediano, y un bracero acomodado. La sala capitular en donde están reunidos, sobre ser estrecha de suyo, se halla ocupada por un arcon viejo de tres cerraduras, que servia en lo antiguo para guardar los caudales que ya no hay; por dos bancos de respaldo carcomidos y rotos; por una mesa travesera de aspa; por la marca para tallar los mozos; y principalmente por un montoncillo de tranquillon que llaman el Pósito. Abre la sesion D. Deogracias, sentado á la derecha del Alcalde; se cala las antiparras de muelle, y lee un presupuesto de contribuciones y gastos para el año entrante. Advierte á los oyentes que el ascender á trescientos ducados mas que en el año anterior consiste en que quedó un déficit por partidas incobrables, en las costas de causa criminal del que dió de navajadas al Monito, suplidas por la Villa á falta de bienes del reo; y en que el pliego de cargo aumenta mil quinientos reales para indemnizacion de daños causados por las facciones. Y mientras el secretario se pone á extender la cabeza del acta con una pluma de pavo, mojada en tintero de vidrio del Recuenco, se entabla entre los repúblicos la siguiente discusion.

El procurador síndico dice que todos los años va subiendo el presupuesto como la espuma: que cuando se reparte se excluye á los pobres, viudas y vecinos inútiles, y no debe haber fallidos si se quiere cobrar: que el autor de las heridas tiene un solar de casa, y no es justo que pague la Villa sus delitos: y que el recargo para indemnizacion es indebido, porque todos han experimentado daños en la guerra, y se trata de indemnizar á los embrollones agibilibus, que han supuesto lo que no hubo, y centuplicado lo que perdieron. Esfuerza un repartidor lo expuesto por el preopinante, añadiendo que si no se pone coto al desórden que hay en las gabelas será cosa de abandonar el pueblo: que antes se excusaban las derramas con la guerra, y ahora que no la hay (gracias al Dios de los cielos, y á los Dioses de la tierra, que de valde y de bóbilis bóbilis nos han dado la paz) se saca lo mismo y mas, no sabe para quien; porque, segun dicen los papeles católicos que lee el Sr. cura, todos están rabiando de hambre, y el dinero se desaparece entre los músicos y danzantes que andan por Madrid y por las oficinas de Mortizacion. Al llegar á este punto, D. Deogracias interpela al Alcalde para que haga guardar el órden, increpando duramente á los que sin saber critican á las autoridades, y amenazando á los que vierten doctrinas republicanas contrarias á la regencia del reino y á la religion de nuestros padres. Concluye con decir, que allí son llamados á hacer el reparto, y que todo lo que se hable fuera de esto es nulo y de ningun valor con arreglo á la ley de febrero. El Alcalde se conforma; el regidor decano es de la misma opinion, y los demas se encogen de hombros dándose por cachiporrados.

Sale el libreto cobratorio del año anterior para que vean lo que cada vecino tiene de cuota, y reguleu si está alto ó bajo, si ha decaido ó medrado desde entónces Generalmente se opina por la subida, porque á excepcion de los diez presentes todos parecen beneficiados, y sobre todo los forasteros. Echarle á ese mas, que le ha caido dos veces la lotería, dice un repartidor. Ese otro bien puede pagar ogaño, replica el síndico, que heredó un buche de su Sra. Por todos lados suenan las voces de — Fulano paga poco, que nunca le tocó quinto á su hijo.—Citano sacó mucho de su tierra de la vega, que primero tuvo un gran alcacer y luego un patatar. — Mengano no deja de comprar lo que sale, y cuando adquiere sobrado estará. — Zutano bien la chupa á la hija que tiene con el administrador del duque. — Perengano fue muy perseguidor cuando marras, y luego ha estado con los Palillos cogiendo lo que ha podido, que bien le luce; echarle de firme. No en mis dias, repone el secretario, que por el convenio de Vergara se echaron pelitos á la mar, y á quien Dios se la dió, S. Pedro se la bendiga. Pues al Majo bien se le puede meter mano, objeta el regidor segundo, que cuando se dividió la dehesilla se puso á la par con los ricos; no haya una medida para tomar y otra distinta para el pago. Por este órden van siguiendo la tarea, y si al concluir salen algunos miles de mas, el Alcalde, con acuerdo de su D. Deogracias, alega que siempre conviene dejar algun sobrante para cosas extraordinarias é imprevistas, que son los fondos secretos de la diplomacia aldeana. Un tanto gruñen los de la junta; pero como es engorrosa la rebaja partida por partida, están, como los diputados á última hora de sesion, por irse á comer, y queda aprobado el *statu quo*. La opinion de no hacer, y de ruede la bola, tiene mucho adelantado en este perro mundo.

Todos los alcaldes bozales no están dominados por el escribano; hay variedades en este tipo. Véase un Juan Lanas por el estilo, subyugado por su mujer, que es á lo paleto la Ana Bolena del pueblo. Y no se crea piadosamente, que la tal hembra le ha cautivado el corazon con sus gracias, cual aquella de quien se canta.

Un juez dijo á una moza
¿Como se entiende
Que siendo yo justicia
Usted me prende?

La alcaldesa de nuestra historia es una harpía en condicion, y en figura un basilisco, una sátira. Varonil y dominante, ni admite superior, ni aguanta contradicion: tiene los calzones en su casa, y el mero y misto imperio en la poblacion.

El dia de año nuevo van, segun estilo, á darle la enhorabuena de alcaldía, y entre los tragos de vino y rosolí, y los escitantes cañamones y torrados, gira la conversacion sobre el motivo de la visita. Los ministeriales, que adularon al Alcalde colocado, y ven lucir otro sol en el horizonte, se desatan en declamaciones contra el gobierno del año que fina, en el cual, á decir de los tornadizos, ni se ha guardado el campo, ni ha habido órden en el riego, ni igualdad en las cargas, ni justicia para el pobre; pero ya ha llegado el dia, añaden mirando al ama, de que todo se endereze, con la buena eleccion que acabamos de hacer.

D.ª Eduviges, pavoneándose con los requiebros generales y particulares, en estilo mordiente y aire rabanesco, jura y perjura que no se han de reir de su nombre como de otros, y que en buenas manos está el pandero para que quede la vara mal puesta. El escribano aprovecha el momento para celebrar las buenas partes de la señora, refiriendo á los circunstantes lances de su teson de cuando fue Alcalde, por el estado noble, su primer esposo, que le hizo quemar el banco de la iglesia porque se habia sentado en él un pechero. Mientras estos diálogos, el Alcalde bonachon está pensativo y cabizbajo, dando señales de que no sirve para el caso en que le mete su mujer.

Quedan al fin solos los dos cónyuges, y Md. Eduvigis comienza á dar á su Oyes la primera leccion de lo que debe hacer, si ha de haber paz en la casa,

y no ha de andar la de Dios es Cristo: y entre los preceptos acalorados y fervientes de la Dómine, se halla el siguiente razonamiento:

«Mira, bruto, (no es errata la *b* minúscula, porque no es nombre de bautismo), un Alcalde es el rey de su pueblo, y le deben temblar como las hojas en el árbol. No seas tan bragazas como sueles. Al que no te dé el tratamiento, ó deje de descubrirse á tu presencia, ó te desobedezca de pensamiento, le has de dar una calabozada que lo deshuese. Los dias de tribunal que te busque el que te necesite; y en los feriados has de ir á misa al banco de la señora justicia, con tu acompañamiento de dependientes; y no seas tan llano que dejes sentar á nadie cerca de tí, ni consientas que el cura dé agua bendita á otro primero que al soberano del lugar. Cuando vayas á las oficinas á llevar caudales, cuida de que no te desprecien los mequetrefes empleados, como suelen; que sobre ser tú empleado de la nacion, contribuyes á pagarles el sueldo y á que sus mujeres gasten moños. El maestro de escuela ha de venir á dar leccion á los chicos en casa, que no son los mios ménos que los del Indiano, y no quiero yo que vayan á oler á pobre mezclados con los hijos de los jornaleros. Por lo que á mí toca, el sacristan me ha de tener bien limpio el felpudo junto al presbiterio: en los novillos se me ha de aderezar el palco de órden: el escribano no ha de despachar cosa alguna sin mi consentimiento: y el alguacil ha de estar de ordenanza junto á mi cuarto para lo que yo le mande; pero cuidado con que tenga la montera en la mano y se esté de pié, que estos plebeyos sirvientes se toman licencias si no se les trata con imperio, y si las señoronas del lugar quieren darme en ojos con su lujo, páguenlo sus bienes en contribuciones y multas, que yo no me caso con nadie, y el que me la haga me la ha de pagar, aunque sea el lucero del alba. Cuidado conmigo... y no digo mas.»

Regida la aldea conforme á los estatutos femeniles preinsertos, calcúlese cómo andará la justicia, el gobierno económico y el órden público. Los paniaguados de la alcaldesa cuentan con carta blanca para hacer lo que gusten; cazan sin licencia hasta en tiempo de veda; no van de bagajes ni con pliegos; usan pasaporte de gratis; sacan el trigo del alorí; riegan cuando quieren; apenas pagan libros; se traen la leña del vedado; son cobradores, alcabaleros y expendedores de bulas; hacen de peritos y hombres buenos y pueden dejar sus bestias sin bozal para que pasten por los erreñales agenos, por mas que murmure el pópulo bárbaro. Por el contrario los que no están bien quistos con D.ª Eduvigis, ó por tener mujer mas jóven y bonita, ó porque no le hacen el zalameli, ó porque no convidaron los chicos al bautizo, ni pueden usar armas, ni reciben las cartas á tiempo, ni rondan por la noche, ni venden vino al por menor, ni son de la milicia nacional.

Poniendo en miniatura este boceto, resulta un alcalde andrógino, cuya parte hominal corresponde á las autoridades provinciales y á los protocolos en los encabezamientos y en las firmas, quedando la parte femenina en la region de los hechos que presencian los vecinos. El varon suena, la mujer obra: el marido escribe, la esposa dicta: el Alcalde lleva la vara, la alcaldesa tiene la autoridad: en suma, lo masculino es una abstraccion, que reina y no gobierna, y doña Eduvigis egerce en nombre de este autómata el gobierno supremo. De aquí debió sacarse la teoria constitucional de la inviolabilidad del monarca y la responsabilidad de los ministros. Semejante administracion suele proporcionar al Alcalde enemistades, choques, cuentos y chismes, pero sus intereses materiales ganan comunmente: porque como vale mas ochavo de mujer que real de hombre, queda equipada la casa, renovada la labor, repuestas las paneras, y aumentado el terrazgo con alguna haza adquirida en las glorias del reinado.

Otro género bastante comun de Alcaldes de Monterilla es el que se funda en un carácter bronco, crudo y aferrado, cuya suprema ley es el capricho. Sea para lo bueno ó para lo malo, lo que aprende sostiene, y lo que se propone lleva adelante, sin que le retraigan de su empeño ni influencias, ni dificultades. Este puede reputarse el prototipo del Alcalde de Monterilla; el que mantiene la fama concejil; el que aun sirve para hacer el coco á los muchachos y á los gobernantes débiles; y el que ha dado lugar al proververbio de

Señor Alcalde, vinagre
¿se vende en este lugar?

Uno de estos Alcaldes tremebundos hubo en un pueblo del partido de Alcalá, provincia de Madrid. Habia reunido bienes de fortuna con su actividad y natural despejo; que instruccion maldita la que tenia, pues la señal de la cruz era su firma y no conocia la Q. Tomó la manía de no dar cumplimiento á las cédulas y pragmáticas, y la lógica de Lesmes Cabezudo era esta. Leíaselas el escribano; escuchaba atento la retaila cancilleresca de *rey de Castilla*, *de Leon*, *de Toledo*, *de Sevilla*, *de Valencia*, *de Murcia*, *de Jerusalen*, *etc.*, y notando que no decia *rey de Daganzuelo*, mandaba cesar al escribano y que archivara la órden porque era visto que con ellos no hablaba.

Con la misma frescura que obraba en tiempo del extinguido Consejo Real, se resistió á obedecer órdenes de la Diputacion y del gefe político, siendo Alcalde por la Constitucion de la Monarquia. Tres veces seguidas negó el cumplimiento al juez de primera instancia, que venia comisionado para presidir las elecciones municipales, en ocasion de hallarse el pueblo dividido en bandos. Decia, y decia como un ángel, que él era el presidente nato, el exclusivo por la ley: y como se mantuvo tieso en sus trece, presidió, escrutó, ganó la votada, á pesar de superioridades y de adversarios. Pedirle el gefe político partes diarios de las elecciones de diputados estando él en la mesa de su distrito, era lo mismo que pedir peras al olmo: contestaba á S. S. que la ley electoral no le marcaba otro deber que fijar al público el resultado, y que allí podia verlo si gustaba. Cuestar en su jurisdiccion nadie lo hacia impunemente: á dos pedigueños italianos, con bulas del obispo de Rimini, con pasaporte en regla, y garantidos con suscriciones de todos los prelados y magnates de España, me los sopló en la trena, les siguió causa, les sacó los cien mil y mas reales que llevaban de ofrendas, y tuvieron que largarse á contar en Roma lo que es un Alcalde de Monterilla en los dominios del Rey Católico. Y para decirlo de una vez, nuestro D. Lesmes fue el Sancho de la ínsula Daganzaria, el Abdon Terradas de la Campiña, el *non plus ultra* de los alcaldes tozudos é indomables.

Reverso de esta medalla es D. Caraciolo Benavídes, Alcalde de un pueblo andaluz, que guarda su atestuzamiento para ser ministerial incansable, de todos los gabinetes presentes y futuros. Da por razon de esta conducta que los Alcaldes deben atender á las mejoras materiales de sus localidades, y que el gobierno amigo las concede y el enemigo las niega: que por haber ayuntamientos hostiles, han tomado tirria contra ellos los doctrinarios, y piensan en poner Alcaldes reales: y que el buen liberal debe ayudar al que manda, para que no le derriben los serviles y carlistas. Con estas bases prévias, es un constitucional furibundo, del movimiento rápido, progresista legal, y tan exaltado, que al escribano su secretario le tiene hechas estas prevenciones terminantes: 1.ª Que jamás use en los escritos *real* de vellon, sino *nacional* de vellon: 2.ª Que no ponga ni por pienso *real* órden, sino órden *nacional*: y 3.ª Que en las escrituras públicas,

en vez de empezar invocando la Santísima Trinidad, sustituya esta cláusula: «*En el nombre de las inspecciones de infantería y de milicias, y de la secretaría de S. A. que son tres cosas distintas regidas por un solo hombre verdadero, etc.*» Y al que no abunda en estos sentimientos, lo tiene por absolutista, moderado, afrancesado y mal patriota.

Con las pinceladas, rasguños y brochazos antecedentes, creo haber pintado Alcaldes de Monterilla de fisonomía bien marcada: concluiré dando por via de epílogo algunas reglas para conocer las pertenencias de sus mercedes.

Si veis á una lugareña oronda de vanidad que grita á otra vecina: *¡tú pagarás la desvergüenza!* tened por seguro que es la alcaldesa la que habla.

El jóven labriego á quien llaman de V. los ancianos de su misma clase, ó es Alcalde en la actualidad, ó lo ha sido en años precedentes.

Cuando entre los niños que juegan en la plaza oigais á uno que exclama ofendido: *¡mira que se lo he de decir á mi padre!* aquel es hijo del Alcalde.

La zagala que á pesar de su desgraciada figura sale la primera á bailar, y recibe el primer mayo de los mozalvetes, cuéntala por hija de su merced.

Ves aquel gañan, que con imperio exige de otro labrador que le haga lado para pasar con la yunta sin detenerse: criado del Alcalde sin falta.

Aquel forastero viajante, que cerca del pueblo y á la vista del guarda entra con desenfado á coger uvas de las viñas, es huésped del Alcalde y lobo de su camada.

Si ves un cerdo andar suelto por do quiere, que en todos los portales entra sin recelo, y que tiene una gordura extraordinaria, cree á pies juntillos que es el cochino de S. Anton, ó el marrano del Alcalde.

Últimamente, si leeis el último renglon de este artículo escrito con letras mayúsculas, contad por averiguado quien es el retratista del *Alcalde de Monterilla*.

FERMIN CABALLERO.

EL AMA DE LLAVES.

D. Diego.—Siempre lidiando con amas, que si una es mala, otra es peor: regalonas, entremetidas, habladoras; llenas de histérico, viejas, feas como demonios. —MORATIN: *Si de las niñas esc. 1.*

ESTA baraja de figuras que lleva el título de *Los españoles pintados por sí mismos*, no se publica solo para los españoles, sino para todos los que gusten de verla: maldita la pesadumbre que le daría al editor el saber que se la manosean el inglés y el chino, el francés y el moro, el portugués y el brasileño, siempre que para entretenerse con ella, se la compren á su legítimo propietario. Todo español sabe lo que significan las palabras *Ama de Llaves ó de Gobierno;* pero en manos de tal extranjero pueden caer nuestras páginas, que fijándose en el distintivo de *las llaves*, vaya á figurarse que la persona á quien se aplica es una portera; ó que descaminado por la voz sonora de *Ama*, piense que se trata de una mujer casera, de una consorte hacendosa por cuya mano corren todas las llaves, inclusa la del dinero, en fin, de una *Ama de casa*. No señor: por Ama de Llaves se entiende acá en nuestro pais (que es como si dijeramos en toda tierra de garbanzos) lo que dice el Diccionario del idioma: «una criada encargada de las llaves y económía doméstica:» una criada á quien se fia la ropa, utensilios y provisiones.—«¿Con que es una *sirvienta*, y le dan ustedes el nombre de *Ama*, (exclamará aquí alguno de nuestros melindrosos lectores de extranjis)? ¡qué contradiccion! ¡qué rareza!—Amiguito, ¿qué quiere usted? ¡Cosas de España!

Este dictado de imperio ó dominio cuadra perfectamente á la que por él se designa, porque hay Amas de Llaves que tienen á sus órdenes doncella, criado, cocinera, y aun quizá otra ama tambien, la de cria: estas aristócratas de la servidumbre, estas sultanas validas ya se vé que son señoras durante la época de su inseguro reinado. Otras hay, por ejemplo, que viven con un solteron ó viudo sin otro vicho viviente en su compañía: que guisan, que cosen, que friegan, que en nada se distinguen de una criada comun sino por su mayor edad, saber y gobierno, que inspiran mas confianza al que les da el salario: estas, claro es que no tienen á nadie bajo su inspeccion, y por consiguiente podria decirse que no les conviene el título de *amas*; con todo, les conviene en efecto, y lo son, porque mandan al amo. Regla general: la criada única de un celibato, de un ex-marido, de cualquier hombre que vive aislado, mondo y lirondo, sin hermanos ni tias, sin sobrino, cuñada ni suegra, (que son para el mundo sirviente los enemigos del alma y del cuerpo), no solo es el Ama de las Llaves, sino el ama de todo, en el mismo y aun en superior grado tal vez que una esposa.

Si este artículo hubiese de ser, no una copia lo mas fiel posible, sino una caricatura deforme, la tarea del escritor estaba reducida á desleir ó amplificar un poco las expresiones del célebre poeta dramático arriba puestas por epígrafe, las cuales son muy dignas de notar por haber salido de la pluma de un solteron, que por lo mismo hubo de vivir siempre entre amas, y debia conocerlas á fondo; pero como lo que aquí se pretende es retratar al Ama de Llaves, cual si ella hiciera el cuadro por sí misma, principiaremos por suavizar ó explicar aquellas expresiones presentándolas á la luz á que deben verse. Condicion general, aunque no sin excepciones, es en achaque de amas que han de ser solteras ó viudas; cláusula importantísima, aunque no sin dispensa, es que hayan de contar una edad razonable: ahora bien, la mujer que haya cruzado la línea equinoccial sin haber celebrado primeras ó segundas nupcias, ¿qué ha de ser en general sino fea? Y siendo vieja y fea, ¿qué ha de ser sino amiga de la comodidad, habladora y entremetida? Por consiguiente no hay que echar en rostro al Ama de Llaves lo que forma sus cualidades constitutivas ¿Queria el D. Diego de Moratin por Ama de Llaves á una buena moza, calladita y sana? No era mal gusto; pero niñas de esos requisitos difícil es que se libren de ser casadas ó cosa equivalente. Amas de Llaves se usan tambien jóvenes y bonitas; pero estas pertenecen á una especie bastarda: la raza pura, el tipo original, la verdadera Ama de Llaves debe ser jamona, gruñona y feotona. Siendo pues en su mas genuina forma una muger de cuarenta á cincuenta, y hallándonos actualmente en el año 1843 de la era cristiana (4087 de la poblacion de España segun el calendario); esta hembra ha debido nacer á principios del siglo presente ó fines del próximo pasado: es decir de su educacion, carácter, lenguaje, atavío y hasta su busto, han de resentirse forzosamente del influjo de aquella época: es decir que una Ama de Llaves en el apogeo de su saber y experiencia es una sirviente del siglo XVIII. Antes de tirar en el lienzo trazo ninguno de la figura que ha de bosquejarse, importa dar á conocer qué cosa eran en España las criadas antiguamente, y qué rasgos de estas conserva aun el Ama de Llaves en su singular y variada fisonomía. Sin esta explicacion, sin este conocimiento de las causas, podria creerse que tales y tales rasgos característicos eran individuales y caprichosos, cuando lejos de entrar en el número de las excepciones, son cabalmente distintivos forzosos y genéricos.

Hubo un tiempo en que la condicion de las criadas en España se diferenciaba poco de la servidumbre. Las costumbres galantes y caballerescas de la edad media nada tenian de suaves ni de benignas. Hasta el siglo XVII inclusive, el látigo era el que dirigia la enseñanza pública, el que afianzaba la obediencia filial el que mantenia el órden doméstico. Un maestro en teología azotaba en la universidad á un discípulo tonsurado, aunque contase ya cuatro lustros; un mayordomo de grande zurraba sin misericordia la piel de sus pajes de su señor, aunque tuvieran medianamente poblado el bozo; el padre hartaba de soplamocos al hijo por quítame allá esas pajas, y la mamá, cuando se le ponia en el moño, echaba mano al de la señorita y la arrastraba por el suelo, el abofetear, repelar, mesar ó dar una vuelta de cabellos, como solian decir, era entónces, pan de cada dia. La tal propension al zarandeo, que se ha conservado hasta nuestros dias, era naturalísima en unos tiempos en que hasta los reyes se disciplinaban: ¿Cómo habia de respetar la costilla agena el que se mosqueaba la propia? Pues bien: en pais donde tan duro trato recibian los hijos é hijas de los amos, ¿cuál deberian recibir las criadas? Oigámoslo de una mozuela desenfadada de los últimos años del siglo XV, platicando muy de propósito con la insigne madre *Celestina*. «¡Oh y qué duro nombre, y qué grave y sobervio es *señora* contino en la boca! mayormente de estas señoras que agora se usan. Gástase con ellas lo mejor del tiempo, y con una saya rota pagan el servicio de diez años. Denostadas, maltratadas las traen; y cuando ven cerca el tiempo de la *obligacion de casallas*, levantánles un caramillo; pídenle celos del marido; ó que hurtó la taza, ó que perdió el anillo; danle un ciento de azotes, y echánle la puerta afuera diciendo: allá irás, ladrona; no destruirás mi casa y honra. Estos son sus premios, estos son sus beneficios y pagos: *oblíganse á darles marido*; quitanles el vestido. Nunca oyen sus nombres propios en boca de ellas, sino: ¿qué hiciste, bellaca? ¿por que comiste esto, golosa? ¿Por qué no limpiaste el manto, sucia? ¿Quién perdió el paño de manos, ladrona? Y tras esto mil chapinazos, pellizcos, palos y azotes.» — «¡Y aguantaban eso las criadas de antaño!» saltará aqui echando fuego por los ojos alguna doncella de labor de estas elegantitas y pizpiretas de ahora — «Salero, ¿no ha oido V. que los amos de entónces ponian en estado á las mozas de servir? ¿Por qué se dijo el refran de que *todo lo compone un buen dote*? ¿Qué no sufrirá una mujer por casarse?» — Las pobres Amas de Llaves que por ser cuerpecitos mayores ó malos cuerpos, no tuviesen esperanzas de salir de penas á favor de una boda, esas si que debian sufrir el infierno en la vida.

Pero pasaron años y siglos y costumbres; dejaron los señores á las criadas que cuidasen por sí solas de establecerse con dote ó sin él; emancipóse la criada: y ¿qué sucedió? Que no teniendo ya freno que la sujetase, toda la soberbia indómita de la clase baja y sin educacion, se desarrolló á sus anchas, y la sirvienta que ántes era sufrida, se hizo insufrible. Vayan para hacer contraste con el trozo anterior esos otros, copiados de los sainetes de D. Ramon de la Cruz; y no se imagine que por tomarse de obras de invencion no merecen crédito: el que extiende este artículo, que ha tratado Amas por espacio de muchos años, ha presenciado una porcion de escenas análogas, que hacen muy creible lo que va á leerse y mas todavia: En el sainete de la *presumida burlada*, la cual es una sirvienta que por el matrimonio ascendió á señora, ella y la que la sirve se dicen las lindezas siguientes:

EL AMA. Friega otra vez mal, vea yo
alguna mota en los platos,
y verás si te los tiro
á la cabeza.

LA CRIADA. Despacio,
señora de poco acá
que un poco mejor fregados
están que cuando usiria
manejaba el estropajo.

Pero de fregoncillas de mala muerte no se debe hacer cuenta: escuchemos á una Ama de Llaves, persona que como constituida ya en cierta dignidad debe expresarse con mas miramiento y decoro. Escuchemos en *los hombres solos á la Señora Lucía*, Ama de D. Pedro y D. Lucas, caballeros que tratan de hacer un obsequio á unas damas. Toman parte en el diálogo, ademas de los dichos, un barbero, un peluquero y el criado Juanillo



El Ama de llaves.

D. P. (á D. L.) Digo, ¿y has contado con
nuestra mujer de gobierno?

D. LUCAS. Hará lo que se le mande.

D. PEDRO. Conforme la coja el viento.
¿De qué humor se ha levantado
hoy, Juanillo?

JUANILLO. De perverso.
Yo me estoy sin almorzar
por no decírselo; y eso
que la tengo dadas pruebas
de que soy buen compañero.

EL BARBERO. Porque yo quise poner
el escalfador al fuego
mientras V. se vestia,
agarró un tizon ardiendo,

y si me descuido un poco,
me afeita ella á mí primero.

D. LUCAS. Sin embargo llámala.

(Juanillo va á llamarla, y Lucía se presenta hosca y ceñuda.)

LUCIA. ....¿Qué quiere el concejo,
que necesita en persona
mi asistencia?

JUANILLO (aparte.) ¡Aquí te quiero!

EL BARBERO. Pocas criadas hay de estas
en las casas donde afeito.

JUANILLO. Pues yo en las mas que he servido
las encontré de este genio.

D. LUCAS. *Señora Doña Lucía*,
es preciso echar el resto
de los primores de V.,
y que tenga con aseo
prevenida una salvilla,
los vasos y los cubiertos,
porque vendrán unas damas
quizás á favorecernos,
y es preciso quedar bien.

LUCIA. Pues muy mal dia escogieron
de venir esas señoras.

D. PEDRO. ¿Y por qué?

LUCIA. porque yo tengo
que salir precisamente
esta mañana.

D. LUCAS. ¿podemos
saber á qué?

LUCIA. A visitar
tambien á otro caballero,
que me tiene prevenido
chocolate con pan tierno.

D. LUCAS. ¿Y quién te ha dado licencia
de que salgas?

LUCIA. En no haciendo
cuenta de volver aquí,
para irme yo me la tengo.

D. LUCAS. Ni la tienes ni te irás,
y harás cuanto te mandemos

LUCIA. ¿Yo? ¡Qué gracioso es V.!
¿Y me lo dice V. sério?
Si me he puesto yo á servir
en casa de hombres solteros
por no aguantar amas, ¡vean
cómo aguantaré cortejos
de mis amos, y servirles
para que vayan haciendo
burla de mí, y esta noche
se publiquen mis defectos
en la tertulia! ¡Un demonio
para ellas, y cuatrocientos
para ustedes!

. . . .

EL PELUQUERO. *(que está peinando á D. Lucas).*
Un petit Morceau de sebo,
madama.

LUCIA. Por la otra oreja,
que por esta no lo entiendo.
Un poco de sebo pide.

LUCIA. No le hay.

D. LUCAS. Anda ves á verlo.

(El peluquero dirige aquí un cumplimiento en francés á Lucía, que se enfurece como si la hubiesen llamado bruja.)

LUCIA. ¡Esto nos faltaba ahora!
¿Qué apuesta V. que le peino?

EL PELUQUERO. *¿qué dis busté?*

LUCIA. ¿No lo entiende?

EL PELUQUERO. *Non.*

LUCIA. Pues óigalo mas recio.

(Dale un manoton y vase.)

Aquí se ve al Ama del siglo XVIII, provocativa, feroz y ágil de manos, haciendo el papel de una señorota del siglo XV: en esto habian venido á parar el sufrimiento, la mansedumbre y la esclavitud antigua. Pues de esta ferocidad y de aquella sumision participa hoy el carácter del Ama de Llaves; de la una por efecto de la pésima crianza que recibió, de la otra por efecto de los años y los reveses sufridos, como tambien por el conocimiento de su interés personal. Una mujer de edad cuando ha tropezado en una casa con un amo bueno conoce que su porvenir depende de su permanencia allí, de su perseverancia en tenerle contento; pero no siempre puede tanto consigo misma, que por no aventurar su suerte renuncie al gusto de soltar una insolencia ó hacer una trastada. Esta irritabilidad depende tambien de los incidentes que han traido al Ama de Llaves á serlo, y del pais á que pertenece: las Amas naturales de Cataluña por fuerza han de ser mas desabridas que las gallegas y valencianas; las aragonesas mas tercas que las andaluzas, y estas mas picudas y perezosas que las vizcainas: las de los pueblos inmediatos á Madrid compiten en lo záfio y desvergonzado con lo peor de la península. Nadie sirve sino porque es pobre; pero de distinto modo influye la pobreza en una mujer que nació destinada á servir desde luego, que en la que nacida en mejor fortuna hubo de abrazar el servicio doméstico porque se quedó sin padres ó sin marido: aquella será mas grosera y alegre, y esta mas civilizada y quejumbrosa. Y como diversas y aun contrarias han de aparecer forzosamente en su modo de pensar, obrar, hablar y vestir el ama vieja y la jóven, la que sirve en un pueblo y la que habita en una capital, la que vive con un soltero sin hijos y la que ha dado vida á los hijos de un soltero; el expediente mejor para que se comprenda todo lo que por término medio cabe en este brevísimo vocablo de Ama, será referir sencillamente dos biografías de dos Amas, extremadas las dos en su línea, entre cuyas individualidades se encuentra la verdad genérica del tipo: advirtiendo que en lo que vamos á referir todo es cierto menos los nombres de las heroinas, los cuales significan puramente para el lector «Fulana yo no sé como, Zutana ¿qué se yo cuantos?»

Cándida Rosa, Rosalía Robledales, hija del remendon titular de un triste villorrio, se crió chiquituela y endeble, morenuzca, gangosilla y zazosa. Malas lenguas dicen que su padre, infatigable hablador cuando bebia un trago mas (y bebia á todas horas porque no podia menos), influyó no poco en el gangueo y ceceo de su hija: como charlaba sin cesar, le incomodaba sobre manera que le interrumpiesen; y un dia en que nuestra *Rosa Cándida* le atajó su palabra honrada tres veces seguidas, el prudente padre para corregir á la niña del resabio de bachillera, le tiró una horma á la cara que la dejó para siempre con las narices apuntando al juanete izquierdo. Con este y otros avisos del tirapié igualmente misericordiosos, comprendió Cándida lo que le importaba no desplegar los lábios, de lo que resultó que no aprendiese á pronunciar bien por falta de ejercicio. Con un padre tan amoroso, claro es que la criatura consideraria el salir á servir con la mayor felicidad: acomodáronla de niñera en otro pueblo, y de niñera pasó á criada. A fuerza de oir decir por unanimidad que era fea y simple, hubo casi de llegar á creerlo; á fuerza de observar que se le reian en sus bigotes (tenia este adorno tambien) casi siempre que hablaba, hubo de tomar la resolucion de callar; á fuerza de notar que siempre que se presentaba á vistas producia su nariz un efecto nada favorable, trató de neutralizar la impresion de su fealdad con la limpieza y esmero del traje; y como para vestir bien era menester ganar buen salario, hízose aplicada y laboriosa para merecerlo. Humilde Rosalía, callada, limpia y trabajadora, valia un Perú para criada, si Dios la hubiese dotado de un poco mas de capacidad; pero en apartándola del fogon

ó de la mesa de planchar, no habia mujer para nada. Llamaba á la puerta un sujeto á quien el amo deseaba hacer un recibimiento amistoso; y Cándida, ó le despedia ó le hacia esperar un cuarto de hora á la puerta: venia un acreedor ó un pegote, y se los encajaba hasta en la alcoba. Por esto hubo de perder buenos acomodos, cuando por su traza explicaderas no le era fácil hallarlos. Dió por fin con un ricacho sesenton que harto de amas bonitas se prendó de la cara de Rosa la mas apropósito para espantar importunos, y ella le desquitó esta vez á la susodicha de todos los malos oficios que le habia hecho en otras ocasiones: el ser fea le habia impedido entrar como criada en algunas casas, y por fea ascendió en aquella al segundo grado de la escala servil femenina, es decir, á ser ama de Llaves. Entónces descubrió nuestra heroina una cualidad que aun no habia tenido proporcion de manifestar, y fué un amor á la economía que rayaba en miseria, dote que le valió la confianza del amo en términos de hacer á Cándida depositaria del numerario. Pasaba esto en tiempo de la guerra civil: un susto que dió una partida al pobre sesenton, le dejó medio lelo; Cándida aunque simple, conoció que debia poner el dinero á buen recaudo, y por sí propia lo escondió en paraje seguro sin decir nada al amo: fuertes tentaciones habia sentido siempre hácia la sisa; pero siempre la habia contenido la idea de que si aun siendo fiel le costaba trabajo acomodarse, teniendo malas mañas ¿quién la sufriria? Por el contrario, si se portaba honradamente con el viejo, natural era que este se acordase de ella al testar. Desde que se le ocurrió á nuestra simple tal pensamiento (que no era una simpleza á la verdad), empezó á mirar aquel dinero suyo en parte, y como no sabia la parte que habia de ser suya, claro es que debia custodiarlo todo con igual celo. Pronto dió de él una prueba heróica en grado sublime: vuelven los facciosos al pueblo, entran en casa del anciano y le sorprenden en la cocina al amor de la lumbre, y por contribucion extraordinaria le intiman que apronte hasta el último ochavo. El viejo se remite al Ama de Llaves; el ama afirma que no tiene en su poder un real; los huéspedes rejistran la casa y no dan con el nido: ¡cuál fué la cólera de aquellos cristianos guerreros! Colgada de las llares estaba en el hogar una caldera de agua cociendo: dos de los contribucionarios cojen de los brazos á Cándida y la amenazan con sumergírselos en la caldera si no declara; Cándida se mantiene firme; y por tres veces la zampan de manos aquellos sayones en el liquido, á 80 grados justos del termómetro de Reaumur. Suena generala; «los cristinos están ahí» es la voz que cunde, los verdugos de Cándida llaman á talones, y el pobre viejo, reciamente conmovido por tal escena, tiene que llamar al escribano, de camino que traen al barbero para la fidelísima Ama de Llaves. El viejo testa y se muere; Cándida se cura y hereda la mitad del tesoro salvado con su silencio: la otra mitad pasa al único pariente del testador, otro viejo de pocos menos años, que se casa con Cándida, la cual feliz y llena de comodidades, goza hoy el premio que ganó con sus manos. Esta mujer pasaba por simple, por tonta: á fé que en todo el trascurso de su vida de sirvienta pudo apostárselas á la mas hábil y honrada.

Múdase la decoracion. Armengola Chirivia ni fué pobre ni simple, ni era tan fea, ni llegó al puesto de Ama de Llaves por escala rigorosa: hija de un labrador, y dotada de anchos hombros y talle, piés atroces y boca desahogada, ámen de ser un poco bizca de un ojo y algo mas del otro, en época en que era desconocida la operacion nueva del estrabismo; todavía pudo agradar á un zurdo su paisano, á quien sedujo sin duda la imponente mole de la bizca, la cual por su parte hacia lo imposible por mirarle con buenos ojos. El padre, que queria casarla á derechas, la traspuso á un convento de monjas, donde aprendió á confeccionar mantecados y rosquillas, hojuelas, tortas de chicharrones y demas artículos *ejusdem farinæ*: del monasterio se trasladó ella á los brazos del zurdo, y de ellos á la vicaria; y asi los amantes pasaron á novios, y ascendieron á consortes, y descendieron luego á indiferentes, y pararon en enemigos mortales, porque el zurdo era un vago, jugador y pendenciero, que traia á la vizca desnuda y hambrienta; y del suegro no habia que esperar mas que su maldicion. Consolábase el zurdo con la esperanza de alcanzar en dias al viejo; pero se dió tan mala maña con las suyas, que hubo de morir de mano airada en un garito, dejando viuda á Armengola, que lloró de veras cuando supo que ni aun por esas le perdonaba el padre su aciaga boda. «A servir», dijo entónces la valerosa viuda; y en pago de lo que habia sufrido en su matrimonio, le deparó el cielo una buena casa donde *debutó* (estrenarse se decia en tiempo del antiguo régimen) por Ama de Llaves; y en poco tiempo se impuso en todos los primores de la profesion. Acostumbróse á cuidar la dentadura terreo-metálica del ama, y á despertar con la aurora para abrir la puerta al trasnochador señorito: constante espía de las revoluciones de la moda, no se descuidaba en prevenir á la señora que á los dos meses de uso ya no se podia llevar decentemente el vestido A ó el pañuelo X ó la mantilla Z; todo lo cual refluia en creces y plenitud de su cofre ó su bolsillo. Llegó á ganar cuatro duros mensuales; pero era tan generosa la viuda del zurdo, que afirmaba serviria de balde á sus amos, y era capaz de hacerlo por las circunstancias siguientes. En aquella casa nadie tomaba chocolate sino el ama propiamente dicha (la cual tenia tan estragado el paladar como la dentadura) y nuestra D.ª Chirivia que estipuló en su ajuste la condicion de que habia de asistírsele con chocolate por mañana y tarde. Suprimíase ella voluntariamente las dos onzas de desayuno y merienda, porque realmente comia muy poco, (ya sabremos la causa); y como ella era la que compraba el dicho género, ahorrábase en ocho dias una libra, que á diez reales le redituaba dos duros cada treinta y dos dias, viniendo á juntar una mesada de seis pesos fuertes. Agregábanse á esto veinte reales mas, porque de un onza de chocolate hacia dos jícaras para la poco delicada señora, expesando el liquido con harina tostada, y ya la mensualidad resultaba de siete duros. Item mas: aunque no corriese por su mano la compra del aceite, carbon, tocino y demas cochinerías, jabon, garbanzos y otros artículos por mayor, y siempre tenia ella un conocido de su tierra que recomendar al ama; garbancero ó choricero ó cosechero de vino; y por el corretaje de parroquia percibia del vendedor la bizca su tanto por ciento, que no podia estimarse en menos de otros dos pesos al mes: cero y van nueve. Mas: el producto de la venta lícita anual de sendas arrobas de papel de periódicos, flanqueados de prospectos y anuncios; mas; las docenas de frasquetes vacíos de aguas de olor y dentríficos, los guantes y zapatos del ama que Armengola no podia usar porque los necesitaba de triple tamaño; la ceniza del fogon y braseros que le compraban en los tintes, la retribucion del señorito por la porteria matutina, y una limosna mensual tambien, que habia tenido la habilidad de sacar á la señora en favor de una religiosa exclaustrada, y la exclaustrada era ella misma: partidas todas que componian mas de un doblon al mes, de manera que nuestra industriosa viuda se embolsaba doce duros cada treinta dias, sin tener que gastar en vestirse. Gracias á los deshechos útiles que hacia desechar al ama, con seis pares de zapatos al año y un añadido para el pelo (que ponia gran empeño en que no se le conociese, y siempre se dejaba fuera el cordon del tronco); estaba la Buena de Armengola aviada de piés á cabeza.—¿Qué hacia esa mujer de tanto dinero? —La cuarta parte la empleaba en dulces y golosinas que le estropeaban el es-

tógamo y la traian siempre sin apetito, y el resto lo imponia á ganancias en las administraciones de Loterías.—¿Ganó alguna vez? — Un terno de diez mil reales, que se puede decir fueron dos, porque al mismo tiempo heredó á su padre. Entónces dejó de servir; entónces la obsequió un agente de cierta empresa de minas, que no era zurdo; se apoderó de los cuartos de la viuda, mina única que él se habia propuesto explotar; desapareció el dia menos pensado, dejando á Armengola sin auxilio y enferma! y conducida al santo Hospital, expiró por gran favor en la sala de clínica, y su cadáver fué abandonado al cuchillo anatómico.

Casi á estos dos ejemplares puede reducirse el nacimiento, vida, pasion y muerte de la generalidad de las Amas: las que por instinto ó reflexion se portan con prudencia y rectitud, que son las menos, alcanzan una descansada vejez, las demás son infelicísimas. A muy pocas cabe la suerte de morir jubiladas gozando una pension, premio de haber servido bien largos años á un señor poderoso; muchas menos se jubilan por sí, porque el ahorrar es costumbre que no ha cundido nunca mucho en España, y el imponer en la caja de ahorros es cosa harto nueva todavía. Entre el porte, mañas, carácter y aspecto de Cándida y Armengola está el de todo el resto de las Amas de Llaves, participando mas ó menos ya de la torpeza y fidelidad mazorral de la una, ya de la destreza poco laudable de la otra. Ambas á dos carecieron del distintivo mas general del Ama, que es el mal genio; la una por ser una Ave zonza, que hasta para dar bufidos carecia de espíritu; la otra por que su mal humor no hubiera podido fundarse en el orgullo que inspira una buena conciencia: callada por que tenia qué callar. Entre la sisona y la limpia de manos está la que ni es del todo fiel, ni del todo digna de desconfianza; entre los dos extremos del silencio por incapacidad y por la culpabilidad está la mediana impertinencia de la mediana capacidad y honradez; entre la lugareña y la ciudadana de provincia, una y otra bastante cerriles é ignorantes, se halla el Ama de Llaves hija de Madrid, de mas disposicion que las otras, pero menos amante del trabajo; mas instruida, pero mas quisquillosa, mas murmuradora y antojadiza; entre los dos límites de la fealdad están las fealdades de menor cuantía, hasta ir desapareciendo del todo, y quedar en medio la flor de la hermosura. En efecto, hasta ahora solo hemos hablado de Amas feas: ¿y las bonitas? Las bonitas no tienen carácter general propio, porque son pocas, porque no son precisamente Amas de Llaves, y porque gozan de todas las esenciones concedidas á la belleza. El Ama de Llaves bonita está dispensada de ser hacendosa y madruguera, y aun de ser obediente, porque sea como sea, no le ha de faltar acomodo. El Ama bonita no tiene necesidad de apropiarse lo ageno sin contar con la voluntad de su dueño, porque su asignacion por lo regular es crecida, y aunque no lo sea, le importa poco: sabe hacerse regalar y siempre le sale la cuenta. El Ama bonita suele gastar buen genio, pues como se la mima y regala, no hay motivo para que se le exalte la bilis. El Ama bonita, como está mas desocupada que las otras tiene mas proporcion para cultivar su entendimiento: lee periódicos, novelas y dramas, asiste al teatro, y se escandaliza de los equívocos y no puede sufrir á las damas de comedia *que han olvidado su virtud*. Su lenguaje es culto, su pronunciacion pura y clara; sus antecedentes juveniles no suelen ser muy claros ni puros. Todas han nacido en buenos pañales; todas han quedado huérfanas; y desde catorce años á veinte ó veinticinco, esto es, desde que perdieron á su madre hasta que hallaron su conveniencia....«¡lo que ha pasado por nosotras (dicen) solo Dios lo sabe!» Las Amas bonitas son por lo comun solteras, pocas hay viudas, mas hay casadas, emancipadas del marido: caras son todas las Amas bonitas, pero esta última es la mas cara de todas, porque de continuo hay que echar una torta al consabido Cancerbero. El Ama bonita solo es para ricos, verdad es que ellas saben convertirlos en pobres: algunas suelen casarse con el amo *in articulo mortis*; otras se retiran á tiempo con sus ganancias que de ordinario les luce poco. Por fin las Amas bonitas llegan con el tiempo y los achaques á ser viejas y feas, y entónces sufren la ley comun: vejez miserable y muerte en el Hospital.

Ensayada la parte anecdótica y moral del género, y bosquejados los principales distintivos de las especies, veamos obrar al Ama de Llaves bajo el aspecto comun á todas: considerémosla desde el dia en que va á vistas hasta que se pierde de vista para sus señores. Las criadas se ponen para esta solemne ocasion el mejor vestido; el Ama se contenta con ir decente: el calzado eso sí, tiene que ser nuevo. Hábito ó vestido negro, liso, de tafetan, con manga de jamon ó de fraile, y cuyo vuelo no ahueca el miriñaque engañoso, pañuelo imitado á manta ó de crespon, mantilla de tafetan, guantes de seda ó los naturales, y un precioso abanico, regalo de alguna de sus amas, componen el ornato exterior de la pretendienta, si habita en la córte ó en alguna capital de provincia; en las demas poblaciones, jubon capilar, basquilla y mantilla redonda. El tocado con igual atraso respecto de la ley vigente; por delante una raya, y cogido el pelo á cada lado, formando un nudo ó rodaja mucho menor que la que usan ó usaban criadas y manolas, por detrás un rodete alto y su peinetita: en provincia el pelo echado atrás y moño de aldabon. La prenda mas característica del vestido del Ama es la que no se ve: un par de faltriqueras tamañas como alforjas. La candidata pregunta por la señora cuando la hay, se anuncia, y si la encaminan á la sala, insta modestamente que la señora no deje sus ocupaciones, y que la reciba en cualquier parte: y todo es porque el Ama sabe ya en virtud de su práctica que mejor se conoce el estado rentístico de una casa por el comedor que por el gabinete. En esta sesion preparatoria, el Ama de Llaves se distingue notablemente de la criada; esta charla por los codos y murmura de sus amos anteriores; el Ama no habla mas que lo preciso, y los elogia, porque tiene mas conocimiento de mundo. Al contar el aprecio que hacian de ella en su última colocacion y lo que la queria la señorita mas jóven, el Ama no puede contener las lágrimas, y saca un pañuelo planchado en complicadísimos dobleces, que lleva de intento para dar casualmente una muestra de sus habilidades. Si el amo es soltero ó viudo sin hijos, el ajuste es cosa de un momento; si hay señora y es jóven, agraciada y elegante, tambien se contenta el Ama con un corto salario, porque damas de circunscias tales nunca inspeccionan la cocina ni la despensa; si la señora es de las que llaman *caseras*, especie ya casi desconocida, si hay además muchachos de cinco años á catorce, el Ama de Llaves pide doble remuneracion, porque le consta que se le preparan mucha brega y continuas disputas. Hecho el tratado á satisfaccion de ambas partes, y traido el baul, á la nueva casa, el Ama se entrega de su negociado. El acto de pasar lista á la ropa, suele ser bastante pesado, porque el Ama no elegante, si lee, lee muy mal el manuscrito, tal vez no conoce los números, y hay que hacerle delante de cada artículo tantas rayitas como piezas comprende. Aquí suele caer en la tentacion de murmurar de su antecesora, si el estado de los efectos que recibe da lugar á ello; indica reformas y anuncia el programa de su gobierno, desde cuyo punto principia ya á funcionar. Es la primera que se levanta y la última que se acuesta, esfuerzo no muy penoso para quien por su edad suele ya tener poco sueño. Si está encargada de la compra, coje el talego ó manda coger el cesto al criado, á quien procura

tener contento, porque no hay cosa mejor que la buena armonía entre compañeros y compinches. Las Amas de Llaves místicas y rezadoras que son de la hermandad de Servitas y de otras cuatro ó cinco; porque una sola no basta á su ardiente devocion, nunca se acomodan sino en casas donde hayan de salir á comprar ellas solas; y no se crea que es con el objeto de monopolizar libremente el ramo de sisas y alcabalas (¿y la conciencia?) es para poder oir las misas que tienen de obligacion por los estatutos de las hermandades. En ellas por cada individuo que muere hay que hacer ciertos sufragios: los hermanos son muchos, las muertes menudean, y ninguna devota se contenta con oir las dos ó tres misas que previenen las ordenanzas por cada difunto, sino que duplican á lo menos la cantidad, y de esto resulta que no hay dia que no tengan que emplear hora y media en la iglesia. Por eso es axioma inconcuso en materia de economía doméstica, que toda Ama de Llaves que sea tan santurrona es muy cara de carbon en Madrid: mientras ella va á conversar con los santos, queda ardiendo en balde la lumbre que dejó encendida para encontrar á la vuelta, una hermosa brasa, á favor de la cual despache en un abrir de ojos los almuerzos. Al dar los buenos dias ó el chocolate á los amos, nunca deja de darles tambien algun consejo higiénico en órden al mayor ó menor abrigo con que deben vestirse segun el estado de la temperatura. Por la noche ó en algun rato desocupado se calza en la nariz los anteojos y se ocupa en deletrear el Diario para saber si ha llegado ya aquel arriero que trae las remolachas tan gordas, y á qué precio corren las medias negras *para señora, de estambre*. Este ameno y variado periódico, el libro de confesar, la lista de la ropa de que se hizo cargo y la tabla en que se apunta la que lleva la lavandera, son las únicas lecturas del Ama. Toda es celo y diligencia durante los primeros cuarenta dias; pasada la cuarentena es de ley que ha de haber una cuestion mas ó menos suave, segun el genio de los interlocutores: la tal disputa puede adelantarse ó atrasarse, pero nunca suprimirse, porque es una necesidad, un secreto del oficio: el Ama que la ha promovido adrede, conoce por ella el aguante del amo ó ama, y calcula cuantos años ó meses podrá pasar en su compañía. La invencion de esta táctica se atribuye á las Amas gallegas: las alcarreñas la han adornado de variaciones. Si la prueba ha salido á satisfaccion del Ama, su celo que hasta entónces era un poco facticio, se convierte en real y verdadero: vigila y estimula al criado, riñe con la lavandera y el carbonero, lleva la condescendencia hasta ir á paseo con los chicos por donde ellos quieran, y compra de su mismo peculio un par de libras de membrillos que distribuye en las diversas tablas del armario de la ropa para que huela bien, y cuando se pasan, se los abandona generosamente á los muchachos. El Ama entónces se amolda al carácter del amo: pone buena cara á las visitas no femeninas que á él le son agradables, y despide á los que sabe que le importunan; se inquieta si viene tarde á casa; se asusta si no come con apetito: si cae enfermo, suspira, se angustia, entra una docena de veces por hora en el dormitorio á preguntar al paciente cómo se halla; con lo cual y con andar gritando todo el dia á los chicos, al criado y á la vecindad que guarden silencio, consigue que no le haya nunca. Corre á la botica, y de allí al herbolario, y luego á la posada donde se venden las mejores sanguijuelas, finas y á prueba, y de camino dice en la lonja, y en la cacharrería, y en todas partes que el amo está muy malito y que ella va á caer mala de pesadumbre: todo por tener el gusto de oir alabar su celo y cuidado. Entónces es ver al Ama en todo su explendor, en el centro de su elemento propio. —Que se necesita una sábana: —á oscuras, á tientas la encontrará al golpe en el guardaropa. —Que hace falta una bayeta amarilla.... —« ¡Jesus! lavadita la tengo de la semana pasada: parecia que me daba á mí el corazon que pronto habia de necesitarse: ¡ si una no estuviera en todo!... » —Pide el cirujano trapos para cataplasmas. —« ¿Los quiere V. de lienzo fino, de coruña, de vivero? Mire V., ¡que de lios hay en la escusabaraja! cada uno es de su clase. Estos están casi nuevecitos; pero no, que el lienzo es tupido y gordo y hace mucho peso sobre el vientre; no señor: trapo á medio usar es lo que corresponde, ¿ Verdad V? Aquí los hay que ni pintados, y sin un pelo de algodon. » —« Pongan Vds. al señor un botijo de agua caliente á los piés. » —« Ven Vds. ? » prorrumpe el Ama dirigiéndose á los niños, que con la boca abierta rodean el lecho de su padre, « ven Vds. como hice yo bien en no dejarles jugar á la calva con el botijo del verano pasado? » —« Si se le habian roto los pitorros y el asa » contestan los chicos. —« Mejor para ahora, que así no le incomodarán á papá en los piés: voy á buscar tapones de los que conservo de las botellas de cerveza. » —El ama va y viene, se afana, trasnocha, y cuando el amo cura, ella con mas razon que la mula del coche

.....s'en attribue uniquement la gloire.

Autorizada por estos servicios va cobrando satisfaccion y alas, y haciéndose áspera y regañona. Generalmente la petulancia de las Amas es relativa á su fidelidad, laboriosidad y limpieza: el amo que da con una de las que tienen, como ellas dicen, la casa hecha un cielo, tiene un infierno contínuo con ella. Riña porque la servilleta está mal doblada, riña porque la puerta se cerró con sola una vuelta de llave; riña porque el panecillo de hoy vino muy tostado y el de ayer casi crudo; riña porque no se le hace caso; riña porque se consulta con ella; riña porque se la riñe; riña porque se la deja. En estado tan violento y hostil, tres ó cuatro peleonas en grande preparan la dimision ó expulsion del Ama, aunque generalmente ellas son las que toman la iniciativa. El motivo de despedirse suele ser una grandísima friolera: pero como ya llueve sobre mojado, es el grano de arena que hace inclinar la balanza. Murió hace algunos años una ama, devota como ninguna y colérica como ella sola, mujer que rezaba matando un pollo y pelando un pavo, mujer que rezaba todas las horas que no empleaba en regañar, la cual vivamente irritada una vez con los hijos del amo, hizo venir á un hijo suyo, alguacil y voluntario realista nada menos entónces, para que amenazase á los muchachos que les pisaria las tripas si no guardaban respeto á su madre: no hay que preguntar cuál habria sido la opinion política del padre, cuando los chicos no se atrevieron á darle cuenta de la amenaza. Pues esta santa matrona que mandaba en gefe en casa del amo, la dejó porque la cumplieron un gusto. Tenia ella el encargo de la compra de provisiones, era su memoria infeliz, todas las noches al dar la cuenta se le olvidaba alguna partida, y por consiguiente le faltaba dinero. El amo que sabia que aunque soberbia y sóez, era incapaz de engañarle, decia que le entregase el sobrante si lo habia, y se dejase de entrar en pormenores: empeñábase ella en que la cuenta se habia de ajustar cuarto por cuarto, y al ver que salia alcanzada, concluia todas las noches rogando al amo que la exonerase de aquel empleo. Harto una vez de oirla, tuvo la debilidad de creerla, y mandó al criado que desempeñara desde el dia siguiente las funciones de la perpétua dimisionaria: el mismo dia por la tarde, la Sra. Hermenegilda Cambrones, con grandísimo placer de los referidos chicuelos, sacaba el padron para casa de su hijo el corchete, quejándose de que el amo ya no hacia confianza de ella. Otra se despide alegando que el amo le dijo tres veces *ya*, ó *sí*, ó *pues* con retintin, y al tiempo de marcharse no deja escapar la ocasion de ingerir una docena de iguales monosílabos retintinados. Otra oye decir á la señora que en verano se debe gastar

menos combustible; y á poco rato el Ama y su baul han desaparecido, y se encuentran apagada en la cocina la lumbre y puesto el puchero al sol en una ventana. Amos y amas quedan recíprocamente contentos de haber salido de maulas; ellas con marcharse y ellos con que se marchen: el amo recibe otra; el Ama se acomoda con otro; y todo es patilla y cruzado y vuelta á empezar.

Tal es la vida del Ama de Llaves: su porte y conducta son el resultado de la educacion que ha recibido, de la influencia del carácter nacional, del suyo propio, y demas circunstancias que han agitado su existencia. Como en España se educa mal; como no se quiere comprender que hay una educacion para cada gerarquía social; como se desconoce que cada estado y condicion es una carrera con su enseñanza privativa, sin la cual es un puro acaso que el pobre sepa ser pobre, y el rico acierte á ser rico, pues una cosa y otra tienen que aprender mas que parece; el Ama de Llaves, ignorante de los límites de sus obligaciones y derechos, pocas veces es lo que debe ser; y tan pronto aparece la esclava temporal del siglo xv, como la majota procaz del siglo pasado. Esta especie salvaje va desapareciendo, al paso que nuestras turbulencias políticas van formando otra, compuesta de mujeres de modo y principios, á quienes la guerra y demas calamidades han reducido á la servidumbre. De estas, la que de buena fe se resigna á su estado, es la mejor de todas las Amas: instruida y pundonorosa, amante de su deber y capaz de respetar los agenos, se eleva á gran altura sobre la línea de sirviente y se convierte en amiga: esta no compra, ni vende, ni difama, ni golosea: viste como sus amas y es la compañera de las señoritas, que encuentran en ella juntamente doncella y aya. Ella y el ejemplar con que concluiremos son las que forman el Ama de Llaves tal como debiera ser, y como se ve raras veces. Hablamos de aquellas respetabilísimas mujeres, rara y noble herencia del siglo pasado, que como vástagos ingertos en una familia entraron niñas en una casa, y firmes é inseparables de ella, han visto pasar tres generaciones sucesivas, tratadas de tú por el abuelo, el hijo y el nieto; pero queridas y respetadas de todos y cuya pérdida se llora como la de un pariente, la de una hermana. Una de estas crió á la madre del que escribe estas líneas; ella la acompañó á la casa de su esposo; en sus brazos nací yo; en sus brazos, dos años despues, murió la que me dió á luz; en su honesto regazo creció mi infancia; en la casa de mis abuelos acabó sus dias; y su cariño dulcísimo fue el que desenvolvió en mi corazon el gérmen de ternura que me trasmitieron mis padres.

J. E. Hartzenbusch.

EL ESCRIBANO.

Pésame, lector amigo, no poder introducirte desde luego en la amistad y confianza del personaje que pretendes conocer. Supongo tu impaciencia por sondear las secretas sinuosidades, los tortuosos y prolongados subterráneos que á tu parecer va formando su pluma en la agena heredad, cuando explota el precioso *filon* que le hace subir en breve espacio de la pobreza á la medianía, y de aquí á la opulencia aunque sin alterar su posicion social. Paréceme tambien, que ya tienes observado como traza su plano en aquel enroscado é indefinible rasgo que llaman *signo*, y lo es en efecto de sus torcidas intenciones; como siempre coloca sobre él la cruz, para que los buenos cristianos á su vista encomienden á Dios á quien allí se encuentra, avisando al propio tiempo que en aquel punto dejó de existir. Todo esto te trae inquieto y aumenta tu curiosidad, siendo lo peor que llegas acostumbrado á encajarte sin rodeos ni antesalas, en las tiendas del sastre; del barbero, del mercader, y de otros muchos que sin duda has recorrido, en donde habrás visto lo que pasa sin quitarte el sombrero ni aun desliar el embozo; pero ya conoce tu buen juicio la enorme diferencia entre esa clase de gentes que han de vivir á *puerta abierta*, y un Escribano que no la puede tener sino muy cerrada. Aguarda pues la ocasion de examinarle que en retardarla te sirve la fortuna.

Pienso yo ademas llevarte por de pronto á visitar uno, establecido no ha mucho en la corte, porque sea mas fácil la entrada. Ni sus multiplicadas ocupaciones le impiden aun recibir salvo á los que tienen hecha informacion de pobreza, ni ha perdido todavía los modales sencillos del pueblo en que actuaba.

Allí reina la candidez de costumbres y por lo mismo el Escribano ha de ser honrado y fiel, mal que te pese lector; si no quiere atraerse la abominacion general; puesto que en los lugares son conocidos hasta los actos mas reservados de la vida. Es ni mas ni menos que un hombre público; y respetando su posicion como ellos, ha de cuidar mas bien de cautivar las voluntades que los intereses de los particulares. Así le verás constante en su empeño de hacerles felices aun á costa de su propia felicidad, no exigir contribuciones, esto es, nunca exigir que le contribuyan ni aun con sus *legítimos* derechos, á los ricotes y bien acondicionados; ni jamás perdonarlo á los pobres. Verdad es, que como amigos los primeros, no pueden negarse á ciertos adelantos ó empréstitos que la austeridad de tales principios le obliga á reclamar en repetidos apuros, y de cuya amortizacion nunca se trata. En sus salidas tampoco exige dietas algunas sino es las puramente precisas por *via de alimentos*.

De suponer es que tan excesiva delicadeza le tiene siempre en un pié de economía poco comun; y solo en fuerza de su aplicacion y buen manejo en el oficio, puede al poco tiempo procurarse con que ir pasando, y hacerse con una yegüecita torda que va manteniendo lucida y bien enjaezada; y así es que desde entónces todo queda para la condenacion de costas, donde presentados en globo los derechos de los *elaborantes* no se echa tanto de ver el exceso en su cuenta parcial. Agradecidos en cambio los aldeanos, envíanle de cuando en cuando regalos de diversas especies, que en hombre tan de provecho pueden suplir sin esfuerzo la manutencion de amo y jaca por la mitad del año. Con esto y con dar fé de que los bienes de cada vecino valen sus diez por ciento cuando llega el reparto catastral, que los Propios han invertido todos sus fondos y muchos mas en el mantenimiento de presos pobres, y que el hijo del alcalde no se halla en casa cuando le buscan, pasa por el hombre mas recto mas íntegro y mas cabal de cuantos han conocido hasta su tiempo. Ni puede ser de otra manera, porque es ademas un cristiano viejo *temeroso de Dios y de su conciencia*, con sus ribetes de devoto, que nunca se ha presentado sin capa en la misa mayor, ni ha dejado secar la pila de agua bendita á la cabecera de su cama.

Por otra parte como persona de mucho prestigio, no teme la murmuracion de aquellos que nada tienen que perder, y se quejan á veces de hallarse en aquel estado, merced á un embargo que se prolongó mas de lo justo, y en el cual por consiguiente el escribano con los demas funcionarios cobraron á razon de 60 rs. diarios (con arreglo á arancel) mucho mas de lo que correspondia. Y no por falta de licitadores, sino por guardar los bienes al abastecedor de carnes, quien manifestó desde el princio que le convenian.

Su estrecha amistad con el señor cura, cirujano y boticario (los tres poderes le garantizan tambien con-

tra el pulmon de un hacendado mal avenido con que el escribano haya de vender el grano que comienza á llamar de sus ahorros, á un tercio menos que el de su cosecha; y dice que está falta su medida porque nunca se la requisa el Almotacen. Mas no repara que en buena economía, los productos toman su precio del gasto que ocasionan al especulador: y el bobo del notario no hace mas que expender buenamente lo que le va sobrando en las recolecciones de los otros. El solo sabe que de esta suerte convierte á dinero hasta el último desperdicio en su verdadera piedra filosofal, y no se cuida del daño que causa á los propietarios en cuyo número no se le considera para el pago de adeudos á la Hacienda.

Con estos elementos cuenta para ensanchar la esfera de su poder; y por si pudiese ocurrir que alguno se descompusiera, no olvida de vez en cuando ostentar su valimiento, dejándoles sin percibir sus honorarios *devengados*, en aquellas causas cuyos fondos no alcanzan para todos. Asi es como lleva siempre la voz y decide con su voto los interminables altercados que entre ellos se levantan diariamente, cuando se reunen por las tardes á tomar el chocolate y jugar al *solo*. Allí se dilucidan los mas interesantes puntos de moral, botánica, medicina y legislacion; se solventan las cuestiones mas delicadas de política y aun de derecho internacional; y en fin no hay dificultad de ningun género, que pudiendo caber en el escaso círculo de sus conocimientos esquive el ser controvertida y allanada en aquella Academia: pero entiéndase sin excepcion sujeta al fallo superior del Escribano, quien no siempre se conforma con las máximas de la Biblia, con los sistemas de Linneo, ni con los aforismos de Hipócrates.

Sin embargo debemos confesar que no es por extremo exigente: con tal de que el cura apriete bien la mano á sus feligreses sobre los *juicios temerarios*, que el cirujano le dé exacta noticia de los lances á que asiste por si conviene mejor el otorgamiento de dote, ó la demanda de esponsales, y que el tercero y demas se adopten á sus consejos en las declaraciones periciales, elecciones de ayuntamiento y votaciones de diputados, su ambicion queda satisfecha por esta parte. En cambio pueden contar sin recelo con su proteccion para dictarles pedimentos, redactar acuerdos y asesorar en los casos dudosos: para esforzar el cobro de sus créditos reservándose la tercera parte por *décima y costas*.

De esta manera su posicion se va cimentando, y consigue en pocos años reunir un caudalejo mayor ó menor segun su habilidad en utilizar las ocasiones; pero siempre en buena moneda *usual y corriente*, y libre de toda *carga gravámen ó mala voz*. Entónces ya sus pretensiones mudan de rumbo: se queja de la escasez de negocios; los pocos que hay son criminales, de mucho trabajo y compromiso, pero de ningun producto; por tanto es preciso tratar de ascender, y si posible fuera pasar á la corte.

Esto exactamente sucedió con nuestro protagonista quien desde luego tropezó en el inconveniente de estar mandadas suprimir las vacantes que resultaron; mas votando diputado al primogénito de un rico ganadero, reciente doctor en derecho y acérrimo de la oposicion; pudo al cabo conseguir entrometerse en el *Ilustre Colegio* como *Notario del Reino* y *del número de esta muy heróica villa*. Despidióse de sus simpatías, y aunque á su parecer fue muy sentida su ausencia, nadie sin embargo suplicó que la dilatara.

Hoy ya le tenemos en Madrid donde los crecidos gastos de habilitacion, traslacion y establecimiento le han detenido por de pronto en un piso tercero de la izquierda y en una de sus calles de segundo órden. Pero el despacho á pesar de esto se halla montado al estilo de corte: la antigua gaveta y estampa de S. José con su marco de cinta azul y su media caña de cabos dorados han desaparecido de la estancia. En su lugar se han colocado el retrato de Isabel II y un espejo de tercia en cuadro que ocupan los dos frentes. Una docena de sillas de Vitoria, la mesa y tres rinconeras por haberse suprimido la del ángulo menos notable, completan el adorno de la habitacion. Hay ademas un sillon ambulante ó sea presidencial, monumento y recuerdo perpetuo de los conventos extinguidos. Aquel está destinado á la estatua animada de la fé que los cristianos conocemos despues de emancipados de la dominacion romana: y hé aquí por donde viene á apoyarse la fé humana sobre la fé divina, ó al menos sobre sus asientos, con mucha mas propiedad que por los singulares motivos que han alegado los Escribanos escritores.

Sobre todo, obsérvase desde un principio que ni los documentos, ni las diligencias, ni aun la correspondencia particular fueron ya de *su puño y letra*, sino que tiene un practicante, aprendiz ó escribiente como corresponde á su categoria, que *corre* con los negocios, salvas la revision y direccion propias del superior.

En aquel *sacró scrino* se encierra el buen muchacho desde las siete de la mañana, para trabajar despues de haberlo hecho durante toda la noche anterior, hasta las nueve poco mas ó menos, hora en que sale el dueño preguntando:

—Ola, Smplicio ¿se ha trabajado mucho?

—Así, asi, señor D. Judas. ¿Ha pasado V. bien la noche?

Esta cariñosa interrogacion suele pasar desapercibida por el Sr. D. Judas, quien responde secamente.

—Me alegro: y ahora ¿estás parado?

—Si señor, para preguntar á V. á cuantos estamos del mes.

—¿De qué se trata?

—Extendia una notificacion al reo: la providencia tiene ya fecha del quince; hace diez dias.

—Bueno. Estamos á..... diez y seis. No importa, en esta causa no hay embargo: otra cosa.

—Esta minuta del auto de ayer sobre el inquilinato de aquel de los embozos verdes.

—Es preciso rasgarla. Pon ahi; «no ha lugar» la fecha de ayer mismo.

—Pero, señor; si dice lo contrario.

—Calla y escribe; «no ha lugar.» Esto se llevará á la firma pasado mañana: si; en tres dias, añade á media voz, ya vacila la memoria. Luego prosiguo; ese caballerete ha preferido el dictámen del abogado al mio: pues bien, proceda ó no; yo le haré conocer que nunca me equivoco, que soy infalible.

Y tomando los expedientes D. Judas y colocándose así en el lugar de la Providencia, alarga ó cercena la vida de los séres subordinados, mientras el jóven Simplicio que es muy aplicado y celoso de su obligacion, anota en su cuaderno por abreviaturas los autos desconocidos, y con extension sin omitir una letra las doctrinas de su maestro. Antes alguna vez añade sus comentarios sobre los compromisos que pueden producir, ó los diferentes casos que pueden abrazar. Piensa revalidarse dentro de un año, y es necesario ir bien preparado en los rudimentos.

—¿Firma V. este definitivo de posesion á favor de D. Donato Sintasa?

—A ver, á ver, ¿pues que ya se acabó este pleito?... y hojeándolo atrás y adelante, continua: me alegro, es un buen amigo que nunca olvida las navidades y da que hacer. verdad es, añade dirigiendo una mirada significativa; que como apoderado nada posee suyo; pero en fin me ha hablado algunas veces de una escribania de plata, y todo ello es de agradecer... Ola, has hecho muy bien en no cerrar con la fecha.... Dos puntos... Ahora, «y se reserva..... »

—¡Pero sino dice mas el auto! Aquí está su...

—Silencio.

—Es que podria V. creer que un descuido.....

—No, ya sé que jamas te descuidas; ese es el mal. «Se reserva... al Prieto... su derecho, para que le ejercite en la *via, modo* y *forma* que viere convenirle.» Vé tú Simplicio como este asunto ya concluido, puede darte aun sendas travillas. Yo siempre me acuerdo del necesitado.

Claro es que esta filantrópica leccion, merece un lugar escogido y aun llamada en las apuntaciones del atento discípulo, quien no puede menos de admirar allí y propalar por todas partes la sagacidad, ciencia y compasivo celo de su principal.

Y no se limita á esto solo: entre los infelices encarcelados es donde halla ancho campo para desplegar su proteccion. No hay uno siquiera que por su consejo deje de hacer repetidas instancias solicitando la libertad; ninguno á quien no comprendan los indultos: ninguno en fin que no ensaye justas reclamaciones contra su juez: ¡es tan triste el cautiverio!.... Sin embargo su rectitud se ofenderia, si despues de pintarles la agradable idea de conseguir su intento y antes de que se arrojen á practicar los medios para ello, no les advirtiese que toda actuacion á *solicitud de parte, devenga derechos,* y ha de extenderse en papel de 40 maravedises.

—¿Y lo demás, Simplicio, está corriente?

—Si señor, y arreglado para marchar cuando V. quiera.

—Pues vamos, que ya es hora.

Diciendo y haciendo el Sr. D. Judas, toma el sombrero y se envuelve en su capa nueva, bien á despecho del satélite que murmura interiormente porque no le ofrece otra que le queda allí ociosa y sin destino. A falta de ella sube y estira el cuello de su levita, abrochando los botones del pecho que todavia lo permiten; cálase el sombrero y los guantes de estambre y colocando debajo del brazo izquierdo dos resmas de papel escrito, parte á carrera en seguimiento de su principal, que ya va doblando la esquina.

Bajo este sistema de *correr con los negocios* dirígense el Escribano y su educando hácia el tribunal en que sirven, donde se representa una escena muy diferente si bien calcada por el mismo modelo. Siempre la celeridad en las acciones, siempre la austeridad en el semblante y la circunspeccion en las palabras; pero allí es preciso disfrazar mucho mas las ideas. Y no se crea que por respeto: el juez es para nuestro Escribano como la aguja eléctrica, que si atrae sobre sí los rayos liberta del destrozo á quienes al lado se cobijan: como el arma de fuego, objeto de terror para quien la mira y de confianza para quien la tiene: es la linterna sorda con que se oculta deslumbrando las miradas de una curiosidad atrevida: la túnica ensangrentada que envia, cual otra Deyanira, para envenenar y desesperar á su salvo á los ingratos que le olvidan y no *pagan* sus beneficios. Así lo sabe bien y atento, sin descanso á su interés propio, se pliega y se violenta en su presencia para mas fácil y seguramente manejarle.

En efecto, él jamás se ve en compromiso; ¿quejarse un infeliz procesado de que no le cumplan promesas aseguradas? el juez es el engañador, el fementido: ¿se lamenta otro al ver como se pierde sin fruto la voz del sufrimiento? el juez es el injusto y cruel: ¿agravia la sentencia notoriamente á quien condena? el juez es el ignorante, el imbécil y el obstinado. Mas el infeliz actuario tiene la fatalidad de que siempre la esperanza se desvanezca despues de una benévola indicacion despreciada; el favor huya despues de una sugestion mal entendida, y castigue el agravio despues de un método recorrido sin constancia. Véase como el maligno vulgo murmura sin razonar, y como la funesta combinacion de circunstancias casuales, tuerce contra la honradez los tiros que provoca la malicia.

De poco sirve que en multiplicadas ocasiones haga conocer al ganancioso que el auto favorable es totalmente debido á la influencia escribanil; en vano que haga mérito del resultado feliz (acaso contra su intencion); en vano tambien que se descargue de las culpas con el pretexto de la obediencia: el mundo es necio; no sabe estimar tales razones, y en su concepto aunque la opinion de los jueces vacile, la reputacion del escribano nunca mejora. Este es un daño y de grave trascendencia, porque tal vez obstruye el paso á un sincero arrepentimiento: así lo reconoce D. Judas á cada paso exclamando con la mas buena fé «¿de qué sirve ser justo? las gentes siempre han de pensar mal»....

En cambio, y persuadido como manifiesta estarlo de la inutilidad de sus esfuerzos para bienquistarse con la opinion pública, los dirige á la privada del tribunal, y procura asegurar su apoyo. Pensando va en la entrevista durante su tránsito veloz, y ni apénas le dejan tiempo sus cavilaciones para responder á los corteses saludos que se le dirigen, «voy sumamente ocupado.» Y de cierto lo está, combinando la salida de las correcciones que se ha permitido hacer, si por acaso fueren advertidas.

Preciso es confesar que no se pierden sin fruto estos derechos, pues en el juzgado pasa por hombre asiduo y diligente, lleno de probidad, de inteligencia y atento en demasia. A tal grado se extiende el prestigio que á las veces es consultado su dictámen; pero su modestia jamás le permite indicarle sino *salvo el mejor parecer* de su señoria.

Por fin, él llega antes que ningun otro; y dejando en el recibimiento á su pupilo, entreabre cuidadosamente la mampara de la audiencia, y pregunta si puede pasar.

—Adelante: responde una voz oculta con tono magistral.

—A las órdenes de V. (porque á puerta cerrada se excusa el tratamiento). ¿Está V. ocupado?, ó quiere V. que despachemos?

—¿Hay mucho?

A esta expresiva interrogacion sale D. Judas con la velocidad de una saeta, como que es necesario aprovechar las coyunturas; toma de Simplicio el fajo de papeles, y vuelve á entrar diciendo:

—Nada mas que esto.

—Ea, pues, vamos. ¿Aguarda alguno?

—No sé; pero dos compañeros bajaban detras de mí. Por supuesto que no hay tal; mas la precipitacion interesa.

Con este eficaz aunque breve exordio empieza don Judas á dar cuenta alargando los procesos con la mano derecha y escamoteándolos con la izquierda; pero con una rapidez tan excesiva, que en la mayor parte de las rúbricas se corre el final del rasgo por no dar tiempo á levantar la pluma. A cada providencia acompaña vuelta del revés su borrador; aunque poco se arriesgaria en que fuera naturalmente colocado: hay sin embargo alguna que por si acaso no le lleva. Precede además á su presentacion, la explicacion sucinta del contenido.

—A instancia de D.ª Concepcion Bienvista, sobre estupro: confiriendo traslado á la contraria: D. Sandalio Berruga y D. Primo Miraflores; denegando la solicitud del segundo.

—¿Quién es este?

D. Judas frunce las cejas: es justamente el que no queria recordar hasta pasado mañana; sin embargo ha de responder.

—Ese petimetre que se niega á pagar los alquileres (ó su curador por él) so pretexto de haber obrado en la casa. Forma artículo de incontestacion por ser hijo de militar.

—Me parece, si mal no recuerdo, que mandé otra cosa.

—No señor; hablamos de ello: pero al fin se resolvió no haber lugar. ¿Estuvo V. anoche en el teatro?

—Si... A ver, el borron de este auto.

—Aquí le tiene... calla... pues no parece... se habrá traspapelado... pero estoy bien seguro. Supongo que sabrá V. el cambio que se trata de hacer en el ministerio.

—Si, lo he visto en los papeles. Pero hombre, estoy mirando que este auto...

—Señor, V. no se acuerda sin duda de la explicacion que dije haberme hecho el mismo interesado. Esto no es precisamente lo que parece; y por tanto corresponde aquí. Ah; me olvidaba decir... ¿Sabe usted que en aquella causa de los palos la Audiencia exige al Juzgado la responsabilidad?

A estas palabras el color del juez se altera; suelta la pluma en el tintero, y levanta del papel la vista para fijarla en su interlocutor.

—¿Qué me dice V.?... ¿Está V. loco?... Vamos, esto es cruel, insoportable.

—No quisiera equivocarme; pero... voy si V. quiere en un instante por el proceso.

—Bien, D. Judas, y vuelva V. pronto.

La chispa eléctrica no dá un resultado mas veloz: D. Judas por medio de un rápido giro y una corbeta, se halla ya fuera de la habitacion: mas contramarchando luego con el mismo afan, vuelve á entrar fingiendo no acordarse que lleva el sombrero en la cabeza.

—Digo, que si V. firmara eso, lo podia notificar de paso porque me coje en camino: tiene ya doce dias de retraso, y como el superior está tan exigente.... esto es, si á V. le parece.

—Si, si, tiene V. razon.

Parte D. Judas con el escabroso expediente, y el juez se queda diciendo allá en su interior: «no ten-



El Escribano.

go uno mas puntual ni mas celoso.» Pero la ausencia es corta, segun conviene á su acreditada presteza, el semblante risueño contra costumbre, y el aire satisfecho: ya queda el auto notificado; y en cuanto al compromiso fué en efecto una equivocacion, una lectura precipitada; y se limita todo á un simple mandato bajo la mas estrecha responsabilidad de quien lo haya de ejecutar. Como quiera, su cuidadosa atencion le vale agradecimiento, y aumenta su preponderancia para en adelante. Desvanecida la zozobra, continua el despacho hasta concluir.

—¿Tenemos hoy algo? pregunta la autoridad.

—La declaracion de esos testigos que se llamaron antes de ayer.

—Si han venido, que entren.

Aun no ha acabado de sonar la órden, y ya D. Judas ha derribado la silla y vertido la salvadera por salir cuanto antes: pregunta, grita, reconviene á todo

el mundo, y por último llega de nuevo con un aldeano que tiembla de piés á cabeza. Al entrar no se olvida la advertencia de «suelte V. el palo y que no se pase el tratamiento.» Todo esto aumenta la turbacion del sencillo jornalero que va por la vez primera á declarar *ante un juez*. En efecto, así lo cree en lo íntimo de su conciencia; así debe de ser, y así parece que se verifica recibiéndole aquel funcionario el juramento que le acaba de aterrar, y dirigiéndole en seguida varias preguntas: no recuerda muy bien á qué conciernen, porque no puede ser en el cúmulo de negocios que le rodean; pero sabe sí que las tiene escritas en las apuntaciones que D. Judas le acaba de poner delante. Por su parte el rústico ni entiende lo que le dicen, ni es capaz por entónces de ordenar sus ideas para responder: una sola le domina «que no se pase el tratamiento» y á ella reduce su atencion. Entre tanto D. Judas que ya profetizó al reo la deposicion de aquel testigo *citado*, va escribiendo en una mesa inferior el extracto de lo que dice, para traducirlo despues afuera, y extenderlo á lo que quiso *decir*.

En efecto, terminadas así las restantes indagaciones, sale nuestro Escribano á la pieza inmediata con los deponentes; y en ella con mas sosiego transcribe á los autos sus dichos. Mientras lo hace, y por no perder tiempo se encaja otro en el gabinete de Themis con su *lio* de expedientes y su manojo de enredos, y borra de la imaginacion judicial hasta el último recuerdo de cuanto acaba de oir.

—¿Con que V. ha dicho, pregunta D. Judas en la antesala, que á la hora en que se cometió el delito, estaba en la taberna?

—Yo, señor, no puedo afirmarlo, serian sobre las cuatro.

—No sale la cuenta, á ver, Simplicio, aguarda. Quiere decir que segun la estacion estaba la tarde al caer ¿no es esto?

—Aun quedaba buen rato de dia.

—Corriente; pero en aquella hora se empiezan á desuncir las yuntas el dia de labor.

—Segun y conforme, señor, yo sí porque trabajo muy largo de casa.

—Perfectamente: escribe, Simplicio, escribe: «á la hora en que se acostumbra desuncir.»

—Señor, yo solo; y eso porque estoy lejos.

—Eh, hombre, esas son circunstancias accidentales: *nullius momenti*, que decimos en el foro.

—Si será, señor, eso que V. dice.

—Abrevia, Simplicio, que el buen amigo tendrá que hacer. Y llevaba pantalon azul ¿es verdad?

—No puedo decirlo; si, repito que no se detuvo mas que un momento.

—Dale bola con la ambigüedad... Pero ¿no era dia de fiesta?

—Si, señor.

—¿No usa pantalon azul en tales dias?

—Si, señor.

—Pues claro está que le llevaria.

—Si, señor, si, le llevaria.

—Escribe, Simplicio: «con pantalon azul á su parecer» ¿es asi?

—Ya se ve que es lo regular.

—Concluye, Simplicio: «y en ella leida que le fué, se afirmó y ratificó, etc.»

—Se me figura que no ha puesto aquello de que entró descolorido y...

—Vaya, vaya, eso es *impertinente á la gestion*.

El pobre jornalero que oye lo de *impertinente*, se apresura á tomar su vara para marchar, pidiendo mil perdones; mas todavia es detenido por D. Judas que jamás omite requisito alguno, cuando cumple á su propósito.

—¿Sabe V. escribir?

—Pongo mi nombre muy mal, llevándome la mano.

—No importa, aguarde V. en aquel rincon.

Así van pasando sucesivamente los demás, que á su vez son detenidos para presentarse de nuevo al tribunal. Leidas allí las rectificadas declaraciones, se les pregunta con tono severo, si en ellas se afirman bajo la religion del juramento prestado: y cada cual dejando á un lado en su conciencia lo impertinente, contesta que sí, y lo autoriza tranquilo con su nombre y rúbrica. Firma tambien el juez, dá fé el escribano, y queda ya la declaracion con todo el carácter que se prometió la ley en el rigor de sus formalidades.

Hecho así, y precediendo una silenciosa reverencia, se retira D. Judas hasta el dia siguiente en que vuelva á repetir igual funcion. Retíranse tambien los tres llamados, conversando satisfechos del duro trance que vienen de apurar, como pudiera hacerlo el victorioso Horacio con sus capitanes, despues del famoso combate que decidió la suerte de Roma. Ellos tambien acaban de decidir la del encausado que instintivamente les citó, bajo la ciega confianza en su Dios tutelar. Por último han salido del aprieto; pero convienen todos en que el actuario es por extremo delicado en las indagaciones, y no deja circunstancia por escudriñar resuelven de comun acuerdo no acudir á otro, si necesario les fuese, y envidian no tenerle en su pueblo.

Al salir D. Judas descubren respetuosamente sus cabezas, y fijan en él sus sorprendidos ojos, contemplándole de hito en hito mientras pueden descubrirle. Aquel por su parte les contesta con un ligero movimiento de cabeza y con la diligencia acostumbrada, corre á dar una vuelta por la escribania.

¡La escribania!!... nombre fatídico y misterioso que mucho mas complicado que el enigma de Thebas, nadie acertó debidamente á descifrar. En aquel *estanco* de negocios, en aquel laberinto de las solicitudes, en aquel telar de providencias, almacen de justicia y sumidero de derechos, en aquella caverna de las inspiraciones, plantel de curiales y brocal del averno mismo, en aquel recinto oscuro y estrecho con sus murallas de legajos y sus parapetos de pergamino, se encierra nuestro Escribano á dar audiencia por pocos minutos.

Esta audiencia nada tiene de análogo con la imponente severidad de las que celebran los tribunales superiores, nada de comun con el frio sosiego de las ministeriales; en ella todo es actividad, movimiento y vida. Todos entran ó trabajan con el sombrero calado, preguntan sin saludar y la abandonan del mismo modo: nadie se mira y todos se observan; nada se investiga y todo se sabe. Al entrar D. Judas, no se nota la mas leve alteracion. En el banco de la izquierda prosiguen tranquilamente su diálogo los abonados á aquel asiento, litigantes de profesion que nunca dejan de pedir la formacion de *ramo separado* en sus pleitos, ni desperdician coyuntura de *incoar* otros de nuevo. Posible es que pierdan los bienes, la tranquilidad y aun el juicio, pero jamás que abandonen *su derecho*: este es el pasto de sus almas, el norte de sus deseos y la pauta de sus acciones. Para ellos cuanto pasa fuera de allí es indiferente, despreciable; y si de noche se reunen en el café, es sin mezcla de cuerpo extraño que interrumpa su perpétua conversacion de los propios litigios, y á falta suya de los agenos. Con semejante abstraccion de las cosas del mundo, fácil es comprender que jamás se sujetaron al imperio de la moda, y así cómodamente se distinguen por sus largas levitas de manga rizada, y sus mugrientos sombreros de cubilete, salva tal cual excepcion de calzon de charretera ó pantalon de travilla, segun los tiempos que alcanzó cada uno. En aquel banco se encuentra constantemente D. Donato el administrador.

A su frente los procuradores con sus plumas de

genso anotan la entrada y salida de los negocios y la constante merma de los bolsillos: la turba de querellosos ambulantes que salen y entran, haciendo tiempo á la llegada del principal, llenan el escaso ámbito de la pieza ó tienda, y forman el resto del cuadro. Al través de aquel tropel, y no sin trabajo, logra introducirse D. Judas hasta su trípode de baqueta, y en el instante se le agrupan en torno aquellas mal aconsejadas criaturas. Dirlase que despachaba billetes de teatros en dia de beneficio. Quien repite las preguntas sin obtener respuesta, quien regaña; este suspira, el otro, dándose mas importancia, le dice no sé que al oido, lo cierto de ello es que produce una sonrisa: D. Judas imperturbable en medio de la confusion y estruendo que ocasiona aquella continua agitacion, puede no obstante lo que se llama despachar.

Pero las grandes tormentas se desvanecen en breve; y asi calmado el primer furor y desahogada la escribanía de la muchedumbre, queda espacio para atender á los de casa.

A este tiempo afortunadamente, acierta á llegar un dia D. Primo Miraflores recogiendo su elegante capa verde, porque no la ensucie el polvo del pavimento.

—Mi curador me encarga que pase á informarme del estado de aquel asuntito sobre la casa.

—Justamente esta mañana se despachó.

—¿Y qué hay?

—Salió negado como yo presumia.

El lindo jóven patea y jura, sin observar que sus botas de charol se cubren de una densa nube; reniega del momento en que se vió precisado á habérselas con tales gentes, y protesta en fin que vá en seguida á consultar á su letrado.

—Hará V. muy bien; replica reposadamente don Judas; pero estos abogados de ayer, no siempre aciertan en sus dictámenes; les falta lo principal que es la práctica.

D. Primo que esperaba por única respuesta un guante de desafio, y desconoce por completo este modo de lidiar, decae instantáneamente de su furibundo ardor, cambia el concepto que tenia formado de su interlocutor, y le pregunta con interés que debe hacer y á quien puede acudir. La opinion de D. Judas es que se conforme con el proveido por no paralizar un negocio que le es favorable; y en cuanto al consultor, su delicadeza le impide dar consejo: pero cuida de añadir.—Ya se vé, no quieren Vds. hacer caso de lo que uno dice...

Entretanto su ojo observador no pierde un punto los del sencillo Miraflores que está muy próximo á arrojar en sus brazos el éxito de aquel asunto: pero un lance imprevisto lo impide por entónces, interrumpiendo el diálogo. D. Judas se ha quitado respetuosamente el sombrero para saludar á una desconocida que á lentos pasos se adelanta, oculto el rostro entre los pliegues de su primoroso velo. Lo natural en cualquier persona cuya espalda da á la puerta, es volverse á conocer la causa de tal movimiento; y lo natural en un muchacho despues de vista la misteriosa dama, acercarse afablemente para rastrear por lo menos los grados de su hermosura: mas no bien lo hizo así don Primo, cuando la belleza soltó un ¡ay! penetrante de sorpresa, y sujetando con ambas manos el velo y dando un paso atrás, vino á reclinarse en el banco mas próximo. Acudió D. Judas al socorro; y aun cuando en la escribania no hay agua, ni vinagre, ni otro específico alguno para ocurrir á semejantes casos, hállanse por ventura bien cerca tiendas de comestible, confiterías y hasta un café donde su galanteria pueda desplegarse. Pero nada de esto llega á ser necesario, porque la hermosa incógnita se levanta de nuevo por su pié, cortada desde un principio la afeccion nerviosa con la rápida desaparicion del jóven.

—Sosiéguese V., Señora, y tome asiento si gusta, le dice D. Donato recogiendo al mismo tiempo el faldon de su levita.

—Tantas gracias, caballero; no puedo detenerme, y voy á hacer una pregunta al Escribano si tiene V. la bondad de decirme quien lo es.

—Servidor de V.: responde D. Judas. La dama sin embargo no rompe el silencio ni hace otra cosa que mirar en derredor.

—¿Es secreta? vuelve á instar el notario; entónces puede V. pasar adelante.

Adelante en una escribania, no indica que haya una pieza destinada á las personas ó casos de distincion; sino solo que puede retirarse á alguno de sus ángulos harto cercanos, donde en voz baja y á manera de confesion, se explican las cosas reservadas.

—Usted no me conoce ¿es verdad?

—Unicamente para servirla.

—Gracias. Pues mi nombre excusará una relacion que me abochornaria demasiado. Yo me llamo Concepcion Bienvista, soltera; hija de un americano.....

—Señora mia; tanto bueno por aquí... tome V. una silla (y esto decia acercando la suya) vendrá V. á saber el estado de su querella..... ¡y es contra este muchacho!..... vaya vaya.....

—Nada de eso; para saber su estado mi agente bastaria. Vengo á consultar con V. qué podriamos hacer para obligarle al casamiento; porque segun tengo entendido, todo lo que por justicia puede conseguir es un castigo sino quiere aceptarle ó una dote; pero esta no me es necesaria, y aquel no me satisface. Mi honor está en descubierto; y ahora... Los sollozos no la permiten continuar; y alzando un poco el velo aplica á sus ojos un finísimo pañuelo de batista para ocultar sus lágrimas.

—¿Pero V. tiene pruebas ciertas?

—Tengo un niño ya crecidito que es el vivo retrato de su padre. No, no podrá negarlo.

—Pues entónces ¿cómo se resiste? Las familias tal vez.....

—Nó por cierto; ambos somos libres: el tiene un curador como V. sabrá, y yo un padre viudo que nada me niega, y le ofrece en dote todos sus bienes.

—La diferencia de clases.....

—Tampoco: pretextos frívolos.... celos.... es muy inconsecuente.

—¡Celos!... ¿y de quién?

—De un capitan de caballeria con quien tuve sencillas relaciones ántes de conocerle.

Una ráfaga de luz alumbra á D. Judas que pregunta con sorna.

—Diga V.: y el niño ¿tiene hermanos?

—Si señor; otros dos mayorcitos.

—Calla, calla: el negocio va presentando dificultad.

—No tal; si todo el mundo es testigo: él mismo diferentes veces ha confesado..... en fin; yo no soy para estas cosas; y crea V. que no me empeñaria en obligarle, sino fuera... pero ahora mismo señor; acabo de perder una excelente proporcion por la publicidad que tiene esto; y... vamos, las perderé todas..... es preciso.

—Bueno, bueno: dése V. una vueltecita mañana y pensaremos el modo de arreglarlo. Digo, y sino yo pasaré por casa; como V. guste.

—Como V. disponga; aqui están las señas de mi habitacion.

—Hasta mañana pues; eh, Simplicio, acompaña á esta señora.

D. Sandalio Berruga el casero y D. Arcadio Prieto, acuden tambien como otros muchos á asesorarse en la escribania; y cada cual escucha una opinion; sino siempre conforme á la suya, porque D. Judas es imparcial, al ménos consoladora: bien que ocasione *doble trabajo* á la curia solamente por servirle. Y no se sospeche que D. Judas trata de prolongar los expedien-

tes por miras siniestras; algunas veces y cuando las circunstancias lo exigen, aconseja de todas veras una transaccion amistosa. No ha mucho que lo hizo así con dos tenaces litigantes del banco izquierdo que se veian ya en el caso de hacer informacion de pobreza: y no solo les indicó por su propio interés que transigiesen, sino se brindó ademas á formalizar la escritura, que ya no podia ser muy costosa, haciéndoles observar que una persona tan bien iniciada en los antecedentes como él, podria combinarlo todo de manera que no hubiese lugar á nuevos disturbios.

Por fin la mañana concluye, la escribanía se cierra, Simplicio recoge la llave de la calle, y marchan á comer. Así han transcurrido los dias, los meses y los años desde tiempo inmemorial, sin alteracion ni aun en el local del despacho, se van sucediendo las personas como en un vínculo.

Seria demasiado prolijo el presentarle en todas las posiciones diversas á que su destino le conduce: en las subastas extendiendo proposiciones aparentes que no tienen otro objeto sino el hacer destilar gota á gota los fondos que cuidadosamente guarda y en vano economiza el verdadero postor: en los jurados, trastornando el sentido de las oraciones, desvirtuando la energía y aun la verdad de los periodos que le mandan copiar, con su eterno *acto continuo*, *la precitada frase*, el *susodicho* defensor, y demas fórmulas de estilo; á la cabecera de los moribundos agonizándoles sin descanso con el *pio legado* y *las mandas forzosas* que ha de dejar en su testamento, para catequizar despues al heredero por ley, *vendiéndole* la fineza de haberle procurado lo que no le pudo raer: en los embargos judiciales, haciendo *la traba* en el cazo y gorro de dormir, con la ordinaria protesta de *ampliarle* y *mejorarle* hasta la cantidad suficiente, luego que el avisado deudor haya extraido de su casa todo lo que merezca algun precio: y en fin en todas partes representando el primer papel, y dominando las voluntades de los demas con su incontrastable *doy fe*; sin que á nadie le haya ocurrido nunca hacerle la natural observacion de que á la primera vez que *la dió* se quedó para siempre sin ella.

Su mesa, sin ser opípara, pasa por una de las mejor servidas en la clase media á que pertenece. En efecto se dá buen trato en esta parte, y mas desdice si acaso por su vestido y traza que por sus privaciones en la gula. Por la tarde acostumbra dar un paseito acompañado de Simplicio ó de algun otro amigo, pero siempre en paraje solitario y distante. El Prado para él carece de atractivos; y en verdad ¿que va á hacer en el Prado? Su trage no es á propósito para llamar la atencion, ni la suya se fija mucho en los agenos: la elegante pesadez con que allí se pasea, no está en armonía con su carácter: la fatuidad que todo ello respira, no se aviene con la gravedad de su ministerio: solo un incentivo podria atraerle; el encanto de la hermosura: pero un Escribano enamorado seria la excepcion mas sorprendente que se pudiera idear. En esta materia como en todas, la fria razon preside á sus cálculos, y el hábito constante de apagar sus impresiones, acaba por extinguirlas. Nada hay pues en el Prado que convide á D. Judas, si no es que vaya alguna noche en el estío, á respirar la frescura de los árboles y tomar un esponjado con su cuartillo de agua bien medido en los puestos que le adornan.

Las primeras horas de la noche se consumen en algun café que no sea de *tono*, y el resto de ella en arreglar trabajo para el dia siguiente. En general la vida de corte le ofrece poca distraccion, y le parece insípida en sus diversiones y repugnante en sus planes: á nada aspira satisfecho con su estado, y á nada se aficiona en la aridez de sus costumbres.

Hasta la devocion, como resorte inútil en la capital, se ha ido disminuyendo gradualmente; y ya la reduce á oir misa los dias de precepto cuando sus quehaceres se lo permiten. Pero en cambio no descuida el inscribir su nombre en cuantas sociedades filantrópicas se hallan establecidas. Este sistema le proporciona relaciones y prestigio, que han sido siempre los grandes objetos de su desvelo; y para alcanzarlos no desdeña el figurar como modesto contribuyente á S. Bernardino de una peseta mensual.

La última vez que le vi fue en aquel asilo de beneficencia, recorriendo sus galerías y enterándose de su régimen interior. Me dijo que se habia casado con la hija de un americano viudo, compadecido de sus desgracias; porque él no se cuidaba de las preocupaciones del vulgo. Pedíle las señas de su habitacion, y me dió las del cuarto mismo en que vivia, pero con el agregado de casa propia. Ya mi natural curiosidad iba á sondear la explicacion de tantas novedades, cuando un extrepitoso ruido de voces llamó nuestra atencion hácia el patio de entrada; y dirigiéndonos á él acertamos á distinguir hasta cuatro dependientes del establecimiento que altercaban con calor. Era el uno jóven, de gallarda presencia, y sus modales desembarazados descubrian una esmerada educacion: los otros tres de edad media, le sostenian la disputa.

—Repito, decia el jóven cuando á cierta distancia llegamos á oirle, que si vuelven ustedes á usar la palabra de infamia, les he de arrancar la lengua que la pronuncie.

Confieso que me interesó su gentileza, y acercándome á donde estaban quise indagar el orígen de aquel acceso de cólera. Mas ¿cual fue mi sorpresa al reconocer entre ellos á D. Donato Sintasic? híceme el desentendido por no aumentar su confusion; y el mas anciano me respondió.

—Yo lo diré brevemente. Hace poco que estamos en esta casa nos encontramos hoy por la primera vez. Yo me llamo Arcadio Prieto: nada tenia que ver con el señor; pero sobre un asunto de una novia, me buscó para fiador suyo proponiéndome ventajas en el negocio. Ventajas han sido, que yo he tenido que pagar una pingüe dote (por cierto que se la ha llevado el mismo que medió entre nosotros), y entre ella, y un pleito que sostuve con este otro de mi derecha; me han arruinado hasta ponerme en el punto que V. me ve.

—La tenacidad de V., repuso vivamente el aludido, me ha costado mi fortuna y acabará con mi vida; pero voto á tal que no lo he de pagar solo.

—Harto mas motivo tengo yo, exclamó el tercero, que he perdido mi casa por reclamar sus alquileres.

—Yo los negaba con justicia, interrumpió el jóven, al ménos así me lo decia el *Escribano*.

No es posible describir el tropel de gritos, la multitud de imprecaciones que se levantaron al oir este nombre, asaltábanse los unos á los otros, y pugnaban por sobrepujar en energía. Todo eran voces, confusion y desconsierto: el nombre de D. Judas andaba en sus bocas como la pelota en manos de jugadores; si mal parada le enviaba el uno, peor trecho le devolvian los demas; hasta que por fortuna llegó el director y restableció el órden tan deseado de mi pobre cabeza que ya no podia soportar el ruido, sacándome al propio tiempo de la embarazosa posicion que me procuré yo mismo. Quise buscar á mi compañero, mas habia desaparecido, corrí á encontrarle y al fin le alcancé junto á la puerta de Madrid, cuando mohino y taciturno se dirigia hácia ella para ganar su casa por el camino mas breve, y dándole unos golpecitos en el hombro, le dije:

—Que tal, amigo mio, la trompa de la fama lleva el nombre de V. hasta los lugares mas recónditos y olvidados de la tierra.

—Que quiere V.; me dijo alargando el paso; ese es el modo de agradecer el bien que les dispenso. Yo no tengo culpa en sus cuitas: *el brazo de la justicia á*

todos les hace iguales. Y esto añadió frotándose por rara coincidencia un poco de yeso en la manga de su levita. Su accion y su respuesta trajeron; sin querer, á mis lábios aquella tan sabida y discreta redondilla.

El Señor Don Juan de Robres, etc.

Bonifacio Gomez.

EL SACRISTAN.

Dice la fábula, que Proteo era un buen Sr., hijo natural y legítimo de D. Océano y de la Sra. Tetis, el cual tenia el privilegio, atributo ó cosa tal, de mudar de formas segun se le antojaba. Yo digo que el buen Proteo era un niño de teta en eso de cambiar de formas y mudar de oficios, respecto del Sacristan español. A la verdad, de Proteo no se sabe á punto fijo que se trasformase en otra cosa que en arroyo y en culebron, aunque autores muy graves afirman que tambien sabia hacer el oso, al paso que el Sacristan español se trasforma todos los dias de mil modos, y se nos presenta, segun es la urgencia, bajo las formas de organista, maestro de niños, fiel de fechos, *almotacen* ó vendedor de pesos y medidas, muñidor de cofradías, estanquero, memorialista práctico y mayordomo del duque, en los pueblos de señorío. Hay ademas otras mil y mil circunstancias aun mas eventuales, que varian este tipo hasta lo infinito, viniendo de este modo el Sacristan á ser una especie de *omnibus*, como si dijéramos, el *hombre universal* de su pueblo.

Reuniendo, pues, del mejor modo posible tan diferentes atribuciones y tan inconexos oficios, podremos considerar al Sacristan bajo tres aspectos; á saber: sagrado, artístico-literario, y administrativo. Si á fuer de rancios peripatéticos quisiéramos dividir y subdividir, pudiéramos formar otras muchas fracciones, segun son las diferentes formas bajo las cuales se tergiversa y se nos escurre de las manos este moderno *proteo español*.

I.

La iglesia de Dios, decian los antiguos, va siempre por delante. No seré yo por cierto quien se aparte de esta antigua fórmula y por ende pláceme considerar al Sacristan bajo su aspecto sagrado y semi-eclesiástico. Bien mirado este asunto, el Sacristan es el eslabon ó punto de contacto que une el estado eclesiástico al seglar, y lo sagrado con lo profano; asi como el orang-outan es el intermedio del cuadrúpedo *al bípedo desplumado*, vera-efigies de un español, como si dijéramos el gallo de Morón sin plumas y cacareando.

En otros tiempos el Sacristan era un compuesto de hombre y de sotana con mangas, y como tal un papel obligado en sainetes y tonadillas. No ha muchos años que á nuestro deseado monarca se le caia la baba al ver los sainetes *del santo y del soldado exorcista*, y el público se repartia á pescozones los billetes de teatro, para tener por centésima vez el gusto de oir aquellas manoseadas coplas en boca de un sacristan.

De profundis clamavi son mis intentos
y de *requiem æternam* mis pensamientos.

Pero no es enteramente cierto que el Sacristan gaste siempre sotana. En muchas partes se contenta con el sobrepelliz ó roquete *en pelo,* si es que la chaqueta lo tiene, pues por lo que hace á la sotana por sabido se calla, que siempre es calva. En tal caso el Sacristan sin sotana tiene una magnífica ocasion de lucir sus pantalones y hasta los puntos corridos de las medias, si es que la renta alcanza para comprar esta prenda de su equipo, ó no ha tenido la precaucion de darse tinta en los parages *iluminados*.

Tampoco el bonete es prenda de absoluta necesidad para el Sacristan, pero cuando se decide á llevarle es de una forma tan ambigua y con los picos tan aplastados que parece gorro griego ó casquete de ajusticiado. Lo mas comun es que no gaste bonete, y de este modo se ahorra la molestia de quitárselo en la iglesia á cada paso, para hacer á los santos los saludos de ordenanza. Bien es verdad, que en esta parte el respeto del Sacristan por las cosas de iglesia es proverbial. Acostumbrado á sacudir el polvo de los retablos, encaramárse sobre los altares para colocar las velas y *vestir imágenes*, (privilegio exclusivo de sacristanes y solteronas) llega á familiarizarse con los objetos del culto, hasta el punto de identificarse con ellos y hacer vida comun. Su chaqueta está forrada de túnicas de santos y mantos de virgen, algo mas suaves por cierto, que los carteles de teatro, con que forraba sus ropas el có-



El Sacristan.

mico Melchor Zapata. A veces tambien remienda sus camisas con lo que sobró del alba nueva, pero en cambio no tendrá inconveniente en un caso de apuro, de remendar un alba casi nueva con un pedazo de su camisa vieja y todo queda compensado. Esto proviene de una especie de contrato de los que llaman los juristas *inominados*, porque si bien los santos prestan al Sacristan sus túnicas (como prestó Apolo la suya de pedrería al emperador Calígula), en cambio el Sacristan presta á los santos servicios de policía y seguridad, y si es necesario les da animacion y vida, aun cuando para ello haya de reproducir los oráculos de Serápis, ó escenas *de Cabeza Encantada*.

Todo esto contribuye á estrechar mas y mas su familiaridad, de modo que al salir de la sacristía con el gorro calado hasta las orejas, las mangas del sobrepelliz echadas hácia atrás, como las alas de un génio, ó la cola de un cometa, y llevando en una mano el apagador y en la otra el hisopo y la caldereta, emblemas de su dignidad, ni dobla la rodilla al pasar frente al sagrario, ni inclina la cabeza ante el crucifijo mas devoto.

Otro de los puntos de vista mas curiosos que ofrece el Sacristan son su canto y sus gorgoritos; así cómo por el sistema económico, que usa con la lámpara se le llama *chupalámparas*, y por su comercio de cera *rascacirios*, así tambien por sus gorgeos el Sacristan es llamado por antonomasia *gori-gori*. A la verdad es cosa de alabar á Dios oirle como estropea la lengua de Horacio y del misal romano. Unas veces acuchilla la prosodia, y al entonar el introito, que dice *cógito videre*, dice con mucha gracia *cojito*, á riesgo de tener un lance pesado con algun cojo espadachin: otras veces junta las palabras y donde dice *lava, riga*, entona todo junto la barriga, escandalizando á toda la iglesia y asustando á las recien casadas. Si fuéramos á referir todos los *quid-pro-quos* de este género y todas las heregias que por este mismo estilo se le escapan diariamente á un Sacristan seria cosa de no acabar.

Pero aun es mas original el modo que tiene de cantar el Gregoriano.

Id sino á misa mayor, principalmente en aquellos pueblos donde componen la gente de iglesia el cura y el Sacristan. Este no abandona la sacristía hasta que el señor cura se halla revestido, y éntonces sale frotándose las manos rápidamente y repartiendo cabezadas y cortesías al alcalde y á la alcaldesa, al mayordomo de fábrica y á la *mayordomesa*. Si el cura es vivo de genio entona el *asperges* ántes que el Sacristan se haya encaramado al coro, pero este sin detenerse responde desde la escalera el dómine *guisopo*, y si esta es interior, viene á causar sobre poco mas ó menos el efecto que un coro subterráneo en una ópera seria.

Sigue el Sacristan impávido en su canto, suceda lo que quiera, pues todo se reduce á ingerir por via de recitado y sin perder compas algunas advertencias redactadas en pequeñas cláusulas expresadas con una rapidez y volubilidad que le son peculiares. Si al monago, por ejemplo, se le cae una ascua del incensario, el Sacristan sin interrumpir el *Gloria in excelsis*, se lo advierte á voces desde el coro en esta forma:

—¡Recoge esa ascua, bárbaro!...
Lau... dam's te.
—¡Maldito, que se quema la alfombra!
Bene... dici... mus-te.
—¡Yo te aseguro que en bajando!...
Gracias agimus tibi.

Llega por fin el momento de la epístola, que pertenece al Sacristan, de rigor, cuando la misa no es de *tres en ringla*. Aquel momento es delicioso para el Sacristan: deja el órgano, se asoma á la barandilla del coro, y lanza una mirada escrutadora sobre todo el concurso, *que tiene á sus piés*. A veces la mirada escrutadora de que vamos hablando contiene revelaciones interesantes para el Sacristan, que por supuesto está al corriente de toda la chismografía de la parroquia: á veces tambien estas revelaciones no suelen ser muy satisfactorias. Al hojear, v. g., la epístola de una vírgen y mártir, observa que el alguacil está haciendo muecas con mucha devocion á la vizca su vecina, la cual tiene empeñada al Sacristan la cuarta parte, nada mas, de una palabra de casamiento. Al mismo tiempo la presunta novia mira hácia el altar, pero el Sacristan que conoce muy bien las miradas de las bizcondesas, se penetra al punto de que no es al altar lo que realmente mira, sino mas bien la esquina del banco de la justicia. Abrasado de celos ni aun encuentra la epístola, pero como sabe su principio entona con voz temblorosa y campanuda el consabido *¿mulierem fortem quis inveniet?* y sigue repitiendo lo mismo entre dientes y en tono epistólico. En esto el alguacil tose la bizca responde con un estornudo violento, el cura dice por lo bajo *Dominus vobiscum*, Dios os tenga de su mano, (traduccion libre) y el Sacristan no pudiendo ya sufrir mas, cierra el libro de un golpetazo y concluye en el mismo tono con voz sepulcral, *¡ego mulierem fortem non invenio!*

Este canto del Sacristan nos conduce por la mano á juzgarle bajo su aspecto artístico, si es que ya no estamos en él, prescindiendo de otras cosas, que tocan y atañen al Sacristan, para considerar mejor las cosas que el Sacristan toca y atañe.

II.

De músicos, poetas, pintores y locos, dice el refran, que todos tenemos un poco: si esto es cierto todos tenemos algo de artistas. Para mí este refran es una verdad como un templo, aun prescindiendo del dictámen de los que llaman á los refranes *evangélios chicos*. ¿Quién hay que no sepa echar una bomba, (no de las que aplastan) disfrazada en décima, ó redondilla al fin de un convite de boda ó cumpleaños? ¿quién será el que no sepa pintar un soldado *de carbon*, en la pared de un cuerpo de guardia, ó las narices del profesor en el encerado del aula? ¡pues aquí de los pintores! De música no se hable: en cogiendo una guitarra, á poco que Dios asista, cada hijo de vecino es un trovador.

Pero por lo que hace al Sacristan es indudable que tiene los tres elementos de la locura (con perdon sea dicho) algo mas desarrollados que el resto de los profanos, es decir, que los no iniciados en los misterios artísticos. Por de contado es músico (de eso cabalmente estábamos hablando) y no como quiera sino vocal é instrumental: digo mas, que la música *es su fuerte*. Tiene visos de compositor y maestro de capilla, arregla *ave-marias* y *gloria-patris* á duo y á coro para el rosario, dirige sus ensayos y preside á su ejecucion. Para ello tiene á sus órdenes dos chicos de la escuela, á quienes gratifica con algunas cortaduras de hostia, y para los bajos engancha dos ó tres ecos. Desígnase con este nombre á los aficionados al canto llano, que en algunos pueblos acompañan al Sacristan en la salmodia, haciendo de capiscoles ó sochantres. Pero como por lo comun aquellos becerros no saben leer de corrido, ni menos en latin, se contentan con repetir la última sílaba; de modo que cuando el Sacristan al principio del Credo arroja con todo el vigor de su pulmon el *patrem omnipotentem*, ellos zumban por lo bajo *tente*. De este modo vienen á ser unos verdaderos *orechiantes*.

El Sacristan es ademas músico de viento, porque el órgano, ya ve V... y tambien de cuerda, porque las campanas se tocan con ella.

El modo de tocar el órgano es original en muchos de los sacristanes: algunos de ellos no parece sino que aprendieron por ciencia infusa, sin necesidad de maestro, segun es la melodía de su incomprensible contrapunto. En tales iglesias no debe haber ratones, pues huirán de tan estrepitosa armonía. Por lo que hace al órgano suele reducirse su mecanismo á un armatoste de pino sin pintar, con unos embudos á manera de trompetas (ó trompetas á manera de embudos) cuyos bajos semejantes á los de la guitarra del P. Isla, suenan *piton*, *piton*, y los agudos *cuerni-cuerni gay*. El Sacristan suele echar al órgano la culpa y este en cambio parece que se venga del artista despidiendo unos gemidos acatarrados, que dan idea de lo que pudo ser el concierto de los gatos que enseñaba el italiano. Para evitar esto el Sacristan suelta con frecuen-

cia toda la lengüetería, que no solamente llena sino que repleta el ámbito de la iglesia, verificándose aquel latin macarrónico: *quod déficit in scientia suplētur in trompetis.*

Por desgracia el patriotismo ha metido las narices hasta en las sacristías, lo cual hace temer que el tipo sacristanesco vaya bastardeándose. En algunas partes el cura, que está diciendo misa en ayunas, por razones de disciplina y de alta economía, tiene al ofertorio el gusto de ser obsequiado por su Sacristan, con un *pot-purri* de patrióticas al órgano, y el *trágala* por añadidura. De modo que el pobre cura que apénas tiene, no digo para tragar, sino simplemente para comer, se ve precisado á escuchar aquel sonsonete, tan agradable para él, como los chirridos de una lima que adelgaza los dientes de la sierra.

Réstanos considerar al Sacristan como músico de cuerda. ¿Pues qué no hay sino tocar las campanas de cualquier modo, á guisa de somaten? Nada de eso: el Sacristan se muestra en esta parte rígido observador del método tradicional, que siendo monago aprendió de su predecesor. Con mas facilidad abdicará quizá el órgano, que las campanas en manos inexpertas. Una imprevision de esta clase puede comprometer la tranquilidad de un pueblo, haciendo correr para apagar el fuego en lugar de venir para acompañar el viático.

Aun cuando el Sacristan español no sea un *Quasimodo*, en eso de tocar las campanas; ni la gravedad del pais le permita improvisar contradanzas ni rigodones en las altas regiones de la iglesia, (literalmente el campanario) como hacen los campaneros de Bélgica y otros paises, siempre necesita tener alguna práctica para atemperarse á las circunstancias. Esta diferencia se echa de ver principalmente entre el funeral aristocrático y el entierro de *gori-gori*. En el primer caso, el muerto tiene el gusto (á pesar de lo serio que suele estar) de ser obsequiado con un clamor magestuoso y pausado, que entre una campanada y otra da tiempo para mojar la palabra: pero en el segundo apénas logra el difunto una especie de *tin-tán, tin-tán*, presuroso como un alegro y semejante al fuego de guerrilla de una mitad de cazadores. ¡Ni aun los muertos logran igualdad ante el Sacristan!

En las grandes festividades permite subir á la torre á todos los chicos del barrio para que diviertan á la vecindad echando las campanas á vuelo. Este no tiene mas inconveniente sino que á veces los improvisados campaneros suelen remedar el final del *vuelo de Icaro*, yendo á parar ya que no al Archipiélago cuando ménos al tejado de la casa de enfrente.

Pero el Sacristan no es solamente artista por lo que hace á la música, sino que lo es tambien por lo que tiene de pintor. El es quien pinta el rodapié de la iglesia con cal y carbon de sarmiento molido, y si algun niño Jesus está bajito de color le da en los carrillos un poco de minio ú bermellon. Retoca los bigotes á los judíos del monumento, restaura los cuadros de la iglesia poniéndoles por detras parchazos de papel con engrudo, y con figurin ó sin el, será capaz de vestir á las tres Marías de beatas y al Cirineo con zaragüelles de papel.

III.

Con las bellas artes van intimamente enlazadas las bellas letras, de lo cual podríamos alegar muchas pruebas, sino bastara el susodicho refran, que pone á los poetas entre los músicos y pintores, y un poco antes de llegar á la casa de locos. Aun con todo algunos llamaron á la poesía *divina locura* y puede que sea cierto, segun que muchos poetas ven visiones.

En vista de esto no parecia regular que la divina Providencia dejase al Sacristan desprovisto de tan interesante ramo de conocimientos. Así es que el Sacristan por lo comun es poeta y no como quiera sino improvisador. Obligado á intervenir en compañía del cura en casi todos los actos mas solemnes de la vida, haria seguramente en ellos un papel harto triste, si careciese de tan brillante requisito. En tales ocasiones, principalmente en comidas y refrescos (de lo tinto) con motivo de bodas y bateos, es cuando el Sacristan despliega de lleno su talento y se deja llevar de su astro poético. Háganle enhorabuena los convidados blanco de su buen humor y de sus pullas, díganle, si se quiere, que ha estado purgándose por espacio de siete dias para prepararse al banquete nupcial, él sigue impávido en su destrozo hasta poner su plato como boquete de cueva de zorra. A un mismo tiempo encuentra palabras para responder á todos, y bocados para ocupar su dentadura, y de este modo las palabras tropiezan con los bocados y los bocados unos con otros. Si esta no es prueba de ser poeta venga Dios y véalo. Pero cual si este furor gastronómico no bastara para manifestar que arde en su pecho *el divino fuego de los vates*, él mismo se encarga de sacarnos de esta duda aceptando poéticamente los brindis que se le dirigen.

Bomba, bomba repite el numeroso
concurso, y cuatro décimas vomita
con pié forzado el bacanal furioso

Porque cada bomba le vale un *trinquis*, y el Sacristan á fuerza de improvisar, hace que estos se sucedan unos á otros con intérvalo de cinco minutos.

La materia de gozos y villancicos es propia y peculiar del Sacristan y en ellos se ve campear la poesía en todo su vigor natural, sin reglas ni trabas como debió ser allá en tiempo del romántico Tersites. No, sino andaros con escrúpulos de monja y repulgos de empanada. Por la muestra se conoce el paño: salga pues, á lucirlo aquí el Sacristan de *Garganta-la olla* con los gozos del santo de su parroquia.

Glorioso S. Martin,
catecúmeno soberano,
todos las gracias te damos
por tan grandes beneficios.
Las aguas parece cesan
á tu amparo paternal.
Estribillo. *Porque fuisteis concebida*
sin pecado original.

En los pueblos donde el Sacristan reune á los demas cargos el de maestro de escuela (sigue el aspecto literario) su ocupacion es mucho mas complicada. Ya que tiene que asistir á la misa mayor, por no abandonar la escuela entretanto, se encamina á la iglesia con los chicos, que llevan delante una cruz con el Cristo de los doctrinos, y van entonando saetillas ó la prosa rimada del P. Ripalda. Luego que entran en la iglesia tiene buen cuidado de ponerlos en el sitio acostumbrado y á distancias regulares para que no se empujen y caigan unos sobre otros como soldados de plomo.

Pero esto mas bien que al Sacristan pertenece ya al maestro de primeras letras.

IV.

Los empleos del Sacristan referidos hasta el presente tienen alguna relacion entre sí, ¿pero qué tiene que ver nuestro Proteo con la administracion pública? ¿Cuál es el punto de contacto entre la sacristía y la oficina?

Y con todo es indudable que el Sacristan es en el dia una de las personas influyentes en la administracion. En los pueblos pequeños donde carecen de escribano, el Sacristan es el representante de la fé pú-

blica y desempeña el cargo de fiel de fechos. Como tal autoriza los actos de justicia, es corresponsal obligado de las autoridades de la provincia, suscritor involuntario del Boletin oficial, á expensas del pueblo, y refrendador de pasaportes. Bien que en esto último comparte el destino con el mozo de paja y cebada del meson, á no ser que el viajero les ahorre la molestia al uno y al otro refrendándoselo él mismo.

Este empleo de fiel de fechos tiene sus ventajas y tambien sus percances, y es muy probable que preponderen estos últimos. Llega, por ejemplo, un cabo de escuadra destacado á un pueblo con cuatro soldados, para que convierta la torre de la iglesia en atalaya, ciudadela ó cosa que lo valga. Se le antoja al cabo, en virtud de sus imprescriptibles derechos, tener noticias exactas acerca de los latro-facciosos que recorren el pais: en tal caso dirige una circular á los pueblos de las inmediaciones mandando que le den cada cuarto de hora parte de lo que ocurra, pues de lo contrario fusilará al alcalde y al escribano, *por la esparda*, y al cura por respeto á su dignidad se contentará con suspenderlo por el pezcuezo del badajo de la campana. En este caso el fiel de fechos tiene el honor, el placer y la satisfaccion de ser fusilado en lugar del escribano. Esto es percance, al menos por tal le tengo.

Otras veces al dar cuentas omite poner como documento justificativo el recibo de suscricion al Boletin, y á vuelta de correo la Diputacion provincial, rígida observadora de la ley, le devuelve las cuentas con multa y apercibimiento. Tambien esto es percance.

Pero en cambio de este y otros muchos, que seria prolijo enumerar, tiene tambien la ventaja de poder ejercitar con mas frecuencia su mision de memorialista práctico. A la verdad, todos los cargos de maestro de escuela, fiel de fechos, administrador del duque, idem de la fábrica de la iglesia, estanco y estafeta, pueden muy bien ser desempeñados por personas que no sean el Sacristan, pero por lo que hace al empleo de memorialista, dificilmente se podrá desempeñar por otra persona mas á propósito que por el Sacristan mismo. Es el caso que el memorialista es una especie de confesor lego, y él mismo no deja de advertirlo así á los que vienen á valerse de su auxilio, si andan algo rehacios en declarar la culpa.—Mi pecho, les dice, es un pozo sin suelo, donde V. arroja su secreto, un cofre con siete candados (alusion al libro del *Apocalipsis*), de los cuales V. solo tiene la llave: haga V. cuenta *que se está confesando*.—Ahora bien, el Sacristan es, como digimos al principio, un medio entre lo sagrado y lo profano, entre sacerdote y lego, y por consiguiente el mas á propósito para este cargo semi-confesional.

Los que tienen bastante práctica en los asuntos de vicaría y poseen un tacto delicado en materia de memoriales, olfatean á la legua los que son de sacristan. Uno de sus distintivos peculiares ó señales característicos es el mezclar palabras de la misa, textos de escritura y latinajos, vengan ó no á pelo, como tambien el ser muy breves en el fondo del memorial y acumular en la súplica á fuerza de gerundios todas las razones que antes omitieron. La conjuncion *empero* al principio de los párrafos es muy usada de los sacristanes.

El memorial mas raro que haya salido de manos de Sacristan, es el redactado por el célebre de *Apatuea*, del cual dicen los libros viejos entre otras lindezas, que tocaba á las oraciones con tanta pausa que tenia á los fieles por espacio de un cuarto de hora *des-aperuzados*. Este tal presentó á un obispo cuando vino de visita al pueblo un memorial á nombre de dos viejas samaritanas que habian dado su carne al diablo, y guardaban para Dios el hueso: el cura anterior por mantenerlas en su buen propósito les habia señalado una pequeña pension, pero el sucesor se negó á continuar aquel dispendio. En vista de esto el Sacristan les redactó el memorial en estos términos.

Illmo. Sr.
El cura anterior era un *agnus Dei*,
pero este otro es un *qui tollis*,
y pues no valemos para *peccata mundi*
miserere nobis.

V.

Réstanos solamente considerar al Sacristan como particular ó padre de familia, aunque bajo este aspecto no es mas que un ciudadano como otro cualquiera. Pero como el carácter y la ocupacion rara vez dejan de influir hasta en las acciones mas indiferentes de la vida, de ahí es que el Sacristan en muchas de las escenas de su vida privada descubre su carácter, ó hablando en lenguage figurado, enseña por debajo de la capa su raida sotana. Así es que en su conversacion con frecuencia interpola alguna frase del misal romano. Si la mujer es despilfarradora la reprende con las palabras de la colecta *conservar el dineri* (*conservare digneris*) y si los chichos asaltan los perales de su huertecillo les acusa de pecado mortal, porque dice el himno de vísperas, *quiten peras raras veces* (*qui temperas rerum vices*).

Por una razon contraria en los actos religiosos le acosa el prurito de injerir sus cláusulas legas. Si reza, por ejemplo, el rosario en ocasion en que su hijo aun no há regresado á casa desde que salió á dar el toque de ánimas y *perdidos*, se interrumpe á cada ave-maria para hacer alguna reflexion sobre esta ausencia.—¡Paca!... bendita tu eres, ¿donde estará ese demonio de chico?... entre todas las mujeres, etc. Otras veces pregunta por la cena á tiempo que la mujer rezando el padre-nuestro dice con todas las veras de su corazon, perdónanos, Señor, nuestras deudas... Porque es de notar que el Sacristan padece bastante de achaque de deudas, lo cual ha dado lugar al refran, que dice:

Los bienes del Sacristan
cantando se vienen, y cantando se van.

Por lo comun todos los oficios y transformaciones de nuestro Proteo español, apénas le dan lo suficiente para sostener una familia mas numerosa, si cabe que la del rey Priamo.

Pero ya es tiempo que dejemos descansar al Sacristan, y formar los mas sinceros votos, porque tarde muchos y largos años *en tener que hacer con nosotros*, y obsequiarnos con su melodioso *gori-gori*, que Dios dilate y los médicos no aceleren.

¡Amen! que es palabra de Sacristan.

VICENTE DE LA PUENTE.

LA SANTURRONA.

Si alguno de esos escritores graves á medias y filósofos de los piés á la cabeza, estuviese encargado de bosquejar este tipo, empezaria diciendo: que la educacion era la madre de las costumbres y no se olvidaria de añadir que las inclinaciones eran nietas de aquella respetable señora. De distinto modo que este padre-santo moderno desempeñaria su comision, otro escritor, grave tambien, pero discipulo por desgracia añadidura del doctor Gall. De esos que arreglan los cráneos á rigorosa escala y pasan su vida buscando protuberancias en forma de instintos ó vice-versa, ni mas ni menos que si anduviesen calando melones y calabazas. Para esta clase de sábios Labateres, toda edu-

cacion es inútil, apoyándose en aquello de que, la madera que nace para cuñas no admite pulimento. No faltarian tampoco escritorzuelos festivos que creyendo á las Santurronas antes jubilados por Terpsícore, las clasificaseu segun las gracias de menos ó las deformidades de mas; subdividiéndolas en *feas, semifeas* y *asi-asi*. Pero nosotros que no somos graves ni festivos, ni filósofos, ni mucho menos frenólogos, guardamos silencio sobre este punto, porque el caso era empezar este artículo y ya... Los lectores que hayan llegado hasta aquí, letra por letra como Dios manda y en las escuelas se enseña, podrán decir, si dado que esto no sea exordio legítimo, no ocupa por lo menos el lugar de tal.

Resta únicamente, y así conviene á nuestra natural franqueza y buena fe, dar un silvido-señal para que como telon de embocadura de este artículo aparten las Santurronas el velo de sus rostros, y alzen los ojos para mirarnos frente á frente sin ningun género de hipocresia; cuanto mas claros mas amigos. Y aunque beata sin velo y sin miradas rastreras, no deja de ser un fenómeno mas que mediano, por hoy es preciso que asi suceda; y para la necesidad no hay leyes, cuanto mas que nosotros somos muy ligeros en estas investigaciones, y antes que los lectores se aperciban del compungido semblante que se ocultaba tras de la mantilla, ya habremos pasado una revista escrupulosa á todos los actos semi-mongiles de la vida santurrónica. Tenemos la diabólica intencion de asistir á su exámen de conciencia, y acompañarlas de iglesia en iglesia, para encenderlas la vela en las procesiones y apagarsela luego en las sacristias. Esto no quiere decir que las abandonemos en sus vigilias y privaciones, estamos resueltos á todo, y aunque no creemos que coman gato por liebre, ni dudamos que sea escabeche lo que huele á perdices, y esta dentro de la empanada que come los viernes de cuaresma, bueno será que nuestra pluma ande en todo, introduciéndose en los alimentos como pincho del resguardo para preguntar despues si llevan algo que pague derechos. Y por si alguno (que nadie está libre de una mala voluntad ó un testigo falso como dicen los ciegos) creyese que tratábamos con estos preámbulos de dar treguas á nuestra tarea, á renglon seguido puede salir de su ansiedad.

La virtud, dicen unos, está en el medio; los vicios, añaden otros, en los extremos. Sea enhorabuena y vitor por los primeros y los segundos, y si el lector conviene con nosotros en la impertinencia de estas líneas, concedido y tácheuse. Donde diga lo que no debió decir, léase lo que se pensó poner y fue: que es tan cierta la existencia de un Judas en todas las familias como la de una Santurrona en cada casa. Sea cualquiera la educacion que adopten para sus hijas los padres de familia, dificilmente evitan que unas se den á los devaneos y travesuras del amor, y otras á las novenas y procesiones. Hasta aquí todo va bien, y da gusto ver á la niña de 12 años obediente á cuanto dispone su madre, y leyendo ansiosa la vida de los santos y otros libros, interin su hermana, que apénas tiene once abriles, coquetea en las tertulias, responde á su madre, la tutea, aprende de memoria las novelas de Jorje Sand, y se distrae de este trabajo con el *Diablo mundo* de Espronceda. De las primeras de estas criaturas diria Gall que tenia muy desarrollado el órgano de la veneracion, de la segunda diriamos nosotros, á ser gallos (plural legítimo) que no tiene órganos desarrollados ni por arrollar. Pero como esas averiguaciones no hacen al caso, y la coqueta de once años nada tiene que ver aquí, seguiremos de cerca á la virtuosa niña que quedó leyendo el *Año cristiano*.

A pesar de lo mucho que agradan á su madre las piadosas inclinaciones de la niña y su adversion á las galas y pasatiempos frívolos, la insta varias veces á que se componga y la acompañe á esta ó la otra diversion; pero la muchacha va creciendo en edad, y no mengua nada en escrúpulos y ridiculeces, desobedeciendo tal cual vez las órdenes maternales. Cuando yo te haga asi.... es que vengas. — Cuando yo conteste asá.... es que no me da la gana. Poco menos se expresa la niña, aunque esta traduccion es un poco libre, dando lugar á que su padre se formalice, diciéndola con palabras dulces y cariñosas, que no se opone lo uno á lo otro, y que la prenda mas recomendable en una jóven bien educada es la obediencia y la humildad. Nada de esto es suficiente para que la niña desista de lo que una vez se propuso, y llega á tanto su obstinacion que compromete la autoridad paternal, hasta el punto de recurrir á las amenazas en via de hecho. Pero la muchacha, ó es de Aragon, ó es ingerta, y ya se pronuncia mas á las claras diciendo terminantemente que Dios la llama por el camino del claustro y que quiere ser monja. Y aunque allá en sus adentros sabe que el autor de sus dias no es gentil de nacimiento y que no se llama Diocleciano ni Maximiliano, teme, que asi como ella se dedica á imitar vidas de santos, y hubo un D. Quijote que resucitó la andante caballeria, le dé á su padre por seguir las huellas de aquellos emperadores, y casi cree que la persiguen por cristiana, cuando por el contrario, solo tratan de que lo sea con toda perfeccion, purgándola de varios escrúpulos y ridiculeces.

Consigue por fin tomar el hábito de religiosa, y en el año de noviciado se logra lo que no habian podido conseguir las amonestaciones paternales, y antes que llegue el dia destinado para la irrevocable confirmacion de los votos, que tanto ansiaba pronunciar, conoce que si Dios la llama hácia sí, no es precisamente por caminos cubiertos; y aun le parece que al aire libre hay mas motivos de alabar al Señor. Esto, sin embargo, no es lo que responde cuando la interpelan sobre su salida del convento, el mal estado de su salud fue lo único que la pudo traer de nuevo á su casa, sin la hermosa trenza de pelo que la cortaron cuando vistió el sayal. Tal vez por esto la llaman los muchachos *la pelona* y por lo otro seguramente es conocida del vulgo con el nombre de *monja rebelde*. Tiene derecho á todas las atenciones de jóven cesante, ó mujer jubilada, y todos la consideran como una viuda excelente ó una solterona de oficio. Sufre varias chanzas pesadas y picantes las mas veces, sobre si ahorcó ó dió garrote á la estameña; pero despues de algun tiempo nadie se acuerda de la ex-monja, á excepcion de nosotros, que prévio su correspondiente exámen, practicado de puertas adentro para no molestar á los lectores, la ponemos una basquiñita de merino negro, un pañuelito blanco sobre sus hombros y una mantillita de tafetan negro, con un velito de tul liso. Y no se crea que usamos á nuestro antojo los diminutivos, porque ni nosotros hemos de pagar la cuenta del mercader, ni se gasta mas tinta para decir grande que chico; pero aquí, lo primero es la verdad, y faltaríamos á ella si no dijésemos que las Santurronas apénas cojen en sus vestidos, aunque caben muy bien en su pellejo porque no suelen estar muy gordas. Si á lo dicho se añade una correa pendiente de la cintura, y una bolsa oscura menor que un cofre y mayor que un saco de noche llamado con toda propiedad *ridículo*, podemos sellar el traje con un corazon de plata y siete espadas al rededor, (valor intrinseco, dos reales) que coseremos en la manga izquierda.

Innecesario seria decir, y tal vez se ofenderia el lector, si se le advirtiese que no todas las Santurronas tienen la misma procedencia. Militan muchas viudas bajo esos mismos escapularios, y no se deja de hallar alguna casada que abandone sus obligaciones viviendo mas tiempo en las iglesias que en su casa; pero vista una estan vistas todas, y mas vale lo malo conocido que lo bueno por conocer. Sirvanos de tipo la pelona y ahora cabalmente que son las cinco de la

mañana y Reaumur señala 7 bajo cero, veámosla salir de su casa sola, y sin otra defensa que su ridículo, célebre por mas de una vez que se ha visto en letras de molde cuando decia el Diario que se llevase á la sacristía de Jesús un ridículo verde bordado de abalorio, y con borlas de lo mismo, que contenia tres libros medianos y cinco pequeños, con dos rosarios, una corona, tres cruces, dos medallas y una oracion manuscrita para las tercianas con 500 dias de indulgencia.

En el umbral de la puerta se santigua tres veces y escupe cuatro, deja caer el velo sobre su rostro y emprende su cotidiana peregrinacion, susurrando varias oraciones y haciendo rodar un rosario de á quince entre los dedos de la mano derecha. Pasa por delante de varias iglesias, cerradas aun, sin cuidarse al parecer, de lo que hay á la puerta de todas ellas, y es un grupo de Santurronas contando por minutos la pereza del sacristan. Sigue marchando y gruñendo hasta parar en la iglesia mas distante de su casa, porque es cosa sabida que la devocion de estas gentes está en razon directa de las distancias, y nadie duda que si la feligresa de Maravillas tiene devocion á la virgen de Atocha, la que vive en S. Cayetano refiere sus cuitas á S. Antonio Abad. Reúnese allí con otras damas madrugadoras, á quienes saluda, y toma parte en la piadosísima tarea que aquellas cándidas aves de rapiña desempeñan á la puerta del templo santo de Dios. Durmiendo se hallan á semejante deshora los dueños de cuantos nombres se pronuncian en esos círculos de sociedad matutina. Reuniones tenebrosas, porque á la hora en que se verifican están de relevo el astro del dia y el de la noche, y ni alumbra la luna cuando entrega la guardia, ni el sol calienta hasta que la recibe; para los faroles del alumbrado suele amanecer á la una y se les concluye el aceite á las doce y media del dia anterior, este combustible da guardia á medias con el público y las ensaladas de los celadores y farderos.

« Aquí yace una beata
» que no habló mal de ninguna;
» perdió la lengua en la cuna. »

Este epitafio del célebre poeta granadino Martinez de la Rosa no serviria para ninguna de estas caritativas mujeres que ya murmuran del sacristan, diciendo que no es la pereza la única causa de que se le peguen tanto las sábanas, ó hablan del mismo modo sobre la misa del dia anterior, conviniendo todas en que el celebrante se comió una oracion y parte de otra, y asegurando algunas que habia rezado el evangelio de San Juan por el de S. Lucas. Pero lo mas notable es ver como se dan cuenta mútua de cuanto hicieron, hacen ó piensan hacer sus respectivas vecindades, ni mas ni menos que si se hallasen á los piés del confesor con plenos poderes para representar agenas conciencias. Y como la mayor parte son tiples de dos octavas, *do* sobre agudo, cuando refieren chismes extraños, se les oye lo suficiente para referir á nuestros lectores lo que charla entre las pausas de los *pater-noster*.

—Pásmense Vds. amigas, dice una de ellas haciéndose escuchar con terror de las otras. ¡Que escándalo!... el Señor me lo reciba en descuento de mis culpas y pecados.... Anoche al acostarme, acaba de hacer exámen de conciencia y me habia *puesto en Dios* como nunca: se arma una riña en el cuarto segundo donde vive el canónigo que ya.... Al principio no pude entender nada, pero luego conocí que el ama reñia con el criado sobre el precio de la ternera.

—¡Ternera en dia de vigilia!... replicó la ex-monja, seria la cuenta del dia anterior.

—Aunque asi fuese, contestó la escandalizada dueña, era viernes, y el hablar de carne en esos dias, puede inquietar la conciencia de los que escuchan, como me ha sucedido á mí, que á pesar de haber escupido diez ó doce veces desde que me levanté, aun me parece que huelo á ternera.... Deseando estoy que baje el padre para contárselo todo y desahogarme.

—¡Pues que me dirán Vds., añade otra interlocutora, de la inmoralidad de mis vecinos que se retiran á las tres y las cuatro de la mañana y jamás los veo en la iglesia por mas que miro!.... Mis palabras no le ofeudan.... ¡Ave María Purísima!... pero yo los tengo por herejes.... ¡Cuando salen al balcon las jóvenes de enfrente las hacen unos guiños tan feos?... ¡Pues y ellas!... ¡Jesus!... perdonadlas Señor.... ¡tal para cual! Son dos hermanas, dicen, solteras con una mujer que llaman madre.... ¡pero qué madre!... á la plazuela va hecha un pingo y vuelve cargada como un burro, ínterin las señoritas descansan, sabe Dios cómo, del baihoteo que tuvieron hasta mas de las dos. Solas van á misa los domingos, y para eso á la de tropa, ¿y á que van?... mejor seria que no fuesen....

—Y diga V. que tiene mejor vista que yo, interrumpe una vieja que habia callado hasta entónces, ¿quien se ha mudado al cuarto principal de la casa nueva?

—No lo he podido averiguar aun.... Siempre están corridas las persianas.... Solo sé que hay una niña de pecho porque el angelito llora algunas veces. Y por las mañanas, añade con aire de reserva pero con voz atiplada y sonora.... sale uno muy embozado con anteojos verdes.... ¡El otro dia se le cayó el embozo, y tiene unos bigotazos retorcidos que parece un Lucifer! Su alma en su manga y allí se las avengan, que no sirva esto de murmuracion, pero esa casa es misteriosa.

Eterna seria la conversacion de esas mujeres, triste fraccion de la preciosa mitad del género humano, si no se oyera de pronto un ruido como arrastrar de cadenas y crugir de grillos. Sonido metálico que los presidarios distinguen de otro cualquiera y que las Santurronas no confunden tampoco porque ese ruido es el mismo que oyeron al anochecer del dia anterior, cuando el sacristan agitaba un manojo de llaves y ellas desocupaban la iglesia.

El sacristan es uno de los niños mimados que por egoismo tienen las Santurronas; pero él por su parte las trata muy mal y empieza diciendo ínterin abre las puertas del templo y ellas se agolpan para entrar: —Ténganse las brujas, que tiempo tienen y esto no es ningun aquelarre. Yo no sé que hacen las pulmonias, añade, que no dan una carga á estas momias. —Callan todas, y esparciéndose por la iglesia, atienden únicamente y tomar por asalto los confesonarios, esperando en ellos, no á pié firme, ni rodilla en tierra, sino sentadas en el suelo y sobre los talones, la llegada del confesor á quien importunan con diferentes recados y varias toses coreadas. Hasta este momento y nada mas nos es permitida la observacion, pues aunque algo pudiéramos decir de lo que pasa entre la Santurrona y su padre director, el delito estaria en haber escuchado, y no estamos decididos á publicar nuestras culpas por tan poco. Y como esta gente suele descargar su conciencia empezando por los pecados agenos y concluyendo con los extraños, sin ocurrirles nunca deshacerse de los propios, y entre los refranes que parecen sentencias hay uno que yo sabia cuando muchacho y dice: «que oye su mal el que escucha.» Y yo he sabido embrollar este párrafo, pero no acierto á concluirle ni á seguirlo embrollando siquiera, porque no sé como hemos venido á estos chismes para decir que por fortuna de nuestra religion y honra de sus ministros, no todas las beatas hallan *á primeras de requisa* un confesor que se preste á dirigir á sus caprichos, sustentando sus ridiculeces. Sucede en alguno de estos casos que el confesor levanta la voz algo mas de lo regular, y *velis nolis* le oímos decir.

—Mejor seria que fuese V. á cuidar de su esposo

y de sus hijos, y se dejara de venir á estos sitios con los mismos chismes de ayer, profanando un dia y otro la cátedra de la penitencia.... ¡ Creen Vds. que es posible ser buena esposa, yendo todo el dia de iglesia en iglesia, y que será mejor madre de familia la que reze mayor número de rosarios al dia!

Pero esto no produce los efectos que eran de esperar, porque la conversion de una beata es casi imposible, y por toda contestacion suelen santiguarse asustadas, diciendo que aquel padre tiene la manga muy ancha y mal genio por añadidura. ¡ Condicion humana creer que solo dice verdad el que nos engaña adulando!

En el tiempo que pasa desde que amanece hasta las once pueden celebrarse diez ó doce misas y otras tantas oyo la Santurrona todos los dias, abandonando luego la iglesia de su devocion, el santo de su confianza y el altar favorito de su padre director para dirigirse á otro templo en que haya funcion, y en su defecto á las *Cuarenta Horas* que es un recurso permanente. Cuando el inmenso gentio que acude á esas grandes funciones no se advierte desde el cancel de la iglesia, es porque tiene su primera línea en descubierto junto al arroyo. Lo cierto es que la Santurrona encuentra defendida la entrada por una muralla inexpugnable para cualquiera que careciese de los remos que ella se forma con los codos, y son á las gentes, que tuvieron la desgracia de llegar temprano, lo que las agallas del pez á las partículas del agua donde pasea y vive. Apoyando el codo derecho en el estómago del distraido elegante que allí se encuentra las cosas antes que se pierdan, y cerrando herméticamente con la punta del izquierdo, un ojo derecho, propiedad legítima de una jóven que está de rodillas, logra avanzar un paso y otro y otro, siguiendo de este modo su remolque hasta llegar al punto que se propone poco distante del altar mayor. En esta travesía tropieza algunas veces y no besa la tierra cuando mal de su grado cae sobre los obstáculos de carne humana que se le presentan, porque su boca no da en el suelo y sí en la peluca del compungido anciano que obedece al vaiven de la beata, derribando por su parte una mujer que cae del mismo modo sobre un hombre. Esto produce un levantamiento general que sabe aprovechar muy bien la Santurrona para seguir nadando sin darla un bledo que el predicador cambie el tema de su sermon, apostrafando á los libertinos que escandalizan en las iglesias. Y al dia siguiente cuando venden los ciegos: «El desacato cometido en la iglesia de N....» se olvida de su caida hasta el punto de santiguarse y decir: — ¡ Que profanacion !

Estas escenas no serian tan frecuentes si marchase derecha por medio de la iglesia, pero tuerce siempre hácia la pila del agua bendita para bañar en ella el rosario, y contramarcha luego hácia la sacristia, trayendo en la mano un ruedo que la suele reservar el monaguillo. Y donde parece que apénas hay sitio para una persona, extiende su rodela de esparto crudo con algun detrimento de los rostros que estan *circum-circa*. Y si descubre alguna compañera que viene jadeando como ella por entre la multitud, la hace una seña invitatoria que equivale á decir: Aquí hay donde estar; respondiendo con afectada humildad, si las gentes á quienes oprime critican la oferta: — Tanto asi que tuviésemos de gloria. Y aqui venia como de molde una «nota del autor» que dijese: «Buena estaria la gloria donde entrase esa gente á codazos.»

En las procesiones es mi amantisima Santurrona una de tantas mujeres como pululan entre las varas del palio ó las ruedas del coche que cierra la comitiva, y en estas solemnes ocasiones lleva un escapulario sobre los hombros de color diverso, segun es: *El Dios de S. Ginés, el de S. Pedro, ó el de Sta. María*. Por las tardes asiste á las novenas donde cantan los gozos y la letania, siendo esta la primera vez en mi vida que me aqueja el sentimiento de no ser músico ó copiante al menos, porque si yo pudiese escribir á renglon seguido la parte de tiple-caricata que desempeña nuestra Santurrona cuando canta el estribillo en los gozos; era un rato de risa para los lectores que valia tres docenas y media de *semi-fusas*. De otro modo es imposible darles una idea de sus gorgoritos, falsetes y trasportaciones. Y aunque la mayor parte de los lectores tendrán una de estas mujeres por vecina, de nada servirá encargarles que escuchen cuando ensaya, porque solo paran en sus casas el tiempo necesario á reparar su estómago y el del gato, evitando que se muera de hambre el perro dogo. La calceta y la aguja son tareas profanas, como ellas dicen, que roban el tiempo á las divinas. Ya se vé, no se las puede prohibir que lean en latin, y es difícil evitar esas bastardas versiones que hacen del libro sublime de los evangelios.

De los aposentos de las Santurronas no puede decirse nada, porque varian segun el rango de cada una de ellas. Generalmente viven solas en un cuarto interior modestamente alhajado, las paredes estan cubiertas por una multitud de papeles impresos que en casa de un artista serian diplomas; y allí son patentes, cartas de hermandad y sumarios de indulgencias. Por ellos se sabe que la Santurrona es sierva de la Vírgen, esclava de Jesus, hermana de S. Francisco, súbdita de S. José, congreganta de María, archicofrade de varias sacramentales y que pertenece en suma, á todas las cofradias de la capital. Sobre la mesa tiene una urna de cristal llena de reliquias y escapularios, y en la rinconera hay una bandeja donde se conserva medio bizcocho y un mendrugo de pan, que á través de los años son testigos de la primer jícara de chocolate que tomó el padre confesor en casa de su hija de confesion. No menos significativo es un pañuelo sucio, pendiente de un clavo con el cual afirma la Santurrona que se limpió el sudor, predicando las siete palabras, el único predicador á quien ella escucha con gusto y apellida *piquito de oro*.

Ea pues, (santurrónicameste hablando) carisimos lectores; ahí teneis la vida de nuestra Santurrona; ignoro si habeis hecho conmigo lo que las beatas con los *picos de cobre* cuyos sermones presencian durmiendo, y cuyo sueño llaman éxtasis de *profundis*. De cualquier manera que hayais leido este artículo, no pretendais que á la *vida* sigan los *milagros*, porque no creo què Dios se valga de ellas para manifestarnos su poder; lo que no niego es que dando el Señor acierto al médico de cabecera que cura los pechos á una vecina de la beata, esta pide en sus oraciones á Santa Agueda cuando aquella está convaleciente, y compra luego unos pechos de cera que con un lazo de color de rosa hace colgar en la capilla de la milagrosa imágen. Tambien pide á Dios buena cosecha en el año presente, y lleva á los monumentos unos vasos donde sembró trigo y algarroba, y en cuyos sitios creció lozanamente, porque la piedra que asoló los campos, no pudo penetrar en los tiestos de las alcobas y gabinetes. Y ahora que hemos llenado el hueco de los milagros, y este artículo ha seguido el mismo órden que las aleluyas del *hombre universal* ó las del *hombre malo*, razon será que á imitacion de aquellas, digamos algo de la hora en que les acomete el último gesto y mueven las mandíbulas por última vez.

Todas las hermandades y cofradias á que perteneció acuden con diferente número de sufragios y oblaciones, segun el rango que ocupaba la difunta, las mandas del testamento y las simpatias de los testamentarios á quienes se les dijo: «Todo por mi alma.» Una palma y cera *blanca* (circunstancia precisa) indica que aquella ochentona á quien amortajan, con una soga de esparto al cuello en cumplimiento de su última voluntad, era soltera.

Y como aqui ponemos todo lo que se nos ocurre,

sin perjuicio de poner en otra parte lo que despues nos vaya ocurriendo, y ahora nos ha venido á las mientes una cosa muy esencial, encargamos á los montes pios y sociedades de socorros mútuos, que á las pruebas sanitarias añadan una informacion de testigos



La Santurrona.

que acredite estar el aspirante libre de hijas santurronas, plaga mas temible que las incurables. Hoy dia es inmenso el número de beatas que cobran orfandad á los ochenta y tantos del pico; porque (eso es otra cosa) como precepto higiénico son muy buenas las costumbres santurronianas. Yo no sé si se vive bien ó mal con ellas, pero se vive mucho, y algo es algo.

Antonio Flores.

EL CLÉRIGO DE MISA Y OLLA.

Erase un labradorcillo de mediana fortuna (que medianía en los pueblos cortos es tener pan moreno que comer, seis gallinas que pongan huevos, y un pedazo de tierra donde coger algunas patatas y berzas), casado con una aldeana misticona, buena hilandera y en extremo hacendosa. Vivian en una paz sepulcral solo interrumpida por los lloros de los chiquillos, que eran doce hembras y un varon. Este se dedicó de tierna edad al cultivo del campo en el cual despuntaba por sus fuerzas hercúleas, por su dureza en aplicarlas por su asiduidad de yunque, y porque nada le distraia sino el azadon ó la esteva. ¡Qué pesar sentian sus padres viéndole en la pubescencia sin medios para librarle de la quinta! Porque ni él daba muestras de inclinarse al matrimonio, ni podia ordenarse á título de insuficiencia; ni contaban recursos para ponerle un sustituto (caso de que entónces existiesen empresas y comercio de sangre humana); ni tenia hernia ni otro defecto corporal que le eximiera de ser soldado.

Mas la Providencia que hasta de los pájaros cuida, vino á proporcionar un consuelo á esta familia predestinada. Cayóle al chico una capellanía colativa por muerte de un clérigo su pariente, y cátate abierto un ancho campo de esperanzas risueñas á los ancianos padres y á las desvalidas hermanas. Ya se creian en el goce de prebendas y de diezmos; ya se repartian de memoria la copia y los derechos de estola, y ya se figuraban á su neófito todo un capellan de honor, un abad mitrado *vere nullius*, ó un obispo *in partibus infidelium*. El muchacho tenia encallecidas las manos y no menos entumecido el cerebro para estudiar lo mas preciso, pero no era cosa de abandonar el beneficio real, positivo y palpable, por cosas meramente ideales, abstractas y de pura imaginacion. ¡Bueno fuera que despreciaran la fortuna que se les metia en casa por miedo de la ignorancia! Si el ser tonto no arredra al que logra una toga, un ministerio, una mitra ó un capelo, ¿que mucho que el paleto se atreva con una capellanía? Pecho al agua dijo, y dijo como un ángel.

Empezó á aprender las primeras letras con el maestro del lugar, que al cabo de tres años le dió por suficiente en leer el catecismo, y en firmar sin muestra. Continuó sus estudios con el padre cura, que le procuró instruir en deletrear el latin y le enseñó de memoria unas cuantas reglas de Nebrija. Ora que le pareciese bastante para ser capellan lo que le habia enseñado de gramática, ora que llegado el mozo á los veinte y cinco años no consentia demoras su ordenacion, pasó á darle algunas lecciones del Lárraga, novena vez ilustrado, y antes de que cumpliese los treinta años se aventuró á aconsejarle que solicitase la tonsura, los grados y las órdenes mayores. Contaba el párroco, su director, con que la rudeza ostensible del discípulo, y su hablar balbuciente, serian un motivo de compasion para las sinodades, y confiaba todavía mas en la bondad acreditada del prelado, que por no causar penas á las familias, ni privarlas del que miraban como sustentáculo de su vejez y orfandad, ordenaba sin escrúpulo á todo yente y veniente que llamaba á sus puertas. No dicen los anales si este suceso acaeció en el obispado de Santo Domingo de la Calzada, pues segun el proverbio,

En Calahorra
Al asno hacen de corona;

ó si tuvo lugar en el episcopado de Solano, sucesor de S. Julian, que en esto de dar órdenes era tan franco como el diputado D. Francisco en dar cartas de recomendacion. Nuestro héroe logró aquellos tiempos anchurosos, que han traido á la iglesia estos otros de estrechez.

Hizose en efecto clérigo de corona y de menores, á beneficio de la indulgencia sin límites de los examinadores y del diocesano; empero quedó el pobre capellan tan fatigado y aturdido del sínodo, que por su voluntad (si es que la tenia propia) fuera *capigorron* eterno, antes que presentarse otra vez á prueba tan terrible. Solo el aguijon del cura y los llantos de la madre y hermanas pudieron obligarle á que pretendiera ordenarse *in sacris*. Las misas en seco que tuvo que decir para adiestrarse en las rúbricas, los sobos que dió á la hoja del *Te igitur* y á las páginas del padre Paco que le concernian, y las angustias que pasó hasta contarse en el presbiterado solo él y Dios lo supieron, si no es que su torpeza y falta de memoria reservaron á Dios solo este conoci-

miento. Por fin, llegó, sufrió el exámen, le ordenaron de epístola, evangelio y misa, y recogió el título para ganar una peseta diaria con la intencion (que la tenia como un toro), y para invertir en su cóngrua sustentacion las rentas de la capellanía, y demas bienes eclesiásticos que adquiriese. Albricias ilustrísimo señor! ¡Victoria por Mosen Zoilo, ó el licenciado Cermeño! ¡Sea enhorabuena, familia bienaventurada! ¡feliz tu que has logrado meter por las bardas de la iglesia á un hijo, que puede llegar á ser papa; pues de menos nos hizo Dios!

Aquí tienen Vds. lo que propiamente se llama en Castilla un *Clérigo de misa y olla*, porque es un presbítero sin carrera, un clérigo en bruto, un capellan que no sabe de la misa la media, un eclesiástico raro, un cura de los de su misa y su D.ª Luisa, un clérigo echado en casa, un *curalienzos*, un *cantacredos*, un *saltatumbas*, un *clerizonte*, en fin, por su vestimenta y modales, y un *alquiler*, por servir mejor para alquilon de pasos que para preste de procesiones. Trasladando esta definicion á otras profesiones y materias para compararlas, resulta que *el Clérigo de misa y olla* es el maestrante de la milicia cristiana, pues viste el uniforme sin ir á la guerra; es el esbirro de la iglesia militante que cobra el sueldo por soplar y oir chismes es el editor responsable de lo que hacen canónigos y prelados; es el burro de la viña mística, que únicamente sirve para los oficios mas bajos y groseros; y es el májico de los bienes temporales, porque espiritualiza con su solo contraste los edificios, las tierras y los olivares.

Tenemos á nuesto clérigo misicantano, esto es, preparándose para hacer el primer sacrificio, que vulgarmente se llama *cantar misa*, y en términos técnicos decir la *misa nueva*. El dia señalado para esta ceremonia aparatosa ondea sobre la picota del campanario una bandera encarnada, que suele ser un pañuelo de seda toledano, regalado al dicente por una monja compatriota. Y ademas de llamar la atencion por la vista se excitan las sensaciones del oido con repiques, gaitas y festejos; las de ambos sentidos juntos con voladores y carretillas; las del olfato con las yerbas y flores que adornan la iglesia; y para el gusto se preparan abundantes comidas por el estilo de las bodas de Camacho. Los curas de la contorna convierten la parroquia en una colegiata, por todas partes se encuentran gentes forasteras, y todo el pueblo anda revoloteando y de jolgorio.

Acabada la misa, en que D. Zoilo ha lucido su voz de sochantre, se celebra el solemnísimo besamanos. En una zafa de Alcora muy rameada sirve el padrino lego el lavatorio al celebrante, no sé si para evitar que las chuponas beatas tomen alguna partícula sagrada, ó para que acaben de limpiarse las escamas campesinas, y queden propiamente manos de cura. Por primera vez se lavan las palmas del capellan con agua de colonia; y como si se le quedaran yertas con tan desusada ablucion, tienen que suspenderlas los padrinos eclesiásticos, interin que el pueblo fiel toca con sus lábios donde tantas veces se limpiaron las narices del patan.

Llegado el cortejo á la casa clerical empieza la enhorabuena, cumplida, interesante, tierna. La madre rompe la marcha, abrazando cordialmente á su prenda, y embargada de alegría hace esta exclamacion ¡quién me lo habia á mí de decir que mi Zoilo meteria barba en caliz y seria padre de las almas! «A las hermanitas se les van las aguas sin sentirlo, y al oir que su mayorazgo se ha casado con la iglesia, arden en deseos de matrimoniar aunque fuera con el sacristan y por detrás del coro. Cual pariente se promete que á la sombra del nuevo capellan estudiará el sobriuillo y le sucederá en el beneficio: otro celebra lo bien que le cae la casulla y el bonete y la gracia con que se maneja: y los mozallones, antiguos compañeros de fatigas, recuerda lances del boleo y de la barra; y alguno que piensa que el campo espiritual se cultiva á fuerza de puños, asegura que no ha entrado operario mas tieso que Zoilo en la viña del Señor.

El nuevo estado produce mudanzas marcadas en el héroe de nuestra historia: La primera es en el trage porque desde el principio cuida de que olviden las gentes lo que fue y le presten el homenage de lo que es. No se quita el alzacuello ni aun para dormir la siesta: el sombrero de canal le acompaña por todas partes aunque vaya de chaqueta: al color de la lana y á todo otro color sustituye el lúgubre negro, y en la casa suele revestirse de un raido talar que fue balandran de su difunto tio. Huye del trato con los profanos, ya por aparentar retraimiento del mundo y ocupaciones de su ministerio; ya por evitar que le recuerden bromas y simplezas pasadas; ya por quitar



El Clérigo de misa y olla.

la confianza á los que le tuteaban. Pasea solo por los parajes mas extraviados y camina con los ojos bajos, aunque al soslayo y á hurtadillas guste de enterarse de todo y especialmente de las perfecciones de las criaturas.

Lo comun es separarse de la familia y poner casa aparte; y á pesar del empeño de una y otro hermana por emanciparse á titulo de cuidarle, él prefiere para sirvienta á la hija del tamborilero, que es una muchacha rolliza, desenvuelta y de disposicion para todo. En los antiguos Cánones se llamaba esta ayuda de parro-

quia, compañera y barragana del clérigo: hoy se titula *el ama* por decencia clerical, pero jamás se confunde ni en el trato, ni en el porte, ni en el nombre con la simple criada.

Otra variedad causa en D. Zoilo el cambio de estado. Antes embotaba sus potencias el ejercicio corporal: ahora si bien no ha ganado mucho en despejo, suelta algunas sentencias tradicionales contra libertinos y filósofos aunque ignora que casta de pájaros son; habla de duendes, brujas y de ánimas aparecidas y contradice todo lo que suena á invenciones y novedades. En una palabra se considera tan otro desde el dia en que se abrió la corona y se vistió los hábitos que por inmunidad entiende que ningun juez del mundo tiene que ver con él, sino el obispo ó el papa; y al príncipe temporal le considera como un pobre penitente rendido á sus piés, que espera humildemente su absolucion ó que le envie por ella á Roma, si no ha comprado la bula de la santa cruzada.

Andando el tiempo va volviendo el capellan, sin sentirlo á su prístino ser, como la cabra que siempre tira al monte. Su única obligacion es decir los dias de precepto misa de alba en la sementera y de once en los agostos; y aunque el resto del año nunca deja de celebrar, estando sano, ni tiene precision de madrugar, ni de estarse en ayunas hasta el medio dia. En veinte minutos hace su deber y su negocio, y como dos horas le bastan para comer y diez para dormir, el resto del dia en algo ha de ocuparlo. Ya le causa la conversacion perpétua de su sirvienta; no le satisface su exclusiva privanza, y se aburre del retraimiento por los andurriales. Empieza á salir de la monotonía entrando en alguna casa de mas confianza: va por las tardes y noches á echar un truque con la gente de su estambre, y anuda relaciones que los humos clericales habian interrumpido. Recobra la anterior franqueza, tira el cuellecillo reservándolo para los oficios eclesiásticos; sale en mangas de camisa durante la canícula; se detiene á hablar con las mujeres que lo merecen, mirándola de hito en hito, y si le enfadan los muchachos, ó el ruido de los perros; ó las rondas á deshoras, echa sus tacos y votivas, como un hombre de carne y hueso. El genio bravío y los resabios de la educacion no le abandonarán hasta la fuesa; y guarte no le duren, como diz que dura el carácter sacerdotal; hasta en los infiernos.

Este es el período álgido de los goces clericales, supuesto que á la compostura afectada y al aparato exterior ha sucedido la naturalidad grotesca y sin aprension. El ama procura por todos los medios que en su casa encuentre el señor lo que necesite, y que le parezca mejor que lo ageno; ni la madre Celestina seria mas diestra en aderezar tónicos, corroborantes, excitantes, dulcificantes y sustancias suculentas. Del agua no prueba mas gota que la que destila con la cucharilla en el cáliz; pero todas las vinageras del vino le parecen chicas, y golosos todos los monaguillos que le ayudan. Para él está demas el sumidero, aunque le caiga en el sangüis un mosquito ó una abispa, que con los alcoólicos todo pasa por sus tragaderas espaciosas; y si en vez del pan ácimo le dieran un hornazo ó un ojaldre de á libra se lo engulliria en un santiamen, sin que los fieles conociesen si consumia una hostia. En resúmen, come como un eleogábalo, bebe de lo tinto á boca de jarro, duerme como un liron; engorda como un tudesco; huelga placenteramente, y deja rodar la bola de este diablo mundo.

No se vaya á juzgar por lo referido que el clérigo de misa y olla es el hombre feliz por excelencia. Momentos llegan de zozobra en que tiene que poner en tortura sus embotadas potencias, y volver á arrastrar las hopalandas. Un año y no mas le duran las licencias de celebrar y confesar, y con esta frecuencia ha de solicitarlas de nuevo, prévio el exámen correspondiente. Si de recien eleccionado habia tantos trabajos para el sínodo ¿cuanto crecerán los apuros con el tiempo perdido en la molicie y en el embrutecimiento? Si no ha vuelto á abrir un libro ni á tener conferencia ¿que mucho que haya olvidado lo poco que sabia? Del idioma latino no conserva otras palabras que las vulgarizadas entre los labriegos; el *busilis*, el *intríngulis*, el *cum quibus*, un *quidam*, un *agibilibus*, la *vita bona*, la *pecunia*, de *facto* y de *populo bárbaro*. Baste saber que habiéndole rogado unos cazadores amigos que les dijera misa de madrugada, encareciéndole la ligereza con la frase de misa de palomas, pasó largo rato buscando por el misal este oficio, hasta que tropezando con la *Dominica impalmis*, que él leyó *in palomis*, les encajó la pasion entera del Redentor, dejando á los cazadores crucificados.

Las interminables abreviaturas del Añalejo eran para nuestro cura letras gordas, como lo son para algunos canónigos, mas oscuras que el siriaco y el rúnico. Tomando la cartilla por almanaque de Torres, ó por Piscato-Sarrahal, cuando veia que las lecciones del primer nocturno eran *Justus si morte*, decia que aquel era buen dia para morirse en gracia de Dios: cuando señalaba *Mulierem fortem*, retraia á los hombres de que se casasen, porque era dia de mujer testaruda, y si en el rezo se prevenia el salmo *Confitemini*: abreviado *confit.*, aseguraba que era el dia propio para comprar dulces en las zucherías. El siete de marzo tuvo una petera escandalosa con el sacristan, obstinado en que le habia de poner el altar en medio de la nave, porque el añalejo decia *Missa In medio Ecclesiæ*: y la *Dominica in albis* se empeñó en celebrar sin casulla, tomando al pié de la letra lo de *en alba*.

En tan lastimoso estado de ignorancia era matarle inhumanamente hacerle comparecer á exámen. Así es que se valia de certificados de los facultativos para excusar el viaje, y comprometia todas las relaciones de los curas y caciques de la comarca para lograr *remisiva* cerca de un párroco conocido y asequible. Y si á pesar de los pesares no alcanzaba eximirse y comparecia en sínodo, aquello era un alubion de disparates, que anegaba en barbarismos á los examinadores hasta las melenas y cerquillos. Si le preguntaban por el *título colorado* de supuesta jurisdiccion, respondia con el *lege coloratum* de los rubricistas. Interrogado sobre si se podia decir misa con hostia de papel, contestaba con un *distingo*. Y escudriñándole acerca de la confesion *auricular*, decia cándidamente que en su tierra no se estilaba esta confesion, sino la de pascua florida. Los jueces ó lo tomaban á risa, ó tenian compasion, ó le dejaban por incorregible.

Toda la vida de D. Zoilo fué un tegido de chistes y de anécdotas capaces de enriquecer una floresta. La historia refiere lances curiosísimos, y muchos se han hecho proverbiales en España, corriendo de boca en boca, de generacion en generacion. Aquí le pintan diciendo misa, y al ver por una ventana contigua al altar que un chicuelo gateaba por un donguindo de su huerto para robarle las peras, dice alzando la hostia (que este era el momento de la observacion) ¡ahora sube el hi de puta! Allá le recuerdan rezando la novena de Dolores, y al llegar á la adoracion de las llagas, anuncia la del pié izquierdo en estos términos: «A la llaga de la *pata zurda*.» Acullá refieren que no queriendo recibir la primera y única carta que le llevó el balijero, este le objetó que para él venia dirigida, pues decia en el sobre *A D. Zoilo Cermeño, presbítero* pero obstinóse en la negativa protestando que Cermeño sí se llamaba, mas que el apellido *presbítero* no era de ninguno de su casta. Finalmente, nuestro capellan era de los que niegan todo lo que no entienden, porque le es mas fácil negar que comprender, y por eso á un criado que le hizo una diligencia de bastantes leguas en pocas horas, creyéndole brujo, le ajustó la cuenta y lo despidió diciendo, que no queria en su casa criado tan listo. Que no rezaba las horas canó-

nicas lo evidencie un curioso, pues viéndolo el Breviario empolvado se lo sustrajo, y en muchos meses no lo echó de menos. Lo que es misas sí, decia regularmente 365 en año no visiesto, porque á cambio de las cuatro que dejaba en semana santa, ensartaba los dos ternos de los Santos y de Navidad, y salian pié con bola. Esto por lo que toca á celebrar, que en tomar limosna era mas ámplio. ¡Sobre celemin y medio de garbanzos se hallaron á su muerte en un arcon, donde habia depositado uno por cada peseta que no aplicaba!

Hasta aquí la descripcion acompasada y prosáica del tipo que me he propuesto delinear, pero quiero tambien echar un cuarto á espadas, trazando algunos rasguños románticos y pinceladas goyescas, que sirvan como de epilogo, ó sea miniatura del cuadro.

El clérigo de misa y olla con relacion á los demas hombres, presenta anomalias misteriosas dignas de ocupar una imaginacion ardiente y un genio filosófico su estudio puede ayudar á conocer ciertas notabilidades politicas y literarias. Nuestro ejemplar presenta estos caractéres:

1.° *No es capacidad y el vulgo le mira como inteligente*:—Le creen un calendario vivo si anuncia temporales.—Le juzgan adivino, si predice acontecimientos.

2.° *No es propietario, ni mayor contribuyente, y le rinden homenage debido á la aristocrácia de riqueza.*—Pídenle limosna, aunque él la necesite.—Siu sólida hipoteca alcanza su crédito á los bolsillos agenos.—Todos los vecinos y allegados son sus sirvientes voluntarios.

3.° *Es del estado general, clase pechera, y goza del fuero de hidalguia.*—En los padrones ocupa un lugar aparte como los nobles y capitulares.—Tiene tratamiento de *don* y de su merced.—Ni sufre alojamientos ni cargas concejiles.

4.° *Nació aislado, no ganó un amigo, y por todas partes halla afiliados y protectores.*—El organista, el acólito, el niño de coro, el campanèro, el salmista, el sepulturero, y hasta el pariente del vecino del sacristan; que se considera gente de iglesia, se creen obligados á defenderle á capa y espada.

5.° *Es de naturaleza flaca y le veneran santamente.*—Le quitan el sombrero mejor que al alcalde.—Los muchachos le besan la mano al encontrarle.—Se le levantan las mujeres cuando pasa, y aqui me ocurre una *Nota.* Esta diferencia del bello sexo, que ni con autoridades ui principales se tiene, que ni los caballeros ni los tios admiten, en obsequio á la beldad; que en nacion alguna consiente la virilidad de la débil mujer, de la bella mitad, de la femenil flaqueza, de la diosa de las gracias, del ídolo del amor, de la compañera inseparable, del depósito de las confianzas, del objeto de las consideraciones humanas ¿será porque los clérigos gastan faldas y se visten por la cabeza como las hembras? ¿O será que no teniendo los eclesiásticos libertad de galantear en público, ellos y las mujeres guardan la etiqueta para la calle, y la franqueza para dentro de casa.

Este es el tipo comun, el caracteristico del Clérigo que se llama de misa y olla, porque no sabe mas que mal decir una misa y tragar, pero hay tambien excepciones y variedades.

El clérigo ramplon de que hemos hablado, se abre una corona frailuna como un plato, ostentando vano lo que no merece. Otro la toma por la inversa y se la deja como real de vellon para que no le conozcan la clerecía ni con microscópio.

En lugar de una capellanía miserable logra otro majadero un pingüe patronato, y en vez de la vida mojigata y de padre quieto anda de feria en feria, de banca en garito, con perros, con caballos, en cacerías, fumando puros habanos, y cortejando viudas, casadas y doncellas.

Si aquel sigue el precepto de ser cauto, este se echa el alma atrás, abraza la vida airada, hace alarde de ir con su dama á las funciones y espectáculos, y riñe en público sobre celos y sobre otros asuntos casi matrimoniales.

Por último, tal hay que enreda todo el pueblo á fuerza de chismes é intrigas solapadas sin descubrir el cuerpo á estilo de policía secreta; y cual que desaforadamente se pone á la cabeza de un bando, promueve pleitos, maneja ayuntamientos, dirige elecciones y atrae sobre el vecindario las plagas de Faraon.

Réstanos observar una diferencia cronológica. Ejemplares como el del clérigo que dejamos pintado, han existido hasta hoy en número crecidísimo; en adelante ó no los habrá, ó serán mas raros: llegará á ser este tipo una entidad histórica. Como nacia y medraba en tiempos de absolutismo, la libertad, la ilustracion y la imprenta, le resisten, le matan. Entónces sabia mas el clero, ahora dan lecciones los legos. Entónces la iglesia adquiria muchos bienes; hoy los ha perdido. Entónces un fanático con un crucifijo conmovia las masas: ahora no las mueve contra su interés ni un terremoto. Entónces en fin, daba consideracion la ropa talar y encubria las miserias, y al presente se aprecia la diferencia que hay del saber y de la virtud á un Clérigo de misa y olla.

FERMIN CABALLERO.

EL CHARRAN.

Los que han disputado negando la necesidad del *Panléxico* y saliendo á la defensa del Diccionario de la Academia, reconocerán su error al leer el epígrafe de este artículo: la palabra Charran, no se encuentra en ninguno de los diccionarios conocidos hasta el dia. Y sin embargo, esta palabra es castiza, esencialmente española, y por mucho que se profundice su etimologia no se le encontrará ningun parentesco de afinidad con las lenguas extrangeras.

El Charran es un tipo, que sin pertenecer exclusivamente á nuestra sociedad moderna, por perderse su origen entre las sutiles arenas de las playa del Tirreno, no por eso deja de existir ignorado d la mayor parte de sus contemporáneos, y ni aun aquellos mismos que de él se sirven todos los dias pudieran explicarnos lo que es, ni cuáles son sus hábitos y porvenir, porque en su pais natal, fuers de los estudios que tienen relacion con el comercioa lo demas es considerado como supérfluo y de todo punto inútil para la existencia.

Así el Charran nace y muere ignorado: sus padecimientos y sus goces á nadie interesan ni á nadie satisfacen; su nombre no figura en la historia de las revoluciones políticas de los imperios, y la ciudad de Málaga que en estos últimos años de disensiones y trastornos, ha sido una de las que mas han fijado la atencion de los gobiernos; la ciudad de Málaga, cuna y sepulcro del Charran, ninguna mencion honrosa ó innoble, grata ó afrentosa hace del que grita siempre ¡viva! cualquiera que sea el vencedor.

Muchos confunden al Charran con los vendedores de pescado de todos los puertos de mar de Andalucía, y este es un error crasísimo. El Charran solo existe en las playas de Málaga, y cuando llega, si es que llega á vender pescado, pierde su nombre y se confunde con las clases vulgares, sin que ningun signo característico le distinga de sus compañeros. El Charran lo es desde que nace hasta los diez y ocho ó veinte años; pasada esta edad, el original ha desaparecido.

Necesariamente el Charran tendrá padres, pertenecerá á una familia, llevará un nombre ademas del del bautismo; pero todo esto es un problema que se resuelve en el órden físico y natural, pero no en el moral; el Charran se vé, no se conoce: su familia, su domicilio, sus apellidos y su genealogía ni él mismo los sabe. Pasa el dia en los parajes públicos donde son útiles sus servicios, y la noche en el que le depara el acaso. Libre, en toda la extension del término, no reconoce ley alguna, porque tampoco tiene necesidades: las inmensas privaciones que le rodean son para él desconocidas, y feliz como Diógenes, lo poco que llega á disfrutar, lo saborea con mayor delicia que un amante el primer beso de su querida, ó un ambicioso la posesion del poder supremo.

El Charran no usa traje: se viste á retazos y nunca se encontrará uno que lleve equipo completo. El que tiene camisa, carece de chaqueta: la cabeza y los piés rara vez van cubiertos, y los miserables andrajos con que encubre lo que ofenderia á la moral pública, son debidos á la munificencia de sus parroquianos ó á la *industria* particular de sus ejercicios recreativos. Pero cualesquiera que sean las prendas de su vestuario, jamás las lleva nuevas, ni aun remendadas: aquellas por venderlas en el momento de recibirlas ó *recogerlas*, y el Charran está dotado de suficiente dósis de filosofía, para ocuparse del adorno de su persona, ó enagenar la mas mínima partícula de omnímoda libertad ó de sus reducidos intereses en cambio de algunas puntadas que no tienen valor á sus ojos. Tampoco lo tiene el agua, cuyo uso exterior repugna y apénas cree pueda ser útil en el interior, habiendo vino abundante y á un precio en armonía con sus facultades. A pesar de todas estas circunstancias, el Charran en nada se asemeja al pordiosero, y con todos sus andrajos, que participan del carácter de sus movimientos, sería fácil distinguirle en medio de una reunion de pobres, tan bien vestidos como él. Esta diferencia, que es natural al individuo no puede explicarse, sino por el constante estudio del tipo que nos ocupa, tan original en su esencia, como vario en su forma; que semejante á las tribus del pueblo de Dios, con todas las clases se mezcla y con ninguna se confunde; que sin pactos ni leyes escritas, vive sujeto colectivamente á unos usos nunca quebrantados, y que se perpetuan de generacion en generacion: que sin orígen, sin oficio, sin porvenir, ocupa sin embargo un lugar reconocido en la sociedad, lugar que ni se le disputa ni se le envidia, á cuya posesion no puede aspirarse sin haber nacido en él, que se ignora cómo se ha creado, y cuyo término nadie puede preveer ni fijar.

La vida del Charran aparece á primera vista monótona y erizada de sinsabores. Con efecto, el Charran apénas amanece, sacude sus andrajos, como un perro de aguas sus lanas, y recogiendo sus únicos utensilios que consisten en media docena de *senachos* de esparto de diferentes dimensiones, y graduados para que unos vayan dentro de los otros, se coloca á la puerta de las carnicerías esperando la llegada de los parroquianos. Las carnicerías se llaman en Málaga, no solo las tablas en que se despacha la carne, sino todo el ámbito de la plaza donde está el mercado mas céntrico y al pormenor de la ciudad. Muchas personas tienen designado á un Charran favorito para la compra, y ellos fieles á sus amos de una hora, esperan á pié firme su llegada, y raro es el que abandona el puesto, llevado por el aliciente de la ocasion. La mayor parte de las cabezas de familia acostumbran comprar por la mañana temprano el *avío*, que asi se llama la compra diaria, y como la generalidad no se sirve de hombres en el interior de sus casas, las mujeres de un pueblo madrugador, como buen comerciante, ocupadas en los quehaceres domésticos no acompañan á sus amos. Estos hacen seña con la cabeza al grupo de Charranes fijo en la puerta de la carnicería, y en un momento se vé rodeado de servidores que se disputan el honor de su utilidad y... de los ocho cuartos.

El comprador designa al Charran que mas le place, y el afortunado muchacho, con un tacto que le es peculiar, sin contrariar, al parecer, la voluntad de su señor provisional, le dirige á los puestos de verdura, frutas y demas comestibles cuyos dueños le favorecen de cuando en cuando, con los restos que no pueden expender. Hecho el avío le conduce á la casa del comprador, llevando en el mayor senacho que sujeta á la cabeza, las verduras y berzas, y en los otros, colgados de los brazos, el pan, los huevos y demas comestibles mas delicados. El precio de este servicio suele ser de seis ú ocho cuartos, segun las distancias. Cuando el Charran ha adquirido confianza se va á la casa del comprador desde el mercado, sin que aquel le acompañe, y entrega intacto lo que se le confia: ademas le emplean en la casa en ir por aceite, carbon y otras menudencias, á la tienda de enfrente, y por todo el oro del mundo no sisaría valor de un maravedí, al contrario de nuestros compradores asturianos que constituyen un derecho de la sisa y que se forman con el tiempo un capital decente, á costa de nuestros estómagos y de nuestros bolsillos. Pero si el Charran no toca á lo que se le confia, en cambio no desprecia nada de lo que no se somete á su custodia, y mientras que, siguiendo á su amo, cuida con la vigilancia de una madre que no se caiga de los repletos senachos ninguna de las mercaderías que contienen, saca con la mayor sal del mundo el pañuelo del bolsillo de su señor, ó al atravesar una estancia, arregla en un abrir y cerrar de ojos, un efecto mal colocado. Estas ideas de moralidad peculiares del Charran no se hallan consignadas en ningun catecismo, y sin embargo, recorriendo la escala social en una línea mas elevada, la vemos puesta en práctica, sobre todo en política; lo que nos hace concebir que si el Charran recibiera, despues de sus naturales inspiraciones, la educacion conveniente para ocupar empleos de república, llegaria á eclipsar la fama de muchos grandes hombres, á quienes se apellida así, porque han sabido prescindir de escrúpulos.

Las ocupaciones del Charran terminan á las nueve ó las diez de la mañana, segun la estacion, y desde esta hora hasta las cuatro de la tarde en que su presencia es necesaria en la pescadería como ya lo fué en el mercado, el tiempo es enteramente suyo para dedicarse al ócio ó á la industria. La esplanada del muelle es el teatro designado por el Charran para ejercitar sus talentos. Los efectos de embarque y desembarque hacinados á orillas del mar ofrecen demasiados alicientes para dejar de aventurar algo por su posesion. Ya es un bacalao el que sustraen de un fardo poco apretado; ya una sombrerada de arroz de la saca que se reventó al caer ó que se agujerea al pasar; ya es la abultada cebolla que se rodó á impulsos de un puntapié dado con el objeto de acercarla al monton, ya el melon, ya el botijo de aceitunas, ya el porron de pasas, en una palabra, cuantos objetos se importan y exportan de nuestro suelo divididos en piezas, pagan diezmo al Charran. Y cuánto no ha de ser el ingenio de este, su sangre fria, su destreza y su presencia de ánimo, para burlar al amo, al patron, al carabinero, al arrumbador, al curioso paseante y al infinito número de personas que le rodean y custodian el objeto ambicionado! Cuán exactos no deben ser sus cálculos, prontas sus retiradas, atrevidas sus respuestas y originales sus argumentos, para evitar ser cogido *in fraganti*, paliar su accion y librarse del castigo, interesados todos en aplicar á un miserable ratero, mientras que los monopolistas y usurpadores de inmensas fortunas, son á veces los que pronun—

cian la fatal sentencia! Y no se crea por estas ligeras reflexiones, que nos revelamos contra los usos establecidos: reconocemos que la sociedad no puede estar organizada de otra manera: todo cede á la ley física, y así como los grandes peces se engullen á los pequeños, el derecho del poderoso se hará sentir siempre sobre el mas débil. Empero, el mas débil suple con la astucia lo que le falta para dominar y poseer, y la eterna lucha del talento contra la fuerza, establece la balanza y nivela los poderes sociales.

El Charran suele salir airoso, por lo comun, de sus empresas: las antiguas repúblicas de Grecia se honrarian si hubieran poseido muchos individuos adornados con sus talentos escamoteadores, ciencia que si se reconocía necesaria en los remotos siglos, en los modernos es el primer elemento de un gobierno que aspire á su conservacion. Luego que el Charran ha hecho su pacotilla se retira para deshacerse de ella, y con su producto y el de su trabajo de por la mañana, atenderá, creemos, al cotidiano alimento. Sin embargo, este es otro de los problemas aun no resueltos acerca del Charran: cómo come, dónde y qué. Generalmente almuerza en la casa donde lleva el avío, y suelen guardarle las sobras del dia anterior, cuando las hay: mas las demas comidas, nadie se las ha visto hacer, y ni en los bodegones se ven Charranes, ni las hosterías los consintieran, ni menos las fondas y cafés, donde nunca entran. La opinion mas general es, que el Charran compra una rosca y unos cuantos manojos de pescado frito ú otro equivalente, y con ello satisface su apetito.

Por la tarde, como hemos indicado ya, se sitúa en la pescadería con un solo senacho, y lleva á las casas el pescado, cena indispensable á los habitantes de un puerto de mar, y cobra cuatro cuartos por el mandado. En seguida, se reune en el paraje público donde acostumbra dormir con otros compañeros, y despues de calentarse al rededor de una hoguera en el invierno, formada con birutas de carpintero, se tiende á descansar sobre el duro pavimento, ó se acuesta sobre el escalon de un portal, sin temer que le inquiete la ronda ni la policía; porque el Charran disfruta del privilegio de no necesitar domicilio, y cuando un alcalde de barrio encuentra una *piara* de Charranes durmiendo al abrigo de los cuatro vientos, luego que reconoce la especie de ciudadanos que infringen los reglamentos urbanos de la poblacion, continúa su interrumpida marcha en busca de algun vecino á quien aburrir con preguntas capciosas y sacar de sus confusas respuestas pretexto para no perder en la noche mas que el sueño. Y véase aquí otra vez, esa compensacion que nos reconcilia con los usos sociales y las leyes de proteccion y equidad establecidas.

Por la pintura de un dia se conocen todos los demas de la vida del Charran, salvo que en las festividades acostumbran frecuentar los paseos, vestíbulos de las iglesias y entradas de los teatros para aligerar á los concurrentes del peso de los pañuelos, relojes y aun los sombreros, sirviéndose de ingeniosísimos expedientes, y para cuya enumeracion necesitaríamos muchos volúmenes. Pero en todo lo que hemos referido hasta ahora solo se notan muchos trabajos y pocos goces, y hemos reservado expresamente estos para lo último, porque los goces del Charran no se parecen á los de ningun otro sér.

Todos los vicios le son familiares, y de ninguno abusa hasta el extremo de ofrecer escándalo. Por casualidad se encontrará un Charran ébrio por las calles, si bien es frecuente hallarlos en un portal jugando á los naipes, con media baraja tan mugrienta y estropeada, que solo ellos conocen los puntos, los palos y las figuras. Las chapas, ó cara y cruz, es tambien otro de sus juegos favoritos, y en las correspondientes estaciones el trompo y la pelota. Para sus juegos eligen el lugar que mas les acomoda, sea pasajero ó solitario, y como por lo regular terminan á puñadas luego que se les acaban los nietales, los transeuntes tienen que apartar á palos á los combatientes para abrirse paso en las calles estrechas. Estas frecuentes luchas ocasionan rencores y ódios entre ellos, los cuales terminan en *pedreas*, ó combate á pedradas en el torrente de Guadalmedina, costumbre que merece ser descrita, y que ha comprometido muchas veces la dignidad de las autoridades.



El Charran.

Málaga se halla dividida en barrios, cuyos habitantes se profesan mútua antipatía, siendo distintas sus costumbres, sus oficios y hasta el modo de vestir: los tres barrios principales son los de la Victoria, el Perchel y la Trinidad, y en sus rádios se comprenden diferentes *distritos* con su particular nomenclatura. Los Charranes, que salen de todos los barrios, pero que se acogen á la proteccion de aquel de donde proceden, son las guerrillas avanzadas que con sus pullas y motes empiezan picando el amor propio de sus contrarios respectivos, y cuando el sufrimiento llega á su colmo, numerosos grupos de combatientes provistos de hondas se dirigen al cauce del Guadalmedina, seco las dos terceras partes del año, y se saludan con peladillas del arroyo con grave detrimento de los transeuntes y de las casas inmediatas. A veces

llegan á tomar parte en estas contiendas trescientas ó cuatrocientas personas: resultan contusos, heridos y aun muertos. Las autoridades tienen que presentarse en el lugar del combate con alguna fuerza de caballería, única que impone á los *pronunciados*, habiendo acontecido con frecuencia unirse los dos partidos beligerantes para combatir y derrotar á los mantenedores del órden público. Estas escenas tienen lugar los domingos ó dias festivos, que en nuestro religioso pais cada cual santifica á su manera, y como en las ciudades de provincia solo en semejantes dias pasea la generalidad de la poblacion, y los apedreantes y apedreados emprenden la retirada haciendo fuego, resulta que muchos pacíficos vecinos que salieron de sus casas libres de todo mal, vuelven á ella con la cabeza entrapajada, un ojo de menos ó la nariz hecha una plasta. Hay temporadas en que las pedreas se repiten periódicamente y con la debida solemnidad, cada ocho dias tomando en ellas parte chicos y grandes, mozos y ancianos: los bandos prohibiéndolas y marcando terribles penas á los contraventores son inútiles, y las autoridades civiles y militares con el correspondiente auxilio, tienen cada ciento noventa y dos horas que tomar la iniciativa práctica en el negocio, hasta que pasa el furor de divertirse á pedradas.

Pero volvamos á nuestro Charran: entre los vicios que le adornan no podia faltarle el de fumador, pero original en todo ha reducido este vicio á la mitad, contentándose con el consumo del tabaco sin exponerse á comprarlo. Su frágil caudal no resistiria á semejante ataque, y así se procura cigarro del mismo modo que los traperos las primeras materias para elaborar papel. Cuantas puntas encuentra, otras tantas recoge, y luego que ha reunido la cantidad suficiente para formar un cigarrillo de papel, lo saborea solo, ó en comunidad, participando de su aromática fragancia cuántos han contribuido á su creacion. Cuando son varios, el método para apurar un cigarro es el siguiente:

Se colocan en fila por órden de antigüedad, y echando suertes, el último á quien toca la china, coge el cigarro y lo enciende. Toma una bocanada de humo, y acercándose al primer compañero, junta con la de este su boca, y le echa el humo, practicando igual operacion hasta el último: y esto se reproduce hasta que se consume el cigarro. Muchos que no acostumbran tragarse el humo, devuelven á otro compañero la bocanada que reciben, y una misma *chupada*, sirve á veces para deleitar las fauces de media docena de fumadores.

El Charran toma parte en todos los acontecimientos que producen bulla y algazara: forma la vanguardia en todos los regimientos que entran y salen de la ciudad; asisten á todos los bautismos; acompañan á todos los entierros; saben cuanto ocurre de notable en la poblacion y sus alrededores: tiene en la memoria todos los aniversarios, es él que grita en todas las proclamaciones y el que victorea á los héroes y á los que no lo son. Cuéntase, que en la guerra de la Independencia, cuando los franceses se presentaron delante de Málaga, salió á combatirlos toda la poblacion, armada en su mayor parte de entusiasmo y cuchillos de cocina, pero como de costumbre precedida de una cohorte de Charranes que gritaban «Viva Fernando VII!...» Sucedió lo que no podia ménos de suceder: la metralla de los gabachos decidió la cuestion, y los franceses entraron en Málaga, precedidos de la misma cohorte de Charranes, que gritaban: «Viva Napoleon!...» ¿Dónde estuvieron durante la desigual batalla? ¿Cómo se arreglaron con el vencedor? La historia de aquellos sucesos solo ha consignado el que acabamos de relatar.

Por último el Charran es una individualidad única en su género que solo pertenece á la ciudad de Málaga: ningun matiz le liga con la clase en que entra despues, cuando la edad le arroja fuera del gremio. Entónces, por violenta que la transicion parezca, se confunde sin estrépito ni oposicion: la palabra Charran, lejos de envanecerle le ruboriza entónces, porque es una expresion denigrativa; repudia su orígen, lamenta su juventud perdida en el ócio: si su fondo es bueno, toma un oficio, se casa, llega á ser padre de familia y ciudadano honrado; mas si el vicio endurecido y fomentado con la ociosidad pesa mas que la buena índole, se dedica á maton ó pillo de playa, tiene cuentas con la justicia y acaba sus dias, ó viajando en Africa, ó á manos de un compañero, ó en el elevado puesto en que la sociedad satisface sus venganzas mutilándose á si propia.

RAMON DE CASTAÑEYRA.

EL HORTERA.

SERÁ todo lo que V. quiera, señora, pero yo no puedo faltar á las órdenes de S. E., respondia con gravedad cierto portero del ministerio de Hacienda, á una enlutada matrona que pretendia hollar la consigna ministerial con estas palabras:

—Cuando sacaba de su tienda...: sí señor, tienda ó lonja de azúcar y canela, haciendo la vista gorda interin el *Escelencia* de ayer, suplia con la mano sobre el platillo, las cuatro onzas que faltaban á los garbanzos para equilibrarse con la libra de hierro.... entónces mucha parola y.... Luego el Pavonazo en el chocolate, que mi difunto no murió de otra cosa.... ¡Vaya un ministro íntegro!

—¡Señora! ¡Señora!

—Pues no hay mas, ¡clarito!... ¡Un *Hortera* en el ministerio!!.... ¡No faltarán contratas por partida doble!

—¡Oh mengua! murmuramos nosotros, apénas hubimos escuchado la jaculatoria de la parroquiana. ¡Ministro nada menos ese Hortera, cuando el nuestro aun no ha salido de las montañas que le vieran nacer! Y llenos de vergüenza con tan escandalosa inaccion, abandonamos la antesala ministerial, y tomando la pluma con resolucion, juramos no dejarla de la mano hasta que el protagonista de este artículo llegue á ser prestamista de su cofrade el Excmo. Sr., que gracias á su «conciencia de mercader» cobraba un veinte y cinco por ciento de ganancias extraordinarias cuando pesaba garbanzos.

Pero apénas hemos empezado nuestro viaje hácia las montañas de Santander, y ya nos sale al encuentro una recua de diez arrogantes mulos que conducen con toda resignacion 19 fardos de Escocia y Lin, suficientes para formar nueve cargas y media, que haciendo tercio con un muchacho de 12 á 14 años de edad, es para nosotros lo que el diamante en bruto para el artista que lo ha de tallar y pulir. Este fardillo de carne humana, grueso y colorado, con el pelo sobre los ojos, y una boina de yesca de chopo, andará muy en breve rodeado por una docena de agentes de bolsa, que le harán hacer un millon de operaciones al contado, ó será Director del Banco y tratante en bienes nacionales, y tomará en arriendo el derecho de puertas, y la sal, y el papel sellado.... y tal vez llegue dia en que se saque á pública subasta el total de las rentas públicas, y ¿quien sino el poderoso comerciante ha de tomar la contrata de mantener á rancho la nacion Española?... Lo cierto es que ya le han desliado del aparejo y tenemos al recien venido entre los brazos de su tio, propietario y longista de Ultramarinos en la calle de A.... El Horterita apénas sabe de-

volver los saludos del tio, de los primos y hermanos que hace poco tiempo llegaron á Madrid con el mismo pelo de la dehesa, bajo el cual encubre nuestro mancebito ciertas habilidades que aprendió en la aldea, entre ellas la circunstancia esencial de leer muy bien toda clase de manuscritos, y deletrear con bastante torpeza los impresos.

Y aquí por via de nota, y para evitar un rato de *Panlexico* á los lectores de provincia, decimos que el *Hortera* de Madrid, es el *Cajero* de Sevilla, el *Factor* de Valencia... y en suma: este artículo habla con todos los dependientes de almacen, que á beneficio del mostradôr, son figuras de medio cuerpo eternamente.

La primera operacion que sufre el Hortera es una especie de saturacion sacaróidea, á fin de asegurar los sacos del azúcar, y demas géneros golosos de cualquier apetito desordenado de gula: consiste esta en dejarle comer, de chocolate por ejemplo, una, dos ó mas libras hasta que se resienta el estómago, y el recien llegado aborrezca los géneros coloniales y ultramarinos. ¡Oh! este es un antídoto excelente para los ratones domésticos, y está fundado en ciertas leyes de química-económica indestructibles. Pasan en seguida á enseñarle todas las aplicaciones que tiene la mecánica en las trastiendas, y allí es donde aprende á introducir la mano en un saco lleno de legumbres rancias y secas, para sacar el único puñado que haya de granos frescos y gordos. Entra despues la parte de geometría aplicada á los cubiletes, y en esta seccion se manifiestan las diferentes clases de cucuruchos que se conocen, su estructura y medios de construccion mas ó menos cónicos segun la cantidad que deban aparentar contener, y la que en realidad contengan. Apénas ha pasado el Hortera quince ó veinte dias haciendo cucuruchos de todos calibres y ya tratan de egercitarle en la difícil tarea de la tecnología comercial, ó de puertas á dentro, y en la vulgar ó de mostrador. Consiste esta última en los diferentes nombres, sinónimos para los que estamos en el secreto, que emplean los consumidores al solicitar las mercancías; y la primera está reducida á que el expendedor sepa que los depósitos de azucar designados con los títulos de 1.ª, 2.ª y 3.ª ó mas clases, son tres substancias distintas desde que se emanciparon del saco en que se hallaban todas juntas. Lo mismo sucede con el té de la China y el café de Moca (véase cascarilla de cacao tostada); todos estos géneros viven democráticamente en las cuevas ó en la trastienda, y luego que pasan á la pieza de recibo cada cual toma la aristocrática elevacion que le depara la casualidad. Si hubiera otros Esopos y Samaniegos, que se ocupasen de hacer hablar á estos objetos inanimados, no quedaria impune la desfachatez del Hortera cuando pregunta á los parroquianos si quieren el cacao de Caracas, de Guayaquil ó Soconusco, siendo así que el único que tiene designado con esos tres nombres, merced á la division que todos sabemos, no ha tomado carta de naturaleza en ninguno de esos lugares. Pero supongamos que ya se ha concluido el noviciado horteril, porque seria eterno referir todos los ágios y evoluciones que en ese tiempo se enseñan (la vara de medir solamente necesitaba un tomo en fólio) y veámosle colocado detras del mostradôr en el almacen de Ultramarinos.

Extraordinaria y vasta podrá ser la táctica comercial de puertas adentro segun indicamos en la parte de cubiletes y mecánica, pero nada es comparable con la diplomácia horteril, y pocas cosas hay tan sublimes como el aire de reserva que imprime á todos sus actos exteriores. La manera que tiene de presentarse al público, encastillado entre los sacos del arroz, parapetado con los fardos del bacalao, y presentando entre su persona y la de los parroquianos un enorme tablon, pintado de azul ó de amarillo, es una cosa digna de notarse si se atiende á la masoneria que observan todos los dependientes del almacen.

Apénas abre su tienda, por la mañana temprano, y ya la encuentra invadida por el Albañil, el Carpintero, el Zapatero, y toda clase de jornaleros que saliendo de sus casas para sus respectivos trabajos, acuden presurosos *á echar la sosiega* con una copa de aguardiente en casa de nuestro lonjista, que saluda á todos con el mayor agrado y les sirve con no menos esmero. Esta reunion de bebedores heterogénea ya, por los distintos oficios á que cada uno se dedica, no



El Hortera.

lo es menos por las diversas opiniones políticas que cada cual profesa, ó cree profesar. En los tiempos que el Albañil se dedicó al oficio, era indispensable llevar gorra de voluntario realista para encontrar trabajo, y como no se podia usar este distintivo sin pertenecer á la regimenta, entró en las filas todo el que no quiso morirse de hambre. El Zapatero es algo mas jóven, y se ha encontrado con un gobierno constitucional, que tiene ciudadanos armados, pero que los llama M. N. y unos maestros de obra prima que exigen gorra de cuartel para hacer zapatos; ¿pues que remedio sino ser miliciano y llevar gorrita? El Carpintero es hombre de chispa: á la muerte de Fernando VII persiguió á su padre por carlista y le dieron trabajo en la

Casa Real; pero le han quitado el destino los santones y ahora dice que es republicano. Pues siendo tan imposible amalgamar los pareceres políticos de estas gentes, como evitar que discurran sobre la contestacion que dió el gobierno al embajador ingles, y digan que es un majadero el general de division en haber atacado por la izquierda, etc., no es nada fácil tampoco que la noche anterior al aguardentoso desayuno faltasen retenes y patrullas ó cuando menos algun extraordinario ganando horas; cualquiera de estas cosas es suficiente para que se entable una acalorada discusion politica, en la que suele tomar parte algun escarolero, ó tal cual lego esclaustrado ayudante de cocina en casa de algun marqués y senador por añadidura. Ultimamente disputan y todos desocupan sus respectivas copas andogabo el uno por la república, el otro por el gobierno representativo, quien por el absolutismo, á cuyo parecer se une gustoso el asturiano, y aun hasta el lego, pero este último quiere que se añada la inquisicion sin telarañas. Llega ya el lance terrible de ser interpelado el Hortera, y en esta embarazosa y difícil posicion es donde mas luce la diplomácia de mostrador: con todos sonrie, á todos trata de dar la razon, y jamás se conmueve aun cuando parezca que la discusion se decide por un partido ó por otro; su principal y casi único cuidado es el de no distraerse en el cobro de lo vendido.

Mas no consume el Hortera toda su charla y agrado con los jornaleros y mozos de compra: las criadas de servicio son recibidas con no menos agasajo y atencion, mediando varios requiebros de una y otra parte con tal cual apreton de manos, cosa muy admitida entre los Horteras, y que no puede dar celos á nadie que conozca las leyes penales de estos individuos mercantiles. No haya miedo que se enamore ninguno pesando azucar ó envolviendo té; serán muy vehementes en sus pasiones, pero en los actos del servicio las tienen paradas, ó cuando mucho á media cuerda. —Apunte V. que le quedo á deber los 12 reales del chocolate y los ocho cuartos del almidon, dice una mujer al abandonar la tienda.—Vaya V. con Dios, vecina, y no se burle, replica el Hortera á voz en grito, y repitiendo por lo bajo doce y uno trece.—Gracias, responde la deudora, ahora lo bajará el muchacho. Y apénas ha quedado solo el lonjista saca un gran libro azul y escribe: «Es en deber D.ª Fulana, la vecina, lo siguiente....»

Así ocupado en lances de esta naturaleza consume los dias el lonjista, sin que ningun hecho notable le haga distinguir el lunes del martes ni este de todos los demas de la semana, hasta la mañana del domingo inclusive, porque la tarde.... ¡Oh! la tarde de los dias festivos merece un párrafo exclusivo, y no seremos nosotros ciertamente los que nos opongamos á que el Hortera pase su visita de ordenanza á las fieras del Retiro y demas accesorios de tan saludable medida higiénica. Y como en esta caminata nos ha de acompañar tambien la *aristocrácia horteril*, no será del todo inútil dar un corte á la pluma que ya parece estar algo cansada, y echando á la espalda la mochila del café hacer unos cuantos giros comerciales con la vara de medir. Para esto no tendriamos necesidad de trasladarnos á este ó el otro punto de la capital porque la profecia de S. Vicente Ferrer se ha cumplido, y ya tiene Madrid mas tiendas que compradores; pero sin embargo, la escena pasa en la calle de Postas, ó sease *boulevard* de coruñas y viveros. A la derecha se ven tantas tiendas á piso bajo, como balcones de entresuelo; á la izquierda cada ventana tiene debajo de sí un almacen de lienzos; y en ambos lados y bajo toda clase de gobiernos, se despachan géneros del reino y extrangeros.

Trabajo cuesta penetrar la muralla de gente que á todas horas defiende estos almacenes, pero nosotros hemos resuelto llegar hasta el mostrador para tener mano á mano un rato de parola con el Hortera, y lo conseguiremos fácilmente marchando detras de una jóven elegante y hermosa (con menos letras se dice fea, ¡pero está lleno el tintero!...) que desde el umbral de la tienda es saludada por el comerciante. Esta apreciable señorita habrá madrugado á las once de la mañana, si por casualidad no estuvo de *sarao* la noche anterior, (aquí no hay *soirée* que valga) y no teniendo amigas á quien visitar, ni esperanzas de que saliese el sol para bajar al Prado, abandonaria la casa paterna con estas palabras:—Mira, mamá, estoy fatal de los nervios; que me acompañe el muchacho y *voy de tiendas*.—Pero, hija mia, ¡si estás llena de ropa!—No tengas cuidado, mamá, lo hago por divertirme.... no he de comprar nada, pero los haré revolver un rato. Pasaré primeramente por casa de Giués á ver lo que han recibido de nuevo, y luego voy á sublevar toda la calle de Postas.—Anda con Dios, responde la madre satisfecha con las económicas diversiones de su hija, sin reflexionar que los guantes estorban para conocer la calidad de los tegidos, que el Hortera tiene mucha franqueza con las parroquianas, y.... en fin, lo menos era que cogiese la blanca mano de la niña entre las suyas, si no las tuviera llenas de sabañones en invierno, y un tanto ásperas en verano.

Llega por fin nuestra jóven á descansar sus brazos sobre el mostrador, y todos los Horteras se acercan á recibir órdenes, apoderándose uno del abanico, otro del pañuelo, quien examina los guantes, adulándola todos á porfia, hasta que una manola que está comprando terciopelo para una mantilla, dice al mocito que la despachaba:—Oiga usté, D. Cachucha, sabe usté que mi monea es tan rial como la de cualquier señorona; y que tengo dos onzas en el bolsillo, y algunas mas en casa para sacarlo á usté de probe!—¡Alsa, Manola!—¡Quiá!.... ¡si me llamo Juana, so escocío!... ¡si no tiene usté mas gracia con las usías está ubiao! Estas palabras dan á conocer al principal del almacen la gravedad que pudiera tomar aquel lance, y reflexionando que la manola paga mejor, ó por lo menos mas pronto que la señorita, acude á despacharle él mismo, dejando que uno cualquiera de los dependientes despliegue ante los ojos de la caprichosa niña cien piezas de tela de cien varas cada una.

—Este *chaconá* es muy claro, y tiene un hilo muy grueso.

—¡Oh! no señorita; es de lo mas fino que se hace, y estos colores son eternos, aunque se laven con agua hirviendo. Hemos tenido un despacho horroroso; ayer se vendieron cien cortes, y tenemos pedidos treinta para Mad. Victorina, que escasamente....

—¿Y me quedaré yo sin nada?

—¡Oh! no tal, ¡para V. siempre hay una pieza!...—Pero ahora no, porque mamá no quiere; pagó ayer dos mil reales de tres sombreros á Madama Capot y está que trina.

—Mejor, replica el Hortera, entregando un lio al criado de la jóven.... Ya saben Vds. que todo cuanto yo tengo.... (quisiera venderlo sin regatear como esto, añade por lo bajo).

—¡Y tienen Vds. una tela para vestidos de calle que llaman!... ¡llaman!...

—*Ilusion*.—No.—*Palmeriana*.—Tampoco.—*Poplin*, *Chalin*, *Clarin*, *Smirna*, *Fantasía*, *Damasquina*, *Rua-celin*....

—¡Eh! basta.... Fantasía quiero.—Pues, sí señora; vea V. que cosa tan preciosa.... parece imposible el adelanto que se observa en nuestras fábricas de Cataluña.... Tú que tal dijiste, ¡desventurado comerciante! Apénas oye la niña que se trata de géneros nacionales, vuelve la vista, y dice:

—¡Quite V. allá, hombre! ¡á la legua se conocen los géneros catalanes! ¡qué cosa tan ordinaria!—Pues crea V....—Mira, interrumpe el dueño del

almacen, todo asustado con la patriótica franqueza del compañero, sácale á esta señorita la fantasía inglesa. — ¡ Pero, si !...

— Ahí la tienes debajo de la catalana; y guarda esa hasta que venga alguna lugareña con poco dinero....

— De valde es cara, interrumpe la caprichosa compradora.

— Ciertamente, contesta el principal, añadiendo *sotto voce*.

Ella lo ha de pagar, y será justo
Bautizarlo de ingles por darla gusto.

De este modo consiguen vender á doble precio las peores piezas de tela que por esta circunstancia suelen estar las últimas en los almacenes, y la ignorante jóven sale muy satisfecha de su fantasía inglesa.

Sin notar que en su exótica manía
Está la verdadera fantasía.

Y ahora que la fantástica niña se retira del almacen, apartamos nosotros la vista de los *Chaconás* y los sabañones, para preguntar al lonjista de Ultramarinos por aquel comerciante en bruto que tragimos de Santander, y dejamos en la lonja haciendo cucuruchos. Pero vétele, busca al sobrino de su tio. Apénas descubrió el vasto porvenir que la carrera mercantil le presentaba, se emancipó de la tutela, estableciéndose por sí en la misma calle, no sin haber estudiado antes un año de partida doble en el Consulado. Lo primero que se descubre á la puerta de su casa-lonja, junto á la muestra del algodon y las ballenas, es un farolito de cristal que indica la residencia de los padrones vecinales entre las cajas del café; pero el alcalde de barrio no está sin embargo al mostrador, porque como capitan de la fuerza ciudadana se halla de guardia en el Principal. En la tienda le esperan varios señores, entre ellos uno que pretende ser diputado á Córtes, y solicita la influencia horteril; otro que le va á ofrecer dos mil duros por una accion en el gran molino de chocolate, y fábrica de azúcar que el lonjista ha establecido en comandita con unos primos suyos; y el resto de personas está compuesto casi en su totalidad, por agentes de bolsa que acuden á ofrecerle sus trabajos noticiándole las operaciones del dia. Todos estos negocios distraen al lonjista de su primitiva profesion, obligándole á cambiar el mostrador por un magnífico bufete, á poner carretela, traspasando los sacos del arroz por otros tantos lacayos; y si antes tenia á la puerta de su tienda un hombre que vendia buñuelos y le daba conversacion á ratos, ahora tiene un aristócrata portero, que niega la entrada á todo el que no lleva dinero ó lo solicita á un cincuenta por ciento; y últimamente, se pone en pié cuando sale ó entra su señor, y le da usía mientras sube á la carretela.

Las anécdotas y cuentecillos andan por la calle. — Chica, se dicen las mujeres del barrio unas á otras, ¿sabes tú de quién es esa casa? — Toma, del mismo que tiene toa la manzana! — ¡Te acuerdas que escurrio andaba en el almacen! ¡parece imposible que dé tanto de sí el bacalao! — ¡El bacalao es lo de ménos, chica! ¡donde está el busilis es en el chocolate! — ¡El chocolate!!!

Y como quiera que el nuevo capitalista, está ya fuera de nuestra tutela, y libre por sus aristocráticas pretensiones del nombre con que le hemos señalado hasta aquí, renunciamos á ser en adelante sus cronistas, y concluimos dando un vistazo, con arreglo á lo ofrecido, por las diversiones horteriles en los dias festivos.

Son las dos de la tarde en verano y se abren tres puertas de la calle de Postas para dar salida á otros tantos dependientes de almacen; (en estos dias es un poco arriesgado decir Hortera). A este triunvirato mercantil se reunen dos mancebitos de la calle del Cármen, igual número de la de Toledo, y cuatro ó cinco delegados de otros puntos. Las dos y cuarto son cuando la caravana horteril rompe su marcha atravesando las principales calles de Madrid para dar con las levitas-sotanas de sus individuos nada menos que en el real sitio del Retiro, adonde satisfacen su curiosidad, viendo las fieras, y desocupan sus bolsillos echando á los patos unos mendrugos de pan. La puerta de Alcalá los brinda en seguida á dejar la Corte, ofreciéndoles una hermosa pradera donde jugar á los bolos, y en esto ocupan la tarde hasta las cinco, á cuya hora vuelven á sus respectivos almacenes, no sin entrar primero en una botillería cualquiera, para apagar la sed con un cuartillo de leche amerengada, y el hambre con un puñado de bizcochos.

En los domingos y fiestas solemnes del invierno no juegan á los trucos, ni ven las fieras, pero suelen ir al teatro, porque aunque ellos no pidan para esos dias precisamente la *Pata de Cabra*, ni los *Polvos de la Madre Celestina*, el empresario sabe que no le honrarian con su presencia si diese otras funciones, y no se espone jamás á semejante disgusto; cuando mucho se atreve á sustituir esas comedias con la *Redoma encantada*, y el *Naufrágio de la fragata Medusa*. Y aunque el sainete no sea *Paca la salada*, es con precision *Merienda de Horterillas*.

Lo único innegable, pero cuya causa nadie ha podido explicar aun, es la facilidad que tiene toda clase de personas para reconocer á golpe de vista los Horteras. Séase que cuando la ropa no ajusta al cuerpo, indica poca legitimidad de pertenencia en el que la lleva, y que un muchacho de quince años con una levita-sortú que se hizo para un hombre de cincuenta, nunca será otra cosa sino una máquina que hace andar una levita; ó bien que los enormes picos de la camisa vayan retozando con el sombrero, y que este tenga tantas pulgadas mas de diámetro cuantas se necesitan para cubrir el cogote ó parte de la oreja. En fin, sea de ello lo que quiera, lo cierto es que en cuanto se ve alguno con todas ó parte de estas cualidades, involuntariamente se dice: ¡*Ahí va un Hortera*!!!

ANTONIO FLORES.

EL GUERRILLERO.

Como el racimo á la cepa, como el grano á la espiga, como el contramaestre á su buque, como los harapos al pordiosero, como el hambre al esclaustrado.... como todas estas cosas se pega el Guerrillero á España; entre nosotros nace y entre nosotros muere, sin que nadie haya podido hasta ahora traducir á otro idioma ni á otras costumbres extrañas ni la palabra ni el tipo que ella representa.

El que haya visto alguna vez á un moceton de pelo en pecho atravesar con la nieve á la cintura las mas ásperas quebradas de las Amézcuas, las escabrosidades del Maestrazgo, la cima del Monserrat ó las áridas montañas que producen el tan sabroso como poco célebre queso del Cebreiro; el que haya visto á ese moceton desafiar tranquilo la constancia de cien valientes perseguidores y el furor de seis inviernos, sin mas defensa que un fusil roñoso no limpiado en toda la campaña, y una canana vieja atestada de húmedos cartuchos, sin mas abrigo que el pantalon y la chaqueta, el gorro catalan ó la boina navarra, las alpargatas y para casos de apuros la parda y fementida anguarina; ese tendrá una idea aproximada del primitivo Guerrillero español; del soldado de fortuna; del hombre que al primer grito de guerra contra propios ó contra extraños sacude la pereza, estira los miem-

bros, lanza un voto y cuatro ternos al aire, y abandona el taller ó la labranza, dice un alegre á Dios á los padres, á la mujer, á los hijos y al miedo, y trepa á los montes y merodea por cuenta y riesgos propios, todo el tiempo que tarda en reunirse á un cuerpo irregular compuesto de otros independientes como él.

Pero no basta conocer el trage y las armas de nuestro aventurero de montaña, porque estas y aquel sufren notables variaciones, á medida que se prolonga la vida errante: para no equivocarlo con otros guerreros, que aprenden el ejercicio en linea ántes que la táctica de guerrillas, es necesario estudiar sus costumbres que conservan sin alteracion; y esto no es tan fácil como parece, porque al cabo ningun Guerrillero se presenta á todas horas en público, para que los diseñadores de tipos le tomen por modelo cuando se les antoje: por esto mismo se hace indispensable que sigamos a nuestro querido compatriota por las tortuosas veredas que conducen á sus guaridas, aunque nos expongamos á rodar hasta el fondo de un abismo; que le contemplemos haciendo cara al enemigo, parapetado detras de alguna tapia, ó desapareciendo sin saber como de las manos y de la vista de sus contrarios; que nos riamos cuando enamora al patron de su alojamiento para que este no oiga el cacareo de sus moribundas gallinas, victimas inocentes del hambre golosa de un atrevido compañero, y por último que nos admiremos de su ignorancia y de su paciencia.

El Guerrillero no es catalan, ni aragonés, ni vascongado, ni andaluz, ni gallego: el Guerrillero es español, y siempre que en España haya discordias intestinas ó guerras de potencia á potencia, habrá españoles en las montañas. Ademas, el Guerrillero es el hijo predilecto de nuestras provincias, porque todas le consideran como un reflejo de su propia gloria, por lo mismo que todas son guerrilleras.

Eranlo ya siglos atrás, y un hombre célebre, Viriato, que

> Pasando de pastor á bandolero,
> Y de aquí á capitan el mas famoso,
> Fue gefe á los romanos ominoso.

fue asi, no solo el primer guerrillero, el primer héroe faccioso de la península ibérica, sino tambien el verdadero, el único original de todos los facciosos, de todos los guerrilleros audaces que, como él, han sabido despreciar la muerte, y adquirir gloria.

Pesada y fastidiosa es la erudicion histórica para traida á cuento en artículos como el presente, pero á la historia tenemos que acudir muchas veces, con riesgo de pasar por eruditos á la violeta los que apetecemos escribir de cosas sabidas de todos y por ninguno examinadas. Viriato, faccioso contra Roma y de Roma vencedor, es el espejo de Pelayo, faccioso de las montañas de Asturias y restaurador de la monarquía goda, así como lo es de Mina, faccioso contra Napoleon, y de Napoleon triunfante en mil encuentros. Y Mina no habia leido la historia en 1808: pero ¿qué importa? Mina y el Empecinado y Longa y Sanchez, eran españoles como Viriato, y como el fueron herreros y pastores, y como él pelearon y vivieron. Corrieron los años, y en pos de 1808 llegó 1823, y renació el Guerrillero lusitano en Juanito y en Merino y en Santos Ladron; pero ya no era pastor Viriato, porque se presentaba en la tercera ó cuarta edicion de su vida airada, y porque 1823 no podia convertirse en 148 ántes de la venida de Jesucristo. Despues hemos tenido nuestro 1836, en que Viriato ha vuelto á trepar por las montañas desapareciendo como un meteoro bajo los pseudónimos de Zumalacarregui y de Cabrera. ¿Quien sabe los años que andando el tiempo tendrán nuestros hijos? Esta es en reducidísimo compendio la tradicion histórico-guerrillera de España; pero siempre aparece en ella puro el tipo, no ha degenerado; el mismo ahora que en su origen, aunque sujeto á la influencia mas ó menos pronunciada de los siglos; tan activo, tan emprendedor, tan resuelto ántes del v, como en el primer tercio del xix.

Ningun hombre apocado sirve para Guerrillero: la vocacion se revela desde los primeros años por un espíritu de independencia, por un prurito de contradiccion y de descontento, que impelen al español neto á murmurar de todo el que manda: así que aquellas provincias que tienen fama de mas antojadizas ó de menos sufridas, son las que mejores Guerrilleros producen: ellas son en todo caso las que dan la señal, arrostrando las primeras consecuencias de un levantamiento; á su ejemplo se alzan las otras y envian sus arrojados hijos á los montes, que son siempre teatros de sangrientas hazañas y de venganzas inauditas.

El aspirante á Guerrillero, que teme ver cortadas sus alas antes de haber podido desplegarlas, desaparece de su casa y de su pueblo, sin mas equipage que el encapillado, á fin de no esperimentar embarazos en su ligera marcha. Todos sus planes para lo futuro se reducen á no ignorar que hácia tal parte (unas dos leguas de su pueblo) ha aparecido, no se sabe si bajada de las nubes, una partida de *voluntarios*, defensores de... en esto no está muy seguro el aspirante, pero se hace prudentemente el cargo de que tendrá tiempo de sobra para conocer la bandera que ha elegido: el hecho es que hay *voluntarios* en el pais y esto le basta.

Bebe un trago en la primera taberna, y como posee una dósis muy regular de astucia, primera condicion que debe adornar al Guerrillero, se informa de *si hay ladrones en el camino y en donde están poco mas ó menos*. Si conoce que nada tiene que temer en la taberna, se declara en ella *voluntario* y pone el establecimiento en contribucion, asegurando que no tardará en llegar el gefe con la partida. El tabernero empieza á meditar las consecuencias que indudablemente acarreará para sus pellejos la irrupcion de los *voluntarios* y ruega al aspirante con las lágrimas en los ojos, que beba cuanto quiera y que se marche pronto, á fin de evitar compromisos con las autoridades. Entónces dá principio el mozo á un reconocimiento formal de la taberna; pide aguardiente, pan y un cacho de queso para hacer boca; pasa la mano por la cara á la tabernera, la cual por el bien parecer le devuelve un bofeton, mientras el marido lo toma á risa, tambien por el bien parecer; en seguida escribe cuatro garabatos fechados desde el *campo del honor*, y manda que, *so pena de la vida*, sea entregada aquella carta á su madre, *por convenir así al real servicio*; repara luego que en un rincon se consume una arma vieja sin pié de gato, aunque la bayoneta está corriente; asegura que es un fusil famoso, y se lo apropia con intencion de cambiarlo por otro á la primera coyuntura; pica un cigarro, echa la espuela con el último medio chico de aguardiente, vuelve á pasar la mano á la tabernera, que esta vez no se ofende de la gracia, alarga los cinco al esposo estupefacto, que pone una cara de arcángel al contemplar tan simultáneas operaciones, y toma, sin pagar por supuesto, la vereda del monte, entonando el *Mambrú se fué á la guerra*.

Al llegar al punto en que cree encontrar la partida de *voluntarios* dá de manos á boca con una rolliza aldeana, que compadecida de su error le informa de que en el pueblo hay tropa.—¿Cuántos son? Esta es la primera pregunta del aspirante.—Mas de veinte contando con el comandante, responde la mozuela.—¿Y los *voluntarios*?—Se han ido ispersaus.—Ea, pues venga un abrazo por el aviso, salerosa.

Y quiera que no arroja el fusil á tierra, me la pesca por la cintura, y entre chillidos y juramentos, y traspieses y carcajadas, le espeta un par de besos tan sonoros y redoblados como un castañeteo de dedos en tiempo frio: ella se limpia los abrasados carrillos con

el delantal y huye hácia el pueblo á todo escape: nuestro voluntario se oculta entre las quebradas del monte y acecha el instante de la salida de la tropa. El oficial que la manda ha olido que anda algun moro por la costa y dispone una batida: el voluntario ni se mueve ni espira en su escondite; agachado, con la bayoneta armada observa cuanto pasa, y cuando ve que los soldados están á veinte pasos, se desliza monte abajo como una culebra, sube á otro repecho y da un silbido para escarnecer á sus adversarios: estos continuan el alcance, y él los lleva de monte en monte y de quebrada en quebrada, hasta que el comandante convencido de la inutilidad de sus esfuerzos reune la tropa medio estropeada de subir y bajar cuestas y oprimida con el insoportable peso de la mochila y el correage.

El *voluntario* cada vez mas ligero y dispuesto á nuevas correrias vuelve por lo regular al mismo punto de partida, y entra en el pueblo abandonado una ó dos horas antes por el enemigo. Allí, sin encomendarse á Dios ni al diablo llama á la plaza al señor alcalde, y en medio de todos los muchachos que le rodean pide alojamiento, tres raciones de pan y carne y un cuartillo de vino. Sorbe este de un solo embite, manda á la patrona que le prepare un guisado, se lo tragela, guarda las sobras del pan en una funda de almohada de la misma patrona, que ha tenido la habilidad de convertir en morral interino, cuenta á quien quiere escucharle cuatro bolas acerca de sus campañas, y se marcha socorrido para dos dias. Como no hace aun veinte y cuatro horas que falta de su casa, prosigue su aventurera ruta con la camisa que de ella ha sacado: pero si tropieza con el ama ó con la sobrina de algun cura ó con el mismo cura, es de cajon que ha de mudarse todas aquellas prendas del vestuario compatibles con la carrera profana que ha emprendido. No comete un robo supuesto que permuta, dejando su camisa basta y sucia y sus raidos pantalones por los pantalones nuevos y por la camisa delicada y limpia del cura. Verdad es que por las gallinas, por los chorizos y por los jamones nada deja, pero en desquite agasaja al cura y al ama, y á la sobrina, con los sabrosos manjares que á la iglesia regalan las bellísimas devotas del contorno. En honor suyo es preciso confesar que nunca toma chocolate, ni es aficionado al dulce, porque estas golosinas enervan el valor del hombre y dan muy poca consistencia al estómago: fuerte trago y razonable pitanza de volátiles y cuadrúpedos componen la cocina del *voluntario*, cocina que está seguro de encontrar todos los dias á su disposicion, por muchos obstáculos que se opongan á sus irregulares marchas y contramarchas.

El aspirante se matricula de Guerrillero desde el momento en que pide raciones á un alcalde, ó en que se ve perseguido por la tropa. Llegado cualquiera de estos casos, se deja crecer el bigote y las patillas, porque ya tiene á mengua el ocultar su profesion, y se convierte de la noche á la mañana en un soldado tan temible y tan agradecido que ni olvida un favor ni perdona una injuria. Pero no siempre puede permanecer aislado y se hace para él cuestion de vida ó muerte el formar una partida y constituirse su gefe ó el ingresar en otra ya formada. Como son menos en todos los estados del mundo las notabilidades que las individualidades, y como este no es un artículo excepcional, dejemos á un lado los genios de la profesion, ó sea el Guerrillero organizador, y concretémonos al Guerrillero en general, al soldado montañés de infantería que es el Guerrillero puro de España, sin tener en cuenta las combinaciones políticas y diplomáticas que de poco tiempo á esta parte intentan abrir una brecha en los rancios hábitos guerreros del tipo que nos ocupa.

Una partida de Guerrilleros, por numerosa que sea, nunca ataca en campo raso á tropas disciplinadas, si su gefe sabe la obligacion: lo que hace es sorprenderlas cuando puede y aunque se encuentra precisamente organizada para la ofensiva, las ventajas de la táctica que observa, cansando al enemigo, son portentosas para su conservacion y aumento. Por eso el Guerrillero nunca tiene plazas que guarnecer, por eso resiste en un punto, no porque el punto le interese, sino porque en él causa mayores pérdidas que las que recibe; por eso lo abandona y vuelve á recobrarlo cuando le conviene; por eso, en una palabra, no puede ser jamás vencido aunque casi siempre anda disperso en sus reveses.

Una de las principales obligaciones del Guerrillero, tal vez la mas importante, es conocer á palmos el pais en que opera: pocas veces traspasa los límites de su provincia natal para combatir en otras. De aquí resulta que siempre es dueño de fijar á su capricho el campo de batalla: desde que el éxito se manifiesta contrario, grita el gefe: *muchachos, á dispersion*; *dentro de dos dias todos en tal parte.* Y las guerrillas desaparecen en cinco minutos y avanza el vencedor, y por mas que se empeña, no logra dar alcance á cuatro hombres reunidos: es decir, que ha peleado tres horas para apoderarse de una posicion, que tiene que abandonar sino quiere perecer de hambre. El Guerrillero entre tanto merodea por los pueblos y caserios que casi siempre le protegen, se informa de cuanto hace el enemigo, penetra muchas veces en sus acantonamientos, y á los dos dias se incorpora infaliblemente á sus compañeros, para continuar aquella série nunca interrumpida de encuentros, escaramuzas, sorpresas, retiradas, victorias, descalabros, dispersiones y emboscadas. Pierde una accion, pierde seis, veinte: nunca padece de aprensiones, nunca se cree en mala situacion, porque está seguro de la bucólica y engaña el tiempo ocioso en pelar la pava con sus patronas, gente que se paga mucho de aventuras y de proezas: si ve la cosa demasiado apurada, se esconde en cualquiera parte, por ejemplo, en casa de sus mismos padres; porque sabe muy bien que es imposible que en ella le busquen y á fuerza de atrevimiento se burla de la mas exquisita vigilancia. Mejora el tiempo ó se hace menos activa la persecucion, y ya le tenemos otra vez en campaña sacando raciones, tiroteándose desde un ribazo, arrastrándose á guisa de reptil, para caer de improviso sobre un soldado que dos minutos antes le encaraba el arma, entonando canciones alusivas á la causa que defiende, asistiendo á las romerias con riesgo de quedar prisionero, aporreando alcaldes, y mojándose hasta los tuétanos.

Los aguaceros, la nieve, el hielo, las ventiscas de diciembre, las polvaredas, el abrasado sol de agosto... hé aquí los mas terribles adversarios del Guerrillero, adversarios que no consiguen domar su brio, ni enfriar su resolucion de vivir y morir defendiendo, malo ó bueno, el partido que ha abrazado. En el invierno camina, se bate, come, bebe, fuma, saquea, enamora y duerme empapado hasta los huesos: en el verano no se limpia el sudor para ninguna de estas operaciones. Cuando oye á media noche el toque de generala, salta del lecho y por muy cruda que sea la estacion, acaba de abotonarse los pantalones en la calle: se restrega los ojos, echa dos cuartos de aguardiente y ya está dispuesto para lo que quiera ordenar el señor comandante.

El Guerrillero jamás hace traicion á su bandera, es inaccesible á la seduccion y aborrece los finos modales, nunca acepta gustoso por gefe suyo á un oficial del ejército, gana sus ascensos á balazos y cuando se acaba la guerra vuelve satisfecho á su taller ó á la labranza de sus tierras, si tal es la voluntad del gobierno, seguro de la gratitud y consideracion de sus compatriotas. Si le toca la desgracia de caer prisionero y ser fusilado, muere como ha vivido; es decir, que las últimas prendas que le abandonan en el mun-

do son el valor y la conformidad. Si al contrario llega á ser general, el estado se procura en la persona del Guerrillero una adquisicion preciosa, porque su ruda franqueza, su talento, hijo de la experiencia y del



El Guerrillero.

infortunio, y la noble vanidad con que se complace en referir diariamente sus plebeyos principios, son una garantía segura contra la adulacion cortesana, contra todas las emboscadas que los ambiciosos preparan sin cesar al hombre elevado, de quien en alguna manera dependen la administracion de justicia, el decoro y el brillo de una nacion.

JOSE MARIA DE ANDUEZA.

EL AGUADOR.

Esto de beber agua es tan antiguo como la sed, y la sed es tan antigua como el hombre. Adan y Eva que diz que fueron nuestros primeros padres, es decir, nuestros padres, porque en esta materia no hay mas que ser ó no ser, lo mismo que en otras muchas cosas, debieron beber el agua de bruzes, esto es, absorviéndola de las fuentes del paraiso como pudieran, poniéndose boca abajo y mojándose las narices para remojar la boca. En verdad que yo hubiera dado cualquier cosa buena por ver al venerable Adan con la cabeza baja, lo demas empinado y las rodillas entre húmedas y arenosas, absorver agua de uno de aquellos arroyos, y cuando lo hacia no dársele un pito ni de su consorte ni de la creacion. Cuando se bebe agua nadie se acuerda de nadie; es un acto espontáneo que puede llamarse de *Soberania nacional*, de esos actos libres que prueban la esclavitud del hombre, pues todo sér que tiene necesidad de beber agua es esclavo de la sed. La libertad del hombre es la piedra filosofal, el Ave Fénix que nadie la encuentra; nos engañamos con ficciones y adelante con la música. Esto de engañarse es muy filosófico. La verdad, bien mirada, es en el mundo una atrocidad. Es mas todavia, es el espejo en que las miserias humanas se ven en toda su desnudez, y el hombre que así se ve tiene que sentir por necesidad no haberse muerto al nacer. Si los Aguadores fueran hombres que pensasen, no serian Aguadores. Sin embargo, ese oficio como todos los demas tiene sus contras y sus ventajas.

En suposicion de que el agua se necesita para muchos usos de la vida, y sobre todo para beberla, era natural, lo mas natural del mundo, que hubiese hombres que pagasen el agua y el trabajo de traerla. Hé aquí el orígen de los Aguadores. De que provincia fueron los primeros que cargaron con un cántaro ó cuba al hombro, no se sabe, y es uno de aquellos puntos que la historia deja en tinieblas. La historia es como la luna; tiene sus manchas, y manchas que nadie sabe lo que significan. Hasta cierto punto es una ventaja que la historia tenga sus paréntesis, porque como el mundo siempre ha sido malo, cuanto ménos se cuente de él, tanto mejor, y cuanto ménos de él se sepa mucho mejor. El agua en este mundo miserable, ruin y baladí, es artículo de primera necesidad, y como las fuentes no están por lo general á la puerta de la calle, hay que *trasegarla*, operacion (se entiende lo del trasiego) que los economistas creen que es una de las principales causas de la riqueza, en un mundo tan bien organizado que solo los tontos tienen dinero, y no solo tienen dinero sino que tienen razon, porque este mundo es de los tontos y no de los malos como decia S. Pablo. Con permiso de su santidad y sabiduría, no estamos enteramente conformes; la opinion es libre. S. Pablo tenia la suya y yo la mia. El era apóstol; yo no puedo serlo; pero eso de santo quien sabe si yo lo seré y si los dos discutiremos este negocio en el otro mundo. Y en verdad que seria cosa divertida vernos y oirnos á S. Pablo y á mí en el cielo discutir con la debida formalidad sobre los asuntos de la tierra. Nuestros lectores dirán ¿y que tiene que ver el cielo ni S. Pablo con un Aguador? pues tiene que ver, porque con la cuba al hombro y su chaqueta parda, un Aguador es un hijo de Dios y heredero de su gloria como cualquiera hijo de vecino, segun la doctrina del padre Ripalda.

La igualdad entre los hombres es la fábula mas consoladora que ha inventado la filosofía moderna, y el sueño mas delicioso de las constituciones que están en moda. Algo es algo; aunque no lo seamos, bueno es que nos lo figuremos. Al fin y al cabo esta vida se compone de *figuraciones*.

Nace en Asturias ó Galicia que tanto monta, un muchacho rollizo, carnudo y dormilon (la robustez da sueño) y este chico se cria como todos los del mundo, llorando mucho, mamando mas y privando del sueño á sus padres que es una de las gracias del matrimonio. ¡Oh! esto de casarse es la mayor de las felicidades. Es una locura mas de las que hacen los descendientes de Noe, condenados (y no sé la razon) á pasar este rio de la vida entre padecimientos y tribulaciones.

Pues señor, como ibamos diciendo, ese chico se

cria pobre y miserablemente, pero sano y guapote como una manzana. Cuando ya tiene doce años el ciudadano, cuida de una vaca, duerme á su lado sobre un lecho de paja de centeno y de yerba á medio secar. Llega á fuerza de leche de vacas y pan de maiz á ser hombrecillo, y entónces entra en cuentas consigo mismo y trata de ser algo en esta nada del mundo. Este es el momento en que la suerte decide de su miserable situacion. La diosa del hambre le inspira y se resuelve á venir á Madrid en busca de una cuba, objeto de todos sus deseos y emporio de su felicidad. Pero ocurre que el ciudadano independiente, pasados algunos años de su ambicion aguadoresca y sus deseos de ver la córte de España, en donde su abuelo trayendo y llevando cubas hizo el suficiente capital para ser alcalde, quiere serlo en su lugar, imponer multas á la gente decente y jugarla de plancheta, por aquello de, si quieres ver á Periquillo, dale un mandillo, y presidir la misa en los dias de fiesta con su capa reverenda y su reverenda estupidez adornada con el sello de la justicia. ¡Pobre justicia! Desde la caja de Pandora y mucho ántes, segun mi opinion, anda esta



El Aguador.

desgraciada señora por esos andurriales como muger perdida y de quien no hacen caso sino los malos.

Verdad es que en estos felices tiempos que corremos, la justicia ha invadido las casas de los hombres honrados para cometer con ellos iniquidades, como le sucedió no hace mucho á este pobre descendiente de Adan que sin comerlo ni beberlo tuvo que tragar la píldora y *viva la libertad*.

Eso de ser alcalde gusta mucho á los tontos. El mandar es propiedad de esa gente favorecida de la fortuna, que siempre favorece á lo peor. Vuelvo á la carga; este mundo es de los tontos. Pero anudando el hilo aguadoresco, pintemos, con la verdad en la mano, lo que sucede y lo que es en sí ese ciudadano á quien la Providencia destinó para llenar de agua las *heróicas* tinajas de la villa y córte de Madrid. No extrañen nuestros lectores el epíteto de heróicas aplicado á las tinajas, porque en Madrid son heróicos hasta los pucheros de Alcorcon, que se venden en la bajada de Sta. Cruz. Aquí todos somos héroes, desde los pucheros hasta las cazuelas que son una de las mejores invenciones del entendimiento humano (salvo el asador).

El ciudadano aspirante á Aguador ronda por las noches á las marusas de su lugar y aun de su concejo, y encuentra con alguna que le fija y será én adelante su amada esposa. Despues de los preliminares del matrimonio se casan en paz y en haz de la Santa Madre Iglesia. Ya tenemos á nuestro hombre hecho un ciu-

dadano completo, un benemérito de la patria, que un hombre casado bien merece ese título y aun algo mas. Luego que están en su casa (vulgo choza) se encuentran los dos esposados con que no encuentran nada. La miseria, patrimonio exclusivo de ese ser que se llama hombre, porque en este globo sublunar ni las águilas, ni los elefantes, ni las hormigas padecen de semejante achaque, pone en discusion *parlamentaria* á los dos esposos, y el maruso le dice á la marusa poco mas ó ménos lo siguiente: « mira, chica, lus dos estamos mal. Nu tenemos dinero ni que cumer. Así no pudemos vivir, con que es precisu que tomemos alguna determinacion. Yo estoy ya determinadu. Me voy á Madrid. Mi abuelo y mi padre hicieron lo propio, y encontraron conveuencia. Tú te puedés bandear por aquí de espigadera ó de otro oficio mas sublime. Si tenemos sucesion puedes ponerte á ama de cria y entónces nos veriamos los dos en Madrid, sin que los amos lo supieran. Yo diria que era primo tuyo y cuando lus señores salieran á paseu tratariamos de nuestros negocius. Me guardarias un poco de pucheru, y tan ricamente. Si esto no sucede, te aconseju que trabajes, porque el trabaju, segun decia en la cuaresma pasada el padre Ciriaco, es una virtud y todos estamos condenados á esta virtud por el pecado de Adan. Luego que yo esté en Madrid y haya encontrado la conveuencia debida, te enviaré las sobras, y con ellas podrás remediarte hasta que Dios permita que yo al cabu de algunos añus pueda ser alcalde del lugar, se entiende con mi dineru. »

Pasado este coloquio y despues de las lagrimitas y suspiros de la esposa, el aspirante á Aguador, con un palo en la mano derecha, unas alforjas de cáñamo blanco en el hombro izquierdo con tres ó cuatro remiendos, y unos cuantos zurcidos por añadidura, calzoncillos limpios, camisa súcia y zapatos de siete suelas forrados en hierro, toma las de villadiego y se encamina á la villa y corte sin otro pensamiento que el del agua de las fuentes de Madrid y las *sobras* que ha de mandar á la querida esposa, que toda mohina y acongojada llora y se lamenta sobre el hogar, mientras un gato hambriento, peludo y galgui-flaco huele con la avaricia del hambre el pote de nabos, berza y su cacho de manteca rancia que cuece á borbotones y como si en su murmullo ostentase el poder de su soberania. Y cuidado, que no lo digo de broma. Yo no conozco nada mas soberano que un puchero que está cociendo. Es el rey del fuego, del agua y de la tierra, teniendo al aire por ayuda de cámara.

Entre tanto, el ciudadano Aguador *in fieri*, con un pié tras otro, mejor dicho con una maza tras otra, sudoroso y pulverulento, sigue su jornada como un Cid, con la misma tranquilidad de ánimo que da audiencia un ministro de hacienda que no paga á nadie.

Entrada ya la noche y embozado con las alforjas de cáñamo, llega á una venta, en donde despues de saludar al ventero con aquello de « buenas noches nos dé Dios » se sienta á la lumbre, echa las alforjas atras, se abre de piernas y presentando las palmas de las manos á cuatro dedos de las llamas, dice en su interior « aquí hay un hombre. »

A puro tragar judias á medio cocer, polvo en crudo y agua de posada, que es la peor de todas las aguas, llega el pobre hombre á Madrid, en cuyas puertas lo primero que le piden es el pasaporte que por señas de cuatro reales de vellon le expidió el fiel de fechos de su lugar, con una cruz del Alcalde, por no saber firmar. Alcaldes de esta ilustracion se encuentran á puntapiés por cualquier parte de la Monarquia española. Eso va en aprensiones, y yo tengo para mí que es mas feliz el que ménos sabe, porque de este pícaro mundo no llega uno á saber nunca mas que picardias. Despues de aquello del pasaporte, el registro y todas esas garantias sociales de que felizmente disfrutamos los españoles, consigue atravesar una puerta de Madrid el ciudadano Aguador, y andando de fuente en fuente llega por fin á dar con un primo que tomó el oficio dos años ántes y á quien le sobra una cuba porque compró dos y no puede mas que con una; lo mismo les sucede á los maridos de mala conducta.

Pero es el caso que no teniendo plaza se ve en la necesidad de comprarla, y aquí entra ella. El primo no tiene dinero, él tampoco, y para ponerle en calzas es menester descalzar á la mitad de un concejo de Asturias.

A fuer de paisano y del oficio logra por fin el derecho de henchir una cuba y llevarla en triunfo por las aceras dando cubazos á diestro y siniestro, y despertar por la mañana no solo á los criados de las casas sino á los amos, tocando la campanilla con el mismo imperio y magestad que pudiera hacerlo el dueño de la casa.

Una cosa notable hay en los aguadores, y es el ruido que forman con los zapatos. Hasta los gatos se asustan y no hay perro que no les ladre. Son sin embargo honrados y esto debe decirse en honor de tan miserable oficio, y que si Asturias y Galicia no existieran, no habria aguadores. Un puchero de reserva, para las sobras de lo que en las casas donde sirven quedan, es para ellos el ángel tutelar que les libra de las miserias y necesidades humanas. Para dormir en el invierno no necesitan mantas, porque duermen muchos juntos y se arropan los unos con los otros; en el verano duermen al raso y los cobijan los luceros. En una palabra, el Aguador de Madrid es una especialidad humana. Deja su tierra para ser alcalde en su tierra. A fuerza de sudores, remojaduras y mal comer, logra un capitalito que se emplea en dos vacas preñadas ó en la vara de la justicia.

ABENAMAR.

LA MUJER DEL MUNDO.

> —Estas pues, son destin niña
> Las partes y calidad,
> Archivo de todo achaque
> Y albergue de todo mal.
> Las que privais en el mundo
> Con el pecado mortal,
> Si no perdeis coyuntura,
> Las vuestras se perderan.
>
> QUEVEDO.

Un poeta lloron principiaria este artículo con las siguientes palabras, ú otras equivalentes.

—Pobre mujer....!! ¡Ay....! flor delicada....
marchita y mústia y sin color y ajada....

Un furibundo ascético, severo y bilioso, tal vez anunciaria su discurso con este virulento desahogo:

Miseria y corrupcion, ¡torpe hermosura:
fragilidad, fragilidad mundana.....
todo se vende ya en la tierra impura;
ya no hay virtudes en la raza humana....

Pero yo que á estas horas no se lo que soy, porque nada tengo de sentimental ni de ascético, pláceme descorrer el velo de lo que mi editor quiere que sea el trato, con las palabras que todo fiel cristiano debe decir al principiar una obra buena.—***In nomine Patris, et Filii, et Spíritus Sancti. Amen.***

Necesario es santiguarse y ponerse bien con Dios, al bosquejar el perfil.... nada mas que el perfil de la *Mujer del mundo*; como la víctima que marcha hácia la hoguera, como el que por primera vez se embarca como el que asciende á la silla escelentisima; porque realmente en los tiempos que corren, es un martirio moral, un sacrificio de reputacion para el que ofrece

un cuadro pecaminoso ante la vista de las gentes, cuadro que á unos parecerá pequeño, á otros proporcionado, y á muchos monstruoso.

Y ¿qué dirán los pseudos moralistas, los meticulosos y rígidos censores de las costumbres de esta época? Dignos de ver serán los aspavientos, las horripilaciones y las siniestras miradas que arrojarán sobre este vergonzante articulejo, cuando libre y en alas del repartidor de esta obra famosísima, se les entre por las puertas y vuele á sorprenderlos en medio de la virtuosa calma que aparentan disfrutar en el fondo del hogar doméstico. —¡*La mujer del mundo*....! ¡qué horror! ¡que inmoralidad! ¡que aberracion! ¡que anarquía!!!.... Y ¿esto se escribe y circula entre multitud de seres inocentes que yacen en la mas feliz ignorancia?.... ¿no basta que exista el vicio, sino que ha de llamar la atencion sobre él, se ha de contaminar el casto oido de los vírgenes con la descripcion de.... ¡Uf!.... ¡af!.... ¿Que hacen esos fiscales de la imprenta? Y esa llamada benéfica institucion del jurado, ¿por que no pone un dique á este torrente de papeluchos inmorales, aqui que no hay compromisos... aqui que no peco? Pero, está visto: la sociedad se disloca y bambolea; la constitucion es una bella mentira; y el gobierno, el gobierno es el primer criminal, y las córtes, y Luis Felipe.... ¡Oh, tempora! ¡Oh, mores!!!!...

Y vosotras purísimas doncellas, cándidas, delicadísimas flores del jardin terreno, os rebelareis tambien contra la *libertad del pensamiento*....? ¿me condenareis sin mirar estos pobres, pero verídicos renglones cuando en la tertulia sirvan de sabroso pasto al aguzado diente de algun caníbal literario, aunque despues procureis leerlos á hurtadillas? tal vez, tal vez... porque

Si el alma un cristal tuviera
(como cierto Dios queria)
menos traiciones hubiera,
Pues cada cual temeria
que su infamia se supiera.

Esto lo dijo el doctor Juan Perez de Montalvan muy oportunamente en la comedia «Cumplir con su obligacion» y aunque no os parezca muy oportunamente citado, habeis de saber tiernísimas palomas que la hipocresia desde los tiempos mas remotos tiene establecido su morada en todos los corazones con mas ó menos fuerza ejerce su poderío, y como al supremo autor no le plugo colocar en lugar conveniente el consabido cristal, acaso por ser materia quebradiza y muy espuesta, he aquí la razon porque alguna de vosotras delante de las gentes desdeñará fijar sus bellos ojos en *la mujer del mundo*, aunque vaya luego á buscarla en el fondo de alguna papelera, burlando la vigilancia del timorato papá ó del tutor espantadizo. Pero anticipadamente os advierto que sin peligro podeis satisfacer esta curiosidad: vuestros castísimos oidos no deben ofenderse con las palabras de la triste cuanto amarga historia de la mujer profana.... porque en verdad, en verdad os digo que las que sean á toda prueba candorosas, puras é inmaculadas no me entenderán, y las que me entiendan.... será porque teórica ó prácticamente conocerán las vicisitudes del mundo pícaro, y para estas nada habrá aqui nuevo, nada que las escandalice y que no hayan escuchado alguna que otra vez. Esto supuesto, allá va la representante de un tipo *universal*.... y entiéndase que al valerme de esta frase no trato de aplicarla en toda su portentosa latitud; sino porque no saliendo al paso otra que determine y califique mas cumplidamente al tipo de los tipos, al gremio que reune mayor número de afiliados, al robusto tronco del que suelen ser vástagos una buena porcion de los tipos femeninos, la estampo aqui con la protesta de variarla tan luego como pueda sustituirla con otra que diga mas... pero que asuste menos.

La mujer del mundo, es, como si dijéramos, una obra que se publica *por entregas* y se reparte entre un número indefinido de suscritores; es la colmena abeja de la que no es todo miel lo que se saca, asi como no es oro todo lo que reluce, y en fin la digna consorte de uno de los enemigos del alma. Nada hay en la inmensa extension de los orbes tan completamente aislado que pueda considerarse como único en su especie. Tan admirable, tan pasmosa es la combinacion de la gran máquina del universo que no hay pieza independiente de otra: no hay ente ni ser que carezca de otro ser, ó ente para atender á su fecundidad y multiplicacion, ni, mas claro y como vulgarmente se dice, no hay cual sin su cada cual, ni obeja sin su pareja. Y ¿á que viene aquí bellísimas lectoras, toda esta contemplacion filosófico-metafísica envuelta en una lluvia de refranes; ¡Oooh!... viene á preparar, á disponer vuestros ánimos para que sin violencia podais recibir una gran nueva: viene á revelaros un secreto de alta importancia; secreto que en el trascurso de los tiempos ha estado escondido en el mas profundo misterio pero ahora que todo se analiza, inquiere y averigua, ahora que todo se sabe, porque, no hay duda, hemos llegado al *complemento del saber*, ya no hay arcanos que resistan á la humana investigacion, ya facilmente se despeja la incógnita: ya están resueltos todos los problemas.

—Pero ¿y el secreto?

—¿El secreto?.... teneis razon; basta de preámbulos y circunloquios; allá va: pasmaos, estremeceos, santiguaos.... el secreto que desde ahora será el secreto á voces, es que el mundo tiene su *cada cual*, que el mundo tiene su *pareja*, que el mundo está casado!!! Casado, sí, como cada hijo de vecino, y casado con el peligroso tipo que los presento: porque sino, ¿que quiera decir *la mujer del mundo*? Lo mismo que la mujer del secretario tal... del alcalde cual... y del boticario, que se yo. Y esa dilatada progenie de sirenas que los antiguos llamaban meretrices, y las modernas cortesanas, y algo mas? que son sino hijas del mundo, hijas de ese matrimonio rebozado, de ese terrífico consorcio celebrado indudablemente entre las tinieblas de los tiempos primitivos? Y no hay que sospechar por esto que tan singular enlace ha producido únicamente hembras porque ahi está el moderno continente, robusto y muy cumplido mancebo, cuyo nombre de pila es *nuevo mundo*, el cual se presentará á su tiempo, para recoger toda la herencia del mundo viejo, ó para presenciar las particiones segun la última ley de mayorazgos. Quede, pues, establecido que el mundo está casado: que es uno de tantos maridos traviesos y coquetones que á menudo vemos circular por esta Babilonia, maridos sabandijas que por do quiera se introducen, zumban, pican, levantan ampolla y desaparecen, y saquemos á relucir, pongamos en evidencia la buena ó mala catadura, la *vera efigies* de la que por antonomasia cualquiera podrá llamar la *mujer fuerte*.

Autores respetabilísimos, porque entre ellos los hay sagrados, me inclinan á creer que la *mujer del mundo* tiene casi tanta edad como su marido. A 5896 años hacen subir las siete edades de este los mas famosos cronologistas, desde la creacion hasta nuestros dias, y sin embargo, ¡oh portento maravilloso! hé aqui una mujer que cuenta sus años de existencia por millares sin que haya podido el tiempo destructor marcar una arruga en su semblante, ni deslucir la brillantez de su hermosura. Verdad es que en esta lucha abierta con el tiempo no suele quedar siempre bien parada; pero nuestro tipo tiene inmensos recursos, poderosos aliados y con reclamar la intervencion el artístico apoyo de Pelaez ó de Rotondo, del agua de Venus ó de los innumerables falanges de cosméticos, se queda como nueva y vuelve á salir á campaña erguida, fascinadora, para continuar su no interrum-

pida carrera de triunfos. *La Mujer del Mundo*, generalmente lleva al tiempo encadenado á su carro victorioso como el enemigo mas rebelde y contumaz que la persigue; pero por mucho que este se afane por derrocar su imperio, jamás podrá estirparla de la tierra, porque la mujer del mundo es como el trigo que por cada grano que se siembra brotan ciento, es como el fabuloso Fenix, pero un fenix Proteo que al reproducirse como aquel toma todas las formas de este operándose en ella tres distintas pero capitales metamórfosis. Ya resuelta orgullosa deslumbradora conduce su carroza por las altas regiones y huella con su planta las matizadas alfombras de los palacios y aspira el perfumado ambiente de las flores y la lisonja: ya con modesto atavío, sin carroza y sin orgullo, se desliza brevemente por las calles entre las sombras del último crepúsculo... hora precisamente en que el honrado murciélago sale á caza de alguno que otro mosquito y demas insectos infelices, y ya por último, abandonada sin casa ni hogar, sin Rey ni Roque, sin pudor y sin zapatos, recorre alegremente las plazas antes y despues de los crepúsculos, y tiene la humorada de ir á pernoctar de vez en cuando bajo el alero hospitalario de algun cuartel. Pero orgullosa, modesta y abandonada, siempre es igual, tanto vale una como otra, como las acepciones de una misma palabra; porque siempre es la Mujer del mundo, enredadora, coqueta, que muda á cada paso el traje y antifaz para sostener las ilusiones del veleidoso marido. Fuerza será considerarla tambien bajo estas tres distintas acepciones y sacarla á bailar ante la pública espectacion, ya como *primera bailarina absoluta*, ya como de *medio carácter*, y ya como *grotesca* aunque el fondo, en la esencia de las consideraciones coreográfico-mundanas todas tres sean bailarinas á *perfeta vicenda*.

No nos detendremos en profundizar las causas que obligaron á nuestra heroina en la pubescencia á aceptar uno de los primeros papeles de la brillante farsa que representa, porque seria el cuento de nunca acabar si nos lanzáramos en ese laberinto de novelas que tiene estudiadas y dispuestas para referirlas al que las quiera escuchar, en las que vulgarmente suelen figurar como protagonistas y origen de toda una vida de escándalos, un D. Juan Tenorio, ó un viejo opulento y libertino ó una madre desnaturalizada y especuladora. Generalmente, y diga nuestro tipo lo que quiera, el verdadero y principal motor que la arroja en los brazos del mundo no es otro que la falta de sólidos principios de buena moral y Religion, y la sobra de una ambicion desmedida por los goces terrenos, el lujo y las riquezas, sin que jamás recuerde el *¡qué dirán!* sino para olvidarlo con el *¿qué se me dá á mí?* Dotada de hermosura, buen talle, natural despejo y diestramente gobernada por alguna *Doña Rodriguez*, sibila de las sibilas, nada mas fácil que ver en las aras de la gentil deidad profusamente apiladas las ofrendas sirviéndoles de base la colosal fortuna del banquero, el simbólico baston de magnate, la espada del Conquistador, los cetros y las coronas. ¡Delicioso sueño al que la mujer del mundo se abandona confiada en sus efímeros encantos sin que puedan los hondos gemidos de la olvidada virtud, ni la estentórea carcajada de las gentes, desvanecer tan dulcísimo letargo!... porque la virtud no es otra cosa ante sus ojos que una fantasma ilusoria, un ente ideal y acomodaticio creado por los hombres que vale tanto como cualquiera otra invencion humana, y la befa de la sociedad un rumor leve que se pierde en el espacio sin eco ni potencia para trepar hasta el encumbrado sólio donde la adoracion de unos cuantos idólatras la colocaron. Ella vé á la sociedad bajo sus plantas: la vé como un hormiguero famélico que bulle en derredor de un grano de avena, y de vez en cuando se entretiene en arrojarle semillas que suelen bajar convertidas en togas, gobiernos, canonicatos, diputaciones y en sillas episcopales. Cuando la Mujer del Mundo en sus floridos años tiende el vuelo y logra remontarse á tan elevada region, no hay imperio mas robusto ni dominacion tan cumplida como la suya. La debilidad del hombre la hace fuerte en sus venganzas, temible en sus intrigas, espléndida, derrochadora con los que la ofrecen incienso....., y de aquí suele llegar al complemento de la ambicion terrena apoderándose de los bienes temporales, siendo árbitra de los altos y supremos destinos de toda una monarquía. Pero tambien llega el tenebroso invierno de la vida, y solo con anunciarse las heladas brisas del otoño, el astro rutilante se apaga, el robusto imperio desaparece, el ídolo se derrumba con estrépito del encumbrado pedestal. Entónces la Mujer del Mundo si fué algo *positiva* mientras duró su brillante apogeo, se retira á vejetar con su numeroso ejército de reserva, y para acallar escrúpulos funda un hospital ó capellanías, ó cosa que lo valga; pero si de su pasada gloria conserva únicamente recuerdos y nada mas que recuerdos..... se hace devota y hermana de la caridad y de la *camándula*, y abjura y se pasa, y renuncia generosamente á toda clase de pompas y entra en el redil de las innumerables ovejas descarriadas y arrepentidas.

Preciso es confesar que nuestro tipo considerado en esta su mas lucida metamórfosis no es esencialmente español. Otras naciones, donde la cultura, la civilizacion, pero no la moral, han hecho mas progresos que en nuestra rezagada España, nos lo pueden disputar en gracia del mayor número de ejemplares que ofrecen sus respectivas historias; y por mi parte no hay inconveniente en cedérselo, todo entero porque en nada se amengua el honor del pabellon nacional, ni vale la pena de armar camorra por la posesion *in solidum* de un objeto de tan pobrísima importancia. Algunas puntas mas tiene de españolismo la que hemos anunciado como de *medio carácter*, aunque bueno será tener presente que la *Mujer del Mundo* no es un tipo local, sino un tipo patrimonio *in partibus* de todos los paises, dejando salva alguna que otra leve particularidad ó rasgo caracterisco del suelo en que tiene establecido su laboratorio.

Veamos ahora á la Mujer del Mundo aparecer nuevamente sobre el retablo. Considera pio lector á mi cliente en esta su segunda metamórfosis asomada con cierto desdeñoso descuido á la reja de ese cuarto bajo, ó maliciosamente escondida detrás de la entreabierta persiana de aquel cuarto principal. Esa tos seca que de cuando en cuando llega á nuestros oidos no vaya á creer que es producida por alguna irritacion bronquial, no; es el canto de la sirena, es el redoble que ejecuta el tambor cuando el baston del ayudante le da á entender..... *llamada y tropa*. Ponte detras de mi para que no seas blanco de sus ávidas miradas, y exclama en un momento de filantrópico arrebato. ¡Cuán digna de compasion es esa mujer en medio de la abominable senda del pecado! ¡Cuántas víctimas sacrificadas por la imperiosa ley de la necesidad en las aras del hambre! Y con efecto, esa infeliz será tal vez una huérfana, bien educada, que perdió su único apoyo cuando le era mas necesario: tal vez desvalida en la peligrosa edad de las pasiones aspiró sin sospecharlo el ponzoñoso aliento de la seduccion, y al separarse imprudente sin cautela del hermoso camino de la virtud, de un desliz se arrojó en otro, como el peñasco desprendido de la cumbre de una roca que no cesa de rodar hasta el fondo del abismo. Sin embargo, esta desgraciada no suele prostituirse ni desmoralizarse hasta el punto de hacer gala públicamente del sambenito. Siempre hay un si es no es de modestia y pudoso recogimiento en su modo de vivir que, ya natural, ya con afectacion ó cuidadosamente estudiado, dá mayor realce, mas fuerza de claro oscuro á sus hechizos. Generalmen-

to pasa el tiempo en hacer y recibir visitas: da audiencia á todas horas y tambien las pide particulares si para mayor desgracia figura como pensionista en las primeras nóminas del monte-pio de oficinas. ¡Fatal y hasta inmoral pension que obliga á la infeliz á abrazar el celibato á trueque de no perderla! Verdad es que si las pagas andan un tanto cuanto atrasadas, no es siempre la *Mujer del Mundo* la que suele estar comprendida en esta calamidad, porque á veces cobra adelantado por los fondos secretos de tal ó cual secretaría. Una audiencia particular la consigue una mujer de ciertas circunstancias..... y no se que diablo de instinto es el de los encopetados porteros que jamas cierran el paso á esta clase de pretendientes. Abrese la mampara, descórrese el encantado velo que oculta á la deidad financiera de la vista de los profanos, y la tímida suplicante se adelanta y con ensayada humildad y candorosa turbacion pronuncia estas palabras.

—Sentiré molestar..... interrumpir.....

—¿Eh?..... ¿qué es eso?..... (Aparte S. E. estirando las cejas poniendo una deliciosa cara de pascuas ó de voto de confianza) ¡linda vasalla!

—Señor.....

—Tome V. asiento, señorita; aquí..... mas cerca..... deje V., yo mismo..... asi, á mi lado..... perfectamente.

—¡Cuánta amabilidad!.....

—¡Ooooh!..... usted es muy digna..... y bien, ¿á qué debo el placer de.....

—Soy Serafina Cortés y Miranda.....

—¡Ah!..... ¿la recomendada por mi amigo el comendador de..... con efecto, es usted un serafin.....

—Y V. E. tan indulgente.....

—¡Oh!..... no..... pero deje V. á un lado el tratamiento; ante el poder de la hermosura caducan todos los poderes.

—Me tengo por muy feliz si logro parecer á V....



La Mujer del Mundo.

(S. E. con gesto asaz significativo le dá á entender que es así: ella despues de flecharlo con una dulcísima mirada continúa.)

—Su extremada galantería me hace olvidar el objeto que hasta aquí me ha conducido.....

—Tiene V. razon, hija mia..... yo tambien me olvidaba..... con que V. solicita.....

—El pago de las mensualidades atrasadas de la pension que disfruto... carezco de otro elemento para atender á mi subsistencia, y.....

—¿V. es huérfana, no es así?

—Si señor.

—Y no tiene V. familia... ó parientes...

—Nada, estoy sola en la tierra.

—¿Y permanece V. en el estado honesto... eh?
—No señor.
—¿Cómo?
—Quiero decir que aun estoy soltera.
—No entiendo... ¡V. se contradice!...
—Pues ahí verá V.
—Yaaaa!!!!

(Momento de pausa en el que se oye la voz del portero mayor que dice desde afuera. — «No puede V. entrar; S. E. está muy ocupado.)»

—Muy bien, me quedo con las señas de la habitacion de V., se pasará órden..... se la atenderá..... yo haré que se estienda inmediatamente..... porque ¿quién no ha de hacer justicia cuando piden con tanta gracia?

—Es que yo quiero gracia porque pido con justicia.....

—Sí, sí; comprendo hermosa niña..... (y aquí S. E. le dá todas las seguridades posibles de buen éxito en la pretension y.....) nada, nada señores Fiscales; no me deslizo, no quiero ser pacífico habitante de las *Peñas de San Pedro*; termine cada cual á su manera esta audiencia particular, pues por mi parte la concluyo en esa última -y- que como todos saben no es mas que una *conjuncion copulativa*.

Esta clase, seccion ó parte del tipo que describo, no está tan protegida por la veleidosa fortuna como la que mas arriba queda perfilada. Generalmente suele estacionarse en el *mezzo término* de la escala ascendente de la ambicion terrena: siempre hay para la infeliz un *mas allá* al que nunca llega; y si anticipadamente el brillo de sus ojos se oscurece, ó asoma alguna cana importuna y precoz, entónces se retira triste y paso á paso de la escena pública, y establece con los ahorros una casa de huéspedes ó una pension de señoritas donde la juventud del bello sexo recibe una esmerada educacion.

Me resta bosquejar á la Mujer del Mundo en su tercero y mas temible disfraz. Descarada, picante, tremenda acomete al mundo, á su carísimo cónyuje con una resolucion que pasma, y en una misma noche se la ve aparecer con mantilla de blonda, y de tira y sin una y sin otra, con vestido de seda, y de muselina y de percal segun las exigencias de la situacion; porque no faltan almas caritativas, que proporcionan trajes de *situacion*, trajes de *crísis*, alquilados por horas y por un moderado tanto por ciento sobre un capital próximo á realizarse. Esta pobre mujer suele ignorar completamente el nombre de los autores de su existencia, pero tanto mejor, menos cuidados, así puede como ella dice, divertirse sin estorbos. No hay fiesta nacional, romería, ni bailoteo donde no se presente, menos cuando la baja de fondos se lo impide; pero entónces se va á jugar al *alza* colocándose á deshora al lado de una esquina... y tal vez lo consigue cuando ve cruzar al mundo y le dice:—«*A Dios hermoso.*» Va á los toros á pié; pero vuelve en calesa bien acompañada y cantando alegremente el ay, ay, ay... ó la manola, y al pasar por delante de algun café manchego suele interrumpir su canto para remojar la larinje con un medio chico de lo caro. Tambien á veces se busca la vida vendiendo flores en el Prado, y ¡naranjas y limones! ¡calentitas!..... ¿cuántas? — almendritas del Pardo y otras frioleras; pero cuando desciende á este mecanismo dejenera de la índole de nuestro tipo, ya pertenece á una raza bastarda que no es de mi incumbencia analizar.

En cuanto á la mujer airada, su habitacion favorita (al menos por lo mucho que la ocupa) es la cárcel; su alcoba, el hospital; su salon de descanso, la casa nacional de la Galera.

Ahora bien, beaditísimos lectores, este bosquejo se acabó: no estoy dispuesto á añadirle la mas leve pincelada, pero yo sé que dirán algunos que he usado de tintas muy calientes, y otros dirán que son frias: estos, que he dicho demasiado; aquellos, que aun se pudiera decir mas..... y acaso todos tendrán razon. Y ¿qué hacer?—No ocuparse de asuntos resbaladizos.—Es verdad, así lo hubiera hecho yo á no haberme comprometido la amistad de una persona á quien nada puedo negar. Solamente me falta sincerarme con aquellos que de buena fé creen que todo lo que se escribe es porque se sabe *prácticamente* ó aconsejado *por la experiencia*. Este caso es una escepcion: si ahora se levantara un nuevo Heródes, yo seria tal vez el primer inocente que sacrificára. Cuanto dejo dicho es fiel traslado de lo que un amigo me contó, amigo anciano ya; pero veterano, hombre de mundo y muy profundo conocedor sin segundo de la *Mujer del Mundo*.

TOMÁS RODRIGUEZ RUBÍ.

LA LAVANDERA.

PERO, Sr. D. Ignacio de mi alma, ¿es posible que en todo ser humano haya V. de ver un *tipo* digno de ser perpetuado por los tipos de su imprenta? ¿Que quiere V. que diga yo ¡pobre de mí! de una pobre *Lavandera*? Si me pidiera V. la biografía de aquella *Felipa Catánea*, la famosa *Lavandera de Nápoles*, que tanto dió que hacer y que decir en las márgenes del Sebeto, me veria yo menos embarazado para complacer á V.; pero V. dirá que no ha ofrecido al público tipos napolitanos, sino españoles, y que su obra no ha de componerse de individualidades, sino de clases y categorías. Tiene V. mucha razon; ¿pero donde estan los rasgos distintivos de una *Lavandera* española? La legia, la paleta, la tabla, el jabon ¿bastan, por ventura, á imprimir carácter en una mujer? Y dado que yo tropiece en lo característico de la especie, ¿ha meditado V. bien las consecuencias de las observaciones físicas y morales á que me provoca? Ya me ha enemistado V. con las *Castañeras* y las *Nodrizas*; ¡y tambien quiere echarme encima la tremenda animadversion de las *Lavanderas*, obligándome *á sacar sus trapitos á la colada*!.... En fin, lo haré porque V. me lo ruega; pero sea de V. toda la responsabilidad. *Me lavo las manos*, como dijo Poncio Pilato, y entro en materia.

Hubo un tiempo en que la *honrada* profesion de Lavandera (y vaya por delante este encomiástico adgetivo para predisponer en favor nuestro á las que la egercen); hubo un tiempo en que la susodicha *profesion* fue desconocida: primero; porque, haciendo el gasto del humano vestuario las hojas de los árboles ó las pieles de los animales, nada habia que lavar, y despues porque cada hija de vecino se lavaba lo suyo..... Su ropa y la de su familia, quiero decir; ¡y ya empiezan las rectificaciones y salvedades! ¡Cuando le digo á V. que es peligroso y resbaladizo, si los hay, el asuntillo que ha propuesto! Si, Sr.; en aquellas edades, venturosamente incultas y dulcemente patriarcales, todas las mujeres, cualquiera que fuese su gerarquía, y lo mismo las hijas de *Laban* que las encumbradas princesas, ora se llamasen *Penélopes* ó *Nausicáas* (estas debieron de ser algo nauseabundas), hacian por sus propias manos todos sus menesteres. SS. AA., mas ó menos serenísimas, cargaban con el lio de la ropa pecadora, llevábanlo al arroyo mas inmediato, y allí con amable llaneza y sin sombra de vanidad ni de etiqueta lavaban, aclaraban y torcian; ó, lo que es lo mismo, *purificaban en primera, segunda y tercera instancia*, pálios y tocas, túnicas y peplos.

Pero andando los siglos se fue domesticando y puliendo la sociedad, los progresos de la industria y del comercio crearon cada dia nuevas comodidades y placeres; estos progresos de la civilizacion engendraron necesidades, antiguamente ignoradas, que aguzaban el entendimiento del hombre para satisfacerlas con posteriores adelantos y refinamientos fabriles; mas como todas las inteligencias no se desarrollaban en la misma proporcion, ni para todos soplaba igualmente bonancible y próspero el viento de la fortuna, resultó de todo esto un desnivel y desbarauste social que en vano pretenderian ya corregir los que sueñan con leyes agrarias y otras utopías tan lindas como impracticables. Hubo, pues, y sigue habiendo, y es probable que haya siempre nobles y plebeyos, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y criados..... y por consiguiente, hubo, hay y habrá *Lavanderas*, y el número destas fue creciendo paulatinamente conforme se fue aumentando el ajuar doméstico y complicándose las vestiduras exteriores é interiores de ambos sexos, y á medida que las gentes se han ido convenciendo de que pueden mudarse impunemente de camisa y calzoncillos mas de una vez á la semana.

Ahora será bueno el hacer la debida clasificacion entre las *Lavanderas públicas* y las *privadas*, distinguiendo asimismo entre estas últimas las que jabonan sus propias *profanidades* y las que lavan *pecados agenos*.

Respetemos á las que se sirven á sí mismas por no tener quien las sirva; respetemos tambien y compadezcamos á algunas que pueden tener motivos *reservados* para no aceptar semejantes servicios; y sigamos al rio ó á la fuente á la moza de servicio, sea manchega ó valenciana, andaluza ó madrileña, sea, si V. quiere, asturiana, siempre que sea moza.

Confesemos, Sr. D. Ignacio Boix, que no es hombre de gusto el que prefiere los dengues, y los cosméticos, y el corsé, y el *polisson*, y los nervios de una damisela insustancial y epiléptica al donoso, aunque agreste desenfado con que una de esas sagalonas se despoja sin melindre del pañuelo de muleton y hasta del corpiño de estameña ó de percal; si el tiempo lo permite, y se remanga hasta el hombro, y deja que flote á su albedrío sobre la morena espalda la no comprada trenza, y sentada sobre los talones, y medio de bruces sobre la tabla de jabonar, presentando al oriente su cara trigueña, que el sol, el aire y la fatiga animan y enardecen, y al viento contrario el poderoso reverso, extraño á los *miriñaques* y peregrino á las hemorroides, se columpia, se cimbrea, se descoyunta, sin duelo de la ropa ni de sí misma, hasta que á fuerza de inmersiones, y paletazos, y jabonaduras y estregones restituye el lienzo su eclipsada limpieza y su prístina blancura. ¿Qué *Ratel* ni qué *Auriol* imitarian los variados ejercicios de aquella singular gimnástica? Y para que nada huelgue en ella, la lengua suele trabajar tanto como las manos.

Verdad es que, como se juntan muchas mujeres en un mismo lavadero, no puede faltarles materia en que ejercitar la sin hueso. ¿Cuál de ellas no tiene su cacho de novio? Quién celebra la constancia amartelada del suyo; quién las coplas con que en la noche anterior regaló sus oidos el jaque de su particular devocion. Otra llora en secreto *y rabia de celos aparte* recordando la mala partida que le ha jugado su cachirulo plantándola por otra hija de Eva, pero no da su brazo á torcer, y si alguna maliciosa la interpela acerca de las lágrimas que vierte á su despecho, achaca al chisporroteo de los ojos del jabon el nublado de los suyos. Otra, cuyo galan, *héroe por fuerza*, sacó la suerte de soldado en la última quinta, se desespera hoy al contemplar que su pobreza no le ha permitido poner un *sobrestuto*, salvo el firme propósito de hacerle ella *sustituir* mañana, no en el rancho, en el cuartel y en el destacamento, sino en el corazon vivo y palpitante, de que le envia *copia auténtica* en las cartas que cada correo le escribe *de mano agena*. Mas afortunadas que las anteriores Ambrosia y Ceferina, tienen en su presencia á sus correspondientes cuyos, que el uno es fámulo desacomodado y el otro tambor de la Milicia nacional, al paso que los otros tormentos adorados trabajan á la *santimperie* en la obra del Maragato, no sin riesgo de hacer contra su voluntad el salto del trampolin desde un piso tercero, ó *cautivando la tierra*, sudan lo temporal y lo eterno.

Pero si las envidias de las unas y las pullas de las otras ponen término á las sabrosas pláticas amatorias ántes que concluya el tragin y el tegemanege del lavado, los mismos paños, menores ó mayores, que bautizan y desentecan, les dan sobrado tema para charlar mas de lo justo y preciso. Y, en efecto, si las sábanas y los camisones, y las chambras, y las papalinas y otras zarandajas supieran hablar ¿qué de cosazas no dirian? ¿Qué de usurpadas reputaciones no naufragarian? ¿Cuántos ídolos no caerian derrumbados al pié de sus dorados altares, erigidos por la lisonja, la credulidad, el interés y la mentira? ¿Cuántos individuos, así del sexo hermoso, como del fuerte, que otros llaman feo, habiendo obtenido falsa patente de sanidad, habrian de ser relegados á *sucio lazareto*? Por fortuna, la ropa ex-blanca, culpable de pecados secretos, todavia no ha dado en la gracia de *espontanearse*, como en época no muy lejana lo hicieron algunos beneméritos ciudadanos, descubriendo con las suyas las adversidades y flaquezas de sus prógimos. ¡Loor á la circunspeccion de la holanda y la coruña! ¡Bendicion al silencio de la musulina y el elefante! Su reserva nos ha escusado tal vez una revolucion mucho mas espantosa y *radical* que las veinte ó treinta que van consumadas en el presente siglo, y las que aun serán precisas hasta labrar la completa ventura de esta nacion privilegiada. Pero si callan los trapos, todas las *Lavanderas* domésticas y algunas de las públicas saben interpretar, como otras tantas Sibilas, el sentido de los revesados caractéres y misteriosos geroglíficos con que los susodichos trapos consignan la parte mas recóndita y curiosa, si bien no la mas inmaculada y pulcra de la crónica contemporánea. El agua se lleva pronto en su corriente, ó el fuego de la colada extingue esos testimonios *periódicos* ó sean *hojas volantes* de la miseria humana, y tambien se lleva el aire una parte de los discretos é incisivos comentarios á que dan ocasion entre la gárrula turba femenil que se familiariza con lo puerco; mas siempre conserva, y de ordinario exagera la tradicion lo mas precioso de la historia, y si muchas amas de casa reflexionasen un poco sobre el asunto, ántes que poner sus pingos, y con los pingos *su hoja de servicios* en manos de *Lavanderas*, se resignarian á imitar el laudable ejemplo de la modesta princesa *Nausicáa*. No, empero, todas las *Lavanderas* son chismosas y parlanchinas: algunas se limitan á tal cual indirecta inofensiva y á alguna que otra socarrona reticencia; otras no dicen esta boca es mia, quizá porque las prendas de su uso personal tienen tambien *mucho por qué callar*; y por tanto, menudeando los paletazos y economizando los puños, no se atreven á destrozar, amén de la ropa, la negra honrilla de sus amos.

Estas y otras amenas conversaciones, con cuyo aliciente se les hace mas tolerable la faena, suelen además sazonarse con alegres y por lo regular expresivos y epigramáticos cantares, entonados unas veces en coro, otras á solo, otras á dúo y por el son mas popular y corriente en sus paises respectivos, ya sea ota ó fandango, caña ó muñeira, habas-verdes ó playeras, seguidillas ó zorcicos.

A propósito de zorcicos, el que haya viajado por nuestras provincias Vascongadas, sobre todo por la nunca bien ponderada de Guipúzcoa, no podrá menos de confesar que allí está la flor y la nata de las *Lavanderas*. Ellas aventajan en hermosura, generalmente hablando, á las del resto de la monarquía, sin serles inferiores en brio y desparpajo. Son mujeres que profesan su *arte* con verdadero entusiasmo, y no gastan melindres, ni se andan por las ramas, ni piden gollerías. Vigorosas como los robles, y los castaños que crecen en sus montañas, desafian denodadas al viento, venga de donde viniere, y arrostran los rayos del sol.... en los quince ó veinte dias que durante el año osa amanecer por aquellos andurriales el padre de la luz. Nada de acurrucarse tímidas ó pudorosas dentro de un cajon, como *Kelinigique* en el *Circo* ó como las *Lavanderas* de Madrid en el sediento Manzanares. Nada de estacionarse sobre los céspedes y entre los juncos de la cenagosa orilla. Antes quieren ostentar la libertad y el descuido del plateado pez que la cobardía y negligencia de la verdi-negra y asquerosa rana. Diríase que son *impermeables* segun se las apuestan al húmedo elemento. Justamente confiadas en las robustas *bases* de su edificio corporal...., *piernas*, que dice el vulgo, no temen que las bañen las ondas lascivas, y con su pan se lo



La Lavandera.

coma el transeunte que, al ver tan inicitativo espectáculo, tenga envidia de las lascivas ondas. La gala de una provinciana es no mojarse las sayas, y ella se ingenia para conseguirlo; lo demas, como decia el otro, *¡que lo parta un rayo!*... Es que, vamos, ¡aquello tiene que ver! Sobre que no cabe mas perfectibilidad en la parte mímica y arquitectónica de la industria! En otras provincias las *funciones* de las *Lavanderas* son prosáicas en extremo, pero allí...., ¡allí hay *poesía*! No me atreveré á comparar á aquellas criaturas, (hablo de las jóvenes; ¿quién mira á una vieja?... ¡y desnuda!) no me atreveré, digo, á compararlas con Diana y su séquito en el baño, ni con Anfitrite y su córte en sus diáfanos camarines; pero algunas de esas mujeres-peces, expecialmente si son ciudadanas de *Azpeitia* y *Azcoitia*, bien pudieran entrar en parangon con las *náyades* fabulosas. ¡Y vea V. lo que es el mundo Sr. D. Ignacio! En aquella tierra, por tantos conceptos excepcional, y salvas algunas aberraciones á que hayan dado lugar los desafueros de la guerra civil, las mujeres se precian de muy morigeradas, y aun muchas hacen alarde de esquivas hasta rayar en salvages; y no se les ocurre que las piernas sirvan para otra cosa que para andar; y los hombres del pais no hacen mas aprecio de dichos adminículos que de las nubes de antaño. Ya se

ve; nadie da valor á lo que se le escatima y regatea.

Ahí tiene V. Sr. editor, en la breve, y acaso un tanto cuanto hiperbólica descripcion que antecede, un tipo de *Lavanderas* asaz pintoresco y apetecible. ¿Quiere V. otro que le sirva de contraste? ¿Quiere V. que le muestre la *Lavandera* en todo el *bello ideal* de la *fealdad* y en todo el apogeo de la inmundicia? Pues este tipo, con limitadas, pero honrosas excepciones, es la *Lavandera pública de Madrid*. Entienda V. que por *Lavandera pública* entiendo yo la que tiene este solo medio de vivir; y, en tal concepto, está á la disposicion de todo el que la ocupa, encargándose de volver limpia la ropa que sus pocos ó muchos parroquianos le confian en otro estado menos grato á los ojos y á las narices.

Antes de reseñar las cualidades positivas de esta clase de *Lavanderas*, es necesario indicar sus dotes *negativas*. Este *respetable gremio* excluye principalmente en la que haya de pertenecer á él las circunstancias de aseo personal, juventud y belleza, con todos los adherentes y condimentos de la última; á saber, la gracia, el garbo y la presuncion. Las hembras del pueblo que no carecen de tales requisitos se dedican en Madrid á otro género de manufacturas, ó egercen el *comercio* á la menuda, ya ambulantes, ya sedentarias; ora vendan naranjas y limones, *toito ágrio*, ora *torraos* y pasas, *muñuelos* y piñones, ora ramilletes, avellanas y *raaabános*; ó bien, por un efecto de su nunca desmentido patriotismo y de su ardiente caridad, recorren entre dos luces las calles principales de la corte ofreciendo *consuelos* á los *tristes*; ó ya, á fuer de filantrópicas y hospitalarias, practican en sus casas la obra misericordiosa de *dar posada al peregrino*. Otras se somenten á la condicion de criadas, dando no poco que hacer con sus mudanzas de domicilio á los amos, á los memorialistas y á los alcaldes de barrio. Otras, en fin, son reclutadas, mal de su grado, para los talleres de la casa de beneficencia, vulgo *hospicio*. Téngase, pues, por *intrusa* á toda *Lavandera de oficio* que cuente menos de cuarenta navidades, y á toda la que no se presente cada lunes pingajosa y desgreñada á recoger de casa en casa los repugnantes *mapa-mundis* acumulados durante una semana en oscuros retretes.

Sin embargo de su fealdad y vetustez, rara es la *Lavandera de parroquia* que no tenga un *querido*, cuando su mal *sino* le ha impedido proveerse de un esposo que este último *artículo de consumo* no se obtiene así como quiera; pero cuando se trata del primero, nunca falta un roto para un descosido. La guarnicion de Madrid es numerosa, el estómago del soldado es *la romana del diablo*, y cuando *faltan* las *sobras* ¿con qué no apechuga un granadero? ¿Qué pierde él en dejarse querer por una *prógima*, de cuya cuenta corre el excusarle reprimendas y lapos en las revistas de policía, de cuyo plato de callos es *partícipe lego* en los ventorrillos de la *Vírgen del Puerto*, cuya munificencia le facilita algunos realejos para fumar, beber, jugar y demas gastos religiosos, y á cuyas caricias puede impunemente responder con ultrages y ternos y cintarazos?

Pero estas ya son responsabilidades reprensibles, y no es lícito á un escritor por satírico que sea el entrometerse en la vida privada. Respetemos las debilidades de la mujer, aunque no pertenezca al *bello sexo*, y volviendo á la *Lavandera*, confesemos que la de *Mántua Carpentana* no es peor en punto á lavoteo que la de Sevilla ó Zaragoza. Sea que lo denegrido y demacrado y fiero de su rostro y el mar perjeño de su vestimenta haga resaltar mas la blancura de la ropa que le fue encomendada, ó que realmente se esmere en agradar á los que la dan de comer, ello es, que no cumple del todo mal con su obligacion. Mas aunque alguna vez suceda lo contrario y por esta ú otras razones se la quiera despedir, no se logra fácilmente; que una *Lavandera* veterana sabe tomar muy bien sus medidas para evitar, ó cuando menos diferir tan funesto contratiempo. Apénas habrá una que no cobre cuarenta ó cincuenta reales adelantados á cuenta de lo que vaya ensuciando la familia; ó, para decirlo con mas decoro, á cuenta de lo que ella vaya lavando: ántes que se amortice completamente un empréstito halla medio para empeñarse con otro, y cuando se le niega pretexta que la han robado un mantel, ó que la avenida se ha llevado una sábana; mientras la paga en lavaduras, forzosamente han de seguir admitiendo sus servicios; vuelta á las andadas algunas semanas despues, ó torna al empréstito ó lleva á una casa la hacienda de otra, y *vice-versa*, y así sucesivamente. Con semejantes estratagemas se convierten algunas en censos irredimibles de las personas que las emplean, y si ántes no las destituye de mano airada una pulmonía, llegan á ser inevitables confidentes de las *interioridades* de una familia en tres ó cuatro generaciones consecutivas. Por otra parte, no son muy raros los casos en que hace una *Lavandera*, con mas ó menos buena fé, lo que hacen en España cada diez ó doce años los ministros de hacienda; es á saber, *corte de cuentas*, ó por otro nombre, bancarrota. Piérdese la colada entera, lo cual siempre sucede cuando está mas llena; declárase entónces insolvente la operaria y... sabido es que al que nada tiene el rey le hace libre.

Tambien hay sus diferentes graduaciones ó categorías entre las protagonistas de que vamos hablando: unas son plebe, otras clase media, y otras en fin dentro de su esfera, tienen humos de aristocracia. Corresponden á la plebe, y es excusado decir que son las mas numerosas, aquellas que, por tener poca *clientela*, acarrean ellas mismas y sobre sí mismas los talegos de *peccata mea*, de cuyo *munda me* son responsables: comprenderemos en la clase media á las que ganan lo bastante para endosar la carga, *á falta de acémila*, á un mozo de cordel; y por último, no serán impropiamente llamadas aristócratas de la profesion las que prosperan tanto en ella que necesitan para desempeñarla el auxilio de una acémila borrical, *á falta de mozo de cordel*. Estas *próceres* residen y trabajan en ambos Carabancheles y otros lugarcillos de la comarca, y se guardan muy bien de asistir á los lavaderos de la capital, que si lo hicieran, ¡pobres de ellas! Correrian mucho peligro de volver á sus hogares sin ropa, sin pollina, y probablemente sin moño y sin orejas. ¡Pues apénas es crecida y formidable la legion de *lavanderas* que puebla las orillas de Manzanares desde *Portici* hasta el embarcadero del Canal! Y si á la falange femenina agregamos la de sus parientes, amigos y paniaguados, y los figoneros y las buñoleras, y la soldadesca y la estudiantina ¿quién osaria provocar su terrible saña? Y esta saña terrible ha estado á punto de dar un estrepitoso estallido que hubiera sido causa de una espantosa conflagracion en tus afueras y en tus adentros, ¡oh heróica villa del *oso y el madroño*!

El *vapor*, ese omnipotente resorte de la moderna civilizacion, ese maravilloso agente universal de la novísima industria, defraudador manifiesto y declarado enemigo de las masas proletarias, amenazó no ha mucho de lastimosa y subitánea muerte á la industria inmemorial del lavado *en detalle*. Una sola máquina, manejada por pocos brazos, iba á dejar sin pan de Meco y sin vino de Arganda á infinidad de máquinas vivientes. Una *empresa* (las empresas son el bú de la gente menuda) iba á monopolizar la *decencia pública*, y ni las costureras ni las planchadoras se hubieran salvado del inminente cataclismo; que los *fabricantes de limpieza al vapor* prometian ¡oh escándalo! restituir el vecindario matritense su súcia y deteriorada ropa blanqueada en un *santiamén*, recosida por ensalmo, y aplanchada y saumada por ar-

te de birlibirloque. Por fortuna para la comunidad de *Lavanderas* matriculadas, ó los empresarios temieron que estas se declarasen en abierta y desesperada insurreccion, como ya lo anunciaban significativos y alarmantes síntomas, ó los primeros ensayos del nuevo sistema no correspondieron á las esperanzas del público, y aun de la misma empresa, ó lo que parece mas verosímil, el espíritu de rutina ha prevalecido en este asunto, como casi siempre prevalece en la patria de Pelayo al de toda novedad mas ó menos ventajosa. Ello es que la tal empresa no da ya, segun tengo entendido, señales de vida, y que sus fundadores se abstienen por ahora de aventurarse á las temibles consecuencias de la impopularidad, sin que hasta hoy se haya turbado seriamente á las *ninfas* del Manzanares en la omnímoda posesion de sus fueros inmunidades y privilegios.

Y en paz sea dicho, y aunque me acusen de retrógrado, yo que en este artículo he juzgado acaso con excesivo rigor á las que viven de limpiar á costa del suyo el *sudor del prógimo*, felicito sinceramente á esas pobres mujeres cuando veo disipada la nube que estuvo próxima á tronar sobre ellas, seguro como estoy de que, si bien la mayor parte de las *Lavanderas á precios fijos* blasonan de patriótica adhesion á las actuales instituciones, ó cuando menos reconocen y acatan los *hechos consumados* en la presente *década feliz*, ni mas ni menos que acataron y reconocieron los de la *década ominosa*, no se consideran por eso obligadas á acoger sin exámen toda costa de *reformas*. Es decir, están por el *progreso* y le aceptan... pero *á beneficio de inventario*. Y ¿no es verdad, señor D. Ignacio Boix, muy señor y editor mio, que V. y yo conocemos á muchos fervorosos progresistas que piensan y proceden del mismo modo?

Digamos, ademas, en apoyo de las jabonadoras madrileñas, que estas merecen por su parte ciertas consideraciones como las que deben guardarse á toda *Lavandera* española. Las de la metrópoli son bastante equitativas en la remuneracion que exigen por su ímprobo y afanoso trabajo, atendida la carestía del jabon y *demas comestibles*, como he leido en la muestra de una tienda, el calzado que rompen por la mucha distancia que hay entre las casas á que acuden, y desde cualquiera de ellas al rio, y debiendo tener en cuenta los cuartos que pagan á los arrendatarios de los lavaderos y á los administradores de la colada pública.

Rio dige, y si Manzanares me oyera pediria la palabra *para rectificar un hecho*. En la mayor parte del año se ve el infeliz poco menos *exhausto* que el erario público, y como si harto no le agotasen los ardores del estío, todavia le hacen desapiadadas sangrias para una cosa que llaman *baños* por antifrasis, quedando tan estancados y exangües los lavaderos que raya en prodigio la habilidad de las que en ellos consiguen desencanijar la ropa. ¡Así queda aquello que da grima!

¡Es mucho cuento el rio de Madrid! Sobran puentes, sobran pingajos, sobran *Lavanderas*, sobran meriendas, sobran bodegones, sobran garrotazos.... Solo falta allí una vagatela... ¡el *rio*! Y á pesar de eso, todo se lava en él tarde ó temprano, y bien ó mal, menos los *lavaderos* y las *Lavanderas*.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL CHORICERO.

CUENTA la historia, y no la profana que tiene el *imprescriptible* derecho de mentir lo que le acomode sino la sagrada, que ni miente ni puede engañarnos, que en el arca de Noé hubo y se conservaron para servicio de ese miserable ser llamado hombre, todos los animales, que no hay pocos en este mundo, y que están derramados por la superficie de esto que llaman globo y nadie sabe lo que es. Dejando aparte lo ideal que (échele V. un galgo) y viniendo al terreno de lo positivo, que es lo único que hay de cierto, hubo en el arca de Noé un animal útil para el género humano y que sin duda por su excelencia (es un excelentísimo señor) tiene mas nombres que ninguno de los cuadrúpedos conocidos.

Este animal útil, gruñon, suculento y grasoso se llama cochino, cerdo, gorrino, guarro marrano y puerco. Con esto se prueban dos cosas, la excelencia del animal, y la riqueza de la lengua castellana.

El tal ciudadano de oreja en ristre, cola enroscada y paso de senador, fué el primero en quien la especie humana analizó cuanto á la pitanza pudiera ser provechoso. No se conoce en toda esa inmensidad de brutos que andan por esas calles, uno de quien mas provecho se saque, ni cuya anatomía haya sido mejor hecha. El cadáver de un cochino es una *notabilidad* quirúrgica. Un antiguo poeta español, decia:

Y dijo un cortesano,
entre todas las aves el marrano.

escepto los pelos, que un proverbio castellano dice que se cogen á puñados, las pezuñas y alguna otra cosa menos limpia, todo lo demás del cerdo se aprovecha. Fué un regalo que Dios hizo á la humanidad hambrienta, que esto de tener hambre la humanidad es otra de las gracias de la creacion. Estamos plagados de felicidades.

Pero volvamos, á los marranos, que es lo que importa. Desde que un cochino ve *la luz pública*, esto es, desde que nace, es ya un ciudadano recomendable á todo gastrónomo. Entónces no se llama cerdo ni compañía, sino *lechon*, y los asadores son buenos testigos, y que no me dejarán mentir, de que un cochinillo, ó sea lechon, asado con su manteca correspondiente, es un bocado exquisito y alimenticio como ninguno. Las orejas sobre todo; no hay mas que pedir; esos órganos destinados á oir y admirar el ruido del trueno, el susurro del agua y el bramido del huracan, de dos bocados se los engulle un literato ó la mas apuesta dama. ¡Desgracias de la cochineria! Cosas del mundo.

Les sucede á los marranos lo que á los hombres (todos nos vamos allá) y es que hasta que llegan á la edad madura, esto es, á ser ciudadanos independientes, no están en todo el lleno de la soberanía.

Para llegar á esta feliz situacion, se ve un marrano en el caso de atravesar á nado el rio de las necesidades de la vida que no tiene fondo. De pequeños comen poco y malo, y el porquero les mortifica á silbidos, maldiciones, pedradas y latigazos.

Sin embargo, á fuerza de frios y calores, y de comer bellotas, el lechon echa colmillos (no es decir que los arroje, sino que le crecen), y viene un dia en que el ciudadano gorrino es persona formal y de diez á doce arrobas de peso.

Aquí entra el imperio del choricero. Ve al marrano, le mira con ojo avizor, calcula cuánta manteca podrá dar de sí, repara en el rabo y en las orejas, y meditando allá en su inteligencia grasosa y choricesca sobre el grave cuadrúpedo, dice para su anguarina: este amigo me da lo menos cuatro duros de utilidad, limpios de polvo y paja; y sin mas alegatos, ni pruebas judiciales, le sentencia á la pena de muerte, aunque el pobre animal tiene la fortuna de que no haya por aquellos andurriales ni juez, ní escribano que se la notifiquen.

Muere el cerdo (Dios le haya perdonado) y muere contra su voluntad, porque hasta el dia de hoy en todos los anales de la cochineria, y en lo mas recóndito de la historia, no hay noticia de que ningun cerdo se haya suicidado. Son filósofos á prueba de cuchillo.

Si Vds.; lectores mios, han reparado bien en ello, habrán observado que un cochino que se halla ya en el caso de la metamórfosis, esto es, de que le conviertan en cuerpo y alma en chorizos, morcillas, butifarras y compañía es un ciudadano respetable; no hay ninguno de ellos que como he dicho yo en otra parte, no sirva para presidente de un consejo de ministros.

Aquel paso mesurado, aquel mirar entre enojoso y soberbio, aquel ondular *ad libitum* del suculento rabo, todo indica gravedad y mesura, esa gravedad del que manda para morir en la opinion pública, como el marrano al filo de un cuchillo, cuando á cada uno le llega la suya.

Pero, ¡cosa rara! el inventor de los chorizos debió ser, (porque á punto fijo no se sabe) algun lego de los conventos que ya no existen, y si algunos quedan están convertidos en teatrillos de mala muerte, museos, institutos, salones de máscara, y todas esas zarandajas de la moderna filosofía. Ahora sabemos mucho: andan los sábios tan abundantes y baratos como los fósforos. Es un género de consumo que ha venido á menos, como tantos otros. ¡Vicisitudes humanas!

He sentado (esta expresion es abogadesca y propia de un bachiller de Alcalá ó Salamanca en aquellos gloriosos tiempos en que Ulpiano era el rey de la sabiduría. ¡Todo sea por Dios!)

Pues como iba diciendo, he sentado que un lego debió ser el inventor de los chorizos, y para ello tengo mis competentes presunciones, ya que no esas pruebas legales en que sin probar nada, se depoja á un ciudadano de sus bienes y aun de su vida.

Los primeros que comieron cochino, debieron hacerlo en fólio, es decir, en pedazos de á media libra. Andando despues los tiempos, la carne magra de cerdo debió entrar en las albondiguillas, y esto de albondiguillas nadie como los legos de los conventos las entendia.

De una albondiguilla á un chorizo la transiccion es fácil y es natural, lo mas natural del mundo, que los frailes que solo pensaban en el coro y en el refectorio (vulgo comedor) inventasen los chorizos, y que los legos, cocineros de cámara de los conventos, hiciesen el embutido.

Despues de la invencion, los vecinos de Candelario, pueblo situado en la sierra de Avila que es la que desde Guadarrama levanta su frente erguida, y tendiéndose despues, como si estuviera cansada, como si tuviese calor baña sus piés en las agitadas aguas del Océano, se apoderaron de ella, esto es de la invencion, y se dedicaron á esa industria cochinera en la cual han hecho progresos dignos de que la trompa de la fama los publique por el universo mundo.

En esa sierra habia pocos marranos, porque naturalmente en las sierras hay poco de todo, excepto frio, nieves, buen espliego y perdices de cascabel. Este epiteto requiere su explicacion. En los paises frios y montañosos las perdices son mas sabrosas y robustas que en los cálidos, tienen mas fuerza para volar y cuando se levantan chocando las unas plumas de las alas con las otras forman un sonido parecido al de los cascabeles. Cada pais tiene sus especialidades. En materia de perdices las de la sierra.

Pues señor, y como ibamos diciendo, (estas frases castellanas no tienen precio) los vecinos de Candelario se apoderaron de la cochineria, y esa conquista no puede disputárseles por ningun pueblo de los veinte y cinco mil que dicen que forma la monarquía española. Yo he hecho una cruz á esta monarquía, como quien se la hace al diablo, y á pesar de haber dado la vuelta á este pícaro mundo, todavia no sé el número fijo de los pueblos en que canta el gallo, cacarean las gallinas, gruñen los cerdos y rebuznan los burros, que, con perdon sea dicho, son los animales mas graves, reverendos y útiles de la creacion. No comprendo yo porqué un jamon de borrico, que tanto abunda, no habia de tener su parte como cualquiera hijo de cochino en el embutido de los chorizos. La leche de burras la toman precisamente las personas mas finas y cultas de la sociedad, es verdad que las burras no son borricos, pero son sus hembras y de una burra á un burro no hay mas que la diferencia del sexo. Todos son hijos de Dios y herederos de su gloria.

Pero vengamos al Choricero. Despues de muerto el cochino, hecho pedazos y mezclada su carne con la de una vaca que tal vez fue una bienaventurada, ó con la de un buey, que como Juan Lanas está harto de trabajar, se hace la operacion quimica del embutido con su sal, su pimiento de la Vera de Plasencia y todo lo que los chorizos llevan consigo.



El Choricero.

Luego que estan secos y en disposicion de venderse al respetable público, el choricero dispone sus mulos, por supuesto alimentados con un cuartillo mas de cebada por barba, porque no hay nada que haga tratar mejor á los hombres y á los mulos que un interés presunto; y provistas las alforjas y las cargas hechas se despide de su amada consorte y de los chicos que pululan por entre la manteca y los pelos de cochino, y montado en las ancas de un mulo cargado de chorizos y de los jamones y orejas correspondientes, desciende desde las sierras de Candelario á las anchurosas llanuras en que da con una carretera que se dirige á la heróica villa y corte de Madrid.

Los chorizos! en la primera noche de su peregri-

nacion, sin decir esta boca es mia, descansan con la tranquilidad del justo, arrimados al poste de un meson, de esos que se estilan en la patria de Pelayo, en donde todo se estila menos comodidad y abundancia, á no ser que sea de incomodidades y falta de todo humano sustento.

El héroe Choricero, que tambien puede serlo, porque á cualquiera se le llama asi, con tal deque tenga la habilidad de hacérselo llamar, se sienta al rededor de la lumbre y extendiendo las manos hácia el fuego á manera de pantalla, traba conversacion con la mesonera sobre las contribuciones que están en moda, las que vendrán despues y la libertad de que gozamos los españoles.

Entre tanto comen los mulos sin dárseles un pito por los derechos imprescriptibles y despues de bien cenado se acuesta con la tranquilidad de un hombre que no espera de los otros mas que pesetas á cuenta de sus chorizos. Llega por fin á Madrid, y en las puertas le hacen soltar á cada chorizo una cuarta parte de su sustancia. Nuestro sistema de Hacienda es admirable. El que quiera algo que lo pague, y sino que tome soleta.

Llega á la posada, se entiende dentro de Madrid, saca sus chorizos de las banastas, ponen en las alforjas los que caben y aquí tienen Vds. un ciudadano que de cuarto en cuarto va vendiendo *la rica hacienda*, y aconsejando á las madres de familia que acostumbren á sus hijos á comer chorizos porque es un alimento muy sano y sabroso.

Señora, suelen decir, si V. no me los quiere pagar ahora, (pero esto siempre lo dicen á quien saben que ha de pagarles) será despues y por eso no reñiremos.

Resultado final; que los chorizos de la sierra de Avila se convierten en plata madrileña, y cuando el choricero ha logrado un capitalito tira las alforjas y logra hacerse alcalde de su lugar.

ABENAMAR.

EL ESCRITOR PUBLICO.

TODOS sabemos lo que significa en una nacion la palabra *vulgo*; y aunque en España se han convertido en *vulgares* muchos hombres renombrados, esto no se opone á que la palabra *vulgo* sea una palabra baja y mal sonante: por eso sin duda la han usado no poco los mandarines en ciertas y ciertas épocas; por eso, sin duda en otras no tan seguras para ellos, la palabra *vulgo* se ha convertido en la palabra *masa*; porque nadie ignora que con las épocas se cambian las palabras, y tal era buena y castiza en tiempo de CERVANTES, que hoy no la toleran los oidos menos delicados; asi como los hombres que frisan ya en los sesenta no pueden tolerar las locuras de los jóvenes de diez y ocho, por mas que las de estos solo sean una reproduccion de las que ellos hicieron en sus floridos abriles. La razon de este fenómeno está en la naturaleza de las cosas, es decir, en que todo se gasta y desaparece con el tiempo en nuestro pobre, antiguo y desvencijado mundo, lo mismo el elegante vestido de raso de la dama, que la saya de percal de la oficiala de sastre; lo mismo las rosas del rostro virginal de la púdica doncella, que el atolondramiento del atrevido calavera que la persigue; en una palabra, lo mismo los hombres que las cosas. De aqui, pues, la necesidad incesante de nombres nuevos, ya que cosas nuevas y nuevos hombres no se dan todos los dias; de aqui tambien el furor que á todos domina de correr en pós de esos nombres, de repetirlos por exóticos é incomprensibles que sean, y de moler con ellos al género humano, tan solo por el prurito que nos aqueja de darnos *aire* de importancia. Y hé aqui tambien la palabra aire aplicada de un modo tan poco español como significativo.

Sea de esto lo que quiera, no puede negarse que de vez en cuando, allá entre los muchos nuevos nombres y las pocas cosas nuevas, suele aparecer alguna especie de individuos, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, para cuya descripcion serian escasos los tomos que ocupan las obras de BUFFON añadidas por CUVIER, y cuya vida tiene mucha semejanza (perdóneseme la comparacion) con la de aquel bandido que ponia especial cuidado en mantener siempre en perfecto equilibrio la balanza de su conciencia.

De uno de estos individuos, mitad cosa y mitad nombre, me he propuesto escribir hoy; y asi dejando en el tintero á los nombres cosas *Autor dramático* y *Mujer literata*, que pertenecen á la misma familia, aunque á distinto género: digamos algo acerca de la cosa-nombre *Escritor público*.

El *Periodista* es una fruta que ha pretendido varias veces aclimatarse en España; ignoro hasta ahora si le ha sido fácil conseguirlo. Su procedencia para nosotros es inglesa, francesa y americana, aunque el sábio CONSTANTINO WOLF, si no miente JOUY, atribuye su origen al patriarca PHOCIO; echándosele, no obstante, encima, para asegurarnos que el Adan de los periodistas europeos fué incontestablemente MR. DE SALLO, consejero del parlamento de Paris, quien con el nombre de HEDOUVILLE publicó el primer número del *Journal des Savans* el dia 5 de enero del año de gracia 1665. Ni se crea que con esto hemos salido de dudas acerca del primero que inventó tan ingenioso método de contribuciones directas y de ponerse en berlina, porque los bibliógrafos y bibliófilos han disputado larga é inutilmente, ya en favor del carmelita JACOB, á cuyos pobres huesos achacan el crímen de la primera nomenclatura de libros que comenzó á salir en 1652, ya en honor del médico TEOFRASTO RENAUDOT, que si bien nada legó á la posteridad en el ramo de los hijos del hambre, imaginó al menos en 1631 el título de *Gaceta de Francia*, para una *hoja* ó *folleto* que habia pensado dar á luz, dedicado exclusivamente á la política de su tiempo. Y como si en esta cuestion se tratase de disputar la pertenencia de algun MANCO DE LEPANTO entre Madrid, Toledo, Sevilla, Lucena, Esquivias, Alcázar de S. Juan, Consuegra y Alcalá de Henares, los husmeadores de fechas, en que han sido descubiertas las mayores plagas de la humanidad, se han lanzado mútuamente epigramas y tinteros á la cabeza, por el empeño de inmortalizar tal vez á costa de su inocencia, al primer pobre diablo que dió en la manía de divertir á tontos, de chuparles sus blancas con cuatro parrafillos insulsos ó desvergonzados, y de abrir el camino á la murmuracion impresa, á los vaivenes políticos, al establecimiento de la censura, del Jurado y de leyes rectrictivas.

Poco nos importa á los que no aspiramos á dejar fama á costa de nombres agenos, que el polvo de sus cenizas sacudido por sacrílegos anticuarios, haya subido hasta las nubes: en cuanto á mi, que tengo por costumbre reirme de toda pretension erudita y de borragear tipos españoles buenos ó malos, me basta saber que en España hay *Escritores*, y me curo muy poco ó nada de indagar quien fue su primer padre.

El *Periodista* español se compone de dos entes distintos: uno moral, aéreo inapreciable, abstracto, irresponsable; espíritu sin forma ni color, que pasa desconocido é invisible por delante de nuestros ojos: otro físico, material, sujeto á exámen y calificacion, concreto; hombre de carne y hueso, á quien todos vemos y designamos con el dedo. De las dos contradicciones resulta que el *Periodista-moral* concibe las

cosas de diferente modo que el *Periodista-físico*, á quien á pesar de esto se halla subordinado, á quien por lo mismo obedece siempre, y á quien deja el cuidado de sacar de apuros á la conciencia por medio de la moderna fraseologia, ó arte de decir lo que no se siente. De modo que en buena lógica debemos deducir que el verdadero Periodista no tiene opinion propia, independiente y segura, porque es un *cata-viento* que se dirige al rumbo, hácia donde le impelen la fuerza de las circunstancias y los apuros de la situacion. Y como en todo caso sea mas fácil presentar un bosquejo de hechos que de intenciones, entremos desde luego en casa de *D. Rufino*, periodista de profesion y colaborador de un Diario que hace la oposicion al gobierno con el título de LA SALVAGUARDIA.

D. Rufino (os lo diré en tanto que se presenta en su modesto despacho) es hombre de veinte y siete á treinta años, cesante por supuesto, enemigo de los que mandan, aunque poco mas ó menos de sus mismas ideas, y sobre todo celoso defensor de las leyes vigentes, desde el instante en que fue apeado de la secretaría del gobierno político de..... Mañana, esto es, cuando caiga el ministerio, solicitará su reposicion del entrante, y segun este proceda con el, así le defenderá ó le hará la opisicion, aunque sea el mejor ministerio del mundo: pero no hay cuidado de que en



El Escritor público.

sus artículos aparezca el verdadero móvil de su conducta; en todos ellos irá por delante la muletilla de *la felicidad del pais*. Pero aquí llega.

Buenos dias, *D. Rufino*.— ¡Ola, amigo! ¿Que milagro? ¿V. por aquí?—Preciso: si en la redaccion no se le puede hablar á V.— Verdad es. ¡Está uno tan engolfado en esas cuestiones de interés general! Y luego hay que atender tambien á medidas particulares, y tampoco podemos dejar de la mano la guerra justa y franca que hacemos al poder; y despues es preciso continuar las polémicas pendientes con los Diarios ministeriales, y las que nos suscitan los de nuestro mismo partido, que no ven las cosas como las vemos nosotros: esto sin descuidarnos de estar al corriente de la política exterior, tan interesante y trascendental para nosotros, por las graves y complicadas cuestiones que se agitan en la diplomácia europea, y de la interior, que presenta síntomas alarmantes para el porvenir de la patria.—Ea: dejemos á un lado la patria y todo ese barullo de interés general, que no comprendo, de interés particular, que comprendo algo, de guerra al poder, de polémicas y de cuestiones, y dígameV. lisa y llanamente que hay de noticias.— De noticias... poco ó nada: los periódicos de las provincias vienen desnudos este correo, pero no hay duda en que se adelanta: el gobierno está en pugna con todos los partidos y tiene que caer sin remedio.—¿Si? Pues caiga bendito de Dios. ¡Ah! Entéreme V. de esa ope

racion financiera.....— Eso es muy largo, y tengo mis minutos contados : la prueba es que ahora mismo me ha ocurrido variar una palabra en el artículo de fondo de mañana, y voy volando á la redaccion. ¡Oh! es un artículo fuertísimo, de esos que hacen eco en las *masas del pueblo*; en una palabra *contundente*. En él he puesto la voz *traidores* que al fin es denunciable, y voy á sustituirla con otra : *apóstatas*, por ejemplo, ó *inmorales*, ó *dilapidadores de los fondos públicos*..... una cosa por el estilo : ello es igual, y no choca tanto. Con que... hasta otro dia, ¿eh? Y déjese V. ver, hombre..... ¡Que diablos! Aunque afiliados en opuestos partidos, siempre somos lo que debemos ser; hombres honrados y esto basta.—Tiene V. razon, *D. Rufino*; tiene V. razon : hasta otro dia.

Al menos *D. Rufino* es un Periodista laborioso, por mas que ignore la mayor parte de las materias sobre las cuales escribe. Pero ese otro que nunca falta á los teatros en la primera representacion de una pieza, ni á las *soirés* de tono, ni al café de *Sólito*, ni..... en una palabra, á nada ¿quien es? — ¡Oh! Un redactor del *Vigía del Pueblo*, periódico tambien de la oposicion, periódico bilioso, *radical* concienzudo, para el cual todo es malo, salga de donde salga, con tal que salga del gobierno. Oigámosle.

No hay duda; el triunfo es nuestro : los desaciertos de los mandarines coronarán la grande obra del pueblo... Se necesita sangre, porque es preciso regenerar la España, esta infeliz España, llamada por la Providencia á tan altos destinos...

La improvisacion del radical es interrumpida por una carcajada. Vuelve el rostro, y se encuentra cara á cara con un colaborador del *Cetro*, periódico absolutista, y le alarga la mano. Esto es lógico, porque todos los periodistas de España anhelan la felicidad de la patria, aunque por opuestos rumbos : así nos lo aseguran ellos todos los dias.

Pero cata que en medio del absolutista y el demócrata, se nos planta un tercer personage, periodista tambien, sin opinion propia política ni literaria, articulista de encargo, cuyo único provecho son cuatrocientos reales mensuales que le valen sus artículos de teatros, insertos en la *Epoca*, periódico de todas las opiniones y de ninguna. Entre estos tres personages y otros que figuran en la escena, que se me antoja fijar en el ya citado café de *Sólito*, se arma la zambra siguiente :

— ¿Han leido Vds. mi artículo acerca de la comedia de anoche? — Si : me gusta. — A mí no, y lo digo francamente : hay en él un poco de amistad, y los actores están tratados con sobrada blandura. — Hombre..... ¿que quiere V.? Estoy persuadido que la comedia no es buena; es decir, tampoco es mala : tiene algunas escenas regulares, y nada mas : pero yo tengo amistades y relaciones entre bastidores, y si uno no los elogia... ademas la empresa me regala una luneta... y luego he presentado dos producciones *arregladas* á nuestra escena, y se me ha dado palabra de que se harán en este invierno..... — Ya....., — ¡Que zurra les doy á los ministros! vamos; no hay mas que pedir : si son hombres de carne y hueso deben ahorcarse ó ahorcarme..... ¡Ja! ¡ja! ¡ja!... Pero la incapacidad está en su punto..... No se atreven..... Para nada tienen resolucion. — Oiga V. (esto lo dice un viejo marrullero), hay que distinguir dos cosas : el gobierno es muy capaz de ahorcar á V., pero dudo que se atreva á ahorcar al Periodista. — ¡Toma! eso ya lo sabia : como que yo soy dos hombres distintos. —Y un solo tonto verdadero, repone el viejo tomando un polvo.

—¿Saben Vds. la noticia?—¿De que se trata? preguntan todos. — Formacion de nuevo ministerio. — ¿De veras? — He bebido la noticia en buenas fuentes, y puede publicarse con toda seguridad : yo respondo.— No me coge de susto. — Ni á mí. — Ni á mí. — Ni á mí. — Mi artículo del lúnes..... pues..... — Y el mio del mártes..... digo..... — Y el mio del miércoles... apénas... — Hemos conseguido la victoria. — De seguro. — ¿Quien lo duda? — Caballeros, esto no quita que en otras cuestiones nos hagamos la guerra.—Por supuesto : la conciencia ante todo; lo principal es que hemos derribado al gabinete. — Una duda me ocurre, señores Periodistas : (aquí habla el viejo por segunda vez) ¿que ministerio nos darán? — ¡Va! Cualquiera...... — ¿Que nos importa eso? Le haremos la oposicion. — Preciso : nosotros nos oponemos á todo.— Con que..... yo voy á la redaccion á poner un parrafillo. — Y yo á escribir un artículo de tres columnas sobre la caida. — Y yo á discurrir algun insulto contra los que han bajado y algun otro contra los que suban. — Todos estamos en nuestro derecho.

Al dia siguiente estampan todos los periódicos de la oposicion : « *Se asegura que anoche fue aceptada la dimision que de sus respectivas secretarias hicieron los señores*..... (aquí los nombres). » Con la misma fecha sale la Gaceta diciendo : « *Las voces que han corrido estos dias acerca de un cambio ministerial, carecen de fundamento.* »

Este es el ridículo de los Periodistas de la oposicion. Hagamos una corta visita á los que defienden al gobierno.

No hay remedio, exclama el director de la Legalidad; V. entiende la materia, y es preciso que escriba un artículo prodigando elogios á manos llenas al decreto del ministro de Hacienda. — No tengo inconveniente, pero advierto á V. que nos van á llamar vendidos, aduladores; y que sé yo que mas. — Deje V. chillar, que mas padeció Cristo por nosotros : ademas, se está preparando un golpecito de Estado..... chist..... en secreto..... ya verán Vds. como el gobierno marcha. — De modo que eso ya es otra cosa; si el gobierno nos sostiene.....— ¿Que es sostener? — Premiar, amigo mio, premiar. Detrás de ese artículo hay un empleo; lo sé de buena tinta, y le tengo á V. muy recomendado : no ignora V. que todos los dias veo á S. E. — Basta, basta : haré un artículo que pueda arder en un candil : si lo critican y critican el decreto, me encargo de sostener la polémica, y nos veremos las caras.— Es decir que puedo descuidar... —Lo dicho, dicho : este negocio corre por mi cuenta.

El Diario ministerial elogia un decreto, cuya aplicacion no sabe ó no puede apreciar : la nacion entera se resiente de los perjuicios que el decreto ocasiona.

Este es el ridículo de los Periodistas del gobierno.

Hay Escritores que no son políticos, y que abrigan el orgullo de llamarse tales, porque escriben en periódicos; folletinistas de profesion, traductores de oficio, que revuelven colecciones enteras de la *Presse*, y de la *Revue de Paris* para divertir al público con cuentecillos extrangeros á razon de sesenta ú ochenta reales por cuadro. Poco, muy poco es lo que gana esta pobre gente por dos sencillísimas razones : la primera porque en España hay mas novelas mal traducidas que aficionados á leerlas : la segunda porque todos los muchachos que aprenden en la escuela por casualidad á leer y á escribir, se creen con derecho para aspirar al rango de literatos-periodistas. Esto último con especialidad ha abaratado el género de un modo asombroso, y ya no se pagan los folletines como se pagaban años atrás : al contrario; se encuentran hoy por todas las esquinas de Madrid folletinistas á méritos, que ofrecen *gratis* sus servicios á todos los periódicos nacidos y por nacer; por lo mismo no cuentan las empresas con la seccion literaria para su presupuesto particular de gastos.

Ademas de lo expuesto, el que con justo título se llame en España Escritor Público, ha de ser un hombre general; debe escribir de política, de modas, de administracion, de teatros, de economía, de música, de instruccion pública, de bailes : profundo pocas

veces, ligero y satírico las mas; cortés un dia, mordaz el siguiente, prudente y reservado, provocador y altanero; frio, caliente; blanco y negro. Cuando pierde su sueldo en los periódicos de un color, se pasa á los contrarios, y con cuatro palabras sobre *la injusticia con que se han calificado sus honradas intenciones*, sale del apuro y deja bien puesto el honor del pabellon. Si se incomodan con él los actores de un teatro y los que á los actores sostienen, una de dos, *ó canta la palinodia*, medio infalible de quedar bien con ellos, ó en defecto cuenta con otro teatro, con otros actores y con otros que á los actores sostengan, y que á fuerza de porfiar le indemnizan de sus pérdidas. En una palabra, la conciencia del Periodista es una gran almoneda de donde se lleva los géneros el comprador que mas paga por ellos.

Con lo dicho en estas mal pergeñadas líneas, y con añadir que el Periodista es el primero en abrazar las últimas modas de Paris para su trage, el último quizas que puede disponer de un duro de cuantos entes figuran en la sociedad, y el mas generoso de todos en el café ó en la fonda; con asegurar que conserva en el fondo de su corazon una esperanza imperecedera, que nunca cobra al corriente sus mensualidades, porque siempre las cobra adelantadas, que vive para un dia y no para la posteridad, como él se figura en sus momentos de entusiasmo, y que en todo caso está pronto á dar la vida y el alma por un amigo, creo que podemos formarnos una idea aproximada de lo que es entre nosotros un tipo, cuyos originales en su mayor parte trabajan para comer, que han heredado los vicios y virtudes de extrangeros originales, y que miran el cielo con la alegria de los desengañados, con el empeño de los valientes, ó con la indeferencia de los muertos.

José Maria de Andueza.

EL ESTUDIANTE.

Nuestros antiguos escritores hicieron un gran uso de este tipo, que figuran en casi todas sus novelas de costumbres, las cuales por lo comun dan principio con estudiantiles aventuras. Así lo vemos en el Bachiller de Salamanca, en Gil Blas, Marcos de Obregon y la vida del Gran Tacaño. Tampoco se quedó atras Mateo Aleman en su Guzman de Alfarache, y hasta el mismo Cervantes sacó á relucir al bachiller Sanson Carrasco y al hijo de D. Diego de Miranda: y en su novela de la *Tia fingida* dió pruebas de estar bien al corriente de las costumbres estudiantinas y del carácter peculiar de los jóvenes cursantes de cada provincia. De modo que para los escritores de aquella época era tan preciso un estudiante en su novela, como la tarasca en la procesion del Corpus.

Con todo, á pesar de lo manoseado que ha sido este tipo, en todas ellas se presenta con admirable variedad. D. Querubin de la Ronda y Gil Blas, copia de aquel, representan al estudiante aventurero, Obregon al miserable sopista de Salamanca, el Gran Tacaño al fámulo pícaro y travieso, Guzman de Alfarache al estudiante viejo y semijuicioso de Alcalá. Porque es de notar que en aquella época Alcalá y Salamanca eran esclusivamente el teatro de las aventuras estudiantinas. Ahora uno de aquellos teatros se ha venido abajo y el otro tiene tan poca entrada, como compañía de la legua.

Siguiendo pues la antigua costumbre, no podemos dispensarnos de presentar al estudiante entre los demas tipos españoles. Por desgracia este ha perdido ya mucho de su carácter original, y quizá dentro de pocos años el furor *galo-filo* que invade todas nuestras instituciones habrá concluido por despojarle de todo lo que tiene puramente español. Entónces para describirlo no habrá mas que tomar á buena cuenta un folleto frances y refundirlo al español, es decir, echarle una remonta de tacones y medias suelas y hágote nuevo. ¡Qué gusto será en tal caso ver la calle ancha de S. Bernardo convertida en *pais latino*, y á los estudiantes en buena paz y compañía con las manolas que son las mismísimas grisetas (¡quién lo duda!) hasta en el zagalejo y la mantilla!

Uno de los golpes que mas han contribuido á despegar al estudiante de su carácter peculiar, ha sido la abolicion de los manteos. Los buenos estudiantes lloraron por largo tiempo al verse precisados á orillar la ropa de S. Pedro con la que se hallaban familiarizados desde tiempo inmemorial. En vano algunos pocos aspirantes á lechuguinos, sacaron á lucir sus fraques y levitas, y otros siguiendo la moda del año 35 adornaron sus pantalones de pieles, sustituyeron el capote al manteo, pusieron en sus zapatos espolines de cangrejo, y dejando crecer en sus caras patillas de chuleta, escobillones y guarda polvos, conquistaron el título de *estudiantes de caballería*. Pero la generalidad de la estudiantina empeñada en ridiculizar aquella órden, la desairó en cuanto pudo, continuando con el manteo, y sustituyendo á los antiguos tricornios gorras de fuelle, invencion que no le ocurriera al mismo Vulcano.

La reforma llevó de paso en algunas universidades las golillas de los bedeles, los trages arqueológicos y monumentales de los timbaleros y chirimías, los mantos y becas de los colegiales; y hasta los mismos profesores, que se desgañitaban por entónces en las cátedras predicando igualdad, dieron al traste con el manteo nivelador y prefirieron asomar las charreteras de estambre amarillo por debajo de la muceta encarnada, haciendo una figura, que era cosa de alabar á Dios.

Pero á pesar de eso el furor estudiantil contra la órden, que los volvia ciudadanos por la fachada, ha continuado y sigue todavia tratando de adquirirse un traje peculiar y característico. A estos conatos es debida la invencion de *los hongos*, con que algunos de ellos trataron no ha mucho de adornar la cabeza vistiéndose de máscaras, sin respetar los tiempos que corrian. Pero la sociedad silbó á sus inventores, la mayor parte de la estudiantina se les rió en sus barbas y designó con el apodo de *monicongos* (monos con hongos) y hasta las autoridades tuvieron la bondad de chulearse con ellos, dando á los presidarios sombreros de aquella hechura, como sucedió en Zaragoza. Está visto que el manteo y el tricornio serán siempre el emblema geroglífico de la estudiantina, como la celada es el distintivo de la nobleza sobre los escudos y blasones por mas que las antiguas armaduras hayan caido en desuso.

Otro de los golpes que ha sufrido el carácter estudiantil ha sido la traslacion de universidades de las poblaciones subalternas á las capitales. En las grandes ciudades el Estudiante muere. Las grandes distancias, el aislamiento y falta de roce entre los condiscípulos y la sujecion de familia, contribuyen á que no haya entre los Estudiantes aquel trato íntimo, aquella union que se necesita, para que resalte un carácter entre los otros que le rodean. A la verdad estas son ventajas para la educacion que en el dia exigen las circunstancias de la sociedad, pero como en este mundo todo está compensado; á vueltas de estas ventajas vienen no pocos percances. En verdad que en las grandes poblaciones hay mas finura y trato de gentes, pero tambien la disipacion se reviste de mas brillantes colores: es verdad que en las grandes poblaciones se encuentran con mas facilidad estableci-

mientos científicos y buenos profesores, pero tambien abundan mas las insinuantes profesoras.

Sin que sea visto que tratemos de abordar la cuestion sobre establecimiento de universidades, no podemos menos de confesar que para conocer el carácter estudiantil es preciso estudiarlo en las poblaciones subalternas. En ellas el Estudiante es esclusivamente Estudiante: el teatro, el villar y las tertulias están enteramente á sus órdenes.

Por de pronto el teatro en poblaciones universitarias ofrece no poco que observar. Segun las antiguas leyes y usanzas los rectores de universidad gozaban una influencia inmensa en tales poblaciones. Compartian y disputaban sus prerogativas con las autoridades civiles, y á veces las condenaban á llevar zurra, como sucedió al corregidor de Salamanca, siendo maestrescuelas Alfonso de Madrigal, el célebre Tostado. Los Estudiantes defendian su fuero académico ó escolar con el mismo teson que los militares y eclesiásticos el suyo respectivo, y aun afectaban no quitarse bonetes ni sombreros á los corregidores. Uno de los sitios sobre que mas influencia ejercian los rectores era sobre el teatro. En unas partes tenian palco á guisa de autoridad, en otras impedian las representaciones en tiempo de curso, y cuando no alcanzaban á tanto rondaban por las casas de pupilaje ó prendian á los estudiantes al regresar á ellas, y los arrestaban en la cárcel de la universidad.

Todo esto caducó ya desde fines del siglo pasado, y desde entónces los Estudiantes procuran desquitarse del hambre dramática que debieron padecer sus antecesores. En el dia en los teatros frecuentados por Estudiantes no hay cosa segura desde la lucerna hasta el tornavoz. Si se deja el contrabajo junto á los atriles se espone su amo á que un Estudiante le unte de sebo todas las cuerdas y se limpia los dedos en la bayeta verde. Si es instrumento de aire se lo atascará con papeles ó con una bala de plomo, y le untará la embocadura con acibar, ó cosa peor. A veces en lo mas patético de una escena no falta un entretenido que se divierta en tirar perdigones al tornavoz, y á los músicos y actores garbanzos con cerbatana. Si se presenta en las tablas algun cómico que no sea del agrado estudiantil, se espone á verse bombardeado con patatas ó zanahorias, ó encontrar en las lunetas algun interlocutor sarcástico que interrumpa su monólogo con alguna ocurrencia picante, ó sostenga con él un diálogo harto animado á despecho de la autoridad y del autor.

Pero aun mas que en el teatro es en el villar donde el Estudiante despliega su carácter, porque aquel sitio es su terreno, su centro y su cuartel general. En billares estudiantiles no se juega mas que guerra: ¿quién se pone allí á jugar una partida y servir de blanco á la mosqueteria de veinte ó treinta estudiantes? Allí no se conoce el taco de suela mas que de nombre: el dar jaboncillo es pedantería. El Estudiante necesita taco fuerte; de cada tacazo hace á las bolas correr la posta por la mesa, ó que saltando la baranda vayan á despertar al prójimo, que duerme pacíficamente en el rincon del billar. Así es que los chiripones, las billas puercas, retruques y carambolas de sopeton se suceden con una rapidez increible, y cuando nada de esto se logra, el Estudiante esclama con voz ahuecada y atusándose las barbas:—¡ *Ba!....: si esta mesa es un arteson*!

Y efectivamente es así. No hay cosa mas desvencijada que un billar estudiantil. El paño parece estampa de matemáticas con tantos sietes y triángulos, las bolas picadas, la mesa desnivelada, los tacos hechos añicos, y hasta los quinqués sin un tubo sano.

En las pocas horas del dia en que el villar no está concurrido, es decir, durante las clases, nunca falta un veterano de sesto ó séptimo de leyes, que con permiso del mozo ensaya algunas jugadas y se entretiene en falsear las barandas y calcular sus protuverancias y vacíos, su resistencia y desnivel con una exactitud *plus quam* matemática.

¡Oh tú Estudiante de primero de jurisprudencia que acabas de salir del colegio y con los dineros que te dió tu padre para pagar á la patrona, y los que te dió tu madre, *de ocultis*, para gastos de guerra, te diriges al billar, en vez de ir á la cátedra, guárdate de esa harpía con frac raido que está haciendo como que no sabe dar bola!

Apénas abriste la celosía, cuando de una mirada leyó tu corazon y adivinó tu bolsillo diciendo en su interior ¡ *pobre pipiolo*!... No te fies aun cuando dé pifia en lugar de hacer una billa puerca, y aunque se deje ganar la primera y segunda partida. Te ganará las restantes sin dejarte dar bola y cuando tu hayas descubierto la superchería, te dará 26 para 30 y jugará por debajo de la pierna, con la izquierda, con tu baston y hasta con los dientes; ¡y tú infeliz irás sacando una peseta sobre otra por ver tales habilidades, y al último te hallarás con 24 reales menos y lo que suban las mesas!

Y vosotros profanos, tampoco os árrimeis por el billar estudiantil, porque vuestro sombrero corre peligro de transformarse en orinal, y al ir á recoger la capa nueva, os hallaréis una tornasolada de color de ala de mosca, tan raida como la conciencia del que se llevó la vuestra.

Las tertulias frecuentadas por Estudiantes tienen tambien su carácter peculiar y son como se deja suponer el teatro de la galantería estudiantil. Los amorios universitarios son por lo comun un si es ó no es picarescos. No son de *cala cuerda* como los militares, ni tampoco sentimentales y soporíferos como los de un elegante, sino que participan de uno y otro. Tienen además mucho de romántico, tal como besuqueo por las rejas, escalamiento de bálcones, conciertos y serenatas de guitarras y flautas, escondites en alacenas, palizas, desafios, y todo lo que contiene el arte de mas dramático.

Por lo que hace á las tertulias, en ellas ó se juega ó se canta ó se desuella al prójimo. Bien mirado, ¿qué recursos no suministra á la imaginacion juvenil de un estudiante amartelado un juego de prendas? ¿cómo dejará él de perder media docena de ellas á trueque de que le manden *contentar* á las señoras y tener ocasion de irlas cuchicheando al oido? A la verdad esto de los juegos de prendas es una mina á medio esplotar, pero de la cual muchos Estudiantes han sacado algo en pura plata. Si es durante la conversacion, ¿ cuántos recursos no suministra igualmente la mesa cubierta de bayetas verdes para el teje–maneje de piés y manos? Por su parte las damas universitarias no suelen ser gazmoñas, y las hay que colocadas entre dos Estudiantes, á uno dan con el pié y al otro la mano. A veces el de enfrente resentido de la deferencia que obtienen los *ad-lateres* trata de hacer el papel de tercero en discordia, y estirando el pié se prepara á saludar á uno de los favorecidos con un taconazo, vulgo *estocada de cuadra*; pero desgraciadamente yerra el golpe, mete el pié en el brasero, y al ir á sacarlo con violencia balancea la mesa, cae el quinqué, y queda la escena á buenas noches.

Si en la casa hay piano entónces el amo no gana para cuerdas, porque el estudiante no gusta de andantes ni moderatos: mas bien propende á los alegros y estos estrepitosos. De cada teclazo salta una cuerda y desafina cuatro. Luego para concluir toca una marcha á toda orquesta, es decir, alzando la tapa del piano y con el apéndice de bombo y chinesco.

Pero el instrumento mas usual del Estudiante es la guitarra. Un Estudiante sin guitarra es una cometa sin cola, y rara será la universidad en que no haya cuando menos media docena que la toquen con pri-

mor y todos los restantes asi, asi. Aquellos conciertos de tertulia, improvisados sin programa ni convite tienen mucho de originales. Despues de varios preludios mas ó menos grotescos, principia la hija de la casa con la inevitable Atala, diciendo ¡ *Triste Cartas* ! etc. y en pos del hijo de Ontalisi, nieto de Miscou, salen á lucirlo el Chinorrí, el Trovador y otras canciones, á las cuales por su fecha es probable que las obligue ya el ayuno. En los intermedios el Estudiante entona alguna cancioncilla picaresca á veces de su cosecha, acompañada de muecas y visages y con tales modulaciones que es cosa de despepitarse de risa.

Cuando la tertulia se compone esclusivamente de Estudiantes, no hay que preguntar lo que se hace: se estudia en el libro, que paga la bolla. El Estudiante en el juego es un jugador como otro cualquiera, pero en las bancas estudiantinas hay sus diferencias, que no es del caso omitir. En ellas á falta de dinero se apunta con capas y pantalones, y ante todas cosas con libros. Dice un autor comparando los caractéres de las naciones, que el frances lo último que vende es la camisa y el español la capa. Sobre eso hay mucho que decir, pero por lo que hace al Estudiante lo primero que vende es la capa. Todo se reduce á concurrir á la universidad con la ropa del mes de agosto, y aunque esté helando asegurar que hay blandura. En tales casos el Estudiante se echa sobre poco mas ó menos la cuenta del mendigo y dice (para su levita, á falta de capote) *todo mi cuerpo es cara*..

Por lo comun quien mas pierde en tales ocasiones son las patronas, y en el último resultado las madres; porque las madres tienen sobre sí la incumbencia de cubrir los deslices de sus hijos Estudiantes. Uno de estos que viene á vacaciones *con el diablo*, jamás confesará á su padre, que ha jugado, pero no tendrá inconveniente en decir á su madre de buenas á primeras que la patrona se ha quedado con la ropa á cuenta de las mesadas que jugó. Esto da lugar á escenas sumamente patéticas. La madre se sofoca, se irrita y reprende al jóven tahur con la mayor acrimonia. Este permanece taciturno y cabizbajo y escucha con religiosa modestia la maternal reprimenda, contando las baldosas que tiene el pavimento. Tose la rigida madre, y aprovechando el Estudiante aquel momento, le dice con acento acaramelado.

—¡Si viera V., mamá, que bien le cae ese lazo de la papalina!.....

—¡Bribon! ¿asi atiendes á lo que te digo?

—No se enfade V. mamá, que se pone fea.

—Toma pillote... y se prepara á tirarle de las melenas; pero el Estudiante aparentando abrazarla sujeta sus brazos.

—¡Esto tambien!... yo se lo diré á tu padre.

—¡Vaya! no haga V. tal cosa, si todo ello es una bicoca: cuatrocientos ochenta reales con doce maravedises es lo que debo, pero deme V. quinientos que yo economizaré para cubrir los maravedises.

El mejor año que tiene el Estudiante para jugar es el del grado, por lo mismo que tiene mas que estudiar. Ademas aun cuando pierda tiene consuelo de que en los gastos del grado pondrá las cuentas del gran capitan. Estudiante hay que en un grado de bachiler á Claustro regular, que incluso el depósito sube á 500 reales puso partidas de música, cohetes, dulces, comida y refresco: 2342 rs. Por esta razon los padres de estudiantes, jamás suelen pedirles la cuenta ántes bien les señalan una cantidad mensual. Si el Estudiante la pierde se retira á vivir á una *leonera* y vive de patatas ó de *pegote* de compañeros. Desde que falta la sopa de los conventos esta vida tiene muchos percances.

Tales son en globo las cualidades del Estudiante en general: hay ademas algunas peculiares de cada facultad, que conviene ver por separado, pues constituyen casi diferentes tipos.

EL FILÓSOFO.

El filósofo es en la estudiantina lo que el recluta en la tropa, y el novicio en la religion. Es verdad que cuando vino del aula á la universidad ya sabia *hacer novillos*, poner mazas, andar á bolsazos con los libros y aun tenia una tintura de la táctica de guerrillas, que aprendió en las pedreas de las eras de su lugar, en alguna de las cuales tuvo el honor de ser *canonizado*. Pero al pasar á facultad mayor y luego que pisa los patios de la universidad, el Filósofo debe abjurar todos aquellos malos hábitos para adquirir otros mas escolares. Una cosa es silbar á todo vicho viviente que pasa por la calle al salir del aula, y otra cosa es silbar al mismo profesor dentro de la cátedra. A un Filósofo lo mas que se le permite es lo segundo... sin perjuicio del derecho que le asista para lo primero. Una cosa es poner mazas, echar carretillas, atar la mesa de un bollero á las ruedas de un coche que va á echar á correr, ó meter un pedazo de yesca debajo de la albarda de un pollino en una plazuela llena de cacharros; otra cosa es llevar á cátedra ratones, soltar pájaros, hincar agujas en la silla del catedrático y sonar cascabeles y aun cencerros durante la esplicacion. Un Filósofo no hace lo primero... sino cuando tiene ocasion, y con mas frecuencia lo segundo: en tal caso al profesor condenado á pasar el purgatorio en vida acosado anualmente por 50 ú 80 diablejos, no le queda mas recurso que esclamar lo que en igual ocasion de cencerro dijo el célebre Moreto á sus discípulos: «*ya estrañaba yo que en esta manada de bestias no hubiese algun cabestro.*»



El Estudiante de la tuna.

La invencion de los fósforos ha sido una calamidad para las cátedras de filosofía: desde entónces nada hay seguro en ellas, no digo las maderas, sino aun los hisogués de los catedráticos. A veces tambien mientras ellos esplican la teoría del vidrio convexo, sus discípulos ensayan en las levitas (las de los profesores) la práctica del espejo ustorio.

El Filósofo es por lo comun muy puntual en asistir á cátedra, mucho mas si vive sujeto á sus padres y sale poco de casa. Tiene un miedo cerval *á las quince faltas*, pero se va curando esta debilidad segun va ganando cursos. Por desgracia esta asistencia es muchas veces material y se reduce á responder cuando el catedrático pasa lista, y contestar por algun ausente: pero si el catedrático tiene la humorada de preguntar la leccion al asistente discípulo, allí son los apuros. Cuando llegan estos lances tan apurados el Filósofo tiene siempre á mano un dolor de muelas, ó jaqueca para escusarse, y á último recurso, si el catedrático aprieta mucho acuden las lágrimas en su ausilio. Pero este recurso es de muy mal tono, y tan solo echa mano de él algun Filósofo que huela á faldas. El que se ha criado en colegio es mas aguerrido.

Por lo demas no dejaremos de observar, que las cátedras de filosofía han sido por lo comun las peor dotadas, lo cual alejaba de ellas á los buenos profesores, porque es imposible que por un pequeño estipendio se decidieran estos *á lidiar con Filósofos*.

EL TEÓLOGO.

Este género se vende algo caro en el dia, desde que la iglesia española va adquiriendo el lustre y esplendor que tuvo allá en los primitivos tiempos, cuando los clérigos eran de oro, los cálices de palo y los procónsules de hierro. En cambio el tipo teologal se ha dividido y subdividido creando entre otros un género nuevo, que podemos mirar, como *fruta del tiempo*. Tal es *Teólogo injerto*, otros llaman *apóstata* y *recalcitrante*. Con estos nombres se designa al Teólogo, que no hallándose con suficientes fuerzas para aceptar el lisongero porvenir con que le brinda la iglesia española, vuelve pasos atras y se decide á estudiar jurisprudencia farmacia ó veterinaria.

Las vicisitudes que desde principios de este siglo han agitado sin cesar á nuestra patria han dado tal fomento á este tipo del *Teólogo injerto*, que por todas partes bulle y se le encuentra, ora en los escaños del Congreso, ora en las filas del ejército, unas veces en las entrañas de la tierra convertido en *Teólogo-minero* (que es lo que hay que ver) y con mas frecuencia junto al espacioso bufete despachando espedientes, *simpliciter*, y *secundum quid*. El año 8 el Teólogo se convirtió en guerrillero nada mas que por ensayar las virtudes evangélicas. El año 20 el Estudiante de teología, que ahorcó los hábitos se casó (esto es de rigor, el exteólogo mira con horror el celibato) y en seguida se dedicó á las ciencias naturales y sus aplicaciones inmediatas, es decir, que abrió tienda de *herbolario*, y tintorero químico quita-manchas. Los que picaron por la abogacía han llegado á ser en estas últimas hornadas de padres de la patria, inquilinos del santuario, hácia donde Cervantes saca el brazo manco. Y como en estos tiempos de gracia que corren, á lo que hay que aspirar es á ser diputados, y lo demas dejarlo venir, y para ser diputado es un escelente medio el ser *jurisconsulto teórico-práctico acreditado* y *con estudio abierto*, de ahí es que la mayor parte de los Teólogos á quienes el Sr. Becerra dió con la puerta de la iglesia en los hocicos, se injertaron á sí mismos en leyes y siga la broma.

Entre estos Teólogos injertos los hay de mas ó menos fortuna y que forman diferentes categorías. Los hay que hácia el año de 1836 conmutaron cursos de teología por leyes, pelo á pelo, y dejando los impedimentos, se pusieron sobre la marcha á tirar impedimentos. Otros de voluntad ó por fuerza tomaron las armas aquende ú allende el Ebro, y al fin de la guerra pasaron su olvidada teología por jurisprudencia flamante (que hubiera sido por medicina, pase) y lo que faltaba para completar se suplió á balazo por la leccion y año de servicio por curso de carrera. Pero otros mas desgraciados no llegaron á tiempo de cazar tales gangas y vejetan en las universidades, y por su antigüedad en ellas vienen á ser una especie de Estudiantes *fosiles* ó *antediluvianos*. Un teólogo de esta última clase es un consumidor abonado de papel de 40 mrs. y debe ser *mutatis mutandis* (cuidado con equivocarse) lo que el capitan Chinchilla de Gil Blas. En sus incesantes memoriales recorre como aquel sus 20 años de carrera, y tiene el placer de ser tan atendido como el capitan al escribir la relacion semanal de sus campañas. ¡Oh si al menos estos *Chinchillas* pudieran pasar por tios postizos de alguna *Sirena*, otro gallo les cantára.

Por lo que hace al Teólogo propiamente tal (*ut talis*, ó *simpliciter theologus* como diria él) baste decir por lo comun es modesto y laborioso.— En los tiempos en que andaba por las universidades la 1.ª 2.æ de Sto. Tomás, el Teólogo necesitaba una memoria de hierro para echarse diariamente al cuerpo dos artículos por mañana y uno por tarde. Ahora como la ilustracion ha cundido tanto á Dios gracias, el Teólogo no necesita estudiar tanto, y con un artículo de *Lugdunense* destrozado del latin al castellano está un Teólogo fuera del paso. ¡Progreso teológico!

Pero aquel trabajo ímprobo no quitaba que el Teólogo tuviese sus desahogos y sus puntas de Estudiante: mas en tales casos procuraba siempre evitar el escándalo encubriendo sus fechorias. Así es que cuando salia de tuna ó maquinaba alguna travesura estudiantil, procuraba pasar por jurista, para no dañar al buen nombre de su facultad; mucho mas si trataba de quemar incienso en las aras de Cupido.

Concluiremos observando, que el Teólogo es el antípoda del Legista, y unos y otros se acosaban frecuentemente con dicterios é insultos latinos, que no es del caso reproducir. En el dia todo esto ha cesado; por la sencilla razon de que ya no hay quien estudie teología.

EL CANONISTA.

El canonista era en las universidades una especie de anfibio sin carácter peculiar por lo que escusaremos el tratar de él. Dice Alvaro Gomez, en la vida de Cisneros, que con mucha dificultad les dió este cabida en su universidad de Alcalá, y viendo un dia que uno de los profesores de cánones salia temprano de cátedra, dijo el Cardenal á los que estaban á su lado *«lo que es por mí estais demas.»* Lo mismo casi dijo el Gobierno al suprimir esta carrera en 1° de octubre de 1842.

EL LEGISTA.

El Legista principiaba su carrera estos años pasados por donde ahora la concluye, es decir, por el Derecho natural y de Gentes. Para ello le ponian al neófito en las manos un librote original de Mr. Felice, salvo lo que tenia de Burlamagni. No hay mal, dice el refran, que por bien no venga, y la desaplicacion de los Legistas en este año era un gran bien pues se ahorraban de aprender á ser embusteros por principios y otras lindezas por el estilo, y si lo aprendian eso tenian adelantado para el foro. En seguida se les enseñaba en cuatro papeletadas lo necesario para ser padres de la patria y fabricar leyes con cargo y data bajo los auspicios de Jeremías Bentham.

Cansado nuestro jóven alumno de oir cosas, que

para él eran jarabe de pico y música celestial, se echaba en el surco y así se cuidaba él de asistir á cátedra como por los cerros de Ubeda, lo cual no es de rigor que sucediera en el primer año de leyes, y bien podia suceder en otro ú otros de la carrera. En esto llegaba á su noticia por conducto de un condiscípulo, que despues de haber cumplido 30 faltas (dobles de las que abona el reglamento) el catedrático le habia borrado de la lista. Un estudiante de pro no se apura por tan poca cosa: en último resultado todo se reduce á perder un curso. En tal caso indaga las señas de casa del profesor y se dirige allá pertrechado con una certificacion del médico, de la que consta haber padecido calenturas intermitentes, y ademas de varias cartas de recomendacion de algun alto funcionario, de doña Sirena de Albarracin, ó de su tia doña Amparo.

—Deo gracias.

—A Dios sean dadas.

—¿Vive aquí don Triponiano In-digestum, catedrático de la Universidad.

—Servidor de V.

—El estudiante haciendo una profunda cortesía.—Venia con objeto de avisar á V. S. que estos últimos dias no pude asistir á Cátedra por haber estado enfermo.—Y al decir esto entrega la certificacion.

—¿Ha estado V. algun dia en cátedra?

—Si señor, cuando me lo permitian las tercianas.

—¿Pues como no me ha conocido V. ántes?

—Es que soy algo corto de vista.

—¡Lástima de jóven! procure V. el curso que viene estudiar con buenas luces.

—Pero señor, ¡por qué he de perder curso habiendo estado enfermo! Vea V. S. esta carta de su señora tia doña Amparo, y estas otras para que V. S. se convenza de que no hay maula.

¿Qué hace un catedrático en tal apuro? ¿ha de echar á pique á un jóven, en quien quizá fundan sus esperanzas las futuras diputaciones provinciales de su tierra? Nada de eso, mas bien Antonino que Tiberio. Queda pues nuevamente incluido en lista bajo las condiciones de no entrar á exámen hasta el estraordinario de octubre, de no hácer mas faltas, y repasar lo atrasado, apercibido al mismo tiempo de que se le preguntará la leccion con frecuencia. Eso no quita para que si falta algun dia responda por él otro condiscípulo, y si le pregunta la leccion la dice atisbando al libro del vecino (y eso que era corto de vista) ó con ayuda de Espíritu Santo; porque entre los estudiantes hay apuntadores que ni los del teatro.

Por lo demas el jurista es el verdadero tipo del estudiante y al que mas de lleno le corresponden las cualidades que apuntamos al principio. Cuando se usaban los manteos el Legista era conocido en el garbo con que los arrastraba y en el braceo que llevaba dentro de ellos. En la sotana se retrataba el alma del Legista á la manera que la corbata representa (segun dice el manual del buen tonto) el interior de una persona. Los Legistas juiciosos la usaban completa á lo teólogo, los elegantes muy estrecha por delante de modo que dejara ver el chaleco y la botonadura del frac, y tan corta que apénas llegaba á las rodillas, y por fin los calaveras llevaban en vez de sotana una especie de mandil, aprovechando la parte posterior para echar mangas negras á un frac de color de pasa ó cuchillos á los pantalones ambiguos.

En el dia la nueva generacion jurista, que no alcanzó los manteos, procura revocar lo mejor posible la fachada esterior de sus individuos, y los hay, ¡oh tiempos! ¡oh costumbres! que gastan corsé y visten por figurin.

EL MEDICINANTE.

Hay dos clases de estudiantes de medicina: unos que cursan en las universidades y otros que estudian al mismo tiempo la cirugía en los colegios de Madrid, Barcelona y Cádiz. Estos segundos forman un tipo aparte que comprende con ligeras escepciones toda la gente de curar inclusos los romancistas, farmacéuticos y veterinarios que llevan el título de colegiales, de los cuales se dijo ya en gran parte (ubi supra del barbero).

—Los primeros tienen principalmente su asiento en Zaragoza y Valencia, y usaban en su tiempo de manteos y demas adminículos estudiantiles.

Siempre se ha ridiculizado en los médicos su prurito y comezon por usar sus términos facultivos á diestro y á siniestro, pero esto es aun mas notable en los aprendices de curar. Uno de estos, por ejemplo, que pide horchata avisa al mozo que traiga un vaso de *lok*, y en lugar de conserva pide á su patrona *lectuario* de guindas: la aplicacion no puede ser mas exacta. Dios les libre á los amigos del aprendiz de curar de hincarse una espina ó cortarse con el cortaplumas si el dicho aprendiz ha estudiado ya el tratado de apósitos ó vendajes.—Venga un trapo de una cuarta en cuadro esclama al punto, y cogiendo unas tijeras improvisa una cruz de Malta la cual rodea al dedo del paciente, con no poca admiracion de este al ver que se lo ata sin hilo ni cinta, dejándole el dedo en figura de maza de tambor mayor.—¿Te admira eso? pues ahora verás lo mejor—y tirando de una punta lo deslia en un momento, pero arrancando un ¡hay! al paciente porque el trapo se habia pegado ya á la herida.

El Estudiante de medicina propende siempre á los tratamientos fuertes. Para curar un constipado receta cuatro sangrías de á onza y una cantárida que cubra toda la espalda con objeto de llamar allá la destilacion. Lo que hace con los cadáveres en el anfiteatro lo quiere imitar en los enfermos y ¡válgame Dios lo que pasa en los tales anfiteatros! No sé como hay quien tenga humor para morirse en el hospital, aunque no sea mas que por no bajar al anfiteatro.

Por otra parte el estómago de nuestro *matasanos* es tambien á prueba de anfiteatro; asi es que suele llevar los cigarros y aun la merienda en el mismo bolsillo en que sacó por la mañana los huesos de un difunto á medio mondar. Y sino, ¡pobre del aprendiz que sea melindroso! porque todo se reduce á convidarle á merendar y cuando esté bien cargado hacerle echar los bofes avisándole, ¡*que ya es antropófago*!

EL ESTUDIANTE DE LA TUNA.

Antes de concluir no podemos menos de rasguñar siquiera ya que no bosquejar al Estudiante de la tuna, tipo enteramente español, y que para sí solo merecia un artículo. Quizá los que vengan en pos de nosotros aprovecharán este tipo, cuando haya concluido de perderse, á la manera que en el dia se saca partido de los juglares, que en sus tiempos fueron asaz mal vistos.

¿No oís á lo lejos el ruido de la pandereta? ¿no veis cual salta el que mas bien que tocarla, golpea su pergamino en sus rodillas, con sus narices, con la punta del pié ó con el codo? Ora la arroja en alto y la obliga á voltear en rápido giro sobre la punta de su dedo, ora golpea con instantáneo movimiento y sin perder compás las cabezas de los chicos que le miran con la boca abierta. Por de pronto el es quien mas llama la atencion en todo el cerco de guitarras y acatarrados flautines.

Pero volved la vista mas acá y vereis ese que precede la cuadrilla con el desvencijado tricornio, y el manteo terciado y la escuálida levita que dá paso á la camisa por los codos: ese es el *moscon*, ó el postulante como dicen otros: oid cual dirije estudiados y picarescos requiebros á las damas, que pueblan los balcones y á las viejas que asoman la geta por las ventanas. Recoje con desenfado la plata que le echan y volviéndose á los músicos les dice con precipitacion:—

¡pronto, compañeros! á la señorita de lo verde (y Dios le dé mucho que dar), una cancion de las que valen á peseta. Y tú, señorita del albornoz que seguida de tu doncella vas á pasar por esa calle huye, huye, antes que te atisve el *moscon* y se pegue á tu lado para hacerte reir con sus diábolicas ocurrencias aunque vayas muerta de vergüenza. No te servirá que abras tu ridículo y le alargues una moneda, porque á continuacion te pedirá de limosna una mirada, hincará la rodilla en tierra, tenderá el manteo para que pases por encima y besará ¡oh picardía! donde tu pusiste el diminuto pié.

Decian los antiguos que no habia juglar sin trovador y tambien el Estudiante de la tuna reune ambas cualidades, y se ejercita en improvisar sin perjuicio de su inmenso repuesto de canciones de circunstancias sembradas de alusivos latinajos. Su sociedad es como otra cualquiera y al entablarla estipulan y forman sus bases. Cuando el *moscon* es hábil, (que los hay de una prontitud mujeril) puede contar con la cuarta parte del producto y á este tenor los restantes segun sus cualidades. A veces para evitar fraudes (¡si entre bobos anda el juego!) no hay postulante fijo, sino que ántes de salir á la calle se subasta la ganancia y el que mas puja hace de *moscon* y se guarda el producto.

Entre los Estudiantes de la tuna, los hay unos por necesidad y otros por vagancia: aquellos solo tunan cuando no hay curso, para estos siempre son vacaciones. Antiguamente los Estudiantes ricos solian tener la humorada de correr una de estas caravanas, y el tuno actual aprovechando esta tradicion suele darse á conocer en los pueblos (por supuesto con mucha reserva) como hijo de un marques á quien su padre queria de buenas á primeras hacer regente de la audiencia, siendo así que él tiene vocacion de médico. A las viejas se les cae la baba y las mozas lloran de ternura al ver á todo un futuro marques tan estropeado y entre tanto nuestro *baron de Illescas* saca la tripa de mal año.

Concluiremos, pues, confesando, que la vida estudiantina, si bien se mira, constituye una de las épocas mas felices de la vida, y si no fuera por atender al *modus vivendi*, era cosa de echarse á Estudiante de profesion. La edad juvenil, la compañía de Estudiantes vivarachos y de buen humor, la independencia y franqueza, que da el solo nombre de Estudiante contribuyen á prestar á este tipo un colorido, que á no verlo pareceria ideal. Bajo este concepto no tiene duda que deben agradecer mucho al gobierno su buena suerte *los Estudiantes antediluvianos*, á cuya clase tiene el honor de pertenecer S. A. S. S. Q. S. M. B.

VICENTE DE LA FUENTE.

LA CANTINERA.

FACILMENTE se conoce que la palabra Cantinera se deriva de cantina, que es el puesto ó la tienda de comestibles que con este nombre existe en algunas poblaciones dentro de los cuarteles ó al lado de ellos, así como en los campamentos militares y presidios. La voz Cantinera no se diferencia de la de vivandera ó sea proveedora de víveres, pero es de un uso mas vulgar y generalizado que ella. Quien haya pasado por cuarteles, ó haya recorrido los campos de batalla, puede muy bien haber visto en los patios de los primeros y en un punto indiferente de los segundos, un puesto de comestibles y licores, y detrás del mostrador á una mujer de aspecto varonil, pocas veces hermosa, y con cierto aire de natural desenfado; ataviada con trages de colores vivos y con pañuelos afelpados de algodon y sedas, en que resaltan tambien entre otros colores relumbrones el amarillo, naranjado y verde, formando flores, cuadros, ú otras combinaciones de dibujos simétricos y poco agradables. Esta mujer, aun siendo casada, se abroga por costumbre antigua el dictado y la parte activa de su profesion, oscureciendo á su marido aunque la ejerza tambien: así es que no decimos con tanta frecuencia el Cantinero ó vivandero como la Cantinera ó vivandera, sin embargo de estar designados en las leyes militares por el género masculino. Pero este no altera en lo mas mínimo el equilibrio social de la benemérita clase, y no impide el que el marido ejerza, sea ó no militar, esté ó no en campaña, su correspondiente autoridad, no pocas veces dura y tiránica, sobre su familia.

Los maridos de las Cantineras son por regla general tambores, soldados, músicos, cabos, sargentos, en actual servicio ó cumplidos, y chalanes; y se hacen ricos en pocos años si sus mujeres son de conducta y despejo, sin que por su parte hayan tenido mas incumbencias que la de ajustar algunas cuentas, de sumar y restar en lo perteneciente á los ramos de su comercio, y la de oir con paciencia gran copia de ternos y conjuros mezclados con invocaciones á los santos, en medio de las innumerables rencillas que indispensablemente ha de presenciar todos los dias entre los soldados mas viciosos, truanes y pendencieros del cuerpo.

La Cantinera tiene, segun su estado de desahogo y prosperidad, una muchachuela ó criada que la ayuda á despachar en su cajon ó mostrador, y la sisa, si es de ley, y un criado que de granuja en sus principios va aprendiendo á acarrear agua (que no es poco) y á servir á los parroquianos en sus juegos y merendonas, con el mayor aseo y agilidad; viniendo á parar algunas veces en tambor ó presidario, cuando su buena estrella no le conduce (lo cual no es comun) por el camino de la prosperidad hasta poner una cantina por su cuenta. Las utilidades de algunas Cantineras son exorbitantes, pues aunque tienen obligacion de dar un tanto á la plaza y otro al regimiento ó presidio con que comercian, fácilmente se deja conocer que los dos ó tres cuartos de que puede disponer cada uno de los miles de hombres acuartelados, forman una cantidad respetable que viene á emplearse casi por completo en los vinos, licores, sardinas, escabeches, bacalaos, legumbres, quesos, frutas y otros comestibles, que la permitan reunir en su tienda, por una parte los recursos de su capital, y por otra los productos del pais que ocupe, ó que se hallen en puntos poco distantes y de fácil comunicacion con él.

Si observamos atentamente á la Cantinera, hallaremos que hay dos personas que despiertan todas sus simpatías, y estas son el ayudante y el abanderado. No hay medio de seduccion que no ponga en planta para ver de captarse su benevolencia y aun su amor si es la Cantinera jóven, hermosa y agraciada, y el pueblo en que reside no tan grande que pueda hacerla temer poderosas rivalidades. De manera que si el honor militar no inspira á aquellos recursos con que defender su integridad y su energía de los tiros certeros de tan astuta y peligrosa enemiga, puede asegurarse que fumarán los mejores cigarros y beberán los mas exquisitos vinos, amen de adquirir grande y cariñosa intimidad con las tentadoras hijas de Venus, que por una extraña coincidencia vienen á encontrarse siempre dispuestas á la buena armonía é íntima amistad que la Cantinera les ofrece desinteresadamente en las poblaciones en que se encuentra. Pero estas finezas no se hacen á los oficialitos solo por su hermosura y buen talle; nada ménos que eso: la Cantinera teme al ayudante y al abanderado, como pueden temer el monedero falso y el ladron á la vara de la justicia; así es que clava sus ojos en los de aque-

llos, espiando si sus miradas escudriñadoras se dirigen, al pasar por su tienda, á su provision de comestibles; porque... ¡ay de ella si encontrasen fraude en su peso, medida ó calidad, y se les pusiese entre ceja y ceja aplicarla todo el rigor de la ordenanza! Ella sabe que las leyes militares son en ocasiones muy severas, aunque no se cumplen muchas veces en lo que hacen referencia á la profesion, y no lo acomodaria que á mas de perder sus géneros, fuese su marido seis años al presidio de Africa con su correspondiente grillete, quedándose sin bienes y aun sin vida, solo por haber vendido faltos de peso ó maleados, algunos alimentos que el incauto soldado se traga como ruedas de molino, sin darse cuenta, hasta que se lo dicen, de si han sido alubias ó granos de veneno, por las que se ha chupado los dedos de gusto al verlas condimentadas con la sabrosísima salsa que tan bien sabe preparar la Cantinera.

Muchas veces hace los oficios de lavandera, de planchadora y aun de prestamista; y es de ver como por medio de este último recurso, mas lucrativo que los demas, y más usual en las poblaciones que en campaña, aumenta considerablemente sus capitales, compensando con las usuras que exige á los unos los desfalcos que la hacen sufrir otros, á quienes no bastan los rigorosos castigos y temida autoridad del sargento á hacerles entrar en su deber y á estirpar la arteria y desvergüenza con que se acostumbran á tumbones y petardistas. Así es que despues del abanderado, los sargentos primeros ocupan el lugar preferente á los ojos de la Cantinera, y se hacen acreedores á sus miramientos y agasajos. En ciertas ocasiones la son muy necesarios porque pueden prevalerse de la prepotencia que tienen las categorías militares entre sí, é imponer penas prontas y arbitrarias que hagan entrar en su deber á la tropa, la cual tendrá que resignarse siempre que su culpabilidad pueda quedar probada de una manera tan palpable, que la haga digna de castigos mayores que los arbitrarios impuestos por los sargentos en estos casos escepcionales.

Las cantinas son, generalmente hablando, y sobre todo en tiempo de paz, núcleos de donde salen todas las maquinaciones torpes del soldado; en ella se murmura y maldice de los superiores desde cabo á general, sin escepcion alguna; ellas son el asilo de los rezagados que llegan á horas desusadas al cuartel, y el garito en que se juegan los cuartos y las prendas de vestuario, con barajas del tiempo del rey que rabió, y que han venido á vincularse en el establecimiento, tomando parte del olor, color y sabor de las oscuras paredes del sombrío edificio caverna, que con el nombre de cantina se conoce en algunas poblaciones.

Su perspicacia femenina, aunque tosca no puede ménos de ejercer grande influencia entre hombres sin ninguna cultura, y la constituye naturalmente en una especie de soberanía con su parodia de corte en que todos anhelan sus agasajos y distinciones. Pero suele haber soldados, andaluces principalmente, que consiguen inspirarla un cariño maternal ó bien una verdadera pasion amorosa segun sus edades, y entónces á Dios ahorros; ya no hay prosperidad ni porvenir que no quede expuesto á los caprichos del afortunado amante ó del hijo adoptivo, que, por regla general, y por efecto de las inconsecuencias humanas, la paga en desengaños y aun en desapiadadas palizas su generosa abnegacion y constancia.

La venganza subterránea y caprichosa, propia del sexo débil irritado, la hace señalar no pocas veces con su ojeriza á algunos de estos pillos, ó á otros que poco afortunados no tuvieron tal vez gracia para hacerse estimar, ó méritos que oponer á sus trampas y rapiñas; de lo cual provienen ódios y rencillas con todo su séquito de maquinaciones y asechanzas de baja escala, que suelen sancionarse con la autoridad del sargento, ó quedar terminadas con una solemne paliza dada á la buena Cantinera, sin respeto á su sexo, y acompañada de su correspondiente amenaza para lo sucesivo; la cual la precisa á verter algunas lágrimas, á sellar sus lábios y á hacer cruz y raya, aprendiendo un nuevo desengaño para el porvenir.

Distinguiremos dos especies de Cantineras que son Cantinera de ejército y Cantinera de presidio; y nos detendremos principalmente sobre la primera, subdividiéndola en dos variedades, segun que habite en poblaciones en tiempo de paz ú siga á los ejércitos en campaña.

CANTINERA DEL EJÉRCITO EN TIEMPO DE PAZ.

Necesita una licencia del Teniente de rey de la plaza y del comandante de batallon, para poder ejercer su oficio sin verse expuesta á que ningun individuo la incomode ni exija estipendio ni cantidad alguna. Esta licencia se da por cierto precio que ingresa por mitad en la tenencia de rey de la plaza y en la caja del regimiento; y por ella queda facultada la Cantinera para vender todo género de comestibles, vinos y licores de lícito comercio, dentro del cuartel ó en una casa contigua. Ahora bien, figurémonos que una criada de las señoras de la oficialidad tiene los necesarios ahorros, ó que un soldado ó tambor ó músico del batallon se casa con una mozita despierta y emprendedora, ó que el tambor mayor ó un cabo cumplido lo hacen con una tendera de aceite y vinagre de la ciudad. He aquí, digo, que cada una de estas individuas ú otras infinitas en casos análogos, hacen su pretension, acreditan su conducta moral y buenas costumbres, y llega por fin una de ellas á ser admitida en la profesion de Cantinera. Conforme á su capital, empezará poniendo una mesita con aguardiente y licores, y seguirá tomando ascendiente hasta que, si la fortuna la sopla viento en popa, presente al público no solo varias clases de legumbres, carnes de cerdo, bacalao y vinos, sino otros artículos de mas precio como ostras, frutas y pescas delicadas, y aun algunos géneros ultramarinos.

Ya hemos insinuado lo indispensable que es el que la Cantinera sepa captarse la benevolencia del ayudante, abanderado y sargentos; sin este paso no hay prosperidad, no hay fuerza moral, no hay nada. Despues de esto suelen tener algunas la habilidad de atraer á sus miras á los barateros y camorristas del batallon, para conseguir por su medio la fuerza material y bárbara que juzgan no las está demas, y ejercer un poder ilimitado sobre los hábitos é intereses de la tropa. La Cantinera, segun su índole particular, puede ser la zurcidora de todos los petardos que se dan por los soldados viejos á los reclutas, ó simple espectadora de ellos. Tambien puede muy bien emplear los recursos estratégicos de su magia amorosa en dar cuenta de los bolsillos de los quintos que vengan bien repletos. Todas sus tramas, todas sus maquinaciones de amor, suelen llevar por norte al interes; y no es aventurado asegurar, hablando en general, que el cálculo instintivo preside siempre en sus acciones mas sencillas, aun en los momentos en que á primera vista puede parecer desinteresada y generosa. Así por ejemplo, si busca al ayudante y abanderado buena costurera y planchadora, si regala cigarros á los sargentos, si da del mejor vino y aun dinero contante á los barateros y veteranos, es porque todo se puede temer de ellos, es porque la autoridad de los unos, hija del prestigio de su empleo y el renombre de los otros, adquirido en camorras, pendencias y escesos de todos géneros, les da una superioridad reconocida en el cuerpo, é influencia por lo tanto, á los unos para disculpar sus amaños, y á los otros para encarrilar á los incautos por los senderos de su perdicion, cuales son los de acostumbrarles á gastar en su cantina los dos ó tres cuartos de plus

y cuanto dinero puedan haber lícita ó ilícitamente adquirido.

En toda cantina, bien esté colocada dentro, bien á las inmediaciones del cuartel, suele haber una trastienda reservada á los juegos de azar y especialmente al cané. Allí se fuma, se juega, se rabia y se riñe instantáneamente, y sin que por lo comun muestre la Cantinera la menor sorpresa de los gritos y desórdenes á que por precision tiene que familiarizarse si quiere tener utilidades grandes y tan seguras. En la habitacion mas desahogada de su casa, se suelen tener algunas veces bailes los domingos ó dias feriados, á que concurren los mas frecuentes y festivos parroquianos del regimiento, que en tales casos llevan á sus resalaas á tener un ratito de fiesta al son de las panderetas, sonajas, hierros y castañuelas. Pero á todas estas broncas no asiste la Cantinera con gusto á no estar enamorada (lo cual ocasiona grandes pérdidas á sus intereses) ó ser muy jóven; y cuando lo hace es por órden regular como mera espectadora, no en busca de distraccion sencilla sino de oro; no en busca de alegría y concurrencia para mezclarse y gozar entre ella, sino del crédito de su establecimiento y de la mayor variedad de los juegos y regocijos de los parroquianos, para que su asistencia sea mas continua y mayor el consumo de los objetos de su comercio.

Algunas Cantineras suelen ser usureras crueles, con infinidad de maquinaciones y amaños, que las proporcionan réditos muy crecidos de las cantidades que prestan á la tropa, y aun á parte de la oficialidad, en situaciones críticas, por conducto de sus ingeniosos y leales asistentes. Mas toda su torre de maquinaciones y de usuras, viene naturalmente abajo siempre que se enamora, lo cual sucede pocas veces en tiempo de paz; entónces ya no hay cigarros, ni bebidas, ni dineros que basten á saciar las caprichosas francachelas del privilegiado amante; quien rescata de este modo el dinero que pagaron en petardos y usuras, los reclutas, como gente novel y poco experimentada.

La Cantinera toma al poco tiempo el acento provincial del cuerpo y alguna de sus cualidades morales, pero cuando se trata de trasladarse á otra poblacion se desprende de todas sus afecciones, y meditando únicamente sobre sus ganancias ó pérdidas, consulta con su marido, si le tiene, si les será mas conveniente seguir al regimiento ó quedarse, lo cual resuelven calculando los desembolsos del nuevo viaje y las utilidades seguras que ya consiguen en la poblacion con las que puedan hacer en otra, mas ó menos cara, mas ó menos populosa. Si se deciden por la estancia, vuelve la Cantinera á dar sus pasos con el comandante del cuerpo que llega, y forma su nuevo plan de estratagemas y sobornos, hasta que viene á conocer el terreno que pisa, y consigue entre los recien llegados crédito y estimacion, que les hacen dejar espontáneamente y con gusto toda la plata de sus bolsillos en la cantina.

En este género de vida sigue los trámites que las situaciones la van indicando, y ámen de algunos percances personales y pecuniarios, nada extraños á su profesion, y que de modo alguno deben causar la sorpresa; si ha sido diestra y ha sabido aprovechar sus desengaños, y si la pasion del amor no ha venido á desbaratar sus invariables cálculos y sus sábias medidas económicas, dando con ella en una casa de caridad, concluirá precisamente por ser rica. Despues, aunque deje su tienda, lo que no es probable, y se haga propietaria, tomará la costumbre lucrativa de dar dinero á réditos, no ya bajo palabra de honor ni por prendas insignificantes como en el ejército, sino sobre alhajas para poder aumentar impunemente sus usuras, y ver en sus últimos años el incremento rápido del oro de sus arcas que hace toda su dicha. Su vida de prosperidad la compensa con ventaja las contrariedades que pueda sufrir, preservándola de la irritabilidad á que de otro modo podia estar expuesta por el trato frecuente y continuo de gente por lo comun averiada y escandalosa, cual son los soldados que se dan mucho á los vicios de la bebida y del juego. Si la Cantinera no es tan poco venturosa que, una quiebra, ó una intriga de cuartel, ó una camorra sangrienta en su cantina, la desbaraten sus empresas: se considera muy feliz y olvida buenamente los insultos, los anatemas, y aun los golpes que recibe, al contar el oro que suele ser en ella el verdadero bálsamo de Malás con que cura las heridas de su asendereado y encallecido corazon. Pero si los petardos se repiten, y los insultos son violentos, y las deudas no se pagan, y menudean los ultrajes; como no hay paliativo á la hiel que se la va aglomerando hora por hora, y dia por dia, como las pesetas de á cinco y los realitos y la moneda de calderilla no vienen á distraer su vista, su oido, ni su pensamiento, de una idea fija que es la injusticia de la pobreza á que se vá á ver reducida sino medra; llega el momento en que al requiebro del cabo Juan Cazorro, contesta una fresca, á la cual replica él con un terno y ella con un conjuro, y él de nuevo con una varada y ella con un cachete, y él con un puntapié que la hace bailar como perinola, y ella con una navajada de á tercia que lo lleva á él al hospital, y á ella á la galera, á concluir de una manera trájica el resto de sus dias, contando sus hazañas, y sus contiendas, y sus preferencias, y las sales chocarreras de los cabos andaluces, que no puede borrar de su memoria, por mucho que se esfuerza á ello, así como no puede acostumbrarse á la nueva monótona vida, despues de haber pasado tantos meses ó años entre las sardinas y el bacalao y los pimientos, y las pesetas isabelinas nuevecitas y relucientes, que iba separando á un rincon de su armario para revisarlas y gozar en su aumento y halagüeña perspectiva. Las cajas y las músicas del regimiento aun suenan en su oido, y las tardes de campo con las hermanas del sargento A y la mujer del brigada R, y los bailes de pandereta que hubo en su casa los domingos, vienen á atormentarla diariamente con los recuerdos de lo pasado, entre el remordimiento de su irritabilidad, que como todas las irritabilidades del mundo, sean justas, ó injustas, vienen á convertirse en perjuicio del que las padece, y pierde al fin los estribos por no saberlas enfrenar con la resignacion ó la prudencia.

De forma que en el carácter de la Cantinera de tiempo de paz, se suelen ver reunidas una gran flexibilidad que la permite acomodarse con todos aquellos con quienes tiene que chocar de frente, y una gran dósis de paciencia para ver y disimular en ocasiones sin quejarse la desvergüenza y el robo de algunos soldados, á trueque de que acrediten su establecimiento para que esté siempre animado y concurrido de los incautos reclutas, que como el pez al anzuelo acuden á contaminarse de las malas mañas, y diplomacia de baja ley ó sea gramática parda, de los soldados viejos, la cual aprenden á costa de disgustos y de dinero. En toda riña suele ser indiferente por sistema la Cantinera, y sabe por tanto evadirse de dar su opinion, á no ser que los contendientes sean soldados nuevos, sin conciencia propia, y de tal sencillez de ánimo que no deba creérseles capaces de temeridad ni de rencores profundos, que pudieran á su vez volverse en contra de ella. Como simple espectadora, no hace mas en tales escenas que templar con gran cautela el calor de las disputas, evitando que en su cantina lleguen á darse de navajadas, y la compliquen en una causa poco agradable, y que no la ha de dar honra ni dinero. Desde detras de su mostrador, con un ojo en los capitales adquiridos y otro en los que espera, recuerda sus desengaños y aprende á

conducir su débil y combatido barquichuelo, al puerto seguro de la felicidad y desahogo en que puede prometerse acabar los últimos años de su vida, explotando los descuidos de los demas y aun sus maldades sin comprometerse nunca en ellas. Esta es toda su ciencia.

CANTINERA DEL EJÉRCITO EN CAMPAÑA.

Es un tipo enteramente distinto del precedente; la base de sus acciones, sus hábitos, sus sentimientos, se parecen tan poco, que dificilmente podremos hallar un punto de semejanza, entre uno y otro. Por un efecto sin duda de que la vida del campo dilata el ánimo y engrandece los afectos del corazon, al mismo tiempo que aumenta la robustez y agilidad del cuerpo, ó de que en medio de los grandes peligros de la vida se enaltece el espíritu de algunos seres dando ocasion al desarrollo de las pasiones nobles y grandes que no se abrigan con tanta facilidad en tiempos normales y en las poblaciones muy populosas, la Cantinera de campaña, á poco que haya seguido los ejércitos tiene de generosidad, de valor, de abnegacion, en fin, franqueza y desprendimiento, lo que la otra suele tener de calculadora, de cobarde, de egoista, de astuta y usurera. La Cantinera de ejército en campaña no hace mas que bienes, la de las poblaciones no suele ocasionar mas que males; y ¡triste destino de la condicion humana! la Cantinera de campaña en pago de su grandeza, si grandeza podemos llamar sin exageracion; en medio de su grandeza decimos, suele quedar muerta en el campo sin consuelo alguno y de una manera desastrosa, ó acabar sus dias en un hospital, sin que las dulzuras de la gratitud vengan á mostrarla el reconocimiento de sus servicios, endulzando las últimas amarguras de su existencia; mientras que la otra despues de haber muchas veces contribuido á pervertir la moral del sencillo recluta, y de no haber perdonado ágio ni bajeza, para el aumento de sus utilidades, suele morir en cama propia, y rodeada de sus hijos ya crecidos, y en vísperas de tener entrada en las profesiones mas honrosas y lucrativas del Estado.

La Cantinera de campaña empieza su carrera de diferentes modos. Suele dejar la poblacion en que estaba avecindada, y ya admitida en un cuartel en tiempo de paz, al salir su regimiento á campaña, y acompañarle despues en ella; puede reunirse al ejército desde las poblaciones inmediatas al teatro de la guerra, sin haber ejercido en tiempo de paz esta profesion: generalmente suele ser gallega ó catalana. Segun su capital serán los ramos de comercio que abarque: muchas empiezan llevando tan solo una cubita debajo del brazo y una cestita con vasos, y progresivamente van adquiriendo cigarros y variedad de vinos, fiambres, legumbres, etc., que acarrean despues en un borriquito, y mas tarde en un mulo, y al cabo en dos si las ayuda la fortuna en sus empresas.

En el campamento componen su puesto con cajones y un toldo, único resguardo que las es posible usar contra la inclemencia del viento y de las lluvias; y allí despachan sus comestibles á la oficialidad y á la tropa, prestándoselos generosamente muchas veces, y aun desprendiéndose otras del dinero que ganan á costa de tantas penalidades y peligros, y que suele quedar sin retribucion alguna. Su trage suele ser el de su provincia, pero despues se reforma alguntanto; y visten con suma variedad, aunque siempre son dadas á los pañuelos de colorines y ringorrangos. En algunos ejércitos extrangeros tienen las Cantineras ó vivanderas su uniforme particular, lo que no sucede en los nuestros. Los vestidos mas usuales y generalizados entre las españolas, puede decirse que son: un sombrero de paja muy ancho, ó un pañuelo á la cabeza, un corpiño, una saya corta de mucho vuelo, pantalones y botin. Este trage suele estar bien á las que tienen aseo, hermosura y airoso talle; y con él ó con cualquier otro resisten muchas veces larga série de años á las penalidades de la intemperie y de una guerra desastrosa y no interrumpida.

La Cantinera de campaña es lavandera, planchadora, enfermera y amiga desinteresada de individuos de todas las gerarquias militares, desde el general al tambor; sin que deje de tener ademas sus afecciones particulares, y á veces vehementes, por uno ó mas individuos determinados del ejército. Al poco tiempo se van desarrollando en ella una porcion de sentimientos varoniles, hijos del trato y de la comunicacion frecuente con la oficialidad y con la tropa: asi es que en las batallas socorre con tierna solicitud á los heridos, y es de ver como á veces, cometiendo graves errores, y sin otro guia que su generoso corazon, aplica á la boca de los soldados exánimes su jarrita de aguardiente, pensando reanimarles; ó se apresura otras á restañar sus heridas, ó á pedir ayuda á sus compañeros, ó á estrechar entre sus brazos un cadáver hierto, creyendo poderle comunicar su calor y darle alivio con remedios ya tardos y de todo punto inoportunos.

Muchas Cantineras acompañan con la mayor serenidad á las compañias de cazadores en sus descubiertas y guerrillas, sin abandonarlos nunca; aun en medio de los mayores peligros, y de oir silbar las balas que pudiera despedir á quema-ropa el ejército contrario; y á veces escita la compasion general el espectáculo que ofrecen sus tiernos pequeñuelos envanastados sobre los mulos, trepando riscos inaccesibles y bajando inmensos barrancos por medio del enemigo, sufriendo sus tiros certeros, sin prorumpir en lágrimas y quejas que fueran de todo punto inútiles en aquellos momentos de desolacion y humana carniceria.

En ocasiones de grande escasez de víveres y dinero, atraviesa el pais contrario á riesgo de su vida, para traer lo que la es posible, y muchas veces nada mas que algunas frutas y verduras que reparte generosamente á muy poco precio, cuando conoce que la falta de recursos impide á sus compradores el pagarla conforme á los riesgos y penalidades que ha sufrido para adquirirlos. De esta manera se grangea el cariño de los gefes de graduacion y aun de los generales que no pueden ser indiferentes á tan repetidas pruebas de generosidad, valor y constancia, tanto mas de admirar en un sexo débil y delicado por naturaleza y que tiene que quebrantar necesariamente antes de llegar á familiarizarse con tal vida todos los institutos y hábitos de la infancia. Hay muchas de un temple tal, que ningun corazon de hombre puede superarlas en rasgos de humanidad y desprendimiento, al mismo tiempo que en entereza y valentia; y si su atrevido desenfado y los vicios que no pueden menos de ir anejos á su género de vida nómada, no empañarán justamente á los ojos de las personas de una moral severa, las bellas cualidades del tipo que vamos describiendo, no titubeariamos en asegurar que es uno de los que mas rasgos bellos, sublimes, inimitables, ofrece á la contemplacion del observador y del filósofo, en esos momentos extremos, en que la humanidad, ciega de orgullo, se olvida de sí misma para encomendar, al derecho del mas fuerte la razon de sus rencillas ambiciosas é interminables. Tanta constancia, tanta generosidad, tanto sufrimiento, cuando no van seguidos de una rápida fortuna mercantil, no suelen tener otra recompensa que la de que el general en gefe pase un dia á su lado y la de una palmada en el hombro, diciéndola públicamente algunas palabras cariñosas y laudatorias, que la hacen prorumpir en lágrimas de gozo y respetuoso reconocimiento. Quien haya visto en un campamento una cantina rodeada, en momentos de escasez, oficiales y soldados que acu-

den ávidos á comprar los escasos alimentos que suele encerrar aun en ocasiones de hallarse recientemente aprovisionada; y haya contemplado á la Cantinera repartiendo sus géneros con equidad y justicia, guardando el órden de rigorosa antelacion sin reconocer en aquellos momentos de hambre general las gerarquías militares que con tanto rigor como necesidad se diferencia, acatan y obedecen en los ejércitos; si ha participado del peligro, de la escasez, del hambre, tal vez haya recogido un momento sus ideas y meditado en el extraño contraste que ofrece una muger, muchas veces sumamente hermosa y agraciada



La Cantinere.

que aunque endurecida y varonil, no ha podido desprenderse de la ternura y afabilidad de su sexo, en un acto tan benéfico, equitativo y muchas veces generoso y desinteresado, entre hombres belicosos y tostados á la intemperie y al humo de la pólvora, y encallecidos en los sufrimientos y privaciones de la guerra, que alzan sus brazos hácia ella, como pudieran hacerlo los ejércitos griegos al invocar á la diosa de la abundancia.

Sin embargo de esto, á su tránsito por las poblaciones, la Cantinera suele tener el peor alojamiento, no hay consideracion para ella y muchas veces que no puede colocar á cubierto sus mulos ni darles pienso de cebada y paja como los demas, los saca al campo á lo que ella llama *estudiar*, y es pacer la miserable yerba que ha podido preservarse de las escarchas y heladas del invierno, ó del sol abrasador del verano.

El marido de la Cantinera es un ser enteramente extraño á los quehaceres de su profesion, suele ocupar un puesto en su fila como soldado, músico ó tambor, y cuando es paisano sabe por punto general hurtar el cuerpo del peligro, encargándose de hacer provisiones de mantenimientos en los almacenes y plazas mas inmediatas al teatro de la guerra. Mal pensaria Quevedo que podrian venir á nuestro propósito estos versos de un romance suyo.

Mi marido aunque es chiquito
al mayor de otra muger,
le lleva del pelo arriba
dos dedos puestos en pié.
No dice esta boca es mia
sino al tiempo de comer;
sin saber de donde viene
todo le sabe muy bien.

No hay para que decir que en concluyendo la guerra se acaban los riesgos de nuestra heroina, y empieza para ella una nueva era de sucesos prósperos ó adversos, segun haya tenido la fortuna de hacer un caudal y mejorar de posicion, ó la desgracia de volver del ejército de operaciones monda y lironda como fué, y teniendo que resignarse á recorrer los puestos de guardia de los puntos á que llegue para buscar su sustento. A esto suele al cabo venir á acostumbrarse por hábito y por la natural simpatía que la puede muy bien inclinar á preferir el trato de la gente de guerra, á cualquiera otro partido ó modo de vivir que pudiera proporcionársela.

CANTINERA DE PRESIDIO.

La Cantinera de presidio reune naturalmente y por punto general todas las peores cualidades de las demas Cantineras conocidas. Paga un tanto al gefe del presidio por establecer su cantina dentro de él, y es fácil imaginarse las escenas y los cuadros que se referirán en su presencia por hombres que suelen hacer gala del crímen, y conceder cierta especie de supremacía al que mayores y mas frios atentados haya cometido en sus tiempos de libertad.

Ella, por su parte, aprovecha todas las ocasiones que se le presentan de hacerse con géneros averiados, porque para tales hombres todo lo juzga bueno, y porque teniendo de su parte á los capataces no hay gran riesgo de que se descubra su fraude ni de sufrir por consiguiente los castigos que le están señalados.

Su riqueza es tanto ó mas segura que la Cantinera de ejército en tiempo de paz, porque no tiene que temer tantas rivalidades, intrigas ni competencias en una profesion que necesita de suyo un temple de alma, un si es no es rebajado y tibio, para resignarse buenamente al trato contínuo con hombres corrompidos y desalmados, que presentan en su mayor parte la imágen de una completa é incurable relajacion moral. La Cantinera puede ser mujer de algun presidiario ó de algun soldado de la guarnicion, y en este caso es mas digna de respeto y consideracion que si fuese una simple aventurera interesada en sus ganancias y nada mas.

Andando el tiempo tal vez puedan vigilarse mas y arreglarse mejor los puestos de Cantineras que lo que se hace en el dia, preservando la moral del recluta de los malos egemplos que allí se le ofrecen, y evitando en los presidios este medio libre y franco de comunicacion, entre otros muchos que tienen los hombres muy criminales, y cuya estraviada imaginacion se figura un mérito á su manera la consumacion de los mas horrorosos atentados.

Pero como la Cantinera no puede menos de ser ne-

cesaria, especialmente en los cuarteles, no creemos que deba ocurrirla el menor recelo acerca de la estabilidad de su profesion. Si así no fuese, desde luego la aconsejaríamos que desechase toda sombra de temor, imitando, si, para hacer méritos y para descanso de su alma en la otra vida, algunos rasgos de la Cantinera de campaña que la hagan perder parte del carácter duro y egoista que generalmente la distingue.

José de Grijalba.

EL CAZADOR.

La caza, es desde luego un ejercicio activo, una distraccion del ánimo, y á veces una ocasion terrible de peligrosas aventuras. El marques de Mántua en la comedia de D. Gerónimo de Cáncer, titulada: *La Muerte de Baldovinos*, dice, con motivo de andar á caza de grillos:

¡Oh caza, viva imágen de la guerra!

y muchos poetas y no poetas, han dicho lo mismo, ántes y despues de Cáncer, de manera que lo que á muchos parecerá una atrevida hipérbole, se ha hecho un axioma irrecusable.

En efecto el Cazador de profesion, el Cazador montaraz (quiero decir, el que caza en monte) se ve no pocas veces expuesto á romperse la nuca; á perder la vida entre los colmillos del jabalí, ó entre las garras del oso, sin otros mil riesgos que el Cazador va á buscar por el placer de arrostrarlos.

Habrá tal vez quien en este valor temerario encuentre algun mérito: yo por mi parte, confieso que el perseguidor cruento del inofensivo ciervo y del honrado jabalí, me ha merecido siempre la mayor aversion: me horroriza el nombre manchado con la sangre de sus semejantes. No hablo del cobarde Cazador de liebres y conejos; de chochas y perdices: este, asesino sin riesgo, este no merece que se le tome en cuenta.

El Cazador de mi eleccion, el que yo prefiero y sublimo sobre todos los Cazadores posibles, es el que sale los domingos al Canal, armado de todas piezas, con provisiones de boca y guerra para una semana. Por lo regular de algun mancebo de tienda, algun estudiante de Farmácia ó escribiente de alguna oficina. Suelo llevar escopeta de dos cañones, gran percha, botin cordobes, todo el lujo; en fin, del Cazador perfecto. Antes de salir por la puerta de Atocha y de Toledo, toma las provisiones para su comida de campo, abundante, pero modesta, y reducida por lo regular á medio queso manchego y una cesta de huevos duros, porque hay que advertir que él no cuenta para nada con lo que ha de cazar, y luego se verá como hace bien.

Por lo regular, este Cazador elige un buen dia; sale de su casa tres horas despues que el sol abandona el regazo de Anfitrite, y paso á paso, sin fatigarse y haciendo fuego contra todo volátil que acierta á pasar á doscientas varas de él, llega por fin á la primera esclusa del Canal, término de su carrera. Aquí se sienta, come con envidiable apetito, bebe del primer vinagre que encuentra, y vuelve á emprender de nuevo su terrible y ruidosa marcha. Si quisiéramos oir y creer al Cazador del Canal, sus tiros son generalmente mortales: á cada disparo cae una víctima: siempre queda alguna pluma, alguna gota de sangre que acredite los crueles estragos del plomo y la exactitud matemática del Cazador.

Pero en honor á la humanidad, en obsequio á la exactitud, no le creamos: esa sangre no caerá sobre su cabeza: esas plumas son hijas de su voladora fantasía. Si alguna vez cae á sus piés herido y palpitante el inocente pajarillo no se haga ilusiones, no crea que ha sucumbido á otro golpe que al de su destino; no crea sino que la fatalidad ha escogido de su bolsa de perdigones un grano de mostacilla como instrumento de sus rigores.

Así es que nada hay mas inocente, nada mas inofensivo que el Cazador del Canal; pero tampoco le hay mas vano y presuntuoso. Lo que le distingue entre todas sus cualidades es la tenacidad: alcanza á ver en la copa de un árbol algun pajarillo que retoza y revolotea, sin figurarse en su bien fundada modestia



El Cazador.

que puede ser blanco envidiado de la codicia del hombre, pero nuestro Cazador que hacia fuego contra una mosca, encárase el mortífero instrumento, dirígele contra el ave descuidada, y quédase por espacio de dos ó tres minutos mas inmóvil que la mujer de Lot despues de haberse vuelto á mirar el incendio de Sodoma. Cuando se cree seguro de acertar, aprieta vigorosamente el gatillo, el cañon de la escopeta describe un cuarto de círculo, y el tiro sale ruidoso y fulminante. El corazon del Cazador late con violencia y apresuradamente: sus ojos desencajados miran ávidamente caer una por una las hojas de las ramas desprendidas por el tiro, y en todas ellas cree ver bajar la víctima inmolada. En vano da una y otra vuelta al

rededor del tronco: inútilmente levanta sus ojos tristes para ver si ha quedado el pajarillo suspendido de alguna rama. No se convenceria al cabo, si dirigiendo mas allá sus miradas, no viese al ave incorregible columpiarse en las ramas de otro árbol, insultando con su intempestiva alegria la cólera que le hierve en el pecho. Adelántase paso á paso, búscale la espalda, apunta, dispara... Nuevas sensaciones, nuevas esperanzas, y por último nuevo desengaño. Asi corriendo tras el blanco de su encono, atraviesa por sembrados y zarzales; destruye cuanto al paso encuentra, y no pára hasta que habiendo terminado el sol su carrera, se despide el inquieto pajarillo, y vuela presurosamente hácia su nido. Aqui empieza á sentir el Cazador su cansancio y abatimiento: aqui la tristeza se apodera de su corazon, al mismo tiempo que la noche avanza magestuosamente cubriendo la tierra con su velo. La alondra cruza los aires chillando tristemente en busca de la perdida compañera: el fatídico vencejo vuela á acogerse al campanario de Atocha: todo lo demas calla con sombrío silencio, y el Cazador contristado se dirige rápidamente á la coronada villa, descorazonado y abatido. En cada árbol, en cada mata, cree ver escondido un hombre de colosal estatura, que le pide limosna con la boca de un trabuco, á semejanza del ladron de Gil Blas. Carga la escopeta con bala, se extremece con el movimiento de su sombra, y si logra llegar al fin sano y salvo á las puertas de la corte, se cuenta por un momento el mas dichoso de los mortales.

Y á decir verdad los recelos del cazador son bien fundados: desgraciadamente muy fundados. Si llegara yo á ser algun dia Gefe Político de Madrid, (figúrense Vds. si es fácil) toda mi policía no se habia de ocupar en otra cosa que en la seguridad de los cazadores domingueros. Desde luego puede creerse que protegia á tengamas inofensiva y pacífica que Madrid encierra.

Hemos dejado á nuestro héroe á las puertas de la villa, postrado pero libre de todo percance. Dirígese en derechura á su casa, cena con voraz apetito, obsequia algun tremendo gatazo con el pobre botin de aquel dia, y en seguida se tumba patriarcalmente en el mullido lecho donde duerme con el sueño de los justos.

Y ahora creerán Vds. sencillamente que porque el Cazador ha depuesto la escopeta en el rincon de su alcoba y ronca tranquilo entre sábanas, ha llegado la hora de abandonar mi penosa tarea. No, amados lectores, no: desgraciadamente para mi, no todos los que cazan gustan de hacerlo con la escopeta, arma algunas veces peligrosa. No todos gustan de hacer las cosas con ruido: cada Cazador tiene su genio y sus particulares inclinaciones. Los hay que prefieren el reposo, caractéres sedentarios y metódicos, para quienes el ejercicio corporal tiene sus límites, y que tienen bastante amor á sus piernas para no trazarles su línea de conducta. Estos, apasionados tambien por la caza, suelen hacerla generalmente con redes y reclamos; no buscan al pájaro sino que lo esperan, y tendidos á la sombra en el verano y al sol en el invierno, pasan el dia embriagados en las delicias del *dolce farni nte* que tanto adoran los italianos y tanto idolatramos los españoles.

Verdad es que el Cazador de red (llámase en lenguaje técnico, el Cazador de alforja), es un tanto cuanto traidor y sanguinario; que ha de tener el corazon endurecido como el diamante. Seguramente que si por eso lo he pospuesto al Cazador de escopeta: por eso me ocuparé de él lo menos que me sea posible.

Este como hombre de masdañinas intenciones, madruga con el alba: lleva sobre sus espaldas un descomunal jaulon, destinado á encerrar en él sus víctimas. Una porcion de pequeñas jaulas, que encierran otras tantas aves traidoras y que han de servir de reclamo embarazan su marcha. Una red, un ciento de palitroques y un celemin de trigo, natural golosina del incauto pájaro, completan los preparativos de la cacería.

Elegido el sitio tiende el cazador su red, la afianza cuidadosamente, ata media docena de gilgueros á otros tantos hilos, de modo que dejándolos revolotear á distancia de un palmo de la tierra, engañen mejor la confianza de las otras aves. Todo su trabajo está reducido á esto: cuando la tarde empieza á declinar, recoge apresuradamente los trebejos, y el sol no ha empezado á ocultarse tras de la ermita de los Angeles, cuando el cazador de red, hombre prudente y precavido, ha saludado ya sus lares.

Réstame el Cazador con liga, casta degenerada y con justa razon perseguida. Este lleva por lo regular un feo y soñoliento mochuelo, al que ata á la rama de un árbol: siéntase frente á frente de su triste compañero, y allí escondido aguarda á que los burlones pajarillos vengan á picotear al terrible enemigo nocturno. A veces el mochuelo bosteza, y el Cazador bosteza, y ambos se quedan dulcemente aletargados, sin cuidarse del ave inocente que revolotea cogida en la liga, y que á veces logra escapar á costa de la mitad de sus plumas.

Este Cazador tiene por enemigo natural, aunque involuntario, al Cazador de escopeta, (no el de profesion). Si por desdicha alcanza este á ver al cuitado mochuelo, agitándose en la rama del árbol, triste de él; entónces y solo entónces es su puntería fija y mortal, por cuanto la dirige contra su bolsillo, regularmente pobre. Cuando llega este caso, los dos Cazadores se encuentran cara á cara, como dos enemigos terribles, como el tigre y el leon encerrados en una misma jaula. Afortunadamente estas revertas acaban sin explosion: á las amenazas suceden las razones, al furor el convencimiento: el matador paga el daño causado, desata la víctima, y colgándola de la percha entra con ella triunfante en Madrid.

He concluido por fin esta breve reseña, y ya ven Vds. que no me he extendido en reflexiones generales, que he preferido contar las cosas lisa y llanamente, asi como yo las he visto cuando fui tambien Cazador, cuando esperimenté todas las dulces y amargas sensaciones que con tanta sencillez os he narrado. Ahora me permitireis que os dé un buen consejo: si alguna vez os tienta la aficion á la caza, no salgais de los alrededores del pueblo, no dejeis remontar vuestras ambiciosas esperanzas mas allá del gorrion ó la alondra. Esta es la sola caza pacífica y sin riesgos: la única que conviene al ciudadano tranquilo y bienaventurado.

Mas allá de estos límites están los peligros, las terribles aventuras que rodean comunmente á la caza mayor. Mil ejemplos históricos podria presentarte en apoyo de esta verdad, empezando por Endimion y acabando por *Arco-Agü ro.* Nada honrados lectores mios; todo lo que sea pasar de la primera esclusa del Canal, es llevar la inclinacion hasta el vicio, agraviar á la humanidad, ya sobradamente vilipendiada, y gastar el sentimiento en vuestros corazones con el contínuo espectáculo de escenas sangrientas y feroces.—Vale.

ANTONIO GARCIA GUTIERREZ.

EL ALGUACIL.

PRONTO has dado la vuelta Felipe.

—Pues no crea V. mi amo que ya he entregado el escrito.

—El diablo sois los rústicos. Da mil vueltas un

cortesano para conseguir por todo resultado una audiencia reducida á pocas palabras de su parte y ninguna de la del ministro, y vosotros con vuestro ignorante arrojo, todo lo allanais en breve: tú especialmente que nunca has estado en la corte me dejas maravillado.

—Pues si señor, como soy del campo, allá me zampo. Toma, y sino dormios, que como dice el dicho: «el que está en la azeña muele, que no el que va y viene.»

—Pero vamos, ¿cómo te has compuesto?

—Como no hay sinó hacer intencion; y así fue, que la primera que tuve fue colarme en la taberna á probar el vino de por acá: y cate su merced que conforme estaba bebiendo, salta el amà y dice: «por ahi va el ministro.» Tu que tal oiste; salgo yo y le hago una seña que si puede oir una palabra: él se llegó, y zás, le entregué mis papeles que para eso los llevaba.

—¿En la taberna?... hombre tú deliras. Pero, ¿no te dijeron que ministro era?

—Si señor; el ministro noventa y uno.

—Tá, tá, tá, dije yo al oir la simpleza de mi aldeano huesped; pues no te remontas á mala época... ese debe ser alguno de los innumerables ex-ministros que por ganar popularidad no habrá esquivado el oirte en lugar tan descortés. ¿Te ha hablado de elecciones?

—¿Que es perder tiempo en bagatelas? lo que ha hecho ha sido echar sendos tragos á mi salud, y porque salga bien mi asunto, riendo mucho de mis chistes y buen humor.

—Hombre, eso es ya demasiado: ó yo estoy loco, ó tú te has embriagado y no sabes dar razon de tu persona. Pero su nombre, sus señas, ¿no has averiguado algo?

—Yo no sé como le llaman ni creo que eso haga mucho al caso, porque le conoceré entre todo el mundo si se juntara. Sus señas si diré porque vea su merced que no estoy bebido. Iba que no hay mas que ver: gran plumage: guantes mas blancos que la nieve: sombrero de teja; media de seda y zapato; su alzacuello de blonda.....

Confieso que no pude menos de soltar una extrepitosa carcajada que interrumpió su descripcion, al oirle pintar el trage de un Alguacil. Entónces conocí el chasco que habia sufrido mi buen recomendado, y tambien que le habia comenzado la casualidad por un equívoco, concluyéndole la malicia en una entretenida burla. Pero me acordé de que el lance podia traerle graves consecuencias si perdia aquellos documentos, algunos interesantes; y esta idea entretuvo á mi imaginacion: porque estimo á Felipe en tanto grado como merecen sus excelentes cualidades. Cuando ya sosegado pude expresar mis pensamientos, le hice conocer todos los que habia recorrido; le patenticé su engaño y le consolé al propio tiempo lo mejor que pude, diciéndole que pues sabia el número fácil cosa era encontrarle al dia siguiente.

En efecto, apénas amaneció cuando poniendo en práctica nuestro plan nos dirigimos al ayuntamiento: mas fue lo malo que el número era fingido, y así habiéndonos acercado á preguntar supimos que nó llegaban á tantos. Procuré indagar de mi compañero el paraje en donde estaba la mezquita de su devocion, pero tampoco dimos con ella. No nos queda otro recurso, le dije entónces, que correr las plazas, acudir á las fiestas, rondar las calles, perseguir á un Alguacil y á todos los Alguaciles; pues buena tarea hemos emprendido. A la mano de Dios, me contestó Felipe, y conversando para entretener la ociosidad del camino, nos dirigimos en busca de nuestro objeto.

—Por fortuna, le dije, el trabajo te parecerá divertido. Si no es que el nublado que amenaza descargue, y nos ponga como no deseamos.

—No hay cuidado por ahora. Pero pregunto ¿donde iremos á buscar Alguaciles?

—Buena dificultad te ocurre cuando no hay cosa mas *de sobra* en todos lados. Los Alguaciles, amigo Felipe, están como Dios en todas partes y son tan conocidos como la ruda. Los verás en las plazuelas ocupados en ordenar y alinear los géneros sueltos; porque en la córte mas ó menos, todo se reduce á la perspectiva. Allí están con su levita de cuello verde y numerados de oro; sombrero de picos; borlas y botones dorados, y su sable de ceñir en tahalí de charol, que mas bien los tomarias tú por mayores de plaza ó tenientes de rey, que por dependientes de justicia gubernativa. Sin embargo, para los que vivimos aquí, hay una circunstancia que á la legua los descubre, y es la mala traza que se dan para llevar el uniforme. Se ha tomado empeño en dar á todo cierto barniz militar que no siempre sienta bien: y estos son unos de los militares improvisados que mas enseñan la oreja por debajo de la piel. Es ademas chistoso el ver á todo aquel aparato arrastrando un barril de escabeche, ó amontonando naranjas que les viene lo mismo que á Isabel la Católica el dormir al sereno, y á los reyes godos presidir los bailes de Oriente.

Los encontrarás en las calles y paseos, *recogiendo vicios*, persiguiendo á los menesterosos, cazando mozas, tomando la aflicion á los mozos, rastreando barafos, corriendo á chicos, espantando á viejas y *oliendo á beodos*; limpiando en fin á la sociedad de toda su escoria é inmundicia: porque has de saber que son como los barrenderos de las costumbres y faroleros de la moral.

Los tropezarás en los teatros mirando á los cómicos sin ver la comedia, colgados siempre de los ojos del alcalde que preside; gruñendo cuando aplauden y palmoteando cuando silban: calculando la llegada del momento en que la autoridad les envia de apremio para que el actor cumpla con su deber. Durmiendo en la representacion y despertando en los entreactos para ver si hay quien juega con el mondadientes, y acudir luego diciéndole que apague el cigarro: mirando al telon cuando se levanta para advertir al descuidado que se quite el sombrero; cuidando de conservar el órden en la cazuela...

—¿Cómo es eso de cazuela? interrumpió Felipe.

—Tienes razon, le dije sonriendo, que no tenia presente con quien hablaba. La cazuela es un local que hay en el teatro, aplastado, lóbrego y estrecho donde solo se permite entrar á las mujeres.

—Señas cabales del infierno. ¿Y los que van con ellas?

—Esos, amigo Felipe, se han de volver atras desde la puerta, y marchar á su asiento ó á donde les parezca hasta la conclusion; que así está dispuesto por razones de decoro.

—¡Santa María me valga! exclamó Felipe; ¿con que por fuerza desvian á los maridos de sus mujeres y á los padres de sus hijas como si en esto hubiera algun daño, y se las entregan allí solas á un Alguacil? pues si dice el refran que el hombre es fuego y la mujer estopa y llega el diablo y sopla ¿como ha de ir bueno arrimando á la estopa unos hombres que *prenden* por oficio? Ahora si digo que los Alguaciles están de sobra, y que tenia V. mucha razon en ello.

—No fue esa mi intencion, Felipe; y te advierto que no has de ser malicioso en interpretar mis frases.

Tambien los hallarás en el *Repeso*; nombre excesivamente mitológico para designar el paraje donde se administra justicia. En aquel lugar es donde están mas en su centro. Ellos son los encargados de acomodar á los que esperan, advertir á los que han de entrar en la audiencia y á los que han de seguir aguardando aunque hayan llegado primero: de asechar desde la puerta quien se desmanda: de obligar al

cumplimiento de las providencias; de autorizar la conduccion de los presos, pidiendo auxilio á la fuerza armada cuando no hay temor de fuga, ó bien confiándola á sus propias fuerzas segun convenga: de hacer las citaciones, exigir las multas y acarrear á los morosos; en fin, ellos son el eje en la carroza de la justicia, y el pilon de su romana. Pero allí cambian el traje, porque sin duda les parece que no ha de cuadrar muy bien el sombrero de tres picos entre los atributos de Astrea; y solo se distinguen por la importancia que dan á todas sus palabras y acciones. Escuchan con desden, y responden sin alzar del papel la vista. Emplazamiento verás que por la direccion de sus renglones se ha de leer de alto abajo como los caractéres chinos: solo en los números se ajustan al uso comun, porque los números han de ser entendidos por todos.

Pues no hay funcion de ceremonia en que no des con los Alguaciles ántes que otra cosa alguna, tanto que si se tratara de erigir una estátua á semejante deidad, podria simbolizarse muy cómodamente en un Alguacil de traje. Cuando sale el ayuntamiento *en cuerpo*, ellos le preceden de capa; montados siempre en sendos rocines con ilustres jaeces de terciopelo carmesí, bordados de oro mate á fuer de súcio, que demuestran en su antigüedad su nobleza, y contrastan admirablemente con la taciturna oscuridad de los atavíos del ginete, y con la tosca expresion de sus facciones. Y gracias á aquellos arneses; pues mucho mas que la carne y aunque la piel de los enjutos bridones, contribuyen á disimular el atrevimiento de ciertos huesos que asoman contemplando lo que sobre sí llevan. Mucho me alegraría de que llegaras á verlos, cabizbajos y pensativos como quien medita cuales serán sus culpas, para haber de sufrir aquella carga de apremios sobre las costillas: y es cosa de risa ver como alguna vez les hacen salir al olvidado trote (que tanto pueden los aguijones de la justicia) alargando el pescuezo mas que conviene, para llevar fuera de la ley toda la parte de cuerpo posible de salvar. Encima van en arrogante postura los caballeros del junco; con su valona engomada y su herreruelo flotante; peto entre chupa y jubon, calzones estrechos de hebilla en la charretera, medias de seda, zapato de oreja, y el todo coronado por un sombrero que participa del antiguo chambergo y del clerical: de manera que su vestido de gala es una enciclopedia bastante completa de trajes, y una perfecta crónica de las modas desde el buen alcaide Hernando Alarcon hasta nuestros dias. Yo no sé qué manía reina sin oposicion de llevar delante en los actos mas solemnes ó que mas debieran serlo, aquella especie de grifos por adorno, y aquellos extraños batidores para abrir camino, modelos arquitectónicos de órden compuesto, y verdaderos anacronismos en las costumbres contemporáneas. Si es por dar prestigio á la ceremonia, en verdad que se ha errado la cuenta de medio á medio, porque mas excitan el ingenio que la admiracion; y cuanto mas graves se presentan, saltando sin poderlo remediar al movimiento de sus trotones, tanto mayor se observa cierto bullicioso regocijo en las fisonomías de los circunstantes. Si es para obligar al comedimiento tampoco se ha herido en la dificultad; porque mal infunden temor aquellos despojos de los vetustos haces, á donde parece que han acudido cada cual á recoger su varita, como al manojo de blandones los convidados repentinos de iglesia.

Pero entre todas las funciones, la de toros es la que mayor brillo y realce da á la clase, y mejor revela la importancia de su mision.

Apénas se ve colocada en torno del circo la numerosa concurrencia, y despejada la plaza por el reten, cuando el sonido marcial de clarines y timbales, anuncia la pomposa llegada de alguna persona principal que viene á dar sus órdenes para comenzar la lid. Una descarga de silbidos, voces y palos que chocan en los tablones de la barrera, matizada de imprecaciones y denuestos, responde sin detencion á la señal belicosa; y crece el estruendo, la gritería y confusion á medida que los instrumentos guerreros redoblan sus toques, saludando todos acordes la venida del anunciado. La turba de dependientes se pone en accion; las engalanadas mulas agitan sus campanillas y banderolas; el tumulto y algazara atruenan á los lidiadores que despliegan sus alegres capas, mudando pausadamente de sitio, y se cruzan y preparan; todo cambia de forma, todo aumenta el ruido que se extiende en oleadas por el espacio, con violenta y repetida vibracion: conmuévense al esfuerzo las puertas que han de ser arco triunfal, rechinan sus quicios, ábrense por fin; y entónces montado en un brioso corcel ricamente aderezado con penachos y bordaduras; ondeando en majestuoso compas sus crines, batiendo el suelo y salpicando espuma, corta el viento á media rienda Santiago matando moros... es decir, un Alguacil.

Escaso es el ámbito que mira, pequeños los hombres, débil el clamoreo; su plumaje tremola en medio de los dicterios y aclamaciones que en todas partes resuenan, triunfante y vencedor. Su diestra empuña una llave por trofeo, adornada con un gracioso roseton que forman rizadas y vistosas cintas compitiendo en gallardía por la diversa brillantez de sus colores. Un hombre del pueblo respetuosamente descubierto, se acerca á salteados pasos, y levanta su sombrero en actitud de recogerla. Avanza el Alguacil hasta la mitad del circo, y sin emplazarse la suelta con desden: tuerce instantáneamente su carrera, y avivando el galope le dirige á repasar el arco de entrada. El chulo tambien se apresura, y sin darle tiempo, suelta un robusto y gallardo toro que en desigual y precipitada marcha, sale rasgando la arena hasta el sitio mismo de la transmision; pero allí olfateando el rastro de un Alguacil, se para y medita cambiar de rumbo.

—Vamos despacio, interrumpió Felipe, porque á decir verdad, cuanto mas se explica su merced, ménos le entiendo; y á fe mia que si todos hablan por aquí en esa gerigonza, van á dar conmigo en alguna casa de locos. Todo lo que yo saco en resumidas cuentas es que el Alguacil sale muy majo, y da una llave para abrir la puerta al toro.

—Así es cierto, y lo has comprendido perfectamente.

—Acabáramos de una vez: pues entónces bien podian ahorrarse tantas palabrotas y decir que hace el oficio del caracol sacando los cuernos á la plaza.

Hizome reir la ocurrencia del villano, y observar al propio tiempo que entretenidos en la conversacion llegábamos ya á la plazuela donde nos dirigíamos.

No bien nos internamos algun tanto en ella, cuando vimos un grupo de gentes que se amontonaban al derredor de un puesto ambulante de pescado. Luego nos acercamos tambien á ver que fuese; aunque en vano lo hubiera yo rehusado, pues el curioso Felipe para quien cada incidente era un suceso, ligeramente se entremetia por medio de la turba. Quejábase un hombre de que le daban la libra de sardinas muy cercenada y que la falta estaba en el peso; sobre esto era la disputa pero pocas razones se cruzaron, sin que apareciese abriéndose calle un Alguacil. «Ahí le tienes» dije á media voz á Felipe que se habia colocado en primer término; mas él no me comprendió. No lo extrañé por ser la tal casta de un género ambiguo y comun de tres, que así se amolda á la clase militar ó á la togada, como á la ordinaria de las personas segun el traje que viste. Aquel llevaba uniforme; y es sencillo que quien le confundió con el ministro por su traje de ceremonia, no sospechase

siquiera un punto de analogía entre el monumento histórico y el soldado moderno.

El histrion se acercó con desembarazo, y preguntó el motivo de aquel ruido: contóselo el agraviado y denunció el peso como falso por tener dos onzas de menos uno de los platillos, merced á la plancha ó remiendo zurcido con gruesos clavos que se hallaba en su antiquísimo contrario, tapando una multitud de agujeros que del fondo hacian un cedazo. El pescadero buscaba disculpas diciendo que habia procurado igualarle; pero Felipe con aquel desenfado tan natural en los paletos, cortó la conversacion y dijo: «dos onzas... dos duros las pesan justas; si los tiene V. á mano, ya está compuesto el asunto:» y volviéndose hácia donde yo estaba se salió de entre la concurrencia. Todos se le quedaron mirando: algunos reian de la agudeza, otros se la glosaban; entretanto el Alguacil atravesaba con sus miradas los ojos del vendedor, y el querelloso se marchó confuso. En qué pararia ello, no lo sé; porque dando yo alguna prisa á mi compañero nos marchamos con intencion de abandonar la plazuela.

Cerca estábamos de su fin; pero nos faltaba atravesar todavía el estrecho que en aquel piélago forman las cordilleras de banastas cargadas de huevos, frutas y otros géneros diversos. El paso estaba cerrado por tres formidables verduleras, como si dijéramos las tres fauces del Cancervero que altercaban sobre que la una tenia su desmandada banasta cuatro dedos fuera de la línea; y para acreditarlo hubo aquello de «la mujer del ciego ¿para quién se afeita?» con los dichos de pascuas y otras lindezas de su tenor: mas ántes de deducir la consecuencia, viéronse atajadas por el mismo sutil corchete que en la anterior pendencia figuraba. Por donde ni cuando llegó no lo pudimos comprender; puesto que no le vimos pasar ni habia otro camino que allí dirigiese sino el canal que ocupábamos. Lo cierto de ello es, que estaba delante de nosotros, sin duda por lo que tienen de duendes y nigromantes, de espirituales y volátiles los que á tal comunion pertenecen; y que sin necesidad de apelar al tacto como el apóstol, quedamos bien asegurados de ser el propio cuerpo, en su propio uniforme.

Pero su presencia no dió aquella vez tan saludables resultados; las mujeres lejos de aquietarse redoblaban sus gritos y algaracas, dirigiéndolos alternativamente al esbirro, y haciendo con él causa comun. Achacábanle que daba la razon á una de ellas, porque era su compadre: que siempre la visitaba de traje completo para infundir miedo con la gola: que si llevaba el junco y por acaso estaba el marido, podia decirse con toda propiedad que habia en el aposento *toros y cañas*. Otras le daban voces tomando parte en la contienda y diciéndole si queria igualar la banasta confiscando los géneros que sobresalian con aplicacion á los *Propios*. Tal hubo, que le disparó con un huevo, y quebrándole sobre el número del cuello que le clasifica, hizo de él un sér anómalo en el órden natural de los alguaciles; sin prévia degradacion. Felipe llamó mi atencion para decirme: «mujeres y ministriles, entre bobos anda el juego.»

Por último, tanto le acosaron y le aturdieron, que tuvo que apelar á la fuerza, gritando al propio tiempo «favor á la justicia:» algunos acudieron al socorro; mas viendo el engaño manifiesto por ser la ayuda á un alguacil, cosa tan fuera de lo que gritaba, se volvian tranquilamente celebrando la ocurrencia. Hasta que por fortuna asomaron dos militares; los cuales viendo que en la pendencia habia mozas, llevados de su aficion, y sin cuidar de quien los llamase, empezaron á repartir entre ellas reveses y puñadas que en breve apaciguaron la confusion. Lo que mas admirado dejó á mi protejido, fué la incomprensible facilidad con que todo aquel alboroto y baraunda, vino á parar en la mas apacible concordia que se entraron á confirmar en la taberna. Bien hubiera querido seguirles, mas no lo permití yo; sino que aprovechando la coyuntura le hice doblar el promontorio. Cuando al paso míramos, los soldados y las harpías se requebraban mútuamente y el Alguacil ataba las cuatro puntas de su pañuelo para llevar con mas comodidad las prendas de aquel tratado.

Proseguíamos nuestro rumbo preguntando yo á Felipe si habia reconocido al ministro, y asegurándome él que ni aun le habia mirado con tal objeto, cuando nos hizo volver la cabeza el ruido de algunas personas que corrian en nuestra propia direccion. Apénas nos quedó tiempo de hacerlo, sin que un muchacho de hasta catorce años, descalzo y enseñando su curtida



El Alguacil.

piel entre los destrozados remiendos de su vestido, viniera á guarecerse entre las piernas de mi compañero apretándole con fuerza ambas rodillas para impedirle el movimiento. Pasmado y trabado quedó el aldeano sin accion para preguntar que era aquello, mientras se acercaba con fiereza un matachin que le seguia, llevando empuñada y abierta una navaja de mas que medianas dimensiones. No sé si el miedo, la accion del truhán, ó mejor las dos causas á una, dieron con mi buen rústico de rodillas en tierra, y en aquella postura suplicante empezó á contestar á los insultos que el desalmado perseguidor le dirigia, suponiéndole cómplice en el robo de un conejo que á su presencia habia tomado el raterillo.

Así estaban en vistoso aunque violento grupo, cuando por el lado opuesto salió doblando una esquina y dirigiéndose á todo correr hácia nosotros, el Alguacil de la taberna y del pescado, ó por lo menos su sombra. Confieso que me alarmó esta tercera aparicion; pues aunque no creo en fantasmas, recordé aquello de Quevedo, «no soy hombre sino Alguacil,» teniéndolo por seguro: y eso de verme perseguido por entes de naturaleza distinta y enigmática, no podia menos de alterar mi serenidad.

—Alto todos á la justicia; dijo colocándose entre el agresor y el acometido. El trujamán cerró muy despacio su navaja, y la guardó en el bolsillo de su bombacho; pero dejando á la vista como acostumbran toda la contera, y parte de las cachas; despues de lo cual contestó pausadamente.

—Déjese de altos ni bajos, señor ministro; aquí lo que hay es que todos nos conocemos y cada uno busca lo suyo. Mi hacienda nada debe á nadie, con que así que me la vuelvan y desocupo el puesto.

—Tiene V. mucha razon, dijo el Alguacil, mirando mas á la navaja que al rostro de quien le hablaba: y ¿dónde está?

—Aquí este hombre de bien la lleva debajo de la capa; contestó el perdonavidas señalando con el dedo á Felipe.

En efecto el muchacho habia retirado la cabeza de entre sus piernas, con la prontitud que la esconden las tortugas al contacto de un cuerpo extraño, y permanecia oculto y casi aplastado detrás de su antemural.

—A ver, amigo; fuera la capa: mandó el Alguacil con tono arrogante. Y obedeciendo Felipe, ofreció al círculo de espectadores aquel grotesco dibujo que fué celebrado con una risa general. Pero hacerlo, asirle el esbirro del cuello de su chaqueta é intimarle la órden de prision, fué obra de un momento. El aturdido aldeano juraba á Dios y en su ánima que nada sabia de todo aquello; pero protestas inútiles, el Alguacil le impelía hácia el lado de la cárcel mientras el gayan arrastraba de una oreja al muchacho por el mismo camino.

Viendo yo el carácter que iban presentando las cosas, hube de vencer la repugnancia que me costaba el tomar la palabra delante de aquella escogida asamblea. Hícelo en efecto, y saliendo al paso les dije: «señores; la Constitucion no permite que se viole así la seguridad individual: nadie puede ser encarcelado sin motivo suficiente, y aquí no aparece el cuerpo del delito.»

—¿Con que eso es decirme que miento? acudió el maton apoyando el pulgar derecho sobre el adorno que se miraba rebosar en su bolsillo: pues sepa su mercé, señor caballero, que basta media palabra mia para hacer verdadera á la misma mentira; y ya lo saben todos.

Este lenguage tan antiparlamentario me desconcertó sobre manera: creí mas cauto retirar la proposicion que defenderla contra argumentos tan groseros, y así dando otro giro á la idea respondí entre amostazado y corrido:

—Qué, hombre; yo no digo tal cosa: sino que pareciendo la pieza, mal se puede devolver, y será mejor pagarla.

—Eso ya tiene otro ver, y yo tambien me pongo en la razon: en dándome cuatro pesetas por ella, ya no pierdo.

El Alguacil le hacia señas de aprobacion; y conociendo yo que era inútil reclamar su auxilio, le di lo que pedia, y se retiró no sin gran contento por nuestra parte.

—En cuanto á V., dige al esbirro, quisiera tambien que se persuadiese de la sinceridad de este buen hombre; yo respondo de él.

—Y á V. me preguntó, ¿quién le conoce?

—Aquí llevo un documento que garantiza mi persona; respondí haciéndole un guiño. Sin duda me entendió pues mudando de tono dijo:

—Ademas, estos señores habrán visto si el muchacho se le abrazó contra su voluntad como él afirma.

—Es verdad: así ha pasado: contestaron algunos de ambos sexos. ¡Miserable condicion de las personas que se inclinan siempre hácia donde ven inclinado al poderoso! Retiráronse todos, y nosotros tambien á la taberna, á pesar de mi repugnancia. Allí le mostré cierto retrato (y no de mi familia) que acabó con sus escrúpulos; y Felipe se desquitó soberanamente de la agonía pasada. En este intermedio la calma dió lugar en mí á la reflexion, y por entretener el hastío pregunté qué se habia hecho del conejo, pues el muchacho protestaba haberle soltado en la carrera.

—Oyendo está la conversacion; respondió el Alguacil.

—Cómo ¿aquí se encuentra? acudió Felipe regocijado.

—Cuando yo salí por la esquina, repuso el ministril, ya quedaba en depósito.

—Somos felices, exclamó el rústico; porque ó yo no sé donde tengo mi mano derecha, ó habiéndole pagado ha de ser nuestro y nos vendrá para cenar como de molde.

—Eso nó, replicó el Alguacil con énfasis: las cosas desde que nosotros las ocupamos, se empiezan á considerar como bienes *de mostrencos, vacantes ab insensatos*, y se aplican á ciertos objetos piadosos.

No me pareció mal el *quid pro quo*; y así sin entrar en mas debates, nos despedimos para continuar nuestra pesquisa, dejando al pobre muchacho que siguiera su suerte. Poco anduvimos sin que una recia lluvia nos obligase á guarecernos como otros muchos en un portal, donde permanecimos buen rato mirando la prisa con que la gente se retiraba dejando la calle desierta. Nuestros compañeros tambien fueron desfilando poco á poco, cansados de aguardar, y ya no veiamos alma viviente. Felipe, dige yo entónces, esto no lleva camino de cesar y aquí no estamos bien; para no perder el tiempo podrias llegarte en dos saltos á esa tienda del frente, y preguntar si saben que viva por estos contornos algun Alguacil: indagaríamos con despacio quien fuese el que se llevó tus papeles, y entretanto podria ser que escampara. No le disgustó el pensamiento y embozándose bien en su capa atravesó el arroyo y se colocó delante de la puerta, empezando su acostumbrado preámbulo de *avemaría purísima; alabado sea Dios.* Mas apénas hubo concluido la piadosa salutacion, cuando con la certera velocidad del hierro atraido por el magnetismo, salió de lo interior un corchete, y le agarró con firmeza de la solapa.

Amedrentado Felipe con el lance que acababa de sufrir, y engañado tambien por la identidad del uniforme, imaginó sin duda que era el mismo de la plazuela; y confuso de verle salir sin haberle visto entrar, comenzó á santiguarse ligeramente, y á suplicarle uniendo ambas manos que no le persiguiera.

—A S. Bernardino, gritaba el esbirro desaforado; venga V. á S. Bernardino.

El temeroso Felipe apénas tenia aliento para exclamar «pero señor que han de prender á un hombre honrado porque alabe á Dios!....

—¿No sabe V. que está prohibido el pedir?

—¿Y qué pido yo, pecador, sino que Dios tenga misericordia de los Alguaciles, y no mire á los muchos conejos vacantes sino á su infinita bondad?

—Amigo mio, dijo resueltamente el Alguacil; nosotros olfateamos de lejos, y esas letanías sentarán muy bien en los claustros de la Santa casa, V. venia á pedir limosna, y yo tengo que cumplir mi obligacion.

Cuando ví que el asunto se formalizaba, pasé á

reunirme con ellos sin reparar en el agua que me había detenido; y entrándoles en la tienda hice segunda vez de mediador para libertar á mi protegido de las alguacilescas garras.

—¿Pues qué, me replicó el ministril, ignora V. la responsabilidad que tenemos, y que por cada uno que presentamos abonan una peseta?

—Ahora doy en la dificultad, contesté yo; pero ¿cuánto mejor seria para V. recibirla aquí mismo, y no irse á poner como una sopa en tan largo paseo? yo prometo que él irá á presentarse de su buen grado; y cuando no si V. le vuelve á hallar pidiendo podrá llevarle por fuerza y será doble la propina.

No diré si el peso de mi raciocinio ó mi buen aspecto persuadieron al Alguacil; pero sí que nos dejó marchar libremente satisfecho de haber llenado su deber por aquella ocasion. Felipe caminaba con rapidez para alejarse de allí, y no se queria detener en parte alguna sin embargo de que yo se lo ordenaba porque la fuerza del turbion era irresistible. Por fin cuando estuvimos bien distantes, logré hacerle entrar de nuevo en un portal.

Limpiando estaba con mi pañuelo el sombrero y terciopelo de mi gaban, cuando un penetrante grito de mi compañero, me obligó á volver despavorido la cabeza. Un Alguacil le tenia asido de la esclavina de su capa y decia á grandes voces «presos son ustedes á nombre de la justicia». Es indudable: la costumbre de vencer los riesgos, inspira confianza en ellos; y así fue que sin turbarme le pregunté que nos queria. En esta casa, respondió, no hay mas que cuarto principal, (y así era verdad); ese cuarto principal es una



El Alguacil en traje de ceremonia.

casa de juego: luego ustedes vienen á una casa de juego. No negará V., le dige sonriendo, que ha cursado teología, con que siguiendo la gradacion dirémos: todo el que viene á tales casas es preso por la justicia; luego nosotros.....

—El antecedente niego yo, interrumpió el Alguacil; que no todos los jugadores han de ser presos, sino los que se conducen en términos de merecerlo. Convenidos, le contesté, no hay daño en el jugar si cada uno sabe hacer su juego: por mi parte, añadí mostrándole el único duro que llevaba, no vengo con ese fin; y la mejor prueba es que no traigo sobre mi mas que esta pieza. Entónces alargó la mano sin duda en señal de amistad; y yo *le pagué con la misma moneda*. Desde aquel punto fuimos creidos, y nos dejó en paz.

—No parece Felipe, dige cuando estuvimos solos, sino que hemos tropezado hoy con algun tuerto en ayunas.

—Con un Alguacil en ayunas debió de ser; pues tengo para mí que los Alguaciles son como los lobos, mas fieros y mas rapaces cuando están en ayunas.

—Hombre no es eso; estando en ayunas nosotros quise decir, que lo tenemos aquí por mal agüero.

—Sea como quiera, señor, convendria que nos fuéramos á casa; y por mi parte me retiro aunque vaya solo y preguntando.

—Los dos iremos, Felipe; que la hora de comer se acerca, y aun estamos con el chocolate; pero ya que nos hallamos á la inmediacion de un juzgado, llegaremos á preguntar, pues me da pena volvernos tan sin fruto de nuestra pesquisa.

No era empresa tan fácil el hacer convenir á mi compañero en la idea de meterse nuevamente entre Alguaciles: protestaba que no accederia aunque le valiera conseguir el destino; me aconsejaba que fuera yo solo y pretendia aguardarme debajo de llave: mas por último logré persuadirle á que me siguiera. Subimos pues, y en medio de la confusion que reina á última hora, tratamos de cautivar la atencion de un Alguacil para preguntarle cuál podria ser el que guardaba los papeles de Felipe. No era la cosa de poco empeño en aquel instante: este preguntaba á los curiales, aquel firmaba notificaciones en blanco, quien recibia órdenes y quien daba cuenta de su cometido. Un escribano gritaba desaforadamente, «aquí hay un mandamiento de prision que se ha de ejecutar con el mayor sigilo y prontitud». Ya sabe V. que no estoy de turno respondió un Alguacil, y murmurando añadió encargos de mucho riesgo y ninguna utilidad. A este nos dirigimos por tenerle mas á mano, y yo empecé á informarle del objeto que allí nos guiaba, mientras el escribano conversando con un litigante decia á media voz «mañana mismo despacharemos el apremio, pero no se á quien tocará, pues el que creí de turno..... Colgado me dejó mi interlocutor con la palabra en la boca, como suele decirse, y acudiendo con presteza á los que hablaban, repuso; «el que está de semana soy yo; sino que la pasada serví por mi compañero, y justo es que se repartan los trabajos; por lo demas 24 rs. diarios no son de perder:» y volviendo en seguida á nosotros, me preguntó que le habia dicho. Húbelo de repetir, y cuando llegó á enterarse exclamó. ¡Qué picardia! pero si V. quiere no se reirá de la burla: en dando parte al juzgado, luego tiene un Alguacil de vista hasta que los suelte: y no diga V. quien se lo aconseja, porque entre compañeros.....

—Hombre de Dios, acudió Felipe, eso seria echar la soga tras el caldero; si yo me contento con saber quien es para buscarle y.....

—Yo le buscaré, yo le encontraré, pierda V. cuidado. Con que fué ayer ¿eh?.... y dice V. que iba de ceremonia ¿no es esto?.... bien: no hay remedio añadió entre dientes; era dia de toros..... precisamente es él.

—¡Ah torpe! dige yo entónces dándome una gran palmada en la frente; ¿pues cómo no he dado en que ayer habia corrida, y allá debia de ir segun tu me le pintabas? Tiene razon Felipe, tiene razon; y vámonos ya que mañana con mas acierto le buscaremos.

—¿Qué es marcharse? replicó el corchete; mi responsabilidad quedaria en descubierto..... retencion dolosa y forzada..... es preciso dar parte..... voy en un momento..... al instante entra V. á declarar. Y diciendo y haciendo se dirigia precipitadamente al gabinete de la autoridad.

Tuvimos que perseguirle y afianzarle por la capa, para lograr que se detuviera, y por último á fuerza de ruegos y *otros argumentos*, se consiguió que no tomara tan vivo interés en nuestros males.

Luego que le pude aquietar me fue preciso atender á Felipe que tembloroso y asustado me suplicaba que nos marcháramos de allí. La condescendencia era un deber; y por otra parte halagado yo con la idea de encontrar los papeles al dia inmediato, empezaba á sentir el hambre mas que quisiera. Fuímonos pues sin despedirnos, y tomamos á paso acelerado el camino de mi habitacion.

No lejos estábamos de ella, cuando un Alguacil nos detuvo bruscamente; y encarándose á mi protegido, recorriendo de hito en hito su figura, prorrumpió al cabo de pocos momentos.

—Usted se llama Felipe Alcornoque; de apodo el tio Fanegas, ¿no es verdad?.... si, si, recien llegado á esta corte..... que vive V. con este caballero hace tres dias sin haber dado parte al alcalde..... no tengo duda: V. ha venido á pretender una plaza de mozo de oficio por no hallar trabajo en su pueblo..... Vamos hombre, responda V. si es cierto.

Un poco inmutado quedé yo al oir semejante arenga; porque de hecho habia olvidado la formalidad de avisar al alcalde del barrio la llegada de Felipe; pero en cuanto á este, hubiera sido necia obstinacion querer que articulase una sola palabra. Estupefacto y sobrecogido no hacia sino abrir mas y mas los ojos retirando el semblante, á cada pregunta que le dirigia el ministril.

—Animo, buen amigo, prosiguió este observando nuestro silencio y dando á Felipe un espaldarazo mas que amistoso; recobre V. su serenidad que ningun daño le quiero.

Reanimóse un poco el espantado rústico, y pudo romper preguntando:

—Pero..... pero..... ¿cómo me ha conocido V?

—¡Que pregunta!.... Amiguito los Alguaciles somos grandes fisonomistas, y aun tenemos puntos de gitanas en cuanto sonsacamos de lo pasado, y de astrólogos porque leemos en lo futuro. Ea, déjese V. ahora de escudriñar los secretos del arte, y vengan albricias que le traigo buenas nuevas.

—¿Cómo es eso? acudí yo, ¿tal vez se han encontrado sus papeles?

—Baste lo dicho, y síganme Vds. á casa de otro compañero que allí se aclarará todo.

Hicímoslo como ordenaba, y despues que anduvimos largo rato por callejuelas y cruceros, vinimos á dar en una calle desusada casi á la extremidad de la poblacion, y nos introdujo en una casa de estas que tienen el patio delante de la escalera. Subimos á un corredor estrecho de vecindad, donde se hallaban en intermitente y prolongada reunion las inquilinas, cantando y conversando desde sus respectivas puertas. A nuestro paso, ninguna se levantó ni aun devolvió el saludo, pero todas se sonreian maliciosamente diciendo á media voz «ese es». Al remate del claustro ó solana, tocó nuestro guia en una puerta que por su traza en nada se diferenciaba de las otras; y abierta sin detencion, dimos vista al cuarto del Alguacil. Componíase de una pieza, una alcoba y una cocinilla, que se comunicaban por medio de dos huecos, sin mas vidriera ni mampara, que su escasa cortina de coton, guarnecida de lo mismo. Sin embargo, los adornos no guardaban analogía con el mezquino exterior, y revelaban desde luego la filosofía de su dueño: no lo digo precisamente por el menage, que á pocos y groseros muebles se reducian; sino por una preciosa coleccion de historia natural que llenaba el aposento, y descubria que los reinos animal y vegetal, dominaban particularmente su aficion. Aves de diversas familias, caza y pescados se ostentaban en informe conjunto por todas partes: veíanse pendientes del techo los frutos de la vid; festoneaban las paredes enormes ristras de ajos, y cubrian el pavimento las producciones de la tierra: y todo ello colocado en descuidada simetría, como denotando el armonioso desórden con que la sábia Providencia lo regala.

El Alguacil nos saludó con aire afable, y dirigiéndose á Felipe, le preguntó.

—¿Recuerda V. heberme visto alguna vez?

—No por cierto, respondió el aldeano: ni quisiera haber visto Alguaciles en mi vida.

—Pues yo soy el ministro á quien V. entregó su solicitud.

Felipe se quitó respetuosamente el sombrero, y los tres nos echamos á reir.

—Nada hay que extrañar, les dije: el nombre por sí solo le causa veneracion; y ademas viene el pobre tan escarmentado de Vds!....

Nuevamente sonrieron al oirme; y entónces tomando la palabra nuestro conductor, repuso.

—¿Qué quiere V. que le diga? nos tienen por de mal agüero, pero consiste en que no nos tratan de cerca. Los Alguaciles son como las tronadas; buenos ó malos segun hallan dispuesto el terreno. Algunos les llaman polilla de la sociedad, siendo por el contrario los que la quitan de raiz, y aun el peligro de volver á criarla. Otros les hacen torpes y faltos de instruccion, cuando no hay en el mundo erudito ni pedante que sepa hacer tantas *citas*. Otros avanzan hasta poner en duda su salvacion, pero han trocado los frenos; ellos se han de salvar de la clase, que el Alguacil por *salvado* puede tenerse. El acompaña á los reos en su última hora; que de ahí se debió decir *la compañía del ahorcado:* nunca falta en las procesiones por aquello de que tras de la cruz viene el diablo; y siempre vá delante de las indulgencias, aunque por lo mismo nunca le alcanza la bula. Si es en el cumplimiento de su deber, ¿qué se les puede echar en cara? ¿están encargados de hacer guardar el órden? pues si no chocan con los alborotadores, es porque *harto guardado* le tienen: ¿de evitar engaños? por eso encarcelan á los buenos; porque seria el mayor engaño tropezar con un hombre de bien: ¿de perseguir á los criminales? claro es que si los prenden dejarán de perseguirlos: y sobre todo ¿por qué se les llama Alguaciles *de vista*? Pues para aliviar dolencias tienen mas virtud que todos los recursos de la medicina; y así vemos que el actor ó torero que no se mejora con ventosas, luego sana con aplicarle un par de Alguaciles. Si hablamos de los juicios de paz ¿cuánto no sirven allí? y sin embargo al pobre que por falta de acompañado les elige como *hombres buenos*, bien se le puede decir que *lleva perdido el juicio*. Ellos siempre abren paso á la justicia, y siempre la llevan á la espalda. Ahora les han quitado la peluca, porque á la ocasion la pintan calva: pero les han dejado la *chupa*, como signo muy propio y distintivo que les caracteriza; y el guante tambien es de ceremonia pues mal podria echarlo si no le llevaran. Por último, ellos se semejan á los duendes, porque mudan de forma, mudando de trage: á los remordimientos, porque *escarban* en las conciencias: á Dios, porque *piden cuentas* el dia *del juicio*: y al diablo, porque tientan á las mujeres. ¿Qué mal hay pues en los Alguaciles, sino el de no saber aprovecharlos?

Embelesado escuchaba yo las graciosas razones del Alguacil, en términos de olvidar casi nuestro principal objeto; pero Felipe llamó mi atencion preguntando que se habian hecho sus papeles.

—No lo sé, (dijo el interrogado) alargando uno al propio tiempo; pero aquí tiene V. su nombramiento.

—¿Qué escucho? exclamé..... ¿será posible? ¿y cómo ha sido esto?

—Muy sencillo. Yo los dejé en la taberna, sin mas intencion que devolverlos á la primera coyuntura. Mas ayer era domingo; tocaba salir á una de las criadas del ministro, y aprovechó la tarde yéndose á los toros con *su primo*, y entrando despues á tomar cerveza en aquel establecimiento. La dueña contó la aventura; ella preguntó el nombre del héroe, y salieron los papeles á relucir: dijo que era paisana de Felipe, y se encargó de presentarlos á su amo con recomendacion: sin duda le cayó en gracia la simpleza de este rústico, á quien por otra parte no faltan méritos que alegar, lo cierto es que esta mañana fui llamado por mi superior, y recibí esa órden con la de buscarle y dejarla en su poder.

No es posible describir el alborozo de Felipe, que tambien participábamos los demas: preguntó el nombre de su paisana, mas no lo pudo averiguar porque lo ignoraban. En fin calmada la primer impresion nos despedimos dándoles una propina; y el mas ladino le dijo al salir:

Vamos compadre, que sea enhorabuena: y aprenda V. por mis compañeros á cobrar ánimo para lo sucesivo, pues le acaban de enseñar que en todos los lances de la vida tiene lugar aquello de «mas vale llegar á tiempo que rondar un año.»

BONIFACIO GOMEZ.

LA GITANA.

SI quieres, lector benévolo, presenciar el nacimiento de esa mujer que se conoce con el nombre de Gitana, segun unos porque desciende de Egipto, y segun otros porque se dió en llamar *Egipcios ó Gitanos* á todos los que no quisieron abandonar las tierras españolas cuando la espulsion de los moriscos; si deseas conocer una de las ceremonias mas importantes que los Gitanos celebran en el curso de su vida aventurera y vagabunda, hazme el gusto de seguirme hácia los arcos de aquel puente, porque al pié de ellos hemos de topar con lo que buscamos.

¿No ves arremolinada en derredor de la bienhechora lumbre hasta una docena de personas contemplando con ávidos ojos la racion de carne que va cociéndose lentamente dentro de una gran marmita de cobre? ¿No observas, ahora que te vas acercando, que esos hombres con su tez aceitunada, con sus abultados carrillos, con sus gruesos lábios, con sus negros, vivos y rasgados ojos, con sus largos cabellos, y sus blanquísimos dientes, revelan su orígen extranjero, y que mas parecen hijos del África ó la Arabia que de Andalucía ó Cataluña? ¿No adviertes que sus gestos y su movilidad continua dan á su conversacion y á la vivacidad de su fisonomía cierta expresion penetrante y característica? ¿No reparas, amable lector, que el rostro de esas mujeres presenta un aspecto melancólico, y que sus actitudes lascivas, su color, la soltura de sus miembros, su movimiento y agilidad, recuerdan un clima abrasador, donde hombres y mujeres se entregan á ejercicios que desarrollan el vigor corporal, y dan fuerza á ciertas facultades morales? ¡Pobre raza! condenada por su infeliz destino á una vida errante, vaga un dia y otro, porque así lo quiere la estrella de su nacimiento, y rechada de la sociedad, busca un albergue debajo de los árboles, al pié de solitarios castillos ó en el fondo de una quebrada. ¡Pobre raza! sin patria y sin hogar, dispersa ha cerca de mil años, inquirió un asilo en el Mediodia de Europa, y la Europa la repelió de su seno, arrojando sobre su frente el sello del oprobio, y vertiendo en su corazon el veneno de la amargura. ¡Pobre raza! combatida por todas las causas que disuelven una nacion, las tiránicas y absurdas leyes promulgadas en su contra no han podido destruir su nacionalidad, y si no muere donde nace, nace y muere imitando las costumbres del Oriente, porque Dios y su destino no quieren que estreche los lazos sociales con los demas pueblos!...

Dirige ahora, carísimo lector, una mirada á esa docena de personas sentadas en torno de la lumbre, y conocerás que se hallan preocupadas con alguna cosa importante, pues hablan en voz baja y de vez en cuando vuelven sus ojos hácia un rincon del aduar,

do yace cubierta con unas mantas y tendida sobre un monton de paja una pobre moza, cuyos dolorosos ayes, arrebatados por el viento, van á herir tus oidos, conmoviendo tristemente tu alma. Mira como se agrupan al rededor del mezquino lecho tres ó cuatro mujeres, y con que afan recibe una de ellas en sus brazos á una robusta niña, de rostro atezado como su madre, y como ella de marcada y característica fisonomía. ¡Oh! esta débil criatura es un pequeño anillo de esa larga cadena de Gitanos, cuyo primer eslabon no se sabe á ciencia fija donde ha sido forjado.

Si examinas con atencion á la desnuda Gitanilla, y tomas en cuenta la alegría de todos los que se hallan á su alrededor, no toparás con el padre, porque se parecen los unos á los otros como dos gotas de agua, y porque tanto el viejo como el mozo, lo mismo el casado que el soltero arrullan en sus brazos á la recien nacida, prodigándole palabras cariñosas en una jerga ininteligible. Sin embargo, no te será difícil dar con el padre de la pobre niña si reparas en un jóven de agraciado aunque moreno rostro, que *garla* sin ton ni son, celebrando los *fanales* del tierno *aguilucho*, su erguido *chapitel*, sus *gentes* ú orejas, sus *nares* y, en fin, todo su *chuche* ó semblante. Luego arroja sobre la cabeza de su hija un poco de *clarisa* cogida en el próximo *corriente*, y la entrega á una de las Gitanas, la cual *arroscándola* en unos trapos la coloca en un monton de *picosa*, poniéndose todos á *muguir* con el mayor apetito junto á la *lucerna*. Y como el agua es muy *crua*, y no ayuda á la digestion, pasa de mano en mano una *bujía* llena de buen *caramo*, alegrando mas y mas á los vagabundos Gitanos, y dando mayor animacion á sus elásticas facciones, doble movimiento á sus azogados miembros. Despues el padre de la niña reparte unas cuantas *plantosas* de *peñascaró*, y mientras los mas *piaores* se ocupan en *potar*, un mozo ojinegro toca la guitarra en rasgueado son, otro, tenido por gran *guillabaor*, entona unos cantares llenos de malicia, y las mujeres bailan en círculo, separándose ó confundiéndose segun su capricho, si no es que siguen las reglas de ciertas danzas, cuyo modelo es preciso buscarlo en otras regiones. Pueblo singular que en medio de la miseria se entrega á la alegría, olvidando sus privaciones con las ruidosas castañuelas, y la guitarra que ha pasado por quinientas manos de generacion en generacion...

Y aquí es preciso, lector mio, que, pidiendo perdon á los clásicos dramaturgos, quebrantemos las unidades de lugar y de tiempo, para llevar á nuestro *aguilucho*, ya convertido en *chaborro*, á cualquier pueblo de España, á fin de conocer sus costumbres de adolescente. Sin embargo, como ni por necesidad ni por buen corazon estamos obligados, cual los gobernantes, á tender un velo sobre lo pasado, podemos alzar un pico de la cortina, diciendo á los profanos algunas palabras acerca de la Gitanilla que vió la luz en su presencia, y ahora va á ofrecerse á sus ojos radiante de juventud y aun de belleza.

Como nuestras leyes han puesto á los Gitanos en guerra abierta con los pueblos por donde pasan; como en vez de morigerar sus costumbres han hecho lo contrario; como, para decirlo sin rodeos, como el envilecimiento y degradacion que sobre ellos pesa han llevado á sus corazones un gran desprecio hácia las instituciones sociales, no siéndoles permitido para vivir hacer lo que los demas hijos de Adan, se ha dedicado á engañar á sus semejantes, quitándoles todo lo que pueden, estafándoles de un modo simulado, y ejerciendo contra ellos, no el derecho del mas fuerte, sino las prerogativas de mayor astucia y doble disimulacion. Una de sus mayores industrias es el robo, no el robo á mano armada que expone al ladron á recibir un escopetazo á boca de jarro, sino un robo tímido, furtivo, que si no revela arrojo indica sagacidad y cierto talento, que no dejaria de brillar mejor empleado.

Bautizada ó no nuestra Gitana, segun el antojo de sus padres, es conocida entre los suyos con el nombre de la *pelra*, y apénas empieza á articular algunas palabras de esa gerigonza tan expresiva le hacen repetir una y mil veces *chóro*, *choras*, y si la muchacha es un tanto *aguileña*, es decir, si notan en su rostro cierta propension al hurto, entónces todos se convierten en sus maestros, y como las teorías reciben su sancion de la práctica, y la niña no es *estropeáa* del entendimiento, excusado es decir que á la vuelta de seis años es una perfecta *birlaora*, ejecutando á las mil maravillas las lecciones que ha recibido en esa escuela constante de socaliña y artimaña. Ella, cuando la banda establece su vivac en las afueras de un pueblo, asalta las huertas y *arrobiña* frutas y hortalizas; ella trepa por las paredes de un *corrincho*; invade el gallinero, y si no puede atrapar al *capiscol*, echa mano á una *cuba*, torciéndole el pescuezo para que no cacaree, y aun suele coger un par de *albaires* ó sean huevos frescos. Otras veces penetra en la poblacion, corre por sus calles, y se llega á la puerta de una casa, diciendo con voz dolorida:

«Zeñó, deme zu merzé una limoznita por Dioz, que eztoy *gandía* de jambre.

—Perdona, muchacha: le responde con tosco acento un señorito de lugar que se ocupa en dar de comer á una perdiz.

—Zeñó, replica *la chulama* entrando en el zaguan; po loz clavoz é Crizto, que ya jase doz diaz que no he probao el *jarton*. Azí el divel de loz cieloz le dé á zumersé cuanto decea... ande ozté, zeñorito, que lo pio con mucha necèsiá... por eza cara tan germoza y eze cuerpo tan bien formao.»

Y se va introduciendo mas y mas hasta que se llega al mancebo renovando sus *floraynas* y sus gatatumbas. Si, apiadado este de la infeliz Gitanilla, se marcha á la despensa en busca de alguna cosa con que socorrerla, la Pelra *ase* lo que está á mano y es trasportable, lo guarda entre la ropa, y cuando aquel vuelve la encuentra en el sitio donde la dejó tan serena como si nunca hubiese roto un plato. Así recorre todas las casas llevando á su aduar, como producto de su *yarrama*, una *paloma* ó sábana, dos *caronas* ó camisas, un lardo de *murceo* ó tocino, varios mendrugos, los cuartos recogidos de limosna y tres pesetas, que como buena *tomaora del din caló* del bolsillo del ama del cura al besarle la faldamenta en señal de gratitud.

Entretanto va corriendo el tiempo, y la *Pelra*, libre en sus acciones y en sus gustos, azotada por la lluvia y combatida por los vientos, arrullada por las tormentas y adormecida por los huracanes, crece en medio de sus privaciones flexible y esbelta como el pino á cuyo pié reposa, se cria ágil y fuerte como el corzo de los montes, y si el sol de los campos dora mas y mas su atezado semblante, tambien da mas brillo á sus ojos de azabache, y desarrolla completamente entre todas sus formas, imprimiendo en sus lábios un sello de voluptuosidad, y sobre su frente la marca de violentísimas pasiones. Cuando la *Pelra* llega á tener quince años es hermosa, porque no hay mujer fea á semejante edad, y porque las Gitanas llevan en el pecho un volcan, cuyo calor se siente á muy razonable distancia. Entónces es fácil perder el juicio y volverse locos por ellas como el Cuasimodo de Victor Hugo, ó abandonar las ciudades y seguirlas al fondo de los bosques, como el ilustre mancebo de nuestro inmortal Cervantes. Nosotros, benigno lector, iremos tras de la *Pelra* á donde quiera llevarnos, armándonos antes de indiferencia y de desden, y cubriendo nuestro pecho con el escudo de la mas helada frialdad. De otro modo nos abrasaríamos en la viva

lumbre de sus ojos, y no nos seria dado bosquejar en calma el lindo retrato de nuestra Gitanilla.

Supersticiosa como todos los pueblos del Oriente, aficionada como ellos á la astronomía, esa raza de Gitanos que cual los árabes del desierto no duermen dos noches en un mismo sitio, como le conviene engañar á cualquier costa, hace que estudia las vicisitudes humanas y las constelaciones celestes ¡y cosa extraña! esas tribus errantes, esas familias nómadas y vagabundas, condenada como los judíos á una proscripcion eterna, y que no pueden aliviar su propia suerte, creen conocer el destino de los demas hombres, dando asenso á sus mismos oráculos. Nada mas frecuente que oir á las Gitanas la *buena aventura*, queriendo persuadir á los bobos ó *blancos* que conocen los arcanos de lo futuro en la misteriosa disposicion de las rayas de una mano.

Bailando la *Pelra* unas veces, pidiendo otras, ya cantando con libertad *desenfadáa* descompuestos y lascivos cantares, ya narrando sus propios infortunios ó los de su familia con lastimera voz y gesto dolorido, segun las personas con quienes trata y los lugares donde se encuentra, recibe no pocas limosnas, adquiriendo dinero de los unos, zapatos de los otros, refajos de algunos, y pañuelos de no pocos. Pero lo que mas produce á la ingeniosa Gitana son sus nigrománticos ardides, siendo muchas las cábalas de que se vale para hacer que algun inesperto mancebo de los que nunca faltan oiga su futuro destino, anunciando en campanudas frases y enigmático estilo. Cuando resuelto el jóven á escuchar su sentencia, tiende la mano á la pitonista, esta se apodera de ella con gravedad, clava los ojos un momento en las rayas que cruzan la palma, y en tono solemne y profético exclama de esta suerte, despues de haber consultado la *genitura* del mozo.

«Eztoy viendo en zu mersé un jóven muy esgrasiao po laz calaberaz dotroz y po laz zuyas propiaz... Ay! Zeñó, ¿por qué daz á laz criaturaz un *navío* tan gayardo, zi luz ejaz á ozcuraz de zentío, y lez conzedez muy poca *chichi*?... ¡Pobre moso! juya, juya zu mersé é laz mujerez hazta que loz añoz haigan madurao zu juisio, y ze zienta baztante juerte pa zofrí laz perreriaz de eza *já* que le trae reguelta la zezera... Mañana alumbrará la luna, con purízimo rezplandó, y obliará zu mersé loz espresios de eza dama que corre traz zu ribal como yegua zin freno... Luego que zu mersé güelba lo jombroz á zu *chulama* lusirá en toa zu clariá la eztreya é zu nasimiento, y el ruío de luz armaz le jará zaltar é la *blanda* y señirse á un lao el *abanico*, que ha de cortá maz de un *chapitel*... ¿No vé zumersé ezta raya que ze ezliza jasia el deo pequeño?... eya rebela á no poer maz que zu mersé crusará loz marez y que si no le *dan mulé* en lejanoz paizes, pazará laz aguaz ezpuez cargao de pelraz que tirará á loz piéz de una jeambra como un zol. Jui! zeñorito, ¡y qué ezdichao va á zer zu mersé, y cuantoz afanez le prepara el Zeñó zi no sierra zu corason á loz flechasoz del siego!... Zuz lágrimaz roarán po loz zueloz, y nengun endino irá á esirle palabraz é ternura... Maz *zoniche* que no too ze pue jablá y naide zabe loz zecretoz del divel.»

Así termina la *Pelra* su gerigonza, y el mancebo que apénas ha comprendido tres palabras, se aleja pensativo, porque desde el momento que el hombre se ocupa de porvenir se entristece á pesar suyo, aunque crea penetrar los futuros sucesos de su vida á través de azules ó rosadas nubes. Sin embargo, la curiosidad ejerce gran imperio sobre la juventud, y una mozuela se acerca temblando á la Gitana, rogándole le diga la *buena aventura* en cambio de algunas monedas. La *Pelra* la examina de piés á cabeza, y luego con acento melancólico entona un cantar débil y lánguido, arrebatando el corazon de cuantos la escuchan, porque si su música es pausada y armónica, tambien es negra como los pesares de un desterrado, triste como las revelaciones y consejos que la letra encierra.

¿Por qué tiemblas, pobre niña,
Como arbuzto del dezierto,
Que ze mueve zin consierto
Cuando el vendabal le *diña*?

Mas jasez bien en yorá,
Que en ezta mano *diquelo*
Laz penaz que el negro sielo
Adizponiéndote eztá.

Trez pájaroz rebolando
Irán á tu ezcuro nio
Y por encontrá zu abío
Mil cozaz irán cantando.

El águila *enquiyotráa*
Con zu arrojo y zu pujansa,
Dirá que nenguno alcansa
Lo que ya yegó á alcansá.

El cuervo zuz negraz alaz
Selebrará y zu primó,
Por atrapá la mejó
De toiticaz laz tuz galaz.

El ruizeñór amorozo,
Pa mitigá zuz pezarez,
Entonará mil cantarez
Con asento melodiozo.

Y tú, inosente *chibata*,
Lo abrigaráz en tu zeno,
Apurando eze veneno
Que enloquese zi no mata.

Maz pronto juirá de ti
El embaidor pajarillo
Y tu corason zensillo
Ezcomensará á zofrí.

Pobre niña! zeca el yoro
Y zerena loz *columbrez*,
Porque zon laz pezaumbrez
De tu hermozura dezdoro.

Alsa altiva el *chapitel*;
Encampánate orgulloza,
Y no gimaz, probe moza,
Por un ingrato donsel.

Zi te jasez *redomáa*,
Por eze hermozo palmito
Maz de un heyo zeñorito
La caena arrraztrará.

Que lo jombrez corren siegoz
Traz una *chulama* beya,
Cuando loz espresia eya,
Y ze rie de zuz fuegoz.

Zi zabez vivir tendráz
Mil *fúcarez* amaorez,
Toiticoz contribuiorez,
Y muy *godeña* zeráz.

Navega puez viento en popa,
Que ya *altonáa* ya zoltera,
En ezte mundo prozpera
La mujé que á muchoz copa.

Zi en tu barreera vé
Un rizeñor á dar viene,
Zuz ezperansaz mantiene
Durante un mé y otro mé.

Maz zi le zientez clabao
En la punta del ansuelo,
Arrójalo po lo zuelo
Y que zufra el ezdichao.

No zerá niña el primero
Que ajenaz culpaz pagó...
Pague puez un ruizeñó
Jumilde por otro fiero.

Navega niña á toz vientoz
Y zi *chimuyea* alguno,
Deja al probete importuno
Luchá con zuz penzamientoz.

Maz pecaorez que tú
Eze mezmo á la cayáa...
Pero *me nájo* zaláa,
El *dicel* te dé zalú.

Si la Gitana escita cuando niña la compasion; si despues es admirada por su destreza en el arte de *birlar*; si luego que alcanza sus tres lustros arrebata diciendo la *buena aventura*, cantando ó usando de esos chistes que á borbotones se desprenden de sus lábios, nunca es tan bella y arrebatadora, jamas cautiva á las mujeres y entusiasma á los hombres como en el baile, ejercicio en que brilla sobremanera. Ajustado el talle con un *apretao* (corsé) negro ó de color de canela, que forma un extraño contraste con lo encarnado de la *campana*, la cual solo llega á la mitad de la pierna; calzados los *saltaores* con *eztiboz* de muy corto empeine; *toldao* el pecho con un pañizuelo de color; vistosamente recogidos sus *aires* ó cabellos, y adornada la cabeza con infinitos moños, se presenta la Gitana en Mairena, y á todos los majos que montados en briosos *almifores* cubiertos de *greles* van llegando á la *bola* (feria) los convida á que vayan á su puesto, diciéndoles que posee un *palacio* allí cerca, y que en él pueden solazarse de lo lindo, porque tiene muy buenos *tálamos* y por lo que luego verán. Prendados los mancebos andaluces del gracioso atavío de la Gitana, arrebatados por el fuego que despiden sus *acais*, y arrastrados por el *sardioque* ó sandunga de la *chulama*, la siguen á su palacio, que es una choza formada con mantas sostenidas en unos palos, se sientan en los *tálamos*, que no son otra cosa que unas esteras, piden dos ó tres libras de buñuelos, y cuando han apurado sendos tragos de aniseta, y les hierve la cabeza, hacen á la Gitana que baile con otras tan *jarifas* y *emperegiláas* como ella, y como ella tan ricas de *sardioque*.

Diestra la Pelra en el arte de agradar, al son de la guitarra que suele tocar el capataz de la banda, dueño de aquel *tinglao*, mientras que dos ó tres de sus compañeros cantan una *baláa*, ella baila que se las pela con otros dos ó tres, causando gran impresion á los aturdidos majos la voz de las *guillabaoras*, el *sal aren* de la guitarra, el ruido de las castañuelas, el gracejo de las Gitanas, sus maliciosos cantares, la picaresca expresion de sus miradas, y el brillo de sus adornos.

Y aquí, lector bueno, aunque antes no tuvimos á bien correr un velo sobre lo pasado, es necesario que arrojemos uno muy tupido, porque vestida la *Pelra* con una *cubierta* que marca perfectamente su talle y sus graciosísimas formas, merced á sus libres movimientos, en cada gambeta descubre un pié sumamente pulido y una hermosísima pierna, porque se bambolea su *árbol* con muchísimo aquel, porque sus ardientes miradas quieren decir cierta cosa, porque en Andalucía lucen las estrellas en una noche de abril con claridad algo lúbrica, porque los naranjos que tanto abundan en aquellas campiñas esparcen un perfume que embriaga los sentidos, y porque el esplendor de aquel cielo escita ideas un tanto voluptuosas...

Si yo no fuera cristiano rancio, sin faltar á la verdad de los hechos, entregaría la *Pelra* á un mozo de la banda, permitiéndole vivir con ella en franco concubinato; pero aunque esto es muy comun entre los Gitanos, los cuales suelen elegir su mujer á la luz del sol ó á la claridad de la luna, con consentimiento de sus mas próximos parientes, como los hay que celebran su matrimonio con todas las ceremonias prescritas por la iglesia, lo mejor será que apuntemos á la *Pelra* en legítimo consorcio, al son de la guitarra y las castañuetas, entre las abundantes libaciones de los alegres Gitanos, y al ruido de sus cantares y sus vítores.

Cuando la Gitana se vé *altonáa*, olvida sus bailes y canciones, y se entrega á la vida de madre y esposa, cuidando de su marido primero y de sus hijos despues, á quienes va enseñando cuanto sabe y aprende desde que dobla la cerviz bajo el yugo matrimonial hasta que es sorprendida por la *cierta*, y es fuerza hacer justicia á esa raza, á quien el vulgo, que jamás abandona sus preocupaciones, tiene por absolutamente desprovista de buenos sentimientos, creyéndola entregada á repugnantes vicios, sin otro capital que el de la liccion y el engaño. La Gitana abriga en su corazon un tesoro de amor para con sus hijos y un rico caudal de ternura para con su compañero. Ninguna sabe llenar los deberes de madre y de esposa tan bien como una Gitana, ninguna cumple tan fielmente los juramentos prestados en el altar ó solo ante sus camaradas; ninguna comprende mejor las leyes de la naturaleza.

Y ese afecto que se nota en ellas hácia su marido ó amante, nunca se debilita aunque este relaje los vínculos del matrimonio, ó rompa los lazos del concubinato, lo cual sucede algunas veces, porque el mancebo puede dejar la mujer vieja por otra jóven, de acuerdo con su esposa ó barragana. Si los ayuntados son de igual edad, bogan juntos por el mar de la vida, divirtiéndose en dias de calma, y prestándose mútuos auxilios cuando la tormenta arrecia y alguno de ellos se halla espuesto á naufragar. No es extraño que el marido de la *Pelra* deje á uno *corbao* de una *mojáa*, y que antes de *guiyarse* le *acierre* la *gura* (justicia), soplándole en el *estaribé*. La Gitana se araña al saberlo, y aunque el *enrejao* cante al son de los *anillos*:

En la reja de la *trena*
No tocupez en yorá,
Ya que no me quitaz penaz
No me laz venga jadá,

llora y gime desolada, pudiendo sus ardientes lágrimas, si cayeran sobre las *calzas* limarlas en un momento, dando *calle* al *angustiao*.

Pero muy pronto conoce la afligida Gitana que con lloros y gemidos no se alcanza la libertad, y entónces empieza para ella una vida activa y de movimiento que le produce malísimos ratos en cambio de levísimos goces. Porque no contenta con regalar al *banquero* (alcaide) para que trate bien á su pobre marido, y á todos los *bellerifes* ó criados de la cárcel para que la dejen acercarse á la reja á *garlar* con el preso, importuna al *brabo* (juez), visita mañana y tarde al *nuestramo*, (escriba) ruega á todas horas al *venga-injurias* (fiscal), y anda en un pié como la grulla, de la cárcel á la casa de estos, y de aquí á la cárcel, contando al *antojao* los progresos de su causa, el re-

sultado de sus gestiones y las esperanzas mas ó menos fundadas que abriga de *florear* (engañar) al juez, á quien llama *gambalua* por su desmesurada altura y poca alma, de ganar con *nipos* al escribano, á quien califica de *dezoginaór del infierno*, y de aplacar con *bribia* ó buenas palabras el rigor de fiscal, á quien quisiera ver haciendo piruetas en la *ene de palo*.

Gracias al *poer* de *Juan Dorao* el escribano activa la causa; merced á *floraynas* y adulaciones, y acaso tambien al *gótico* (ilustre) nacimiento de *Juan Platero* el promotor pide una levisima pena, y en atencion á que la *Petra* tiene unos ojos que queman, y muchisimo donaire, y no poca sal, y considerando que va puesta de *filili*, y es algo complaciente, el *bravo* ó *bari* condena al Gitano á solo cuatro años de presidio, el cual *burla* el sentenciado á los dos meses, rompiendo la *zerezeda* al ronco grito de *peñaz* y *longarez*!!!

La Gitana sigue al *burlaor* en su *afufon*; ambos ponen tierra por medio y como nadie mejor que los Gitanos conoce los caminos y encrucijadas, las trochas y veredas, el marido de *la Petra* se mete á contrabandista, viéndose á esta desde entónces entrar con recato en las poblaciones, llevando debajo de la mantilla un *ovillo* de ropa que vende ó trueca á las mujeres, á quienes siempre *dupa*, valiéndose para ello de todas las carlancas y *chanzas* (sutilezas) que le sugiere su viva imaginacion. Tambien á la sombra de su comercio vende las prendas que otros se ocupan en *buscar*, por cuyo corretage *engiba* una parte de ganancia, llegando al cabo de poco tiempo á hacer un buen peculio que podria aumentarse en gran manera si no fuese á destruir sus planes la suerte de su marido, *espirrabao* de un tiro por los malditos carabineros.



La Gitana.

Extremada en su dolor la Gitana, hace que el entierro de su esposo se celebre con la pompa que permite su bolsillo, y acompaña al cadáver hasta el *coto*, mesándose el cabello, vertiendo abundantisimas lágrimas, y arrojando furiosos alaridos. Cuando *plantan* al difunto, vuelve la Gitana al *fato* y como está segura de que en la banda encuentra los mismos auxilios y la misma proteccion que pudiera dispensarla su esposo, se entrega á la alegria en un improvisado festin, porque los Gitanos acaban la carrera de su vida con música y regocijo como la empezaron.— Viuda la *Petra* prosigue en su industria y su trapicheo, ocupándose en la *garda* ó cambio de ropa, en asar castañas en algunas ciudades de Andalucía durante dos meses del año; y en freir buñuelos en las ferias, ayudada por sus hijas y compañeras. Por lo demas en las casas donde *vende sus prendas* como en las esquinas en que pregona las *calentitas* en el real de la feria donde provoca á las *gentes* con sus gestos y palabras, siempre es decidora y chistosa, sin que los años la hagan variar de conducta, y mucho menos de sentimientos.

Y hé aqui, lector amigo, como la civilizacion no ha variado las costumbres de los Gitanos, y como pasan las revoluciones sobre su cabeza sin arrancarles ni un solo cabello. Merced á los muchos trastornos que los españoles hemos sufrido, trastornos que no han dejado títere con cabeza en nuestra asendereada patria, nuestros tipos se hallan averiados, y se necesitan ojos de lince y un enorme catalejo para descubrir nuestras peregrinas costumbres populares entre las insulsas costumbres extranjeras, y nuestros antiguos caractéres entre los caractéres de hoy. Solo una raza, despreciada siempre por las otras razas y perseguida siempre por nuestras mismas leyes, ha conservado su primitiva originalidad, sin que el tiempo, que todo lo arrastra en su violenta carrera, haya podido despojarla de uno solo de sus hábitos, de una sola de sus costumbres. A ser yo filósofo, me daria de calabazadas para atinar con las causas de semejante extraño fenómeno, mas como no lo soy concluyo este pobre articulejo, asegurando que los Gitanos son impermeables sin que les hagan mella las revoluciones ni los descortece esa arrogante matrona llamada civilizacion.

SEBASTIAN HERRERO.

EL MENDIGO.

¡RARO *vice-versa* de las cosas humanas! El descocado y vocinglero Mendigo, que se burla de la sociedad, molestándola con su desaseo y sus clamores, es mirado con respeto, recibe agasajos y liberalidades, lo mismo en la cabaña que en el palacio, y ve pasar los dias de su vida sin tener que medir el tiempo, libre de temores y cuidados, pudiendo siempre decir á la vista de la riqueza y los festines del poderoso que de él se compadece ó lo disculpa sino bebo en la taberna huélgome en ella, en tanto que el verdadero indigente que procura ocultar su triste estado, pasa por la amargura de verse despreciado sin hallar una mano bienhechora que le alargue un módico socorro. Pero ¿qué hay que admirar en esto? El hombre en todo es extremoso. Va todavia mas allá en su injusticia. No se contenta con echar una mirada desdeñosa y despreciativa sobre el vergonzoso y pusilánime necesitado. Se complace tambien en degradarle, y siempre encuentra algo que censurar en su víctima para

halagar su propia vanidad. El vergonzante es deforme aunque sea un Adonis en hermosura; tiene condicion de tigre, aunque sea mas manso que un cordero; sus agudezas se llaman insulseces aunque le hayan educado las gracias; su actividad recibe el nombre de atolondramiento, aunque sea mas sesudo que Caton; y su prudencia es disimulo malicioso, aunque sea mas virtuoso que Sócrates..... Pero veo, lector delicado, que el preambulillo se te atraviesa y estás diciendo allá de botones adentro, ¿á qué conduce aqui este principio de sermon cuaresmal? Pues has de saber que tiene su *busilis*. El Mendigo español es una especie de alimaña que infunde miedo como lo comprueba aquello de cállate niño que viene el pobre, con que se nos asusta desde chiquitos. Ese miedo es la causa porque se le respeta pues nace de su independencia y de los recuerdos de su orígen que ofrece la idea de la fuerza, y la fuerza es la reina del mundo, aunque haya quien sostenga lo contrario. Pero supuesto que no he principiado este artículo á tu gusto, á lo que exclusivamente debo atender sin meterme en otras honduras, veamos si te lleva esta otra introduccion.

Si la sociedad hubiese siempre auxiliado al verdadero desvalido, que por su posicion tiene que recurrir á la conmiseracion pública, y hubiese perseguido al mismo tiempo esas tropas de vagabundos que tanto la afean é inficionan, habria llenado uno de sus principales deberes, sin incurrir en el desacierto de distribuir socorros que no alivian la verdadera desgracia, crean la mendicidad voluntaria, alimentan la pereza y dan pávulo á los vicios. Entónces no habria Mendigos ni cosa que lo valga; cada quisque pondria sus huesos en punta desde los primeros albores del dia para dedicarse á un trabajo provechoso al individuo y al estado, siendo el pauperismo una calamidad de circunstancias pasageras, con las que desapareceria siempre... ¡Hola! ¿aun vuelves á cabecear? Sobre que no hay como poderte contentar desde que asistes al Ateneo, al Instituto y al Liceo, y lees todos los dias esa porcion de periódicos literarios, henchidos de bellísimas producciones traducidas á las mil maravillas! Pues á fé mia que por esta vez estaba yo muy ufano con ese exordio de disertacion filosófico-político-económico, y creia hacerlo con tanta perfeccion como uno de los mejores oradores del salon de Oriente. Apurado es el lance. Si no temiere lo tomes por disculpa que encuentra el amor propio á mi torpeza, me atreviia á decir que toda la dificultad del acierto viene de la delicadeza del asunto que he tomado ó mi cargo, mas veamos si por este otro camino puedo salir adelante.

El español Mendigo de profesion que sin padecer enfermedad alguna y sin faltarle en que trabajar se cubre de harapos, oculta su salud y sus fuerzas y bajo el aspecto de males que diestramente sabe finjir de mil modos, aparenta debilidad, huye de todo arte ú oficio, y se entrega á explotar la caridad cristiana en nombre del Nazareno, pero cubierto con el manto de Diógenes, es el *caput mortuum* de la poblacion, y una especie de fenómeno social muy extraordinario que en todos tiempos ha llamado la atencion del observador. Su pensamiento dominante exclusivo, y la regla de su conducta se encuentra muy exacta y bellamente explicados en los siguientes versos de nuestro Espronceda.

Yo soy pobre y se lastiman
Todos al verme plañir,
Sin ver son mias sus riquezas todas,
Que mina inagotable es el pedir.
» Mio es el mundo, como el aire libre,
» Otros trabajan porque coma yo;
» Todos se ablandan si doliente pido
» Una limosna por amor de Dios. »

En efecto, este moderno Bias, que con mayor razon que el sabio griego puede decir «todos mis bienes los llevo conmigo; » no aludiendo á la ciencia, sino al proverbio castellano *ese te hizo rico que te hizo el pico*, siempre excitará la curiosidad, ya sea que se le considere en su absoluta independencia, ya se le examine despues que perseguido por las autoridades viene á dar con su entera libertad en un hospicio, sujeto á la estrecha observancia de un nuevo reglamento que modifica sus costumbres, pero nunca tan profundamente que el uniforme que le disfraza no deje descubrir los restos de sus harapos, los vestigios de inveterados hábitos, y una porcion de especialidades que han quedado como grabadas en todo su ser.

Empero lo primero que salta á la imaginacion al ver ese ente incivilizado es lo difícil que es dar con la verdadera causa del pauperismo voluntario, planta tan indígena de nuestra península. Hay quien cree que se nutre y conserva mimada por la grande temperatura del clima, favorable á la molicie y á la pereza. Otros la suponen importada cuando las largas peregrinaciones á los santos lugares. Otros regada con la abundante riqueza que circuló por nuestro suelo en seguida del descubrimiento del Nuevo Mundo. Otros en fin, sostienen que es el producto de una impremeditada compasion, y de ideas religiosas mal concebidas. Como quiera que sea, estas causas no se excluyen unas á otras, y muy bien pueden haber concurrido juntas con los vicios de la lejislacion á alimentar esta planta ponzoñosa.

Sin embargo, la mezcla que se descubre en nuestro Mendigo de profesion de cierta especie de rústico y aparente estoicismo, y de hipocresía religiosa con el cinismo mas impúdico y degradante dá indicios de que estas semillas deben haber venido del Oriente. No es esto decir que nuestro Mendigo tenga la mas remota idea de Epiteto, ni de Antistenes, sino que las doctrinas de estos filósofos han llegado hasta él degeneradas y corrompidas de una manera tradicional, y con la inexactitud ó confusion que descienden todas las teorías á las últimas clases del pueblo. Tampoco afirmaré esté muy instruido en los consejos del Evangelio, pues acerca de este particular solo sabe tambien de oidas, que Jesus y los Apóstoles fueron pobres, y dejaron muy recomendada la pobreza. Esto le basta, cuando la esperiencia le ha hecho ver por otra parte que las necesidades del hombre son pocas y fáciles de socorrer, y que la mayor parte de los males morales nacen del temor y la esperanza. De este convencimiento práctico sacan la regla siguiente como si se la dictara el mismo Boecio.

Si repulsas la alegria,
Y repeles el temor,
Se ausentará la esperanza,
Sin que sientas el dolor.

Colocado en esta situacion el ánimo del Mendigo, empieza á desprenderse de todas las relaciones sociales, y hace los mayores esfuerzos para amoldarse á este grado de indiferentismo. Pero sus conatos no dan por resultado la estuicion de perjudiciales afectos, porque esto solo es propio de almas grandes, no contaminadas por los vicios, sino cierta especie de entumecimiento moral, que no sabe discernir y que le conduce por la mano al olvido de toda decencia. Desde este momento ya ha entrado el Mendigo en el cinismo, en un cinismo práctico estravagante, tanto ó mas que el que escandalizó á la culta Aténas.

Pero lo que mas contribuye á afirmarle en sus propósitos, lo que le hace marchar firme y seguro por la ruta que ha escogido, es el abrigo que encuentra en parte de la misma sociedad de que tanto se mofa, y á la que presenta como títulos poderosos de su obli-

gacion, los mismos sentimientos humanitarios y motivos religiosos que la impulsan.

No sin dificultad, como ves amigo lector. he podido lograr, que medio vislumbres el origen del protagonista de nuestro drama, y darte á conocer las creencias, que son causa impulsiva de sus modales y costumbres. Ahora voy á sacarlo á la escena, ó diré mejor cual el cazador activo persigue con empeño los animales dañinos que destruyen la caza de los montes siguiéndolos por la pista, iré á buscar en todas sus guaridas este animalejo ó vulpeja, por cierto mas perjudial y bellaca, siempre en relacion con ladrones y con la canalla en todas sus diferencias.

Por muchos albañales vierte la inmoralidad en medio del edificio social esta inmundicia de la mendiguez voluntaria que lo apesta é inficiona todo.

Ese *coscon* que con su eterno movimiento de hombros y espaldas dá indicios de la inquietud que sufre su epidermis, y mal perjeñado con los restos del uniforme que llevó en las batallas de Bailen, Chiclana y los Arapiles, segun él cuenta, vaga siempre por la circunferencia de una gran ciudad, importunando á todo viajante que entra ó sale, es un Mendigo aleccionado, que sabe hacer muy bien su papel. Comisionista oculto de la compañía anglo-hispana, tan afecta á los aranceles como los gitanos al verdugo, y que tiene su escritorio en las playas de Gibraltar, sabe á punto fijo el dia del alijo, (quien dice dia dice tambien noche, porque no hay dia sin noche segun se espresa esta gente), y al punto que este se verifica es portador de esta útil noticia el mercader de la plaza mayor. Por el buen servicio ha recibido unas cuantas monedas y una trenza del de Virginia del terne del caballo bayo con caireles encarnados, que bebe reposadamente un vasito de lo puro á la puerta de la venta distante un cuarto de legua de la poblacion. El mercader por su parte no se muestra menos agradecido, y amen de algunas columnarias le larga una maniqueta del habano. Nuestro veterano de blanco vigote, que ha adoptado aquella vida porque le fastidiaba la disciplina del cuartel, á la que nunca tuvo mucha aficion, mezcla las dos especies de hoja aromática, las pica y hace *pitillos*, que sobre barato y sin riesgo va paulatinamente despachando á los arrieros y zagales de coche, y á la demas gente que camina á pié por mayor comodidad. Es cosa de ver el aire marcial que aun conserva el viejo servidor de Marte. «Muchachos, dice á los supradichos pedestres que preceden al viajero, ¿quereis buenos cigarrillos? La mejor posada es la del Mellado que está á la vuelta de esa primera calle de la derecha, ¿quién es ese señoron? Los mozos hacen feria en su mercancía y siguen su camino adelante, mientras el militar muda de tono, se pone algo alicaido, pero siempre con despejo marcial, y dirigiendo la palabra á los del coche, ó al que sentado muy á su placer en el fornido mulo, camina lentamente, porque el animalito viene algo mohino por el roce de las anchas posaderas de su carga, dice: «Compasivo señor ó señores, ved aquí un triste militar que tiene acribillado el cuerpo de balazos y estocadas, ha hecho morder la tierra á mas de cien *gabachos*, y por toda recompensa se vé hoy sin poder trabajar, espuesto á perecer de hambre si no le socorren las almas piadosas. Si vé que vienen tambien algunas señoras y niños, no omite aquello de «una limosna á este desgraciado militar para que Dios libre vuestros hijos de iguales trabajos;» con otras plegarias por este estilo. Si son personas que salen de la ciudad para empezar su viaje, entónces es otra la conducta que observa y muy distinto el lenguage. ¿A dónde bueno muchacho? dice al criado regalándole un par de cigarrillos. Cuidado con el camino, que no hay muy buenas noticias. Si allá á la caida de la tarde antes de entrar en el monte se vé un pájaro de mala pluma, escopeta en mano y picar largo. Oye, buen mozo, en pasando el arroyo muy cerca de la Casa Blanca: te encontrarás un guapeton, que tiene una larga cicatriz en el lado derecho de la cara, y precisamente ha de andar por allí, dile de parte del pobre inválido, que su compadre Curro le aguarda mañana á comer en casa de los suizos. Dirigiéndose luego á los señores, les desea buen viaje con mucha cortesanía, asegurándoles queda rogando á Dios los libre de todo tropiezo.

Así pasa este perillan los últimos años de su vida, que principió haciendo algunas malas jugadas en su juventud, por las que para escapar de las manos de la justicia tuvo que sentar plaza. En el servicio se portó muy mal, sufrió varios recargos en castigo de sus deserciones, y al cabo de muchos años pasó á inválidos, donde podria conservarse tranquilo, si no prefiriese esas anchuras, siempre rodando de figon en figon y de taberna en taberna, hasta parar en el hospital donde termina su carrera.

Otro trucha de marca mayor, que tambien pertenece á la cofradia harapienta, en aquel semi-estátua, que clavado en el crucero de dos caminos es una imágen viva del dios Término, chico de cuerpo, regordete, cutis mas tostado que el de un africano, y con un gran parche que le cubre la mitad de la cara, se le descubre gran parte de sus carnes por entre los trapajos destinados á taparlas. Este pobre algo taciturno reza mucho, pero bajo, y tiene siempre en la mano el mugriento y roto sombrero que presentó á todo viandante para recoger la limosna. Es él nada menos que el último huésped de una vieja venta, que en el año anterior entregó á las llemas una mano desconocida. En el incendio de esta Troya quedó aniquilada toda la hacienda del fugitivo ventero, y perdió el nido en que se abrigaba. Su venta era un punto estratégico para todos los salteadores de la comarca, y de ella partian los oportunos avisos y socorros. A falta de este apoyo el imperturbable ventero les sirve convertido en mendigo de vigia permanente, siempre provisto de noticias del movimiento de tropas y del paso de viageros. Así sobrelleva su última calamidad, comiendo de lo que le alarga el tímido caminante ó le regalan los *chicos* hasta que les juega una mala pasada, y uno de ellos le quita de un trabucazo las ganas de comer, ó la justicia instruida de sus nuevos milagros lo sepulta donde no vuelve á ver la cara del sol.

Tambien entre los Mendigos de esta calaña es preciso contar á la viejezuela, boca de sumidero, nariz corba y barba puntiaguda, ojos mas despejados de pestañas que la haza del alcalde de malas yerbas que con unas muy remendadas naguas de frisa ó bayeta oscura, y otro cualquiera trapajo por mantilla, vá todos los dias desde muy temprano á estorbar el paso en la puerta de la iglesia mas concurrida. Cualquiera que la vea sin otro antecedente con aquel ademan gazmoño y compungido, la creerá verdaderamente en necesidad, y un dechado de humildad y devocion. Pues todo es una pura ficcion. Impúdica en su juventud trajo enredados en sus brazos mas mancebos que entre los suyos estrechó jamás la cortesana Taís. Sirvió despues de corredora del oficio; cayó al cabo en manos de la justicia, que la dió el premio merecido, y habiendo habitado mucho tiempo en la casa Pocopan, la llevaron al hospital donde escapó de las garras de la muerte por la singular casualidad de haber cambiado el enfermero las medicinas recetadas por el facultativo. Salió al fin de aquel último mal paso, provista ya de los profundos conocimientos prácticos que, que hoy le sirven para hacer tan bien su negocio. Se puede apostar cualquiera cosa á que tiene cosidas entre los remiendos de su corpiño algunas monedillas de oro, ahorros no solo de la limosna abundante que recoge, sino de ciertas inteligencias. El dia lo pasa como he dicho, y por la noche tiene se-

gura acogida en casa de alguno de sus antiguos conocimientos. En varias partes le guardan la comida, y por este medio despues del pequeño gasto ordinario de los dos cuartos de tabaco de polvo, y su traguillo del tinto, la moneda que llega á sus manos, no vuelve á salir de ellas sino en el caso de una reduccion indispensable.

Nuestra vieja no está ociosa á la puerta de la iglesia. Entabla conversacion con otra compañera, que la sirve para adquirir ciertas noticias interesantes. Allí sabe que la hija del comerciante rico que está para casarse con el hijo del oidor, ha estado conversando toda la noche anterior con un jóven capitan del provincial, y al punto parte con la ligereza que puede á instruir del caso al futuro, que premia generosamente un aviso tan oportuno. Lleva billetes del estudiantuelo á Clarita, la hija del abogado, y recoge la contestacion de mano de esta cuando pasa por junto al entrar en la iglesia con su madre. Da por este órden otros avisos á personas de ambos sexos, y se vé que no ha olvidado sus buenas mañas, aunque las ejerce con menos riesgo. En esta útil y honrosa tarea concluye sus dias al abrigo del pordiosero.

No son siempre las clases sujetas de la sociedad las que conducen á esta mendicidad voluntaria. Tambien descienden á ella muchos individuos, que nacieron en una esfera superior, y se han criado en finos pañales, como suele decirse. Todo el que se crió al abrigo de la abundancia sin haber aprendido á ganar su subsistencia con el sudor de su frente, y por casos inesperados viene á la mendigez, si está exento de vicios es un pobre vergonzante al cabo de sus dias, y si se ha entregado á la crápula, rozándose con otros mas amaestrados en la gaudalla, principia por petardista importuno, y termina pidiendo limosna pública y descaradamente. En una palabra, es un Mendigo en forma, aunque no muy instruido, ó poco observante de todas las prácticas de este, pues alguna vez deja traslucir su procedencia mostrándose orgulloso y altanero. En esta seccion pauperina, ó llámese cámara alta, toman asiento el mercader fallido que todo lo perdió en el juego, y nunca volvió á levantar cabeza, el artesano bebedor, la modista despilfarrada y gastadora, el procurador que se entrega cuotidianamente á rendir culto al dios Baco y otros de este jaez.

Por último, el Mendigo por excelencia, el prototipo de todos los Mendigos, el decano de la hermandad, fiel observador, y guardian de sus ordenanzas, es el hijo de Mendigo ó educado por este desde pequeño; personage de que tanto han hablado todos nuestros antiguos escritores de costumbres, y de cuya vida y sucesos leemos tan chistosas descripciones en *Guzman* de *Alfarache*, *Gil Blas*, Quevedo y sobre todo en las obras del inmortal Cervantes. Sujeto á una minuciosa ordenanza, que ahora llamaríamos reglamento, la observa religiosamente porque sabe por las lecciones que le ha dado su práctico é inteligente maestro en el arte, que en ella ó él están recogidas las máximas mas conducentes al buen desempeño de su profesion como que son el producto de una larga experiencia. Por eso sabe distinguir los casos y circunstancias. Su trage siempre es el mismo, aunque varie algo el color, porque utilizan toda la ropa vieja que recogen, y la que les sobra la venden á los traperos y roperos de viejo. Cualquiera que sea el centro del vestido, que es de regla esté sucio y roto, la capa ha de ser muy remendada y llena de girones, y el sombrero por el mismo estilo. En la mano lleva siempre un fornido baston ó garrote, que les sirve para defenderse de los perros, porque estos animales están en guerra abierta con los Mendigos. Tienen perfectamente distribuido el tiempo, y saben á punto fijo en que lugar y en que hora han de presentarse cada dia, y el tono con que han de pedir la limosna, con distincion de frases segun la condicion, sexo y edad de las personas, cuando conviene mostrarse sérios y taciturnos, cuando han de esforzar el clamoreo, y cuando han de insistir en la peticion hasta llegar á ser algo importunos, pero nunca del todo molesto, con arreglo á la exacta observancia del precepto «pobre porfiado saca mendrugo.»

En resúmen, este Mendigo es el filósofo que ha pasado su vida entera absolutamente libre de todas las obligaciones sociales, y cuya vida envidiarian muchos si la conociesen á fondo, tiene á veces su compañera con la que vive en un continuado contubernio. Si esta le da hijos, lejos de servirle de carga onerosa le facilitan nuevos medios de recoger mucha limosna, por la mayor compasion que excita, los educa segun sus máximas, y les deja en herencia sus prácticas y sus consejos que son bienes inagotables. Los que no tienen hijos suelen recoger algun huerfanillo que instruyen en los propios términos, reportando de este trabajo la misma utilidad.

Como una de sus máximas favoritas es que lo bien ganado se pierde, y lo malo ello y su amo, gasta cuanto recoge en sus gustos y placeres, sin pensar en lo pasado, ni en lo futuro, puesta la vista solo en lo presente. Nunca se mete en vidas agenas, aunque se instruye con exactitud de todo lo que ocurre en la poblacion mientras reside en ella. Disfruta de todo lo bueno con mas sosiego que el poderoso, se le ve en todas las solemnidades públicas, en las iglesias y procesiones, en las puertas de los palacios y en los teatros y paseos. Recorre las calles y pide de casa en casa. Como va seguro por do quiera, y se halla instruido de los usos provinciales, es un verdadero trashumante, que baja de Castilla á Andalucia, ó viceversa, para aprovechar las buenas yerbas y los mejores temporales. Así es que tan pronto se le ve siendo frio espectador de un cambio político en la capital, como en la reducida aldea, durante la estacion en que se recolectan los frutos. Por conclusion nuestro Mendigo, dice muy bien Espronceda, que es como el aire libre, y que existe feliz al abrigo de su cinismo práctico.

Ya tienes lector, amigo, retratado el verdadero Mendigo español, que premeditadamente se ha entregado al pordiosero. Parecia que recogido este lindo pájaro en el Hospicio experimentaria alguna metamórfosis; mas hasta el presente no ha sucedido así, y á pesar de los esfuerzos que se han hecho estos últimos años, y de los nuevos establecimientos de beneficencia que se han abierto en algunas ciudades, no han correspondido los resultados á las esperanzas, mostrándose siempre recalcitrante este Mendigo en sus inveterados hábitos, lo que tal vez pueda consistir en la imperfeccion de los reglamentos, pues como excepcion digna de imitarse estamos viendo y observando en esta corte todo lo contrario.

El *Asilo de Mendicidad de San Bernardino* creado en virtud de real órden de 3 de agosto de 1834, y que tan perfectamente ha sabido describir el autor de las Escenas Matritenses, con la soltura y gallardía de su estilo, es un modelo de perfeccion, que debe seguirse en todos los establecimientos de su clase, y por eso se ha conseguido realizar el pensamiento filantrópico que presidió á su creacion. El sábio y virtuoso patriota D. Joaquin Vizcaino, marqués viudo de Pontejos, último corregidor de Madrid, supo con su activo celo allanar todas las dificultades auxiliado por la junta de caridad, y por la cristiana compasion del vecindario, quedando los Mendigos dentro del asilo el 10 de setiembre del mismo año, momento feliz en que se vió esta capital libre de esta inmundicia que la afeaba.

«El establecimiento, dice el autor citado, admite todas las personas que se presentan voluntariamente y recoge todos los Mendigos á quienes se encuentran

que un recibo de contribuciones, y lo guardan hijos de padres, y nietos de abuelos, porque al cabo de dos generaciones suele reclamarse lo que se pagó en tiempo del rey Marica.

Pero la contra mayor de los Ejecutores está en lo que contra sus humanidades se conspira. No hablemos de que los lugareños los apodan y maldicen en sus barbas, los insultan y hacen el objeto de escarnio: el peligro de que pasen á las vias de hecho es tan inminente, que el Ejecutor no sale de la posada en anocheciendo, ni pasea por los parajes estraviados. ¡Aun andando con la mosca á la oreja y sobre aviso le suceden lances tan graves, que otro no sufriria por todo el oro que suma la deuda de España! Por via de broma le envuelven un dia entre la paja de las eras; otro le mantean, ó le zambullen en el pilon; ya le montan á pelo en un burro picado; ora le sacuden el polvo detras de una esquina ó le apedrean por encima de una barda.

Pues échese V. á pensar que la justicia es un tanto traviesa, ó los perseguidos desalmados, ó el objeto de la comision antipopular, y que se proponen deshacerse del Ejecutor con una diablura. Este punto merece un aparte, y que se refieran algunos casos originales acaecidos en pueblos, que no nos dejarán mentir.

El tio Juan Camándulas era un ejecutor báquico, que le gustaba codear hasta aplanarse. Los vecinos del lugar que molestaba, apénas le conocieron su flaqueza, le convidaron obsequiosos á una bodega, donde despues de haberle hecho un cuero y completamente averiado por la parte superior, cargaron una culebrina embólica y por la parte postrera le suministraron multitud de ayudas del mismo licor, hasta que pusieron en accion desordenada todas las vias ordinarias y reservadas. No murió de esta terrible prueba de capacidad; pero luego que pudo enderezarse y conocer su posicion, tomó las de Villadiego, sin acordarse de recoger el despacho ni de cobrar los salarios, y el pueblo quedó libre de Ejecutores por mucho tiempo.

Don Judas Azufaifas, comisionado en un lugar de la Mancha, era pacato, medroso y crédulo, cualidades de perdicion para un hombre de su oficio. Los apremiados se prevalieron de estas debilidades. En el meson donde se hospedó entraron dos ó tres, fingiéndose forasteros que venian de viaje, y de acuerdo con el posadero usaron la siguiente estratagema. Llegó al anochecer con campanilla plañidera uno que pedia limosna por el que iban á ajusticiar al dia siguiente. Uno de los supuestos caminantes dió algunos cuartos para alivio del alma del que habian de ahorcar, y preguntó al demandante, oyéndolo el Ejecutor, quien era el pobre por quien pedia y que delito le llevaba al cadalso; á lo que respondió, que el reo era un Ejecutor que con papeles falsos venia á perder al pueblo. Disimuló don Judas por el pronto, mas apénas vió ocasion favorable salió del lugar aquella noche y jamás supieron de su paradero.

De estos y como estos han sucedido tantos lances, que se necesitaria para referirlos una fábrica de papel continuo; y no queremos exponernos á que se tenga este articulo por arte de perseguir Ejecutores, y tengamos desgracias á cargo. Baste para concluir la reseña de desgracias las que toman origen de las circunstancias políticas.

Segun el viento que reina es harto comun mover al Ejecutor un caramillo que le envuelva en una causa criminal. Vaya una muestra de las fechas, y de los pretestos.

1811. Que bebiendo en la taberna dijo elogios del rey José y de su hermano el emperador.

1815. Que habló contra los jesuitas y la inquisicion.

1821. Que dió noticias favorables de los feotas.

1824. Que alabó la Niña bonita, mofándose de S. M. y sus aliados.

1835. Que gritó viva Cárlos V.

1843. Que esparce las caricaturas de *Guindilla* y de la *Posdata* contra el primer magistrado de la nacion.

Por supuesto que el buen comisionado es ministerial de quien ministra y partidario de quien vence; y aunque no ha soñado en el disparate que le acumulan como lo meten en chirona, y sobran testigos que declaren haberle oido decir lo que no dijo, teme una mala vuelta y ansia salir del compromiso. Déjanle co-



El Ejecutor.

mo al descuido entornada la puerta de la cárcel, él se apresura á huir, y ellos le hacen puente de plata, seguros de que ni este ni otro de la profesion se atreve á volver mientras dure la fama del hecho.

¿Y todavia hay Ejecutores? Si, pupulan por todas partes como la mala yerba, porque el interés y la codicia en nada reparan. Hay Ejecutores, como hay comerciantes avaros que se arrojen al mar embravecido; como hay mineros que vivos se sepulten en las cavidades de la tierra; como hay areonautas que asalten el cielo; como hay ministros de todas las situaciones, por apedreadas y silbadas que sean. Y habrá Ejecutores mientras los pueblos deban: y deberán interin

que les pidan mas que pueden: y pedirán mucho mientras mucho se gaste: y gastaráse mas cada dia que crezca la inmoralidad: y crecerá en tanto que el gobierno sea injusto: y lo será mientras el pueblo lo consienta: y lo aguantará interin los hombres pobres sean tan pobres hombres; es decir, por los siglos de los siglos.

FERMIN CABALLERO.

EL CALESERO.

Ni en versos hábil, ni en la prosa ducho
¿cómo dejar la gente satisfecha?
Juzgo que de la cruz hasta la fecha
yerro si de otros el consejo escucho.
¿Echo á cara ó á cruz?—Arriba, ¡chucho!
¿Cruz? Bien está; me luzco de esta hecha:
de mis versos acudo á la cosecha
que como es fruto malo abunda mucho.
Yo bien conozco, y lo diré de paso,
que me hundieran con pullas maliciosas
si acá volvieran Lope y Garcilaso;
Mas oidlas que cuento varias cosas,
y lo que es de la forma no hagais caso
que allá se van mis versos y mis prosas.

—

¡Uste! que es tarde y llueve, no mas prólogo
que no consiente fárrago el opúsculo,
como esos grandes, eternales cánticos
que otros entonan con acento impúdico
va celebrando en las doncellas cándidas,
la ardiente faz y los luceros fúlgidos,
ya revelando con pasion carnívora
la intensa llama de su amor sulfúrico.
Tampoco ha de quejarse el arte métrica
de preferencias, que si en rancio púlpito
lo mismo en poesía que en política
las predican apóstoles estúpidos;
hostil yo siempre á las chocheces clásicas,
aunque sepa que en esto soy el único,
daré á todo reglista sistemático,
tajo va y tajo viene sin escrúpulos.
¿Por qué solo de reyes y de príncipes
digna la octava ser? ¿Por qué su número
de versos y de acentos y de sílabas
no cuadran bien al Calesero rústico?
Todos somos iguales ¡fuera fórmulas!
quiero de metros hacinar un cúmulo,
que viene bien en pasatiempos líricos
de compases variar como los músicos,
Desde el alejandrino, casi el máximum,
hasta el verso unisílabo mas súbito;
de la alta octava á la plebeya décima,
la seguidilla ruin... todos por último
sirven á quien se rie de la cháchara
de severos censores energúmenos.
Y pues me va cansando el son monótono
mas propio que de jácaras de túmulos,
basta ya de romance endecasílabo
otra decoracion, no mas esdrújulos.

—

De trocar la tonadilla
la facultad concededme
ya que melosa y sencilla
se presenta la quintilla
que está diciendo: comedme.
Tres metros se han ensayado
con este que empiezo junto
y ni siquiera en un punto
con la cuestion he tocado
conque... vamos al asunto.
Como sabeis, caballeros,
que sin principios no hay fines
debeis cual yo convenceros
que no hubiera Caleseros
sino hubiera calesines.
Y así mi pluma traviesa
(válgame Dios cuanto ripio)
sabe bien que la interesa
empezar por el principio
es decir, por la calesa.
Del carruage es escusado
encomiar la utilidad
y es prodigio bien mirado
cuanto en esto ha adelantado
la humana comodidad.
Entre la gran parentela
que preserva de los barros
y frios, si llueve ó hiela,
descuella la CARRETELA
que es la reina de los carros.
Sigue en lujo pertinaz
á invencion tan peregrina
el COCHE, guerrero asaz,
que aunque el tiempo esté de paz
jamás sin armas camina.
Para la gente elegante
está el TILBURÍ bizarro
tan veloz como flamante,
que mas parece que carro
una luneta ambulante.
A estos sencillo y ameno
sigue el BOMBÉ correton
que, consúmame un veneno
sino fué el tal invencion
de Hipócrates ó Galeno.
Como hay vagos infinitos;
para esta gente holgazana
hay OMNIBUS pintaditos
que hacen por Madrid pinitos
muriéndose de galvana.
Hay otro coche ramplon
que dá al que le monta esplin,
y por servir de alquilon
aunque sea de Fermin
siempre le llaman SIMON.
De transporte hay por mayor.
La DILIGENCIA responda,
que es cuádruple conductor
con su *cupé*, su *interior*,
su *berlina* y su *rotonda*.
Dos mil TARTANAS se ven
invadir las carreteras
donde hay GALERAS tambien
que supo lo que hizo bien
el que las llamó *galeras*.
Y si es mejor ir á pata
que no en la galera ingrata,
tampoco da muy buen rato
su marido el CARRO-MATO
es decir, carro que mata.
Esas gentes que á rabiar
están en viéndose quietas
habrán visto al viajar
una tras otra chillar
veinte, ciento y mil CARRETAS.
Y ese funesto chillido
que no es la voz de Rubini
vale mas, bien entendido,
que haber en Madrid oido
los carros de SABATINI.
Mas hablo á troches y moches
de carros y ya me pesa.

Lector, aunque lo reproches,
¡no mas carros! ¡fuera coches!
donde campe mi CALESA.
Y lea versos ó prosa
para averiguar un hombre
con eficacia estudiosa
por qué la dieron el nombre
de calesa y no otra cosa.
Yo las razones no doy
que es mi ciencia reducida
y bien estoy como estoy,
ni etimologista soy
ni pienso serlo en mi vida.

Mas si mi cholla no yerra,
la razon que aquí se aguza,
es la razon que se encierra,
en llamar tierra á la tierra
y á la merluza, merluza.

—

La quintilla castellana
está visto, no se presta.
Creo mas propio el romance
para describir calesas;
que es metro muy español
y tambien hay quien apuesta



El Calesero.

que la Calesa es la nata
de los carros de mi tierra.
Bien pudiera describirla
con todas las voces técnicas
de convexidad y sólidos
base... rádio... paralelas...
Pero es mas claro y mas breve
suponer que se asemeja
á una sarten con dos mangos
tumbada sobre dos ruedas.
Engalanada por dentro
con talco, borlas y seda
que está diciendo: manolos,
viva la sal madrileña.
Sobre un cajon el asiento
donde meten la merienda
que parece contrabando
por lo oculto què se encuentra.

Y hacerle contrabandista
no es calumnia, ó muchos pecan;
porque muchos aseguran
que el cajon contrabandea.
Enrollada inútilmente
tosca cortinilla ostenta
que aunque á su altar suben ángeles
nunca gustan de tinieblas.
Pintada por el respaldo
no ha de faltar sandunguera
puesta en jarras una dama
de las que la liga enseñan;
O un torero echando suertes,
ó un gaché con su vihuela
y una pareja bailando
las seguidillas boleras.
Si es caballo el que la tira
suele ser de aquellas piezas

que aunque se las coja en caza
tienen espinas de pesca.
Matada está siendo mula
y no extrañeis que aun se tenga
porque hay diferencia y grande
de estar matada á estar muerta.
Pero carne ó bacalao
matadas ó no las bestias,
cuando ellas quieren no ceden
á postas y diligencias:
Que la voz del Calesero
¡huy! ¡zagala... coronela!
torna sus patas de galgo
y de avispa sus orejas.
Y aquí mismo la pintura
del Calesero comienza
cuyo parecido acaso
de mucha verdad carezca.
¿Mas que ha de ser el bosquejo
si para hacerle no prestan
su inspiracion los Madrazos
y sus pinceles Alenza?
El trage del Calesero
no es tan rico que se pueda
comparar al de los siervos
que guian las carretelas:
Ni alcanza al de los cocheros
ni al de los lacayos llega
Y hasta al *Simon* muchas veces
cede en rango y apariencias;
Mas si el de aquellos el signo
de vil servidumbre lleva
el del Calesero grita
¡que viva la independencia!
Calzado todo español
pues sabe que en su faena
zapato ruso ó inglés
vale poco y mucho cuesta.
Buen pantalon de ancha trampa
con botones á docenas
á veces de plata todos,
y otras de cobre ó de suela.
Faja limpia y bien ceñida
chaleco de pana verda (1)
por corbatin un pañuelo
que le sirve de chorreras.
Suele echarse una zamarra
entre otoño y primavera,
y de primavera á otoño
sencillamente chaqueta
U otra mejor de alamares
que parece cuando nueva
un poco mas que manola
y algo menos que torera
El sombrero calañés
ajustado á la cabeza,
que aunque es ave de ala corta
con poco viento se vuela.
Látigo pegado á un fresno,
de larga y tejida cuerda
que mas le duele al caballo
que el peso de la calesa.
Y para acabar en fin,
pondré en su boca entreabierta
un mal puro con mas humos
que doscientas chimeneas.
La Calesa y Calesero
yo diré como se emplean
pero esto es cosa de octavas;
ahí tiene V. la primera.

—

No de inquirir lo ageno soy amigo
pues atrevido preguntar pensaba
si para no dar creces al hombligo
mi lector apreciable frecuentaba
por la *Plaza Mayor*... pero ¿qué digo?
de la Constitucion, no me acordaba
y la *Plazuela de Descalzas Reales*
miento, de las Descalzas Nacionales.
Estos y otros lugares concurridos
al lector de Madrid no estoy ageno
de que le deben ser bien conocidos;
y en este caso suponer es bueno
que le habrán abrumado los oidos
una y mil veces al cruzar sereno
así con cierta tentacion traviesa:
«*mi amo*, ¿quiere usté un coche, una calesa?»
Y tú, lector «aprecio su bagaje»
contestado le habrás, si bien recuerdas;
y él ha instado y tú has vuelto con coraje
un *no*, *repito*, á sus palabras lerdas:
ya porque te hace daño el carruaje,
ya porque quieres estirar las cuerdas,
ó porque no hay un real que es poca cosa;
pero es una razon muy poderosa.
Mas despues del que *nones* le responda
supondremos que ha habido caballero
que ha querido dar vuelta á la redonda
por varios pueblos y volver lijero:
ó ver el rio, ó visitar la ronda,
y este le ha contestado al Calesero:
seguramente que el andar me empacha
ponga V. pronto la calesa en facha.
Ajusta, da un real mas para tabaco
y el Calesero exclama ¡arriba plomo!
quita la manta al enlutado jaco,
le tienta el rabo, le sacude el lomo
y monta y dice: aunque me valga un saco
de oro, no doy la bestia que yo domo.
¿Qué puerta? verá V., nada la agobia.
¿Bilbao, Toledo, ó Alcalá ó Segovia?
El otro elije sin intriga y guerra
que en esta parte concederle quiero
derecho electoral, pues en mi tierra
cualquiera es elector por el dinero.
Y aun mas hondo misterio aquí se encierra:
el elector mas mudo y majadero
vale por cuatrocientos bien seguros,
con tal que tenga cuatrocientos duros.
Pero esto no es del caso, lo del caso
es emprimar al tonto en el ajuste,
y el Calesero por salir del paso
mete una bola que parece embuste.
«Jamás nos queda para echar un vaso,
dice: puede V. darme lo que guste:
soy criado y el amo en lo que saca
nunca me dice *toma*, y siempre *daca*.
Y ya vé V. lo que ganar podria
si un hombre no tuviera su concencia
mas yo no tuerzo la concencia mia.»
Y á juzgar por la cándida apariencia
cualquiera por el tal responderia:
pero sabe á bien poco su infidencia
quien vá con él, aunque tenaz se alabe,
y el amo, en mi opinion, tambien lo sabe.
Mas el que dice cuando entrega impio
de carro y mulas el jornal ganado.
que fué cargado y que volvió vacío,
cuando vino tal vez doble cargado:
quien dice: ahí van tres duros, amo mio,
quedándose con dos que ha reservado
despues del puro y de la atroz carpanta,
el mandamiento sétimo quebranta.
Y es de observar al Calesero pillo
con un cuidado que á maldad trasciende
cada vez que se acerca un ventorrillo
exclamar: ¡qué tabaco aquí se vende!
¡y qué vino, es un bálsamo! — Y sencillo

(1) Se dice verde, pero el asonante se empeñó en que habia de ser verda.

—No hay mas que ver sino *querarle baró* sin *contisar* con la cuadrilla.

—Y á mas que no ha *chalao* con nosotros: en él *la bruja*. —Ni con nosotros, ni con nosotros; repiten algunos miembros de las diferentes secciones de penitencia.

—Es verdá; está convito; pronuncia entónces el presidente, y el fallo queda irrevocable.

Entran luego en la eleccion de dia y hora, puesto que no son muchas las ocasiones de ejecutarlo: y señalan el primer domingo despues de la misa, encomendándose en ella de todo corazon á su protectora la Concepcion purisima, á fin de que interceda porque baste el escarmiento y no les frustre con una nueva delecion su plan de fuga; mas proponiendo firmemente matarle, si de otro modo acaeciere. Arreglado ya, abandónanse tranquilos en brazos del sueño, y dejan correr serenamente el resto de la semana.

La festividad llega; el sacrificio se atiende con mayor devocion que de costumbre, y concluido los rematados vuelven á su calabozo donde se preparan aguardando á la víctima. Entra el agraciado bien ageno de la suerte que le espera, y en el acto se ve cercado por aquella turba infernal como el dia de su instalacion; mas ahora un silencio aterrador acompaña á sus acciones: sus ojos centellantes indican bien la ferocidad que les anima; la tirantez de sus facciones revela al desdichado la verdad de un cuadro tan espantoso; la rudeza de los ademanes, responde á la del sentimiento; la convulsion de sus manos traslada la agitacion de los espíritus, y el castañeteo de sus dientes la rabia y furor que les impelen hácia su presa. Ligan dolorosamente sus miembros con las ocultas fajas, tiéndenle boca abajo en el frio suelo, y haciendo en su espalda violento apoyo, saltan del uno al otro lado con el peso de los grillos y cadenas que agudamente se clavan al empuje. En vano implora compasion; tres veces repite y apura el incansable tropel su meditada venganza, dejándole exánime y moribundo sobre su rostro. «Alto yá, grita con fuerza una imperiosa voz, el hombre no puede mas, y el resto se le perdona.» Dóciles al mandato los atormentadores, deshacen las ligaduras, y le ayudan á ponerse en pié diciéndole: «otra vez será otra cosa.»

Este rasgo de generosidad en medio de aquella barbarie hasta cierto punto merecida, afectan en gran manera al mancebo, quien lloroso y arrepentido se propone guardarles mas consecuencia y promete cuanto le exigen. Lo primero es que deje el mando; pero mas entendidos que el director, convienen en que la dimision se haga de un modo aparentemente forzado: lo cual es sencillo denunciándose á aquel gefe un estudiado descuido de cualquier género. Pero el azar presenta coyuntura mas cercana y favorable que ellos pudieran discurrir. Y es el caso que á poco tiempo estándo con los presidiarios en su cuartel, se le acerca un sugeto de buen esterior, y llamándole aparte, le dice á media voz algunas palabras.

—Reniega, grita el incauto; el *Erai* dice que el domingo pasado le *nicabaron* el reló en misa: y si lo quereis volver, lo *poquinela* por entero.

—Mucho que si, le responde el nombrado acercándose y moderando el tono; que tambien se ha de tener su aquel con la gente de cortesía: ya sabes en casa de Chispas; enviale recado *que diga quien estuvo la semana pasá de iglesias*; y ese señor que vuelva por él mañana.

Se olvidó de calcular el bueno del ascendido, que tales asuntos no son para tratados con semejante publicidad; que uno de los capataces ó vigias de conductas con arreglo á ordenanza, ha podido oir y oido en efecto la propuesta, que amaestrado en la práctica se ha hecho cargo mas que conviniera de su contenido; y en fin, que yendo con el soplo al director de la casa, se encuentra degradado cuando menos lo piensa, con la adicion de un mes de cepo, y nota en su relacion de méritos.

Entónces vuelve de lleno á la masa de donde salió; entra á participar de su confianza y costumbres, y se forma el Presidiario en toda la estension de la palabra.

Empieza por adoptar su divisa, grabando con pólvora en el morcillo del brazo la imágen de la *Soledad* para escribir luego debajo el nombre de su querida: perfeccionarse con prontitud en el idióma y esgrima, ó sea manejo del arma, y no tarda en familiarizarse con sus desordenados entretenimientos é identificarse en un todo con sus ideas. Para él, es en breve cosa corriente encaramarse á la bóveda del calabozo escalando sus muros, ó descolgarse fácilmente por un cordel; y aun hecho trasgo, se introduce por los apretados hierros de una ventana, ó se arroja de su altura sin otro ausilio que un arma punzante clavada en la muralla, ó un peligroso salto. Conoce con perfeccion el arte de fingirse tullido hasta el punto de que por tal le declare el mismo Proto-medicato; de levantarse una forzada calentura y de abrirse una llaga cuando el caso lo requiere. Ninguna repugnancia siente en horadarse la piel, para convertir en saco de noche lo que es tonel de dia, encerrando alli su dinero y sus prendas mas preciosas: ó bien á las veces para ocultar la prohibida navaja en aquel raro estuche ya que no en algun otro parage de su cuerpo que la previsora naturaleza haya indicado como á própósito. Hombre de ingenio y de excelentes disposiciones físicas, cultivadas por el ejercicio y adiestradas por la necesidad, llega á aventajar á sus propios maestros en las habilidades que le enseñan, mereciendo repetidas veces en cada uno de los ramos, los honores de invenciou. Cómodamente lima sus grillos con un cacho de teja ó loza, ó saca de ellos entrambos piés dejándolos intactos: funde llaves adoptadas con la mayor exactitud á cerraduras que no ve, sin mas elementos que el hueco entre dos ladrillos por molde, un pedazo de tocino para encender fuegos, y otros de su camisa por todo combustible. Agujerea las paredes y los suelos con la ayuda de sus uñas, ó cuando mucho de su navaja, y aunque no cuida gran cosa de aprender á escribir, hace grandes adelantos en el secreto de borrar letras para falsear un pasaporte ó licencia de salida.

Entónces ya se le declara digno miembro de la corporacion, y apto para figurar en un golpe de mano ó acaso para dirigirlo. Solo un requisito le falta, aunque accesorio indispensable al Presidiario de buena raza: y es la sombra de una beldad á quien tributar sus glorias y de quien recibir cariñosas atenciones. La adquisicion no es difícil, y la monotonia del encierra aguija el ansia de su logro. Verdad es que no conoce otras á donde encaminar sus flechazos y chicoleos, sino las propias que diariamente acuden á ver ó cuidar á sus respectivos cuyos: pero como esto no sea hoy un grande obstáculo aun interviniendo legítimo matrimonio, decídese por fin á dirigir una carta esplicando su atrevido pensamiento, que termina con esta sentida y amorosa posdata:

Tres veces cogí la pluma,
Tres veces cogí el tintero,
Tres veces se me cayó
El corazon en el suelo.

De tan suave manera *se calza* á poco tiempo con una descocada y mal agradecida Nereida, que sin piedad abandona á su primer *gachon*, (puesto que las cir cunstancias la impiden *hacer cara* á los dos mancomu nadamente) y acepta y paga sus tiernos suspiros.

Tal conducta á vista y ciencia del acusativo, que digamos en aquella oracion, tal desacato en sus barbas, como no puede menos de ser, trae sin remedio

á su espalda las consecuencias que buenamente se dejan presumir. El despreciado amante reta á mortal duelo, para lavar su afrenta, á su dichoso rival: este no puede menos de admitir el desafio, porque en otro caso dejaria de serlo; por consiguiente aprovechan el dia para afilar sus armas, y aguardan á la hora oportuna.

No hay cosa tan horrible como el aire friamente socarron y burlesco que dá esta gente á sus acciones y palabras en lances de tal naturaleza. Nada del fogoso ardimiento que les caracteriza entre las clases mas elevadas, ni de las acaloradas contestaciones que les preceden, ni del ruidoso aparato que hasta ellos media. Su rencor es sordo y oculto, su mirar desdeñoso y su acento recargado. Hablan tasadamente y con pausa, ahuecan la voz, se rascan ú apoyan la mano sobre la cadera en sosegada postura; y su valor toma un aspecto tan ladino como sus frases y personas.

—Compadrico ¿ quién le mete á V. donde no le llaman?

—Yo á naide doy cuenta de mi gusto.

—Es que en esa hembra mando yo.

—Eso será si á mi me acomoda.

—Con que si ¿eh?

—Y náa más.

—Pues lo veremos despues de requisa.

—Lo veremos.

Son las únicas razones que se cruzan entre dos *ternes* para arrimar á un lado la existencia, y libres de su peso, tomar como quien no dice nada el camino de la eternidad. Sin embargo, no esquivan su rey de armas que cotege las preparadas y asista al combate.

A la hora de requisa y verificada esta, sálense al patio con la misma parsimonia, y sin otra formalidad elige cada cual el terreno que estima conveniente. Tiran de sus navajas, y abiertas, empuñan las cachas, apoyando con firmeza la yema del pulgar contra la hoja. Esto, y el humedecer su punta de saliva, tomada del labio inferior con el índice izquierdo, influye notablemente en el éxito de la pelea.

Arreglados ya, el calañés por escudo, el arma tras de su copa, retirado el pié derecho, el cuerpo agachado cargando adelante, las miradas fijas en las miradas y la intencion en la intencion, aquellos campeones se miden, se observan y se hostilizan inmóviles en su puesto. Por fin el mas audaz acomete, la lucha se traba, cruge la arena bajo sus pies, la navaja brilla y centellea en la oscuridad, el aliento afanoso se redobla; un salto provoca una huida, y una embestida otro salto de retirada; menudeanse los amagos, caen á rajas los sombreros; los alientos resuenan de fatiga, brota el sudor en sus frentes y la sangre en sus vestidos, crece el furor, olvídase la cautela, se estrechan, se obligan, se acosan; y al apartarse, un ¡ay! lastimero y la caida de un cuerpo en tierra, anuncian al desafiado su victoria, preparan al retador su muerte.

Era lo único que faltaba á nuestro héroe para terminar la carrera del crimen; ahora le queda solo recorrerla y ensanchar sus dimensiones, para lo cual tiene ya mucho adelantado, porque los ensayos felices, dan por fruto siempre *inclinacion* y *arrojo*.

La impunidad concurre á alentarle, pues de contado se sepulta en el silencio toda muerte de buena ley: en vano son las pesquisas y procedimientos del foro; nadie lo ha visto, nadie lo sabe, el matador queda libre del castigo, y el vencedor coronado de laureles.

Cumplido este deber, y limpio ya de polvo y paja, sus proyectos tienden exclusivamente á abandonar aquella mansion para él pequeña, y á ejercer con mas anchura y ventaja sus talentos adquiridos: Poniéndolo en ejecucion, merced á sus adelantos y buen ingenio, se nos vuelve al seno de la sociedad tan corregido, tan suave y tan otro, como hemos visto, y como esta se prometió sin duda al encerrarle. La fuga le proporciona algunos años de recargo en su destino; sus proezas, la formacion de nuevas causas y la imposicion de nuevas condenas que á una suma exceden con mucho al término regular de su vida; cuya poderosa razon le obliga á hacer bancarrota, guardándola para si, y dejando que en *ausencia* y *rebeldía* se sustancien las primeras, y se apliquen y apuren las segundas.

Sin embargo, no ha olvidado por completo la educacion moral que en su hospedaje le inculcaron. Recuerda que son tres los géneros de obligaciones en la criatura; y conserva respeto á Dios, que le es muy agradable ver espurgar del lujo su santo templo; respecto á sus semejantes, aquella sublime máxima, *quiere para ti cuanto sea para tu prójimo*; respecto a si mismo, que debe aspirar á la mayor perfeccion *apropiándose cuanto bueno observe en los demas*. Finalmente, conoce bien en su humildad cristiana que nadie es responsable de que haya entrado por donde le metian, ó elegido entre lo que le presentaban; por eso el mal aventurado jamás se atreve á desplegar su boca alegando descargos en este punto y si alguna vez os detiene, (amables lectores) navaja en mano á la vuelta de una esquina, se contenta con deciros en mudo lenguaje. «Aqui estoy yo porque he venido.»

BONIFACIO GOMEZ.

EL COCHERO.

Si estuviera en mi mano tener talento, lector amigo, no dudes que la historia del Cochero fuera digna de ocupar tu imaginacion ó de entretener tu ocio; mas como no lo está, consuélate de no encontrar en ella lo que buscas, como yo me consuelo de no poder dedicarte lo que con tanta justicia pides. Sabe pues que asi como las provincias de España varian generalmente en lenguage, costumbres y caractéres, varian tambien en sus útiles producciones. Agiles horchateros de Valencia; inimitables héroes Aragon; admirables vagos Madrid; graciosos toreros Andalucia, é ingeniosos artistas Cataluña. Mas entre tan rara fertilidad ninguna puede disputar á la inmortal Asturias la gloria de producir nobles cocheros.

Si has viajado alguna vez por este bello pais, al ver, como supongo habrás visto, al distinguido hijo de Pelayo sentado á la fresca sombra de algun frondoso carballo apacentar sus vacas ó las agenas, ocupándose en hacer producir á su flauta melodiosos sonidos, que halagados por el viento van á perderse en las altas montañas que le circundan, desde luego habrás adivinado no ser aquel su verdadero destino, y que la benéfica Providencia le depararia en la córte un puesto mas alto, esto es, el del pescante, sobre el cual abandonando su paso tardio y confiando á sus propias manos y á los agenos piés la traslacion de su persona, concurriria á los sitios mas notables de la capital, en los cuales debia figurar públicamente.

Si tal imaginaste, no te has engañado, lector discreto, porque como para ser Cochero no se necesita estudiar, y basta solo conocer los números, reuniendo las bellas cualidades de ser algo callado, bastante sufrido y nada observador, héte agregado á una cochera acreditada, bajo la nueva direccion del *sota*, mozo fornido y de pelo en pecho, gran bebedor y fumador de á cuarto, quien le recibe estregándose las manos y disparando sendas y estrepitosas risotadas, envueltas en el negro y pestilente humo de su cigarro,

preguntándole cariñosamente por su mujer, sus vacas y sus hijos, entre la tumultuosa algazara de los demas Cocheros y lacayos que le abrazan y acarician, aplaudiendo sus razones, y prendándose de su torpeza, cual de envidiable cualidad perdida algun tanto entre las suyas por el distinto roce de la córte.

Pasado, pues, este dulce desahogo tributado con la mas pura verdad y sencillez á la amistad y paisanage; pasada igualmente la sorpresa que causa en el recien llegado el admirable lujo y apogeo en que encuentra á sus compañeros, dirígese á la cuadra para contemplar absorto aquellas mómias con crines consagradas al servicio público, que á él se le antojan soberbios palafrenes, dignos no solo de un coche de alquiler, sino tambien de la carroza de un príncipe de Asturias. Los lacayos por su parte, no satisfechos aun de su obsequioso recibimiento, y tratando de iniciarle en el distinguido oficio, arte, profesion ó lo que sea aquello á que vá á pertenecer, le muestran las guarniciones, la fusta, el sombrero de escarapela y la levita con boton dorado, raros y seductores objetos que le deslumbran, y que cautivando su voluntad, le hacen olvidar repentinamente la dulce paz de su hogar y la soledad tranquila del pintoresco campo de la patria.

Por sério y grave que seas, oh lector, á quien no me es dado conocer, bien ocupan las horas de tu vida los públicos negocios del Estado, ó ya procures con afanoso celo descubrir los inagotables arcanos de alguna oscura ciencia, no habrás dejado de ser niño y por consiguiente alegre y revoltoso. Pues bien, ¿recuerdas aquel plácido tiempo, en que sonriendo á tu alrededor todas las bellezas de la vida, y en que libre tu mente de los contínuos azares de una sociedad inconstante en su trato y relajada en sus costumbres, cifrabas tu felicidad en poseer un tambor ó un caballo de madera? ¿Recuerdas aquellos dulces momentos, en que entregado á una indecible alegría arrojabas por el balcon una usurpada baraja, recreándote en ver sus cartas esparcidas por el aire llegar al suelo titubeando, cayendo alguna que otra sobre el sombrero de tal ó cual transeunte, ó cuando á la luz de una bugía quemabas un papel interesante, contemplando despues con éxtasis las fugitivas y rogizas chispas que producidas por las llamas desaparecian entre sus cenizas? Pues... ¡oh debilidad asturiana! ¿qué valen estos goces infantiles comparados con el del Cochero, cuando descubre por primera vez ese biombo portátil que llaman coche, adornado de muchas ventanillas con sus correspondientes bambalinas de sarga ó raso, forrado su interior de bayeta con matizadas bastas, y pintado exteriormente de vistoso ocre ó de purpúreo almagre? ¿Cuál de tus grandes regocijos será comparable con el de nuestro héroe, al contemplar aquel ansiado pescante, vestido de paño y decorado con distiutos flecos, precioso y codiciado sillon ministerial, fantasma de sus dorados ensueños é ilusiones? Ninguno seguramente. Tal es nuestra mezquina condicion que en nada hallamos solaz, sino en aquello que obtenemos á fuerza de codicia, aunque despues, como sucede siempre, lo lloremos con lágrimas amargas.

Pero dejando ociosas digresiones, volvamos al al alumno de tan ruidosa y cómoda carrera, quien despues que sabe encender los faroles, abrir y cerrar la portezuela, y tomar con el sombrero en la mano la órden del mal aconsejado y temerario aventurero que se decide, no á correr, sino á inmolarse en aquel maldecido quebrantahuesos, y luego que protegido de sus compañeros es examinado por el *Sota*, que cruzado de brazos vé con orgullo propagarse sucesivamente sus máximas y doctrinas, dignas en su concepto de un Cochero de gala, recibe de su gefe dos palmaditas sobre el hombro derecho en señal de aprobacion, con la feliz noticia de que el domingo próximo saldrá con toda pompa á figurar en la trasera del mejor carrurge de su mando.

Con tan fausto motivo se abandona á una loca alegría, y entre las sinceras enhorasbuenas y general regocijo de sus amigos, marcha á la taberna en compañía de aquellos zurradores de esqueleto, quienes con el vaso lleno del sabroso líquido, destello adulterado del esquisito tinto de la Mancha, y único bálsamo capaz de mitigar las indecibles penas del Cochero, solemnizan rumbosamente el ascenso del jóven asturiano. (Como este pisa entónces el primer escalon de su fortuna, no hay que preguntar quien paga.)

Si alguna vez has esperado con impaciencia el apetecido instante de una cita, desde luego conocerás cuáles son los tormentos que sufre el Cochero, primer sinsabor de su halagüeña y próspera carrera, al contar los dias, las horas y los minutos que faltan hasta el momento señalado para su triunfo. Por desdicha suya, el tiempo corre veloz sin suspender su curso, y hé aquí que llega el sábado, víspera del anunciado dia, en que conducido por el *Sota* á un pequeño departamento, que pudiera llamarse mas bien armería del Cochero, por estar sus paredes engalanadas con guarniciones, mantas y bocados, sin que falten en ellas las sillas y las botas de los antiguos coches de pechera, le instruye su inmediato superior en los actos del servicio, recomendándole la cortesía y buena conducta que debe observar siempre con sus parroquianos, y concluye por manifestarle cuán necesaria es la limpieza al tratar con ellos: acto contínuo saca seis cuartos del bolsillo de su chaleco con la mayor gravedad se los entrega al novicio y le envia á que le corten el pelo en la plaza del *Progreso* ó en el derribo de *San Felipe*.

Despues de este acontecimiento que considera como el mas importante de su vida, marcha entregado á serias reflexiones sobre lo que acaba de oir, hasta que encuentra á uno de esos Fígaros ambulantes, armado con su vacía de oja de lata y su trípode debajo del brazo; ajusta con él cuarto á cuarto su esquileo, y sentándose magestuosamente cara al sol y vista al público, deja en Madrid el pelo de la dehesa, entre la crítica de los transeuntes y la conversacion interminable del barbero. Restituido á su casa, esto es, á su cochera, acaba de matar el dia haciendo los preparativos para el siguiente, y limpiando la ropa que recibe del *Sota* con un como cepillo que así sirve para limpiarse ellos, como para limpiar ellos los caballos.

Decir que aquella noche duerme tranquilo el Cochero fuera disparate, pues no lo consigue en manera alguna, tanto por la novedad que nota en su cabeza, cuanto por el distinto y confuso tropel de ideas que asalta su imaginacion, aguijoneándole tenazmente el deseo de que amanezca pronto para vestir la librea, ó San Benito, y confundirse en su puesto, ó su suplicio, entre esa multitud de coches y Cocheros que atruenan nuestros oidos en todos los paseos y calles de la córte. Amanece por fin, y se lava lleno de contento en uno de los cubos destinados para dar agua á las bestias, y sonándose con todos los cinco, cálzase unas botas de cuatro suelas reforzadas con clavos y herraduras, y cambia su calzon pardo por un no solo usado sino trasparente y raido pantalon de color, con sus tirantes de orillo. Pero ¡oh fatalidad! La prenda mas lujosa, la mas apreciada por los elegantes y por muchos que no lo son le hace retroceder: del corbatin hablo; tómale en sus manos y se horripila, al contemplar la hevilla y las ballenas asoman á sus ojos por la primera vez desde su infancia dos lágrimas ardientes, que surcándole las mejillas son recibidas por su lengua con singular cautela y disimulo. Bien quisiera el cuitado pedir indulto de semejante trato, pero conoce la imposibilidad de conseguirlo, atendido el adusto carácter de su gefe: se convence

de que es preciso, y aprovechando un momento de valor, somete su pescuezo al fiero corbatin, del mismo modo que el reo al fatal instrumento de su muerte.

Pero echemos un velo sobre tan triste escena, y acabemos de una vez la interesante *toilete* del Cochero, quien con gran resignacion y no poco embarazo se enfunda en un enorme frac, color café, con cuello de collera y faldon de ala de pájaro y calándose en el colodrillo un magullado sombrero, que no hay mas que pedir, se coloca confuso sobre la zaga de un derrengado bombé, tirado por un jamelgo perla ó pio, mal comido y bien estropeado, bajo de ancas, alto de pescuezo y tísico de estómago, cuyas orejas lacias y caidas revelan mudamente al observador sus innumerables años y servicios, no siendo el menos admirable de todos el de tenerse en pié. En tan gallardo tren, hé al Cochero asido con fiereza á los tirantes del magnífico mueble, que se deja caer sobre su cuerpo, viajar impávido con la frente erguida, merced al corbatin que le desuella, trémulo, medio desvanecido con el fatal movimiento de la infernal máquina, que le hace ver á Madrid girando á su alrededor, y oyendo los penetrantes gritos de los pilluelos que con graciosos gestos y ademanes le arrojan piedras y tronchos de verdura, llamándole á porfia, *Simon, estantigua* y *lame-platos*.

Tal es el noviciado del Cochero, hasta que llega por graduacion rigurosa á guiar un coche como un carro; noviciado en que absorve los meses y los años



El Cochero.

con lluvias y cencerradas, agostando su juventud y perdiendo sus locas ilusiones. Pero luego que sabe *guarnecer, regir y cuartear*, y conoce todas las calles, callejones, plazas y plazuelas de la córte, inclusos sus arrabales y costanillas, sube por fin al pescante haciendo su salida del modo que voy á referirte.

Figúrate, no un mozo gordo, colorado y risueño, como parece exigirlo la clase á que pertenece ó el alto puesto que ocupa, sino un hombre angosto y largo como alma de vizcaina, cuello de avestruz, semblante aceitunado, nariz de berengena madura, aspecto de senador, pelo canoso, patillas de chuleta, ojos taimados y gesto de autoridad, envuelto en un grasiento y empolvado *rus* de once cuellos, sin ceñidor ni ajuste, tornasolado ya por la intemperie, cubierto hasta las cejas con un chapin de suela acampanado, con los piés metidos en unas botas como maletas, y las manos como botas en unos guantes ó manoplas de estambre verde con su cenefa y fleco, sentado gra-

vemente en el pescante de un respetable coche de alquiler, caja color de chocolate, montada sobre sopandas y sobre unas enormes ruedas que parecen antípodas del resto del carruage..... Figúratele arrastrado lentamente por dos caballos ó dos sombras, con desapacible ruido, llegar á fuerza de fusta y de tiempo á la puerta de una tahona de *Lavapies* ó de una logería de *Puerta de Moros*, entre la admiracion de todo el barrio que se sorprende, no acostumbrado á tales distinciones, sino en casos solemnes.

Efectivamente, una boda motiva esta novedad, y héteme al lacayo, mientras el cochero atisba de reojo el flete que se prepara, poner en el suelo un banquillo, que sirve de escalon á los novios, sus padres, la madrina, una hermana suya con un niño de pecho, la peinadora, un cuñado de la novia y sus dos hijos, quienes sin saber cómo se empaquetan en aquel tormento; usando de su derecho todos ellos mandan desgañitándose al cochero correr á *Santa Bárbara* á buscar al padrino, y vuelven á casarse á *San Andrés* ó *San Lorenzo* con el mesurado paso de aquellos mártires de cuatro patas; que no parece sino que los animalitos conocen el error que van á cometer los causantes de su malandanza y tratan de retardarle. Verificado este, ordenan al paciente Cochero que ande por donde quiera (que en el andar está el busilis del escote) y ya tenemos á este viajando por Madrid en dia festivo, tocando en todas las tabernas del camino, hasta que pára en la fonda de la *Europa*, donde ha de comer, no él, sino la colonia que conduce, la cual se apea bostezando con general contento y regocijo. Mientras come aquella gente, el Cochero ayuna y se entretiene en limpiar el sudor de los desfallecidos caballos, á los cuales habla y acaricia con el lenguaje propio de la amistad sincera que los une, y recorre las ruedas y los ejes del malhadado coche, que sufre cuando menos en cada movimiento un deterioro. A cosa de media hora sale la trulla con el bocado en la boca y obliga al Cochero á arrear á *Chamberí*, y él jura, maldice y mueve la cabeza á cada una de las descompuestas é infinitas carcajadas que salen del coche, y no pudiendo saciar su cólera en los autores de tanto zarandeo enarbola la fusta con poderosa diestra y hostiliza severo á aquellos dos retratos de la muerte, que porque todo sea en ellos extraordinario y aun milagroso, sacan un trote de arranque de tres minutos, con gran aprobacion y recreo de los consumidores, los cuales estrepitosamente aplauden y victorean.

Llegados á *Chamberí*, aun cuando el Cochero no deba apartarse de su coche, deslízase obligado por el hambre, que no se cura con músicas ni danzas, cabizbajo y confuso, arrojando á cada paso un suspiro y á cada suspiro una maldicion sobre el primer coche que ha habido en el mundo: entra en un figon ó taberna y compra un panecillo y dos sardinas que sepulta en el estómago con singular destreza y rapidez, amen del forzoso y debido acompañamiento de una copa y un cigarro, no sin inquietud y sobresalto, á causa de los *chicos* que le insultan llamándole *chistera* y *sin levita*, y aun de los grandes que le corren, tratándole de *papagayon* y *cirineo*; porque unos y otros le toman por blanco de su ocio y por feliz argumento de sus gracias.

Pero despues que oculta el sol sus vivos resplandores, vuelve á Madrid el Cochero, juguete privilegiado de la ingrata fortuna, animando con voz cariñosa á los caballos, quienes hincando las pezuñas, bajando la cabeza é hinchando las narices llegan por fin al teatro, en donde hallan su salvacion, y su reposo el Cochero, el cual se encuentra tan cansado de darles latigazos como ellos de andar y de sufrirlos. El noble astur suspira en tal instante; hiere su imaginacion el dulce recuerdo de la patria; limpia el sudor que inunda su frente; deja el sombrero y la fusta sobre la caja del coche, y acomodándose lo mejor que puede y envolviéndose en su histórico y raido balandran que han gastado mil gordos y delgados, se entrega al tranquilo Morfeo, que le acoge benigno entre sus brazos. Mitigadas algun tanto sus penas por tan dulce sueño, interrumpido á intérvalos por los muchachos, sus eternos perseguidores, que al salir de la academia asestan contra él toda su travesura, arrojando dentro del coche ó á las piernas de los famélicos caballos, ruidosas carretillas que los espantan y asustan al Cochero, no menos espantadizo que ellos, intenta, al concluir el cuarto acto, dar vuelta al coche con crugientes latigazos, y atronadores advertimientos, y vé salir al público del quinto sin haberlo podido conseguir, hasta que ayudado del lastimoso y aun lastimado lacayo, que ase por el morro á los entumidos cuadrúpedos, logra dar la vuelta deseada y conducir á su casa, no sin trabajo, á los descoyuntados novios y comparsa.

Logrado que há ver el fin de tanto traqueteo, vuelve á la cochera, á cuya puerta aguardan impacientes los amos de aquel arrastrado rastro, que siempre que sale de casa esperan no ver mas. El ama, que como mujer es mas sensible, al divisar su hacienda tan mal parada, se enternece y se abraza á aquellos espiritados rocinantes, no deseosos de sus finas caricias y requiebros, sino faltos de descanso y de cebada. El Cochero molido y barajado se baja compungido del pescante, sintiéndose asaeteado de agujetas, yerto de calambres y roto del espinazo; sin poderse sentar ni sostenerse en pié, desunce, limpia y piensa, y trocando despues su malhadado oficio de Cochero simple por el de Cochero constructor, compone y reforma aquel carro ilustrado, maldiciendo su suerte, y envidiando la de tal cual mozo de cordel, vecino suyo, ó la de algun aguador, al paso que renuncia en aquel momento á su corbata y librea por los cordeles del uno ó el cántaro del otro. Por la mañana sale en mangas de camisa con sus compañeros á echar el aguardiente, contándose unos á otros en su provincial dialecto las aventuras del precedente dia, hasta que unce de nuevo sus galgos de herradura al desastrado coche, y vá, si puede, á la audiencia, á los ministerios, ó á alguna parroquia, en la cual se incorpora al fúnebre cortejo de un entierro, y hele entusiasmado con la música darse tono é importancia señoreándose en el pescante con aquella cara de suela que se presta tan bien á todas las situaciones, revestida de la estúpida gravedad propia de un alquilon, que mira con desprecio á los que andan á pié, y considerándose un temible coloso que los asusta y dispersa. Ocupada su imaginacion con tales pensamientos torna á la cochera, come su puchero y se encamina á la taberna; allí, como buen bebedor, circunstancia imprescindible del Cochero, echa copa sobre copa, y requiebro sobre requiebro á su paisana la guisandera, hasta que llegada la tarde vá á *Portici*, á la quinta del *Espíritu Santo*, ó á *Carabanchel*, de donde vuelve tarde, estropeado y de mal humor, para pasar la noche al raso, esto es, á la puerta de algun baile de máscaras, sufriendo mal de su grado los gruesos canelones que le inundan con torrentes de agua súcia, y recibiendo en su rostro las nieves y granizos que se desatan en esta temporada al trasportar en su *ómnibus* un obrador de modistas disfrazadas en vestales, pasiegas, beatas y mallorquinas, por las cuales gasta las horas de sueño en reir, fumar, silbar, maldecir, pasearse, cantar la Manola y sentarse en el suelo, hasta que llega el dia y con él las aguardenteras, objeto de sus insulsos chistes y necias bufonadas.

Estas son las ocupaciones del Cochero, que se suceden unas á otras, siendo víctima del comun regocijo y de las públicas funciones. El Cochero tra-

baja siempre; para él los dias y las noches son iguales; es hombre curtido por los rigurosos ardores del estio y por las crudas heladas del invierno: como de carne y hueso, tiene sus debilidades y ademas... gasta su dinero en beber y en fumar. Cansado de vivir en la córte, se retira en la vejez á su pais, en donde hace propósito de acabar sus dias tranquilo; pero ha de cumplirse su destino. Un dia se acuerda de que es Cochero; abandona su tranquilidad, su pais y sus amigos; sube de nuevo al pescante, y fusta en ristre héle otra vez surcando las calles perseguido de mayores inconvenientes. Su vista cansada, sus fuerzas perdidas y su convulsa mano no le permiten ya regir las riendas del coche. ¡Pobre Cochéro! Una tarde va á los toros con ciertos calaveras, le obligan á correr, tropieza, vuelca, se abre la cabeza ó se revienta, é insultado públicamente por los autores de su desgracia, es conducido al hospital, donde se agotan todas sus desdichas muriendo con los dulces recuerdos de su pais y los lamentables de su infortunio.

Tal es la historia del Cochero en general: sin embargo, algunos mas afortunados ó mas diestros logran pertenecer á las casas de duques y marqueses, y son esos Cocheros colorados y rollizos, que lujosamente vestidos gobiernan los bonitos y elegantes carruages que llaman tu atencion en los paseos, dignísimos sucesores de los antiguos palanquines, sillas de mano y literas, de que los hombres, siempre inclinados á andar en pies agenos, se han servido.

CIPRIANO ARIAS.

EL EJECUTOR.

AL encontrarse mis lectores con este epígrafe tan genérico, a puesto á que lo primero que les ocurre es la duda de quien será el protagonista del artículo. Pues voy á sacarlos de ella, mas por caridad que por obligacion, diciéndoles ante todo quienes son el *Ejecutor* de que yo trato, para venir á parar en quien sea este. ¿Os disgusta el método? Paciencia, y conformarse con las aprensiones del autor; que tambien sufriré yo la crítica de mis benévolos, y me espongo á que arrojen mi escrito por necio y empalagoso, los que no encuentren en leerle ni utilidad, ni deleite.

No es mi héroe el *fiel Ejecutor*, ó el regidor del repeso; porque en lugar de ser individuo del ayuntamiento, es el mayor contrario de los ayuntamientos presentes y pasados, y de cada uno de sus individuos.

Tampoco es el *Ejecutor de la justicia*, ó el verdugo; pues en vez de hacer justicia, ejecuta á las justicias; en lugar de dar muerte á los reos, priva de los medios de vida á los juzgadores; y en vez de dar á cada uno lo que merece, quita á muchos lo debido y algo mas.

¿A que todavia no aciertan algunos de quien hablo? ¡Oh vosotros cortesanos, que para entender bien una palabra castellana teneis que apelar á la conciencia laxa de la Academia, de Taboada, ó de Peñalver, y os engolfais en diccionarios y Panléxicos, y disputais sobre sentidos y acepciones! si un año siquiera hubiérais sido concejales del mas despreciable villorrio, sabriais de coro lo que vale la voz *Ejecutor* en su sentido autonomástico, genuino, usual y corriente: y al oirla pronunciar, no solo la comprenderíais, sino que sobresaltado vuestro ánimo temeriais perder la fortuna, empezando á empaquetar los intereses, cual si amenazara ejército invasor, ó revolucion espantosa! Mas supuesto que se hace preciso que yo describa al *Ejecutor* con pelos y señales, lo he de hacer en forma magistral, con definicion, clasificaciones, comparanzas, notas y todo cuanto conduzca á determinar este español tipo, sus cualidades esenciales, sus glorias, y sus penas. No vayan Vds. á decir que procedo sin órden ni concierto.

DEFINICION.

Ejecutor se llama la persona enviada por las autoridades de las provincias á los pueblos de su mando, para que por medio de escitantes poderosos y de apremios irresistibles, reduzcan á los ayuntamientos en monton, y á los capitulares en detalle, á que paguen lo que dicen que deben al erario. Esta palanca rentística alcanza mas allá de lo que pudo imaginarse Arquímedes: este crisol hominal ofrece resultados á que jamás llegaron los físicos, y químicos, pues que todo cuanto absorve, sea la materia que fuere, lo convierte en moneda sonante y contante. Podemos figurarnos que el *Ejecutor* es el médico que la vigilancia ésquisita de la autoridad superior manda á los pueblos, cuando los considera pletóricos y torpes en sus funciones, á fin de que los cure segun las reglas del arte. Pero este facultativo trae prescrito un recetario del que no le es dado separarse: y como la clase de gefes en España profesó de inmemorial el sistema antiflogístico, antes que los extranjeros Broussais y la Roy nos robasen la gloria de pasar por inventores, las medicinas predilectas.... he dicho poco, las esclusivas, son sangrías, sanguijuelas, purgas, lavativas, cantáridas, vegigatorios, vomitivos y vomipurgantes.

Dícese *Ejecutor*, porque pone por obra lo que se le ordena con la obediencia pasiva de un suizo; porque precisa al pago á deudores remolones; y porque vá á los alcances de los segundos contribuyentes que retienen lo de los primeros, ó no fueron bastante crudos para estrujarlos. Una aclaracion es necesaria para no agravar la conciencia histórica. El nombre *Ejecutor*, por mas que el uso lo haya vulgarizado entre los paganos, no tiene la sancion legal y burocrática; y los interesados lo resisten como depresivo de su carácter. Ellos no se llaman Ejecutores, sino *comisionados* ó jueces comisionados. Asi los apellidan tambien las oficinas en sus credenciales; pero los lugareños *Ejecutor* por arriba, *Ejecutor* por abajo, y *Ejecutor* siempre. Hacen bien los palurdos en tener este justo desahogo, pues ya que les sacan el quilo, harto poco es que se gocen en nombrar á sus contrarios del modo que mas les escuece.

Sucédele al *Ejecutor* lo que á todos los que ejercen cargos y oficios repugnantes, odiosos y mal vistos; que se avergüenzan de ser lo que son y de que se les llame por sus títulos. De aqui la sinonimia de *maestro de obra prima* por zapatero; *fabricante de harinas* por molinero; *cazador* de librea por lacayo; *tendero de vino* por tabernero; *oficial de la tabla* por cortador; *ministro d justicia* por alguacil; *voz pública* por pregonero; *Ejecutor de la justicia* por verdugo; *agente de proteccion y seguridad* por esbirro, y *comisionado* por Ejecutor. A tal punto llega la mania de desconfirmar los nombres bautismales, que el mesonero, por no llamarse tal, abusa de los que se albergan en su casa, robándoles hasta el nombre de *huéspede*: que no cabe mayor propension á utilizarse de lo ageno. Iba á comprender al *artista* entre los sinónimos, y me duele asociarle á tan malas compañías; pero aguante el pujo el señor cómico, que en las tablas tan acostumbrado está á hacer de juglar como de rey, de sacerdote como de traidor.

Definamos de una vez zoológicamente al ser de la naturaleza que llamamos *Ejecutor*. *Es cuerpo*; porque choca á la vista cuando se presenta, y cuando hácia nosotros viene se siente. *Pertenece al reino animal*; pues medra por intus-suscepcion y goza de gran facultad locomotriz. *Es mamífero perfecto*; porque lo mismo chupa la cabra, que la burra, que la vaca, que

todo lo que dá leche. Ultimamente, *debe pertenecer al género humano*; por cuanto perfecciona y adelanta mas que las instituciones libres. Al opinar así desechamos las dudas de los autores que han sospechado ver en el *Ejecutor* analogias con el toro, el mono y el ganso, fundándose en estos tres caractéres: 1.° cuatro buches ó estómagos como los rumiantes, cual lo persuade su voraz aficion á engullirse cuanto encuentra: 2.° agilidad de pulgares como los cuadrumanos: y 3.° que abarca mas que si tuviera membranas entre los dedos como los anfibios.

PROCEDENCIA.

El *Ejecutor* hombre nace y se cria en los pueblos, se avecinda despues en las capitales, y vuelve contra la tierra que le sirvió de cuna, viejo, gruñon y avaro. Emplea en beneficio de los habitantes de las ciudades la lozania de su juventud y la entereza de su adolescencia; para los lugareños son las suciedades de la infancia y los achaques de la decrepitud. Amamántanle los labriegos cuando es desvalido y huérfano; pero en llegando él á vivir por sí corresponde á los beneficios obligándolos á que le mantengan por fuerza, á que sostengan su holganza y sus vicios. Ni mas ni menos hace que los malos diputados de la nacion: los pueblos los forman y los elevan á la corte, y allí se convierten en padrastros de la patria, con olvido ó prescindimiento de su orígen.

El *Ejecutor* juez es un vicario ambulante de la autoridad estacionada, ó un destacamento movilizado del ejército financiero. Procede de varias causas ocasionales y eficientes; pero siempre toma como el agua el color y el sabor de las sustancias que toca. Pasan de ciento los motivos y pretestos que suelen tener los mandarines para enviar un apremio á los pueblos; porque esceden de este número las contribuciones, gabelas, tributos, impuestos, derramas, exacciones y arbitrios con que los españoles juegan á la hacienda; y porque no embargante lo decretado en las córtes de Alcalá de Henares, y contra lo mandado en la Instruccion de 1816, y en otras infinitas anteriores y subsiguientes, y á pesar de los clamores de celosos economistas, es costumbre que se mantengan los innumerables martirizantes de los que sufren y pagan, que eran cincuenta mil (los ejecutores) en tiempo de Jacinto Alcázar, y hoy han subido mas que las listas electorales. Los que tienen facultad de crear estos emisarios fatídicos son:

1.° Los intendentes de rentas de las provincias.
2.° Los fomentadores gefes políticos.
3.° Las protectoras diputaciones provinciales.

Ademas gozan del derecho de iniciativa para reclamar la aplicacion de tales ventosas.

1.° Los administradores de los partidos.
2.° Los comisionados de amortizacion.
3.° El arrendador del aguardiente.
4.° Los rectores de las casas de espósitos.
5.° Los jueces de primera instancia por los presos pobres.

Y siendo tantos los que producen y reproducen Ejecutores, solo tienen precision de aguantarlos los contribuyentes, y nadie mas.

La jurisdiccion privativa de hacienda es una monstruosidad inicua, reconocida hace siglos, y por siglos sostenida. Las córtes de 1348 dispusieron que «el oficial que obiere parte en la renta non fuere juzgador de ella;» pero váyales V. á los hacendistas con acuerdos de córtes y con presupuestos. En el contrato bilateral que ellos celebran con el ciudadano, se obligan á dar de palos, porque el otro dé las pesetas. En el litis que siguen con el deudor, ellos son juez y parte; la otra parte siempre es reo. El demandante ordena, juzga, falla, multa, exige y percibe; el demandado no tiene que hacer otra cosa si no pagar principal y costas. El *Ejecutor*, agente del poder financiero, del gobierno económico político, de la soberania asoldada, toma por sí cuanto estima necesario para hacer efectivos los sueldos de sus principales, y el que le atañe por ende, por mas que asi no suene. Se dice que sin recursos no puede gobernarse; que sin gobierno no hay sociedad posible, y que todos deben dar medios al que manda para que mantenga al pais en paz y justicia: y entre tanto pululan los ladrones si no les estingue el contribuyente, y para alcanzar la razon se necesita sobre tenerla de sobra, tener muchas medallas y saberlas gastar.

ANALOGIAS Y DIFERENCIAS.

En España hay muchos moscones de la especie del Ejecutor, pesados, estrujantes, incómodos y costosos, y hemos de señalar los rasgos que los distinguen y los que constituyen la semejanza.

Al *veredero* se parece en que ambos llevan mandamientos de pueblo en pueblo y ambos cuentan caros; pero difieren en que el Ejecutor es autoridad delegada, y el veredero un peanton ó propio horro, y en que aquel goza crecido salario y este se suele contentar con dos pesetas.

Seméjanse al *planton* en que uno y otro apremian á los presumidos deudores; mas el Ejecutor no siempre es militar, y mientras aquel punza con la bayoneta este pincha con autos, notificaciones, trabas y requerimientos.

Del *centinela de vista* solo se diferencia en que obra como juez, y en que no está siempre encima del paciente, y casi la propia variedad presente (salvo el fuero de guerra) con el *alguacil de apremio*.

Tiene bastante analogia con el *juez de residencia*, porque viene á fiscalizar á las justicias, pidiéndoles cuenta de sus actos; pero el Ejecutor solo repara en actos económicos que versan sobre guarismos, solo quiere dinero, y mas que los alcaldes hayan azotado á un cristo.

La misma semejanza y diferencias pueden establecerse entre el Ejecutor y el *pesquisidor*, á mas de la consonancia: este indaga delitos ocultos; aquel reclama descubiertos: este busca reos aquel reales.

Finalmente, guarda analogia, por lo que afecta los intereses pecuniarios, con el *r partidor* que receta para que él cure y aplique; con el *recaudador*, *cobrador* y *cogedor* de Tributos, aunque estos piden solo lo corriente y sin creces, y el Ejecutor busca hasta los atrasos de Felipe V, con los ribetes de costumbre, que con frecuencia duplican y triplican la verdadera deuda.

Los aldeanos están muy duchos en apreciar á la simple vista estas varias castas de pájaros. Apénas ven acercarse un forastero, por el trage, por la cabalgadura, por el olor conocen si es *Ejecutor* ó cosa semejante. ¡Oh! los azotes hacen aprender demasiado.

CUALIDADES.

Para ser un *Ejecutor* de provecho se requieren como indispensables estos precedentes.

1.° Tener rostro sereno, color que no pierda, ni se altere por cosa de este mundo.

2.° Estar apurado de medios de fortuna, ó sea andar á tres menos cuartillo.

3.° Aborrecer el trabajo corporal, ya por ser hidalgo pelon, ya por haber vuelto duro de coyunturas del servicio militar, ya por haber perdido las riquezas heredadas en la holganza y el despilfarro, ya por defecto físico de marquéz, cojera, giba ó constitucion endeble, ya en fin por natural aversion á cumplir la condena de nuestros primeros padres.

4.° Ser casado, y con mujer agraciada.

5.° Saber firmar se requiere por lo comun, aunque no es absolutamente preciso.

No hay ley, real órden, ni reglamento que estas

cualidades exija en los ejecutores; pero las ha sancionado la experiencia, y forman un código consuetudinario, mas observado que la constitucion de 1837.

¿Qué valdria un *Ejecutor* sin pachorra y frescura suficiente, que á las primeras de cambio se avergonzára de los denuestos del apremiado, de las injurias de la familia que persigue, y de los insultos del pueblo en que mora? Su deber es hacerse el sordo, tener cara de baqueta, alma de caballo y corazon de pedernal, rebuscar, embargar, vender y cobrar.

¿Qué persona acomodada y con medios propios se espondria á los azares y sinsabores de la vida que arrastra el *Ejecutor*? Preciso es que la necesidad apremiante le estimule á ser codicioso, á ver impasible los males agenos, á pasar por toda trueque de ganar sin trabajo, á mostrarse cruel con los desgraciados, y hasta á gozarse en la destruccion que á él le fomenta.

¿Quién que tenga horror á la ociosidad, que estime ganar su vida honradamente, ha de acomodarse al oficio de paseante en aldea y de holgazan eterno? y el que goce de robustez corporal y tenga sanos sus miembros, ¿cómo no ha de preferir ocupaciones decorosas y pacíficas al vilipendiado ejercicio de azote de los pueblos y verdugo de los deudores? Solo un lisiado, que difícilmente halla ocupacion que bien le cuadre, puede arriesgar la pérdida de lo que conserva sano, metiéndose en los enredos de un lugar.

Por último, ¿quién sin el apoyo de una compañera se iria por esos pueblos, abandonando su casa y sus agencias de la capital? y si esa necesaria mitad no tiene aquel para ganarse la benevolencia de los desalmados oficinistas, ¿qué valdrian los ruegos de un barbon celibatario y pobre?

Véanse pues justificadas por la observacion y por el uso las condiciones mas precisas del que haya de ser Ejecutor en regla: los que no las tienen jamás pasarán de la categoría de zurupetos de Ejecutores de capa y espada, ó de ciento en boca.

VENTAJAS.

Maldita la que reportan los ejecutados ni la sociedad de este sistema vandálico de recaudacion; el ejecutante las tiene muy grandes. En primer lugar, como el oficio no es incompatible ni imprime carácter, el *Ejecutor* reune otras varias profesiones; y aun siendo *Ejecutor* mero no está atenido á un solo despacho. Si logra tener mano ó piernas con los empleados saca á la vez dos ó tres mandamientos para pueblos contiguos; los presenta respectivamente; y cobra dietas en todos á un mismo tiempo, á pesar de las leyes sobre duplicidad de sueldos y de beneficios. Si la amalgama se hiciese distribuyendo á prorata el haber del *Ejecutor* entre los diferentes deudores, nada mas racional; pero como en nuestro pais todo va á la diabla, cobra dietas enteras en cada parte, y goza él solo lo que podia sustentar otras familias de la profesion.

De otra regalía se aprovecha cuando trae dias marcados para su comision, veinte por ejemplo. Toma el cumplimiento del alcalde, se presenta al deudor, se ajusta con él por diez ó quince salarios, segun la blandura ó dureza del paciente, y al segundo dia se marcha á su casa ó donde le conviene, con el bolso tan repleto como si hubiera pasado el tiempo, y estuviera donde le enviaron. Otras veces que no puede celebrar contrata alzada, hace las ausencias que quiere sin decir oste ni moste, vuelve y se vuelve á marchar, y la renta sigue como si tal cosa. Entretanto se ocupa en otros negocios de lucro, y cuando no se divierte recorriendo casas de parientes y compadres, echando el ojo á los negocios que penden en los pueblos, para pedir nuevos despachos, cuando los que obtiene concluyan.

En ocasiones hace contratos mas ventajosos para él, que lisongean al deudor por el momento. Dícele sin ambajes: «Usted no me ha de pagar el descubierto en dos meses; durante este periodo adquiero contra sus bienes un crédito de sesenta ó setenta duros; deme V. un par de onzas, y me largo, cubriendo el expediente con la tercería de la mujer, y poniendo diligencia de que no se le conocen bienes al deudor.» Este método tan perjudicial para la hacienda pública no libra al que dió las dos onzas de posteriores apremios sobre si tiene ó no tiene, sobre si ha de pagar él ó los compañeros de concejo, ó sobre si ha de ir mas adelante la rebusca hasta los electores que nombraron el tal ayuntamiento. Pero al *Ejecutor* que en dos dias atrapó 640 reales de pico, le importa un bledo que á los capitulares, á sus nominadores y al vecindario entero se los lleve Satanás.

Olvidábase la principal ventaja; pues aunque no parezca tal en lo económico, es el fundamento de todas las utilidades materiales del *Ejecutor*. Cuando sale á sus correrías queda la costilla recomendada á persona de categoría, que la ayuda en sus necesidades, la protege en sus apuros, y le sirve de escudo y amparo. Seguro puede estar el marido de que nada le falta á su consorte, y de que cuando acabe la comision habrá aquella grangeado otra y otras, que incesantemente le ocupen fuera de casa. Y si es sobre agraciada lista... sorbe el seso á los empleados, tiene vara alta en tesorería y administracion, y hasta lleva la pluma al oficial del negociado.

QUIEBRAS DEL OFICIO.

¿Cuál no las tiene en esta pícara bola en que rodamos? En sus intereses, en su familia y en su persona sufre el *Ejecutor* quebrantos y embates.

Empiecen mis lectores por hacerse cargo de lo que les cuesta el asegurar que no le falte trabajo. Los empleados de la intendencia que se lo proporcionan, algo han de merecer por preferirle á tantos otros que con necesidad y recomendaciones solicitan. Pues una de dos, ó le cuesta al *Ejecutor* esta primacía el partir con el oficial los derechos, ó que vaya á la parte en el alzamiento de cargas matrimoniales. En el primer caso gana para que otro lo luzca; en el segundo luce su mujer mas que él gana; y si de un modo pierde intereses, de otro suele esponer honra y provecho. Que no divida la presa con el protector, ó que en ella haga la coqueta, y á Dios mi dinero; queda apeado, como si hubiera sucedido una crisis ministerial, ó elecciones generales de diputados.

Otra quiebra experimenta cuando por equivocacion del oficial de la mesa, ó por los embrollos de la contabilidad, ó por malicia refinada va encargado de pedir lo que ya se pagó: lo cual no es muy raro en nuestras oficinas de hacienda. Entónces si da con un alcalde de humos y de chola, le niega el cumplimiento, y le envia con cajas destempladas y sin pagarle una blanca á que desande el camino que tan torcido trajo. Esto á mas de decirle mil pestes de los empleados, que no saben lo que tienen entre manos y que pasan las horas fumando y leyendo periódicos. ¡Friolera es lo que sirven estos trastrueques de los hacendistas para envalentonar á los contribuyentes agobiados! De cada uno de estos lances se hace platillo de conversacion con naturales y forasteros, y tal vez se pone un comunicado en el *Eco del Comercio* diciendo que los tales empleados son unos holgazanes ignorantes, ó unos bribones que andan á ver si se pierden con el tiempo las cartas de pago, para volver á cobrar y metérselo en el bolsillo. El hecho es que de escarmientos semejantes cuidan tanto los ex-alcaldes los documentos de resguardo, que primero darán un ojo de la cara

pidiendo limosna por las calles, teniendo derecho á permanecer en él aquellos que llevan siete años de residencia en Madrid y los niños de 6 á 8 de edad. Si no tuviesen estas circunstancias, se les considera como forasteros, y despues de socorridos se les entrega su pasaporte para los pueblos de su naturaleza.



El Mendigo.

Contemplo que no conduce directamente á mi propósito entrar aquí en mas menudos detalles para comprobar el buen órden que reina en el establecimiento, y el bien combinado sistema de ejercicios, penas y recompensas, que como observamos diariamente está produciendo los mas ventajosos resultados. Lo cierto es que en la actualidad el pobre de San Bernardino es laborioso y bien morigerado, y se vé convertido en un sér útil á la sociedad, que le protege en cuanto se lo permiten sus fuerzas, y muchos de ellos solo recuerdan los años pasados en la mendicidad vagabunda, para dar gracias á Dios que les libró de los peligros que les rodeaba y bendecir á sus protectores.

José María Tenorio.

EL PRESIDIARIO.

De estar en presidio á ser Presidiario hay casi tanta distancia como de hacer versos á ser poeta, ó de ponerse á escribir á ser escritor; y á fé que ahora conozco la fuerza del dicho, aunque vulgar, « toda comparacion es odiosa » y casi me arrepiento de la ocurrencia por lo que puede afectarme. Queria decir solo que me parece muy conveniente por dicha razon, separar el primitivo del derivado, y bosquejar ligeramente aquel en su régimen interior, para hacerlo despues sin embarazo con el particular de este. Júzgase comunmente que el presidio es un lugar de correccion y castigo; pero es un juicio temerario como otros muchos, que ya no llaman la atencion en estos malhadados tiempos. Que debiera serlo, con facilidad se entiende; y que está mandado cuanto cumple á este propósito (aunque sin asignar fondos) téngase por seguro. Mas como del dicho al hecho hay un gran trecho, y en especial cuando faltan esos conductores por donde la fuerza motriz ha de comunicar su impulso, no parecerá cosa extraña que despues de diez años de antigüedad, tengamos hoy á la órden sin destino ni aplicacion, ó entre el número de *cesantes*, que digamos, y gran parte lo son por el mismo idéntico motivo.

Los presidios en el dia se hallan planteados bajo el pié militar, aunque sin perder su carácter de civiles; y si la cosa es un poco difícil de comprender, reservamos su esplicacion á los autores sobre la materia, pero creyendo con ellos haber aclarado mucho la cuestion si decimos que son militares en la *forma* y civiles en la *esencia*. Ello es que están presididos por un comandante á cuyas órdenes mandan tambien, el mayor, los capataces, cabos de vara, rancheros y cuarteleros, con algunos otros fuera de escala: y que se distribuyen los individuos en escuadras y brigadas con su correspondiente vanguardia y retaguardia, ó sean clases y secciones de *jóvenes presidiarios* y *notados de infámia*: esto sin contar con las oficinas y dependencias que no tan directamente se rozan con los sentenciados.

Hay ademas otra escala privada entre aquellas dos clases de rematados tan cantamente divididas del resto, la cual recorren por sí mismos pudiéndose afirmar que entran en la primera como aspirantes ó meritorios, y van ascendiendo con mas ó menos lentitud segun la disposicion del agraciado. Baste lo dicho, y parece inútil advertir que en ambas se trata de merecer, y cada cual en la propia se esfuerza por cumplir su obligacion: veremos quienes con mas acierto. Por ahora, dejemos á unos y á otros aguardando la llegada de un nuevo alumno, y vamos á acompañarle desde su salida de la cárcel, que mucho lo agradecerá.

Desde luego y al partir á su destino, la sociedad cuida de arreglarle una patente en forma ó bien hoja de servicios con todos los requisitos apetecibles. En vano es ya que oculte su rostro encendido por la vergüenza, y en vano tambien que con hipócrita conducta mienta al menos virtudes en donde aprendan los que le miran, porque allí va muy menudamente consignado cuanto se necesita para comprender su nombre, patria, familia, profesion y hazañas: es ademas condicion indispensable que el gefe del establecimiento á donde se dirige, haya de añadir su *visto bueno* ó perfectamente visto, que por consecuencia se celen y escriban sus acciones con los premios ó castigos que le ocasionan; por tanto, no queda otro medio sino despojarse de inútiles preocupaciones, y sostener con firmeza su blason.

Los parientes, los amigos ó las relaciones de cualquier género, concurren por otro lado á una tristísima y agorera despedida, en donde los sollozos se mezclan con las exortaciones, y los regalos con los consuelos: todas las impresiones del corazon abren paso á la ternura y se borran ó enmudecen á su presencia; no se ve al criminal sino al desgraciado; no se lamenta el delito sino el excesivo rigor de la pena: una separacion dolorosa y larga, una série interminable de padecimientos para el objeto querido, esta es la sola idea presente que absorve y oculta á las demas. Todo ello conspira tambien á que el rematado vuelva

sobre sí, á que se juzgue con blandura, á que se contemple ofendido y destierre de su espíritu toda inclinacion modesta. Con tal preparacion y su sombrero calañés sobre la oreja, su chaqueta de alamares, chaleco de terciopelo y bombacho pardo sembrados de filigranada botonadura, ancha faja de sarga carmesí, botin abierto y el pañuelo de seda atado en la rodilla, marcha el Presidiario tan airoso y gentil, que le codician las mujeres y los hombres le envidian cuando al pasar exclaman: «lástima de mozo.»

Durante su tránsito ningun incidente interrumpe el curso de sus reflexiones; porque la novedad de los compañeros y la inmediata vigilancia de los soldados apénas le permiten una ligera distraccion. Calcula cuanto importa al hombre presentarse con arrogancia y adquirir superioridad en el círculo que le rodea, sea cualquiera su rango y categoría; y bien resuelto en su plan de entrada asea el trage y pule la persona como conviene á un Presidiario aristócrata, guardando no obstante el fruto de sus ahorros en lo mas recóndito de su vestido.

Llegado en fin al término de su viaje, inmediatamente se apodera de él la escala ó línea de empleados que representa á la sociedad, ó mas bien la sirve; en lo cual lleva sin disputa una conocida ventaja á su contraria; pues sabido es que en punto á lucha, quien da primero da dos veces; y en materia de educacion las primeras impresiones son difíciles de borrar. Pero desde luego tambien se encuentra un tanto embarazado su gefe, en aquello de investigar la índole, oficio é inclinacion del presentado, para aplicarle á un trabajo análogo y conforme á sus circunstancias: porque dado que el establecimiento, gracias á la Providencia, tenga algun taller ó cosa equivalente donde hacer efectiva la disposicion legal, alcanza á saber que el mozo en cuanto á instruccion, posee medianamente el *caló*; respecto de oficio, no ha aprendido otro que hacer suertes de manos y escamotear las monedas del prójimo, pasándolas como por ensalmo del bolsillo ageno al propio, para lo cual, como suele decirse, le da el naipe que es una maravilla: finalmente, su inclinacion única y exclusiva en materia de ocupaciones, es jugar al *cané* ó á la *chapa*, y para esto tambien se pinta solo.

Con semejantes elementos, no sabe muy bien el director á cual de los oficios le destinará con mas fruto; y si ninguno existe en sus dominios, ahorra el devanarse los sesos para acertar en la eleccion. Solo sí, repara que en el breve rato que ha tenido al inocente en su presencia, le ha faltado un boton de brillantes que acostumbra traer en la pechera; por cuya marcada muestra de aficion, no debiera vacilar en aplicarle á diamantista: pero cabalmente ese gremio no ha cundido todavia hasta el fondo de los presidios. Queda pues resuelto suspender por de pronto la determinacion, dejándole continuar en el depósito hasta que vuelva del campo la brigada á que le asigna, y se haga de él entrega formal á quien corresponda.

Por último, como no hay plazo que no se cumpla, llega el momento de bajarle á la *cuadra* y ponerle en manos de otros directores mas hábiles ó mas afortunados. En aquel instante empiezan á desprenderse lentamente sus doradas ilusiones, á vista de un recinto negro y desmantelado donde tienen su asiento toda clase de hálitos impuros, dañinos insectos y asquerosos reptiles; donde la luz del dia apénas llega desdeñosa al húmedo pavimento, y se quiebra á la altura de las ventanas cruzadas y casi cubiertas de enormes barras, que pugnan por impedir la entrada á sus rayos mas compasivos; donde acuden, en fin, solícitas todo género de mortificaciones, y destierran la suave impresion del consuelo y de la esperanza.

Los festivos habitadores de aquella mansion, contémplanle de hito en hito con cierta sonrisa indefinible; mas á presencia de la autoridad, disimulan su pensamiento. Queda instalado el nuevo huésped sin contemplacion á unas ni otras composiciones de lugar, y el encargado se retira con aquella para traerle el uniforme de la casa. En este breve intérvalo va á ensayar su primer leccion el ilustre claustro.

Apénas se miran solos cuando la turba le cerca en derredor, espantando la maligna expresion de sus fisonomías mucho mas que pudieran sus insultos y amenazas, porque es la expresion del placer que están saboreando al atormentarle; y un formidable jayan á quien los demas respetan, sentándole pesadamente la mano sobre la nuca le dice con sardónica intencion.

—Vamos, *changüi*, que por lo campechano le adivino que nos va á pagar buena patente.

—Como que huele á rumboso y bien servío; añade otro aproximando atrevidamente la cara, y apartándole atras su sombrero.

—Y muy hombre, prosigue un tercero, pá no quedar mal en cualquier apuro.

—Los *gálleri* y la ocasion, no hay que dejarlos *pirar*: se oye decir en tanto que el círculo se estrecha en términos de sofocarle.

—Métele mano, *gaché*, grita una voz, que el *chirós* es de *Otebél*, y como le *diña* le *ustaba*.

Diciendo así el instigador, zambulle la suya hasta el fondo del bolsillo que hácia su lado se encuentra: la misma accion se practica en el contrario, y dada la primer embestida agólpanse los restantes, le desnudan en un abrir y cerrar de ojos, y le registran mas allá que buenamente se requiere hasta dar con el miserable tesoro, objeto de sus cuidados. Obtenido, se retiran los ojeadores al ángulo de la estancia, donde agrupados con alegre gesto y satisfecha inquietud, lo cuentan y repasan. El infeliz despojado durante la operacion se aliña lo mejor que puede, bien resuelto á no dejar traslucir siquiera un síntoma de aquel desórden: pero abatido y pálido, acierta apénas con lo mismo que afanosamente quiere. Obsérvale uno de los esplotadores, y dirigiéndose al cacique le dice:

—Señor Reniega, unas estopas al *chavál* que se le *pirelan los buqué najando*.

—No hay cuidao, mocito, acude entónces el caporal; tóa mi gente es de caliá, y aquí se respeta á la persona: esto es una broma; *los jaté* se gastan á su salú, y usté será tambien de la compañía, que yo le convido.

Con esta cariñosa arenga vuelve un poco del susto el amedrentado paciente, quien dando gracias y haciendo de la necesidad virtud, responde en afable tono:

—Nunca mejor empleado.

—Que viva el garbo, gritan los demas. Uno entre ellos añade:

—Y pá que sea *el quelar* completo, yo *poquínelo* el resto. Ea, caballeros, se vá á *avinar* una chaqueta muy *varil*, que *sínela laché*. ¿Quién la puja?

—Un *choraló* si quieres, y te *díñelo* mas que *amola*.

—¿Quién *chivela buter*?

—Uno y medio.—*Un quelatí* encima.—Veinte *calés* mas y al avío: proponen sucesivamente los licitadores, y no habiendo mejor postura, el vendedor la adjudica al último.

—Un *balune* de vuelta de grana, ¿quién le *camela*?

—Cinco *chinorrí* y es mio: responde con áspera voz un mal-encarado, que ha permanecido silencioso hasta allí.—Mas me cuesta, señor compadre; pero por ser á usté.... andando.—Todavia no sabes lo que te cuesta; y sobre tó, cuenta errá no es cuenta; y si vale mas se pagará.

Así se pregonan y venden una tras otras, todas las prendas del recien venido, que atónito y pasmado escucha lo que dicen sin acertar á qué alude: y finalizada la almoneda llégase cortesmente el rematante al

poseedor, y le declara su intencion con esta breve, pero expresiva fórmula.

—Caballero; ya usté ve que estoy en compromiso; conque, á cada uno lo suyo, y sino en el patio no hace polvo.

Todas las miradas juntas cargan entónces sobre su interlocutor, permaneciendo fijas en él y pendientes de su respuesta. El forastero recorre los semblantes, y crece su asombro al abservarlos impasibles: para ellos el lance nada tiene de singular ni extraño; ántes bien la cosa se ha hecho conforme á costumbre y sana razon entre hombres de buena ley, y nadie queda ofendido. Mas sin embargo, parécele que el mayoral tan compasivo ántes, no mirará indiferente su cuita; y aventurando en él su confianza le dice:

—No lo siento por mí, sino por las manos que me lo dieron.

—Si te falta herramienta, replica aquel por toda contestacion, aquí está la mia.—Es que....—Y si no te cuadra, cualquiera te prestará la que escojas.—No la manejo bastante para....—Pues entónces, corazon de alfeñique, has perdido la justicia.

Esta bella leccion de moral le queda profundamente grabada en la memoria. Ya empieza á entrever que en su nuevo estado no sirve el andarse por las ramas, sino que es preciso elegir en la forzosa alternativa de echar á un lado temores y reparos cuando llegue la ocasion, ó sufrir de lo contrario humillaciones y vejámenes sin cuento. A pesar de toda la repugnancia que siente hácia los grandes crímenes, le impide arrojarse al primer extremo. Tal vez aquello es práctica arraigada; tal vez será distinto el rumbo de su conducta sucesiva, puesto que aun entónces han guardado cierta sombra de equidad constituyéndole en árbitro de su suerte: pero la duda solo es por extremo aflictiva.

El crugido de la puerta que se abre detiene el curso de estas reflexiones; el cabo se ofrece de nuevo á su vista trayendo el luto á su perdida libertad: un grillo pendiente de su gruesa cadena y sujeto al pié á fuerza de mazo, viene á sellar su desdicha. Ya no es lícito quebrantarle, ni queda otro medio que la resignacion á dormitar sobre el duro tablado para amanecer un verdadero Presidiario en trage y en ideas: la metamórfosis es cruel.

Apénas asoma dudosa la luz del alba, siempre eclipsada y fúnebre en aquella mansion, cuando la señal de despertar le anuncia que ha cesado por entónces de perseguir al sueño. Levántase como le ordenan, para salir con la brigada al patio en donde le obligan á bañar el rostro con las limpias aguas de la fuente, y con su propio llanto que las enturbia.

Armado sin dilacion de una piqueta, sale del recinto á ensayar el quebrantado cuerpo en las labores que le preparan. ¡Cuan melancólica es la belleza de los campos, y cuán adusto el brillo del sol! Marchando va al compasado rumor de los hierros, y computando la duracion de su destino. ¿Qué hacer para soportar aquella enojosa vida?... sobreponerse á la fortuna; arrancar del oprimido pecho toda sensacion delicada; sustituir la estrepitosa algazara de la orgía á la apacible conformidad del arrepentimiento, y á su tranquilo sueño el letargo de los licores: parodiar la arrebatada felicidad cualesquiera que sean los medios para alcanzarla: en fin, como los otros; este es su sino.

Embebido en tales pensamientos llega al cabo de su jornada: páranse los conductores y reparten el trabajo. Pero su trémulo brazo no rompe muchas veces la superficie de la tierra, sin que otro mas descansado y seguro, descargue rudamente seis palos en su agoviada cintura, que resuenan como otras tantas injurias en lo íntimo de su corazon. Allí está segunda vez el hombre social: el hombre que si bien elevado del seno de un presidio, á entrado ya á representar la vindicta pública, y encargarse de la correccion del delincuente. «Trabaja con mas brio, holgazan», es la suave amonestacion que acompaña al dolor de los golpes: sin embargo, la generalidad fuma en aquel momento, ó conversa entretenidamente con las desenvueltas mozas que acuden á llevar el desayuno á sus parejas: mas la generalidad está formada de sus antiguos compañeros.



El Presidiario.

Poco despues los alegres cantos de la multitud arreglados al sordo choque de la hazada, miden á espacios el transcurso de las horas, y dan lugar á la de reposo. El rancho se prepara: cada cual consume en breve la frugal racion que le corresponde; quien la ameniza con frecuentes libaciones si el estado de su haber le permite costearlas, y quien brinda al mas cercano á participar de su bota: todo es contento y animacion, siendo imposible distinguir la sombra de un castigo á través de las carcajadas y retozos de los castigados. Concluida la comida vuélvese á emprender el trabajo con sosiego hasta que el sol empieza á declinar: entónces se suspende, y cargado el Presidiario con su apero, arrastra la cadena hácia la bóveda por el mismo surco que trazó á su venida.

Allí vuelve á tomarle por su cuenta la gente del bronce: cuya clase bien meditado cuanto ha visto, le parece aun menos injusta, y mucho mas imponente y vigorosa que su antagonista.

Pasada la requisa de costumbre y abandonados á sí mismos los Presidiarios en el encierro, tratan de llevar á efecto la proyectada funcion. El Sr. Reniega saca de debajo del tablado un formidable pellejo henchido hasta mas no poder; un solemne frasco de aguar-

diente le acompaña, y varios asados y fritos en seco completan su comitiva. Como ni cuando se ha introducido todo aquello, nadie lo sabe; lo interesante y lo cierto es que se encuentra en el pabellon: y que sin cumplidos ni ceremonias toma cada uno la parte de terreno que necesita, para sentarse en derredor sobre los ladrillos, con las piernas tendidas ó encorvadas segun mas le place.

Reunidos asi en amistoso círculo, el zaque bien repleto, descubiertas las provisiones cuyo grato olor convida al apetito, y adornado al centro de aquel espacio que suple á la mesa redonda, si no con un gracioso ramillete al menos con la baraja y la taba que mucho mas cautivan la aficion, comienza un misterioso y animado festin, donde cada cuál repasa con entera propiedad *entre cuero y carne* los asuntos reservados de la cofradía. Una rebanada de pan, y una navaja sustituyen cómodamente á la mas opulenta servidumbre; el mosto á los platos de intermedio, y la buena disposicion á todos los esmerados preparativos de un entonado banquete.

—Vaya otra ronda Pacorro; que esta vida trabajosa á tragos se ha de pasar.

—Allá va, señor Reniega, acude prontamente el invocado, tirando con la bota una visual á la bóveda del aposento: porque *sicobele* su paternida *sigó* de esta maldecía *estaripé*.

—No tardaré mucho con la ayuda de mi patron el Cristo de la Agonía y de la Garbosa, que su divina magestá conserve para bien de los probes presos. Corra la gracia é Dios.

—A que no se olvide su mercé del que pena; dice el segundo despues de reforzar el pulmon con el lastre de Baco.

—No hay que *tenelar duca* llegue yo á *sicobár*, y luego *birgindelen correlos*; que os puedo *chivar* mejor que el *porésquero*. Sobre tó el que sea *mamis* que se *pirel* conmigo.

—A que no haya tropiezo, compae Reniega.

—Y si le hay sé le *moja* ¿pa qué tengo la *sueti* de buena *arate*?

—A la salú de ustedes; brinda el recien venido á su turno.

—*Chirato*, le dice el principal, aquí se mira y se calla, y se olvida lo que se vé: vaya el trago porque lugas tú méritos pá entrar en la hermandá.

Con estos interesantes coloquios se vá dando fin al rancho de convite; y terminado, sin alzar manteles como se adivina ni cubrirlos con el tapete, se cruza un cané entre el humo de los cigarros y los vapores del vino que á menudo presenta quien mas á mano le tiene, diciendo «*camará, lámpara sin unto mal alumbra.*» Nuestro héroe tambien despliega alli su habilidad armado con el dinero que generosamente le prestan sus allegados, porque en tales reuniones con la misma buena fé se dá y se quita, y á poco rato se alza con todo el caudal desparramado en aquel recinto, salva la parte cedida á un resuelto jaque que en ronco tono le dice; «*caballero, aquí cobro yo el barato.*»

No tardan en hacer su efecto el gás que despiden aquellas ambulantes bodegas, y el soporífero calor que añaden los miasmas del tabaco: y como todo lo que es neblina ó boira ataca directamente al cerebro, los de aquella amable tertulia se sienten progresivamente turbados y desvanecidos. En tal caso ya, empiezan los balbucientes desatinos, las risas y desconcertados planes de pasatiempo. Cantares lúbricos, descompuestas danzas donde no se echa de ver la falta de las hermosas ni el peso de las cadenas, lascivos remedos, posturas livianas, dichos repugnantes y torpezas sin medida, mézclanse alli en informe conjunto; y el ruido y el polvo concurren á hacer insoportable aquel desórden. Los licores encienden al deseo, y la fatiga torna á llamar á los licores; la confusion se aumenta, el apetito se aviva y toda aquella barahunda viene á parar en escenas mas dignas de lamentarse que de referirse.

Desmanes son estos, que al principio espantan al recien llegado, pero con su repeticion insensiblemente le ofuscan, le entretienen, le aficionan y le dominan. Sin embargo, pasando dias y viniendo dias antes de llegar á tan miserable estremo, una chispa de nobleza que abriga en su alma, y otra buena dósis de temor al castigo, le deciden á dar con gran sigilo un paso que contempla muy meritorio; esto es, á descubrir cuanto sabe, vengando al propio tiempo la reciente injuria. Hé aquí nuevamente al condenado que se arroja en brazos de la sociedad. Esta, ó el director de su parte, le acoge con dulzura, agradece su revelacion, y conociendo que la recompensa es el mayor estímulo en las acciones de la vida, se la prepara tal que venga al servicio prestado como anillo al dedo; porque medita hacerle cabo de vara, ó sea inmediato celador de costumbres.

Así arreglado, y tomadas las precauciones oportunas, bajase bonitamente una noche con su patrulla, y sorprende á los *ternes in fraganti*, baraja en mano bebiendo y picardeando á mas y mejor. Envíales al cepo sin rancho y con mordaza, depone al cabo por ocultador, y confiere su encargo á nuestro hombre.

Una semana entera transcurre sin novedad que de contar sea; los castigados en su arresto, y el delator en el pleno goce de sus derechos, aunque sin tener donde ejercitarlos. Al cabo de ella, vuelven las cosas á su estado normal, y los penitentes entran en la bóveda jurando vengar la mala accion; sin embargo falta saber quien haya sido el autor, y nuestro cabo se halla bien tranquilo sobre el secreto.

Parten los Presidiarios á su trabajo y observan al nuevo nombrado; murmuran entre si y dejan llegar la noche. No es fácil descargar sus iras en la primera, porque el gefe de sala duerme separado y encerrado en una partija de ella, para husmear sin riesgo lo que en la misma sucede: pero en cambio se reunen en nocturno conciliábulo para fallar de la suerte del reo.

Siéntanse con gravedad sobre sus piernas encima del tablado, formando imponente semicírculo que corona el principal: cada uno tira de su disforme navaja, pica de un puro, y arrolla un corpulento cigarro apretando con el filo el borde del papel que ha de ser interior: el presidente echa yescas, enciende y reparte lumbre á los demás: brilla el fuego sacro en las bocas de los jueces; el humo del incienso se levanta en densa nube, y la consulta empieza.

—¿Qué pena merece el *chota*? pregunta el principal con tono severo.

—La de un traidor responde el mas inmediato.

—*Pintarle un jabeque* que se le rezume la *ochí*. —*Endiñarle* una de *curripenes* que diga soleá: proponen por su turno los siguientes.

—Señores, no hay que precipitarse; tóo lo icho tiene compromiso, y el que *se berrea* por primera vez, no merece tanto.

—Pues entónces, una *cherga*. —Una rueda al moscardón; se oye en la banda opuesta.

—Eso yá *sinéla* poco y de *chunga*, repone el Cacique con importancia; vaya otro *bámbano* y se pensará mejor.

Hácenle en efecto, y sigue el debate con la propia moderacion y cordura; defiriendo siempre los opinantes al dictámen del que una vez supo hacerse lugar y erigirse en gefe. Por último, queda acordado como suficiente castigo, que sufra tres carreras de baquetas, media hora de suspension por los pies, y la pérdida del destino.

—¿Y quién es el *chota* vuelve á interrogar el presidente, que no han de *poquinar* los que no *devisáran*?

—El *chibato*, responden en coro diferentes voces.—¿Que pruebas teneis?

quien va con él si la indirecta entiende,
dice: pues pida V. y háganos daño
mas saquemos la tripa de mal año.
¡Y qué bien huele! que estarán calculo
haciendo de comer á sartenadas;
añade, y con talento y disimulo
torna hambrientas sus gentes desganadas.
El diz que se chulea y que es un chulo,
y que está con furor por las chuladas
mas dá demostraciones muy completas
de que está mucho mas por las chuletas.
En los caminos su elocuencia brilla
luciendo de geógrafo su ciencia.
Tiene pueblo por pueblo en la cartilla,
(y pinta á los que escuchan con paciencia)
todas las carreteras de Castilla
de Galicia, de Cádiz y Valencia;
y si los que oyen ignorantes son
habla hasta de Turquía y del Japon.
Sabe medir á palmos el terreno
bien que por esperiencia y por instinto
le hiciese Cristo, de impiedad ageno,
inclinado á lo blanco y á lo tinto;
Y como suele consumirlo bueno
en el que llaman parador de Pinto;
aunque camine por Zamora ó Toro
siempre se halla entre Pinto y Valdemoro.
Puertas recorre y rondas y paseos
si contrabando trae de tela ó gente;
cual coqueta que miente devaneos,
como ladron que acecha al penitente,
y lo mismo que yo gasto rodeos
para decir á ustedes solamente:
harto estoy, vive Dios, como de un potro,
de este metro fatal: vamos con otro.

—

Y la razon es sencilla.
Cambio porque viene á punto
para redondear mi asunto
la redonda *redondilla*.
Puede nuestro Calesero,
y esto es muy justo y ●bal,
lo mismo que cada cual
ser casado ó ser soltero.
Su esposa aqui bien mirado
ni daño ni bien reporta,
por eso nada me importa
que esté soltero ó casado.
Siempre ha de tener por suerte
si no es mezquino y tacaño
una moza ó mas al año
cuando hay peligro de muerte.
Conque, á su capricho queda
sin disturbios ni bolinas
gastar despues sus propinas
como quiera ó como pueda.
La inversion, vive Jesus,
que no la entiendo á no ser
en *puros*, *vino*, *mujer*
y echar cien manos al *mus*.
No es por eso un perdulario;
ántes vá haciendo remesa
para comprarse calesa
y llamarse propietario.
Y remando dia y noche
con extraño calesin
viene á encontrarse por fin
con propia calesa y coche.
Entónces nadie le niegue
la frase con que le llamo
ya es *propietario*, ya es amo,
ya tiene quien se la pegue.
Dejad que otro coma y baile
á su costa, y no haya ruido
él se hará cuenta que ha sido
cocinero antes que fraile.
No hagamos mas comentarios
de sus virtudes ó vicios
y retiramos propicios
sus dias extraordinarios.

—

Por Santiago mata-moros
enganche usté la calesa
que hoy es lunes é interesa
llevar la gente á los toros.
Rua... pulia... á la funcion
tente... pára... que te tundo
¿te quieres marchar del mundo?
¡lástima de torozon!
¡Huy! tente! cudiao me llamo;
la corrida empieza ahora
¿busca usté coche, señora?
¿quiere una calesa, mi amo?
—Si señor. —Vamos volando,
á ver si alguien nos iguala:
monte usted ¡arre zagala!
que está Montes esperando.
¡Oooh! pára!.. pa que se bage
su mercé con bercebú,
que Dios le dé á usté salú
voy á echar otro viage.
Y ántes de poco se vé
conducir á igual destino
por idéntico camino
á una *já* con *su gaché*.
Ya Montes con su capota
engaña á la astuta fiera
¡chica! suene la pandera
¡compadre! ¡venga esa bota!
Y mojando la garganta
entre el bullicio y estruendo
marchan para sí diciendo
como quien murmura y canta.
«¡Charpa suelta el caballo
que es una furia:
Mira que te se ahoga,
dile que escupa.
¡Ay Charpa, Charpa!
te veo y no te veo
¡arre zagala!!!
¡Montes! salta al trascuerno,
y alza la pierna
no te encaje las puas
donde te duelan.
¡Ay!! banderillas!
banderillas y perros
¡arre pulia!!!!!
¡Oooh! pára pa que se baje
la gente con belcebú.
Ea, muchachos, salú
voy á echar otro viage.
Y dando de celo traza
pasa los lunes en esto
desde la plaza á su puesto,
desde su puesto á la plaza.

—

Hay un dia bullidor
en que alza Madrid el grito
que es el dia del bendito
San Isidro Labrador.
El señor almivarado
el manolo, el fabricante,
literato, comerciante,
el artista, el empleado
¿Qué digo? Madrid entero
este dia de alborozo
dá con entusiasmo y gozo

de comer al Calesero.
Echa al potro sueltas riendas
torciendo arroyos y esquinas,
por atrapar cien propinas
y probar de cien meriendas.
Está lozano y valiente
con tanta especie de grasas
y los torrados y pasas,
ponche, noyó y aguardiente.
Tanto llenando la piel
que aunque charle á troche y moche
no seré yo por la noche
quien quiera cuentos con él.

—

Si yo no comprendo mal
no estará mal recordada
la festiva temporada
que llaman de *carnaval*.
El cartel es el reclamo
que al hombre ocasion ofrece
de gritar cuando amanece
¿quiere una calesa, mi amo?
Y es de ver la niña guapa
saliéndose del festin
¡qué ojos echa al calesin
cuando el hocico se tapa!
Y al amante, que sin blanca
apostaba en el salon
á competir con Safon
y Remisa y Salamanca,
Viéndola sonar los dientes
de frio y él sin dinero
¡qué ojos echa al Calesero
tan foscos y maldicientes!
Y el Calesero acertando
la causa que le devora
dice ¿vá á pié esa señora?
Mire usté que está nevando.
Y estos lances son precisos;
porque es la pura verdad,
que una vez por voluntad
y muchas por compromisos:
El Calesero de trueno
sin mirar al que dirán,
consigue ganarse el pan
y esto es muy santo y muy bueno.
Aquí de mas desatinos
quiero remediar el daño
pero esta sino me engaño
es mano de alejandrinos.

—

Mas ay! que alejandrinos los hago tan perversos!
que casi estoy tentado por responder que no.
¡Brindar mi pobre numen alejandrinos versos
por fuerza es mi enemigo quien me lo aconsejó.
Direis que os enamoran, que son muy peregrinos,
mas ya veis por la muestra que no los debo hacer
¡fuera con mil demonios versos alejandrinos!
veré si con tercetos os puedo complacer.

—

Está visto, no salgo del aprieto.
Yo que ajusto mi marcha á la del dia
engolfarme en el clásico terceto!
¡Resucitar aquella algaravía
tan atroz, tan eterna, tan pesada!
¡ay que horror! ¡ay que espanto! ¡que heregía!
¿Mas qué me toca al fin de la jornada?
¿Pedir como en comedias, neciamente
con una decimita una palmada?
No es final, que digamos, muy decente
pero por si los hados son adversos,
esa encajo, quien quiera que la cuente:
seguro de ella estoy, tiene diez versos.
Y si el público recela
que este parto es de luzbel
eche la culpa á Espinel
que inventó una vagatela.
Nada dice esta *espinela*
la mejor de mi baraja;
mas pienso que bien encaja
la insulsez de que os atraco,
porque es la décima un saco
que solo consiente paja.

—

A mi me basta un romance
con el asonante en *é*
para decir: me despido;
que ustedes lo paseu bien.

Juan Martinez Villergas.

EL MÉDICO.

Amicus Plato, magis amica veritas.

No llevarás á mal, amabilísimo Doctor mio, que se perfile en estas ocho páginas mortales, cantidad designada por el editor á cada uno de los tipos variados y caprichosos que se hallan esparcidos por esta tierra de beduinos con guitarra y puñal (como dicen allende de los Pirineos). Algo homeopática es la dósis; pero se empeñan algunos en que sea la medicina del dia, y hasta los ministros se hallan contaminados y son discípulos del Aleman en materia de pagar los pobres cesantes, viudas y retirados.

Todos los españoles son iguales ante la ley, segun cierto artículo del código que *poco* felizmente nos rige, y no debe el médico barrenar con sus pretensiones la ley fundamental del 37. Haz esfuerzos por reducir tus muchas originalidades, y si no te encuentras perfecto, perdona mi escaso talento, y disimula en pago de los muchos *imperfectos* de tu clase que tolera la sociedad.

El Médico representa la Medicina, y está el verbo latino *mediari*, que debe traducirse por *traer algun remedio*: necesidad que ha debido sentirse en todas épocas y lugares; porque segun la doctrina cristiana, nuestros males vienen desde Adan y este señor es antiquísimo para los cristianos apostólico-romanos, Y aun creo yo que la dichosa manzana que nos ha privado del dulce placer de hacer piruetas en estado natural y de otras mil lindezas que contaban mil abuelos, ha producido tantos estragos á falta de un *Orfila*, que hubiese aplicado al bueno de *Adan* un *antídoto* contra el veneno que ella contenia.

Es pues evidente que la Medicina y el Médico son antiguos y necesarios, y que su importancia deriva de la mucha que siempre ha dado el hombre á su salud; *el mayor de los bienes*, como decian los egipcios segun *Luciano*. Y esto ha quedado tan impreso en el corazon, que el bravo *Pyrro*, rey de *Epiro*, solo pedia al cielo *salud*.

Los romanos se saludaban con el verbo *vale*, y terminaban sus cartas con la expresion de *bene valete*: los griegos *Xaıre* que es lo mismo, y los que pintamos varios aficionados, con la palabra: *¿como está usted?* Etc., para las otras naciones.

En cuanto al ejercicio ó práctica de ella, ha recorrido toda la escala social, desde los santos y emperadores, hasta el mortal que os habla.

Así tenemos al Dios Separis, á San Eusebio, San Cosme y Damian, el emperador Wan-Chocho, el rey

Mitrídates y el papa Pablo II, con otros mil que han tenido á la Medicina como don del cielo. *Nisi á Deo*, decia S. Agustin. Vaya ese pedazo de historia contra los que la creen plebeya y mal nacida, y cuenten á sus hijos lo que valió.

Ahora los tiempos son otros, y la profesion está en poder de la *mesocrácia;* pues raro es el marqués que entra en esta grey.

Aquí está lo difícil del paso. Son tantas las *idiosincrasias* médicas de la capital, tan variadas sus formas, que ofrecen á cada paso originalidades que apuntar. En otro tiempo cuando los españoles éramos tales y sin mezcla *gabacha* ni *británica*, bastaba describir el trage, el modo de andar y saludar para conocer al Médico y su gravedad. Hoy dia se confunde y mezcla con toda la sociedad, y hasta el baston que era el símbolo casi exclusivo de su autoridad se ha convertido en lijero junco ó bambú del Senegal. ¡Oh tiempos aquellos en que la fe y veneracion, el respeto y admiracion del vulgo consideraban á los medicamentos como *Deorum manus*, manos de Dios!

Los modernos necesitan un *dilettanti* de ambos sexos que seduzca y cautive la atencion; que sea comadron y sangrador, hervorista y boticario, palabrero y qué sé yo. Pocas personas hay que creen en los Médicos instruidos, de conciencia, y que han nutrido sus ideas en los libros y hospitales. En todos los grados de la escala social hallarás el hombre enfermo, *crédulo*, *inconstante* y *supersticioso*. Los medicamentos caseros son el fruto de esta enfermedad del género humano. Sino se cree en las curaciones milagrosas de los antiguos reyes de Francia é Inglaterra, en sortilegios y otras especiotas; si reimos de la influencia de *Saturno*, *Marte* y *Venus*, de las memorias de *Dangeau* cuando dice: «El Rey ha tomado medicina, la toma todo los meses el último dia de luna, etc. Ellos á su vez reirian ahora de nuestro *magnetismo*, *sonambulismo*, *homeopatía* y otras necedades del *sabio* siglo que nos rige. Dispierta *Paracelso* y admira este siglo *homeapático*; en el que muchas personas creen que un diez-millonesino de grano de medicamento tiene una sorprendente virtud para curar. En una palabra; que un grano de quina disuelto en el agua del estanque del Retiro ó el lago de Ginebra, es una excelente bebida para curar las tercianas. Coje un frasquito de esa maravillosa agua, muévela de abajo arriba, y de derecha á izquierda unas doscientas veces, y puedes sin temor habitar en la vega de Aranjuez ó en la campiña de Roma, seguro de llevar contigo el antídoto de la fiebre.

Sin griego ni latin ni castellano,
Te hallarás convertido en Avicena,
Con los glóbulos de Hannemann en la mano
La tisis curarás y la gangrena.

Y á fé mia que toda esta baraunda y mas que vendrá es culpa de la sociedad por aquello de que «de Médico, Poeta y Loco todos tenemos un poco.» Y como decia Calímaco el príncipe de los poetas elegiacos de la antigüedad en su himno en honor de Apolo: «todos quieren tener el poder de retardar el instante de la muerte.» No extrañes pues, lector, sino conoces ahora al Médico en la calle ó en la alcoba, porque á mi me ha sucedido verlo convertido en *faldas* administrando los polvos de la Madre Olivencia, y en exclaustrado facilitando los glóbulos nicroscópicos de la homeopatía. Pobre vulgo como te tratan y mastican á dos carrillos con tu inocencia! No retrocedo á los tiempos de calzon corto, zapato con hevilla, casaca y sombrero apuntado, porque las ceremonias eran casi las mismas que á últimos del siglo pasado.

En la época de mis abuelos, el Médico grave y honrado vestia levita, pantalon y zapato negro, chaleco y corbatin blanco, camisa con chorrera alguna vez, sombrero de copa, baston y guante de hilo de Escocia, uno puesto y otro empuñado. Grave y circunspecto, bien mirado, limpio de barba y el cabello corto y mirando un poco al cielo. Se anunciaba en las casas como el rey, pero por medio de la criada ó criado; y la familia salia á recibirle como el Angel que llevaba la salud al desdichado que postrado en cama esperaba el consuelo de su inteligencia y cuidado. Observaba al enfermo con el brazo en la mano izquierda, le hablaba con serenidad y desembarazo, recetaba en *latin*, advertia en la casa el cumplimiento de lo mandado, hacia un ademan con la cabeza indicando á la familia el estado del paciente, colocaba la mano en ademan de recibir el *estipendio* de la visita, y se marchaba mas pensativo que habia entrado, despues de haber presenciado una escena melancólica en que solo se habia oido su voz y las respuestas que él habia demandado.

Entónces habia fé en el arte y en el que lo profesaba; el Médico ordenaba y el enfermo se resignaba aunque fuera *quina* ó *asa-fétida*. Solo así puede ejercerse esta ciencia con provecho de la humanidad y tranquilidad del profesor. Entónces si Rousseau pedia *á la Medicina sin el Médico*, los Médicos le respondian; que les diera el ciudadano de Ginebra *la enfermedad sin el enfermo*.

Mas hoy que la sociedad no tiene creencias de ninguna especie, que su filosofía es un telégrafo en movimiento, que sus deseos y caprichos están montados á lo *dandy*, supeditados á la voluntad del editor de la *Moda* ó el *Correo de las damas*, las formas y ademanes de los que se rozan con la sociedad varian como la sociedad misma. Solo en las villas se vé alguno que otro *Doctor* que conserve las tradiciones de los buenos tiempos de Valencia y Salamanca. ¡O tiempos virginales en que el *embrion* del Médico cubierto con el harapo llamado *manteo* el sombrero de tres picos, que habia servido á tres generaciones, atravesado alguna vez por la *cuchara* de palo, y el *puchero* de la sopa colgado del cordon y debajo del brazo, constituia el *frondoso retoño* que mas tarde representaria á los Lagunas y Servet, á los Piqueres y Morejones! ¡O bulliciosos veranos que presenciábais las cuadrillas de estudiantes recorriendo la España con la música y algazara de aquellos benditos tiempos! Pasemos al año 43 del sapientísimo siglo diez y nueve.

Este siglo de indiferencia, difícil y variable en sus pensamientos, dicen quiere ver y saber; el exámen ha reemplazado la fé. Señor público que teneis mas espíritu que *Feijoo*, no lo probais en este momento, porque nunca el charlatanismo en todo ha presentado mas atrevimiento y astucia para seducir y engañar la credulidad pública, y lo consigue á cada instante. Rara vez la llamada *razon* domina con su verídica voz vuestros pensamientos. Las vociferaciones y el clamoreo ahogan su aliento y dominan su misterio en la calle y en la plaza, en los salones y cuerpos científicos. Vivan las preocupaciones populares y *qui vult decipi decipiatur*.

El médico viste ahora como la sociedad con mas colorines que un pavo real, con todos los atavíos de un *fashionable*, y no se distingue de los que le acompañan, sino por llevar la palabra para responder á una consulta de *amistad*. Debe poner mas cuidado en saludar y dar el tratamiento (al que le tenga) que en el arte de recetar. Ser fino, elegante, y admirador del bello sexo; filósofo con las recelosas mamás. No faltar á los bailes y sociedades con el *botiquin* bien provisto, porque allí hay muchos..... soponcios que curar. Ser soltero por si..... alguna viuda quisiera tomar estado. Recetar agua de *tila*, *culantrillo* y *flor de naranja*, que es la mas urgente necesidad del dia, y no pedir el pago de las visitas porque ya es *moda* no pagar.

El médico de palacio parece un *gefe político* por su uniforme, y no es poca la policía que necesitarán algunos santos..... lugares que allí se cobijan. Los

colegios visten casaca á lo gefe de seccion y han perdido hasta el modo de *andar*. ¡O sagrado templo de Hipócrates! adopta por Dios tu trage doctoral que compatible es con el régimen representativo. Y si no vuelve la vista á Paris y Montpellier y verás la toga doctoral grave y circunspecta en todo acto de ceremonia escolástica.

Nace el Médico en Barcelona, Cádiz ó Madrid, y no habla de las universidades que tambien dán á luz Médicos ilustrados, porque el doctísimo *Solanot* se ocupa (aunque el parto vá muy largo) en clasificarlas. Tiende su vista cuando sale de la fenicia Gades ó de las márgenes del *Llobregat* hácia el tranquilo *Manzanares*.

Allí está el puerto de grata esperanza y el último grado de la escala galénica; pero ¡cuántos escollos y malezas, cuántos naufragios antes de llegar á él! Al salir de la escuela de enseñanza se acomoda en una aldea donde le pagan sus honorarios, una parte en metálico y dos en trigo de *superior* calidad, si á la cosecha no toca el purgon.

Pasa la infancia del arte entregado á la mas profunda melancolía esperando el astro que debe guiarle á la corte, porque ya está cansado de la villa ó aldea, de la despótica voluntad del alcalde de monterilla, de las pandillas de Güelfos y Gibelinos aristócratas con el pelo de la dehesa, del tresillo y el solo en casa del cura ó boticario, y de la constante murmuracion pan de cada dia en aquel bendito rincon. Algunos ahorros, su buena reputacion entre los condiscípulos, ó una cura maravillosa al titulado marqués de aquella villa que pasa los veranos en ella, le traen al puerto que columbra desde sus primeros albores. Ya llegó á la capital. Habita un cuarto tercero con una familia honrada, y ocupa su tiempo en darse á conocer. Encuentra algunos condiscípulos, á quienes cuenta su deseo de establecerse en la corte. Estos le responden con melancólica voz.... Amigo mio, has errado el camino, aquí somos tantos como enfermos, los tiempos van malos, gastarás tus ahorros y volverás desengañado á tu rincon. Sin embargo, su determinacion está resuelta, no hace caso de sermones, y ya le tenemos práctico de la capital. Adquiere relaciones y por ellas el conocimiento de la nueva tierra que pisa, las idiosincrasias médicas, el nombre y ciencia de *varios* de la que hay mucho que decir y mucho mas que callar. Da principio su clientela por *cesantes, viudas, militares retirados* y alguna muger.... de la vida airada. Camina siempre á pié, cualquiera que sea el estado de la atmósfera, gracias á nuestros económicos ministros. Pero la edad todo lo permite: la filantropía, está en la juventud que tiene pocas obligaciones que cubrir y muchos méritos que alegar. Siempre la conservará Dios para consuelo de las clases que están en el *limbo* por falta de *fondos*, y alivio de las piernas de nuestros maestros que pasaron su noviciado y dieron buenos consejos á los que hoy tenemos la torpeza de criticarlos y la satisfaccion de respetarles. Porque bien puede ser lo uno hijo de lo otro como la *endocarditis* del *reumatismo*.

Habia vivido contando todos los dias las visitas, que aunque muchas en número tenian al pobre bolsillo con la extrema-uncion; pero su reputacion ha crecido y divisa el momento de pasar al número dos.

Llega por fin á visitar un *gentil hombre* cesante, un *literato* de reputacion, ó una vieja que ha pasado por todos los hijos de *Avicena*.

Estudia y se afana sin cesar, consulta cuanto sabe la medicina francesa y alemana, y entabla con feliz éxito su plan; pero como el *gentil hombre* es *caprichoso*, el *literato incrédulo*, y la vieja *rebelde* á mitad de camino pasan sus enfermos á manos del charlatan. Triste y meditabundo raciocina sobre el estado y caprichos de la sociedad, y dice: ¿cómo es posible que hombres ilustrados crean *que se puede saber lo que nunca se aprendió*? pero está visto; la Medicina y el arte de gobernar á los hombres son una escepcion. Todo el mundo se cree en este caso discípulo de Hipócrates y Aristóteles. Un relojero compone relojes y un zapatero hace zapatos; pero la máquina humana puede ser entregada al primero que llega con tal que tenga audacia y serenidad; y como dice el poeta... *verbosis adquisivit tamam strophis*.

Siempre el zapatero de la fábula de *Fedro*; se entrega la vida *cui nemo calcaneandos commisit pedes*.

Recuerda para su consuelo y calma del agitado corazon la historia de los tiempos, y halla en *Plutarco* al famoso Pericles entregado á un preservativo rodeado al cuello para curarse de su mal; á *Bacon* que llamaba al nitro espíritu de la tierra, á *Maquiavelo*, *Leibnitz*, *Alfieri* envenenados por drogas ridículas; y hasta *Malebranche*, el autor de la *Investigacion de la verdad*, aconsejando á las mujeres preñadas frotarse la parte superior de las extremidades inferiores para que sus hijos no naciesen marcados con los caprichos que ellas pudieran tener. ¡Oh miseria humana! El gran filósofo estaba en esto á la altura de aquella *comadre* que afirmaba que si el cardenal *Duperron* era tan sábio se debia á que su madre estando embarazada tenia siempre capricho por una biblioteca.

Con este y otros sinsabores análogos llega por fin al número que codiciaba, en el que sus consejos y visitas producen mas y valen tal vez menos. Su clientela se compone de *propietarios, comerciantes, artistas* de toda clase y *empleados activos*. Sus réditos le proporcionan el placer de alquilar un cabriolé de cuando en cuando á un modesto *Simon* en los dias de mucha agitacion. Ya tiene 36 años cumplidos, vive en cuarto segundo con campanilla á la calle para mayor comodidad de los vecinos de las doce de la noche en adelante; sale por la mañana despues de tomar chocolate, y vuelve á su casa á la hora de comer, y como no tiene todavia hora fija para consulta, se levanta de la mesa cinco veces antes de concluir. Su fama crece y se desarrolla, el entusiasmo y el fanatismo le ensalzan á la vez y hasta entónces su reputacion *fundada* comienza á ser *fabricada*, como dice el padre Griffet. Se cuentan maravillas de su habilidad, y hay persona que le recomienda á un rico banquero que padece del hígado diciéndole ser tan hábil, que ha descubierto el hígado á una persona, le ha quitado un tumor, lo ha limpiado como quien limpia un gabinete, y el enfermo ha quedado en completa salud. Con pocos elogios como el actual poco tarda en pasar á primera graduacion. Traslada su habitacion á cuarto principal, y recibe consultas en un bonito gabinete, en cuya antesala se suelen encontrar alguna vez el marido y la mujer, el amante y su querida, que por distinto camino el uno viene á consultar un *dolor*... de muelas, la otra una *jaqueca, pesadilla ó vaidos* que le dan á media noche, y cuando están dentro el Médico y ellos saben á *qué vendrán*. Cuantas escenas cómicas presencia aquella silenciosa habitacion de cuyo fondo no salen jamás las palabras que se pronuncian, ni se reflejan el pudor y la honestidad. Pasa su visita en cabriolé, y la clientela se compone de *Ministros, Duques, Condes, banqueros* y contratistas. La corte, los políticos y los filósofos le necesitan, á todos dá consejos, tiene entrada franca á todas horas en sus casas y un cubierto en la mesa. Si encuentra algun melancólico político le cuenta lo de Voltaire que decia «tengo mucha confianza en el *Esculapio-Tronchin* que vé en los cuerpos como Dios en los corazones; vivir es el solo placer que me resta para mortificacion de los que me pagan rentas vitalicias: cuando padezco indigestion, conspiro contra ella con el ruibarbo y la dieta.» Así vivió este hombre ilustre 84 años, y este consejo pueden tomar muchos sábios.

Nuestro *Médico célebre* como generalmente tarde

cuando lo hace en casa, asiste á la sesion que celebra la Academia, y juega al tresillo en casa de la marquesa de C. El teatro es rara vez el lugar donde se encuentra, al menos desde el principio de la funcion, y rara vez la ve concluir con tranquilidad.

Suele no estar exento de que molesten su sueño á las dos de la mañana y entónces son los apuros y malos ratos. Solo la filantropía, paciencia y amor á la humanidad pueden arrancar de la cama al mortal que trasportado en aquellos momentos al empíreo se levanta y marcha con el silencio de la noche á visitar algunas veces un simple *calambre* que alborotó la vecindad.

Suele la crítica ensañarse con estos *nobles doctores* diciendo que pasan algunos por sábios y grandes Médicos, aunque no lo son; como hay ministros que nunca debieron serlo. Que todo lo componen á fuerza de tecnología ensartando con serenidad y desembarazo nombres y frases ininteligibles para él mismo *Fæsio.* Que toman el pulso con el reloj por gala y ostentacion, aunque sea en una úlcera del pié, y gastan con énfasis un cuarto de hora para recetar *emulsion de goma arábiga.* Llaman dolor de costado á lo que es un simple catarro. Mas el vulgo conoce á estos malos representantes de la sublime medicina, y si cambian el vil metal que la sociedad codicia, por la corona de



El Medico.

siempre viva que adorna la frente del anciano de Cos, con su pan se lo coman.

Algunos años de práctica en clientela tan ilustre, colocan al Médico en la dulce posicion de retirarse poco á poco de los trabajos y miserias de la vida, acabando sus dias entre el luto y dolor de la familia, solicitando un pase para visitar los muchos amigos á quienes dió pasaporte en época mas feliz.

El *charlatan.* Este solo merecia un artículo aparte por su originalidad. En esta idiosincrasia coloca, amado lector, los que lo son y muchos de los que no lo parecen; porque no hay monja, sacristan, viuda, hechicera y señora, que pertenezca á clase elevada de la sociedad, que no tenga unos polvos para opiladas; un colirio para todos los ojos malos, aunque tengan *cataratas*; una yerba para las lombrices de catorce varas; parches para la jaqueca de *solteras, viudas y casadas*; anteojos para todos los cortos ó largos de vista, y mil menjurjes de la mas alta y acrisolada reputacion.

El charlatan de oficio no ha pisado los umbrales del tiempo de *Esculapio.* Ha sido escribano, carretero, pastor, militar ó criado de algun Médico, de quien ha copiado alguna receta que la hace servir para toda enfermedad *específica* ó de antiguo y remoto orígen. Porque es preciso tener presente que el *charlatan* solo se dirige á los enfermos *crónicos*, vulgo desahuciados, ó los que se curan con algun medicamento especial. Son farmacéuticos al mismo tiempo, porque toda la virtud del medicamento consiste en el secreto

de la composicion, aunque sean píldoras de *miga de pan*. Se anuncia en el Diario todos los dias del año con algun nombre de *facultad*, con pompa y aparato, con remedio sencillo opuesto al que dá generalmente el Médico, aunque luego despues sea arsénico ó sublimado corrosivo, ó el mismo que daba el profesor. Recibe consultas grátis, pero cobra por el frasco, la caja de píldoras ó polvos, lo que podria costar toda la enfermedad á duro por visita. De modo que aunque no vuelva el enfermo él ha sacado su pacotilla. Concierta por un tanto la curacion; pero sin olvidarse de cobrar los plazos de tres adelantados por si la naturaleza del enfermo es rebelde. Llena las esquinas de anuncios y pone comunicados en los periódicos de enfermos curados que nunca han padecido, con firma de nombres que no existen. Debe ser perseguido por la autoridad y subdelegados de Medicina, quejarse del mal trato que recibe y viajar de cuando en cuando al extranjero aunque no haya pasado nunca de Fuencarral. Tiene en su casa jarabe *panquimagogo* de Crolius, mistura *anti-cistophlegmático hydrogenésico-escítica*, píldoras de *phlogístico* de Kirwan, polvos *nephrolotico nephrempha rico* de Plonquet, y ungüento *pompiniforme paronychito* de Andernach: y con esta farmacia ambulante no hay temor que le falte de cuando en cuando algun *reputado sábio* ó *filósofo* partidario de Paracelso. Suelen acontecer escenas graciosas, y mas de una podrá servir para entretener al lector. Yo me acuerdo de cierta señora que padecia un tumor en el pecho, á la que dieron por remedio que se rapara la coronilla, y todos los dias se frotara dos veces al dia con *aguardiente coñac* y *sal*, remedio del Doctor Wallance. La pobre señora se quedó calva de tanta frotacion.

Hace pocos dias se anunció en el Diario un tal *Taglei* que poseia un líquido para las quebraduras. Llegó á las once de la mañana en casa de un jóven rico y elegante (que se apellidaba lo mismo que el charlatan) un infeliz que padecia una *quebradura*. Llamaron al señorito que estaba barnizando sus botas y ambos se sentaron en el sofá. El doliente explicó lo que creyó conveniente; y el señorito, creyendo ser una burla y no una equivocacion de casa, le dió un *frasco de barniz* para que se frotára en la *ingle* como único remedio que poseia. Figúrese el lector la risa del señorito y la familia, cuando á los cuatro dias vuelve el paciente diciendo: que estaba curado de la *quebradura*, pero que habia quedado *charolado* el sitio sin poderlo despegar. Escenas como estas pasan todos los dias en la capital de la monarquía.

Réstanos el *físico*, nombre que se da á los que forman parte del cuerpo de sanidad militar. De los cuales solo diremos.... «*respeto á las glorias militares.*»

«Recójalos Atocha cuando descansen en paz.»

Aquí concluimos nuestra tarea con aquellos versos de Iriarte.

A todos y á ninguno
Mis advertencias tocan:
El que haga aplicaciones
Con su pan se lo coma.

LICENCIADO JOSÉ CALVO Y MARTIN.

EL DOMINE.

¡Con qué humor tan negro cojo la pluma! Está visto: antes de emprender el retrato necesito desahogar la bilis, y la comezon pendenciera que me abrasa. Estoy como pueblo que quiere pronunciarse, dispuesto á armar camorra con el prójimo, y cual aquel poeta que cantaba

Tengo las calabazas puestas al humo,
Y al primero que llegue se las emplumo.

Tocaráles la china á los que encuentro mas á mano á mis colaboradores y al editor. Si, señores mios: voy á disputar con Vds., á reñir en forma, acerca de lo que llevamos hecho y está anunciado de la obra; que á mí no me cuadra pintar las faltas y deformidades agenas, y dejar las nuestras en el tintero por exceso de amor propio y sobra de injusticia, que son los pícaros vicios del linage humano, y de todos los linages.

Dos obligaciones se ha querido imponer, é imponernos el ciudadano editor, que ni cumple, ni cumplimos, ni es posible que cumplamos él, ni nosotros; y vive Dios que se lo he de contar á los suscritores y leyentes, pese á quien pese. Lo que yo vea contra razon y conciencia, lo he de decir sin morderme la lengua, clarito como el *b a ba*, y sin ahorrármelas con papa, rey ni Roque. (Entre paréntesis: este Roque que siempre está paralelo al rey, y contrabalanceándole, debió ser algun regente durante la menor edad del monarca.) Protesto, pues, contra las dos obligaciones antedichas, porque las ha tomado el gefe sin acuerdo de su consejo de escritores respetables; porque son opuestas á la ley fundamental de la sana lógica, y porque es una de tantas decepciones proclamar tales principios y obrar á la inversa. *Item* mas, pido la responsabilidad de los funcionarios que han obedecido un mandato no firmado, cual exige el artículo 61 del pacto social. Salvas estas premisas de protestacion y demanda, continúa la disputa.

Háse ofrecido que la obra se dividiria en dos partes, comprendiendo el primer tomo los retratos de la capital de la monarquía, y el segundo los de las provincias. Mas ¿dónde está ni hallarse puede semejante línea divisoria? El *Torero* es mas peculiar de Sevilla y de Jerez, que de Madrid. Los *indianos* están desparramados por todas las provincias peninsulares, amen de los muchos que hay en Burdeos, Bayona y otras partes extrañas. La única afinidad que tiene el *Charran* con la córte es el haber en esta como en Málaga un barrio llamado Perchel, y el haberse pronunciado Málaga diferentes veces, y Madrid en setiembre. Solo en una cabeza redonda cabe que el *Ama del Cura* sea personage madrileño, cuando los cardenales de Santiago, los canónigos de Toledo, los pavordes de Valencia, y quince mil párrocos de todas las diócesis, nos ofrecen ejemplares á pedir de boca. Pues á nadie que no comulgue con ruedas de molino se le hará tragar que en las provincias no hay *Coquetas*, *Criadas*, *Santurronas*, *Sacristanes* y *Alcaldes de Monterilla*: como que los mismos retratistas han formado sus cuadros tomando rasgos de esta y de la otra comarca.

A clasificar lo que va publicado en las dos partes consabidas, no era floja la ensalada de párrafos y de períodos que habia que hacer. Parecerían los artículos espurgados por el santo oficio; y á fé que pocos quedarian sin espurgo si la inquisicion volviera, que ya verán Vds. como no vuelve. ¿Y qué prueba esto, sino que la tal division es un disparate? — Si á mis dignos colegas les pareciese dura la calificacion, traduciréla en blando, diciendo, que es prurito de clasificar lo que no tiene demarcacion propia; manía de dividir lo que no es conveniente separar para ningun fin bueno. — Para cumplir con la oferta de la particion fuera indispensable pintar coquetas cortesanas, aparte de las coquetas provinciales: retratar por separado al sacristan de Móstoles, y al del Buen Retiro: dedicar un artículo al empleado que pasea por la Rambla de Barcelona, y otro al que se distrae por la Fuente Castellana de Madrid: discernir en el primer tomo la criada del diputado que asiste á las sesiones, y en el segundo volúmen la misma criada cuando vive con su amo en provincia durante el entre córtes; y pardiez que no faltan entres y salgas, aperturas y clausuras, suspensiones, prórogas y disoluciones.

Pero bien conocida es la causa de la aberracion que impugno, y no se me ha de podrir en el buche. Calculáronse cien retratos, como pudieron echarse cincuenta ó trescientos: se presupuso (en los presupuestos siempre se va á ojo de buen cubero) que harian dos tomos; y no creyéndolos bastante separados con que cada cual tuviese su cosido, su encuadernacion, su cubierta ó su pasta, ocurrió el capricho de distinguir el mismo contenido, como aquel que explicaba las tres personas de la unidad divina por la corteza, la carne y las pipas del melon. Mas así como no faltó quien digera al dogmatizante que entre los tres agregados nunca sacaria otra cosa que un melon completo, tampoco ha de faltar quien objete al editor, que por mas que divida tomos, la obra será única, sin otra verdadera diferencia que los números primero y segundo puestos al canto en el tejuelo de la cámara baja.

Ea, pues, compañeros de pluma y de carteles, imitemos de hoy en adelante, á los periódicos y á los partidos constitucionales. Ellos dicen, ya no hay mas que españoles y ayacuchos: digamos nosotros, ya no hay sino españoles pintados, sin diferencia de volúmen. Y enmiéndense las cubiertas de las entregas, y sigamos dando brochazos, y cuestion acabada.

Otra oferta se ha hecho solemne y sustancial: que los tipos serian *exclusivamente españoles*. O esto quiere decir que los españoles son españoles, que es una necedad, ó quiera decir otra cosa, y entónces lo mismo se cumple esta que aquella: ofertas de Mendizabal. ¡Presentar al *Barbero* indígena de España donde, no embargante la abolicion capuchina, hay mas barbones que entre los moscovitas! Ni mas ni menos que fingirnos dueños de las *patrones de huéspedes*, siendo así que el oficio, las personas y aun el nombre han venido de Ultrapirineos. Se dirá, porque todo se dice, que entre el *Pretendiente* de un empleo en Paris, y el que solicita en Madrid, hay tales y cuales diferencias, nacidas de las costumbres, carácter y estado social; pero esto no constituye un tipo exclusivo de nacion alguna. No hay dos hombres, ni dos cosas cualesquiera absolutamente iguales, y todos los individuos no son tipos. Convendré, porque ya se me ha pasado el esplin, en que el *Torero* y el *Charran* pueden considerarse españoles por naturaleza y vecindad; mas otros retratos que veo y leo, son, con perdon de Vds., cosmopolitas perfectos.

Basta ya de digresiones prévias y de reñidores episodios, que voy á tardar en emprender el dibujo mas que un congreso en constituirse y contestar al discurso de la corona. A bien que no es chico el pedazo de artículo que he ensartado para introducirme, y de chanza ó de broma, nunca viene mal un retazo á los que trabajamos con medida.

Ahora voy á presentar un retrato que es español á machamartillo, castellano neto, compatriota por los cuatro costados, paisano á prueba de bombas de Monjuich, y mas castizo que los potros de Ubeda, y las merinas segovianas. El *Dómine* nació, ha vivido y está para morir en España, y nada tiene que ver con los aliados. Es la independencia nacional en cuerpo y alma, tan agena de las casacas encarnadas como de gallos y tricolores. Es, en fin, el españolismo por esencia, presencia y potencia, que jamás ha pisado otra tierra que la tierra de garbanzos. Una prueba es que todos los apellidos de su familia son castellanos rancios, sin mezcla de secta, como *Lucas Berrío, Cabra* y *Chuchumeco*: tan exclusivamente nuestros como el *maestro Quiñones*, el *licenciado Vidriera*, el *capitan Araña*, y el *rey Perico*. Pregunten Vds. á los literatos extranjeros por todos estos personajes de nuestra patria, y con tanta historia y geografía como revuelven, se quedarán al oirlos con las mandíbulas en ángulo de cuarenta y cinco grados: es decir, que ignoran lo que nuestros patanes manosean en sus diarios coloquios.

Y no como quiera es el *Dómine* tipo meramente español; tiene ademas la circunstancia agravante de ser el original que mas ejemplares ha producido: el que ha dado los fundamentos de su gloria á la república literaria; el que ha llenado el mundo de borlas, birretes, cogullas y capirotes: y si no respóndaseme á estas preguntas. ¿Qué teólogo, qué jurisconsulto, qué canonista, qué médico ha existido en nuestro pais, á quien no haya dado el *Dómine* las primeras lecciones de hablar y escribir correctamente? ¿qué tribunal, qué universidad, qué púlpito, qué coro, qué botica puede envanecerse de no haber pagado tributo al indispensable *Dómine*? Sin este agente universal de las carreras literarias, se hallaria vacía la mitad de los estantes de las bibliotecas; faltarian los principales glosarios de nuestros viejos códigos; habrian quedado desiertos los noviciados de los monasterios; y carecerian nuestras conversaciones de los salpicados bilingües que las florean ó las barbarizan. Diréla de una vez y mas en grande: el *Dómine* es el Adan de cuantos saben dónde tienen su mano derecha, el Ataulfo de los príncipes de las letras, el Mentor de todos los que declinan y conjugan, y el primer móvil de la omni sapiencia.

Pero hay otra observacion, que sobre todas descuella, y hace ver, no solo que el *Dómine* es tipo peculiar de nuestra nacion, sino que los españoles todos han estado sometidos á su influjo. España entera ha sido gramática por naturaleza y gracia, y la universalidad de sus habitantes fue clasificada en dos grandes secciones: los que no sabian ***gramática latina***, tenian *gramática parda*; ejemplo que no presentará nacion alguna, por aventajada que se crea en letras humanas. Un pueblo de gramáticos ni se conoció en los tiempos fabulosos, ni lo recuerdan los anales de la India, de Grecia ni de Roma.

Acaso no falte quien objete (la oposicion es tan dulce y comun como la venganza) que siendo tan español el *Dómine* ¿por qué fué á pedir nombre prestado á las orillas del Tiber? Mucho se pudiera alegar contra este escrúpulo, pero baste saber que la lengua castellana tiene en sí misma las voces de *preceptor* y *maestro de gramática* para designar este individuo, y que la de *Dómine* se ha familiarizado por la propension de los españoles á hablar latin desde que á ello se ponen. Así es que aprenden el idioma en el idioma mismo, por un arte escrito en la lengua que van á estudiar, y al segundo dia de concurrir al aula un chico de diez años sabe ya llamar al maestro *Dómine*, y preguntar *¿Licet mihi per te?* Hay mas: un barbero sangrador antes de saludar el arte escribe corriente *Recipe*; un notario romancista encabeza sus escrituras *In Dei nomine amen*; una monja, sin mas estudio que cojer un diurno, sabe cantar *Dixit Dominus Domino orino*, corrigiendo lo profano del texto; un ministro de Hacienda, que ni el forro de los libros conoce, obra en hebreo y maya en latin el *mutandas mutandas*; y hasta las beatas y los chiquillos saben el *Gloria Patri*. ¿Se quiere mayor demostracion de que el *Dómine* y su arte son connaturales en España?

Todavía hay mas que alegar en abono de mi propósito. Donde los conocimientos son exóticos hay dificultad en apropiarlos y mantenerlos, y los hombres mas eminentes apenas logran su aclimatacion. En Castilla sobran para perpetuar el latin las personas mas baladíes y lisiadas, las que no pueden servir para otros estudios. Tirso nos ha descrito el *Dómine* de Marta la Piadosa en estos sencillos términos.

....Un licenciado
en gramática, ordenado
de grados y de corona.

Y es que por lo comun se dedican á maestros de latinidad los que, yendo para clérigos ó letrados, cortan ó les atajan la carrera; ya ahorcando los hábitos y

casándose; ya de resultas de quedar señalados por la mano de Dios en pena de una diablura que los deja cojos, mancos ó irregulares; ya porque perdieron el tio que les daba estudios; ya porque les tocó soldados.

Dedúcese de aquí que el oficio de preceptor no se enseña ni se aprende; todos llegan á él sin pensarlo, sin saber cómo ni cuándo. El que empezó á estudiar creyéndose canónigo, ó corregidor, ó pulsista, se encuentra *Dómine* en la flor de su edad por arte de birli birloque, ó sea por el sino de los españoles á ser gramáticos y latinos. Puede decirse que el *Dómine* no existe en la naturaleza, ni en el órden regular, sino que aparece por una combinacion extraña, como el ganado mular; ó como los estambres de la rosa cultivada se convierten en pétalos; ó como el pedazo de barro que iba para olla y se trueca en jarro en manos del alfarero; ó cual trozo de madera, del que el escultor dice.

Si sale con barbas será San Anton
y si no la pura y limpia Concepcion.

Véase la causa por que yo no puedo entrar á describir el origen, patria y educacion del *Dómine*. Hay que tomarle ya formado y cual aparece, supuesto que hoy lo es, el que ayer no lo era, el que anteayer se creia cosa bien diferente.

Apenas se hallará pueblo mediano en nuestras provincias que no haya tenido cátedra de latinidad. En pocos faltó un eclesiástico de campanillas, un ricote venido de Ultramar, una solterona acomodada, ó un concejo concienzudo, que fundase esta obra pia. Porque es de saber que los *Dómines* no dependian del plan general de enseñanza, sino que en esta materia habia accion popular, que ejercitaba cualquiera, cuándo, dónde y como le acomodaba. Ya se ve, era una fragua indispensable para forjar tantos capigorrones y frailes como salian de los pueblos, y era ademas requisito para ser abogado, médico, boticario y cirujano latino, y hasta para ser monja de coro, sacristan, capiscol y salmista. Y obsérvese que de los pueblos donde habia mas facilidad de concurrir al estudio latiniparlante, se poblaban los conventos; y si no dígaulo Toro, Budia y muchos lugares de la Mancha.

Si se me pregunta por la figura corporal de mi héroe daré el texto de Quevedo, retratando al *Dómine* de Segovia: «él era un clérigo cerbatana, largo solo en el talle, una cabeza pequeña, pelo bermejo, los ojos avecindados en el cogote, la nariz entre Roma y Francia, la habla ética, la barba grande, comedor de una comida eterna sin principio ni fin.» O me remitiré al *Dómine* de Villamandós del P. Isla, que «era un hombre alto, derecho, seco, cejijunto y populoso, de ojos hundidos, nariz adunca y prolongada, barba negra, voz sonora, grave, pausada y ponderativa, furioso tabaquista.» Lo de ser enjutos, zanquilargos, anquisecos, acartonados y cariacontecidos, con las demas señales de flaqueza y espiritualidad, procede sin duda de que apacientan mas el alma que el cuerpo; pues como viven entre muchachos hambrones y ansiosos, á la par que enredadores é inquietos, su existencia se reduce á comer galopeado, á dormir en taquigrafía, y en cavilar en progreso rápido, lo cual los constituye en la demarcacion de las clases pasivas.

Los que participan de este temperamento son, segun los fisiólogos, nervudos y rijosos, pero como el estado unas veces, los trabajos mentales otras, y la escasa fortuna siempre, suelen apartar al *Dómine* de la coyunda matrimonial, queda por lo comun del género néutro, y cuando mas espuesto á tentaciones y lances de honor. Suelen decir las señoras de taleuto, que los hombres estudiosos son malos para maridos y buenos para amantes; porque quieren de tarde en tarde, pero quieren bien. Tal vez seguia esta máxima aquella dama de quien dice la copla vulgar.

La béndita Dorotea
que por el balcon se esconde,
es el orinal en donde
el *Domine labia mea*.

Por lo que toca á la vida y hechos del *Dómine*, expondré lo que me ocurra en resúmen, que es como si dijéramos, á paso de Luchana.

Cuando es casado, la esposa ha de ser marisabidilla, de las que el refran equipara á las mulas cozudas; y los chiquillos parlanchines y redichos. Los pupilos internos ayudan á los quehaceres de la casa en razon inversa de sus contingentes y regalos. Con los menos contribuyentes se ahorra la *Dómina* de criada, de niñera y de mozo de mandados; que por dejar el aula y que les disimulen la holganza harán los escolares todos los recados del mundo, por ruines que sean. Rarísimo es que los *Dominiquillos* hereden el magisterio de su padre por mas que este los ponga de mayoristas y pasantes: cansados de pelear con estudiantes aviesos y de reconocerles el trasparente, suelen apetecer otra profesion de menos ruido y mas provecho.

La mesa del preceptor siempre es alegre y esbelta: nadie padece allí indigestiones, ni se embota los sentidos. Un sopicaldo, y un cocido en que los garbanzos parecen islas flotantes, y un cuarteron de carne que hace de vasto continente, ni compromete á pedir el auxilio del doctor, ni ha menester lugar escusado. Allí se come para vivir, y no se vive para comer; y si no se obra el milagro de multiplicar los panes y los peces, se resuelve el problema matemático y físico mas difícil, de distribuir la menor cantidad de materia posible en el mayor número de dósis posible.

Salvas honrosas escepciones, los *Dómines* son dados á sentenciudos, tienen el gusto extragado y adolecen del carácter pedantesco. Los macarrónicos estravagantes y las sentencias que retumban y hacen eco, son para ellos de mas estima que los mejores trozos de Virgilio y de Ciceron. Muchos saben de memoria la carta de Pablo Merula, en que se cuentan las maravillas de España en un latin castellano: otros recitan el soneto del mismo género, que Rengifo pone en su arte poética; y pocos hay que ignoren el epígrama compuesto en el siglo pasado á la vírgen del Pilar de Zaragoza que empieza:

Sublimes admitte pias gratissima gentes,
Instaura celebres Sacra Maria choros.

¿Y qué preceptor de nombradía estuviera ignorante de los mas comunes laberintos, acrósticos, equívocos y macarrónicos? Uno relata entusiasmado aquello de Iriarte

Quod salamanquinis idioma retumbat in aulis

Otro recuerda con gloria la pepinada de la guerra de la Independeucia y principia

Currite Matritum, Versilia currite pronte,
Et Pepo de parte mea facitote mamolam

Y los mas tienen fruicion en celebrar hasta las nubes aquellos altisonantes de Nebrija

His atacem, panacem, cólacem, styracémque, facmeque.
Ambigo, currique furo, salago, quæso, hisco, fatisco.

Dije al principio que el *Dómine* estaba para morir, y se hace preciso explicar esta frase, no se vaya á creer que le mata su régimen dietético ó los malos ratos. Se muere, porque de hoy mas será inútil ó hará poca falta. Sin capellanes y sin capillas; con los libros elementales puestos en castellano; y con buenos códigos puestos en romance ¿de qué servirán los pre-

ceptores latinos? Sobrarán las escuelas de las universidades, institutos y seminarios. ¡Y esto lo ven con calma las gentes y no lo lloran los literatos! ¡oh ingratitud! Recrearos en vuestra obra, novadores; ya habeis acabado con el *Dómine*; pero cuenta que de hoy en adelante echareis muchas cosas de menos. Voy á indicaros algunos resultados de vuestra *dominante* revolucion.

En primer lugar, se irá desterrando del lenguage esa porcion admirable de palabras que tanto lo enriquecen, y apenas habrá quien sepa estampar el *infrascripto*, quedándonos reducidos al abajo firmado.

Veremos si hay escribanos que den fé de la *non numerata pecunia*.

No se encontrarán políticos que hablen del *salus populi*, aunque con candil se busquen.



El Dómine.

Ni los cómicos saldrán al *proscenio*, ni los soldados al *extramuros*, ni el monaguillo al *Via-crucis*.

Los avaros desconocerán el *in utroque felix* de las medallas que ahora leen y releen.

¿Y habrá viejas fervorosas que recen, como quien lo entiende, *Turris eburnea* y *Virgo potens Nequaquam*. (Y busque V. entónces esta sonora respuesta, á que jamas llegarán el raquítico *no* ni el *mil veces no* de los modernos.)

Por último, cuando haya muerto el *Dómine*, estarán Dios sabe dónde los españoles que hoy se pintan solos, entre ellos su servidor q. b. s. m.

FERMIN CABALLERO.

EL EXCLAUSTRADO.

BENIGNO lector: Si hasta ahora la mayor parte de los retratos que se te han presentado en esta galería pudieron dar ocasion á que se ejercitase en ellos la festiva pluma de sus autores, y á que tú te solazases un rato con la maligna pintura, has llegado hoy á uno en el cual tienes que renunciar á tan halagüeña esperanza; y si no quieres, por el contrario, afligirte, vuelve la hoja y pasa al artículo siguiente; que no he de emplear las armas del ridículo cuando se trata de un ser, epílogo y cifra de las miserias humanas, y á quien la suerte, á pesar de su carácter venerable, ha condenado á sufrir todas las calamidades que puede lanzar sobre la frente de un hombre

la mano airada de las revoluciones. Aunque mi pluma tuviese la punzante causticidad del malogrado *Figaro*, aunque el *Curioso parlante* me prestase la suya alegre y juguetona, me guardaria muy bien de emplearla para escarnecer el hábito sagrado del sacerdote, ni las respetables canas que adornan á la vejez desgraciada; que si en algun tiempo me aconteció tambien el sacar á la escena, entregando á la execracion pública, pasiones y crímenes de hombres que encerrára el claustro, cedí tal vez con harta facilidad al torrente que entonces nos arrastraba á todos; hallábase todavía mi ánimo preocupado con la idea de su antigua prepotencia, y sobre todo no habia visto á esos infelices cubiertos de andrajos, muriéndose de hambre, ó implorando en las calles la caridad de los mismos por quien se veian arrojados de su antiguo y pacífico retiro. No esperes, pues, reir, oh lector, en este artículo, y antes bien te diria que te aprestases á llorar, si fuese yo capaz de dar en esta ocasion á mi estilo el verdadero color que el asunto requiere.

Y al empezar mi tarea, dígote en verdad que no sé lo que debo decirte, ni cómo hacer un bosquejo, aunque imperfecto, del tipo que me ha sido encomendado; tipo peculiarísimo, en el dia, de nuestra nacion; tipo en ella de reciente fecha, y tipo, en fin, que desaparecerá en breve no dejando detras rastro alguno. Esto es decir, que este tipo no es realmente tipo; que no nace de costumbres mas ó menos arraigadas en el pueblo; que no ha podido él mismo formarse hábitos particulares, y *sui géneris*, y que no se le debe considerar sino como un fenómeno casual y pasagero, como un estado transitorio desde otro estado que existió hasta la muerte; en fin, como la negacion de todo estado, de toda posicion social, el juguete de la mas adversa fortuna.

En otro tiempo, á pesar de sus infinitas variedades, un fraile era entre nosotros un verdadero tipo; y sin descender á pormenores, se podian señalar ciertos caracteres generales de la especie, con que formar un cuadro verdadero y animado; pero un fraile que no es ya fraile, y que no ha pasado á ser otra cosa; un hombre acostumbrado largos años á un método de vida el mas regular y constante, entregado de repente á todas las vicisitudes de la mas angustiosa existencia; que vuelve á la sociedad despues de haberla abandonado, sin conocerla ahora, sin haberla conocido tal vez nunca; extraño enteramente á los hábitos de la vida comun; sin parientes, sin amigos; sin poder abrazar mas que una sola carrera, y esa humillada, pobre, perseguida; este ente, en suma, anómalo, indefinible ¿cómo le he de describir, cómo he de hacer de él un retrato parecido? ¡Imposible! Y así, Sr. D. Ignacio Boix, al repartirme este tipo que no lo es, ó ha cometido V. un error, ó se ha dirigido á quien no puede servirle. Exclaustrados hay, y no legos, á quienes hubiera V. podido dar con mas acierto este encargo, y que le desempeñarian á pedir de boca: porque al fin nadie pinta mejor sus miserias que uno mismo; y así como dió V. con su hombre cuando me encargó escribir el *Cesante*, puesto que lo soy, asi debiera haber ido á caza de algun *Exclaustrado*, que á la fé no anduviera V. mucho sin encontrarlo, siendo especie que no escasea. Mas ya que no tuvo V. tan buena ocurrencia, yo he sido mas feliz; pues pensando en el modo de complacerle, la suerte me ha deparado la ocasion de saber la historia de uno de estos desgraciados por boca del mismo interesado; y así es que me limitaré á contarle á V. lo que me sucedió una de estas noches pasadas.

Discurria yo por esas calles, sin objeto y cavilando como me suele suceder, cuando llegué á uno de esos derribos que tanto abundan en Madrid, y en los cuales un ancho y desierto solar ha reemplazado al suntuoso convento que antes en él se elevaba. La noche estaba serena y clara; la luna en su mayor creciente, ostentaba su plateado disco en la bóveda celeste, y hallábase como suspendida en medio del solar que iluminaba con sus rayos, á manera de una hermosa lámpara, proyectando, no obstante, sobre el suelo las sombras de las casas contíguas y de los montones de escombros que aquí y allí se veian. Paróme tan solemne espectáculo, y púseme á contemplarlo. Mi imaginacion enardecida pintábame lo que habia sido aquel lugar, lo que podia ser algun dia. Reconstruia en idea el derribado edificio, sus anchos muros, sus labradas puertas, el dilatado claustro, la suntuosa iglesia y los adornados altares. Veia lucir en estos las encendidas luces delante de la imágen venerada, y al austero religioso haciendo en ellos su oracion, ó recogido silencioso en su celda, ó entonando en el coro sus místicos cantares. Creia oir el sonido grave y prolongado del órgano uniendo sus acentos al monótono himno de los cenovitas, y los ritos religiosos desplegaban á mis ojos su pompa, infundiendo en mi ánimo el temor profundo de la divinidad. En seguida, como en mudable kaleidoscopio, se presentaba á mi fantasía otro cuadro muy distinto. Al antiguo y ennegrecido convento, reemplazó un moderno palacio brillante con todo el lujo que pueden reunir las artes nacionales y estranjeras. Lucian al través de los anchos cristales numerosas bugías, y sonaba el animado acento de música deliciosa, interrumpida con los alegres gritos de los convidados. ¡Qué contraste, me decia yo á mí mismo! Donde antes se alzaba la pacífica morada del solitario, oprime el suelo ahora la mansion bulliciosa del poderoso. El estrépito ha reemplazado al silencio; la orgía al ayuno; la licencia al recogimiento; las danzas á la oracion, y los báquicos cantares á los himnos religiosos: ya no se eleva á los cielos el humo santo del incienso; sino los vapores del vino, el perfume de los manjares condimentados con las mas aromáticas especias; no discurren por esos ámbitos toscos sayales, sino ricos trajes de oro, seda y pedrerias; no arden los corazones en el amor divino, sino que están abrasados con todas las pasiones mundanas; y acaso entre el festin y la algazara, se engendran planes de esterminio, crímenes y catástrofes. ¡Ah! quizá los refinamientos de las artes habrán ganado en esta trasformacion; pero ¿le ha sucedido lo mismo á la religion y moralidad de las sociedades?

Embargado mi espíritu con esta idea, no habia echado de ver la figura pobre y estenuada de un infeliz, que sentado en una piedra, en medio del solar, lanzaba tristes ayes y alzaba las manos y los ojos al cielo. Sus lastimeros suspiros llamaron por fin mi atencion; parecióme que lloraba, y de repente le vi que se postró arrodillado: cruzando ambas manos, apretándolas contra el pecho, y multiplicando sus sollozos, exclamó: «¡Dios mio, Dios mio, piedad, compasion de mí!» Acerquéme enternecido, y hallé que era un anciano como de setenta años, cuyas canas, ancha calva y arrugado rostro le daban á la vez un aire desvalido y venerable. Su aspecto me movió á compasion, y acercándome á él le dije:

«Buen hombre, ¿qué tiene V.?—Ah, señor, contestó, una limosna por el amor de Dios á este pobre Exclaustrado.—¡Es V. Exclaustrado! esclamé.—Sí, señor.—¡Y anda V. pidiendo limosna!—Esta es la primera vez... Pero mi miseria ha llegado al estremo: la he sufrido hasta hoy... Hoy me faltó ya todo recurso. Vivia en una miserable boardilla, y su dueño me ha arrojado de ella porque no podia pagarle el alquiler... Soy viejo, no puedo trabajar, en ninguna parte encuentro asilo ni amparo... Há cerca de dos dias que no pruebo bocado... Esta noche resolví implorar la caridad pública... Mas al llegar aquí me sentí desfallecer, y tuve que sentarme en una piedra. En este sitio estuvo algun dia mi convento... Creí que

mi hora postrera habia llegado, y rogué á Dios que la abreviase, contento con morir donde tantos años habia vivido dichoso, donde siempre pensé exhalar el último suspiro.»—Al decir esto, nuevo desmayo acometió al infeliz: tuve que sostenerle, y con dificultad le pude hacer entrar en una tienda inmediata, donde, merced á los auxilios que se le suministraron, volvió en si, y cobró algunas fuerzas. Luego que estuvo ya en disposicion de andar; «venga V. conmigo, le dige, esta noche la pasará en mi casa, y mañana veremos si hay algun medio de aliviar su suerte.—¡Ah! señor, contestó, ¡Dios le recompense á V. tanto beneficio! Y haciendo mil estremos de gratitud, me siguió. Hícele servir una ligera cena y preparar una cama donde se acostó quedándose á poco profundamente dormido. Por la mañana, cuando me levanté, me maravilló el verle ya vestido.—No le admire á V. esto, me dijo; nosotros los frailes tenemos hecha la costumbre de madrugar mucho, y en rayando el alba ya no podemos aguantar la cama.» Halléle bastante repuesto, y entonces pude fijar la atencion en el traje que llevaba. Nada en él indicaba el sacerdote. Una levita negra muy vieja y raida, pero que habia cepillado cuidadosamente, le cubria el cuerpo flaco y estenuado: harto ancha para su escuálida figura, daba á conocer á la legua que no habia sido aquel su primitivo dueño, y utilizados los pocos botones que le quedaban, estaba abrochada hasta arriba para tapar, juntamente con un pañuelo del propio color que mugriento y roto rodeaba el cuello, lo sucio de la camisa que por falta de compañera no se habia mudado en mucho tiempo. Los zapatos ya se puede inferir el estado en que se hallarian, y el muy escaso servicio que harian al pié, el cual por otra parte, no conocia el uso de la media, pareciéndose solo en esto el actual equipage del ex-fraile á su antigua vestimenta. Nada diremos de los pantalones, ni del derrengado sombrero, pues en ambos se echaba, sobre todo, de ver la miseria del que los llevaba. No quise que el buen Exclaustrado permaneciera mas tiempo en tan inmundos trapos; y á pesar de lo que resistia, reemplazaron sus harapos otras ropas mias que, aunque viejas tambien, parecian, comparadas con las suyas, que acababan de salir de los talleres de Utrilla. Hecha esta mudanza, hice servir el almuerzo, concluido el cual, manifesté á mi huésped mi deseo de conocer su historia; y él, complaciéndome al punto, empezó de esta manera.

«Soy natural de un pequeño pueblo de Castilla la Vieja, y nací por el año de 1770; es decir á V. que paso ya de los setenta años. Mis padres eran unos pobres labradores, y tenian cinco hijos, de los cuales yo era el menor: de estos, el primogénito debia quedar con ellos para ayudarles á labrar su escasa hacienda; otro se metió soldado, otro pasó á Salamanca á seguir los estudios, mientras servia á uno de los catedráticos; el cuarto se embarcó para América á probar fortuna; y á mi me destinaron á entrar en un convento; pues ya sabe V. que antiguamente, como el hábito merecia tanta veneracion y respeto en España, y á veces conducia á muy altos puestos y honores, pocas familias numerosas habia en los pueblos que no procurasen tener un hijo fraile, porque siempre era esto para él una colocacion ventajosa, y para los demas parientes una honra ó un motivo de proteccion y de futuros medros. Llamáronme, pues, desde niño, en mi pueblo el *fraile*; vestianme de hábitos, y siendo mas grandecito, de negro, con lo cual iba familiarizándome con la idea de mi futuro estado. A los doce años, sabiendo ya leer y escribir de corrido, pasé á Sepúlveda, en uno de cuyos conventos tenia un tio tambien religioso; y al amparo de él, estudié latin con el Dómine de la ciudad. Habia yo sacado tal cual ingenio, y no me faltaba aplicacion: así es que no defraudé las esperanzas que se formaban de mí, hice bastantes progresos, y me hallé en disposicion de que al llegar la edad competente pudiese entrar de novicio en el mismo convento de mi tio; y cumplido el año, profesé con gozo general, así mio como de mis parientes. Vds. que no tienen idea de las costumbres de aquel tiempo, que están hechos á juzgar de las cosas por sus teorías modernas, y para quienes un fraile es por lo comun, si no un objeto de horror, por lo menos de desprecio, no pueden concebir ese júbilo que entonces se apoderaba de toda una familia cuando un individuo de ella tomaba el hábito religioso. Pero lo profundo y firme de la creencia, el aspecto de santidad que rodeaba al profeso, la paz temporal que su nuevo estado le aseguraba, los bienes espirituales que le prometia, todo presentaba esta felicidad como una de las mayores que se pueden apetecer, y engendraba ese gozo puro y ardiente que, teniendo algo de celestial, no se parece á ninguno de los que procuran los bienes de este mundo.

«Entré, pues, en la religion, y desde entonces solo pensé en cumplir exactamente con las obligaciones que aquella me imponia, en adquirir la instruccion necesaria para merecer los altos puestos de la órden, y en hacerme apreciar y querer de mis superiores. Logrélo, con efecto; y como por ser jóven entonces sentia mi alma los naturales impulsos de la ambicion, confieso á V. que mas de una vez soñé con que por fruto de mis afanes me veria algun dia honrado con una mitra, siendo el padre de una diócesis dilatada, sentado tal vez en la silla primada de España, cubierto de distinciones debidas á mi rey y al Pontífice, y viendo mi nombre celebrado en la patria y fuera de ella. ¡Vanas ilusiones, que pronto se desvanecieron, y que el tiempo y la revolucion han convertido al fin en espantosa miseria! No porque al pronto no sonriese la fortuna á mis ambiciosos proyectos. Cobré fama con mi saber y mis virtudes, virtudes que si no llegué á tener en el grado que el mundo las creia, procuré al menos adquirirlas: el púlpito y la cátedra me dieron nombre; este nombre corrió por las muchas casas de la órden; mis superiores me hicieron pasar sucesivamente á varias de ellas; fui elegido prelado en algunas; y últimamente, veia delante de mí el mas brillante porvenir, cuando la invasion francesa vino por primera vez á lanzarnos de nuestros conventos. Vivia entónces todavía mi hermano mayor; y hallé en su casa un refugio donde pasé toda la guerra, concluida la cual, y restablecidos los conventos, me tocó pasar al de Madrid, donde emprendí de nuevo mis ejercicios de predicacion, logrando siempre atraer numerosa concurrencia de fieles. Ya en aquella época, la edad habia entibiado algun tanto mis deseos ambiciosos: en el tiempo de mi exclaustracion, haciendo votos al cielo por el triunfo de la patria, prometí, en el caso de que me restituyese á mi convento, renunciar á todo cargo dentro y fuera de la órden, limitándome á los ejercicios de simple religioso; y así lo cumplí, aunque el aprecio de mis hermanos y del monarca me brindó con los honores cuya idea tanto habia halagado mi juventud. No tuve que arrepentirme de ello. La paz del alma, el contento interior, y la satisfaccion de mí mismo, fueron la recompensa de mi conducta. Los austéros deberes de la religion, llegaron á ser para mí, no solo una costumbre, sino tambien un placer; y el estudio y la oracion, me hacian feliz, llenando cumplidamente mis afanes. Tal era mi abnegacion, que apenas sentí el primer período revolucionario; y como ni mi órden ni mi convento fueron de los suprimidos en aquella época, continué en el mismo método de vida, y seguí, despues de la vuelta del rey, cada vez mas retraido del mundo, cada vez mas olvidado de todos. Ya la vejez habia encanecido mis cabellos y menguado mis fuerzas: con mas de sesenta años, solo pensaba en prepararme á la muerte que

en mi concepto no podia tardar, pero que Dios ha querido sin duda alejar todavía para purificarme con no conocidos trabajos. Un dia, hallándome en mi celda entregado á una mística lectura, oí de repente un rumor extraño: llegaron hasta mí feroces alaridos, golpes horribles, tiros de fusil, y gritería como de pueblo amotinado. Salí para informarme de lo que era, y ví á todos los religiosos correr despavoridos por los cláustros: cuál procuraba buscar un secreto asilo donde esconderse; cuál acudia á los altares á abrazar las sagradas imágenes; cuál herido por mortífera bala, caia ensangrentado á mis piés. Perdí el sentido á tan horrendo espectáculo, y quedé exánime. En tal estado pasé muchas horas, al cabo de las cuales volví en mí, y me encontré en una cama. Supe enton-



El Exclaustrado.

ces, por los que me asistian, que una cuadrilla de hombres furiosos habia penetrado en el convenvento, profanando la casa de Dios y asesinando en nombre de la libertad á sus ministros; que yo habia sido encontrado entre un monton de cadáveres; mas que notando los que me llevaban que no estaba herido, y que respiraba, me habian colocado en aquel lecho. Recuperado de mi desmayo, y cobradas las fuerzas, salí favorecido por la noche y por uno de los que me asistian, que era miliciano, de aquella santa casa donde tantos años pasára una vida pacífica, y donde pensaba dejar en eterno reposo mis huesos. El miliciano me llevó á la suya, y le debí larga y benéfica hospitalidad; pero el fruto de nuestras discordias civiles le alcanzó tambien, habiéndose movilizado perdió la vida en una emboscada; y yo me vi abandonado, sin amparo alguno, ni mas recurso que la escasa pension no pagada que nos señaló el gobierno. En vano he buscado algun arbitrio, todos me han faltado: mi edad y miseria me cierran todas las puertas; apenas algun dia que otro consigo decir una misa, cuyo escaso producto se concluye al siguiente. He solicitado un curato, pero me han dicho que soy ya demasiado viejo: mi débil voz no me permite subir al púlpito; lo deteriorado de mi ropa me hace rechazar por todos aquellos en cuya casa me presento para servir de ayo de algun niño; pudiera regentar alguna escuela, pero jóvenes mas audaces é intrigantes se llevan siempre las que pretendo; tenia esperanzas de que un grande me admitiese de capellan, mas disminuidas sus rentas por la supresion del diezmo, ha tenido tambien que suprimir esta plaza: adonde quiera que vuelvo la vista, no encuentro mas que abandono; y por fin, mi miseria ha llegado al punto que V. ha visto ayer noche.

«Esto es en cuanto á los trabajos corporales y penalidades de la vida. ¡Pero cuánto mas es lo que sufren mi corazon y mi espíritu! ¡Ah! no sabe V. lo que es arrancar á un hombre anciano de la condicion en que ha pasado toda su vida, y con la cual ha identificado todo su ser, para pasar á otra que le es totalmente desconocida, que está en oposicion abierta con sus costumbres, sus ideas y sus esperanzas. Figúrese V. al desterrado que desde el cielo dulce y templado de Andalucía fuese trasladado á los climas helados del Norte; que acostumbrado á respirar el perfume de las flores, el aura suave que corre entre los bosques de granados, viese solo en torno de sí, sombríos pinos y apretadas nieves, sintiendo todo el rigor de las escarchas: ¡cuán dolorosa seria para él tan horrible mudanza! ¡cuán llena de penalidades correria su existencia! Pues no es menor la diferencia que hay para el mísero Exclaustrado, desde el mundo pacífico y religioso del cláustro al bullicio de este otro, mansion de crímenes, pasiones y miserias. Semejantes al emigrado, suspiramos siempre por volver á nuestra cara patria, á esa patria que nos habia adoptado, y en que estábamos como de paso para otra eterna y de inagotable bienaventuranza. Aquí todo es nuevo, extraño para nosotros; todo contraría nuestros gustos, nuestras inclinaciones. Echo de menos mi celda, aquella celda pobre, desnuda de adornos, sin mas muebles que una tosca mesa y dos sillas mal labradas, sin otra comodidad que una cama dura; pero mansion apacible que me habia acostumbrado á mirar como mi palacio; cuyo aseo era extremado; cuyas paredes ofrecian las imágenes de mi veneracion; y que si por dicha llegaba hasta ella el humo del incienso, ó en tosco barro brillaba la flor recogida en el huerto, me ofrecia una fragancia para mí de dulzor inefable. El rumor que continuamente asorda mis oidos, me hace mas sensible la pérdida de aquel nunca alterado silencio, en que mi alma se recogia para entregarse á las dulzuras del estudio ó á los éxtasis de la oracion ferviente. Las horas de la noche en que me solian llamar á los ejercicios piadosos, las paso ahora en dolorosa vigilia, durante la cual huye el sueño de mis ojos y solo encuentro lágrimas en ellos. Ya no voy á cuidar del altar preferido, ni de la imágen que era mis amores, ni enciendo ante ella la lámpara que ardia con una luz celestial. Si oigo una campana me entristezco; porque no es ya la que arreglaba las acciones de mi monótona, pero apacible vida. Hasta el grosero sayal, si bien me servia á veces de cilicio, era una gala lujosa comparada con los harapos sucios que suelen cubrir ahora mi cuerpo descarnado. El alimento me parecia entónces el maná que el cielo me enviaba para prolongar mi vida consagrada á su servicio, llegando á horas marcadas, sin que me acosase nunca la idea de su falta, y ac-

tualmente, atormentado sin cesar con el afan de buscarlo cuando menos puedo hacerlo, ó no le tengo, ó le debo á la caridad agena. Ultimamente, muertos todos mis hermanos, sin parientes, sin amigos, sin una persona que se interese en mi existencia, me veo solo en medio de este torbellino de gentes que se agita al rededor mio como una horrible pesadilla; y mas poblada estaba á mis ojos la soledad del claustro, donde veia seres que estaban identificados conmigo, que tenian mis ideas, mis costumbres, que entendian mi lenguaje y me hablaban conforme á mis creencias, que me asistian en mis enfermedades, estando seguro que rogarian por mi cuando pasase á mejor vida. ¡Ah! yo me habia acostumbrado á ver en ellos á mis únicos parientes y amigos; ellos reemplazan en mi corazon á mis hermanos muertos: su sociedad me era grata; su conversacien me distraia y enseñaba; juntos dirigiamos nuestras preces al Eterno, juntos comiamos, juntos nos paseábamos: las místicas discusiones eran nuestro recreo, las festividades religiosas nuestros espectáculos, los ecos graves y magestuosos del órgano nuestros conciertos. Cuando el altar resplandecia con mil y mil luces, cuando le habiamos adornado con verdes hojas y numerosos ramos de las mas bellas flores, cuando el incienso llenaba el ámbito de la iglesia, y aquellos acentos resonaban con religiosos himnos, y nuestras voces se mezclaban á la suave armonía, y veiamos á todo un pueblo humillarse ante el Eterno, entónces éramos felices, y no nos acordábamos de ese mundo que habiamos abandonado, y sus pompas y vanidades nos parecian despreciables. En el dia, separados, dispersos, perseguidos, muertos los unos, y estos son los mas dichosos, entregados los otros á la suerte mas adversa, solo nos queda el consuelo de que Dios tomará en cuenta nuestros padecimientos, y nos recompensará en la otra vida los males que por su amor padecemos en esta.»

Así habló el anciano, y dos abundantes venas corrieron por sus mejillas. Conocí entónces hasta qué punto debian llegar las penas de aquel desgraciado. Yo habia visto su miseria; pero no imaginaba siquiera los dolores de su alma, hasta que esta se hubo revelado á mis ojos. Consideré cuál seria mi estado si privado de repente de mi mujer, de mi hija, de todos los objetos de mis afecciones, de mi patria, y hasta de mis ocupaciones mas gratas, me viese arrojado á extraña tierra y en espantosa soledad, y midiendo por el mio la intensidad de su dolor, no pude menos de concederle una lágrima, maldiciendo la razon de estado que le redugera á él y los suyos á tan triste situacion, y culpando á los que no habian sabido ó querido hermanar los deberes de la humanidad con lo que esa razon y las circunstancias exigian. Templé no obstante mi dolor pensando que en una nacion religiosa como la nuestra, la caridad particular habria hecho lo que el gobierno descuidaba; que no á todos los infelices Exclaustrados les habia cabido una suerte tan lastimosa como el que tenia delante; que si bien muchos le acompañaban en su miseria, otros habian sido recogidos por parientes ó personas caritativas; que algunos mas jóvenes podian ejercer las varias ocupaciones que prescribe el sacerdocio, ó las que no son incompatibles con su sagrado ministerio; que no pocos pueblos los han admitido por sus párrocos; que la educacion de la niñez ha dado empleo á otros, y que todos, hasta los mas desgraciados, hallan consuelo y esperanzas en las creencias de una religion divina. Restábame solo buscar un medio de aliviar la suerte del que la Providenria habia traido á mi casa como para confiarle á mi solicitud; y ya que mi escasa fortuna no me permitia encargarme de su manutencion, tuve la dicha de hallar un colegio dirigido por un amigo mio, donde fue admitido para enseñar latinidad. Dedicado desde entónces á esta ocupacion penosa, mas para él agradable, ha sabido grangearse el afecto de todos, y los niños, á quienes considera como sus hijos, le quieren y respetan. El director está muy contento con él, y confio ya en que el pobre Exclaustrado, cuyas necesidades son pocas, podrá concluir en dulce quietud y cómoda mediania los pocos dias que le restan.

ANTONIO GIL DE ZÁRATE.

EL PATRON DE BARCO.

Así como los animales terrestres se diferencian mucho de los peces en organizacion, instintos y figura, así tambien la gente de la mar dista mucho en sus costumbres y caractéres de los que vivimos en estos socuchos desiguales é incómodos que se llaman pueblos y pudieran denominarse con mas propiedad cuevas u hormigueros. La mar, ese movible y dilatado Océano llamado elemento hasta hace poco por una equivocacion de la ciencia, con sus olas azules y plateadas y sus blancas espumas, no puede menos de influir en los seres que surcan su superficie marcándolos con un sello peculiar y distinto, si hemos de dar crédito á lo mucho que en este siglo de progreso se escribe sobre influencias de las ciencias en las artes y en las costumbres, de la legislacion en el teatro, y de la moral en la física, en lo que suele hallarse alguna que otra verdad y sobra de fantasía.

Es preciso, pues, que á mí tambien se me conceda la influencia del mar en todo lo que toca, para que pueda escribir un artículo que se llame hoy filosófico, ya que se dá este nombre á todos los escritos en que se trata de influencias, por mas que ni Aristóteles, ni Platon conociesen este nombre prodigioso, emblema de la filosofía moderna. Suponiendo desde luego la influencia del mar ó del diablo, que tanto vale sea el uno como el otro, lo cierto es que el Patron debe ocupar un lugar muy distinguido entre los tipos españoles por ser original en sus usos, trato y carácter, como se verá en este bosquejo que ofrezco al público.

No es mi ánimo molestar a mis lectores dándoles á conocer el origen del tipo que intento describir; notorio es, que se pierde en la oscuridad de los tiempos mas remotos, pues por lo menos es tan antiguo como Noé, el primer Patron del mundo, á quien no pueden negarse los honores de la inteligencia en este ramo, cuando en tormenta tan deshecha como el diluvio supo conducir una nave de aquel tamaño.

La infancia de los que se dedican á la marinería es poco mas ó menos como la infancia de los demas hombres, con todas las miserias y ventajas de la edad, si se esceptúa la pobreza en que suelen aquellos criarse; pobreza nada agradable, pero que los hace ágiles y fuertes para el trabajo. Mas apenas llegan á la niñez, cuando en vez de entretenerse jugando en los barrios con los de su edad, acostumbran dedicarse á coger en las playas algunos mariscos para comerlos; aficion primera y natural que pasa luego á ser una especulacion mercantil como otra cualquiera, vendiéndolos por las calles, cuando creciendo en años y en necesidades el niño, se va ensanchando en rededor el horizonte de sus deseos.

Allí, en las solitarias orillas del mar, al rugido de las olas y de los vientos, es donde se engendra la verdadera aficion á las navegaciones: lenta y sosegada en su orígen, como todos los sentimientos humanos, se convierte luego en una pasion irresistible que decide el porvenir de la vida. Reunido el niño en la playa con otros compañeros, descalzo y casi desnudo entre las rocas halla en aquellas arenas todo su universo. Los mariscos entretienen su hambre, ínterin llega la hora de la frugal comida que en su casa le preparan; los guijaros del mar le sirven de armas, y muy en breve le enseñan sus compañeros á manejarlas con destreza; las piedras le dan asiento, y la

custodia de algun barquichuelo que deja el dueño en la orilla al muchacho, le dan el derecho á pedir un pedazo de pan, cuyo valor solo conoce el que ha sabido ganarlo en la soledad de las playas. En ellas es donde se desarrollan los miembros del niño con las continuas carreras y violentos ejercicios, y donde se adquiere aquel temple de alma que se necesita para luchar brazo á brazo contra las borrascas.

Los baños frecuentes que se dan sin prévio dictámen facultativo, mal que pese á Hipócrates y Galeno, son otros tantos ensayos cuyo ejercicio asegura algun dia su salvacion en medio de los mayores peligros, y el arte de nadar se aprende allí sin arte por solo los impulsos de la naturaleza. Estos niños que pasan en el agua una gran parte del dia en las estaciones templadas, carecen ordinariamente de aquellos principios de educacion que reciben las clases mas pobres. Sus planas son las arenas donde trazan algunas líneas y muñecos con algun chinarro, y sus libros el espejo cristalino de las aguas que nada dice á sus jóvenes inteligencias; si bien habla mucho á sus corazones con la ferocidad de sus rugidos.

Así pasa la niñez de los marineros, si se esceptúan algunos que teniendo padres adelantados en la profesion, aprenden á leer y á escribir mal, y esta es la aristocracia de la clase marinera; que tambien existe ese poder en la baja clase, á semejanza del mar donde se encuentran largas ballenas y mezquinos camarones; sin que obste este ejemplo á los naturales é imprescriptibles derechos del hombre, tan defendidos por algunos encopetados publicistas. Feroces, desmoralizados por lo comun, dan una idea clara de lo poco que valen los instintos sin educacion, verdad que se aprende en todos nuestros puertos, y que como tal la publicaríamos, si el celebre romanticismo no lo prohibiese á boca llena.

Pero al fin, mientras que el genio sin ayuda de las reglas disparata que dá gusto oirlo, vá creciendo el marinero y ya empieza á navegar bien en el barco de su padre, si lo tiene y es Patron, ó en el de alguno que lo recibe, digámoslo asi, como meritorio de aduana. Entonces comienza para él una nueva época: ya zagalon, como vulgarmente le llaman, entra en el aprendizage por medio de los cortos pero frecuentes viajes, y vá tomando alguna parte en las faenas á medida del aumento de sus fuerzas. El sube á echar rizos á la punta del palo cuando es necesario, saca el cubo á la gente que se marea, y se encarga de hacer algun mandado cuando se salta en tierra, lo que le vale unos cuantos cuartos para gastarlos en la taberna. Con una mala camisa, un pantaloncillo de paño burdo que apenas le baja de las rodillas, una descomunal faja y gorro encarnado, desnudas las piernas y descalzo, sin mas abrigo en lo bajo que la influencia atmosférica, á guisa de perro de aguas, se va ensayando con un remo de muchas varas en la mano, y semejante á algunos de nuestros oficinistas, siempre registrando papeles que no saben leer, no hace cosa que de provecho sea á pesar de la gran cantidad de fuerza que pone en juego para producir el movimiento del barco.

De aquí en adelante, creciendo en años y en inteligencia, y añadiendo nuevos trabajos á los antiguos, se hace marinero, y ya se observa en su fisonomía y en su trage el aire particular que á esta clase distingue, hasta que la suerte próspera, sin mas razon que la casualidad ó el capricho, lo levanta de la miseria, como otros muchos que nada deben á la mar, y con un capitalito reunido decide comprar su barco.

No todos los que se dedican á esta profesion llegan á ser Patrones, como tampoco todos los empleados de rentas llegan á ser intendentes, ni todos los diputados ministros, ni todos los revolucionarios dictadores. Hay muchos marineros viejos que amarrados al remo, como lucéldo á la roca, pasan su vida siempre en *boga*, puesto que no cesan de bogar, y su fin suele ser la miseria ó la entrada en alguna casa de misericordia, como existen empleados cesantes, diputados sin esperanzas de ser ministros, y tribunos que mueren en los cadalsos. Pero al fin el que llega á ser Patron ya puede contar con una suerte mas descansada, si existe algun descanso en la miserable condicion humana.

La vida de estos hombres es muy vaaiada segun los diversos rangos que no en la sociedad, sino en la mar ocupan, dedicándose unos á la pesca, otros á la conduccion de efectos y algunos á llevar pasageros en cortas travesías. Estos últimos, como que tienen ocasion de tratar con personas tan diversas en sus contínuos viajes, son los que ofrecen mas variedad en sus costumbres, especialmente en Andalucía, donde compite la gracia que allí llaman *zalero* con el calor y viveza de una fantasía siempre exaltada. Ninguna de las personas que jamás haya salido de Castilla ó de estas provincias del centro de España, acostumbrado á ver la gravedad y silencio con que se van acomodando nuestros pasageros en las diligencias, pudiera formarse una idea del bullicio y algazara que acompañan á los viajes por mar del Puerto de Santa María á Cádiz en la corta travesía de dos leguas.

No bien llega al muelle cualquier pasagero, cuando se vé cercado como por encanto de una multitud de marineros que le dan prisa para que se embarque, empleando cada cuadrilla todos los medios que están á su alcance para llevárselo consigo, mientras los Patrones están en segundo término, y solo salen á la escena cuando se presenta alguna familia numerosa ó gente de alta alcurnia, de la que espera un buen flete ó agasajo. Los medios, las industrias que allí se ponen en juego para llevarse al transeunte, son mas bien para vistas que para contadas, acomodándose fácilmente á la clase y capacidad de los viajeros. Si es una señora viuda, ó viene sola, se lleva casi como por fuerza con cierto aire de galantería, le dan la mano al bajar el muelle á satisfaccion de la interesada; si un señor marqués ó un buen capitalista, se le llama padrino aunque sea un renegado; si es algun exclaustrado, se le trata con una gravedad que raya en devocion, mientras el Patron con voz sonora dice á los marineros fingiendo gran prisa «muchachos, vámonos que ze bá er bieuto:» á este grito se nota gran movimiento en los marineros que están dentro del barco, unos toman las palancas y otros recogen los remos, lo que da un rayo de esperanza al paciente viajero que se lleva aguardando dos y mas horas embarcado esperando el momento de la marcha, que con tanto estrépito se anuncia y segun tarda nunca llega. En esto van los marineros embarcando á todo el que pueden, y apenas aparece alguno que tiene trazas de viajero, cuando grita desde la proa un muchacho ágil y de escelentes pulmones que hace medio dia está con la palanca en la mano en ademan de botar el barco «á Cai mos hamos, á Cai: anden oztes zeñores que ze ba el barco y ze quedan entierra.»

A fuerza de las repetidas quejas de los pasageros comienza el barco á moverse hácia adelante, mas á cada bulto que aparece en el muelle, vuelve aquel atrás para recogerlo entre el descontento y las voces de los que ya se creian en marcha, hasta que al fin se embarca el Patron y todo camina con mas ó menos rápido progreso segun sopla el viento, lo que tiene alguna conexion con nuestro desgraciado país, donde progresan mas ó menos las fracciones políticas segun soplan los vientos de los destinos.

Vestido el patron con un chaqueton de paño burdo, con su sombrero calañés y faja encarnada, y medias y zapatos, poco comunes en los marineros, marcha sentado en la popa con el timon en la mano dirigiendo la maniobra. Su aire es grave, su hablar sentencioso, tomando muy poca parte en las anima

das conversaciones de la reunion, como hombre de gran importancia, y dejándose caer de vez en cuando con alguna decision oportuna sobre el asunto de las generales discusiones. Contínuamente preguntando sobre la duracion del viaje, la bondad ó malicia de la mar y algunos pronósticos del tiempo, que caen bajo el dominio de su inteligencia, contesta á todos con oportunidad, pero sin extender sus palabras mas allá de lo que exigen las preguntas, y usando siempre de las voces técnicas de su oficio, como el Médico á palos, que hablaba en griego para mayor inteligencia de sus oyentes.—Diga V., señor Patron, prorumpe la exánime señora en tono compungido ¿estaremos á las ocho en Cádiz?—Segun el *marage*; si sopla el sudoeste llegaremos cuando Dios quiera, á no sé que entremos antes é lo riguló de bolina.—Pero Patron, todavía falta una hora para las ocho. A esta pregunta nada contesta; pero su misterioso silencio despierta el interés de la interpelante: ¿Y á las ocho y media?—Con Dios: vamos, curro, *toma* un *rizo* y tú, Pepe, *caza er trinquete* que tenemos viento.

Despues de haberse hecho algunas preguntas que no han merecido respuesta del aristócrata Patron, echa un cigarro y comienza á tararear alguna cancion marina con mas calma que oido y buen gusto. Cuando se acaba el viaje que suele durar poco mas de una hora, sin contar los ratos que pasan en el barco antes de la marcha, el Patron se encarga de dar la mano á las personas mas notables para que salten en tierra, saludándolas con cortesía, é indagando como quien no quiere la cosa si piensan regresar pronto para conducirlas á la vuelta. Toda la indolencia y apatía de los Patrones para la salida en busca de los nuevos pasageros, se convierte en una celeridad increible cuando algun caballero ó familia que trae prisa le fleta el barco. Entónces á la mas leve insinuacion del viajero se pone en movimiento la tripulacion; siendo tan grande la agitacion general de los marineros, cuanta diferencia hay entre una peseta que paga cualquiera á dos duros que cuesta el flete segun costumbre.

Los Patrones no son aficionados á las riñas; sin embargo, una vez metidos en danza, no ceden tan fácilmente: su lenguage es áspero é incorrecto, pero siempre grave y aristocrático. Sus casas, que mas bien parecen embarcaciones segun los muchos cordages, garruchas, remos, palancas y demas útiles que del oficio allí se encuentran, son pobres y de mal aspecto, siendo muy contados los Patrones que llegan á hacerse ricos. Desprendidos en demasía y aficionados por lo comun á lo que llaman *trifulcas*, gastan con facilidad en las tabernas lo que les produce el pasage; allí suelen naufragar muchos marineros con mas frecuencia que en el agua; que tambien se naufraga en tierra y no pocas veces en la original Andalucía. A estos gastos deben agregarse los que se consagran al culto que se tributa á esas diosas en cuyos altares se quema oro en vez de incienso, y que son tan numerosas en aquellas tierras, si hemos de dar crédito á los dichos del vulgo.

Los Patrones mantienen generalmente una dilatada familia, pues como poseedores de un capital se entregan con frecuencia á las dulzuras conyugales. Sus hijos siguen casi todos la misma profesion, que no es una cosa cualquiera, adquiriendo tambien la honradez de su padre, quien por tener áspero trato y groteseas maneras no carece de cierto fondo de pundonor que le caracteriza, si se esceptúan los engaños é intrigas que trae consigo la carrera; ni son de extrañar semejantes modales que se avienen mucho con los movimientos y rugidos del mar, el que á pesar de tantos siglos como lleva observando las populosas ciudades que nacen, se civilizan y mueren en sus orillas, todavía permanece en su estado natural y salvage, y seguramente no le faltará alguna razon para ello.

A imitacion del dilatado Océano, no varia el Patron tan fácilmente sus usos; las mismas costumbres de ayer son las de hoy: para ellos no son los siglos herederos de los conocimientos de otros siglos; pues siempre permanecen en el mismo estado á pesar del tiempo y las costumbres. No se viste el Patron los dias festivos como el albañil, ni celebra los lúnes como los zapateros; siempre en movimiento, es raro el dia en que no viaja, por lo que la buena ropa queda reservada para una semana santa ó un *Corpus Christi*, en cuyas fiestas salen á volar todas las notabilidades que existen en los armarios. Entónces se pone el Patron un pañuelo punzó al cuello, pantalon ancho y zapatos de becerro blanco con una chaqueta y capa nuevas de paño azul, si es invierno, y que suele durar algunos soles como dura en el mundo todo lo que poco se usa. En esos dias se visitan mas de una vez las tabernas, pues un par de docenas de cañas de manzanilla son condiciones *sine qua non* de la celebridad de ciertos actos. Los dias mas notables perderian para los Patrones toda su solemnidad si no lo revelara el agradable calor del estómago promovido por el hirviente vino, y el no menos agradable retintin del choque de los vasos en los brindis de ordenanza. Por supuesto que en tales ocasiones no se come en casa; es forzoso disfrutar de los amigos, y partir con ellos la mesa en alguna tienda ó ventorrillo.

No es el Patron tacaño en sus correrías, antes bien, gasta cuanto tiene con sus compañeros, como toda la gente de mar, lo que es una cosa bien maravillosa cuando tanto trabajo cuesta gastar un ochavo á nuestra gente de tierra. Seguramente el mar debe ser muy desprendido, pues que tan buenas lecciones da á sus habitantes, y así lo justifican las nacaradas y prodigiosas conchas que lanzan sus olas en la ribera.

En medio de esas numerosas reuniones consagradas á la santificacion de las fiestas, segun las rancias costumbres de la gente marina, es donde reluce el carácter de los Patrones. Grave pero agradable, chistoso sin viveza, complaciente sin afectacion, y amigo sin lisonja, se entretiene con la conversacion de sus camaradas, como les llama, hasta el punto de olvidarse de sí propio, con una sonrisa tranquila en los lábios, donde se reflejan todas las simpatías de su corazon. Al estruendo de los vasos y botellas giran mil animadas conversaciones entre los que se pronuncian los nombres de sus *jembras* con aquella emocion que sienten los hijos ardientes de la hermosa Andalucía.

No siempre son hombres solos los que se reunen: algunas veces lleva cada uno su *gachona*, y entónces las comidas son mas animadas y duraderas. Curioso es por demas oir las palabras de los marineros en una de sus solemnes reuniones. — Camaraás, exclama el que entre ellos hace cabeza, que por lo comun es el Patron mas antiguo, sacando un peso que hace sonar sobre el mostrador: Toabía tengo yó aqui seis maraveizej é plata pá está echando combiaáj jazta que demoj á la bela. — Oiga ozté, replica una moza tirándole de la patilla: la combian le toca á zeñó Cayetano, y si no aquí eztán unas moneas que aunque é luto jarán beni laj cañaj. — ¡Biba é rumbo salero! exclaman los mozuelos entusiasmados. — Miuzté, prenda, que donde eztá er Patron Juan Perez naide fondéa er borsiyo; montoñej, la combiaá por mi cuenta. — Puej bengan laj cañaj. — Bengan de ai. — Poco á poco, dice un mozuelo deteniendo á los que ya se preparan á empinar los vasos. Naide lo güela jazta que la Maria no noj diñe una rasion de música. — Bueno questá, contesta el condescendiente Patron; éa, muchachoj, bamojayá. Y al choque de los vasos y al estruendo de las palmadas entona Maria unas sentidas playeras, arrancando con ellas mas aplausos en la taberna del tio Miñarro, que la Malibran en el teatro de la gran ópera italiana en Paris. El fin de todas estas jaranas es el sueño mas ó menos prolongado, segun la cantidad de licor que cada uno tiene en su estómago, lo que se

llama en términos técnicos dormir la *mona*, y no pocas veces pagan las mujeres propias, al llegar á sus casas los marineros, las culpas y desdenes de las extrañas. Mas hoy que la paz de los matrimonios, como antigualla que no está en uso, solo se encuentra en los libros de moral, y no hay cosa mas comun que la entrada de un marido borracho por su casa tirando los trastos á su mujer, no ofrece esto novedad para un artículo de costumbres.

Donde verdaderamente se comprende el carácter del Patron, donde se admira toda la extension de su genio, no es en las tiendas de vino, ni en un viaje de mar en calma; es preciso verlo y estudiarlo en la tempestad para saber apreciar todo su valor y entusiasmo. Cuando el huracan furioso levanta un mar en cada ola, cuando cargado el cielo de nubes parece juntarse con la tierra, entónces el Patron, semejante á un ser fantástico, sobrenatural, aparece en toda la extension de su original carácter. De pié en la popa, y llevando el combatido timon en ambos manos, repasando las espumosas olas con los ojos desencajados, que parece sondear los abismos del Océano, expresando en su atezado rostro los sentimientos del alma, se aumenta su denuedo y osadía á medida que va creciendo el peligro, y sin desmayar un momento, mantiene con sus furibundos y desentonados gritos á toda la tripulacion horrorizada. Firme como una roca en medio de los continuos vaivenes de la embarcacion, manda toda la maniobra con los ojos, los gestos y las voces; y cuando el miedo va sobrecogiendo todos los ánimos, impávido y sereno alza al cielo la frente mas severa y encolerizada que el mar que le rodea. A cada rugido de las olas responde con un grito espantoso; él habla á los aquilones, á los mares, á los cielos, y al inflamarse su frente con la luz del relámpago, al escuchar el estampido del trueno, el silbido del rayo que se precipita á sus piés entre las espumas, desafía lleno de cólera á todos los elementos. Las aguas le arrebatan el timon y la arboladura del barco; le estrellan contra los escollos; deshechos fragmentos vagan á merced de las ondas, y en medio de las voces y gemidos de los náufragos, habla, lucha brazo á brazo con la muerte, hasta que una montaña de agua le sepulta para siempre, ó mas afortunado llega á fuerza de trabajo á la desierta ribera.


El Patron de barco.

En este último caso ofrece su carácter otro cuadro tan digno de estudiarse como el anterior. Apenas toca la tierra, la besa con entusiasmo, y recostado sobre las arenas, con la mano en la mejilla, el rostro pálido y macilento, los ojos melancólicos y fijos en los últimos restos del bajel que sobrenada á lo lejos, demanda á las aguas su perdida fortuna, y una sonrisa amarga entreabre sus lábios al ver desaparecer el lejano fragmento de su barco. «¡Adios!!!» exclama entónces, y un raudal de lágrimas recorren sus mejillas al pensar el triste porvenir que aguarda á su amante esposa y sus queridos hijos. En esta situacion es donde repasa en su memoria los trabajos y fatigas que le proporcionaron aquella aniquilada fortuna, los continuos peligros de las navegaciones, las privaciones de una existencia consagrada á tan penosa profesion, su edad que ya toca regularmente en el último tercio de la vida, la dificultad de volver á poseer un nuevo buque, y en lo mas profundo de aquel corazon

insensible á las mas récias tempestades se derrama toda la hiel de los dolores, y acusa al mar de bárbaro porque no le sepultó para siempre en los abismos.

Mas esta desesperacion pasa como pasan todas las violentas pasiones; como pasan los hombres unos tras otros sin dejar apenas señal de su existencia, y despues de haberse consolado en los brazos de su familia, vuelve á la mar á los pocos dias trabajando de marinero otra vez lleno de las mas lisonjeras esperanzas. El claro espejo de las aguas ya tranquilas le hace olvidar sus pasados tormentos, y el instinto irresistible que arrastra al desgraciado á las navegaciones, le mantiene siempre en su ejercicio sufriendo los duros contratiempos de la suerte.

Son pocos los Patrones de barco que llegan á acumular grandes riquezas, ya por el desprendimiento con que esta gente gasta lo que gana, ya por las pérdidas y averías que sufren en sus viajes. Su vejez es generalmente tranquila por la union que reina en la gente de mar, que les prohibe desatender á los suyos en sus frecuentes necesidades. Retirados entónces á sus casas y viviendo de sus ahorros, si los tienen, ó de la caridad de sus compañeros, van pasando sus postreros dias en la oscuridad de una vida retirada. Mas es tanto el influjo que ejercen en el hombre los hábitos adquiridos, que es muy raro el dia en que no vayan estos infelices a echar sus paseo al muelle, viéndose algunos que en medio de sus muchos años, y sostenidos sobre dos muletas, se entretienen en mirar los barcos que salen y responder á las consultas de los jóvenes en casos imprevistos y dudosos.

El respeto que les tributan los marineros los pone á cubierto de ser el juguete de los pilluelos de calle, siempre en contradiccion con la ancianidad doliente, y las alabanzas de los suyos les hacen merecedores del aprecio público.

Este es uno de los fines mas halagüeños á que conduce la navegacion; algunos Patrones perecen en el mar, otros quedan inútiles á fuerza de trabajo, y muchos se ven obligados á recurrir á la caridad pública acabando su triste vida en los hospitales. Contados son los Patrones que abandonan su profesion; el mar es el verdadero elemento de estos hombres: solo una absoluta escasez de trabajos en la marina los puede obligar á que la abandonen, y es muy frecuente verlos volver á sus antiguas tareas apenas cesan las circunstancias que los separaron de ellas.

SEBASTIAN HERRERO.



El Elegante.

EL ELEGANTE.

¡VEDLE ahí! ¡Ese es! El mismo que años atrás, allá en vida de nuestros abuelos, se llamaba *señorito de ciento en boca*, *pirraca* y *paquete*; el que mas tarde, y cuando nuestros padres enamoraban, trocó estos nombres por los de *petit-maitre* y *currutacos*; el mismo en fin, que aun nos acordamos de haber oido apellidar *lechuguino* en época no muy lejana por cierto.

Hoy esta nomenclatura de *El Elegante* ha progre-

sado admirablemente; hoy, merced á lo que el idioma de Mariana, de Leon y de Herrera *se ha enriquecido*, el antiguo *pirraca*, el moderno *lechuguino*, puede escojer entre una porcion de títulos, á cual mas pintoresco y castizo, como *Dandy*, *fashionable*, *leon*, ó por mejor decir, *lion*, si hemos de hablar técnicamente: pero así como diz que el hábito no hace al monge, tampoco el título importa un bledo para el tipo, que con el trascurso de los años ha cambiado de traje, mas ni un punto solo en sus inclinaciones, costumbres, ideas, *mision* y carácter.

Hay voces en nuestra lengua á las que no se les dá comunmente su acepcion propia y natural: *Elegante*, segun el diccionario de la Academia, quiere decir *hermoso*, *galan*, *bien hecho*; y soberanos chascos se llevará el que tomando esta esplicacion al pié de la letra, busque todas esas cualidades en los séres que bullen en nuestra sociedad, y á los que se les aplica el adjetivo en cuestion.

El *fashionable*, *el leon*, puede ser alto ó bajo, feo ó bonito, espigado ó rechoncho, tuerto ó jorobado, moreno ó rubio, sin que por eso deje de pertenecer á la especie indicada: lo que importa es que se dedique dia y noche á justificar el dictado con que se honra y envanece; lo que importa es que no falte á ninguno de esos preceptos de la elegancia, que al revés de las constituciones, sin hallarse escritos, son fielmente cumplidos y observados. Así, el que reune á las ventajas físicas las materiales, eso es miel sobre hojuelas, y podemos calificarle de rey de la tribu, ó de presidente de república tan homogénea como compacta.

Yo tengo para mí que el Elegante desciende por línea recta de aquel Narciso famoso que cuentan se pasaba las horas muertas contemplándose en la limpida corriente de los rios, por no haberse descubierto todavía en Venecia ese objeto tan útil y querido de las hermosas, como odiado de cierto linage de gentes que suelen verse en él de la manera que los pintó Iglesias en uno de sus festivos epigramas. Y tornando un poco atras, es decir, cojiendo el hilo desde antes de esta digresion, que sin saber cómo se me ha venido á la pluma, voy á apuntar algunas de las razones que me ocurren para justificar esta tal vez maliciosa é infundada sospecha, de la afinidad de mi tipo con el que tuvo el mal gusto de enamorarse de sí propio. Para esto forzoso es que me siga el lector á la vivienda del Elegante, á la calle, al prado, á las sociedades, á todas partes.

Lo primero que hace el *hombre de buen tono* (que tambien por esta castiza metáfora se le conoce), en cuanto amanece para él, que no ha de ser antes de las doce del dia, es pedir un espejo. En él observa si sus bigotes se han desrizado, si el cabello está lácio y descompuesto, si algun pelo de su barba se atreve á sobresalir mas que los otros. En seguida, y aunque en bata y pantuflas, se contempla delante de otra luna de cuerpo entero, que reproduzca el suyo en toda su esbeltez y donosura, si tal fortuna logra. En el gabinete, en la sala, hay espejos por do quier; en la chimenea, en el tocador, sobre las mesas, y hasta en los peines con que se alisa sus bucles sedosos y perfumados. Despues de la prolija operacion de vestirse, en que suele emplear no mas que tres horas, sale erguido y rozagante, ansiando por reflejar su perfilada imágen: los cristales de las tiendas sirven maravillosamente para este fin, y el Elegante se mira con delicia ó con dolor al pasar, segun que le satisfaga ó no aquel rápido exámen. Si entra en una guantería, en una peluquería, ó en un café, nuestro hombre se extasía en la admiracion de sí mismo; si se para delante de una hermosa en algun baile, es para que le sirva de disculpa á las miradas que dirige al trémol inmediato, y que muchas veces le presta una osadia inexplicable. Por último, no es extraño ni sorprendente encontrar *dandys* que lleven un diminuto espejo pegado en la copa del sombrero por su parte interior, ni otros que se examinen en la sombra, si cosa mejor no encuentran á mano.

Justificado el extremo que me propuse, hora es ya de describir lógica y ordenadamente mi tipo en todas sus diferentes faces: tarea improba por cierto y no nada propia de fuerzas tan débiles y escasas, aunque tanto se presta el asunto, que pienso, si no salir airoso, no quedar al menos de todo punto desairado.

El Elegante es el hermano legítimo de la *Coqueta*: bastará para probar este aserto con asentar que una de sus primeras cualidades, la que mas le lisonjea y le solaza, es la de *Coqueton*; mas cúmpleme poner en evidencia los demas puntos de contacto que los dos entre sí tienen: ambos son esclavos de la moda, ambos la tributan el mas rendido culto; uno y otro tienen iguales deberes, idéntica vida y semejantes ocupaciones. Ella como él se consagran al placer en todas sus variadas formas; él como ella usan á las veces de los mismos medios, si bien no para lograr el mismo fin.

El verdadero *dandy* no es empleado, militar, contratista, banquero, ni abogado; no es mas que *dandy* pura y simplemente, y así deberia constar en el padron del alcalde del barrio. Con frecuencia es un misterio la historia de su lujo y de su boato; y quizás alguna dama vetusta, de esas que aun se acuerdan del reinado del gran Cárlos III, pudiera narrárnosla, si en voluntad le viniese. No es esto decir que no haya elegantes propietarios ni títulos; al contrario, si mucho abunda la especie que antes hemos indicado, no escasea tampoco la última, que es la legítima, la *pur sang*, como diria alguno de sus individuos en ese lenguaje convencional, ni francés ni castellano, y que es uno de los distintivos de mi tipo. Así, á cada palabra española une otra que aprendió en sus viajes, ó que leyó en algun libro, no siendo extraño que cometa algunas incorrecciones, tales como:

—Hoy hace un calor *desolant*.

—La Marquesa está bonita como una *pepiniére*.

—El Conde de C... ha muerto de *migraine*.

Hay una obra longuisima, y rebosando filosofía, en que se intenta probar (y yo no sé si prueba) que el hombre verdaderamente feliz es el que desengañado del mundo y sus vanas pompas toma el portante y se va á sembrar patatas ó coles, en algun rincon lejano, donde tenga por sociedad las cabras y los ciervos, por música el canto alegre de los pájaros, por lecho la fresquísima yerba, por techo la bóveda celeste. Nárranse y se encarecen allí los goces y fruiciones del alma, y háblase de la quietud del espíritu, de la tranquilidad de la conciencia, y de otras muchas cosas que llamamos ya antiguallas en nuestro siglo. Yo creo que esa casta raza de filósofos de la especie de S. Gerónimo, va desapareciendo por dias, y que ahora el hombre verdaderamente feliz que existe en la tierra, es el conocido por *dandy*, *fashionable*, *leon* ó como nos plazca llamarle.

Por supuesto que uno de los preceptos de la elegancia es no tener penas, ó por mejor decir, ser insensible á ellas. Así Eduardo, Julio, ó Enrique (nombres indispensables) sabe con resignacion estóica la muerte de su padre ó de su hermano; y en cambio se desespera si Utrilla ó Borrel le sacaron ancho un frac ó estrecho un pantalon: así, lee sonriendo el billete perfumado en que Amalia ó Eloisa le retiran su amor despues de tres años de relaciones, y se aflige y rabia si por ejemplo el estirado guante amarillo forma una imperceptible arruga. El Elegante hace, pues, profesion de escéptico y de positivo, ainda mais, de seductor y de irresistible. Si por casualidad alguna mujer no acoge benévolamente sus pretensiones, dice á todo el mundo con envidiable candor: «¡Es extraordinario! ¡Sin duda me han puesto mal con ella, ó no me ha mirado bien!»

La vida del *fashionable* es lo mas divertido que pue-

de darse; á las doce se desayuna; en seguida se viste y á las tres sale; si es invierno al Prado, si es estio á la calle de la Montera á oir lo que se miente, ó á tomar parte activa en tan sabrosa ocupacion. Esta es la hora tambien de las visitas, de esas deliciosas conferencias, en que el calor y el frio se discuten con una variedad y una elocuencia pasmosas. ¡El Prado!.. Hé ahí uno de los sitios donde mas á sus anchas campea y brilla mi tipo: ya guiando un ligero tilbury ó una preciosa *briska*, hace admirar su soltura y su gracia; ya muellemente recostado dirige miradas fulminantes á las notabilidades femeninas, mientras su *jockey* conduce el carruaje, y le hace volcar con la mayor gracia del mundo: ya en fin cabalga al lado de una elegante carretela, enviando por la ventanilla dulcisimas frases de amor envueltas entre el polvo que levanta el coche, ó entre el humo que despide su cigarro.

Hay cosas que un elegante no se permite nunca, y una de ellas es pasear por otro lado que por el que se llama *París*. Fuera verdaderamente un acontecimiento y una degradacion, que hasta los periódicos consignarian, que se olvidase de su decoro hasta el punto de *traslimitar* de una manera tan escandalosa; fuera, en fin, tan grave como si entrase en el teatro antes de la mitad del primer acto á lo menos, ó por casualidad comiese algun dia á las cinco menos dos minutos. En esta escrupulosidad para cumplir las leyes de la elegancia, es en lo que consiste principalmente la reputacion del *fashionable*.

El *leon* consagra algunos momentos antes de tomar el cotidiano alimento de la tarde, á descansar en los blandos divanes del casino, ó á hojear tal cual periódico, que suele ser el *Diario de Avisos*, para enterarse de las funciones que hacen por la noche en los teatros. Escusado es decir que es sóbrio en sus comidas; porque ¿no se confundiria con un gañan ó con un hortera el que tuviese buen apetito? En seguida se digna aparecer en el coliseo; pero no se olvide que cuando la comedia ó la ópera estén comenzadas. Esto tiene un doble fin; primero, el de ostentar esa indiferencia que tan bien cuadra al Elegante; segundo, que le flechen hasta dos docenas de anteojos las que ocupan los palcos. Feliz él si al pasar oye:—«¡Qué buen mozo es Fernando!—¡Con qué gusto se viste!—¡Qué bien se pone la corbata!—¡Es un hombre modelo!—¡Es un modelo de hombre!»

Estas esclamaciones suelen alternar con otras de diferente género.—¡Caramba! que me ha hecho V. ver las estrellas, dice el militar á quien un furioso pisoton viene á sacar de su éxtasis.—¡Diantre de pisaverde! murmura un viejo á quien derriba el sombrero al pasar.—¡Qué peste á almizcle! esclama una señora nerviosa tapándose las narices con el pañuelo.—¡Ay! ¡mis gafas!.. grita uno de esos médicos que las usan, sin duda para conocer mejor las enfermedades, al ver que se las lleva enganchadas entre los dijes de su cadena el Elegante.

Y entre tanto imponen silencio unos; se impacientan otros; ármase una especie de motin, y nuestro hombre impávido y triunfante arriba á su luneta habiendo conseguido su primordial objeto; el de llamar la atencion, el de *hacer efecto* en la sala. Pero aunque instalado en su asiento, no por eso cesan las tribulaciones de sus vecinos. El *dandy* es *dilletante* hasta la médula de sus huesos; generalmente no sabe una nota de música, pero delira por ella, y tararea con algunas inexactitudes, verdad es, todos los *sparttitos* de Bellini y de Donizetti. Asi, mientras la prima donna ejecuta la *Casta diva* de la *Norma*, ó la polaca de los *Puritanos*, el Elegante le hace el duo, con gran desplacer de los que se hallan inmediatos. Otras veces interrumpe á los artistas con estrepitosas exclamaciones, ya lanzando un ¡*bravo*! cuando todos callan, ya prorumpiendo en estas ó semejantes palabras:

—¡Oh! ¡Giulia Grissi! ¡si tú estuvieras aquí!

—¡Qué diferencia de Rubini!

—¡Qué degollacion tan espantosa!

—¡Oh Paris! ¡*mon Paris cheri*!

Porque es de notar que Paris es el gran recurso del *fashionable*: el que no ha estado en aquel emporio de la elegancia, no ha hecho sus pruebas para ser admitido en la clase. Ademas, á ese le faltan los grandes recursos de desdeñar todo lo que no sea frances; de enternecerse con los recuerdos de por allá, con la memoria del *Boulevard* y del coliseo italiano, de las Tullerías y del sastre Ragneau, únicas cosas que de la inmensa capital suele conocer el *dandy*.

Dos ocupaciones gravísimas acostumbra tener tambien este en el teatro: aparentar fastidio é indiferencia, ó dirigir visuales á diestro y á siniestro, ya enderezando sus miradas hácia un palco bajo, ya alzándolas no menos que hasta la tertulia. Antes lo dije: el Elegante es *coqueton* sobre todo. Y ¡cómo se huelga y se solaza cuando, dándole una palmadita en el hombro, le dice algun amigo:

—¡Seductor! ¡Bribonazo! ¡que cuentas por docenas tus amadas!

Para justificar tan envidiable reputacion, desliza frases de serpiente por los oidos de las incautas é inocentes jóvenes, de esa raza que pronto será una tradicion en la sociedad actual. El *leon* debe contar siquiera siete amantes. ¿Qué menos? una para cada dia de la semana. Y por Dios que injustas son si quejan, pues él á todas las ama igualmente. Haciendo parte del número siete, ó fuera de él, que esto importa poco, ha de tener precisamente *una querida*, escogida entre la clase de las guanteras, modistas, etc., para enseñársela á sus amigos como un objeto mas de lujo, como un mueble precioso é indispensable. Con no menos frecuencia suele abandonarla tambien; y entónces siempre le queda á la muchacha el recurso de buscar otro mas constante, ó si la echa de sensible, sorberse una noche un pomo de veneno, ó dar un salto por la ventana. Aqui mi cualidad de verídico me obliga á decir en descargo de la conciencia del Elegante, que este último extremo pertenece á la categoria de los fenómenos.

Si el Elegante cuenta tres ó cuatro de esos lances escandalosos en que son víctimas los maridos, para pavonearse en los salones con la aureola de Lovelace, ¡magnífico! Si dos mujeres se le disputan y arman un alboroto públicamente por él ¡sublime! Si despues de esto abandona á l.s dos rivales ¡merece que se lo erijan estátuas!

¡Qué es verle en las reuniones, ó en las *soireés* y en los *raouts*, como él dice siempre, volar cual ligera mariposa, de flor en flor, buscando la mas bella y la mas lozana, soltando aqui una palabra dulce, allá una reconvencion, mas lejos un elogio, alli una invectiva sangrienta ó un sarcasmo, que á veces sobra para descomponer unos amores de tres años! Por ejemplo, Julia tiene por amante á uno de esos hombres sin pretensiones, que llevan una levita hasta que se rompe y un sombrero hasta que se engrasa. Pues bien, el *fashionable* aprovecha un momento en que el candidato para marido se aleja, y dice á la hermosa con tono incisivo y punzante:

—¿Quién es el sastre de Florencio? Decidle que me le envie mañana, para hacerme un frac de pico de pato como el suyo.

El amor en las mujeres resiste á la ausencia (aunque esto sea casi fabuloso), sobrevive quizás á la muerte del objeto querido (á pesar de que raye en lo increible), no se estingue sin duda con la miseria (en cuyo caso se llama heroicidad); pero muy raras veces es superior al ridículo. Así, Julia comienza á hallar grotesco á su amado desde aquel instante; se sonroja si alguno le mira, y acaba en fin por dejarle plantado, y por perder un casamiento ventajoso, quedándose probable-

mente soltera. ¡Y todo por la sátira de un elegante! ¡Véase si esta especie tiene poco influjo en la moderna civilizacion!

El *dandy* mide la importancia de las personas por el traje que llevan, y en su consecuencia les otorga ó no su amistad y su aprecio. Lo primero que hace con todo individuo que se le aproxima, es revisarle de los piés á la cabeza. ¡Desgraciado de él si su chaleco no es *á la derniére*, ó si lleva guante oscuro! ¡Infeliz si se permite presentarse sin botas de charol, ó con un *paletot* antiguo! entónces el pobre hombre recibe un gesto de desden, se le saluda friamente, y se le vuelve la espalda. Por el contrario, si es un *dandy* perfilado y pulcro, desde el momento se le alarga la mano, se le jura *devouement* y cariño eternos, y se le concede intimidad y confianza. Solo una escepcion puede haber en esta regla general; que el uno tenga *celos* del otro porque le aventaje en esbeltez, en invencion, ó en boato.

Mas llega un dia en que comienzan para el *dandy* los pesares y los disgustos; cuando el talle principia á encorvarse, cuando los dientes fluctúan entre las dos quijadas, cuando el cabello blanquea ó desaparece enteramente. Entónces las horas de tocador son un suplicio para él; entónces suspira amargamente al encajar en su boca los objetos que tan diestramente fabrican Rotondo y Monasterio, ó al usar ya el aceite de Boujican, ya los casquetes de Pelaez. Entónces es lector asiduo del *Diario* y del *Avisador* con el fin de ver dónde anuncian mejores cosméticos para desarrugar la tez ó poblar las calvas: entónces, por último, *fashionable* jubilado, nota al pasar las sonrisas burlonas de los jóvenes que no le admiten en su circulo: oye los sarcasmos de los viejos que tampoco le aceptan, y de quienes él no quiere ser aceptado, y sufre los desaires de las mujeres, que odian de corazon al individuo que cumple los cuarenta sin estar casado. Porque el verdadero Elegante ha de vivir y ha de morir soltero: algunos hay que se arrepienten, y suelen ser buenos esposos y excelentes padres; pero esto es la degeneracion, el envilecimiento de la especie.

Tanto como son alegres y placenteros los verdes años del *leon*, son tristes y amargos los postreros de su existencia. Ser indefinible, que ni es jóven ni viejo, que vive sin presente y sin porvenir, que se alimenta con el recuerdo de sus glorias, es como esos monumentos de la edad media, que hoy queremos remedar ó recomponer, despojándoles de su belleza pasada y de su belleza actual. Lo mismo, pues, es el hombre que aquellas maravillas de los remotos siglos; cuando los años le roban su frescura y su esplendor, nada tan magestuoso, tan imponente como una blanca cabeza y una arrugada frente; ¡nada tan magnífico ni tan poético como las ruinas de un templo antiguo ó de un palacio suntuoso, cuyas piedras va arrancando una á una la mano invisible y poderosa del tiempo!...

El último período de la vida del Elegante se refunde casi enteramente en la de otro tipo que no es solo español, sino universal: el solteron. Pasan para él los dias uno tras otro sin goces y sin esperanzas; hállase aislado de todos y de todo: aquellas canas que cuidadosamente tiñe, en vez de veneracion, inspiran desprecio. Entregado á manos mercenarias, no tiene quien se siente junto á su lecho y vele en sus noches de dolor; ni quien venga á derramar en su alma ese bálsamo dulcísimo del consuelo, que cierra las llagas del corazon, que fortifica las creencias, que aviva la fé, que hace renacer los sentimientos, que sostiene y prolonga la existencia. ¡Y luego el dia en que sus ojos se apagan para siempre, no hay nadie que le llore, nadie que le ame, nadie que grabe un recuerdo de cariño ni deposite una flor sobre su tumba abandonada!

¡Y todo por no obedecer esas leyes inmutables de la naturaleza, que á cada época de la vida asignan sus deberes y sus obligaciones; que á la juventud perdonan el aturdimiento, la veleidad, la ligereza; que á la edad madura prescriben la sensatez y el juicio; que á la ancianidad imponen la dignidad y el decoro!

RAMON DE NAVARRETE.

EL HOSPEDADOR DE PROVINCIA.

¿QUIEN podrá imaginar que el hombre acomodado, que vive en una ciudad de provincia, ó en un pueblo de alguna consideracion, y que se complace en alojar y obsequiar en su casa á los transeuntes que le van recomendados, ó con quienes tiene relacion, es un tipo de la sociedad española, y un tipo que apenas ha padecido la mas ligera alteracion en el trastorno general que no ha dejado títere con cabeza? Pues sí, pio lector: ese benévolo personage que se ejercita en practicar la recomendable virtud de la hospitalidad, y á quien llamaremos el *Hospedador de Provincia* es una planta indígena de nuestro suelo, que se conserva inalterable, y que vamos á procurar describir con la ayuda de Dios.

Recomendable virtud hemos llamado á la hospitalidad, y recomendada la vemos en el catálogo de las obras de misericordia; siendo una de ellas dar posada al peregrino, y otra dar de comer al hambriento. Esto basta para que el que en ellas se ejercite cumpla con un deber de la humanidad y de la religion: y bajo este punto de vista no podemos menos de tributar los debidos elogios al Hospedador de Provincia. Pero ¡ay! que si á veces es un representante de la Providencia, es mas comunmente un cruel y atormentador verdugo del fatigado viajero, una calamidad del transeunte, un ente vitando para el caminante. Y lo que es yo pecador, que escribo estos renglones, quisiera cuando voy de viaje pasar antes la noche al raso ó

En un pastoril albergue
que la guerra entre unos robles
lo olvidó por escondido
ó lo perdonó por pobre,

que en la casa de un hacendado de lugar, de un caballero de provincia, ó de un antiguo empleado, que haya tenido bastante maña ó fortuna para perpetuarse en el rincon de una administracion de rentas ó de una contaduría subalterna.

Virtud cristiana y recomendada por el catecismo es la hospitalidad, pero virtud propia de los pueblos donde la civilizacion ha hecho escasos progresos. Así se vé que los paises semi-salvages son los mas hospitalarios del mundo; y se sabe que en la infancia de las sociedades, la hospitalidad era no solo una virtud eminente, sino un deber religioso, indeclinable, y de que nacian vínculos indisolubles, entre los individuos, entre las familias y entre los pueblos.

La hospitalidad de los españoles en los remotos siglos está consignada en las historias, es proverbial; y que no han perdido calidad tan eminente, y que la ejercitan, con las modificaciones, empero, que exigen los tiempos en que vivimos, es notorio, pues, que los que la practican merecen con justa razon ser considerados cual tipos peculiares de nuestra sociedad, como verá el lector benévolo que tenga la paciencia de concluir este artículo. Artículo que nos apresuramos á escribir porque pronto la facilidad de las comunicaciones, la rapidez de ellas, lo que crecen los medios de verificarlas, y el aumento y comodidad que van tomando las posadas, paradores y fondas en todos los caminos de España, disminuirán notablemente el nú-

mero de los *Hospedadores de Provincia*, ó burlarán su vigilancia é inutilizarán su bien intencionada índole; ó modificarán su cristiana y filantrópica propension, hasta el punto de confundirlos con la multitud que vé ya con indiferencia, por la fuerza de la costumbre, atravesar una y otra rápida aunque pesada y colosal diligencia por las calles de su pueblo; ó hacer alto un convoy de cuarenta galeras en el parador de la plaza de su lugar.

El tipo, pues, de que nos ocupamos es conocidísimo de todos mis lectores que hayan viajado, ya hace cuarenta años, en coche de colleras ó en silla de posta con compañero á partir gastos; ya ahora en diligencia, en galera ó á caballo agregados al arriero. Porque ¿cuál de ellos en uno ú otro pueblo del tránsito, no habrá encontrado uno de estos tales, que andan en acecho de viajeros, y en espera de caminantes para obsequiarlos? ¿cuál de ellos, no habrá sido portador de una de esas cartas de recomendacion que como á nadie se niegan se le dan á todo el mundo? ¿Cuál de ellos, en fin, ó por su particular importancia, ó por sus relaciones en el pais que haya atravesado, no habrá tenido un obsequiador? Sí, el *Hospedador de Provincia* es conocido por todos los españoles, y por cuantos extranjeros han viajado en España.

Vá uno en diligencia á Sevilla, á despedir á un tio que se embarca para Filipinas, ó á Granada á comprar una accion de minas, ó á Valladolid, ó á Zaragoza á lo que le dá la gana, y tiene que hacer los forzosos altos y paradas para comer y reposar. Y hé aquí que apenas sale entumido de la góndola, y maldiciendo el calor ó el frio, el polvo ó el barro, y deseando llenar la panza de cualquier cosa, y tender la



El Hospedador de provincia.

raspa en cualquiera parte las tres ó cuatro horas que solo se conceden al preciso descanso, se presenta en la posada *el Hospedador* solícito, que al cruzar el coche conoció al viajero, ó que tuvo prévio aviso de su llegada, ó porque el viajero mismo cometió la imprudencia de pronunciar su nombre al llegar al parador, ó porque hizo la sandez de hacer uso de la carta de recomendacion que le dieron para aquel pueblo.— Advertido, en fin, de un modo ó de otro, llega pues el *Hospedador*, hombre de mas de cuarenta años, padre de familia y persona bien acomodada en la provincia, preguntando al posadero por el señor D. F. que viene de tal parte y vá á tal otra. El posadero pregunta al mayoral y este dá las señas que se le piden, y corre á avisar al viajero que un caballero amigo suyo desea verlo. Sale al corredor ó al patio, el cuitado viajero, despeluznado, súcio, hambriento, fatigado, con la barba enmarañada si es jóven y la deja crecida, ó con ella blanquecina y de una línea de larga si es maduro y se le afeita; con la melena aborrascada, si es que la tiene, ó con la calva al aire, si es que se le oculta y esconde cartísticamente, ó con la peluca torcida si acaso con ella abriga su completa desnudez, y lleno de polvo si es verano, y de lodo si es invierno, y siempre

mústio, lagañoso é impresentable. Y se halla frente á frente con el *Hospedador* vestido de toda etiqueta con el frac que le hicieron en Madrid diez años atras, cuando fué á la jura, pero que se conserva con el mismo lustre con que lo sacó de la tienda, y con un chaleco de piqué que le hizo Chassereau cuando vino el duque de Angulema, y un cordon de avalorio al cuello, y alfiler de diamantes al pecho y guantes de nuditos; en fin, lo mas elegante y atildado que ha podido ponerse, formando un notable antítesis con el desaliño y negligente trage del viajero.

No se conocen, pero se abrazan, y en seguida el *Hospedador* agarra del brazo al viajero y le dice con imperioso tono: *venga Sr. D. fulano á honrarme y á tomar posesion de su casa.* El viajero le da gracias cortesmente y le manifiesta que está rendido, que está impresentable, que no se detiene la diligencia mas que cuatro horas; pero el *Hospedador* no suelta presa, y despues de apurar todas las frases mas obligatorias, y de prohibir al posadero que dé á su huésped el mas mínimo auxilio, se lo lleva trompicando por las mal empedradas calles del lugar á su casa, donde ya reina la mayor agitacion preparando el recibimiento del obsequiado.

Salen á recibirlo al portal la señora y las señoritas, con los vestidos de seda que se hicieron tres años atras cuando fueron á la capital de la provincia á ver la procesion del Corpus, y la mamá con una linda cofia que de allí la trajo la última semana el cosario, y las niñas adornadas sus cabezas con las flores de mano que sirvieron en el ramillete de la última comida patriótica que dió la milicia del pueblo al señor gefe político. Y madre é hijas con su cadena de oro al cuello formando pabellones y arabescos en las gargantas y turgentes pecheras, llevando ademas las manos empedradas de sortijones de grueso calibre. Queda el pobre viajero corrido de verse tan desgalichado y súcio entre damas tan atildadas, por mas que le retoza la risa en el cuerpo notando lo etereoclito de su atavío; y haciendo cortesías, y respondiendo con ellas á largos y pesados cumplimientos, lo conducen al estrado, y lo sientan en el sofá, cuando él deseara hacerlo á la mesa. Al verse mi hombre en tal sitio vuelve á pensar en su desaliño y desaseo, y trasuda, y pide que le dejen un momento para lavarse, y..... pero en vano: el obsequiador y su familia le dicen que está muy bien, que aquella es su casa, que los trate con franqueza, y otras frases de ene, que ni quitan el polvo, ni atusan el cabello, ni desahogan el cuerpo; pero que manifiestan que está mal, que aquella no es su casa, y que ni hay ni asomo de franqueza.

Entran varios amigos y parientes del obsequiador, el señor cura y otros allegados; nuevos cumplimientos, nuevas ofertas, nuevas angustias para el viajero. Llena la sala de gente, el *Hospedador* y su esposa desaparen para activar las disposiciones del obsequio. Y mientras retumba el abrir y cerrar de antiguas arcas y alacenas, de donde se está sacando la vajilla, la plata tomada y la mantelería amarillenta, resuenan los pasos de mozos y criadas que cruzan desvanes y galerías, y se oyen disputas y controversias, y el fragor de un plato que se estrella, y de un vaso que se rompe, y el cacareo de las gallinas á quienes se retuerce á deshora el pescuezo; y se percibe el chirreo del aceite frito, perfumándose la casa toda con su penetrante aroma. Una de las niñas de casa se pone á tocar un piano. ¡Pero qué piano, ánimas benditas!... ¡qué piano! La fortuna es que mientras cencerrean sus cuerdas sin compás ni concierto una pieza de Rosini, que no la conociera la misma Colibran, que sin duda no se le debe despintar ninguna de las de su marido, el señor cura está discurriendo sobre la política del mes anterior con el pobre caminante, que daria por haber ya engullido un par de huevos frescos y por estar roncando sobre un colchon toda la política del universo.

Concluye la sonata, y un mozalvete, que es siempre el chistoso del pueblo, toma la guitarra y canta las caleseras, y luego hace la vieja, con general aplauso, y luego, para que se vea que tambien canta cosas sérias y de mas miga, entona tras de un grave y mesurado arpegio, la Atala, el Lindoro y otra pieza de su composicion. Y gracias á que saltaron la prima y la tercera, y á que no hay ni en la casa, ni en la del juez, ni en la del barbero, ni en la botica, ni en todo el pueblo, cuerdas de guitarra, aunque se le han encargado ya al arriero; que cesa la música súbitamente con gran sentimiento de todos, y pidiendo repetidos perdones al viajero, que está en sus glorias, creyendo que este incidente dará fin al sarao y apresurará la llegada de la cena. Pero está en el salon el hijo del maestro de escuela, que acaba de llegar de Madrid, y que representa maravillosamente imitando á Latorre, á Romea y á Guzman, y todos á una voz le piden un pasillo. El se escusa con que está ronco, con que se le han olvidado las relaciones, porque hace dias que no repasa sus comedias, y con que no está allí su hermana que es la que sale con él para figurar. Pero insisten los circunstantes. Y ya el cómico titubea anheloso de gloria. Y al verle poner una silla en medio del estrado, para que le sirva de dama, una de las señoritas de la casa, por mera complacencia, se presta á hacer el papel de la silla, y se pone de pié entre el general palmoteo. ¡Silencio! ¡silencio! gritan todos, los criados y criadas de la casa, y hasta los gañanes y mozos de la labor se agolpan solícitos á la puerta de la sala; las personas machuchas que rodean al obsequiado le dicen, sotto voce: ¡verá V. qué portento!!! Y el hijo del maestro de escuela con tono nasal y recalcado sale con una relacion del Zapatero y el Rey, estropeando versos y desfigurando palabras, y con tal manoteo y tan descompasados gritos que el auditorio, *nemine discrepante*, le proclama el Roscio, el Talma, el Maiquez de la provincia. Piden en altas voces otro paso, y el actor se descuelga con un trocito del Guzman, que tiene igual éxito. Y porque está ya ronco y sudando como un pollo, se contentan los concurrentes con que les dé por final algo de la Marcela. Concluida la representacion cree el obsequiado que cesará el obsequio, y en verdad que fuera razon. Pero como aun no está lista la cena, el obsequiador y su esposa, que ya han concluido el tomar disposiciones, y que ya han dejado sus últimas órdenes á la cocinera y al ama de llaves, vuelven al salon. Y empiezan á enredar en laberinto de palabras al huésped, contándole lo bueno que estaba el pueblo el año pasado, y lo mucho que se hubiera divertido entónces, porque habia un regimiento de guarnicion, con una oficialidad brillante. El soñoliento, hambriento y fatigado viajero, bosteza y responde con monosilabos, y pregunta de cuando en cuando..... ¿cenarémos pronto? y el patron le dice, al instante, y sigue contándole cómo se hicieron las últimas elecciones, los proyectos que tiene el actual alcalde de hermosear la villa y otras cosas del mismo interés para el viajero; cuando ve entrar al sobrino del señor cura, y en él un ángel que le ayude á divertir al obsequiado mientras llega la cena, que se ha atrasado porque el gato ha hecho no sé qué fechoría allá en la cocina. Efectivamente, el sobrino del señor cura es poeta, improvisa, y en dándole pié se está diciendo décimas toda una noche. Entra en corro, las señoritas de la casa hacen el oficio de la fama patentizando al huésped su clase de habilidad. Todos le rodean, le empiezan á dar pié, y él arroja versos como llovidos. Ya no puede mas el cuitado viajero ¡qué desfallecimiento! ¡qué fatigas! ¡qué vahidos!... Cuando afortunadamente vuelve á la sala la señora, que salió un momento antes á dar la última mano al obsequio, y dice: *vamos á cenar si V. gusta*,

caballaro. ¡Santa palabra! grita la concurrencia, y todos se dirigen al comedor.

—¡Espléndida, magnífica cena! veinte personas van á devorarla y hay racion para ciento. ¡Qué botellas tan cucas! de vidrio cuajado con guirnaldas de florecitas y letreros dorados que dicen *viva mi dueño, viva la amistad.* Una gran fuente redonda ostenta entre cabezas de ajos y abultadas cebollas veinte perdices despatarradas y aliabiertas, cuál boca abajo, cuál panza arriba, cuál acostadita de lado, dando envidia al aburrido viajero. En otra gran fuente ovalada campean seis conejos descuartizados prolijamente; allá perfuman el ambiente con su vaho veinte y cuatro chorizos fritos; acullá exhalan el aroma del clavo y de la canela ochenta albondiguillas como bolas de villar; ¡qué de menestras! ¡Qué de ensaladas! Servicio estupendo, aunque muchas cosas están ahumadas, otras achicharradas, casi todo crudo por la prisa, y todo frio por el tiempo que se ha tardado en colocarlo en simetría grotesca.

Náuseas le dan al pobre viajero de ver ante sí tanta abundancia, y mas cuando todos le hostigan á que *coma sin cortedad porque no hay mas*, y cuando la señora y las niñas de casa le dan cada una con la punta del tenedor su correspondiente finecita. Y cuando el Hospedador le insta á repetir y comer con toda confianza, y se aflige de lo poco que se sirve olvidando que

comer hasta matar el hambre es bueno,
y hasta matar el comedor es malo.

¿Mas quién encaja este axioma en la mollera de un *Hospedador de provincia* por mas que lo recomiende Quevedo?...

Los platos se suceden unos á otros como las olas al mar embravecido; al de las perdices, arrebatado por una robusta aldeana alta de pechos y ademan brioso, le substituye otro con un pavo á medio asar. Al de los conejos, levantado por los trémulos brazos arremangados de una viejezuela, otro con un jamon mas salado que una sevillana. Y ocupa el puesto de los chorizos la fruta de sarten, y el de las menetras mostillo, arrope, tortas, pasas, almendrucos, orejones, y fruta y calabazete, y leche, y cuajada, y natillas, y ¿qué sé yó? aquello es una inundacion de golosinas, un alubion de manjares, que parece vá á añadir una capa mas á nuestro globo. Y ya circula un frasco cuadrado y capaz de media azumbre de mano en mano derramando vigorosísimo anisete. Y el cantor de la tertulia entona patrióticas y el poeta improvisa cada bomba que canta el misterio, y el declamador declama trozos del Pelayo, y la señora de la casa se asusta porque su marido el Hospedador trinca demasiado y luego padece de irritaciones, y las señoritas fingen alarmarse porque hay un chistoso que dice cada desvergüenza como el puño, y todo es gresca, broma, cordialidad y obsequio; cuando por la misericordia de Dios, la voz ronca del mayoral gritando en el patio *al coche, al coche, hemos perdido mas de una hora, no puedo esperar mas*, viene á sacar al viajero de aquel pandemonium, donde á fuerza de obsequios lo tienen padeciendo penas tales, que en su cotejo parecerian dulces las de los precitos.

El amo de la casa aun defiende su presa en los últimos atrincheramientos, empieza por decirle con voz de cocodrilo que deje ir el coche, que en la góndola venidera proseguirá el viaje. Pero como halla una vigorosa repulsa, tienta al mayoral de todos los modos imaginables, con halagos, con vino, con aguardiente, con dinero en fin, y nada, el mayoral se mantiene firme contra tantas seducciones; y salva á su viajero, y lo saca de las manos del Hospedador, como el ángel de la Guarda salva y saca de las manos del encarnizado Luzbel á un alma contrita.

Cuanto dejamos dicho que acaece con el viajero de diligencia, ocurre con el de galera ó caballería, sin mas diferencia que dilatarse algo mas el obsequio con una cama que compite con el cielo, y cuya colcha de damasco, que ruje y se escapa por todos lados como si estuviera viva, no deja dormir en toda la noche al paciente obsequiado.

Tambien tiene el obsequio de los *Hospedadores de provincia* sus gerarquías, y si es intolerable y una desgracia para un particular, es para un magistrado, intendente ó gefe político una verdadera desdicha; para un capitan general, diputado influyente, ó senador parlante una calamidad; y para un ministro electo, que vuela á sentarse en la poltrona un martirio espantoso, un azote del cielo, una terrible muestra de las iras el Señor, un ensayo pasajero de las penas eternas del infierno.

Aconsejamos, pues, al viajero de bien, esto es al que solo anhela llegar al término de su viaje con la menor incomodidad posible, que evite las asechanzas de los *Hospedadores*, de sus espías y de sus auxiliares; y para lograrlo no fuera malo se proveyese de parches con que taparse un ojo, de narices de carton con que desfigurarse, ó de alguna peluca de distinto color del de su cabello que variase su fisonomía, ya que no está en uso caminar con antifaz ó antipara como en otro tiempo; y con tales apósitos deberia disfrazarse y encubrirse á la entrada de los pueblos donde tuviese algun conocido. Usando de estas prudentes precauciones, amen de las ya sabidas y usadas por los prudentes viandantes de no decir su nombre en los mesones y posadas, y de no hacer uso, sino en casos fortuitos, de las cartas de recomendacion.

Pero si los *Hospedadores de provincia* son vitandos, para los viajeros de bien pueden ser una cucaña, una abundante cosecha para los aventureros y caballeros de industria, que viajan castigando parientes y conocidos, como medio de comer á costa agena, de remediarse unos dias, y de curarse de la terrible enfermedad conocida con la temible calificacion de hambre crónica.

A unos y otros creemos haber hecho un importante servicio llamándoles la atencion sobre esta planta indígena de nuestro suelo: á aquellos para que procuren evitar su contacto, á estos para que lo soliciten á toda costa.

El Duque de Rivas.

EL CARTERO.

¿Quien fue en el mundo el primero,
Y de qué pueblo oriundo?
Pero yo pienso, y me fundo,
Que antes que hubiera un cartero
Ya hubo cartas por el mundo.
Por cierto es duda cruel,
Aunque por razones hartas
Que hoy me asaltan en tropel,
Creo que antes de las cartas
Debió inventarse el papel.
Y tambien tengo razones
Para publicar en suma,
Que antes que tinta, algodones
Y las letras y renglones,
Debió inventarse la pluma.
Mas volviendo á otra verdad,
¿Quién fue su autor verdadero?
La que inventó al mundo entero,
La horrible necesidad
Fue inventora del cartero.
Y si ofenden mis razones
De carteros al enjambre
Les daré satisfacciones,
Allá van; fuera alusiones;
La necesidad no es hambre.

Todas las artes ú oficios
Innovaciones ofrecen,
Cambian, ó desaparecen,
Mas los iguales servicios
De este arte, jamás perecen.
¡Arte dige! á los Carteros!...
¡Oh lector! no lo resistas!
Aunque hoy dia las modistas,
Los sastres, los zapateros,
Todos se llaman artistas.
Sin ventajas verdaderas,
Sin ascensos que mitiguen
Sus ambiciones *carteras*,
Los que estas carreras siguen
No toman malas carreras.



El Cartero.

Siempre falto de saliva
En su contínuo trabajo,
Apenas el suelo liba,
Que el correr, aun cuesta abajo,
Se le hace muy cuesta arriba.
El Cartero y jugador
Aunque tan distintos fueren
De tal manera se quieren
Que ahogados por el sudor
Los dos entre cartas mueren.
Y lo mismo que el cajista,
Aunque el saber no le asista,
Tú sus árcanos penetras,
Y dices, «no seré artista
Pero soy hombre de letras.»

Con las mejoras sociales
Tambien ellos van conformes,
Que por sus cambios legales
Visten sin ser generales
Generalmente uniformes.
Y no crean se mancilla
Aunque no tengan blasones
El oropel con que brilla,
Que las armas de Castilla
Las llevan en los faldones.
Gasta sombrero, y no importa
Que con limpieza se porta
Aunque va hecho un Juan danzante,
Que es su casaca mas corta
Que la paga de un cesante.
Copiaré sus distintivos;
De *oro* los galones son,
Encarnados son los vivos,
Y van ostentando altivos
En cada vuelta un galon.
¿Quién duda de tu poder
Cuando en tu empleo tirano
Tanto mal puedes hacer?
¡De tí, que sueles tener
Nuestra fortuna en tu mano!
¡Y qué corazon ansioso
Cuando te ve no se alegra,
Y mas si gime amoroso,
Y sabe que su reposo
Lo traes en tu caja negra!
De ella ¡qué males no lanzas!
Tal vez al verla sucumba
Quien rie en juegos y chanzas
¡Porque tu caja es la tumba
De millares de esperanzas!
Todos ansian el verte,
Y en tu caja, confundida
Va con la vida la muerte,
Y en ella junta la suerte,
Dos extremos ¡muerte y vida!
Si con el llanto las fiestas
En ella enlazadas vemos,
No es extraño que pensemos
Siendo cosas tan opuestas
Que se junten los extremos.
Ni extraño, si juntos van
Extremos tan desiguales,
Que siempre en el mundo están
Y entrelazados irán
Desdichas, bienes y males.
Y aunque los males tambien
De tu mano recibamos,
Al verte nos alegramos,
Y es natural, porque el bien
Es lo que siempre esperamos.
¿Quién en el mundo diria
Que llevas en una caja
El placer y la agonía?
¡A los unos la alegria
Y á los otros la mortaja!
¡Cuál en ella se retrata
Nuestro bien ó mal profundo!
¡Allí la fortuna ingrata
Al mundo, dá vida ó mata,
Con otro callado mundo!
Sí, porque allí un mundo va,
Que allí hay dichas, ilusiones,
Y esperanzas, y pasiones;
Pero... es un mundo que está
Encajonado en renglones.
Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano,
Eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga.

Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola,
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.
En los cuernos de la luna
Yo ví maridos eternos,
Y á tu llegada importuna
¡Los ví hundirse! ¡su fortuna
Solo les dejó los cuernos!
¡A cuántos que en su dolor
Maldicen su suerte impía
No truecas en su favor
Las lágrimas del dolor
En lágrimas de alegría!
A un italiano al cantar
Le llevas algun pesar;
Y por tí maldice el arte,
Pues se tiene que largar
Con la música á otra parte.
¡La música! dije bien,
¡Que en su destino tirano
Es el único sosten,
Y adonde va un italiano
Va la música tambien!
Es una máquina, un grillo,
Que siempre cantando está;
Solo pensando en *hoy* vá
Si es *artista* de organillo,
Y mañana, Dios dirá.
¡Quizá el *mañana* ha llegado
Y su dicha no se labra,
Que para este desdichado
Dios es hombre muy callado
Y no dirá una palabra!
Aunque no tengas, cartero,
Políticas opiniones,
Tú eres quien obra el primero
Tal vez en el mundo entero
Las grandes revoluciones.
Mas tambien sueles pecar
En faltas y no pequeñas,
¿Quién pudiera adivinar
El mal que puedes causar
Equivocando unas señas?
Don Alegato que adora
Las gracias de una beldad,
Cuando sueña en su señora
Sabe por casualidad
Que le fue á su amor traidora!
Y de este cambio ligero,
De esta peripecia atroz,
¿Quién fue el atroz mensagero?
Yo lo diré en alta voz,
¡Algun error del cartero!
La familia de un cesante
Que está de hambre medio muerta
Y ya gime agonizante
Tocando el último instante
De su sepulcro á la puerta,
Cuando oye un dulce ¡tilin!
¡Han llamado! ¡abran ligero!
¡Letra!!... mas ¿quién lisonjero
Trae de sus ansias el fin?
¿Quién ha de ser? ¡el cartero!
Feliz vive un matrimonio;
Aunque son pocos felices,
Cuando ella en su dulce insomnio
¡Zas! sabe... por el demonio
Del marido los deslices.
Y ¿quién el demonio fué
Que dijo mal caballero
Todo, de la letra al pie?
Sin rebozo lo diré,
¿Quién ha de ser? ¡el cartero!
Mas tambien la causa son
De que con dulces abrazos
Se haga santa alguna union;
Pues unen amantes lazos
¡Es de cura su mision!
Y tambien por sus locuras
Desunen los matrimonios;
Luego hacen mas que los curas.
¡Tú eres fuente de diabluras
Cartero de los demonios!
De asuntos malos y buenos
No siendo tuyos, te hartas,
Eres curioso, ó al menos
¿Por qué, dime, tomas cartas
Siempre en asuntos agenos?
Y pues Jesus soberano
(Permite que te lo diga)
Lleva el mundo en una mano,
Tú eres cual él, que otro ufano
Llevas sobre la barriga.
Y por esta razon sola
Mi pobre razon alcanza
Sin calentarme la chola,
Que es mucha tu semejanza
Con el niño de la bola.

EDUARDO ASQUERINO.

EL ANTICUARIO.

«Señor; este animal no responde, ni da noticia de las cosas que estan por venir; de las pasadas sabe algo....»

(Palabras de maese Pedro hablando de su mono en la *Historia de Don Quijote de la Mancha*, escrita por Cide Hamete Ben Engeli, historiador arabigo.)

PRETERITO, presente y futuro son las tres grandes épocas en que los gramáticos dividen los tiempos; y yo que ni de crítico me precio, ni de destructor presumo, cuando encuentro bien las cosas ó cuando nada me vá ni me viene en ellas, respeto lo existente (con perdon sea dicho del Sr. Mendizabal nuestro contemporáneo). Dispútanse el porvenir clases numerosas y respetables de la sociedad: los políticos y las gitanas andan al morro sobre quién acertará..... á decir mas y mayores desaciertos: apuéstanselas entre sí los pretendientes y los judíos, aguardando estos el Mesías que vino y pasó, y aquellos el destino que no pasará porque no vendrá. El presente nos pertenece á los españoles que gozamos del hoy, sin que nos conturbe el mañana, si bien ni aun entre nosotros falta quien lo tema, como los albañiles cuando no están en el hospital, los ladrones mientras andan por sendas y vericuetos, los toreros en víspera de corrida, y los regentes constitucionales durante las minorías. El pretérito es un tiempo desconsolador; muéstrasenos como un arenal de infortunios de donde solo se levantan amargos recuerdos que emponzoñan la vida. Allí en lontananza cree el exclaustrado distinguir la sala *De profundis* de su convento, y un poco mas adentro la sustanciosa olla y la rica chanfaina: las viejas su hermosura y sus amantes: el cesante las mesadas que cobró y se acabaron.... ¡Ay del que tiene que volver la vista á lo que fue! Sin embargo, no hay que afligirse, pues así como un predicador que logró enternecer á las viejas de su auditorio en una

plática de Semana Santa dijo luego para consolarlas: «No lloren: no lloren, que lo que acabo de decir hace mucho tiempo que pasó, y puede que sea mentira:» tambien estoy yo en el caso de poder asegurar que no todos los que miran atras lo hacen por el raro capricho de aumentar sus males presentes comparándolos con sus bienes pretéritos. Y aquí viene como de molde que saque yo mi tipo á la espectacion pública.

El *Anticuario* no pertenece á la época en que vive; y si admitieran parodia aquellas sublimes palabras *regnum meum non est de hoc mundo*, podria decir á su vez *vitam meam non est de hoc século*; y digo que *podria* espresarse así porque para ello era necesario que supiera latin, y esto seria empezar exigiéndole demasiado. Es, pues, el *Anticuario* una partícula heterogénea del cuerpo á que está adherido, un ser estraño á la sociedad en que vegeta; es lo que en un vaso de agua una gota de aceite que conserva su forma y su color sin confundirse ni mezclarse con lo que la circunda; su espíritu vaga en las regiones de lo antiguo; emanan sus ilusiones de lo pasado; nútrese de recuerdos; pulsa cual puede todos los trastes del diapason de los siglos; aseméjase á la ley *aquilia* en que tiene los ojos en el cogote, al cangrejo en que camina hácia atras; es, en fin, el verdadero retrógado de la época, y á estar en su mano, poco seria detener la marcha del mundo, hiciéralo retroceder á las edades que, hablando en términos eruditos ó de parte militar, se pierden en la noche de los tiempos ó en la escabrosidad del terreno. Como todos los *Anticuarios* se parecen entre si tanto como las bellotas de una misma encina, para dar á conocer á la clase basta retratar un individuo; y yo me propongo hacerlo así, procurando que la exactitud del parecido sea tanta como si el retrato estuviera sacado al daguerreotipo.

El prójimo con quien vamos á habérnoslas nació al mismo tiempo que la revolucion francesa, pues la naturaleza, sábia en todas sus creaciones, al levantar aquel terrible huracan, aquel recio torbellino que amagaba destruirlo todo y que hizo tiritar de miedo á cuanto existia, quiso descendiese al mundo un recolector de antiguallas, á fin de que si unos destruian las cosas el otro recogiera los pedazos. Figúratelo á tu antojo, lector amigo, soltero, casado ó viudo. Si le supones soltero, será porque no encontró ninguna mujer que contase doscientos abriles; si casado, porque creyó topar una que frisaba en ellos, y si viudo, porque la mató á pesadumbres en cuanto descubrió que no los tenia. Pero ya se conserve célibe, que es lo mas general, ya pertenezca á la cofradía de San Marcos, ya al gremio de los que matan á su consorte y quedan con el suficiente seso para no contraer segundas nupcias, es condicion precisa que no tenga prole. Un niño en casa de un Anticuario seria una aberracion espantosa, un insoportable anacronismo. Por razones análogas, y que el lector penetrará sin duda, prodiga sus limosnas, cuando es caritativo, para el cuartel de inválidos ó para el hospital de incurables; pero echa un nudo mas á su bolsillo cuando le piden para el hospicio ó para la inclusa.

Asimismo te doy permiso para que te lo representes como mejor te cuadre, alto ó bajo, flaco ú obeso, segun Dios ó la naturaleza lo hayan hecho; mas no transijo respecto á lo de bien conservado, porque el artículo de conservar las cosas de otro siglo lo entiende *como nadie* (otro diria: *mejor que todos*). Te consiento igualmente que, aunque no seas sastre, lo vistas como gustes, con tal que le cales sombrero en figura de sorbete y le pongas chaleco con honores de chupa, le cuelgues de los hombros levita con grado de gaban, de los tirantes pantalones de campana, y nada de trabillas, que ademas de ser estas de invencion moderna para que él las use, aun dado caso que lo intentara habia de armarse estrepitoso escándalo entre las dos últimas prendas de vestuario sobre el derecho de llevarlas; y nuestro amigo no lo es de las guerras civiles ni de las discordias intestinas. Ya que le tienes vestido de pies á cabeza no te dejes guiar por las apariencias para tacharlo de falta de aseo, pues si alguna vez le encuentras cubierto de polvo como sobrestante de obras, consiste en que apenas tiene noticia de un derribo, allá se lanza entre los albañiles y los escombros, por ver si surge de entre estos alguna momia ó cosa que lo valga, y espónese muchas veces á perecer entre cascotes como los filisteos contemporáneos de Sanson; y si adviertes su calzado sucio y gredoso como el de un agrimensor práctico, culpa será de lo mucho que frecuenta los vertederos de estramuros en busca de preciosidades, por aquello de que donde menos se piensa salta la liebre.

Así como el distintivo de un pirroniano es dudar de todo, el de mi tipo es creer á puño cerrado, no solo lo que le dicen, sino cuanto inventa ó delira, y si la fé ha de salvar alguno, bien puede asegurarse que no ha de ser él quien vaya á ver la pata coja y el rabo largo de maese satanás. Su genial es calmoso como un *Omnibus*, y su lengua suelta y vivaz como un calesin en dia de toros; su memoria, aunque no tan feliz como la de Orígenes que sabia desde la cruz á la fecha el Antiguo y Nuevo Testamento, como un chico el yo pecador, ni como la de Xérxes que conocia nominalmente á los dos millones de soldados que componian su ejército (*relata refero*), todavía es suficiente para retener los nombres de todos los monarcas, capitanes, poetas y artistas que verificaron su tránsito por el mundo hasta hace dos siglos.

Aunque aficionado á la antigüedad y aunque vive fuera de nuestra época, no por eso se crea que es intolerante. Nada de eso; oye y escucha con paciencia todas las opiniones que están conformes con las suyas; y al decir opiniones todos comprenderán que no hablo de las políticas, porque claro es que un *Anticuario* no puede tenerlas. Viviendo fuera de este siglo ¿qué le importa lo que en él sucede? Quédense en buenhora estos cuidados para los que se ocupan del hoy ó cuando mas del mañana. Los que así piensan, genios apocados que no aciertan á salir de un círculo estrecho y mezquino, cortos de vista que no pueden dirigir lejos sus miradas, aves torpes que no se atreven á levantar el vuelo para contemplar lo que hubo en edades remotas, no merecen otra cosa que compasion.

«La noble antigüedad solo es sublime.»

Y nuestro amigo lánzase en el intrincado laberinto de las cosas pasadas seguro, como él dice, de que no le faltará mientras viva,

ni papa que le escomulgue
ni rey que le mande ahorcar.

Como las etimologías están tan enlazadas con la antigüedad, el *Anticuario* ha de ser por precision aficionado á ellas; y el que aquí voy retratando ha consagrado ante todo sus afanes á buscar la de su nombre bautismal. Llámase Pandolfo; y despues de complicados cálculos y de sinuosos raciocinios, entre los que con frecuencia salia á relucir la caja de Pandora, solo por empezar con las mismas letras, no pudiendo avenirse con que brotara la raiz de su ascendencia de aquel calamitoso instrumento, acaba por deducir que *Pandolfo* es voz corrompida de *Pindolfo*, y que sus mayores fueron oriundos de una aldea, sita á la falda del *Pindo*, militando despues en las falanges de los *Güelfos*. Por un método análogo procede en sus investigaciones, respecto á la fundacion de las ciudades, á sus pobladores, al sitio en que

existian las que han desaparecido, y á los demas casos en que juega la etimologia una de los principales papeles. Partiendo de la base de que Roma tomó este nombre porque la fundó Rómulo, dice que Atila puso la primera piedra de Avila, que Numa dió el nombre por igual razon á Numancia, que Malaca fué descubierta y poblada por un malagueño, que Nabucodonosor desembarcó en el puerto de Navacerrada, que en las inmediaciones de Sahagun está el sitio donde se levantaba la gloriosa Sagunto; y con pasar un dia en Pozuelo de Aravaca se persuade de haber visitado el territorio que los pueblos Arevacos ocuparon, aunque la historia los colocó en los confines de la Celtiberia, no lejos de la moderna Soria.

Si por acaso se encuentra un *Anticuario* afecto á viajes habrá surcado las rebeldes olas que separan á Palencia de Valladolid, y á Zaragoza de Tudela de Navarra. Cuando camina por tierra cabalga en poderosa pero vieja mula, y á cada tropezon del cuadrúpedo se apea por si topa algun escombro de insigne monumento. Tal vez recorriendo el espacio en que Guadiana serpentea oculto, alcanza á ver en la llanura una leve cima coronada por algun pedernal imperceptible para ojos menos escrutadores y penetrantes que los suyos, y desde luego dá por seguro que pertenece al minarete de una mezquita ó á la cúpula de una sinagoga que allí descollara en otro tiempo, y en el recinto de una ciudad con mil puertas que cegó el curso del rio al sepultarse por consecuencia de un terremoto.

Pero todo lo que sea examinar al *Anticuario* fuera de su casa es andarse por las ramas, ó por mejor decir, es buscar el corazon en los talones. En su casa y solo en su casa es en donde ha de considerar á mi tipo el que quiera conocerlo por entero. Disponte, amigo lector, para entrar en ella; pero con la indispensable circunstancia de que has de permanecer sério como general que hace una declaracion de estado de sitio, grave como rector de doctrina, silencioso como devoto en las cuarenta horas, preparado á sofocar la risa dentro de tus lábios por grandes que sean los dislates que de los suyos salgan, y pronto á confesar que crees cuanto te dice, por mas que la razon y la historia se *pronuncien* en contra. Con estos preparativos puedes ya entrar en la mansion enciclopédica, en el arca de Noé de cosas inanimadas, en el valle de Josafat de objetos movibles, en la *vera efigies* de la mas completa anarquía, en la casa, en fin, del *Anticuario*, que no contento con franquearte generosamente la puerta llevará su condescendencia hasta el punto de servirte él mismo de *Cicerone*, explicándote artículo por artículo cuanto ha podido recoger en sus repetidos y minuciosos paseos por el rastro y por las prenderias.

«Se jacta la armería real, te dirá, por ejemplo, de poseer en la espada de Pizarro el primer oro estraído de las minas del Perú; vanagloríase la catedral de Toledo de tener en el viril de su custodia la primera porcion que de dicho metal vino de las Américas; pero aquí ve V. el primer oro que se sacó de las minas de Ofir, antigua casa solariega de la familia del célebre Orfila, segun la relacion que entre uno y otro nombre existe. En el monasterio del Escorial se conserva una hidria ó ánfora que sirvió en las bodas de Canaan, pues yo poseo en ese vaso un poco de agua convertida entonces en vino, y que á fuerza de siglos va volviendo á su primitivo estado; y el vaso es nada menos que el que sirvió para que suministráran al príncipe de Viana un veneno de órden de su madrastra, que al fin murió de un cáncer, y por cierto que si diera yo con ese cáncer, lo habia de pagar á peso de plata, porque me gusta tener las cosas correlativas.»

Probablemente no darias en tres semanas con el mérito que el *Anticuario* atribuye á un cuarto segoviano que te enseñará con mucho énfasis; pero oigámosle: «Este es uno de los óbolos que los antiguos ponian á los muertos debajo de la lengua para que pagasen la travesía del Leteo; y no fue poca mi fortuna en hallarlo una tarde cerca del campo-santo de la puerta de Toledo.» Si en la moneda descubres el año de su acuñacion, y crees coger en renuncio y confundir al *Anticuario*, te equivocas, porque cuando tú le digas: «¿Ve V. aquí estos números que sin duda indican que este óbolo se hizo en 1648?» Te contestará él con todo el aplomo y toda la decision de un dómine. «Si señor, del año 1648; pero es de la creacion del mundo.» A esta asercion nada te quedará que contestar.

En seguida te mostrará una herradura que se le cayó al caballo de Santiago en la batalla de Clavijo al dar una coz al de Mahoma; con quien tuvo que habérselas cuerpo á cuerpo, porque tambien este quiso salir á la defensa de los suyos. Cerca de esta herradura estarán unos anteojos descomunales y redondos que dice haber servido al viejo Tobías. Y concluirá la relacion de esta sala enseñando un gran barreño donde tiene reunidas arenas de todos los rios del mundo desde el Jordan hasta el San Lorenzo, desde el Ródano hasta el Manzanares, desde el Tiber hasta el Nilo; mas si las tales arenas tuvieran el don de la palabra denunciarian en alta voz su procedencia y clamarian por volver á San Isidro del campo, de donde fueron traidas á la corte en un miserable esportillo.

Constitúyete luego en el salon á que dá el nombre de *Armería*, y allí verás infinidad de objetos tan raros como su dueño, ya esparcidos por la estancia, ya colocados en forma de trofeos; pero no des asenso á tus ojos sino á tus oidos, porque aquello que parece una albarda maragata es la que usó la celebrada burra de Balan; el sombrero de tres picos que se presenta en figura de quechemarin sirvió para cubrir la cabeza al rey que rabió; un coleto de charro salamanquino es una de las primeras lorigas que usaron los romanos; aquellos estribos que en tu concepto han podido pertenecer á un párroco de aldea son los que llevaba Escipion en el sitio de Troya; ese clarin de llaves que le vendió un músico de Luchana es la impertérrita trompa de la fama. Bien ageno estarás tú de creer que la escopeta de piston que yace arrimada á la pared, y el espadin de escribano su vecino, son la carabina de Ambrosio y la espada de Bernardo; y todavía te sorprenderá mas reconocer en la divisa de un toro de Veraguas la banda de D. Palmerin de Ingalaterra, y en la cabeza disecada de un carnero uno de los arietes á cuyo golpe cayeron los muros de la ciudad santa. Esa marmita de batallon que ves en medio del suelo es una de las famosas ollas de Egipto; lo que te parece una garrocha de baquero es el robusto lanzon de D. Quijote; ese guarda-brazo sembrado de cruces fue la cimera de Almanzor; aquella celosía de Alambres el arpa de David ó la lira de Orfeo; y finalmente, aquel pedazo de lona, que tú jurarias haber podido servir para traer de Galicia envuelto un fardo de bibero, es la gavia del buque en que los primeros argonautas fueron á la conquista del bellocino de oro.

Falta todavía que examinar otra seccion que es acaso la que mas riqueza contiene de cuanto en casa del *Anticuario* existe: esta es la condecorada con el pomposo título de *Museo de pinturas*. Allí encontrarás lienzos colosales suciamente embadurnados, y que á juicio de algunos valen hoy menos que cuando salieron de la tienda del mercader: el mas pequeño de ellos no baja de seis pies de altura por cuatro de ancho ó *vice-versa*, porque su poseedor no ha podido jamás llegar á convencerse de que ningun artista celebre haya empleado sus pinceles en cuadros de menor tamaño, ni aun para formar sus bocetos. En frente de la puerta de este salon se ve un disforme mamarra-

cho, que pudiera pasar sin grande esfuerzo por obra de Orbaneja. «Vea V.; vea V., te dirá señalando al tremendo chafarrinon. Ahí tiene V. un retrato de Felipe V., hecho por el Ticiano (cuidado con reirse, porque si la historia dice que el pintor murió un siglo antes que naciera el monarca, la historia se equivoca). Repare V. ese colorido de la escuela veneciana; ¡qué ropas esas! ¡qué actitud! ¡qué semejanza! Es un tesoro inapreciable.» Si dudas de la verdad de sus expresiones, ó si tu franqueza se resiste á confesar lo que no crees, echará la culpa á la luz, cerrará el balcon, lo abrirá de nuevo gradualmente y en muchas veces, y despues de mil viajes de este al cuadro y del cuadro al balcon, cuando crea perfectamente proporcionada la claridad prorumpirá en mayores admiraciones y alabanzas. Pero acaso no baste esta nueva prueba para vencer tu incredulidad y obligarte á que reconozcas la obra del Matusalen de los pintores: entonces el *Anticuario* te cojerá de la mano, y conduciéndote con aire entre misterioso y triunfante á la inmediacion del cuadro, y mostrándote en él unas letras formadas con albayalde ó con betun de zapatero, y tan mal trazadas como la figura, te dirá con tono sarcástico: «Lea V. ese letrero señor incrédulo.» Allí se lee *Feliciano*, nombre sin duda de algun pintor de brocha gorda que se metió (no importa saber la época) á emborronar lienzos contra la voluntad de Dios y de las artes; pero el *Anticuario* que todo lo convierte en sustancia arqueológica, dá la siguiente interpretacion del susodicho vocablo: «eso quiere decir F. *fecit Liciano* ó *Ticiano* que no hemos de reparar en que la *t* tenga ó no travesaño.» A tan concluyente explicacion nadie puede ya replicar lo mas mínimo.

Mostrarte há luego un pais portentoso, en su boca, aunque á despecho de tus ojos, y solo porque acierta á encontrarse en él un rosal florecido, atribuye la obra á Salvador Rosa, que vive Dios era tan aficionado á flores y cosas amenas como Mahoma á los jamones de Avilés y al tinto de Valdepeñas.

Situándose luego nuestro hombre en el centro del salon, y asiendo una caña larga, que dice ser la que sirvió á San Pedro para pescar antes que dejara el oficio, te esplicará uno por uno todos los cuadros que cubren las paredes de la sala. El retrato de un torero será Felipe II vestido de majo; Garcilaso de la Vega aparecerá bajo la forma de un fraile benito anciano y achacoso; Andrea Doria con uniforme de resguardo; un moro tuerto será el retrato de Tarif, y á no ser por el traje te lo presentaria como el hijo de Felipo de Macedonia; pero pondrá el colmo á sus anacronismos tremendos, á sus heregías artísticas, y á sus terribles calumnias diciendo que un cuadro, que tal vez quiere representar á Adan y Eva en el Paraiso, es el retrato de los reyes católicos pintados al natural por Mengs. Escusado es decir que todos los lienzos que allí existen están firmados por los maestros de todas las escuelas; verdad es que la mitad lo fueron el dia antes que el *Anticuario* los comprara, y la otra mitad al dia siguiente de haberlos adquirido, que á no ser así mal podria comprenderse que á la vuelta de cada esquina encontrara mi hombre hoy un Dominiquino, mañana un Herrera el viejo, al otro un Correggio, y así sucesivamente las obras de los autores mas raros y de mas mérito. Pero debo añadir que si los pintores cuyos nombres aparecen en los cuadros pudieran levantar sus cabezas y mirar lo que les atribuyen, volveríanse precipitadamente á los sepulcros por no verse tan atrozmente injuriados y con tanta injusticia cubiertos de baldon.

Hasta aquí, amigo lector; el tipo general, el carácter distintivo de la clase; pero justo é indispensable es confesar que entre sus individuos suelen encontrarse algunos de juicio claro y de imaginacion despierta; mas sin embargo de estas dos circunstancias acontéceles lo que á D. Quijote, que se mostraba cuerdo y sesudo en todo género de materias, y solo perdia los estribos de la razon cuando se tocaban los puntos de la andante caballería. Así los *Anticuarios* con juicio (perdóneseme el violento enlace de estas palabras) discurren atinados en cuanto á nuestra edad concierne; pero en hablándose de cosas de los siglos que pasaron, bamboléanse en la silla del entendimiento, y asómase á su boca y á sus ojos la infausta monomanía que por donde quiera los persigue.

Como es posible que si hasta ahora no has tropezado real y verdaderamente en el mundo con un *Anticuario* te halles con él algun dia de manos á boca, quiero repetirte aquel consejo de que no le repliques ni pongas duda en nada de cuanto te diga, porque sobre ser esto causa de que te tenga por un ignoranton y te profese un ódio eterno, lo será tambien de que comience á revolver papeles, y te presente testimonios inmensos de escribanos en justificacion de sus asertos. Si se trata de unas tablas que dice haber servido de tálamo en la boda de Tetis y Peleo, y no das entero crédito á sus palabras, sacará un proceso de papel sellado en el que estará escrita la historia mitológica de aquella madera, dando fé y firmando el testimonio algun Pedro Fernandez, escribano de Zalduendo que tal vez fue el mismo que se las vendió.

Esta circunstancia te pone en el caso de poder hacer del bolsillo del *Anticuario* un objeto provechoso de tus especulaciones. Llévale, por ejemplo, un pergamino que haya servido de forro á algun Flos Sanctorum, y con que le presentes un certificado que tú mismo puedes hacer, seguro de que el comprador no ha de reparar en la forma ni en la letra, lo tomará por uno de los ejemplares del voto de Santiago, y despues que lo haya adquirido dirá magistralmente que los agujeros que el encuadernador hizo en el pergamino para sujetarlo al libro sirvieron para colgar los sellos de plomo que en otro tiempo atestiguaron su autenticidad.

Algunos *Anticuarios* hay que se dedican á recoger autógrafos de personajes célebres, y estos son una mina rica y abundante, cuyo filon está siempre al alcance de quien aspira á explotarla. Si sabes de alguno que compre este género, puedes llevarle, sin riesgo de que ponga la menor duda, un escrito chino ó japonés por el libro de los Cantares, un papel con notas taquigráficas por el Alcoran que escribió el apóstol de los musulmanes, el libro de paja y cebada de un meson por las cuentas del Gran Capitan. Pero para que lo compre es indispensable que acompañe á estos autógrafos algun testimonio, alguna semi-prueba, que si para el vulgo, es decir, para los que no somos anticuarios, estos testimonios valen tanto como las bulas para los difuntos y las indulgencias para los protestantes, para un *Anticuario* son aquellos documentos otros tantos artículos de fé, de cuya veracidad no es posible dudar.

Para que los lectores de este artículo no crean que no hay verdad en cuanto acabo de exponer retratando al *Anticuario*, séame permitido citar aquí un hecho positivo que probará no estar recargados los colores. En 1616 (y nótese de paso que hasta el tipo de *Anticuario* es muy antiguo) se vendió en Lóndres un diente del célebre Newton en la friolera de 700 libras esterlinas, ó lo que es lo mismo unos 62,000 rs., y á los pocos dias se anunciaron en venta como otros 800 dientes del famoso físico que debió tener unas mandíbulas descomunales y una boca con mas andanadas que las de un tiburon; porque no hay que dudar de la certeza de que todos aquellos dientes le habian pertenecido, mediante á que cada uno de ellos llevaba su testimonio. Y lo mas estraño es que segun publica la fama todos aquellos dientes se vendieron, aunque no á tan subido precio como el primero.

Antes de concluir, y en agradecimiento, amigo

benévolo y cachazudo leyente, de haberme seguido hasta aquí, quiero darte un consejo que puede servirte de grande utilidad. Si tratas á algun Anticuario puedes llevarle sin temor ninguno á tus visitas y ga-



El Anticuario.

lanteos, porque como nunca falta al lado de una jóven una vieja que estorbe, tu compañero, en tanto que tú te entretengas con la niña, cuidará, por instinto y aficion, de entretener á la anciana, que para él solo hay belleza donde hay antigüedad.

MANUEL DE ILARRAZA.

LA CELESTINA.

ELICIA. Ay hermana mia que mi madre Celestina parece: ay valame la Virgen Maria, ay no sea alguna fantasma que nos quiere matar.
CELESTINA. Ay bobas y no hayais miedo que yo soy: Las mis hijas y los mis amores venidme a abrazar y dad gracias que aca tornar me dejó.
AREUSA. Ay tia Señora, espantadas nos tienes en ver cuanto dices sino que vienes mas vieja y mas cana.....
CELESTINA. Sabed hijos mios que no vengo a descubrir los secretos de ella: sino a enmendar la vida de por aca, para con las obras dar el ejemplo, con aviso de lo que alla pasa, pues la misericordia fue de volverme al siglo a hacer penitencia.....

SEGUNDA COMEDIA DE CELESTINA.

Alla cerca de los muros,
Casi en cabo de la villa,
Cosas han de maravilla
Una vieja con conjuros;
Porque tengamos seguros
Los placeres cada el dia,
Llamase Mari-Garcia,
Hace encantamentos duros.

Una casa pobre tiene;
Vende huevos en cestilla;
No hay quien tenga amor en villa
Que luego a ella no viene;
Hagamos que nos ordene
Pues que sabe tantas tramas,
Para que de nuestras famas
Que nunca nada se suene.

Está en misa y procesiones,
Nunca los pierde contino;
Misas d'alba, yo imagino
Jamas pierda los sermones:
Son las mas sus devociones
Visperas, Nonas, Completas;
Sabe cosas muy secretas
Para mudar corazones.

Trae estambre de unas casas
Dalo a otras a hilar
Y con achaque de entrar
Ir preparando las masas;
Finge que anda a vender pasas
A las dueñas y doncellas
Por tener parte con ellas
Con su rostro como brasas.

Coplas de las Comadres, por RODRIGO DE REINOSA.

Si Feliciano de Silva, para llevar á buen cabo los amores del caballero Filides y de la hermosa Poliandria, supo resucitar y tornar al mundo, con mas caudal de astucias, con mayor raudal de razones dulces, y con número mas crecido de trazas y de ardides, á la famosa Celestina, para asediar mas estrechamente la honestidad y el recogimiento, embebecer y enlabiar la crédula hermosura, y para enredar entre los lazos del amor liviano y desenvuelto, la inocencia y la virginidad, antemuradas y defendidas con el rigor de los padres y hermanos y la vigilancia de las dueñas y madres, no semejará por cierto extraño que al cabo los años mil vuelva á dar muestras de sus tocas y de su siniestra persona, la primera y mas famosa, comienzo, fin y epílogo de las andantes y tratantes en tercerías y tratos y enredos de amor. Y no diremos, pues, que Celestina ha resucitado, sino que Celestina nunca murió, y que de siglo en siglo, de edad en edad, de generacion en generacion, la vemos prolongar su endiablada vida, renovando sus trazas y dándoles otros y mejores aliños, al son y compas que las costumbres y usos se renuevan. Con efecto, si recordamos todas aquellas aventuras, y el continente y talante de aquellos personages, que con su apacible estilo nos pone ante los ojos despues de tanto tiempo, la inmortal tragi-comedia de Calisto y Melibea, no podremos menos de conferir las unas y cotejar las otras con los sucesos por donde uno ha pasado, y con muchas de las personas que en ellos intervinieron, sacando en claro una semejanza admirable, ya que no sea una identidad justa y como de molde. Y no es mas, sino que tal semejanza está inherente al propio ser y naturaleza de las cosas; porque si los fuegos nocivos del amor siempre han de mortificar y consumir el pecho de los mancebos, y mas de los que divierten la vida en recreaciones y entretenimientos de la vanidad ociosa; y en esta enfermedad, como de gérmen intenso y semilla poderosa, ha de querer contaminar é inficionar á la causa y principio de ella; no hay mas que para llegar á tan malvado y punible fin ha de valerse de los mismos medios por donde siempre se comunicó y llegó á inocular su fatal ponzoña; es decir, á emplear y hacer ministros de sus furores y liviana intencion á las viejas interesadas, á los aviesos sirvientes, y á las criadas mas continuas y familiares de las principales damas y doncellas. Y de tan feas cataduras como llevan y parescen estos instrumentos de la liviandad y del desordenado amor, ninguna presenta bulto mas siniestro ni rasgos mas elocuentemente malvados como la vejez femenil, que apoyando su máquina cascada y su magra y repugnante persona en un bordon encorvado, para no caer en la fosa de la sepultura á cada paso, toma placer incalificable y recóndita y maldita voluptuosidad en dar al traste con la entereza de las vírgenes, y en descalabrar las honras y la fama de las doncellas. Solo en la especie humana es en donde se encuentra ese tipo de maldad y de reprobacion. Ni en las aves que pueblan los aires, ni en las alimañas que corren por el suelo, ni aun entre los reptiles que se arrastran entre el lodo y el cieno de las infectas y lagunas y esteros,

se hallará hembra alguna entre tantas y tan diversas especies, que tome á su cargo el amaestramiento y enseñanza que en la familia humana desempeña tan gustosa cuanto espontáneamente la Celestina. Y es la causa, que como la inteligencia de los animales tiene un límite y un vallado estrecho impuesto y levantado por la misma naturaleza, tambien ha de ser de reducido alcance y de términos conocidos los instintos de su perversidad; pero como la razon humana, al contrario, abarca esos ámbitos inmensos por donde vuela y campea segun sus propias inspiraciones, si estas, por móviles que no son del caso explicar, llegan á contaminarse con los hálitos del mal, son tambien inconmensurables y no sujetos á dimension ni cálculo los grados de reprobacion y maldad que llena y puede alcanzar. La mujer desenvuelta que en sus primeros años cumplió el oficio vil que solo puede ser vencido en vileza por el empleo diabólico que ha de ejercer despues; que borrando en su ánimo todas las nociones de lo bello y de lo noble no obedece ya mas leyes que las impresiones mas groseras y feroces; que familiarizada en fin con todo el cinismo de la gente mas perdida y baladí, de los galeotes, de los rufianes y demas fruta de cuelga que se cria y amamanta en las galeras y cárceles, es de derecho y por juro de heredad, la llamada á desempeñar en su vejez el papel de *Celestina*, si antes la muerte no ha venido á sorprenderla, ó con los horrores de enfermedades espantosas, ó con la catástrofe del puñal ó del cordel, que son las arras y dote que de sus desastrosos y desventurados amantes suelen alcanzar y poseer. Mas para que la *Celestina* produzca la fascinacion que en sus operaciones y oficios ha menester, para que ejerza ese imperio en la imaginacion de los dolientes y rendidos de amor que á ella acudan, pidiendo antídoto y consuelo, y para que su autoridad por una parte, y sus suaves razones por otra, logren abrirse las puertas de las clausuras, disipar las sospechas de guardianes, porteros, madres y tias, y ablandar la condicion dura y zahareña de las solitarias viudas, de las apartadas esposas y de las recogidas doncellas, se necesita que en el pueblo ó ciudad en donde haga teatro de sus artes y hazañas, nadie sepa de dónde vino; nadie pueda fijar fecha á su bautismo; todos duden si es santa ó si es hechicera; cuenten muchas historias fabulosas de ella; diga aquel que una noche la vió cabalgando en una escoba escuadronada entre diez zánganos y cien brujas; refiera por el contrario otro, que en la ermita del monte la encontró orando en arrobamiento divino á cuatro palmos del suelo y sirviéndole de peldaño y escabel un celage de gloria y ambrosía; y todos, al encontrarla, salúdenla cortesmente si es de dia, y prueben un sentimiento indelinible de curiosidad y de horror si de noche la encuentran vagando temerosamente por las calles solitarias, por los átrios de las iglesias y en las afueras del pueblo, al rayo de la luna por entre alamedas ó cementerios.

Establecida de tal manera la opinion y fama de nuestra heroina insigne, es estar ya la miel en su punto, y presto el telar para la labor y menester. El tener en el magin los nombres y condiciones de las damas y caballeros principales de la villa, el conocer cuáles sean sus hábitos y flaquezas, el saberles sus aficiones presentes y las inclinaciones de antaño, el no ignorar las historias y aventuras de sus peregrinaciones y mocedades, son aditamentos, noticias y armas auxiliares que no deben faltar nunca de la memoria de Celestina para sacar fruto cumplido de sus trazas y poder llevar á buen cabo sus empresas. La compostura en el rostro y en los ademanes, la humildad en las tocas y sayas, y sobre todo un hablar dulce y compasado, ora amoroso y roncero, ora sentencioso y plagado de refranes y adagios, pusieran el sello de perfeccionar el tipo universal que retratamos, si no se nos quedara en el tintero la parte mecánica y manual de que debe ser diestra operaria y consumada maestra. Hablamos de los afeites, de los untos, de las legías y de las yerbas que ha de saber confeccionar; de las poderosas artes, suertes y conjuros que ha de echar, y de la habilidad estupenda en que ha de ser sola, para retrotraer á virgen la que fue mártir diez veces. Con la baraja en la mano ha de averiguar la vida pasada de cualquiera, los azares y sucesos que le han de sobrevenir y los toques y encuentros en que al presente se halla, trabajando tales suertes la astuta vieja, bien por la manera del culebron ó bien por el poder de la Cruz de Malta. Por el cedazo ha de encontrar y hacer hallazgo de toda prenda que se haya hecho perdidiza entre sus vecinas y comadres, y sendas nóminas y oraciones debe tener en la memoria para los aojamientos, madrejon, mal caduco y otros accidentes y dolencias. En su compañía no ha de ser ni hospedar mas que esta ó aquella sobrina que por mas estrechar el parentesco no han de comunicarse sino con el tierno cuanto mentido ramoquete de la *mi madre* la *mi hija*. En fin, la casa ha de ubicar un paraje apartado, colindante con los campos y ejidos, y no lejos de las torres y campanarios en donde se dejan sentir á deshoras de la noche el reñir de las espadas y los acentos tristes y siniestros del Buho y del Cárabo.

Supongamos pues que á tal nido y con huésped tan endiablado dentro, cuanto nos imaginemos á Celestina, dirige sus pasos allá algun mancebo enamorado, de ánimo levantado, de riquezas muchas, de airosa persona y agraciado gesto, y para quien cada su capricho y fantasía es una ley irrevocable y deuda que trae aparejada, pronta é inmediata ejecucion, sin haber alegatos ni fórmulas que la puedan evitar, entorpecer, ni aplazar aunque quieran hacerlos valer todos los abogados de la chancillería y los mas fervorosos predicadores de todas las órdenes mendicantes. Finjamos pues que llega á la boca del infierno, queremos decir, á la puerta de la caverna en donde reside y tiene asiento el hórrido serpenton de quien hacemos estudio y anatomia. Suenan los golpes repetidos en la puerta y dice el mancebo: — Maldicion á la vieja. Mucho le dura la audiencia con su amor y señor el que se viste de encarnado y negro, y muy embebecida debe estar con la infernal vision pues de otro modo la sacarán de su éxtasis los redoblados truenos, que no golpes, con que le bataneo la puerta. Mas apelemos á otro medio. Dejemos el guijarro y los golpes, y hagámosla oir y escuchar el sonido de los reales de á ocho y escudos que en esta bolsa se encubren y disfrazan, que si á su mágico estruendo no despierta y abre la trampa de esta cueva la malvada vieja, cierto es, y no dudar, que ya bajó á servir de áscua y tizon á la caldera de Pero-Botero, en donde con boca de sierpe morderá los dientes de las ruedas que atormenten, martiricen y dilaceren los miembros malditos de su cuerpo. Sonó el dinero y ya creo escuchar algo de fragor por dentro.

CELESTINA. Al punto voy, quien quiera que sea, allá voy, bajo al punto ¡qué sueño el mio! Vieja, pobre y sola, sueño de modorra. Entrad, entrad, señor gentil-hombre, que la noche es húmeda y las siete cabrillas ya parescieron, y corre un relente que asaz embaraza y entorpece los miembros. Y creí haber escuchado algo del argen que caia. Dejádmelo buscar, señor, ante el lindar de la puerta. Buenas almas sin duda que habrán querido socorrer á la pobre viuda.

MANCEBO. Cierra la puerta, maldita, que apacible está la noche para recibir el vaho de noviembre con sus nieves y ventisqueros, y mas, hombre que como á mí me has tenido hincado en el lodo de la rua como astil de almotacen, y ya sabes tú brujidiabla que el dinero no cae ni bulle por los tejados y ventanas como el granizo que nos azota, sino que se encuentra solo

en las ahuchas y escondrijos tuyos y de tus iguales, ó en los bolsillos de los caballeros. Hélas, hélas aquí esas gallardas piezas de plata y oro que son para tí, si tus servicios me son en ayuda y tan presto como mi voluntad requiere.

Celestina. Líbreme Dios de alboroto de pueblo y de ira de señor, y Dios me guarde de lanza de moro izquierdo y de mano de hidalgo de buen talle, y cornudo y apaleado y hacerlo bailar, y como dijo el otro, si os acuden con la vaquilla llegad eis con la soguilla, y blancas manos, no ofenden, y de vos no se diga que sois como la zarza que da su fruto espinando, y antes cuéntese de vos que si abrió la boca, la bolsa no la cerró, y hablad señor, que aunque humilde y pecadora, todavía tengo para mis bienhechores muchas romerías que dedicarles y grandes devociones orales y mentales para aplicacion suya y de sus pecados, pues.....

Mancebo. Calla, traidora, y no mientas ni finjas. Si tengo paciencia para sufrir ante mis ojos tu maldita catadura ¿no he de tener valor para sufrir en todo su desnudo la fealdad de tu alma? Aparte que no quiero ni pretendo por ahora cosa de mayor marca, pues ni pienso en robar esposa, ni otorgada á hidalgo alguno de las cercanías, ni menos el escalar convento ni monasterio en busca de amores místicos. Quiero solo hablar inocentemente con Teodora, la hermosa hija de Jacinto el labrador, que pronto va á casar con Anton el estudiante.

Celestina. ¿Y qué quereis decir á esa paloma sin hiel? Arrullos sin duda que ella aprenderá para repetírselos á su prometido despues, celando empero el nombre del primer maestro. ¡Ah! ¡ah! ¡ah! Es muy picante en verdad el pensamiento de endonarle á un estudiante ladino, y con sus bártulos y baldos en la mollera, una esposa ya bien enseñada y amaestrada: esto me indujera á servir á otro cualquier garzon de ingenio vivo y de donaires, cuanto mas á caballero que tan de antiguo obligada me tiene con sus graciosas palabras y dádivas ricas. Y no tardaré en visitar á Teodora y en volvérosla flexible como un guante de ámbar y azucarada como manjar de alcorza. ¡La otorgada de Anton! El sabiondo estudiante, el que con sus cálculos y astrolábios pretende defraudar la veracidad á mis pronósticos y buenaventuras, y que sus almanaques y horóscopos tengan mas autoridad que mis profecías y conjuros. Allá veremos si sus astrologias le advierten la flor que le preparo, y si el horóscopo que ha de levantar sin duda la noche de sus bodas le avisa del anzuelo que va á tragarse y de la obra que va á desbaratar, toda forjada y edificada por las artes, cuidado y traza de su amiga la Celestina. ¡Hi! ¡hi! ¡hi! Qué burla tan extremada, y mas cuando nos juntemos en corro á recordarla y reirla los tres personages de la escena, la Teodora, este su enamorado, y yo la desventurada vieja, que de tales regocijos solo puedo haber noticias apartadas, y de ningun útil ni provecho para este cuerpo ya desierto y deshabitado para las glorias del amor..... Y la infernal meguera, dejando desvanecido entre sus imaginaciones licenciosas al desacordado mancebo, se lanza como saeta envenenada á dar en el blanco de su perverso intento.

Y si estos ó muy semejantes son los introitos de tales aventuras, y en la que ofrecemos por ejemplar, hemos visto los pensamientos que animan á Celestina, los móviles que la deciden y los resortes que la disparan, conviene verla cual milano que cierne el vuelo sobre su inofensiva presa, cuál ronda ella tambien á presunta víctima, cuál la fascina, cuál la convence y conviene, y cuál, primero con aliento suave, va prendiendo en el pecho de la doncella las primeras llamas del amor, hasta que viéndolas alzarse con ahinco y cresta encendidas, las atiza y aviva con soplo desesperado y rabioso, hasta convertir en pavesas todos los obstáculos que el recogimiento y la honestidad pudieran oponer á tanto furor, y la conduce paciente y embebecida á la última perdicion.

¿Y quién no ha de sentirse aguijado de curiosidad viva por oir á la embajadora de la maldad, cuando puesta en escena, se sabe abrir las puertas de los altos palacios, adormecer la vigilancia de los argos que custodian la honestidad, y acercándose á la hermosura depositaria de tanta virtud y excelencia, primero la hinche con vanagloria y soberbia encareciendo sus perfecciones, despues le despierta la compasion por los fingidos tormentos del galan enamorado, luego la escandece y concita maligna y diestramente su rivalidad y femenil orgullo, hablándole de la aficion que otras doncellas sus amigas ó parientas abrigan por el embaidor temerario, cuya causa desordenada y licenciosa amadrina y procura; y al fin, cuando observa todas aquellas maquinaciones y trazas á punto, en dia cierto y á plazo dado, hace hundir en el oprobio y vilipendio todo aquel sagrado, hasta allí inviolable, de altivez, de nobleza, de belleza y de virginidad? Héla aquí á la infernal harpía en su obra de iniquidad, y empleando embelecos de mayor y mas subida traza, como que van encaminados á empresa en donde con el riesgo que se corre se pide habilidad grande, secreto mucho y ánimo muy sereno. Camina á hacer su presa en la honestidad de unas grandes señoras y dice:

Celestina. Allí se parescen y encuentran los palacios encumbrados en donde ha de conquistar ese vellocino que tanto valor tiene para este necio del garzon enamorado, pero gallardo y dadivoso á fé. Mas las puertas me las tienen tomadas aquellos dos sayones de criados, que acaso querrán oponerse á mi pacífica entrada.

Un Portero. Es aquella la mala mujer de quien tantas hechicerías y malas artes se cuentan.

Otro Portero. ¡Cómo, mala mujer! Esa es la honra de la villa. Despues de vísperas la encuentro todas las tardes encendiendo candelas en los cementerios.

Otro Portero. Es que va á ejercitar sus horribles misterios rebuscando dientes por la boca de los últimamente ajusticiados y..... mas ya llega.

Celestina. Sé de lo que tratábais entre vosotros. Mas la caduca vejez cierto nunca alcanzó loores; y de mozos y de rufianes jamás le vino sino males; y en verdad que por eso os huyo tanto á vosotros y á vuestros iguales. Y si hoy toco por estos umbrales, fuérzame la voluntad, el mandato de vuestra señora, que al darme algo de limosna el dia de la Epifanía, por mano de su bellísima hija en la capilla, me encargó con mucho encarecimiento ciertos recaudos, de que la traigo buena cuenta. Y tú, Sigeril (á un portero) no te andes á deshoras de la noche, dando músicas por la calle de S. Roman á la sobrina de Silveria, que los que mal te quieren arman celada contra tu vida. Y tú, Poheda (dirigiéndose al otro) tén mas recaudo en las sisas que haces en la despensa y en las sangrías que cometes en la bodega, que ya el mayordomo tiene ojos fijos en ti, y sus ventores y sabuesos, gente de tu propia ralea y catadura, están ya á tu alcance, y mia fé, si muy pronto no te desenzarcen y salteen, con gran placer de Doroteo, que avizora tu plaza y racion, y ansía por ser tu sucesor y heredero...

Los dos Porteros. Entrad, madre, entrad..... Al diablo con la vieja, y qué punto por punto nos sabe la vida, y qué noticias tan cabales tiene para escribir nuestras crónicas. Y la Celestina, que ya dentro de aquel alcázar de la virtud y la inocencia se considera, prueba el mismo gozo que la garduña, cuando á duras penas y trazas se ve y mira poseyendo y dominando un vivar de cándidas palomas: y encontrando en la próxima estancia á la matrona noble, que como águila poderosa resguarda y custodia con

sus alas el fruto de sus amores de las asechanzas de la sierpe, se arroja á sus piés y la dice: Ah, señora, báculo de la vejez, apoyo en la orfandad, amparo de los desvalidos y antemural y defensa de las doncellas: ¿cómo atreverme á ofrecer ante tus ojos persona de achaques tantos como la mia, y vestiduras tan humildes como las que traigo, si tu benignidad de un lado y el traerte ocasion de emplear santamente los raudales de tu liberalidad cristiana no me dieran valor para salvar los umbrales de tu casa, y para llegar hasta donde puedan mis lábios besar la tierra que tus piés tocan? Hé aquí, señora (sacando un curioso canastillo de bajo sus faldas), hé aquí en matizadas madejas de rico estambre, el arco iris de todos los colores mas vivos, y el delgado viento hilado y puesto á punto de ser tejido en telas finísimas y trasparentes. Obra es toda ella de dos recogidas y hermosas doncellas, que combaten la liviandad y la seduccion con el fruto de su rara habilidad y la tarea de sus manos. Y conociendo yo el peligro en que su estrechez ahora las arriesga; y contemplando tambien la astucia y deshonesta codicia de sus enamorados, que como lobos hambrientos las rodean y acechan para traerlas al trance vil de la deshonra, he querido anteponer y atravesar mis buenos oficios para desviar tamaño mal, y recogiendo de entre su labor y tarea estas ricas muestras de su cuidadosa habilidad, os las traigo, para que adquiriéndolas, ampareis aquellas pobres hermosuras, y se logre con el fruto riquísimo de tanto esmero la sin par beldad de vuestra hermosísima hija.

Y en verdad que estas palabras y sentidas razones hallarán acogida y buen recibimiento del corazon mas desabrido, cuanto mas de una principal señora tan amorosa y compasiva. Y divertidos sus ojos y embebecida su atencion con el dibujo y variedad de los colores, ó con el artificio y extrañeza de cualquiera presente que le ofreciera aquella mensagera de la deshonestidad, ó mas bien queriendo hacer partícipe de su maravilla y gusto á la hija de sus entrañas, que por otras estancias mas recónditas vagara distraida, ó recreándose entre las flores de los vergeles y jardines ¿quién duda que diligentemente la hiciera llamar, poniendo así inadvertidamente la simple avecilla á tiro del veneno de la maligna sierpe? Y ya las cosas en tal estado, cuán fácil no debe serle á ella, el comenzar su obra de perversidad, y producir el efecto que se propuso, fin, blanco y objeto adonde han ido enderezadas todas sus trazas y arterías. ¡Oh ángel en hermosura (diria), oh cielo estrellado en todas horas, oh sol siempre suave y sereno, oh beldad sobrehumana, oh mujer celestial ante quien son lodo y barro todas las bellezas del mundo, oh flor, en fin, á cuyo lado se mustian y marchitan cuantas otras flores y rosas se mecen y ufanan con su necia hermosura en los demas alcázares de la villa y por los otros ámbitos de esta espaciosa provincia! Y ni el ébano es mas negro que estas crenchas que bajan de tan gentil cabeza, y ni los ramos del lloroso sauce bajan con mas copia y riqueza que estos rizos, que casi quieren besar el suelo, sin reparar los necios que antes han pasado por tal garganta y por tal luciente espalda, de donde nunca debieran desenredarse amorosamente. Y dejadme, bellísima doncella, ya que la importunidad de estas criadas distraidas es ahora menos asídua, que me llegue mas de cerca á contemplar tanta belleza, que la hermosura sin ser vista y admirada, loada y apetecida, fuera lo propio que dejar siempre en noche oscura las perfecciones que Dios derramó por la naturaleza. Mas ¡oh qué talle delgadisimo, tomado con tal aire y gentileza, y que descendiendo con perfiles de agradable y voluptuoso incremento hasta llegar á su asiento gracioso y lleno de donaire conmueve al arrobamiento y á la adoracion! ¡Y qué pié tan imposible por breve, y tan breve por su donosa figura y planta, para sostener templo tan arrogante de hermosura; y sin embargo, lo sostienen con señorío tal, que no parece sino que cuando huellan el suelo son emperadores de la tierra. Y no quiero relatar con mi lengua lo que esos nexos de mórbida encarnacion me revelan de inefable belleza y de angelical estructura, hasta enlazar miembros tan perfectos con el sagrario divino y con el ser todo de tanta belleza; porque si su vision matara de placer á la mitad del mundo, la relacion de tantos misterios matara de envidia á la otra mitad.

Si tales ó semejantes razones no hayan de despertar ideas inusitadas en el pecho de mujer que se encuentra en la aurora de su vida y que percibe vagamente el placer de amar y ser amada y la satisfaccion dulce de oirse celebrada y encarecida, son cosas que pueden dejarse á la consideracion de la menos entendida. Y de aquí á deslindar y tocar los primeros propósitos de amor y á presentar, como vision entre celajes, la imágen de algun noble caballero cuyo nombre sea bien familiar y conocido por su gentileza y gallardía, ya no hay mas que un paso, porque tales cosas se tocan como eslabones de cadena eléctrica y como esta, rápidamente comunican sus ideas é impresiones. Por lo mismo no haya miedo que defraude con su pereza la Celestina la buena ocasion que su diligencia supo procurarse.

Y no fue ciego, no, sino lince y muy lince (proseguiria la vieja) el garzon gentil que os alcanzó á mirar no ha mucho, una de estas mañanas cogiendo lírios y rosas en el jardin, pues hasta las mínimas y ápices mas remotos de tanta hermosura me las supo referir punto por punto el otro dia que vino á encargarme algunas sus limosnas que él compasivamente distribuye todos los viernes, siendo yo el indigno instrumento que escoje para hacerlas llegar á los necesitados y cercados de pobreza. Y no sé como no le conozcais, pues es el caballero justeante que tanta gloria y prez ganó en el último torneo y que despues con tanta gala y bizarría rindió dos toros, con sus rejoncillos y espada, llevándose el aplauso de la fiesta, concitando la envidia de los caballeros y cautivando la voluntad de las damas. Pero de estas no hay ninguna que fijar pueda caballero tan cortesano, y que á prendas tan cumplidas añade tanta riqueza y tales mayorazgos, sino es que la celebrada Ramira, vuestra prima, y que locamente presume contender con vos la palma de la hermosura, logra alguna correspondencia y hace venturoso señuelo de su amor, del liston verde bordado con su mano que le dejó caer al caballero cuando desalojaba la plaza..... Desde este punto avanzado y ya en el interior recinto de la fortaleza, el éxito y final de la aventura, ya se deja adivinar y cualquier cronista podrá poner fin á la historia, sin que nosotros tomemos á nuestro cargo relacion tan lastimosa.

Pero allí en donde la Celestina demuestra su condicion verdadera y donde le bulle y salta el gozo infernal que le procura ver la triste condicion á que ha reducido sus víctimas, es cuando alguna de estas, recobrada de su sorpresa, burlada acaso en las esperanzas que habia concebido de mirarse colmada de preseas y de dádivas y despechada al contemplarse humillada sin poder salvar del naufragio en que ella misma ha puesto su honra, se presenta rabiosa, en cabellos, mesado el rostro, cárdeno con los golpes con que ella misma lo ha castigado, los ojos encendidos, el llanto convertido en globos de fuego, la vista traspuesta, y torciéndose las manos, se presenta, digo, á grito herido y con sollozos lastimeros delante de la infernal y regocijada vieja, que la recibe con extremos de amor y con palabras de miel que encubren, como ponzoña en flores, la ironia mas amarga así como el placer mas diabólico.

Por amor de mi vida, la dice, que no me llores de

tan amarga manera. Mal sientan las lágrimas en las bodas y bodas tan dulces y regocijadas cual las tuyas lo han sido, que aun todavía recuerdo ayer noche (pues tú me dejaste ver por el horado que para tales casos dejo en la puerta del teatro de tales bodas) todavía recuerdo, loquilla, que andabas colgada de la mano de tu enamorado para que volviese á halagar los alidares de tus cabellos, que por ser tan rizos y copiosos tienes gran vanidad y soberbia en ellos. Bien lo provocabas á nuevas obras, sin darte por vencida en tan agradable lucha, y tus ayes y lastimerías de muy diversa son eran, y por distinto tono se dejaban sentir que las presentes. Sin duda él, desvanecido con su triunfo, no te habrá cumplido la promesa de



La Celestina.

te volver á ver hoy; pero déjalo llegar, bobilla, que antes ha de tornar á tí, que no tú al estado que ayer tenias; que yo por mis artes sé y bien alcanzo, que pájara quincena es mejor reclamo que canto de sirena; y los gustos del agraz gustos son para apurar; y lo que bien supo cuando empezó, nunca luego ni presto se dejó: con que así, ovejuela mia, paloma sin hiel, toma huelgo y soláz aquí al par mio y al orete del fuego, y oyendo mis buenos preceptos y enseñanza, atiende á tu enamorado, que no tardará en parecer; que gato cominero presto halla al mur en el agujero; y en tanto, asienta bien las crenchas de ese pelo, que por ser tan luengo casi te lo atropellas, mete órden en esas tocas, refresca el rostro con agua de la fuente, y toma un continente señoril y reposado para sobresaltar la atencion y saltear la voluntad de aquel á quien aguardas, que cierto al verte con tal sosiego y tan lejos de las locuras y graciosidades picantes de la noche, muy mucho se le ha de regocijar la sangre en las venas, y muy mucho se le han de despertar mil gustosas imaginaciones; pues á pernil pernil, múdale la salsa y te sabrá á perdiz; y en tal extrañeza y en hacer la acometida por donde no hay gola ni coracina, es como se vence y sojuzga ese capricho voluble de los hombres. Aprende, aprende, ta mi hija, que doctrina y ejemplos te lloveré sobre tu cabeza como si fuesen arena; y si de poco acá comenzaste á saber y deprender, bueno es que pronto tomes borlas, si no de Salamanca ó de Alcalá, al menos de las que en Sevilla, Valencia, Granada y Madrid ponen las Garduñas, las Floras, las Elisas y otras doctoras, mis hermanas y mis iguales.

La desconsolada moza, que entre tal oleaje de palabras y malas razones, y por en medio de tanta burla y crueldad no acierta ni á dar significado á las frases, ni á descubrir en dónde está el sarcasmo ó la verdad, la flecha envenenada de la burla ó el bálsamo consolador de la esperanza, incierta en lo que ha de decir, conociendo su humillacion, pero dudando de hallar tanta infamia en mujer, se deja caer sobre el asiento mas inmediato, y prorumpiendo en frenético llanto, exclama: ¡He perdido mi honra, me han engañado vilmente!...

Innumerables fueran los cuadros que de sucesos tan trágicos y lastimosos pudieran sacarse á luz, para escarmiento de los unos y aviso saludable de los otros. Y no nos hemos detenido mas en ellos, casi por creerlos, si no de entera superfluidad, al menos de un lujo innecesario é inoportuno; porque felizmente, en los tiempos que alcanzamos, las costumbres han adelantado lo bastante para que la Celestina se considere como un peon que sobra y como pieza que no tiene aplicacion. Las negociaciones de amor suelen hacerse directamente y sin necesidad de mandato ó procuraduría. Denos Dios larga vida para ver hasta dónde en este ramo podemos llegar progresando.

El Solitario.

LA CASERA DE UN CORRAL.

Como esto de desollar al prójimo ha sido siempre una cosa tan gustosa, en todos tiempos ha habido Juvenales que se ejerciten en hincar el diente en la honra ajena cebándose de preferencia en el sexo femenino. No diré yo que una templada censura de las malas costumbres, deje de ser útil hasta cierto punto como correctivo que mantiene el movimiento social hácia una creciente perfectibilidad. Mas lo que no puedo llevar en paciencia es que se dirijan principalmente los tiros contra ese bello sexo tan interesante y tan amable. Tengo por una especie de descortesía poco caballerosa, y aun me parece injusta la facilidad y complacencia con que se sueltan diatribas contra las mujeres, olvidando á tantas que han sido célebres, y pasándolas á todas por un rasero. Dicen estos satíricos de profesion que las hembras por su volubilidad natural han ofrecido desde la antojadiza Eva materia abundante para reputarlas mas débiles que la otra mitad del género humano, que en su larga barba lleva la señal característica de su estabilidad y firmeza. Añaden metiéndose á fisiólogos que se descubre en el sexo imberbe, algunas veces, cierta rareza de carácter, ciertas extravagancias, ciertas singularidades, que las asimila á las telas, que cambian de colores se-

gun por el lado que reciben la luz, ó segun la mezcla que tienen en el tejido, y por eso se ven en ellas á cada momento esos arrumaques, esos arrebatos, esas humoradas, esa continua movilidad, y esa palabrería indiscreta, por lo que andan siempre voltigeando sobre la superficie de todos los objetos, deslumbradas con el brillo de las cosas presentes, sin penetrar nunca en el fondo de su naturaleza; de modo que á no ser por su exquisita sensibilidad y otras amables gracias de que se hallan abundantemente provistas, no serian buenas para nada y seria preciso huir de su trato por inconsecuente é insustancial.

No tanto, señores mios, les diré yo: cuidado que esa sentencia... *Varium et mutabile semper fœmina* repetida desde la antigüedad, claudita por demasiado general y absoluta. Si han existido y existen mujeres en cuyos meollos nada entra sustancial, tambien las ha habido, las hay y las habrá que pueden dar á los hombres mas agudos de ingenio, y de carácter mas firme, lecciones en todas materias. Ellas sobresalen en las ciencias, las letras y las artes, y muestran toda la firmeza y solidez que se requiere para ejercer autoridad, como lo comprueba la historia, de la que me seria fácil sacar un millon de ejemplos. Mas no siendo mi objeto mostrar erudicion, voy á presentar solamente un tipo ó modelo que actualmente existe en nuestra España, y vale por todos los demas que omito, pues no se limita á un solo individuo aislado, no es Doña Fulana la literata, ni Doña Mengana la pintora, ó la abadesa de las Huelgas. Este tipo lo componen las Caseras de los corrales de Sevilla, que ya ves, mi sesudo lector, pues tal debo suponerte, hallarás una clase entera, la cual nos da diariamente pruebas de lo que son las mujeres en el mando.

¿La Casera de un Corral? ¿qué clase de ente social es una Casera? ¿qué viene á ser un Corral? ¿Son estas Caseras de la familia de las Patronas de las casas de huéspedes? ¿Son directoras, regentas ó cosa tal de algun establecimiento público? Supongo, amigo lector, que tu natural curiosidad te estimulará á hacerme estas y otras preguntas semejantes, sobre todo si eres extranjero. Mas la dificultad está en la contestacion, porque es preciso tengas entendido que el epígrafe de este artículo donde se encuentra ese titulillo, encierra la significacion de una de las maneras de vivir que tienen nuestras andaluzas, la mas original, y la mas digna de observarse y estudiarse detenidamente, como que resuelve por completo la cuestion indicada en lo que antecede. Así que para que puedas formarte cabal idea de este negocio, debes leer con detencion hasta la última línea de esta especie de apuntes ó noticias selectas de lo mas sustancial que importa saber acerca de las Caseras. Pero te prevengo que la materia es algo tediosa, y no se presta á la sal ática, ni puede llevar el saborete de ciertos escritos, donde el feliz autor encuentra recursos para excitar la hilaridad de sus lectores.

Confieso que para salir del paso y salvar dificultades podria limitarme á dar la definicion completa ó incompleta de la Casera, diciendo que «es la matrona fuerte que en Sevilla está al frente de un grupo vecinal de los que llaman Corrales;» y despues de haber soltado esta definicion en tono magistral á estilo de catedrático improvisado, daria una noticia muy superficial del mecanismo de las Casas Corrales, del teje maneje de los Corraleros y Corraleras ó animales bípedos que habitan aquellas madrigueras, y de la conducta que observa la Directora de la asociacion. Empero esto seria vender gato por liebre, dejando apenas desflorado el asunto, y trazados solo los primeros lineamentos del retrato de la Casera, con lo que quedarias lector benévolo del todo en ayunas, y con tanta boca abierta, sin poderte formar una idea exacta de los fenómenos humanitarios que se ocultan en esos famosos y nunca bien ponderados Corrales, donde tanto tiene que estudiar el político y el moralista, ni llegarias á comprender tampoco el superior genio gubernamental de las Caseras, y la constancia con que saben mantener la policía corralera en su mayor perfeccion, sin variar en un punto de su pristino instituto, guardando y haciendo guardar sus estatutos, y dándoles siempre ajustada aplicacion á las circunstancias. Preciso será, pues, que yo siga otro camino para salir de mi empeño, en términos que quedes contento y plenamente enterado de lo que es una Casera.

Existen en la sociedad ciertas combinaciones que arrostran imperturbables los fuertes embates de los huracanes revolucionarios, así como la robusta palma del desierto se mantiene siempre firme resistiendo el furioso ímpetu de los desencadenados vientos, que asolan aquellas áridas llanuras, porque aquellas combinaciones están aseguradas por su propia naturaleza, como se encuentra asido en la tierra por la profundidad de sus raices ese árbol gigante que los desafia. Las Casas Corrales pertenecen á este género de combinaciones: son una especie de antiguos falansterios que nosotros los españoles tuvimos la feliz ocurrencia de inventar hace muchos siglos. Estos falansterios podrán no ser como los recientemente proyectados por el célebre utopista Fourrier; pero mucho será que no le hayan suministrado la primera idea, pues al cabo en los Corrales de Sevilla, así como en esta córte en la casa de Tócame-Roque, se ven reunidas bajo un mismo techo muchas personas y familias de todas las clases de la sociedad, que forman lo que se llama primera materia, estando estas reuniones sometidas á la vigilancia de la Casera. El orígen de estos hormigueros se pierde en la oscuridad de los tiempos, no faltando quien asegure habia ya Corrales en la antigua capital de la Bética, bajo la dominacion sarracena, y es indudable que si por fortuna hubiese habido quien se dedicara á escribir sus crónicas, contendrian un curioso repertorio de hechos notables, en que hallarian mucho que aprender nuestros modernos proyectistas, y algunos buenos desengaños.

Un corral es una casa espaciosa de muchas vecindades, y su distribucion interior facilita toda comodidad para inspeccionar cuanto en ella pasa. Despues de la entrada ó zaguan, donde se ve un retablito con una cruz, ó un cuadro con la imágen de la Vírgen del Cármen, y un farolillo colgado del techo, que sirve para alumbrar aquel recinto en las primeras horas de la noche, hay un gran patio, que por lo regular es cuadrilátero, con una fuente en medio de agua potable, y corredores altos y bajos por sus cuatro lados. Algunas de estas casas suelen tener otros patios interiores; mas en todas, las puertas de los cuartos ó habitaciones dan salida á los corredores. Por estas dos solas particularidades de la distribucion del edificio, se descubre que un Corral es una especie de pannóptica, que forzosamente ha de tener su director. Así es que el cuarto de la Casera, á la que exclusivamente está reservado este delicado cargo, se encuentra siempre en medio de uno de los testeros del piso bajo, y por lo comun en el que está al frente de la puerta de la calle.

Decia Feijoo que nuestros refranes dejaban de ser exactos por demasiado generales y solian contener un error vulgar. Esta calificacion la encuentro confirmada en unos casos, aunque en otros estoy por los refranes. Cuando se me dice, por ejemplo: «que el hábito no hace al monge,» así de una manera absoluta y demasiado general, tengo por errónea esta proposicion, porque encuentro una notable tendencia en el hombre á identificarse con el vestido, y me cuesta dificultad reconocer á un amigo ó representarme en la mente su imágen, si no se me presenta con el mismo trage que solia llevar cuando le vi otras veces, así como en la tortuga solo vemos la concha y

nunca lo que está dentro. Que se nos ponga delante un magistrado, un general, un ministro, sin sus respectivas condecoraciones, vestidos simplemente el uno con los harapos de un pillo de playa, el otro con la zamarra del pastor; es seguro que entonces no veremos al general, ni al magistrado, sino al pillo ó al pastor, y por esta causa son tan apetecidas las decoraciones, porque el hombre lo forma el vestido. Luego el hábito hace el monge, y si no ¿cuántos monges se pasean ahora entre nosotros, y no podemos decir ese es un monge, desde que largaron la concha? Aplicando esta doctrina, que no tiene falencia, á nuestra Corralera, mientras no vea yo el trage alto de las manolas, la limpia media, el zapato bajo ó de escarpin muy recortado y sin cintas ó galgas, el pañuelo de percal color de punzó, y el pelo recogido detras de la oreja, no me será fácil reconocer á la Casera. Esta es su forma exterior que tanto respeto infunde á sus subordinados, cuando vá acompañada con aquel aire de taco y un cierto aquel, propio de su complicada autoridad.

A la inversa, cuando se me dice que el adorno interior de una casa, la clase de muebles que hay en ella, y su colocacion, da á conocer qué clase de pájaro es el que allí se enjaula, confieso y reconozco que esto es muy cierto, como lo demuestra en nuestro caso el menaje del cuarto de la Casera. La puerta y la ventana de esta estancia se ven adornadas por la parte interior de unas cortinas de muselina blanca: las paredes cubiertas de muchos cuadritos con estampas, moños y ramos de flores contrahechas, interpolándose alguna que otra cornucopia dorada, y con su luna ó espejo. (Una de estas está colocada mas baja porque sirve á la casera de tocador): varias sillas de asiento fino; una mesa y sobre ella un tintero, el libro de cuentas y otros trebejos. Hay otra mesita mas pequeña en que descansa una urna que tiene dentro un S. Antonio, una Vírgen del Cármen ó una Cruz. Detras de la puerta del cuarto se encuentra un tallero, con muchas tallas ó jarras, vidriadas de verde para el invierno, y de las que no tienen vidrio para el verano. Entre talla y talla hay un juguete de barro, ó un vasito con flores, y al pié del tallero está la tinaja del agua. En la alcoba interior hay una ó dos arcas de pino, y una cama de banquillos y tablas con dos ó tres jergones de paja y un colchon de lana, lo que hace tenga mucha elevacion. Si la Casera tiene hijos, reserva para dormitorio de estos otro cuartito en el piso alto, lo que suele dar lugar á varias escenas cómicas.

Tal es el adorno y menaje del cuarto de nuestra Semíramis, que si bien dan indicios de su pobreza, no muestran menos su disposicion y aseo. No tiene muebles lujosos; mas los referidos y su colocacion están diciendo que es amiga del órden y arreglo en todas sus cosas.

Si la Casera es casada suele estarlo con un soldado cumplido, ya entrado en años, ó con algun zapatero remendon. En el primer caso hay mas quietud en el matrimonio, porque el cumplido trabaja fuera de casa, casi siempre de peon de albañil ú otra ocupacion semejante. Pero cuando pertenece á la hermandad de S. Crispin, tiene colocada su banquilla en el portal ó en el corredor cerca de la puerta del cuarto, quiere mezclarse en todo, y los lunes, dedicados á la holganza segun costumbre inmemorial, anda la paz por el coro, pues consigue apurar la paciencia de la consorte, que como acostumbrada al mando absoluto no se encuentra muy dispuesta á sufrir sus impertinencias.

Sentados estos preliminares indispensables, y dejando de referir, para no ser prolijo, otras varias circunstancias particulares relativas á la educacion de los hijos si los tienen; educacion que suelen recibir en el matadero, ó en las plazas de comestibles, donde les sobran ocasiones de ejercer todas las mañanas la destreza de los jóvenes esparciatas, agilitándose en el gran arte que inventó Caco, y desenvolviendo su talento fullero; ya es tiempo de acercarnos á lo fundamental de este asunto.

En todo cuanto tiene relacion con la administracion de la Casa Corral, no hay que decir, como se supone en los demas matrimonios, que la mujer obedece y el marido manda, pues la ley sálica no ha podido estender su perniciosa influencia hasta la Casera, que



La Casera de un corral.

ha conservado sus fueros, libre de la insercion gálica. En el contrato celebrado con el propietario, ó dueño de la casa, hace ella el principal papel, como mujer de respeto y formalina. El marido inspira poca confianza. Unas veces toma la casa en arriendo con facultad ámplia de subarrendar, otras viene á celebrar un contrato sin nombre, quedando encargada en todo lo relativo al subarriendo de los cuartos, conservacion del órden y cobranza de alquileres. En estos subarriendos y á la cobranza suele auxiliarla su marido, haciendo veces de teniente, y por la noche cuida tambien del alumbrado, siendo ademas el que cierra la puerta de la calle y la abre por la mañana. Lo que es el gobierno y direccion interior, lo reserva exclusivamente en sí la Casera, y en ello consume la mayor parte del tiempo, quedándole apenas alguno libre para sus quehaceres domésticos, y para ganar

algunos cuartejos ribeteando zapatos ó lavando y aplanchando ropa de las sacristías de las iglesias.

De todos cuantos puestos de mando se conocen en la sociedad, ninguno mas delicado y difícil que el que ocupa esta andaluza. Los Corrales son el *refugium pecatorum* donde van á acogerse cuantos en las clases ínfimas de la sociedad no tienen hogar conocido. Si todos fueran jóvenes y solteros, podria ser una especie de nueva asociacion fácil de arreglar. Pero es la desgracia que la vida de los que acuden á enuicharse en estas casas, ofrece antecedente materia para historias muy peregrinas. Ya es un sastre solteron que ha pasado de los cuarenta años, refiere haber servido con este oficio en el ejército, y haber hecho varios viajes de ultramar, con otras cosas peregrinas; ya en el cuarto inmediato se aposenta una remilgada de treinta abriles, que no descuida aun el tocador, se dice viuda de un capitan, y suele tener largos ratos de paroli con su convecino, amen de otros momentos que consume en recibir ciertas visitas nocturnas y misteriosas, que ella dice son parientes del difunto. En otro cuarto viven un peon de albañil con su mujer y una hija moza, que son lavanderas; mas allá una setentona, con otras tres hijas, todas aves sin nombre, que dejan juntas el nido por la mañana temprano y vuelven cuando ya el sol raya en el ocaso, se meten en su cuarto, cierran la puerta y ¡ buenas noches! El trage de estas incógnitas no ofrece particularidad que de contar sea; sin duda para no llamar la atencion. Otros cuartos los ocupan personas de uno y otro sexo que viven solas y descubren por su trage y maneras ser pobres vergonzantes, ó que pertenecen á la gran cofradía de testigos falsos, que giran en torno de los juzgados, dispuestos á prestar servicios al primer escribano, procurador ó alguacil que los ocupe. Otra porcion de estancias las ocupan las lavanvanderas con sus maridos peones de albañil, poceros, empedradores, vendedores de pajuelas, de melcocha, de aceitunas, altramuces, turrados y otras chucherías. Hay por temporadas habitados algunos cuartos por ciertas notabilidades de incógnito; pero estos vuelven á criar alas y remontan otra vez su vuelo á mayor altura social.

Conocido ya el pueblo que está bajo el régimen policiaco de nuestra heroina, vamos á ver cómo se las aviene para traer metidas en ajuste todas estas castas de gentes de un pensar tan vario como mezquino. Aquí es donde ella luce todo su talento y firmeza varonil. Tiene formado un pequeño código de leyes administrativas, donde muchas cosas tendrian probablemente que aprender algunos gefes políticos; y otro prontuario de leyes penales. Para hacer que obedezcan y cumplan puntualmente estas leyes, se reviste de cierta autoridad corraleresca, que no falta quien imite fuera de estas casas. La Casera no es záfia ni desvergonzada en su trato particular, mas en el de directora de su vecindad lo es en extremo, por aquello de que quien se hace miel las moscas se lo comen, y porque á cada uno le ha de hablar en su idioma, y las palabras blandas son buenas para las monjas.

El primer punto de policía consiste en que la puerta del Corral se cierre constantemente en el invierno á las diez de la noche, y en el verano entre once y doce. Este precepto nunca se infringe, y ninguno lo olvida impunemente, pues el que no ha entrado á estas horas se queda en el meson de la Estrella y suele muchas veces tener que pasar el resto de la noche en la casa de poco pan.

Luego que se cierran las puertas se apagan las luces y cada mochuelo se recoge á su olivo, procurando guardar el silencio posible.

Por la mañana se levanta temprano el Casero y abre la puerta á fin de que cada uno pueda salir á sus quehaceres.

Antes de acostarse avisa la Casera por el órden que tiene prefijado á las vecinas que les toca barrer al dia siguiente la puerta de la calle, los corredores y el patio, y los sábados las escaleras. Esta distribucion de trabajos dá márgen á varias disputas, que la Casera resuelve de plano y sin forma de juicio, haciendo desaloje el Corral la que desobedece ó se muestra demasiado renitente ó se levanta tarde.

Cada vecino tiene obligacion de encender el farol del zaguan, y los de los patios la noche que le toca el turno.

Tambien toma razon por las noches de las que necesitan las pilas para lavar al dia siguiente, y las distribuye por su órden, haciendo igual distribucion de los tendederos, y cuidando á la tarde de que lo dejen todo fregado y corriente para el dia siguiente.

No permite que los hijos pequeños de las Corraleras tiren piedras dentro de casa, ni en la puerta de la calle, ni que desconchen ó tiznen las paredes, haciendo á sus padres responsables de las faltas y travesuras turbativas del órden que estos cometen, por lo que aquellos procuran darles dimisorias bien temprano, y salen á inundar las plazas de la ciudad, y á aprender el camino que conduce á los correccionales.

Cuando alguna vecina recibe en su cuarto de noche alguna persona sospechosa, espera que todos estén recogidos y de improviso se presenta en aquella habitacion acompañada de su marido, los coge infraganti, y á la mañana siguiente tiene la inquilina que mudar de casa, y aun de barrio ¡ tanta es la autoridad de la Casera!

En los casos, no muy raros, de riñas y refriegas entre los vecinos, aunque sean entre hombres con uso de armas, acude mas veloz que el rayo, y mientras su marido ú otro vecino pacífico va á llamar la justicia ella despliega todo su carácter varonil. No solo los reprende y contiene con la mayor severidad, sino los separa y desarma; muchas veces con grave detrimento de su persona, pues suele salir contusa, cuando no herida.

Para reprimir y prevenir estos y otros desórdenes semejantes aplica por sentencia definitiva y sin súplica las leyes penales de su prontuario que son muy sencillas. Primero la reprimenda en voz alta y descompasada para que la oigan todos los de puertas adentro y aun los de fuera. Esta especie de apercibimiento es un medio eficaz, porque ofende el amor propio del que la lleva, y deja resultas poco gratas. La Casera no se contenta con vituperar ni ponderar la culpa ó falta cometida, sino suele tambien regalar un apodo, que conservará el que ha decaido de su gracia, aunque se traslade á otra parte, con la particular circunstancia que estos apodos retratan con mas viveza que lo hizo Murillo con sus divinos pinceles, pues para poner apodos nadie como las Corraleras.

La segunda correccion se reduce, si es hembra la culpada á un recargo en los trabajos de barrido y limpieza, y si es varon á costear la luz del farol una noche mas de las de su turno, tomando de aquí ocasion para aliviar á los mas pobres y á las menos fuertes ó enfermizas, y aun para complacer á sus amigas.

A la tercera va la vencida, como suele decirse, pues á un reincidente tan protervo é incorregible no le queda recurso. Sin detencion van sus trastos á la calle; es decir, que la ejecucion acompaña siempre á la sentencia. Con esta inflexibilidad conserva la Casera su autoridad intacta, viéndola crecer de dia en dia, y llegando á veces á adquirir renombre entre los de su categoría. Es muy frecuente oir decir á la gente que se agazapa en esas localidades: en el Corral de la Parra, de los Panecitos ó el del Conde (este tiene tantos cuartos para vecinos como dias el año) *no se puee haora respiraa. La Zeñora Tereza gasta cada dia peor genio y á naide deja resollaa; tiene siempre puezta una carita* de *jué* que mete *mieo*. Esto prueba que la tal

Teresa lo entiende y sabe bien cómo ha de manejarse para que se guarden sus ordenanzas. Es verdad que en estos últimos tiempos ha habido algunos vecinos, particularmente los que son guardias nacionales, que se han empeñado en querer introducir ciertas modificaciones en el mando de las Caseras. Mas estas se mantienen firmes. ¡*Vaya*, dicen con resolucion, *seria cosa de ver, que el nacionalito me viniese á calentaa el meollo con su costitucion ó sarandaja! Esas noveges son güenas paa los que viven solitos en sus casas. Allá se las compondrán ellos como puean; lo que es aquí naa mas se ha jacer que lo que yo mande y al que no le acomoe que se plante en la calle*. Esta es la palabra atronadora que aplaca todo espíritu de novedad é independencia. ¡Feliz Casera que tan puro é intacto sabes conservar tu poderio!

Si hasta aquí hemos visto á la Casera por el lado mas adusto y en el ejercicio de sus funciones gubernamentales mas peliagudas, en las que nos ha hecho conocer el inestimable precio de su carácter sostenido, bueno será examinarla tambien por otro aspecto mas agradable. Durante el dia y las primeras horas de la noche tiene mucha indulgencia con todos, hace la vista larga y deja que cada uno respire á sus anchas. Las lavanderas del patio se las pelan cantando: los mozuelos hijos de los vecinos salen y entran con sus guitarrillas; en algun otro cuarto suele haber alguna visita misteriosa. Todo este ruido, esta baraunda y la chacota que es consiguiente lo tolera la Casera sin decir esta boca es mia, porque conoce que á la buena gente se le ha de dejar algun desahogo. Hay ademas dos dias en el año de gran jaleo: el de la Cruz y el de S. Juan. En las noches de estos dias se cierra muy tarde la puerta del Corral, y la Casera permite que entren á bailar y cantar los mozuelos y mozuelas de otros Corrales que tienen conocidos en el suyo.

El dia de la Cruz se forma en uno de los corredores del patio un altar adornado todo de flores y cintas y con relicarios y alhajas de plata y oro. Los gastos y adornos de este altar para la Cruz, se hacen á escote entre todas las vecinas.

La fiesta se forma siempre en el patio, reinando la mayor alegría. Las mozuelas y mozuelos cantan y bailan las rondeñas, las malagueñas, las manchegas, algunas veces la jota, y con mas frecuencia las *Corraleras*, que es música de su exclusiva invencion. Tambien bailan el fandango y no falta quien eche una copla de bolero. En estos dias gusta ver aquella juventud con sus graciosos adornos, tan alegre y tan chistosa. La reunion dura hasta bien tarde; pero á su debido tiempo la directora manda que termine y cada cual se retira, unos á sus cuartos, y los forasteros á la calle, cerrando el Casero las puertas principales.

No omitiré decir, porque es importantísimo, que la Casera tiene mucha caridad con los pobres y les agencia todos los alivios posibles, principalmente cuando están enfermos, lo que prueba que el genio záfio que se le atribuye, es una especie de compostura aparente, hija de la clase del mando que ejerce.

Por último entre todas las vecinas hay dos ó tres que son el ojo derecho de esta matrona; las agracia y prefiere siempre, anda todo el dia de secretillos con ellas, y las admite de tertulia en su cuarto á todas horas, si está desocupada. Allí reunidas no dejan hueso sano á los demas inquilinos, y se saborean á su placer con la gustosa murmuracion que las engorda y anima para el trabajo. No me extenderé en la narracion de estos animados diálogos porque seria preciso escribir tomos enteros y este articulillo se va haciendo demasiado largo. Téngase solo entendido que para quitar la honra con el salero del mundo no hay otras como las Corraleras.

La Casera no se da por vencida hasta que llega á ser muy vieja, que sustituye su autoridad en una de sus hijas, si las tiene. Cuando no tiene hija ni nuera se reduce á la clase de simple Corralera, aunque la que la sucede en el mando suele tener con ella y su marido ciertas consideraciones; algunas mas que las que se tienen ahora con los empleados jubilados.

He terminado mi tarea. Ya ves lector que no he burlado tu espectativa, conoces lo que es un Corral de Sevilla, primitiva idea de los modernos falansterios; ves como en las raices del árbol social no penetran los embates políticos; descubres que la ley sálica nunca fue planta española, porque entre nosotros han sabido siempre mandar las mujeres con mas tino y garbo que los hombres, y quedarás convencido de que España abunda en tipos originales.

José María Tenorio.

EL CANONIGO.

Sobre áscuas diz que caminaba cierto amigo mio al describir el tipo del Ama de Cura; temblábanle las carnes de poner sus manos profanas en gente, que por cierto no es ningun erizo, y que si por concomitancia puede tener algo de sagrada, le falta mucho para ser *inviolable;* y ¿qué haré yo, pobre de mí, con quien goza del privilegio del cánon, y se escuda con la famosa excomunion de *si quis suadente diabolo*? Por fortuna alcanzamos unos tiempos en que sin el menor escrúpulo nos tragamos privilegios, cánones y excomuniones, que son el pan nuestro de cada dia: afortunadamente me ha precedido el retratista del Clérigo de misa y olla, que sin dengues ni merengues, ha dado felice cima y remate á su empresa sin pararse en barras, ni andarse en chiquitas. Alentado con su ejemplo, soy hombre al agua, y salga pez ó salga rana he de decir lo que se me ponga en la mollera, y á quien Dios se la dé S. Pedro se la bendiga.

Al paso que los obispos y curas párrocos, dicen algunos, sirven de piedra angular y de columnas en la Iglesia de Dios, los arcedianos, Canónigos racioneros y capellanes de honor son muebles de puro lujo y ostentacion como esos cachibaches y chucherías que para ejercitar la paciencia de los criados yacen amontonados en las mesas de un gabinete. Esto es desconocer el antiguo y venerable orígen de los prebendados, coadjutores del diocesano en sus apostólicos trabajos, y consejeros suyos permanentes: otra cosa fuera compararlos á uno de esos muñecos de china rechonchos, colorados, frescos, carrilludos, tersos y lucidos, de enorme y abultado vientre dentro del cual se aposentan dos razonables cuartillos de *l' eau veritable de colonia*.

Pero es menester distinguir tiempos, clases, órdenes, familias, géneros y variedades y concordar comparaciones. Busque V. hoy un Canónigo, no digo ya lúcio y obeso, ni aun de medianas carnes: busque V. uno que no sea *tantum pellis et ossa*, como el difunto caballo de Gonela, y no lo hallará por un ojo de la cara: entre V. por una de esas catedrales y colegiatas que á duras penas se sostienen en pié; huertos donde se criaban aquellas sanísimas prebendas, gordas como sandías valencianas; y se encontrará con que tan solo producen mústias y escuálidas acelgas.

Ni todos los individuos de esta gran familia vegetal fueron tan orondos, suculentos, hinchados, sustanciosos y melífluos como vulgarmente creemos; el Canónigo es planta indígena de los monasterios: nacida bajo el sombrio techo de los cláustros, y en la ingrata arena de los desiertos; escasa de jugo nutritivo, se crió flaca y macilenta: poco á poco fué saliendo al aire libre; las brisas regaladas del Océano del mundo

le fueron dando mas animados colores; con el abono de las ofrendas de los fieles, diezmos, votos y donaciones de los reyes; con el botin de los moros, y herencias de los celibatarios adquirieron vigor y lozanía; y, por último, con el cuidado y cultivo de las amas de gobierno, llegaron á reventar de exhuberancia. Muchas sin embargo, en medio de las brisas, abonos y cultivos, conservan aun su pristino ser y estado de amarillez y flaqueza; porque son plantas que conforme van recibiendo la sávia ó jugo nutritivo de la tierra, así se rezuman y la vuelven á dar á los pobres que están á su alrededor. Ambas producen delicados frutos; el de la primera es abultado, fofo, pero algo insípido; el de la segunda raquítico pero sustancioso. La primera variedad se llama *Canónigo regalon*, y *buen Canónigo* la segunda. Otra existe tambien que participando algo de las dos, estas nada tienen de ella. Es planta selvática, y brota tan solo entre las breñas; se riega con sangre humana: se arma de púas como el espino, y se le caen asi que se trasplanta á las iglesias. Esta variedad fué conocida en los siglos medios: vinieron luego tiempos mas tranquilos, y desapareció absolutamente, como si un vendabal de ilustracion la hubiese barrido de sobre la haz de la tierra; pero en el año de 1808, tornó á germinar con grande asombro de los naturalistas, que tenian por cosa averiguada que semejantes plantas solo pueden vegetar entre las nieblas de la barbarie. Se llama el *Canónigo guerrillero*; y hoy en dia esta aclimatada casi exclusivamente en España. Todas tres tienen propiedades comunes. Mas ó menos fuerte, todas despiden buen olor, y son sus flores de lujo, como tulipanes en el norte.

Dejando á un lado otras divisiones y subdivisiones menos autorizadas, como si dijéramos de *pandilla*, y sobre todo, ese enfadoso estilo botánico-herbolario, que debe fastidiar á los lectores que recuerden el inimitable Fígaro, pintaremos el *buen* Canónigo, como Dios nos ayude, y despues de dar cuatro brochazos al *guerrillero*, concluiremos en un santiamen con el *regalon*; sin que en este órden haya mas lógica de la que observa el que se come un plato de cerezas, que deja siempre para lo último las peores.

EL BUEN CANÓNIGO.

«En la suposicion de tocar las castañuelas, dice un profundo y conocido autor, mas vale tocarlas bien que tocarlas mal.» Y si esto es una verdad de Perogrullo aplicada á la ciencia *crotológica* con respecto á la canonical; es una cuestion muy *cuestionable*, como ha dicho alguien que yo me sé. La *buena vida* suele estar reñida con la *vida buena* y la mayoría de los prebendados se decide generalmente por la primera, dando al diablo la segunda. Existen sin embargo, y no en pequeño número en las catedrales, varones llenos de sabiduría y de virtud; lustre y ornamento de su iglesia. Cervantes, que no acertaba á pintar malos caractères, nos dejó un retrato de este Canónigo en la primera parte del Quijote. Fino y cortesano en sus maneras; sabe unir la ciencia á la virtud, y la cultura al espíritu evangélico. Suele ser de familia honrada y de mediana fortuna; y ha ganado su prebenda, si es una de las cuatro de *oficio*, por rigorosa oposicion; y si es canongía lisa y llana, a fuerza de méritos, trabajos y virtudes en la cura de almas. Reina en su casa el órden y la abundancia; pero no la prodigalidad y el despilfarro; y se contenta con tener para sí y dos sobrinos carnales de distinto sexo, á quienes educa con esmero, un ama sesentona que reparte con la sobrina el cuidado de la casa, y un estudianton que sirve de indispensable paje al prebendado.

Es el único consuelo de su anciana madre, el paño de lágrimas de su familia, y padre de los pobres, para los cuales recibe su prebenda en administracion. Su vida es una contínua série de ocupaciones apostólicas, en que alternan el coro, el púlpito y el confesonario. Su semblante sin embargo rebosa dulzura, alegría y cordial satisfaccion; su genio es divertido, franco y generoso; y sin aspirar nunca á lucirse en los salones, tampoco se desdeña de pisar sus recamadas alfombras. Como siempre ha sido pobre (porque pobre es el que da todo cuanto tiene) y jamás sus lábios se han abierto á la queja y á la murmuracion, las revoluciones le han respetado siempre, y hoy en dia solo se nota esta diferencia en su modo de vivir: diez años há mantenia á sus sobrinos y á su familia, ahora los sobrinos acomodados, gracias á su protector, holgada y honradamente le mantienen á él; y tranquilo, querido de todos, predicando siempre la caridad, como S. Juan en sus últimos dias, vive caduco, pero feliz, alegre, robusto y laborioso.

El escollo de los Canónigos buenos, pero tontos de capirote y de cortos alcauces, son los escrúpulos: los escrupulosos salen de la esfera y categoría de los buenos, y entran en el gremio y cláustro de los peores. A nadie pueden sufrir y no puede sufrirles nadie. Les llaman Santos sin duda porque padecen martirio: como leprosos y apestados viven separados del comercio de los hombres, y tan solo un ama hipócrita les entiende la mónita, y al cabo de algun tiempo se alza con el *Santo* y la limosna.

Los cánones le prescriben como obligacion cantar en los oficios divinos, y á él le parece que no cumple con ella, si no suelta su voz de gaita gallega con toda la fuerza de sus pulmones, por mas que le adviertan que desentona, y que la gente de tímpano delicado se marcha de la iglesia, y se queda sin misa por no oirlo. Lleva en cuenta los minutos ó segundos que una tos ó un estorundo le impiden cantar en el coro, para restituir la parte de su renta que corresponde á aquellos compases de silencio. Hay en algunas iglesias la costumbre de gozar á la semana una tarde de asueto á que se llama *barba*; pero nuestro héroe, perdona lector amigo si abuso de un nombre ya tan profanado, nuestro héroe, mas agudo que punta de colchon y con sus *puntas* de etimologista, ha llegado á discurrir que si se ha concedido esa tarde de descanso es para que los canónigos se rasuren ó hagan la *barba* con toda pausa, comodidad y sosiego; pero dá la casualidad de que si no le faltan pelos de tonto, no tiene pelo de barba, y jamás se le ha visto hacer uso de la licencia. Aunque vaya de viaje á Pekin ó á las Californias, nunca abandona el solideo, alzacuello, calzon corto y zapato de boton: la hebilla de plata le parece un abuso que no autorizan las sinodales.

EL CANÓNIGO GUERRILLERO.

Que se dan grados y se inventan nuevas cruces, amen del interminable calvario militar existente, para recompensar unos cuantos tajos y mandobles dados en el campo de batalla, ó tal cual paliza aplicada por via de patriótico desahogo en un pronunciamiento, es cosa sobre sabida y notoria, experimentada además; pero que se den canongías en cambio de algunas fazañas fechas en tierra de cristianos, es cosa que no supieron los siete sábios de Grecia, y que no ignora el clérigo mas zote de la montaña.

En efecto, de algunos años á esta parte, se ha inventado el conquistar las iglesias del Señor, á trabucazos, *viribus et armis*; se han refundido en uno los dos géneros opuestos, religioso y militar, y un mismo ciudadano.

lleva *ya* la capa al coro,
y el pendon á la frontera.

Esta casta de caballeros andantes *á lo eclesiástico* durará mientras á los sacristanes coroneles se les haga Canónigos por real órden, y los Canónigos no sean

tan modestos como Tomé Cecial, el narigudo escudero que juzgaba *satisfechos sus servicios con un Canonicato.*

El Canónigo guerrillero, en tiempos *normales* es un árbol trasplantado á un clima y terreno extraños; es una fiera encerrada en mezquina jaula. La agitacion, la libertad y los peligros son su elemento; arcabucear, sacar raciones, echar bandos bajo *pena de la vida y cinco ducados de multa*, son sus placeres: el humo del incienso le atosiga, el de la pólvora le embriaga; el órgano le ensordece, el tiroteo le arrulla; el hábito talar es para él la túnica de Deyanira; la catedral un calabozo; el latin que no entiende le da náuseas; el trato fino de sus compañeros le afrenta, y por mas que procura llevar una vida agreste y bebe y fuma siempre de lo puro, y siempre está cazando por el monte, su rostro tostado, pero encendido y barbudo, pierde poco á poco la color, se apaga el brillo de sus animados ojos, y muere de tedio y consuncion á la vuelta de un par de años.

Pero há muchos que, por la misericordia de Dios, no se conoce tan largo período de *normalidad* en España, y entonces el Canónigo guerrillero empuña su tizona y crucifijo, tira al diablo el bonete y se encarama por rocas y vericuetos, hasta que una bala pérdida abate tanta ufanía.

EL CANÓNIGO REGALON.

Pero figurémonos por un momento que la nacion no tiene mas bienes propios, ni mas raices que las de las muelas de los ciudadanos, á quienes cada contribucion arranca una de raiz; figurémonos que los ex-diezmos son diezmos mondos y lirondos, y que los paga el que quiere; que los ministros duran seis meses tan siquiera, y que los chiquillos no sueñan que son diputados, y que está prohibido leer casi todo lo que se escribe, y que no se lee mas que lo prohibido; pues bien, en aquellos tiempos nacian los canónigos de regalo. ¿Y para qué nacian? Para resolver nada menos que el árduo problema de la duracion de la vida de un hombre que goza de todas las conveniencias y comodidades posibles. Por eso Dios les ha quitado la carcoma de la mujer y la polilla de los hijos, aunque el diablo les dé sobrinos: no tienen otro oficio que cantar, oficio alegre y divertido si los hay, y que, como dice Galeno, y si no lo dice Galeno lo dirá otro, ayuda á la digestion, circunstancia inapreciable para quien se *yanta* todo cuanto *canta*. Ha nacido ademas para desmentir á los enciclopedistas del siglo pasado que suponian inherente la zafiedad á los clerigos.

El Canónigo regalon es buen mozo, robusto y colorado como un flamenco, anchas espaldas, pescuezo corto y doble cerviguillo. Cuando se viste una ropa talar, no le vereis alicaido, ó prosáicamente embozado, como clérigo de misa y olla; arrollados ambos estremos del rico manteo de Sedán debajo del brazo izquierdo, descubre el anchuroso pecho guarnecido de la sotana de raso, sobre la que campea una cruz verde ó roja, mientras la mano derecha juega con cierta coqueteria, con las borlas del liador.

Este Canónigo suele serlo desde muy temprana edad, y á veces desde los catorce años en que los cánones permiten disfrutar del beneficio eclesiástico. Un tio obispo suele hacer estos milagros: en este caso todos los hijos varones de la familia, nacen predestinados y con vocacion de Canónigos. La madre era una bendita á quien se le caia la baba de ver el hijo de sus entrañas, como un sol de Dios, con su sobrepelliz y bonetito; y se lo comia á besos, le hacia rosquillas de leche y huevos que el Benjamin guardaba para el coro, y allí se los iba engullendo lindamente, no sin ponerse el bonete delante de la boca para mayor disimulo. Le enviaron luego á la universidad y le compraron las *súmmulas* y la *súmma*, de las que *restó* algunas hojas para envolver los naipes, y en diez años de no interrumpido estudio, y de quebraderos de cabeza, aprendió á tocar una rondeña punteada y á jugar al sacamete, méritos mas que suficientes para que con una epístola recomendaticia del tio, le diesen una certificacion de prueba de cursos y de buena conducta, y tras de ella las órdenes eclesiásticas.

Con todo, la imparcialidad histórica nos obliga á confesar que si bien nuestro *curilla*, que así le llamaban, nada aprendió en los susodichos diez años de *ciencia media*, ni de *predestinacion*; á lo menos consta que no ignoraba lo que *in illo tempore* valia el ser Canónigo, ni el modo de invertir alegremente una pingüe renta; llegando por último á comprender clara y distintamente, que no necesitando de nadie en este mundo no tenia que pensar mas que en sí mismo. En efecto, así que tomó posesion de su prebenda á son de campanas, y sentándose en silla del coro y del cabildo propias y exclusivamente suyas, arregló el personal de su administracion, poco mas ó menos en los términos siguientes: para el gobierno interior de la casa, con inmediato mando en cocinas y despensas, buscó un ama de llaves que frisaba en el medio siglo; para el manejo *financiero* un mayordomo de corto sueldo, hombre íntegro si los hay, como nada le faltaba, antes le debia sobrar para mantener á su mujer é hijos *legales* y otras mujeres é hijos *estralegales*; para coser y aplanchar y consejo *camarillesco* del gefe de la casa, una doncella de cinco lustros: para mortificacion del tio, un sobrino calavera, y un page, compañero de glorias y fatigas del sobrino; un cocinero á las órdenes del ama, un criado á quien todos mandan, y un antiguo mozo de mulas que manda en todos.

Por lo expuesto debemos inferir que nuestro Canónigo no es muy ducho, que digamos, en eso de *castigar* los presupuestos: bien que como en la *súmma* de Sto. Tomas nada se habla de derecho público constitucional, ni de economia política; ni en tiempos de Canónigos regalones habian venido al mundo nuestros padres de la patria, no es de estrañar la completa ignorancia de aquellos de una materia en que hoy tan adelantados estamos.

Una vez hecha esta dificil operacion, toma un polvo, enciende luego un puro, porque nuestro héroe tiene todos los vicios conocidos y por conocer, y se tiende en el sofá, mas tranquilo que un rey constitucional que tiene por oficio reinar sin gobernar, que es no tener oficio ninguno.

Pero los cánones, que son la pesadilla de los Canónigos, como las constituciones de los ministros responsables, les obligan á cantar, no á los ministros, que nunca cantan á lo menos *claro*, sino á los Canónigos que procuran cantar lo menos posible, para lo cual se componen de esta manera. Tres meses tienen de vacacion al año: una *barba* semanal suman cincuenta y dos barbas anuales; añádanse, chica con grande y echando por lo corto, sesenta indigestiones de una á otra navidad, que por leves que sean exigen dos dias de purga, y sacaremos en limpio que aunque la nave de la iglesia se vaya á pique, no debe naufragar en ella el prebendado.

Pero cate V. que un ciudadano llamado Ibon de de Chartres, inventó contra estas faltas de coro, una cosa que se llama *distribuciones cotidianas, ó interpresentes*, y son ciertas reparticiones de frutos ó de dinero para los que en señalados dias asisten al coro, y no para los que faltan. Se conoce que el tal ciudadano, sin haber leido á Jeremías Bentham, estaba persuadido de que la utilidad y el interés son el móvil de las acciones humanas, y de que *all' idea di quel metallo*, nuestro Canónigo habia de abandonar la mullida cama ó regalada y opípara mesa y con la mayor puntualidad y edificacion del mundo, arrastran-

do su inmensa capa de coro, entonaria con voz robusta el *Domine labia mea*.

Pocos minutos antes de volver á casa ya le barrunta el ama, que pone la chocolatera en el hornillo, la sopa en la mesa, ó la copa de Jerez orlada de tiernos bizcochos en la bandeja, porque el Canónigo regalon solo entra en casa para comer, y no sale sino para digerir. En el primer caso todo se pone en movimiento, sueltan los naipes mozo y criado para abrirle de par en par las puertas; suspenden las hostilidades el page y la doncella, y el uno se coloca en la antesala para quitar el manteo de los hombros del señor, y la otra en el gabinete para limpiarle el sudor y aflojarle las cintas del alzacuello, si es en verano, ó echarle encima un balandran de pieles en invierno. Un constipado de su señoría fuera un trastorno espantoso, un cataclisma, un pronunciamiento para la casa; por eso nuestro amigo, que debe ser de opinion de que mas vale sudar que estornudar, lleva debajo del manteo la sotana, y luego la chaqueta de paño con solapas, forrada en lana, y la almilla de bayeta, y la camisa de lienzo, y la de franela, y la piel de liebre sobre el pecho, y los calzones, y los calzoncillos, y la faja que rige, enfrena y gobierna el *abombado* vientre, y las calcetas canonicales por esencia que al gigante Goliat servirian de calcetines y á nuestro héroe llegan á medio muslo, y las medias de estambre ó seda, y los zapatos forrados de piel de conejo, y los chanclos para la humedad, y el gorro y ¡el infierno!... ¡Qué sudor! ¡Qué fatiga, Dios mio! Aquello no es hombre, es una saca de lana, es una prenderia portátil, un guardaropa ambulante.

Arrellanado en una silla de Moscovia, consulta con su íntimo consejero las cuestiones mas árduas, graves, difíciles y terribles que le ocurren en el largo trascurso de su vida.



El Canónigo.

—Qué te parece, Catalina ¿tendré apetito? Asómate á la ventana.... ¿está dia de ir á coro? ¿Dormiré siesta? ¿Tendré ganas de beber tan pronto? ¿Me pondrán la mula?

Los canónigos, por mas que lleven vida de inmortales, están muy lejos de serlo, antes los esquisitos medios que ponen para dilatar su vida, suelen acelerar su muerte, que de ordinario les sorprende en forma de apoplegía al pié de su cañon, como al buen artillero, es decir, en la mesa. Por mucho que hayan derrochado en esta vida, la herencia que dejan suele no ser floja, porque la *gallinita*, que así llaman á la prebenda, es la verdadera gallina de la fábula, y sus huevos dorados dan para sostener la constante partida de tresillo en la tertulia del intendente, los perros de caza y mulas y caballos de regalo, y toda la numerosa familia racional é irracional de que hemos hecho mencion en párrafo aparte.

Cuando menos, los ricos y elegantes muebles, la maciza vajilla de plata, las huertas, quintas y tenencias que en las sagradas manos del Canónigo agricultor aumentan el presupuesto de gastos: en las manos

legas del marido de la doncella, de la mujer del sobrino, ó del hijo improvisado del ama, pueden acrecentar el de ingresos.

Estos tres personages, amigos en la apariencia, se disputan la privanza del señor, como los diputados las ingratas sillas ministeriales, y solo se ponen de acuerdo en conspirar contra el amo. La doncella, al parecer, ó (para no dar lugar á equivocadas y malignas interpretaciones), al parecer, la doncella es la favorita, pero el ama no desconfia de la victoria. Posee recursos superiores á los mismos de su rival. Las municiones de boca, la despensa y la cocina con sus arsenales: las salsas y los buenos bocados, los excitantes y tónicos, son un género de ataque al que no resiste un estómago canongil. El ama, aunque no ha estudiado fisiología, sabe muy bien las relaciones que existen entre el estómago y la cabeza, y entre la cabeza y el corazon; y si la buena Emeteria se arremanga un dia hasta los codos, y se prende atras las faldas del guardapiés, y se planta un delantal como la nieve, y comienza á batir huevos, á menear sartenes, á atizar la lumbre, aquel dia tirios y troyanos, todos tienen que enmudecer; *conticuere omnes*, que dice el profano, y solo el señor, saboreando un riquísimo pastel, ambos carrillos hinchados, risueños los ojos, exclama limpiándose los relucientes lábios:

—Que venga aquí la buena Emeteria, quiero darle las gracias.... sin ella soy hombre perdido.

¿Y qué hará el sobrino entre dos enemigos tan poderosos? El sobrino conoce su debilidad, y mañosamente se *coaliga* con la doncella para destruir al rival temido. Es buen mozo, calavera, despejado; dá en requebrar á la niña, que repetidísimas veces ha manifestado no ser de bronce ó peña, la promete casarse con ella si hace que su tio le instituya universal heredero, y sucede que al fin de la jornada, el sobrino toma de la doncella lo que tal vez ha respetado el tio; muere este, se calza el otro con la herencia, y la ex-doncella y el ama se van con la música de sus lluntos y gemidos á otra parte.

¡Venturosos mil veces los dignidades, canónigos y racioneros, á quienes una apoplegía trasladaba del seno de la abundancia al sepulcro, sin haber gastado mas botica que algunos vomi-purgativos! ¡Dichosos de ellos si no han llegado á conocer estos ilustres tiempos, en que á fuerza de luces se hubieran quedado á oscuras! Ya no hay herencias, ni pajes, ni mozos de mulas, ni doncellas, merced á los que suprimieron el diezmo, porque no se pagaba, para sustituirlo con otra cosa que no se cobra: ¡merced al aumento de bienes nacionales que no disminuyen los males de la nacion! Estamos, de consiguiente, en una época de transicion canonical, en que luchan los malos hábitos, es decir, las buenas costumbres antiguas, con el hambre moderna; el recuerdo de los faisanes, pollas y salmones, con los comisionados de amortizacion; *il dolce far niente*, con no tener nada.

El Canónigo regalon, acostumbrado á morirse en dos minutos, yace allá consumiéndose lentamente, en un rincon de su aldea, abasteciendo de judías y patatas constitucionales la inmensa concavidad de su mal educado vientre, ó tal vez gime desterrado en las islas Canarias, por haber hablado mal del gobierno representativo: delito enorme de que ahora hacen gala los mismos que firmaron su destierro. Allí yace abandonado de todos.... menos del ama; concha pegada á la roca, hiedra al olmo, perro fiel que sufre las privaciones de su dueño, y lame su sangre en el suplicio, y muere de tristeza sobre la losa de su tumba.

De todo su antiguo boato ya no quedan al Canónigo mas que sus muebles, que reducidos primero á maravedís, y de maravedís á berzas y legumbres, van desapareciendo.... en vapor. A su casa suele ir un exclaustrado á tomar por recurso una jícara de chocolate con abundancia de pan tostado; mas por el pan, sábelo Dios, que por el chocolate: júntase á ellos un excedente del convenio de Vergara, un organista cesante, un antiguo corregidor y entre todos están suscritos al *Católico*, y para aprontar á peseta mensual por barba, tienen que pasar cuando menos un dia al mes con el estómago de claro en claro, y la vista de turbio en turbio. Pero el dia que atrapan la *Cotidiana* ó la *Gaceta de Francia*, se dan un atracon de notas y protocolos, de *memorandum* y *ultimatum*, de abdicaciones y casamientos, de entradas y salidas. El ama compungida, que observa con horror el hundimiento geológico del vientre canonical, consulta en cónclave pleno un árduo caso de conciencia.

—Dios me lo perdone, dice, y su Divina Magestad no me lo tome en cuenta; pero desde que veo á usía de esa manera, estoy en pecado mortal....

—¡Doña Emeteria! exclaman todos aterrados.

—Es imposible que deje de tener ódio y mala voluntad á esos herejes.... No permita Dios que me muera....

—Pues no tardará V. mucho....

—¡En morirme! replica asustada el ama.

—No, mujer; no es eso: escuche V.... Y le encaja tres columnas de la *Gaceta de Ausburgo*.

Al ruido de la olla que se sobra á la lumbre, y mas consolada ya, pasa la buena Emeteria á dar una vuelta á las patatas, berzas y tocino que están en pacífica y no interrumpida posesion.... de aquella misma olla ¡gran Dios! donde por tanto tiempo hirvieron juntos al rico jamon de Caldelas, la crasa y amarillenta gallina, el sabroso chorizo estremeño, y los suculentos garbanzos de Fuente Sauco. A tal expectáculo brota otra vez el inagotable manantial de lágrimas de la señora Emeteria, que exclama sollozando:

¡O dulces prendas por mi mal halladas,
Dulces y alegres cuando Dios queria!

¡Oh canonicales ollas, que me habeis traido á la memoria los sabrosos tiempos de mi mayor regodeo! Y por ahí siguiera el ama parodiando á D. Quijote y plagiando á Garcilaso, si al infrascrito, muy conocido mio y servidor de Vds., no le pareciése oportuno terminar su artículo, temeroso de haber abusado sobrado tiempo de la paciencia de sus lectores.

FRANCISCO NAVARRO VILLOSLADA.

EL AVISADOR.

No por menos conocidos y popularizados dejan de ser merecedores de figurar en el catálogo de los tipos españoles algunos cuya importancia y originalidad es tan indisputable como honrosa y meritoria la modestia que distingue á las personas en ellos comprendidas.

La fama pública, auxiliada con las listas que publican en *Sábado Santo* todos los periódicos de la Península, con los avisos particulares insertos en los pisos bajos de dichos periódicos, y con los anuncios de los carteles, hace al público sabedor de los diferentes empleos y diversas gerarquías que constituyen una compañía de actores; ya sean estos de ópera ó verso; ya de baile ó de gimnástica. Nadie ignora lo que es *primera dama*, ni que una actriz puede titularse *sobresaliente* en la nómina del teatro, aunque no *sobresalga* mucho, que digamos, en *el ejercicio de sus funciones*; ó, como otros dirian, en *las funciones de su ejercicio*. Pocos aficionados dejan de compren-

der la diferencia que hay entre *prima donna* y *altra prima*, y que no es lo mismo ser *prima donna absoluta* que serlo á *perfecta vicenda* con otra *prima donna* que, aunque es *otra*, no es *altra*, porque es inútil advertir que la llamada *altra prima* tiene obligacion de suplir á aquella, y aquella no suple á esta. Ningun cristiano confunde ya á la *característica* con la *graciosa*, ni al *primer galan* con el *galan jóven*, por mas que para ser así clasificados no siempre se consulte su respectiva fé de bautismo; y por último, toda empresa cuida de hacernos constar los nombres y atribuciones de *coreógrafos* y *maquinistas*, *caractéres ancianos*, y *maestros al címbalo*, y *partiquinos* y encargados de la *guardaropía*. Solo es un secreto para los *profanos* la existencia y ocupaciones de cierto fámulo, ó dependiente, ó funcionario, ó como Vds. quieran calificarle, sin el cual, no obstante, funcionaria muy mal, ó de todo punto seria inerte y escusada la ingeniosa y complicadísima máquina teatral; como que es su mas eficaz resorte; y no decimos su principal y mas paderoso agente, como en otras máquinas el vapor ó el agua, porque no se agravie el *dinero*, que es la fuerza motriz *sine quanon* de todas las empresas humanas. Este individuo, á quien vamos hoy á sacar de la injusta oscuridad y del ingrato olvido en que yace, se llama el *Avisador*.

¡Miren qué salida! dirá algun pio lector. ¡Miren qué *Maiquez* ó qué *Rita Luna* se habian dejado en el tintero los empresarios!.... ¿Y qué quiere decir *Avisador*?—Yo se lo diré á V. con el diccionario de la lengua castellana. AVISADOR, s. m. *El que avisa*.—¡Pues! como si dijéramos el diario de *Boix*.—Eso viene á ser, poco mas ó menos. Un diario; pero no impasible, estacionario y mudo; sino activo, inteligente, infatigable de todo género de recados y anuncios con aplicacion al arte del teatro y demas que le son anexos y conexos.—¡Acabara V.! Ese *Avisador* viene á ser un corre-vé y dile semejante á los mozos ó criados de compañía en la Milicia Nacional.—Si, señor; alguna analogía hay entre ese hombre y el mio; pero las tareas del mozo que V. dice, si bien requieren en quien haya de practicarlas alguna destreza, cierta dósis de paciencia, y no poca agilidad de pies, no tienen comparacion con las del *Avisador* de teatro, que son mucho mas variadas, árduas y espinosas, y cuyo buen desempeño exige dotes no comunes de cuerpo y de alma.

Hacer saber á ciento ó mas individuos cuándo les toca la guardia ó la patrulla, el reten ó la revista, y si han de acudir de gala ó sin ella, y con pantalon de verano ó de invierno, y si ha de ser el martes ó el miércoles, no es cosa del otro jueves. Con dejar en cada casa la papeleta en que se marca el servicio que se exige del miliciano, así como la pena en que incurre si falta á él, y con decir, si alguno se considera agraviado, «yo no tengo que ver con eso; yo soy mandado; acuda V. al capitan ó al sargento primero,» sale del paso; si Pedro le da un solion, Juan le de una propina; váyase lo uno por lo otro, y á poco que haga valer la aptitud en que se halla de ser útil en un dia de alarma al que menos piense necesitar sus servicios, seguro está de tener en la compañía amigos y valedores. Pero lidiar con la heterogénea multitud que depende de una empresa dramática, sabiendo que él está muy lejos de tener en su apoyo las leyes de una disciplina militar mas ó menos estricta; subir y bajar escaleras todo el dia desde casa del *consueta* á la del *buffo caricato*, desde el taller de pintura al almacen de vestuario, desde el cuarto del *alumbrante* al aposento del conserje, del despacho de billetes á la contaduría, del médico al contratista de muebles, de *Monsieur quidam* á la *signorina quedam*, del Cuerpo de Coristas á la *Virgen de la novena*.... ¡Santo Dios! ¡Siempre hecho un azacan, siempre oyendo escusas, murmuraciones, reniegos!.... ¡Siempre en un pié como las grullas!.... ¡*Avisador*! este oficio á los señores regidores de la comision de espectáculos ¡corriendo! ¡*Avisador*! vaya usted á casa del *Ingenio* y que le de á V. con mil suntos la décima consabida para pedir al final una palmadita.—¡*Avisador*! que *saquen de papeles* este melodrama.—¡*Avisador*! que vengan mañana al ensayo la lujuria, la gula y demas *Virtudes* de acompañamiento.—¡*Avisador*! diga V. al de la imprenta que tire carteles de *Vísperas*. ¡*Avisador*! Al cabo de comparsas, que necesito para el domingo veinte y cuatro *salvajes*.—¡Oiga V.! Vea V. de paso al médico, y que visite de oficio á la primera bailarina, con toda escrupulosidad. Ya me tiene hasta aquí con sus crispaturas de nervios, y será preciso que rescinda la escritura ó sea menos intercadente. ¡*Avisa-*



El Avisador.

dor! Que aparten un palco para quien dice esta esquelita. ¡Ah! Cite V. al *Comité* para leer mañana un drama en quince cuadros, con prólogo y epílogo. —¡*Avisador*! Diga V. de mi parte á Fulanita que si no quiere arruinarme me haga el obsequio de no parir hasta despues de ferias.—¡*Avisador*! Haga V. poner un remiendo á cada cartel diciendo que, por indisposicion repentina.... ¿de quién diremos?.... del *segundo barba*, no puede hacerse hoy la funcion anunciada, y en su lugar se ejecutará *El enfermo de aprension* y el fin de fiesta ¡*Casualidades*!

Así va el infeliz con estas ó semejantes embajadas de Ceca en Meca y de Herodes á Pilatos, sin perjuicio

de los avisos ordinarios para el ensayo de cada mañana y la representacion de cada noche. ¡Cuánta memoria no necesita para retener y no confundir tantos y tan diversos encargos! ¡Cuánta prudencia y circunspeccion para darlos y recibirlos! ¡Cuánta píldora tiene que dorar! ¡Cuántos chismecillos se ve forzado á oir... y olvidar! ¡Cuántos obstáculos allana! ¡Cuántos remedios improvisa! ¡Cuántas tempestades conjura!

El que sirve algunos años de *Avisador* pódria brillár despues á poca costa en la carrera diplomática; y no es broma. Un *Avisador* que no fuese muy sufrido, muy dúctil, muy conciliador, seria inútil.—¿Qué digo? Seria sumamente perjudicial.... Por su causa habria cada quince dias en el mundo teatral una de esas crísis fatales, desesperadas, que frecuentemente representa el gobierno español al mundo político. Dificultades que el buen *Avisador* sabe vencer con solo *saber callar*, llegarian á hacerse insuperables, y si los teatros principales de España se mantienen abiertos casi todos los dias, cuando no hay epidemias y pronunciamientos, ó cuando el calendario no señala los viernes de cuaresma, la Semana Santa y el jubileo de la *Porciúncula*, á la longanimidad, á la diligencia, á la diplomacia del *Avisador* se debe. Verdad es que en observar esta laudable conducta consiste su propio interés tanto como el de la empresa, de quien es el mas celoso y leal servidor. Por poca leña que él echase al fuego; con solo trasmitir exactamente, palabra por palabra, lo que oye de una parte y otra, armaria cada dia una zambra de mil demonios, y á la segunda ó tercera caeria víctima de su indiscreta charla y de su impertinente veracidad. Actores, músicos y poetas son, generalmente hablando, asaz impresionables y quisquillosos. Acostumbrados, unos en la escena, otros en su gabinete, á desarrollar y á poner en pugna, tal vez con exageracion, toda clase de pasiones, suelen ser muy vivas y vehementes las suyas. Prorumpen en quejas amargas cuando creen mortificado su amor propio; quejas que muchas veces olvida el corazon tan pronto como el lábio las articula; ó bien, como gente de chispa, sueltan á lo mejor un epigrama incisivo, acaso con menos intencion de zaherir y agraviar al prójimo que de oir celebrar la agudeza de su ingenio. Ahora bien: ¿qué sucederia si el *mensagero escénico* llevase y trajese como arcaduz de noria tales denuestos y tales rehiletes? Que, dejándole quizá por embustero, tarde ó temprano se reconciliarian los que él involuntaria, pero neciamente hubiera enemistado, y él lo pagaria porque es la parte flaca, sufriendo ásperas reprimendas y acabando por ser despedido con toda la pompa de la ignominia.

¡Y este sumiso y perdurable correo pedestre, por cuya mano pasa el estipendio del cochero que conduce á las actrices de su casa al teatro, y vice-versa en cada ensayo y en cada comedia, ópera ó baile, no solo no es admitido ni aun á la zaga del venturoso carruaje, sino que apenas gana para las botas que rompe y para un triste puchero comido mal y deprisa, y ningun dia á la misma hora que el anterior! Y para el no hay aplausos, ni bravos, ni artículos *de amigo*, ni beneficios, ni licencias temporales; ni para él se construyen coronas de laurel en la calle del *Patriota Manzanares* (antes de la Montera) ni se crian palomas ó se componen sonetos acrósticos en las bohardillas.

Todos los dependientes de la empresa, artísticos, científicos ó mecánicos, tienen dias de asueto y de descanso, menos el pobre *Avisador*. De planton en todos los ensayos, incluso el *paso de papeles*, en cuya operacion suple por lo regular á mas de un actor inasistente, y perenne entre bastidores durante la representacion, cuando no toma parte activa en ella, si hay falta de capataces ó corifeos inteligentes para dirigir *las masas*, allí está á disposicion de todo el mundo, y de cuantos viven del teatro es, seguramente, el primero que se levanta y el último que se acuesta.

Para dar vado á tantas comisiones, no basta que sea mas vigilante que Argos y que esceda en ligereza y volubilidad á la liebre y la ardilla: necesita ademas poseer vastos conocimientos, y tal vez superiores á los que suelen exigirse en España á un gefe político y á un intendente. Precisado á auxiliar su memoria, por feliz que sea, con diferentes y continuos apuntes, no puede dispensarse de escribir, sino con muy elegante forma y muy correcta ortografía, al menos con claridad y prontitud. Pagador ó interventor nato de ciertos menudos gastos, no puede menos de tener algunas nociones de aritmética. Sin riesgo de cometer á cada instante un *quid pro quo* trascendental, no le es dado ignorar los fueros, privilegios y exenciones de cada clase y de cada individuo, ni sus obligaciones respectivas. Ha menester estar impuesto en todos los ribetes y tiquis miquis de la cortesanía para tratar con las notabilidades del teatro, especialmente con las que pertenecen al bello sexo, y no ser ageno á la gerga vulgar y semigermánica con que se producen los comparsas y los *arrojes*. Como nada puede desmembrar de su mezquino sueldo para pagar intérpretes, y cuando hay ópera y baile tiene que entenderse cotidianamente con franceses é italianos, forzoso es que siquiera sepa chapurrear cierto número de frases en italiano y en frances. Siendo tantas y tan distintas las personas á quienes frecuentemente *avisa* de algo, debe saber al dedillo las calles de Madrid, cosa no muy fácil ahora que las Excmas. Municipalidades han dado en la flor de mudar sus nombres cada lunes y cada martes. Finalmente, se ve tambien obligado á ser una especie de celador de policía (dicho sea con perdon) para saber las *querencias* de cada quisque, y poder hallarle fuera de su casa cuando no le encuentra en ella para hacerle una notificacion urgente. Porque en este punto es inexorable. El actor, el cantante, ó quien quiera que sea el sugeto á quien busca, podrá despues hacer lo que deba, ó lo que le dé la gana; pero no espere salvarse alegando ignorancia. Siquiera se oculte donde haya que echar hurones para sacarle; siquiera se refugie en el asilo de la culpa ó se acoja al de la penitencia, ¡allí el *Avisador*! Nada se esconde á sus ojos inquisidores y perspicaces. Sus avisos son tan inflexibles y seguros, aunque á veces tan infructuosos, como los de la conciencia. Aun mas: podrá acontecer que la persona á quien se dirige esté *in artículo mortis*... No importa: ha de oir el inevitable recado; ha de saber que «mañana á las siete de la noche se ejecutan *Las memorias del Diablo*» aunque con los mundanos acentos del *Avisador* se confundan las pias exhortaciones del padre de almas que recomienda á Dios la del enfermo. Mas todavía: no sé si injustamente desconfiado nuestro protogonista de su propia memoria, ó de la atencion é inteligencia del *avisado*, le reitera el mensaje cuantas veces le echa la vista encima, sin perjuicio de dejárselo escrito, si es de importancia, en su casa, en el café de su devocion y en la portería del teatro, queriendo antes ser acusado de molesto é importuno que exponerse á cometer la mas leve omision.

El oficial que tibiamente se limita al cumplimiento de su obligacion, *vale muy poco para mi real servicio*, dicen las ordenanzas militares, y esta máxima, cuyo espíritu puede hacerse extensivo á todo género de empleados, habla con particular elocuencia al corazon y á la mente de un *Avisador*. *Muy poco vale para mi particular servicio*, dirá con sobrada razon el director de una empresa, muy poco vale el *Avisador* que solamente sea órgano maquinal de mis mandatos y disposiciones. ¡Pobre de mí si es tan poco

avisado que no sabe adivinar lo que yo omito, recordar lo que yo olvido y corregir lo que yo yerro! Penetrado de esta verdad el *Avisador*, sin que nadie se la inculque, y solo por efecto de su buena índole que tan felices corazonadas suele inspirarle, ó de su larga experiencia de las cosas y casos teatrales, enmienda mas de una vez la plana á su amo, pero con tal moderacion y sagacidad que no le deja lugar á resentirse, ni aun quizás á apercibirse de ello. En los casos de remedion, sobre todo, es cuando la pericia y *erudicion* del *Avisador* suelen ser de más utilidad al empresario. Improvisar la representacion de una comedia es negocio mas dificultoso y peliagudo de lo que á primera vista parece. El empresario, por sí solo, ú asociado de algunos actores, hojea y consulta en vano una y otra vez el registro de las funciones ejecutadas en lo que va corrido del *año cómico*.—Esta... no puede repetirse, porque ha pasado mucho tiempo desde que se estrenó y para no aventurar á los actores á fulminar una blasfemia en cada frase, seria necesario ensayarla siquiera un par de dias. Aquella... fué estrepitosamente silbada, y hay que renunciar á ella; la otra no está corriente, porque uno de los actores que trabaja en ella obtuvo licencia para los baños de *Panticosa* y los está tomando en el teatro de *Barcelona*; la de mas allá tiene mucho *teatro*, y no queda tiempo para traer y colocar tantos trastos; en tal y tal y tal tiene papel el mismo individuo cuya dolencia nos pone en el presente conflicto. ¿Qué haremos?... Esta seria buena á no haber variado las circunstancias políticas bajo cuya influencia se escribió. ¿A ver la que sigue?... Se suspendieron pocos dias há sus representaciones; reproducida hoy repentinamente no daria un cuarto, y dejándola dormir un par de meses en el archivo dará dos ó tres entradas decentes en tiempo oportuno.—Fulano ¿por qué no repite V. *El verdugo de sí mismo*?—Porque no quiero aplicarme el título. Mi papel es muy *fuerte*, me afecto mucho. mi salud es delicada y ademas, estoy sin *carnes* y con el manto de emperador me está haciendo el sastre una dalmática y unas trusas.

Aburrido con tantos inconvenientes y mortificado con tantas contradicciones, el empresario se desespera y, á solas ya con el *Avisador*, le manda anunciar que la funcion de la noche será *Soledad de bancos y paseo de ratones*: esto es, ninguna. Pero condolido entonces el *Avisador* le da, con el debido respeto, consejos provechosos y le abre caminos desusados que le saquen del atolladero. Mudo, pero atento observador de los caractéres y genialidades de todos los actores de ambos sexos, y sabiendo por lo mismo de qué pié cojea cada uno, insinúa cautamente al director los resortes que conviene mover para triunfar de resistencias ó impedimentos que media hora antes parecian invencibles. El mismo pone rápidamente en ejecucion las ideas que ha sugerido, hablando y gestionando en nombre suyo, ó en el del empresario, segun conviene. Resignado á sufrir el castigo de culpas agenas, carga, si es menester, con toda la *responsabilidad* de una *sit acion* que él no ha *creado*, y ve con estóica conformidad que otros se atribuyen los méritos que él ha contraido. El ha hecho el milagro y otros santos reciben las gratulaciones y las ofrendas; pero, lo que él dice, *sálvese el teatro* y mas que yo sea su *víctima propiciatoria*.

Tal vez en uno de esos dias de *remedion* aprovecha nuestro héroe la feliz coyuntura de adelantar en su carrera á algun *racionista*, que otros llaman *parte de por medio*, oscurecido y postergado, ya por su escesiva cortedad de genio, ya por falta de proteccion, ó porque su mala estrella no le ha deparado una ocasion favorable en que mostrar al público que sirve para algo mas que para galancetes de entremés, ó *toros embolados*. Con estos actores, que no por su ínfima categoría escénica dejan de ser acreedores á la consideracion pública, suele tener el que *avisa* trato mas frecuente y familiar; sea porque, como trabajan mas á menudo, se roza mas con ellos, ó porque juzgue su amistad menos incompatible que la de otros con el espíritu de humildad y subordinacion que constantemente le guia. Si habia oido decir á uno de ellos que en el año de tal y en la provincia H, siendo parte, y no *de por medio*, en cierta compañía ambulante, ó miembro de alguna sociedad dramática de aficionados, por ejemplo, la de la calle de *Noramala*, desempeñó con aplauso un papel principal; ó si sabe de otro que tiene mucha memoria, ó facilidad y frescura para recitar de improviso y al *apunte* cuatro ó cinco pliegos de prosa ó verso, recuerda el *Avisador* cuando viene á cuento que la empresa tiene aquellos ignorados elementos de que disponer. El empresario, á falta de otros, los utiliza; y, si bien los buenos y amistosos oficios del *Avisador* pueden ser inocente causa de que, recibiendo el neófito una grita desaforada donde esperaba bravos y palmoteos, reniegue de la fatal ambicion que le aconsejó en mal hora salir de su tranquila oscuridad, tambien es cierto que muchos actores han debido á esos casos fortuitos y á la próvida intercesion del *Avisador* benéfico la buena suerte de figurar con gloria en lo alto del escalafon teatral, cuando acaso se consideraban condenados para siempre á no salir, como suele decirse, de azotes y galeras.

De todo lo que llevo dicho es natural inferir que el ciudadano una vez investido con el interesante cargo de *Avisador*, ó á los pocos dias deja de servirlo, si muestra no ser apto para él, ó lo desempeña durante su vida. Del primer estremo creo que haya habido muy pocos ejemplares, porque regularmente cada *Avisador* tiene un sota-*idem* ó adjunto, asi para ayudarle en sus quehaceres, como para que se vaya instruyendo en el oficio, y este suplente, ó llámese *meritorio*, es el que hereda la plaza cuando su *principal* pasa á *mejor vida*. La clase de *Avisadores* es acaso la única en España que no conoce la prolija nomenclatura y la plaga asoladora de *cesantes*, *escedentes*, *jubilados*, *espectantes á retiro*, *reformados*, *suprimidos*, *suspensos*, *agregados*, *depositados*, *adictos*, *capitalizados*, *disponibles*, *indefinidos*, *inválidos* y *dispersos*. El *Avisador* muere *avisando*, y hay teatro que en todo lo que va de siglo y parte del anterior solo ha tenido dos *Avisadores*, de los cuales el segundo, superviviente del primero, por supuesto, todavía puede ser el brazo derecho de muchos empresarios. Actores, maquinistas, sastres, alumbrantes, asistencias, todos son dependientes mas ó menos amovibles y eventuales que ogaño pueden funcionar en Madrid y en el próximo año cómico pasar á Cádiz ó á Valencia; pero el *Avisador*, es artículo que se nombra en todos los inventarios, como la campana chinesca, ó como si fuese parte integrante del edificio. Su proverbial honradez y su *indispensabilidad* (permítaseme la expresion), le ponen á cubierto de ser arbitrariamente licenciado cuando la empresa cambia de manos, al paso que su apego á la casa en que ha envejecido y su habitual parsimonia le hacen inaccesible á toda especie de seducciones. El no puede desasirse de sus queridos bastidores, cuyas multiplicadas metamórfosis de cárcel á jardin, de calle larga á casa pobre, etc., ha presenciado, ni de sus amados cuadernos que contienen la estadística de la escena y las efemérides de la literatura dramática; páginas preciosas sobre cada cual podria hacer, siquiera, mas de un curioso comentario. El nuevo director, por su parte, perderia la brújula y fluctuaria en un mar de confusiones si se privase de tan poderoso auxiliar, que ademas de poseer importantísimos documentos, es el depósito vivo y semoviente

de infinitas tradicciones orales y leyes consuetudinarias.

Nadie, pues, mejor que un *Avisador* veterano pudiera escribir la historia secreta del *ejército*, amenizada con picantes anécdotas y filosóficas observaciones. Sus memorias serian mas completas, variadas y entretenidas que las de *Rios* y *Pellicer* entre nosotros, ó las de *Talma* y la *Clairon* entre los franceses. Nadie desconfia del *Avisador*. Así puede sin riesgo dársele á guardar oro molido como el mas levo y tentador secreto. No hay lince que vea ni tísico que oiga tanto como él; pero sabe ver sin mirar y oir sin atender. Jamás echa su cuarto á espadas cuando se murmura de los ausentes, como no sea para defenderlos. Si en su presencia se encrespa una disputa, procura apaciguar á los contrincantes, y si no lo consigue, se retira. Reservado y prudente por obligacion, por conveniencia y por carácter, no suele tomar la palabra sino *para rectificar algun hecho* ó corregir sin acrimonia alguna siniestra interpretacion. Incapaz de traspasar los límites de su *posicion social*, nunca abusará de la benevolencia de sus superiores, ni será cómplice de ninguna burla pesada; ni, aunque él sea la víctima, se creerá autorizado á usar de represalias.

La sobriedad, en toda la acepcion de esta palabra, es otra de las virtudes que adornan al *Avisador*. Su buen sentido le advierte los graves inconvenientes que pudieran seguirse de una conducta menos ejemplar que la suya. A bien que, por un lado su nunca interrumpida laboriosidad, y por otro su respetable pobreza, son bastantes á precaverle contra las tentaciones de la crápula y los estímulos de la concupiscencia.

Por último, el *Avisador* es un alhaja de inestimable valor en los teatros, y los que estén con ellos relacionados y conozcan sus interioridades no dirán que el presente retrato es infiel ó apasionado ni pondrán en duda el desinterés de mi panegírico.

Si el dia de mañana tuviese yo á mi cargo la direccion de un teatro, cosa que ni espero ni ambiciono, antes que lindas actrices y tenores *de Cartello*, y barbas estentóreos, y autores acreditados, y hábiles perspectivos, y sastres *históricos*, y bailarinas voluptuosas, cuidaria de hacerme con un *Avisador* digno de este título, porque estoy seguro de que, despues de Dios, él seria mi providencia.

Y con esto concluyo, complaciéndome mucho de haber dado con un *tipo* cuyos rasgos característicos convidan al elogio, como otros á la caricatura.

MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

EL DEMANDA O SANTERO.

OFRECE este personage, ente ó pajarraco extraordinario, que unos llaman Santero, otros Demanda, y no pocos Demandador ó Demandante, un tipo exclusivamente nacional, tan antiguo entre nosotros como nuestra devocion supersticiosa; tipo que ha sufrido en el fondo muy poca alteracion, á pesar de nuestra estupenda y para siempre memorable regeneracion social. He pensado pues que su retrato debe ocupar un lugar muy señalado entre los demas retratos de los Españoles contemporáneos, y llevado de esta idea me he decidido á bosquejarlo, ya que no con absoluta perfeccion al menos de modo que no sea desconocido, ni necesite una esplicacion al pie como los cuadros del pintor Orbaneja, advirtiendo á quien corresponda que en esto no hay jactancia, pues hartas ocasiones me han ido proporcionando en el discurso de mi vida, que no es ya corta, oportunos colores, de que tengo asaz bien provista mi paleta. Sé muy bien que este engendro no me valdrá una comida de cincuenta platos de tortugas, ni una brillante plaza en el Instituto, porque no vivo en Lóndres ni en Paris, sino acá en el pueblo mantuano, donde se obsequia de otro modo á los ingenios. Siempre tendré, no obstante, la inexplicable satisfaccion de haber seguido el consejo de



El Demanda ó Santero.

Confucio: podré decir *erexit monumentum;* he contribuido á evitar á las generaciones futuras el trabajo de andarse quemando las pestañas y devanando los sesos para adivinar las maneras, usos y costumbres de los españoles hácia la mitad del siglo XIX, así como el aleman Niheburn para vislumbrar algun tanto la enmarañada alcurnia de Numa Pompilio.

El Demanda ó Santero es hoy lo que era hace cincuenta años, con muy pequeñas variaciones. Ha mudado algo de vestido y de lenguage, pero sus ideas, sus ocupaciones y sus manejos son siempre los mismos, fenómeno que para mí resuelve por sí solo una antiquísima y larga controversia, dejando burlados á los orgullosos modernos directores del linage humano. Desde la mas remota antigüedad han disputado obstinadamente los filósofos sobre la perfectibilidad del hombre, sosteniendo unos que este llegará por una escala de perfeccion sucesiva hasta el sumo bien, mientras otros se aferran en que desde Adan acá siempre se le ha visto dentro del mismo círculo, combatido por su debilidad y por las pasiones que turban

su razon, haciéndole caer en los mas crasos errores. No será el hombre un animal sin plumas y con dos pies como un gallo, será, si se quiere, un pozo de ciencia; ¿pero qué especie de sabiduría es esta, que no le ayuda en esa perfectibilidad ascendente tan decantada? Sus costumbres y sus creencias suelen modificarse alguna vez, tomando nuevas formas; mas en el fondo son siempre las mismas, de lo que es un reciente y vivo ejemplo nuestro Demanda ó Santero.

Cosa es muy sabida que toda la España ha estado plagada hasta fines del último siglo de hermanucos y Santeros, que por lo regular vestian trage frailuno, con sus barbas postizas, su capuchon, y en la una mano el báculo, llevando en la otra la *demanda* con la imágen de algun santo milagroso. Con semejante disfraz andaban por las calles y plazas embaucando á la multitud; siempre crédula y fanática; con él corrian de pueblo en pueblo aparentando penitencia y mortificacion, contando mil patrañas y comiendo á dos carrillos á costa del prójimo, en términos que la vida feliz de estos morlacos llegó á ser envidiada de muchos. Tomaban de todo cuanto les daban los devotos y devotas, variando la colectacion segun las diferentes producciones y usos de cada provincia, segun las estaciones del año y la especie de patrocinio que prometian en nombre del celícola.

Mas como nada hay estable en este mundo, cuando menos lo esperaban vino una nube de soldados extranjeros á turbarles su dicha, porque en las mochilas de aquella tropa venia envuelto en unas casacas el espíritu de reforma que nos ha regalado la revolucion que tanto nos hace correr. Espantados entónces los fingidos santuchos, huyeron de sus ermitas, dejándolas desamparadas; mudaron de camisa como las culebras, sustituyendo al saco cada cual el trage comun de su respectiva provincia, y se refugiaron á la iglesia, que con su lenidad pasa por todo. Por eso se les vé ahora casi siempre en ella ó muy cerca, ejerciendo sus buenas mañas. En sus puertas piden para el tutelar, con lo que continúan manteniéndose casi en la misma abundancia, consumiendo el tiempo sobrante, como cada hijo de vecino, en sus diversiones y placeres.

Es un hecho constante y observacion general de todos tiempos, que los objetos vistos de lejos imponen, así como tratados de cerca y habitualmente llegan hasta á causar menosprecio. Por eso se ha dicho siempre que no hay hombre grande para su ayuda de cámara. De aquí procede que los sacristanes toman tanta confianza con los santos, que llegan á manejar sus efigies con irreverencia, sucediendo lo mismo al Demanda, el cual se pone en estado de completa incredulidad en cuanto á los milagros de su poderdante, y si los pondera y refiere á cuantos topa, son de su propia invencion para esquilmar al público, estafándole bajo un nombre respetable y con un título piadoso.

El Demanda de S. Antonio Abad distribuye campanillas de metal, que sirven para preservar á todos los animales de distintas enfermedades. El postulante para S. Lázaro lleva un remedio eficaz en sus tabletas, haciendo con ellas ruido para ahuyentar los demonios. El que pide para S. Blas, á cuya proteccion se acogen los que padecen males de garganta, reparte cordones de seda que han estado al cuello de la imágen del santo, talisman que buscan con ánsia las ninfas del trato, como mas propensas á padecer en esa parte de su cuerpo. Ellos refieren á la vieja rica que vive sola, los muchos casos de otras á quienes el santo libró de ladrones porque eran sus devotas: al comerciante que tiene sus caudales expuestos á los riesgos del mar, le hablan de los muchos buques salvados de naufragios y de piratas, porque pertenecian á sugetos que eran de la afeccion de su tutelar: al labrador rico le cuentan el caso del pegujalero cuyos sembrados quedaron libres de todos los males temporales, y especialmente de una gran plaga de langosta que asoló los campos inmediatos, dejando intacto el del protegido de aquel otro santo, por lo que siempre vió henchidos sus graneros: al viajero le predicen que llegará sano y salvo de toda avería: al enfermo el mas pronto y completo restablecimiento: á la jovencilla fortuna en sus amores; y en fin, á cada uno lo que mas desea y por lo que se muestra inquieto, para lo cual procuran tomar noticias exactas anticipadamente. Estas promesas, apoyadas en ejemplos milagrosos, llevan siempre la condicion implícita de que los agraciados no sean escasos en la limosna que por este medio recogian antes á manos llenas. Hoy, si vale decir verdad, como no es tan grande el número de los crédulos, porque las ideas religiosas se han depurado del grosero fanatismo en que las envolvió la ignorancia, han disminuido las utilidades de estos expertos truchimanes.

Empero si se quiere saber lo que son en el dia á pesar de esa tan decantada ilustracion, Santeros y Demandantes, es preciso fijar la atencion en las provincias del mediodia, y especialmente en las alegres poblaciones de Andalucía, bajo cuyo hermoso cielo ponen en juego esos camanduleros todos los ardides de una imaginacion risueña para estimular á un pueblo fácil á entusiasmarse. Andaluz y sevillano, voy pues á dar todas las noticias, y á referir las anécdotas que recogí en mi mocedad y he conservado en mis cartapacios, del *modus vivendi* de esta casta de gente en aquella antigua capital de la Bética, llamada por antonomasia pueblo Mariano, á causa de su devocion á la Vírgen y á todos los santos de la córte celestial. Por aditamento daré tambien las mas recientes que me acaba de facilitar un amigo, de cuya veracidad no puedo dudar.

Una tarde de S. Juan, ya á punto de ponerse el sol, cuando se acercaba la hora en que las amables sevillanas reunidas en la Alameda vieja, paseo entónces predilecto, cuya descripcion tan bien ha sabido hacer el duque de Rivas, se entregaban al donoso chichisveo que llaman pelar la pava, sin duda porque algunos salen completamente pelados de las amorosas contiendas, me dirigia á la velada deseoso de meter tambien mi cuarto á espadas, soltando algun requiebro á mis paisanas, porque si bien he sido algo filosofado desde jóven, bullia entónces en mis venas el fuego de los primeros años, fuego que no es bastante á apagar la mas rigurosa filosofía. Una voz enronquecida, que se hacia oir entre la confusa algazara de los vendedores, me hizo abandonar mi primitivo propósito, excitando mi curiosidad. Salia la voz del centro de un gran círculo de gente, parada ante el retablo de la Vírgen de Europa que se halla á un lado del mismo paseo. Acerquéme á aquella reunion, y divisé en medio de ella una mesa con su cubierta de damasco carmesí, sobre la cual habia varios platos con flores y una bandeja llena de tortas y frutas confitadas, adornada de banderillas de papel de varios colores. Delante de la mesa aparecia un hombre enjuto de carnes, ya entrado en el otoño de la vida, y vestido con pantalon, chaleco y frac negros, prendas tan antiguas y raidas que las tuve por los primeros modelos que de ellas hubo en el mundo. Sin corbata, y el cuello de la camisa doblado sobre los hombros, descubria un largo y negrísimo pescuezo, guardando consonancia su calzado con lo demas del trage. En la mano izquierda presentaba al público una toronja de dulce, clavada en un trinchante de hierro muy parecido al tridente de Neptuno, y con la derecha daba animacion á su original elocuencia para esforzar la puja de aquella toronja.

«¡En tres reales! gritaba ¡en tres reales está ya la toronja de la Vírgen! ¿no hay quien dé mas por el *azuquita?* Vaya, señó on Juan Colchon, decia des-

pues enfrontándose con un viejo ropillento que llevaba un capoté de durancillo muy remendado, y se habia colocado en la primera fila de los espectadores; haga V. un esfuerzo en los dias de su santo, que es limosna pa la Virgen, que da siento por uno y despues la gloria..... ¿No hay quien dé mas?... Ea, señó on Juan, con fé (y le tiraba del capote) pa nuestra madre y señora de Europa!... Cuatro reales en plata dan por la toronja: señó on Juan: aunque duerma V. en el suelo, que en estas noches de verano se desea el fresquito.»

Sobradamente amostazado y corrido tuvo que retirarse el viejo, y el astuto Demanda terminó aquella puja entregando la toronja al mejor postor. Tan grotesca escena hízome recordar los siguientes versos de Samaniego:

A un Santero le manda que se acerque,
Le pilla la demanda,
Y allá con sus hechizos
La convirtió en merienda de chorizos.

«La devocion, dige para mí, sirve aquí de móvil á la mas refinada truanería; bueno será observar mas de cerca á esta gente para descubrir los misterios de su vida.» Y este laudable anhelo ó curiosidad fructífera me hizo recorrer en muchos dias consecutivos todas las iglesias, capillas y retablos que hay en aquella ciudad de cien campanarios, asistir á procesiones y novenas, preguntar, indagar y hacer apuntes y observaciones.

Muy singulares son por cierto las costumbres del Demanda sevillano, si bien sus maneras no son tan inurbanas como las del antiguo Santero. Con todo, aquí se cumple el refran: «el hábito no hace al monge,» porque al fin el Demanda moderno es tan hipócrita como el santon antiguo, y heredero de todos sus vicios, con la sola diferencia de que su superchería está nivelada á la cultura del siglo. Es un verdadero parásito; una sanguijuela que se ocupa exclusivamente en chupar el jugo y la sangre de sus conciudadanos, es un fullero que ejerce el arte de robar con uñas sagradas, como decía el P. Vieira.

Entre estos demandantes los hay que fueron zapateros remendones; otros sastres de lo viejo; algunos cardadores de lana, y los demas que ejercieron oficios de igual laya. Como estos oficios por su ninguna importancia, y otras mil causas de todos bien conocidas, están pensionados con largas interrupciones, para librarse de la indigencia que es consiguiente, acostumbrados por otra parte á la holganza, cayeron en la tentacion de abandonarlos y acojerse á profesion mas lucrativa. Por eso hace muchos años que se dedicaron á explotar la rica mina de la falsa devocion, que les produce cuanto apetecen. Sentaron, pues, plaza en el regimiento de la tuna, y ni reminiscencia conservan del último jornal que ganaron trabajando en su respectivo artefacto.

A esta metamórfosis ó cambio de posicion social, siguióse por consecuencia forzosa una modificacion completa de hábitos, costumbres y modo de pensar. Dejó el remendon de zapatos el cerote y el tirapié con que solia dar de vez en cuando á su consorte una grata prueba de su afecto; dejó el semisastre de apurar su ingenio para rejuvenecer la levita que estrenó un usia y habia llegado por escala descendente á ser propiedad de un testigo alquilon; dejó el lanero de dar carda á los vellones; dejaron otros, en fin, sus asquerosas ó mezquinas tareas, y abandonando pensamientos mecánicos y apocados, adquirieron repentinamente las funciones de administradores de la contribucion que cada cual se dedicó á recaudar en nombre del bienaventurado que le pareció ser mas del gusto de la multitud, dando á estos fondos la inversion que les place, como si estuviesen autorizados con poder general de su patrono, y como si ese poder contuviera la cláusula famosa de «libre y franca administracion.»

Ha desaparecido pues el menestral, y así como el proyectista hambriento cuando llega á ser ministro de hacienda pasa los dias enteros, y aun las noches, en profundos cálculos económico-rentísticos, y pensando en los millones que puede recaudar no se acuerda de cuando era un pobrete escritorcillo que apenas tuvo para pagar al impresor los folletos que le elevaron á aquel puesto, del mismo modo el Demandante ha olvidado su orígen, entregado á sus placeres, y haciendo continuamente nuevas combinaciones sobre la distribucion que dará á los pingües frutos de su piadosa farsa. Es indudable llegaria á figurarse ser una persona muy necesaria en la sociedad, si esta en su contínua fluctuacion de ideas no le advirtiese á cada paso que tiene que impetrar de ella un nuevo voto de confianza, y esto es precisamente lo que han hecho los Demandas sevillanos despues de la tormenta revolucionaria.

En cada parroquia de las que hay en aquella ciudad existian varias hermandades con diferentes advocaciones, ya de santos, ya de la Vírgen, sucediendo lo mismo en toda España. En estos últimos años tenia cada cofradia ó hermandad su Demandador, que aunque de ordinario vestia trage comun, solia cubrirse en los dias de funcion, ó de la festividad del santo, con el talar de los clérigos, es decir, la sotana: ahora solo lleva frac negro. Si en las parroquias habia muchas hermandades, pedian para todas en virtud de un convenio con los hermanos mayores, obligándose á entregar una cantidad determinada, ó dar el aceite para las lámparas, la cera para el altar de su imágen, y la limosna ó estipendio del clérigo que dice en el mismo la misa todos los dias festivos, quedando en beneficio del Demanda todo el sobrante de la cuestacion.

En vano las leyes han suprimido estas hermandades y prohibido estas cuestaciones: los Demandantes siguen y seguirán en su afanosa tarea para aumentar el *superavit* que les facilita su subsistencia, sus comodidades y sus placeres. Ellos agotan todo su ingenio en inventar nuevos estímulos á la devocion de los adeptos al Santo, con cuyo patrocinio brindan á manos llenas en uso de sus presuntos poderes, y si el fervor se entibia, ó disminuye el número de los crédulos, sin dejar nunca su lenguage misterioso, ponen en juego otros alicientes, porque la devocion del vulgo anda siempre unida con la sensualidad.

Este es el verdadero origen de la socaliña de las pujas de tortas, dulces y frutas que llamaron mi atencion, pujas que son frecuentes en todas las puertas de las capillas y delante de los retablos; pujas, en fin, que dan un producto incalculable, porque mueven y estimulan la golosina de los muchachos, y de los idiotas que creen tambien contraer un mérito haciendo subir el precio de un confite, casi siempre enmohecido, á lo que podria costar el mas regalado plato.

Recientemente han puesto en práctica, para llenar el *déficit* que dejaba la disminucion de limosnas, el arbitrio de una suscricion voluntaria, en que entra solo la clase mas ínfima de la sociedad: las lavanderas y sus maridos, los poceros, barrenderos de calles, peones de albañiles, oficiales de menestral, palanquines, alhameles, y otros de este jaez con sus mujeres y familias. Los fondos de esta suscricion están destinados á lo que llaman *la distribucion de noche buena*. Cada devoto ó devota concurre todas las semanas con la pequeña suma que ha prometido, la cual nunca llega á ocho cuartos. Estas cantidades quedan depositadas todo el año en el Demandante, hasta que llega la pascua de navidad, dejándose traslucir que el depositario da movimiento á estos fondos, curándose poco ó nada de las rígidas leyes del

depósito, y que en el tiempo intermedio le han producido los susodichos fondos un crecido interes; pero esto nada tiene de particular, porque ¿quién no hace hoy otro tanto?

Llegada la pascua, convoca el Demandante á todos los contribuyentes para hacer la distribucion, verificándose la junta, por lo regular en la morada del mismo Demandante, un dia ó dos antes de noche buena, y es tanta la concurrencia y la algazara que no solo se llena el local, sino que la gente no cabe en la calle. En una sala adornada con flores y colgajos, se coloca una mesa con avíos de escribir y un gran libro abierto, que contiene el registro general de todos los contribuyentes, los cuales van entrando por el órden que los llama el Demandador á recibir su parte, ó *prevencion de noche buena*, que suele consistir en algunas legumbres para un potaje, una racion de bacalao, castañas, nueces, peros, batatas y turron, mas ó menos abundante, segun es la distribucion establecida. Se reparte ademas lo que llaman el *aguinaldito*, que es un extraordinario ya de uvas frescas, ya de tortas, ya de ramos de naranjas, habiendo ocasiones en que algunos Demandantes han repartido á cada devoto un cuarto de gallina y aun de pavo. Todos los años es diferente el aguinaldo, dando márgen la novedad que esto proporciona á rivalidades ó emulacion entre los Demandas, produciendo escenas singulares entre los de la bandería.

«Paca, decia una lavandera á su comadre la mujer de un guifero; el hermano Antonio se ha portado este año: ¡qué noche güena tan abundante y lusiu ha repartio! toito era superió... Pues ¿y el aguinaldo? eso ha sio lo mejó: ¡qué buen genio el del hermano Antonio! ¡es mucho lo que se afana pa que no se enfríe el culto del Patriarca San José Bendito! ¡Santo mio! ca vez estoy mas contenta de ser su devota, sobre too desde que el hermano Antonio pide pa él. ¿Cómo querrás creer, Paca, que ha tenido la güena ocurrensia de dar de aguinaldo un gran rasimo de uvas frescas de las e Málaga, que le habian costao un ojo de la cara?..... Por sierto que ocurrió un lanse singulá, que hiso reir á toos los concurrentes. Luego que vió la tia Tomasa, la mujer de ese inválido que trae la pata de palo y la casaca coloraá..... ¿Sabes quién digo? el Morlaco..... que el aguinaldo era de uvas, y las uvas tan ricas, saltaba e contenta. Tomó su provision y se marchava con too hásia el cuartel; pero el tio Morlaco y su hijiyo el manilargo, le salieron al paso, empeñaos en que ayi mismo se habian de comé las uvas. La Tomasa no queria se tocase á una siquiera hasta enseñarlas á las vesinas, y por reservarlas tambien pa la noche güena. Resultó de esta contienda que el tio Morlaco dió sendos gorpes á su mujer, y esta gritaba desaforadamente. Pa acabá pronto, toa la probision que llevaba en una esportilla y las uvas liás en el pico de la mantilla se esparsieron por la caye; el tunante del hijo se arrojó á las uvas, cogiendo la mayor parte del rasimo, que metió en su gorriya bieja de cuartel, dando á corré en términos que no se le vian los piés...»

Así se explicaba la Inesilla, á la que hace el amor Malasmañas, quien ahora se ocupa en vender pájaros despues que volvió de presidio. La Paca, que estaba suscrita por hermana de la Pastora en la parroquia de Sta. Marina, y se hallaba disgustada del último reparto hecho por el tio Crispin, su Demandante, aseguró iba á inscribirse para el año próximo por devota del Patriarca. Así es como la piedad muda fácilmente de objeto, cuando entre estas gentes groseras está alimentada por los intereses mundanos. Este es el hombre por mas que digan los optimistas.

¿Se quiere ahora saber en qué consumen los Demandas el tiempo que les dejan sobrante el cuidado del Santo, las pujas y cuestaciones? Nada mejor que en solazarse en la taberna. Allí, en aquella otra ermita se reunen para adorar á Baco, al cual profesan un amor verdadero. Beben siempre de lo puro y de lo añejo, y esto los trae mucha cuenta, porque el dios de las cepas les da fuerzas para sus correrías por la ciudad, y les ilumina para que se muestren elocuentes, decidores y fecundos en la inventiva. Congregados así una gran parte de los procuradores de los habitantes en las celestes moradas, ajustan sus cuentas, refieren ocurrencias peregrinas, murmuran á sus anchas de los devotos, se quejan de las novedades que crean obstáculos á sus manipulaciones, y proyectan nuevas trapacerías.

«¡Compadre! exclama un vejete de cuerpo pequeño pero mas redondo que una cuba, revolviendo sus bulliciosos ojos: ¡qué tiempos tan distintos de los que yo he conocido! ¿cómo querrá V. creer, compadre, que en todo el mes pasao no llegué á juntar tresientos reales con la demanda de nuestra Señora de Barbanera, y pa eso tube que romper tres pares de zapatos? Cuando yo me hise cargo de pedir pa esta imágen salia el Rosario todas las noches, y era rara la que no entraban mas de cuarenta en la demanda. Entónses si que se le daba culto á la Vírgen! Despues del alumbrado de sera y aseite, ropa limpia pa el altar y otros gastos, me quedaba siempre lo bastante pa cubrir todos mis gastos peculiares y un eseso pa cualquier caso de honra. Apenas puedo hoy costear la puchera, de modo que mi mujer se ha dedicado á lavandera, y á mi Periquiyo le traigo por esas calles de Dios vendiendo arropías..... Pero, tio Manuel ¿por qué nos tiene V. tan olvidaos?-á llenar los vasos que se nos secan las fauses; venga ahora de lo duro.

—Camaraás, dijo un zanquilargo mas enjuto que un bacalao; todo eso tiene su intríngulis. ¿Va á que no faltan devotos que vayan á beber en el casco del glorioso san Roman?..... Esta semana he recogio tantos milagros de sera que pesan mas de media arroba. ¿Quiere V. cambiarla por aceite?...

—«Cuidao que no son borras;» repuso un mozalvete barbilampiño, de mirar modesto, voz templada y tranquilo ademan. Aunque nuevo en la farándula, era sobradamente combinador y despierto, y habia sabido dar en la tecla pidiendo para santa Lucía, abogada de los que padecen de la vista, por lo que recogia mucha limosna, pues son infinitos los que hoy tienen cataratas en los ojos.

Terminado el coloquio, despues de haber contado cada uno el estado de su negociacion, y formado todos nuevas combinaciones ó mejora de estrategia, apuraron el último vaso, despidiérouse del tio Manuel, y se retiraron muy contentos para entregarse á las dulzuras del sueño, que así cobija bajo sus alas al santo padre como al humilde Santero, midiendo con una misma vara al vicario de Jesucristo y al ayo de S. Joaquin ó S. Julian.

El vino y el sueño dan nuevos bríos al Demandante, y este tipo tan exclusivamente nacional, prosigue al otro dia en su teje maneje, sin que la revolucion política, que nos ha envuelto en su manto salpicado de lodo y sangre, consiga desterrar sus vicios, porque las revoluciones, y especialmente la nuestra, nada lo mejoran y mucho menos al hombre, que siempre es el mismo, por mas que con nuevos modales intente encubrir sus debilidades.

José María Tenorio.

EL PASTOR TRASHUMANTE.

Ninguna reliquia mas venerable queda en nuestra España de la vida nómade que la trashumacion periódica de los rebaños merinos. Faccion es esta que no

se distingue en el semblante de ninguna nacion europea con tanto vigor como aquí, y por lo mismo el *Pastor trashumante* es uno de los destellos mas vivos de originalidad que brotan de este suelo poético y pintoresco. Su apartamiento habitual de poblado, sus ocupaciones uniformes y sencillas, su vida trabajosa por el rigor de las estaciones que está condenado á sufrir, le convierten en un ser aparte dotado de aquella buena fé y bondad de sentimientos que desde tiempos muy antiguos se atribuye á la gente campesina, y al mismo tiempo de aquella fuerza de accion y movible energía que caracteriza á las tribus nómades. Hijo de las montañas de Leon, Segovia ó Soria, trasladado desde allí á los campos abundosos y feraces de Estremadura, donde la vida pastoril y agricola derrama el mas rico caudal de sus gracias, sin mas cuidados que los de su dócil rebaño, y al mismo tiempo robusto y vigoroso, apenas encuentra á quien parecerse, aun en la misma nacion española tan cercana á la naturaleza en muchas de sus partes.

Entre las lanas finas de España la mas estimada es la llamada *babiana* que toma su nombre del distrito de las montañas de Leon que apellidan *Babia*. Este pais, celebrado entre todos los pastores por sus pastos delicados y sabrosos, no tiene mas riqueza que sus yerbas, y de consiguiente todos sus habitantes son pastores. Ahora que las grandes cabañas trashumantes han venido á menos con la mejora de las lanas estranjeras, y los tiempos corren menos bonancibles que antes para los ganaderos de merinas, se encuentran algunos babianos que permanecen en su pais ó buscan su vida fuera de él por otros caminos; pero gentes no muy entradas en años recuerdan la época en que á la salida de los rebaños trashumantes solo quedaban en sus pueblos las mujeres, los ancianos y los niños. Aun los que no componian parte de la cabaña, solian acompañarla con el nombre de *escoteros* para procurarse en las provincias del mediodia una subsistencia que á duras penas concede el riguroso y pobre invierno de sus nativos montes. Por esta razon al pensar en dar una patria al *Pastor trashumante* hemos elegido las sierras de Leon, y de ellas harémos su principal y verdadero teatro.

Así lo exigiria la verdad histórica, porque en las fértiles orillas del Guadiana y en los hermosos llanos de Cáceres, á despecho de lo templado del clima y de la cordial acogida que encuentra en los habitantes acostumbrados á esperarlo como un huésped necesario y siempre bien venido, al cabo el Pastor trashumante vive lejos de su pais y en medio de un pueblo que si algo se le asemeja en sus ocupaciones, harto mas se desvia de su índole y carácter especial. Una vez levantado su chozo, y aderezadas sus camas de pieles, y preparados los utensilios de su frugal mantenimiento, su tarea está reducida á apacentar sus ovejas por el dia, encerrarlas por la noche dentro de la red que al rededor de ellas atan á unas estacas clavadas en tierra, hacer de cuando en cuando su ronda para guardarse de los lobos, guarecerse de la intemperie, dentro de otro chozo mas pequeño que se dispone para este servicio nocturno, y volver con el alba á las mismas tranquilas ocupaciones. Claro está que en semejantes vigilias por lo duras y penosas alteran todos los Pastores de condicion subalterna: los demas pasan las noches abrigados en su chozo al amor de la lumbre, cenando sus migas canas, y de cuando en cuando por extraordinario tal cual *frite ó caldereta*; rezando el rosario si el mayoral es viejo y devoto y durmiendo como unos cachorros hasta que los cencerros de los mansos, los ladridos de los perros ó la luz del alba los despiertan.

Sin embargo, si queremos conservar la nota de historiadores verídicos, fuerza nos será confesar que por los meses de diciembre y enero semejante calma y asiento se truecan por una penosísima faena con la paridera de las ovejas que tiene lugar por entónces. Acontece que los mansos corderillos vienen al mundo en las noches mas bravas y tempestuosas del Invierno, y el Pastor en medio de la ventisca y aguacero tiene que asistir á las paridas y atender á que todo vaya en órden. Acontece asimismo que las madres en años miserables desechan la cria porque apenas la pueden alimentar, y entónces el comadron solo á fuerza de maña y aun de fuerzas puede obligarles á aceptar los deberes de la maternidad. Ordinariamente se *dobla*, es decir se deja un solo borrego para que lo crien dos ovejas, pero para que lo admita la que no es su verdadera madre, es preciso cubrirle con la piel del hijo muerto. Figúrese el lector todas estas menudencias en una noche de invierno en que el vendabal arranca á veces los chozos, y verá como semejante cargo se le hace imposible cumplir; pero el Pastor que conoce á sus reses por la cara como los demas conocemos á las personas de nuestro trato íntimo, sabe muy bien á quién corresponde el recien nacido, y distingue á tiro de arcabuz la oveja que se ha quedado sin cria, para acercarle el intruso disfrazado con la piel del muerto. Todo esto por decontado no se hace sin un granizo de conjuros, reniegos, juramentos y maldiciones que en medio de la oscuridad forman con los balidos del ganado y el silbido de los vientos un maravilloso coro, excelente para algun aquelarre.

Fácil es de conocer que á pesar de la consumada ciencia pastoril, semejantes operaciones necesitan una direccion cuerda y atinada, y aquí es de advertir la distribucion de las cabañas, su gerarquía y subdivisiones, porque muy pronto va á llegar la importante ocasion de ver á nuestros Pastores en su peregrinacion anual.

En todas estas grandes ganaderías hay un *mayoral*, especie de general en gefe á cuyo cuidado están los arriendos de las yerbas, los salarios de los Pastores, el fijar las épocas de marcha y todas las demas atenciones generales. El es quien inmediatamente se entiende con el amo y recibe sus órdenes en derechura. Síguele el *sota mayoral*, cuyas atribuciones son tambien generales, aunque su grado, como el nombre lo dice, es inferior. Estos son los gefes de la cabaña, que como pueden imaginarse nuestros lectores, se reparte luego en varios rebaños, cada uno compuesto de *rabadan* que es el gefe, *compañero* del rabadan que le reemplaza en todos los casos de ausencia, *ayudante*, *persona* y *zagal* que por sus años verdes, y á guisa de aprendizage suele sufrir la mayor parte de las cargas con mucho menos provecho. Hay ademas una especie de hacienda militar en este inocente ejército con el nombre de *ropería*, y no es sino la panadería donde se elabora el pan para Pastores y perros, y consiste en un *ropero mayor* ó gefe, de cuya cuenta corre la compra de los granos y la distribucion del pan, y en otros mozos que dicen roperos á secas y son los que amasan y hacen todos los oficios mecánicos.

Aquí tienen nuestros lectores esplicado el manejo y gobierno interior de las cabañas trashumantes; pero por si de ellos los hay curiosos, como suele suceder (porque desde muy antiguo viene la curiosidad como por herencia á todos los lectores) y quieren saber los salarios y beneficios de estos hombres, procuraremos satisfacerlos. Obligacion del amo, ó para hablar con mas propiedad *principal*, es dar al mayoral la mula en que va caballero y de 200 á 300 ducados. El sota mayoral gana de 600 á 1,000 rs.; el rabadan de 260 á 300 rs., y el compañero ayudante y persona bajan en proporcion hasta llegar al zagal, cuyo sueldo ni pasa de 100 rs. ni baja de 80.

Seguramente se admirarán los que lean esto por la primera vez de que por tan escaso dinero se preste un servicio tan duro y trabajoso que obliga á sufrir la intemperie la mayor parte de las veces, y á dos viajes

en el año de mas de setenta leguas cada uno. Sin embargo, lo que no va en lágrimas va en suspiros, segun el dicho vulgar, y lo que el amo no da lo saca el Pastor por su parte al cabo de la cuenta, porque ademas del sustento que recibe, tiene el beneficio de la *escusa*. Escusa llaman al número de ovejas y aun de cabras que á cada Pastor se le permite tener agregadas á las de la cabaña sin pagar poco ni mucho por su apacentamiento y que con suscrias y rendimientos le pertenecen en propiedad absoluta. Parte de la escusa suelen ser tambien las yeguas que gozan de los mismos fueros é inmunidades: por todo lo cual si nos tomamos el trabajo de agregar á la suma en dinero que recibe, la probable que estas adherencias dejan en sus manos, vendremos en conocimiento de que la condicion del Pastor trashumante todavía es tolerable, si no mejor que la de la mayor parte de las clases del pueblo.

El arriendo de los pastos de invierno concluye el 25 de abril, dia que los Pastores ven amanecer con mas regocijo que la mayor festividad del año, porque como es natural, ninguna festividad puede compararse, sobre todo en las gentes sencillas, á la vuelta al pais donde han nacido y tienen lo que en el mundo quieren, donde con verdadera ánsia se les aguarda y con cordialísima efusion se les recibe. Si el pirata Lambro sentia á la vista de su isla y del humo de su hogar una emocion de que no sabia darse cuenta, no es maravilla que nuestros montañeses cuyas piraterías se reducen á dejar escurrirse alguna res hácia el campo del prógimo, á cortar un poco mas de leña de la necesaria, y hacer de manera que sus ovejas la mayor parte de las veces conserven salud, aun en medio de la epidemia de las del amo, y paran siempre hembras que es lo mas beneficioso; no es extraño, decimos, que se dé tal cual refregon de manos, avie su ato cantando, silbe y grite con mas garbo á sus ovejas y perros, acuda con cara de pascua á recibir su haber y su *cundido*, pase en revista los reales de su bolsa de cuero, y con una gallardía digna de la airosa gente de su tierra se ponga en camino con su cayado debajo del brazo, su manta al hombro, su sombrero calañes encasquetado y sus abarcas de cuero.

Cruzan el Tajo la mayor parte de las cabañas por Almaráz ó por Alconétar, pero como en ninguno de los dos puntos hay puente servible y las barcas, sobre pequeñas para tal multitud de cabezas, serian tardas y costosas, suelen fabricar un puente de barcas que apellidan en Estremadura la *Luria* y proporciona paso á los ganados. El tal paso, sin embargo, siempre es difícil, porque si una oveja llega á saltar al agua, por pronto que se acuda siempre la sigue una gran porcion, y por eso se necesita gran cuidado y diligencia. Verdad es que algunas veces la res que el amo ó mayoral se figura en el fondo del rio, aparece en el fondo de la caldereta; pero estas son pequeñas travesuras del oficio, y ademas es de creer que muy insubordinada debe de haber estado la culpable durante la paridera, cuando tal castigo ha merecido.

Hay varias *cañadas ó cordeles* señalados para los rebaños trashumantes y que no son mas que otros tantos caminos destinados exclusivamente á este objeto. Cualquiera de ellos ofrece por los meses de abril y mayo escenas muy animadas y movimiento contínuo. Una nube de polvo y el son de los cencerros que desde muy lejos comienza á oirse, anuncian la llegada de las merinas, y á poco rato suele presentarse el rabadan de los *moruecos* ó carneros padres al frente de su rebaño, rodeado de sus mansos que con el cebo del pan que de sus manos reciben, apenas se apartan de él; y en seguida desfila todo el rebaño con dos pastores á retaguardia acompañados de los perros. Pasan despues y siempre con el mismo órden los rebaños de ovejas, y por último las yeguas *fateras* ó *hateras*, llamadas así por llevar los hatos y los utensilios de cocina, con sus potros que corretean á la orilla del camino, algun pastorcillo demasiado tierno para la fatiga del viaje sentado entre la carga, y alguna res que se ha desgraciado en la marcha colgada. Aquellos hombres que con todos sus medios y riquezas se trasladan de una provincia á otra, recuerdan involuntariamente la vida de los patriarcas ó las tribus errantes que vagan de oasis en oasis en busca de pasto y de frescura.

Las paradas que por el camino se hacen, sirven á un tiempo para descansar y comer, y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos que de viaje suelen consistir en sopas por la mañana y migas canas por la noche. Durante él, además, suele pasarse una racion de vino, con lo cual se sobrellevan sus fatigas con algo mas de conformidad. Aunque no pocas cabañas hacen el esquileo en Estremadura, otras varias ejecutan en el camino esta importante operacion: en que si los pastores no toman mas parte que la de apartar las reses y presentarlas atadas al maleante esquilador, no por eso deja de alcanzarles una y no pequeña en las alegres y bulliciosas escenas que suelen acompañar á esta tarea. Con semejantes estímulos y sobre todo con el poderoso de llegar pronto á sus queridas montañas, se atraviesan con buen ánimo las áridas llanuras de la Mancha; donde ya sabe todo pastor que tiene que comprar las cintas de estambre fino para agasajar á su mujer, novia, hija ó hermana, so pena de pasar por un ruin sugeto; y los no menos desabridos páramos de Campos. Aquí sufre otra sangría la bolsa del montañés, pues la compra de los pañuelos, las agujas y cordones ó, como dicen las babianas, *gordones*, para atacar los justillos es tan de ley al pasar por Rioseco de Medina como la de las ligas en la Mancha. En Rueda ademas suele proveerse de una gran bota que, como mas adelante veremos, no deja de hacer importante papel. Lástima es por cierto que las ovejas se desmanden de cuando en cuando y los guardas del campo anden tan listos en advertirles su mala crianza y tirar de los cordones de su bolsa, que á no ser por esto, pocos malos ratos aguarian el contento de la peregrinacion.

Por fin, despues de cuarenta y cinco dias gastados en esquilar y caminar, crúza la cabaña los frescos contornos de Leon, y á muy poco henos á nuestro pastor enfrente del campanario de su lugar. La Babia es un pais triste y riguroso por invierno, porque ocupa la mesa de las montañas, y las nieves y ventarrones duran allí mucho tiempo; pero á la época en que llegan los pastores, la escena ha cambiado enteramente, pues aunque la desnudez de sus colinas siempre lo entristece un poco, las praderas que verdeguean por sus llanuras, sus abundantes aguas, la alinencion casi simétrica de sus montecillos cenicientos de roca caliza, y los vapores que de sus húmedos campos levanta el sol del verano, le dan un aspecto suave y vago, semejante al que distingue algunos paisajes del norte. Estos atractivos son reales y verdaderos; pero aunque de ellos careciese, el pastor siempre la amaria, porque la patria nunca deja de ser hermosa.

El mayoral, que por su oficio está obligado á adelantarse, sale al encuentro de la cabaña para señalarle los puertos arrendados, y despues de repartido el ganado y fabricado el chozo (si ya no vuelven á los mismos pastos), cada pastor tiene licencia por turno para pasar un par de dias en su casa. Estos cuadros de interior son tan fáciles de comprender como difíciles de pintar: por eso y por ahorrar paciencia á nuestros lectores, nos contentaremos con decir que despues de los abrazos, apretones, preguntas y respuestas de costumbre, el marido sale en seguida á hacer la visita de ordenanza al señor cura y la mujer á convidar á los parientes, deudos y amigos, á *la bota del pastor*.

Esta bota es la misma que vimos llenar no hace mucho en Rueda, de esquisito vino rancio, y que en compañía de buenas magras, ricos chorizos y suculentas morcillas procedentes de Estremadura sirve para una cena opípara en que á fuerza de festejar la llegada del amo de casa y brindar por su bien venida, suelen salir los convidados viendo mas estrellas de las que hay en el firmamento. Esto sucede con los pastores padres de familia, que, pasados estos dias de júbilo y ensanche, vuelven á su vida ordinaria, como vuelven á su cauce los rios salidos de madre. Por lo que hace á los *mozos* ó solteros, esto, segun suele decirse, ya es harina de otro costal, porque sino tienen festines y banquetas, para eso están las romerías que por entónces menudean, y los galanteos y escapadas nocturnas, de resultas de las cuales la yegua del padre ó del rabadan no suele engordar por mucho que pazca. Porque es de saber que no hay pastor que no se enamore, sino á la manera lamentable y quejumbrosa de los Salicios y Nemorosos, por lo menos para tener una mujer con quien vivir pacíficamente y criar hijos para el cielo, segun dice el Catecismo. En suma, para solteros y casados la época de paz, de diversion y de holganza es la del fresco verano de aquellas sierras, porque, como los lobos no andan tan hambrientos, se puede aflojar algo en la solicitud de la guarda del rebaño, y por otro lado cualquiera desavenencia que á propósito de pastos pueda suscitarse, fácil y amigablemente se compone entre gentes unidas por un origen comun, y ligadas en gran parte por lazos de amistad y parentesco.

Pero al cabo estos dias buenos se acaban pronto, porque como dice un poeta contemporáneo

Los tristes y los alegres
Al mismo paso caminan,

y con las primeras nubes del otoño comienzan á moverse los pastores para volverse á sus invernaderos. La reunion del ganado y los preparativos de marcha se hacen con la misma actividad y concierto, pero con harto menos alegría de la que presencian en ocasion análoga los campos del Guadiana. La noche antes de la marcha es forzoso hacer á los viajantes el obsequio del *queiso* (queso) para el camino, que consiste en juntarse en su casa las mozas y los mozos solteros, y bailar en guisa de despedida las sueltas y graciosas danzas del pais, en recompensa de lo cual reciben las montañesas las áhuchas (agujas) que vimos comprar en Rioseco. Por rara que parezca esta ceremonia y por mal que se avenga en la apariencia con ánimos realmente apesadumbrados, no por eso deja de observarse religiosamente. Para el siguiente dia ya está dispuesta la fiambrera del Pastor, que consiste en una gran provision de cecina y jamon, cosa en que tienen tanto puntillo las babianas que muchas de ellas consienten en pasar no pocas privaciones en el invierno á trueque de que sus maridos lleven la correspondiente merienda. Por fin amanece y los pastores se ponen en camino acompañados de sus mujeres que, por una de aquellas extrañas contradicciones del pobre corazon humano, van ahora á despedirlos basta una legua de distancia, cuando para recibirlos apenas salen de las cercas del pueblo; y lloran y se afligen sin medida ni proporcion con la alegría que á su vista recibieron. Por fin, los últimos adioses, abrazos y encargos de mirar por la salud se truecan entre muchos ahogos y suspiros; las mujeres se vuelven hechas unas Magdalenas y los hombres un poco mas durillos de condicion, aunque al cabo del mismo barro; despues de un poco de camino andado á las calladas, comienzan por fin á entablar cualquier conversacion y llegan últimamente á entrar en aquel bienaventurado temple de espíritu que tan poco desgasta el cuerpo y tantas primaveras le deja ver. Sin embargo este viaje es la mayor de las fatigas de la vida trashumante, porque siempre sobrevienen lluvias y mal tiempo: á veces salen de madre los arroyos y el ganado espantado y temeroso llega á ser mas difícil de manejar. Así y todo alguna pequeña regalía disfrutan en Castilla con los amos de las tierras en que *echan la noche* con sus rebaños, y que por el beneficio que les reportan, suelen darles buena cena.

Una vez en Estremadura, tienen andado ya todo su círculo y de nuevo pueden dedicarse á sus ocupaciones un poco mas sosegados y á aumentar el caudal de conocimientos que poseen acerca de las enfermedades del ganado, de la calidad de las yerbas y de la prosperidad del ramo de riqueza que manejan. En esto son tan diestros y experimentados que cualquiera de ellos entretiene á una persona instruida, hablándole de la fisonomía de las reses, que á sus ojos no es menos distinta que la de las personas, como vimos en la paridera; de la influencia que la atmósfera ejerce en la cria y en la calidad de la lana, y de todo lo que



El Pastor trashumante.

atañe á su oficio. No menos notables son bajo su aspecto moral, tanto por la buena hermandad que entre sí guardan, cuanto por la subordinacion y obediencia que observan con sus superiores y la regularidad y economía con que, salvo algun pecadillo venial, administran por su parte los intereses del amo. Este por la suya suele desempeñar mas de una vez con ellos los oficios de padre, y las relaciones que entre ambos median están basadas en el respeto y benevolencia mútua. Finalmente, el Pastor trashumante, por su conformacion física, por su vestido,

por sus costumbres, por sus modales es un tipo de los mas antiguos que puede ofrecer la península, y aun quizá la Europa, porque su vida y ocupaciones se ligan con las primeras edades del mundo.

Y sin embargo no es imposible que nuestros nietos vean extinguirse esta reliquia de las edades pasadas, porque si se ha de continuar en las herencias el sistema de subdivision indefinida que en el dia rige, á cada paso se diseminarán las cabañas, y ni aun pastos acomodados se encontrarán entre caudales que por un órden natural llegarán á desmigajarse completamente. No sabemos hasta qué punto traigan utilidad á la causa del pais semejantes doctrinas que por nuestra parte nunca miraremos como sociales, cuando en último resultado las vemos tender al individualismo y al aislamiento; pero de todas maneras nos alegramos de haber bosquejado (dado que nombre de bosquejo merezcan estos borrones), una figura que si á toda España pertenece, con mas derecho reclama por suya el pais donde nacimos.

ENRIQUE GIL.

EL APRENDIZ DE LITERATO.

IGNORO, carísimos lectores, si tendré la suficiente habilidad para trazar fielmente el tipo cuyo título teneis á la cabeza; porque para trazar un tipo se necesita, no solo habilidad, sino cierto descaro, un corazon franco, poco miedo y.... no mucha conciencia, en mi concepto. Tener un verdadero conocimiento del carácter del tipo á quien se retrata con la pluma (instrumento muy semejante al pincel, pues como él, unas veces saca exacto el parecido y otras hay que poner abajo *retrato de fulano* para conocerlo, segun quien la maneja). Tener ese mismo conocimiento de sus costumbres, trajes, ocupaciones, etc. etc.

Ignoro tambien si me se tachará de fastidioso y exagerado; porque en estas dos faltas es muy fácil incurrir por dos razones: la una porque hay ciertos lectores demasiado exigentes, que todo les fastidia, que en todo encuentran aumento y exageracion (suelen ser estos regularmente, los mordidos por el implacable aguijon de los escritores) y la otra porque los escritores poseen con efecto, aunque no todos, estas relevantes cualidades. (Tal vez sea yo de este número.)

Ignoro, en fin, si acertaré á llenar vuestros deseos. Este es el punto mas difícil, por la sencilla razon que todas las personas no tienen el mismo gusto, ni el mismo modo de pensar; y en esto de llenar todos los deseos debe uno andar con mucho tiento, sobre todo cuando escribe artículos de costumbres y retrata fiel ó infielmente caractéres, pues á los individuos á quienes toca alguna parte, suelen llegarles estas descripciones á lo mas vivo del corazon y del amor propio. Para escribir estos retratos se necesita un tacto... pero ¡qué diablos!... los que lean esto creerán que es el prólogo de un *arte de hacer tipos*, y seguramente que ni es esa mi intencion, ni me ha pasado por las mientes semejante idea. ¡Dios quiera que yo salga bien librado!... en fin, no sé si sabré hacer lo que en mi vida he hecho... y sin embargo, lectores mios, no abandono por esto la empresa.

A pesar de cuanto he hablado tengo para mí que algunos enemigos me acarreará este ligero articulito, y que muchos me aborrecerán sin conocerme, porque las tres cuartas partes de este pícaro mundo se compone de aduladores, y la restante de personas que gustan ser aduladas; que comen y engordan con la adulacion; porque seguramente esta es tan dulce como el caramelo, y la verdad franca y pelada, tan amarga á veces como la hiel. Pero tampoco por esto me desvio de mis intentos. Por tanto escuchadme con atencion que voy á comenzar, si no hablando *como un libro*, á lo menos como hablan las *Entregas de los Españoles*.

En la época en que vivimos, *época brillante* (á pesar de ser la de las revoluciones), abunda, mas que ninguna otra, el *Aprendiz de literato*. Este se ha hecho tan comun que en todas partes se halla. En los paseos, en los cafés, en los teatros (cuando es aprendiz que puede gastar 12 rs. y 8 mrs. en una luneta, ó 6 con 8 idem en una galeria). En fin, es tan general que las dos terceras partes de los jóvenes del dia cultivan este *sublime arte*.

A los doce años comienza el objeto de nuestro tipo (despues de haber aprendido á leer medianamente, y cuando empieza á escribir en *falsilla*) á dar muestras de sus disposiciones. Se ocupa en leer las poesías de Zorrilla ó Espronceda, y en poner en la cubierta de la *Escuela moral* ó del *catecismo* del abad Fleuri los modernos y excelentes versos

Si este libro se perdiese,
Cómo suele suceder, etc.

alterándolos á su manera y acondicionándolos á su nombre y circunstancias como por ejemplo:

Es de Juan Antonio Fernandez
Que lo quiere para leer.

De esta y otras varias maneras va haciendo rápidos progresos, y es tanta la aficion que tiene á la poesía que suele quedarse sin comer en la escuela seis veces á la semana por haber preferido hacer *un ciento de cuartetas* á estudiar la leccion de gramática, innecesaria segun su sistema.

Si el padre del susodicho es un hombre medianamente racional, se desazona todos los dias al recibir las continuas quejas del maestro por su desaplicacion, y dirige al muchacho justas reprensiones; pero este no hace caso de ellas, y ni el castigo ni las amonestaciones son suficientes á hacerle desviar ni un ápice de la senda que con tanto entusiasmo ha elegido: lo único que suele responder á su padre cuando este le hace dulces reflexiones, es:

—Papá, yo he nacido para poeta y no sé por qué quiere V. contrariar mis inclinaciones. Inútil es, pues, que yo estudie, porque para ser *poeta* ó *literato* (que segun él es una misma cosa) no es necesario estudiar. El poeta nace y lo demas es cuento.

El padre suele responder á esto asentando la punta de su bota en las nalgas del precoz *aprendiz*, ó cuando menos dándole un fuerte pescozon. Pero cuando es un padre que (como hay muchos) tiene sus cinco sentidos en su *hijo único*, y no tiene todo lo de Salomon, se regocija y se le cae la baba al contemplar á su hijo hilando una *décima* ó un romance, y le cree mas sábio que el *Tasso* ó que el *Petrarca*: accede á las súplicas de su hijo, le quita del estudio de las matemáticas, en el cual ha hecho muy pocos progresos, y le zampa en una oficina cuando apenas ha cumplido quince años. ¡Entónces sí que el muchacho se encuentra en su elemento! Con la pluma en la mano, un cigarrito de papel en la boca (para darse tono) y embadurnando papel á troche y moche. Escribe sus versos en casa *las horas que tiene libres*, y aun en la oficina suele hacer alguno que otro *en los ratos de descanso*. Hasta esta época de su vida sus composiciones son dedicadas á su papá en sus dias, á su mamá idem, y todo lo demas á unas cuantas chicuelas de su edad á quienes *hace el amor*. Pero ya van pasando dias y dias y su *ambicion de gloria* va aumentándose con la edad. Ya no se limita á componer décimas á su papá, ni cuartetas para las *novias*, ni otros varios versos que hacia anterior-

mente con el mismo objeto á todos los que lo solicitaban. Ahora las *orientales* y los sonetos sustituian á las décimas y las cuartetas, y ansiaba ya ver su nombre en letras de molde. Tiene por fin una ocasion de insertar una composicion suya en un periódico y entónces su satisfaccion no tiene límites. La víspera de su publicacion no duerme de impaciencia. Amanece por fin, y vuela á la imprenta para que le den un ejemplar, porque el repartidor lo lleva á su casa demasiado tarde. Corre con el periódico en la mano y conduciéndolo como en triunfo. Se para á cada momento y lo lee. Va repitiéndolo por la calle de memoria. Mira y remira cien veces su nombre para cerciorarse si está completo y si tiene cabales todas sus letras, y por fin llega á su casa. Si sus *amados papás* están todavía en la cama los despierta para enseñarlos su primera produccion impresa, y grita lleno de júbilo:

—Sí, míralo bien, está en letras de molde... y mi nombre con todas sus letras... y todo el mundo lo leerá, etc., etc., etc.

Sus amados papás lo leen tambien y le toman la cara sonriéndose.

—Vas á ser un gran poeta, le dicen.

—Ya verán Vds. si me hago célebre. ¿Y sabes papá que ya tengo relaciones con Breton de los Herreros, y que ya he hablado un ratito con Ventura de la Vega?

—¿Sí? me alegro, hijo mio; esos *distinguidos literatos*, te pondrán en carrera.

Así se va pasando el tiempo y con él los años de



El Aprendiz de Literato.

nuestro *Aprendiz*. Cada dia que pasa crece su entusiasmo poético y su ambicion. Cambia de aspecto, de traje, de costumbres, de carácter y aun de figura. Su aspecto antes natural, risueño y nada chocante, ahora es un tanto feroz, triste y original: su traje antes sencillo pero bien ordenado, ahora se compone de un jaique puesto á la *negligé* sin abotonar; de un pantalon ancho puesto con mucho *descuido*, sin tirantes y sujeto á su cintura por un voluminoso cordon de seda que remata en dos colosales borlas; la corbata con un nudo flojo y mal hecho, dejando tremolar sus puntas como la bandera del *congreso de diputados*; y últimamente, unas largas y *descuidadas* melenas que ondean tambien á manera del *pabellon nacional*. Sus costumbres antes diabólicas y *amuchachadas*, ahora son austéras. Su carácter antes dulce y alegre como el ruiseñor en la primavera, ahora es áspero, desabrido y melancólico. Siempre con los ojos clavados en tierra, moviéndolos alguna vez para dirigirlos al cielo. Siempre con el dedo índice sobre la frente: siempre marchando con desigualdad y desconcierto. Por último, he dicho que hasta su figura era diferente,

porque antes era grueso, colorado y rollizo, y ahora es seco, pálido y lánguido como la flor marchita por el *impúdico rocío* de un perro atrevido é insolente. Todo es languidez y *desgalichamiento* (como dicen los gitanos). Su figura afectada para parecer interesante, suele sin embargo ser... muy tirana.

Ya se va acostumbrando *mi Aprendiz* á ver publicadas sus composiciones, porque como *todo se imprime* se imprimen tambien los versos de este *interesante* individuo. Si va por la calle contoneándose, pensativo y con los ojos bajos como ya hemos dicho, dándose toda la importancia susceptible de un *poeta* y si encuentra un amigo que le para para hablarle le responde con aire tónico.

—Chico, no puedo detenerme, pues hoy tengo que hacer mas que nunca. Adios.

—Pero escucha ¿tanta prisa tienes?

—Mucha.

—¿A qué hora estás en casa?

—Es muy difícil encontrarme en ella. Figúrate que la mayor parte de los dias tengo que corretear todo Madrid: á la oficina, á la redaccion del S.... á casa de García Gutierrez, á hacer una visita, ó bien á Hartzenbusch, ó bien á Gil y Zárate que me aprecia en extremo... y luego esta noche voy á ver qué tal es la comedia de mi amigo Asquerino.

—Hombre ¿sabes que ese Asquerino es muchacho que lo entiende? Tiene gran disposicion.

—¡Cá! nada de eso... todo es superficial. Con que adios.

—Ya nos veremos por ahí.

—Sí, ves á buscarme á la oficina.

Aquí se separan los dos amigos: el uno creyendo que nuestro Aprendiz sabe mas que Martinez de la Rosa, y el otro por su parte creyéndolo tambien así mismo.

El Aprendiz de literato suele aborrecer por lo comun á sus colegas, los desprecia porque los cree *pigmeos* á su lado; así es que cuando lee alguna composicion ó ve alguna comedia de los demas dice como de Asquerino:

—¡Qué cosa tan mala!... ¡cuántos defectos!.... y todo este talento es *mera superficialidad*.

Ya dice que no hay poesía en las obras que él no hace; ya que no tienen buen castellano; y es de advertir que si se le manda conjugar un verbo ó declinar una palabra, ó decir cuántas son las partes de la oracion, seguramente que se queda atollado como las ruedas de un carro cuando atraviesan un lodazal; y sin embargo de esto es indecible su amor propio.

Pero cuanto llevamos aquí referido no es nada en comparacion de lo que queda por referir. La penúltima época de su carrera poética es la mas digna de atencion. Como que por lo regular al *Aprendiz de literato* le da el fuerte por lo trágico y sublime, y muy pocas veces por lo jocoso. Cuando llega á esta época, el *Aprendiz de literato* ya no se tiene sino por *muy* maestro, y se lanza á una nueva empresa. ¿Pero qué empresa creen Vds., carísimos lectores, que acomete nuestro orgulloso *paladin poético*? Ya lo habrán Vds. adivinado sin duda alguna; pero lo diré sin embargo. Este genio intrépido, genio que todo lo allana sin reparar en pelillos; va á componer una tragedia. Pero no crean Vds. que su obra tiene un argumento sencillo y de fácil desenlace. No; elige el que le parece de mas espectáculo. Regularmente supone la accion en tiempo de los moros. Emprende una verdadera *tragedia de tramoya*. Cinco actos y dos ó tres docenas de interlocutores (sin contar moros, cristianos, guerreros, pueblo, cortesanos, esbirros, verdugos, etc., etc., etc.) Pero nuestro *Aprendiz* tiene tanta *vena*, tanta facilidad de componer que en seis dias concluye su tragedia, que para hacerla de moda la precede de un largo é interesante prólogo. Una vez concluida la coge con entusiasmo y la conduce al teatro del Príncipe sin consultar con nadie; entrégasela al empresario del teatro, mediando regularmente, y sobre poco mas ó menos, entre ambos el diálogo siguiente:

—Beso á V. la mano.

—Para servir á V.

—Vengo á dar á V. esta tragedia por si le parece que podrá ponerse en escena.

—¡Hombre, una tragedia! Y tan jóven.... mucho emprender es.

—¿Y qué quiere V.?... Hace uno todo lo posible por adelantar.... por adquirir reputacion.

—Está bien (luego examinando la cubierta). ¡Cinco actos y precedida de un prólogo! Esto debe ser eterno... y luego en verso y prosa...

—Mucho espectáculo sobre todo... pero ofrece mucho interés...

—Bien... en fin, allá veremos. Se leerá y... puede V. pasarse por aquí á principios del mes que viene.

—Está muy bien; beso á V. la mano.

—Beso á V. la suya.

Y aquí nuestro *Aprendiz* sale de la casa y se dirige á la suya muy satisfecho. Da cuenta á *sus papás* del paso que acaba de dar, y estos se muestran muy complacidos al pensar que su hijo puede hacerse célebre con sus obras literarias.

En cuanto al último no diré mas que su tragedia le desvela indeciblemente y que cada dia que pasa se le hace un siglo. Ya se le figura ver anunciada su obra en los carteles con el epíteto de *original de un jóven de corta edad*; ya que está en el teatro ocupando con su familia un palco principal, ya que se levanta el telon y que desde el principio el público empieza á dar muestras de aprobacion. Que se acaba el prólogo entre bravos y palmadas, y que corre presuroso entre bastidores á conversar con los actores, causando admiracion y envidia. Que á tal ó cual escena los espectadores aplauden con entusiasmo, é informados de quien es el autor todos dirigen hácia el palco sus satisfactorias miradas; y en fin, que concluye la tragedia entre aclamaciones, aplausos y voces de ¡*el autor*! y que saliendo á las tablas le arrojan coronas y ramilletes de flores, llegando el entusiasmo hasta el punto de desprenderse las señoras sus alhajas y joyas para arrojárselas á la escena. Estas y otras muchas ideas (que si se fuesen á citar no bastaria un volúmen en fólio para ello) agitan constantemente la imaginacion del *Aprendiz*, que repite hasta en la cama algun trozo favorito, como el que sigue, de su admirable obra dramática.

Un tiro de caballos te presento
De lo mejor, señor, que se conoce.
Gran Soliman, admítelos contento
Que son de casta rápida y veloce.
Ellos te ayudarán al escarmiento
De tu enemigo bárbaro y feroce,
Al cual le traeras como *Ecce-Homo*
Sujeto y amarrado sobre el lomo.

En esta octava real, una de las mas hermosas de su colosal *tragedia*, se deja traslucir el castellano mas castizo y la gramática mas refinada; y su autor ansia oirla de boca del actor con toda la energía de que es susceptible.

Llega por fin el dia que tiene fijado para escuchar su sentencia, y despues de acicalarse y componerse, parte velozmente *á su negocio*. Sube la escalera con el corazon palpitante y el alma en un hilo; llama, entra y saluda á *su juez* con afectacion.

—Amigo mio (le dice este meneando la cabeza) su obra de V. ha sido altamente desaprobada.

—¡Altamente desaprobada! dice el jóven con balbuciente voz, y pálido como la muerte. ¿Y cómo?..,

—Es muy inverosímil.... ¡y luego tiene un lenguage!!!....

—Pues el lenguaje está todo sembrado de *flores retóricas*...

—Sí, tendrá todo lo que V. quiera; pero el voto de los inteligentes...

—¡Oh! Yo lo respeto mucho. Pero es una obra de un género particular y tal vez... En fin, puesto que ese es su parecer no hay mas que conformarse.

—Ah, es claro; y que esto sucede muy frecuentemente aun á los mas *experimentados literatos*. Por lo tanto no hay que desanimarse. Ahí tiene V. su original.

—Pues señor, gracias por la molestia.

—No hay de qué; es nuestra obligacion.

—A la órden de V.

—Páselo V. bien, caballerito.

Y el mismo que dias atras llevaba en la mano con aire de triunfo la obra que él creia *sin igual*, sale de la casa mohino, cabizbajo y pensativo. Sin embargo, los movimientos que le agitan son movimientos de rabia, de furor y de despecho; porque no solo no conoce el poco mérito de su obra, sino que cree que los que se la han reprochado han obrado así por ignorancia y por envidia; últimamente nuestro aprendiz está íntimamente persuadido que su tragedia vale mas aun que el *Pelayo* de Quintana. Así es que á los mismos á quienes antes habia dicho:—Tengo una tragedia dada al teatro; ya te daré billetes para que vayas á verla; ahora les dice:—Chicos, no me pregunteis nada sobre este asunto. *Ni hay en Madrid cómicos que la desempeñen*, ni *los literatos del dia* tienen *el suficiente talento* para darla *la calificacion que le corresponde*.

Esta es la opinion del *Aprendiz de literato* en semejantes casos. Jamas conoce sus yerros, jamas sus defectos, y cree, que lo que varios hombres sensatos le dicen relativo á que *sin el estudio nada se consigue*, es una solemne necedad, porque los poetas cuando vienen al mundo vienen ya estudiados y poseidos de lo que llaman *vena*, y en disposicion de componer un *poema épico*. El que nace con esta necia y ridícula vanidad, la conserva por desgracia hasta la muerte, y así abundan tanto los *Aprendices d literato*, y hay tantos que se dan ya por *oficiales* sin saber la gramática castellana, ni el significado de la vigésima parte de las palabras del diccionario de la lengua, porque componen cuatro versos de mala muerte que se imprimen *porque todo se imprime*.

En suma, el *Aprendiz de literato* es la plaga de España en la época en que vivimos, y que contribuye no poco á que se vea tan ajada y marchita la literatura española.

¿Y en qué acaba el *Aprendiz de literato*?... ¿Alguno de mis lectores se figura acaso que el tiempo le hace ducho? No; el tiempo lo que hace es darle á probar continuos desengaños, al cabo de los cuales se convence (no siempre) de que ni ha nacido para *poeta*, ni ha estudiado para *literato*. Si se convence de esto abandona *el arte sublim* que tan fácil le pareció en otro tiempo, y oculta todo lo posible que hubo una época en que hizo versos contando las sílabas *por los dedos* ó medidos con la *vara* para este efecto; viviendo como puede; es decir, sin que cuando le falta se le pase ni remotamente por la imaginacion el volver á ser *literato ó poeta* para ganar con que mantenerse. Esto hace el *Aprendiz* arrepentido.

Si por el contrario no se arrepiente ni se convence (á pesar de los mortales y repetidos golpes que ha sufrido) de su poca inteligencia, ó por mejor decir, de que no sabe una palabra *de nada*, viéndose ya sin recursos para vivir y maltratado de las *musas*, denigra á estas hasta el punto de dar á vender *á dos cuartos* sus dulces y celestiales inspiraciones, empleadas en *tiernísimos trovos nuevos para cantarlos con acompañamiento de vihuela*. Estos comunmente se dividen en primera y segunda parte ó sea *finísimas quejas de un galan á su dama y la respuesta que le da ella*; teniendo ademas su correspondiente *estribillo*, que puede cantarse *en coro* si se quiere. En cuanto á la armonía de los versos no hay nada que decir; y para que Vds., carísimos lectores, se convenzan de que seria poco todo elogio, ahí va para concluir, una parte, aunque pequeña, de los *trovos* que ha concluido hace unos dias cierto *Aprendiz* para que se impriman y vendan *á dos cuartos*; pero como aun no han visto *la luz pública*, ni oido los penetrantes y estentóreos gritos de los *honrados ciegos madrileños*, se lo ofrezco de todo corazon á mis lectores como una verdadera novedad.

Hermosa del alma mia,
Dueño de mi corazon,
Junto á mí eres agua fria
Y yo encendido carbon.
Ven para que se apague
Tanta candela
Porque el rio sonante
Poca agua lleva.
Un tronco de cuerpo tienes
Que deja por tí rendido;
Por tí de amores perdido
Cuando te vas y te vienes.
Tienes cada carrillo
Como una bomba
De aquellas que cayeron
En Barcelona.
Dicen que Medusa tiene
Serpientes y no cabellos;
Y á mí me roen el alma
De tus ojos los destellos.
Quítame la cadena
Que por tí arrastro
Para que á tí me llegue
Pegando un salto.

Estos magníficos y armoniosos fragmentos acabarán de dar á conocer á mis lectores todo lo que vale el *Aprendiz de literato*, y conocerán tambien que su fama no debe quedar oscurecida; todo lo contrario, debe pasar á la posteridad, para que *los Aprendices futuros* tomen ejemplo de *los presentes*, y las generaciones se trasmitan unas á otras la *vena sublime*, el *gusto poético* y las *divinas inspiraciones* para los *trovos*, por todos los siglos de los siglos.

—

Alguno habrá que al leer la firma de este insulso y mal pergeñado artículo, y conociéndome, dirá no sin algun fundamento, que yo tambien soy *Aprendiz de literato*; pero debo advertirle, despues de darle *la razon*, que hay dos clases de *aprendices*: la una es la que acabo de bosquejar, y la otra, á la cual pertenezco, me la callo, porque habria mucho que decir sobre el particular; y seria muy poca mi modestia si despues de haber fastidiado tanto á mis lectores con la poquísima gracia de mi artículo,

me expusiera de nuevo
á hacer un mal retrato
del segundo *Aprendiz de literato*.

LUIS LOMA Y CORRADI.

LA POLITICO-MANÍA.

La política es la gran enfermedad de nuestra época. Semejante á esas epidemias que se desprenden, y se desgajan de tiempo en tiempo de aquellas comarcas lejanas en que los antiguos colocaban la boca del infierno, y caen sobre un pais y diezman una poblacion, y luego ceden de su intensidad y se convierten con el

tiempo en enfermedades comunes, la política que ha salido como las otras pestes de la boca de un infierno, de la boca del infierno revolucionario, empieza por un período de contagio y de destrozo y acaba por convertirse en una enfermedad endemica de todos los paises en donde penetra. Pero la política es una epidemía de peor especie que todas las demas. El cólera, por ejemplo, acaba por no ser contajioso, y en estado de epidemia ó de enfermedad comun, mata ó sana y punto concluido. La politica no; la politica cuando no mata, queda como enfermedad crónica. Peor tambien en esto que otras epidemias, la politica ataca siempre las partes mas nobles del cuerpo la cabeza y la lengua y aun pasados los periodos en que mata, como el período de la guillotina en Francia y el de los pronunciamentos en España, deja en un estado de debilidad perpétua las partes que ataca, trastornada la cabeza como una olla de grillos y suelta la lengua como un reloj sin cuerda. Esto se ve en la mayor parte de los que padecen esta enfermedad, y la estadistica prueba que desde el advenimiento de la politica se ha aumendo infinitamente el número de los maníacos y de los oradores. ¡Terrible y ridicula enfermedad es la politica!

¡Y al fin; si fuese como otras epidemias morales que atacan solamente á los hombres! pero acomete tambien á las mujeres; no sucede con tanta generalidad; pero cuando sucede causa en ellas mayor estrago. La razon es muy clara. Las partes que ataca la politica son mas débiles en las mujer que en el hombre, su cabeza no resiste tanto, su lengua es mas movible; y una vez acometido su cerebro de la fiebre que produce la politica, y una vez acometidos sus órganos orales del azogamiento en que los pone la politica... ¡infeliz mujer! ya no hay remedio, ya no hay alivio para ella. La mujer, la pobre mujer, la mujer acometida de la fiebre de la politica, se convierte en la viva imágen de los antiguos endemoniados; el furor de la politica la posee, el vértigo de la politica la agita, el delirio de la politica la saca fuera de sí; su imaginacion delirante finge trasgos y vestiglos politicos en todas partes; sus lábios espumosos profieren terribles anatemas y fatídicas profecías sobre la cabeza de los hombres politicos; su actitud es la actitud de la antigua Sibila cuando quemaba en su lámpara los libros de los oráculos romanos, no hay filtro no hay virtud, no hay exorcismo para desposeerla del demonio, que la ha hecho su presa. ¡Infeliz mujer! está endemoniada. Mientras viva, la politica manará de sus lábios á borbotones; cuando se muera todavía se oirá murmurar discursos de politica en su tumba, y si el Dante volviese al mundo, él nos diria el lugar preferente y los atroces tormentos que le aguardan á la mujer politica en el infierno.

En pocas cosas son justos los hombres; pero si en alguna cosa lo son, es en su horror á la mujer Politico-mana. ¿No basta que ellos entre sí no hablen ya de otra cosa, sino de politica? ¿Es forzoso que cuando un hombre vaya á apagar en la sociedad de la mujer los ecos de la maldita orquesta politica que está resonando perpétuamente en sus oidos, haya de oir repetidas por voces de tiple las maldecidas canciones que todo el dia ha estado oyendo cantadas por un coro de bajos? No sabemos si será aprension; pero es tal la preocupacion que abrigamos contra las Politico-manas, que cuando estamos al lado de alguna de ellas, nos figuramos por reaccion, la mujer ideal que pintan los poetas, y nos parece que las Politico-manas no tienen siquiera fisonomía de mujer. Su frente no es aquella frente en que Byron veia trasparentarse los pensamientos de amor, sino una frente preñada como la de un íncubo y arrugada como la de un viejo; sus ojos no son de esos ojos en que otro poeta romántico veia oscilar la llama del amor como en una lámpara alimentada con esencias, sino unos ojos desencajados como los de un energúmeno y amarillentos como los de un biblioso; su boca no es una boca entreabierta con la sonrisa de la voluptuosidad, es una boca entreabierta sí, pero entreabierta como la de un orador impaciente por el turno de la palabra; sus facciones todas, son facciones rígidas y ocasionadas á las caricaturas de la irritabilidad tribunicia, no hay duda en ello. La mania de la politica aterra el rostro, especialmente en la mujer. Lavater hubiera confirmado su sistema con la observacion de la mujer politica. El cráneo no se lo hemos observado á ninguna de ellas, pero será desigual y protuberante como una cautera por pulir, y Gall y Spurzhein habrian pasado horas enteras con las manos en la cabeza de mujer politica. Decididamente, la fisonomía de la mujer politica, no ofrece los caracteres de la belleza femenina.

En verdad sea dicho tambien, la Político-mana no ha sido nunca muy hermosa. Antes por no serlo es por lo que ha caido en su tremendo pecado. Ya se sabe la teoría que reina en el muudo acerca de las mujeres feas; de ellas se dice que tienen talento porque se obstinan en tenerlo, y porque no teniendo hermosura ¿qué han de tener? Esto es verdad hasta cierto punto, y la experiencia de la Politico-mana lo confirma. La Político-mana, hablando con generalidad, es una mujer originariamente fea cuyos órganos intelectuales se han desarrollado con la idea constantemente fija de su fealdad, que ha buscado con que suplir los atractivos que le faltan para brillar en el mundo, y se ha hallado con el atractivo postizo de la política; que ha dejado las novelas por los periódicos, el amor por la patria, los héroes de los torneos por los héroes de la plaza pública, y ha concluido por entregarse en cuerpo y en alma á cosa pública. No se culpe, empero, á esta pobre mujer que no es ella sola la que especula asi con la política: ¿qué serian muchos hombres en el mundo si no se hubiesen metido á Politicomanos? La mujer hermosa cae muy rara vez en la mono-manía de la política; bien es verdad que cuando cae es la mas peligrosa de las mujeres, porque hace cometer muchas apostasías. Los emperadores romanos enviaban mujeres hermosas á descatequizar á los catecúmenos del cristianismo.

La historia de la mujer política empieza en España por los años de 1808 ó 1812; la independencia, la Constitucion y las Politico-manas son contemporáneas entre nosotros. La mujer de aquel tiempo es la mujer liberal ó patriota, el tipo mas pronunciado de cuantos ha producido la político-mania femenina, y el tipo mas encocorante de mujer que se ha visto desde que el mundo es mundo. ¡*Fug te partes adversœ*! exclamaban nuestros padres al sentir al demonio de los rayos y de los truenos. ¡Huye, mujer condenada! es preciso exclamar cuando se tropieza con la mujer liberal; huye y escóndete no te vean los ojos de los vivientes. ¿Todavía no te has muerto tú, cuando tu generacion ha pasado ya en autoridad de cosa juzgada? Que vivan y persistan en sus trece los hombres de la escuela doceañista, pase; á los hombres les es permitido anticuarse; ¡pero anticuarse las mujeres!.. ¡Llamarse todavía liberal una mujer, cuando ya no hay liberales ni serviles por el mundo; cuando á las antiguas denominaciones de liberal y servil, se han sustituido las denominaciones modernas de absolutista, de constitucional y de parlamentario! ¡Llamarse liberal una mujer, aunque el epíteto haya estado en boga alguna vez, aunque estuviese en boga todavía! Inconcebible parece liberal, liberalismo, liberalidad..... sospechosas, sospechosísimas son estas etimologías. No hablemos empero de la liberalidad de las mujeres del liberalismo, y contentémonos con observar, primero, que el epíteto liberal aplicado á la mujer es mal sonante, y segundo que la moral del liberalismo es la moral elástica por excelencia. Llamaremos pues á la mujer liberal la mujer patriota, y cor-

reremos un velo sobre el cuadro de sus liberalidades.

Sprit fort en 1812 como empezaba á ser moda en aquella época la mujer patriota se dió á sí misma una educacion completa, aprendió francés é hizo una vasta lectura. En materia de religion leyó el *Citador* y se hizo atea, si el ateismo se concibe siquiera en la mujer. En moral leyó la *moral universal* de Holbach, sacando en consecuencia, con una lógica superior á la del filosofista, que la moral era lo que á cada cual le diese la gana, y el *libro de la educacion* de Helvecio, cuya lectura le sugirió la idea de resucitar á Esparta en su familia. En literatura leyó..... ¿qué leyó en literatura? Leyó ya en un género muy en moda entónces la *Pucelle de Orleans* y otros libros tan famosos como este, ya en un género mas elevado, las tragedias de la muerte de César y Roma libre, de cuyas traducciones aprendió largos trozos en la memoria. En política, en fin, leyó el contrato social y proclamó la soberanía del pueblo. Rousseau fué su ídolo; no leyó solamente el Contrato social; leyó la *Julia*, leyó las *Confesiones*, leyó el discurso sobre la desigualdad de las clases; leyó hasta los borradores de Rousseau, en cuya conmemoracion, sea dicho de paso, llamó á su hijo primogénito Juan Jacobo. Desde aquella época, desde la época de Juan Jacobo, no se ha publicado nada digno de pasar por los ojos de la mujer patriota, y desde entónces no ha leido ella sino lo puramente necesario en su posicion; es decir, la historia de la revolucion francesa, que es su poema, y todos cuantos periódicos se han dado á luz en España, que han sido sus libros de misa.

No bien concluida esta educacion que la ponia en aptitud para regir un estado, la muger patriota cayó



La Político-mana.

envuelta en la proscripcion de 1814. Si su padre estaba muy comprometido por el sistema, como se decia entónces, emigró con su padre y completó su educacion *liberal* en el extranjero; si no, se quedó en España envidiando con toda su alma la suerte de la emigracion, y guardó un ejemplar de la Constitucion encuadernado en tafilete. De todos modos, en España ó en el extranjero, la mujer patriota estuvo oyendo durante aquellos seis años una voz que le decia á todas horas.

Tu dors, Brutus, et Rome est dans les fers? La mujer patriota ha estado siempre llamada á un gran destino patriótico, y aunque la historia guarda silencio, todavía es muy probable que representase algun papel en la conspiracion de la Isla.

Vino 1820, entónces volvió á relucir la Constitucion en tafilete, y aquella fué la grande época de la mujer patriota, ella abrazó y besó muchas veces á Riego en los bailes constitucionales que se daban en todas partes al héroe; ella se empavesó con los colores de la época, verde y encarnado, ella se puso al pecho el lema masónico como el de *primero morir que casar-*

se con un servil, y otros lemas inverosímiles en la preocupacion de las costumbres del dia; ella trató de introducir á su sexo en las sociedades secretas; ella peroró en las sociedades patrióticas, porque ya se supone que la mujer patriota es oradora; tuvo tertulia de ministros, diputados y gente del bronce; fué una madama Roland en toda la extension de la palabra. ¿Qué calaveradas no hizo la mujer patriota en aquella larga calaverada revolucionaria de los tres años? Durante el sitio de Cádiz ella fué quien sopló el espíritu de independencia en los matones políticos que desafiaron á toda la Europa; y cuando se rindió el Trocadero, y cuando se hundió la patria, entónces la mujer patriota, á quien las simpatías políticas habian proporcionado un marido digno de ella, no tuvo ya mas remedio que emigrar. ¿Cómo el genio de España habia de dejar de imponer en la frente de esta gran mujer el sello de la emigracion, el sello de todas las grandes ilustraciones españolas del siglo? Si antes no habia emigrado, en 1823 emigró; si antes habia emigrado, volvió á emigrar en 1823. Las columnas de Hércules la oyeron interrumpir el silencio del mar con una cancion patriótica, y cuando en Francia ó en Inglaterra le nació el primogénito de sus hijos, se la vió muchas veces entretenerle con una cosa encarnada. Aquella cosa encarnada era la Constitucion en tafilete, que la mujer patriota se habia echado en el bolso al salir de Cádiz.

Durante la década ominosa, Fernando VII no tuvo mayor enemigo que la mujer patriota, y cuando en 1833 volvieron á España los emigrados, la patria les abrió los brazos y ella se arrojó en los brazos de la patria. Pero esta época corresponde á la historia contemporánea y exije gran miramiento de parte del historiador. En ella, á pesar de las mudanzas de las cosas y de los hombres, la mujer patriota ha permanecido en el fondo la misma mismísima que en las épocas anteriores. Bien que ha habido una causa muy poderosa para semejante estacionamiento. A cierta edad no se desaprenden ciertas cosas, mucho menos las máximas de Rousseau. La mujer patriota nació el dia de la toma de la Bastilla y seria injusticia exigir que reformase sus doctrinas de medio siglo. Lo que le ha sucedido es caer en el escepticismo político. En sus buenos tiempos habria creido desespartanizarse con saludar á un servil ó un afrancesado. En el dia no; en el dia hablará hasta de política con los afrancesados y con los serviles, en el dia transige, en el dia pastelea, en el dia ¿qué mas? es acaso moderada, ó mejor dicho, conservadora por el destino de su marido. Por ahí la vereis, sola por esas calles, con su sombrero y su manton doceañistas, que no parece sino que va hablando de política con las piedras, tristemente desengañada de los hombres. Acercaos sin embargo, mentadle la política y vereis como el fuego sagrado no se ha extinguido en su corazon, como nunca ha sido mas digna de llevar una tribuna en cada dedo.

¿Quién no ha tenido el placer y el honor de tratar este prototipo de las Político-manas? Si habeis concurrido al congreso el dia de alguna discusion tormentosa, allí la habreis visto en la presidencia de la tribuna reservada; si os habeis parado en la Puerta del Sol la víspera de algun acontecimiento, allí la habreis encontrado dando y tomando nuevas de la salud ó de la enfermedad de la patria. Una pregunta, una noticia, el mas leve incidente político os habrá puesto en relaciones con ella, y á poco que danzeis en la cuerda floja de algun partido, se os habrá abierto el antro de la Pitonisa. El desórden del genio, hé aquí lo que os dará en cara al entrar por la puerta; el periódico ó los periódicos de la mañana, hé aquí lo que hallareis sobre la primera mesa; los grabados del dos de mayo y los retratos de los héroes de la Isla, hé aquí los cuadros que adornan y consagran las paredes; un olor que trasciende á 1812 y á 1820, un sello, un aire particular que distingue á todas las cosas de aquella época, hé aquí lo que acabará de confirmaros en que estais en casa de la heroina del doceañismo. Esta gran mujer se os presenta arrebujada en un gran pañolon; ha estado leyendo los papeles y le ha faltado tiempo para el tocador; pero en cambio está al corriente de todas las novedades de la circunstancia, de todos los sucesos pasados, presentes y porvenir. La noticia que os dá es indudable, la sabe auténticamente; el comentario que hace es positivo; la noche anterior estuvo hablando con un alto personaje. No os permitais la mas omínima observacion, no hagais el mas pequeño gesto de duda; antes, si quereis juzgarla respondedle á todo que sí y abrid ancho cauce al torrente removido de su elocuencia. ¡Oh! ¡qué magnífico discurso vais á oir! ¿De qué empezó hablando? ¿De la última sesion de las córtes? Pues ya ha volado con su imaginacion á la guerra de la independencia. Entónces conoció ella al personaje de que se trataba; luego le vió en Lóndres atando los hilos de la conspiracion de Mina; luego en París de espía de Calomarde; luego otra vez en España tomando destinos de los moderados, de los exaltados y aunque fuese de los musulmanes. Eso sí; la conversacion de la mujer liberal es una crónica inacabable; ella sabe todo lo que no está escrito, lo que nunca se escribirá; sabe toda chismografía política de treinta años á esta parte; sabe la vida y milagros de todos los hombres altos y bajos, grandes y pequeños que han figurado desde que figuran los hombres en España, y el que haya de escribir la historia de la revolucion necesita frecuentar el trato de la mujer liberal, mucho mas que revolver la coleccion de la Gaceta. ¿Y la parte que ella ha tenido en los sucesos de su época? Ella fué quien convenció á los gefes del ejército de Aranjuez de la necesidad de proclamar la Constitucion, ella quien descubrió la conspiracion del 7 de julio, ella quien avisó al gobierno de los planes de los comuneros y á los comuneros de los planes del gobierno, ella quien escondió en su casa á todos los ministros, diputados, generales y periodistas que tuvieron que esconderse en aquella y otras épocas de escondite.

Oh, y si en graves circunstancias se hubiese hecho lo que ella decia, si al rey le hubiesen echado al mar desde la muralla de Cádiz, si hubiesen volado el palacio de Madrid al asomar los de Mina por el Pirineo... entónces habria sido otra la suerte de la patria, entónces se hubieran salvado la libertad y la independencia. ¡Independencia! ¡Libertad! Estas sonoras palabras así como otras palabras sonoras que han venido á parar en populacheras, conservan para ella la antigua significacion, el antiguo prestigio, la antigua resonancia. Al oirlas se eleva, al pronunciarlas se enardece. Moderada ó exaltada, retrógrada ó progresista segun su posicion, no importa, conserva siempre su estofa revolucionaria. Y ahora vereis el vuelo del águila. ¡Qué dia aquel en que sean libres todos los pueblos de la tierra! ¡qué dia aquel en que hasta la sombra de los tiranos desaparezca de la haz de los pueblos...! ¡Napoleon!.... ¿quién ha dicho que Napoleon era un grande hombre? ¿Cómo habia de ser grande hombre quien cayó en la vulgaridad y en la ridiculez de ser un tirano? ¿cómo habia de ser grande hombre quien dijo que la mujer mas grande del mundo seria la que tuviese mas hijos? Esta expresion bárbara, esta grosería etrusca, no se la perdona ella á Napoleon, porque Napoleon condenó con ella á todas las Político-manas del mundo. Así es que desde que leyó en un periódico un paralelo entre Washington y Napoleon, aprovecha todas las ocasiones de hacer el paralelo á su modo para dar á Washington la preferencia. ¡Washington!!! Washington es el hombre mas grande que han engendrado los siglos; de él no se sabe que dijese nunca nada contra la mujer patriota, y la mujer patriota habria sido Washington de muy buena gana.



Por estas y otras escabrosidades políticas éhistóricas, atañentes á sí misma, atañentes á España, atañentes al mundo entero, os llevará la mujer patriota en su inagotable oratoria, hasta que aprovechando un momento en que vaya á tomar respiracion os despidais dejándola en el uso de la palabra. No hayais miedo de que se pique con la descortesía; cuando os vuelva á encontrar os volverá á espetar otro discurso. En vano huireis de ella; es inevitable como la fatalidad, y no hay mas que un modo de espantarla, contradecirla. Pero ¿sabeis á lo que os esponeis? á que ejerza sobre vos el derecho femenino de hundiros á fuerza de improperios. Si sois jóven, os dirá que desprecia á la juventud sedentaria y cobarde que ahora se estila; si sois viejo, os llamará viejo, que siempre es una injuria, os llamará apóstata que en su boca son muchas injurias juntas; os llamará en fin tales cosas que si por casualidad entra á punto el marido, tendreis que pedirle una satisfaccion por las injurias de la mujer, y entónces ¡pobre de vos! entónces os espeta un nuevo discurso contra los desafíos, materia que ella ha leido tambien en sus libros, y que aprendió de memoria para cuando le desafiasen á su marido.

No podemos pasar en silencio otras dos particularidades de la mujer liberal ó patriota. Mas no se crea que vamos á escribir el capítulo de las eróticas; ya hemos dicho que nuestra jurisdiccion es diferente. El que necesite noticias de esta especie para la biografía de la mujer patriota, que se las pida á las notabilidades patrióticas de su tiempo. Entre estas hay alguna ó algunas que, habiendo escuchado siempre sus oráculos como Troya los de CASANDRA, con una veneracion supersticiosa han penetrado, al decir de las gentes, en todas las profundidades de su afecto; pero haya en esto lo que quiera, no por eso será menos verdad que todo es política, todo revolucion, todo patria en la mujer patriota.

Una de las particularidades de que hablábamos es el ódio de la mujer patriota á la diplomacia. La diplomacia es un arte nacido en la corrupcion de las antiguas córtes de los reyes, el arte de todas las malas artes, el arte de vender y comprar los déspotas á los pueblos. ¿Es menester mas para que una mujer digna de marchar á la cabeza de los pueblos rechace de sí la diplomacia? No, no. La mujer de patriota, la espartana moderna, conserva puro en su corazon el culto de sus principios; ella opina siempre por la guerra, nunca por los tratados; ella retiraria de las córtes extranjeras á todos los embajadores, y deja para otra clase de mujeres los perfumes venenosos de la diplomacia. Así como Napoleon es odioso, Talleyrand es despreciable para ella; y decir que ha habido un diplomático hombre de bien en el mundo es para ella la última prueba de la corrupcion ó de la estupidez política.

La otra particularidad de su carácter la asemeja á la raza de las *incompris*. La mujer liberal vive con el sentimiento de haber nacido mujer, sentimiento profundo de desprecio hácia los hombres, hácia este sexo esencialmente pastelero á quienes Dios cometió un error en confiar el destino de las revoluciones humanas. Si ella hubiera nacido hombre, hubiera sido hombre de gobierno, tribuno, general, dictador, conquistador de Portugal, todo lo hubiera sido. Los destinos de la revolucion española, de esta revolucion raquítica que ella ha visto pasar á sus ojos como una larga procesion de pigmeos, se hubieran engrandecido en sus manos, y ella se hubiera levantado á las nubes como el hombre de España, como el hombre del siglo. Pero nació mujer y no ha sido nada. Los hombres, esta envidiosa mitad del género humano, en vez de ceder á la superioridad de la mujer el gobierno del mundo, no le han dejado mas carrera que el estado antisocial del matrimonio. En vano la mujer superior ha luchado con la suerte; en vano ha aspirado á la independencia del hombre, en vano ha a[illegible] despreocupaciones del hombre, en vano ha [illegible] ciado la sociedad de la mujer y ha vivido en la sociedad del hombre. Nada; *pas meme academicien*, ni siquiera diputado, la ley electoral no se ha acordado de ella. Esta idea está pesando incesantemente sobre la imaginacion de la mujer liberal y arrancándole muy á menudo esta exclamacion: si yo fuese hombre..... ¡Ah! Si fuese hombre, seria menester fusilarla.

¿Fusilarla? y ¿por qué? verdad que es excesiva nuestra manía contra las Político-manas. Allá en los tiempos en que toda España tomaba chocolate á la oracion, cuando la Gaceta era una cuartilla de papel malamente impreso, cuando todo lo que se sabia de la Europa era el envio de nuestros buques á cumplir el pacto de familia con la Francia y á celar los galanteos de los ingleses á nuestras posesiones de Ultramar, cuando los empleos se heredaban de padres en hijos, cuando las pretensiones y las carreras, todo era permutario y consuetudinario en España, cuando una madre de familias no tenia para qué acordarse de mas gobierno que del de su casa, entónces era bien natural que las mujeres no hablasen de política; pero hoy que todo el mundo es ciudadano; ahora que el desayuno general es la lectura de un periódico; ahora que la imprenta y otros cien conductores de la electricidad política hacen sentir todos los dias á todo el mundo, hasta el modo de mirar de todos los gobiernos; ahora que la revolucion ha hecho pasar á un español sí y á otro no por los diferentes estados y categorías de capitan de la milicia, de representante del pueblo, de diputado provincial, de candidato para alguna cosa grande; ahora que el padre y el hijo, el marido y el hermano son hombres de partido y empleados cesantes y aspirantes á ministros ¿cómo no se han de ocupar de política las mujeres?—Es mucha verdad. La política está en la atmósfera, y las mujeres tambien la respiran; la política es interés inmediato de todo el mundo, y las mujeres tambien tienen interés en ella. ¿En qué ha de pensar, de qué ha de hablar la mujer del ministro sino de la duracion del ministerio, la mujer del asentista sino en la aprobacion del contrato, la mujer del candidato á córtes sino en el triunfo electoral, la mujer del miliciano nacional sino en las alarmas? Es mucha verdad, volvemos á decir; pero eso no es ser mujer política: de ocuparse de la política como mujer de su casa ó como mujer de su marido, ó como mujer de sociedad, á ocuparse de la política como hombre de gobierno y por la política misma, hay gran diferencia; y digan lo que quieran la mujer patriota y las otras especies de Político-manas nosotros insistimos en nuestra opinion, y confirmamos nuestra sentencia; que se las fusile, que se las fusile.—Hombres al fin, exclamará alguna de ellas; tiranos, tiranos y factores de la tiranía. Fusilar por delitos políticos...—Cállese V., señora, cállese V.; no haga V. mas discursos en su vida.

Ademas de la mujer patriota existen otros tipos de mujer política; pero no igualan á este en singularidad ni en importancia. La índole de nuestra sociedad y de nuestra revolucion nos ha privado hasta ahora de un tipo tan caracterizado, tan aristocrático, tan tónico como la legitimista; y por lo que hace á la mujer intrigante, ya sabe todo el mundo sus hazañas en la policía secreta, y lo consumados que ha hecho á su marido y á sus hijos en el arte de medrar y de hacer carrera; un nuevo tipo se ha introducido recientemente en España, la mujer socialista, mujer filósofa mas bien que política, de alas de fuego que atraviesan de un vuelo la infinidad, de ojos de águila que sondean de una mirada el porvenir, mujer profunda, mujer sublime, mujer de genio, sacerdotisa y profetisa de la emancipacion futura de su sexo. El cielo sabe si esta mujer es digna de una fisiología de un tomo; pero nosotros rehuimos todo lo contemporáneo y en-

comendamos á otro el trabajo de colgar ese retrato en esta galería.

GABRIEL GARCÍA Y TASSARA.

EL GRUMETE.

Es bello desde una torre ó azotea de una ciudad marítima ver una fragata á toda vela que se bosqueja en el extremo del horizonte como una dudosa bruma proyectada en el azul del cielo, y que á medida que se va acercando se va desprendiendo de la bóveda celeste y destruyendo del todo la contigüidad aparente que notaba el observador. Mucha práctica se requiere para distinguir la realidad entre las sucesivas ilusiones ópticas con que seducen las distancias. Cuando á un observador vulgar le parece el barco una bruma, el marinero consumado adivina que es un barco de cruz, conoce que es una fragata, y bien pronto os dirá si es de guerra ó mercante, si navega ó no en lastre, si es ó no velera, y echando sus cálculos acerca de la direccion y de la fuerza del viento, de las ventajas y me-



El Grumete.

noscabos de las corrientes, elevacion de los palos y número de velas, por minutos os sacará la cuenta del tiempo que tardará en fondear. Conoce ademas si pertenece el buque á la carrera de América, y mientras vosotros los legos no habreis notado todavía ninguna bandera de seña, él os habrá dicho el consignatario á que viene dirigido.

Aunque nada os va, ni os viene en el cargamento de la fragata, porque no sois comerciantes, ni cosa que se le parezca; aunque no teneis en ella ningun hermano, ningun amigo, ni un compañero siquiera, ni siquiera una pacotilla insignificante, deseais con ansia que hienda el tajamar las mansas aguas del suspirado puerto. No os acordais de que los que componen la tripulacion son hombres como vosotros, no pensais quizás en que el buque tenga tripulacion y con todo su suerte os interesa sobremanera, y teneis necesidad de un esfuerzo de raciocinio para haceros cargo de que aquel inmenso maderámen es una materia inanimada, que ni piensa, ni siente, ni goza en las bonanzas de un mar de placeres, ni padece en las borrascas de un golfo embravecido. Si veis alguna vez un barco barado en la arena que abandonado de la tripulacion permanece mordiendo el arrecife hasta que las olas le destrozan, y como una mesnada de tiburones se disputan y reparten sus mutilados despojos, experimentareis una sensacion dolorosa, desgarradora, inexplicable; una lágrima se desprenderá de vuestros párpados, y apartareis vuestras miradas de aquella desahuciada víctima que lucha impotente como un náufrago moribundo. Un barco excita nuestro entusiasmo, porque no acertamos á considerarle como una cosa insensible é inerte, y por esto sentimos todos una especie de satisfaccion cuando vemos entrar en el puerto la vela que hemos divisado desde lejos. Hasta el nombre que dan á las embarcaciones cuando las *bautizan*, al mismo tiempo que prueba el entusiasmo de los *padrinos*, contribuye á aumentar el nuestro. Las unas llevan como nosotros un nombre sacado del almanaque y se las llama *Antonio ó Diego*, *Santa María ó la Divina Pastora*. A los buques de guerra se les designa en general con el nombre de algun rey ó con otro que marque su procedencia ó indique alguna época política, como el vapor *Isabel II*, el *Manzanares*, el *Guadalete*, la fragata *Córtes*. Los corsarios, los piratas, los negreros y los contrabandistas expresan con el nombre de pila que dan á sus barcos sus atributos imponentes, llamándoles el *Trueno*, el *Rayo*, el *Invencible*, el *Incansable*. Los capitanes jóvenes y fogosos recuerdan con el nombre que dan á sus buques el de alguna querida ó el de alguna heroina de novela, como *Mercedes*, *Matilde*, *Eloisa*, *Elvira*, ó bien les vuelven famosos con el apellido de algun personaje ilustre, como Rodrigo, Cervantes, Lord Byron, Washington. Esto no sucedia en otro tiempo en que las creencias religiosas dominaban mas profundamente los espíritus, y el arte de navegar estaba mas atrasado. Entónces el valiente que desafiaba las tempestades en un frágil leño tenia mas confianza en Dios y en los santos que en el timon y en la brújula, y para propio resguardo canonizaba su buque. Todos á la sazon se llamaban *San Narciso*, *San Bartolomé*, *San Pedro ó los siete dolores de María Santísima*. Esto no conjuraba, sin embargo, los vientos de proa, ni impedia que lo mismo que ahora las embarcaciones permaneciesen estacionarias en las calmas chichas, ni se oponia á que zozobrasen en una virada mal entendida, ó á que se averiase su quilla si daba contra un bajo. Pero dejémonos de preámbulos, y no perdamos de vista la fragata que hemos divisado en el extremo del horizonte, porque ó mucho me engaño, ó en ella he de encontrar el Grumete que es el tipo que me propongo describir.

En efecto, la fragata es de guerra y está ya en la boca del puerto. Es una fragata como un navío, y su entrada ha de ser una perspectiva agradable. Entre las maniobras de un buque de guerra y uno mercante hay una notable diferencia. En el primero todo se ejecuta con precision; las maniobras reconocen un punto de partida único y se hacen todas con pron-

titud, igualdad y compas. Entre los buques de guerra y mercantes se nota la misma diferencia que entre el ejército y la milicia nacional. No se oye en los primeros una sola voz, no se oye mas que el silbato del contramaestre que dirige todas las operaciones y de vez en cuando el chasquido de un rebenque ó de un chicote que es el mas acreditado antídoto de la torpeza de los marineros. La causa de esta igualdad y prontitud en los movimientos no la busqueis mas que en el chicote ó en el rebenque, así como la causa de la maestría en el manejo del arma, con que mas de una vez debe de haberos sorprendido un regimiento, no se puede encontrar mas que en la vara de los cabos ó en el ceño de los oficiales.

¡Mirad! todas las velas se han cargado á la vez, todas á la vez se han aferrado. La fragata ha tomado entre andanas el puesto que la corresponde, cae el áncora, describiendo un círculo que se va ensanchando hasta perderse en los murallones del muelle, y hasta que llega al fondo la acompaña el estrepitoso rumor de una cadena. Los cañones dan á la plaza sus saludos de ordenanza y contestan las fortalezas. El capitan y los oficiales, hambrientos de tierra, con todo el orgullo que caracteriza á la gente de mar, están ya de pies en los bancos del bote, absorbiendo las miradas de un sin número de espectadores. ¿No veis mientras tanto los flechastes cubiertos de marineros, no veis marineros en las vergas y marineros en la batallola? ¿Y no veis entre esa turba de intrépidos, que seria capaz de asaltar el cielo con solo tener un cabello de que asirse, uno mas ágil que todos, que se os presenta al trasluz del espeso humo que han levantado los cañonazos á la manera de los alados espíritus que nos pintan suspendidos en el aire y envueltos en una nube? Vedle en el tope del palo mayor donde parece que se ha puesto de reemplazo de la grímpola ó del cataviento. Aguardad que el humo se haya disipado para distinguir mejor esa armoniosa y complicada armazon de cuerdas que suben y bajan, y se ramifican y se cruzan en distintas direcciones, como las ramas y raices de una inextricable hejucal de las Antillas ó como las venas y arterias del cuerpo de un animal. Aquel que vísteis poco há izado en el tope del palo mayor es el Grumete; vedle tan pronto saltar de cuerda en cuerda, como un pájaro de rama en rama, tan pronto pasearse por la estrecha superficie del estai desde la popa al mesana, desde este palo al mayor, desde el mayor al trinquete, y luego montar á caballo del baupres cabalgando sobre el abismo. Inquieto como un mono, como una ardilla, como un vicivilin, como un torbellino, da vueltas y revueltas por aquel laberinto de cuerdas, sin equivocarse jamas, sin asirse jamas de ninguna que esté arriada en banda. A cierta distancia parece una araña que se columpia y encarama y trepa por las delgadísimas hebras de su red. Y estos ejercicios gimnásticos con que, desde el tranquilo puerto en que la fragata permanece inmóvil y dormida, admira á los chiquillos, absorbe las miradas de los montañeses y hasta cautiva la atencion de los que están acostumbrados á ver á Ratel, son practicados por el Grumete con igual limpieza y velocidad en el canal de Bahama, en el golfo de las Yeguas ó en el Cabo de Hornos, estando tal vez hambriento y abrasado de sed, cansado, enfermo, cayéndose de sueño, en medio de un temporal que hace beber el agua del mar hasta á las vergas de los juanetes, mojado, entorpecido por el chubasco, por la continua lluvia de que está empapado hasta los tuétanos, con toda la jarcia resbaladiza, de noche, sin mas luz que la escasísima de la bitácora, que arroja apenas delante un medio círculo que no llega de mucho al palo mayor, y el resplandor intermitente, deslumbrante y dudoso de los rayos y relámpagos que se pintan en las nubes como sangrientas heridas.

Pero hasta aquí en el Grumete, del modo que le hemos presentado, no hemos visto un tipo español, sino un tipo genérico y universal, cuyos carácteres se avienen lo mismo al inglés, que al francés, que al ruso; y lo mismo al norte-americano que al nacido en el Ferrol ó en el puerto de Santa María. Para *nacionalizar* este tipo es preciso que examinemos el Grumete *in fieri*, el estudiante y no el doctor, la semilla y no la planta, la crisálida y no la mariposa. Veamos lo que era el Grumete antes de serlo, antes de sufrir la trasformacion, antes de ser conocido con otro nombre que el de *pilluelo de playa*.

En todas las ciudades marítimas pulula entre la pillería una pillería mas asquerosa, mas hedionda y repugnante que las demás, que es la crápula de las crápulas, el pus corrosivo de la llaga. Por la mañana y al anochecer tropezais en los mercados con una turba expedicionaria que se abre en guerrilla y obliga á las verduleras á poner un ojo en cada lechuga, en cada cebolla y en cada albaricoque. Esta turba no está compuesta mas que de chiquillos, terror de las vendedoras y revendedoras, flexibles todos como culebras, con unos dedos como pinzas y pies que parecen alas. Sus ojos son penetrantes como los de todas las aves de rapiña con las cuales tienen infinitos puntos de contacto, y vuelven supérfluos los telescopios y los anteojos de larga vista. Conocen á un alguacil aunque se vista de cura, y le descubren hasta con el olfato. Esto no impide, sin embargo, que su codicia excesiva y demasiado atrevimiento de vez en cuando les haga dejar algunas plumas en las garras del gavilan de justicia, pero este percance es poco frecuente, y ademas es muy raro que su agilidad y perspicacia no les emancipe de las uñas del alguacil antes de llegará las del alcaide. A menudo cuando el alguacil se apercibe de que no tiene en sus manos mas que un harapo, el héroe que se lo ha dejado está contrayendo nuevos méritos en el campo de sus glorias, al cual os aconsejo no acudais durante la refriega, sobre todo si estais resfriados, porque os esponeis despues de un estornudo á no tener mas que la manga ó los faldones de la casaca con que secar las humedades del bigote. Si creeis que los tales pajaritos solo tienen cariño á frutas y á verduras os engañais de medio á medio; son herbívoros, carnívoros, omnívoros; cargan lo mismo con un bacalao de Escocia que con un solomo de ternera; os pescarian un pañuelo de batista ó de Indias aunque tuviéseis cada bolsillo como un golfo, y os extraerian sin sentirlo un doblon de á cuatro aunque consiguiéseis alzarlo en el agujero de una muela cariada ó detras de la membrana del tambor. Bien es verdad que tan maravillosa destreza no es exclusiva de los héroes de las poblaciones litorales; pues nada tienen que envidiarles mas de cuatro espadachines que, sin uniforme ni aguardar relevo, están perennemente de centinela en la Puerta del Sol.

«Rio revuelto ganancia de pescadores,» dice el adagio, y nuestra pillería ha tomado á su cargo dar una aplicacion práctica á este rancio refran que acaba de acreditarle. A menudo al rededor de una verdulera se agrupan asistentes y criadas, y entre unos y otros se cuelan cinco dedos mas sutiles que el aire de Guadarrama que, como si tuviesen ojos, constantemente se dejan caer sobre la fruta mas nutrida y mejor sazonada. ¡Desgraciada verdulera si aquellas animadas tenazas son cogidas en fragante! Mientras ella se empeña en hacerlas soltar la presa, mientras llama á los alguaciles en su auxilio, antes que estos acuden los camaradas del *ingenioso* muchacho, como la tropa á un toque de llamada. Un médico diria que se establece allí una *sinergia* de pillos. En efecto, todas las guerrillas se replegan, todas las fuerzas se agolpan en aquel punto para triunfar de la verdulera; hay un pronunciamiento en masa, y al fin y al cabo la coligacion sale victoriosa. La verdulera grita, chilla, se desgañita, y ocupada solamente en el rapaz que ha teni-

do la desgracia de coger, no repara en los mil rapaces que se están repartiendo cuanto tiene, y le despachan toda la mercadería ¡ cosa rara! con mas prontitud de lo que ella quisiera. Cuando llegan los alguaciles, los pronunciados se han disuelto ya, y han tomado tole, quedando solo en poder de la justicia el único que se hallaba bajo el de la verdulera, el cual si no consigue ganar el barlovento á sus conductores por medio de una rápida virada, fondea en la alcaldía y es la víctima expiatoria de las propias y las agenas fazañas, pero si logra evadirse, deja á los agentes de la municipalidad con un palmo de narices, y vuela al encuentro de sus bravos y gloriosos camaradas á quienes reclama la parte que le toca en el botin. Si se la niegan, hay un nuevo pronunciamiento, y él es el único que se pronuncia porque es el único que ha quedado *descalzo*, y es sabido que el que en un pronunciamiento no se *calza*, ó se *calza* de una manera que no satisface su ambicion, queda siempre dispuesto á nuevos pronunciamientos.

Pero no son los mercados, donde hemos visto á nuestro protagonista confundido con otros héroes de la misma catadura, el lugar mas á propósito para tomarle las filiaciones. Veámosle en la plaza ó en el arsenal, cuando se halla el sol en su cénit, en aquellos momentos en que hasta nos compadecemos de las piedras heridas por sus rayos de fuego; veámosle horas y horas tirando de las redes de los pescadores, sin mas recompensa que unas cuantas sardinas que las mallas han magullado; veámosle á la sombra de una lancha ó de un místico que están carenando, sentado en un cañon de hierro ó en una áncora de navío con una baraja en la mano, cuya fé de bautismo ó procedencia se pierde en los anales de la historia de los fulleros, y con unos cuantos cuartos que solo Dios sabe á qué legítimo posesor los está guardando. Contemplémosle si es que sus continuas vueltas y revueltas no nos marean y consienten que fijemos en él nuestros rayos visuales, saltando de una á otra lancha, brincando entre las rocas del muelle y zambulléndose en el mar como un buzo, en busca de un aparejo que ha perdido un pacientísimo pescador de caña. Allí es, entre los cangrejos y los pulpos, donde se vuelve anfibio, donde sus manos y pies empiezan á curtirse y encallecerse, donde se hace insensible á los cierzos de enero, á los ardores de la canícula y á las humedades de todos los tiempos, y donde aprende las primeras nociones de esa gimnástica admirable con que nos ha sorprendido, recorriendo en un momento todas las cuerdas de la jarcia.

Cuando una tempestad arroja en la playa los miserables despojos de alguna nave destrozada, y cuando el mar escupe con desprecio los deplorables restos que le regalan los turbiones y rios salidos de madre, vereis con qué avidez se clavan los ojos del pilluelo en todos los objetos que flotan sobre las olas, vereis como nadando les sale al encuentro y con qué sangre fria despoja de sus vestidos, si no se lo impiden los dependientes de sanidad, al cadáver del desventurado náufrago. Si Dios consultase sus filantrópicos deseos, diariamente habria un naufragio, y en verdad que motivos tienen para desearlo igualmente las verduleras, porque solo dejan de vivir á su costa los pilluelos mientras pueden vivir á costa de las espantosas reliquias que les ofrecen las tempestades.

Tambien por muchas razones son los pescadores de caña enemigos del insigne personaje que me ocupa, al cual á menudo le da tambien la ocurrencia de ser pescador de caña. Mas para ser pescador de caña se necesita caña y el buen muchacho no tiene caña; pero cuando Dios dá para todos dá, y en esta ocasion, mi héroe es un sansimoniano perfecto, hay un pescador que tiene dos y sin su permiso el pilluelo se apodera de una. Ya tiene caña, pero además para pescar se necesita un aparejo, se necesita, cuando menos un torzal ó bramante con un anzuelo, y un poco de plomo. El mismo que le proveyó de caña, ú otro, le proveerá sin saberlo de aparejo. Ya tiene caña y aparejo, pero ademas para pescar se necesita cebo. El mismo que le proveyó de caña ó el que le proveyó de aparejo, ú otro, le proveerá de cebo. Con que, ya se ha hecho sansimonianamente el reparto de bienes, ya tenemos á nuestro gallardo infanzon armado pescador. Se va á pescar á alguna distancia de sus proveedores, y pesca ó no pesca, de todos modos siempre ha pescado. Pero supongamos á todos los pescadores marrajos y escarmentados, y que sea de consiguiente su vigilancia superior á la perspicacia del pilluelo; en este caso si alguno pesca no se va el pilluelo sin pesca. En lugar de pescar los instrumentos de pescar, pesca la pesca. Espia un momento en que el corcho absorba toda la atencion del pescador y cuando le observa en aquella especie de éxtasis que solo son capaces de comprender los pescadores de caña, con la sutileza y agilidad que le son características pesca en un instante la pesca que al pobre pescador le ha costado estar pescando todo el dia, y le deja desahogándose en los tristes soliloquios y horrendas imprecaciones que salen de su boca desde el momento en que echa de ver el incomprensible rescate de sus bien guardados prisioneros. Si no es pescador de oficio, sino de aficion, no quiere irse á su casa *in albis*, porque teme las rechiflas y burlas de su familia, y asi es que primero pasa por la *pescadería* y le sucede alguna vez pescar con anzuelos de plata la misma pesca que habia antes pescado con anzuelos de acero. Y aunque esto no sea, tan preocupado se halla su espíritu, que no ve sargo, boga, ni mero que no le parezca alguno de los mismos que él habia tenido bien guardaditos en su cesta. ¡ Y tiene que comprarlos!

Hé aqui, pacientísimo lector, los preliminares del Grumete, el período de incubacion que sufre la larva antes de llegar á ser imágen. ¿Qué puedo decirte con respecto á su traje, prosopografía y demas caractéres que físicamente le distinguen? ¿Su género de vida no te ha revelado ya la desnudez de sus pies y de sus piernas, y las brechas de sus calzones, y los colgajos de su camisa tan fraccionada casi como el partido liberal? ¿Has visto en todo el tiempo que le estamos siguiendo la pista que se haya peinado una sola vez? ¿Le has visto una sola vez cortarse las uñas? Dejo pues a tu consideracion sus greñas y sus zarpas. Igualmente deseo que tu penetracion me releve de manifestarte cuál es el color de su cútis, expuesto á todas las intemperies, al viento, al calor, al frio, al relente de la noche, curtido, abrasado, quemado, y que se vuelve á curtir, á abrasar y á quemar todos los dias, todas las horas, hasta que el aire y la temperatura no pueden imprimir en él ninguna modificacion. Aquel color no tiene nombre; no pertenece á ninguno de los siete primitivos, ni á ninguna de las infinitas combinaciones de que estos son susceptibles. Los rayos del sol se han mezclado, se han identificado con todas las partes del pilluelo de playa; si su cuerpo se esprimiese, tal vez entre las tinieblas arrojaria luz.

En esta disposicion se encuentra cuando dá un adios á sus queridos camaradas y va á representar su papel en un teatro mas vasto donde le adquieran mayor renombre sus talentos. El pollo ha adquirido ya dentro del huevo todo el desarrollo necesario; ahora es preciso que el huevo se rompa y que de él salga un Grumete ó cuando menos un presidiario. Mucho le gustan á mi héroe las hazañas del intrépido salteador de caminos, cuyo nombre circula de boca en boca, y se lee escrito en letras de molde en jácaras, romances y periódicos, y cuyas atrocidades y trágico fin son cantados por los ciegos, por los Homeros modernos, al son del violin y de la guitarra. Pero su corta edad no le da todavia las imponentes barbas con que ha de helar de espanto y de terror á los pasageros; y por otra

parte la admiracion que causan los crumetes cuando entran en el puerto le llena de una secreta envidia. Resuelve pues ser Grumete; pone en accion todos los medios que están á sus alcances para vencer los obstáculos que se oponen á sus deseos, y por fin se sale con la suya. Su agilidad y denuedo le recomiendan bien pronto porque el verdadero mérito se recomienda á sí mismo; por otra parte, su permanencia en la playa y su roce con pescadores y marineros le han instruido en los términos técnicos del arte, y esto es una grande ventaja. Ya es Grumete. El contramaestre le obliga á limpiarse y cortarse el pelo, y luego le dá un vestuario cuyas prendas consisten en una camisa de lienzo sumamente grosera con cuello azul, pantalones del mismo género que se sujetan á la cintura con una faja de algodon que es azul tambien, zapatos con muchas cintas, y una gorra de varios colores con un áncora ó con unas letras chillonas que publican el nombre del buque á que pertenece. Es inútil decir que necesita mas de dos dias para acostumbrarse á este traje, sobre todo á los zapatos, de los cuales tarda mucho en hacer uso en sus ejercicios gimnáticos. Sin embargo, su uniforme le llena de orgullo, y excita la envidia de todos sus antiguos camaradas, entre los cuales se pasea por los andenes del puerto con ínfulas de manifiesta superioridad. Antes de zarpar el buque, va á despedirse de los compañeros que tiene detenidos en la alcaldía ó en alguna casa de correccion, y con esto acaba de hacer desear á los pobres cautivos el aire libre de que se ven privados.

Aunque nuestro neófito está asaz acostumbrado á los movimientos de los buques, si arrecia el tiempo á los pocos dias de hacerse á la vela, no deja de marearse mas ó menos. Pero el mareo se pasa pronto si no le tienen consideraciones. Al Grumete, aunque no pueda tenerse en pié, se le obliga con un rebenque á cumplir su obligacion, y así es que en breve se vuelve indiferente á todos los balances por bruscos y por ingratos que sean. Aprende á sortearlos, y no le impiden en la mas desecha borrasca ejecutar con limpieza las difíciles y peligrosas habilidades de que solo él y un mono son capaces.

No se crea que al embarcarse haya dejado en tierra su mala índole y los perversos hábitos que contrajo desde que le destetaron. Conserva todavía una aficion desmesurada á todo lo ageno; pero esta aficion se quita bien pronto en un buque de guerra donde las lágrimas de arrepentimiento no enternecen á nadie, y donde las uñas tienen las nalgas por editores responsables. La infraccion mas mínima del séptimo mandamiento se castiga con un *cañon*, que explicaré lo que es para que me entiendan los profanos. Se coloca al infractor de bruces en cualquiera de los cañones de babor ó estribor, y se le amarra reciamente de suerte que queda pegado al cañon como una lapa á la roca. Se le desatacan los pantalones, y á discrecion del comandante la tripulacion le aplica los chicotazos suficientes para que por espacio de algunos dias no pueda estar echado panza arriba. Se le suelta luego, y se le pone á disposicion del cirujano ó del barbero del buque, quien le rehabilita en el uso de las asentaderas tan pronto como puede. Este remedio, que pertenece á la clase de los heróicos, está probado, y produce efecto tan maravilloso y radical que raras veces tiene lugar la recaida. Si en lo sucesivo se enamora el muchacho de los bienes del prójimo, las uñas se asesoran inmediatamente con las nalgas, tienen con estas un rato de conferencia, y mis lectores pueden adivinar facilmente cual es el dictámen de las pobrecitas. Un buque no es como un mercado, donde se evoluciona como se quiere, y la extension del terreno favorece la retirada. Bien pronto conoce el Grumete esta notable diferencia entre la topografía del terreno que pisa y la del antiguo teatro de sus escursiones.

Al noble cargo de Grumete casi siempre van unidos el de ayudante del cocinero y asistente del comandante y de los oficiales. Este último le grangea algun influjo y hasta cierta familiaridad con los señores de popa, quienes obligados á no ver mas que las fisonomías salvages de los marineros, miran con una especie de interés las facciones siempre mas dulces de un chiquillo. Con esto el Grumete, ademas de poder pasearse del alcázar al castillo, de la cámara del comandante á la de los guardias-marinos, de la bodega al sollado y de la batallola á los topes, no se ve tan expuesto á la cuaresmal abstinencia que aflige á los demas marineros; pues se puede alimentar con las sobras y relieves de la mesa de los oficiales. Su roce contínuo con los que mandan le da una especie de jurisdiccion sobre los que obedecen, á cuyos ojos se hace odioso con su empeño de parecer grato á los de aquellos. En efecto, para aparentar un extremado celo, el Grumete se vuelve chismoso, enredador y soplon, y se convierte en una especie de agente secreto de policía. Los marineros le aborrecen, pero le miman porque le temen. A pesar de esto y de todas sus precauciones, tienen en él un fiscal que presenta á cada paso una denuncia ó una acta de acusacion que le vale á algun infeliz marinero unos cuantos chicotazos cuyos cardenales se borran mucho mas pronto de la piel que del corazon. Maquina la víctima proyectos de terrible venganza, aguarda una ocasion propicia en que poder ejercerla, y entonces ¡ay del Grumete! un dia ú otro al lado de su delator tomará rizos ó aferrará un juanete, y cuando esta ocasion llegue, le empujará prevaliéndose de su fuerza, y le servirá de escandallo para sondear la columna de aire que media entre la verga y la cubierta. Esta es una de las trájicas catástrofes con que termina el Grumete su gloriosa carrera.

Pero no faltan ademas otras muertes igualmente dignas de su vida. Alguno perece al llegar á la América en brazos del *tifus icterodes*; otro es víctima de una herida que se abrió con una astilla ó con el roce de un cable, y dejándola abandonada se le enconó, y le sobrevino el tétano ó el *pasmo*; otro distraido y precipitado se enhebra por la escotilla y se cuela hasta el último pañol; otro, en fin, es regalado á un tiburon por un golpe de mar que barre la cubierta. Mas no todos mueren en el ejercicio de su *noble profesion*. No pocos apenas dejan de ser grumetes lamentan los extravíos de su vida pasada, se arman de un chinchorro y de una lancha, y convertidos en pescadores, viven pobres, pero independientes y honrados. Muchos, al contrario, echan de menos los atractivos y borrascas de sus primeros dias, y de nuevo emprenden la carrera del crimen ó, por mejor decir, la empiezan en el punto donde la habian dejado, y se convierten en piratas, negreros ó contrabandistas, distinguiéndose como *hombres de proa* por su inteligencia en las maniobras, su intrepidez en las tormentas y su ferocidad en los abordajes.

Concluiré diciendo que tampoco faltan en algunos barcos mercantes chiquillos ágiles y traviesos que sirven á la mesa al capitan y á los pilotos, asisten á los pasageros y cuidan á los mareados. Pero estos son mas bien parodias ó, cuando mas, variedades del tipo, que verdaderos grumetes. El Grumete genuino es característico de los buques de guerra, tiene señalado su puesto en los combates y mira con desprecio á los de los buques mercantes que usurpan su nombre. Desgraciadamente este tipo en España va desapareciendo al igual de su marina, con cuya suerte está tan íntimamente enlazado, y de temer es que desaparezca del todo, si pronto los españoles no nos acordamos de que tenemos una patria, y de que en la actualidad las consideraciones de toda nacion son principalmente debidas al número de sus buques de guerra.

A. Ribot y Fontseré.

EL CONTRABANDISTA.

Carga pesada se echa sobre sus hombros quien intente pintar un tipo tan general, tan diverso, tan multiforme, pero al mismo tiempo tan profundamente original como aquel cuyo nombre va al frente de este artículo. Por de contado que la obra seria enteramente imposible si se hubiesen de representar las diferentes variedades del Contrabandista español, y hacer mencion de todos los hábitos, mañas, arterias con que se sustenta y vive á costa de la hacienda pública y del comercio de buena fé. El contrabando se propaga tan maravillosamente en nuestro suelo, gracias á cierto abono que llaman *Arancel* de una virtud sin igual, que describir la marcha y los progresos de esta planta indígena, seria retratar la historia de toda nuestra administracion pública y privada, de todo cuanto se dice y hace el ramo de las rentas públicas. ¿Adónde iriamos á parar si hubiésemos de explicar uno por uno el *Contrabandista-ministro*, el *Contrabandista-embajador*, el *Contrabandista-indendente*, el *Contrabandista-escribano*, el *Contrabandista-oficial de rentas*, el *Contrabandista-general* el *Contrabandista-carabinero* y los otros individuos de este nuevo género del reino vegetal que se le escapó á Linneo, y que merece sin embargo llamar la atencion de los hacendistas botánicos? Vamos, pues, á reducir la cuestion á fin de proporcionarla á nuestras débiles fuerzas, y concretémonos especialmente á describir uno de los tipos principales del Contrabandista español, el del Contrabandista por excelencia, el del Contrabandista andaluz.

Carácter extraño y singular por cierto es el que le distingue. Valiente y cobarde á un tiempo, religioso é impío á la par, ya socorre al infeliz que encuentra desvalido y sin apoyo, ya roba sin escrúpulo cuanto puede si se le presenta una buena ocasion. Si su oficio, como todos saben, es defraudar la Hacienda pública, en cambio no hay quien pague con mayor puntualidad impuestos (que no sean derechos de aduanas). El Contrabandista es ademas buen padre, y afecta por lo comun ser buen marido al lado de su esposa; pero cuando corre los montes y vericuetos en sus expediciones, nunca escasea el dinero para jugar á los naipes ó gozar los placeres del bello sexo. Su condicion, en fin, es una mezcla de las cualidades mas opuestas y una amalgama de las mas encontradas costumbres.



El Contrabandista.

El Contrabandista que aqui retratamos, es solo uno de los individuos del género, porque se conocen bajo el mismo nombre otros muchos consagrados al mismo ejercicio, y cuya cooperacion es tambien indispensable. Entre aquellos, sin embargo, que hacen el contrabando ninguno se expone por lo regular mas, ni gana menos que aquel que trasporta los géneros ilícitos de los depósitos de fuera á los almacenes de dentro del reino, y este es el Contrabandista de que habla

mos. En desquite ninguno tiene una fisonomía tan caracterisca, ni ofrece mayor materia al estudio. Vamos á referir las bases y vicisitudes de un contrabando que se introduce, y con esto quedarán perfectamente explicadas las especies del Contrabandista que nos importa apuntar. Empezaremos por el Contrabandista en comision, por el Contrabandista por medio de su capital, por el Contrabandista que en este ramo de industria es á los demas lo que el fabricante es al simple trabajador, lo que el capitalista holgazan es al no capitalista laborioso, y forma lo que pudiéramos llamar la aristocrácia del contrabando; aristocrácia que, si no se funda en títulos muy honrosos, vale á lo menos tanto como otras aristocrácias que no pueden alegar los mejores. Figúrense nuestros lectores que se trata de emprender una operacion del oficio, es decir, de hacer una remesa de excelentes percales, muselinas, pañolería, y magnificos cigarros; la primera operacion de nuestro honrado defraudador de la Hacienda, es pasar al ayuntamiento por un pasaporte para que nadie le pueda poner impedimento en su viaje sin fundado motivo. Sabido es que estos documentos son siempre un embarazo para los pícaros, y una garantía para los hombres de bien, con lo que queda explicada la perdicion de nuestro hombre.

Claro está que se le ha de conceder sin réplica, sobre todo, cuando se sabe que no le faltará al alcalde el vestido para la señora alcaldesa, ni al secretario el manton para su mujer; ni el pañolillo para la chica del maestro de escuela. Para abreviar trámites, el pasaporte no se da directamente para Gibraltar, centro de operaciones de los contrabandistas de toda la Andalucía, parte de estremeños y manchegos, sino para uno de los pueblos limítrofes, como lo son San Roque, los Barrios ó Algeciras. Una vez allí nuestro héroe sabrá muy bien componérselas.

En esto de buenos servidores no hay gobierno en la tierra que pueda hablar mejor que el nuestro. Los del campo de Gibraltar son un modelo por todas razones. Otros que estuviesen menos ilustrados sobre sus verdaderos deberes, pondrian tal vez dificultades á que pasase á aquella plaza una persona que á ciencia cierta saben que es contrabandista; pero ellos conocen demasiado bien las ventajas del comercio para no desear que se haga el mayor posible, bajo cualquiera forma, y maldito el reparo que encontrarán en facilitar el pase necesario, mediante veinte y ocho, treinta y seis, á cuarenta reales vellon, segun la distancia que medie del pueblo del Contrabandista á la línea del campo de Gibraltar; mas para el tesoro público redúcense cualquiera de estas cantidades á cuatro reales, y se le marca en la licencia como vecino de uno de los tres puntos indicados. Es muy justo que la Hacienda pague lo que va á ganar con la ocasion que proporciona. Gracias pues á los empleados del Campo, el Contrabandista pasa la banqueta con su papeleta en el bolsillo, recorre el campo neutral y llega á la línea inglesa y de esta se presenta en la casilla de los inspectores, donde nunca faltan agentes de todos los almacenes, dispuestos siempre á salir fiadores de cuantos llevan negocio de contrabando, le facilitan por fin la entrada en Gibraltar.

Quien deseare ver la imágen exacta del enredo y del tumulto mercantiles, no tiene mas que dirigirse á aquella ciudad. Gibraltar es una pequeña Babel donde se hablan cien leguas diferentes para engañarse de cien maneras distintas. Ya se ve á un judío queriendo embaucar á un cristiano, encontrándose con que este es en sus tratos mas hebreo que Moisés, ya se observa á un tendero charlatan haciendo esfuerzos inauditos por vender una pieza de percal averiado, y al comprador consentir en recibirla para poder despues llevarle media tienda á crédito; ora se oye á un ingles avinagrado maldecir de la España y de los españoles y no conoce, sin embargo, otra moneda mas agradable á sus ojos que las peluconas y los duros columnarios; ora se advierte á un genovés asqueroso, y mugriento que viene á ofrecer cien quintales de tabaco labrado, y otro tanto en mazorcas, ó lechugas; aquí otro genoves, ingles ó turco, que tiene veinte pipas de Virginia, y mil corachines que á pesar de estar podridos los propone como frescos y de buena calidad. En medio de esta barahunda anda el Contrabandista entretenido varios dias en sus compras hasta que hace sus cargas, muchas veces entre los improperios de los judíos, mercachifles á que se contenta replicar con unas cuantas *tremendas* y baladronadas, como quien dijera *si te pillára en España*..... esto divierte á los espectadores; y mi Contrabandista reserva para mejor ocasion sus valentías, pues en este sitio cuesta muy caro el hacer el menor uso de ellas.

Ya está corriente por último el avío, y solo faltan que comprar las frioleras de encargo para cumplir con los amigos que pudieran hacer mucho daño, y que no lo hacen. Aquí se presenta la segunda operacion del contrabando; á esta interviene un nuevo personage que se le conoce por el nombre de corredor, y que por la naturaleza de sus funciones tiene que ser al mismo tiempo un temeron, un perdonavidas y un hombre de confianza. Para llegar á esta dignidad es preciso haber hecho algunas hazañas en España, tres ó cuatro muertes, por ejemplo; no importa ni la manera ni el motivo por que se hicieron, lo esencial es que sean muchas, y esto le sirve de recomendacion para entregarle doscientas ó trescientas cargas de géneros que garantiza poner en el parage que se le designe bajo su responsabilidad, pagándosele en premio un tanto mas ó menos sabido por cada carga, segun el riesgo y el valor corriente de los seguros y fletes. Con esto ha concluido la mision de nuestro viajero en Gibraltar, y da la vuelta para su casa á esperar allí el resultado de sus negocios, de la cual sale tan luego como tiene aviso de nuestro nuevo personage, es decir del corredor.

¿Tendremos necesidad de decir que hace este viaje con la misma felicidad que el primero y sin encontrar mas tropiezos que el camino? Sale por la puerta misma que entró; llega al pueblo de la línea para donde lleva el pasaporte; este prevenia que le presentara en todos los pueblos donde pernoctase, pero no habiéndolo hecho en ninguno de los quince dias que permaneció en Gibraltar, pudiera venirle de aquí algun embarazo, si alguna gratificacioncilla no lo allanase todo poniéndosele al respaldo: «Ha permanecido y sale para.... » Con el objeto de ahorrarse ademas dimes y diretes, tiene buen cuidado de sacar un par de pesetas en cada uno de los destacamentos de carabineros que encuentra al paso, y que no le piden el pasaporte porque saben de dónde viene. Por la propia razon no le registran las alforjas ni el aparejo del caballo, cortesía que no deja nunca de ser pagada con unos cuantos puros de superior calidad. De este modo acaba de recorrer toda la costa, hasta que llegado al pueblo de su vecindad aguarda tranquilamente el resultado de su negocio, bebiendo, fumando y jugando, pero haciendo por otra parte una vida sosegada y tranquila. ¿Qué es lo que podria temer en efecto? ¿La perdida de sus cargas? Pero estas las tiene aseguradas hasta ponérselas en el cargadero, y si hasta su venta corren algun peligro, mayores son los riesgos que pesan sobre el fabricante ó sobre el armador. Que el uno pudiera conjurar una crísis comercial ó el otro un viaje perdido con la misma facilidad que el Contrabandista los quebrantos de su oficio, y veríamos si ambos no se considerarian completamente dichosos. Desgraciadamente para ellos, no todos los obstáculos se parecen á la vigilancia de un comandante de carabineros, que teniendo una inclinacion admirable para dormirse al ruido de

la plata, hace la posicion del productor del género «contrabando» mas ventajosa que la de todos los productores de la tierra.

Mientras que el afortunado comisionista descansa de sus fatigas entreteniéndose en calcular sus ganancias, entra en juego la plebe de los contrabandistas, los obreros que concurren mas directamente á crear el producto, y que llevando sobre sí todo el peso del trabajo se lleva sin embargo la peor parte del beneficio, cuando las cárceles ó los presidios le dejan libre, ó alguna escarriada bala de pantomímica escaramuza los le saca de esta vida. Estos son, como hemos dicho, no contrabandistas mas interesantes. Cuando están de huelga ó en alguna expedicion, pasan ordinariamente en la taberna (donde nunca faltan sillides de navaja en el pecho). Al apuntar alguna carta, bien á la banca, ó *cané*, dicen: *«la peesta va po esta já, que terela los sacaís mas oclayes que la májari dun-divel» ay está: trinquelo sume y apande los jayes en el foso; ay saré caracatané díñeme un chupendo y vamos á vever*. De esta inocente diversion se pasa despues á otras, no menos inocentes, teniendo ya los estómagos bien reforzados de sendos vasos de vino, dirigiéndose mútuamente expresiones ya picantes, ya chocarreras, las mas veces chistosas, en que el carácter andaluz abunda, como asimismo de pendenciero, jactancioso y charlatan; pero siempre vivo y alegre, lo cual le hace resaltar notablemente. A cada instante parece que se van á echar fuera las tripas, y en el momento todo se vuelve humo, hojarasca y palabrería. Esta existencia dura hasta tanto que se recibe aviso de estar el alijo pronto en la costa, en cuya época cada cual se pone en movimiento y se prepara á salir. Véase como pasan las cosas.

Dejemos al corredor de los contrabandistas encargado en Gibraltar de hacer llegar las cargas á su destino. Este hombre, despues de haber formado su cálculo bajo la base de diez cargas mas ó menos, busca uno de los buques destinados á este tráfico, y le fleta de su cuenta. Estos buques no faltan nunca en aquella plaza, pues hay muchos que no hacen otra clase de viajes. Antes, y á su oportuno tiempo, ha cuidado ya de mandar un pliego cerrado, ganando horas, al comandante de carabineros, del punto en que se ha de hacer el *negocio*, diciéndole el dia y sitio del alijo, y con la contestacion que gracias á lo estipulado del tanto por carga raras veces deja de ser favorable, es decir, que responde no encuentra inconveniente en dejar obrar en paz, con cuya noticia mi buen corredor empieza la operacion de su embarque, y se preparan con anticipacion los *porteros*, nombre que se da á los que con sus bestias conducen las cargas á la parada, así como los *cargueros*, que son los que conducen desde el rebalage los tercios á hombros, hasta el cargadero.

El dia del desembarque se observa un movimiento extraordinario en el pueblo interesado; en todo el dia no se ven mas que grupos de hombres á caballo, que de diferentes puntos llegan, y que todos se dirigen á un lugar determinado donde se reunen á las inmediatas órdenes del corredor ó de uno que hace cabeza entre ellos. Esta reunion se llama el *aguardo*. Luego que llega el momento crítico, el comandante de carabineros pasa aviso al de los contrabandistas, y puestos ambos gefes de acuerdo, dan principio á sus respectivas maniobras. El primero empieza demostrando su fidelidad al gobierno á quien sirve, mandando su gente á punto opuesto al teatro de las operaciones, mientras que el segundo al frente de la suya, la guia al parage donde ha de arribar el buque. Es preciso advertir que hasta este momento nadie tiene conocimiento de él, fuera del capitan del barco y de los dos gefes terrestres. Por fin, se advierte en el mar una señal, y si es la convenida anticipadamente en Gibraltar, todo el mundo se pone á ocupar su puesto. Entónces principian las lanchas á aproximarse á tierra, y á pedir la contraseña, y cuando han convenido, principia el alijo. Sanciónale muchas veces la presencia del capitan de carabineros que concurre acompañado del hombre de su confianza, con el objeto de contar las cargas é inspeccionar de qué son, pues hay una distincion para el pago, de las que son de tabacos, á las que son de ropas: hecho en su totalidad el alijo, el barco se hace á la vela, y el comandante de carabineros se retira por el rebalaje, con el objeto de indagar si algun cabo ó sargento ha podido penetrarse del suceso, para si un dia hay algunas resultas cargarle el muerto á aquel infeliz, en aquel negocio inocente. Entre tanto nadie fuma ni respira porque los destacamentos vecinos no se impongan de lo que se está haciendo. Para reducir la gente á silencio, no faltan nunca palos, y los gritos del corredor que recorriendo con su caballo la línea hace las funciones de un general en gefe. La maniobra de cargar produce una confusion extraordinaria. Aquí cae un caballo, allí se levanta un hombre; este abre una sera de tabaco y esconde lo que puede; aquel agarra un fardo de géneros y lo hace propio; en este sitio falta gente para cargar, en aquel sobra; y suele tambien haber quien se introduzca de fuera, y que al favor de la oscuridad desaparezca con alguna pacotilla, ó con algun fardo. En medio de este desórden viene el dia, y los contrabandistas marchan á la parada, ó punto de entrega, donde se hallan ya los dueños del contrabando, y cada cual se hace entrega de su hacienda, distinguiéndose las cargas por números ó marcas que cada uno puso en Gibraltar para evitar equivocaciones. Entónces cesa la intervencion del corredor que hasta aquí responde de cualquiera falta ocurrida en la baraunda del alijo, y en este concepto no ha abandonado los géneros un momento, volviéndose en seguida á pagar su seguro si es que no lo pagó en la playa, que suele suceder cuando el comandante de carabineros es novicio, ó desconfia del corredor; de una manera ó de otra cumple religiosamente con los servidores de la Hacienda pública, y regresa á su casa donde espera los avisos de otros parroquianos como los que acaba de servir, y marcha de nuevo para Gibraltar á emprender una nueva operacion.

Tenemos ya entregados de los géneros á nuestros contrabandistas, que hacen su expedicion marchando en carabana nocturna, y haciendo alto de dia en las cortijadas, y muchas veces en los pueblos, *para que nadie los vea*. Las justicias del tránsito protegen con el mayor celo á los expedicionarios que pagan por ello la cantidad designada en Arancel; este dinero se reparte entre el alcalde, el comandante de armas, si lo hay, el estanquero y demas comparsa. Bajo esta seguridad prosiguen su camino hasta llegar al vendedero donde termina la expedicion.

Las mas veces llegan con toda felicidad y sin encontrar el mas leve tropiezo. Otras, y son las menos, tienen lo que ellos llaman un *encuentro*, que es cuando dan con alguna partida de carabineros ó tropa que no esté comprada. Suele en estos casos trabarse el combate; pero si encuentran resistencia, lo que no es frecuente, cortan las sogas, tiran las cargas y salen de huida, quedando el suelo sembrado de escopetas, sombreros, mantas, alforjas y otros efectos. Su interés en estos casos es salvar, como ellos dicen, el bicho; pero no siempre tienen que venir á este extremo. Casi siempre hay composicion, y sacrificando unos cuantos duros y algunos regalillos... continúan tranquilamente su marcha hasta los pueblos de la campiña donde hacen su venta; los mismos estanqueros les compran sus mercancías para expenderlas de su cuenta, contando con la tolerancia del comandante de carabineros, escribano de rentas, y subalternos de la ronda establecida en la poblacion.

Suponiendo que nuestro Contrabandista haya evi-

tado todos los riesgos, y que, cogido *in fraganti*, no haya muerto en un tiroteo, ó tenido que purgar en una cárcel ó en un presidio el mismo delito que los empleados de Hacienda expian cobrando sueldo del Erario, se encuentra ya libre de zozobras por algunos dias, y en esta feliz disposicion de ánimo se restituye á su hogar contento y satisfecho, y bien provisto el bolsillo. No deja en este intermedio de consagrar algunos dias á la vida solaz y festiva; siempre, siempre de buen humor, no hay pueblo en que no haga su pequeña estancia para visitar á su *ja* ó querida, mandando de vez en cuando al compadre por una poca de *bebia*, y quedándose entre tanto con la comadre.... «So endinote, le dice esta, tioste malas paltias, que »el viaje pasao no quisoste paeser poaqui.» «Quitoste »sol real salero, le responde, esas son cluecas que »mestaste diñando; ea, ya saboste que la camelo...» Con lo que se quedan los compadres en una paz octaviana, y cuando vuelve el marido se remoja la palabra y pelitos á la mar.... Se despide mi hombre y hasta otra vuelta. Lo mismo van haciendo por todas partes hasta llegar á su casa, donde guardan la formalidad de un cartujo delante de su mujer y de sus hijos, ante quienes no querrian aparecer mal padre ó mal esposo por todo el oro del mundo.

El Contrabandista hace por lo comun grandes provechos, y sin embargo de esto muere pobre y miserable, porque lo que gana ó lo gasta en comilonas y borracheras, ó lo pierde de una vez al juego, ó se queda, como suele decirse, entre músicos y danzantes. Fuera del Contrabandista en comision, de que hablamos al principio, todos los otros hacen en general una vida desastrada, que los placeres vienen solo á animar de vez en cuando. Frecuentemente paran en ladrones ó bandoleros para cuyo oficio el contrabando es una excelente preparacion. Y mientras tanto, los funcionarios civiles y militares, los comerciantes, los mercaderes, todos cuantos participan de los beneficios del Contrabandista, terminan tranquilamente su existencia sin que los presidios los amenacen y los azares de la profesion los alcancen casi nunca. Ninguno, pues, mas digno de compasion, ninguno cuya suerte deba inspirar tanto interes entre todos los que sin llevar el mismo nombre hacen el contrabando.

JUAN JUAREZ.

EL SENADOR.

HAY un artículo en la Constitucion política de la monarquía española que dice lo siguiente: «*El número de los Senadores será igual á las tres quintas partes de los Diputados.*»

Desde luego sabrá nuestro lector sin mas explicaciones sobre este punto, que el Senado se compone de 145 notabilidades, que las leyes y el pueblo designan con el nombre de *Senadores*. Pero lo que en verdad no habrá llegado á su noticia, y lo que es de grande interés, si no para la causa pública al menos para el conocimiento exacto de la sociedad del siglo presente, es la fisonomía particular de un español elevado por la voluntad del pueblo y eleccion de la corona, á dignidad tan esclarecida. Nosotros, pues, que nos hemos propuesto enterar á los hijos de Pelayo, de todas las categorías y de todas las gentes que bullen y se revuelven, se agitan y se levantan, se bambolean y se desploman, no hemos querido dejar para mas adelante la pintura fiel del hijo del pueblo y del ahijado del trono que lleva el nombre de *Senador*; nombre, dicho sea con perdon de las Córtes constituyentes, exótico en esta tierra de próceres y de procuradores. ¡Un *Senador*! Hé aquí el objeto de este artículo, cuyo tono, si no punzante y festivo, será al menos mesurado y decoroso, como conviene á nuestros principios de escritores comedidos, y al alto respeto que se merece una dignidad que despues del *trono, del gobierno, de los ayuntamientos, del Congreso de Diputados, de la revolucion y del pueblo*, ocupa el lugar mas distinguido en la escala de las categorías políticas. Así lo entendemos nosotros en la poquedad de nuestro talento y en la rigidez de nuestra conciencia. Nos explicarémos.

Inútil nos parece, por de pronto, referir minuciosamente el origen de una institucion, porque así nos cuadre llamarla, que tal vez se pierda en las primeras páginas de la historia de los pueblos. Bástenos saber que creció vigorosa y robusta en la conjuracion de *L. J. Bruto*; que en los tiempos de *Ciceron* y de *Trebatius Testa* daba maravilloso impulso á las legaciones republicanas; que reducia á la humilde condicion de esclavos, con la ley de su voluntad vencedora, á pueblos distantes y belicosos; que los emperadores romanos domaron despues el orgullo de los patricios que se pavoneaban con el manto senatorial, y que algunos de los Césares, de costumbres poco buenas y de instintos brutales y vergonzosos, se atrevió á decir de los padres de la patria, lo que en tan elegantes versos ha reproducido despues de la manera siguiente, el célebre poeta *Dumas*.

«Les Sénateurs
»Sachant de mon cheval le merveilleux merite,
»Sont venus l'autre jour lui faire une visite;
»Le president alors á ce noble animal
»A dit un long discours et qui n' etait pas mal;
»Mais auquel, á défaut d' avoir apris le nótre,
»Nous n' avons pu, ma foi, répondre l'un ni l'autre.»

Andando el tiempo desapareció el senado romano de entre la lista de los gobiernos y las conquistas de la república se perdieron en la marcha civilizadora del imperio; y los festines y grandezas de los emperadores, y sus palacios de mármol y granito, y sus bacanales y sus sacrificios acabaron por sepultarse en el mar de sangre inocente con que los mártires cristianos robustecian el dogma de la religion católica; dogma perfumado con las rosas de Jericó y las palmas de Jerusalen, y cuya verdad y grandeza sellaba con su muerte el Crucificado.

¡Así las generaciones futuras paguen su tributo de admiracion y respeto á la gran ciudad de los Césares, convertida hoy en religiosa basílica de los Papas! ¡Así imiten en este punto nuestra humilde conducta! ¡Salud conquistadora del mundo! Las reverentes oraciones de la Iglesia, la huella ensangrentada de tus invasores, y la severidad del cláustro sucediendo á la pomposa magnificencia de tus gentílicas ceremonías, no podrán borrar de la historia de los pueblos tus hazañas, ni de la memoria de los hombres tu grandeza! ¡Salud, tribuna popular en que resonaba ardiente y robusta la voz de *Marco Bruto*! ¡Salud, pueblo de Sila y de Pompeyo, de Augusto y de Neron, de Virgilio y Quintiliano, teatro inmenso de crímenes y virtudes, de nobleza y de bastardías, de humillacion y de poderio! ¡Gloria al Senado! No confundas, lector querido, el Senado de Roma con el Senado español; este es naturalmente apático, y de condicion pacífica y bonachona.

Si desde aquí lanzamos una mirada sobre el resto de esa tierra sembrada de flores, de recuerdos de gloria y de poesía, «*Che 'l superbo Apennin segna é di parte,*» tropezarán nuestros ojos con el leon de San Marcos y la orgullosa ciudad que tiene su asiento al pié del Adriático. No penetremos en los oscuros rincones de la historia de ese pueblo, ni leamos una sola página de las muchas que componen el libro de su Senado. ¡Tambien hubo en Venecia un Senado misterioso pero fuerte, injusto pero grande, que osten-

taba en sus banderas el signo de la Cruz y que humilló mas de una vez sobre el indómito piélago de los mares la selvática arrogancia de la media luna! ¡Salud, Senado de Venecia! ¡Nunca levantarán nuestras manos los ropajes ensangrentados de tus jueces, por mas que debajo de ellos se escondan las glorias de Damieta y los grillos de Ferrara y de Rávena!

Otro Senado tenemos nosotros que puede apostárselas con cualquiera de los anteriores; es verdad que no ha dado todavía señales de vida en ninguna ocasion y eso que estas no han faltado, pero él las dará, que todo no ha ser callar, aunque al buen callar llaman Sancho. El Senado español, que no es Sancho ni puede serlo, porque tiene mucho de discreto y poco de villano, ha de hacer con el tiempo una magnífica ostentacion de sus fuerzas, y del maravilloso influjo de su prestigio. De este Senado, pues, lector querido, y de estos *Senadores* hemos de hablarte, sin temor de que nos desmientan, porque hartas pruebas tienen dadas de que no se atreven á decir: «Esta boca es mia.»

Has de saber primero, que para llegar á tan sublime dignidad se necesita, ademas de la eleccion del pueblo y nombramiento de la Corona, como antes indicamos, tener cuarenta años cumplidos, 30,000 rs. vn. de renta, y ser ciudadano español en el libre ejercicio de tan hermosa prerogativa. No te asustes, lector mio, por la última cualidad. Esto de ser ciudadano español es cosa fácil en el dia. Algun resultado positivo debia proporcionar á las gentes el triunfo del partido parlamentario. No importa que se violen las leyes del decoro y de la dignidad nacional; nada significa que el Gobierno se tome facultades que las pragmáticas no le conceden: de una plumada hace un ciudadano español; y así como le viste á su antojo de diputado, puede encajarle, si mejor le cuadra, el ropaje de los *Senadores*. Tú habrás creido para tí, como creyeron otros en épocas menos ilustradas que las nuestras, ser bueno y ajustado á los sanos principios de gobierno que el elemento moderador de la máquina del Estado representase el saber, ó los servicios eminentes prestados á la causa pública, ó la limpieza del nacimiento y distinguida alcurnia de las razas, ó la aristocrácia, en fin, mas envidiable por cierto que otras aristocrácias, de las grandes posiciones financieras. Pero esto tenia graves inconvenientes. El primero, el insoportable de que viniera á ser el Senado una Cámara hereditaria, si al nacimiento se atendiera; y el segundo, si los otros extremos fuesen una ley votada en Córtes, que no pisarian jamás las alfombras del salon de doña María, muchos de los que hoy son el ornamento del Senado y la esperanza de la patria. Así que nuestros sábios legisladores dijeron, si no para su capote, que mas valiera, «formemos un Senado de eleccion popular, porque el pueblo, como sábio que es, debe entender de todo, y dejemos á la corona la libre eleccion entre los elegidos del pueblo.» De aquí nace la homogeneidad de los Diputados y de los *Senadores* en las opiniones que sustentan y en la marcha política que se proponen seguir. De aquí resulta muchas veces el gran ejemplo de moralidad que se da al pueblo cuando los *Senadores* aprueban unas actas y los diputados las desechan: cuando los primeros dicen: el «*Gobierno es j sto,*» y los segundos «*Es traidor.*» Bien es que los últimos están acostumbrados á ganar en la contienda, porque apelan á la educacion constitucional de los no electores y sublevan las provincias, pero lo hacen siempre en nombre de la Constitucion y de las leyes que tienen por un crímen cualquier atentado contra el Gobierno establecido y esto basta. El derecho de insurreccion es una prerogativa de los pueblos libres, y los pueblos pagan el beneficio de tan santo privilegio despedazando uno de los mas importantes artículos de la misma ley, que tan estimable derecho les concede.

Artículo 19. «*Cada vez que se haga eleccion general de Diputados, por haber espirado el término de su encargo, ó por hab r sido disuelto el Congreso, se renovará por órden de antigüedad la tercera parte de los Senadores; los cuales podrán ser reelegidos.*» — El *Senado* ha sido renovado en su totalidad.

Ya ves, lector querido, que la cualidad de ciudadando español es fácil de lograr, que no es difícil ser elegido y nombrado *Senador*; que el Senado no representa el saber, ni el nacimiento, ni la riqueza; y que de todas las circunstancias que la ley reclama, la única que en pié queda es la de la edad, porque la de la renta, podemos asegurarte que cualquier amigo te proporcionará 30,000 rs. *negativos*, que hacen en el Senado el papel de *positivos*. ¡Algun *Senador* conocemos nosotros de este género! Quede, pues, asentado, que para ser *Senador* no se necesita mas circunstancia importante *que la de tener «40 años de edad.»*

¡Cuarenta años de edad! Esta garantía vale poco; los pueblos han conocido la verdad de esta proposicion, y procurado enmendar el desacierto de sus legisladores, buscando en la experiencia, que siempre á los años acompaña, la salvacion de tantos intereses en esta revolucion creados, y en el triunfo de esta revolucion comprometidos. Así que, puedes asistir á la asamblea de los *S nadores*, sin temor ninguno de que las viruelas emponzoñen tu sangre. Lanza una mirada escudriñadora por aquellos bancos inmóviles como sus dueños, y una onza te doy por cada uno de los ojos senatoriales que estén mirando al techo del augusto recinto. Míralos bien; los párpados superiores se desploman sobre el inferior; la encorvada cabeza descansa sobre el pecho, la mano tembloua apenas tiene fuerza para llevar un polvo á la prolongada nariz, y la blanca y espaciosa calva es un testimonio solemne de la profunda reflexion en que dormitan. Aunque asistas diariamente al Senado, nunca tendrás el gusto de ver reunidos á todos los *Senadores*. El *Senador* necesita baños en el verano, y estufas y chimeneas en el invierno. El *Senador* es de constitucion tan delicada como el vidrio; cualquier golpe le hace polvo, cualquier vientecillo le quiebra. ¡Achaques de la vejez! El *S nador* gasta por lo regular coche, porque las piernas le flaquean. La gota es enfermedad de ricos y de viejos. Un *Senador* sin gota es un revolucionario sin cabeza. Un *Senador* sin cabeza es moneda corriente. La gota y el coche son las mejores y mas bien templadas armas del *Senador*. Pero como no todos lo tienen, puedes sin recelo alguno asegurar á tus amigos, que el *Senador* debe tener por lo menos gota ya que no tenga coche.

Prosigamos, lector paciente, con calma y serenidad en el análisis de este tipo nuevo de la sociedad española, como nacido en el año de 1836. Nosotros creemos, y con algun fundamento, que el *Senador* no debe pensar, y así lo ha creido tambien el *Senador* y sigue al pié de la letra tan saludable creencia. El *Senador* no piensa. Demostracion al instante. Su historia nos proporcionará pruebas irrecusables. ¿Y de qué le serviria pensar? Nadie se cura de lo que dice; nada importa lo que hace. Parémonos un instante en la revolucion española. Nace la Constitucion de 1837, y por cierto que ya hemos enterrado su cadáver de seis años, y nace con ella el *Senador*. Fórmase un ministerio parlamentario: este ministerio cae, á pesar del *S nado* y del Congreso cuyas mayorías le sostienen, y el *Senado* y el Congreso callan. ¡Y callaron, porque no pensaban! Desmanes de gran tamaño hicieron notables los años de 39 y 40, y el *Senado* calló, y calló porque no sabia pensar. Llega la cuestion de regencia y el *Senado* medita un poco tan enmarañado asunto y lo equivoca. ¡Entónces sí que pensó! Puede exclamar con nuestro *Guzman* en una comedia moderna. «*El no tuvo mas que un encuentro en su vida,*

pero se portó.» Corren los tiempos, la revolucion crece y el *Senado* calla, porque no piensa. Arrójase indebidamente de las sillas ministeriales al gabinete Lopez, y el *Senado* piensa y habla, y le silban y le apedrean, y el pais no le hace caso y responde con una magnífica revolucion á sus palabras. ¡Siempre Don Desiderio! Triunfa la revolucion y el Gobierno pone á los *Senadores* la cuenta en la mano y se van sin hablar, porque no piensan. Y hace bien el *Senador* en no pensar, porque nadie le entiende, y porque él mismo no se entiende. De todo lo cual sacamos nosotros la consecuencia, lector querido, de que siendo el *Senador despues del trono, del congreso, de los diputados, de los ayuntamientos, de la revolucion, del gobierno y pueblo, la mas distinguida dignidad en la escala de las categorías políticas,* el *Senador* no debe pensar, porque nunca ha pensado á tiempo, ni ha hecho lo que mas convenia á los intereses públicos.

Tenemos averiguado, pues, las tres circunstancias



El Senador.

mas indispensables pará ser *Senador: «tener cuarenta años, tener gota, y no pensar.»*

Sigamos adelante; analicemos la importancia personal del *Senador*. Ninguna. Repasemos una por una las circunstancias de su vida pública. La privada es un santuario para nosotros y un crímen penetrar en el interior de las familias.

Para mas claridad de explicacion, trasladaremos algunos párrafos de cierta misiva de uno de ellos, que ha venido á nuestro poder; dice así:

«Desengáñese V., amigo mio; los pueblos se equivocan cuando se figuran que hemos de hacer algo en *beneficio suyo*. Gracias que podamos hacerlo en *provecho propio*. Me duelen las piernas, y eso que voy en coche, de mis viajes al ministerio de Hacienda. *Fernando* está cesante y seguirá por mucho tiempo en tan dulce ocupacion. Amigo mio, los diputados son una plaga; todo lo invaden; el ministro tiene miedo de los representantes de la provincia, y como yo pienso — ¡ *Hola* ! — que vale mas callar — «*Buen Senador*» — he determinado cerrar los ojos y coserme la boca, porque no daria pié con bola en este asunto — «¡ *Siempre lo mismo*! » — Voy á la secretaría y el ministro no me recibe, y delante de mí penetran en su despacho cuarenta diputados: le hablo en la sala de conferencias y nada adelanto. ¿Cómo quiere usted que con estos antecedentes emprenda el trabajo que V. me indica?»

¿Qué te parece, lector amado? Ya conoces por un lado la fisonomía político-personal del *Senador*. Vuel-

ve los ojos á otro punto de mayor consideracion, y has de parar mientes en una consideracion que ha pasado desapercibida en estos tiempos de trastornos y de revueltas. Has de saber que hay otro artículo en la ex-constitucion de 1837, ó sea debajo de la piedra primera del futuro congreso, que da á la corona la facultad de nombrar los ministros á su antojo y capricho, siempre que estos sean españoles limpios de toda mancha fea, ya pertenezcan al senado, ya al congreso, ora habiten un magnífico palacio á la márgen del Guadalquivir, ora vegeten pacíficos y morigerados en un honrado caserío orillas del Urumea. Sucedió á principios de este año la aparicion de un fenómeno raro: hablamos del ministerio Rodil. Casi todos sus individuos eran miembros del Senado y todo el mundo dijo que era un ministerio mónstruo, en lo que todo el mundo tuvo razon, y que faltaba á las condiciones de un gobierno parlamentario. Ahora bien, lector querido, si quisieras echar un minuto á los perros, si no á difuntos, leerias el artículo 62 de aquella cosa tan bonita, y nos dirias francamente tu opinion acerca del *Senador* en esta privilegiada condicion de su vida. Un *Senador* no pertenece al parlamento desde el instante mismo en que un ministerio de *Senadores* no es parlamentario. ¡Cuando te hemos dicho que los *Senadores* no piensan, y que hacen muy bien en no pensar! ¡Cuando te hemos asegurado que el *Senador* no se entiende, y que el mejor ha de ser el que tenga gota y no piense! ¡Vive Dios que no nos paramos á hablar mas detenidamente sobre este asunto porque no nos tomen por periodistas, y porque hemos de seguir al pié de la letra lo que en cierta ocasion oimos á un honrado procurador á córtes, que recibió por mas señas una embestida algo dura de un *caballero del Toison de oro*! Vaya, pues, de cuento.

Asistiamos nosotros con harta frecuencia al café de Levante y allí nos entreteníamos en jugar al ajedrez. Formaba parte de nuestra pequeña tertulia un honrado individuo del estamento de procuradores, que nos ponia, por lo regular, al corriente de lo que allí pasaba. Preguntámosle una tarde: «¿Qué tal la sesion.» — «Magnífica, nos respondió; el tal era progresista. *Martinez de la Rosa* me ha convencido.» — «Entónces, replicóle uno de nosotros con tono burlon y malicioso, hoy habrá V. votado con la mayoría?» — Amigo, eso no, respondió el procurador con una franqueza y naturalidad encantadoras, porque algo se ha de hacer por el partido.» — Aplica el cuento, lector, y hallarás la razon de que nuestra pluma se haya detenido en el punto en que lo hizo.

Empero no haremos nosotros punto final en la materia de este artículo, porque algunas cosas faltan en él indispensables para conocer á fondo al protagonista, si puede llegar á ser protagonista un *Senador*. Abiertas las sesiones de ambos cuerpos colegisladores, el *Senador* es poco mas ó menos lo que nosotros te hemos dicho, lector amado. Un hombre que tiene cuarenta años cumplidos, un representante del pueblo que necesita la aprobacion del trono, un enfermo con gota en los piés y con gota serena en la cabeza, un D. Desiderio, en fin, de la política. El *Senador* pertenece al parlamento, y cuando es ministro no puede ser parlamentario, segun la opinion de mucha gente razonadora y entendida. El *Senador*, como no representa nada, en nada piensa, y como en nada piensa, nada hace, y como no piensa, cuando se mete en libros de caballería, lo equivoca con la fé mejor del mundo, y el pueblo le silba con singulares muestras de diversion y con toda la pompa de la algazara popular. Pues veamos al *Senador* despues de una de estas benevolencias constitucionales, cuando vuelve á su casa desalentado y mohino, cansado de no haber hecho nada y de haber pensado menos. No hablaremos aquí de demostraciones de afecto doméstico, porque estas para nada sirven á nuestro propósito, como no sea para respetarlas con toda la franqueza de nuestro corazon.

Mírale ya instalado en su albergue solariego, los ojos clavados en la puerta de la sala, esperando con ánsia la aparicion de algun incauto ciudadano que contribuyó con su voto á levantarle á tan suprema dignidad. Ya entra uno, otro, otro... ya son cuatro... ya son diez... la sala está completamente llena. El *Senador* entónces lanza una mirada de orgullosa afabilidad á los que le rodean y entabla desde luego la conversacion que gira, como es natural, sobre el estado del pais, sobre la marcha de los negocios, sobre los grandes trabajos administrativos del cuerpo á que ha tenido la honra de pertenecer. Por supuesto, lector querido, que de vez en cuando suelta la frase de que el ministro le consultaba en las cuestiones de alta política, en aquellas que por lo delicadas no descendian á la arena de la discusion pública. El *Senador* se entretiene entónces en referir alguna que otra idea confusamente leida en un periódico, y mas confusamente en su memoria conservada, y acaba siempre por indicar que por una casualidad y por intrigas de córte no ocupó la poltrona ministerial. A esta frase que revela una mina de oro y una esperanza dulcísima para los que la escuchan, todos le prodigan en voz baja sus alabanzas, y las noticias favorables á su mérito, de que estaba inundada la provincia. Y aquí pagarémos un tributo de gratitud á la *Postdata*, reproduciendo los siguientes versos:

«¡Oh turron, turron, turron!
¡Qué grande es tu omnipotencia!»

Envanecido el *Senador* con las buenas palabras de aquellos honrados electores con renta, ó sin ella, porque para ser elector basta y sobra con el buen deseo y voluntad firme de un diputado provincial, sale á la calle en busca de felicitaciones y de aplausos, de vivas y de serenatas. A todos cuantos encuentra, á todos saluda, á todos da la mano con afectuosa importancia; á aquel habla de una pretension que le encomendó, á este de un buen negocio, al de mas allá de sus esfuerzos para simplificar el sistema de contribuciones; con uno se lamenta de la miseria escandalosa de las vírgenes del Señor, con otro anatematiza la importancia del clero en las cuestiones religiosas, con este, en fin, se pierde en los espacios imaginarios, señalando la realizacion de la felicidad española en la próxima declaracion de la mayoría de la Reina. ¡Dios cumpla los votos del buen *Senador*, y frustre y engañe nuestras opiniones, que tienden á averiguar los nombres de los que dentro de un año han de ser tutores de S. M.!

Llega la noche y el *Senador* se coloca, como un mono, en la ventana de su cuarto, esperando una manifestacion ruidosa y constitucional que le inmortalice y le haga figurar entre los nombres ilustres que con el tiempo han de ennoblecer las páginas de nuestra desinteresada y patriótica revolucion. Míralo allí, lector querido, pequeño de cuerpo, hinchado de mofletes y de barriga, colorado como un pimiento, y discreto, activo como un cangrejo: sus ojos chispean, sus dedos tocan involuntariamente sobre la barandilla del balcon, ora el himno de Riego, ora la marcha triunfal de Pizarro, porque este es un *Senador* que anduvo toda su vida entre dos aguas. El gran alfiler de brillantes se distingue desde la calle al través de la sombra oscura de la noche. «¡Las doce! exclama; ya es tarde. Nadie aparece.» ¡Ni siquiera le han silbado! ¡Qué injusticia!

El *Senador* entónces...... No queremos proseguir, lector carísimo: por lo dicho puedes conocer el personaje. Nació en el año 36, y no hay en España quien pueda explicar *su mision en este mundo*.

Ligeras son las indicaciones que te hemos hecho,

pero exactas. No hay sal ática en nuestra relacion, pero sí mucha verdad. *Un Senador sin gota, es un revolucionario sin cabeza: un Senador sin cabeza, es moneda corriente.*

J. M. Diaz.

EL SEGADOR.

Los que hablan de la despoblacion de España y se lamentan de los muchos páramos y eriales robados á la benéfica mano de la agricultura, seguramente no han visitado ni aun de paso el antiguo reino de Galicia. Tan fértiles son las entrañas de esta tierra, tan fecundas sus hembras y tan parca y llevadera la vida, que los gallegos parece que nacen como el heno de los prados, ó como las hojas de los árboles, segun el número de habitantes que bullen y se agitan en las playas del Océano, orillas de sus rias deliciosas, y en las cumbres y valles de los frescos y empinados montes. Una familia que en cualquier otra parte abrumaria cualquier casa medianamente acomodada, no pasa en Galicia de una cosa ordinaria y corriente, y son muchos, muchísimos los hogares á cuyo alrededor se sientan con sus padres diez ó doce robustos renuevos á comer la *conca* de caldo ó leche *mazada* en las noches de invierno. Añádase á esto que las poblaciones se tocan unas á otras, y fácil será venir en conocimiento de que sin las frecuentes sangrías que sufre el pais, con solo media docena de años que la gente se estancase, no cabrian de pié, como suele decirse.

Afortunadamente Galicia provee al resto de España de gente que si no desempeña altos cargos en la república, no por eso deja de ser útil y aun necesaria en todo el mundo. De allí salen la mayor parte de los mozos de cordel que sostienen las esquinas de la capital, cuando no van con algun tercio sobre sus anchos y fornidos lomos; de allí gran parte de los criados de almacen que se emplean en los comercios; de allí porcion no pequeña de tahoneros y gente de otros oficios que exigen asiduidad en el trabajo y fortaleza de fibra; y de allí finalmente una nube de trajineros y un enjambre de Segadores en cuanto los extendidos campos de Castilla, Extremadura y la Mancha comienzan á coronarse con los dorados dones del verano.

En el gallego está vinculado desde tiempo inmemorial el trabajo de despojar á Castilla de sus mieses y enviarlas á las faenas de la era, y como con cada cosecha vuelve irremediablemente la misma tarea, es esto causa de que entre los diversos alivios y desahogos que proporciona la emigracion á aquella tierra, ninguno sea tan perenne y al mismo tiempo mas corto que el de la siega. Por abril y mayo sale el Segador de su casa y en agosto y setiembre da la vuelta, al paso que los demas gallegos que á otras ocupaciones se dedican, suelen salir por tiempo indeterminado y solo vuelven á su pais con su capital hecho. Sin embargo, la siega es el beneficio tal vez mas positivo, aunque modesto, que semejante sistema acarrea á aquella comarca, porque son muchos los que de él participan y disfrutan. Con los tres meses que pasan viviendo sobre pais ageno y lo poco que á costa de su ímprobo trabajo se grangean, descargan su casa del peso de su mantenimiento y á la vuelta compran algunos artículos de vestir con que se cubren la mayor parte de sus necesidades.

Con el mes de mayo, segun dejamos dicho, empieza el movimiento y los preparativos del viaje si preparativos pueden llamarse los que caben en un saco y vienen á cuestas de su dueño para volver del mismo modo. Una hogaza de pan de centeno con algunos torreznos por entrañas, alguna camisa de estopilla y acaso tal cual otra prenda de vestuario dentro del consabido zurron de lienzo, y por fuera un mal sombrero portugués, chaqueta, pantalon y chaleco de la misma tela que la camisa y unos zuecos ó zapatos con suela de madera componen el atavío de un gallego que va á la siega. Sin embargo, si el piadoso lector quiere darle la última pincelada, debe añadirle el garrote de que suspende su tasado equipaje, la hoz, símbolo de su oficio, y mas que todo un aire desmazalado y flojo, con unas facciones en que no se sabe si es la humildad ó la malicia la que predomina, y unos miembros en que bajo cierta languidez aparente se esconden fuerza y vigor no pequeños. Con todo, Segadores hay que, un poco acomodados, suelen ayudarse en este viaje, ya por sí solos, ya entrando á la parte con sus compañeros, de algun objeto de comercio como son: lienzos, jamones ó pescado seco, lo cual suele ir en una *haca galiciana*, descendiente por línea recta de las que por demasías de Rocinante dieron tal motivo de pesadumbre al caballero de la Triste Figura; y que á su vez es tambien artículo de especulacion. Los gallegos que van á Estremadura suelen introducirse en Portugal y los que se encaminan á las dos Castillas echan en derechura por el Bierzo. De estos los que por primera vez hacen el viaje, muchachuelos aun por lo comun, se ven obligados por sus compañeros á echar una piedra mas en el monton inmenso que tiene al de la Cruz de Fierro, punto culminante de la cordillera de Foncebadon y desde el cual á un tiempo se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que quedan á la espalda. Semejante uso, que sin duda viene de los peregrinos que en los siglos medios iban á visitar el sepulcro del apóstol Santiago por el camino frances, se tiene por de buen agüero para el viaje.

No hay por qué nos detengamos á contar los incidentes de este, porque no lo merecen, y démonos prisa por llegar con nuestras pobres gentes á los sitios donde tienen que meter su hoz en mies agena, aunque no contra la voluntad de su dueño. Su primer cuidado es vender, si ya por el camino no lo han hecho, lo que para vender traian desde su tierra, y luego con todo desembarazo y buen ánimo entran de lleno en su penosa faena. En aquellas inmensas llanuras donde no hay un árbol á cuya sombra refugiarse, ni un hilo de agua con que mojar los lábios, es insoportable el calor en mitad del dia; pero el Segador atento á dar pronto remate á su trabajo si ha ajustado por alto, y aguijoneado por el amo si siega á jornal, hace poco caso de los rayos del sol, y mientras con su hoz va abatiendo las mieses, otro inferior en clase y salario, asi como tambien en años, las va recogiendo en gavillas para cargarlas en los carros y del campo llevarlas á la era.

Hay en el Escorial en la habitacion dicha de «las amas de cria» un tapiz cuyo carton se atribuye á Goya, y que representa una francachela de Segadores gallegos que han dado ya fin á su trabajo. A la derecha uno de ellos que por la estólida alegría de su semblante, ropa descompuesta y calzones medio caidos descubre el estado de su cabeza, tiene en la mano una escudilla que un compañero está llenando de vino en medio de la risa de todos. Hácia el medio una mujer de agraciado aspecto, está dando la papilla á un niño que mira con un gesto lloroso, difícil y regañon. A la izquierda un viejo duerme la siesta en una pila de gavillas y unas yeguas trabadas andan espigando por el suelo, mientras por el fondo se extiende un campo segado, llano y monótono. Este tapiz que como todos los de aquel eminente pintor descuellan por la chispa, verdad y excelente composicion, es, exceptuando la mujer y el niño, una viva copia de la escena que ofrecen los Segadores por conclusion de sus fatigas,

siempre que por su buena dicha dan con un amo amigo de ver correr esta fuente de alegria solo con dejar correr por su parte durante unos pocos minutos la espita de una cuba. Esta es condicion precisa, pues si le ha de costar el dinero, el Segador sabrá abstenerse con sin igual fortaleza y ser parco como los mismos padres del yermo

Por fin tras de mucho afanar y mucho calor y sed y cansancio saca el Segador de su faena sus pantalones y chaqueta algo menos blancos, su cútis algo mas tostado, su bolsillo algo mas cargado y, como es de presumir, el ánimo algo mas cuidadoso con el amor de aquellos maravedises á tanta costa granjeados, y á los cuales tantas asechanzas aguardan hasta llegar en especie ó en equivalencia á su patria de adopcion. Porque en efecto con su riqueza empiezan en el ánimo del pobre gallego dos mil afanes y congojas, y toda precaucion le parece poca para conducirla á puerto de salvacion. Los hemos visto llegar á Castilla dos á dos y tres á tres como gente á quien su pobreza sirve de escudo, porque todo lo que entonces pudiera arrebatárseles de entre las manos, suele ser cosa de bulto y de poco valor ademas para tentar la codicia de los encargados de restablecer el equilibrio de las fortunas, como dice Schiller, ó de los caballeros de Diana, segun los apellida Shakepeare; pero á la vuelta los aficionados á ver la cara del rey tienen ocasion de satisfacer sus inclinaciones, y esto cabalmente es lo que desea impedir el Segador muy aficionado tambien por su parte á la numismática. De aquí el juntar-



El Segador.

se cuadrillas numerosas que muy á menudo suelen elegir por capataz una persona de experiencia, muy ducha en la vida de los caminos; de aquí reducir siempre á oro ú plata por lo menos su corto caudal; de aquí el desmigajarlo en seguida y repartirlo ya en el mugriento sombrero, ya en los zapatos de tres puentes, ya sirviendo de hormilla á los botones, ya entre el tamo de las esquinas del chaleco: y de aquí finalmente cuantas tretas, astucias y marrullerías pudieran ocurrirse al mas hábil forjador de novelas.

Por fin atados los cabos todos con tanta prolijidad, pónese en camino la cuadrilla, y entónces es cuando el drama, que se acerca á su desenlace, llega á cobrar mas interes. La tierra mala para nuestros hombres es, como pueden suponer nuestros lectores, la que media entre su punto de partida y las cordilleras de Foncebadon, es decir, los llanos extendidos de Castilla. En ellos, con efecto, á favor de lo abierto del terreno pueden descubrir desde lejos un par de ladrones montados la desarmada y tímida cuadrilla y desbalijarla impunemente. Al gallego no le ha cabido en suerte aquel valor presto y determinado que distingue

á la mayor parte de las provincias de España, y por otro lado la humildad de los oficios que fuera de su país desempeñan y la condicion dependiente en que por lo general viven, no contribuyen á desatar este noble germen; pero la poca resolucion que generalmente le caracteriza, desmaya enteramente en tierra extraña. Así pues, todo su afan es salvar los puertos y verse por lo menos en las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria. Con tan poderosos estímulos, figúrese cualquiera si el Segador llevará alas en los pies. Las marchas son con efecto forzadas de todas veras, y llegan á hacer una diligencia increible. Este pavor y ansiedad continua producen á veces resultados repugnantes, pues ha sucedido que al cruzar un rio han dejado ahogar á un compañero de miedo de llegar tarde á su socorro y verse envueltos en procedimientos judiciales, y todos los dias se observa que el que enferma por el camino queda abandonado á la caridad agena. El único obsequio que le hacen sus camaradas, es recogerle el dinero para entregarlo á su familia.

Lo peor del caso es que no por mucho madrugar amanece mas temprano, y como los ladrones tienen todo el tiempo por suyo, pueden apostarse donde mejor les convenga ó seguir la pista al pobre Segador hasta llegar al parage mas conveniente para aliviarle de su peso. Fácil es de imaginar el llanto, plegarias y gemidos que acompañan á semejantes lances, así como el poco provecho de que sirven los escondites y trazas ingeniosas de que se ha servido el pobre Segador para guardar sus amados maravedises de aquellos ojos de lince y de aquellas manos tan ágiles y ejercitadas en buscarlos; pero lo que no es fácil de comprender es cómo veinte ó treinta hombres se dejan robar de dos, aunque viniesen armados de punta en blanco como los caballeros de la Mesa Redonda. No hace mucho tiempo que una de estas desdichadas cuadrillas entraba en un lugar mustia, desemblantada y cadavérica. Averiguado el caso resultó que dos solos ladrones eran los autores de la fechoría.—Pero hombres, les dijo un vecino ¿de dos pícaros nada mas os habeis dejado maltratar?—Ya vei siñor, respondieron ellos, como veníamus solus, nus encogimus!!—Por este hilo pueden sacar nuestros lectores el ovillo de la energía moral de estas pobres gentes á quien nadie que no esté dejado de la mano de Dios es capaz de quitar el valor de un alfiler. Así es que este robo se tiene por de calidad mas vil y ruin que todos los demas, y de Chafandin que era en su tiempo el Robin Hood ó Diego Corrientes de Castilla, nunca se contó semejante cosa.

Afortunadamente no siempre acontecen tales desventuras, y lo mas comun y ordinario es llegar nuestros Segadores sanos y salvos, bien molidos y malandantes al puerto de Foncebadon. En cuanto pasan de la Bañeza las cuadrillas hasta allí unidas y compactas, comienzan á aflojarse y esparcirse, y los mas cansados á rezagarse, de manera que el camino viene á ser una cuerda de gallegos. A la bajada del puerto y á la cabecera de la fresca encañada de Molina, hay un santuario de Nuestra Señora de las Angustias, donde en agradecimiento del buen viaje solian dejar los Segadores sus hoces y nosotros hemos visto infinidad de ellas amontonadas en el centro de la iglesia como muestra de su devocion. En el dia ya son pocos los que cuelgan allí sus armas.

Aunque ahora encuentra ya el Segador por el camino bastantes mercados en que dejar el fruto de su trabajo, sin embargo por mas vecina de su pais y posesionada de mas antiguo, suele ser la villa de Ponferrada el paradero de sus capitales. El mes de agosto es el mas animado del año por el sin fin de gallegos que por allí cruzan y por la actividad del comercio, verdaderamente notable para un pueblo de tan poca importancia y apartado de camino real. Los soportales de la plaza se llenan de bancos y mostradores portátiles y altas perchas con clavos donde flotan infinidad de pañuelos de algodon y se extienden bayetas de diferentes colores junto con buen repuesto de sombreros portugueses ó del reino, que son los artículos mas del gusto del Segador. En la mayor parte de Galicia gastan las mujeres dengues encarnados de bayeta y pañuelos de color á la cabeza, y de aquí dimana el gran consumo de estos géneros. De la bayeta de Manchester hay quien llega á la media grana y del algodon pasa á la seda; pero tan galan proceder raya en prodigalidad y encuentra por consiguiente pocos imitadores entre esta económica gente.

El general mas prudente y previsor no reconoce con mas escrupulosidad el campo en que va á dar la batalla que el Segador la tienda que ha de ser sepulcro de sus ochavos. Por fin, despues de muchas idas y venidas, despues de mucho mirar y remirar el género y cotejarlo en su imaginacion con el del comercio vecino, se resuelve á dar el asalto mortal y entra en ajuste. Del comerciante puede decirse con verdad, que si buen dinero gana buena paciencia le cuesta, porque contar todas las tretas, ardides y regateos de que se vale nuestro comprador para sacar su mercancía un cuarto y aun un ochavo mas barata, seria cosa de nunca acabar. Por último, al cabo de infinitos dares y tomares se cierra el trato y entonces es ver salir del forro del sombrero algun escudito de oro de veinte reales, unas cuantas pesetas de á cinco envueltas en trapito que dejan un rincon de la chaqueta, y alguna otra moneda prisionera con igual traza y estilo, y de las cuales, aunque bien empleadas, no dejan de despedirse con pesadumbre.

Despues de tan importante operacion templa el paso el Segador y hace con descanso el resto de su viaje; si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado á la espalda dentro de su saco blanco. El desenlace de este drama es siempre tranquilo y sosegado como la vida doméstica en que van á perderse hasta otro año todas estas penalidades y zozobras, á la manera que un riachuelo turbulento se pierde en un lago apacible. Para muchos de los gallegos solteros este término suele ser el de nuestras comedias antiguas, es decir, una boda cuyas galas se compran con el dinero de la siega, y que con el tiempo viene á dar por fruto abundante número de otros nuevos Segadores. Y supuesto que el que no tiene ya compañía, se la busca por este camino, nuestros lectores no tomarán á mal privemos ó por mejor decir libremos á nuestro héroe de la que hasta ahora con tanta puntualidad le hemos hecho en todas sus alegrías y sinsabores, deseándole en todo caso buena siega para el año que viene y pote colmado hasta entonces.

Enrique Gil.

LA MAJA.

Grandes é infinitas vueltas han dado el mundo y las costumbres desde que el célebre Don Ramon de la Cruz fijó en sus inolvidables sainetes el tipo y las costumbres de las *Majas españolas*. Hubo, es verdad, un tiempo en que las mas encopetadas damas lucian sus buenas ó malas formas bajo los estirados pliegues de un vestido de alepin con pesados flecos y caireles de seda. Entonces las enjutas de caderas no encontraban su remedio en los miriñaques y polisones, y el traje provincial de las Andalucías, con sus ventajas y sus

defectos, se erigia en traje nacional y resistia victoriosamente los caprichos de las modas de Paris y Lóndres. Vestíamos á la española, comíamos á la española, dormíamos á la española, y si entonces nos faltaban *paletots y soires*, en cambio andábamos vestidos como palmitos, y cansados de gozar nos moriamos de puro viejos. ¡Dichosos tiempos de *Paca la Salada*! ¿por qué no habeis de volver con vuestras comilonas y vuestros fandangos, vuestros sermones y vuestros toreros?... Pero basta de prefacio y vamos á la materia.

Ahí donde ven Vds. á las Majas españolas con sus cortos y airosos *guardapiernas*, sus blancas medias, sus zapatillas de color y sus mantillas de tira; ahí donde Vds. las ven brotando alegría por todos sus poros é incitando al amor y al placer con todas sus miradas, no es oro, ciertamente, cuanto reluce. Nace y vive, una sin padres conocidos y sin otro recurso que la caridad pública hasta los doce ó catorce años; á esta edad, y no antes, excita la compasion de una vieja vecina, protectora nata de las muchachas lindas y menesterosas; mas tarde un respetable y virtuoso caballero se encarga de los adelantos de la huerfanilla, y no ha cumplido esta diez y ocho abriles cuando es el consuelo de sus protectores y el encanto de la córte toda.—Otra, menos desgraciada, conoce á su madre, lavandera ó vendedora de frutas verdes y secas en los arrabales de la capital; junto á las faldas de su madre aprende á pregonar rábanos, ó á lavar camisas y calzoncillos; por la mañana asiste al puesto ó lleva la ropa sucia al rio; los dias festivos devuelve la ropa limpia á casa de sus dueños: en este tráfago sigue, cerrando sus oidos á las insinuaciones amorosas del barbero del barrio y del tendero que la vende el jabon, hasta que un parroquiano de su madre la hace advertir que su cara es demasiado graciosa y su talle demasiado lindo para sufrir los rigores de la estacion, ni para vestir sucios harapos: la niña cree á pies juntos cuanto la dice su consejero, y el cariño de su madre y la tranquilidad de su pacífico hogar valen para ella menos que los amigos y las galas de un amor y de una vida independiente. Otra Maja, en fin, ahijada ó sobrina de un rico prendero, viste y triunfa sin pena ni gasto, su posicion, respecto de sus pobres vecinas, la hacen el coquito de las fiestas, y los contínuos cambios y repetidos empeños de las señoras de alto bordo la proporcionan las mas ricas y modernas galas.

Pero ¿cómo comparar dignamente estos miserables engendros de la necesidad y del vicio con las opulentas y graciosas Majas del siglo pasado? La invasion francesa, en 1808, fué una verdadera invasion de nuestras costumbres. Los cortos guardapiés se alargaron ante las maliciosas y escrutadoras miradas de los oficiales franceses, y la estudiada cortesanía y la falsa modestia de nuestros vecinos bastaron á desterrar de los hombros y los puños de nuestras hermosas, los flecos y los caireles de hilo de oro ó de flamante seda. Sucedieron á los bulliciosos paseos de campo las aristocráticas *giras*, y los *soirées* á los graciosos bailes de castañuela y guitarra. Otras costumbres dieron, necesariamente, otro giro al gusto español, y si algunos celosos *anti-reformistas*, de coleta y calzon corto, conservaron hasta la segunda invasion sus hábitos y costumbres, pronto los abandonaron ante las desdeñosas y burlonas sonrisas de las *fashionables*. Nadie puede negar el influjo de las modas en las mujeres, ni el de las mujeres en las costumbres: hé aquí cómo se justifica sin trabajo el destierro del traje nacional, y por qué, en nuestro concepto, el tipo de la verdadera Maja partenece á la historia.

Decididos, no obstante, á bosquejar la *Maja española*, bien ó mal parada, como la época nos la presenta, seguiremos sin mas digresiones, tan ingrata tarea.

A las diez de la noche en invierno y á las once en verano, empieza el dia para la Maja: estas son las horas que consagra á su mayor trabajo si es pobre, estas las que dedica á sus mas gratas ilusiones si disfruta de comodidades. Ocupada su imaginacion por los placeres que ha disfrutado ó por los que espera disfrutar al siguiente dia, ya pega las cintas á su zapato, ya lava sus únicas medias, ya pega un corchete á su vestido, ya acicala en fin todos sus trapos, y se duerme, con la sonrisa en los lábios, tal vez al mismo tiempo que la bujía de sebo, colocada sobre el cuello de una botella, deja á oscuras el aposento.

La Maja no es perezosa. Antes que el sol dore los tejados de su bohardilla se la observa, frente á un pedazo de vidrio, dando la última mano á su peinado. En vano la incansable moda se entretiene con los cabellos de nuestras damas; la Maja siempre consecuente con las viejas tradiciones, profundamente convencida del peinado que hace mas favor á una nariz chata y á una cara relamida y hocicona, reduce su tocador á la antigua castañeta y á los grandes rizos cruzados de numerosas horquillas. El trabajo de la noche anterior, es en seguida objeto del mas escrupuloso exámen, y no pocas veces de la mas rigurosa correccion. No es la Maja mujer que se echa al mundo sin estar satisfecha de su modesto *to let*.

En los pueblos donde los vicios, elevados á necesidades, han creado las fábricas de tabacos, la Maja es regularmente cigarrera; donde no existen semejantes establecimientos, frie pescado ó asa castañas en la puerta de una taberna, ó no hace nada, lo que sucede con mas frecuencia. La comida de la Maja adolece de las infinitas vicisitudes de su nómada existencia; hoy come jamon en plata y damasco, y mañana limita su gula á los asquerosos potajes de un figon sobre una rodilla sucia y una mesa desvencijada. En verano la sangría ó la horchata de chufas, y en invierno el aguardiente ó el moscatel, son las bebidas ordinarias de las Majas. Una cochera ó un desvan, dos sillas, una mesa de pino, un pedazo de espejo y una arca apolillada bastan á cubrir sus necesidades de oficio. Pero largo camino nos queda que andar antes que volvamos á contemplar la Maja en su caramanchon y entre sus viejos trastos.

Si la Maja no ha nacido para el placer, bien puede decirse que su vida, mientras no envejece, es una no interrumpida cadena de dulces y amargos placeres. ¡Amargos placeres! hé aquí una frase imposible de comprender para los necios, generalmente dichosos. Basta á un hombre soñar la felicidad para temer la desgracia; la gloria, las riquezas no se consiguen sino á fuerza de disgustos y trabajos; y ¿por qué hemos de suponer, que la gloria y los placeres de la Maja no han de producir tambien amargos frutos?..

Entre todos los placeres la Maja dispensa su predileccion á los paseos en rueda, á los bailes de candil y á las funciones de toros. Siempre que necesita carruaje elige una calesa, siempre prefiere al rigodon el bolero, y la gente de cuernos á toda la demas gente. Cuando arrellanada en su calesin y al lado de su majo recorre la calle de Alcalá de Madrid, ó el Arenal de Sevilla, ó los ventorrillos de Cádiz, ó la playa de Málaga, no cambiaria su suerte por la de una reina, ni su asiento por un trono. Dos billetes para el tendido, una calesa y cuatro cuartos de avellanas bastan á veces para vencer los mas duros corazones, siempre que sean corazones de Majas. El amante desdeñado está seguro de ser bien recibido en un dia de toros, y algunas pesetas de menos comprometen la pasion y los sacrificios de los mas idolatrados amantes. Oigámoslos si no un momento.

MAJA. Curro ¿vamos á los toros?
MAJO. Solo el dinero mos farta.
MAJA. Ya estoy de probesa jarta.

MAJO. ¿Por qué, Pepa?...
MAJA. Malos moros
me tajelen, si á tu sorna,
aunque baje al mesmo infierno
no pongo espolin é cuerno....
Mal hombre ¿no tabichorna,
que nos queemos en casa,
solo por farta é dinero,
cuando el barrio toito entero
esta tarde vá á la plasa?...—
MAJO. Pepa, por sincuenta coros
dárcargeles te soplico,
que si pués, cayes el pico:
pieeme en cambio....
MAJA. Quiero toros.
MAJO. ¿Toros? te cansas en barde,
con que basta de entredichos...
ya irémos á ver los bichos
otra funcion.
MAJA. No; esta tarde.
MAJO. ¿Cómo, si no tengo un chavo?
MAJA. Empeña el reló: ¿qué asperas?..
¿quién si camela é veras
se para en barras?—
MAJO. Alabo
tu memoria. ¿No chanelas,
que mi probe reló anda,
por tu culpa, en *Peñaranda*?...
MAJA. Pues aunque vendas las muelas,
yo quiero toros.
MAJO. Pepiya,
no me regüelvas las jieles,
no meresen mis quereles
pago tan malo!...
MAJA. Esa es griya.
Si me amáras, endinote,
y el dinero te faltára,
lo robáras....
MAJO. Lo robára
si no tuviera cogote,
pero no me gusta chansa
con el buchi....
MAJA. ¡Só cobarde!..
MAJO. De ver toros esta tarde
pierde Pepa la esperansa.
MAJA. Poco tapura mi honra.
MAJO. Eso Pepa no es verdá.
MAJA. ¿Qué dirá la vesindá?...
MAJO. Que el no tené no es deshonra.
MAJA. Hoy que mata el Sombrerero....
hoy que pica el Montañés....
MAJO. Mira Pepa lo que es,
hoy no tengo yo dinero.
MAJA. ¿Qué, no vamos?—
MAJO. No.
MAJA. ¡Arrastrao!
Ya verá tu alma de nieve
si encuentro yo quien me lleve?..
MAJO. ¡Pepa!
MAJA. Lo dicho, salao.
MAJO. Siempre ha é ser tuya la palma.
MAJA. Porque aquí triunfos son oros.
MAJO. Pepa, vamos á los toros.
MAJA. ¡Bendita sea tu alma!...

Ya pueden suponer nuestros lectores que una diversion tan combatida ha de ser completamente disfrutada. Desde el momento que pone los piés en la plaza empieza la funcion para la Maja. Los requiebros de los aficionados forman su primera y mas sabrosa comidilla; pero dicho sea de paso, para escarmiento de malas lenguas, que no todas las Majas prestan fácil oido á las adulaciones del prójimo masculino, ni todas suben precipitadamente las andamiadas para lucir las ligas, aunque tengan buenas piernas. La sensibilidad de las Majas padece sobremanera durante la corrida. Nadie, como estas mujeres, manifiesta el influjo y las consecuencias de la simpatía. Acostumbradas, desde los primeros años, á dar rienda suelta á sus naturales emociones, nadie como ellas se interesa por la vida de los banderilleros y picadores, sobre todo cuando lidian bien ó son buenos mozos. Si el público aplaude, aplauden con toda su alma, y si silba, reniegan del público. Una vara en los rubios ó una estocada en la cruz, son para la Maja hazañas superiores á las del Cid Campeador, y en su entusiasmo tauromáquico diera por la divisa de un toro, un abrazo y otras menudencias mas. Digna es de observar la fisonomía de la Maja en el instante crítico de una suerte arriesgada. Sus ojos fuera de la órbita, sus mejillas inyectadas de sangre, sus lábios comprimidos, la violenta agitacion de su pecho, todo revela el interés, el entusiasmo con que aguarda el final de la suerte para coronarle con un grito de triunfo ó de espanto. La funcion termina, y todavia aguarda la Maja el *toro de gracia* cuando la noche llega y abandona por fuerza la plaza. Entonces sale á pié y entra en la botillería.

La botillería es la segunda y precisa estacion de un dia de toros. Allí con el vaso en la mano y la sonrisa en los lábios, se discuten los lances de la corrida, dando la razon á quien la tiene y á cada uno su merecido. Donde está una muchacha de gracia y nervio, está la alegría de la casa, la venta del vino y la ganancia del tendero. Hemos observado que las Majas, *siempre* desganadas para beber, *nunca* hacen desaire á las copas ni á las botellas: son muy corteses las Majas.

De la botillería al baile, y esta es la última estacion. A ejemplo de las mujeres de gran tono, la Maja no se presenta en el baile sino despues de principiado. Su presencia causa una verdadera revolucion. Los hombres la alaban, las mujeres la tildan, y hasta el *tocaor* de vihuela suspende unas seguidillas punteadas para recrear su vista en todo lo bueno que Dios cria para perdicion de los hombres. El amo de la casa ofrece á la Maja el mejor sitio entre los mejores mozos, y el baile sigue en medio de requiebros y murmuraciones. Tambien como las dengosas niñas de nuestros aristocráticos salones, las Majas alegan mil frívolos pretextos antes de ponerse en baile; pero luego que sueltan la mantilla, y se plantan en jarras, y suenan las castañuelas, allí pueden acudir todos los físicos del mundo á observar el movimiento continuo. No son los bailes de candil donde ejercen menos saludable influjo un talle gracioso y dos ojos de azabache. La Maja anima á los tímidos, templa á los valientes, alegra á los tristes, saca de casillas á los perezosos, y reparte por su mano la mistela y los buñuelos de ordenanza. Suele suceder que el baile se convierte en camorra y la sala de la funcion en campo de batalla; pero no hay miedo que llegue la sangre al rio si anda por medio una Maja. Su voz basta para envainar las *teas* y ahogar entre el vino los resentimientos.

La Maja concurre pocas veces al teatro, y esto en dias de fiesta y cuando la empresa ha condecorado su cartel con gruesas letras y espantosos figurones. No se dá tanta prisa para estas funciones como para los toros, mas siempre acude de las primeras y muda quince veces de sitio y pisa á treinta personas é incomoda á todo bicho viviente con sus preguntas y risotadas. Todos los actores la parecen buenos cuando gritan, y si en la comedia hay tiros y ladrones es una excelente comedia.

Tambien asiste la Maja á los oficios divinos por lo que tienen de bulla y de concurrencia. Cualquiera al verla con los ojos arrasados en lágrimas supondrá que la hacen mella los cantos sagrados ó los gritos del padre predicador. Nada hay de eso. La Maja llora, y llora seguramente porque está en la iglesia y porque escucha la palabra divina; pero tal vez en el mismo

instante que el orador ensalza el pan de la Eucaristía, se acuerda que no tiene pan para la cena y piensa en sus profanos medios de buscarlo.

Las corridas á caballo, los almuerzos en los cortijos, las cenas en los melonares, las ferias y las veladas proporcionan á las Majas nuevas y dulces distracciones, pero mas allá de todos los placeres existe para la Maja una necesidad imprescindible, una pasion sin fruto ni límites, árbitra única de su felicidad ó su desgracia; esta pasion es el amor, aquella necesidad es la de ser amada. Justo es, sin embargo, no confundir el amor de la Maja, caprichoso y hasta cierto punto desinteresado, con las pasiones venales de la *mujer de mundo*. Una y otra forman del amor su presente y su porvenir, pero la Maja obedece solo á su corazon, mientras la *mujer de mundo* oye solo á su cabeza; los favores de una Maja pueden recompensarse, pero comprarse nunca; en el modo está la diferencia.

Sucede, alguna que otra vez, que la Maja se enamora y por último se casa. ¡Horrible profanacion!... ¡Escandaloso robo que el último sacramento hace á las obras de misericordia!—Una Maja casada es una aberracion en la naturaleza: es la luz oscura, el fuego frio y la vida muerta. Si la Maja pronuncia un *sí* ante el cura y el sochantre, no por esto se casa. Sus



La Maja.

gustos como sus costumbres no varian jamás. Mientras duran el pan y los trapos de la boda, el matrimonio es un cielo, pero pronto las necesidades que empiezan, lo mudan en purgatorio, y la miseria que sigue, acaba por convertirlo en infierno. Por cada Maja casada hay divorciadas cincuenta, y si encuentran mis lectores un hombre triste y cubierto de andrajos, ese es el marido de una alegre y lujosa Maja.

Poco ofrece, últimamente, que narrar la viudez de la Maja. Despues de haber agotado todos los placeres y todos los pesares, despues de disputar palmo á palmo el campo de sus primeras glorias, comienza para la Maja una vida, si menos brillante, acaso mas útil. Como en sus juveniles años asiste á todas las diversiones; pero al verse sin prestigio ni adoradores, murmura de las fiestas sin brillo, de los hombres sin gusto y de las mujeres sin gracia. Ya no tiene quien la lleve á los toros á pié ni en calesa. Trabaja para vivir ó vive de su antiguo trabajo. Los desengaños siguen rápidamente á los años; y al terminar su carrera, si no ha aprovechado los buenos tiempos ó recogido, á su vez, alguna muchacha abandonada, cosa es frecuente ver depositados todos los encantos de una *Maja española* sobre la sucia cama de un hospital.

MANUEL M. DE SANTA ANA.

EL BANDOLERO.

Quid non mortalia pectora cogis
auri sacra fames?
VIRG.

¡Menguado yo, y cuán infeliz debe ser la estrella mia que así me fuerza á andar siempre con las manos en la masa entre escribanos y alguaciles, presidiarios y Bandoleros, toda gente de muchos puntos de contacto en razon *del oficio*! Y es lo peor, que asi estoy en ocasion próxima de caer en sus garras y que den conmigo donde acostumbran, como de que las personas concienzudas y timoratas, mientras huelgan en su lecho entre un jicaron de chocolate y las noticias que mi temerario empeño les regala, me apliquen santamente lo de «dime con quien andas y te diré quién eres;» ó á lo menos y por bien de paz que «quien con lobos anda á aullar se enseña.» Pero á fé que puesto en la demanda no la he de abandonar por poco; y pues ha de ser, no hay sino manos á la obra y digan lo que dijeren, que yo confio en tí solo, lector, que no has de pensar con ellos en esa parte.

Quisiera yo deslindar ahora la debatida cuestion de si hay ó no hay sinónimos en nuestra lengua; y si las voces Bandolero, foragido, facineroso, tienen idéntica significacion en castellano, ó manifiestan órdenes y grados en cierta gerarquía social. No me atrevo á decidir; pero cuando la autoridad de la Academia me enseña que por foragido he de entender al *que huye de la justicia*, tentado estoy á creer que todos los hombres son sinónimos.

En fin; apartemos escrúpulos, que yo puedo aplicar la que mas me cuadre, y cada uno pensar como su buen juicio le dicte.



El Bandolero

El Bandolero, tengo para mí que ha de ser una derivacion de los antiguos Vándalos, segun lo indica el nombre y principio que profesa. Decian aquellos que era mengua del hombre andarse todo el año de Dios tras de un arado, para que viniese luego la tormenta y en un santiamen diera al traste con sus fatigas y sudores; siendo mucho mas honroso y mas cómodo y seguro, ganar el sustento á cuchilladas. Para mis barbas si no decian muy bien los señores Vándalos; y con ser gente de suyo poco ilustrada y pensadora vino á dar en el punto que despues y á vuelta de tantos siglos, ha sancionado este de civilizacion y cultura: porque al fin, aquel sistema de vivir á cuenta del prójimo, encaja como de molde á toda la caterva conocida de *Bandoleros* y *Bandoleras*, ó sea de *Bandoleros con sus Bandoleras*.

Digo, pues, que dejando á un lado etimologías y relaciones, no es cosa hoy de tan poco mas ó menos el entrarse en la profesion, como lo era *in illo tempore*; porque entónces el ejercicio formaba á la persona, y

ahora esta forma al ejercicio: para lo cual es indispensable que nazca dotada de muchas prendas y facultades que no legó Adan á todos sus hijos.

Por fortuna en nuestra época de adelantos, la instruccion puede suplir en parte á la disposicion; y las *bellas letras*, que todo lo van invadiendo hasta los esquinazos de la capital, son lo que se dice aplicables á todos los estados y condiciones. Veamos si no á un andrajoso muchacho de curtida piel y travieso semblante, que ha gritado media mañana por las calles de esta muy heróica villa, destinar el resto de ella á los disformes carteles de la Puerta del Sol, contemplándolos de hito en hito, mientras otro rapaz le tira disimuladamente del pañuelo y lo saca sin ser notado: colocarse despues en su lugar para hacer del paciente mientras aquel repite el ensayo, y adiestrarse en tan buena escuela (que en su género puede pasar como de párvulos) á escamotear el del mas estirado pisaverde, y dígaseme si la clase baja no saca partido de la literatura.

Pero por vida mia que hemos tropezado sin pensar con el tipo en su verdadero origen; y pues tan buena coyuntura se presenta no hay que desampararle, pues si mayor vuelo toma no tendremos tan aina por donde volverlo á coger. Nos abstenemos de dividir en diferentes secciones esta benemérita clase, porque cada una de ellas constituye un nuevo ramo, distinto, separado, independiente de los demas; tan independiente acaso como la direccion de negocios forenses de la abogacía; pero sí diremos en obsequio de la claridad que estas secciones se enlazan y eslabonan, sirviéndose como de grados y antecedentes, y el Bandolero pasa por ellas al modo que las mariposas cruzan por los diversos estados de crisálida y larva antes de salir á volar por el mundo.

Mientras permanece nuestro aspirante en el estado que llevamos dicho y podemos llamar de incubacion, conserva su propio nombre de *ratero*; y no porque cace ratas como pudiera creerse, ni tampoco por despreciable y ruin en su oficio, puesto que muy sériamente fija la atencion de la autoridad, y tiene un lugar destinado en los parages públicos y solemnes; sino mas bien á lo que yo entiendo porque hace *ratos*, dando treguas á personas mas respetables para consumar sus fechorías. Y otra razon le encuentro al dictado no menos principal y heráldica; entendiendo lo del blason en su primitiva sencillez, y solo por analogía del geroglífico con el suceso, tal como se gastaba por los tiempos de Osiris: que siendo uno de sus primeros cargos el apuntado, preciso es distraer la atencion de los alguaciles dejándose perseguir de ellos; y los tales perseguidores, desde el bueno de Quevedo, si ya no quieren pasar por ángeles de las tinieblas, preciso es que se dejen clasificar en la familia de los gatos.

Durante este período de su existencia el nuevo espartano se ocupa en vender arena ó los fijos de la lotería, como medio seguro de estar en perpétuo roce y contacto con todas las cocinas, entradas y tabiques de la córte: ó bien se arrima á los cuerpos de guardia á ejercitar el *floreo*, ó se descuelga á boca de *sorna* por los arrabales de la ciudad ajobando matute, ó sirve de trainel entre las señoras de casa llana y los caballeros de fortuna, donde va creciendo en ánimo, destreza y agilidad, andando á la que salta.

Un par de vueltas por la *trena* le acaban de formar. La gimnástica que allí aprende desarrolla sus fuerzas físicas, y las zumbas y cantaletas despejan el entendimiento. Sale el mancebo del garlito para volver á sus antiguas trazas, mas reflexivo en las empresas, mas astuto en las disposiciones; bien como el que ha corrido mundo y consultado á la experiencia. Lo primero que hace es procurarse *su respeto* entre aquellas mismas que fueron sus señoras; los ahorros de la *galima* ó los productos de la *raspa* le colocan á su propio nivel, y son circunstancias que nunca saben desdeñar tan delicadas personas. Hé aquí el medio por donde se relaciona con los hidalgos que á la casa concurren, y es admitido á *garbear* en la compañía de la *hampa*.

Ya tenemos al hombre en el segundo estado, y como si dijéramos en estudios mayores para hacer carrera. Sus ocupaciones apenas se diferencian de las que tiene acostumbradas; solo sí en lo elevado de sus miras, que recogidas antes á la altura regular de un bolsillo, se extienden ahora hasta la de un cuarto principal y dende arriba. Por otra parte es seguro que colocado en tal círculo las proporciones se le multiplican y repiten, como es consiguiente á las ventajas de la asociacion: y mas se adelanta en un año de práctica viva que en diez de cálculos y ejemplos. Son ademas variadas y entreteuidas y de mayor ingeniosidad en la combinacion; cuándo se le encomiendan los *guzpataros* de una pared maestra, cuándo la paliza de encargo ó las puñaladas en comision; ya en buscar arbitrios para seducir á la criada que haga paso ó entregue las *aellas*, y ya mover alarmas por las calles de la ciudad. Pero en cambio se *pía el turco adunia*, se *embucia*, se viste y se *garlea* que es un portento, y tenemos á un mozo hecho un alfaquí en cuatro dias.

Pero sintiéndose con fuerza y elementos para ascender, presto le lleva su aficion á abandonar el pueblo, y caer entre dos luces á *pulir* por sus contornos; progresando con mas ó menos lentitud hasta que de una vez se propone alojar fuera para siempre. Aquí el rumbo de sus ideas cambia, su conducta se altera, nada resta del primer hombre que en un arrojado vuelo se lanza á una region de todo punto diversa y aun contraria.

Empieza por dejar que se ostente la espesa patilla corrida de sien á sien por debajo de la barba; al paso que oculta su cabello entre los radiantes colores de un pañuelo de seda, cuyas puntas colgando sobre la espalda, han de dar mayor realce al recogido calañés y al airoso jubon de hombrillos. El ajustado calzon revela el vigor de sus pronunciadas formas, y el botin de caidas añade arrogancia á su figura. Cubre la amarilla faja un vistoso cinto, sosteniendo el peso de un cuchillo y dos pistolas sobre el de las balas que encierra; un puñal oculto, y un lujoso trabuco de cañon de metal, terciado sobre el siniestro brazo ó colgado del arzon trasero completan su atavío. En tal disposicion oprime los lomos de un caballo de alzada, mas corredor que maestro, de mas brío que presencia: envuelto le lleva entre los flecos y madroños del costoso albardon que besan sobre los bordes de la herradura; y al redoblado paso de andadura que hábilmente le saca, cruza por intrincados matorrales y desusadas veredas á buscar la cuadrilla de Bandoleros: ¿quién le pedirá el pasaporte?

Apenas descubre sus avanzadas, cuando la voz de *alto* agrupa en torno del que la dió á toda la banda.

—¿Quién va allá? pregunta el centinela con voz erizada y ronca.

—Quedo tó el mundo, señores, que naide de nuevo llega á la honrá compañía.

—Alto ahí; grita segunda vez el vigilante, mientras el recien venido se acerca á sosegado paso: vengan el santo y seña.

—¿El santo?... San Blas que es abogado de las gargantas: la contraseña la traigo en el cañon de mi trabuco; quien la quiera registrar que se aparte conmigo. Al mayor busco, y á él solo le daré mis motivos.

—Ruido tienen las campanas y toito se lo lleva el viento; dice el vigía amartillando su arma: el movimiento es seguido de todos con rapidez.

—Menos trae un hombre y de mas provecho; replica el forastero imitando la accion.

—Paso, caballeros; interrumpe el capitan colo-

cándose entre ambos; y otra vez mas cortesía, que bien se le conoce por los modos que es presona á suposicion.

—Digo que su mercé se pone en lo justo, señor almirante, acude el detenido; y hagáseme rancho franco que yo hablaré como quien soy á lo que se me pregunte.

—Con mil amores, compadre; pero sin aparejos.

—No haré tal, que estos son mis fiadores; pero yo empeño mi palabra que si no se les chapa no muerden.

—Si eso hay, adelante; y enhorabuena, que estamos cortando la cólera.

Con tales preliminares se ingiere nuestro héroe entre la turba, y doblando una colina que tienen á su espalda, observa tendidos por tierra los preparativos de un almuerzo. Desmontados de sus alfanas y colocado *un posta* junto al camino que á distancia queda, se entregan el nuevo bandido y sus compañeros á los goces de la gula; por mantel la fresca yerba ó la agostada paja, el cielo por toldo, y los árboles por únicos testigos de sus placeres, siempre mezclados de sobresalto y zozobra. Así empieza el recien llegado á disfrutar la anchura, libertad y alegría de la vida que abraza.

La conversacion recae muy luego sobre su designio; en cortas palabras manifiesta sus méritos y precedentes: la licencia de presidio le sirve de certificado en forma, y su aire resuelto de poderosa recomendacion: queda sin embargo á prueba su bravura. Abrázanse mútuamente satisfechos, dánse palabra de fidelidad, y este abrazo es harto mas sincero y fecundo que los abrazos mas célebres, y esta palabra mas obligatoria y mejor guardada que un tratado internacional. Y ello ha de consistir, ó soy un porro, en que allí no hay leyes de responsabilidad; y en que á la primera interpelacion, queda un hombre fuera de estado de escuchar la segunda, y aun hacer rectificaciones sobre aquella, porque *los órganos* de la comunidad cuando alzan el tono en aquella asamblea, le tienen algo mas sostenido que los órganos de Móstoles; hoy *órganos de la Nacion*.

De esta suerte contentos y preparados, beben, rien, descansan ó retozan, sobre los despojos del queso, del salchichon y otras viandas secas, que no permite otra cosa su profesion ambulante. Pero así llegarán á embriagarse, como á decir su verdadero nombre que tratan de olvidar á toda prisa sustituyéndole con un apodo: y si diera alguno en ese extremo (no diré vicio porque no han inventariado todavía las virtudes) bien pronto quedaria ó corregido por completo, ó agregado en el inmenso catálogo de los *ex* que infestan al mundo, haciendo la oposicion á la nueva ortografía que se empeña en desterrar las *x* cuando mas falta nos hacen.

Levantados los restos del banquete y en poder de quien corresponde por riguroso turno, sigue el hacer tiempo fumando, á que pasten ó coman un pienso las caballerías, mientras se llega la ocasion de emplearle mejor. Mas un amanerado silbido del vigilante, impone repentino silencio á los forajidos. Saltan precipitadamente sobre sus caballos, preparan las armas y marchan en órden hasta una distancia prudente de su reclamo. El moderno alumno va en el centro por precaucion, y todas las miradas le observan; pero su rostro es animado, su mirar inquieto, su expresion audaz.

—Mi capitan, adelante; exclama al ver la detencion: y dos bocas de fuego se apoyan en el acto sobre su espalda.

—Despacio, señores; grita el gefe apagando la voz: despues dirigiéndose á él añade, aquí se calla y se obedece. «Pero yo diré lo que hay, compañero, porque me va llenando la pinta. Lo que se ve no se teme, si vienen muchos, cargan; si vienen pocos, vuelven grupa y escurren el bulto: con que dejarlos venir.»

No tarda en oirse la señal de llegada, y dos de los extremos parten á carrera y ocupan cerrando el camino; resuena la voz de alto, y entónces los restantes se lanzan sobre él, rodean á su presa, y poniendo al pecho de los viajeros sus trabucos les intiman la rendicion. Ninguna resistencia se les opone; el aturdimiento que produce la inesperada embestida les favorece; y así tendidos en tierra y boca abajo los acometidos, liados los brazos sobre la espalda y puesto el nuevo profeso de observacion á su lado, desbalijan prontamente el equipaje, recogen la parte mas preciosa, y amenazando á los despojados con la muerte si durante media hora gritan ó intentan moverse, parten á gran galope hácia la soledad.

Estas escenas son cuotidianas; tal vez repetidas en breve espacio; acaso tambien una misma se prolonga con la llegada de otros nuevos personajes, viéndose á la par sembradas ó en hilera una multitud de personas que sufren la misma suerte.

El nuevo Bandido perdió desde el primer momento la ruindad y villanía de corazon que marcaba en su anterior época todas sus acciones. Retirado de los hombres, no ve mas enemigo que el que tiene delante, y confiado en la superioridad de sus fuerzas le despoja con grandeza ó le combate con lealtad. Rara vez acontece que maltrate á los rendidos, porque no los teme, porque nada quiere con sus personas, porque su delacion no le espanta, resuelto como lo está á defender su gruta y su botin á costa de la vida. El arrojo sustituyó en él á la perfidia siempre hija del miedo, y la serenidad á la astucia: sus sentimientos libres de aquella vergonzosa traba recobran el natural vigor, y una súplica no siempre es perdida con el Bandolero.

Una de las cosas en que se muestra mas delicado y generoso, es en la observancia del noveno mandamiento: no desearás la mujer de otro. Se guardará él de infringirle como de dormir en poblado y ¿quién cargaria con semejante responsabilidad? antes por el contrario quisiera y es su propósito sanar al prójimo de agonía y evitarle toda zozobra sobre el asunto. Especialmente si la costilla apóstata ó exclaustrada, que digamos, tiene mas atractivos de los que buenamente se requieren para dejar de *ocupar la cabeza* al descostillado, entonces es preciso, de absoluta precision ofrecerle garantías y tranquilizarle en debida forma: ¿cómo hacerlo? En España para conciliar extremos no hay como echar mano á las doctrinas del foro; y nadie tiene mejor proporcion que el Bandolero por su roce é intimidad con él, y por ser cosa tan conforme á su ejercicio lo de echar mano á cuanto se le presenta. Hé aquí por dónde sabe que la posesion forzada de una cosa extingue todo derecho á ella: por consiguiente la ocupacion violenta y deliberada, aunque sea breve, equivale á una renuncia esplícita y solemne de todo ulterior deseo conforme al Decálogo. Esta es la norma de su conducta relativa á la *fruta del cercado ageno*; y aunque tambien haya oido no sé qué de que el poseedor hace suyas las producciones de lo poseido, como él solo trata, segun dicho es, de una cesion en beneficio de tercero, las abandona sin repugnancia al provecho *del prójimo*.

Fuera de esto, llega su generosidad hasta socorrer á los mismos que acomete con la parte del despojo que necesitan para llegar al término de su viaje, donde se procuren que volver á quitar. La rigidez de sus principios se extiende á querer evitar toda culpa en los actos de su profesion; escuchadle despues de un asesinato, y os dirá: «bien sabe Dios que no fué mi intencion mas que asustarle.» Si solo ha arrebatado la hacienda, fácilmente se salva diciendo «se lo pedí de buena gracia y me lo alargó de corrido.» Lo que esto prueba es que consideramos como la felicidad de

la tierra, el hacer propia una parte del gran caudal que por ella circula; mayor ó menor segun la ambicion de cada uno: y encontrado el medio, le tenemos sin escepcion por legítimo. Por lo menos el del Bandolero, lleva ventaja á los demás conocidos en lo franco.

Como soberano absoluto del parage en que se encuentra, él tiene impuesta contribucion á todos los carruages públicos que transitan por su territorio: y cuando á pesar de ella necesita dinero, no se embaraza para decir al postillon «en la venta é la sabandija me dejarás diez onzas.» Pero en cambio el resto va seguro: no se atentará al coche ni á los transeuntes por cuanto hay; el Bandolero es el símbolo de la confianza; su palabra empeñada por ningun caso deja de cumplirse, y tan fijo es de su boca un «y si no te abraso,» como un «vaya V. sin pena.»

No se limita á esto solo; lleva su punto hasta proteger de cualquier extraña tentativa á sus pecheros, evitarles un insulto, defenderles en él y vengarles por su propio brazo. El salvo-conducto del Bandolero reducido á un simple nudo en la punta de un pañuelo ú otra seña equivalente, tiene, con mucho, mayor valimiento que los de la autoridad con todos sus registros, rúbricas y sellos: porque aquel es respetado siempre de los bandidos, y gran parte de veces por las autoridades de cortos vecindarios; al paso que los últimos no evitan un atropello ni de unos ni de otros, ni por ventura del mismo que le expidió sin saber lo que se expedia.

El agradecimiento es otra de las cualidades que mas le caracterizan. Bien al contrario del hombre de sociedad que así como llega al poder desdeña á los mismos que le elevaron, el Bandolero, semejante al dogo de presa, guarda la fiereza selvática para el extraño, y la constante fidelidad para el amigo de quien se ayudó. Un servicio remoto, un auxilio prestado, imprimen en su pecho un reconocimiento indeleble, cuyos rasgos se manifiestan siempre que el caso lo exige. No necesita para ello de recuerdos ni entrevistas; él es quien indaga primero, quien recuerda agradecido, quien defiende seguro al que una vez le sirvió.

Mírase un asombrado caminante tendido en tierra, tapada la boca con su propio pañuelo, trabadas las manos y agarrotados los pies: un mosquete amenaza su existencia reposando sobre su sien, los puñales que le sirven de asiento en el pecho del bandido acaban de turbar su vista: la congoja se apodera de su frente, la sombra de la eternidad empieza á cubrir su rostro. De repente el apostado cambia de actitud, retira su arma, y suavizando en cuanto puede el acento, le pregunta: ¿No reconoce su mercé esta cara? y es que una sombra de sospecha ha herido su imaginacion; en tal caso la indiferencia es imposible: su conciencia le obliga á disiparla ó confirmarla porque la gratitud es un instinto, y en él obra el sentimiento, no la egoista reflexion. El requerido puede apenas balbucear un *no* temeroso; cree tal vez que la pregunta es siniestra y que un testigo cierto no puede sobrevivir á su confesion. El Bandolero no se satisface con poco, y así torna á preguntar.

—¿No ha pasado su mercé en toa su vida por los presidios de la Gomera?

—¿Quién oculta la verdad ante un juez tan tremendo? ¿pero cuál es el pasmo del acometido? aquella voz en toda su terrible aspereza se levanta para decir: «Caballeros, no hay que pasar adelante, que el señor es cosa mia.» Aquella voz tan poderosa allí como la de Josué en la pendiente de Bethoron, interrumpe la comun actividad: su efecto mágico es tan seguro cuando procede del gefe, como del último subalterno de la cuadrilla; las miradas de los restantes se fijan acordes en el que la dió. Su ademán es sosegado; pasea tranquilo una ojeada por las frentes de sus compañeros, y añade con resolucion. «Señores, lo dicho dicho, y de mi palabra yo respondo.» Asunto terminado: esta clase de proteccion jamás se desatiende: el acosado se ve instantáneamente libre de sus ataduras y dueño de su ajuar; solo la parte tomada hasta allí queda propia de los agresores (á los derechos adquiridos nadie atentaria impunemente); y esto con exclusion del bizarro mediador que ha renunciado por el mismo hecho á toda participacion en la *ganancia*.

Despues de sus correrías el Bandolero se retira á su gruta, donde en amable paz y compañía huelga, goza, y reparte lo entrojado con maravillosa legalidad. El botin se divide por de pronto en tres porciones iguales que luego se deshacen en fragmentos: la primera con aplicacion al superior, de cuyo cargo son las atenciones de la cofradía; la segunda para el resto de la congregacion; y la tercera para..... defenderse por pobres en los aprietos de Justicia.

Las mujeres para nada cuentan en aquella sociedad, no precisamente conyugal, pero al menos *copulativa*: sus funciones allí se reducen únicamente á proveer al hombre de aquello mas necesario en la vida. Y en efecto ¿cómo la pasaria aislado, y la costumbre adquirida de aprovechar las comodidades sociales, sin esta precisa mitad de su existencia? Porque es cierto; hay menesteres domésticos á que el hombre se pliega, pero que se acomodan naturalmente á la mujer; y me parece muy conforme que allá cuando las aves se venian á la mano, Adan cazase á Eva, y Eva se las pelara porque volviese á cazar.

Y no es en verdad el aseo y cuidado de las habitaciones, ni el aderezo de los manjares, ni la atencion de la familia lo que consume su tiempo: la caverna no tiene gabinetes, aunque sí secretos; los enseres se limitan á algun dornajo, capacho ó seron que se utiliza al derecho y al revés segun lo pide el caso, como artículo de constitucion, y no exige grandes afanes; los manjares, aunque regalados y esquisitos, nada tienen que agradecer al hogar; y en cuanto á la familia, el Bandolero jamás conoce á sus hijos: nunca se ven crecer en derredor del árbol sus retoños; nunca empiezan á adiestrarse al abrigo del halcon sus polluelos. Las formidables hijas del bosque, únicas compañeras de sus placeres y desgracias, no ostentan en su guarida la fecundidad aterradora de los tigres ó la envidiosa emulacion de las cortesanas: sin duda *el género de vida* las hace exentas de este natural tributo, y en aquellas hordas errantes, no cabe la bendicion del Señor (para algunos anatema) «creced y multiplicáos» habiéndose de sustituir precisamente con la proverbial sentencia de nuestros mayores: «Dios los cria y ellos se juntan.»

Pero en cambio sus desvelos por el aumento y prosperidad de la congregacion no conocen límites; ella es la segura atalaya que defiende sus tesoros; es en la ciudad reclamo y cebo, con su atezada hermosura y gentil donaire, á los incautos que los multiplican; es el conducto certero por donde se comunican los caidos en la trampa con sus hermanos de la sierra; el mediador irresistible para con sus cazadores, y el templado broquel contra sus enemigos. Tan bien se la entiende la eliminacion de un rizo si la provoca una maldiciente, ó el solfeo de una tanda al compás de su zapato, como el delinear de un mapa á buril, ó el taracear de un mosáico á chinarrazos sobre el rostro do un atrevido; si ya no mide con la tienta la profundidad de sus corazones. Es al mismo tiempo el buque de exportacion para los productos de la *industria*, la letra de cambio para la recaudacion de sus valores, y el almojarife de los fondos y riquezas.

Alguna vez acompaña á la banda en sus incursiones y trabaja á la par de los esforzados, como espía, ojeador y reten. Pero donde mas brilla su utilidad es en aquellos trances que presentan dudoso el resultado,

ó tienen consecuencias mas ó menos funestas. Una escaramuza con la gente de guerra que les persigue, ó una conquista verdadera de lo que se proponen apandar, son los campos de gloria en que la Bandolera recoge sus laureles. Impávida y pronta como un deseo irritado, á todas partes acude saltando veloz entre los abrojos, trepando cerros y salvando precipicios: ora se esconde junto al perseguidor como la astuta serpiente, y atisba, y con venenosa intencion hace ruido que le distraiga; ora fácilmente se desliza entre la espesura, y recorriendo su línea da saludables y rápidos consejos á los emboscados: «Gazapo, salta de ahí, que vienen los gozques por el crucero; Gitanillo, dáles pulé que debajo los tienes;» y perdiéndose como el eco de los alaridos atraviesa nuevamente hácia los sitiadores, sin temer á los cruzados fuegos ni conmoverse á los ayes del que sucumbe.

Durante el calor de la refriega, la aguerrida Amazona, por nada se divierte del propósito que la ocupa; y no es raro que á su presteza, actividad y espíritu, se llegue á deber el resultado de la accion. Pero concluida, su celoso afan toma distinto rumbo; y si todos los confederados no se reunen á la señal de socorro, torna infatigable á registrar los puntos hasta dar con el que falta. Acaso le encuentra reclinado á la sombra de un arbusto, el trabuco por cabecera, exhalando sordos lamentos al dolor de sus heridas: entonces el ángel del consuelo se acerca llamándole por su propio nombre, y solo su aparicion reanima el moribundo y mitiga sus padecimientos. La compasiva mujer le incorpora, le venda, llama en su auxilio y le acompaña á su guarida, donde con fraternal ternura le asiste, cura y atiende sin descanso hasta que la salud ó la muerte concurren á completar su obra.

Esto no obstante, cuando el tédio ó el capricho, ó cualquier otra razon de mas ó menos peso exige la separacion de estos séres armonizados, la verifican sin estruendo, llevándose mútuamente por grata memoria algun chirlo en los semblantes, ó por lo menos un consistorio cabal en sus personas: esto sin perjuicio de la acostumbrada *sarta de cornerinas* que se anticipan por via de galanteo, con su correspondiente broche *de lengua de víbora y batiente*, y la cifra de sus amores en arañazos. Por lo demas siempre se hace de comun acuerdo y conformidad de las partes, sin que para ello hayan de acudir al juicio de Mario, ni se conserven ojeriza ó rencor en lo futuro.

Hemos sentado que el Bandolero se aparta de la sociedad, mas no por eso se ha de entender que reniega de ella. Frecuentemente se le ve en su seno disfrutando sus delicias; y los pueblos mezquinos, de que tanto abunda nuestro fértil suelo, son los arrabales, que digamos, de su solitaria jurisdiccion. En ellos ejerce un imperio de diferente especie, pero no de menor valía que en los caminos y despoblados. Su presencia en la taberna, punto marcado de reunion, cautiva las voluntades; todos le miman y regalan; es lo que se llama una persona influyente, y en mas de cuatro apuros nos daríamos con un canto en los pechos por pescar su voto, henchido así de los votos mas principales. Él, segun dice, á naide quiere mal; á tó el mundo respeta (salva la bolsa); dentro del caserío jamás se propasa; quien le busca, le encuentra lo mismo pá un fregao que pá un barrío; ¿qué mas se puede pedir á cualquier cristiano?

Y en efecto, el Bandolero siempre llega de paz á los umbrales; bien que armado con los bélicos pertrechos, porque no se necesita mucha retórica para aprender que hombre prevenido vale por dos: conversa en buena amistad con los vecinos y autoridades, participa de sus fiestas y regocijos, y generalmente guarda ley á sus relaciones. Agrégase á sus cariñosos modales el desprendimiento y garbo que luce en todas partes; acostumbrado á la abundancia nada escasea en sus visitas que pueda aumentar su prestigio: despilfarra y malgasta con sus *intimidades*, como pudiera un ministro de Hacienda, lo que pertenece á otros: el pánico terror que infunden los ruidosos escarmientos con el que se desmanda, acaban de consolidar su poder; y de este modo se hace inexpugnable en su montaña, sostenido por los poderes circunvecinos.

Llega una requisitoria mandándole prender; y el mismo dia que se fija en público tiene la debida noticia de lo que pasa. Al siguiente con toda la solemnidad de caso, se presenta el Bandolero al frente de su cuadrilla, en los contornos del lugar: asústase la gente, cierran las puertas, abren las ventanas, escóndense las viejas, aprovechan la confusion las mozas, y olvidando provisionalmente al novio que *ara con sus bueyes*, salen á recibir y festejar á sus galanes. No hizo mas famosa entrada el capitan Gonzalo Fernandez, que la que hace el Bandolero en esta ocasion; ni mas obedientes cayeron los muros de Jericó al sonido de la trompeta, que cae á su voz la soberbia requisitoria mutilada por las cuatro extremidades. Allí quedan aferradas con sus cuatro obleas en las puertas del templo, para escarnio y terror de moradores y transeuntes, como quedarian los miembros del conquistador clavados en vigas por el camino si le llegasen á echar la zarpa. Hecho así, el caudillo abandona la poblacion llevando engastada en su puñal á la prisionera, sin que nadie tome á su cargo el vengar la injuria; vuelve á su retiro seguido de su gente, y desmontando la clava en el primer tronco que se le presenta, á guisa de murciélago. Alzase confuso estruendo de gritos, risotadas y sarcasmos, siguen las burlas, los insultantes dicterios sin traba ni reparo alguno; se celebran mútuamente sus ocurrencias, se brinda por sus intenciones, y tomándola al fin por blanco, la fusilan por la espalda ejercitando su destreza para emplearla si posible fuera en los autores. De esta manera respeta el Bandolero las disposiciones de la sociedad, dejando á cubierto á los amigos.

Gánase una batalla, y se recoge el botin: en seguida, como es de suponer, se levanta un ruidoso proceso para averiguar lo que todo el mundo sabe; y en él son llamados á declarar los pueblos mas cercanos al hecho: pero nuestros pueblos ni oyen, ni ven, ni entienden sino su propia utilidad y conveniencia; por consiguiente lo mas que resulta es, que los ladrones se llevaron el dinero y los robados se quedaron sin él. El mismo Bandolero acaso se presenta como testigo, y observa, y tantea, y registra, formando con lo que ve su composicion de lugar: si la cosa ha de parar en condenarle en rebeldía, se vuelve á su manada y aguarda tranquilo el momento de asesinar á la sentencia: pero el débil que dió márgen á ella con su inocente dicho, paga harto cara la inocentada, sin que lo estorben sus buenos servicios anteriores. Así nadie trata de malquistarse con él, mucho menos cuando nada espera por galardon de su arrojo; y en resúmen cada cual prefiere las visitas del Bandolero á las del escribano.

De tal suerte, este hijo emancipado se llama de la familia cuando bien le cuadra, y aprovecha sus ventajas y placeres; considerándose espurio y borde en cuanto á lo demas. No hay feria ni funcion á que no asista, ni moza á quien no asedie, ni diversion que desperdicie. Comunmente le acompañan hasta llegar los cofrades y su galana pareja, ostentando con el lujo de sus vestidos la gentileza de su persona; mas luego se desvian todos, y apenas se dan por conocidos, tomando parte en ese frívolo aparato que llaman trato de gentes, aunque por diverso fin. Cada uno se dedica solo á sus faenas ¿quién va á la feria simplemente por gozar? pero siempre dispuesto á socorrer á los restantes en caso de necesidad. En tales lances, abandona las armas de grueso calibre para presentarse en público; aunque un par de cachorrillos y una tercera de muelle, poco peso hacen en la faltriquera.

Su rumbo y boato son allí mas extremados que en parte alguna; y el juego es en nuestros dias la señal mas evidente del rango y la importancia del individuo. El Bandolero pues, que á nadie cede y á muchos aventaja en pomposa ostentacion y en medios de sostenerla, juega por de contado, y juega fuerte: pero gana sin interrupcion, ó por lo menos no pierde nunca; porque avizorando en dónde para el dinero, y disponiendo una cacería para el primer dia de campo, recobra su desembolso con mas aumento que un contratista del Estado.

En los ratos de ocupacion se dedica á chalanear vendiendo lo ajeno, y haciendo propio lo que no compra. Apenas hay mercado en que no varíe de palafren, y esto por calculado sistema, pues entiende que «por el rostro se distingue á la presona, y por el *almifor* y el vestío se la barrunta.» Cuando ve alguna cosa *que lo merece*, se arrima haciendo la desecha, y empieza á tratar con frialdad el ajuste.

—¿Tiene cosquillas?

—No señor, es un cordero.

—¿Duro é boca?

—Con una hebra de seda le maneja un niño.

—¿Y qué tal escapa el animalito?

—Como caballo de apuesta; y saltador, no se diga.

—Compadre; tiene pena é la vida el que hable mal de su género.

—No hay mas que á la prueba; y si miento yo, le doy de balde.

El Bandolero con la gracia del mundo, se pone de un brinco á horcajadas sobre el lomo; aprieta con fervor ambas espuelas, y el caballo arrancando de un largo salto parte á carrera tendida y asombra á los circunstantes. El dueño le contempla embelesado, y recostando sobre su vara una cadera, calcula el aumento de precio que tan lucido ensayo le promete: mas temiendo luego que puede reventarse, empieza á gritar con todo su pulmon, eh! hola! vuelta! vuelta!

—La del humo, contesta á media voz el ginete; y picándole de nuevo desaparece con la velocidad de un relámpago.

El método no puede ser mas sencillo; pero no obstante prefiere por lo comun aguardarle en su terreno, y reserva sus hazañas y proezas para el campo raso.

En esta vida activa y laboriosa, alegre y matizada de sobresaltos, pasa el Bandolero sus dias, excepto aquellos en que caido en el lazo, divierte su ócio con experimentos teórico-prácticos para lo futuro, y proyectos de mejoras sobre el arte. Como todo hombre de posicion, adquiere orgullo, se hace exclusivo, y no puede tolerar émulo ni rival de sus glorias. Apenas sabe que cerca ó lejos de su permanencia despunta otro capaz de fijar la atencion aterrando, le busca y persigue con afan, tan solo por el gusto de probarse las fuerzas y rajarse el corazon á puñaladas. A veces se atraen desde los parajes mas remotos, y emprenden largas peregrinaciones sin mas intento ni motivo de queja: y es tan arraigada y severa la costumbre, que gana mucho en opinion el que acude al territorio ajeno; y perderia toda la suya quien sabiendo que un beduino ha conseguido por apodo *mil hombres*, no acudiera solícito á departirlos con su navaja.

De este modo llega á cobrar fama y extender su nombradía por todo el ámbito de su pais; haciéndose objeto de conversaciones y artículos. Entónces ya se le puede pronosticar, segun los tiempos que corren y sin necesidad de acudir á los astros, que su destino le lleva como un rehilete á figurar sobre las tablas: si es afortunado, en las del coliseo; si no, en las de algun armatoste á las afueras de la capital.

Bonifacio Gomez.

EL COLEGIAL.

Para que haya Colegiales preciso es que haya colegios (¡quién lo duda!) y para que haya colegios es necesario que haya Colegiales. Esto parece indudable, por la regla de los correlativos, y seguramente lo calificariamos de tal, si en esta tierra de garbanzos, donde tres y dos no son cinco, pudiera haber cosa cierta. Así es que en España hay colegios sin Colegiales (traslado á los colegios electorales) y tambien Colegiales *in partibus*, aun prescindiendo de los abogados, escribanos y zapateros, cuyas asociaciones se titulan colegios en algunos pueblos, y que así son Colegiales como por los cerros de Ubeda.

Siguiendo, pues, las fórmulas parlamentarias, antes de *abordar* la cuestion debo hacer la *salvedad* (*lenguaje castizo*), de que no es mi ánimo meterme en nada con los dichos Colegiales, *que no son Colegiales*, sino solamente con los que viven reunidos en comunidad; bajo cuyo nombre se comprenden no solamente los individuos de los colegios mayores y menores, sino tambien de los seminarios conciliares y de la Escuela Pia, pues á los alumnos de todos ellos se da indistintamente el título de Colegiales.

Bien quisiera yo saber cuántos y cuáles eran los colegios que habia en España en tiempo de Gerion y del rey Brigo, pero nada dice el Beroso acerca de ellos, y no es cosa de añadirle un capítulo. Queda, pues, como Colegial mas antiguo de España su patron Santiago, individuo que fue del colegio Apostólico, pues aun cuando no era de orígen español, por sus servicios patrióticos obtuvo hace ya tiempo carta de naturaleza.

Hubo posteriormente un señor arzobispo de Toledo, llamado el Sr. D. Gil de Albornoz, y no pareciénle sin duda esta tierra la mas á propósito para Colegiales, labró allá en Bolonia un colegio mayor, que ha producido muchos y célebres bolonios, y no valga por insulto. Pero otros mudaron de parecer y se pusieron á construir colegios en España, entre ellos don Diego de Amaya Maldonado, el de S. Bartolomé de Salamanca; el cardenal Mendoza, el de Sta. Cruz de Valladolid; Fr. Mortero el de S. Gregorio, y el célebre Fonseca el de su nombre en Santiago, y del Obispo en Salamanca. En seguida Cisneros conoció que la tierra de Alcalá era buena para Colegiales, y en virtud de ello fundó el colegio mayor de S. Ildefonso, y otro para gramáticos y el de filósofos con 70 plazas, en memoria de los 70 discípulos (fortuna fue que no se acordára de Sta. Ursula y las 11,000 vírgenes) y luego el de la madre de Dios para teólogos, y luego el de S. Pedro y S. Pablo, y luego.... échense Vds. á contar hasta ocho ó diez colegios.

Vinieron en seguida los obispos del concilio de Trento, y se echaron á fundar colegios y seminarios á porfía, y otros que no habian asistido al concilio, no por eso quisieron ser menos. Duró esto por mucho tiempo, hasta que se hizo mas de moda el fundar capellanías, porque es de advertir que en esto de fundaciones influye mucho la moda.

Vino por fin la generacion actual con su ilustracion y su jamancia, y de un papirotazo echó abajo conventos, capellanías, mayorazgos y colegios, y hasta los seminarios han quedado en el aire, como el alma de Garibay. En cambio llegó la moda de los liceos, y no hubo pueblo, de Madrid á Belchite inclusive, que no tuviera el suyo: cuando ya se iban agostando ha entrado por fin la moda de los Institutos, que..... déjelos V. estar.

Para considerar, pues, al Colegial bajo sus diferentes fases, vamos á seguir sus pasos en la Escuela Pia, el Seminario y el colegio, hasta que esta crisálida literaria se trasforme en oidor ó canónigo, segun el camino por donde Dios le llame.

PRIMERO.

Ab initio et ante sæcula ...

No quiero decir que el Colegial haya existido desde el principio del mundo, si no que voy á considerarle desde su orígen y nacimiento. Bien es cierto que aquel bonachon de Horacio dijo: que no se tomaran las cosas desde sus principos remotos, ni el sitio de Troya desde el huevo de Meleagro; pero aquel poeta era un clásico de los de tres al cuarto, y como dijo Fr. Blas: «*nosotros llevamos la contraria con el Ilustrísimo Barradas*.

Digo, pues, que á fuerza de varias y profundas investigaciones se han convencido los que han tratado la materia, de que el Colegial nace como los demas hombres, opinion que confirmaria quizá con mi propia experiencia, si me acordara algo de la época á que me refiero. Con todo, en las poblaciones donde habia colegios mayores, acostumbraban las mujeres marcharse á parir en algun pueblo distante de aquel establecimiento, cuando menos una legua. Esto lo hacian para eludir la ley ó estatuto que prohibia entrar Colegiales mayores en casi todos ellos, á los naturales del mismo pueblo ó sus inmediaciones.

Erase, pues, un muchacho nacido á mas de una legua del Colegio mayor, y por tanto predestinado por su madre para Colegial. Con todo, no hubiera entrado tan pronto en esta profesion, si las contínuas travesuras no hubieran decidido á su familia á confiarlo á los Escolapios, como quien lleva al picadero un potro cerril. En efecto, el chico *prometia mucho*; pues á la edad de siete años era ya conocido por sus fazañas, en todas las callejuelas y encrucijadas del pueblo, y hasta los perros al verle á cierta distancia huian con el rabo entre piernas y haciendo el cojo. En vano el maestro descargaba sobre sus posaderas sendas zurras *á telon corrido*, y sus padres le encerraban en el cuarto oscuro y le amenazaban contínuamente con el hospicio, pues nada servia para que dejara de hacer novillos y tomarse mas asuetos que los concedidos por el maestro; siendo ademas aficionado á las pedreas, de las cuales salia con frecuencia si no herido al menos contuso. Tales fueron los motivos que obligaron á sus padres á sacarlo cuanto antes de la casa por quitarse de ruidos, que no los hacia pequeños.

A pesar de todo hubo por parte de la madre una despedida sentimental y patética, en comparacion de la cual fue la de Fontainebleau, tortas y pan pintado. No así de parte del chico, que se consoló bien pronto, y pasó aquel mal rato á fuerza de dulces. Una vez dentro del seminario, el bullicio y la algazara de los otros muchachos que salian de las clases alborotando y triscando desterraron bien pronto su melancolía, y una hora despues jugaba al toro con los otros chicuelos, como si toda su vida se hubiera criado con ellos. Por otra parte la dulzura de aquellos buenos religiosos, que se convierten á veces en niños para alternar con ellos, y las caricias que como á nuevo le prodigaban, hicieron que se olvidase bien pronto de las dulzuras de la casa paterna.

De este modo principió á sentir los goces y privaciones de la vida colegial, que para un niño criado entre el mimo y el regalo tiene mas de las segundas. Levantarse temprano, hacer las cuatro comidas á golpe de campana y casi siempre de una misma clase de alimentos, pasar largas horas sobre el libro y en el mas profundo silencio, y en seguida cinco en la clase, constituyen una vida enteramente contraria á la que habia tenido hasta entónces en su casa.

Llegó por fin un dia de salida, y despues de cantar el oficio de parvo á coros y en comunidad, oir misa y vestirse el uniforme, ó traje del Seminario, pudo marchar á su casa en compañía del criado que apenas podia seguirle. Aqui fueron los abrazos de la mamá, de los abuelos, tios, parientes y amigos, que acudian á ver al chicuelo, como si viniera de Tetuan. Aquel dia hubo arroz y gallo muerto, pero se aceleró la comida para asistir á la comedia de la tarde en un palco segundo, donde se encajonó toda la familia, y el primero el Colegialito; el cual se apoderó al punto de la silla mas alta y del lugar que le pareció mejor.

Pero segun se acercaba la hora fatal de regresar al colegio, se disminuia gradualmente su alegría y vivacidad, de modo que al llegar el momento temido, le atacaron casi repentinamente dolores de vientre y de cabeza. El padre, que era hombre formalote y chapado á la antigua, desestimó las quejas del muchacho y las plegarias de la mamá, y con rostro impasible dió la órden para marchar. En virtud de ella, el enfermo fue remolcado hácia el colegio por aquel mismo criado, que por la mañana apenas podia seguir sus pasos.



El Colegial.

Al dia siguiente se quedó en cama, y el director le echó de menos durante la misa, por lo que acudió al punto á su alcoba para tomarle el pulso. Como práctico en los achaques de sus alumnos, recetó sobre la marcha lavativas y dieta, remedios los mas eficaces contra la pereza y la indisgestion que suelen atacar á los Colegialitos al dia siguiente de la salida. El suceso demostró cuán acertadas habian sido las medicinas, pues aquella misma tarde se levantó el enfermo con unos ácidos espantosos y á trueque de no que-

darse sin cenar protestó, que ya no tenia nada, lo cual creyó de buena fé el bueno del maestro.

Pasaron dias y meses, y los meses llegaron á formar dos años, en los cuales nuestro muchacho se fue perfeccionando en la gramática latina y demas elementos que constituyen la educacion escolapia, si no brillante y variada, al menos sólida y concienzuda. Pero al paso que iba desarrollándose el muchacho, crecia tambien con él cierta inclinacion á la holganza, á la cual diz que somos muy propensos los españoles. Asi es que durante la vela en vez de estudiar la leccion, se entretenia en pintar monos en las hojas de los libros, viniendo estos á ser por este medio una especie de ediciones pintorescas, con el texto adornado de dibujos: y á fé que si quisieramos llevar adelante la comparacion, entre los monos que pintaba el Colegialito y las aleluyas que decoran algunas publicaciones.... pero mas vale callar.

Por otra parte era camorrista, y andaba siempre al morro con los otros compañeros, los cuales en despique le abrian sendas trincheras en la cabeza, ó cuando menos burujones como puños. Crecian los castigos en proporcion de su petulancia, y la palmeta amenazaba de continuo á su mano: en despique, los dias de salida referia á su mamá los castigos de que era (segun él decia) inocente víctima, pintaba con los mas negros colores la crueldad de sus maestros, y aseguraba formalmente bajo su palabra, que pasaban de cincuenta los heridos de palmeta que habia de continuo en la enfermería. Pero se aguardaba muy bien de referir sus diabólicas travesuras y lo mucho que en otras ocasiones lo halagaban, porque es de notar que los mayores enemigos de los Escolapios son sus discípulos mas mimados. Lloraba la madre á lágrima viva al oir tan trágicas relaciones, pero el padre, mejor informado de las tretas del chicuelo, se desentendia de sus cuitas.

Llegó por fin el dia del cumpleaños de la mamá, y el muchacho se presentó á cumplimentarla con una hoja de papel marquilla bien orleada, que contenia una décima de circunstancias compuesta y escrita por el Colegial, no sin ayuda de sus maestros. Admirada la mamá de tan gran adelanto decretó en el acto que se colocara la décima en el testero del salon, con su correspondiente marco dorado. Aquel dia estuvo feliz el muchacho, tradujo un trozo de Cornelio Nepote con tal seguridad y maestría, que dejó admirado á un capellan tio suyo, que tenia las letras como las del Misal, pocas y gordas. En seguida sintiéndose inspirado á la vista de unas nueces, principió á recitar subido sobre una silla la fábula de la mona:

> subió la mona á un nogal,
> y encontrando una nuez verde, etc.

pero al decir «arrojóla el animal....» tiró tal castañazo á una hermana suya, que sus lamentos le obligaron á suspender el recitado, con no poca risa del auditorio.

Aquel dia la madre repitió los ataques, y apoyada por el capellan decidió á su marido á que sacara al chico del colegio, contra el dictámen de sus maestros. Tambien se acordó enviarle á principiar la filosofia en un seminario conciliar, para que conservase mejor la inocencia..... si aun era tiempo.

SEGUNDO.

> *Cadit in Scylam, etc.*
> Por huir de la sarten cayó en las ascuas.

Al que no quiera caldo taza y media: asi dice un piadoso refran castellano, y asimismo le sucedió á nuestro Colegialillo, que huyendo de los Escolapios vino á dar en un seminario conciliar. Practicadas las debidas diligencias entró en aquel establecimiento el mismo dia de Todos Santos para principiar primero en filosofia. Presentóse al rector, que era un canónigo de los de *in illo tempore* y á presencia suya se vistió el manto de paño oscuro y una beca de color mas claro: advirtiendo que se veian los pantalones por bajo del manto, mandó al nuevo alumno, que en lo sucesivo se abstuviera de usar aquella prenda profana, ó cuando menos subírsela hasta la rodilla, aunque seria mejor usar calzones, lo cual reputaba mas meritorio en la presencia de Dios.

En seguida, tomando un polvo y sentado *pro tribunali* (el tribunal era un sillon de Moscovia con clavos como platos) le dirigió sobre poco mas ó menos la siguiente plática. «Vas á entrar, hijo mio, en esta *santa casa*, donde tu talento será cultivado y tus costumbres reformadas con la ayuda del Señor. El traje sencillo y humilde, que acabas de vestir, te recordará que debes ser modesto en presencia de tus superiores y sufrido con tus compañeros; cuidando mas bien de ajustar tu conducta, que no escudriñar las ajenas: no obstante, si observares en ellos algun vicio ú desórden, tendrás cuidado de avisarlo á los superiores, porque como dice la Escritura, *facientes et consentientes*.....»

—Y á todo esto, hijo mio ¿á cuántos estás de latin?—Bastante bien: ya traduzco aquello que principia *Barbara piramidum*.

—¡Profanidades!.... yo no sé qué gusto tienen esos padres Escolapios de enseñar á los chicos esas heregias, sabiendo que á San Gerónimo le dieron los ángeles una zurra por leer á Ciceron. ¡Como si no tuvieramos ahí los santos nuevos y los himnos!.... Al decir esto, abrió su breviario, y el muchacho tradujo á satisfaccion la antífona que principia: ¡*Oh doctor optime*!

Concluida la recepcion pasó el nuevo seminarista á instalarse en su cuarto, que tendria escasamente doce pies de largo por ocho de ancho: tres sillas, una cama de tablas, una mesita y un cofre formaban su menaje; un crucifijo y la oracion de San Francisco de Asis contra las malas tentaciones completaban su adorno: todo ello á expensas del nuevo. Despues de arreglados sus chismes y libros salió este al cláustro donde ya le esperaban los otros seminaristas.

Yo quisiera conocer algun anticuario que me sacara de la ignorancia en que estoy acerca de quién fué el que inventó las vejaciones que sufren los nuevos en casi todos los establecimientos, y lo que usaban los egipcios y los babilonios sobre este particular. Lo que sí puedo asegurar es, que en nuestra patria se acostumbra desde tiempo inmemorial recibir sus compañeros á los nuevos obsequiándolos con algunas barbaridades á estilo de Sacedon. Ahí está la historia del Gran Tacaño, que no me dejará mentir: véase en ella el recibimiento que hicieron los estudiantes de Alcalá al hijo del barbero de Segovia.

Respecto de nuestro héroe se contentaron los seminaristas con quitarle el bonete, que corrió de mano en mano, ora tropezando en las maderas de los techos, ora lamiendo el polvo de los ladrillos, hasta que volvió á manos de su dueño, víctima de una vejez prematura. En seguida colocaron al nuevo sobre una escalera de mano, y en esta forma le condujeron procesionalmente por los cláustros, como al sacristan en el sainete del santo, cantando con voces asochantradas:

> Alegrémonos, alegrémonos,
> porque justo es que nos alegrémonos.

Sudaba el pobre novato la gota gorda, y en su turbacion no advirtió que le conducian á tropezar con un farol suspendido del techo por una cuerda. Temeroso de romperlo trató de dar un salto, al mismo tiempo que los conductores conociendo la intencion soltaban

los extremos de la escalera, la cual vino al suelo con grande estrépito. En tal conflicto se agarró á la cuerda del farol y quedó por un momento en el aire haciendo piruetas; pero la cuerda harto endeble para tanto peso se quebró al punto, y el burlado jóven vino al suelo aplastando el farol, y recogiendo en su manto el contenido de la lámpara. Entonces se le acercó un seminarista bizco, y ayudándole á levantar le dijo, parodiando aquellas palabras del Apocalipsis: *dignus est agnus*: «digno es ya este pobre español de alternar con la gente del bronce: su manto y su bonete principian desde hoy á caminar hácia la venerable antigüedad.»

En aquel momento se oyó un grito agudo que decia: ¡¡*el pasante*!! La presencia del pasante causó en aquella reunion una escena muda parecida á la del casero en la casa de *Tócame Roque*: cada uno se guarece en su madriguera. Solamente el inexperto nuevo quedó á pocos pasos del sitio de la catástrofe, y hubo de sufrir sus reconvenciones á vista de los sucios despojos de la refriega. En vano trató de sincerarse nuestro *delincuente honrado*, y para salir del apuro tuvo la debilidad de acusar al bizco, pues probó este á poco rato con el testimonio de una porcion de colegiales, que cuando se oyó el ruido estaba tomando el sol en la azotea.

Una avalancha trae otra avalancha (palabras del Han de Islandia) y una broma trae otra en pos de sí. El pobre novato que tuvo la debilidad de acusar al bizco hubo de purgar bien pronto su pecado, á la manera que Sancho por no pagar en la venta. A cada vuelo que daba sobre la manta le preguntaba el bizco si volveria *á cantar*, hasta que molido y mohino juró el pobre mancebo por las puntas de su bonete ser en lo sucesivo antes mártir que confesor.

Durante el primer año nuestro seminarista como lógico y como nuevo hubo de sufrir un noviciado harto triste. No solamente sufria las calaveradas de los antiguos, que solian divertirse á su costa, sino que ademas cargaba con todas las culpas, segun aquello, de que siempre rompe la cuerda por lo mas flojo. El servia de atalaya mientras los otros jugaban en algun cláustro retirado, hacia de testigo falso en obsequio de los antiguos, y les contribuia con parte de su racion, cuando ayunaban por alguna calaverada. Si era preciso interpelar al mayordomo, para que sustituyera otro almuerzo á la cuotidiana chanfaina, ó exigiera la responsabilidad al inmundo pinche, que hacia servir en obsequio de sus narices el mismo mandil en que cortaba las sopas, en tal caso el nuevo era uno de los destinados á llevar la embajada. Por resultado de ella al ocupar su puesto en el refectorio solia hallar vacío el sitio donde habia de estar el postre, y cuando en seguida alargaba la mano para tomar el plato apartaba el fámulo la tabla donde los traia: esta pequeña accion, y la risita con que la acompaña el fámulo, indican al pobre seminarista que por aquel dia se queda sin comer.

Jamás vió un preso con tanto placer acercarse el fin de su condena como el seminarista llegar el dia de San Juan. Así es que desde el primero de mayo contaba por dias y por horas las que le faltaban para salir. Llegó por fin el anhelado instante, y salió nuestro jóven tan aturdido y precipitado, que ni aun se despidió del rector, ni de sus compañeros. Al llegar á la posada donde le esperaban la mula y el criado dió á este tanta prisa, que aquella misma noche durmió á seis leguas del seminario.

Pero al acercarse el formidable dia de San Lúcas, vuelven á renovarse las llagas que un verano feliz apenas habia logrado cicatrizar. A pesar de eso el segundo año de seminario es ya mas tolerable que el anterior. Al regresar allá se encuentra el Colegial en tierra de amigos, y para entonces han acordado ya otros nuevos en los cuales piensa ensayar las lecciones prácticas que recibió en el curso pasado. Con todo, su desarrollo está reservado para el tercero.

Efectivamente, en este año es cuando concluye de formarse el carácter del seminarista, mientras el catedrático trata de enseñarle filosofía moral. Ya no es entonces aquel jóven pavoroso y tímido, que se quitaba el bonete al aproximarse el pasante, y temblaba como un azogado mientras el rector le dirigia la palabra. Al paso que se ha desarrollado su físico, han tomado incremento su petulancia y sus pasiones. Lejos de temer al pasante ni á los catedráticos los insulta y les responde con altivez, los castigos solo sirven para aumentar su procacidad: si le quitan la racion está seguro de que comerá mejor, porque cada compañero le guardará una parte de la suya, y si llega el caso de meterlo en el cepo, pasa un dia feliz fumando y tumbado á la bartola. Nada hay seguro en el seminario ni aun dentro del cuarto del rector; pero sus tiros mas frecuentes son contra la despensa. Unas veces quebranta su cerradura, otras ensaya el modo de abrir con una llave de madera construida á fuerza de industria y de paciencia, y al último recurso mete por el agujero de la puerta al gato mimado del rector y al verle pasar por encima de las uvas tira del bramante con que le tiene sujeto, y arrastra hácia la puerta al quejumbroso animal, que de paso trae dos ristras de uvas entre sus crispadas uñas.

Si el rector tiene corral de gallinas (como suele suceder) el seminarista trata de pescárselas sirviéndole de caña una escoba, de sedal un bramante, de anzuelo un alfiler encorvado, y de cebo un pedacito de pan. ¡Oh vosotros pescadores de agua dulce, que despues de un dia de paciencia, lograis pescar una suela de zapato y unas tercianas! ¿Tendreis todavía valor para negar la posibilidad de pescar en seco? (prescindiendo de las oficinas).

Viérais al través de aquella alta reja los malignos semblantes de aquellos improvisados pescadores, al contemplar la ascension de la gallina, que se sube por el aire aleteando y cacareando en falsete. A falta de estos despojos, cuyo grato sabor es difícil comparar á otros manjares, el seminarista de pelo en pecho soborna al portero (que viene á ser el carabinero de aquella costa) ó se vale de los estudiantes externos para meter sus contrabandos, por cuyos medios rara vez carece de vino, frutas y sobre todo de tabaco, porque el seminarista que no fuma, es una especie de salamandra cuyas alas no se han chamuscado en el fuego.

Cuando el seminarista ha logrado introducir un buen contrabando convida á sus camaradas, y una hora despues de tocar á silencio, ya que el rector y los catedráticos han atrancado sus puertas y duermen profundo sueño, se reunen los amiguchos y tienen su orgía. A veces al salir de ella el calavera se divierte en sorprender algun nuevo y echarle entre las sábanas los restos del festin. Y ya que nombramos al calavera, es de notar, que en aquella pequeña sociedad tambien hay gente *crúa*. Pero allí sus fechorías se reducen á zurrar á los que son inferiores en fuerzas, hacer por la noche la fantasma arrastrando por los cláustros algun palo, ó entrar en el cuarto de algun nuevo, para arruinar vilmente su inocencia. A veces sorprendido por el pasante, ó algun catedrático en estas escursiones nocturnas paga su delito con algunos dias á media dieta, otras logra burlar su persecucion ocultándose en algun rincon del oscuro cláustro.

Una de las anécdotas mas vulgares en las crónicas seminariales (que se conservan por tradicion, por no haber sido aun redactadas) refiere, que habiendo sorprendido cierto rector á un calavera que andaba haciendo ruidos por el cláustro, y no pudiendo reconocerle por la oscuridad sacó unas tijeras y le cortó un rizo de pelo, *ó chorizo*, que llevaba en la cabeza, y del cual le tenia sujeto. A la mañana siguiente al

entrar en el oratorio los seminaristas para oir misa se colocó á la puerta, y quedó no poco admirado al ver entrar sin el correspondiente rizo al mas beato y morigerado de todos los teólogos. Iba ya á echarle en cara su hipocresía cuando observó otros varios, que entraban igualmente trasquilados. Efectivamente, el pilluelo se habia entretenido en cortar el pelo á varios Colegiales, sorprendiéndolos mientras dormian.

Luego que un calavera se ha remontado á tal altura, solamente le falta idear un medio para evadirse alguna noche del colegio, ora saltando ventanas, ora trepando á los tejados. Si logra volver felizmente de su expedicion, puede hacer cuenta de que ha conquistado el vellocino, y ya no hay mas que buscar un toison y colgárselo.

Pero todas las cosas tienen un término en este mundo, y á la manera que la enfermedad, pasada la crisis principia á declinar, así tambien el seminarista, pasado el tercer año (la crisis) suele entrar en juicio, y á fuér de teólogo y antiguo se hace respetar de los filósofos y de los nuevos. Y ¿quién sabe? quizá aquel muchacho que tanto hizo rabiar al rector y demas superiores, llega á ser un seminarista formalote, con honores de pasante, catedrático y *gimnasiarca* (ó heresiarca como decia la tia Catuja, madre de Fr. Gerundio de Campazas), lo cual tampoco impide que á veces el diablo tire de la manta y descubra las antiguas mañas.

Por lo que hace á nuestro jóven (á quien dejamos olvidado desde su regreso al seminario) no esperó á verse condecorado con tantos honores, y concluida la filosofía manifestó que no queria seguir en el seminario, sino estudiar leyes ó cánones en la universidad. Al oir esta decision un P. Lector, que era el oráculo de la familia, echó la capilla sobre su cabeza, metió las manos en las mangas, y exclamó con aire compungido: ¡está visto! este muchacho principió sus estudios *por las declinaciones de los nombres*, y acabará *por las inclinaciones de los hombres*.

TERCERO.

Imberbis juvenis, tandem custode remoto.
El desbarbado jóven entra en un colegio
donde no hay pasantes, ni centinelas de vista.

No llevaron muy á bien sus padres que tratara el ex-seminarista de echar á volar por el inmenso espacio de las universidades; y entre el extremo de suspender su carrera, ó dejarle á sus anchuras, idearon un justo medio cual fué introducirle en un colegio. Se trató el asunto con un patrono, el cual se encargó de presentar al jóven para una beca, gratis, aunque autores hay que afirman otra cosa.

El colegio al cual se le destinaba era uno de los muchos que se fundaron durante los siglos XVI y XVII, los cuales se subdividian en mayores ó menores, segun que los rectores eran anuales ó perpétuos y los Colegiales graduados ó estudiantes. La influencia de los primeros llegó á ser bastante pesada á mediados del siglo pasado; el lujo y la ostentacion, con todas sus consecuencias, habian reemplazado á la sencillez y gravedad primitivas; y el espíritu de fraternidad habia degenerado en pandillaje. Sucedió entonces lo que por una ley general sobrevendrá á todas las instituciones que pretendan ejercer una influencia desmedida en la sociedad. Los postergados principiaron á murmurar contra aquellos establecimientos, hiciéronse ostensibles sus abusos, y concluyeron por desacreditarlos. Tratóse entonces de reformas; pero las que se hicieron en algunos de ellos (y especialmente en el de San Ildefonso de Alcalá, como mas inmediato á la accion del gobierno) fueron como las que se usan en el dia, que consisten, no en mejorar la institucion, sino en echarla abajo. Por otra parte sus riquezas eran muy considerables, para que no atrajeran sediciosas miradas.

Por lo que hace á los menores, su número era excesivo en muchas universidades, especialmente en Alcalá y Salamanca, y la pobreza de algunos tal, que apenas sustentaban dos ó tres Colegiales. Por esta razon el ministro Roda refundió muchos de ellos, ó los agregó á otros mas observantes y mejor dotados. Pero las reducciones consecutivas de censos y juros, los trastornos políticos y rentísticos, que desde aquella época ha sufrido nuestra patria, los han ido destruyendo casi en su totalidad, ó aniquilando sus rentas, hasta el punto de poder apenas sostener un número insignificante de Colegiales.

En uno de estos moribundos colegios fué donde le tocó entrar al ex-seminarista, para hacer de tercero en discordia, á tiempo que se componia la comunidad de dos individuos, uno que hacia de rector y otro de secretario. Y á pesar de eso ¡oh desgracia parlamentaria! no fué posible que se le admitiera por unanimidad, porque el secretario (la oposicion) no convenia en ideas con el rector (el gobierno) y siendo este favorable al pretendiente, el secretario protestó la admision.

—Aseguro á V. S., señor rector, que ese jóven no entrará Colegial.

—Póngase el caso á votacion.

—Yo voto en contra.

—Pues yo en pró.

—Hay empate.

—En tal caso mi voto dirime.

—Protesto, y ya el secretario cogia el tintero de bronce (que era de los de á diez y seis reforzado) y el rector empuñaba la salvadera en actitud de rechazar la protesta, cuando quiso Dios que entrara en la sala de juntas un Colegial antiguo, y logró ponerlos en paz apoyando al rector y calmando al secretario. Quedó, pues, nuestro jóven admitido por colegial, prévia la informacion de limpieza de sangre; para cuya revision fué comisionado el secretario, y despues de hacer los juramentos de estilo, el rector le dió posesion pasándole la beca del hombro izquierdo al derecho.

Tambien aquí hubo de sufrir el nuevo Colegial algunas vejaciones, y no fué la menor endosarse unos larguísimos manteos de cola, á lo cual se llamaba *arrastrar bayetas*. Este espectáculo proporcionaba siempre á los chicos de la ciudad la agradable diversion de pisarle al nuevo la cola, con grave riesgo de sus narices, por lo que en algunos colegios fué preciso determinar que fuera un paje á retaguardia sosteniendo la cola. En esta forma visitó por órden del rector varias casas, sin hablar palabra, ni reirse, pues ambas cosas se le prohibieron. Figúrese el piadoso lector qué papel haria el pobre *arrastra-bayetas* entrando en una casa sin hablar palabra, permaneciendo allí media hora sin desplegar los lábios, y salir por fin de allí con la gravedad que un asno de la cuadra, sin decir adios, lo cual se llama despedirse á la francesa.

Una vez instalado en el colegio, bien pronto se acostumbró á esta nueva vida, algo mejor por cierto que la del seminario, atendida la benignidad de las constituciones, y las interpretaciones aun mas benignas que sufrian. Es cierto que aquellas prescribian que al anochecer, en rezando la Salve, se cerrarán las puertas, pero esto se entendia de las principales, no de otra escusada, para la que cada Colegial tenia un picaporte. Es cierto que las constituciones mandaban que pidieran al rector permiso para salir; pero tambien es cierto que este nunca lo negaba, y por tanto le ahorraban la molestia de darlo saliéndose sin él. Tambien prohibian tener refrescos: pero nada decian de comilonas; que tuviesen espada y rodela, pero no privaba la escopeta; que entrasen mujeres, pero esto

hablaba con las malas, no con las honestas, parientas y conocidas.

Todo esto duraba mientras en el colegio habia union y paz; pero si estas llegaban á faltar, y los Colegiales se dividian en parcialidades, entonces el colegio mudaba de faz, y se ponian en práctica hasta las mas pequeñas menudencias y ceremonias. El rector se veia precisado á dejar de asistir á la tertulia, so pena de hallar á su regreso atrancadas las puertas y dormir fuera del colegio; bajaba á comer al refectorio, y se sujetaba á todos los actos de comunidad. En cambio los Colegiales tenian que salir de dos en dos, oir misa diariamente, acudir por la noche al rosario y la salve, los sábados á las conferencias ó conclusiones y los domingos primeros de mes á comulgar en el oratorio. Desaparecian las armas y los galgos, se cerraba la puerta excusada del colegio, y en la cocina no se admitia ni se guisaba mas racion, que la cantidad designada por los estatutos. La menor infraccion se castigaba con alzamiento del cuaderno, que equivale á suspension de alimentos, y privacion de voz activa y pasiva, por cuyo medio podia el rector cercenar á la oposicion algunos votos, en caso de tener que celebrar junta ó capilla.

Por fortuna, esto era muy raro, y las pequeñas rivalidades que llegaban á estallar (principalmente cuando se habia de admitir algun nuevo), mediando entre jóvenes bien educados, rara vez turbaban hasta tal punto la armonía y fraternidad, tan necesarias en estos establecimientos. Por el contrario, apenas se hallará un Colegial que no refiera en tono de égloga ó idilio las dulzuras de la vida colegial. En efecto, aun prescindiendo de la jovialidad estudiantil y de la franqueza amistosa que reinaba en tales establecimientos, los estudiosos hallaban allí las ventajas de poseer una buena, cuando menos mediana biblioteca de su respectiva facultad, el poder consultar y repasar con los antiguos que habian concluido ya su carrera, y finalmente, los ejercicios y conferencias que se practicaban á puerta cerrada dentro del colegio.

Todo esto contribuia á que el Colegial mirase á su colegio con el cariño y entusiasmo que el militar á su bandera, y que al presentarse en público, lo hiciese con el mayor decoro y gravedad, aun cuando dentro del colegio fuese un botarate. Aquel mismo jóven que no dejaba títere con cabeza en el colegio, que al menor descuido merodeaba en los cuartos de sus compañeros como en pais conquistado, y por la noche salia de música con los estudiantes sus amigotes, apedreando vidrieras y faroles, y aun al corregidor y su ronda; al salir de dia por la ciudad, se revestia sin violencia de un aire grave y magestuoso. Al verle pasar los forasteros con aquel aire de provisor y su traje de colorines, se quitaban presurosos el sombrero y admiraban con la boca abierta á aquel jóven, á quien calificaban por lo menos de aprendiz de obispo.

Con todo, no siempre el Colegial usaba el mismo porte. El nuevo solia llevar el bonete hácia la region occipital (en castellano, el cogote), el manto caido, las manos en la vuelta de la beca, y el pantalon recogido hasta la rodilla, á riesgo de que sus medias negras le hicieran pasar por caballero de punto. El antiguo, por el contrario, y mas en graduándose de licenciado, inclinaba el bonete chato hácia la oreja derecha, llevaba su manto terciado bajo el brazo, guantes blancos y el pantalon caido y con trabillas charoladas. Pero su vanidad principal estaba en llevar el manto tan raido y deslustrado (en señal de antigüedad) que apenas se conociera si el color primitivo fue verde, azul ó encarnado: porque es de notar, que aun cuando los colegios solian pasar un tanto anual para vestuario, era muy raro el Colegial que usaba mas de un manto, mientras durase su colegiatura. Al verlo con aquella facha tan profana, los nuevos se escandalizaban, suspiraban al pasar junto á él los padres graves, y á veces ¡oh tiempos! ¡oh costumbres! suspiraba tambien alguna liviana comadre.

Bajo este punto de vista, se hizo muy notable nuestro anónimo Colegial, cumpliendo al pie de la letra el vaticinio del padre lector. Así es que á poco tiempo de haber salido del colegio, y habiendo obtenido buena colocacion en una Audiencia, determinó asociarse á una jóven á la cual hubiera hecho anteriormente Colegiala, si las constituciones del colegio no lo hubieran prohibido de un modo terminante.

Mas no por eso deja de mirarse como Colegial, y considerarse hermano de los que le han reemplazado: cuando se encuentra con alguno de ellos se informa minuciosamente no solo del estado del colegio, sino que tambien de los muebles y enseres, y en seguida pasa á referirle por menor todas las calaveradas y reyertas que hubo en su tiempo, las botellas que escamotearon al rector, la travesura con que engañaron á unos frailes en un dia de Inocentes, y la reyerta que hubo con un rector intruso, nombrado por el Consejo, al cual echaron de la sala rectoral á bonetazos, haciéndole abdicar en seguida *espontáneamente*. En cuanto á proteccion no hay nada que decir: nuestro magistrado refiere con mucha gracia la contestacion de aquel catedrático moribundo, que preguntándole si le remordia algo la conciencia en materia de grados y honores académicos, respondió con un candor angelical, *no padre, pues yo siempre estuve por mi colegio.*

Hemos procurado bosquejar al Colegial, como era en aquellos aciagos tiempos en que no habia ni libertad ni motines, ni turron ni patriotismo. Y decimos *era*, porque este tipo está ya agonizando, y á la vuelta de pocos años el presente artículo podrá servirle de sermon de honras. En unos puntos la falta de rentas los ha reducido á inanicion, en otros las juntas, las diputaciones provinciales ó el gobierno les han dado el *golpe de gracia*; ora para cargar con el santo y la limosna, ó bien para improvisar con sus despojos raquíticos institutos, ó mezquinos establecimientos de beneficencia.

Quizá á la vuelta de pocos años vendrá algun publicista á revelarnos en tono magistral la noticia de que el sistema colegiado es útil para la educacion de la juventud, doctrina que en el dia es una blasfemia literaria. Entonces se calificará de ostrogodos y jumancios á los *reformadores*, que no supieron utilizar los establecimientos colegiales, que aun subsistian en España, durante el primer tercio de este siglo, y.... ¿quién sabe? ¡quizá vuelva la moda de fundar colegios! porque como dice nuestro refran, *al cabo de los años mil, van las aguas por donde solian ir.*

VICENTE DE LA FUENTE.

EL PATRIOTA.

Si á Napoleon no se le hubiese antojado en uno de sus vértigos guerreros hacer el regalo del trono de España á su querido hermano José, es muy verosímil que no se conociese en ella el Patriota, planta exótica, desconocida hasta la invasion francesa y que desde entonces acá ha pasado por mil vicisitudes ya prósperas ya adversas. Con efecto, la cuarta edicion del Diccionario de la Academia publicada en 1803 dice: «Patriota, lo mismo que compatriota, el que es de la misma patria:» prueba evidente de que en lo antiguo no tenia aquella palabra la acepcion que en el dia, y de que nuestros abuelos no conocieron por su dicha esta casta de gente tal como hoy existe. Posteriormente durante la gloriosa lucha que esta

nacion magnánima sostuvo con tanto denuedo contra las huestes francesas, fue cuando varió de significado la palabra Patriota, aplicándose á los que por sus heróicos sacrificios de todas clases en favor de la independencia merecieron una calificacion honrosa que los designase á los ojos de sus conciudadanos como hombres que habian merecido bien de la patria en razon á los importantes servicios que habian prestado. Pero esta calificacion era muy rara, la merecian poquísimas personas, y no habia nadie tan osado que de su propia autoridad se atreviese á darse el título de Patriota libre de todo gasto con tanta facilidad como se dan ahora las cruces de Cárlos III.

En nuestros dias ya es otra cosa, los hombres han desechado la modestia por inconducente, y los Patriotas de motu propio son tan comunes entre los españoles como los ministros, los generales, los cesantes ó los dones. Decimos de motu propio porque en cuanto á verdaderos patriotas se perdió la casta casi enteramente, siendo tan contados los que se logran ver entre nosotros, que no parece sino que sean oradores, frailes ó pueblos que no se hayan pronunciado.

El Patriota, tal como hoy lo consideramos, ha tenido sus épocas como los trajes, y como estos ha mudado de nombre segun aquellas, aunque su uso haya sido siempre uno mismo. Así como el frac moderno y la casaca antigua se diferencian en el nombre y no en el objeto para que sirven; el Patriota de 1820 y el de 1843, aunque con diferentes denominaciones, han servido siempre maravillosamente para desorganizar el pais, apoderarse de los empleos, engañar á los tontos, quebrantar el sétimo mandamiento y conducirnos por término de sus desbarros al mas intolerable despotismo. Es verdad que á sus mercedes (perdónenme el tratamiento) les importa poquísimo este fin de fiesta, pues una de tres, ó se van unos á pais extranjero con el riñon bien cubierto hasta que una amnistía ó una nueva revolucion les deje expedito de nuevo el teatro de sus hazañas, ú otros mejor avenidos bailan al son que les tocan, reconocen su error y se postran ante el dominador, como los persas de 1814, los regatos de 1823 y los recien ayacuchos; finalmente los terceros, que aunque constituyen la fuerza de la clase son unos meros instrumentos para la elevacion de los otros, unos patriotas *patatas*, digámoslo así, se quedan tranquilos en su casa, si es que la tienen, sin otra variacion que mudar el collar al perro, y gritar que muera lo mismo que pocos dias antes vitoreaban con entusiasmo. A esta numerosísima especie pertenecen los tragalistas de 1820, los que apedrearon al infortunado Riego en su marcha al cadalso, los que apaleaban en aquel tiempo á cuantos llevaban cachuchas, melenas ó cintas verdes, los que gritaban muera la nacion y vivan las cadenas, los que mas tarde en nuestros dias se pronunciaron contra los jaiques y sombreros blancos, y los que últimamente, sin decir agua va ni cosa que lo valga, aflojaron últimamente la friolera de 15 ó 20 trabucazos á la berlina del general Narvaez. Habrán variado en el nombre y aun si se quiere en las formas, pero la esencia es una misma. Comuneros, realistas ó patriotas, de cualquier modo que se llamen, no dejan de ser por eso los mismos perros con distintos collares. Y ya que se trata de diversos nombres que ha recibido la especie desde que existe, diremos como de paso lo que acerca de su exactitud nos ocurra. El de Patriota es el menos adecuado para calificarle, como habrán inferido nuestros lectores de lo que va dicho, y no sabemos en qué se habrá fundado nuestro tipo para apropiársele, á no ser en que de viento y agua bendita cada uno toma lo que quiere. El de realista tampoco le cuadra, porque este significa en su verdadero sentido el súbdito de un gobierno monárquico puro mas ó menos suave pero firme y estable, y no puede haber estabilidad ni firmeza en ningun gobierno que consienta los entes de que nos ocupamos. Resta, pues, la denominacion de comunero, la cual es sin duda la que viene de molde á esta tercera clase, primero: porque comunero significa el que tiene parte con otro en alguna hacienda ó bienes raices; y nuestros patriotas, si bien es verdad que no tienen parte con nadie por carecer de otros bienes y raices que sus bigotes, quisieran tenerla en todos y con todo el mundo; y segundo: porque segun ellos mismos decian eran quinientos mil los que estaban resueltos en 1820 á defender heróicamente nuestra libertad contra el poder de la Europa entera; mas al entrar el ejército francés desaparecieron los bravos, y segun afirman algunos autores se metieron en un... de donde es fama que pasados los instantes de mayor peligro

> Salieron torciendo el gesto
> mirándose á todos lados
> y exclamando amostazados
> ¡Ay valor, cuál nos has puesto!

No queremos decir ni remotamente con esto que los patriotas de ogaño hicieran lo mismo que los actores del malhadado drama, cuyo fatal desenlace acabamos de referir: nada de eso; aquí no hacemos mas que el papel de meros historiadores sin pretensiones de adivinos, y por lo tanto no nos es dado presagiar lo que sucederia en casos dados. Creemos sin embargo, que aquellos no cederian el campo como los otros; ni se dejarian arrebatar su exclusiva libertad tan fácilmente, atendiendo á la energía y bravura que han desplegado en los infinitos motines que se repiten diariamente para bien y prosperidad de nuestra amotinada patria. ¡Bonitos son nuestros patriotas para que nadie les pase la mano por el lomo! Por quítame allá las pajas y en menos que se dice cerrojo, como el ejército esté de su parte y sepan que no hay quien los hostilice, arman ellos un glorioso pronunciamiento que no hay mas que ver. Pero es requisito preciso, indispensable, *sine qua non*, para que sea nacional y glorioso que la tropa lo apoye, que se cuente con ella, valiéndonos de la expresion técnico-patriótica: si no es así, si por un fenómeno poco comun en los tiempos calamitosos que alcanzamos se empeña en permanecer fiel á sus deberes, entonces la cosa varia de aspecto: los patriotas de valía no dan la cara, contentándose con escaramuzar en terreno menos expuesto y tientan fortuna por medio de sus fieles jamancios, dispuestos siempre á lanzarse á la arena revolucionaria como hombres que nada tienen que perder y sí mucho que ganar por aquello de: á rio revuelto, etc. En el supuesto de que el glorioso salga mal, nada importa: el que pudo pescó y nuestros héroes se meten en su casa bajo la garantía de una capitulacion honrosa, que nunca deja de concederles un gobierno débil, y hasta otra si Dios quiere, que sí querrá, porque en materia de perseverancia no hay quien igualarse pueda al patriota.

En vista pues de cuanto llevamos expuesto acerca de las pequeñas diferencias que se notan entre el Patriota de antaño y el de ogaño, no nos atrevemos á decir si pertenecen á dos razas distintas ó si forman una misma y única especie: nos inclinamos sin embargo mas al segundo aserto, y creemos que son una misma cosa con la sola modificacion que el progreso, la civilizacion y las luces han impreso en el carácter del primero para trasformarlo en el segundo tal como hoy se nos presenta. Con efecto, mientras que el Patriota antiguo se contentaba con cantar el trágala, ó algun responso, ó con parodiar un entierro completo frente á la casa de la autoridad ó individuo que le era antipático, el moderno mata, arrastra y despedaza á todo el que se opone á sus ca-

prichos, lo que no deja de ser un pequeño adelanto producido por las luces de nuestro siglo, porque es indudable que muerto el perro se acabó la rabia. El Patriota de ogaño ha deslindado ademas con un tino admirable sus atribuciones y poderes que andaban en lo antiguo mezclados confusamente con los de otras clases de la sociedad sin limite fijo y constante de donde se originaban estas limitaciones perjudiciales á los derechos de aquel y de estas, como por ejemplo que el Patriota cantase responsos entremetiéndose en las atribuciones clericales y que los curas se atreviesen á correr usurpando de este modo los derechos de los buenos patriotas. Este era seguramente un absurdo que la civilizacion moderna no podia tolerar sin imprimir un borron eterno en las mas bellas páginas de nuestra historia: por cuya razon el Patriota ha resuelto que los curas queden autorizados para cantar cuanto quieran; reservándose empero para sí la administracion y usufructo de sus bienes que les corresponde en virtud de la ley mas poderosa y enérgica del mundo.

Tales son las principales variantes que se advierten entre los patriotas pasados y presentes, las cuales son como ya hemos dicho mas que diversidad en el género, efecto del espíritu del siglo que aunque insensiblemente al parecer comunica su influjo á todo vicho viviente: no es pues de estrañar que nuestro tipo se resienta de esta influencia, y que siendo este el siglo de lo positivo y de la asociacion, esté aquel por lo material y se asocie con otros de su clase para llevar á cabo la grande obra de la regenaracion de la especie humana.



El Patriota.

Quede pues asentado que consideramos á todos los patriotas como pertenecientes á una misma familia, de no sabemos qué reino de la naturaleza, y dejando ya de ocuparnos de los antiguos trataremos solo del de nuestros dias en lo que resta de este artículo.

El Patriota es un ser material y palpable muy semejante al hombre, del que solo puede distinguirlo un observador muy experto por la fiereza. Tiene en el principio de su carrera mucha analogía con el caracol, porque comunmente, como este, lleva á cuestas cuanto posee. Parécese tambien al gusano de seda que al nacer se arrastra penosamente; pero convertido despues en mariposa vuela que es una maravilla: tiene mucha semejanza con el pino, á cuya sombra no medra ninguna otra planta, y finalmente goza de las propiedades del hierro, pues es duro, tenaz, maleable y ductil. Pruébase que es duro porque no lleva trazas de arrepentirse del mal que sus teorías y revoluciones han causado al pais; tenaz por que nada aprende de la experiencia propia y ajena que demuestra claramente lo irrealizable de sus ideas. Maleabilidades la facilidad que tienen los metales de extenderse y acomodarse á las formas que

quiere dárseles, el Patriota se presta á todas y así se saca de él un togado, un gefe político, un general, ó un ministro, como un escribiente, portero ó editor responsable; finalmente, ductilidad es la propiedad de estenderse en alambres delgados pasando por agujeros muy pequeños, y es evidente que en tratándose de alcanzar un empleo se cuela el Patriota por el ojo de una aguja.

Resulta, pues, de todo lo dicho que no es fácil designar con certeza á cuál de los tres reinos pertenece nuestro tipo, supuesto que se parece al hombre en la figura y á la ballena en las agallas; al hierro en varias cualidades y al pino en su mala sombra.

No tenemos noticia de que Buffon, ni otro algun naturalista hayan observado y definido á este ser impermeable y anómalo con la detencion y exactitud convenientes, y como no tenemos pretensiones de sábios, dejamos á nuestros lectores de su cuenta y riesgo la libre facultad de colocarlos en el reino y lugar que sea mas de su agrado: respecto á nosotros los colocaríamos aunque fuese en el reino de los cielos y en el lugar de los bienaventurados á trueque de vernos libres de sus travesurillas.

Esta especie se divide en infinito número de variedades que no podríamos analizar individualmente en lo que da de sí un artículo, por lo que nos concretaremos á tratar de las tres principales en las que resalta mas la belleza de nuestro tipo, á saber: el Patriota aristócrata, el de la clase media y el Patriota plebeyo ó jamancio propiamente dicho del verbo jamar, que en jitano ó caló, quiere decir comer mucho y con ansia.

El Patriota aristócrata es el resultado de la industria aplicada á una primera materia, que suele ser un médico, un oficial subalterno ó mas comunmente un abogado de provincia. Esta última clase es la mas á propósito para la confeccion de nuestro modelo, que diremos cómo se elabora, y los diferentes estados por que pasa hasta llegar á la perfeccion. Dispuesta de antemano nuestra primera materia con el difícil conocimiento de nuestros inmensos códigos, que si no indica talento supone á lo menos una memoria poderosa y ejercitada, empieza á tomar interiormente un color político con la lectura de las obras de Filangieri, Bentham y otras que no conozco; por este tinte ó barniz no se manifiesta todavía á los ojos de los no inteligentes, ni nuestro mismo artefacto puede prever la perfeccion á que llegará algun dia. En este estado y con gran copia de ideas adquiridas, aunque ninguna propia, empieza nuestro Patriota su camino emitiéndola magistralmente en las reuniones de sus estupefactos amigos, que escuchan admirados aquello de que el clero y los ejércitos permanentes son la polilla de las naciones, con otras muchas frases vacías, tanto mas aplaudidas cuanto menos entendidas son del estólido auditorio, y aun quizá del mismo que las pronuncia. Prodúcele no obstante esto un tributo unánime de admiracion y respeto; corre su fama de boca en boca, se hace popular, concluye por elevarlo al encumbrado puesto de alcalde, regidor ó comandante de la M. N. y cátate ya á Perico hecho fraile.

Ya está en carrera nuestro héroe y no es difícil presagiar que subirá tan alto como la luna. Efectivamente, en tal estado y pertrechado ademas de las sutilezas y sofisterías forenses, con su poquita costumbre de hablar en público y la buena fé proverbial de nuestros curiales, empieza nuestro Patriota á echar de sí tal copia de alocuciones, profesiones de fé política, proclamas, etc., etc., que no parece sino que sea un furioso puerco-espin lanzando púas en todas direcciones. Con esto y con tomar parte activa en alguna asonadita de éxito seguro, sin descubrir demasiado el bulto por si van mal dadas, y con algunas intriguillas electorales conducidas con esa sagacidad raposil de que tantas pruebas da continuamente nuestro dechado, consigue por fin la honra de representar á sus comitentes en la legislatura próxima, y con este melon se llenó el seron. Traslídase desde luego á la córte donde se asocia y pone de acuerdo con otros de su calaña, y empieza una nueva época de su vida, mas fecunda en grandes acontecimientos que lo han de elevar á secretario del despacho, ministro del tribunal supremo, ó cuando menos á jefe político ó togado de alguna audiencia, segun su capacidad ó fortuna, que de todo hay en la viña del Señor.

El Patriota aristócrata recien llegado de su provincia, y el que lleva algun tiempo de residencia en la córte, si bien tienen puntos de contacto ó semejanza, tienen tambien diferencias esenciales que apuntaremos ligeramente para inteligencia de nuestros lectores. Parécense, por ejemplo, como un huevo á otro huevo en sus discursos ó peroratas: las mismas ideas, el mismo tema, el eterno prurito de manifestar un valor cívico y aun guerrero incontrastable, que á fuerza de preconizado se convierte en ridículo, y que dará lugar con el tiempo á que los andaluces pierdan su fama de baladrones y ponderativos.

Se diferencian en que el Patriota recien llegado es comunmente jovial, francote, campechano y accesible á sus amigos por muchos dias, pero despues es cosa de ver cómo se va desprendiendo de su rústica corteza, procurando elegantizarse y queriendo tomar las maneras cortesanas, y el tono de los grandes señores hasta hacerse la ilusion de que es un soberbio diplomático, sin tener en cuenta que aunque la mona se vista de seda, lo demas que es consiguiente. Entonces pierde la alegría provincial, se hincha, da antesalas cumplidas al que necesita verle, se convierte por decirlo de una vez en un señor (por mal nombre), con mas ínfulas y orgullo que pudieran tener en sus tiempos Guzman el Bueno ó Gonzalo de Córdova. Cuando los vemos contonearse con ademan forzado aparentando la esmerada finura que no se adquiere sino en la niñez y que ellos han aprendido demasiado tarde, nos da ganas de gritar como á los muchachos que en el carnaval ponen rabos á las personas descuidadas; *lárgalo que no es tuyo*. El Patriota aristócrata se distingue de las demas clases de su misma familia, en que no gasta barbas en ningun caso, ni aun bigote generalmente á pesar de la abundancia de esta mercancía: tiene una prediieccion marcada hácia el frac negro, hasta el extremo de que algunos no lo sueltan jamás y parece que duermen en bandeja; gasta sombrero de penúltima moda, rara vez lleva los guantes en su sitio, y últimamente se distingue en su semblante risueño y cariacontecido que indica un ente satisfecho de sí mismo, y del omnímodo poder que ejerce sobre las otras dos clases de que nos ocuparemos en seguida, las cuales están sujetas á una disciplina mas rígida que la que observaban las extinguidas órdenes mendicantes.

El Patriota de clase media puede tener mil orígenes distintos, pero por lo comun es el producto de un empleado subalterno de administracion, de un escribiente de gobiernos políticos, amortizacion ó diputaciones provinciales, de un sargento del ejército, de un señorito revoltoso de lugar, de un jugador tronado, de un cesante nulo, de un abogadillo de mala muerte ó de un tuno libertino. Imposible nos es detenernos á explicar cómo se forma el Patriota de cada una de estas individualidades, por no permitirlo la extension de este artículo. Baste decir que los pulmones de cada cual desempeñan un trabajo importantísimo en la confeccion de esta obra y que son de consiguiente una parte esencial de la clase.

Los trámites que sigue su elaboracion son parecidos, aunque en menor escala, á los de la variedad anterior, diferenciándose solo en que mientras los unos llegan á ministros quedan los otros de administradores de rentas, secretarios de intendencias, ó

cuando mejor va la suerte de jefes políticos ó oidores. Pero para que se verifique esto último, es necesario haber sido diputado provincial y ganado algunas elecciones á favor de sus protectores, ó representante del pais en alguna legislatura, cargo que no está reservado exclusivamente al Patriota aristócrata, sino que muchas veces cabe en suerte al de la clase media en virtud de una de esas intriguillas electorales á que apenas se presta la ley que rije en la materia.

La elocuencia del Patriota de clase media se diferencia bastante de la de la especie anterior: comunmente está reducida á decir que si quieren meterle miedo no lo conseguirán, que derramará hasta la última gota de sangre por las libertades patrias, que allí está él para defender los derechos del pueblo soberano, que se trata de imponerle militarmente, que los militares son unos verdugos, y que sus contrarios meditan una reaccion espantosa. Esta oratoria tiene bastante de comun con el fandango de Cádiz, pues como á este puede aplicársele aquello de patilla y cruzado y volver á empezar, y tambien es muy semejante al cuento de la buena pipa que nunca se acaba.

Asi como varía la elocuencia varía tambien el aspecto exterior de esta especie, cuyos individuos usan siempre bigote y han usurpado á los capuchinos el derecho de dejarse crecer la barba: son muy inclinados á los chalecos amarillos y gabanes blancos, suelen llevar guante verde, sus sombreros pueden compararse segun sus dimensiones á los bombos de las músicas militares.

Su oficio es mas arriesgado que el de los aristócratas, pues si han de conseguir el objeto de sus desvelos necesitan azuzar á las masas con su poderosa palabra y esforzados ademanes en los gloriosos y nacionales pronunciamientos, á fin de que triunfen los sanos principios y se salve la patria mudando á todos los empleados, que son unas sanguijuelas voraces.

Finalmente el Patriota plebeyo es un ente mecánico destinado por la suerte á ser el mero ejecutor de los planes que concibe y dirige el aristócrata segun sus fines, el cual comunica sus órdenes por el conducto del de la clase media, seguro de que han de ser ejecutadas fielmente y tal vez con exceso de celo. Esta especie carece de facundia, su elocuencia la constituyen pocas pero enérgicas palabras, y como anda en dos piés por la misericordia divina y habla por un milagro palpable, se insinúa de una manera bastante indicativa, valiéndose en todos casos de los argumentos convincentes de los secuaces del Corán. Dios con su infinito poder nos libre de caer en manos de estos seres privilegiados en su raciocinio y persuasiva contundente.

El traje del Patriota plebeyo se reduce á una levita gris ó chaqueta con caireles, gorra de cuartel ó sombrero calañés, faja y navaja ó sable de los que usa la infantería del ejército. Lleva bigote largo y bronco unido á la patilla de boca de jacha, y conviene únicamente con las clases anteriores en ser baladron y *crúo*, y en el vehemente deseo de salir de la esfera donde lo colocó la suerte, consiguiendo encontrar la verdadera piedra filosofal de nuestros dias, vivir sin trabajar: hé aquí su fin, hé aquí el objeto de sus inocentes desaguisados. Suele suceder sin embargo, que despues de haber destrozado sus pulmones alborotando las plazas en beneficio ajeno, despues de correr los peligros propios de quien se dedica á estas inocentadas, empeñándose en hacernos libres y felices á palos y sablazos, despues de haber salvado la patria por unos dias, se queda en el estado que estaba antes, sin haber sacado otro fruto de sus hazañas que el trago de vino y la pesetilla que ha recibido durante la bullanga. Esta pobre patria, que segun se ve está destinada á correr mas peligros que Penélope durante la ausencia de Ulises, vuelve á esta en riesgo al poco tiempo, y nuestro Patriota acude nuevamente á su defensa, se exalta, se agita, suda y se afana creyendo que tan repetidas salvaciones han de conducirlo al fin al item de la dificultad: todo en vano, jamás alcanza nada y á nadie puede aplicársele con mas propiedad aquel retazo de un cuento que dice: «Si te hallares en la presencia de Dios, hijo, que no te hallarás porque al paso que vas te condenas: etc.»

El Patriota plebeyo se forma de cualquier cosa y expontáneamente; es decir que no pasa por los diferentes grados de elaboracion que los otros, porque tanto en su orígen como en su apogeo es siempre una primera materia en bruto con gran cantidad de *carpanta* que lo convierte en jamancio, animal mas perjudicial y dañino que todas las plagas de Egipto, pues estas fueron pasajeras y por una sola vez, y el otro es una calamidad permanente y funesta que tendrá término sabe Dios cuándo, por la sola razon de que no hay nada eterno. ¡Ojalá que la suerte nos deparase un hombre que con el genio de Cervantes se dedicase á escribir el *Patriota andante*, y acabara de una vez con estos entes tan ridículos como los caballeros de aquel y mucho mas nocivos á la sociedad que los tolera!

IGNACIO DE CASTILLA.

LA DONCELLA... DE LABOR.

Aquí yace una doncella.
—y han borrado, *de labor*.....
Siempre es bueno hacer favor.
M. de la R.

LLAMADO han al siglo XIX, siglo de progreso y de luces. ¡Notoria injusticia!... Llamáranlo siglo de egoismo y de hipocresía, de farsas y de mentiras, y en cada suceso, en cada hombre podrian presentar una prueba de semejantes títulos. ¿Por qué si no el escándalo con que esta sociedad corrompida escucha las palabras mas inofensivas é inocentes?... ¿Por qué ese empeño de cubrir los mas asquerosos objetos con los nombres mas agradables?... Cuando la sociedad se queja en masa de la anarquía moral que amenaza destruirla; cuando el cálculo triunfa constantemente de la virtud; cuando el amor y las demas pasiones nobles del corazon se compran y venden, las mas veces, á precio de oro, entónces precisa y ridiculamente los hombres del progreso y de las luces, se ruborizan de una frase mal sonante en el teatro ó en la sociedad, y por un refinamiento de hipocresía, llaman *Doncellas* á todas las mujeres, que colocan junto á las esposas ó junto á sus hijas, como si el hábito formase al monge... como si en todos los estados de la vida no pudiera encontrarse la virtud, aunque sea en mujeres!... No seremos nosotros, sin embargo, los que, á fuer de rigoristas, despojemos á las Doncellas de un nombre que tanto debe envanecerlas. Acostumbrados á dejar el mundo como lo encontramos, nosotros expondremos nuestras ideas sin mas reflexiones ni comentarios; trabajo supérfluo al trazar el tipo de la Doncella... de labor, instructivo por sí mismo, y altamente filosófico.

Mujeres nacen al parecer destinadas para Doncellas. Desde los primeros años su única ocupacion, su primer intento es peinar á sus hermanos, hacer gorras y vestidos para sus muñecas, colocar cada cosa en su sitio y servir de fiel tercera en los amores de sus tias ó de sus hermanas. Aunque la mujer, predestinada para Doncella, nazca en asquerosos burdeles ó viva en miserables bohardillas; aunque su madre, lavandera ó planchadora de oficio, gane apenas para sostener su numerosa familia; aunque el hambre y los pesares disminuyan su salud y sus gastos, la futura Doncella se distingue entre mil mujeres por la

limpieza de su rostro, por el aseo de sus ropas, por la amabilidad en fin de sus palabras. Para ascender al elevado cargo de Doncella basta, á veces, la recomendacion del aguador ó de la lavandera; pero en otras ocasiones, son indispensables los informes de familias ricas y numerosas.

A primera vista no distingue, no penetra el vulgo toda la importancia, ni todo el trabajo que pesa sobre las Doncellas, verdaderas columnas del edificio doméstico. Tampoco comprenden los profanos todas las minuciosas y hasta ridículas cualidades que forman una Doncella. El nombre que lleva desde la pila es regularmente su primer sacrificio. Hay doncellas *Cernardas, Sinforosas ó Quintilianas;* pero estos nombres son de mal tono, de imposible pronunciacion para muchas señoras: fuera su nombre. Si tienen parientes pobres deben renunciar á sus visitas; el espectáculo de la miseria ofende á los poderosos: fuera sus parientes. Las horas de comer, de dormir, de pasear, los placeres como las costumbres son infinitos en la clase de la sociedad á que la Doncella pertenece por adopcion: fuera sus costumbres. ¿Puede exigirse mayor abnegacion?... No, seguramente. ¿Y son menores los servicios de la Doncella en el uso de sus particulares funciones? Observémosla por breves instantes.

La verdadera Doncella no sirve sola. La mujer que pasa alternativamente del fogon al estrado, de la alcoba á la cocina, puede ser vírgen, pero nunca Doncella... de labor. ¡No faltan señoras con mas presuncion que dinero, respetabilísimas señoras que condecoran á la única y haraposa sirvienta con el título de Doncella!... ¡Horrible profanacion!... Poned en manos de esas asquerosas servidoras un prendido de encajes ó la media caña del peluquero... mandadles que dén curso á un perfumado billete de vitela con bordes dorados... y entónces vereis su nulidad, y entónces conocereis la inmensa distancia que separa á una fregona de una Doncella... de labor. Lo repetimos: la verdadera Doncella no sirve sola. Una cocinera y un criado, al menos, forman con la Doncella el temible triunvirato, cuya tiranía debe y tiene que sufrir toda casa medianamente acomodada.

En los ignorantes y pícaros tiempos de nuestros abuelos, cuando cada uno trabajaba para vivir honradamente; cuando el robar era pecado y no habia empleados de amortizacion; cuando los menestrales, contentos y satisfechos con su posicion, no abandonaban su oficio por un empleo; cuando los curiales tenian la misma conciencia que ahora, y está todo dicho; en aquellos tiempos de necedad y desórden solo necesitaban Doncellas... de labor, los comerciantes, los propietarios y los mayorazgos; pero en el feliz é ilustrado siglo que alcanzamos, ni los empleados, ni los escribanos, ni los menestrales ricos, pueden pasar sin Doncellas, veamos por qué. La Doncella del empleado sabe cuándo se cobran las pagas, y reniega del gobierno que no paga al contado, y busca empeño para la capa del amo, ó los dijes de la señora, en circunstancias azarosas y críticas; la del escribano conoce el nombre de todos los curiales y clientes, y retiene con admirable memoria las citaciones y despacha con sorprendente instinto á los litigantes pobres; y la del menestral rico enseña á sus amas los usos y las modas de las mujeres de tono. Pero no terminan aquí su importancia y sus servicios. En los apuros domésticos el voto de las Doncellas suele ser oportuno y decisivo. Tambien parten con sus señoras los trabajos del matrimonio: si el amo riñe disculpan á sus amas; si los niños lloran, duermen á los niños. En las ausencias y enfermedades de su dueños, la Doncella tiene su mayor orgullo, su único placer, en mantener por sí sola el edificio doméstico. Siempre amable, siempre tolerante la Doncella, escucha sin ruborizarse las chanzas mas picantes y coloradas, pero convencida de su honrosa posicion prescinde de bromas con el mozo de casa, y solo entrega su corazon al barbero del amo, á falta del señorito jóven y travieso.

Cuando el espíritu innovador y revolucionario arrancaba de las manos del clero sus cuantiosas y productivas propiedades, no presentia seguramente que iba á descargar un golpe terrible y exterminador sobre las Doncellas (a) sobrinas, de los curas y canónigos.—La doncella del cura duerme precisamente en la habitacion mas apartada de su dueño: regla de moral, cuya gloria pertenece, mas que á los curas á las concienzudas amas de gobierno. En la inalterable quietud de la casa de un eclesiástico, la Doncella concluye su tarea de la mañana (reducida á limpiar el polvo de los santos del oratorio) bastante pronto para asistir á la misa mayor de la catedral ó de la parroquia; mientras el *Padre* duerme la siesta, entre once y una de la tarde, cose ó plancha las sobrepellices y corporales, ó borda un mantel para la iglesia y el santo de su mayor devocion; antes de comenzar reza las oraciones del dia, para tener, segun dice el ama del cura, algo adelantado; despues del refectorio sigue la siesta de la Doncella tan larga como el paseo del *Padre*, y apenas ha oscurecido enciende dos velas á Sta. Gertrudis ú otro santo cualquiera de la córte celestial, y hace medias ó zurce calcetas, mientras reza en coro el rosario y de rodillas las letanías. La Doncella del cura se casa pocas veces; su escala regular es la mayordomía de llaves en casa de un prebendado, y si el demonio la tienta, y si piensa en amores, da regularmente su preferencia al sacristan lego de un oratorio acreditado, ó al portero de unas monjas. ¡Siempre con la iglesia!...

Hay casas, medianamente acomodadas, que solo mantienen dos servidores del sexo femenino; una cocinera fregona y una Doncella... de labor. En semejantes casas, muchas en número, las funciones de la Doncella son tan variadas como infinitas. Ella es la única que entra en la alcoba de sus amos antes y despues que salen de la cama; ella la que lava, viste y acicala á la familia menuda; ella la que quita el polvo á la china y á los espejos; ella la que hace las camas y arregla los dormitorios; ella la que repasa la ropa sucia y lleva cuenta de la limpia, y plancha, si es preciso, una camisa urgente; ella la que peina á la señora, y escoge, y coloca, y guarda las flores sobrantes del tocador; ella la que ayuda á vestir á las señoritas, y las trae billetes color de rosa, y cobra el porte á las respuestas, y se entera de la alcurnia y riquezas de los galanes, y protege únicamente á los dadivosos; ella la que entretiene á la señora con la chismografía del barrio; ella la que murmura con el criado de las faltas de los amos, si el criado es jóven y buen mozo; y ella la que exagera á sus amos las faltas del criado, cuando es viejo, feo ó descontentadizo; ella en fin, á falta de visitas, acompaña á su señora en las interminables noches de invierno y en las pesadas siestas del estío.

Con el mismo número de sirvientes otra familia mas reducida, un matrimonio ó una viuda rica, por ejemplo, ennoblece mas y mas á su Doncella. Hija de un empleado cesante *ó difunto*, sobrina de un reverendo ex-prior, emigrado por carlista en Francia, ahijada tal vez de un virtuoso caballero, que visitó á su madre tantos años como tiene la muchacha y que murió sin testar, esta Doncella entra á servir por recomendacion, y despues que sus parientes quedan satisfechos de la bondad y religiosidad de los amos. Si como suele acontecer el matrimonio no tiene hermana ni madre que alborote sin arreglar la casa, la Doncella es quien tiene cuidado que no falte fuego en la chimenea del escritorio, ni en la pieza de tocador: á su celo, á su actividad, á su gusto se debe siempre la blancura de las cortinas, el brillo de los espejos y

fanales, y el aseo de las alfombras: en los asuntos matrimoniales, su voto, anunciado ya con confianza y hasta con orgullo, inclina, casi siempre, la balanza hácia la opinion de la señora, y ¡ pobre del aguador, de la cocinera ó de la modista, que excite la cólera de la Doncella!... mas tarde ó mas temprano encontrarán su castigo. La adulacion es para estas Doncellas, y para las que mas adelante bosquejaremos, el primer elemento de su existencia social. — Conforme la señora, especialmente si es viuda, se acerca al equinoccio, como ha dicho con su natural gracia un poeta contemporáneo, empieza un trabajo de nueva especie para sus Doncellas; esto se entiende si el mentir puede ser alguna vez trabajo para las mujeres.

—¿Qué tal me sienta este prendido punzó?

—Perfectamente.

—Sin embargo, como soy morena... A ver este azul... ¿qué te parezco?

—Encantadora.

—Será así... pero no quisiera engañarme... Esta blonda me cae mucho mejor.

—¿Quién lo duda?...

—Pues bien: llevaré la blonda. ¿Trajo la modista el vestido de terciopelo granate?

—No, señora.

—¿Entónces qué vestido llevo?... sobre que no tengo un vestido... El de gró está anticuado, el de moaré deslucido, el de muselina charro y comun en demasía... no hay cocinera que no lo lleve...

—¿Por qué no se pone V. aquel de seda, con listas color de romero?

—Lo he sacado tantas veces...

—Pero ninguno le sienta á V. mejor.

—¿De veras?

—Pregúntelo V. al señorito D. Fernando que dice no haber visto otro traje de mas gusto.

—¿Eso ha dicho?

—Y algo mas...

—¿Cómo?

—Cuando habla de V. no sabe cómo acabar. Alaba el talle... la suavidad de las manos... el color del rostro... Nunca se cansa de elogiar á V.

—Don Fernando es un atrevido... semejantes observaciones ofenden mi decoro... Las mujeres, hija mia, debemos de tener á cierta distancia á todos esos mozalvetes holgazanes cuyo único entretenimiento es seducir á las mujeres hermosas para deshonrarlas despues... Ea, acaba con el peinado y tráeme un vestido cualquiera...

—¿El de moaré?

—No, el listado.

—Y si D. Fernando llega á creer...

—Yo me encargo de desengañarle... pero tráeme el traje color de romero... ¡No faltaba mas, que los hombres contrariasen con sus gustos hasta nuestro adorno!...

—Dichoso D. Fernando, murmura por lo bajo la Doncella, y concluye esta escena, una de las mas frecuentes en el tocador.

Otras casas hay mas ricas, mas consideradas, mas bulliciosas que las anteriores, donde el cargo de Doncella es tambien mas importante, mas desocupado, mas productivo.— En las casas de los títulos y en los palacios de los grandes, las Doncellas desempeñan funciones codiciadas por clases de superior gerarquía, y sus trajes, sus modales, y aun sus palabras, no desdicen jamás de la posicion original y dramática en que se ven, no pocas veces, colocadas.

—La señora condesa está recogida, dice la Doncella á su amo, que tuerce el gesto desconfiado, y por pública honestidad, se retira sin hablar palabra.

—Hoy no está visible la señora marquesa: contesta la Doncella al menestral importuno que trae la cuenta de un año por la centésima vez.

—¡Cuánto padece la señora duquesa por V.!... añade la Doncella, en tono de lastimosa conviccion, al dar un billete ó al recibir una propina.

En el oficio de Doncella, como en todos los oficios de la sociedad, el producto está siempre en razon contraria del trabajo. Donde solo hay una Doncella que lleva sobre sus hombros el peso de toda una monarquía doméstica, el trabajo suele ser mucho y la soldada no excede de treinta á cuarenta reales cada mes.— No tiene la Doncella mayor paga con el escribano, el empleado, matrimonio rico, ni la viuda; pero ya logra mejor trato, y lo que no aumenta en métalico, lo ahorra en vestidos. — La Doncella del cura ó del canónigo no tiene sueldo fijo; sin embargo, viste con mas aseo que las anteriores.—Si nosotros hubiésemos de escoger colocacion para una Doncella, sin duda daríamos la preferencia á las viudas ricas y sin hijos. Con estas señoras no gozaria grandes sueldos, pero sí, en cambio, todas las comodidades de la vida. Si las viudas viajan, si pasean en carruaje, si concurren á los espectáculos públicos, nunca van solas: las Doncellas de las viudas son sus verdaderas sombras; sepan desaparecer á tiempo y cuenten desde luego con toda la proteccion y todos los derechos de sus señoras. — Finalmente, las funciones de las Doncellas aristocráticas (permítasenos la expresion) son, tan reducidas como grandes son sus emolumentos.



La Doncella... de labor.

La Doncella aristocrática duerme regularmente á

poca distancia, si bien en habitacion independiente de su señora. Como la nobleza se acuesta tarde, la Doncella no se levanta hasta las diez. Antes de todo revisa su persona, porque seria grave desacato aparecer de trapillo á la señora: tampoco debe presentarse con lujo, las señoras saben por qué: «decente y aseada» es la órden y la obligacion. Despues que la Doncella cumple con este primer precepto de su decálogo, pasa al tocador de la señora; aquí, sin hacer ruido, limpia los diamantes, guarda las flores y el traje de la noche anterior, y prepara el vestido que la señora ha designado para la mañana; aguarda todavía hasta las once y suena la campanilla.

—El chocolate:—pide la señora á la Doncella.

—El chocolate:—pide la Doncella al lacayo.

—El chocolate:—pide el lacayo al cocinero, y pocos momentos despues la señora ha tomado el chocolate.—La señora sale de la alcoba liada en su bata de cachemir ú holan, con chinelas de terciopelo cortado color de fuego, y la Doncella empieza su tocador.

—¡Qué desmejorada estoy!—dice la dama mirándose con desden al espejo.

—Nunca me ha parecido V. S. tan hermosa.

—Ja! ja! ja!... Lo mismo me decia anoche el marqués de* y el vizconde de**... sobre todo el vizconde. ¡Qué cansado estuvo anoche!...

—Sí, señora: es muy cansado.

—¿Quién manda á V. meterse en semejantes calificaciones? El vizconde es mi amigo y debe V. respetarle.

La Doncella enmudece hasta que la señora gusta hablar de nuevo.

—Que me haces daño... vamos, hoy estás inaguantable. Echame el pelo tras de la oreja. Así me agrada... No sé cómo hay mujeres que se sacrifiquen desde por la mañana á las exigencias de la moda... Una elegante sencillez basta para agradar, y aun para atraer, cuando no se está, como yo, fuera de combate.

La señora dice las últimas frases con cierta sonrisa que parece aumentar sus propias palabras.

—¿Vistes anoche á la marquesa de R?...

—Sí señora.

—¿Qué te pareció su traje de baile?...

—Así, así.

—Pues yo no he visto cosa mas detestable.

—Seguramente.

—Y la *linda* duquesa de T?...

—Como siempre.

—¿Es decir, tonta, orgullosa y mas que todo fea?...

—¿Quién lo duda?—V. S. fué la reina del baile.

—¡Qué aprensiones tienes!...—Tráeme la bata color de lila;... ¡Jesus!... ¡y qué ajada está!... ¡Zelmira tiene la culpa... es tan juguetona!... despues el vizconde se divierte en sofocarla... ¡pobrecita, hija mia!... (*La hija regularmente es una perra.*) Vamos, guarda esa bata y que no vuelva á verla yo mas.

La señora acaba de vestirse y la Doncella no cesa de moverse. Ya estira la bata de su ama, ya la presenta una flor del tiempo para la cabeza, ya se acerca y se retira una y otra vez como gozándose en su obra. Cuando la dama se encierra en su gabinete ó pasa, por precision, á la sala, la Doncella esconde los cosméticos, tapa las esencias y limpia y fumiga el tocador. Desde este momento hasta la hora de comer las funciones de la Doncella se reducen á revisar el vestido que la señora ha destinado para el teatro ó el baile de la noche inmediata. Mientras la señora come con el señor, la Doncella habla y murmura con sus compañeras. A la hora del teatro ó de la *soirée* es cuando brilla el talento de una Doncella.

—Nunca sabes hacerme otro peinado.

—Ninguno hace á V. S. mas gracia. (*Concedido.*)

—El corsé me oprime demasiado... asi está muy flojo...

—¿Qué importa? Tiene V. S. una cintura tan pequeña! (*Concedido.*)

—Saca otro traje: el color de este no me sienta.

—A V. S. sientan bien todos los colores. (*Concedido.*)

—¡Reniego de Dubost! ¡qué guantes tan anchos!

—Para la mano de V. S. no pueden encontrarse estrechos! (*Concedido.*)

—Voy descontenta de mí misma.

—¡Pues nunca vi á V. S. tan encantadora!—Tambien la señora concede tácitamente la última observacion de su Doncella, y al dar la última ojeada al espejo no puede menos de decir: «¡qué guapa muchacha!... ¡ya procuraré sus adelantos!...»

La Doncella... de labor es mortal y vive expuesta, por tanto, á quebrantar cualquiera de los diez mandamientos, segun al demonio le es servido tentarla. Comunmente la Doncella es curiosa, entremetida y embustera; pero á semejanza del camaleon muda de defectos como de color en los vestidos. Con los menestrales es puerca; con los empleados murmuradora, con los curas gazmoña, condescendiente con las viudas y aduladora hasta el servilismo con las señoras de alto rango. ¡Pero cuántas y cuántas virtudes no encontramos entre esos mismos defectos!... ¡Curiosa llaman á la Doncella!... y ¿pueden calcularse los ópimos frutos de su curiosidad? Si la Doncella no conociese á punto fijo el momento en que las señoras reciben mal á sus maridos ¿no se alteraria mas de cuatro veces la paz doméstica, conservada solo por el despejo con que la Doncella dice á su dueño, la señora está indispuesta, está recogida?... ¿Ha de hombrearse en lujo la Doncella con sus amos, cuando son ricos menestrales?... No: por eso es puerca. ¿Ha de ver con paciencia las trampas del gobierno cuando sus amos son empleados?... No: por eso es maldiciente. ¿Ha de escandalizar con palabras ú obras á sus dueños cuando son eclesiásticos?... No: por eso es embustera y gazmoña. ¿Ha de insultar la vanidad ni ajar el amor propio de una señora, cuando sirve á damas de alto rango?... No: por eso es aduladora y servil. Vean nuestros lectores como todos los defectos de las Doncellas son una emanacion precisa de su embarazosa posicion y de sus acreditadas virtudes. —El amor, como las demas pasiones, tiene cabida en el corazon de las Doncellas... de labor, pero todas sus afecciones, modificadas por los desengaños, vienen á reducirse á dos como los preceptos del decálogo: la Doncella ama el dinero sobre todas las cosas, y al ayuda de cámara como á sí misma. La clase media da á sus Doncellas, ya provectas, un lugar en su lumbre y un asiento en su mesa: las Doncellas aristocráticas, que envejecen en el servicio, pueden contar con el empleo de ayas ó amas de gobierno.

MANUEL M. DE SANTA ANA.

EL BARATERO.

A mí me gustan los hombres *crúos*; pero de lejos; y ¡un cuando me despepito, como suele decirse, por ser espectador de una riña á *navajaso*, la verdad, si no hay un balcon ó un andamio donde pueda colocarme, haz cuenta, lector de mi alma, que dejo mi puesto vacío para el primer prójimo curioso que acierte á pasar y quiera relevarme. No, si no andarse cerca de dos *mosos ternes que se están diñando mojás* ó meterse á separarlos, y sacará algun *javeque* el caritativo mediador.... sin poderlo remediar por supuesto. Y si es-

to es lo probable con dos *mosos güenos* de la tierra de María Santísima ¿qué no habrá que esperar de la flor y nata de los valientes, de ese hombre con el alma negra, con mil rajas en la piel, con el brazo derecho cansado de mandar bravos á los cementerios, del Baratero en fin? Confieso que si me pongo á reflexionar sériamente y pienso en que estoy cara á cara con el Baratero, siento tal dósis de *canguelo* discurrir por mi individuo, que estoy por asomarme al balcon y dar voces á la guardia pidiendo socorro. Y hé aquí que la guardia me hace recordar que hay tropa, y esta que hay cuarteles, y estos que hay cantinas, donde por mucho que me pese será fuerza buscar al *respetable* tipo que tú ¡oh lector! y yo, traemos entre manos y entre ojos. Seis, ocho, quince soldados, y entre ellos aquel, miradle, con un mechon largo de pelo sobre la frente recogido en un rizo tras de la oreja izquierda, la gorra de cuartel sobre el ojo siniestro, un pico del pañuelo fuera del bolsillo del pantalon y el de la navaja asomándose por entre los botones de la casaca: su cuerpo descansando sobre una sola pierna, una mano en el cigarro y la otra en la cintura, y la mirada mas insolente y desvergonzada de la mas descarada criatura. De muy pocos amigos es la fisonomía de este hombre *poeroso*: moreno bronceado, con hondas pintas de viruelas, cejas pobladas y dos chirlos repartidos entre la sien y el carrillo, forman un conjunto de prójimo tan feroz y de un feo tan subido que hace saltar las lágrimas.

El servicio que corresponde al *Baratero soldado* en su regimiento, es sumamente dulce, porque está relevado por el sargento 1.° de su compañía del penoso ejercicio de cuartel y de las formaciones; solo asiste á las revistas ó á alguna guardia cuando va el sargento primero cuya proteccion se aplica porque son paisanos, ambos del Perchel de Málaga, y porque entre los dos no hay cuentas nunca. El *Baratero* cede su prest al sargento, le hace tambien algunos regalos y le anticipa algunas pesetas, quedando siempre en paz porque el paisano es hombre de rumbo; además acompaña de noche al sargento en todas sus espediciones, hace cara á cualquier riña, y con esta mútua proteccion obtiene el sargento fama de muy valiente, aunque dice para sí el *Baratero* que *ez una mala gayina*.

El Baratero suele ser cabo lego, es decir, que no sabe leer ni escribir, y en este caso se llama el cabo Martinez, el cual llegó reclutado al regimiento por una *esgrasia*; *porque se le espuntó la navaja en un güeso de un amigo y tuvo q'acogerse á las armas juyendo é los acólitos é la sevéra*. De guarnicion con su regimiento en Sevilla jugaba sus ahorros con los chindos del matadero, y harto ya de perder dinero dijo un dia que se lo ganaban malamente, se trabó una disputa, medió *el alfilé é dos mueyes*, *mojó á dos*, huyeron los demas, y hecho dueño del campo recogió el dinero de todos y se marchó al cuartel. A cubierto ya de las persecuciones de la justicia ordinaria, partió el dinero con el sargento, este ayudó á cubrir el espediente respecto de las reclamaciones, y desde este dia el sargento Gutierrez fué el padrino y el protector del cabo Martinez, á quien tambien estiman los oficiales porque en los dias de accion lo ven siempre delante de las guerrillas, y los que tienen un ánimo valeroso hallan fácilmente simpatías.

Echada ya la suerte de su primera jugada y con la proteccion del sargento Gutierrez, *el Baratero* recorre las compañías de su batallon, se hace lugar en los corros donde juegan los soldados, toma cartas como fullero, arma camorras cuando pierde, y si sale vencedor en otra pendencia le cobran miedo, y desde entonces se hace abonar un tanto por baraja, y por derecho señorial del terreno. En los círculos donde no le conocen exige este derecho clavando su navaja al lado de los naipes del que tira el cané: tiene tres ó cuatro lances todos los dias: vive de sus rentas: fuma puros: viste de paisano, y si cumple su tiempo sin que le maten ó le condenen á presidio vaga por el mundo el resto de sus dias acometiendo toda clase de empresas arriesgadas y nunca se le ocurre acometer la mejor de todas; la de ser hombre de bien.

Y ahora, si á bien tuvieras, lector carísimo, seguirme hasta la no menos superlativa en belleza Málaga peregrina, á fé que te lo agradeciera, porque seguramente tropezaríamos con otra edicion del cabo Martinez, y yo tengo por muy cierto que los duelos con pan son menos, es decir, que en lances de peligro cuanta mas gente mejor, y si nos ha de suceder alguna desgracia, mas vale que se reparta entre todos, porque aun cuando suele decirse que mal de muchos consuelo de tontos, el adagio es el que yo tengo por tontería rematada. El alma generosa que ve padecer á cuantos le rodean, olvida una gran parte de sus penas propias por compadecerse de las ajenas, y ademas, el amor propio no padece cuando las calamidades no son exclusivamente nuestro lote, y esto no solo es algo, sino aun algos en punto á la seguridad individual. Esto supuesto, sígueme, daremos un paseo por la puerta del mar y observarás alguno que otro grupo de muchachos descamisados, á quienes conocemos con el nombre de *granujas*, sentados en el suelo, disputándose con una mugrienta baraja hasta dos reales en cuartos subdivididos en monedas de menor entidad. Están en la academia; así principia su educacion, y alguno de entre ellos mas valiente que los



El Baratero.

otros, ó mas palabrero, ó peor intencionado, ya oculta bajo los sucios harapos que forman su atavío una navajilla con la que amenaza á los demas si no le pasan sus fullerías, porque el *Baratero* suele empezar casi siempre por tramposo. El que ha de revestirse con este carácter conócese ademas, en que media en todas las disputas, transige las diferencias, se hace respetar, presenta una baraja señalada para que tallen con ella, y es, por último, el mas atrevido y el mas diestro en apropiarse la hacienda ajena contra la voluntad de su dueño. Por la tarde se entretiene en *centralizar* en su poder los pañuelos de los viandantes para venderlos y jugar su valor, y por la noche y por la madrugada recorre los puntos del mercado *chorando*, como él dice, *lo que ce puee, y poniendo las cozas é su sitio.*

Cuando una guerrilla de estas se despliega desde la calle Nueva hasta la Alameda no hay pañuelo seguro en los bolsillos, y por mas prevencion y cuidado que se tenga, usan de tales mañas y sutileza, que pierde cualquiera transeunte la comunicacion con sus narices. Estoy oyéndote dudar, lector benévolo: te veo fruncir los lábios, manifestando con tu sonrisa un «que se acercasen á mí,» y para convencerte de que no hay prevision suficiente para ello, quiero contarte un lance ocurrido allí, no ha mucho tiempo, de un arriero á quien le robaron una onza, teniéndola metida en la boca porque no se la quitasen.

—Un domingo, en el momento de tocar á misa de doce, apuraba un arriero á un compañero suyo que se encontró en la puerta del mar, para que lo acompañase á la iglesia, á lo que el desconfiado palurdo se negaba, dándole por pretexto que no queria meterse en bullas porque traia una onza de oro en la faja. El otro le hizo ver que no era razonable excusa para perder la misa: volvió á instarle, y para que se tranquilizara completamente: *métete*, le dijo, *la onsa en la boca, que de hay no te la sacarán.* Así lo hizo el mal aconsejado mancebo, y satisfecho de la ocurrencia encamináronse los dos á la iglesia. Un grupo de *granujas* oyó la conversacion; observaron la operacion del cambio de bolsillo, y destacáronse tres como de unos diez y ocho á veinte abriles, y siguieron á los arrieros hasta la iglesia. Se despojaron de zapatos y sombreros, tomaron entre dos un pañuelo por los cuatro picos, echaron dentro algunas monedas de cobre y plata, y como si fueran dos marineros que iban pidiendo por cumplir un voto para decir una misa á la vírgen del Cármen, se introdujeron en la iglesia colocándose al lado del arriero que estaba con su onza en un carrillo observando al traves á cuantos estaban en su alrededor. Los dos fingidos marineros no quitaban la vista del arriero, conservando al mismo tiempo la actitud mas hipócritamente devota. Llegado el *ite misa est*, y al inclinarse como los demas fieles para recibir la bendicion, soltaron uno de los picos de trapo y derramáronse las monedas por el suelo. *Naide ce mueba, cabayeros, to este dinero es de la vírgen zantícima*; *¡cuidiao con la onsa! ¿á onde está la onsa*:? Miraron todos al suelo, teniendo buen cuidado de no bajarse los finjidos devotos de la vírgen, y volvió á repetir el otro: *la onsa pa mizaz pa la vírgen no paese ¿quién ha tomao la onsa? Este pícaro la cojió y ce la metió en la boca*, dijo uno de los oyentes que era el otro compinche, señalando al arriero. Este, echóse mano al momento, y al vérsela sacar de la boca todo el auditorio se indignó contra el improvisado ladron: arrebatáronsela los supuestos marineros ayudados por muchos circunstantes, y mientras el infeliz arriero juraba y perjuraba que era suya, ya estaba la onza muy lejos de la iglesia en poder de sus nuevos dueños, quienes se escabulleron de entre la muchedumbre con la rapidez que se desliza un pez en el agua.

Todos estos ardides no tienen otro objeto que sostener el vicio del juego, en el que poco á poco va formándose *otra clase de Baratero* que asienta sus reales en la *pescadería* y en el *muelle nuevo*, riñe en la playa tras de las barcas, y ya hecho hombre se halla en completa posesion de los goces de su destino, juega y gasta en las tabernas, mantiene una querida, y obtiene las rentas de su profesion.

Cuando esta clase de Baratero llega á ser conocido y temido, se establece en la casa de su querida que vive en el *mundo nuevo;* tiene por aprendices algunos barbilampiños que le sirven de espías al par que de echadizos para sus riñas premeditadas; y en tal estado ya el *Baratero* es un *temeron*, vive de su propio crédito y hasta los alguaciles lo respetan.

Cuando el *Baratero* necesita mas dinero del que le traen sus aprendices de los corrillos de juego establecidos en su demarcacion, porque suele acontecer que cada barrio tiene su *Baratero*, sale de mal talante de casa de su *chai*, y dispuesto á entrar en lid, se derriba el sombrero sobre los ojos, se echa la chaqueta por delante del pecho, se acomoda por debajo de la camisa en el brazo izquierdo un manguito tegido de cañas, en el pecho un cuchillo, y una navaja en la faja, sujeta con una cadeneta prendida de un boton de los pantalones; gasta poquísimas palabras y va determinado á *armarla* en una parte fija. Dírigese como una hiena por el lienzo de la muralla, llega al Guadalmedina, discurre solitario por el hondo cauce del seco rio, y aparece de improviso tras de unas tapias donde se esconde una cuadrilla de charranes, soldados, granujas y marineros, toda gente perdida, desalmada, deshonrible y sin camisa:

—*Guarde Dios á loz cabayeroz y jente güena.*

—*Y á zumesé tamien, zeñó Curro,* contestan algunos, fijas en el nuevo interlocutor las miradas de todos. No se interrumpe por esto el juego, sino que afectan indiferencia, pero no por esto dejan de recelar de las buenas intenciones del *zeñó Curro.* Este empieza generalmente por hacer un par de puestas, previa informacion de los fondos existentes, y apenas las ha perdido, coge la baraja y la rompe presentando otra en seguida, acompañada del cuchillo que clava sobre la manta en que juegan. Si no hay quien le chiste, el dinero es suyo; mas si hay en la reunion algun *Baratero* de aquel barrio que estaba ya cobrando el piso á aquellas criaturas, recoge el cuchillo y lo tira diciendo: *aquí no nos azustan arfileres.*

—*Compae Juan, échece osté ajuera.*

Y entrambos se dirigen á la playa seguidos á distancia de algunos prosélitos aficionados. Despues de escogido el terreno á propósito, se lian al brazo izquierdo las chaquetas, cogen el sombrero en la misma mano, con la derecha el cuchillo, y empieza el uno:

—Ea, vamos á ver los mosos güenos.

—¡Tire osté! Y empiezan á girar al rededor, manteniendo sobre poco mas ó menos este diálogo.

—Vente á mí, Curriyo, sin canguelo, no tarretires.

—Párece osté, zeñor Juan, quez osté un periquiyo saltaor.

—Anda aquí chavalejo.

—Ea, Dioz mio, encomiéndeze osté á Dioz.

—¿Te jerí?

—No ha zio ná.

—Poz voy á rematarte: Isioriyo, ayégate po el zantolio.

—Me gie osté ya zeño Juan; ¡juy!...

—Juya osté por Dioz, que ya eztoy ensima, y le voy á abrí un boquete mas grande que el ojo é un puente.

—¡Ay Maria Zantízima! zujetáme, muchachoz, que me voy á quear con él, y zerá una láztima eze moso.....

Y aquí intervinieron por una y otra parte los ami-

gos, y en este caso el dinero del barato se gasta en la taberna y la reputacion de los *Baratero*s se aumenta en sus respectivos barrios.

No suelen terminar del mismo modo las cuestiones entre el *Baratero* y un desconocido cualquiera que se oponga á la exaccion del dinero, sino que entónces sucumbe este quedando mal herido, porque el Baratero tiene una inmensa ventaja en el arte de tirar al cuchillo y á la navaja, armas que maneja con mucha superioridad sobre un sable ó un florete en manos de un buen diestro.

Tambien acontece, aunque rara vez, que por antigua enemistad ó por negocios en que median mujeres, dos Barateros se desafian, y ambos valientes se meten (como ya ha sucedido) en el zaguan de una casa, cierran la puerta de la calle, y en aquel reducido espacio se dan tantas puñaladas sin poder defenderse, que mueren entrambos. Esta catástrofe horrorosa se ha visto reproducida en Málaga y en Sevilla en distintas ocasiones; pero no son muy comunes semejantes atrocidades, porque el *Baratero*, despues de habérsele seguido diferentes causas por heridas y asesinatos, suele parar en presidio, de donde sale para la horca si ejerce allí su oficio.

El *Baratero de la cárcel* se desvia del carácter de los anteriores, y su posicion es tan triste y desgraciada que si bien no excita el llanto, porque no hay quien llore por las penas agenas desde que murió el Corregidor de Almagro, que diz falleció de pesadumbre por haberle sacado el sastre unos calzones cortos de tiro á un compañero suyo, al menos debia excitar la pública conmiseracion. Tal vez estarás aguardando á que yo me formalice habiendo llegado á la descripcion del tipo en el *maximum* de sus cualidades características, pero ahí está la dificultad; porque yo soy mas alegre que unas sonajas, mas á propósito para una boda ó un bautizo que para un entierro. Verdad es que considerado el asunto con toda deformidad, con poco que se reflexione, con poco que se fije la imaginacion en el hombre criminal que cumpliendo su condena no hace mas que reproducir y multiplicar sus crímenes, tendríamos que deducir tristísimas consecuencias, porque á poco que investigásemos, hallariamos culpable á la sociedad misma, que sin haber admitido en su seno ciertas clases de hombres, les hace pagar con la vida los desvíos de sus leyes. En efecto ¿qué garantías ofrece la sociedad el hombre salvaje á quien sin embargo priva de sus libertades? Si la ley del fuerte contra el débil se hace prevalecer, esta misma tiene en su abono el *Baratero*; y segun hemos visto, el *Baratero* que se forma del *granuja*, *el Baratero charrán*, este hombre en su esencia, no debe á la sociedad mas que el borron que cubre de infamia su nacimiento. Salió de la casa de expósitos quizá para socoro de una nodriza; por hogar tuvo el campo, por alimento el que se proporcionaba con su propia industria, y por porvenir la miseria presente de su vida. No ha reclamado en su favor las leyes ni las protecciones sociales, y guiado por su propio instinto ha crecido con la miseria, lo ha robustecido la desnudez, y dotado de un corazon valiente, usa de la ley natural para conservar su vida. La sociedad lo creyó perjudicial, y no autorizando sus duelos verificados en buena lid, lo condena á presidio, y este ser inculto, que no reconoce otras leyes que su propia fuerza, en la cárcel misma, con los grillos en los pies y la cadena en la cintura, sigue ejerciendo la baratería. Expulsado de la comunion social, como miembro corrompido, ella le coarta sus facultades sin darle en cambio ventaja alguna, y cuando lo ahorcan por un nuevo crimen, no hace otra cosa que valerse de la ley natural....

Pero olvidábaseme, lector amigo, que habias tenido la condescendencia de seguirme, y si no lo llevas á mal, entraremos en la cárcel y nos asomaremos al patio, mediando por supuesto entre nosotros y los presos una gruesísima reja, especie de garantía constitucional, que es el límite ó barrera que separa á los criminales del mundo civilizado, del mundo moral, del mundo religioso.

Desde allí veremos al *zeñó Curro* no entorpecido con las calcetas de Vizcaya ni agoviado con las cadenas, sino risueño, alegre, diciendo chanzonetas, haciéndose obedecer y *c brando el barato* á los demas presos. Le verás osado dirigirse al que acaba de entrar, que parece afligido por su desgracia saltándose de sus ojos gruesas lágrimas arrancadas por el horror y el sentimiento de su posicion: á ese, pues, llega el *Baratero*, le pide el dinero que traiga para *guardárzelo á zumersé de eza gente perdia*, y si el infeliz no lo tiene y está decentemente vestido, el Baratero propone á los demas la venta de aquella ropa, ajustándola prenda por prenda.

Para hacerse respetar el *Baratero* de los otros presos, conserva siempre alguna herramienta, algun arma peligrosa burlando la vigilancia de los carceleros que hacen la requisa, y si no, forman una cuchilla de hoja de lata que esconden pegándosela con cerote á la planta del pie, ó inventando cualquier otro expediente no menos ingenioso. Los accidentes de su oficio son ahora lo mismo que antes, y si el *Baratero* se encuentra con otro en la cárcel, no aviniéndose á partir las utilidades, riñen, y la muerte de uno de los dos es inevitable. La sociedad se encarga de vengar al culpable que queda vivo, porque entrambos lo son igualmente, y porque ha tenido la desgracia de sobrevivir á su compañero, lo ahorca, y aun cuando no lo quiso reconocer como miembro para que optase á sus beneficios lo condena á muerte, por propias culpas de su mala organizacion, de su falta de armonia y buen acuerdo.

Podríase añadir á este tipo el del marinero y el del contrabandista, pero deben considerarse estas clases como hijuelas del tipo principal, y sus descripciones ademas no presentarian variedad alguna. Y aun cuando el Baratero no es hijo esencialmente de Andalucía, puesto que en otras provincias se encuentra tambien, no por esto se diferencia en sus hábitos, y seguramente el *Baratero andaluz* si no es el tipo en su orígen por lo menos es el mas generalmente conocido.

Y en verdad, que siento el fin desastroso de este mozo *cruo* por mas que haya estado con sobresalto y recelo hasta la trágica escena en que forzosamente debia venir á parar por sus desaciertos y violencias. Dios le perdone sus culpas como yo le perdono el susto que me ha dado, aunque mucho desconfio que así suceda en bien de su alma, indómita y feroz hasta en sus últimos momentos. Así por lo menos me lo ha demostrado á mí uno que ví ajusticiar, el cual, habiendo pedido con mucho empeño hablar al público, lo que le fue concedido, se dirigió á los espectadores, que en silencio le escuchaban curiosos, y dijo: «Hermanos, la advertencia que tengo que haceros en este mi último trance es, que cuando vayais á comer un huevo pasado por agua, no le descascarilleis antes de partir el pan, porque se encuentra un hombre muy embarazado con el huevo en la mano sin saberse qué hacer.» Lo cual, segun lo interpretó un compañero suyo, quiere decir que nadie se meta á *Baratero* sin contar antes con los escribanos.

ANTONIO AUSET.

EL POETA.

CÚPOME en suerte, carísimo lector, escribir el artículo del Poeta, tipo y personaje harto fácil de confundir con muy diferentes personajes y tipos, que figuran en el teatro de nuestra sociedad actual, y de

entre los cuales procuraré sacártele cuanto necesario sea para que aparezca á tus ojos representando su verdadero papel.—Agrádame tanto mas esta tarea, cuanto me proporciona mas favorable coyuntura para rendir un justo y sincero homenaje á los que con honra ganaron en nuestra España semejante renombre.—Famosa ocasion era esta para hacer alarde de moderna erudicion en una de esas largas introducciones filosóficas que ahora se usan en los artículos de los periódicos; y á ser esta mi voluntad remontaríame á buscar el orígen de los Poetas en los tiempos fabulosos, ó ante-diluvianos, ó subiendo aun á mayor altura iria, tal vez, á parar en los serafines que cantan el Hosanna, dándolos por los primeros músicos y Poetas del orbe conocido y por conocer.—Mas pláceme seguir distinto rumbo y voy á entrar en materia con la franqueza de un castellano viejo, ya que en tal lugar de la tierra me tocó nacer. Así, pues, voy á delinear el tipo del Poeta tal cual existe hoy entre nosotros, sin mas introducciones ni preámbulos; y sin meterme en lo que han sido, ni debian ser los Poetas, me ceñiré á lo que son, es decir, á lo que al presente debemos entender en este pais por un Poeta.

Sin embargo, como no habrá quien se atreva á negarme que todos los hombres somos hijos de nuestra madre, tampoco habrá quien me niegue que nuestra generacion de Poetas es hija de la generacion de Poetas del inmediato siglo anterior: por lo cual me veo en la necesidad de decir dos palabras sobre estos últimos para entendernos mas fácilmente cuando tratemos de los primeros. Todas las épocas tienen sus especiales creencias, teorías, aficiones y costumbres, á las que pagan necesariamente tributo los hombres especiales que en ellas nacen. El siglo pasado fue esclavo del demonio de la filosofía, y el presente del de la poesía: en aquel para ser hombre de pró era preciso filosofar, y en este para valer es forzoso poetizar. No sé en qué consiste que la ciencia y el oro rara vez caminan juntos, pero ello es una verdad de la que todo el mundo está convencido: los filósofos, pues, de la pasada centuria, tuvieron tan poco dinero como los Poetas de la presente. Existe, sin embargo, una notable diferencia entre aquellos y estos. Aquellos tenian prurito por patentizar su pobreza y no se avergonzaban de mendigar los desperdicios de los ricos, al paso que estos arrostran la suya con fiereza y aparentan mas de lo que poseen. Y este es uno de los mil caprichos con que nacemos, porque en el siglo pasado *corrian* de mano en mano las buenas onzas y doblones de Cárlos III y en este ni aun siquiera *andan* esas malditas monedas de cinco francos, en que los señores franceses nos convierten nuestros pesos mejicanos. Los Poetas que vieron la luz antes del mil ochocientos, enviaban á la musa á dar dias, á pedir aguinaldos, á solicitar empleos, pensiones, ó favores como hoy dia los repartidores de nuestros periódicos, los cajistas de nuestras imprentas, y los serenos de nuestro barrio para pedirnos la propina de año nuevo. Complacianse en exagerar su mala situacion, celebrándolo sin vergüenza alguna, y aun elevando á virtud aquella misma miseria en que acaso no vivian, y ridiculizábanse en fin á sí propios sin piedad, como los mendigos que laceran sus miembros para excitar mejor la compasion del prójimo poniéndole ante los ojos su repugnante deformidad. Entónces la poesía era un adorno secundario en un legista, en un curial, ó en un clérigo, que destinaba sus ratos de ocio á hacer cuatro composicioncillas amatorias, muy apreciables sin duda para la mujer que las inspiraba, pero muy insípidas para el lector juicioso, que no hallaba en ellas mas que copias de copias, de cuantos versos amatorios se habian escrito desde Anacreonte hasta aquellos dias (téngase entendido, y lo advierto con tiempo, que no hablo aquí de D. Nicolas Moratin, Cienfuegos, ni de otros varios en quienes brillaron dotes reales de Poetas, por mas que cediesen al mal gusto del tiempo en que vivieron): ahora es una carrera como cualquiera otra que conduce á una posicion social decorosa, y aun á destinos honoríficos del estado, y que produce lo suficiente para vivir sin lujo, pero sin estrechez. Entónces se decia por lo bajo; yo soy un miserable Poeta; hoy se dice con orgullo, la poesía me ha hecho independiente. Entónces un poeta excitaba la compasion, ó era buscado en las sociedades de la clase media para gozar con sus dichos agudos (vulgo bufonadas) y hoy excita la admiracion y el aplauso, y es recibido sin dificultad en las mejores sociedades donde no le resisten la mas esmerada educacion, ni el mas extremado decoro. Entónces podia aspirar á una plaza de escribiente en las oficinas de un grande, en la mayordomía de alguna colejiata, ó en casa de un escribano, si tenia buen carácter de letra, y ahora un tomo de poesías, una buena comedia, un poema bien escrito introduce á un Poeta en la secretaría de Estado ó de Gobernacion, en la Biblioteca Real, ó en una legacion al extranjero, donde al paso que goza el premio de su trabajo y talento los perfecciona y enriquece con nuevos y necesarios conocimientos. Entónces se creia que el abandono y desaliño de la persona era una señal evidente del talento, y que para ser sábio, filósofo ó Poeta inspirado, era preciso ser sucio, grosero, distraido y cínico; hoy por el contrario la juventud que se dedica á la poesía, viste con elegancia, frecuenta la sociedad, y no avergüenza á sus á sus amigos, á sus protectores ó sus apasionados con manchas y desgarrones. Entónces los Poetas se mordian con encarnizada furia, desacreditando con palabras y escritos las obras agenas en los términos mas injuriosos y descomedidos, sin ocultar su envidia, su pesar ó su enemistad: ahora las producciones afortunadas de un Poeta son aplaudidas por los demas, juzgadas con recta severidad, y criticadas con noble indulgencia. Entónces un Poeta que llegaba á cierta buena situacion esquivaba las ocasiones de proteger y favorecer á otros Poetas, porque los miraba como sus enemigos naturales; y ahora un Poeta en la fortuna presenta ventajosamente á los demas en todas partes, y se llama amigo suyo; lo cual si no es adelanto del talento es adelanto de la educacion y hombría de bien.

De aquí nació la justa ojeriza que nuestros padres tomaron á la poesía y á los Poetas, en quienes no veian sino miseria, envidia y relajada conducta: de aquí los disgustos que los hijos hemos dado á nuestros padres con este malhadado afan de poetizar, en favor del cual tenian tan pocos buenos ejemplos que traer á la memoria. Verdad es que la mayor parte de estos malos ejemplos son debidos no á los verdaderos Poetas, sino á la turba de aficionados á la poesía, que no los imitan en las vijilias, los estudios y los trabajos, sino en las estragadas costumbres que el vulgo les atribuye continuamente; porque hablando en plata, amigo lector, tengo para mí, que los aficionados son la polilla del arte á que se aficionan; sea esto dicho de paso y con perdon de los aficionados, que se las tienen de críticos y profesores, sin mas conocimientos que su aficion. Con estos antecedentes vamos á entrar de lleno en el artículo del Poeta del siglo XIX, separándole de otros tipos ó caractéres que pueden en algun punto semejársele.

No hablo de aquel muchacho de diez y seis años que viene á Madrid fugado de la casa paterna á sentar plaza de Poeta porque ha oido decir que Byron y W. Scott lo hicieron así, y alcanzaron grande reputacion. A este despues de vagar algunos meses sin dinero ni domicilio, haciendo y diciendo necedades de muchacho le caza un dia algun individuo de su desconsolada familia y le vuelve á llevar á su provincia, donde al cabo se convence de la mala suerte que acompaña al talento, y especialmente al de la poesía;

se hace abogado, ó médico, ó boticario, y conservando su afecto á las bellas letras concluye por ser un mal boticario, ó médico, ó abogado, y mas decididamente un detestable aficionado á la poesía. Este entra, pues, en el tipo del aficionado y no en el del Poeta.

No hablo tampoco de aquel otro mancebito de barbería que en vez de aprender á conocer los simples, pasa el tiempo escribiendo coplas á las criadas de sus vecinos; y dejándose crecer su indomable pelo de la dehesa, su áspero bigote y desigual perilla, pone en comedia la vida y aventuras del sacristan de su lugar, y se lanza á presentarla á las empresas de teatros y á los autores perdonándoles la vida si se la ponen en escena.—A este le ofende su amor propio el verse desairado por aquellos á quienes se dirige, y vuelve á su tienda á cantar sus coplas en la vihuela, á afeitar á sus parroquianos y á mudar el agua á las sanguijuelas; teniendo para sí, que los empresarios y los Poetas están envidiosos de su saber, y de las buenas partes de sus obras. Guarda, pues, su comedia cuidadosamente en su baul, y vuelve á su pueblo diciendo que es Poeta; créenle los palurdos bajo su palabra, y le convidan á las bodas de los pueblos del contorno para echar bombas á los postres, á la salud de los novios y los padrinos. Este tampoco entra en el tipo del Poeta sino en el del cirujano romancista.

No hablo tampoco de aquel imberbe muchacho que se presenta en las redacciones de los periódicos de literatura, que no pagan, á escribir lo que necesitan los redactores ó el dueño del periódico. Este anuncia con la mejor buena fé que escribirá de todo; artículos de artes, de crítica, poesías sobre todo: que escribirá los artículos de teatros si las empresas le mandan gratis su correspondiente luneta; que traducirá novelitas del frances al gascon, y aun las hará originales á pedir de boca.—Si consigue su objeto inunda el periódico de sus peregrinos artículos, que nadie lee; se da con sus amigos, en los cafés y en los sitios públicos la importancia y el nombre de Poeta; se hace sensible con las damiselas de equívoco carácter y las lee sus versos en tono lastimero, recordándolas la buena amistad que le une con las notabilidades literarias de la capital. —«Hoy como con Rubí, *chez Mr. Prosper*, exclama inocentemente. ¡Oh! ¡Rubí es es un buen muchacho! tenemos corridas algunas trifulcas juntos, vaciadas algunas botellas de Champagne.—Algunos dias nos acompañan otros Poetas, literatos y periodistas de buen humor.—Doncel y Valladares, los redactores del Laberinto, varios articulistas de los Españoles pintados por sí mismos, —¡oh! gente toda de buen humor, bebedores y calaveras si los hay.—¡Qué vida, amigas mias, qué vida! eso es gloria y lo demas patarata.—Y así explicándose toma su sombrero y parte á la plazuela de Santa Ana á pasarse por la fonda de Próspero: pero no á comer con tal compañía, sino á mirar por los alambrados que dan á la calle, si hay en las salas de comer alguno de los citados, á quienes mira y escucha desde fuera para poder mañana contar con quién comió ayer. Este llega al fin á creerse él mismo grande amigo de todos los Poetas: cuenta sus vidas como las oye de bocas tan fidedignas como la suya, embelleciéndolas siempre con alguna circunstancia que las marque mejor; y cualquiera que le oiga concluirá por creer que los Poetas son una raza de hombres perjudiciales en todos sentidos; que pasan sus dias y sus noches en largos festines, en ridículas disputas y desafíos, y continuos y escandalosos espectáculos. A estos imbéciles deben la mayor parte de los poetas una crónica escandalosa de que jamás han sido los héroes, y de ellos hay que oye contar su propia historia sin conocer siquiera el lugar en que nació ni los lances y escenas en que su nombre figura.—Estos tampoco son individuos que pertenecen al tipo del Poeta, sino al del tonto.

Tampoco hablo de aquel otro mancebo que hace diez años que se ha plantado en los veinte y cinco, que ha hecho una ó dos escursiones hasta Paris, donde ha adquirido un modo de hablar, de vestir, de andar y de vivir en fin, si no muy acomodado á las costumbres del pais en que nació y vive, muy á propósito para hacerse *remarcable*. De allí ha importado consigo una ciencia universal infusa y el título que mas de moda le pareció, el de Poeta. Conoce á Alejandro Dumas, se cartea con Chateaubriand, ha comido mil veces con V. Hugo, ha enseñado á su esposa (de V. Hugo) varias canciones andaluzas (que ni ella, ni él, ni V. Hugo, han entendido jamas); ha tomado el té en varias ocasiones con la elegante Mme. de Devant (Jorje Sand); ha dado algunos útiles consejos á Federico Soulié, sobre sus *Memorias del Diablo*, y se ha visto suplicado por los empresarios del teatro frances para que se estableciera en el mismo Paris, con el objeto de que les ayudase á dirigir su teatro. Escribe en todos los periódicos por amistad con sus directores, por darles reputacion firmando sus columnas. Todas las hermosas de Madrid le confian su ÁLBUM, el cual se encarga de llenar por la estrecha amistad que le une á todas las notabilidades. Da exactas noticias de cuanto pasa en la capital y provincias de España con respecto á las artes, y conoce todas las *joyas* que encierran los liceos y teatros caseros de la nacion; es decir, todas las muchachas bonitas que desgarran tan lindamente las comedias, que solo debieran *ejecutarse* en los teatros, á quienes perjudican estas hermosas, mágicas é inspiradas actrices que siendo muy poco para elevarse á ARTISTAS, se consideran mucho para descender á CÓMICAS. —(Y sea dicho de paso, ahora que estamos en ello; todavía no hemos visto salir de estas sociedades artísticas ningun actor que se haya ganado para el arte.) De estos teatros caseros es el panegirista este mancebo de quien voy hablando: y él es el que hace aparecer en los periódicos los artículos laudatorios de sus sacrílegas representaciones, cuyos artículos vienen generalmente á parar en unas detestables coplas á los ojos de la fulanita, al cabello de la menganita, y á la deliciosa sonrisa de la citanita, que serán á mi ver los mejores dotes de actriz que poseerán, cuando por ellos solo se les encomia. Este no entra tampoco en el tipo del Poeta, sino en los tres juntos del *aficionado*, del *artista* y del *mentecato*. Réstame ahora, lector pacientísimo, decirte lo que es un Poeta, segregado de estos otros entes de quienes te he hablado y con los cuales no es justo que le confundas.

El Poeta, pues, es un individuo de nuestra raza humana, que ve la luz en el lugar que el Sumo Hacedor le destina para nacer, en la aldea ó en la córte, en la tierra ó en el mar, y en medio de una familia noble ó plebeya; opulenta ó miserable, como todos los demas hombres. Recibe la educacion que le dan, y vive sujeto á todas las vicisitudes de la fortuna, ni mas ni menos que el resto de sus hermanos; pero dotado de corazon fogoso, y brillante imaginacion, empieza á ver y juzgar las cosas con alguna diferencia de lo que las ve y juzga el comun de las gentes. Sus padres ó tutores le dedican á la carrera que mejor les parece, poniéndole bajo la direccion de los mejores profesores, pero él adelanta poco en los estudios graves y echa mano de otros libros que no son de su facultad. Poco á poco su lectura despierta en su imaginacion ideas nuevas cuyo gérmen habia siempre sospechado y poco á poco se decide á extender sobre el papel sus informes pensamientos, reduciendo á palabras sus deseos, sus esperanzas, sus ilusiones de muchacho. La historia, la retórica, la geografía.... todo lo que aprendió en el colegio, ó á solas con los libros y escritos que le cayeron en las manos, viene entonces en su ayuda. Pronto concibe que sus ideas pueden expresarse propia y elegantemente; que la

riqueza y armonía de su lengua patria le está brindando con una fácil versificacion, cuyo desempeño no le embaraza mucho, porque su propio instinto hace brotar de su pluma sus conceptos en versos de todas medidas, que él va reconociendo conforme los va viendo escritos delante de sus ojos. Desde aquí su aficion á la poesía, desarrollada completamente, le hace imponerse modelos que imitar, estudios que cultivar, y obras que emprender. Aquí tienen principio sus dudas y desconfianzas: algunos versos ó discursos suyos han sido celebrados ya por amigos, ya por estraños, pero siempre como pasatiempos de chico; y esto, que no satisface su corazon, le obliga á avanzar con ánsia y fé por el camino que él mismo se ha trazado. Lee cuantas obras literarias encuentra, asiste á cuantas sociedades artísticas conoce, escucha á cuantos cree con reputacion de literatos y Poetas, y ensaya á sus solas la manera de poner en práctica las teorías que ha aprendido de ellos, ó la imitacion de las obras que han sometido al fallo del público y que han sido de este bien recibidas. Desde este momento solo le falta ya un cuarto de hora de buena suerte: y si le busca con asídua tenacidad le encontrará seguramente. Un amigo que le presenta en un liceo, una señora que le recomienda á un empresario de teatros, etc., etc., le ponen en estado de mostrar al mundo modestamente una obra de su ingenio. La sociedad le escucha con gusto, ó tal vez le aplaude con entusiasmo; el empresario se paga de la obra y se la hace leer en una reunion *ad hoc*, y hé aquí su momento feliz. Su produccion agrada á estos comités, se determina su representacion (ó su impresion segun el género de la obra); por medio de ella establece su conocimiento con las personas cuyos nombres está acostumbrado á venerar, y el muchacho pasa á ser hombre, y el estudiante á Poeta. En este dia empieza para él una nueva era.

El teatro es en este siglo el objeto de la ambicion del Poeta, porque una obra dramática reporta mas gloria y mas utilidad que otra alguna, y el jóven ha echado ya sus cuentas para el porvenir. Este es el Poeta; el que cuenta con hacer de la poesía su profesion y su ocupacion de toda la vida. Ansioso de reputacion y del aplauso en su pais, canta sus glorias en inspirados poemas, ensalza sus héroes en históricas producciones dramáticas, y celebra ó critica en satíricas comedias las virtudes y ventajas, ó los vicios y manías de las costumbres de su sociedad y de su siglo. El público recompensa sus fatigas con sus aplausos, y su pais le agradece lo que hace por su gloria, en nombre de los héroes que celebra y las hazañas que canta, colocando su nombre entre los nombres que darán honor á su centuria.

Por lo demas el Poeta no se distingue en nada del resto de los hombres. Sus costumbres están en armonía con sus afecciones, sus caprichos, ó sus convicciones como las de todos los demas. Tal vez (lo que sucede á menudo) sus escritos están en oposicion con su carácter; y un hombre grave, metódico, severo y de buenas costumbres, se complace en pintarnos las escenas mas bulliciosas, mas cómicas ó mas desordenadas; al paso que otro alegre, feliz é inconsecuente, nos retrata al vivo grandes cuadros trágicos, y profundas y misteriosas pasiones, en que la virtud y el heroismo juegan los principales papeles. Como todas las personas que ejercen una profesion, se disgusta de las que contínuamente le cuestionan sobre la suya y le hacen hablar de ella en lugares y horas incompetentes.

No usa de sus facultades poéticas sino en las ocasiones y asuntos que lo requieren: y jamas emplea sus conceptos en adular al poder, en celebrar la injusticia, ni en favorecer sórdidas ambiciones. Recibe modestamente las recompensas ó distinciones con que las academias, las autoridades ó los gobiernos premian sus talentos, y parte su gloria como su bolsillo con los que valen tanto como él, sin mirar jamas si les da la parte mas considerable. Alegre ó melancólico, juicioso ó calavera, bueno ó malo en una palabra, el Poeta es siempre Poeta, por mas que sea su vida sedentaria ó activa, su educacion esmerada ó abandonada, sus gustos y costumbres ejemplares ó reprensibles, y borrascosa ó monótona la historia de sus pasados dias. Esta historia corre generalmente entre el vulgo desfigurada por los mentecatos que creen que por conocer á los hombres célebres se colocan á su altura: como si el comer con un gran general, vivir con un gran orador, tratar con un gran músico, pudiera infundir valor en sus mezquinos espíritus, dar elocuencia á sus lenguas infamadoras, ó hacer producir á su estéril talento una brillante sinfonía, ó un solemne miserere. Pero este es riesgo que corren todos los hombres que se distinguen en algo, y que le toca al Poeta, no por Poeta, sino por hombre distinguido.



El Poeta.

Este artículo se alargaria demasiado si nos detuviésemos mas en él; haré, no obstante, una última observacion, y es, que casi todos los Poetas alcanzan fama de calaveras y disipados, y la mayor parte de ellos con razon; pues como sus trabajos son mas de inspiracion que de conviccion, frecuentemente les ocurre pasar largos dias en la inaccion y en la holganza, en cuyos dias no siempre son santas sus ocupaciones, arrastrados por su carácter voluble y sus

exagerados pensamientos, aunque esto no pasa de una vaga teoría desmentida por muchos ejemplos.

Y aquí concluye mi artículo del Poeta ¡oh lector benévolo! el cual, ya que no satifaga mi conciencia, puede acaso darte una idea ligera de los Poetas; si es que no te han hecho dormir sus períodos desaliñados. En cuanto á los nombres de les que hoy viven en este trabajado suelo de España, tú los podrás deletrear si has tenido la bondad de leerme con atencion. Quiero, sin embargo de esto, que sepas que los autores de *Guzman el Bueno*, *Detrás de la Cruz el Diablo*, *Los Amantes de Teruel*, *Don Alvaro ó la fuerza del sino*, *No ganamos para sustos*, *el Diablo Mundo* (poema), *Simon Bocanegra* y otros largos de enumerar, serán siempre tenidos como verdaderos Poetas, sea cualquiera su vida, su reputacion y su fortuna; y por mas que sus envidiosos y detractores les disputen los derechos á semejante título, sus nombres pasarán con sus obras á la posteridad, y no les faltarán tarde ó temprano, ni una corona de laurel para su sepultura despues de su muerte, ni un admirador durante su vida mientras pueda latir el corazon de

J. ZORRILLA.



El Ventero.

EL VENTERO.

VENTA. La casa establecida en los caminos y despoblados, para hospedaje de los pasageros.—El sitio desamparado y expuesto á las injurias del tiempo, como lo suelen estar las ventas.
VENTERO. El que tiene á su cuidado y cargo la venta, y el hospedaje de los pasageros.—(*Diccionario de la Academia.*)

LA venta y el Ventero son tal vez la cosa y la persona, que no han sufrido la mas mínima alteracion, la modificacion mas imperceptible desde el tiempo de Cervantes hasta nuestros dias. Pues las *ventas* de ahora son tales cuales las describió su pluma inmortal, aunque hayan servido alguna vez de casa fuerte, ya en la guerra de la independencia, ya en la guerra civil, ya en los benditos pronunciamientos. Y los Venteros que hoy viven, aunque hayan sido alcaldes constitucionales, y sean milicianos y electores y elegibles, son idénticos á los que alojaron al célebre don Quijote de la Mancha.

Y lo mas raro es que se parecen como se parecian dos gotas de agua en los desiertos de Siria y de la Arabia, tienen á su cuidado los caravanserails: esto es, las ventas donde se alojan las caravanas, en aquellos remotos paises; si es que son exactas las descripciones de Chateaubriand, Las Casas, Belconi y Lamartine.

Lugar era este en que uno de esos prolijos investigadores del orígen de todas las cosas podia lucir su erudicion y la argucia de su ingenio, manifestándonos que las ventas de ahora son los *Caravanserails* de tiempo de moros; y acaso el nombre de *Carabanchel*

le ofreceria un argumento inexpugnable. Pero quédese esto para los que siguen la inclinacion y buen ejemplo del estudiante, que acompañó á don Quijote á la cueva de Montesinos, y que se ocupaba en escribir la continuacion de Virgilio Polidoro; y ocupémonos nosotros del Ventero, pues es tipo de tal valia que el curso de dos siglos no lo ha variado en lo mas mínimo.

Antes de describir el contenido, describiremos el continente, antes del actor la escena, como parece natural, y como lo verifican los naturalistas que hablando v. g. de la nuez, nos pintan primero el erizo, luego la cáscara, y en último lugar la parte clara y comible. Hablemos pues de la venta antes que del Ventero.

La definicion que de la palabra venta da el Diccionario de la Lengua, y que sirve de epígrafe á nuestro artículo no deja que desear: y seria insistir en esplanarla, hacer agravio al consejo de mis lectores. Porque ¿cuál de ellos no habrá pasado una mala noche, y comido detestablemente en alguna venta, cuando haya hecho un viajecillo de media docena de leguas? La venta, pues, es conocida de todos los españoles, y de todos los extranjeros que hayan viajado en España. Pero es preciso no confundir la venta con el *parador*, que es un progreso, ni con el *ventorrillo*, que es un retroceso; pues por lo comun, el ventorrillo sube á venta si le sopla la fortuna, y la venta pasa á ventorrillo cuando esta ciega, caprichosa y antojadiza le niega sus favores. Y en cuanto al parador advertiremos, que aunque pudiera ser venta en su primitivo orígen, hay muchos que nacieron paradores hechos y derechos. Y que su casa no es de veredas y encrucijadas, sino de caminos reales y carreteros; como si dijéramos la alta aristocracia de la especie.

Conservan el nombre de ventas muchas que lo fueron y ya no lo son porque se han convertido en otra cosa, sobre todo en los grandes caminos. Así se llaman venta de la Portuguesa, venta de Sta. Cecilia, de casa de Posta, que fueron venta cuando no habia carreteros establecidos en los parajes en que se fundaron. Y cuando el sitio en que hubo una se ha convertido en pequeña poblacion arrimándosele otras, se designa con el nombre en plural: v. g. *ventas* de la Pajanosa, ventas del Puerto Lapiche, etc., etc., etc. La venta, pues, verdadera, genuina, *proprieme nt dite*, es la que está aislada, lejos de toda poblacion, y principalmente en caminos de travesía.

Suelen ser ya grandes y espaciosas, ya pequeñas y redondas; pero siempre de aspecto siniestro, colocadas por lo general en hondas cañadas, revueltas y bosques; en sitios en fin sospechosos, y de modo que sorprendan, como quien dice, al viajero poco experto que con ella tropieza. Las mas comunes se componen de zaguan-cocina, despensa, un cuartucho para el Ventero y su familia, si es que la tiene, un corralillo, una mala cuadra y un pajar. Y hasta los nombres apelativos con que suele designárseles indican á veces todo lo que son: como por ejemplo, *la venta del Puñal, la del Judío, la del Moro, la de la Mala Mujer, la de los Ladrones*, y otros tales de que no me acuerdo ni importa para nuestro propósito.

Pasemos pues al Ventero y cumplamos con el título de este artículo.

El Ventero, aunque habitador del campo, no ha pasado generalmente sus primeros años en el campo, ni ha sido gañan, ú hortelano, ni ayudado de un modo ó de otro al cultivo de la tierra. Por lo regular fue en su juventud soldado ó contrabandista, esto es, hombre de armas; y si no nació con temperamento belicoso y bajo la influencia del planeta Marte, fue sin duda en sus años mozo, calesero, arriero, ó corredor de bestias, que el vulgo suele llamar *chalan*. No quita esto el que el Ventero haya podido ejercer antes alguna otra profesion. El que escribe estas líneas encontró años atras en lo mas recóndito de Sierramorena un Ventero, que habia sido piloto, y que hablaba en términos marineros y náuticos, que sonaban extravagantísimos en aquel paraje tan lejano del mar. Y topó con otro en los montes de Leon, que habia sido ermitaño. Pero estas son escepciones. Y al cabo sea cual sea la anterior profesion del Ventero, en llegando á Ventero ya toma una fisonomía particular.

Mas de cuarenta años de edad. Traje segun el del pais en que está la venta, pero un poco exagerado, y siempre con algun folili ó ribete del de otra provincia. Aspecto grave, pocas palabras, ojos observadores, aire desconfiado, ó de superioridad, segun son los huéspedes que llegan á su casa: son condiciones que deberia tener presentes un pintor que quisiese hacer el retrato de un Ventero.

Su vida que parece debia ser monótona y sedentaria es por lo contrario, variada y activa; en los ratos de ocio se ocupa en aguar el vino, en poner algunos granos de pimienta en los frascos del fementido aguardiente, en picar carne de alguna muerta caballería, ó en adobar una albarda. Cuando tiene huéspedes no sosiega, del fogon á la cuadra, de esta al pajar, de allí al mostrador, luego al corralillo por leña, luego á la despensa por aceite, anda hecho un azacan. Si tiene huéspedes parece que de noche no duerme, los vigila, si está solo tiene el oido alerta al menor ruido, muchos dias los pasa en el monte, otros en la ciudad vecina. Conoce á todos los arrieros que transitan aquella tierra y sabe sus gustos y sus condiciones, y á dé van y de dó vienen, y bebe con ellos y come tambien con ellos, y á unos les habla mucho á otros poco, pero á todos les pregunta algo al oido, conoce tambien á todos los labradores y propietarios de la redonda. Y como si fueran suyas todas las reses que pastan en aquellos contornos, y todas las caballerías de la provincia.

Si á media noche se oye un tiro, sabe si es de uno que está á espera de conejos, ó de jabalíes, ó si es otra cosa. Se oye el estallar de una honda á deshora, y dice el nombre del vaquero que la estalla y el de la res á quien se dirije la piedra. Adivina por el tin tin de las esquilas, ó por el tomb tomb de las zumbas, de quiénes son las récuas que pasan por otra encrucijada vecina; pero á quien conoce por instinto particular propio del oficio de Ventero, es á los contrabandistas y los individuos del resguardo. A veces entra en la venta á hora inusitada con las manos ensangrentadas, porque viene de una alqueria inmediata de ayudar á abrir un cerdo ó á degollar una ternera: y si estando sentado al fuego oye un silbido ó echa taraucas secas para que se levante llamarada y salgan chispas por la chimenea, ó abre un ventanuco por donde se vea la lumbre ó la luz del candil, ó sale con su escopeta á rondar la venta, ó se queda sério y alerta ó atranca la puerta súbitamente, ó va á avisar á la cuadra ó al pajar á algun arriero, ó acaso á algun huésped que se esconde en el desvan, y que no gusta de gente y de conversacion.

En una de tantas trifulcas en que los hombres de bien han tenido en esta última época que tomar las de villadiego para no ser víctima de la turba desharrapada, que en nombre de la patria y de la libertad, y capitaneada ó instigada por unos cuantos voceadores, instrumento de tres ó cuatro solapados é hipócritas ambiciosos, esgrimia fanática el puñal contra el verdadero patriotismo y acrisolada virtud; un amigo mio tuvo que escapar disfrazado á media noche de una de las primeras capitales de España, para dirijirse á una frontera, poniendo su suerte en manos y bajo la direccion de un contrabandista.

Este tal iba, pues, por sendas y vericuetos con su diestro conductor para evitar algun mal encuentro, y al terminar una encapotada tarde de otoño, y despues de atravesar espesos matorrales y quebradas lomas, llegó á una venta, que en medio de un despo-

blado y en la encrucijada de dos malos caminos, uno de ruedas y otro de herradura, sobre una hondonada habia. Soplaba recio el viento agitando la maleza y las copas de algunas encinas que de trecho en trecho se erguian en el raso que la venta ocupaba, el cielo parecia de plomo atravesado de siniestras ráfagas de color de leche, últimos esfuerzos de un sol moribundo: por una cañada ó rambla se descubria á un lado y á lo lejos en el remoto horizonte, una gran poblacion cuyas gigantes torres se dibujaban distintamente sobre una lista roja que marcaba el ocaso. La hora, el sitio, y lo destemplado de la atmósfera, y el aspecto de la venta hicieron una impresion indefinible en el ánimo ya harto combatido del viajero, que involuntariamente tiró de las riendas al caballo y lo paró. ¿Vamos á pasar ahí la noche? preguntó con un acento particular al contrabandista. Y este le contestó, advirtiendo el tono de la pregunta. Difícil era pasarla en mejor paraje ¿quién ha de dar aquí con nosotros? Y el viajero sin replicarle clavó los ojos en la gran poblacion que ya se descubria apenas en el borrado horizonte, lanzó un suspiro, y avanzó hácia la venta. Un enorme perro mastin salióle al encuentro ladrando y meneando la cola, y una vieja de fisonomía estúpida y de traje súcio y miserable, y un hombre de cincuenta años, alto, recio, con una cara cetrina á cuya tez oscura y áspera daban realce dos enormes patillas grises, y un pañuelo de colores brillantes rebujado á la cabeza, asomaron á la puerta de la venta. Llegó á ella nuestro prófugo al tiempo en que empezaban á caer gruesas gotas, cerrando casi la noche. Y aquellas dos figuras de mal agüero, que se dibujaban y sobresalian por oscuro sobre el fondo rojizo del interior de la venta, iluminada con la llama del hogar, y que aun de frente recibian la última incierta claridad del crepúsculo, le inspiraron profundo terror. Pero viendo que el contrabandista se habia quedado un tanto atras como oteando desde una alturilla toda la comarca, preguntó resuelto ¿hay posada? — Miráronse el Ventero y la Ventera, que eran los personajes que estaban á la puerta, y aquel con tono desabrido, pero no muy resuelto, contestó: Lo que es esta noche no la hay... porque... continuó la viejezuela... Porque es imposible... no hay nada en la venta... y... en esto llega el contrabandista, dijo dos ó tres palabras que no entendió su compañero de viaje, porque no eran castellanas. Y como por encanto hubo al instante posada, y el Ventero vino á tener el estribo al encubierto huésped, y la Ventera ayudó al contrabandista á descolgar las escopetas, y á recoger manta y alforjas y tomando un candil llevó á los huéspedes á la caballeriza donde ambos acomodaron sus cabalgaduras, para las que trajo inmediatamente recado el Ventero.

Volvieron al zaguan-cocina, que estaba lleno de humo, los cuatro actores de esta escena. La Ventera echó retamas secas en el hogar, cuya llamarada lo iluminó todo, y se vieron al otro extremo del zaguan-cocina reunidas en un rincon seis ú ocho escopetas, lo que llamó la atencion del contrabandista. Mi amigo se sentó en un poyo junto á la lumbre, y el Ventero salió á la puerta y llamó al perro que aun ladraba fuera.

La noche empezó oscurísima, la lluvia arreciaba, el viento aumentaba su fuerza, y el humo de la cocina era intolerable. El contrabandista preguntó á la vieja: ¿qué se podrá aviar para la cena? Nada hay en la casa, respondió aquella, sino vino y aguardiente, pan y pimientos. — No hay huevos. — Tampoco. — ¿Bacalao, arroz?... — No hay nada. Medrados estamos, dijo el encubierto, y tengo un hambre como nunca...

Volvió en esto el Ventero con el perro, dejando atrancada la puerta. Y le dijo el contrabandista, dando otra ojeada á las escopetas, y mirándolo con aire socarron. ¿Y la chica?... que salga, no la escondas, que es lo único bueno que hay en tu casa. Y saltó la Ventera y dijo: no está aquí: se fué esta mañana con la burra á la villa, vino por ella el Rojo... Y continuó el Ventero, el criado del señor administrador. — ¿Y el Chupen? preguntó el contrabandista. — Se fué esta tarde al huerto, y allí dormirá. — Con que estais solos. — Solos estamos, dijeron á un tiempo el Ventero y la Ventera, pero el contrabandista volvió los ojos, con una expresion tan ladina hácia el monton de escopetas, que la vieja se fué al corral por leña, y el Ventero despues de un momento de turbacion muy marcada le dió una palmada en el hombro al contrabandista y le dijo..... ¡qué pollo!..... y tomando un frasco cuadrado de un vasar, y un vasillo de vidrio, llenó este de aguardiente y se lo presentó á su interlocutor diciéndole: vaya por la gente dura.

Ageno de cuanto pasaba en derredor de sí estaba mi amigo, cansado, hambriento, y embebido en dolorosos recuerdos, y en poco lisonjeras esperanzas, humeaba maquinalmente un cigarro y halagaba el carnudo cuello del enorme mastin con quien estaba en perfecta amistad y armonía.

Bebió el contrabandista, bebió el Ventero, y empezó entre ambos un diálogo muy animado, en una especie de gerga ó algarabía, en que los nombres y los verbos eran de otro idioma muy extraño, pero los artículos, conjunciones y partículas, enteramente de nuestra lengua. Nada entendió el viajero encubierto, ni se curó de ello. Y concluida la conversacion de los otros, que no fue larga, el contrabandista dió la mano muy apretada al Ventero, y volviéndose á mi amigo con gran impaciencia le dijo. — Vamos, vamos á cenar cualquier cosa, y á dormir, que mañana tenemos una jornada mayor que la de hoy, que no ha sido floja. Ya he dispuesto que en un cuartito arriba se le ponga á V. una cama, que con el colchon del tio Trabuco, que es nuestro hostalero, y con las jalmas de mi jaca, y con la manta y ese capote podria servir para un intendente... pero pronto, pronto. Y viendo entrar á la Ventera con un haz de leña. — Vamos, tia Veneno, ponga V. la sarten y fria unos ajos, que yo le daré pan, y chorizos para que nos haga unas sopas..... no es verdad nostramo. — Sí, me conformo con cualquier cosa, dispóngalo V. á su gusto. — Vivan los hombres duros, cuidado que no lo es poco su mercé. Dijo el contrabandista y corrió á sacar de sus alforjas el repuesto.

La tia Veneno puso una sarten enorme al fuego, mi amigo le preguntó para qué tan grande, y respondió la bruja: mientras mas gracia de Dios, mejor. El contrabandista la miró con malignidad, dijo otra palabra en su gerga al Ventero que estaba desmenuzando el pan y cortando los chorizos con una navaja de á vara, y tomando sus escopetas, les quitó el cebo, acomodó la piedra, las volvió á cebar, y las puso á su lado en un rincon, diciéndole al Ventero con una sonrisa de inteligencia: ya estamos listos.

En un santiamen se hizo la cena, y en un santiamen se engulló por mi amigo, su conductor, el tio Trabuco y la tia Veneno; echando sin embargo sopas para una comunidad. El vino de la venta que era una verdadera zupia, y el aguardiente de pita de la misma, que era una verdadera ponzoña, se expendieron en abundancia; y sin dejar á mi amigo mas tiempo, que el de encender su cigarro, y el de tirar un zoquete al mastin, con quien habia simpatizado, le dijeron los otros tres en corro: ea, á dormir, á descansar y Dios dé á su mercé buena noche. Y mientras la Veneno subia á rastra al sobrado un colchon miserable, y el contrabandista la alumbraba con el candil llevándose tambien las jalmas y mantas de su caballería; el Ventero picando un cigarro, y balbuciendo un poco, porque el aguardiente le trababa la lengua, y queriendo dar á su fisonomía de suela una expresion

de bondad y de sencillez, que le daban un aire muy grotesco, dijo á mi amigo: Aquí su mercé con toa confianza. No estará como merece, pero yo y mi pobreza estamos pa lo que guste mandá, á dormir, á dormir, ni tenga su mercé cudiao. En esto volvió el contrabandista, diciendo: al avío, al avío, tiene su mercé una cama como la de un obispo, á dormir, á dormir.

Subió mi amigo una escalerilla como el cañon de una chimenea, y entró en un estrecho camaranchon tan rodeado de grietas y mechinales, que corria en él el mismo viento que en mitad del campo; siendo tantas las goteras, que de la mas segura techumbre caian, que se hubiera debido entrar allí con paraguas; sin ventanas, sin puertas ni vidrieras, daba franco paso á una corriente de aire con que hubiera podido moler un molino de viento. Notado lo cual por el contrabandista, tapó, ayudado del tio Trabuco, aquel inoportuno respiradero con una antigua y jubilada albarda que en el desvan yacia.

Acurrucóse mi amigo lo mejor que pudo en aquel fementido y apocado lecho, y dándole las buenas noches con encargo de que se durmiese pronto, el Ventero, la bruja y el sagaz conductor, se retiraron con el candil, cerrando por fuera con cerrojo la puerta, esto es, dejando encerrado al huésped. Notólo este, y aun quiso oponerse con buenas razones, que cortó el contrabandista diciéndole: que por dentro no habia pestillo, y que si se dejaba la puerta sin sujecion estaria golpeando toda la noche. Ademas que él vendria á despertarlo á la hora de la partida. Con lo que quedó mi amigo convencido. Por los resquicios entró la luz del candil dibujando en las toscas paredes rayas irregulares que fueron disipándose hácia el techo, sonaron las pisadas por los escalones abajo, y todo quedó á oscuras y en silencio.

El viajero disfrazado llevaba ya seis dias de penosa marcha y habia andado aquel dia catorce leguas en un caballo troton, por recuetos y vericuetos; circunstancias que bastan para que se crea que pronto quedó dormido. Y aunque en el breve tránsito de la vigilia al sueño, y estando ya, como se dice vulgarmente, traspuesto, oyó abrir una puerta y luego otra que le pareció la del campo, y ruido de gente, y de herraduras y de relinchos, sin dársele de ello un ardite, se abandonó en los brazos de Morfeo.

Cuatro horas largas de sueño llevaria, cuando los tenaces ladridos del perro le despertaron. Como estaba vestido se incorporó pronto en el lecho, y como notára que el reparo puesto al ventaneo habia venido al suelo (cosa que advirtió porque la luna habia salido, y aunque velada de opacas nubes difundia alguna claridad) se levantó resuelto á volver á tapar aquel boquete. Al acercarse á él, creyó ver á lo lejos cuatro ó seis fogonazos, de que oyó inmediatamente las detonaciones, fijó los ojos á aquel lado pero nada vió, ni oyó mas que el confuso rumor del galope de algunos caballos. Hubiera permanecido curioso en su atalaya, si el frio, y el no haber vuelto á oir rumor alguno, no le obligaran á volver á tapar el ventaneo, y á regresar tiritando á su lecho, no sin formar mil conjeturas, precisamente las propias de su extraña posicion.

No volvió en todo el resto de la noche á hacer sueño de provecho, aunque despues de cavilar un rato recobró el cansancio su imperio y lo dejó traspuesto, en cuyo estado, y sin saber si era sueño ó realidad, oyó nuevo tropel de caballos, voces roncas y confusas, ladridos, quejidos y carcajadas, y como los golpes de un azadon que abrian algun hoyo en el corral, pero todo tan vago, tan inconexo, tan confuso, que en el casi sueño en que se mantuvo hasta el amanecer no le dejó formar ninguna idea distinta y clara.

Ya empezaba el crepúsculo de la mañana, cuando el contrabandista entró á despertarle y á decirle que era la hora de ponerse en marcha, preguntándole qué tal habia pasado la noche. —Muy mal, contestóle mi amigo, amen de las pulgas que me han devorado, y de las ratas que se han paseado á su sabor sobre mí, del viento y de las goteras, el ruido ha sido infernal.... ¿Qué diablos ha habido esta noche en esta venta?... ¿han llegado mas pasageros? ¿se ha dado en ella una batalla? ¿qué demonios ha ocurrido?... Replicó el contrabandista ¿pues qué ha oido V.?... y repuso el otro, no es cosa de cuidado, tiros, carreras, ladridos, voces, lamentos.... ¿qué se yo? A lo que el contrabandista con afectada serenidad dijo: vaya, V. bebió anoche un traguito mas; nada ha habido, ni nadie ha entrado en la venta, sin duda V. ha soñado esas cosazas. — ¿Cómo sueño? saltó el viajero. No señor, estaba muy despierto cuando empezó la algarada, he visto y oido los tiros, he conocido la voz del Ventero... y aun la de V... —Pues si es así (le interrumpió el contrabandista) crea, porque le conviene, que ha soñado... Y no se dé por entendido, y diga aquí abajo, y en todo el mundo, que se ha pasado la noche de un tiron, durmiendo á pierna tendida como un bienaventurado.—Pero hombre, es terrible, dijo mi amigo... y atajóle su conductor mas bajo.—Os importa la vida... no conoceis lo que son ventas y venteros.... y continuó en voz alta, vamos, vamos, basta de sueño: ¡caramba, y qué pesadez!... al avío, al avío, que ya es tarde.

Bajaron ambos del camaranchon y se dirigieron á la caballeriza, donde tenian ya sus cabalgaduras listas. Pero notó mi amigo que habia otros dos caballos atados á la pesebrera, fatigados, mústios y enlodados. Sacaron los suyos al zaguan-cocina nuestros viajeros, y el disfrazado advirtió temblando que en el suelo habia sangre, reciente y que en vano se habia querido hac r 'esaparecer á fuerza de agua. El monton de escopetas no estaba en el rincon, la bruja encendia el hogar. El tio Trabuco andaba co o desatentado. Pagóle el contrabandista, y cambiaron varias palabras fuertemente acentuadas en aquella jerga con que se comunicaban. Cabalgaron al fin los huéspedes, y al alargar el Ventero un vaso de aguardiente á mi amigo, advirtió este en la velluda y tosca mano manchas de sangre, y manchas de sangre en la camisa...

Partieron de la venta los viajeros al momento en que el sol asomaba por el Oriente, anduvieron como media legua sin decirse una sola palabra. Cuando al atravesar una estrechura se encontraron con un reguero de sangre que iba á perderse en un espeso matorral. Llamóle la atencion á mi amigo, y quiso seguir el rastro: pero su compañero le detuvo apresurado.—¡Señor! ¿Qué ha sido esto? ¡Yo me horrorizo! exclamó aquel, y este le dijo: ¡cachaza! ¡cachaza! estas son cosas de mundo, y no me pregunte su merced nada, porque mi oficio es callar.... ¿Pero hombre, callar una cosa así? dijo mi amigo. — Sí señor, contestóle su conductor: del mismo modo que no diré, aunque me hagan pedazos, ni el nombre de V. ni las desgracias que le obligan á andar por estos vericuetos, porque se ha fiado V. de mí, y esto basta; tampoco diré á nadie, aunque me hagan pedazos, lo que ha pasado esta noche en la venta, porque se ha fiado de mí el Ventero y esto basta; por lo tanto no me pregunte mas su merced que será en balde.

Tres dias mas duró el viaje, al cabo de ellos llegaron á la frontera, en ella se despidió el prófugo ya en salvo de su fiel conductor, y al ir á gratificarle con unas monedas de oro, las rechazó el contrabandista y le dijo:—No quiero mas recompensa de lo que he hecho por su merced, sino que me jure y me dé su palabra de caballero de que jamas nombrará la venta de marras, ni contará lo que en ella soñó. Prometióselo mi amigo, se separaron, y volviendo ambos al perderse de vista para despedirse, el contrabandista

con una expresion singular, puso el índice de la mano derecha en los lábios, y gritó á su compañero de viaje: *Sonsoniche*.

El duque de Rivas.

EL JUGADOR.

Ahora, yo podré poco ó quitaré estas casas de juego, que á mí se me trasluce que son muy perjudiciales.
(*Sancho Panza*, en el capítulo 49 de la segunda parte del *Quijote*.)

De serpents mon coeur est devoré.
(*El Jugador*, comedia de Regnard.)

Entre los caractéres determinados que constituyen la fisonomía de las naciones, hay algunos que son en el fondo comunes á todas ellas. Pero cualquier extravío de la humanidad, cualquiera tendencia general de ella se reviste en cada pueblo de aquella forma particular que le dan sus hábitos, sus tradiciones y su manera peculiar de existir.

El juego, esa agitadora aficion á las sensaciones del temor y de la esperanza, esa funesta inclinacion á las vicisitudes del azar, es sin duda uno de los resortes mas poderosos con que la Providencia quiso remover el corazon humano en el desasosiego de la vida. Homero, Tácito y casi todos los grandes monumentos históricos que han trasmitido á nuestros dias las costumbres de la antigüedad mas remota, dan testimonio de aquella tendencia fatal.

Mas como quiera que las pasiones del hombre reciben siempre en el modo de manifestarse la influencia de las épocas por donde pasan, de ahí es que las formas del juego han debido variar hasta lo infinito de su borrascosa carrera. ¿En qué se parece el rudo y sencillo juego de *la morra*, ya conocido en tiempo de los antiguos romanos, al *monte* ó á la *bonillotte*, juegos de moderna invencion y abundantes en combinaciones y lances? El sello de los tiempos y de las costumbres se manifiesta con suma claridad en las diferentes clases de juego que prevalecen en el dia en España. Desde *la bolsa* hasta *el cané* ó *las chapas*, polos de la escala gerárquica del juego, todas las variedades de esta pasion que entre nosotros se conocen, llevan en sí ó el carácter rápido y agitado de la actual sociedad española, ó el carácter rudo ó insubordinado de las clases ínfimas del pueblo.

En una sola cosa no varía ni puede variar el juego por ser inherente no á su forma sino á su esencia: en los efectos perniciosos que produce, esto es en las desgracias que acarrea, y en la desmoralizacion que engendra. Hará la friolera de unos seis siglos que el Rey D. Alonso el Sábio creyó conveniente mandar formar el *Ordenamiento de las tafurerias* (casas de juego), y en él se manifiesta claramente que el desenfreno de costumbres de los jugadores de profesion no era menor en aquel siglo que lo es en el nuestro. Despues andando el tiempo, si no creció la fuerza desmoralizadora del juego, creció al menos el refinamiento de sus formas y la variedad de sus especies. El licenciado Francisco Luque Fajardo, escritor sevillano, en su *Fiel Desengaño contra la ociosidad y los juegos* explica una suma inconcebible de frases, palabras, mañas, estafas y prácticas ruines, que forman un cuadro espantoso y no poco complicado de la inmoralidad que en punto á juego reinaba en el siglo XVII, á pesar de las pragmáticas prohibitivas.

Y ahora que de pragmáticas hablamos, no queremos omitir, como prueba de que ese apetito desenfrenado de la variedad, que no es una de las peores plagas de los tiempos modernos, ha alcanzado hasta el juego de azar, que por cierto no lleva pocos lances en sí mismo, que una ley de la Novísima Recopilacion hace mérito y expresa prohibicion de los juegos mencionados en la siguiente curiosa y respetable lista:

La banca ó faraon.
La banca fallida.
La baceta.
La carteta.
El sacanete.
El parar.
El cacho.
La flor.
El quince y treinta y una envidada.
El birbis, oca ó auca.
Los dados, tablas y azares.
El bolillo.
El trompico, palo ó instrumento de hueso, maderas ó metal, ó de otra manera alguna que tengan encuentros, azares ó reparos.
Taba.
Cubiletes.
Dedales.
Correvuela.
Descarga la burra.

Y otros de la misma especie, añade la ley, como temerosa y con razon de no poder seguir en su vuelo invasor á la imaginacion creadora de los adoradores de la *ciega casualidad*, ó á los sacerdotes del *fraude*, divinidad menos ciega y aventurera.

No es ciertamente la armonía prosódica de los nombres lo que mas se recomienda en la lista anterior, y si á ella se agregan las antiguas voces y frases de *tablajeria*, *leonera*, *mandracho*, *coymeros*, *gotera en payla*, *modorros*, *doncayres*, *sages*, *vivandores*, *templones*, *etc.*, y los modernos de *pipiol*, *gancho*, *momio*, *hacer la oreja*, *levantar muerto*, *pito*, *rentoy*, *ruleta*, *tute*, *truquiflor*, *cané* y comparsa, tendremos una nomenclatura salvaje, una repugnante germania, un idioma satánico que nos obligará á repetir lo que hablando de los estragos del juego dice el Padre Guzman en su *Tratado de los bienes del honesto trabajo*.

«Cierto, ella y sus nombres parecen invencion propia del demonio y salida del infierno.»

El primero de todos los Jugadores, el *Jugador soberano*, como acaso le hubiera llamado el Dante si en su dichosa edad hubiese podido siquiera concebirse este monstruoso y peregrino adelanto de nuestra civilizacion, es sin disputa el *Jugador de bolsa*. Esta planta venenosa, aunque como toda mala yerba pronto arraigada en nuestro suelo, crece en él raquítica y macilenta, sin dar sombra ni abrigo, pero sin perder nada de la ponzoña de sus frutos. Los españoles de los antiguos tiempos, los españoles que descubrian mundos, y conquistaban pueblos y avasallaban mares, contentábanse para sus tratos con modestas *lonjas* donde se vendian ó trocaban honradamente y en inmensas cantidades las producciones y artefactos de todos los puntos del globo. Los españoles de ahora, gigantes solo para el mal, ni descubren mundos, ni conquistan pueblos, ni avasallan mares; pero tienen en cambio *bolsa de comercio* donde en vez de comerciar *se juega*, donde no son objeto de las operaciones oro ó mercancías sino *papel*.

Los Jugadores de bolsa aunque blandamente mecidos todos por la halagadora cuanto fantástica esperanza de levantar en un dia, en una hora, el ostentoso edificio de un caudal millonario, son en su mayor parte hombres sin responsabilidad ni dinero, que se lanzan osados al fluctuante mar de *la alza* y de *la baja*, ni mas ni menos como antes se lanzaba un aventurero desvalido en las inmensidades del Océano para *probar fortuna*, es decir, para aplacar su sed de ri-

quezas, para realizar sus dorados ensueños, que como los de los especuladores de bolsa en ensueños solian quedarse.

Los Jugadores de bolsa se parecen á los Jugadores comunes en el afan roedor que les devora, en esa agitacion febril que gasta su sensibilidad y les da una indiferencia glacial para las demas impresiones de la vida, y sobre todo en la inclinacion irresistible que sienten á dar ayuda á la fortuna con artificios y falaces manejos. Entrad por un momento en la bolsa de Madrid, en ese templo de la fortuna y del ardid. ¡Con cuánta dificultad se respira en aquel angustioso recinto! El aturdimiento ó la desconfianza están pintados en el semblante de los Jugadores noveles. Los mas expertos y familiarizados sonrien manifestando indiferencia; pero un observador perspicaz podria columbrar fácilmente en una ligera contraccion de la frente, en una inquietud vaga y mal escondida, y en cierta expresion sardónica indefinible que se mezcla á aquella sonrisa, que ella es solo una engañosa máscara destinada á ocultar la turbacion del alma. Escuchad las palabras que dice al oido á un agente *marron* que se le acerca, sorprended la seña de inteligencia que dirige á otro individuo que parece confundido entre la muchedumbre, interpretad el designio que oculta en las noticias que refiere con aparente indiferencia, y no os quedará duda de que aquel hombre de exterior tan sereno y desinteresado está empleando en favor de sus codiciosas miras todos los resortes de la astucia y de la mentira. Si le interesa la baja de los fondos públicos, siempre tiene medios de alarmar á los tenedores: ya esparce rumores de una crisis ministerial, ya presenta cartas de amigos fidedignos en que se refieren menudos pormenores de algun motin ó pronunciamiento; ya se lamenta con rostro afligido de algun reves militar. Si por el contrario funda sus esperanzas en la alza de los fondos, inventa cuanto puede animar la confianza y robustecer el crédito del Estado.

Las ventas y compras de papel simuladas, el arrojo de algunos especuladores pobres pero desesperados que no poseen las cantidades que venden ni el valor de las que compran, y el cúmulo de estratagemas que componen la táctica del juego de bolsa, hacen que en este, como en todos los juegos del mundo, la pérdida y la ganancia no estén sujetas sino á medias, á los caprichos del azar. Entre los Jugadores de los llamados sin duda por irrision, *fondos públicos*, sucede, generalmente hablando, lo que entre los peces del mar, que los mas poderosos devoran á los mas pequeños.

En fin, el juego de bolsa, con muy limitadas escepciones, nace de la avaricia, crece y se alimenta con el charlatanismo y la astucia, y termina por lo comun en ruina, cuando no en fuga ó en suicidio.

Pasemos ya al Jugador comun, al Jugador de pasion que es en su especie el tipo matriz del cual no son mas que variedades los otros. Este no sale de una clase única de la sociedad, ni requiere cualidades particulares de carácter ó de temperamento. La educacion viciosa, el desenfreno de la vida y á veces la casualidad misma, deciden é impulsan por lo general la propension del juego; siendo tal la diferencia de móviles que la producen, que las casas públicas de juego presentan un cuadro singular por la variedad é incoherencia de tipos y de organizaciones que en ellas se reunen. «Pregúntanme á veces, dice el Doctor Gall en uno de sus escritos, cuál es el órgano de la pasion del juego. Lo he buscado en jugadores de profesion muy apasionados, y nada he podido encontrar que sea constante y fijo.»

En unos la pasion del juego es el deseo desenfrenado de los goces que produce el dinero, la esperanza de una vida alegre y sensual, al paso que en otros menos vulgares es una lucha frenética contra la fatalidad ó la seduccion irresistible que ejerce en ciertas almas audaces la aficion natural á las vicisitudes desconocidas é incalculables de la fortuna. El Guido, Benjamin-Constant y otros hombres célebres en artes y letras, se han entregado sin freno á esta devoradora pasion. Pero en todo marca el juego, ora exterior ora interiormente, el sello profundo de agitacion que le distingue. En el semblante lleva escrita el Jugador su desdicha, y segun la observacion delicada de un antiguo escritor español: «como es desdicha buscada no causa lástima sino enojo.» Algunos momentos hay en que la fisonomía del Jugador se dilata: sus ojos hundidos en las órbitas pierden su habitual é indiferente melancolía: sus lívidos lábios se coloran algun tanto; y todo su continente resplandece con un desusado barniz de contento y afabilidad. Esos momentos son los falsos halagos de la fortuna que cual engañosa sirena engríe y atrae las víctimas que intenta sacrificar. No tarda en volver á ser juguete y mártir de su pasion: el embate contínuo de sus emociones desconcierta la armonía necesaria para la salud; su humor se exacerba y entristece; su pensamiento se circunscribe al estrecho límite de una sola idea, de un único deseo, y los afectos blandos y los sentimientos nobles van desapareciendo uno á uno de su corazon para dejar lugar al egoismo, al despecho, al hastío, á la desesperacion. Su desgracia se extiende á las personas que le rodean. Si es esposo y padre, el desarreglo de su vida destruye la paz y la moralidad doméstica. Las palabras de su mujer le irritan, y aun las inocentes caricias de sus hijos le amargan: que rara vez está el corazon tan depravado que no abrigue ni remordimiento ni escrúpulo. Si alguna mujer cautiva sus sentidos, esta impresion no llega nunca al corazon: su amor subordinado á la imperiosa dominacion del juego no alcanza jamas á ser una llama ardiente y purificadora, sino cuando mas una distraccion. Crece ó mengua á par que crece ó mengua su fortuna, y como dice Hector en *El Jugador* de Regnard, su bolsillo es:

> *Un thermometre sur, tantot bas, tantot haut,*
> *qui marque de son cœur ou le froid ou le chaud.*

La pasion del juego coloca al hombre en una pendiente insuperable que le va lanzando de un abismo en otro. El Jugador en el mero hecho de serlo, no puede dejar de ser envuelto en una cadena de extravíos que son consecuencias necesarias de la situacion en que se coloca. Por ejemplo, no hay mas que un solo paso del *Jugador* al *deudor*. En efecto, cuando un hombre ha jugado y perdido el dinero, el reloj, el carruage que le aguarda á la puerta, la cosecha de un año y aun el crédito, que de todo hay ejemplares ¿qué extraño es que arrastrado por la fuerza tentadora de su pasion, se dirija á casa de algun *honrado* usurero que en vista de su apuro le preste generosamente alguna suma al treinta por ciento de interes mensual? ¿Quién repara en la magnitud de la usura cuando ve que le dan en el acto oro en cambio de un simple *pagaré*?

Y en verdad, si alguna vez puede ser disculpable la usura, lo es sin duda cuando se presta á un Jugador, esto es, á un hombre que no presenta mas hipoteca que la casualidad. Accion meritoria es por cierto la de un hombre que entrega su oro á gentes que no respetan mas deudas que las formadas en el juego mismo, y que creen de mal agüero invertir el dinero que ganan en satisfacer las que fuera de él han contraido. *El Jugador* de Regnard, tipo lleno de verdad porque su autor era Jugador y se copiaba en su obra á sí mismo, exclama lleno de fé y de conviccion:

> *Rien ne porte malheur comme payer ses dettes*;

y menester es confesar que este axioma que adoptan

de buen grado á menudo hasta las personas que no juegan, no es el mas adecuado para inspirar confianza á los acreedores.

Dejemos ya al *Jugador de pasion*, ser desgraciado, cuyos dineros al reves que los del sacristan:

llorando se vienen y llorando se van,

y pasemos á otro ser, si mas abyecto, menos aventurero é intranquilo. Este es el que llamaremos *Jugador de oficio*, el cual mal avenido con los vaivenes de la fortuna, se sienta en el eje de su rueda, y desde allí inmóvil y ageno de sobresalto, ve á los demas subir á las nubes y bajar al abismo, cifrando todo su artificio en aferrarse bien para no ser arrebatado por el impulso de aquella fatal rotacion.

Como el *Jugador de oficio* es casi siempre una degeneracion del *de pasion*, de ahí es que tiene por lo comun todos los defectos naturales de este, sin contar los suyos propios, cuyo número no es escaso. Sus medios de triunfo son la actividad, la prevision y la habilidad práctica. Atisba con sagacidad admirable las ocasiones de ejercitar su industria, y no hay ferias, baños, ni otra ninguna reunion de gente ociosa donde no vaya á devorar sus víctimas; siendo de advertir



El Jugador.

que en aquellos parajes suele presentarse con un mes ó dos de anticipacion un desconocido que es ó pasa por ser fabricante de naipes, y que vendiéndolos á un precio moderado, surte, ó por mejor decir, infesta para largo tiempo á los desdichados consumidores de tan funesta mercancía.

Hemos dicho que la habilidad es uno de los medios de éxito que emplea el *Jugador de oficio*. Los lectores candorosos y felices que no se hallan iniciados en los misterios del arte, y que no respetan ni han oido acaso mencionar en su vida la autoridad del Padre Toranzo, tendrán dificultad en concebir que quepa la habilidad donde todo parece obra del azar. Sin embargo, es una verdad, y no consoladora por cierto, sino la mas amarga y costosa de todas las verdades. La habilidad de que hablamos ha sido siempre el arma ofensiva y defensiva de los Jugadores de oficio; por eso sin duda se llamaban antiguamente *tahures*, y por eso hay hoy dia quien sostiene que deben designarse con el único y significativo nombre de *tramposos*. Un mal coplero ha dicho:

Ya el Jugador de España
su esperanza no fia
en el incierto azar, sino en la maña.

No sabemos hasta qué punto tendria el tal coplero sus razones para asegurar que los Jugadores de estos tiempos son mas *mañosos* que los antiguos. Lo cierto

es que como en todas materias se adelanta y se alambica, las trampas del juego son ahora mas difíciles de ejecutar, pero tambien incomparablemente mas difíciles de conocer. Los medios groseros y arriesgados de *marcar* las cartas y de trabarlas con *pegote*, y los mas difíciles y menos groseros de recortar los naipes para barajar *de tiron*, *dar el salto* y otros del mismo juez, están casi abandonados en el dia y solo tienen uso entre Jugadores de íntima esfera. En las altas regiones del juego todo el arte de la trampa consiste en manejar las cartas con una destreza casi fabulosa para poder verificar los *amarres* con limpieza y expedicion. Esta destreza es para los Jugadores de oficio objeto de un estudio tan detenido y constante, que se han visto algunos en la calle y en el paseo llevar la baraja debajo de la capa, y ejercitarse con ella automáticamente y sin intermision para dar á las manos todo el tacto y agilidad posible. Esto unido á la sagacidad de los *ganchos*, á la estrategia y disimulo de los demas confidentes del *banquero*, y al estudio que este hace de la inclinacion de los *puntos* á tal cual carta, decide generalmente el triunfo en favor de la banca, no obstante las probabilidades naturales de pérdida que esta lleva cuando se juega de buena fé. Pero la buena fé debe ser sin duda moneda sin curso entre Jugadores, cuando han establecido el siguiente axioma, que debiera servir de aviso á los incautos:

De enero á enero,
el dinero es del banquero.

La condicion social del Jugador es poco mas ó menos tan desventurada como su condicion moral. Ya apure hasta las heces la hiel del escarmiento en una miserable bohardilla, ya habite por un capricho efímero de la fortuna aristocráticos salones, siempre es á los ojos de la sociedad un ser extraviado, ó segun la expresion vulgar pero significativa, un hombre *dejado de la mano de Dios.*

El autor de este bosquejo no puede menos de recordar aquí una impresion suya que tiene de fecha algunos años, pero que viene muy al caso. Hallábase recien llegado á esta coronada villa de Madrid, y se paseaba en el Prado con un amigo suyo antiguo habitador de la córte, el cual como iniciado en esa estadística de cosas y personas que solo el tiempo puede enseñar en las grandes poblaciones, satisfacia cumplida y frecuentemente á las repetidas preguntas que son consiguientes á la curiosidad de un forastero.

—¿Quién es aquel caballero? pregunté al ver pasar con la rapidez de un relámpago un elegante tílburi que guiaba con arrogante ademan un jóven muy bien vestido. ¿Es algun banquero? ¿Es el hijo de un grande?

—Nada de eso, respondió el amigo con tono desdeñoso: es un Jugador.

Poco despues llamó mi atencion un hombre sentado en un banco de piedra de uno de los extremos del paseo. Su exterior era pobre, pero habia en sus miradas y en su fisonomía no se qué expresion de descontento y altiva aspereza que contrastaba singularmente con la humildad de su traje. Parecia que solo el acaso le habia llevado allí, y conocíase que su alma gastada ó concentrada en un sentimiento profundo, era insensible á las impresiones externas.

—¿Quién es ese hombre, pregunté con interes, que parece abrumado por el mas amargo infortunio?

—Un Jugador, me volvió á responder mi amigo con tono de desprecio.

—¡Un Jugador! exclamé sorprendido. Triste es sin duda su condicion entre los hombres: ni alcanza consideracion cuando prospera, ni inspira lástima cuando la desesperacion le abate. Y retiréme tristemente del Prado pensando cuán insondable arcano es el corazon del hombre, que insiste y persevera en aquellos hábitos que labran su desgracia, y que no le ofrecen paz, ni compensacion de ningun género.

Hay en la gran familia de los Jugadores una especie mas inocente que las demas, que no se arraiga con tenacidad como las otras, y que se agosta y muere al mas leve impulso. Esta especie constituye el tipo que podrá llamarse *Jugador accidental.* Este Jugador no lleva en su temperamento ni en su corazon el instinto del vicio. La ocasion sola es causa de su falta. Generalmente la escasez aumenta su fragilidad, y por esta razon el Jugador accidental suele encontrarse en un oficial subalterno, en una viuda, en un cesante. Ascended al oficial ó mudadle de guarnicion, casad á la viuda y reponed al cesante, y veréis como se olvidan de un ejercicio que era únicamente para ello, un asidero en su mala fortuna. La variedad de fisonomías que puede presentar este carácter eventual, y las circunstancias que de ordinario le acompañan se deben estudiar mejor que en ninguna otra parte en estas tertulias características de la clase ambigua que se llaman *medio pelo*, designadas familiarmente con el espresivo título de tertulias *de trueno.* Allí el banquero está autorizado á hacer trampas porque *paga el tapete*: allí se confunden todas las clases y suelen verse juntos un marques, un estudiante de medicina, un cadete, un ayuda de cámara: allí algunas viejas con el pulso vivo y febril, los ojos fijos y el tono impertinente, pierden los ahorros miserables de una viudedad mal pagada, y despues se entretienen en *levantar muertos* ó pedir un par de pesetas *para armarse*, mientras que sus hijas, ocupadas en otro juego no menos trascendental, conversan con sus galanes en la habitacion inmediata, casi siempre mal alumbrada, ó bailan un rigodon al son raedor del violin de un ciego, ó al no menos duro y vibrante de un salterio cascado que llaman piano.

Las variedades del Jugador que ya hemos apuntado bastarán á dar una idea de las que omitimos, pues no hay duda de que todos se asemejan en la esencia, ya jueguen en casas de *alto tono*, ya en *garitos*, ya en las tabernas y sitios inmundos de que habla *Rinconete* á *Manipodio* en la inmortal novela de Cervantes. Pero no queramos dejar de expresar, para consuelo de los lectores, que así como hay adoradores natos del azar, hay tambien quienes le aborrezcan con fervorosa conviccion, y no por escarmiento sino por instinto. El que esto escribe pertenece á este número, y lleva su fé tan adelante que ódia hasta el *juego* de lotería, á pesar de ser el mas inocente de todos, porque tal se llama, y porque al cabo bien mirado no es otra cosa mas que una explotacion disfrazada de la credulidad popular; una venta pública del humo de la esperanza.

Antes de concluir queremos advertir que hay en el mundo muchos caractéres, que aunque con distinto nombre pertenecen á nuestro tipo. Algunos capitalistas, diplomáticos, proyectistas y hombres políticos ¿son por ventura otra cosa mas que jugadores con fortuna?

LEOPOLDO AUGUSTO DE CUETO.

LA COMADRE.

Casta fave. Lucina.....
VIG. EGLOGA. 4.ª

¡Oh tu Lucina, abogada de los partos! pon tiento en sus manos, y en las mias.

CADA dia progresa mas la moda; pero limitando sus adelantos al estrechísimo círculo de los vestidos y de alguna que otra costumbre; y á pesar de eso nada avanza en otros ramos, ni logra tampoco ahuyentar varias antiguallas, que si lo consiguiera, habíamos de calificar á la moda de humanitaria. Tal es v. g. la

antigualla de comer, cosa que han intentado muchos suprimir, aunque hasta de ahora con mal éxito; pues de casi todos se refiere que desistieron de la empresa, ó murieron antes de llegar al exámen. Otra antigualla, y la peor de todas, es tambien el morirse, manía que han tenido los hombres hasta el presente, y en la cual probablemente los remedaremos nosotros, á pesar de toda nuestra ilustracion.

Pero lo que mas admira es cómo las mujeres, que tanto discurren para encontrar cosas nuevas, continúan con la antigualla de parir, ni mas ni menos que lo hicieron sus abuelas, á pesar de ser esta una costumbre tan de mal tono, que hasta del nombre hacen melindre, en especial las solteronas. Estoy tentado por decir que me causa extrañeza el que no hayan logrado endosar á los hombres tal incumbencia, siendo tan sagaces para cargar al sexo-feo casi todas las penalidades de la vida. Y no hay que venirse con imposibles, porque, prescindiendo de que en el dia desde la invencion del vapor y los fósforos, no hay cosa insuperable, hay razones para demostrar la posibilidad del parto humano. El año 38, sin ir mas lejos, vendieron los ciegos de Madrid á voz en grito un papel, que habia salido, en que se daba cuenta y razon del parto de un sargento de la Reina Gobernadora. Ademas, en una vida de San Vicente Ferrer, escrita por un padre grave, y llena de noticias muy curiosas (por el estilo de la muestra) se dice, que el santo parió á medias por una devota suya, sufriendo parte de los dolores. Por fin, si queremos remontarnos á tiempos mas remotos tropezaremos tambien con el caballero Júpiter (dios cesante) divirtiéndose en parir á la diosa Minerva por la cabeza, lo cual, segun los mitólogos era tan solo un ensayo, para introducir un método puramente nuevo. Hasta el lenguaje mismo conspira para probar la posibilidad del parto humano: así v. g. al ver un hombre apurado, se dice, *que le han puesto á parir* y en la conversacion vulgar se avisa á cada paso que tal profesor *concibe muy bien*, que un poeta va *á dar á luz*..... un soneto, ó cosa semejante. Esta frase equivale á parir, porque es de notar, que la generacion actual, que se escandaliza mas de las palabras que de las obras ha desechado esta palabra como de mal tono y ha tenido á bien sustituirla con aquella.

Las Comadres, que han estudiado la historia de su profesion y se hallan á la altura *de la filosofía* de su ciencia, tratan de remontar su origen al principio del mundo refiriendo el castigo de Dios á los primeros padres, por aquello de la manzana; segun refiere el Génesis de Moises. Pero nosotros, sustituyendo á este libro el infalible del Contrato social de Juan Santiago, que habla de aquellos tiempos poco menos que como testigo de vista, no podemos menos de reconocer otro origen, haciéndolo, con arreglo á la teoría anterior, objeto de una convencion particular entre hombres y mujeres, al tiempo de redactar las tablas de los derechos y obligaciones. En virtud de este contrato quedó á cargo de los hombres el *pronunciarse* y sufrir á las mujeres, cargando estas con la obligacion del parto, para restablecer el equilibrio entre ambos sexos, sin perjuicio de poner á parir á los hombres cuando á ellas se les antoja pronunciarse. Tal es nuestra teoría obstetri-social, cuya calificacion dejamos á juicio de nuestros lectores, contando por supuesto con su aprobacion.

Las Comadres, siguiendo el antiguo texto sagrado, hablan de las parteras israelitas, á quienes mandó Faraon (un rey de Egipto á quien habrán visto Vds. en la ópera de Moises con dos plumas de avestruz en la corona) que matasen á todos los hijos de los israelitas segun fueran naciendo; mandato que cumplieron aquellas mujeres, como acostumbran, haciendo lo contrario y dejando al buenazo del rey gitano con una cuarta de narices. El texto no dice si aquellas Comadres eran matronas examinadas, ó simplemente aficionadas, punto que será preciso dejar en manos de algun anticuario, hasta su completa averiguacion.

La primera Comadre examinada y en el uso de su oficio, que nos refieren las historias, es una tal Agnodice Ateniense, la cual, sabiendo que las leyes de su pais prohibian á las mujeres estudiar medicina, sintió vivos deseos de infringirla (¡cosa muy natural!) y disfrazándose de hombre asistió á la escuela de un célebre médico, llamado *Hierofilo*, dedicándose principalmente á la obstetricia, hecho lo cual es muy probable, que obtuviera su patente del protomedicato y alquilara bombé, aunque esto no lo dicen las historias. Bien pronto principió á extenderse con rapidez la fama del imberbe mediquillo, especialmente entre las damas, algunas de las cuales tenian conocimiento del secreto. Los médicos admirados al ver la mucha parroquia que habia hecho su lampiño practicante en tan poco tiempo, formaron un complot para echarlo á pique, acusándolo ante el Areópago de ilícitos tratos con las señoras de Atenas. Apurado el ambiguo médico, tuvo que descubrir el secreto de su sexo; pero entonces sus contrarios hicieron presente al tribunal la infraccion de la ley. Dícese que lo hubiera pasado mal la pobre Agnodice si noticiosas sus parroquianas del suceso, no hubieran intervenido á su favor, y obtenido su perdon, aunque esto último no era necesario advertirlo, pues en todas épocas la espada de la justicia se ha enredado en las faldas.

Pero todas las Comadres de quienes hasta el presente hemos hablado eran extranjeras y nosotros tenemos que dar una ojeada sobre las españolas. Bien es verdad que en la época á que nos referimos nuestras historias nada nos dicen sobre la materia, pues de lo contrario habiamos de tener el gusto de avisar á nuestros lectores, cómo se llamaba la Comadre de la mujer de Tubal, y las leyes que regian sobre el particular en tiempo de los sapientísimos reyes Gerion y Brigo. Entre los celtíberos parece que no debian gozar de muchas consideraciones las Comadres, segun podemos inferir de la costumbre que tenian aquellos ciudadanos de meterse en la cama luego que parian sus mujeres y recibir las visitas por el feliz alumbramiento de la parte contraria, lo cual en lenguaje vulgar se llama descalabrar y ponerse la venda. Bien que si los viajeros romanos eran tan verídicos como los que ahora se estilan, no dejaremos de quedar medrados con sus relaciones.

Pero principiaron á venir á España unos en pos de otros, los fenicios y cartagineses, luego los romanos y los godos, y por fin los sarracenos, que segun la cancion vulgar, *nos molieron á palos*: por supuesto venian todos ellos decididos á dar la felicidad á España, cosa santa y buena, y que así cuidaran ellos de cumplir como si fueran economistas del siglo XIX. Aquellos pobrecitos tenian tan ocupado el tiempo en aprender el manejo del arma, que ni aun se acordaban de que habia Comadres en el mundo. Pero así que los españoles pudieron respirar un poco y hacer entrar en razon á los que los molieron á palos, cuando al punto principiaron á dar algunas leyes para arreglar la casa que habia dejado D. Rodrigo tan desbaratada, y entre ellas algunas relativas á las Comadres, como no podria menos de suceder.

En efecto, en las Partidas se habla en varios parajes al tratar de partos y embarazos de «mujeres sabidoras, que sean usadas de ayudar á la mujer cuando acaece:» por cierto que si yo reprodujera aquí textualmente algunas de las frases que usa aquella ley, seria suficiente para que principiara á figurar melindres algun licenciado vidriera.

Pasados algunos siglos vino el rey Fernando VI, y á falta de otro entretenimiento, dió una ley relativa á las parteras en 1750 que dice así: «el tribunal del Protomedicato me ha hecho presente que de algun

tiempo á esta parte, acontecian en esta córte y en las ciudades y principales poblaciones de las Castillas muchos malos sucesos en los partos, *provenidos* (este participio merecia estar clavado en el mostrador de la Academia) de la impericia de las mujeres llamadas parteras, y de algunos hombres que para ganar su vida habian tomado el oficio de partear.» Por aquella ley quedaron las Comadres sujetas al Protomedicato.

No contento con esto Cárlos IV, quiso concluir de arreglarlas y lo hizo á las mil maravillas: no hay mas que ver la Novísima un poco antes de llegar á los albéitares y herradores. Allí se dispone que las Comadres ó matronas, hayan de haber estudiado tres años en colegio, ó con matrona examinada; que sepan administrar el bautismo y en qué casos, y que traigan certificacion de limpieza de sangre. Esto último sobre todo que no se olvide, no, si no dejar que ejerzan por ahí la profesion algunas judías y herejotas, que á un volver de cabeza le tuerzan el pescuezo al *rocin nacido* como diz que hacian *in illo tempore* los médicos judios que mataban uno de cada diez cristianos que asistian, lo cual no era á la verdad mucho matar para lo que se estila ahora entre buenos cristianos.

Por aquí podrán venir en conocimiento nuestros lectores de lo mucho que vale un oficio, que tanta consideracion merece á las leyes: todo esto va muy bien; pero como segun nuestro refran puesta la ley está puesta la trampa, de ahí es que por lo comun la ley está de mas. A la manera, pues, que hay todavía curanderos ambulantes, y ensalmadores y no pocos cirujanos, sin título ni estudio alguno, así tambien siguen aun no pocas parteras, sin mas título que la experiencia y la rutina, mezcladas con las mas ridículas preocupaciones.

Por el contrario, la Matrona es una verdadera profesora que reune por lo comun al conocimiento de la teoría, la experiencia en su misma persona, pues por las leyes se manda que solo puedan serlo las viudas ó casadas. A la verdad creemos en caso necesario puedan las solteras manejar el *forceps*, lo mismo que las casadas; pero por razones de honestidad y decoro se permitió solamente á éstas ejercer la profesion. Ademas debieron tener presente los legisladores que las solteras solo podian llegar á ser matronas (como si dijéramos *madrazas*) por una ficcion de derecho. El P. Feijoo en una de sus cartas eruditas trató sobre esta materia, bajo el título de uso mas honesto del arte obstetricia, abogando por las Comadres, con exclusion de los Comadrones, á no ser en casos sumamente árduos. En apoyo de su parecer, trajo varios testimonios de mujeres que habian profesado exclusivamente la obstetricia y con el mayor acierto, ejecutando afortunadamente la operacion cesárea y otras no menos difíciles. Nada, pues, añadiremos sobre las matronas y mucho menos sobre la profesion.

En cambio echaremos una rápida ojeada sobre la Comadre que ejerce su profesion sin título ni práctica, sino en clase de aficionada ó mas bien inficionada, y que á pesar de eso suele abrogarse el respetable título de matrona que indica una mujer grave y fornida; siendo así que por lo comun es una viejezuela acartonada, de cuya lengua nos libre Dios, ya que estamos exentos de sus servicios y ayuda.

Figúrate, pues, carísimo lector, que la parte contraria (vulgo la parienta) de tu vecino, por si acaso no la tienes, se halla en *dias de gracia*. Aquí deseara yo hallarme con suficiente caudal de erudicion para poder manifestar á mis lectores el origen de donde vino llamar *dias de gracia* á los mas desgraciados que tienen las mujeres, á no ser por aquella regla que dice: al que no tiene pelo, pelon; al que no tiene rabo, rabon.

Los lamentos y quejidos de la paciente, indican que se aproxima el trance fatal que reclama por momentos la intervencion de la Comadre. En las ciudades populosas nunca falta un cirujano acreditado, especialmente para los partos, ó cuando menos algun barbero teórico-práctico que tenga un rótulo encima de la puerta con estas ó semejantes letras: *D. Simon Retascon, cirujano comadron.* (El don en la muestra es de todo rigor.) No así en los pueblos pequeños y aun en ciudades subalternas, allí la Comadre campa por su respeto y se considera á sus anchuras dueña del campo.

A veces el futuro ciudadano se hace esperar largo tiempo, con no poco sentimiento de su madre, entonces la partera viene á constituir una parte de la familia durante aquellos dias, porque seria muy espuesto el que faltara un momento del lado de la paciente. Pero como es preciso *matar el tiempo* lo mejor que se pueda, la Comadre suelta su lengua y á pretexto de distraer á la parturiente desenvuelve minuciosamente toda la crónica escandalosa del lugar, antigua y moderna, y gracias que no lleve apéndice ni comentarios. De este modo la Comadre usurpa sus atribuciones á la Divinidad misma, trayendo á juicio todas las generaciones presentes y pasadas. Esto ha dado márgen á que se tome á la Comadre por tipo de locuacidad, formando terna con las cotorras y los sacamuelas hasta el punto de que se diga de un hombre parlero *habla mas que una Comadre*! ¡Oh, bien hayan los sábios varones que al arreglar las carreras curativas, no quisieron obligar á las profesoras de obstetricia á recibir el grado de *Bachilleras*!

Y con todo, lo menos malo que hay en esto es que la Comadre hable de chismografía al lado de la paciente los ratos en que esta se halla en disposicion de oirla. Pobre de ella si á la Comadre se le ocurre, para sujerirle una alta idea de su reputacion y mucha práctica, referirla por menor los riesgos á que va á verse expuesta, lo difícil del éxito, especialmente en las primerizas, y las diferentes ocasiones en que mudando de atribuciones ha tenido que prestar á sus pacientes el último servicio.... amortajarlas. Y toda esta relacion, que hace dar diente con diente á la infeliz que la oye, va salpicada ademas con punzantes anécdotas sobre la inmoralidad de los comadrones, y su poca destreza, citando nombres y casos de haber sacado los bofes en vez del feto tirándolos debajo de la cama. A continuacion de estas caritativas conversaciones viene como de molde una oracion pronunciada por la partera y repetida por la paciente á devocion de San Ramon, abogado de las parturientas, á quien llamaron *Nonato* por haber sido extraido del vientre de su madre mediante la operacion cesárea, como si por falta de parto dejara de haber nacimiento.

Estos coloquios y otros por el estilo, que obligan á la parturienta á temblar por su existencia, son los mas á propósito para adelantar el parto. Principian los ayes y los alharidos, los hombres son expulsados de la alcoba y hasta del gabinete si lo hay, y hasta el marido es sacado por los amigos fuera de la habitacion con los ojos arrasados en lágrimas, no sin echar antes una tierna mirada sobre su abandonada Ariadna. Enciéndese á la estampa de San Ramon la vela que ardió en el monumento, la cual tiene virtud especial contra truenos y granizos: las mujeres rezan y los hombres fuman y hablan en voz baja en la cocina, ó en la sala. Solamente se oyen los gritos de la paciente y las exclamaciones de la gangosa Comadre como el pito del contramaestre entre los silbidos de la tempestad. Todo estaba ya preparado de antemano, hacia muchos dias, y á pesar de eso nada se encuentra, lo cual da márgen á contínuas reclamaciones. Que traigan una luz *encendida*, una jícara con aceite, una botella para soplar, las fajas, las vendas, la toalla..... por lo visto los preparativos se reducian á la envoltura del niño,

atada con muchas cintas, en cuya costura y la de la falda para el bateo, ha empleado la madre los nueve meses del embarazo.

Salgámonos tambien nosotros, carísimos lectores, hasta con la imaginacion de aquel aposento, y ni aun nos aproximemos á él, hasta tanto que habiendo cesado los lamentos y los apuros, nos sea permitido asomar la cabeza por la puerta entreabierta y preguntar á la partera en voz baja ¿qué es? Entonces ella suspendiendo por un momento la envoltura del recien nacido, vuelve la vista y exclama en tono magistral ¡*macho*! ¡Infeliz niño! apenas ves la luz y ya tu sexo es un apodo en boca de una Comadre.

Sus funciones no se limitan solamente á la asistencia durante el parto, sino que se prorogan por algunos dias mas, durante los cuales envuelve al niño, le acalla, preside las comidas de la enferma y dirije sin apelacion su régimen higiénico: á vueltas de esto sorbe por su parte pocillos de chocolate, destroza los pollos que sirvieron para el caldo de la enferma, y á cada bocado se queja de inapetencia.

Otra de las cosas en que la partera luce sus facultades y atribuciones, suele ser en lo concerniente al bautismo, y en todo lo que á él toca y atañe. En partos peligrosos, ó bien si la criatura ofrece pocas esperanzas de vida, la partera se apresura á conferir el sacramento del bautismo, echando el *agua de socorro*, y profiriendo las palabras sacramentales acompañadas con una prolija invocacion de todos los santos de la córte celestial, que en aquel momento se le vienen á las mientes. Porque la Comadre, eso sí, es mujer piadosa, y muy apurado ha de ser el caso, para que se escape de sus manos ninguna criatura por el camino del limbo. Y si acaso á quien socorrió sale del apuro y llega á ser *hombre de pró*, y personaje de *campanillas*, jamas oye su nombre la partera sin advertir al punto á sus oyentes, que aquel sugeto tiene con ella parentesco.... es decir, cognacion espiritual, de resultas de haberle ella bautizado *ob eminen peligrun mortes* (*ob emminens periculum mortis*), palabras que aprendió de oirlas al cura.

Pero si la criatura sale rolliza y sanota, y la partera no tiene motivo para intrusarse en las atribuciones del cura, no por eso deja de tomar una parte mas ó menos activa en la administracion del bautismo solemne, formando parte de la comision encargada de *cristianar* al niño y dirigiendo las operaciones antecedentes y concomitantes.

Concluida la peliaguda operacion de elegir nombre para el recien nacido, pasando y recorriendo el alfabeto segun el sexo: v. g. Adela, Batilde, Celia, ó bien Alfredo, Arturo, Conrado (la B es de mal tono en principio de nombre) y señalados padrino y madrina rompe la marcha aquella comitiva compuesta de todos los chiquillos de la casa vestidos de gala sin uniforme, los tios, parientes, amigos y bienhechores de la familia de ambos sexos formando diferentes grupos y secciones sin confundirse. Al frente de la comitiva marcha la madrina ó la nodriza llevando en sus brazos al *morito* (en algunas provincias todos son moros hasta que se les bautiza) vestido con una gran falda blanca adornada de talcos y encajes y ceñida con una anchísima cinta, que quizá prestó á su abuelo igual servicio. Al lado de la conductora marcha la Comadre para inspeccionar las operaciones, como práctica en la materia. Una turba de chicos recien escapados de la escuela asedia la comitiva y la aturde con sus gritos, pidiendo el bateo y repitiendo á coro: ¡*á la ritata que ha parida la gata*!

Con este alboroto, siquier solemnidad, llega el acompañamiento á la puerta de la iglesia, donde el cura le recibe, revestido de capa ó de sobrepelliz, segun que pertenece á la aristocracia, ó al estado llano; el sacristan echa una ojeada sobre la vela y el bizcocho, que la Comadre como práctica advirtió que se lleváran, y en seguida principia la ceremonia con toda solemnidad. Hay en ella una palabra que disuena siempre á la Comadre, á pesar de las muchas veces que la oye, y á juicio suyo debiera desterrarse del Ritual. Cuando el sacerdote pregunta al niño si quiere ser bautizado, el sacristan avisa por lo bajo al padrino que diga *volo*. Eso de llamar bolo al hijo de sus entrañas (porque al fin es *madre en compañía* que eso quiere decir Comadre) no es cosa que pueda llevarla en paciencia una partera, mucho mas si es la criatura hembra por la mala concordancia. Comadres hay que al oir en este caso decir *volo*, replican ¡*vola*, *vola que es hembra*! En seguida pasa á quitar al niño el gorrito de flores y encajes para que sienta el contacto del agua, tibia por supuesto, con arreglo á lo dispuesto en el último Concilio español de 1837.

Concluido el bateo no suelen cesar por eso las atribuciones de la Comadre, las cuales suelen prolongarse aun algunos dias segun lo exige la salud de la enferma. Una vez restablecida esta, la Comadre vuelve á lo que podremos llamar su vida privada:



La Comadre.

entonces empuña su rueca ó empeña ropas, segun sea el oficio que ejerza para ayudar á sostener su profesion, hasta que una nueva parturiente reclama su cooperacion, y la pone en aptitud de vivir sobre el pais.

Hasta el presente no hemos hablado de la Comadre mas que en su calidad de profesora de obstetricia, pero la palabra es mucho mas lata, pues se llama tambien Comadre á la madrina que tiene al niño en

la pila bautismal, y ademas se designa con este nombre á las amigas particulares, que tienen íntimas relaciones. La duracion y resultados de tales amistades femeninas, luego que la discordia ó la envidia echan su manzana en medio del corro, han dado lugar á una porcion de adagios y refranes de que se halla surtido nuestro idioma.

Si á pesar de nuestra imparcialidad, y de la deprecacion que hicimos al principio, pidiendo á Dios nos librara de su lengua, como lo estamos de sus manos, se complaciesen unas y otras en murmurar de este pobre artículo, les repetiremos uno de aquellos que dice, *mal me quieren mis comadres porque digo las verdades*.

DR. PEDRO RECIO.

EL MAYORAL DE DILIGENCIAS.

Animalia ibant, et quotidie revertebantur majora.
(La Sagrada Escritura.)

No emprendiera yo, sino alentado por las sagradas palabras del texto, la temeraria empresa de trazar esta gigantesca fisiología, que solo imaginarla me confunde, por las prolijas investigaciones á que da abierto campo en el reino animal, y por tantas analogías y multiplicadas relaciones como descubre y muestra entre el citado reino y la gente que voy á describir. La gente que anda al camino forma un mundo aparte, independiente; sociedad exclusiva, constituida por la especie carretera, en que el carretero, generalmente hablando, es el hombre, las Maritornes el bello sexo y el Mayoral de diligencias en particular, la aristocracia.

Disuádeme de mi propósito lo difícil de su cumplimiento, y mas que todo la conviccion de mi insuficiencia, así como el considerar tambien que no es tan peculiar y propio de España el héroe de mi pluma que lo original de su carácter, salve y ayude lo desatinado de mi torpeza. Si bien echo de ver por otra parte que el hombre fosco y cejijunto que voy á pintar es de seguro lo mas original de Europa en punto á la perdida condicion agreste y nómada del hombre, reducida ya solo al carretero español.

El carretero es el centro, el nudo donde se juntan y enlazan la naturaleza bruta y la naturaleza orgánica, descartándose de esta la racional: el carretero con todas sus incultas cualidades es la unidad salvaje y anti-social, como Cristo fue la unidad humanitaria y cosmopolita.

La gente que anda el camino, dedica ahora á satisfacer en conjunto todas las necesidades de la locomocion que en el estado natural se cumplian individualmente, ha recogido en sí aquellas influencias montaraces y de aislamiento que los hombres declinaron al congregarse en las ciudades. De aquí el carretero nómada, agreste, aislado, anti-social.

El carretero no vive en el mundo; habitante de los campos, amigo y cohermano de sus mulas, vedlo por esos caminos con toda la indolencia y perezosa abstraccion del hijo del desierto. Su mundo es un mundo original, exclusivo, absoluto, sin punto de comparacion, y trae su principio del mismo orígen de las sociedades, siendo tan excepcional, tan único que nació indudablemente con las bellas cualidades que hoy le distinguen, con la misma insociabilidad que le es característica; porque está en su misma esencia; por cuanto el mundo carretero es el contrabalance de la sociabilidad de los hombres, porque el carretero es la unidad de las reminiscencias salvajes.

Todo lo cual es probado é incontestable, por lo que la sagrada historia cuenta de las peregrinaciones y trashumaciones de los antiguos patriarcas, que las verificaban con su familia siempre á pie, ó á lo mas en camellos y burros, por no tener que bregar con carreteros. Débese advertir que de entónces data el que todos los de aquellas tierras viniesen y se aclimasen en estas, estando bien patente su orígen hebráico en que nunca jamas oyen misa ni se curan de semejante ceremonia. Por todas las cuales razones, Santiago al venir á España prefirió hacer el viaje á caballo, como todo el mundo sabe, y cuya circunstancia para vergüenza y descrédito de carreteros, ha sido perpetuada en innumerables pinturas y numerosísimos templos. Véase si una especie de hombres tan antigua y con tan constantes cualidades que se ha mantenido siempre en el mismo ser y estado; véase si dejará de ser un tipo cuando se la considere en su mas alto grado de su índole y condicion.

Verdaderamente en España es donde el carretero tiene mas quilates de tal, en España donde es el compadre de los venteros, el marido de las maritornes, el hijo de esas veredas y carreteras, tipos de todos los caminos malos, las cuales son su morada, su retrete, el teatro de sus glorias adquiridas con las mulas, el continuo espectáculo á sus ojos, causa de sus pesares si tienen muchos barros, causa de su fruicion si están enjutos, sin baches, ni quebradas, ni barrancos. Que así son los caminos de España, como lo demuestran los vuelcos de toda clase de carruajes, hasta los que al mismo carro del Estado le sobrevienen, á pesar de sus conductores responsables y de su Mayoral que lleva y que no lleva las riendas del gobierno.

Sentadas estas ideas preliminares que son el juicio y exposicion sintética de las condiciones que constituyen al carretero, tipo en sus mas altas relaciones con la naturaleza bruta; pasarémos á considerarlo analíticamente en todas sus clasificaciones y variedades.

Sabido se está que el *Mayoral de Diligencias* no es un ente aislado en el mundo carretero, un ser que exista por sí solo, por su propia virtud; sino que es una rama, una hojuela de aquese mismo mundo. Ya que principiamos, pues, por el tronco, iremos metódicamente subiendo por los diversos brazos del árbol hasta esa altiva y encumbrada rama.

El mundo carretero que anda al camino se compone de dos grandes clases, que son *zagales* y *mayorales*; los primeros se subdividen en zagales de galera, delanteros y postillones; los segundos en carreros, mayorales de galera y mayorales de diligencias.

¡Cuán poderoso es el imperio de la costumbre y hábito entre los hombres y cómo y por cuántos siglos se perpetúa aun cuando no sea razonable aparentemente siquiera, ó con visos de escusa por lo menos! ¿No vemos, por ejemplo, dominar indebidamente esa preferencia de uso que á la mano derecha se le asigna tan fuera de razon y de motivo? Diríase que el hombre va tambien envuelto en el curso de esa fuerza que lleva, impele, modifica y da formas á la materia inerte, esa fuerza que en el reino mineral constituye la figura y la cristalizacion; en las plantas la vegetacion; en los irracionales el instinto y en los hombres la moral y las costumbres. ¿Cómo, pues, se extrañará nadie de que el zagal de galera, rapaz de diez á doce hasta veinte años, sea un embrutecido muchacho, presumido de adusto y desabrido, poco hablado, vanaglorioso de hacerse entender de las bestias y platicador con ellas por aficion y orgullo? Así nace y se va aleccionando el zagal de galera, conforme en la escuela que por esos caminos y con tales maestros va cursando, los cuales prefieren en su enseñanza el método inconcuso de la imitacion, ayudado del penetrativo sistema de los puntillones, cual gente poco dada á gastar saliva en balde. Como el zagal entra en la profesion obteniendo desde luego cierta posicion y preeminencia á saber: la que ejerce sobre las mulas,

personajes entre ellos de mucha consideracion y valia, de aquí que tenga pretensiones y estímulo de asimilarse á los Mayorales. No hay en él, aun cuando la infancia sombree sus facciones tostadas y ennegrecidas, ni aquellas dulces apariencias, ni aquel blando perfil y graciosa ligereza que hace tan interesante la niñez. El zagal, cuando en la galera van viajeros, se degradaria en servirlos y ser complaciente con ellos; él no reconoce en el mundo mas gente que al Mayoral y al ganado, y solo suele rozarse con el mozo de cuadra en el acto de ensebar los ejes de la galera.

De mas noble categoría que el zagal es el delantero de las diligencias, cuya mision tiene tanto de respetable como de temible. El está encargado de guiar el tiro de bestias, caballero en la primera de la izquierda, con el orgullo consiguiente á quien marcha á caballo, corriendo, y con la responsabilidad del mundo en pequeño que tras de sí arrastra; motor principal de aquella máquina ambulante, estrella polar de la ciudad rodada: él es el salvador de aquellos ejércitos cristianos en el mar de peligros por que caminan; él lucha con el espíritu de las tinieblas para sacar de noche adelante el carruaje, y es ademas el digno causante del mayor número de los vuelcos. Lo cual no obsta para que le cueste al viajero cien repetidas propinas, á causa de lo á menudo que se relevan unos á otros; que en esto, y en las continuas mudanzas de ministerios, se parecen las diligencias á los gobiernos representativos.

El postillon es un Mayoral que obtenia en otro



El Mayoral de diligencias.

tiempo nombramiento superior y gozaba de algunos fueros y preeminencias que ya ha perdido, quedándose en su lugar con dos amos; el maestro de postas y el administrador de correos, aquel que puede recibirlo y despedirlo, y este solamente despedirlo. Por lo demas es tan insocial como cualquier otro carretero.

Estos que vamos á considerar ahora son los traginantes en carros de dos ruedas y deben llamarse carreros, como en Andalucia. En esta denominacion se incluyen los tartaneros, que andan el camino si viene á mano, como frecuentemente sucede en las provincias de Valencia y Murcia, donde hay bastante trasiego de gentes, y tanta falta de caminos y tan malos, como en cualquier parte de España. En Valencia privan mucho las tartanas, y aun hay quien achaque la supuesta ligereza de sus naturales, á que el trepidante movimiento y traqueteo de aquella especie de baules con dos ruedas les vuelven agua los sesos.

El carrero rara vez trasporta personas; generalmente es propietario de un carro; y en ninguna provincia de España es mas indígena que en la Mancha;

aunque las demas, en su mayor número, son tambien dadas á la carretería, el carrero es fruta de la Mancha, en cuyas llanuras áridas y monótonas brotan del suelo como por encanto. Los viajes del carrero manchego no son precisamente periódicos, y de aquí el que alguna temporada viva entre los hombres; ademas, su método de vida está algun tanto amenizado por el carácter comercial de sus escursiones, pues trabaja por su cuenta, y suele cargar vino para retornar con aceite. A mas tiene algo de filarmónico, y acostumbra usar unos carros de violin, cuya música es tan aguda, metálica y timbrante y con tantas escalas cromáticas que da placer de oirla.

El carrero, sin embargo, es inferior en muchos quilates al Mayoral de galeras, verdadero centro y nudo del mundo rodado de los caminos, de esa sociedad en que los zagales son la juventud, los carreros el pueblo, y los Mayorales de diligencias la gente del gran tono.

El Mayoral de galera vive en los despoblados, el campo es su patria, su mundo; en los caminos están todas sus afecciones, sus recuerdos y sus esperanzas; él no dice «yo iria á tal ciudad» sino «yo iria á tal carrera.» Se levanta un dia de entre las caballerías de la cuadra, su cuerpo atarazado de las pulgas, sereno empero é impasible, echa el último pienso, bebe una racion de aguardiente, engancha y parte: su pesada galera que va solitariamente cruzando los campos; llena de fardos de bote en bote, la carga cubre sus ruedas y por detras y por los lados sobre el mismo toldo se levanta; parece un promontorio andando.

¡Oh admirables designios de la Providencia! ¡oh locura de los sábios que andan tras el descubrimiento de los arcanos de la naturaleza cuando los tienen resueltos á la mano, como el arriero que iba buscando el burro que llevaba debajo! El problema, el gran problema del movimiento contínuo que tanto ha ocupado á los hombres de la ciencia, está resuelto hace mucho tiempo en España. ¿Quereis ver el movimiento continuo? mirad una galera en viaje, vedla andando eternamente, eternamente, siempre andando, sin llegar nunca: ¿os parece que la arrastran las mulas? es un error; se mueve solo por la rotacion de la tierra; como que haciendo un viaje en galera imaginó Copérnico el movimiento del orbe terráqueo.

El Mayoral de galera está siempre en viaje, siempre andando, y esta soledad, este aislamiento en que vive, infunde en su alma una independencia, una altivez, un estóico orgullo y desprecio hácia el mundo, que le hacen inaccesible, bárbaro, grosero, adusto, grave y callado. El mundo ¿qué le importa á él? para él no hay mas mundo que los caminos, las ventas, la galera, el zagal que es su córte y los fardos que hacen su carga; la sociedad para él no se compone mas que de fardos que llevar y traer: las cosas son fardos; los hombres fardos, las mujeres feas ó hermosas, fardos, y todo lo que conduce fardos, cajones y baules. Aquel hombre es de piedra, aquella galera es el pozo de la muerte: hasta el imperio de la hermosura acaba allí; para un Mayoral, una mujer y un saco de noche son una misma cosa. ¡Pobres mujeres las que vais en una galera! la diligencia al pasar por vuestro lado os da envidia, y cuando alguna vez se os ocurre bajar para dar algun alivio al asendereado cuerpo, la grosería y poca complacencia del Mayoral os asusta, se irrita lo mismo cuando os quejais de la lentitud y mal movimiento, y en fin ¡cuán desagradable morada deberá ser tal carruaje para las mujeres, cuando á las casas de correccion destinadas á este sexo, se les puso el mismo nombre que á las *galeras*!

Ahora bien, queridos lectores, de este *Mayoral* ha nacido el *de Diligencias*, aristocracia de la clase. Suponeos que el Mayoral de galera con toda su adusta gravedad, con toda su condicion solemnemente inculta, con toda la presuncion é imperturbabilidad de su ánimo; suponeos que ha ascendido por las vicisitudes del tiempo á *Mayoral de Diligencias*; que oiga él aquel multiplicado rápido campanilleo del tiro de caballos, y que corra, que corra y pase triunfador en su carrera, salvando valles, montes y campiñas, dejando atras los pueblos, las ciudades, violento como escapada saeta, en competencia con la carrera del sol, en lucha á brazo partido con la temerosa noche, gozando así el plácido susurrar de la sonoro ada alborada en nuestros ásperos y frondosos campos, como deslizándose impávido entre las pavorosas fantasmas del lóbrego crepúsculo de nuestros valles; figuraos, repito, levantado el Mayoral de galera á esta vida de tanta independencia para el alma, y ya podeis considerar cuántos quilates no habrá ganado de aspereza y de cerrilidad.

El *Mayoral de Diligencias* es el ser mas libre, mas indómito, mas altanero é insolente de la creacion; y llega á tanto su desprecio por la raza humana, que nunca lleva personas en su coche, lleva asientos; y la hermosa niña que va en la berlina, linda como unas perlas y mas graciosa y mas interesante que un manojito de pensamientos, no es para el Mayoral una persona, es un asiento.

¿Quereis conocer á ese hombre de tan férreo corazon, á ese ente tan superior al hombre como á las bestias, á los vientos, á los despoblados, al mundo, al sol y á las tempestades; á ese hombre que entre la tenebrosa lobreguez del nublado aparece cruzando los montes rápido y sereno, triunfador en la delantera del coche como Júpiter en su carroza, ó bien cuando el sol abrasa y abruma los campos aparece á lo lejos en la llanura entre nubes de polvo, como conquistador poderoso? Pues si lo quereis conocer, lectores, vedlo allí en la calle de Alcalá al rededor de su coche próximo á salir, podeis preguntarle lo que se os ocurra si quereis hacer algun viaje.

—Oiga V., Mayoral ¿hace V. el favor de oir una palabra?

El Mayoral no contesta, lo esperarémos un rato: vuelve á pasar.....

—Mayoral ¿tiene V. la bondad de oir una palabra?

—¿Qué hay?

—Hombre, yo quisiera irme con esta diligencia, y es el caso que no hay asiento ¿podria ir con V. en la delantera?

—No señor.

—Pero oiga V., hombre, no me deje V. con la palabra en la boca ¿podria ir en la baca? ¿cuánto vale?

—Como un asiento de coche.

—Pero, hombre, eso es una heregía.

—Pues vaya V. á que le excomulgue el papa. Y el Mayoral acaba de volver la espalda y se va, y escusado es llamarle. Sin embargo, lector, ya habrás tenido tiempo para enterarte de su facha: es un hombre robusto, trigueño de tez, patilludo, cara tosca y austera, un sombrero manchego caido para adelante, un pañoso y colorcado marselles madrileño, y un calzon de pellejo. ¿No has visto cuán atractiva fosquedad le distingue? prendas son de su índole esa áspera gravedad, rígida semblanza, constante desapego y retraida condicion que en su aspecto campean? ¿No viste en aquella cara el alma incrédula, altanera y maldiciente que ese hombre tiene? ¿por quién se dijo *alma de caballo*, sino por el *Mayoral de Diligencias*?

Ese hombre, tal como le hemos visto, es el mayor déspota de España, aunque nadie se ha pronunciado contra él. Ese hombre es un tirano en despoblado, es un Calígula, porque se cree el amparo, el dueño y disponedor de toda aquella gente que detras lleva, de toda aquella gente que tiene miedo á ladrones, que

se asusta con la idea de un volquetazo, que no sabe bajar si no abren la portezuela, y que quizás contempla admirada el gran espectáculo que á sus ojos desarrolla la naturaleza en el camino. ¡Pequeñeces del corazon humano, que infunden en el del *Mayoral* cierto informulado desprecio hácia el hombre!

En una ocasion, viajando por la carrera de Andalucía, dijo un compañero al salir del interior, quejándose de la dureza de los almohadones: «¡que indecentes son los asientos de estas diligencias!»

—Mas indecentes serán los señores quizá..... contestó el Mayoral con una frescura que asombraba; y en seguida, viendo al caballero que se abalanzaba á darle la debida réplica, echó dos pasos atras, sacó el abanico de á tercia, y hubiera pasado allí la de Dios es Cristo, á no mediar varias personas que creyeron prudente apaciguar al agraviado, que era un coronel polaco. Capitan general podia haber sido, que lo mismo se le hubiese importado al Mayoral, porque este no se cura de los hombres, ni se mete á averiguar lo que los hombres valen: él no sabe mas sino lo que vale su coche, al que quizás tiene en mas que al orbe terrestre. En Francia los conductores de Diligencia comen á la mesa con los viajeros; si á un Mayoral español se le propusiese lo mismo, lo rechazaria.

El Mayoral, si no va vacío algun departamento del coche, apenas amanece se sube arriba con los escoltas, se envuelve en algunas mantas y duerme casi toda la mañana, y algunas veces le suele relevar en la delantera algun escopetero. Pocas veces el Mayoral dirige su voz á las mulas, y cuando lo hace es con toda aquella superioridad y algarabía que le infunden la persuasion del mando, y el frenético vértigo de la veloz carrera en que marcha: no toma las ramaleras sino en ocasiones y trances dificiles, y cuando vocea al tiro, ó castiga al par de lanza, lo hace de una manera atroz, y en la conversacion que trae con el zagal ó postillon suele alternativamente dirigir la palabra al ganado.

¿Cuándo cambia tu amo ese macho Bandolero? Maldita sea su alma del Bandolerоооо! *Y á la Zagala déjala, déjala que voy á ella, y á la otra, toas, toas, si me bajo, hay si me bajo, que no me bajaré!* ¿Y qué se ha hecho del caballito que traias en cortas? ¡Qué lástima de animal! ¡Güena sangre tenia!.... ¡*Coronela! Y la Morata y la Gaona, si voy á ellas con un sabre, con un sabre corbo! Oooooooa!* Echate á la izquierda. Minuto ¿Maldito seas, no ves los vaches? ¡*Comisaria*! *hay si me bajo, en llegando á ella, le voy hacer con el pellejo una papalina. Anda, anda, que algo queará güeno, güeno, déjalas.*

Hay en este lenguaje de los Mayorales y carreteros para con las mulas, ciertos sonidos inarticulados, vagos y confusos que dificilmente el oido mas fino puede distinguirlos, y que es imposible expresarlos con la pluma; ciertas aspiraciones y vocales, y consonantes que no pertenecen á ninguna lengua del mundo, y cuya pronunciacion á la mas expedita le es muy dificil imitar. De todas maneras las caballerías comprenden admirablemente este lenguaje, y á la sola voz las guia el *Mayoral*, como si ellas y él hubiesen ido juntos á la escuela.

Que el *Mayoral* es un eslabon medio entre la naturaleza racional, lo prueba mas que la comunidad de lenguaje ciertas grandes relaciones en sus hábitos, y por eso su índole y su naturaleza tiene tantas relaciones con el reino animal. Por eso es tan duro, fosco, é intratable, porque aquel corazon no contrae afecciones ningunas ni de familia, ni de sociedad. Véase pues las razones por qué la Sagrada Escritura dijo acerca de los *Mayorales de Diligencias: Animalia ibant et quo[illegible] vertebantur majora*: animales iban muy ani[illegible]s animales volvian, porque sin duda en [illegible] no harian los *Mayorales* mas que ir [illegible] hoy dia. No sabemos si serian entónces tan exigentes de propinas: lo cierto es que en estos tiempos el que viaja da gratificaciones porque le traten mal. Item: en estos tiempos, tambien el que viaja paga porque le rompan la cabeza, pues suele acontecer que por impericia ó descuido del *Mayoral* da un vuelco la *diligencia*, y por esta razon se cree este mas autorizado que nunca para *propinar* al viajero, pues se apresura á incluirse en el número de los desgraciados, siendo tanto mas acreedor á la pecuniaria conmiseracion del viajero, porque la empresa le tiene impuesta una multa de doce duros por cada vuelco, y ademas los gastos de las procedencias judiciales que ocurriesen. En cambio de estas quiebras tiene la manutencion de balde en todas las fondas de las carreras; pero por eso no da él propina á nadie. Al contrario, en España cuando uno viaja, aunque nadie le sirve, todos se creen con derecho terminante á apoderarse de su dinero.

Huyendo de un *Mayoral* que le pedia la propina hizo Jonas el viaje á Nínive en el vientre de una ballena; un *Mayoral* fue la causa de la ruina del imperio Persa, un *Mayoral*, que llevó el carro en que Darío entró en la batalla á caer prisionero entre las tropas de Alejandro, no se sabe si por impericia ó por mala intencion, que esto no lo cuentan las historias; pero lo que sí contarán, si nuestras *diligencias* siguen dando tantos vuelcos con tantas desgracias como en lo que va de año, será: que la nacion española se ha exterminado acabando sus individuos á manos de los *Mayorales de Diligencias*.

A. Auset.

EL DIPLOMATICO.

Hoy mismo hace cincuenta años cumplia yo veinte de edad y dos meses de carrera. Soy en esta mas antiguo que Perez de Castro, mas que Labrador, mas que el mismo Abascal, soy en suma, el decano de la diplomacia española.

Mi padre era hijo segundo de un grande de España; habia nacido en Andalucía y sido educado en Lóndres. Casóse mas tarde, en la alta Silesia, con una hermosa hija del príncipe de Hohenlohe Ingelfingen, y murió en Roma donde era embajador de España, y nací yo.

Cuando era niño entendia yo, con toda facilidad, varios idiomas, y no hablaba bien ninguno. Mi madre gustaba solo de su aleman, mi padre de su andaluz, las gentes que se reunian en nuestro palacio del frances, y mis criados del italiano. Estos son los idiomas que, á fuerza de trabajo, pude aprender á hablar medianamente, y sabia con regular perfeccion á la edad de veinte años. Si añado á esto el gusto con que montaba á caballo, el afan con que destrozaba un clave, y mi verdadera aficion á la pintura; habré dado cabal idea de mi ciencia por aquellos tiempos.

Era el año de 1794, época tristemente célebre en nuestros fastos por la desgracia de nuestras armas que mandaba en Francia el marques de las Amarillas y mas tarde el conde de la Union, dignos ambos de mejor suerte.

Mi padre, que era bastante amigo del conde de Aranda, habia conseguido para mí una plaza de agregado en la primera secretaría de Estado. Quiso mi mala estrella que, al mismo tiempo que yo, llegase á Madrid la noticia de que el general Perignon, aprovechando la derrota del ejército español de Cataluña, habia caido sobre el Ampurdan, entrado en Figueras y sitiado á Rosas. Súpose en la misma noche que otro ejército frances se habia apoderado de san Sebastian y Fuenterrabía. Tales noticias tenian á Madrid

en completa alarma, y en especial los gefes del gobierno estaban en una agitacion difícil de expresar.

Aunque inoportuno el momento, me fuí á presentar al conde de Aranda para que éste me llevase á ver al de Alcudia. Quiso la casualidad que, en el cuarto del primero, hallase á entrambos muy ocupados de los asuntos del dia. Como intentase yo retirarme, por no turbar aquella conferencia, Alcudia, al saber mi nombre, me llamó con grande afan, preguntándome cuál era la opinion de mi padre respecto á la guerra con Francia. Aunque poco ducho todavía en materias diplomáticas, sabia ya bastante para no comprometerme. Conocí desde luego que los dos ministros no estaban de acuerdo, y que aquel era el motivo de su desvío. Cuando me preparaba á contestar en términos evasivos, el conde de Aranda no pudo contener un movimiento de soberbia, tan natural en su carácter violento, é interrumpiendo, exclamó: «solo falta que achaque V. simpatías hácia la revolucion francesa al padre del señor.»

Estas pocas palabras me pusieron todo en claro, y por medio de la rapidez de raciocinio que da la mas ligera práctica diplomática, conocí cuál era la opinion de cada uno de aquellos señores, y cuál su posicion, deduciendo de aquí que era prudente tomar el partido de Alcudia, pues lo contrario era perderme yo, sin salvar al ofendido Aranda. «Mi padre, contesté entónces, cree que los tiempos del general Ricardos han de volver en breve, y que una nacion tan bien gobernada como España, no puede, sin desdoro, ceder á una bandada de descamisados, presidida por Robespierre.»

Ya suponia yo que me valdria esto una increpacion furiosa de Aranda; pero la esperé de pie firme. El conde, no obstante, resistiendo á su primer movimiento, se levantó, vino á mí, puso la mano sobre mi hombro, y me dijo: «bien empiezas, serás un gran diplomático, pero no un grande hombre.»

Desde aquel momento fuí yo el agregado de mas confianza que tuvo Godoy en la secretaría. Yo, que reunia á mi sagacidad y prevision una forma de letra de las mas bonitas, era el encargado de copiar las notas mas reservadas. Don Diego de Noronha, que era embajador de Portugal, St. Helens, que lo era de Inglaterra; en suma, todos los estranjeros que se hallaban en Madrid, me tenian por favorito del ministro, y como á tal me consideraban. De mi letra fueron las instrucciones que se enviaron á D. Domingo de Iriarte, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario de España cerca del rey y de la república de Polonia, que fue quien firmó el tratado de paz de Basilea; las incursiones de Moncey habian hecho variar de opinion al célebre Godoy y á mí tambien, lo cual hizo que nos decidiésemos por la paz, valiéndonos, á él el título de príncipe de la Paz, y á mí la cruz de Cárlos III, que se daba entónces con mas economía que ahora. Yo fui tambien el encargado de escribir la ratificacion que S. M. firmó de este tratado en S. Ildefonso, donde estaba la córte, en agosto de 1795, y yo quien tuve noticia, uno de los primeros, de los tres artículos separados y secretos anejos á aquel tratado. ¡Válgame el cielo, y cuánto dinero hubiera yo ganado, si existiera entónces, como ahora, la admirable institucion de la bolsa, y el crédito y los títulos del tanto por ciento, y agentes y contratistas!

Mi primera leccion diplomática fue, pues, un conocimiento exacto del corazon humano: ceder á tiempo y dejar que la razon produzca la conviccion. El conde de Aranda cayó en desgracia por decir la verdad, yo subí á favor por respetar ideas que no hubiera podido destruir, y Godoy vino al fin y cabo á modificar su pensamiento, hasta el punto de seguir los consejos de Aranda. Yo que escribí casi todas las cartas que el ministro dirigia á Iriarte, el Diplomático de mas confianza que tenia, sé cuánto cieno habia en el corazon de Godoy; pero sé que no me ahogué en él, por mi mucha destreza y maña.

Los tratados que se firmaron por aquellos tiempos, entre España y los Estados-Unidos en 1795, siendo ministro en Madrid Tomás Pickney, y presidente Jorje Washington; entre España y la república francesa, en 1796 siendo embajador de esta última el general Perignon; entre España y la república bátava en 1797, siendo ministro en Madrid Juan Valkenaer, tuve yo la parte de la confianza y de la ejecucion material, lo cual me sirvió para tratar con mas intimidad á los Diplomáticos extranjeros en España, adquiriendo así una riqueza tan esencial en la diplomacia.

Al año siguiente de 98, viendo Godoy la impopularidad de que estaba cubierto su nombre, confió el ministerio de Estado á D. Luis de Urquijo, embajador nombrado en el Haya, aunque en realidad seguia siendo el príncipe único soberano de España. Yo iba todas las noches á casa del valido, y sin trazas de indiscreto, contaba para conservar su confianza lo que por la secretaría pasaba. Don Luis que tal sabia y que deseaba tener las menos trabas posibles, imaginó un medio para deshacerse de mí.

Me llamó una noche y despues de mil elogios, á cual mas forzado, me dijo que el rey deseaba utilizar mis conocimientos confiándome una comision importante. Confirióme el título de secretario de ministerio, mandó que se me pagase segun costumbre, una anualidad de 18,000 rs. de regalo para gasto de viaje, y me dió sus instrucciones. Estas se reducian á pasar á Amsterdam, y buscar papel y lacre conveniente para el rey, teniendo cuidado de hacer remesas frecuentes y en los términos que se me dirian.

Yo que harto sabia con cuánta seriedad se toma todo en el ministerio de Estado, me dispuse á desempeñar este encargo con el mismo afan y celo que si se tratase de hacer levantar el bloqueo de la escuadra inglesa en Brest, que era la cuestion del dia. Salí de España, cerrando en mi tránsito á Bayona los oidos á los lamentos que ocasionaba la contribucion de 300.000,000 que acababa de imponer el gobierno.

Traté de llegar en breve sobre todo á Paris; era embajador de España en Francia don José Mazarredo, distinguido marino y muy mal diplomático. Odiábale de todo su corazon el primer cónsul, pues su energía rayaba en dureza. Esta circunstancia fue causa de que me detuviese yo muy poco en Paris, no queriendo asociarme á la antipatía de que era objeto nuestra embajada.

Llevaba una carta para Luciano Bonaparte que me recibió con afecto. Tuve buen cuidado de decir que estaba acordada la destitucion de Mazarredo, pero que era indispensable en Madrid un embajador de saber y prudencia. Sin intentarlo acerté: Mazarredo fue separado, y Luciano nombrado embajador de Francia en España.

Amsterdam me gustó mucho, sus innumerables canales, sus admirables bajeles, la limpieza de sus casas, la honradez de sus habitantes, todo simpatizaba con mis gustos. La sociedad no era, en verdad, acomodada á mis deseos, pero como mi encargo me daba lugar y mis instrucciones permiso para pasar á Alemania, siempre que el servicio del rey no me estorbase, me consolé al punto, sin temer una vida tediosa. Durante el invierno el Rhin me llevaba á Prusia y al Ducado de Baden. Tan pronto asistia á los bailes del duque, y luego elector, y lugo rey de Wurtemberg, como á los del príncipe de Sayn-Wittgenstein, ó á los del conde Puckler-Limpourg. Un dia comia en Maguncia y al siguiente en Carlsruhe; ni el príncipe de Reus, cuyos estados en el dia tienen seis millas en cuadro, es mas feliz que yo.

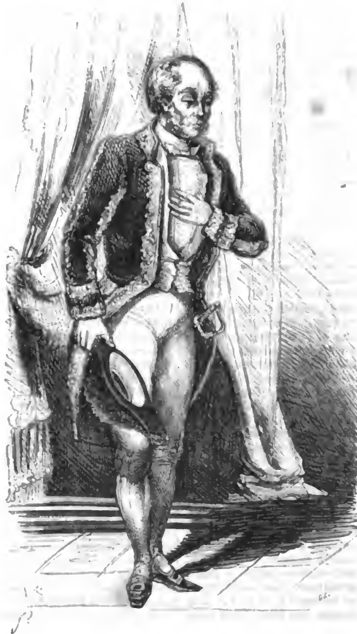
Durante el verano iba á cazar con azores [illegible]s bosques del Loo y no faltaba á los baños de [illegible] y

á los de la poética Baden, que llamaban los romanos *Civitas Aurelia Aquensis*.

Para todo daba el lacre y papel que tenia encargo de comprar para el rey mi señor. El tesorero pagaba exactamente los 18,000, mas siete mil para mesa, y sobre poco mas ó menos lo que yo pedia para viajes, que nunca era menos de lo preciso.

No me duró mucho esta libertad, porque como pasase con sobrada frecuencia por Berlin, nuestro ministro allí, el señor O Farril, que acababa de relevar al señor Muzquiz, me cobró suma aficion, y me pidió para secretario de su legacion. Llegué, pues, á Prusia y me encontré en el camino al señor Curtoys, que de la secretaría de Berlin pasaba á la embajada de Paris. El me dió los informes detallados que mi rápida permanencia en aquella córte no me habia permitido adquirir, y logré por este medio llegar bastante amaestrado é instruido de las intrigas del general Bournonville y el gabinete frances.

Apenas llegué, tuve el fastidio consiguiente á la carrera, esto es, hacer trescientas y mas visitas á personas todas estrañas, cuyos solos nombres era un trabajo conservar en la memoria. La confusion que nace de tener todos los de una familia el título del padre, que generalmente es de conde ó baron, es un inconveniente hasta para los naturales; así, pues, cuando se habla del conde de Recheteren por ejemplo, no es fácil adivinar de quién se trata, sin una larga explicacion, pues yo conozco diez y siete que se llaman asi.



El Diplomático.

Fuí presentado naturalmente al punto á S. M. Federico Guillermo III, que hace dos ó tres años pasó á mejor vida. El padre de este soberano que fue algun tanto contenido en sus escesos, por la diplomacia europea, dejó en la córte real de Prusia establecido un desvío extraño hácia los diplomáticos. Sus sucesores los toleran, pero no los aman, si bien es seguro que no hay soberano en Europa que en el fondo del alma no desee la destruccion de esta raza de centinelas que ellos llaman pedagogos, porque son los únicos que se atreven á decirles la verdad. Sin los diplomáticos podria suceder muy bien que un rey absoluto muriese despues de un reinado de cuarenta años, sin escuchar mas que adulaciones, pero los representantes de otros pueblos, guardando todos los miramientos debidos, se atreven, fiados en su inmunidad, á expresar sus sentimientos no siempre conformes á las córtes donde residen.

El padre de Federico Guillermo III, é hijo del gran Federico, habia dejado á su muerte acaecida en 1797, comprometida la política de la Prusia. Este soberano sin contar sus grandes escesos y vicios, habia sido notable durante su vida. El habia sido el instigador de la guerra entre Turquía y Rusia, ofreciendo sostener á la primera; y no cumpliendo su palabra; como no la cumplió tampoco á los Polacos que armó tambien contra Rusia. Mas tarde formó una coalicion, para restablecer en Francia el poder caido; y despues de una escaramuza, hizo alianza con los republicanos. Por último, hizo un tratado con Inglaterra, comprometiéndose por una suma equivalente á cien millones de reales que debia recibir cada año, á sostener un ejército de 62,000 hombres en la coalicion contra Francia. Tampoco cumplió con este compromiso, antes bien hizo él solo la paz con el gabinete frances.

Su hijo, mas cuerdo y honrado, se empeñaba en reparar tantos dislates, y adoptó un sistema de observacion á que dió el nombre de neutralidad. Poco á poco, uniéndose al gabinete ruso que tanta necesidad tenia de él, por lo aguerrido del ejército prusiano, y por la posicion de la Prusia, intermedia entre el Norte y el centro de Europa, empezó á formar esa vasta coalicion que derribó á Napoleon en los campos de Waterloo. España entró en ella secretamente, mucho antes de que se hiciese público.

Como el avisarlo asi á las córtes de Europa directamente desde España hubiera inducido á sospechas, atendida la sagacidad europea, fuí yo el comisionado para pasar á las principales córtes llevando los pliegos que se habian remitido á Berlin. Este servicio, que era para mí altamente agradable, me valió varios regalos de soberanos y cruces de casi todos los paises de Europa, águilas, azores, leones, elefantes y otras divisas no menos carnívoras con que adorno, de vez en cuando, el ojal y la parte izquierda de mi diplomático frac.

Lo que yo gasté en esta comision, lo que figuré, lo que gocé, no tiene cuenta. Bailaba bien; incansable en la mazourka, ligero en el wals, era el deleite de las doncellas; jugaba como un abad cistercense al whist; era el ídolo de los ancianos; cantaba como un canario, y murmuraba como una vieja, era el encanto de las señoras de respeto; bebia como un tudesco, jugaba como un español, fumaba como un flamenco, montaba como un ingles, cazaba como un escoces, ponderaba como un andaluz, me batia como un cosaco ¿qué mas para ser siempre el primero entre la juventud de todas partes?

La diversidad de mis uniformes era infinita y curiosa; yo era maestrante, caballero de Malta, secretario de legacion, secretario del rey, gentilhombre y no sé cuántas cosas mas que me daban derecho á ponerme traje distinto. Lo cual no deja de ser importante en las córtes extranjeras y entre diplomáticos.

A la gente profana asombra siempre el notar como hombres, en general, tan despreocupados y distinguidos como son los diplomáticos, dan tanta importancia á bagatelas que no merecen á los ojos de la filosofía consideracion ninguna. Dar valor á una cinta, á un bordado, á una concesion no menos frívola, por lo que ella es, seria en verdad, sandio; pero, puede asegurarse que siempre indican algo estas distinciones, y por lo comun la cosa que en mas se tiene: el favor. ¿Cómo no mirar con respeto á quien merece tanto afecto á un ministro ó soberano, que lo distingue de sus demas colegas, y dándole señales de aprecio, una cruz que fuera un juguete si no viniera de su mano?

Puede decirse lo mismo de la estricta observancia de las etiquetas de córte: sucede á menudo que dos embajadores se están pasando notas durante un mes, para aclarar quién de los secretarios debe pasar antes. Para el vulgo es cuestion esta harto pueril; pero, quien considere que los reglamentos de etiqueta oscurecen totalmente al individuo no dejándolo inutilizado para el despacho de los negocios, conocerá la importancia de estas fórmulas. En Lóndres ha sucedido que el embajador de Rusia y el de España tuvieron una disputa acalorada acerca de la preeminencia del paso; el ruso alegaba que su soberano era emperador, y el español que la familia de su soberano era mas antigua sobre el trono. Acaloróse mucho esta controversia en la cual se mezcló toda Europa. Durante ella, naturalmente no se vieron ambos diplomáticos, guardaron uno contra otro siempre enemistad, y sus relaciones políticas llevaron, en detrimento de sus naciones respectivas, el sello de su desacuerdo.

Felizmente el protocolo que, relativamente á etiqueta diplomática, firmaron los plenipotenciarios de las ocho potencias en Viena, vino á cortar muchas disputas, pero es lástima que abrace tan pocos casos aquel convenio, habiendo por lo tanto, dejado en pié muchas dudas.

Para contar detalladamente mi vida diplomática desde la época en que salí de Berlin hasta el dia, no bastara todo un tomo; mis aventuras de Rusia cuando me favoreció con su amor una princesa de la real familia; mis desafíos con un potentado húngaro, á caballo y con lanza en ristre; mis disputas con el rey de Dinamarca porque suponia éste que yo pervertia á su hijo primogénito; mis amores en Inglaterra cuando Lord Red me sorprendió huyendo con su hija y buscando refugio en el banco del herrador de Gretna Green; mis negociaciones diplomáticas, hablando ora altanera, ora sumisamente; mis aventuras de tantas clases, unas sérias, otras jocosas, prósperas unas, otras desgraciadas, todo esto es un conjunto que escribiré tal vez algun dia, pero, que no me siento con ánimo de relatar ahora.

Tal vez es causa de ello que los diplomáticos españoles de estos tiempos no me entenderian, y no se atribuya esta creencia á la presuncion de la vejez, que todo lo ve hermoso en los tiempos atras. Las ideas de un diplomático, no envejecen jamas, porque cada dia, al variar de moda, adopta las nuevas ideas; así que yo estoy tan al corriente de los pensamientos del dia, como el jóven mas novel. Pero es fuerza convenir, que las turbulencias de los tiempos han roto el nivel y equilibrio de las naciones europeas, y que en este juego impío de la Providencia, España, que mucho ha ganado en prosperidad interior, no ha crecido lo bastante en fuerza exterior para competir con las que se llaman, con sobrada razon, las grandes potencias. El heroismo de los españoles en la guerra contra Napoleon nos abrió las puertas del congreso de Viena; nuestra sumision ante el ejército de Angulema nos cerró las de las conferencias de Lóndres. El año de 1800 empezó el siglo de la diplomácia; esta formó la coalicion contra la Francia: reunió los ejércitos, los proveyó, los dirigió; los generales ejecutaron tan solo. En 1814, reformó en Viena toda la Europa, creó reinos, suprimió otros; desde entonces está luchando por sostener el equilibrio; dió la Grecia á un bávaro, la Bélgica á un Coburgo; viendo que las alianzas no bastan, imaginó seguir el espíritu comercial del siglo, porque la diplomácia renueva sus ideas y jamas se opone al torrente con la fuerza, sino con la destreza. En el dia, explotando las ideas del egoismo individual, afianza la paz con esas célebres líneas de aduanas que tienen que invadir la Europa, y que hubieran dado realidad á la monarquía universal, si Napoleon las hubiera imaginado.

España, por una desventura de nuestro sino, está en la actualidad excluida del concierto europeo. Aunque mucho valemos, y lo conoce cada cual, la lucha con el pretendiente ha debilitado los lazos que nos unian á varias córtes de Europa, por manera, que a-

terin no anudemos el hilo de nuestras relaciones diplomáticas, tendremos que vivir, ya que no aislados, al menos, lo que es peor, conociendo de la diplomácia todo lo malo y nada de lo bueno. Débiles para influir en Francia ó Inglaterra, no lo seríamos si pudiésemos unirnos cuando nos conviniera al Austria, á la Prusia ó á la Rusia; amenazando, nos daríamos á respetar. Solos no bastamos, y la union nos es vedada. Ensanchando el círculo de nuestras alianzas, conseguiríamos el fin de nuestros deseos: la independencia de que hemos menester. No seríamos entonces insultados como ahora, en que un soberano, en un discurso oficial, nos ha comparado á la Grecia, que es en el dia, como dice un poeta, no un sol, sino un carbon que humea.

De esta posicion escepcional de España nace el decaimiento de su diplomacia. Los jóvenes que se dedican á esta carrera no tienen campo bastante para dar alimento á su imaginacion y piensan que las fórmulas componen el fondo de esta ciencia. Privados del trato familiar de los diplomáticos de varias potencias, escasamente conocen á esos hombres del norte, esclavos y tentones á quien debe su fuerza y regeneracion Europa; ó á los que han nacido en la patria de Maquiavelo, el diplomático mas eminente y mas honrado del mundo, á pesar de la fama que quieren darle los que conocen de él solo el nombre.

A este mal se agregan otros muchos cual es ese espíritu de economía y mezquindad que trae consigo la ignorancia. Nuestra inferioridad política, somos nosotros los primeros en confesarla á la Europa entera, enviando al extranjero diplomáticos, con carácter que les da escasa representacion, y con sueldos que no les permite ocupar el rango mismo que se les señala.

La conservacion de encargados de negocios permanentes es una señal de que renunciamos á un lugar distinguido. Estos agentes se hallan acreditados cerca de los ministros, no de los soberanos, así es que estos que en casi todas las cortes absolutistas tratan por sí mismos de negocios, no los consideran en nada, y ni siquiera los convidan á su mesa, cuando distinguen con este honor á los representantes que tienen el carácter de ministros.

No consiste la diplomacía, por cierto, en vivir en una casa bien puesta, en tener coches y caballos, en dar comidas y bailes, en vestir bien, en bailar y gustar del recreo; pero todos estos son medios para conseguir mayores fines. El trato íntimo con personas de alta categoría no se consigue sino de este modo y en casi toda Europa la categoría social determina la política.

Como en España, antes la indigesta antigua etiqueta de la córte, y hace diez años la guerra y la minoría de la reina, han mezclado tal confusion en los usos, y alejado el poder del trono por el favoritismo ó la tribuna, hay escaso conocimiento de lo que pasa fuera; por eso los diplomáticos reciben con tanto afan y gratitud la noticia de que no se dará entrada en su carrera á gente nueva que no haya empezado desde jóven á iniciarse en los misterios de esta ciencia. Porque á despecho de los ignorantes, ciencia es la que ha hecho tan célebres á Metternich, Nesselrode, Hardemberg, Pitt, Talleyrand y Ofalia.

Mi carrera fue brillante ínterin España no empezó á decaer. En 1814 fuí nombrado ministro en Copenhague, en donde hallé á mi antiguo compañero don Alfonso de Aguirre, conde de Yoldi, siendo ya gentilhombre del rey, y súbdito dinamarques. Este diplomático gozaba de gran favor en la córte de Copenhague siendo en ella ministro de España, cuando empezaron los disturbios de la península el año de 1808. Indeciso y no sabiendo qué partido tomar, porque de lejos nada se muestra con igual claridad, se atrevió á pedir consejos al rey. S. M. tomó por su cuenta dirigir la conducta del español, y de tal modo lo hizo, que fue causa de que el pobre Yoldi perdiese su empleo. El rey, obrando de un modo que le honra, le dió un destino en su casa que le indemnizase de la pérdida del primero.

Desde entonces he recorrido como ministro varias córtes de Europa, siempre fiel á mi patria y á su gobierno, sin mezclarme en cuestiones interiores, como debe hacer en todas ocasiones un buen diplomático. Fuera de España no he sido nunca mas que español, respetando hasta los dislates, que no han sido pocos, de mis compatriotas.

Por último, sintiendo flaquear mis fuerzas, y necesitando del calor que da el sol natal, he regresado no ha mucho á España, donde disfruto de una parte muy pequeña de mi sueldo, y donde me ocupo en abogar por mis compañeros ausentes, á quienes hasta el dia se ha tenido muy descuidados en punto á pagas y á consideracion. Que el cielo mejore su suerte y la de España.

Un Diplomático antiguo dictó estos apuntes.

á su amigo y discípulo

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

EL GAITERO GALLEGO.

Por los acabados en eira
Como Ojeira, Beira y *Neira*
Galicia es señalada,
Pero es mas celebrada
Por la GAITA CHILLONA Y LA MUÑEIRA.

VILLERGAS.

VENGA un abrazo, paisano, y vámonos por el mundo á probar fortuna. El viaje es corto, y al fin y al cabo no es para todos el pasearse por España como gente de rompe y rasga, acompañado de EL ESCRITOR PÚBLICO ó de LA COQUETA. Con que.... abur y aguantarse.

Han de saber Vds., carísimos lectores, que el tipo de mi devocion no es celta, ni romano, ni godo, ni ostrogodo y menos castellano viejo, sino antidiluviano, y tan antidiluviano que se acompaña á todas horas de *la gaita* que ha sido la *señorita mimada* de TUBAL, hombre que se las disputaba al mas pintado en eso de instintos artísticos. ¡El Gaitero!... completa fisonomía de los tiempos patriarcales, para el cual se baja Dios á sembrar en toda tierra, y opaco personaje que recibe la luz de los variados cambiantes del amor y de la religion. Hoy no verá la luz el *tocador* catalan del *sach dels gemechs* que con su gorro colorado, calzon de terciopelo, media azul y alpargatas, toca las mas veces el fandango y *mambrú* que redobla el *timbalet*, acompañando al cochino de san Antonio, y á los cepillos de venerables cofradías; no vendrá á contarme *alguna gracia* el atufado aragones con su *instrumento dispuesto*, ó el Gaitero zamorano á recordar los buenos *pasos de la tierra* entre *brincos* y *meneos*, ni merecerá tampoco un recuerdo de mi mano el Gaitero *bable con la Magdalena* en los lábios, ó el Gaitero ciego que en Nuestra Señora del Puerto entusiasma á los *enemigos del Meco* con su mal tocada *muyñeira*. Despidiéndome del venerable *Gaitero de Corpus* de Santiago que acompaña á *los gigantes* y es señalado por el *gaitesco* traje, amen de su prolija valona y blanco *chapeo*,

viejo ya por el cimiento
por la cima juvenil,

(HARTZENBUSH)

mezcla incomprensible de las pantuflas *coloradas* del tiempo de *Pero-Ansurez* y de las tupidas medias de

hilo, de la época de *Mari-Castaña*, vendré á encontrarme con el Gaitero Gallego en sus formas primitivas, tipo marcado, genuino, independiente, hombre de buen humor, algo presumidillo, es cierto, pero galante como el primero. Su traje favorito es una laical montera de *pluma* y *relicario*, buena chaqueta, flojo y campanudo pantalon, un chaleco de grana que le viene siempre de perlas y negro botin; y participando á la vez de las formas groteseas de la antigüedad, y de los contornos imperfectos de unas costumbres á prueba de revolucion. El es el símbolo de la alegría y de la devocion, el *hijo mimado* de las fiestas y de las procesiones, el compañero inseparable de la iglesia ó de la taberna, y el resorte principal de variadas sensaciones en las que se confunden lo místico y lo profano.

El Gaitero Gallego es el testigo ocular de lo maravilloso, el rival mas temible de la oportunidad satírica del sacristan de la aldea, el chistosísimo *trovador* de amorosas aventuras, el mayor enemigo del silencio, el mas recio *mantenedor* en las curiosas *tensiones* político-morales de la cocina del *Sr. Abad*, el Píndaro picaresco de la comarca, y por no parecerme al *Gaitero de Bujalance, un maravedí porque empiece y diez porque acabe*, lo diré de una vez: y el Oconell filarmónico de ocho leguas á la redonda. Si una *moza* se muere de amores por algun oculto galan, y de repente le acomete *ó ramo cativo*, terrible enfermedad que hace bailar al diablo en el pecho, y echar espumarajos por la boca, el Gaitero interviene con sus padres para que le permitan visitar todos los santuarios, ir al anochecer á la salve de la parroquia, y recoger en Santiago *el ramo de S. Pedro mártir*; y los padres de la chica no hacen mas que seguir eficazmente sus consejos, y dejar que su hija se cure de mal tan peligroso. Y hablando en plata, el *ramo cativo* es ni mas ni menos que unos deseos de casorio que tiene la novia, que Dios nos libre, el *diablo* el oportuno galan que le anda á los alcances, y el Gaitero la mas embaucadora *Celestina* que proporciona á los dos, largas y sabrosas pláticas de amores. Si alguna cabeza cavilosa para llenar el cepillo de las ánimas con dos misas á S. Antonio, explica aterrada el paso de la *compaña de brujas* por la aldea, el Gaitero es testigo, «sí, señores, yo las ví, dice sin empacho: y por cierto que gritaban como endemoniadas á rezar su *padre nuestro*,» y el Gaitero apoya esta idea, porque hábil fisonomista reconoce el espanto que produce en los oyentes tal visita; que este espanto llenará el cepillo, que el cepillo *dará para misas*, y que en las misas contarán con él, por aquello de *no hay funcion sin gaita*. Si un avisado galan, envidioso de la fortuna de su rival, manifiesta en secreto, á cuatro ó cinco repartidores de noticias, que hace dias no pasa por la casa de *Caluxa*, porque está á su puerta todas las noches *la estadeiña*; allí está el Gaitero que ya lo sabia antes que nadie, y por lo que hace terribles cargos al *mal visto de Dios* que requiere de amores á una *meñiña* tan inocente. Si se trata de conocimientos astronómicos, el Gaitero es la novisima edicion de El Lunario Perpetuo, plagada de erratas; si se ventilan puntos históricos, el Gaitero es la paráfrasis de Los doce pares de Francia con enmiendas de los Romances, y como novelista sabe de mil modos el cuento de *rómpete cachiporra*, y antiguas tradiciones de *moros* que aun viven bajo los rios, ó en el centro de los montes. El mueve todos los corazones, anima todas las edades, inspira todas las pasiones, y *su familia* se compone de los ciegos de la *zanfona*, de los mozos de los *pífanos*, de los estudiantes de *la tuna*, de los niños de las *conchas*, de las ciegas de la *pandereta* y de los *músicos de la murga* que toman por asalto una misa de Patron, ó un baile patriótico. Sin embargo, sea dicho en su honor, ejerce sobre todos una soberanía envidiable, y aun el mismo tamborilero, el *hijo mimado* de sus entrañas, el apuntador de sus toques, el pregonero de sus destrezas, chico, regordete, risueño y tragon como el mejor pintado, no se atreve á usurparle la mas pequeña parte de su precioso vellocino.

El Gaitero Gallego como hombre de *estado* reasume en su abonada persona las aficiones del contorno: sus palabras forman el *comité* de reputaciones de la comarca, y con él se consultan siempre las medidas administrativas ó judiciales que quiere promover la inteligente municipalidad del distrito. Interpreta con cordura las órdenes del Boletin oficial; profundo político, barrunta muy mal de las últimas noticias de El Castellano, y como nunca se engaña, á lo menos lo dice él, producen sus vaticinios una terrible alarma entre aquellos pacíficos ciudadanos. Su fuerte en política es *la guerra de los franceses, y el puente San Payo y Morillo: de los franceses* atras no sabe sino que existió el arzobispo *Turpin*, que Ronces Valles era *una ciudad populosa*, y que

> De Abderramen la astucia infernal,
> Cual caudillo protervo invasor,
> A Ramiro vencer no ha podido
> Que Santiago salió en su favor;

fragmento de los romances que cantan los ciegos en la *Puerta Santa* de la Metrópoli compostelana; y de los franceses acá, solo sabe que *se acaba la religion, que sacaron los diezmos y que sobran contribuciones*.

El Gaitero por lo regular no tiene edad: cuantos mas años, menos pesares. Siempre es jóven alegre, bullanguero, hablador sempiterno, y chistoso por demas, para él no hay peligro de ladrones, ni temor de duendes, pues no lleva un ochavo consigo, y está bien visto de los santos: nunca teme una sorpresa y toda hora es buena, y como acompaña á sus palabras de un tono decidido y se arriesga á los compromisos de mayor bulto, todos le tienen por el mas cabal y el mas apuesto de los presentes: él es el *coco* de todos los cuentos, el consejero de todos los enamorados, el confidente de todas las intrigas, y el pacificador de todas las voluntades extraviadas. Como *músico*, su *tocata* favorita es la *muyñeira*, baile provincial que tiene gran papel en las *misas del Gallo* y en el abrazo pantomímico con ínfulas de literario que sucede á una disertacion pública; la *muyñeira* que entusiasma á todos, porque es la historia coreográfica del amor. Toca tambien el *fandango, aires sérios* sobre motivos de la *jota aragonesa*, pero extraño á toda innovacion no está *en su cuerda* cuando abandona el baile provincial de su tierra. Con todo, la revolucion que llega á las aldeas en pliegos del Boletin de provincia ó del Castellano, ha impulsado á que el Gaitero toque de vez en cuando el himno de Riego, el que entusiasma á *los Cadistas*, que pronto se aparecerán entre su amo el indiano ó su compañero el aguador, si el Sr. Boix lo tiene por conveniente, á los *licenciados* que han combatido por nuestra libertad é independencia, y á los *ex-maestros de baile*, que por un error de gobierno y de administracion, ganaron el pan miserablemente en la córte, con desdoro de la mas rica y floreciente de las provincias españolas. El Gaitero gallego ha comenzado por lo regular su *carrera* por ser tamborilero, y si toca por *aficion*, ó es sastre ó ha sido licenciado. Mirándole bajo un punto verdaderamente dramático, su vida está entregada á la fábula, al drama; y es la *máquina*, hablando en términos facultativos, del vasto conjunto de diversiones y afectos del contorno. Como hombre de casa y *eira*, no es de lo mejor; porque avezado al barullo de las romerías, goza en la variedad, se entretiene maravillosamente en sacar el mayor jugo de sus confidencias amorosas, y es el mas rígido tornero que se queda con la mitad de lo que pasa para consuelo de algun desahuciado galan ó marido celoso. Cuando llega á

su casa, las mas veces es ya dia, y por este lado es el paisano *comm'il faut* de la comarca: se acuesta cuando todos se levantan. Pero no tarda en venir algun amigo que es convidado al momento *á mojar la palabra*, y entre cigarro y vaso, y vaso y cigarro, cuenta con satisfaccion de soldado y homérica sonrisa los triunfos y amoríos á que él ha dado pábulo con su gracia acostumbrada. Despues de este amigo, viene el de mas allá, tras este, otro, hasta que se reunen ocho, contando con el tamborilero, que perezoso y soñoliento viene á dar los buenos dias á su *maestro*. Hay una excepcion de graves consecuencias en este asunto, y es que si el tamborilero se llama por casualidad hijo del Gaitero, lo que evita este á todo trance, porque no podria ser mudo para su madre, y esto no le convenia; lo primero que encarga es el silencio, porque *en boca cerrada no entra mosca*, y entónces no hay caso, porque ambos á dos duermen al paño, y está el tamborilero como *fruta de casa*: en lo que no hay metáfora, carísimos lectores. Estos ocho amigos, como llevo dicho, y va de cuento, son otras tantas lenguas dispuestas á celebrar siempre las gracias del Gaitero, y como no hay peores risas que las de á sueldo: lo cierto es que si *ó músico* hace alarde de su predominio artístico en campo raso, como cronista merece el *pláudite* de aquellos celebradores de oficio. Estos triunfos son indisputables, el orador sabe tocar el corazon de los oyentes, estos se destornillan de risa como unos bobalicones, y entre risas y aplausos que no parece el Gaitero sino un ministerio de dos dias, y los amigos otras tantas provincias entusiasmadas, llega el sol á la mitad de su carrera y se deshace tan amable auditorio. El sacristan tiene que barrer la iglesia y limpiar el coro, el mayordomo se prepara á disponer los bagajes, el estanquero va á ensillar su rucio para buscar *cigarrillos á la principal*, el maestro de escuela se despide para repasar la *leccion de proceso*, el sobrino del *señor Abad* se levanta para estudiar el *Quousque tandem* porque su *señor tio* es amigo de estirar las orejas cuando no se le sabe la traduccion, él *sisero* no olvida su revista semanal, el *simplista* tiene que *rezar*, y el tamborilero con amargo dolor de su corazon forma intencion de separarse de su *maestro*. El Gaitero saluda con afectuosas palabras y largos apretones de manos, y cita á todos cambiando de lugar y dia. Solo el tamborilero vacila.... ¿pero á qué callarlo? el Gaitero le debe el *salario* de ayer y no se atreve á pedirlo. Bien: que tenga paciencia, para eso comió y bebió mas que un descosido, y tiene en los bolsillos por docenas las *rosquillas benditas* que bien llevan el dinero.

Tarde, mal y á rastro, como dijo el otro, persona de muchos conocimientos, puesanda en boca de todos, se levanta mi héroe, y mohino y poco contemplativo con su esposa, no repara en dar á conocer la indiferencia y el hastío que se apoderan de su corazon al verse solo en su casa. ¡Raro y portentoso instinto el del genio, que no cabe bajo cuatro mal aseguradas vigas, ni halla solaz sobre una mesa mas provista que nueva! El Gaitero es, las mas veces, gruñon y fastidioso, de tejas abajo; y á cada paso riñe con su *cara* mitad porque esta le reprende el abandono con que mira sus reducidas haciendas, hiriendo mortalmente las inclinaciones artísticas de cabeza tan privilegiada. Solo en honor de la verdad debe decirse que si el maragato antes de descansar y de almorzar, busca acomodo para su família de viaje, quise decir á sus machos, y el soldado en campaña trata de limpiar las armas antes de prepararse el gazpacho, mi buen hombre lo primero que hace es *limpiarse la gaita*, no crean Vds. que se hace gárgaras: infla y recoge su hidrópico vientre, renneva de cera algun *punto* que él destierra de la escala musical, y la pone en disposicion de *correr la gaita* por nueve horas de noche, ó de que *ande la gaita por el lugar* en una dificultosisima, complicadísima y embrolladísima *festa do Patron*. Entre estas operaciones de un tacto inteligente, y el comer para lo que no necesita mas que los dedos, ó cuando mas, un tenedor de boj, se pasan dos ó tres horas de la tarde, acercándose el momento de no faltar á la cita que ha dado á su compadre en el átrio de la iglesia. De manera que si se ve cruzar un hombre por oculta *corredoira* con su palo en la mano, y grueso cigarro en la boca, ese es el Gaitero que va á rezar el *Ave María* con el *perito* y el maestro de escuela, ó si se reconocen tres bultos en el crucero mayor que descubiertos apoyan los sombreros sobre las dos manos que reposan en los altos bastones, entre ellos debe estar el Gaitero á la derecha del *señor Abad*, y del otro lado del *sacristan*. Es de noche, muy noche, y todos tres se disponen á *pasar* las mas pesadas horas de la existencia en casa de algun *simplista*, á la luz de un desbordillado velon, y jugando á la malilla con efímero interes. Aquí por lo regular se reunen los siete amigos de la mañana, sin contar algun monacillo del sacristan, el perito agrimensor, la ama del *señor Abad*, y un par de gatitos, que nunca faltan en estas agradables noches de invierno. Aquí es el Gaitero juglar de esta respetable tertulia, aunque un poco mas comedido y procurando siempre la aprobacion del *señor Abad*, que le dispensa una franqueza sin límites, y una entrañable cordialidad. En todas las cuestiones de alguna consideracion se coloca en el terreno menos peligroso, y deshace el mas confuso nudo gordiano, hijo de su imprevision ó poca memoria; con alguna gracia, por la que mueren de risa tirios y troyanos. Las horas se pasan de esta suerte alegremente, y no son pocas las noches que se queda á cenar mi personaje, porque le gusta la gente de buen humor, y porque sabe muy bien que es el mejor correo para que todos los de la aldea sepan de polo á polo la franqueza y liberalidad del pastor de sus almas. Acábase la cena, se dan gracias, parte en castellano y parte en latin, al que todo lo puede, retírase el *señor Abad*, y el Gaitero da las *buenas noches* á todos: *hecha una gracia* á la *moza* que *le alumbra* hasta el *corral*, se emboza en su mala capa, y fumando una *viodita*, pronto dan á entender los perros de la aldea que un hombre pasa á deshora por aquellos lugares. Otros dias se pregunta por el Gaitero en casa del cura, y entónces está ocupado en asuntos del *oficio*; ó asiste de toda gala á una *boda*, ó está convidado á un *magosto*, ó se dirige á una *fiada ó espigada*, ó está de *músico* en alguna *festa do Patron*. En todas estas partes tiene el Gaitero nuevas y brillantes situaciones, en todas ellas se da á conocer por originales y sorprendentes rasgos, y de estos cien contornos dibujados en ocasiones heterogéneas se forma la completa caricatura de este tipo antidiluviano. Desempeñando con religioso cuidado la pesada carga que me he impuesto, colocaré á mis carísimos lectores, si es que no lo llevan á mal, en estos cuadros caricatos de las aldeas de mi pais, aunque retratados con débiles pinceladas; y los llevaré á una florida fiesta del Patron que es donde el Gaitero ejerce mejor su omnipotencia artística, y en la que se conoce á simple vista la union que forma el pueblo español de las impresiones religiosas con las pasiones del corazon. Con esto volveremos á dejar el Gaitero oculto entre los troncos de aquellos encantadores bosques por donde se deslizan torcidos y bullidores arroyos, y al pié de nuestras heremíticas capillas grandes en oraciones y pequeñas en recuerdos: digo esto, porque no le gusta gran cosa al Gaitero el llamar la atencion de los que *no visten su ropa*, y veo ya que se va amostazando de que le tengan por tanto tiempo en boca de todos.

EL GAITERO EN UNA BODA.

Lo que es una boda, creo que Vds. lo sabrán muy bien aunque no hayan corrido sus lanzas y sortija, pero hay una cosa que cada maestrillo tiene su librillo, y cada casa su santo, que es como si dijera que en cada pueblo hay sus costumbres. En las bodas de Galicia el Gaitero es lo mismo que el representante del cuerpo diplomático en un convite régio. Por lo regular deja la gaita *olvidada* en alguna casa conocida, ó en el arcon del tabernero, antes de llegar á casa de los desposados; y hace esto, para que caso de que le molesten á que *alegre la gente*, tenga á la mano su querida compañera. El Gaitero acompaña á los novios á la iglesia, aunque no sea el padrino del casorio, estrena camisa limpia sin contar que no es sábado, y antes de volver con la comitiva á casa, no saldrá de la iglesia sin decir: «quiera Dios que hagais... marido ó mujer,» ó... «un par de angelitos» ú otra gracia por el estilo, vamos, una gracia que hace reir, porque para estas gracias se pinta solo. Llegan á casa, y un opíparo banquete espera á los que acompañaron á los desposados, acomodándose todos en sus sillas de palo, y quedando á la derecha del suegro mi personage y á la izquierda algun pasante del *Kempis* ó del *Curcio*, que nunca falta con sus latinajos á estas fiestas, así como no hay funcion sin tarasca, y boda sin tornaboda. Aquí guarda el Gaitero una gravedad solemne, no es pesado en sus gracias, ni prolijo en sus grotescos cumplimientos, y para arrancarle una palabra es necesario que la novia, la tiernecita novia le ofrezca *un vaso*, que se ventile alguna cuestion *in foro externo* de los Santos Evangelios, ó que se trate de calificaciones artísticas con respecto á los Gaiteros de otras aldeas. A las contínuas insinuaciones de los circunstantes contesta *que no está para templar gaitas*, y se hace de rogar para que le concedan la mayor libertad en sus picarescas expresiones. En efecto, tanto tarda en *estar de gaita*, como pesado es despues en sus cuentos *colorados*, sin embargo *no se aparta de la cuestion* y sus ofrecimientos, sus miradas, sus palabras van dirigidas á la ceremonia á que acaba de dar brillo y lucimiento con su persona. La cena se acabó, y nada falta para que el Gaitero *anime la gente*, sino que los novios digan: «*baila*, *baila*, y que se baje al *corral*.» Ahora mi protagonista hace guiños á un mozo, y no sé qué cosas le dice al oido, lo cierto es que á los pocos minutos el Gaitero tiene *por segunda mano* su despertador coreográfico. Aquí de las risas y de los aplausos: el Gaitero goza en esta sorpresa, en esta repentina aparicion, y hace ver que de esto y mucho mas son dignos los novios. ¡Vaya una flor!

Baile de allá y baile de aquí, toda la noche parece el corral casa de locos, y acercándose la hora de retirarse los novios, el Gaitero recoge su instrumento gozoso de contribuir poderosamente al prólogo de esta noche deliciosa. «Que baile la novia con el *músico*,» dicen los mozos repicando con las castañuelas, y el Gaitero conociendo el satírico sentido de estas palabras, sonriéndose maliciosamente, y diciéndole algunos galanteos, *sotto voce* á la novia, contesta: «cuidado, que no soy *el Gaitero de Ontoria*.» Esta noche es el Gaitero ó malicioso, ó callado: las mas veces se entrega completamente á la buena ventura de los desposados, y parece que es indiferente; cualidad agena de hombre tan alegre y decidor. Ciérrase el baile, unos se despiden para encontrarse á los pocos pasos, y otros se encuentran para despedirse, y el Gaitero es el último que sale, felicitando á los novios con sardónica sonrisa por la buena noche que les espera. No se marcha *sin tomar la espuela*, insulto que no perdonaria; que es lo mismo que despedirse del regalado vino; y de allí á poco rato vuelve á hinchar *ó fol*, y es el gefe de los *mozos* y de las *mozas* que *cuadrándole en camino* se deshacen en *cantigas* y *turuxos* hasta que es muy tarde; y que se despide de todos con estos versos de aquella cancion tan sabida:

Vámonos de aquí que é hora
A vida dos namorados
Toda se vai en parola.

El tamborilero que tan poco caso hago de él, le sigue con el *pandeiro* á las espaldas, como mochila de soldado.

EL GAITERO EN EL MAGOSTO.

Si alguna vez en la vida es el Gaitero afectuoso y galan, nunca lo es mas que en esta comida de fonda hecha á escote en una casa particular. El es el primero que ofrece las castañas con sonrisa cortesana, el que bebe por el mismo lado que la mas *garrida* doncella, el que pasa de allá para aquí probando de todos los platos, y el que hace que rueden las tazas de vino con profusion. Guarda todas las consideraciones de esta bacanal campestre, inaugurada en la fiesta de *Todos los Santos*, y se deshace en acarameladas expresiones que hacen tiritar de celos á los *mozos* que allí viven de sus sobras. Por último, á él se debe el comenzar á tirarse unos á otros las cáscaras de las castañas, diversion que tiene su preliminar de coqueteos y distinciones, y que acaba siempre por alguna camorra que se destruirá á palos. El Gaitero nada esquiva, recibe con placer mas tiros que ninguno, y á la voz de los *mozos*, que ven con envidia lo bien empleado que está el trasto, y que piden baile, acompañando la del instrumental de sus zapatos, las *mozas* responden: *al avellon*, *al avellon*; y triunfa el bello sexo con generales aplausos. Este es un juego diabólico y desesperado que haria temblar de miedo al mismo Judas: es un columpio perseguido por un tercero en discordia, y en el cual están los dos, próximos á sufrir de gracia la peligrosa operacion del trépano. El Gaitero está en este juego de particular: viste de córte, y enamorar es su empleo. Colócanse dos con la elasticidad que les permiten sus piernas, dan pausadas oscilaciones para sacarle la *monteira* al que está en el centro, sin que sufran las voluminosas entregas de sus dedos en la cabeza, y todo el juego se reduce á que el representante del abejorro regale una senda bofetada al descuidado. Esto alegra, entusiasma, arrebata á la multitud y entre tanto ¿qué hace el gaitero? Papel de galan duende. Enamoricar á una doncella con cien piruetas y mil guiñeos: el baile es un magnífico telon para los enamorados, en el baile tal vez goza mas el que no baila, contradiccion que vale por dos para mi cuerpo tan poco dado á Thersícore. Los *mozos* no pueden sufrir que tal vejete se lleve la atencion de las jóvenes que amenizan el baile, y pronto se deja percibir un murmullo que en nada se parece al del juego. Este es el preludio de una conjuracion, el prólogo de una paliza, y cuando es hora de partir, algunos se adelantan para esperar al Gaitero. Este conoce lo mal que le han sentado sus galanteos á los casquivanos *cortejos* del *magosto*, y llevando consigo la llave del baile, tuerce de rumbo, varia de ruta y marcha sin peligro hasta su casa. Es cierto que con esto llega muy tarde á regalarles á sus hijos algunas *castañas* que les lleva, pero no importa: de esta suerte nadie le sorprende, y parece que hasta los perros no le descubren. ¡Fenómeno sorprendente! porque viajar por *corredoiras* en alta noche es una plaga, un galimatías, una confusion, una Babel, un eterno ladrilleo de agudas voces en las orejas del mal aventurado pasajero.

EL GAITERO EN LA FIADA Ó ESPIGADA.

Veamos al Gaitero en este fabril divertimiento: ahora llega envuelto en su capa, fumando un cigarro con envidiable serenidad, y acariciando al perro de casa con monosílabos que carecen de *escala* en todo el diapason. «Santas y buenas noches» dice haciendo una cortesia, y luego se persigna asombrado de ver tanta doncella empleada en faenas de la estacion. Disimulado, quiere hacerse el encontradizo: perfectamente. Una trabajadora se levanta á ponerle el *tallo* para sentarse, y héteme aquí que ahora pululan los gestos y los ademanes: sonrisa general, sonrisa del Gaitero, palabras al oido, golpes de codo, pisotones de intencion y toses del momento. El Gaitero como buen actor conoce el efecto que hizo su presencia, y un gesto que hace á la *moza* que le puso el asiento vale tanto como decirle: ¿Será envidia ó caridad? Pero hay una cosa que tras el Gaitero, vienen uno, dos, tres, cuatro y hasta siete mancebos y echen Vds. nones, y todos se rien y se ponen á la sombra como muchachos de escuela en tarde de repaso. Nadie puede dudar que el Gaitero ha sido el nudo de este cordon, el precursor de esta milicia amatoria, el gefe de estos piratas de tierra. En esta comedia el Gaitero hace de barba: pausado, sereno, sardónico, severo, y envolviendo en sus palabras dulces recuerdos ó amargas memorias para las *mozas*. Músico hábil sabe *las armonías* que hay entre *ellos y ellas*, y despues que ha levantado un cisco que da miedo, se calla el hombre y se acerca al ama de casa que no le gustan gran cosa estas bromas. Ahora empiezan entre *ellas y ellos* cuentos de aqui, despedidas de allá, reconvenciones de mas acá, entre las que se deslizan *pian pianino* ó una declaracion de amor, ó una celosa amenaza. De vez en cuando es llamado el Gaitero como testigo, y él á todo vuelve la cabeza diciendo *sí* á secas como si jugara al escondite, y estuviera él, de pena, repitiendo «voy.» Llega el caso de que el Gaitero conoce que el ama de casa se amosca con tal barullo, y confundiéndose entre todos aconseja que dejen de charlar. Redóblase el bullicio, el ama de casa rabia que se las pela, y el Gaitero, faltando al *voto de confianza* que le diera aquella, convierte en un magnífico *soirée* lo que no pasaba de una *penitenciaria*. El Gaitero sigue en su obra, esparce la idea luminosa de apostar *un trago* al que tire su sombrero de una *espigada*, y todos se ponen manos á la obra. Nadie ignora su intencion, las doncellas se miran de soslayo, y retozan con aquel pudor previsor que tanto prestigio sabe dar á la mitad mas hermosa del género humano, y solo el ama de casa está en ayunas de esta diabólica invencion.

La cosa es hecha, la espiga vuela como paloma herida en las alas, y..... *¡paaf!!!*... viene á caer sobre el mismo y mismísimo candil que esparcia sus lánguidos reflejos sobre esta reunion. Ya no hay remedio: aquí hay gresca; el ama de casa protocoliza aqueste insulto, el Gaitero se sincera, los mozos rien á grito pelado, las mozas se agrupan haciendo mil aspavientos, el ama de casa busca á tientas la puerta gritando desaforadamente: y... en el fondo del cuarto, por donde no se esperaba seguramente, aparece una ridícula maritornes con otro candil encendido que no parece sino la *Sonámbula* saliendo del molino. Al verse solo el Gaitero todas las palabras le parecen pequeñas para echar la culpa á los *mozos* que se marcharon, y queda en su lugar favorito, haciendo *la rosca del gallo* á una *garrida* casada que tiene su marido en *Cais*. Desprecia las voces y silbidos que dan los *mozos* desde fuera para que les acompañe á *ruar* por *molinos* y *fiadas*, y espera que se acabe *la vela* para seguir al querido objeto de sus ansias. Así lo ejecuta, y acompañándola hasta su casa, hacen repetidas paradas, se responden galantes palabras, y dicen sin rebozo *cántigas* de esta hilaza:

Cantan os galos á ó dia.....
O relo dos namorados:
Guapos que andades de noite
Non vos collan descuidados.

El Gaitero duerme esta noche *fuera de casa*, diciendo en ella al otro dia que tuvo que hacer un largo viaje para ajustarse en la *festa do Patron* y que ha dormido en *el sobrado* de *un compadre*: que el Gaitero en todas partes tiene compadres.

EL GAITERO EN UNA FIESTA DEL PATRON.

No molestaré á mis carísimos lectores con la descripcion de la noche anterior á esta fiesta: alli está el Gaitero tocando hasta las once en casa del mayordomo, y solo confesaré en honor de la verdad que al percibirse en la parroquia el *touporrotou* del tamborilero, viejos y jóvenes, hombres y mujeres, niños y niñas, chicos y gordos sueñan en el dia de mañana. Al sonido de la gaita, la alegría y la animacion no tienen término: un par de cohetes que retozaron en el aire al anochecer, y el repique general de campanas, alarmaron los corazones, las mozas limpiaron sus *cofias* (tocas), han sacudido los *manteles* (zagales abiertos de paño) y estiraron los *dengues* (esclavinitas de grana), pero al sonido de la gaita, repito, los ancianos se sonrien, los jóvenes se alegran, las doncellas se ensayan en la *muyñeira*, los *mozos* en repicar las castañuelas, los cojos se hallan mejorados, y hasta los sordos oyen por aprension, comprobando este pensamiento de las *Soledades* de GÓNGORA.

La gaita al baile solicita el gusto
. . . .

Al romper el dia ya el Gaitero *baja á la parroquia* tocando la tierna y campesina *alborada* que repiquetea con primor, y despierta el rezagado dormilon que aun piensa *que no cantó el gallo*. Todos salen á su encuentro, todos ofrecen á sus plantas los inciensos de las salutaciones y de las alabanzas, y son las diez de la mañana cuando vuelve á casa del mayordomo. Aquí solo tiene tiempo para descansar, limpiarse del polvo ó del lodo, segun la estacion, y *tomar un bocado* con taquigráficas maneras.

Entre tanto el átrio de la iglesia parroquial se llena de hombres y mujeres, aquellos de blancas *cirolas* y nuevos sombreros, y estas con lustrosos zapatos y ricas *cofias*, donde campea la *cinta* que simboliza la situacion de la *moza* que la lleva. Conversaciones indiferentes se ventilan entre tanto, y de vez en cuando algun suspirillo ó mirada *amante* se abre calle por los varios grupos que se arremolinan en el pórtico. La hora se va acercando: pasa el *señor Abad*, á quien todos se descubren, síguenle los capellanes, vienen despues los cantores, vese cruzar al ama del cura con algun sobrinito, vestida de *veinte y cinco alfileres*, corre el sacristan con el misal de gala al brazo, repican las campanas, y solo falta que llegue el Gaitero con la comitiva del mayordomo. De esta manera todos los ánimos están suspensos del sonido de la gaita, y apenas se percibe perdido en el eco, las mismas sensaciones de la mañana nacen en los corazones: alegría, entusiasmo, voces acordes, empellones, golpes de palo, todo está permitido en el entusiasmo lírico de estos festejadores. No hay duda, el Gaitero precede á los parientes del mayordomo con aire descuidado y filosófico, y este mensaje religioso-filarmónico merece la confianza de todos. Ahora el Gaitero no habla á ninguna persona, es altivo y orgulloso si los hay; se abre lugar por cualquier lado, entrecierra los ojos, ahueca por demas los carrillos para hacer alarde de su fuerza pulmonar, y aprobar estos versos de SALAZAR:

¡Oh! música sonora de *Galicia*
A donde los *Gaiteros*
Los *cueros* tocan hechos unos *cueros*.

Y marcha sin pérdida de momento hácia la puerta de la iglesia, saluda al pasar el mayordomo, hace de pronto callar á la gaita, y echando *dos chupadas* del cigarro de algun compadre, se limpia el semblante, del sudor, hace la señal de la cruz, y sin decir oste ni moste sube al coro, que es el campo de batalla de sus operaciones lírico-dramáticas. El coro está lleno de *aficionados*, porque es el menor antecedente para una conquista amorosa al saber entonar el *introito* ó acompañar el *credo*: el Gaitero dirije á todos una sonrisa, que participa á la vez del agrado y de la ironía, la sonrisa del que se cree superior á todos. Pronto se da principio á la misa, y el Gaitero se lleva la atencion de todos: ora canta en cuerda de *tenor*, ora cepilla su voz con una *tessitura* empalagosa, unas veces acompaña con la gaita por tono de *fa* á un recitado en *re*, otras sigue en altísima escala el *tutti* de los coristas del coro, y es allí á la vez soprano y bajo, Gaitero y flautista. Llega á *Sanctus* y coge la gaita, va á *alzarse* y prepara la flauta haciendo la *obertura* con un andante de *muyñeira*, ó unas variaciones sacadas de la célebre *marcha imperial*, viene el *Agnus Dei* y vuelve la gaita, *se consume*, y vuelve la flauta que sigue el canto medio tono mas subida por lo menos, y entre gaita y flauta, y flauta y gaita, mi buen Gaitero lleva á un terreno peligroso su *misa do Padron* compuesta en *variedad* de instrumentos ó de *tonos*. Acábase la misa y se prepara á salir la procesion, cuando el Gaitero baja la escalera del coro despues del *señor Abad*, y sigue á la puerta principal donde le aguardan *mozos* y *mozas*, retozando en seco que es un contento. El Gaitero sigue en su austeridad inusitada, y solo se le escapan de vez en cuando algunas tiernas miradas no vacías de sentido para muchas. Entre un campaneo insufrible y un chisporroteo de fuegos, sale la esperada procesion, y el Gaitero que sabe su puesto se coloca despues de los pendones de las *cofradías*, y delante del estandarte de la Virgen, toca aplaudidos caprichos, y marcha con estudiada afectacion, parándose de vez en cuando porque se adelanta mucho arrobado en sus brillantes inspiraciones. En el *villancico* del crucero mayor siempre *se estrena* con alguna novedad filarmónica; es aquel *su beneficio*, y por lo regular punto mas ó punto menos, ejecuta una improvisada *cavatina* del fandango ú otra cosa por el estilo. Pero déjeme yo de tantos pormenores, corriendo un velo por estas pocas horas de impaciencia, y por el arte del diablo coloquémosle sentado con su tamborilero bajo una corpulenta robleda, y formando rueda con un numeroso peloton de hombres y mujeres.



El Gaitero Gallego.

Como dijo el P. Sarmiento, es pedir peras al olmo el que no haya baile en la fiesta del Patron de cualquiera aldea cuando *todo es fiesta en la fiesta*. Y como no puede haber baile sin Gaitero, claro está que este es la persona llamada por la Providencia para animar á la gente. El Gaitero **en** *la baila* es terco, pesado, antojadizo, malicioso. perdió la seriedad de la mañana, y vuelve á dar pruebas de sus chistosas ocurrencias. Recogiendo de todas partes flores y miradas, *reimprime* algunas escenas de *la boda* ó del *magosto*, pero en una edicion furtiva y clandestina; mide el gran efecto de sus intrigas amorosas, y llama para su lado á algunos de los *primeros espadas* de la aldea. El Gaitero es aquí el autócrata de todas las voluntades, y no habrá miedo que siga en la mejor *figura* de la *muyñeira*, si cualquiera prójimo le brinda con un vaso, ó un cigarro de amigo. Malicioso y pertinaz, toma por asalto los medios que le conducen á llevar parte en la fiesta, ya acelera el compas cuando dos *queridos* bailan solos, para que perdiendo el baile, digan todos que están ciegos como ellos solos, ya muda de *tocata* para frustrar los proyectos de aquel otro que pide en alto que rija la danza, y en todas las ocasiones dirije como se le antoja tan concurrida *baila*. Con una mirada, da el Gaitero un consejo saludable á la desconsolada *moza*, reprende á la casada que se olvida del que está en *Cais*, indica al tamborilero que están flojas las correas del *pandeiro*, y alegra al celoso *mozo* que no quiere bailar. De esta suerte alimenta aquella sempiterna chismografía que reparte en las tabernas, que enmienda en la tertulia del *señor Abad*, y que comenta en el átrio de la iglesia en las noches de *lunar*.

El Gaitero es el foco de tanto entusiasmo, y el reverbero de grupos tan variados: en él se apiña lo bello, lo interesante, y recibe tal apoteosis de estos benditos de Dios, que lo envidiaría el mismo Homero, si no fuera ciego, como nos lo cantan viejos pergaminos. Viene la noche, y el Gaitero deshace este *coso* campestre, lleva la *baila* á casa del mayordomo, descansa por un rato, poniendo de lo mas flaca á la *gaita*, á ese cachazudo instrumento que con la antigua *citola*

non ama caquil hallaco
Mas aman la taberna *é solar en bellaco.*
(Arcipreste de Hita.)

Y entrega su boca al dulcísimo brebaje que encierra la mas cercana *pipa*. Ahora se vuelven por todas partes las caravanas que llegaron á la tarde, se dispersan los pelotones de género epiceno, y entre las conver-

saciones que se mueven con mas calor, no deja de figurar en primera linea la del mérito del Gaitero, combatido por alguno que ha sido despreciado de su *querida*, gracias á los manejos de él; ó por otro personaje á quien dió de palos á la salida del molino, ó al pasar por la puente del lugar.

El Gaitero llega á casa del mayordomo con mas ganas de dormir que de otra cosa, y pronto se le cumplen los deseos, pues todos padecen de esta enfermedad, y se despiden con el ángel hasta el otro dia. Esta es la única en que el Gaitero es enemigo de toda *cuestion incedental* que haga prolongar *la sesion* del baile casero: marcha con su madre de Dios y veinte reales del pico hácia su casa, y llegar á ella y echarse en cama es todo uno... Al otro dia... pero ya es tiempo de que deje en paz al Gaitero que anda de ceca en meca sin tregua ni descanso. ¡Quiera el cielo que se entregue en brazos de Morfeo, adormecido con los pámpanos saludables del *Rivero* ó del *Ulla*!

La vida del Gaitero es un coche parado; no hay romeria, no hay diversion en Galicia que no comparta con él sus placeres y dolores. Solo una vez en la vida asiste como todos á una oracion religiosa... ¡fenómeno singular!... solo una vez se le ve en la iglesia envuelto en su capote y con la frente arrugada..... Mala señal..... Esto me huele á entierro, y tengo una aprension que Dios me libre..... mas..... ¡alto! El Gaitero sufre entónces una transmigracion pitagórica, es el hombre campana de Victor Hugo, y dicen las gentes acongojadas con el dolor que inspiran los *finados* y el recuerdo que despierta la aparicion del *músico*: «hoy tenemos *campanas* por *gaita*, y *clérigos* por *bailadores*,» comparacion tan espantosa que me hace soltar mi mal cortada péñola.

ANTONIO DE NEIRA.

EL SERENO.

ESTE grotesco mosáico que llaman mundo, abunda de toda casta de pájaros y como nuestra *libre* nacion, que en efecto *libre* se halla de muchas cosas, está plagada de cuantos seres pueden contribuir á su bienandanza y progreso; pero que no contribuyen; cualquier católico dado á beneficiar, *esplotar* se dice hoy, tan



El Sereno.

preciosa mina, retratando los tipos que pululan por esos andurriales, se encontraria ante un *maremagnum* de ellos, titubeando en la eleccion como un empleado entre dos pronunciamientos. Yo, por fortuna, estoy ya fuera del paso, pues hace dias que, en uso de mis derechos, me decidí á pintar con palabras, que no es menguada tarea, uno de los entes humanos, cuya vida se diferencia en mucho de la de sus prójimos. Ya habrán conocido mis lectores, y si no lo conocerán muy pronto, que el hombre que les voy á poner delante es... el Sereno.

Me figuro que seria música celestial el hacer una digresion erudita para dar noticia del origen de los *serenos*: pues por mucho que investigara, solo saca-

ria en limpio lo que ya se sabe sobre el particular, cosa que sucede muy á menudo, y volverme los sesos caldo: desgracia que rara vez acontece aunque se dice muchas.

Como Adan nuestro padre, que antojadizo debió ser y ademas hombre de tomo y lomo para dejar tanta prole, tuvo la humorada de no querer cumplir un decretillo de mala suerte, y se quedó por sus calaveradas á la luna de Valencia, sus descendientes por imitarle dieron en el mismo prurito, en cuya gracia no ceden los españoles al africano mas pintado, y de ahí estos percances de la humanidad, estas *faltas*, aliquando *sobras*, que hacen indispensable que unos velen para guardar á los otros mientras duermen; todo lo cual unido á nuestras necesidades, *libre albedrío*, y otras zarandajas dió lugar á la institucion del *Sereno* ú hombre de la hora (Wachman) ó guarda nocturno (garde de nuit). Enjareto aqui estas calificaciones en columna cerrada, por lo que pueden contribuir al conocimiento del ciudadano que voy á bosquejar, y no por jugarla de sabio, que maldito punto calzo de este material. Mi héroe se distingue de los otros *animales* de su especie (noten Vds. el contraste de la transicion) en lo que la lechuza de los demas pájaros; tiene la garganta enmaderada como la calle angosta de Peligros, el pulmon mas duro que pecho de prestamista y entero y verdadero está á prueba de los cuatro elementos: en fin, un hombre murciélago, cuya vida constituye un tejido de aventuras, novedades y misterios, con sus atractivos y repulsivos como todas las cosas de tejas abajo y aun de tejas arriba, en donde tampoco faltan azares.

El empleo de *Sereno*, como otros muchos, pasa generalmente de padres á hijos, y aunque el siglo XIX metió tambien su hoz entre la gente que ejerce sus funciones lícitas en la oscuridad, no destruyó por completo las venerandas costumbres que con tanta razon conservan los encapuchados cantores de chuzo en ristre y linterna en mano. Asi pues, si se quiere ver al *sereno proyecto*, hay que buscarlo al lado del curtido autor de sus dias, pasando un noviciado que si no escede al de los monjes benedictinos le aventaja en variedad y duracion lo que no es decible. Amaestrado el catecúmeno con las lecciones de la experiencia y del ejemplo, acostumbrado ya á velar, lo que no consigue casi nunca sin la ayuda de algunas persuasivas insinuaciones, con las vueltas del capote paterno ó el asta del chuzo, diestro en volver en sí á su *modelo* cuando se halla adormecido, al pasar el que cuida de que sus subalternos no peguen los ojos durante la noche; comienza el jóven aspirante por limpiar los reverberos de las calles que su padre vigila para ponerles en disposicion de arder con la economía de costumbre, y para encenderlos puntualmente para que los cristianos no se desnariguen á encontrones en la lobreguez. Cuando el *Sereno* en embrion ya tiene dadas pruebas de inteligencia y de acierto, que no siempre van juntos estos entes abstractos, principia á mostrarse la confianza paternal en él depositada, y despues el relacionarle con los cólegas de su padre y de valerse este de toda la influencia que tiene con su inmediato gefe, sale el experimentado pretendiente á hacer las veces del maestro, á quien tarde ó temprano, por mal de entrambos, habrá de reemplazar.

Todas las pruebas dichas necesita el verdadero *Sereno* en ciernes para *debutar*, y si por lo que antes he dicho acerca de esta innotabilidad de nuestra época no sucede lo mismo algunas veces, culpa será de este siglo fosfórico que hasta destruye los tipos sustituyendo á todas las cualidades que dan diferente carácter á muchos individuos de la humanidad, con una que solo deja ver al hombre, nada mas que el hombre; esta cualidad que en muchos se presenta ya como el único móvil de cuanto hacen, es el interes que obliga a penetrar en lo íntimo del corazon, y á considerar á la humanidad igual egoista y débil, porque como dijo un bardo español pocos años há:

> es el interes tan ciego,
> tan desaforado y loco,
> que la amenaza y el ruego,
> hasta el vivir y el sosiego
> á su desenfreno es poco.

Dos carpetazos á estas consideraciones capaces de conducirme sin propósito al abuso mas perdulario de la razon, del filosofismó, y torno á la tarea de antes, mas grata y entretenida de seguro para mí y para los que leen lo que escribo.

A cierta hora de la noche, mas tarde ó mas temprano, segun la estacion y el pueblo, se reunen los *serenos* ya cerca del ayuntamiento, ya de la casa del que la preside, si este es amigo de comodidades, ó en otro sitio convenido, para recibir órdenes, y allí departen acerca de las novedades, de la noche anterior si en ella tuvo lugar algun suceso notable. Es de ver el apretado grupo que forma aquella celada turba, y son de oir los chistosos comentarios con que algunos amenizan el diálogo, y las simultáneas enmiendas con que *episodizan* (este verbo y el *debutar* valen un congo) la narracion hecha por los testigos de la ocurrencia y los que quieren aparecer como tales. Sin ningun acontecimiento ruidoso al debate de toda la asamblea, se divide esta en secciones (locucion parlamentaria) y en vez del golpe de vista que ofrece el bullicioso grupo de capuces, lanzas y faroles, se descubre otra perspectiva mucho mas variada y digna de atencion. De un lado y de otro aparece la encubierta falange como en guerrilla. Aquí cuatro compañeros, que hacen el servicio en barrios contiguos, se ponen de acuerdo para auxiliarse en caso de peligro: allí está otro peloton mas numeroso comunicándose instrucciones relativas al cuarto bajo en donde con mas ventaja se puede tomar un *tente pie*. Muy cerca hay otros cuantos de la sombría legion, platicando sobre las ocupaciones mas compatibles con su empleo; detras de estos, mas camaradas paseando sin direccion fija, y dando vueltas en su disparatado testuz á proyectos tan variados como las sombras fugaces, pavorosas y disformes que dibujan en torno de los embozados bultos, las linternas pendientes de los altos chuzos, arrimados á la cercana pared. Estas reuniones son mas animadas y dignas de estudio cuando algun individuo (miembro, dicen los traductores) de la comparsa está afectado de cerotipia (vulgo, medrana) lo que rara vez sucede, y tiene la debilidad de que se le conozca el pie de que cojea, entonces lo toman por pito sus compañeros, acabando ó por aburrirle y hacer que deje el gremio ó por curarle de su dolencia, en cuyo caso, queda hecho el verdugo mas temible de la primer víctima propiciatoria que caiga por banda. En estos dares y tomares mezclados con aquellos dimes y diretes, llega el momento de recibir las órdenes oportunas, y sobre la marcha se separan los grupos á guisa de mochuelos, y se dirige cada *quisque* á su destino, y moviendo en la oscuridad los largos chuzos de que penden tristes linternas presentan desde lejos la perspectiva de algunas góndolas, iluminadas y medio ocultas entre la bruma del piélago.

Seria un absurdo el que un Sereno careciese de *serenidad*, y por esto y por el cuadro anterior se puede venir en conocimiento de que ningun gallina (aquí *gallina* varia de género) sirve para el caso. Llega el Sereno á su barrio tan inalterable como su nombre, y sin importársele un ardite de que hormigueen ladrones y caigan peregrinos de hierro, da una vuelta por las calles, confiadas á su vigilancia; su ferreruelo es á *prueba* de bomba, sus borceguíes á *prueba* de charcos, su chambergo á *prueba* de lluvia, y todo él en cuerpo y alma á *prueba* de fatigas y trabajos; de manera que nadie se atreve á *probar* esta enciclo-

pedia de *pruebas*, sin riesgo de que le *prueben* y no por buena parte.

En las primeras horas de centinela suele estar el Sereno parapetado en un guardacanton, al que arrima su báculo, y cerca del que da cortos paseos en invierno y se apoya en verano, mientras fuma ó forma su plan de campaña para el resto de la noche. Dadas las doce, hora en que apenas pasa gente por las calles, principia el solitario cantor á recorrerlas á sus anchas, contando los minutos por los pasos, hasta el momento de emprender sus operaciones, con las que se le pasa la noche en un santiamen, á no ser novicio el paciente: en este caso no tiene mas solaz que alguna ligera conversacion con el compañero, con quien topa por casualidad al doblar una esquina, ó á no impedirlo, alguna de Dios es Cristo, á la que atiende, aunque tenga que dejar plantado al lucero del alba.

Como es obligacion del eterno insomne de luengo capote y encerado sombrero cantar las horas nocturnas, y no siempre puede hacer esto sin mojar la palabra, cuida mucho de recibir los obsequios que le ofrecen los amos de tabernas, los de hosterías y algunas *dueñas* de otros *establecimientos*. Por eso despues de echar varios trinquis y de meterse entre pecho y espalda algunas bicocas, se muestra dispuestísimo á hacer la vista gorda, en favor de sus amigos; porque como él dice, y entonces dice bien, «tiene corazon blando y todos necesitan vivir como Dios les dé á entender; pues los tiempos están malos y.... (al pronunciar estas palabras sopla una ventisca de doce millones de demonios) enciende un cigarro y sin hacer caso del aire y el aguacero, se echa á la calle, para andar las estaciones en otras ermitas; generalmente asegura al despedirse que sale á velar por la seguridad individual, y en efecto dice una verdad, mayor que el pico de Tenerife, pues se cuida en todo y por todo segun su leal saber y entender. Las visitas del Sereno son mas breves todavía que las del médico, porque tiene que cumplir con muchos conocidos y desconocidos, y no es hombre de quedar mal con nadie: él tiene su cartilla, y cuenta entre sus máximas predilectas la de que necesita del mundo entero para poder salvar con ventura este valle de lágrimas: por lo mismo es muy frecuente que á las doce y media de la noche se halle tomando un refrigerio en alguna salchichería, y que al cuarto de hora esté al cancel de un porton, para servir de caballero á alguna cristiana suelta, despues de pasar por dos ó tres casas de confianza, en las que se cuela al oir jaleo, mas por evitar bulla y disgusto que por echar los *piscolavis*, con que restablece la buena armonía entre la gente de broma.

El Sereno es hombre aprovechado, y aunque lego en materias de derecho, está muy al corriente en el de acrecer, y de pescar á todo prójimo perjudicial á los demas: como es natural él se pone á la cabeza de estos *demas*, atendiendo al principio de su cartilla de que la caridad bien ordenada comienza por sí mismo. Este protagonista, verdadero antítesis de la humanidad durmiente, convencido hasta la médula de los huesos de que sus honorarios no recompensan cual merece su trabajo, procura, para conservar el decoro de la clase, sacar el jugo á los servicios que presta en tantos conceptos á personas de tantos conceptos y no deja pasar una rata que no contribuya de un modo ó de otro á la prosperidad de los emolumentos, cuyo minimun se fija en su imaginacion, sin poner nunca límites al máximum. A las claras se deduce de los precedentes *sentados* (estilo de escolásticos, gente asaz aficionada á los *asientos*) que el Sereno es hombre de relaciones, y no relaciones así como se quiera, sino de aquellas cuya numerosa variedad volvería tarumba al mejor corchete y al esbirro *policiaco* de mas antigüedad: trata tambien con estos dos últimos nenes, pero solo por via de compromiso, á fin de que no le vayan á la mano en el ejercicio de sus facultades.

Cuando el nocturno chantre canta la una de la noche, entra de lleno en sus funciones, rompiendo la marcha por colocarse cerca de las casas de juego, que olfatea como perdiguero la caza, y su admirable tacto le hace el encontradizo con los gananciosos, á quienes entretiene hasta hacer soltar la mosca: verificada esta operacion acompaña alguna señora de manejo (así llama él á la mujer del milagro) que por mas señas tiene mucha mano en los ministerios; ó en su defecto algun forastero; y aunque ambos le digan, dejaron en la banca el último maravedí, se da traza de sacarlos algunos, sin que los pacientes echen de ver que su generosidad los deja por embusteros. A bien que nadie se para en tales pequeñeces, cuando se engolfa en despejar la incógnita de alguna combinacion de *helados* ó *judías* que contra todas las probabilidades, salvo el parecer del banquero, les salió fallida. Al volver el solícito acompañante, de dar tan finas demostraciones de su amabilidad, suele encontrarse con los descuidados que se quedan de patitas en la calle, por haberse distraido en alguna parte, y porque su *fámula*, que está trabajadísima de los quehaceres que pesan sobre ella en casa de tantos huéspedes, se recoge con tiempo para no perder de trabajar con Dios si se descuida de noche: como aquellos hombres no saben dónde dar con su cuerpo, se valen del Sereno que les proporciona cómodo albergue, matando así de un tiro dos pájaros, es decir, sacando raja del hospedador y de los hospedados: esta partida doble, que toda la noche interrumpe al Sereno en sus mas difíciles cálculos, no le embaraza para resolver todos los problemas; porque la tal partida pertenece á la multiplicacion que le es tan familiar como á un ministro de hacienda. Los caballeros del milagro, que nuestra galomanía llama industriales, comunmente están de acuerdo con los Serenos, en cuyo amor y compaña cumplen con el instituto de la órden: esta les da su investidura sin necesidad de espaldarazos; pero no les admite en su seno si no van por el campo del derroche, que mas tarde ó mas temprano les conduce á la extrema necesidad, único resquicio por donde se cuela en la venerable hermandad este ingenioso tipo del siglo XIX. El hombre-buho conoce el camino de pacotilla, no ya á palmos, como la gente del milagro, sino á pulgadas, como los individuos de la *pillocracia*, de modo que saca meollo hasta de los que viven de sacarle: los entiende muy bien y sabe que son arrogantes por egoismo.

El Sereno que al formar el presupuesto de sus gastos tiene en la punta de la uña todas las obvenciones que él llama su *pie de altar*, y yo altar de sus pies é islas adyacentes, no podria igualar el cargo con la data si solo contase para ello con los ingresos enunciados: cuando ya los tiene en caja (giro comercial), á fuerza de paseos y extrategias, aun le falta, como suele decirse, el rabo por desollar. Los contrabandistas son generalmente los que hacen al Sereno el caldo gordo: le necesitan para mas de un dia y procuran, por egoismo tambien, como los de la bandada anterior, tenerle mas contento que á una novia: él por su parte hace lo mismo, la utilidad es recíproca, y la cosa dura á pedir de boca. Por último, para que nadie se escape sin pagar la patente al ciudadano en vela, cobra un impuesto *ad libitum*, á los dependientes de las casas, á los inquilinos y á los dueños de ellas, porque unos le necesitan de guia, otros de capa y muchos de fiscal, y él se presta á fiscal, capa y guia de todos.

Por páscuas es cuando el Sereno ve el cielo abierto; mas claro, coyuntura de hacer la suya: al efecto se esmera en anudar relaciones, notándose entonces que su trato es mas agradable, su voz mas clara,

y que se muestra mas servicial con todo el mundo. Llegan los dias de coger aguinaldos, y mi hombre, ademas de acudir á ello con sus compañeros, cuida de ganarles por la mano, visitando anticipadamente á los benéficos vecinos, y dando tales pruebas de su táctica piscatoria, que al contemplarla se quedarian viendo visiones los recaudadores de impuestos y los franciscanos mas prácticos en la cuesta.

Todas las cualidades caracteristicas que de tan interesante tipo he presentado hasta aquí, pueden reducirse, como si dijéramos, á vida y dulzura ó *tortas y pan* pintado, pero es de advertir que solo ellas pueden conservarle en su espinosa aunque envidiada posicion social. No hay que extrañarlo, si los mómios faltan al Sereno, si la fortuna se cansa de favorecerle, le saca de su encapuchada clase, para confundirle en otra que se lo sorbe como la mar á los barquichuelos.

Cuando las gentes de mal vivir hacen alguna fechoría y no se les encuentra la pista, el Sereno, en cuyo barrio tiene lugar el desaguisado, puede contar que le toca la china ó mas bien el chinazo, ó hablando en plata, que se intriga para quitarle el turron (frase periodística) de la boca, porque es de saber que la empleomania ha hecho tales progresos en esta bendita tierra, que para una esquina en que hay diez mozos de cordel propietarios, se encuentran 20 sustitutos, cuarenta interinos, 80 auxiliares, 160 suplentes, y 300 y tantos galafres que aspiran á serlo. De aquí se deduce, que á tal razon jamas faltan moros en la costa, y que el cristiano á quien combaten tiene que correr el temporal si no quiere irse á pique en el instante. Llegado tan apurado caso, no hay por lo regular mas salida que la de los pavos, esto es, la de largarse con la música á otra parte, para que otro artista principie su carrera.

Se dedica á ser alquilador de caballos, ú á otra ocupacion productiva: este trabajo contínuo deteriora su salud, pero él no lo nota casi nunca, hasta que una pulmonía le convierte en tipo del otro mundo, adonde no pienso seguirle por ahora.

José María de Albuerne.

LA ACTRIZ.

Nada hay que se parezca menos á un hombre que un actor, ni mas á una mujer que una actriz.

Este ser débil que ha nacido para regalo y castigo del género humano, aprende en su niñez dos cosas: á luchar y á mentir. La lucha es su arma en el recinto doméstico; la mentira la protege en público. Con su padre, con su marido, con su hijo, lucha; con su amante, con su amiga, con su favorecedora, miente. Estas dos palabras reasumen la vida toda de la mujer, desde la cuna á la tumba. El vulgo, empero, sin variar la idea, cambia el nombre: llama á la lucha firmeza, á la ficcion, poesía.

No falta, pues, á cualquier mujer, para ser excelente actriz, mas que belleza y educacion, pues que la naturaleza á todas regala con las demas dotes de que han menester.

Bajo este hermoso cielo de España, cuyo vivísimo azul no empañan nubes plomizas, al calor de los rayos del sol, que dora benéfico las espigas de nuestros campos, y las cúpulas de nuestros templos, al soplo bienhechor del aura mecida entre los nardos del vergel, y ondeante sobre la cascada del cerro, es tan fresca, tan inspiradora, tan poética la hermosura, que cualquiera diria que es esta la tierra privilegiada de las actrices.

No hará seis meses todavía que trajo á Madrid el deseo de lucro á uno de esos célebres empresarios franceses de la legua, que cuentan la extension de su carrera por el número de veces que han quebrado. El tal andaba siempre á salto de mata; pues gustaba mas de contar las estrellas del cielo, que las vigas de la cárcel, durmiendo una noche en Provenza y la siguiente en Flandes, por temor de dormir en un mismo sitio mas de dos seguidas y á cuenta del Estado; que es usanza desconocida entre nosotros, como lo es el crédito, ese amoroso y paternal cuidado que tienen los poderes públicos de pagar el hospedaje á los deudores morosos y tibios. Al tal héle visto yo burlarse del gobierno holandes, que es blando como la manteca del Brock, ó como el queso fresco de Alkamaar, ó como el corazon de las hermosas de la Frisia; héle visto en Amsterdam, siendo objeto de la saña de una compañía de famélicos y engañados cantantes italianos, que sacó de ahogos la admirable habilidad y maestría de una de nuestras mas interesantes paisanas; y héle visto, en suma, dar con su oficio de empresario al diablo, liar los bártulos, cruzar el Rhin, el Moerdyk, el Escalda, el Senna con dos enes, el Sena con una sola, el Garona, el Adour, el Bidasoa, el Ebro, y por último, llegar á las orillas del, rico en puentes, Manzanares. Este hombre era un hábil general: á negociador quebrado, España es un Eldorado. Hemos venido á punto tal, que no sé ya si los Estados-Unidos nos aventajan: la ciencia del enredo, de la trapisonda y del engaño está en Madrid, cual en parte ninguna, organizada. Aquí, donde nadie confia en nadie, parece que no hay obligacion de tener miramientos de honor y delicadeza; son batallas contínuas en que el vencedor recoje sin escrúpulo los despojos.

Así, pues, nuestro empresario escogió buen terreno para sus nuevas hazañas: Madrid debia ser para él lo que Waterloo fue para Wellington, lo que para Pedro el Grande Pultava, lo que el tapete verde para Massoni. Imaginó que Madrid acogeria con entusiasmo, como si en Madrid fuese conocido el entusiasmo, la noticia de la llegada de una excelente compañía de comediantes y comediantas francesas; y de aquí deducia, que llegar y tener quien construyera un teatro para su uso, quien le diese dinero, que era el alma del negocio, y le diese las gracias, lo cual importaba menos, seria asunto de llegar y hablar. Se aplicaba á sí mismo el célebre *veni*, *vidi*, *vici*, del Romano. ¡Cuitado! Creia que en España se pagan las ideas, y que el idioma de Corneille es popular en España, donde nadie gasta ni tiempo ni dinero en aprender el suyo propio.

Pero, dejemos á un lado la historia del buen frances: sáquelo su ingenio del empeño en que se ha metido, y si gana, con su pan se lo coma, y si se ahoga, que lo entierren ó que no lo entierren, que es lo mismo para mi y otros muchos; hablé de este señor tan solo para referir una ocurrencia suya.

El mismo dia en que llegó á Madrid fué al Prado, paseo en que nunca falta polvo, coches contemporáneos de Quevedo ó Villamediana, y hermosas. El iba, como es de presumir, por este último renglon, pues entraba en su cálculo estudiar de qué modo recibirian á sus farsantas parisienses los aficionados madrileños. Buen método para llegar á tan supino conocimiento era notar el rostro, el cuerpo y el alma de las bellas que por el Prado paseaban, pues estas le darian aproximada idea de las que, escogidas entre ellas, debian ser las delicias de los concurrentes al teatro.

Era una tarde de estío; el sol despedia el primer resplandor de su crepúsculo; nubes de jalde y escarlata velaban la tumba del astro del dia; las fuentes vertian pausadamente sus cristales; las flores esparcian sus perfumes, los pájaros despertaban del letargo del dia. Innumerable muchedumbre de séres cruzaba los anchos salones del Prado; unos por ver,

otros por ser vistos. Pertenecian, sin duda, á este último número infinitas hermosas de todos gustos y estaturas, cubierto el abundante cabello y el turgente cuello con una gasa blanca, tan blanca y trasparente como debieran ser su alma y pensamientos. Al verlas tan frescas y lozanas con ojos tan provocadores, con garbo tan oriental, con lábios tan rosados, con manos tan bien torneadas y sonrisa tan atrevida, desconsolado el buen frances, hubiera querido sumir á los pies de la Cibeles su destemplada cabeza, si la aficion á ver á nuestras lindas paisanas no embargase sus sentidos. El fue, sin embargo, el primer extrangero que las vió, por primera vez, sin íntimo gozo, sin propósitos de felicidad.

Si estas son las mujeres no escogidas de Madrid, esclamaba, es decir, las que vienen, porque quieren venir, sin patentes de hermosura ¿qué serán aquellas que un inteligente empresario haya escogido en la clase mas numerosa y mas bella, por mas moral, de la sociedad, esas actrices, que son en todas partes el tipo de la belleza, del buen gusto en el adorno, de la pureza en la voz, en el acento, dechado, en suma, de todas las perfecciones?

Una hora mas tarde hallábase el iluso viajero incómodamente sentado en una luneta del único teatro de Madrid en que se representaba aquella noche. No era, por fortuna suya, el del Circo, ese panteon de toda ilusion, parodia de un teatro, oscuro, irregular, apestoso de humo de cigarro y de aceite, negruzco y de mal tono, en que reune la maestría, nueva en Madrid, de una bailarina, lo mas culto y selecto de la sociedad de la córte. Era otro teatro si no bueno, al menos mas decente y tolerable que este; escasamente alumbrado tambien, pero al fin con formas regulares y sencillas.

Alzóse el telon, y aplicando la vista, con el auxilio



La Actriz.

de su buena voluntad y de unos hermosos anteojos, pudo el frances divisar algo de lo que en la escena pasaba. Representábase una mala é incorrecta traduccion de uno de esos dramas modernos cuya gloria parecida á la de los fuegos fátuos, fue brillante, pero breve. No le pareció del todo malo el aparato escénico, si bien se notaba que era mayor el respeto al gusto que á la exactitud, achaque comun de gente que no confia en la instruccion del público, y teme la mordacidad de su crítica.

Pasadas las primeras escenas que nada de extraño ofrecieron, notó llegar nuestro observador el suspirado momento de su estudio. Temblaba como la hoja en el árbol á medida que se acercaba instante tan fatal y que, segun suponia, con fundamento al parecer, seria para él un tormento y desengaño. Armóse de resignacion y limpió los cristales de sus gemelos para mejor ver.

Era protagonista de aquel drama, en la concepcion del poeta, una jóven tan ideal como la Ophelia de Shakspeare, tan severa como la Lucrecia de Ponsard, tan poética como la Margarita de Goethe. Del feliz y

acertado desempeño de este papel dependia el éxito de la obra, porque todas las fuerzas del autor se habian reconcentrado en su genio para dibujar con delicadeza y esmero esta suave fisonomía. Involuntariamente tendió la vista el empresario á los palcos que formaban el semicírculo del teatro, y en ellos vió á innumerables hermosas, muellemente reclinadas para mejor ver ó ser vistas, en sus cojines de terciopelo encarnado, de las que, la menos linda, podria realizar los sueños del poeta. Si no fuera desusado el citar por escrito los nombres que todo el mundo repite de palabra, no desperdiciaria esta ocasion de nombrar á las joyas de nuestros bailes, de nuestras tertulias.

La actriz que habia echado sobre sus hombros el grave peso de eclipsar á tantas bellas, y de corresponder al retrato sublime de un poeta exaltado representando á una jóven ideal pura y poética, era una moza de chapa, como dice Sancho, hecha y derecha con pelo en pecho, y que pudiera sacar la barba del lodo á cualquier caballero andante ó por andar que la tuviere por señora. Al primer aspecto parecia su cuerpo formar un cuadro perfecto; pero bien examinada aparecia la extension de la cabeza mas alta que ancha. Su color era agitanado con ribetes encarnados, nariz torcida á un lado como tapia vieja, los dientes tan largos y tan limpios ¡cosa estraña! que unos los tenian por de hierro, y otros los juzgaban alquimia. Moza rolliza, en suma, que así podia rastrillar lino como trillar en las eras, como representar dramas. Toda obesidad aleja el idealismo, toda negrura de rostro la pureza, y toda irregularidad la poesía.

Habló, y este es el caso de decir, como Quevedo, que

> puso suspension y espanto,
> mas que lo dulce del canto
> la novedad del intento.

En efecto, su voz podríase comparar con la de la señora Aldonza Lorenzo, quien se puso un dia encima del campanario de su aldea, á llamar unos zagales suyos que andaban en un barbecho de su padre, y aunque estaban de allí mas de media legua, así la oyeron como si estuvieran al pie de la torre.

Por último, la protagonista susodicha no era de las que podian pasar por los bancos de Flandes.

El curioso extrangero, despues de volver en sí del aturdimiento que semejante vista le causó, dirigió algunas preguntas á su vecino, para saber el nombre y demas particularidades de la actriz. Esta última parte no era, por cierto, menos sorprendente que la primera. La actriz, cuya fealdad y prosaismo admiraba, era nada menos que una mujer casada, muy honrada y juiciosa que vivia sin escándalo ni amantes, con el corto salario que ganaba, manteniendo á sus hijos, á su madre, y á sus hermanos. Para que se entienda el motivo de esta extrañeza, fuerza es que sepa el lector, si no lo sabia antes, que, en el extranjero, son las actrices lo opuesto de lo que en España por lo general. Aquí son las comediantas feas, ordinarias y honradas, del otro lado de los Pirineos son exactamente lo contrario.

Ahora bien. ¿En qué consiste que en esta tierra de hermosas, en que el instinto de la finura cunde hasta la clase mas ínfima, son tan poco poéticos estos intérpretes de Calderon y Lope?

No hay necesidad de meditar mucho en ello para hallar una razon que convence, de la necesidad de esta triste condicion.

En España, hasta el dia, ha sido la raza de actores y actrices una verdadera casta separada de la sociedad por las preocupaciones, y condenada á vivir en el seno del abatimiento y abyeccion. No salian al teatro, como en todas partes, esos jóvenes de ambos sexos, que, despues de haber nutrido su infancia con una educacion clásica, desgracias de familia ó aficion y entusiasmo llevan al proscenio, sino hijos nacidos de padres que son igualmente cómicos, nietos de abuelos que lo han sido tambien, y de bisabuelos que eran hijos de otros comediantes olvidados. Así es que el tronco de este árbol sin riego, pertenece tal vez al siglo de Lope de Rueda, en que era tan contrario á la decencia representar comedias.

La tradicion que se ha conservado en estas familias, y que forma su único patrimonio, lejos, pues, de favorecer al arte, le perjudica de un modo visible. Salva alguna feliz escepcion, para aprender es necesario ver; y para ver es necesario vivir en la sociedad culta. La niña destinada al teatro ve solo á su familia, y á las de sus compañeros de casta, de las cuales ni un solo individuo ha pisado jamas escaleras alfombradas, ni llevado á sus lábios el néctar del Tokay; ni el templo ni la tradicion le enseñan esos modales de buen gusto, que forman la base de una educacion escogida, elemento de todo porvenir artístico. Así es que esas infelices criaturas que nada han visto, que nada han podido aprender, siempre que se ven obligadas á representar un personaje de sociedad elevada, tienen que acudir á la adivinacion, que no siempre es la mejor consejera. Así es que esos cortesanos de la escena, esas princesas de las tablas, causan risa á quien ha pisado con frecuencia los alcázares reales. Es en ellos insolencia lo que soltura en los que tienen uso de tratar á personas reales, humillacion afectada y torpe lo que acatamiento elegante en quien sabe los fueros que debe á la estirpe soberana.

Ya que la experiencia enseñe rara vez, en ninguna parte del mundo, á las que se destinan al teatro, estos elementos de educacion por el abatimiento en que suelen hallarse sus familias, siempre les queda la tradicion y un medio eficaz de adquirir tan precioso conocimiento. El trato con personas que lo saben todo, que todo lo han visto, del cual no las aleja ni la posicion de sus familias, ni su finura, es una nueva educacion, si no tan provechosa no menos útil que la directa. En España sabido es que, apartando alguna honrosa escepcion, nadie trata con actrices, que llama el vulgo comediantas, ni estas por lo general han tenido jamas medios de tomar ese baño de buen gusto que rejuvenece las razas. Por eso no es el arte cómico, falto de renovacion y escuela, un arte sino una rutina.

Que hay escepciones ¿quién lo duda? De una voy á hablar con aquel respeto y miramientos que el sexo femenino se merece, unas veces por ser bello y todas por ser débil.

En uno de los últimos años de Aranjuez, es decir, en que Aranjuez todavia brillante y rico con sus cuidados árboles, fuentes y cascadas, daba hospedaje, sombra y solaz á la real familia española, su séquito y el séquito de su femenino séquito, tuve yo la fortuna de abrigar bastantes ilusiones en la frente y deseos en el corazon para cambiar mi modesta habitacion de Madrid por otra mas modesta en el real sitio. Las mañanas en los jardines del Príncipe, al medio dia en los de la Isla, las primeras horas de la tarde en la hamaca, y las últimas en la calle de la Reina: hé aquí mis ocupaciones de todo el dia hasta que el crepúsculo cesaba de esparcir claridad. Pero al entrar la noche con su lúgubre manto, fuerza era buscar donde pasar algunas horas siquiera para guarecerse del tedio, interin llegaba la hora de los sueños solo interrumpidos por las realidades de la fresca y deleitosa mañana.

Tomando parte del tropel de gente ociosa dirigíamo yo al teatro, en donde una compañía de actores de S. M., ejecutaba comedias mejor ó peor escogidas. La compañía de S. M. era una reunion de cómicos todavia en estado de crisálidas, que esperaban por medio de

la proteccion de algun gentil-hombre ó exento de guardias, llegar á tener la fortuna de pisar algun dia los teatros del Príncipe ó de la Cruz, término de su mas atrevido anhelo. Llamaba nuestra atencion particularmente una linda actriz de unos quince mayos, pues era hermosa como el mes de mayo en que la veiamos, erguida como una palma cargada de racimos de dátiles, delicada como una rosa, y candorosa coma una paloma. Sus ojos, aunque negros y españoles, eran modestos y tímidos; sus lábios, aunque desmayadamente rosados, eran castos, y su voz argentina y suave. No diré que su cintura era como un mimbre, ni haré las demas comparaciones de costumbre, lo cual parecia á algunos una leccion de historia natural; baste decir que era hermosa como un ángel.

Muchos éramos los codiciosos de su cariño, y muchos los que intentamos conseguirlo. El primer paso que dimos fue aplaudirla mas de lo que su mérito y su clase requerian. La pobre niña desempeñaba los papeles mas modestos y desairados, y mientras cargada de años, de arrugas y de andrajos teñidos y lavados, salia la dama á decir algunos lindos versos, llenos de candor é ingenuidad y debidos á Moreto ó Rojas, nuestra linda protegida representaba el papel de una dueña encubridora ó de una rival desairada. Pero ni aun en estos papeles dejaba de estar bella, cuadrando á su lindo rostro y mas lindo talle todo traje y todo prendido.

De los aplausos pasamos á las coronas de flores, no arrojadas al teatro para que barriesen el polvo del escenario, sino enviadas á su casa por medio de un fiel emisario, sin mas instrucciones que un recado de atencion.

A la siguiente noche la candorosa niña nos miró con timidez é intencion, como dándonos las gracias, y alentados nosotros con tan buena acogida, hicimos versos en alabanza suya, y nos atrevimos á pensar que no seria indecoroso el llevarlos nosotros mismos al vestuario. Candorosos éramos los que así obrábamos, ó mejor dicho, bien queríamos rivalizar con la sencillez de aquella modesta criatura.

Unidos á unos guardias de Corps que eran, menos las letras, los estudiantes de la época, por su desembarazo y felices ocurrencias, cruzamos los sucios tramos que sirven de depósito á los bastidores de la funcion, tropezamos con mugrientos mozos de oficio, despaviladores, comparsas y barrenderos, recibimos empujones de cuatro tarascas con mas cal en la cara que una pared andaluza, y llegamos, por último, al cuarto de nuestra encantandora protegida. Eramos varios; y todos, menos los introductores, gente allí nueva é ignorante de los usos escénicos.

Al entrar en el cuarto de la jóven, íbamos modesta y decentemente á quitarnos el sombrero, con el fin de hacer una cortesía reverente. Nuestros amigos se rieron de tanta sencillez, y entraron como si fuera en el cuartel, en un cuarto que tendria poco mas de cinco pies en cuadro, en el cual naturalmente no cabiamos todos.

Las paredes estaban desigualmente ennegrecidas por el humo del cigarro y el de una vela de sebo, rara vez despavilada, y entonces con los dedos. El pavimento era de ladrillos que bailaban segun el compas de entrantes y salientes. Cuatro sillas sin respaldo ó con tres pies, contenian los cuerpos de igual número de mujeres que parecian harpías, ó de harpías que parecian mujeres, con narices remangadas que huian de la boca, y lábios abrumados con el peso de enormes y descomunales narices. De estos cuatro entes, era uno la madre de la hermosa Actriz, quien, despues de recibir cortesmente nuestro saludo, siguió arreglándose el cabello y traje ante su espejo de media vara, roto en tres partes y desazogado en cuatro, el cual estaba sostenido en una mesa llena de botes de manteca con título de pomada, de aceite rancio y otros menjurjes harto olorosos.

Los guardias hablaron con desenfado á aquellas mujeres, tutearon á Paquita, y nos presentaron con desembarazo. Hicimos un cumplido acerca de la habilidad de la Actriz que su torpe madre no entendió; dirigimos una mirada á la chica que esta entendió muy bien, y nos separamos muy contentos.

Desde el siguiente dia, suprimí yo las horas de hamaca, y me dediqué á pasarlas en casa de la bella Paquita, ó, mejor dicho, de su señora mamá. La casa se reducia á una salita bastante grande, aunque menos que súcia, con una mesa, dos sillas, un banco, tres baules y un jarro de agua por adorno; unas cortinas de zaraza encarnada con cazadores amarillos servian de puerta á la única alcoba de la casa, en donde dormian madre é hija.

La mamá apenas veia tres personas reunidas en su casa, proponia una partidita de cuartos. Sacaba una baraja mugrienta y que habia servido todo un mes, y con una destreza sin igual, poniendo cincuenta ó sesenta cuartos de banca, echaba albur, gallo, entrés y elijan. Si ganaba, guardaba el dinero; si perdia, pedia prestado al que ganaba, por manera que ella no perdia jamas. Un vasito de mistela y unos cuantos cigarros, uno y otros regalados, por supuesto, eran su amor y compañia constante.

Yo que estaba avergonzado de hallarme en tugurio semejante, me daba prisa á perder algunos reales para invertir el tiempo de mi visita y aprovechar la distraccion de la respetable mamá, en coloquios, no amorosos por cierto, sino artísticos, con la hermosa Paquita.

Este ángel tenia todos los instintos de lo bello, pero le faltaban dos cosas esenciales: educacion y escuela. No veia mas que viejas viciosas, jóvenes amarillentas de envidia y hombres groseros, porque es innegable que todo hombre se amolda mas ó menos á la sociedad en que se halla, perdiéndose así la excepcion en la generalidad.

El sentimiento, que es don expontáneo del cielo, ha menester, como todos los instintos humanos, desarrollo y cultura. Las raices de lo bueno y de lo malo están en el corazon; aquellas que cuida el jardinero, brotan; las que descuida, se marchitan.

Paquita era capaz de todo lo bueno, y Paquita va pasando su vida casi desapercibida; morirá en el olvido y sin gloria. El humo de cigarros en que siempre estaba envuelta, y su escasa inteligencia de la química escénica, abrieron grietas en su cútis y afearon su tez; la costumbre de oir conversaciones impuras y palabras rudas, sin ajar su corazon, ajó su gusto: el trato que casi siempre tuvo con las únicas personas á quienes no repugnaba aquella sociedad de tugurio y taberna, ahogó sus buenos instintos; y el ejemplo de su madre, acabó de estragar su alma, llena de pureza y virginidad.

Su madre, en los primeros años de su juventud habia sido Actriz, aunque de escaso mérito, no de escasa hermosura. Habia recibido los obsequios de cierto conde engañador, que, segun ella decia, fue su marido, y segun otros, su amante.

Paquita era, pues, hija de un título de Castilla, hombre de educacion escogida y de nacimiento ilustre. En los primeros años de la niña cuidó de ella su padre, proponiéndose elevarla á su clase, cuando el buen parecer social se lo permitiese. Era este el buen ángel de Paquita, así como su madre era su ángel malo.

Tendria apenas doce años la que debia ser, como su familia materna, mera Actriz, cuando murió el conde, á consecuencia de un pecado de gula, dejando incompleta la educacion de su hija y no asegurado su porvenir. De esta primera educacion nacian los instintos de Paquita; pero, á medida que fué adelantan-

do en años, y alejándose de aquella fuente de buen gusto, fue perdiéndose su alma hasta caer en el abismo.

La Actriz en España, no conoce mas poesía que la de los papeles que estudia, y aun estos perjudican á su idealismo. Háse encontrado en el teatro, el medio de reducir á prosa lo mas sublime y elevado. De un drama poético y bello se envian solo á la Actriz las palabras que debe ella aprender, sin dejarle estudiar al mismo tiempo, el conjunto de la obra, y su papel como parte del todo. Tiene, por lo tanto, que contentarse, á veces, con aprender, como mera máquina, frases y frases que ni entiende ni puede entender, pues que ignora la razon que las inspiró al autor. A menudo tiene que reconvenir ágriamente á una rival muda en el papel que estudia, dirigir palabras cariñosas al hombre cuya historia y lenguage desconoce. De ahí esa frialdad en el estudio de que se resiente sin duda la ejecucion.

Los quehaceres de su empeño no son mas inspiradores. Pasa lo mejor del dia en ensayos, y quien no ha visto un ensayo á los plomizos rayos del sol que cruzan las sucias claraboyas de un teatro, ignora el mérito que tiene una buena Actriz cuando es superior al vulgo de las comediantas. Hombres de capa y desaliñados; mujeres con mantilla y medias de algodon, repiten los divinos versos del *Desden con el desden* ó de los *Amantes de Teruel*; óyese allí, entre verso y verso, la voz vinosa del carpintero que arregla las bambolinas, del que ha de vestirse de moro en el *Otelo* de la siguiente noche, y del barrendero; hay allí la soltura de modales, y los dichos mas punzantes que agudos del gracioso, los chichisbeos del galan y la bailarina, y la historia escandalosa de cada cual de la compañía que cuenta el menos escrupuloso de ella. Por melindres es tenido allí el pudor, por gazmoñería la virtud.

La escasez de recursos de la pobre actriz no le permiten la elegante berlina de la mañana, el vistoso landó de la tarde, el auxilio de la mas afamada modista, ni una casa que parezca un santuario, con candelabros de esmalte, lámparas de cornalina blanca y asientos de estudiados resortes.

Su pobre habitacion tiene, por adorno, modesta estera, sillas de Vitoria, colgaduras de muselina y mesas con chapa de caoba.

Estas pobres criaturas se ven precisadas á estudiar sus papeles á la luz de un vetusto quinqué ó de velas de la Estrella; y eso, despues de haber comido aquel dia garbanzos y tocino, escarola y bacalao, todo en vajilla ó de la Moncloa ó de la Cartuja de Sevilla y sobre manteles de Galicia.

Esta es la razon que me doy yo para explicarme cómo escasean tanto las buenas Actrices en España. El porvenir no es para ellas de gloria, sino de trabajo, escaso premio si hay abundante virtud. Son raras en España las mujeres que se atreven á hacer alarde del vicio, y una Actriz, para salir de esta esfera de prosaismo, ha menester, doloroso es decirlo, tanto como el vicio, el escándalo.

Por eso no se renueva el personal femenino de los teatros, y rara es la jóven Actriz que no sale de familia de cómicos.

No tienen estas medios suficientes para recibir la educacion de tradicion ó ejemplo que necesita el escenario, ni saben cuáles son los sacrificios que exige el público, en pago de sus aplausos. Buenas madres, buenas hijas, buenas esposas, no es ser buenas Actrices. Los cuidados y necesidades domésticas les hacen olvidar hasta el esmero que necesita la figura para conservar su lozanía.

Pero, aunque son objetos de excepcion, todavía puede envanecerse la escena española, con la voz de la interesante Matilde Diez, con el rostro de la peregrina Teodora Lamadrid, con el porte magestuoso de su hermana, confirmándose así la verdad que dijo el gran poeta, hablando de las mujeres en general.

no hay nada
tan bueno como la buena,
tan malo como la mala.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

EL COMICO.

Si algun tipo puede y debe mover tu curiosidad, lector amigo, es sin duda alguna el del *Cómico* que pienso bosquejar. No me preguntes, si el tipo, tal como tú lo entiendes, existe hoy dia en nuestro suelo, no pretendas saber si la voz *Cómico* lo significa como debe, ni si estaria mejor llamarlo *comediante*, ó cumpliera con el siglo en que vivimos el llamarle *actor*. Nada de esto me preguntes: sabe que si le doy ese epígrafe á mi artículo, no es capricho vano el que me induce: profeso la doctrina de que los mas deben dar nombre á los menos, y como los cómicos en España son por fortuna en mayor número que los *comediantes*, y en menor por desgracia que los *actores*, aunque habré de hablar de todos ellos, el nombre de *Cómico* creo que llena mejor las condiciones de mi tipo. Nada me importa que el *actor* no quiera apellidarse *Cómico*, nada que el *Cómico* aspire al título honorífico de *actor*, nada en fin, que el *comediante* se crea en tan alta posicion; todo ello probará que algo malo ven tras esos nombres, que algun suceso se une á ellos, que mas que nombres significa y que la sociedad tiene razon en sus creencias, razon que se ve apoyada por esa aristocracia, que al lado del arte la vemos progresar: todo ello probará que hay que seguir un nuevo derrotero que borre ciertos hechos, cuyo olvido no es tan fácil, y dé al arte la vida, el brillo y la nobleza que como arte de imitacion le corresponde. Para esto es preciso que ceda la sociedad y que tambien ceda á su vez el hombre: que la primera no le presente como un ser miserable y humillado; que el segundo no se alce con el orgullo abominable de la desgracia y se ponga en lucha abierta con la sociedad, con la sociedad que tiene preocupaciones, sí, porque solo al tiempo le es permitido terminar. El hombre en tal estado, no es otra cosa que el agua un tanto infestada, que repugna al paladar y que dejando al traves del filtro su malicia, se presenta pura y cristalina con el tiempo. El *Cómico* no es ciertamente culpable de los vicios de sus antepasados, como no lo es el agua de las materias impuras que á su curso se opusieran; pero los malos recuerdos tardan mucho en borrarse, como tarda mucho en pasar el agua por el filtro y quedar limpia.

Si como es de suponer el arte nació con la misma sociedad; si las familias para librarse de los diversos accidentes que las amenazaban se vieren en la precision de reunirse; si procuraban entonces robustecer las buenas costumbres, representándolas en la sencillez propia de aquellos tiempos ¡ santo y noble ! era el punto desde donde el arte partia ¡santo y noble y grande ! era el fin á que se encaminaba. No faltará, lector, quien diga « que habiendo nacido el arte en la sociedad, *así anda ella*, y que si los que tal hicieron hubieran alcanzado otros tiempos mas remotos, habrian tenido motivos mas que suficientes para arrepentirse de su obra. » Nada probará sin embargo en contra de la bondad del arte, el que se hayan reflejado en él por algun tiempo todo género de vicios, ni seria esta razon suficiente para proscribirle y marcar la frente de los que le ejercen con el sello de la infamia y de la ignominia: al contrario, en lo bueno siempre

se encuentran enemigos, cómo en la mejor fruta se encuentran mas gusanos, y á pesar de eso no deja de codiciarse y buscar el hueso con afan prolijo, como semilla que bien cultivada puede dar ópimos frutos. Allí donde los cómicos se dieron mas, y primero á conocer, en las orillas del Nilo, ya los egipcios ejercitaban el arte con maldad: allí representaban sus misterios y se valian de él para sacar partido de la credulidad, ¿fue suficiente esto para que se le mirara con desprecio? Responda Grecia, responda la república famosa de los Nicostratos y los Andrónicos, cuya inmensa reputacion voló en alas de la fama por el mundo conocido; hablen despues los Latinos, y contesten con posterioridad los Roscios y los Esopos, gloria de la declamacion romana. Respondan tan insignes maestros de la nobleza del arte, y digan de su recompensa y cuenten de su gloria, y cómo los grandes hombres y hasta los emperadores mismos tenian á gala y por orgullo el brindar proteccion á cuantos sobresaliendo, eran como el espejo en que la sociedad se miraba. ¡Hoy dia cuántas y cuán diversas consideraciones se ofrecen!

Tan alto como se remontaba el arte en aquellos tiempos, tan grande era la caida que se le preparaba: la multitud lo miraba desde abajo con ansia y entre la confusa griteria de los que ven ascender un globo y desean su caida antes que se pierda de vista. Al lado del mérito, en contraposicion de tan inestimables joyas del arte, se pusieron en juego todos los vicios imaginables; y aparecieron en la escena de una parte los *histriones*; de otra los *mimos*, *pantomimos*, *timélicos* y posteriormente los *juglares*. Entonces tuvieron principio las acciones torpes, las indecentes y asquerosas representaciones, ya en las tablas, como á las puertas de las mas inmundas mancebias, y el teatro se convirtió en escuela de inmoralidad y de escándalo ¡con cuánta verdad podia decirse en dias tan aciagos para el arte, que *el pudor era tenido por melindre y por gazmoñería la virtud*! en aquella época si que se pagaba dinero por ver representar escándalos, aunque hoy dia haya producciones que sean puro escándalo tambien, y desde entonces pesan sobre el arte tan tristes recuerdos; porque hay leyes escritas, leyes que no se cumplen, es cierto, leyes que la razon y los adelantos del siglo han derogado, pero lo escrito se borra con dificultad y aunque sea tradicionalmente todos saben: que á las mujeres, no se las permitia gastar adorno ni objetos de lujo ¡grave castigo! que anulaba el dicho, de que *no hay dama fea en las tablas*; que á los hombres se les declaró *incapaces*; ¡incapaces, siendo tales cómicos! y luego dirán que no hay leyes supérfluas; *incapaces*, digo, para recibir órden sacro; que en ningun asunto se daba valor á sus declaraciones, y claro está que se les hacia mentirosos de oficio. De modo, que si se ejecutaba una muerte donde no hubiera mas que cómicos que la presenciaran, era lo mismo que si se hiciera entre ciegos; y si alguno les robaba, aunque el robar á un cómico ni entonces ni ahora sea muy probable, bastábale al ladron negarlo para que quedara impune. Sabido es tambien, que los privaron de la comunion como á públicos pecadores, y que amen de esta friolera los declararon *infames*.

De todas estas leyes, tan solo queda el recuerdo, pero este recuerdo es tanto mas vivo, cuanto mayor es la imperfeccion del arte, ¿cómo le han de hacer bueno, aquellos y aquellas que por no saber ni aun leer tienen que aprenderse los papeles como los ciegos las coplas, á fuerza de leérselos? ¿cómo han de penetrar en los arcanos del arte, aquellos para quienes se mantiene en *griego*? ¿ni qué cosa puede tampoco dar muestras de su bondad, cuando se compra por un real ó cuatro cuartos y hasta por trapo y hierro viejo? Es la fortuna que estas gentes, que forman un tipo separado, cual es el del *comediante ó cómico de la legua*, si hoy dia valen algo es por lo que escasean; no es tanto á pesar de esto, que no haya muestra de semejante paño hasta en los mismos teatros de la córte. Así es, que el verdadero tipo, el que me he propuesto bosquejar, es el que caminando sin ver lo que atras se deja, desea llegar al punto que han llegado muy pocos, para que nadie se acuerde de su nombre: este es el *Cómico*: y ya es tiempo, lector mio, de que empecemos á pintarle.

El *Cómico* es como una semilla abundante, pero no fecunda: una planta que nace entre malas yerbas, la cual rara vez crece sin que sucumba ante la fuerza de tanta maleza, pero que si llega á triunfar de esta, crece, se desarrolla, y de su tronco brota una flor cuya hermosura y lozanía no cede en nada á las demas flores. Como despues verá el curioso lector, de estas flores escasamente se podrá formar un ramillete.

Generalmente el *Cómico* suele emprender este arte, ó porque viendo cercano el término de medios para una subsistencia decorosa, se le hace duro y pesado el aplicarse á otro en que haya que aprender mas de lo que sabe, esto es, leer medianamente; ó porque teméndolos para seguir una carrera, conserva cierta inclinacion á la vida cómica, vulgarmente reputada como de diversion y de ocio. Cualquiera de estas que sea la causa, procura á todo trance meter la cabeza en un teatro casero, lo cual equivale á perderla. Sabido es que en estos teatros no se permite mas que aplausos, y á favor de ellos cree nuestro jóven, si no es anciano, que á mas de cuatro he conocido yo con aficion á los sesenta, que progresa en el arte con asombrosa rapidez. Dado el primer paso en esta senda, y dado de este modo, es casi indispensable recorrerla toda; siendo tan raro el que descorre lo andado ó se para en la mitad de su camino, como lo es el que se detenga ó vuelva atras el que una vez empezó á bajar una escarpada cima, siquiera á su planta se deje ver un precipicio. Aquí se ve que el teatro casero es la cuna, digámoslo asi, donde se mece nuestro tipo, cuna de la que sale echando á correr por esos trigos de Dios, cuando apenas nacido, puede tenerse en pie.

Regularmente inaugura su carrera en un teatro de provincia, para el cual suele contratarle el empresario, despues de haberle visto representar en algun teatro casero de la córte. En busca ya del interes el que antes solo codiciaba aplausos, sin consultar con su familia, cierra su trato á ciegas, y sin mas garantia que algun pequeño adelanto, espera con ánimo resuelto las alzas y las bajas de su sueldo, á proporcion que suba ó baje el número de billetes que se espendan.

Entre su familia fue tenido siempre por un calaveron deshecho, y como á tal le decian lo que los padres dicen á sus hijos: «que no saben mas que comer y gastar.» Por lo que, cerrado que está el trato, se va á su casa con aire de satisfaccion, que forma raro contraste con el de disgusto que en ella reina, y en la mesa, hora en que á todos los encuentra reunidos, procura buscar coyuntura, aunque sea á costa de decir que se queda con hambre para que le digan la cantinela de costumbre.

En el instante que lo ha conseguido, responde con aire de triunfo. — No necesito de Vds... Me voy de *Cómico*. — El padre le contesta á secas: — vete bendito de Dios. — Y la madre con tono indiferente añade: — sí, vete, vete, con eso vivirás á tus anchas y harás divinamente la vida de vago, aunque te mueras de hambre. Los hermanitos comienzan á hacer pucheros, y la madre, aunque lo disimula y se vuelve á un lado para dar con la cuchara al pobre gato, que no entiende la conversacion, y decirle, zape, que me estás aruñando, deja escapar las lágrimas de sus ojos. Entónces nuestro *Cómico* se goza en decir: — ya ven Vds., aquí no hacia mas que comer y gastar, y ya puedo vivir por mi cuenta. El padre sigue comiendo y ca-

llando; la madre, con el llanto mas pronunciado, empieza á desmenuzar la vida del hijo, y todo lo que dice son premisas de semejante consecuencia. Pero ya no hay remedio. El padre, que se ha estado conteniendo por no tirarle un plato á la cabeza, conociéndolo así, le saca, con él á paseo, y aunque está disgustado se conforma al fin, porque el muchacho tiene aficion y gusto para *Cómico*. Se entera por lo tanto de todo: se ve con el contratista, y procura asegurar en lo posible la contrata del hijo.

El dia en que ha de ponerse en camino para la provincia, es cuando tiene un sentimiento verdadero porque se penetra de que se lo ha causado, y grande, á su familia: es cuando se encuentra algo arrepentido de su paso: en una palabra, sufre un mal rato. El padre que ya se encuentra conforme, procura consolar á la madre y persuadirla de que por eso no se deshonrará la familia, que el arte es tan noble como el primero, y que si el muchacho llega á sobresalir, será tan estimado como el primer artista.

Luego que ha entrado en la diligencia con sus demas compañeros, la cosa va mudando de aspecto, pues aunque en su interior conserva la pena, procura con el exterior dar á entender á sus compañeros, no es grano de anís lo que llevan consigo, y poco á poco todo va siendo broma y reemplazando á las ideas tristes de su imaginacion, el pensar en el dia su *salida*. Llega á la capital donde no conoce á nadie: pero miento, porque entre los caballeritos de provincia que se honran desde el primer dia con su amistad, es raro que no resulte con el tiempo ser alguno de ellos *primo* suyo ó *pariente*. Estos por supuesto le buscan á él, pero no es lerdo nuestro *Cómico*; sabe lo que le conviene y procura entablar amistad con los redactores de los periódicos, si es que hay periódicos, y si es que estos tienen redactores, porque hay algunos que se redactan solos como la vetusta Gaceta. El *Cómico*, buscando esta amistad, tiene muchos puntos de contacto con los ministros; como á ellos le llena la prensa de temor, y hasta puede asegurarse que no es el mas fuerte defensor de su libertad; como ellos es en todo lo que atañe á farsa y embuste; como ellos siendo representantes, lo es él tambien; es decir, como ellos mira al plato y á las tajadas; como á ellos le silban á el; como ellos se rie de los silbidos, y en una palabra: sin mas que cambiar de puestos, unos y otros llenarian igualmente su papel.

Despues que han pasado unos dias, durante los cuales nuestro héroe no se ha dormido; preparado que tiene el terreno, haciéndose lugar entre los calaverillas y periodistas; echándose por el suelo, demanda indulgencia para el dia de su salida, que en la lengua que usamos por aquí equivale á demandar aplausos: se anuncia la funcion por medio de pomposos carteles. La empresa manifiesta que se llenarán sus deseos si el público queda satisfecho de la eleccion: reparte unos cuantos billetes, gratis á los conocidos, sacrificio que hace en aras de la novedad que al público presenta, y corren de cuenta de la misma, con aplicacion á gastos imprevistos, las coronas de laurel, los versos y demas que se tiene preparado, por si el éxito requiere que se haga uso de ello. Llega la hora de la funcion, el protagonista afecta entre bastidores una serenidad que no tiene; cada vez que mira por el agujero del telon cómo se llena el teatro y la algazara que reina entre los concurrentes, se apodera de él un sudor frio: si alguna vez en su vida pudo arrepentirse de haber seguido tal carrera, es en aquel momento, solo el ¿qué dirán? el honorcillo solo, le obliga á permanecer en su puesto, y á no abandonar el campo donde tiene, tal vez, que hacer frente á muchos enemigos, enemigos que se llevarán lo mejor de la batalla porque pelean con armas desiguales: ¡de qué buena gana cambiaria de situacion con cualquiera, con el mas miserable de los espectadores! de tan buena gana, como cambiaria un reo su puesto por el que ocupa el juez que le escucha para dar su fallo despues: hay la notable diferencia de que el espectador mas humilde ha comprado por un real el derecho de ser juez, de fallar y de ejecutar á un mismo tiempo. Hácese cuenta sin embargo nuestro Cómico de que no queda otro remedio que pasar por todo; y sacando fuerzas de flaqueza, luego que empieza la sinfonía, trata de hacer creer al que le mira que se pondria á bailar de buena gana. Levántase el telon: un silencio sepulcral reina en los espectadores: nótase á pesar de esto cierta impaciencia por ver delante de sí, al que dentro de poco ha de ser su víctima ó su ídolo: sale por fin á las tablas con la turbacion que es de suponer, se le oyen con calma y sin muestras de ningun género las primeras escenas que las dice á ciegas y como por máquina: se distrae al ver tanta cabeza fija en su persona, no atiende á lo que le dice el apuntador: se esfuerza este y se deja oir mas de lo de costumbre: la mala suerte hace que un amigo imprudente quiera animarle entónces con un aplauso, los chicheos le corresponden, y un silbido se oye aquí, y un atrevido mas allá corresponde con otro, doble fuerte; entónces la risa es ya general: cual chispa eléctrica cunde la silba entre el público todo, y los gritos de «fuera, fuera» se suceden con rapidez. Nuestro *Cómico* ya no sabe lo que se dice, se come las palabras, se atraganta, tiende la vista como el que implora clemencia, de vez en cuando mira con ojo airado al apuntador, como quien dice al público: «aquí está la causa» da sus pataditas en el tablado, significando así su desgracia, y espera con impaciencia á que pase lo recio de la tormenta para continuar navegando por aquel inmenso piélago de desgracias, en que la envidia y la ignorancia son para él las olas encontradas.

Terminada la corrida, y cuando ya nuestro *Cómico* ha recibido el bautismo de la silba, aprovecha la primera coyuntura, que será luego que caiga el telon, en que los compañeros se quejen de la intolerancia del público, y dando cumplido desahogo a su fatigado pecho, les dice: «ya lo han visto Vds..... al papel no le ha faltado nada; sino que nadie está exento de cometer unas cuantas equivocaciones y..... ¡cuidado, que ni de eso he tenido yo la culpa!..... ¡y es que ese apuntador!..... ¡ese apuntador!..... es un ¡asesino! ¡si señores! y cuenta con que le voy á decir clarito. «V. no sabe leer.» Figúrense que cuando al público, sin que sepa yo por qué, le dió gana de silbar, lo cual no pasa de ser una majadería..... yo..... francamente, con el ruido no oia bien al apuntador, y ya desesperado, aunque sin mirarle, porque hasta en eso hice mal, el público debió haber sabido que él era quien tenia la culpa; pues como decia, ya desesperado, le grité ¡mas fuerte, mas fuerte! y como la maldita casualidad hizo que silbaran en este momento, el público convirtió en sustancia la alusion, creyendo que era á él á quien me dirigia, y entónces fue cuando me tiraron el turbante y la corona de esparto gritando ¡fuera, fuera ese tuno! Ahora díganme Vds..... ¿esto es racional? Como es de suponer, todos los que le escuchan le dan la razon: y cada cual le anima a su manera, no faltando quien le diga, que fuera de aquel paso desgraciado, ha estado muy feliz en todo lo demas. Despues de esto y cuando se cree tranquilo, se presenta un alguacil con la órden de S. S. para que pague una multa por aquello de «mas fuerte, mas fuerte» y en vano se disculpa con decir que era al apuntador á quien se dirigia, en vano desea saber el motivo y la razon que tiene S. S. para obrar de tal manera: este le contesta enfurecido, que pedir razones á un alcalde es un delito, y no tiene mas remedio que pagar. El pobre *Cómico* sale tan mal parado en este caso, que bien puede irse á mudar *aires*, á fin de restablecer su indisposicion artística.

Pero no todas han de ser silbas; hagamos pasar á nuestro héroe por los aplausos, que habiendo algo de esto, aunque haya silbidos, ya hará él por hacer pasar como ignorantes á los que le silban: cuando tal sucede, lo primero que hace antes de salir de casa es mandar por los periódicos, aunque luego diga que ni los lee, ni hace caso de lo que dicen, que es muy de *Cómico*; se entera bien de cuanto en ellos haga referencia á la funcion: se va al ensayo un poquito tarde, lo suficiente para que todos estén reunidos, y por supuesto siempre con el firme propósito de hacerse á todo de nuevas. Luego que entra en el escenario se dirigen á él preguntándole: —qué tal ¿se ha descansado?—No habia de qué, contesta con aire indiferente, estas cosas no me cansan y he dormido bien. —Pues eso se deseaba saber.—¿Ha leido V. los periódicos? le pregunta uno.—Hombre, no..... qué..... ¿dicen algo de la funcion?—Vaya si dicen, el *tal*, hace de V. vivos elegios.—Pues mire V. no conozco á los redactores, mas que de haber tomado con ellos café. Por cierto que ¡vaya unos muchachos! ¡qué conversacion la suya! ya... ya les dije yo tambien que era una lástima no ocuparan los escaños del congreso. Pero hombre, los que no son cosa, son los del otro periódico (por supuesto que lo que él siente es no haberles podido conocer antes de su salida).—¡Vaya, que cualquiera diria..... le contesta otro, que V. los habia leido!—Pues qué... dirán... ¡ya me figuraba yo antes de venir aquí que habrian de tomar una venganza tan ruin! porque... han de saber Vds. que uno de los redactores en cierta ocasion... pero mas vale callar, porque estas cosas se ventilan de otra manera. En llegando á este punto la conversacion que era solo cómica, pasa á ser politica, y se deja oir lo de: «si no hay estimulo.»—No señor, dice otro, es que el gobierno tiene la culpa de esto ¡el gobierno



El Cómico.

si! porque no es previsor ¿pues qué, no estamos viendo el desenfreno de la prensa, y sobre todo, señores, añade el de mas allá, que no es cosa de que le zarandeen á uno á cada paso, porque el que mas y el que menos tiene su honor bien puesto.—Eso es verdad, contesta el director de escena; pero con estas y con las otras se ha llevado el diablo el ensayo, y el dia que dice algo del teatro un periódico, sucede lo mismo por variar: no quiero que me traigan Vds. aquí semejantes conversaciones. Pero él es quien conoce primero, que esto no es posible. En los ensayos es donde nuestro hombre maneja la intriga, por

que le repartan un papel, y hace cundir el chisme, y adula á la primera dama, y quita la pelusa al director, y aplaude sus disposiciones, y hasta tratamiento le daria.

El *Cómico* es de suyo naturalmente bromista, y una de sus bellas cualidades es la de ser rumbon; aunque yo sé de uno que para tomar un vaso de leche, mandaba á su mujer que le esperara á la puerta del café. Donde él se encuentre, como tenga dinero, que será el dia que recibe su paga, no hay pariente pobre, ¡allí todo se derrite! Si va á comprar alguna cosa, nunca dice que es mala, antes al contrario.— Qué buen género tiene V.... sobre todo... me gusta el precio... ¡es casi de balde! A continuacion de semejante entrada encarga que le hagan la pieza que va buscando de lo mejor, y sin reparar en el precio. Estos encargos suele hacerlos antes que entre la cuaresma, época en que puede aplicarse á su bolsillo el dicho que vulgarmente se aplica á otras gentes de diversa *carrera*, si, pero que algunos creen que no trabajan en esta época del año, como á los cómicos les sucede.

Por este tiempo es cuando nuestro tipo se acredita de hombre de ingenio y puede extendérsele certificado de tal, si logra evadirse de las persecuciones del sastre, zapatero y patrona. Lo probable es que lo logre; en cuyo caso estas tres personas distintas con un solo motivo verdadero, lloran á la vez su ausencia y piden á Dios que guie á semejantes parroquianos por otro camino que el de sus casas. ¡Y luego querrán aplausos! De seguro que toda esta cáfila de acreedores se cobra á la primera ocasion en silbidos lo que otros dejaran á deber. No obstante, el *Cómico* tiene de bueno el no acordarse de semejantes bagatelas, y lo perdona todo.

Llegada la cuaresma se viene á Madrid como todos sus compañeros, y es un contento ver la plazuela de Santa Ana en estos dias. ¡Qué de trajes! ¡Qué de semblantes! ¡Qué de figuras! En las caras se conoce lo que son. Allí por la mañana, por la tarde, á todas horas está el mercado permanente donde se encuentra todo género de caractéres; allí, en aquel congreso, es donde se reunen todos los representantes de Europa: reyes, arzobispos, generales, Guzman el Bueno, San Isidro Labrador, Caliche, Manrique el Trovador, Gaspar el Ganadero, el hijo de la Tempestad, San Francisco de Paula, y otros mil personajes históricos y fantásticos, malos con buenos, chicos con grandes, galanes y racionistas, barbas y graciosos; y allí, no clandestinamente, sino á vista de todos, ajustan por el interes que han de *representar*; ya sea por un año ya sea por mas, y hasta prevenido va el caso en que haya *disolucion*. Allí el curioso, al oir hablar de cuarteron y medio cuarteron, cree ser género que se vende al peso: mas allá, oyendo disputar si el caudal de fulano es chico ó grande, mantiene la ilusion de que se encuentra entre gente de dinero, hasta que llega á comprender que el caudal consiste en saber muchos papeles de memoria. ¡Todo es allí original, todo curioso! A las mujeres las representan en este lugar sus maridos, y por su mediacion las ajustan el partido.

Este es, amado lector, el *Cómico* tal como le comprendo; si le miras como fruto, considera que vas á un melonar en que es raro el que no sale calabaza: yo por ahora no veo en él mas que una gota de aceite, que vale algo, sí, pero que no puede lucir sola y que hay que cuidar de que no manche.

Antes de concluir habré de pagar al mérito una deuda muy sagrada; al mérito, porque en España hay actores y actrices; pocos son, en verdad, muy pocos, acaso no lleguen á una docena los primeros y á media las segundas, pero bastantes á demostrar que el arte existe entre nosotros, siquiera para hacerle bueno tengan que luchar con tantos y tan encontrados elementos: ¡qué alicientes tiene aquí la carrera del *actor*! que ya es preciso darle este nombre ¿cómo se quiere que se lancen á ella los jóvenes idólatras de la escena, cuando ven tan oscuro el porvenir? ¿cómo se quiere que adelanten los que hoy dia se encuentran en el teatro con muy buenas dotes y felices disposiciones, si ven, de qué manera se paga el estudio infatigable del *actor* y el mérito sublime de la *actriz*? En España se quejan de que no hay actores, y no miran los que tal dicen, la falta de alicientes; no recuerdan que aquí no se ha empleado otro estímulo que las coronas de laurel ¡lindo premio por cierto! sobre todo para cuando el actor llegue á la edad provecta, para cuando tenga que morir en un rincon, donde ni en estofado pueda aprovechar el laurel de sus coronas por no tener que comer. Quiera la Providencia conservarnos lo que tenemos y librarlo de toda indisposicion; porque es preciso confesar á fuer de francos, que cuando vemos en los carteles «la funcion anunciada para hoy no se puede ejecutar por indisposicion de una de las principales partes,» nos alarmamos al pronto, si bien parándonos un poco conocemos que la indisposicion está en otra parte; en el público que no acude al despacho de billetes.

JUAN PEREZ CALVO.

EL MARAGATO.

¿HAY alguien entre nuestros curiosos lectores que haya viajado de Madrid á Galicia ó de Galicia á Madrid, antes ó despues de haberse puesto las diligencias, y tenga ademas fortuna bastante moderada para no atreverse con un coche de colleras?.... Nada tiene la pregunta de deseo de averiguar vidas agenas, antes es una prudente advertencia que ahorrará al tal la lectura, probablemente no muy amena, de este artículo. Porque en verdad, si la letra con sangre entra, segun el benigno axioma de los antiguos maestros de primeras letras y latinidad, de presumir es que tan de memoria se haya aprendido el Maragato que ni se le olvide á dos tirones, ni encuentre cosa nueva en los borrones de estas líneas.

El Maragato representa el movimiento y comunicacion del rincon mas occidental de la monarquía con la capital, desde una época difícil de gozar, y hasta cierto punto debemos dar gracias á la Providencia por la creacion de este tipo, pues de otra suerte ambos miembros de España estarian desunidos, no bastando á ligarlos las galeras que andan este largo camino. Decímoslo porque de las dos veces que se han establecido diligencias desde Madrid á la Coruña, ninguna ha podido continuar, ni continuará probablemente mientras el numeroso pueblo gallego no prescinda del apego á los hábitos de sus mayores, y sobre todo á los maravedises y reales de plata que de todas las tradiciones y costumbres heredadas es la que mas hondas raices tiene. Y hé aquí porqué decimos que el Maragato tan bien avenido por la equidad de sus portes con estas inclinaciones altamente conservadoras, y que por lo fijo de sus idas y venidas pudiera compararlo algun poeta á la péndola del reloj de los tiempos, viene á ser un verdadero regalo de la Providencia.

Los Maragatos todos á su llegada á Madrid paran en los mesones de la calle de Segovia, que sin género alguno de lisonja, pueden calificarse de los mas sucios, incómodos y fatales, no ya de la córte sino aun del resto de la Península. ¿Por qué así? A vuelta de algunos cicateros y avaros como el mismo Arpagon, hay otros que no adolecen de tan ruines manías; de manera que á no mediar la corriente irresistible de la costumbre, no sabríamos cómo explicar un suceso que en los pocos dias que nuestros hombres residen en la capi-

tal les obliga á pasarlo peor que el mas miserable jornalero.

Como quiera, y sin pararnos en estos que en la vida habitual del Maragato pueden con razon llamarse pelillos, vamos al caso en que una persona se ve obligada á ir á Galicia. Si el tal es hombre de aquellos que sienten en el bolsillo la especie de peso que tanto contribuye á aligerar el espíritu, y quiere comprar alguna mayor comodidad relativa en su viaje, no tiene mas que enviar un recado á los susodichos mesones de la calle de Segovia, seguro de que no tardará en presentársele alguno de los Carros, Crespos, Francos, Alonsos, Rotas, etc., en que se divide y clasifica toda la Maragatería. No menos seguro puede estar de que le cederá el *cebadero* ó mulo en que monta, aderezado como Dios manda; es decir, con freno, estribos y albarda estrecha, cubierta con su manta de estambre azul rayada de blanco, y que por amor suyo ó de sus monedas (que al cabo lo mismo viene á ser impuesta la estrecha relacion del sugeto y sus haberes) alargará las jornadas, alargará el paso, alargará el descanso, y alargará por fin las comidas. Este linage de viajeros puede llamarse bien molido, porque de esta prueba nadie se libra, pero no mal andante, y así solo á medias merece nuestra compasion.

Mas ¡ay del cuitado que con la bolsa floja, el equipaje tasado, y sin tio canónigo en Santiago, ó pariente comerciante en la Coruña, tiene que llegar sin embargo, á cualquiera de estos puntos! Para este no hay ni cebadero, ni albarda estrecha, ni estribos, ni freno, y mucho menos largueza en las marchas, comidas y descansos. El dia de la salida se baja á buena hora por la calle de Segovia; allí acomodan su avio, se sube sobre una viga de las que sirven de asiento en el



El Maragato.

portal; desde allá sobre un mulo de los de la recua que por todo paso sabe el de la madre; acomódase en una albarda que mas tiene de mesa de billar que de otra cosa; pónenle en la mano un ronzal capaz de desollar la de una mona, y sin mas mullido que una manta no muy honrada, y esparrancado como el mismo coloso de Rodas, emprende su caminata de cien leguas, volviendo sin duda los ojos á Madrid, tal vez para decirle, si es algun pretendiente desengañado, «ahí te quedas, mundo amargo.»

Sabido es que el Maragato por nada del mundo sale de su paso, así se desate el cielo en las lluvias, nieves y vendabales del invierno, como desuelle el rabioso calor de julio y agosto la cara y manos de los transeuntes. A ratos á pie, á ratos sentado entre algun tercio, dormitando unas veces, cantando otras, atendiendo las menos á la distraccion y entretenimiento del viajero, y empuñando no pocas la bota, atraviesa á paso de tortuga las extensas, tristísimas y peladas llanuras de Castilla, desposeidas igualmente de la grandeza del desierto y de las gracias de un pais habitado y ameno, y por añadidura arrecidas en invierno y abrasadas en verano.

A vueltas de semejantes delicias, á vueltas de los tropezones y resábios de la mal regida bestia, y del molimiento sumo del desdichado viajero, sucede llegar á

posadas donde sopas y huevos es el único regalo con que puede acallar su hambre, ó cuando mas algun pollo ó gallina que, á semejanza del cisne, canta para morir; con la diferencia que el uno se duerme en las aguas de un lago, y la otra vá á parar casi revoloteando á la cazuela para mas ejercitar las mandíbulas del viandante.

Por fin, despues de mucho andar y mas penar, llega el desdichado á las frescas orillas del Orbigo, panorama verde y frondoso que cierra con sus prados y espesas arboledas los yermos campos de Castilla. Ya muy cerca, á cuatro ó cinco leguas cuando mas, está la casa del Maragato, donde el pobre caminante sueña la gran ciudad de Jauja en que se atan los perros con longaniza, y se figura que va á representar el papel de Sancho en las bodas de Camacho el Rico. ¡Desgraciado de él, y cómo se ha de acordar de las ollas de Egipto que deja por Castilla! Porque es de saber que en la Maragatería por punto general la abundancia trae á la zaga la suciedad y el desaliño, y le sirve de tremendo contrapeso.

Aunque el viajero haya cruzado á paso de recua toda Castilla, sin embargo, al divisar el Maragato el campanario de su pueblo, se adelanta con su fardo viviente, pues es costumbre aguardar en casa la llegada de sus mulos compañeros de sus fatigas, si no de sus glorias. Nunca faltan chiquillos en el egido del lugar ya propios, ya ajenos, que salgan á recibir al Maragato y aun le escolten hasta sus umbrales, adonde suele llegar en medio de semejante cortejo, repartiendo saludos á derecha é izquierda para responder con su gravedad ordinaria á los de los vecinos y vecinas que se asoman á sus puertas á darle la bien venida. Apéase al cabo en su casa donde su mujer sale á recibirle con mas respeto que efusion, dándole el extraño tratamiento de vos, recogiendo en seguida las alforjas, capa y escopeta, y saludando apenas al viajero, que al ver aquella mujer vestida de tan extraña manera y con tan raras palabras y modales, duda si por ensalmo se ve en otra tierra distinta de España. Su admiracion, sin embargo, sube de punto si por dicha ocurre en casa de su conductor alguna boda, ceremonia á que por fuerza tendria que pararse y asistir aunque llevase el perdon de su mismo padre y estuviese para cumplir el plazo de su sentencia, porque pensar que el Maragato ha de salir de su paso por nada, ni por nadie, es pensar en lo excusado. Son tan nuevas y peregrinas las circunstancias de semejantes bodas, que nos resolvemos á insertar uno de los rasgos mas notables, persuadidos de que su simple narracion ayudará á conocer á nuestro héroe harto mejor que todas nuestras descripciones.

Todos los Maragatos sin excepcion se casan en su tierra, así es que la raza, física y moralmente hablando, se ha conservado pura; pero no solo se casan en su pais, sino tambien ajustándose punto por punto á la voluntad de sus padres y concierto de la familia, que generalmente no toman por base sino la igualdad de los capitales. Circunstancia es esta que en otra sociedad mas adelantada y culta, seria manantial de infinitas desventuras, pero en Maragatería nadie se queja, porque los jóvenes aceptan este destino como el suyo natural.

Así, pues, cuando llega la época en que los futuros consuegros determinan casar á los mozos, el padre del novio y este se encaminan á casa de la novia delante de cuyo padre se hace la demanda con toda formalidad, sin que ninguno de los dos jóvenes tomen parte en la conversacion. Como tales asuntos son cosa de antemano acordada entre las familias, redúcese este paso á una mera fórmula, y en seguida por ambas partes se procede á la compra de los respectivos presentes, cuya lista ofrecemos aquí por su extrañeza y novedad.

El novio regala á la novia el manto de paño negro para ir á misa, de forma rara y poco airosa, pues se conservan al paño sus esquinas, y solo hay unos escasos pliegues sobre la frente; las *donas*, multitud enorme de collares con rosarios y medallas; los anillos que han de servir para el desposorio; el *sayuelo* ó justillo atacado por delante con un cordon de seda que llaman *agolletas*; *vincos* ó arracadas para las orejas, *fajero* ó faja de estambre y *mangas*, una especie de ellas sueltas y sujetas únicamente á la muñeca. La madrina asímismo le ofrece un pañuelo de seda de Toledo para la cabeza.—Los regalos de la novia á su futuro consisten en una capa de paño negro, *almilla* ó sayo de idem con cordon de seda; chalecho de grana con bordados tambien de seda á la portezuela; *bragas* ó calzones anchos, calzones negros (*botines*) *cintas* (*ligas*) de estambre fino con letrero; camisa de buen lienzo comun y calzoncillos con cordon de seda.

Llega por fin la víspera de la boda, y en su tarde se examinan de doctrina cristiana y confiesan los novios, permaneciendo encerrados en sus respectivas casas sin concurrir á la cena que tienen los padrinos aquella noche. Al otro dia no bien despunta el alba, ya la gaita discurre por el lugar tocando la alborada y reuniendo á almorzar á los convidados de la boda. Acabado el almuerzo tocan á misa, y entónces el padrino, el padre de la novia y demas convidados del sexo feo, se dirigen á casa del novio precedidos de la gaita y de los amigos solteros de este, llamados en esta ocasion *mozos de caldo*, que van haciendo salvas con sus escopetas. Luego que entran en casa, el novio se arrodilla y recibiendo la bendicion de su padre, recogido y silencioso en medio del concurso, y al lado del padrino, se encamina á la habitacion de su futura. Las solteras amigas de esta, están ya cantándole á la puerta canciones alusivas, algunas de las cuales tienen gracia por su sencillez, y cuando llega el momento de salir para la iglesia, la jóven deshecha en llanto recibe á su vez la bendicion paterna. Emprende entónces el novio el camino como unos sesenta pasos delante de su prometida, y esta camina de todo punto cubierta con su manto en medio de su acompañamiento femenino que no cesa en sus cantares hasta la iglesia. El cura está ya aguardando en el vestíbulo, y allí es donde se verifica la ceremonia, ajustándose los esposos un anillo á sus respectivos dedos, y ofreciendo las acostumbradas arras. Concluida la misa, sale la gente con el mismo órden que trajo, con la diferencia que el novio y comitiva se quedan á la puerta corriendo el *bollo del padrino*, especie de justa, en que el que mas corre á pie se lleva la cabeza del bollo, repartiéndose lo demas entre los concurrentes en menudísimas porciones. Dirígense en seguida los corredores á la casa de la boda y encuentran á la desposada sentada á la puerta en una silla ataviada con todo el lujo posible en el pais, y muchos dulces, con la madrina al lado y cubierto el rostro. El marido se acomoda al otro lado en una segunda silla, y de esta suerte presencian las danzas con que los festejan sus amigos, hasta que acabadas estas, entra todo el mundo á comer, dejando á la puerta la anterior solemnidad y compostura, tomando la alegría que tan bien cuadra á la ocasion. Despues de la comida *se ofrece*, es decir; saca el padrino un platillo de plata, pone en él por ofrenda una cantidad de dinero, y va dando vuelta á la mesa sin que nadie lo desaire. En seguida la *moza del caldo*, es decir, la amiga del alma de la novia que la acompaña y sirve todo aquel dia, pide para los utensilios de su amiga, como rueca, huso, etc., y los mozos del caldo hacen lo mismo para el novio.

Alzanse entónces, no los manteles porque la mesa sigue puesta todo el dia, sino los convidados, y ya la novia baila con su marido, mientras los mozos del caldo se echan por el lugar á recoger gallinas en casa de los convidados para obsequio de los recien casados,

y si buenamente no se las dan tienen derecho para tomarlas. Para que los novios lleguen á encerrarse en la cámara nupcial, nunca faltan trabajos; pero aun despues tienen que sufrir un obsequio cuya oportunidad les toca calificar á ellos, y es, que á eso de las dos de la mañana los mozos del caldo van á servirles un par de gallinas de las que han recogido, para dejarlos reposar en seguida hasta la madrugada.

Amanece el dia de la tornaboda y los esposos, despues de almorzar juntos, se encaminan á la iglesia con los mismos trámites que el dia anterior, oyen su misa y vuelven á casa festejados por una comparsa de *Zamarrones*, especie de mogiganga que nunca falta en semejantes casos y que les aguarda á la puerta de la iglesia. Al llegar al pueblo se corre el bollo de la boda que la madrina tiene asido en medio del baile y que los mozos de la boda defienden cuidadosamente de las acometidas de los extraños. Se come, se baila, se cena y se acaba la boda.—Cuando el novio es forastero, se lleva su consorte á su lugar desde la iglesia el dia de la tornaboda en medio de todos los convidados, que los acompañan en vistosa cabalgata, mular por supuesto. Por pocos ribetes de filósofo que tenga el viajero, cae entónces en la cuenta de lo que es el Maragato, y encuentra la explicacion de todas las extrañezas que ha observado, diciendo para su capote: «esta gente son una reliquia de otros tiempos, que se conserva sin lesion notable, á pesar de los embates del tiempo y de la civilizacion, y un aparte en esta tierra de las excepciones y anomalías.» Y dice verdad en todo y por todo.

Por lo demas, para fortuna suya, lo duro del viaje está vencido, tanto por haber tenido ya tiempo de acostumbrarse á las delicias de la albarda, cuanto porque el pais que va á cruzar es variado y ameno, y la distancia corta. Por fin llega á Santiago ó á la Coruña, y allí se despide de su guia y de sus bestias; pero si por casualidad es preceptor de latinidad recien examinado y conserva aun algun rencor por los percances del viaje, es probable que no deje de decir entre dientes:

Immanis pecoris custos immanior ipse.

Como quiera, el Maragato que no entiende latin y ademas se encuentra con sus ochavos, así se le da de semejantes alusiones como de las nubes de antaño. No por eso dejará de volver á hacer la péndola entre Madrid y Galicia hasta que las enfermedades le roben sus fuerzas, ó la vejez le ate en su casa con sus ligaduras de hielo.

Esta que acabamos de describir es la casta real ó aristocrática por lo menos de Maragatería que tiene numerosa recua y abundante peculio. Otros hay que mas pobres y humildes recorren menores distancias, y otros por fin que comercian en artículos de consumo inmediato como escabeche y jamones, á los cuales pertenece la excelente y característica estampa que acompaña. Aquellos suelen ser los que conducen á Valladolid o Santiago los estudiantes del Vierzo y comarcas vecinas, raza maleante como lo ha sido siempre, y que al menor descuido del Maragato sacan á los mulos de su reposado movimiento, y van á prevenir posada á su dueño en la universidad con un dia de anticipacion. Asi y todo son carga muy beneficiosa, y si buenos disgustos traen al Maragato, buenos reales le dejan tambien.

Por lo demas cualquiera que sea la ocupacion y riqueza de nuestro Maragato, el lector puede estar seguro de que siempre le encontrará vestido del mismo modo y animado de los mismos sentimientos. Tipos hay en esta coleccion que de todo punto desaparecerán dentro de algunos años, pero muchos, muchísimos se pasarán afortunadamente antes que el presente se borre. Y decimos afortunadamente porque aunque la rusticidad y apartamiento casi absoluto de la cultura social le afean no poco, en cambio conserva todavía una honradez á toda prueba, y ejemplar pureza de costumbres. Al cabo ¿dónde encontrar la perfeccion sin tacha en los hijos del barro y de la culpa? Por eso es divina la fé que quedó escrita con sangre en el leño de la cruz, y encerró todo un sistema de filosofía en una sola palabra; «Caridad.»

Enrique Gil.

LA VIUDA DEL MILITAR.

Los periódicos españoles del menguado siglo en que vivimos, no son otra cosa que un doloroso y noble martirologio. Todas las creencias han engrosado con el nombre de sus víctimas, este triste registro de nuestras desventuras: la independencia nacional, el poder monárquico y la libertad han hallado en este suelo clásico de las convicciones, defensores celosos que han luchado como fanáticos y muerto como mártires. Cualquiera que sea la causa de esta profundísima division en que, para tormento mútuo, unos y otros, hermanos y amigos, hemos vivido y vivimos, cuando la serenidad del triunfo ó la dulzura de la paz nos permite volver los ojos atras y en torno nuestro, no podemos menos de simpatizar, ya que no con adversa creencia, al menos sí con el ardor de esa entusiasta fé que de tantos vencidos ha hecho tantos héroes.

No de los héroes voy á hablar, para esos la trompa épica, si hay quien algun dia, acallado el rumor público, ó rico con su robusto aliento, se imagina que el mundo ha de escucharle. En estos tiempos los versos son como el trino del jilguero sobre el bramido de los mares: dulzura perdida.

Es condicion humana que el héroe no nazca tal, sino que, arrojado sobre la faz de la tierra, como el mísero Job, llora al nacer, regálase mas tarde al seno materno, crece brincando por la pradera, escalando tapias de huertas frutales, trepando á los árboles, sumiéndose en los rios, y esquivando horas á la faena y al estudio. Mas tarde, cuando apunta el bozo en su rostro, deja la escuela por el aula, ó el sable de madera por el de templado acero, el hogar paterno por el cuartel, las peleas de plazuela por las refriegas del campo de batalla. En seguida sóplale el viento de la fortuna é impúlsale su ardor juvenil, crece su entusiasmo, fórmase su educacion, nútrese su alma de ejemplos nobles, ofrécese para ello risueña ocasion, ayúdale el cielo, es un héroe.

Antes y despues del hecho sublime, es hombre y nada mas que hombre: solo en el instante de la inspiracion divina es superior á sus semejantes.

¡Bendiga el cielo estos instantes, y muchos de ellos conceda á esos brillantes jóvenes que forman nuestro ejército, sobre todo cuando se trate de asentar sobre bases sólidas la independencia española! ¡Cuando todos unos, formen nuestros pechos una impenetrable muralla que cerque nuestra patria, en que solo demos entrada á la amistad, y de que rechacemos la condicion y la desleal alianza!

Mientras tanto, sigan esos jóvenes nutriéndose de buena doctrina, severos acaten las leyes rígidas de la obediencia, y entreguen su corazon á la belleza, mientras crece su otra desposada: la gloria. Entregados á sus sentimientos, solo terribles en el campo de batalla, abran el corazon á la placentera fortuna de ver sobre su frente, como luceros del alma, dos ojos ligeramente empañados en tiernas lágrimas, que vierten esa luz misteriosa é indefinible del amor. Si la gloria está en el vencimiento que obedece á la voluntad, la felicidad descansa en la abnegacion que

postra el querer ante la magestad sin trono. El hombre resiste á la fuerza, cede á la dulce y amorosa debilidad; de los trozos del acero vencido, forma un cetro que regala y obedece.

Si hay un sistema de vida que ejerza un influjo poderoso en los afectos humanos, alguno que predisponga á los sentimientos que interrumpen la monotonía de la existencia, de seguro nada que exalte mas la imaginacion hay, ni nadie desarrolla con mas empeño los instintos amorosos, que la carrera militar. La constante ocupacion de ideas morales, el sueño jamas interrumpido de la gloria, que es el misterioso objeto de otro amor no menos sublime, la ociosidad poética de los quehaceres materiales, todo nutre en el áurea esa inclinacion interesante á nuestra naturaleza que nos impele sin treguas hácia lo maravilloso. Y el amor no es otra cosa que el engañador espejo, la fantástica realizacion de una aspiracion indefinida.

El militar, por lo tanto, cruza en sus muchas horas de recreo las calles de nuestras grandes poblaciones; su porte decidido, su traje caprichoso, sus mostachos marciales, y en suma su aspecto varonil place al bello sexo, porque una extraña ley de la naturaleza quiere que jamas el amor anude dos cuerpos iguales, dos semejanzas físicas, sino dos pensamientos morales, no idénticos, sino armónicos.—El que es objeto de esta atencion simpática, ve con la fé, que es la vista del alma, perfecciones indeterminadas en aquel débil ser quo implora, en una mirada, su afectuoso pensamiento, porque rara es la vez que no nace de la frágil compañera del hombre el primer suspiro y el primer deseo. Eva tentó á Adan, y aunque este hecho no fuese una verdad, seria una verídica parábola.

El desenfado militar y el hábito de vencer los mas duros obstáculos son causa de que interprete la hermosa, como extremo y vehemencia de afecto, lo que es tan solo el cumplimiento de una necesidad imperiosa. El militar empieza gustado de una hermosa, la solicita con empeño, en gracia de sus costumbres, y suele terminar aficionándose á ella de un modo extremo, cediendo al imperio de una voluntad no tomada. Esta reunion de circunstancias, el mucho tiempo que consagra el militar á su amada, y el arrojo natural en quien ha emprendido una carrera de aventuras y riesgos, son causa de que se cimente brevemente en bases, aunque deleznables, singulares, la union de estas dos voluntades.

Otras veces, y no son estas pocas, el hijo de Marte, segun el estilo antiguo, para interrumpir el fastidio de su ociosidad, para alimentar su aficion á los contratiempos, ó en fin para vencer el tedio de la monotonia, se entrega al pasatiempo de los galanteos, y sin saber de qué modo, ó sabiéndolo tal vez, concluye en serio compromiso lo que no debió ser sino recreo de algunos instantes. Es lo cierto que, por poco, por escaso que sea el amor ó la certeza del objeto amado, si la voluntad y el firme propósito la ayudan, la mano santa del himeneo pone fin á una extraña série de cartas, citas, ausencias y goces. El militar no tiene residencia fija, y esto aumenta la tristeza poética de su condicion; la ausencia embellece, el papel regado con lágrimas es elocuente, una hoja de rosa mensajera de mil besos, habla al corazon ya enternecido, y las memorias de un ligero favor nutren un afecto naciente. Llega, mas tanto, por fortuna la propicia ocasion de regresar al lugar que fue teatro de tan codiciado triunfo, y el júbilo de un regreso feliz, el cariño que no ha podido disminuir el prosaismo del diario trato, labran poco á poco una situacion de la cual ¡oh dolor! no hay mas salida que una.

¿Qué hacer, en efecto, cuando vencedor en el campo de batalla, objeto de la atencion pública, favorecido con los elogios de la prensa, cubierto el pecho de cruces, y el cuerpo de ligeras heridas, ve un hidalgo militar á su lado una interesante jóven que le ayuda á sobrellevar sus angustias, y se goza en sus alegrias? ¿Una jóven que, posponiendo á tan puro cariño el de un prosáico hacendado y soñoliento, ó sórdido agiotista, ni se cura de bienes que llaman de fortuna, ni teme arrostrar las fatigas de contínuos viajes, ni las escaseces de privaciones contínuas, ni los riesgos y dolores de la prematura viudez? Aun cuando el hombre, en general, escéptico y maldiciente, dude de la existencia del amor en la mujer, el militar, considerando su peculiar posicion, no puede menos de dar crédito á tan noble sentimiento. Porque ni su riqueza atrae, ni su descanso seduce, ni la posicion que da su nombre embriaga; por el contrario, fuera toda rémora, si el idealismo de la fantasía, y la intensidad del sentimiento no imperasen de tan absoluto modo en la naturaleza femenina.

En fin, el amor, como los mas sublimes afectos de la vida, no tiene mas fin que uno prosáico y vulgar. El invierno llega tras de la primavera, la noche tras el dia, la muerte tras la vida, y el santo matrimonio tras el amor. Dios que lo ha dispuesto así, sabrá por qué las míseras criaturas no alcanzamos la causa de esa incomprensible ley que á todo principio da placer, y dolor á todo fin.

Ha pasado el tiempo en que era necesidad de la caprichosa moda maldecir del lazo conyugal, en que era vulgar y prosáico rendir la cerviz á esa posicion final, término de las locuras juveniles. En el dia, por el contrario, ya que no mas morales, mas hipócritas tal vez, es fuerza de las exigencias públicas afectar una rigidez y virtud que raya en la severidad del castigo. Así balumbándose el hombre entre dos polos de error, gira constantemente sobre un eje de fanatismo. No hay medio entre el sí y el no á los ojos de esa pública opinion, reina tiránica que castiga á sus adversarios y no premia á sus amigos.

En punto á matrimonio creo yo, como de otras muchas cosas, que su bondad es relativa. Santo estado para el rico en demasía, y el pobre con extremo; por lo que ayuda al uno á brillar y al otro á padecer; para el acomodo plebeo, modesto en las necesidades del corazon como en las del bolsillo; para el hombre político que debe á la sagacidad de su mujer el secreto ajeno, la reconciliacion y la neutralidad; para el ambicioso que sube en alas de una caricia femenina; en suma, para quien busca el modesto goce ó la inmortal fortuna,—pero dogal para quien metiéndose en sueños poéticos, há menester de libertad para girar por los espacios, de tiempo para engolfarse en las meditaciones, y de entusiasmo para volar á la muerte.

El militar pertenece esencialmente á esta última categoría, y al casarse se suicida é inmola una víctima á un mero capricho. Puede casi asegurarse que, cuando el militar se casa, pierde el estado la ciega abnegacion de un entusiasta servidor, el vergel de las gracias femeninas una flor y planta, la sociedad el vástago de un árbol que ha de dar un dia fruto de dolor. La misma nobleza y el honor acendrado que inspira siempre el ejercicio de las armas, echa en el corazon del militar casado las raices de un afecto de familia, tan prosáico y pacífico que amortigua ese fuego sagrado, sin el cual ni hay acciones heróicas, ni esclarecidos capitanes; y la pobre flor arrancada del tallo materno, no para adornar régios salones, sino para cruzar el orbe entre cieno y sangre; no en busca de un fin glorioso, sino objeto de un recreo secundario, pierde su delicioso aroma. De estos dos elementos, principio de vida, si enlace mas natural los uniese, no nace por lo comun sino una familia que es vástago de otra y otras, ella y sus ramificaciones gérmenes de dolor y miseria.

Los bienes materiales escasean por lo general

para el militar, que ocupado de los timbres de su acero, cuida escasamente de los bienes terrenales. La riqueza no es un elemento de felicidad, pero el bienestar es una condicion indispensable de tranquilidad, base de todo porvenir, y los hijos concebidos en la miseria nacen raquíticos de cuerpo y alma.

Vivia hace ahora mas de veinte años, en un castillo feudal de los pocos que hay todavía en pie en nuestra hermosa patria, una jóven entonces de quince abriles, tan hermosa y pura, que los ángeles si asoman la cabeza por entre el celaje de púrpura la acatáran y amáran. Acostumbrada á vivir desde su mas tierna infancia en el recogimiento y retiro, era su única distraccion cuidar de la venerable ancianidad de su padre, y escuchar como premio la historia de las proezas que habian inmortalizado su apellido. Don Cárlos Osorio era en efecto uno de los mas merecidamente célebres de los tiempos pasados, que recordaba haber pisado como vencedor el suelo de Francia, y haber roto el lazo de la esclavitud en Dinamarca, siendo amigo y compañero del justamente memorable marques de la Romana. Despues de haber pagado á su patria el tributo de su sangre, con la poca que en sus venas le quedaba se habia retirado al castillo de Allariz, patrimonio heredado de sus mayores, en donde cuidaba de su



La Viuda del Militar.

huérfana hija, y desde cuyo punto seguia las hazañas de su único hijo varon, heredero de su nombre, y esperaba él de su nombradía.

Catalina, que tal era el nombre de la pura é inocente solitaria, estaba metida en esos principios severos de honor y delicadeza que van de dia en dia perdiéndose, á medida que las pasiones bastardas de la codicia y egoismo echan raices en nuestro suelo clásico de la exagerada credulidad. El aislamiento en que vivia le daba mas espacio y calma para meditar con mas ahinco y amor la historia de su valeroso padre, que célebre entre sus contemporáneos, habia contribuido á cimentar el mas santo de los principios; la independencia nacional. Su hermano, que á la sazon tambien estaba afiliado bajo las banderas nacionales, alimentaba este fuego del honor en el corazon de la jóven doncella, la cual no concebia dicha mayor que la de estar enlazada por todos los vínculos de la sangre y de los lazos sociales, á una familia de ilustres guerreros. De aquí una terrible predisposicion para recibir en su alma agradables emociones que mas tarde la perdieron.

Los tiempos eran turbulentos, las guerras diezmaban la juventud, é ilustraban á aquella parte que no habia sucumbido en el combate. Acrecentaba esta circunstancia el interes que inspiraba á Catalina la ilustre clase que su padre habia honrado y honrando estaba su hermano. Compañero de este, y muy distinguido, era entonces D. Antonio de Povar, capitan en uno de los regimientos mas conocidos de la época.

Durante una licencia que el hermano de Catalina consiguió para pasar las páscuas en su casa, á ella le acompañó su inseparable amigo el jóven Povar. Era este de marcial apostura, de continente severo, gallardo porte, y mirada serena aunque penetrante. Su lenguaje era el de un hombre á quien no arredra la guerra ni pesa la paz, que espera en la fortuna, y no duerme en esta esperanza. Cortés con las hermosas, digno con los hombres, ni arrogante, ni humilde, ni preciado de sí mismo, ni en demasía modesto.

Durante su corta permanencia en el castillo, Catalina reparó en tan estimables y extrañas prendas, entregando insensiblemente su corazon á la dulce esperanza de ser objeto del afecto de militar tan distinguido. Sus coloquios con él eran afectuosos y sencillos, y lo que sus lábios no se atrevian á decir, sus tiernos ojos lo expresaban sobrado. El jóven oficial, aunque dando entrada en su alma á tan dulce sentimiento, volvió á sus filas despues de manifestar sobrado cuán duradero seria en su corazon el recuerdo de su mansion en el gótico castillo.

Trajo mas tarde la fama á los oidos de Catalina nuevas proezas de Povar, proezas que tenian á sus ojos el doble mérito de ser inspiradas por su amor, y ser juzgadas como hechos heróicos por el veterano Osorio, tan esquivo en alabanzas. Acrecentó esta fama y las apasionadas cartas del jóven vencedor el afecto y ternura de Catalina, quien un año mas tarde volvió á ser el objeto de su amor, entregándose con mas abnegacion y entusiasmo á su pasion.

No tardó mucho en que, siendo de ello consentidores su padre y hermano, diese Catalina la mano de esposa á D. Antonio Povar, el cual, aunque sin bienes de fortuna, jóven y valiente, abrigaba la risueña esperanza de adornar un dia la cintura con una faja de general, ilustrando así su nombre y el de su descendencia. Dispuso la suerte injusta otra cosa: despues de rodar algunos breves años Catalina por los yermos de Castilla, por las fragosidades de Aragon y por las ardientes playas de Andalucía, sufriendo las penalidades todas de una vida contínua de campamento, perdió á su marido muerto heróicamente en una sangrienta refriega, quedando, por lo tanto, viuda con una niña de pocos meses. Como coincidencia desventurada, la vejez habia abrumado á su padre y la guerra á su hermano, pasando el mayorazgo, que era única fortuna de su casa, á una línea lateral, por ser condiciones precisas del fundador que las hembras fuesen excluidas de esta herencia.

La infeliz Catalina, criada en el regalo y la paz, se vió así, jóven y despedazado ya el corazon, entregada á la miseria y expuesta, con su huérfana hija, á sofocar en la pobreza y abandono las lástimas de un dolor mas agudo. Es una creencia que abrigo muchos años hace: nada hay de mas próspero para el desventurado por afecciones morales que el dolor y ocupacion contínua de las escaseces. Se ha dicho, con una verdad de observaciones que maravilla, que

> un cuidado ha muerto á muchos,
> y muchos no han muerto á nadie.

¡Infeliz de aquel á quien el ocio del bienestar le permite entregarse, sin tregua ni descanso, á la agonía incesante del agudo dolor!....

Catalina en su afliccion no halló otro camino que tomar, que venirse á Madrid, con el fin de solicitar la limosna que el gobierno da á las infelices viudas de los valientes, con esa poquedad y tibieza que atestigua la dureza de las corporaciones. Los antiguos amigos de su marido la sirvieron algun tanto durante los primero tiempos, interin no vino el desuso á interrumpir el hilo de sus relaciones. Encerrada dia y noche en la lobreguez de un cuarto humilde, se entregaba sin descanso al cuidado y á la educacion de su hija, como quien cifraba ya en esto solo su porvenir y felicidad.

Así pasó muchos años, sin quejas ni lamentos, viendo á muy pocas personas, y tranquila, ya que no feliz, en su retiro. Aunque escasa su pension de viuda é insuficiente para las comodidades de la vida, en esta tierra clásica de la abundancia y de la frugalidad, se necesita tampoco para vivir que la mísera Catalina no echaba de menos sus antiguas comodidades. Pero los tiempos empeoraron: el desórden en la administracion y hacienda, los gastos de una guerra fratricida y la penuria del tesoro, refluyeron en daño y perjuicio de las que, como Catalina, vivian con el escaso sustento que les daba el estado. De mal en mal, fue haciéndose tan insegura la época de las pagas, que apenas con ellas se podia contar para cubrir las tristes necesidades de la existencia material.

Entonces empezaron para la interesante viuda de Povar las lástimas y duelos: entónces las lágrimas marchitaron su rostro enjuto ya por la vigilia y el ayuno, y entónces la pobre madre empezó á sentir el dolor de amor con extremo, á otro por débil, cuyo valimiento no alcanzaba á reparar tal desdicha. La desgracia une á los seres, y Catalina adquirió entónces, por la necesidad de su posicion, relaciones con otras infinitas viudas, que en igual caso se hallaban y gemian menos. Quiso saber en qué consistia que algunas tan desvalidas como ella no mostraban el mismo terror á la pobreza, ni se asustaban al aspecto del hambre, del frio y de la desnudez. Supo entónces con dolor, que existen en la sociedad plagas de que ni idea hasta entónces habia tenido, y vió con dolor que á veces da el cielo hermosura á las mujeres como en triste castigo y plaga del género humano; supo que el ingenio que escita la miseria, es tan agudo que penetra en lo mas secreto y recóndito de los inventos, que solo la virtud muere de hambre, y que querer es vivir.

Una de sus conocidas le ofreció iniciarla en sus secretos; ni era jóven, ni hermosa, y por lo tanto no temió sus asechanzas. Nada, en efecto, tenia que temer su pudor pues aquella otra viuda, pura, en el sentido del recogimiento femenino, nunca habia recibido con impureza los halagos de hombre ninguno, ni se aventuraba á las orillas del piélago de corrupcion; pero, habia abandonado su suerte á manos del acaso, y ninguna de las conveniencias de esta posicion le era extraña. El dia, para ella, se partia en dos importantes divisiones; la una era consagrada á los constantes quehaceres del cobro de su mezquina paga, la otra con consumir en esas inmundas cloacas en que tantos incautos dejan cada dia su fortuna y su felicidad. Las casas de juego son, en Madrid, el albergue de muchos que, sin mas patrimonio que la vigilancia y la frialdad de su cálculo, abusan del acaloramiento é inexperiencia de los noveles adeptos y se aprovechan de sus arranques de atolondramiento. A estos seres sin alma, que protege la prudencia de sus adversarios, seguia con asíduo afan la amiga de Catalina, arrastrando á esta en tan torcida via. La desdichada viuda luchó infinito, pero al fin sucumbió, no á abandonarse á un tráfico ilícito, á una ventaja conocida; pero á aventurar sus escasos recursos á una carta; en suma, á ser la menos diestra de las *cucas*. Este es nombre significativo que los jugadores dan á ese enjambre de marimachos que frecuentan las casas de juego, que llevan siempre escaso dinero, que apenas juegan, y que, por un secreto que nadie ha podido ó querido adivinar, no pierden jamas.

La hija de la desgraciada Catalina tiene ahora diez años: es hermosa como lo fue la madre, antes que los dolores enflaqueciesen su rostro; tiene la educacion que trasmite la sangre, y la que su madre pudo darle en las horas de su retiro; abriga el instinto de todo lo bello, el amor de todo lo puro. Sin embargo, pesa

su vida acompañando á su madre en las casas de juego; lejos sí, del fatal tapete verde, pero en el corro de compañeras suyas de desventura, y ¡ojalá pudiera decirse de pureza!.... En los instantes de desesperacion, llenos los lábios de imprecaciones, mostrando cuanto de mezquino tiene la naturaleza, se acercan á ellas jóvenes corrompidos, agostados en su tallo, y con chanzas indecorosas tratan de ahogar la rabia de la esperanza burlada. Otras, el júbilo de la ganancia inspira á aquellos mozalvetes dichos que, por ser agudos, no son menos duros á los oidos puros; y por último, de vez en cuando, algun jóven seducido por la exaltacion de las pasiones, no por el vicio, se acerca con aire mas tímido á consolarse de sus pérdidas, dulce y sentidamente, al rebaño de tímidas palomas. ¡Quiera el cielo, protector de la inocencia, que algunos de estos en cuyo corazon no ha podido echar raices el vicio, se incline á la modesta huérfana de Povar, y al contemplar tantas virtudes, contribuya á su felicidad y á la de la desventurada Catalina.

JACINTO DE SALAS Y QUIROGA.

LA MONJA.

Los institutos de doncellas consagradas al culto divino, han sido conocidos de todos los pueblos antiguos y modernos. Los egipcios, los persas y los griegos, tuvieron estos colegios con diferentes nombres; y entre los romanos (cuyas costumbres nos son mas conocidas), es bien sabido que las vestales disfrutaban de las mas altas consideraciones. Al arribar los españoles al Nuevo-Mundo, hallaron con sorpresa tales institutos en aquellos remotos paises; y lo que es mas extraño todavía, con el fin de conservar un fuego sagrado y perenne que formaba una parte de los objetos de su culto, á imitacion de los romanos, y de otros pueblos de Grecia y Asia. Tales eran las llamadas *Pallas*, en el imperio de los Incas, que cuidaban del templo del Sol: no menos notables eran en el imperio mejicano las doncellas sagradas, de las cuales nos han trasmitido algunas curiosas descripciones varios historiadores de los que escribieron aquellas célebres conquistas.

Aun cuando sea poca la analogía que haya entre aquellos institutos y los de nuestras Monjas, y no sea de absoluta necesidad el recordar aquellos cuando se hace mencion de estos otros, siempre es muy digna de observarse y ser tenida en cuenta, la idea de la existencia en tan diferentes pueblos y en casi todas épocas, de reuniones de doncellas consagradas al culto divino. Pero al arribo del cristianismo, tomó esta idea mas alto vuelo, y purificada de las ridículas preocupaciones de la idolatría, pudo dirigirse á un fin mas perfecto. «Habia (dice Fleury al hablar de las costumbres de los primeros cristianos), multitud de doncellas que consagraban á Dios su virginidad, ya por consejo de sus padres, ya por movimiento propio. Llevaban la vida ascética y no se estimaba la virginidad que no estaba acompañada y fortalecida con una grande mortificacion, con el silencio, retiro, pobreza, trabajo, vigilias y continuas oraciones..... En aquellos primeros tiempos vivian la mayor parte de las vírgenes consagradas á Dios en casa de sus padres, dos ó tres juntas, saliendo solamente para ir á la iglesia en que tenian su lugar separado de las demas mujeres.» En seguida describe igualmente la vida de las viudas, que tambien se dedicaban al servicio de Dios, y de las llamadas *Diaconisas*.

Poco á poco estas reuniones fueron regularizándose, especialmente bajo la direccion de algunos varones piadosos: en el Occidente se debió esto con especialidad á la regla de San Benito, la cual, segun varios autores, ya era conocida en España durante el siglo VI. Los monasterios eran entonces por lo comun de los llamados dúplicos ó dobles, porque se componian de dos recintos destinados unos para hombres y otros para mujeres, bajo la direccion de un mismo abad. Todos ellos padecieron mucho y fueron suprimidos en gran parte durante la destemplada persecucion de Witiza, y concluyeron de ser aniquilados en la invasion sarracena. Pero así que los españoles principiaron á avanzar en su reconquista, trataron de restaurar algunos de ellos, movidos, no solamente de un espíritu de devocion, sino tambien por una razon de economía. En efecto, aun cuando sea igual el número de nacimientos de hombres y mujeres, es indudable que las causas de mortalidad son mayores entre los hombres. Mucho mas debian serlo entonces cuando la nacion luchaba entre las convulsiones de una guerra sangrienta y devastadora, disputando el terreno palmo á palmo y regando con su sangre cada terron que conquistára. Por otra parte los combates al arma blanca hacian todavía mayores las matanzas, y en los momentos de tregua, volviendo los cristianos contra sí sus propias armas, deslindaban sus querellas particulares por las vias de hecho, con tanta saña y furor como desplegaron contra los árabes. Todo esto contribuia á que el número de mujeres fuese extraordinariamente mayor que el de los hombres, y que para consuelo de las que no pudiesen, ni quisieran aspirar al matrimonio, se establecieran aquellos asilos de la piedad, y á la vez del infortunio.

Presidian á veces, por lo comun, en aquellas fundaciones, la religiosidad y la munificencia de los príncipes, y á veces las hijas de los mismos reyes daban el ejemplo, encerrándose en el cláustro con las señoras mas notables y las doncellas mas brillantes de la córte. Tales son entre otras muchas fundaciones por este estilo que se pudieran citar, la de San Juan de las Abadesas en Cataluña, y las de Oña y las Huelgas en Castilla. Tambien el espíritu caballeresco de aquella época se revelaba en las fundaciones de los monasterios, y al paso que se instituian las órdenes militares, se fundaban casas para mujeres con el título de Comendadoras. Allí se retiraban á veces las esposas é hijas de los caballeros mientras marchaban estos á la guerra, ó bien permanecian en ellas para llorar su prematura viudez si tenian la desgracia de perderlos en las sangrientas lides. En aquellas casas de Comendadoras la clausura no solia ser tan estrecha, salian con ciertas precauciones fuera del recinto del monasterio, y gozaban de algunas comodidades que hicieran mas llevadera su situacion comparada con su pasada opulencia. Su regla era por lo comun la de San Bernardo.

Recordamos con motivo del instituto, la fundacion del monasterio de las Bernardas de Avila, en cuya iglesia (segun Gil Gonzalez Dávila, tomo II, del Teatro Eclesiástico de España, pág. 258), hay un mármol con los siguientes versos que copiamos, por ser tan curiosos como poco conocidos, y contener varias particularidades muy notables acerca de los monasterios en aquella época.

Don Sancho obispo de Avila señor hourado
dió muy buen ejemplo como fué buen prelado,
fizo este monasterio de San Benito llamado
y dióle muy grandes algos por do es sustentado.
Puso hi muchos dueños y dioles su Abadesa
e dioles libros e vestimentas e iglesia muy cumplida
e de [illegible]oyas la fizo enriquecida.
Puso [illegible]nes que cada dia cantasen
e las horas bien rezasen, e por todos rogasen
dioles rentas con que bien pasasen.

E porque el monasterio fuese bien gobernado
dio la visitacion al Obispo su prelado,
e non de otro regulado.
Andaba la era cuando fue acabado
1388 por mejor ser remembrado,
e dio gracias á Dios el Obispo mucho honrado.

Infiérese de aquí, que en la época en que se compuso aquella leyenda, era mas favorable la opinion á los monasterios sujetos á la jurisdiccion ordinaria, que no á los que obedecian á los prelados de sus órdenes respectivas. En efecto, al propagar sus institutos los fundadores de las órdenes religiosas, en especial las mendicantes, hicieran extensivas sus reglas á las mujeres, decayendo por lo comun la direccion de estar á cargo de los prelados de su órden. Solian nacer de aquí disputas entre los ordinarios y los regulares sobre competencias de jurisdiccion, con mengua de la severidad y disciplina monástica.

Otra clase de Monjas era tambien conocida en España, hasta fines del siglo XVI, con el nombre de *Emparedadas*. Designábase con él á unas doncellas ó viudas, que se retiraban á vivir en alguna habitacion de cualquier iglesia, cuidando de su aseo y limpieza y sin salir de su recinto, de donde les vino el nombre de *Emparedadas*. Su instituto, segun las noticias que de ellas restan, parece aproximarse mas bien al de las antiguas Diaconisas, que no al de las Monjas posteriores.

Diferentes eran las causas que conducian á estas á renunciar al mundo para retirarse por toda su vida y vivir muriendo en aquellos piadosos asilos consagrados á la piedad. Una educacion religiosa y entusiasta conducia por lo comun á ellas, tiernas doncellas, que desconfiaban de un mundo que no conocian, pero que se les pintaba con colores tan negros como exactos. Terribles desengaños, esperanzas burladas, ilusiones desvanecidas, pérdidas de fortuna y otras mil causas dolorosas, solian tambien conducir á ellos algunas mujeres, que cual incautas mariposas habian visto chamuscadas sus alas, al revolotear en derredor de una luz, que las deslumbrara con su brillo, y las aturdiera con suave y engañoso color. No pocas veces la viudez desamparada buscaba un rincon donde gemir, y el arrepentimiento un albergue donde llorar pasados estravios.



La Monja.

Solemnes eran tambien las ceremonias y el rito con que la Iglesia católica habia revestido aquella separacion. Vestida de ropas elegantes, como la que camina al desposorio, se acercaba la pretendiente á la puerta del monasterio con una luz en la mano, rodeada de sus amigas y de sus tristes padres. Allí la comunidad la recibia entonando cánticos sagrados y despojándola de su brillante ropaje, le vestia un tosco sayal, ó bien una blanca túnica, símbolo de su pureza. Sus blondos cabellos, objeto de su orgullo y de su ornato, caian sobre una bandeja al impulso de una tijera; y despues de aquella dolorosa operacion, la abadesa cubria su cabeza con un velo blanco y sencillo.

Un año despues, las puertas del monasterio se abrian por segunda vez á la novicia, y se cerraban en pos de ella, lanzándola del monasterio: veíase entonces de repente en medio de sus padres y de sus amigas, ante un concurso numeroso presidido por varias autoridades eclesiásticas y civiles, para que la emision de su voto fuese sincera, y pudiera recibir toda la proteccion necesaria en caso de una negativa. El obispo en persona, ó su vicario, le dirigian la palabra, pintándole con vivos colores las privaciones á que se exponia si tomaba la resolucion de continuar en su santo propósito, la pureza de alma y cuerpo que exigian los desposorios místicos que iba á contraer, la austeridad que exigian los votos que iba á emitir, y finalmente, la desesperacion que se apoderaria de su alma si imprudentemente se empeñaba en aquel camino, del cual no le era dado retroceder. Al oir su resolucion afirmativa insistia hasta tres veces, exhortándola á retirarse y desistir de su propósito: entonces todavía era tiempo; un momento despues ya no habia lugar á retroceder. Las puertas del monasterio se volvian á cerrar nuevamente en pos de ella con un sonido pavoroso, semejante al de la losa sepulcral, que retumba sobre el ataud, y las paredes del cláustro parecian al repetir aquel eco lúgubre, decir á sus oidos: *para siempre*. La muerte misma no era suficiente para arrancarla de aquel recinto, dentro del cual recibian sepultura sus despojos mortales, separados aun entonces del resto del mundo. Una huerta no muy espaciosa, objeto á la vez de utilidad y de único recreo, era todo su mundo; las altas paredes que la hacian impenetrable á las miradas curiosas en todo su horizonte.

Su vida, aunque monótona, participaba de los sencillos placeres de la inocencia y de aquella tranquilidad interior que se aproxima á la bienaventuranza, y que es la única dicha del hombre sobre la tierra. Las olas de la amargura penetraban rara vez en aquellos retirados asilos; la iglesia velaba con esmero por la suerte de sus hijas predilectas; sus pequeños defectos eran escrupulosamente vigilados y corregidos; y cuando la discordia y las pasiones venian á turbar la paz habitual de sus silenciosas bóvedas, la voz del sacerdote se dejaba oir allí robusta y dominando los rumores de aquella pequeña tempestad.

Tal fue por muchos años el estado de las Monjas: favorecidas de los príncipes, mantenidas por la grandeza, respetadas y aun veneradas por el pueblo, sucediánse tranquilamente unas á otras de generacion en generacion, cual se suceden los árboles en los incultos bosques, creciendo los retoños sobre los despojos que les dieran ser. Vióse entonces á muchas de ellas descollar en diferentes ramos y conquistarse un lugar harto honroso en la historia de la Iglesia y hasta de la literatura, para prez y gloria de su sexo. Bastará citar entre ellas el nombre de Santa Teresa, no menos célebre por su espíritu religioso, que por sus escritos, sus acciones y su célebre empresa de la Reforma.

Pero pasaron aquellos tiempos, y ya á fines del siglo XVII, dejóse oir por varias partes un rumor sordo contra los institutos religiosos. Creció este durante el siglo XVIII, yendo en aumento progresivamente, y ¡cosa extraña! se las ridiculizó aun mas ágriamente que á los frailes, sin consideracion á su sexo y á la imposibilidad en que se hallaban de volver por sí. La sátira y el ridículo se apoderaron de todas sus acciones y palabras. ¿Quién no ha oido un cúmulo de anécdotas vulgares sobre su culti-latini-parla, y los graciosos quid-pro-quos en el rezo del oficio divino? ¿y quién ignora aquel manoseado refran con que se pondera la importunidad de sus regalos, y que suele aplicarse á ciertos presentes de mal agüero? Pero donde se dirigieron principalmente los tiros y las invectivas, fue contra la educacion que daban á sus educandas, y que ha pasado hasta nuestros dias con el apodo de gazmoñería monjil. No se quedó corto en cuanto á esto Isnarco Celenio, en su célebre comedia del *Sí de las Niñas*, y con todo sus invectivas en el dia parecen imperceptibles, á vista de otros escritos posteriores sobre las Monjas.

En efecto, llegó el año 34, y todos los escritores prosistas y poetas, tuvieron comezon por escribir acerca de ellas y sacarlas á lucir en todas sus composiciones. Descolgáronse los novelistas con la *Monja sangrienta* y la *Abadesa*; la *Monja Alferez* que pocos años antes habia salido á lucir el talle, pudo ya desde entonces campar por su respeto, como lo habia hecho en vida. Los folletinistas, que vienen á ser las guerrillas del gran ejército literario, llenaron los cuartos bajos de todos los periódicos político-sociales, con novelas traducidas ó refundidas en que intervenia alguna comunidad de Monjas, ó cuando menos la superiora de algun convento. Al mismo tiempo las puertas de las estamperías estaban llenas de láminas monjiles, en cada muestra habia una Eloisa junto á una Julieta, una Monja orando, mas allá, en otra estampa, una novicia dando á besar la mano á un jóven por entre las rejas del locutorio, mientras que una vieja con anteojos los acechaba desde la puerta.

Pero los que han explotado de lleno el tipo desde entonces hasta ahora, han sido los autores dramáticos. ¡Virgen del Tremedal, y qué avenida! Del año 34 acá, no ha habido apenas comedia en que no hayan salido Monjas, y á poco que siga el turbion, las actrices van á encarecer los hábitos. Un drama sin Monjas es poco menos que una ópera sin timbales, y es cosa de ver, cómo aquella parte del público que oye misa casi todos los dias de fiesta, se extasia con un trozo de maitines cantados al arpa, porque es de rigor en los maitines teatrales el acompañamiento de arpa.

Pero lo mas notable es la exactitud con que están representadas en tales dramas las escenas de la vida monacal. Allí los hombres entran y salen por la puerta ó por las bardas con una franqueza que encanta, y se meten de rondon en el cuarto de la Monja que buscan. Esta se halla vestida con su túnica blanca y escapulario azul, que es trage de rigor, y suele estar en aquel momento postrada ante un crucifijo, con su correspondiente lamparita, diciendo cosas tiernas y patéticas, como v. g., que el crucifijo le recuerda la memoria de su novio, y que la pasion de Cristo fue tortas y pan pintado para lo que ha tenido ella que pasar. Porque es de notar que la muchacha no estaba por toca, sino por *casaca*, pues se hallaba perdidamente enamorada de un mocito de mala cabeza, pero buen corazon, mas su padre, que es un vejete testarudo si los hay, se empeña en casarla con un caballerote de mala entraña y siniestra catadura, al cual no puede ver ella ni aun pintado, mas que se lo pesen de oro. Pero á lo que está mas apurada, entra el galan y la convence de que lo mejor es irse con la música á otra parte, y *velis nolis* se la lleva por la puerta del jardin ó por algun subterráneo, y cuando no, todo se reduce á tirarse de la torre abajo, que para casos tales paga la empresa un tramoyista.

Por lo que hace á los caractéres, todos, lo mismo en dramas que en novelas y folletines, son cortados por una tijera. Es de rigor que la superiora sea algo boba, pero que quiera mucho á la educanda, novicia ó lo que fuere, la tornera será chismosa é intrigante, la vice-superiora envidiosa é hipócrita. Habrá tambien una novicia íntima amiga y confidente de la cuitada doncella, y, si es preciso hacer reir un poco se meterá por medio el demandadero, que es papel muy socorrido.

Tal es el modo de pintar á las Monjas comunmente, y por él así conoceremos el tipo, como las costumbres de España por las traducciones y refundiciones, que

á cada paso nos echan á las barbas las empresas de teatros.

Con estas ideas que bullian entonces en muchas cabezas, sobre la tortura en que vivian las Monjas, lo arrepentidas que estaban de su vocacion llamándose á engaño, las arterías y amenazas con que á muchas se las habia reducido á tal estado, esperábase que en el punto en que se abrieran las puertas de los conventos se llenáran de Monjas las calles y los paseos. Recordábase á este propósito la escena que pintó Montengon en su Eusebio, de una jóven á quien sus padres habian convencido á latigazos para que se metiera Monja, con objeto de acrecentar el patrimonio de sus hermanos; citábanse algunos casos análogos, y los periódicos trascribieron al mismo tiempo algunas cartas de varias Monjas, pidiendo al gobierno su exclaustracion y pintando con horribles colores la persecucion de que eran víctimas. Ya los enamorados de oficio se preparaban á la conquista de las *pálidas bellezas*, como entonces se decia, y los coleccionistas de cartas amorosas preparaban en sus neceseres un espacio destinado para *seccion de Monjas*. Aun recordamos haber visto por entonces varios billetes de este género en poder de un oficial, que solia enseñarlos á cuantos gustábamos verlos, respondiendo él de su autenticidad: bien es verdad que el pobre era mas devoto del quinto, que del sesto y octavo.

Pero llegó la hora, las puertas de los monasterios se abrieron de par en par, y el gobierno obsequió á las prófugas con la halagüeña perspectiva de un estanquillo; mas ellas estuvieron quietas en sus conventos y las que salieron se han calculado en la proporcion de una por doscientas. Al ver tan inexperada resistencia se las sitió por hambre, y el bloqueo fue por algun tiempo *ainda mais* rigoroso que o d'Almeyda: se las privó de sus bienes, y aun sus ahorros y sus mismos dotes no se libraron de las rapantes uñas de la Amortizacion. No faltaron tampoco agentes subalternos, que en vez de suavizar las medidas del gobierno, las exasperaron en cuanto estuvo de su parte, sembraron la cizaña dentro de la clausura, se complacieron en expulsar las Monjas de los sagrados recintos donde pensaban acabar sus dias, y los demolieron infructuosamente, para arrancarles hasta la esperanza de volver á ellos: finalmente, para quitarles hasta el consuelo de comunicarse sus penas las dispersaron, trasladándolas á monasterios de diferentes órdenes. Su virtud se trató de gazmoñería, sus padecimientos se atribuyeron al despecho, su constancia se calificó de fanatismo, cual si no mereciera calificacion mas honrosa el dejarse morir de hambre, ó arrastrar una vida semejante á una lenta agonía, por no faltar á sus votos y solemnes compromisos, por no desertar de sus banderas.

Desde entonces su existencia ha estado á cargo de la piedad pública, y de la generosidad nunca desmentida de los españoles. El bello sexo hubo de encargarse en todas las principales poblaciones, de velar por la existencia de las Vírgenes del Señor y la humanidad respondió á sus voces. ¿Y quién pudiera leer sin conmoverse aquellas desgarradoras palabras con que se anunciaban al público sus padecimientos y las tristes pinturas de la extrema necesidad á que se hallaban reducidas? Unas veces se anuncian por boca de un prelado, que ve morir sus hijas de inanicion sin tener un pedazo de pan que alargarles, ni una medicina con que calmar sus dolores. Otras veces por la solicitud de una alma compasiva que grita á la puerta del templo «¡un bocado de pan para las pobres religiosas!» Por lo general han sido mayores los padecimientos de los monasterios situados en pequeñas poblaciones: en algunos se han visto precisados á comer los desperdicios de los manjares mas groseros, en otros habiendo vendido hasta los últimos muebles se hallan reducidas á no tener dónde sentarse y dormir sobre el suelo, cubriendo con los últimos harapos de los miserables hábitos sus miembros transidos por el hambre y por el frio.

Cuántas veces á media noche al salir de las tempestuosas orgías, ó bien acosados por el insomnio, habreis oido el melancólico sonido de un campana, cuyo eco se pierde en el espacio turbando ligeramente el reposo en que yace la naturaleza. Aquel pequeño ruido llama á las Vírgenes del Señor, que dejando sus pobres lechos se reunen para dirigir plegarias al Altísimo, y con acento pausado y misterioso le piden perdon de sus pequeñas culpas y de los delitos del pueblo, implorando al mismo tiempo sus bendiciones sobre los que las persiguen. Una pequeña lámpara, sustentada con el aceite de que se privan en su alimento, pende en medio del santuario, y su trémula luz ilumina apenas las altas ojivas del templo y las sombras de las recónditas capillas. Entre tanto en la casa vecina se oye el concierto de una estrepitosa orquesta, los balcones abiertos para renovar el ambiente despiden un raudal de luz, mil antorchas iluminan los vastos salones donde reinan el bullicio y algazara. Allí mezclados en voluptuosas danzas, jóvenes elegantes y apuestas bellezas, se agitan en caprichosos giros, mientras que sus sentidos todos se hallan bajo la influencia de un aturdimiento indefinible que embota la sensacion y hasta los goces mismos.

Aquella es la casa del banquero opulento, del aristócrata nuevo que compró por una cantidad insignificante los bienes de las vírgenes del Señor, arrebatándoles sus dotes y su mantenimiento. En aquel momento gasta en un festin las rentas con que durante un año se mantuviera toda la comunidad; y con todo, al oir los melancólicos tañidos de la campana, que resuenan cual misteriosas aldabadas en la puerta de su corazon, sus lábios se han plegado con ironía, y los jóvenes y las bellas dejando por un momento sus placeres y amorosos coloquios, han calificado á las Monjas de necias y fanáticas, su austeridad de locura, sus virtudes de hipocresía. ¡Así juzga el mundo!

Quizá parecerá demasiado sério este artículo á muchos de nuestros lectores que esperarian probablemente oir picantes anécdotas de locutorio, chistosos quid pro quos en el rezo del oficio divino, golpes de candor y de chocante sencillez, las travesuras de las novicias, las industrias de los demandaderos, golpes magistrales de los capellanes, los apuros de los padres confesores, comentarios sobre los dulces, las natillas y los escapularios y otras mil cosas á este tenor, que de sabidas se callan. Sensible nos será el haber defraudado tales y tantas esperanzas; pero en verdad que estamos muy lejos de arrepentirnos: en efecto prescindiendo de lo manoseado que está ese género de anécdotas monjiles, parece lo mas adecuado al describir un tipo, hacerlo segun las impresiones del momento. ¿Y quién seria capaz en el dia de tratar festivamente y con ligereza á toda una clase tan respetable á un tiempo bajo su aspecto religioso, como digna de lástima por su aciaga suerte? ¡De tigre tuviera el pecho quien á vista de sus actuales padecimientos diera cabida en él á otro sentimiento que al de la compasion!

Por otra parte el entredicho que pesa sobre estos institutos, prohibiéndoles el dar velos y admitir profesiones, los condena á morir de inanicion: por esta causa al hablar de varios de sus actos y en especial de la emision de sus votos y el ingreso en religion, los hemos consignado en pretérito, como pertenecientes á la historia. Un solo instituto ha logrado levantar de sí el entredicho, y es el de las hermanas de la Caridad. Los hospitales, hospicios y otros establecimientos de beneficencia reclamaban esta medida, y los pueblos mismos la exigian del gobierno. Una vez levantada la prohibicion, multitud de jóvenes piadosas han corrido á llenar las vacantes: los pueblos, se han

apresurado á llamarlas movidos de razones poderosas de aseo y economía, y hasta nuestras antiguas colonias americanas han pedido algunas de ellas, facilitando los recursos necesarios para el objeto.

En algunos pueblos extranjeros se han puesto ya bajo su direccion casi todos los establecimientos de beneficencia, los colegios de ciegos y sordo-mudos, y lo que es mas extraño hasta las casas de correccion, teniendo en estas á su cargo las personas necesarias para ejecutar las disposiciones penales repugnantes á su piedad y á su sexo. Los ensayos que se han hecho no han podido ser mas satisfactorios, y hacen desear que se intentasen en nuestra patria, cuyos establecimientos de beneficencia se resienten por lo comun de un desaseo repugnante, y de las dilapidaciones mas monstruosas autorizadas y sancionadas por la costumbre.

Jamas las órdenes del gobierno ni las predicaciones filantrópicas de los humanitarios, ni la vigilancia y el rigor mas esquisitos lograrán introducir en los establecimientos públicos la abnegacion, la limpieza y la puntualidad que reinan en los departamentos confiados á las hermanas de la Caridad, y mucho menos su esmero por aliviar no solamente los padecimientos físicos, sino hasta los morales de los infelices confiados á sus desvelos.

¡Hay cosas que apenas y con gran dificultad consigue el oro, y que son harto sencillas y asequibles para la fé y la piedad cristiana!

VICENTE DE LA FUENTE.

EL SEISE DE LA CATEDRAL
DE SEVILLA.

Tu buena fortuna no te ha conducido nunca, lector benévolo, á la hermosa ciudad llamada por Mariana «noble y rica entre las primeras de Europa;» por Calderon «gala de las ciudades;» por Montalvan «sal de Andalucia;» por Cervantes

«Roma triunfante en ánimo y riqueza;»

y de la cual dijo el docto Aldrete que «por muy largo que uno fuera en su elogio, siempre se quedaria corto.» ¿No has visto nunca á la cuna de Murillo, á la patria de Rioja y Arguijo, á la madre de Velazquez y de Herrera? ¿No has visto á la ciudad cuyos pies besa blandamente el Guadalquivir con sus limpias y serenas ondas, á la que encierra en sus muros el preciosísimo alcázar de los antiguos reyes moros, la magnífica Catedral, la suntuosa Lonja y la eminente Giralda? ¿No conoces á la opulenta, á la célebre sobre toda alabanza, insigne á maravilla, famosa á todo ruedo, gloriosa entre las mas gloriosas ciudades, á la poética, á la encantadora Sevilla?

Si por ventura has gozado de tantos y tantos placeres como brinda tan nunca bien ponderada ciudad, habrás oido hablar alguna vez del tipo, cuya monografía me propongo escribir, contando con que tú te propondrás leerla, pio lector: reciprocidad sobradamente justa. Entonces nada tiene de extraño que recuerdes las gurulladas que en las tardes de la octava de la Concepcion ó del Corpus invaden las gradas de la catedral, y entran por sus anchurosas puertas con el deseo de oir la música y de ver bailar á los Seises. Habrás penetrado, supuesto aquello, en la gótica basilica, prodigio del arte, templo digno del Dios á quien está dedicado, cuando la luz del crepúsculo de la tarde colora apenas los pintados vidrios de sus altas ojivas y rosetones, y cuando empiezan á lucir con todo su esplendor los gruesos cirios colocados en sus anchas columnas, los cuales alumbran las espaciosas naves y el terso pavimento enlosado con riquísimos jaspes. Habrás respirado aquel ambiente empapado en el suavísimo olor del aromático incienso cuyas nubes velan el suntuoso altar de plata y ondulan en las elevadas bóvedas, y por último habrás visto *bailar á los Seises.*

A la verdad, la escena que voy á describir es de las mas bellas que ofrece el espléndido culto que siempre se ha tributado en la catedral de Sevilla al Dios verdadero, y una de las mas interesantes que presenta el catolicismo en sus festividades.

Los Seises, como indica su propio nombre, son seis; mas en las danzas bailan diez: para este caso se visten de Seises los colegiales ó *mozos del coro* de mas baja estatura. El autor de un manuscrito, que posee un amigo nuestro, titulado: «Ceremonial de la Santa Iglesia de Sevilla desde 1677 á 1681,» describiendo la fiesta del Corpus, dice: «vestido, pues, su Ilma., vienen los Seises y le bailan, habiendo antes bailado al Santísimo Sacramento delante de la custodia, luego á los tribunales, primero á la inquisicion y despues á la ciudad. Es de advertir que estos niños son diez, vestidos con baqueros y calzones de tela carmesí, y gorras y otros aderezos que paran en poder del veedor; y son los Seises que hay, y *los que faltan suplen collegiales los mas pequeños.*» Relacion que indica la antigüedad de aquella costumbre.

Colócanse, pues, los diez Seises ó *niños cantorcicos*, como en otro tiempo se llamaban, ante el altar mayor en dos filas de á cinco una en frente de la otra á los dos lados del retablo, de modo que no vuelvan las espaldas al Santísimo Sacramento, que brilla en un trono de plata, terciopelo y diamantes, y dan principio al baile, tañendo las castañuelas de marfil, y cantando, si es la octava de Concepcion, los siguientes villancicos, que aunque carecen de mérito literario, son los que hace mucho tiempo sirven para estas festividades.

Salve, ¡oh Vírgen! mas pura y mas bella
Que la aurora y que el astro del dia;
Hija, Madre y esposa ¡oh María!
Y la puerta de Dios oriental.

ESTRIBILLO.

A la Madre de Dios escogida.
Compañeros cantad,
Y de España Patrona real,
Compañeros cantad, concebida
Sin pecado original.

COPLAS.

Norte fijo en el mar proceloso,
Nos libertas del duro naufragio,
Arca santa, que fuistes presagio
De salud y de vida al mortal.
Porque á ti ni el silbido espantoso
Del soberbio aquilon se resiste,
Ni del cócito impuro acreciste
Ni un momento el inmundo raudal.

En Carnaval y en la octava del Corpus cantan estos otros:

Candor de la luz eterna
Que para no deslumbrarme
Ocultas tus resplandores
Y me mandas acercarme;
Mira que estoy en tinieblas,
Y que soy tan miserable
Que hácia tí no puedo irme,
Si tú hácia ti no me atraes.

ESTRIBILLO.

Sol de justicia,
Que entre celajes
Te has escondido
Para incendiarme,
Haz que á mi pecho
Tu amor inflame.

COPLAS.

Aunque estoy ciego y desnudo
No debo desalentarme,
Porque en este Sacramento
Tengo con que remediarme.
Dime, luz inaccesible,
Fuego de ardor inefable,
¿Cómo te recibe el hombre
Y tan torpe y frio yace?

La danza es muy vistosa y sencilla. Se reduce á simples calados, cadenas y vueltas formando lineas undulantes: el paso es el de wals.

Un espectáculo tan primoroso, y hasta cierto punto raro, atrae multitud de personas así de la ciudad como forasteras. Cuando los Seises bailan, las naves principales de la catedral están llenas de todo en todo de sugetos de diversos sexos, edades y condiciones, desde el niño de pecho hasta la provecta santurrona y el octogenario inválido; desde el almibarado pisaverde hasta la desenvuelta cigarrera con las enaguas frisando en la pantorrilla, el delantal de coco, la mantilla de tira al desgaire pendiente de los hombros y el pelámen recogido en una ancha castaña sobre el cogote. Todos acuden á ver bailar á los Seises; y si un curioso asomase su cabeza por una de las puertas de la sacristía, que está detras del retablo mayor, veria por entre los dorados hierros de la gallarda reja del presbiterio un inmenso conjunto de niños en brazos de sus madres ó nodrizas embebecidos con la danza, una multitud de páparos con tanta boca abierta é infinitos mozos y viejos que van á la iglesia, unos por devocion, otros por pasatiempo, tal porque va con su dulce prenda, tal para pasar revista á las muchachas que asisten y saludarlas con los requiebros de costumbre. Y mientras los Seises, acompañados de la capilla de música, pueblan el viento con sus delgadas y acordes voces, y baten las ebúrneas castañuelas, formando círculos, cuadrados y triángulos con los penachos de sus sombrerillos, las garridas sevillanas de negros y rasgados ojos, de sonrosada y breve boca, de rostro ligeramente moreno, de gracioso talle, de tornátiles pies, ocultos hoy ¡mal pecado! en los pliegues de los andalarios, que han sustituido á la airosa y corta saya propia de las andaluzas; las sevillanas, repito, quinta esencia de la gracia, nata de la sal, y flor de lo bueno, burlan la vigilancia de sus dueñas y hacen disimulados guiños y señas de toda clase al atildado galan que como embutido en una de las gruesas columnas, mirando al soslayo, no pierde ni el menor movimiento de su Filis, ni el mas mínimo volver de cara de la sesentona que la acompaña. Hay tambien madres que haciéndose alcanzadizas, fijan atentamente su vista en la danza de los Seises, mientras que un barbilucio jóven introduce boniticamente en la mano de la niña un billete amoroso, y cuando esta operacion se ha concluido, la buena de la mamá vuelve la cara, da con el abanico en el hombro á la muchacha, y le dice, señalando al altar mayor:—¡Qué bonito!—¡Qué bonito! repite la doncella. En seguida la madre, sin apartar la vista del religioso baile y en voz baja, le pregunta:—¿Te ha dado algun papel?—Sí, aquí está. Y ambas desean que la fiesta se acabe, para reirse con el vergonzante novio, examinar su alcurnia desde su mas alto orígen, y su hacienda hasta el último ochavo.

De estos lances no faltan en la catedral en ocasiones semejantes, en que los Seises son la envidia de los muchachos, la admiracion de los papanatas, el pretesto de los amantes, el entretenimiento de los hombres curiosos y el alma de la fiesta.

Cuando los Seises acaban de bailar, sueltan sus torrentes de armonía los dos excelentes dobles órganos, tocados por tan diestras manos como las de Gomez ó San Clemente, y empiezan á retumbar en las bóvedas los sones de las veinte y cinco campanas colocadas en la gigantesca torre; en seguida se oculta al Santísimo Sacramento, y el gentío abandona complacido la catedral, derramándose por todas las calles contiguas. Tal es el espectáculo conocido con el nombre de *baile de Seises* en el que estos lucen sus sencillas habilidades y sus primorosos trajes. La escena es de suyo interesante, agradable y digna de ser presenciada. Tal vez nuestra desabrida pluma no habrá acertado á presentarla á la imaginacion del lector en toda su poética viveza. Pasemos á dar algunas noticias acerca del orígen y de la vida de los Seises

Fácil cosa seria probar que las danzas han sido parte del culto así en la ley natural, como en la antigua y en la de gracia; y para llevar á cabo esta empresa nos habian de servir los testimonios de graves y sesudos varones, en sumo grado respetables y en todo extremo eruditos, si bien un tanto apelmazados en su estilo, y un mucho prolijos y copiosos. Si tal cosa nos hubiera pasado por las mientes, figurarian en este artículo numerosas citas de la Sagrada Escritura. María, hermana de Aaron, y la hija de Lepte ¿no hicieron lo que hoy hacen los Seises? ¿Qué fue en suma David sino un Seise de elevado linaje vestido á la usanza de aquellos remotos tiempos? ¿No dijo el mismo Dios en el Levítico, al prescribir las ceremonias que debian usar los hebreos en la fiesta de los tabernáculos: «tomad ramos de verdes palmas y de otros árboles, y con ellas *saltad* dentro del santuario en señal de agradecimiento.»

San Basilio, D. Martin de Alaya, obispo de Guadix. San Paulino, Aurelio, Prudencio y otros, elogian la práctica religiosa de las danzas y atribuyen su orígen al mismo Dios. El doctor Matías Laguner, el licenciado Lara, Covarrubias, Bobadilla, Caro, Roman, Zúñiga y Santo Tomas de Villanueva, refieren y alaban la costumbre de danzar ante el Santísimo Sacramento, practicada en las iglesias de Sevilla, Toledo, Yepes y Valencia; si no temiéramos, en fin, menguar la paciencia de los lectores, aun podriamos añadir algunos nombres á la cáfila de escritores citados, los cuales tratan de este punto.

Creen algunos que la danza de los Seises es un resto de las antiguas famosas *representaciones* y de las vistosas *danzas* de varias clases que acompañaban á la procesion del Corpus en ciertas ciudades principales de España. Parécenos esta opinion fundada, y no vacilamos en adherirnos á ella. Lo cierto es que el autor de estos renglones, por llenar mas cumplidamente su encargo, ha registrado antiquísimos é importantes documentos, y consumido su paciencia leyendo grotescos caractéres, que mas parecen signos de música que de escritura, á fin de ver si lograba desentrañar á punto fijo el orígen de los *niños cantorcicos* ó Seises. Todo ha sido en vano.

Lo único que hemos podido averiguar respecto á este asunto, es, que por una bula de la Santidad de Eugenio IV, dada en Florencia en 24 de setiembre de 1439, se destinó la racion núm. 20, media para el maestro de capilla y media para los Seises: así está asentado en el *libro de entradas* existente en la contaduría mayor de la catedral. Consta igualmente en los protocolos del archivo de la misma iglesia, que Julio III, por una bula fecha en Roma á primero de junio de 1554, prestó su consentimiento á la creacion del magisterio de capilla.

Es fama que cierto señor arzobispo de Sevilla quiso

suprimir las danzas de los Seises, por creerlas poco conformes al decoro y reverencia debidos al augusto Sacramento. Con este motivo, segun se cree, el cabildo fletó un barco y envió á Roma los Seises con el maestro de capilla, para probar al romano Pontífice, delante del cual ejecutaron sus bailes, que los trajes y danzas podian avenirse con la solemne gravedad del culto religioso. Quizá este viaje se verificaria cuando se instituyeron los Seises, ó tal vez por los años de 1690, siendo arzobispo de Sevilla D. Jaime de Palafox y Cardona, celebérrimo por haber entablado en contra del cabildo mas de cien pleitos relativos al ejercicio de la jurisdiccion y á materias litúrgicas. Aquel prelado tuvo notable empeño en extinguir las *danzas* que en lo antiguo costeaba el ayuntamiento de Sevilla; para que acompañasen á la procesion del Corpus. Nada tiene de particular que sus escrúpulos se extendiesen á los bailes de los Seises, toda vez que en la *consulta* que el cabildo hizo al maestro de ceremonias en la citada época, estaban aquellos comprendidos. Como quiera que sea, no ha habido ocasion de acreditar con documentos fidedignos un rumor, que corre en boca de muchas personas ilustradas.

En el sentir de otros, la disputa fue solo acerca de



El Seise de la Catedral de Sevilla.

si los Seises habian ó no de bailar *con el sombrerillo puesto* delante del Santísimo Sacramento, y añaden, que el cabildo impetró con feliz éxito un privilegio de Roma, para que los niños cantorcicos bailasen de aquella manera. No falta quien dice que la gracia fue reducida al tiempo que durasen los trajes que vestian los Seises al tiempo de la concesion citada, añadiendo que por este motivo no pueden renovarse del todo las vestimentas. Pero ninguno de los apuntados rumores merece crédito, ni ha podido ser comprobado plenamente. Demos algunas noticias acerca de la vida de los Seises.

Pertenecen estos por lo regular á la clase media. Hijos de honrados plateros ú otros artífices, de escribanos ó procuradores, de comerciantes fallidos ó de viudas de militares, son los que se dedican al canto y pretenden la plaza de Seise, despues de haber lucido su voz en alguno de los numerosos rosarios que en otros tiempos mas que hoy, paseaban de noche las calles del devoto pueblo de Sevilla. A los ocho ó nueve años, pues en llegando á los diez no podian ser admitidos en clase de Seises, buscan sus padres personas conocidas del maestro de capilla, cuando hay vacante por supuesto, á fin de que en el exámen de la voz no sea rígido, y caso de haber otros aspirantes, sea el recomendado propuesto en primer lugar al cabildo. Verificase esto así, merced á la diligencia y empeños de los amigos; el maestro propone los que cree mas á propósito y el primero á aquel por quien ha tenido mas fuertes compromisos; el cabildo los oye cantar y eligen los canónigos á los recomendados por sus amigos, amas de llaves, sobrinas ú otras parientas, supuesto que en punto á música y voces no deja de ser el cabildo juez incompetente.

Alonso Morgado en su *Historia de Sevilla* (1587) dice, hablando de la música de la catedral: «los Sei-

ses son los muchachos de mejores voces que pueden hallarse.» En tiempo de este autor tal vez la censura del maestro de capilla seria mas inflexible, y mas inteligente en música, y con medios por consecuencia para ser mas justo el cabildo; si ya no es que el método de elegir los Seises ha tenido variaciones.

Viven estos en el colegio llamado de San Miguel, bajo la direccion del maestro de capilla y del rector, y usan de varios trajes. El de casa se compone de media negra, calzon corto de paño del mismo color, chaqueta negra de lo mismo y manto encarnado. A la iglesia asisten diariamente con sobrepelliz y manto ú opa encarnada, costumbre que ya existia en 1532, segun se colige de las siguientes palabras copiadas del *libro de Estatutos de la Santa iglesia de Sevilla*, cuando habla de los colegiales ó mozos del coro: «traerán opas moradas é no sean coloradas, porque haya diferencia de los otros Seyes.»

Cuando salen los Seises de paseo, ó van á visitar á sus parientes, visten el manto encarnado, hoy de paño, *in illo tempore* de rica grana, bonete del mismo género y color, beca azul, media negra y zapato de cordoban con orejillas y botones de metal.

Pero el traje mas galan y lucido es el que les sirve para danzar en las octavas del Corpus y de Concepcion y en Carnestolendas, y con el que está representado el figurin que acompaña este artículo. Compónese de un sombrerillo forrado de raso blanco, el cual tiene al frente una roseta del mismo género, plegado, de donde parte el plumero de una tercia de alto, celeste y blanco: la copa está rodeada de una cinta de los mismos colores. El año de 1837, siendo mayordomo de fábrica el Sr. D. Manuel Lopez Cepero, tuvo alguna variacion la hechura de los sombrerillos, que en aquella época se hicieron nuevos. La copa tomó la forma cilíndrica, por la parte superior ligeramente ovalada; el ala es ancha, á la chamberga, y recogida por el lado izquierdo de donde parten unas cuantas graciosas plumas blancas y celestes que caen en el lado opuesto. Ciñen el cuerpo con el baquero, el cual viene á ser un roponcillo que llega desde el cuello hasta la pantorrilla, abrochado por delante con botones de oro y adornado con pasamanos del mismo metal. El baquero es de tela de seda celeste y blanca, y se sujeta por el talle con un cinturon del mismo género prendido con una hebilla de acero, y tiran de él hasta que sube, formando buches, mas arriba de las rodillas: lo cual hace el traje mas airoso y agradable á la vista. De los hombros bajan hasta medio muslo dos tiras de igual tela como de tres pulgadas de ancho. Los Seises les llaman las aletas, y hacen de ellas látigos y disciplinas con que se sacuden mútuamente el polvo, al descuido del rector ó maestro de capilla: así están las aletas como el lector puede figurarse, y son las partes del traje que primero se rompen. Sobre el baquero cae una banda de la dicha tela como de seis dedos de ancho, la cual descansa en el hombro izquierdo y da vuelta á la espalda. Es de advertir que la banda muda de hombro, segun el sitio que el Seise ocupa en la danza, á fin de que esté del lado del altar la roseta que la adorna. La golilla y los puños son de encajes. Sigue el calzoncillo corto de la propia tela con una roseta semejante en cada uno de los lados de la parte inferior hácia afuera y en medio un botoncillo de oro. El calzado se compone de ricas medias de seda con viso celeste, y de zapatillas de finísima garceta blanca con un lindo moño formado por lazos de cintas blancas y celestes.

En lo antiguo tal vez el calzado era de otra especie, atendiendo á que por un acto capitular del siglo XVI se manda comprar á los Seises varias piezas de su traje y *borceguíes*. Las zapatillas son seguramente mas cómodas y á propósito para las danzas.

El traje que hemos descrito es el que sirve para la octava de Concepcion; el que visten los Seises en Carnestolendas y en la octava de Corpus se diferencia algun tanto de aquel en los colores, tales como el plumero que en las últimas fiestas es todo blanco, del mismo modo que la cinta que rodea la copa del sombrerillo; el baquero es encarnado, la banda de gró blanco, los lazos de las zapatillas son blancos y encarnados, y el viso de las medias del color último.

En tres épocas del año danzan los Seises, á saber; en las octavas de Concepcion y Corpus, y en Carnaval. El dia del Corpus van en la procesion junto á la custodia, y danzan ante la audiencia en una especie de palenque que se prepara al intento. Si el rey viene á Sevilla se le obsequia con un baile de este género, como en varias ocasiones se ha verificado. Así en un libro que tiene por título: *Annales eclesiásticos y seglares de la M. N. y M. L. ciudad de Sevilla, que comprenden la Olimpiada ó lustro de la córte en ella*, y en que se describen las fiestas que hizo aquella ciudad cuando estuvo en ella el Sr. D. Felipe V en 1729, dice el autor, hablando de una visita que hizo S. M. á la iglesia catedral para examinar á solas sus preciosas riquezas: «entraron en el coro por una de las dos pequeñas puertas colaterales á este altar (el de Nuestra Señora de Belen), y repararon en los niños Seises, vestidos de golilla, y baqueros á lo antiguo, y diciendo á SS. MM. que en aquella moda hacian diversos bailes, quisieron verlos, y se sentaron en uno de los bancos que sirven á los capellanes del coro, no queriendo admitir las sillas que luego se les pusieron, sino con la familiaridad de padres cariñosos: estuvieron viendo las mudanzas que hacian, y oyendo su acordada música con especialísima complacencia.»

El traje de los Seises ha sufrido muy pocas alteraciones, si se atiende á las citas que hemos hecho, y á que en una historia manuscrita del santo rey D. Fernando, custodiada en el archivo de la catedral, enumerando el autor las liberalidades de su cabildo, dice, hablando de los dependientes que costea: «los Seises que con manto carmesí y beca azul sirven á la música.»

Don Fernando de la Torre Farfan en su obra intitulada: *Fiestas de la Santa Iglesia de Sevilla al culto nuevamente concedido al Sr. Rey D. Fernando III de Castilla y de Leon, año de* 1671, se expresa así: «Formóse tambien otra danza con los niños Seises desta Santa Iglesia al modo de las coreas antiguas ejercitadas de las festividades de las ninfas, y aclamadas con los aplausos de los poetas. Para este dia se vistieron de tela rica de plata sobre color encarnado, con cabos blancos de la misma tela, gorras y bandas del propio fondo confundidas en penachos blancos y encarnados; gala con que sirvieron en sus ordinarios ministerios en el coro y en el altar desde las primeras vísperas, y aquí iban tejiendo aquellos antiguos coros, danzando y cantándole al santo real triunfador suaves cantilenas.»

Levántase el Seise á las siete de la mañana, y estudia ó debe estudiar música hasta las siete y media, esperando con vivas ansias que suene la campana que lo llama á almorzar; oye por fin el deseado toque, y arrojando á un lado los libros y papeles, sale de su cuarto saltando, desperezándose, y haciendo zapatetas; dura el refectorio hasta las ocho, á esta hora se aliñan, y poco despues asisten al coro de la catedral, colocándose tres á cada lado del facistol por órden de antigüedad. Dos están de semana para cantar los versos, y uno por turno diario canta la calenda. Cuando asiste la capilla de música tienen el cargo de repartir los papeles.

Los Seises son en la iglesia la viva imágen del movimiento continuo. Ya juegan con las cadenas que sirven para sujetar los libros de coro, ya con los escudetes de las sobrepellices de los veinteneros, ya plegan las mangas de las suyas, ora hacen la cascaruleta, ora se pellizcan y se empujan, ocultándose de-

tras del facistol para huir de la vista de los canónigos, quienes á vista de sus travesuras les echan ásperas reprimendas; ya en fin salen del coro corriendo unos detras de otros, y dando vueltas agarrados de una mano á las columnas que sustentan la especie de atrio que da entrada á aquel lugar. Salen por último del coro con la misma compostura con que á él han asistido, y van al colegio á estudiar música hasta el medio dia, hora en que vuelven á sonar los deliciosos golpes de la campana que los llama al refectorio. Despues de comer tienen dos horas para dormir siesta; reposo que, á decir verdad, se habrá verificado pocas veces. Esta es la hora en que los Seises juegan á los naipes, y fuman, y ponen en prensa su diabólico magin para buscar medio de escaparse de noche, ó de robarse mútuamente el tabaco y el dulce, y en mas de una ocasion ha sido el fruto de estas meditaciones el encontrar el rector estiércol en el tarro que encerraba sabrosas y regaladas tortas, ó gruesos y magros chorizos.

Y no haya miedo de que el Rector los sorprenda en estas ocupaciones, por mas que ande chiticallando y calce zapatos de paño, porque ya el Seise ha previsto el riesgo de ser descubierto, y ha metido la mano en el cajon del incienso á un descuido del sacristan y sacado una cantidad de resina en polvo, suficiente á denunciar los pasos del rector, regada mañosamente por el suelo del cláustro. Pero ¡ay de los poco diestros si sus tretas se averiguan! porque pagan su torpeza ó su desgracia con sufrir una roufla de palmetas, ó una docena de azotes, ó cuatro horas de cepo, ú otros tantos dias de abstinencia á pan y agua; castigos terribles los dos últimos para quienes no pueden vivir sin el movimiento y la comida, y son de suyo revoltosos y glotones.

Por la tarde asisten al coro, despues estudian, á las oraciones rezan el rosario, al poco tiempo cenan, y en seguida se acuestan para descanso del rector y de ellos propios, y tambien para restaurar sus fuerzas con el sueño y proseguir su interminable série de diabluras al otro dia.

Cuando hay vacaciones salen á paseo con el rector ó van á sus casas, en donde soltando el manto y el bonete, ejercitan todos los juegos propios de la estacion, que en esto se parecen á las frutas los tales juegos. Si es en primavera trepan á los tejados y remontan las pandorgas; si en otoño, el baile de los trompos les sirve de entretenimiento; ya en fin, y esto es oportuno en cualquier tiempo, baten las tarreñas, ó cabalgan en escobones á guisa de brujas, sustituyendo los morriones, cartucheras, y demas arreos militares de papel, al bonete y al manto.

Y por este estilo continúa la vida del Seise, como la de cualquiera otro muchacho que está en algun colegio, hasta que muda la voz. En este caso da parte al cabildo, y solicita y obtiene de él una ayuda de costa, ó cierta pension que en otros tiempos existia para los que habian servido cuatro años en clase de Seise. Si solo habian sido tres los años de servicio, por este solo hecho ganaba una beca de colegial; tipo cuya monografía ha sido ya objeto de un artículo de esta obra.

El Seise que hemos descrito con desaliñada pluma es el de antaño, digámoslo así. Hoy está completamente relajada su disciplina; para ellos ha venido tambien la exclaustracion; perciben solo tres reales diarios; la enseñanza está descuidada; ni saben latin, ni música, ni tienen maestro que los enseñe á danzar, y si cualquiera sigue á un Seise luego que acaba de bailar, lo verá despojarse de aquellas graciosas galas, vestigios de su antigua gloria, vestir una remendada capotilla, encasquetarse una descuadernada gorra, y entrar despues en su casa, que es un taller de carpintería ó una tienda de zapatero.

En el destino ulterior del Seise, como en todas las cosas de este pícaro mundo, tiene mucha influencia su buena ó mala fortuna: frase con que gran parte del género humano explica la Providencia divina, que todo lo dirige y gobierna. Si es desgraciado, sigue su vida de aprendiz de sastre, de escribiente de algun procurador, ó cuando mas de sacristan de la catedral. Pero si navega con viento en popa, alcanza mas altos puestos y existencia mas descansada y regalona: así no faltan abogados de alto copete, canónigos de numerosas campanillas, cuando estas hacian ruido en el mundo, y estirados jefes políticos, los cuales en sus niñeces han calado el sombrerillo, ceñido el baquero y repiqueteado las castañuelas ante el altar mayor de la catedral de Sevilla.

JUAN JOSÉ BUENO.

EL RATERO.

Dicen que está escrito,
Y no sin razon,
Ser la privacion
Causa de apetito.
CERVANTES.

Así lo dice Cervantes, carísimo lector, y así es preciso creerlo; no porque él lo diga, sino porque es la verdad: verdad tan lata que todo lo comprende y que mas que á cosa alguna viene como de molde al tipo que paso á bosquejarte.

Llama *Ratero* el Diccionario de nuestra lengua al *ladron que hurta cosas de poco valor, ó de las faltriqueras*, como si fuera hombre tan de conciencia que, al asir con sus dedos cosa de mucho valor la soltára arrepentido, ó como si las faltriqueras fueran única y exclusivamente del dominio de su ilimitada destreza. Aunque no es una cuestion académica la que voy á tratar, diré, con permiso de la Academia, que comprendo al *Ratero* en una mas lata acepcion, de la cual, poco á poco se irá penetrando el lector en el curso de este articulito.

Paso á ocuparme del que tal vez se habrá ocupado de tí, por mas que tú no hayas reparado en él; del que te habrá consagrado alguno que otro recuerdo; del que en alguna ocasion, ya que no de alivio á tus pesares, te habrá servido para aliviar el *peso* ó los pesos de tu bolsillo; del que vive por tí y para tí; del hombre, en fin, cuya fuerza motriz es la astucia y una *constante y perpet a voluntad*; que de cuanto ve *se enamora*, cuyo corazon sensible mira como *cautivo* cuanto otro tiene y procura ponerlo en libertad, y que vea la luz, y que respire el aire, á riesgo de no ver luz en mucho tiempo y respirar el aire de un inmundo calabozo. El principal instrumento de que nuestro héroe se vale, la herramienta con que este artista elabora sus trabajos, son las manos, esas joyas inestimables, iman precioso que por un impulso natural atrae cuanto mira ¡cuanto mira! sí, porque las manos del *Ratero* tienen ojos: mejor dicho, porque las manos del *Ratero* son una demostracion viva, palmaria, de que todos los sentidos pueden reducirse al tacto; con las manos ve, con las manos olfatea, con las manos gusta, con las manos oye, porque con las manos toca y toca sin sentir. De todo esto se deduce que, para ser *Ratero* hay que empezar por no demostrar sentidos.

El *Ratero* nace desde que tiene uso de razon; da muestras de su precoz talento en el mismo hogar doméstico, y en él empieza desempeñando el papel de raton, al menor descuido en que se deja abierta la despensa. Esta ratería, sin embargo, la cura la edad, y entre familias decentes raro es el niño que cultiva el *arte* fuera de su casa. No sucede otro tanto

con alguna de las familias pobres, en las cuales se deja ver el *Ratero* en mantillas, educado por una madre desnaturalizada, que no contenta con la desgracia de que participan aquellos tiernos pedazos de sus entrañas, con ser pobre, se avergüenza de pedir una limosna. Mírala, lector, cómo celebra que aquel niño inocente la lleve unos cuantos carbones rapiñados de una sera. Mírala cómo emplea en aquella alma cándida las malas artes, y cómo la aficion de tomar lo ajeno (que por algun puntapié que le dan ya conoce que lo que toma es contra la voluntad de su dueño) se extiende y propaga en la inocente criatura. Ahora bien; elige entre esa multitud de niños, que por coger carbon reciben el apodo de *espigadores de trigo negro*, el que mejor te parezca, recorre las plazuelas por la mañana y en ellas le encontrarás haciendo felices ensayos en los diversos puestos de carnes y pescados, frutas y demas; obsérvale bien, y ya le verás al lado de una tabla de carnicero, en ademan de estar escuchando sin malicia, una conversacion, al paso que trata de ocupar las manos con algun trozo de morcillo que la madre le ha indicado, ó en su defecto con lo que esté mas cerca; ya recostado sobre una banasta de fruta hurtando con maña, como hijo del primero que se aproxima á comprar, ya bailando al rededor de una viejecita, de la cual pasará por nieto para muchos, con el objeto de *achantarla* á la mejor ocasion una parte de su *recado*. Pero llega un dia en que le cogen *con las manos en la masa* y en que tratan de averiguar para quién es aquello que roba. No creas lector que la madre, que por lo regular se encuentra en la plaza, venga en defensa de su hijo, ni temas tampoco que este la ponga en un compromiso: sabe que el pez por la boca es muerto, que en boca cerrada no entran moscas, que al buen callar llaman Sancho, y á todo calla como si fuera un mudo, sin que la amenaza ni el castigo basten á sacarle una palabra del cuerpo. ¿Pero qué se hace con un niño? Lo regular es que reciba unos cuantos golpes, que lejos de infundirle arrepentimiento le sirven de leccion, quiero decir, le hacen poner mas cuidado en sus raterias, que procura ensayar el mismo dia para satisfacer la vindicta de su conciencia.

Los años pasan y el niño se propone hacer mejor uso de sus manos. Mírale, retratada en su semblante la inocencia y la mansedumbre. Síguele los pasos, y á poco rato le encontraras ejecutando un papel altamente cómico y erizado de dificultades. Ve como observa los movimientos de aquel caballero que le precede, cómo al mismo tiempo extiende su vista á todas partes para dominar la situacion, cómo haciéndose el distraido le mete una mano en el bolsillo, cómo sus delicados dedos se apoderan de cuanto en él se deposita; obsérvale bien y no sabras dónde lo esconde; estudia su fisonomía angelical á la par que dolorida, y contempla la imperturbable serenidad con que se vuelve al caballero para pedirle una limosna, cuando este presiente que le han sacado algo del bolsillo. Pero no te aturda eso todavía, examínale mas, fíjate en él cuando echándole la culpa de la rateria, exclama con el mayor desenfado; ¡yo, caballero!... ¿yo? y pide que le registren, y grita y mueve escándalo, y con un lamento profundo se vuelve diciendo á cuantos le rodean: ¿yo ladron? y todo esto arrasados los ojos de lágrimas, y á manera que el actor se atrae las simpatías del público, excita el *Ratero* la compasion de cuantos allí se encuentran logrando que digan de él: ¡pobre muchacho! Triste espectáculo es el que en tal caso se presenta; triste espectáculo es el de ver á un caballero humillado y desmentido por un ser miserable y abyecto, que ha logrado ponerle en ridículo y hacerle retirar con subidos colores en el rostro, oyendo decir de sí «tal vez se vendria sin pañuelo...» Entre tanto el *Ratero* continúa desempeñando á lo vivo su papel, y ahogado por el llanto sale de entre la multitud, no sin alguna limosna debida á la caridad del que ha sacado la cara por él.

No le abandones todavía, síguele la pista, que al volver unas cuantas calles notaras que ya encuentra compañía: no te cures de que sea persona decente por su porte, repara en ella, y á poco rato de seguro conoceras ser la misma que con tanto interes, poco antes habia salido á su defensa: esa persona es una de tantas que causadas de cursar el arte, han encontrado medio de sacar un buen partido sin la menor exposicion: á sus manos va á parar cuanto el *Ratero* encuentra; y por uno, dos, ó medio, se hace dueño de lo que vale veinte ó treinta: en cambio tiene que dar instrucciones á su discípulo, quien con una simple seña conoce adónde se ha de dirigir para practicar una *buena obra*: el *Ratero* camina á su objeto con toda la confianza que presta semejante auxilio, que no consiste solo en tener un defensor en caso necesario, sino en prepararle y ponerle el toro para la muerte, ya por medio de apretones, porque gente es esta que en las apreturas comete los despojos, ya dando una pisada oportuna al infeliz que se lamenta de su pie, sin saber que el *alivio* le viene entonces por las faltriqueras. No te espante, lector, no poder observar dónde se mete el *Ratero* lo que tan diestramente saca; si quieres verlo, colócate detras de su padrino, mírale sacar la izquierda por debajo de la capa, y cómo de esta manera ambos ponen sus manos en comunicacion pasando el cuerpo del delito de un criminal á otro mayor. Así se ve que aunque la persona robada vuelva la vista en el acto, no consigue nada: podrá sí, dirigirse al que le parece el ladron, pero no conseguirá otra cosa que mover escándalo: en tal caso el padrino es cuando mas trabaja; él es el primero que se pone de parte del caballero y pide que se le registre, y se ofrece á registrarlo y lo registra. ¡Ah, tunante! ¿cómo ha de parecer el pañuelo si ya lo ha puesto á buen recaudo el mismo que trata de encontrarlo? Luego que todos se persuaden de que nada tiene y nada se le puede encontrar, se pone de parte del *Ratero* y echándosela de imparcial, se coloca en tan buena posicion, y emplea tan perfectamente sus palabras, que hasta la misma persona robada duda si llevaba pañuelo ó es que lo ha dejado en casa. Y esto no sucede así una vez, sino cada dia, cada instante; así es, que solo cuando una persona va sobre aviso, porque ha visto que le sigue pájaro de mal agüero, á quien tal vez ha puesto el cebo, es decir la punta de un hermoso pañuelo fuera del bolsillo, es cuando el *Ratero* suele, si antes no le hace seña el ayuda que tiene muy buenas narices para olerlo, caer en la red que se le tiende. Pero aun caso de pillarlo con el cuerpo del delito... ¡no! porque eso raya en lo imposible, sino con la mano en el bolsillo, es en su ayuda el buen padrino. En caso tal poniéndose de lado del caballero le *ayuda* á dar con él de pescozones, de modo que parezca muy fuerte y no lo sienta, y si ve que la cosa va mala y está próximo á caer el muchacho en *malas manos*, hace que caiga en las suyas que son las mejores: se reviste de la autoridad de policía, ó quizá no tiene necesidad de revestirse; y cogiendo al *Ratero*, como le ha visto la gente que ha sido el primero á maltratarle, creen todos de seguro que le lleva á la cárcel, y hace un servicio al público, el que no es mas que un salvo-conducto de ladrones. El *Ratero* en estos casos se da por altamente satisfecho, y recibe como muy buenos los golpes que le dan, seguro de que el daño que le causan le ha de evitar otro mayor.

Al fin y al cabo llega un dia en que no le alcanza la bula, aunque tambien hay bulas para Rateros; un dia en que no es autoridad falsa con aquella que tropieza, y en el que son vanos cuantos recursos de salvacion ofrece el arte, como á un descuido no ponga pies en polvorosa á riesgo de quedar ensartado en la

carrera; ese dia terrible, ese dia de prueba es el primero en que la sociedad le procura una escuela, porque la escuela de ladrones, y cárcel, amigo lector, son en España una misma cosa. A ella es conducido y en ella verifica su entrada, con tanta mayor gloria, cuanto arriesgada fue la empresa que quiso cometer y le salió fallida: allí le rodea cuanto de escogido tiene el arte: los maestros se disputan á porfía aquel discípulo: entabla relaciones con todos ellos; cada cual le examina de su cosa, y si conocen disposicion en el muchacho, oblíganle á ensayarse en el primer desgraciado que entra en aquella sentina de maldad á confundirse con los criminales, y cursa allí la sutileza, y aprende á tirar á la navaja, y juega con sus compañeros, y roba lo que le ganan, y quiere cobrar el barato, hasta que voluntarioso de gloria y ardiendo en deseo de reducir á la práctica las sublimes teorías que aquella casa, centro de civilizacion, encierra, se resuelve á salir de la cárcel. Y cuán fácil sea esto no hay mas que preguntárselo á un escribano, en la seguridad de que él sabe cómo se consigue.

Fuera ya de la cárcel; cobrada la perdida libertad, casi, casi, le asalta el deseo y pensamiento de hacerse hombre de bien: reflexiona en un momento tranquilo, que el arte tiene quiebras y se meteria á fosforero, ó á desempeñar un oficio menudo si tuviera alguno que le diese la mano, pero ¡quién da la mano á un Ratero sin que se esponga á quedarse sin ella! Por otra parte, de seguro, cuando viera pasar por la Puerta del Sol uno de aquellos pañuelos cuyas puntas ondulan á merced del céfiro lijero, que convidan, que van diciendo, *robarme*, echaria á rodar la caja y exclamando ¡pues qué no hay mas que ganar el dinero



El Ratero.

por ochavos! fiaria á su destreza y extremada habilidad, el tener en un instante lo que no ganaba en un mes. Asi pues, nuestro hombre que está por lo positivo, quiero decir, por tomar lo que otro tiene, se decide á continuar sus estudios *prácticos*, con provecho suyo y ajeno tambien, que al fin y al cabo al que le privan de una cosa que tiene para su uso, lo regular es que acuda á la tienda á comprar otra: y así como el vidriero rie cuando oye el chasquido de una vidriera, á la manera que el zapatero goza en los tropezones que causan la pérdida de un tacon, del mismo modo el comerciante abre tanto ojo, los dias de fiesta en que las calles de la capital á manera de rio revuelto prestan sin riesgo la ganancia á los pescadores de pañuelos.

Decidido, como digo, á continuar sus estudios prácticos, se agrega á un compañero, que con serlo, dicho se está que no habrá de ser *rana*. Juntos los dos, lo primero que hacen en cuanto la luz del dia los alumbra, es leer el Diario: allí encuentran noticia exacta de cuantas funciones de iglesia se celebran, y á aquellas encaminan sus pasos que conocen han de llamar mas la devocion. Acude, lector, tú tambien y observa el héroe que ahora llama tu atencion; allí le encontrarás donde esté la pila del agua bendita: repárale la cabeza baja en acto de contriccion y cómo

dirige la visual á los bolsillos de la señora, y si no tienes valor suficiente para ver profanado con escándalo el templo del Señor, échate afuera, colócate en el pórtico y repara como algunas beatas que entraron con el ridículo en una mano y el rosario en otra, salen con este íntegro y con aquel cortado por la mitad; colócate al lado de los pobres que á la puerta imploran la caridad, y no dudes oir á una que va á dar una limosna exclamar: ¡ay, que me han robado el bolsillo! á un caballero: ¡pues no me han cortado la cadena y me han robado el reloj! y á otro que le han quitado el pañuelo; y ¡ hasta las calcetas le quitarian á uno sin sentir, si fueran prendas de gran valor!

Empleadas así las primeras horas de la mañana, el *Ratero* que no huelga un instante y reparte cómodamente sus trabajos, se dirige con sus compañeros, al medio dia, á las afueras de la capital: allí la toma con los lugareños, y es su ganancia tal vez mas positiva que otra alguna con estos infelices. Regularmente á esa hora se tumban al sol para dar descanso al cuerpo de las fatigas de la mañana: como es de suponer, llevan ya en metálico los comestibles ó mercancías que de los pueblos inmediatos han traido á la córte para despachar, y el Ratero que sabe y conoce todo esto, se tumba á su lado y no solo le quita al infeliz el dinero, sino la manta ó ropa que tiene para su abrigo. Otras veces, si el forastero tiene carro y se duerme un rato en él, espera á la hora en que haya de marcharse y en ocasion de ir el pobre hombre delante, se cuela dentro sin ser visto ni oido y se apodera del metálico que dejó por no llevar gran peso. De allí se dirige al rio; recorre los tendederos de ropa, y á pesar del excesivo cuidado de las lavanderas, á la menor vuelta de cabeza se quedan sin las mejores piezas que llevan. De este modo al *Ratero* no falta ni camisa buena, ni blanca, antes por el contrario le sobra y vende, ó celebra cambios por otros objetos que mas falta le hacen.

La tarde y la noche la aplica á pañuelos; y como ya no se encuentra en el estado de aprendizaje, como tiene cierta especie de independencia que no tenia antes; en una palabra, como trabaja por su cuenta, suele acontecer que aquellos que en sus tiernos años le servian de padrinos, luego que han perdido la breva de ganar el 200 por 100, le espian y siguen la pista; es decir, desempeñan su papel de polizontes de otra manera: luego que ven sacar un pañuelo se van al Ratero, y como han sido cocineros antes que frailes, le obligan á que se le dé so pena de llevarlo á la cárcel: verdad es que no ha sido el primer *Ratero* con quien esto han hecho, que deseando vengarse, ha ido al caballero á quien robó el pañuelo y le ha dicho: «caballero, aquel hombre que va allí le ha robado á V. el pañuelo y lo lleva en el sombrero.» Puedes figurarte, lector, con esto, que el Ratero es hombre de chispa y que no necesita para venganza de un resentimiento valerse de sus *manos* como las mas veces suele hacerlo.

El enumerar aquí los infinitos robos y la sutileza con que los ejecuta, seria cosa muy prolija. Sí te diré que el *Ratero* no pasa dia por él sin que haga un adelanto, sin que lleve á cabo una nueva *jugada*: que cuando necesita estudiar hasta se hace coger preso para que le lleven á la *escuela*: que de ella sale casi siempre bien y como es de todos sabido. Pero el *Ratero* de ley, el *Ratero* que yo aquí te describo no creas que se arriesga á cometer robos de grande consideracion ni busca grandes peligros, á no ser que unos y otros se le vengan á la mano, en cuyo caso no queda mal. Regularmente termina sus dias ejercitándose en raterías de un género particular, y que forman el tercero y último período de su existencia.

Sabe, pues, lector, que existe en Madrid una sociedad anónima á la cual he bautizado yo con el nombre de *La pelusa*, nombre que como verás muy luego, no va descaminado. Esta sociedad, bastante numerosa, ejercita su habilidad con cuantos forasteros llegan á la córte. Los individuos que la componen se dividen en secciones que asisten con frecuencia á la Parada de palacio, á la Historia Natural, al Museo, á la casa de fieras, al estanque de las campanillas, á las fuentes del Prado, y demas puntos en que hay objetos capaces de excitar la curiosidad del transeunte. Saben al dedillo las posadas donde paran gentes de dinero, y su táctica es la siguiente: Los tres ó cuatro que se destinan á cada uno de los puntos arriba indicados se reparten, y andan cada cual por su lado como si jamas se hubieran visto. En cuanto reparan que alguno se queda mirando con la boca abierta; ¡ya cayó un pez! exclaman, y en el instante cada cual se destaca por su lado á fin de asaltar la plaza. Llega el primero, que siempre será el mejor portado, y como todo el que ve una cosa por primera vez gusta de que se la espliquen, enreda conversacion sobre el objeto que á su vista se presenta. El *pelusa* se ofrece á ser su *Cicerone* en la capital, y el buen hombre al ver tanto favor, naturalmente dice para sí: ¡con qué buen sugeto he tropezado! Pasado un rato se presenta otro *pelusa* haciéndose el borracho y con voz aguardentosa les dice: *¿han visto Vds. por aquí un hombre con un perro, de estas y las otras señas?* Contéstanle que no, como así es la verdad. El *pelusa* entonces comienza á votar y dice que le habia ganado mucho dinero y que habia ido á su casa por mas, para seguir jugando. Consigue con esto picar la curiosidad de los otros dos, y sacando del bolsillo dos cáscaras de nuez y una pelusa de yesca, les manifiesta que el juego consiste en meter á la vista la pelusa debajo de una de ellas, y apostar luego á que no se acierta en cuál de las dos cáscaras está. El ladronazo del *Cicerone* empieza apostando, y claro es que logra ganar hasta conseguir del otro que se interese en la jugada, diciéndole al oido «que es un borracho á quien se le puede ganar el dinero.» ¿Quién se resiste á esto? el pobre hombre se mete en danza, y una vez metido, ó no son ellos hombres, ó le despluman completamente; pues toda la ratería consiste en hacer de las cáscaras y la pelusa un juego de cubiletes. Rara será la persona que habiendo venido á Madrid no haya tenido ocasion de encontrarse con estas partidas de la *pelusa* en los puntos indicados: si tú no los conoces, amado lector, tómate la molestia de recorrer esos puntos, y en ellos encontrarás el *Ratero* que te he querido describir y que termina sus dias de esta manera, sin que la policía venga á turbar su sosiego. Y á propósito de policía, terminaré este artículo repitiendo el texto que le encabeza, *la privacion es causa de apetito*: cuantos mas obstáculos se oponen á una cosa, sabido es que mas se trabaja por conseguirla. Si hubiera buena policía claro es que se disminuirian los *Rateros*, como habiendo muchos gatos se disminuyen los ratones. ¿Pero de aquí, qué resultaria? que se harian mayores progresos en el arte, y tendríamos menos Rateros aunque mucho mas finos. Solo de una manera creo posible exterminar la casta: es á saber: poniendo un gato para cada raton. Aun así el remedio seria peor que la enfermedad; y entre gatos y ratones, ó lo que es lo mismo, entre polizontes y *Rateros*, se verian las gentes roidas y arañadas completamente.

JUAN PEREZ CALVO.

LA POSADERA.

Las palabras Posadera y Posadora designan á *La mujer que tiene casa de posadas, y hospeda en ella á los que solo pagan.* Bien es verdad que el Diccionario de la Academia al dar esta definicion no le plugo usar,

ni aun hacer mencion, de la palabra Posadora, como solia hacer con otros términos provinciales, puesto que se usa en varias provincias del Norte, y á nuestro pobre juicio con mas acierto que la otra de Posadera, pues no solamente tiene en su favor la regla, sino tambien el poderse usar en el plural francamente y sin rodeos, lo cual no sucede con la palabra Posadera. Igual desgracia le ha cabido á la palabra *Posador*, usual en Aragon y en otras partes para indicar al que hospeda en su posada, y con todo, la Academia se ha contentado con hacerlo sinónimo de Aposentador. Pero esta no es razon bastante para que dejen de usarse, y en Dios y en mi ánima, que las tengo de usar siempre y cuando á las mientes me viniere las voces de Posador y Posadora, como sinónimas de Posadero y Posadera, hasta ponerlas en disposicion de gozar las prerogativas debidas á toda buena palabra, mucho mas cuando tienen carta de naturaleza y son españolas por sus cuatro costados, siquiera no sean castellanas, sobre lo cual hay mucho que hablar.

Dejando pues á un lado la cuestion de palabras, pasaremos á la de personas. Ya al hablar del ventero el célebre escritor de aquel tipo hizo notar, que las ventas se hallaban todavía bajo el mismo pie que en el siglo XVII: otro tanto podremos decir de las posadas, salvo algunas pocas, pero honrosas escepciones. En prueba de ello no hay mas que meterse en cualquier meson de lugar y aun de ciudad y compararlos con los que pintaron Cervantes, Quevedo, y casi todos nuestros clásicos de aquella época. Pero debe advertirse, que si el que dudare de la verdad de esta asercion fuere vecino de esta muy heróica villa y córte, no tiene por cierto necesidad alguna de salir hasta el puente de Viveros, ni aun á Canillejas, sino que á fé mia se dé por convencido con solo asomar la geta á las puertas de las posadas de Madrid. En efecto, las posadas de la córte están en posesion de ser tan malas como las peores de España, lo cual unido á otras varias costumbres, lenguaje, gusto en los gustos, en las habitaciones y modo de vestir del pueblo chisperil y manolo, ha dado lugar á que algunos mal intencionados hayan dicho que la córte de España es un *pueblachon manchego*. No me atrevo yo á decir tanto; pero sí me ratifico en que para calcular la exactitud con que pintó Cervantes las posadas españolas y las ventas manchegas, no hay mas que meterse en la actualidad en una posada de Madrid.

Aquí era cosa de principiar á desenvolver la teoria de la hospitalidad y el orígen de las posadas, trabajo en que entrara gustoso, si no le hubiera desempeñado ya á las mil maravillas el Curioso Parlante en su artículo del Ama de Huéspedes, *al que me refiero en caso de necesidad*, como dicen los curiales. Entre las Posaderas hay las mismas divisiones y clases que entre las posadas, lo cual las hace variar hasta lo infinito. Distínguense principalmente entre ellas, la ventera en despoblado, animal uraño, armado de garra, sucio y de fea catadura; la mesonera de lugar con infulas de ama cesante, y un si es no es zurcidora de agenas voluntades; y finalmente, la Posadera de ciudad, mujer bastante tratable y nunca desprovista de palabras.

El mejor medio para observar todas estas variedades, quien fuere aficionado á las observaciones prácticas, es el de meterse en una galera para salvar la distancia que hay desde la córte á los extremos de la Península ó vice-versa, aunque nada impide que haga el viaje en carromato, ó á caballo si es por camino de herradura, en cuyo caso pueden pronosticársele al curioso viajero mayor número de averías, pero igualmente mayor número de pormenores y detalles. Figúrese, pues, el *benévolo* lector (el *volo* con v) á un hombre empaquetado en una galera entre otros compañeros de viaje y de fatigas y varios sacos de lana, pegando con la cabeza en las sonoras cañas y sentado con las piernas cruzadas como los árabes y los alpargateros. Despues de doce horas mortales de traqueteo y de malandanza, cansado el viajero y medio aturdido, da vista por fin al hospitalario albergue donde ha de pasar aquella noche. El mozo de paja y cebada se adelanta, agarra el tiro delantero para entrarlo en el cubierto, entre tanto que la Posadera colocada en jaras á la puerta atisba con mirada de lince el número y pelaje de los viajeros, y calcula sobre poco mas ó menos el producto que la dejarán aquella noche. Los viajeros por su parte van saltando del carruaje tullidos, y haciendo pinitos avanzan por la cuadra adelante camino de la cocina. Allí los espera con aire grave la Posadera puesta de rodillas sobre el humilde fogon; responde apenas á los saludos que la dirigen, y si acaso les habla es tan solo para preguntarles con aparente distraccion y mientras da vuelta á una sarten ¿cuántos vienen Vds.?

Antes de pasar adelante será oportuno responder á una reflexion que podría hacer alguno de los lectores, á saber: por qué hablamos de la Posadera sin decir palabra del posador. Pero la contestacion es muy sencilla: el posador es un ente nulo en la posada, y sus funciones equivalen, cuando mas, á las de un mozo de paja y cebada. Su vida (á no que sea chalan ó desempeñe algun cargo municipal) es bastante holgachona, y tiene mas de *buena vida* que de vida buena. Por de dia, despues de haber ayudado á cargar á los arrieros, se tumba al sol sobre el banco inmediato, ó con los brazos cruzados espera la llegada de algun fatigado viajero que quiera posar bajo su hospitalario albergue, semejante en esto á los antiguos patriarcas, siquiera sus miras tengan mucho menos caridad y poesía. Al verle tumbado á la bartola, un frances que viene de tahonero á la córte, observador profundo, como todos los de su pais (cual si dijéramos una especie de *Theofilo-Gautier*) exclama con ademan patético, dirigiendo la voz á otro compañero suyo. «*Voila á que sont bons les Espagnols! á prendre le soleil.*» El posador por su parte, que no entiende aquel *flin-flán*, como él lo llama, estira los brazos, y abriendo una cuarta de boca dice: «cuándo querrá Dios, que esos demonios de gabachos hablen como cristianos.» Con esto salen el uno y el otro *á mocha por cornada*.

Por la noche el posador ocupa un rincon de la cocina, inmediato al fogon, y desde allí escucha las discusiones de alta política que traen entre sí los viajeros. Allí entre el humo del aceite que ofusca la vista y da carraspera á la garganta, es el ver cómo aquellos *Brutos* (es decir, admiradores del patriotismo de Bruto) dirigen la marcha de la situacion, deslindan las atribuciones de todos los poderes, censuran los abusos, proponen reformas, indican mejoras y se dan el aire y la importancia de economistas. En una cosa no conviene el posador con sus interlocutores, y es respecto de los caminos de hierro, los cuales considera como perjudiciales..... cuando menos para las posadas: sobre que está á matar con las diligencias y no puede verlas, sin echarles una maldicion.

Entre tanto que el posador se entrega de este modo á los placeres del *dolce far niente*, la Posadera corre de una á otra parte, lo inspecciona todo, regaña con la criada, responde á los viajeros, prepara sus viandas, y no parece sino que se reproduce en todas partes. Si en medio de sus escursiones tropieza con el mayoral de la galera, que despues de echar de comer al ganado se dirije á la cocina, suele reproducirse aquella escena de:

> Por desgracia ó por fortuna
> Perico dió un beso á Juana,
> Ella le volvió una coz
> Por fortuna ó por desgracia;

y á todo esto los viajeros, si lo ven por casualidad,

rien, y dicen que Perico es muy malo, y la Posadera se aparta regañando entre dientes porque no la dejan hacer nada, y quejándose de aquella osadía *en público*; pero el carretero que *es cruo* si los hay, y hombre que habla siempre con sentencias y medias palabras, responde á eso con mucha flema, que la publicidad es el alma de los gobiernos representativos.

Por lo dicho hasta aquí se vendrá fácilmente en conocimiento de que para ser Posadera es indiferente cualquier estado, y que lo mismo es que sea casada o soltera, pero con todo es preferible la *viuda verde*. En efecto, se ha observado que sus posadas suelen ser las mas favorecidas, y que algunos mayorales acortan ó alargan sus jornadas á trueque de poder descansar en ellas.



La Posadera.

No entraremos aquí en pormenores y dibujos acerca de lo que suele pasar en las posadas, trabajo que se han tomado ya otros muchos; ni hablaremos de aquellas trasformaciones proverbiales del gato en liebre, el agua en vino, y las costillas de perro asadas cual si fueran de cordero. ¡Y cómo pintar tampoco aquella cena venteril, verdadera imágen del *Phase ó tránsito* de los judíos, cuya idea nos ha recordado el susodicho cordero! Figúrate, piadoso lector, una mesilla baja colocada en medio de la cocina ó en alguna habitacion inmediata, y sobre la mesa una tabla hecha de modo que en ella descansen á la vez la sarten y el mango.

Allí tirios y troyanos sin servilletas ni garambainas, meten los cinco mandamientos, ó empapan en la pringue mendrugos como puños. De cuando en cuando uno de los mas graves pone *mojon ó coto*, lo cual consiste en un pedazo de pan, y significa tregua ó armisticio entre los dientes y lo contenido en la sarten. Entonces la Posadera alarga el enorme y pintarrajado *porron* y los gastrónomos remojan la palabra, hasta tanto que el que puso el coto levanta el entredicho y se vuelve á la carga.

Entre los viajeros hay dos clases, que conviene distinguir y que tambien distingue la Posadera: los unos van ajustados con el mayoral ó arriero para el gasto; otros, ó por delicadeza ó por economía, lo hacen por su cuenta. La Posadera conoce unos y otros al primer golpe de vista. Aquellos se sientan indolentes sobre los negruzcos bancos de la cocina, ó si es de dia traban conversacion con el herrador que montado sobre su caballo de madera á la puerta de la posada, la alborota con su sonoro y monótono martilleo: los otros, por el contrario, necesitan desplegar toda su actividad para disponer su parca comida é inspeccionar su aderezo. Volved si no la vista hácia otro rincon de la cocina y vereis allí un pobrete escrupuloso que hace el gasto por su cuenta; despues de mil plegarias y reniegos la Posadera se decide á servirle la cena, y para ello coloca delante de él otra mesilla coja y baja, y en ella un plato de barro de Alcorcon en el cual se columpian un par de huevos *forrados* (ó como se dice comunmente pasados por agua), alimento el mas sano y limpio que puede pedir en ventas y posadas cualquier estómago escrupuloso. Con ellos vienen tambien unos cubiertos de hierro negruzco, feísimos á la vista, asquerosos al olfato y repugnantes al paladar, cosas que cada una de por sí, bastarian á provocar náuseas. Para complemento de todo; las sopas vienen mas coloradas que una casaca inglesa. Entonces el malandante viajero aventura algunas interpelaciones y dice á la Posadera:

—Patrona, estas sopas no se pueden comer.

—¿Qué tienen esas sopas, que pueden presentalse al *ray* en presona?

—¿Pero no ve V. cómo están cargadas de pimenton?

—Pus qué ¿ha visto V. sopas sin pimenton? Como sale V. de Madril se conoce que viene... pues...

—En galera.

—Pus ya... por eso todos los madrigueños están tésicos, porque no comen mas que comistrajos y fiambres.

—Y sobre todo, no comen con cucharas como esta.

—¡Ya!... porque comen con cuchara de pan... cuando la tienen.

Cansado el pobre viajero de recibir pares de coces en mas número que tira una mula de varas, se resigna á pasar por todo y cierra los ojos al pan de municion y sin sal, á la ensalada con aceite rancio y al vino *cristiano*. Infeliz de él, si para recuperar las perdidas fuerzas se decide á tumbar su magullada persona sobre el duro, apocado y fementido lecho, que dijo Cervantes, entre sábanas de cuero de adarga y cubierto de una enorme frazada, que semejante á la célebre capa de Apolo pesa y no abriga. Y para completar la fiesta recibe visitas de todos los insectos de la casa, que vienen á insinuarle el regocijo que les causa su llegada: entre tanto se arma en la cocina una música de guitarra y pandero; y la Posadera, que poco antes parecia tan uraña, trisca, alborota y canta que se las pela; y se oye la voz del mayoral que requiebra en catalan, y las carcajadas de la criada que responde en manchego; y á todo esto el viajero se da á Barrabas porque le han desvelado y no puede pegar los ojos. Si lo consigue al fin, es para levantarse mucho antes de amanecer molido y desvencijado aun mas que se acostó. Pero antes que él se ha levantado la solícita Posadera, la cual ojerosa y desgreñada

está ya sobre el fogon batiendo con el molinillo un compuesto de bellotas, harina y azúcar, al cual plugo dar el nombre de chocolate.

Aquí entran los misterios dolorosos al tiempo de echar las cuentas. Mientras que el viajero que va ajustado con el mayoral para el gasto, se marcha paso á paso á coger puesto en la galera, el de las sopas de pimenton pide la cuenta á la Posadera, la cual, despues de hacer como que la ajusta, exije 16 reales. Si el viajero es hombre ducho y experimentado, afloja la mosca sin replicar palabra: ¡ pobre del que pone algun reparo! En los anales hospitalarios de las posadas, apenas hay mencion de rebaja alguna, antes bien hay ejemplos de subida y *plus-peticion*. En tal caso, la Posadera recorre los dedos con mucha flema, en esta forma:

—La cama 4 rs., los huevos una peseta...

—¿Una peseta por un par de huevos?

—Cabal: ¿pues qué, cree V. que van de balde?.. y luego la sal, la leña, el aceite...

—¡Si eran pasados por agua!...

—Pero el de la luz y la ensalada, el pan, agua, chocolate, y luego el servicio y el arriendo, que nos cuesta un ojo de la cara, y el ruido que ha hecho V., porque aquí todo se paga.

—¡ El ruido yo!... y no me han dejado Vds. dormir en toda la noche.

—Vaya, apuradamente, no se oia una mosca, que mi casa tiene reputacion de buena conducta... ¡ Ah! se me olvidaba que son 18 rs. con el chocolate.

—Pero si está ya contado.

—No lo crea V., y si no volver á contar: la cama una peseta: los huevos.... y vuelve á repasar la cuenta por los dedos: entre tanto el mayoral entra gritando que va á echar á andar la galera, y la Posadera se desata en insultos, y el pobre hombre, aburrido y atortolado, afloja los 18 rs. y sale bufando y maldiciendo de la posada y de la Posadera. Al paso tropieza con la criada que le pide para alfileres por completar la fiesta: él la envia á rascarse contra una zarza, y ella se desahoga llamándole tacaño y hambron. Sube el pobre hombre á la galera, cuyos puestos halla ocupados, y tiene por tanto que retirarse al fondo entre cofres y canastos, y á sufrir el aire que entra por la zaga. Desde allí oye las carcajadas del mayoral, que lleva una larga conversacion con la Posadera, y casi llega á maliciar, que su objeto al dar tanta priesa, no era precisamente por marchar, sino mas bien por despedirse de su *noya*, con ainda mais lo de *por desgracia ó por fortuna* que arriba se dijo. Con esto nuestro hombre, despues de referir minuciosamente sus cuitas á los compañeros de privaciones y fatigas, hace en sus adentros un voto simple, mas ó menos esplícito, de viajar siempre que pueda, en diligencia, para no tener que lidiar jamas con Posaderas ni venteras. Pero en las diligencias le esperan al hombre otros percances, y tampoco por eso logra sustraerse enteramente á la despótica influencia de la Posadera.

Supongamos, pues, que por mal de sus pecados, se ve un hombre precisado nuevamente á viajar, y para ello mete su individuo en una diligencia. Despues de siete horas de prensa (y mas si le toca por su desgracia ir entre un matrimonio de grueso calibre, ó lo que es lo mismo, de peso de unas 20 arrobas), llega por fin nuestro viajero al parador, sobre cuya puerta campea una tabla, en la que se lee, en letras amarillas, *fonda de diligencias*.... Allí el viajero no tiene que molestarse en preguntar lo que hay para comer, ni tendrá que oir aquellas desesperadas palabras venteriles, «*aquí hallará V. de todo... lo que V. traiga.*» Una larga mesa, adornada con abundante cristalería y vajilla, halaga el apetito del viajero con gratas esperanzas. Entre tanto que llega el momento de realizarlas, se entretiene en pasar la vista por los cuadros que decoran las paredes, con malditísimas estampas de las que nos regalan nuestros vecinos, metiéndonos por los ojos las aventuras de Guillermo Tell y la muerte de Ponniatowski, con sus rótulos al pie, traducidos del frances al salvaje (no al español), que confundidos vea yo á los que las hacen y traducen. Varias muchachas, por lo comun de fea catadura, preparan aceleradamente el servicio bajo los auspicios de la Posadera, hasta que esta avisa con la acostumbrada fórmula, «señores, á la mesa.»

Tampoco nos meteremos aquí en dibujos de comida de diligencia, ni mucho menos á reproducir las interminables quejas de los viajeros: porque es de notar que hay muchos (casi pudiéramos decir mejor muchas), que á pesar del trato mezquino que suelen tener en sus casas, acostumbran quejarse de todo cuando están fuera de ellas, para darse un poco de tono é importancia. Y con esto el otro pobre viajero, que al salir de su casa se resignó á todo lo que pudiera sobrevenirle, y que en aquel momento comeria clavos y pisto de tachuelas, tiene que abstenerse ó probar apenas de aquellos manjares, so pena de pasar por un gañan. Por lo comun nunca falta un viajero, en especial de los de bigote y perilla, que despues de haber ejercido las funciones de trinchar y hacer platos, se encargue de formular estas quejas en una interpelacion á la Posadera. Esta se presenta con aire marcial y gesto crudo, responde con brio á las interpelaciones é insultos que se le dirigen; presenta la tarifa, y la cosa se queda conforme estaba.

A no ser por este ó algun otro incidente semejante, la Posadera no suele darse á ver durante la comida, hasta que al concluir se presenta con bandeja en mano á exigir, á razon de tres pesetas por cabeza y una por los que no han comido, porque allí se paga hasta el no comer. ¡ Oh vosotros, viajeros inespertos! guardaos bien de recibir los cambios que en aquella bandejilla suele llevar la Posadera, porque os exponeis á verlos clavar en los mostradores de estancos y almacenes; casi todas aquellas monedas son mas falsas que el alma de Judas, ó si no queremos ir tan lejos, que el alma de la Posadera.

Hasta de ahora hemos considerado á las Posaderas bajo su aspecto feo y repugnante, unas veces por lo poco limpio, y otras por lo poco económico. Mas no siempre es así, y parages hay en España cuyas posadas, tanto por el aseo como por su economía, pueden figurar al lado de las mejor montadas. Como tales suelen citarse comunmente las posadas y Posaderas de las Provincias Vascongadas, y aun tambien de gran parte de Navarra. Aun prescindiendo del personal (que no suele ser costal de alacranes), basta la amabilidad que reina en su semblante, contrasta notablemente con la uraña catadura de las Posaderas de lo interior de la Península. El viajero, en vez de andar preparándose la cena, se sienta por lo comun á una mesa, si no espléndida, mas que decente, y por una cantidad nada excesiva, disfruta de una comida abundante y sazonada. Reina allí la alegría y la franqueza de una mesa redonda, sin las empalagosas monadas de la mesa de diligencias; las Posaderas y sus hijas no se desdeñan de servir la comida, y si es necesario se prestan á trinchar y hacer platos con tanta amabilidad como destreza. Cuartos aseados, si no lujosos (pero tambien allí las inevitables estampas de Ponniatowski), mullidas y limpias camas esperan al fatigado viajero, y le brindan á descansar. La misma limpieza y amabilidad reinan en las de los pueblos pequeños, en las cuales la Posadera suele tambien prestar no pequeños servicios al contrabandista de los Pirineos, ora ocultando sus géneros y su persona, ó bien desorientando á los del resguardo con noticias falsas. Eso no quita para que su marido sea guarda ó caminero, ú otra cosa semejante, á la manera que el antiguo ventero solia ser individuo de la Santa Hermandad, á riesgo de que tanto al uno como al otro se les

pregunte lo que Felipe II á la hermandad vieja de Toledo; ¿y quién me *responderá* de las personas de esta Santa Hermandad?

En cuanto á la Posadera de Madrid, ya emitimos al principio nuestra opinion, considerándola como la representante y la *vera efigies* de sus paisanos de Puerto Lápiche y sus inmediaciones. Harta mengua es para la córte de España, que el forastero que viene á ella por primera vez y sin habitacion determinada adonde parar, haya de sumergir su aseudereado cuerpo en algun meson que pareceria mal junto á un camino de herradura, cuanto mas en las calles de la córte. Y si sale de él huyendo del ruido, las pulgas y la basura, haya de venir á parar en algun otro fonducho con pretensiones de *hotel*, donde por una celda capuchinal, y una comida compuesta de las sobras de la fonda, será saqueado á discrecion como si no existiera ya el séptimo mandamiento.

A vista de todo esto, del estado material de nuestros caminos y carreteras, y de los inevitables robos que experimenta el viajero con mas ó menos descaro, ora en los pueblos, ora en despoblado, no podemos menos de exhortar á las personas piadosas á continuar en la antigua práctica, de rezar despues del rosario un Padre Nuestro y un Ave María, por los navegantes y *los que están de viaje.* Por nuestra parte concluiremos este artículo con la cláusula final que se usa en los documentos oficiales, diciendo á nuestros lectores. Dios guarde á Vds. muchos años.... (suple de posadas y Posaderas). Madrid 24 de abril de 1844.

Vicente de la Fuente.

EL MINISTRO.

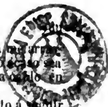
Amado lector, cualquiera que seas, á cuyas manos vaya á dar este articulejo mal perjeñado, perdona á la flaqueza que uso de hablarte con la misma llaneza que los libros de cocina, y préstame atencion, porque he de referirte cosas estupendas. ¿No has visto nunca un Ministro? Por supuesto ya entenderas que no hablo del alguacil de algun juzgado, aunque tambien suelen llamarse ministros en los lugares, sino de los secretarios de Estado y del despacho de tal ó cual ramo. Bien sé, que si por dicha has venido alguna vez á esta Babilonia llamada córte, nada nuevo encontraras en lo que voy á contarte, respecto al aspecto exterior de estos seres, porque en Madrid se encuentra uno de ellos á la vuelta de cada esquina, y aunque el ojo mas experimentado no sabria distinguirlo de los demas hombres, no falta nunca un amigo pretendiente, de esos que llevan el alta y baja de todos los ministros habidos y por haber, que nos diga, acaso para darse importancia, «¿ve V. ese que acabo de saludar? pues fue Ministro de Gobernacion» ó de cualquier otra cosa. Pero si bien es cierto que mediante estas indicaciones, habras tenido ocasion de examinar por defuera á los tales Ministros, es tambien mas que probable el que no estes impuesto en ciertas particularidades, que son las señales distintivas de la raza que yo me encargo de hacerte conocer.

Por de contado, que si nunca has salido de tu villorrio ó aldea, mal puedes haber visto un Ministro, pues estos señores son sedentarios por inclinacion, no acostumbran á viajar á menudo, y cuando alguna vez se ven en la necesidad de trasladar su humanidad de una parte á otra, lo hacen en diligencias ó sillas de posta que no se detienen en los lugares, y aun cuando se detengan alguna vez, los viajeros de tal categoría se dan poco al público, y gustan de encastillarse lo mismo en su artesonado despacho que en el miserable cuarto de una posada de aldea. Así lo exige la importancia que debe darse á la clase, y aquí hay Ministro que no sabe cosa mayor, pero que en cuanto á importancia puede dar lecciones al mas finchado portugues ó al mas grave padre general de las extinguidas órdenes religiosas.

Sin duda cualquiera persona de mediano juicio, pero que no esté al corriente de la crónica ministerial, creerá que deben ser muy pocos los que hayan obtenido tan elevado puesto, que deberia ser siempre otorgado al talento probado, á los eminentes servicios y al mérito indisputable, cualidades que no son muy comunes en la época presente; pero los que de tal manera piensan, ignoran sin duda que este es el pais de las reputaciones usurpadas, y donde mas se equivoca la osadía con el talento. Nada es mas fácil aquí, que pasar por hombre de gran capacidad, á pocos esfuerzos que se empleen para conseguirlo. Con saber un par de idiomas, particularmente el frances, y aprender de memoria varios párrafos de las buenas obras que se publican en el extranjero, emitiéndolos despues magistralmente y como propios en cuantas ocasiones de lucir se presenten; cuidando de hablar siempre ahuecando la voz, usando espresiones rebuscadas hasta en las conversaciones mas familiares, y dando á los discursos esa entonacion peculiar de nuestros aspirantes á grandes hombres, se logra muy en breve esa fama de talento que pasando de boca en boca crece y se abulta como un terron de nieve desprendido de la cúspide de una montaña, desciende aumentándose hasta el profundo valle que sirve de término á su caida. Cuando á favor de esta opinion de capacidad se eleva el *grande hombre* á la altura, donde es indispensable desplegar sus conocimientos, no se arredra tampoco con la certeza de su propia pequeñez. Sabe muy bien cuáles son los sistemas de administracion, de hacienda, etc., que siguen otras naciones; conoce por lo menos los libros donde se encuentran, se hace de ellos, traduce el retazo que mas les cuadra, lo acomoda en forma de decreto á nuestra usanza, y hé aquí una mejora que es preciso reconocer como tal, so pena de pasar por un estúpido preocupado, por mas que la nueva disposicion no esté en armonía con nuestros usos, ni con la civilizacion del pueblo. Suele suceder tambien, que una medida que seria muy conveniente formando parte de un sistema general, se adopta aisladamente, y de consiguiente se inutiliza y desacredita sin remediar el mal. Mas este no es obstáculo que detenga á nuestro hombre: es preciso hacer algo para conservar el concepto: un plan concertado y general es empresa demasiado ardua para sus fuerzas; con traducir le basta. Hace pues lo que sabe; pero como aquí nadie sabe nada, como ninguno inventa, y como hay poquísimos que conozcan su propio pais que se desdeñan de observar, prefiriendo estudiar las costumbres extranjeras, las traducciones son recibidas por la generalidad como muestras de un gran talento y de un estudio profundo.

Se ve pues, cuán fácil es adquirir la reputacion de hombre de Estado, con la cual se llega muy pronto al ministerio, á poco que ayude la fortuna.

De aquí proviene indudablemente, el que la especie de los ministros sea tan numerosa entre nosotros, que no sabemos con qué compararla, para que formen idea de su abundancia nuestros lectores de lugar. Solo las bandadas de gorriones que acuden en el verano á los trigos inmediatos á los pueblos, ó la plaga de langosta que aparece algunos años en los campos, es el término de comparacion que se nos ocurre como mas adecuado. ¡Oh! y nuestra fortuna consiste en que las córtes, convencidas de la necesidad de poner remedio á un grave mal, si no mandaron que cada vecino se presentase con un gran número determinado de cabezas de ministros como se practica en algunas partes con los gorriones dañinos, ni que los



hombres saliesen á exterminar la plaga como se hace con la langosta, porque este remedio seria en demasía heróico, resolvieron á lo menos que los ministros no tuviesen cesantía; de otro modo todavía seria mayor su semejanza con la de los citados pájaros é insectos, pues todas las rentas de la nacion no bastarian para ellos solos. Y luego ¿qué razon autorizaba las tales cesantías? Nuestros ministros por lo general, ó han hecho mucho daño al pais, ó no han hecho mal ni bien, y estos á la verdad no son títulos recomendables y que merezcan grandes muestras de reconocimiento.

Por otra parte, en los tiempos que alcanzamos no han menester cesantías para pasar con holgura el resto de sus dias los quo una vez han sido ministros; la bolsa, los contratos y otros enjuagues les proporcionan una fortuna que basta para que vivan sin sobresalto, y aun á muchos de ellos para que gasten coche, y fabriquen casas que no hay mas que ver. Ademas suelen ser gajes del oficio algun titulito libre de lanzas y medias annatas, unas cuantas grandes cruces y el excelencia que queda adherido á la persona por los siglos de los siglos, ni mas ni menos que la hiedra al olmo. Iten: si la caida no es efecto de una mudanza radical en el sistema político, se desmiente completamente el adagio de que el que mas alto sube, mas grande porrazo da; pues lo mas que bajan las excelencias ministeriales es un escaloncito en sus respectivas carreras, viniendo á caer como en un colchon de plumas despues de sus fechorías.

Sácase pues en consecuencia, que no hay nada mas fácil ni mas apetecible al mismo tiempo que ser Ministro, aunque sea de Marina, en este pais, y que el que no pone de su parte para llegar á tan alto puesto, es un simple ó tiene muy mala idea de sí mismo. ¿Quién es el hombre que no se cree capaz de administrar la nacion despues de haber examinado de cerca á nuestros hombres de Estado? Para tanta modestia es necesario estar enteramente destituido de amor propio ó tener una cabeza á propósito únicamente para apisonar empedrados.

Yo soy de opinion de que es indispensable desechar la timidez, y aconsejo por lo tanto á mis compatriotas, inclusos los legos exclaustrados, que no desmayen sino que opten todos á las plazas de Ministros. Tengo para mí que lo hemos de hacer mejor que cuantos han sido de muchos años á esta parte, y cuando así no sea, haremos lo mismo, y Cristo con todos. Verdad es que generalizada la ambicion de llegar á los primeros puestos del Estado, se enconarán mas todavía nuestros ódios políticos, pues si hoy andamos casi á pescozones por los de escalera abajo ¿qué será el dia feliz en que todos los españoles le pongamos la puntería al ministerio? En cambio de este inconveniente nadie podrá negarnos la circunstancia de ser la nacion mas ilustrada del mundo, respecto á que en ella hasta el quidam mas inverosímil puede ser ministro.

Si á pesar de cuanto llevo dicho en apoyo de mi dictámen y de la mejora que pretendo introducir en España, y cuidado que no es traducida sino de mi propia cosecha, si hubiese alguno tan menguado que no se sienta con fuerzas para formar parte do un gabinete, espero que desechará su inconducente meticulosidad, luego que aprenda el oficio por lo que resta de este artículo.

Para que mis lecciones fructifiquen es preciso proceder con órden, método y claridad, aunque no sean dotes comunes en nuestros catedráticos ni en nuestros Ministros. Yo me he propuesto por esta sola vez, y sin ejemplar, ser una escepcion de la regla en todo, infringiendo las leyes de la naturaleza española, faltando al precepto de donde quiera que fueres haz lo que vieres, y olvidando que no ha habido mas que un Redentor en el mundo á quien dieron los hombres de entonces bastante mal pago. Sin duda me arrastra el destino por senda tan escabrosa, ó acaso sea esta mi mision sobre la tierra sin que haya [illegible] en ello, como el médico á palos.

De cualquier modo que sea, estoy resuelto á seguir mi camino por hoy, sin que haya fuerza humana capaz de hacerme retroceder, imitando en mi decision al ayuntamiento de Tarazona que habiendo salido en procesion con no sé qué motivo, entró por una calle cuyo extremo estaba tapiado, y como al llegar al obstáculo exclamase el que llevaba el guion, que iba delante segun práctica seguida en todas las procesiones: «por aquí no se puede pasar, es preciso volverse» contestó el presidente del referido ayuntamiento «nada, alante, alante, Tarazona no recula.»

Con este propósito, pues, que seguramente será mas firme que el que de no volver á valerse de motines para alcanzar el poder hicieron los progresistas, empiezo mi tarea clasificando los diferentes géneros de que se compone la raza ministerial.

Hemos dicho anteriormente que esta especie es numerosísima, y de consiguiente compuesta de mil variedades que aunque tengan entre sí bastante analogía, se diferencian no obstante en ciertas pequeñeces que solo conocen los que se han dedicado á una observacion asídua; á riesgo de que sus excelencias repitan á imitacion de las lagartijas de la fábula: «valemos mucho por mas que digan.»

La primera division que desde luego se ocurre al clasificar la especie ministerial, es la de Ministros cesantes y Ministros en actual servicio. Despues una y otra de estas dos clases se subdividen en Ministros progresistas, republicanos, moderados; ni lo uno, ni lo otro, ni lo otro, absolutistas; Ministros nada, parlamentarios, elegantes, de mal tono, Ministros que dan al parlamento con la puerta en los hocicos, que ceden á influencias parlamentarias; los hay que temen á la prensa, que no temen ni la ira de Dios, oradores, que no saben hablar, y últimamente los ha habido tambien que moviéndolos darian bellotas, y que andan en dos pies porque no ha querido su estrella que una vez se caigan.

Ya ves, pues, ó carísimo lector (tan caro que en España es un milagro encontrar uno para un remedio), que no es posible entrar á detallar los rasgos característicos do cada una de estas variedades, y que por otra parte no es tampoco necesario semejante trabajo respecto á varias de ellas, que creemos bien especificadas por la simple definicion de alguna de sus cualidades, como por ejemplo, aquellos de quienes hemos dicho que una vez movidos soltarian bellotas ¿con qué han de tener semejanza sino con un alcornoque? Por lo mismo me ceñiré únicamente al análisis de las propiedades de la especie en general, é individualizaré despues las de las principales subdivisiones.

El Ministro es un ser tan parecido al hombre que se equivoca con él: anda del mismo modo, aunque sin merecerlo, come tambien de la misma manera, pero mejores cosas por lo comun, tiene el don de la palabra; en fin hay una completa semejanza entre uno y otro.

Cuando está cesante es un animal inofensivo y manso, al cual es posible acercarse sin riesgo y sin empacho; mas en el ejercicio de sus funciones es fiero, sus mordeduras causan un daño cruel, se enconan, y algunas son incurables. Aseméjanse en esto á las víboras y otros reptiles ponzoñosos que durante el invierno permanecen ocultos y ateridos de frio sin hacer mal á nadie, pero que luego que llega el verano, se ponen en evidencia, y sus picotazos son peligrosos en extremo. El verano de los Ministros es el tiempo que ocupan la dorada poltrona.

Cualquiera que haya tenido necesidad de acercar-

se alguna vez á un Ministro y entrado en su despacho con el objeto de hablarle sobre cualquier asunto, habrá notado sin duda que generalmente, ínterin escuchan la relacion del punto de que se trata, vuelven la espalda á la chimenea, si es invierno, y colocando las manos detras levantan los faldones del fraque y descubren el..... exponiéndolo á la benéfica y consoladora accion del calor; en lo que sus excelencias se parecen á los gatos, que por lo comun se sientan con la espalda vuelta á la lumbre. En esta postura, con las piernas un poco abiertas, el pecho sacado adelante y la cabeza erguida, que tambien los ministros aprenden su posicion particular como los reclutas, oyen, pero no escuchan, lo que se les dice; es decir, no prestan atencion á menos de que el interlocutor sea hombre con quien los unan lazos estrechos de parentesco esencialmente, ó por lo menos de partido, ú obligaciones de favores recíprocos, ó en fin que sea temible el pretendiente por su posicion social, sus riquezas y relaciones, circunstancias que adivinan los Ministros al primer golpe de vista, ó que tiene cuidado de indicar el recien llegado, empezando su relacion por las circunstancias de su persona si no es conocida de antemano. «Yo soy fulano, diputado provincial, etc., etc.:» hé aquí el introito de los que pretenden que se les dispense alguna atencion. Si es algo en la provincia por donde el Ministro suele ser diputado, ó bien en aquellas otras temibles por su inclinacion á las revueltas, desde luego puede prometerse la mas cumplida deferencia; mas si pertenece á alguna de esas provincias sumisas, obedientes, que no se rebelan nunca, que pagan bien sus contribuciones, y cumplen sin murmurar las órdenes del gobierno, que no espere buenos resultados en sus pretensiones. Ninguna teoría hay tan grande como la modestia y humildad, sea individual ó colectiva, en un pais donde hace mucho tiempo se dijo que la justicia estaba de tejas arriba, y donde no se atiende nunca sino al que nos sirve ó al que se hace temer. El egoismo y el miedo son los únicos móviles que regulan los actos de nuestros gobiernos de algunos años á esta parte.

Ya antes dijimos, que la especie ministerial se parece tambien á los gorriones y á la langosta en lo numerosa, dañina y voraz: añadiremos ahora que se asemeja al toro en que embiste cerrando los ojos, y dejando cesantes por quítame allá esas pajas, por un capricho tal vez, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, á una porcion de empleados, ni mas ni menos que el toro pone fuera de combate á los inocentes caballos que le ponen delante. Tambien á los Ministros los pican y banderillean los diputados y senadores en sus palenques respectivos, y no falta quien se entretenga en echarles suertes y en burlarlos, y por último algunas veces les echan perros, como cuando se les cuelgan una caterva de contratistas que los acosa y persigue hasta sacarles sangre y rendirlos. Es pues muy grande la semejanza entre toros y Ministros: no hay mas que una pequeña diferencia, que consiste en que á los primeros los matan por fin de fiesta, y á los segundos los dejan en libertad y en aptitud de presentarse nuevamente en la liza: lo cual, si por una parte es un mal muy grave, no deja de ser un bien grande por otra, pues corríamos peligro de ver enteramente despoblada la nacion si fuese costumbre estoquear los Ministros y hubiera de seguirse la práctica con todos los que aspiran á serlo.

Por lo que llevamos dicho se ve, á cuántas cosas se parece un Ministro de esta tierra privilegiada; pero con lo que cada uno de ellos tiene una completa identidad es con un tal señor Casca-ciruelas, á quien no he tenido el honor de conocer, mas que debió ser un grande hombre pues anda en boca de todos, y de quien se cuenta que hizo lo que pudo y no hizo nada. ¡Admirable original de nuestros Ministros!

Una vez expuestas con la brevedad que requiere un artículo de esta clase, las principales cualidades de la especie en general, nos detendremos muy poco en las de cada variedad particular.

Ministros progresistas son aquellos que cuando están debajo, que tambien al verdugo ahorcan, hablan mucho de soberanía nacional, de libertad y de garantías constitucionales, pero que en el poder olvidan estas zarandajas y prenden como les acomoda, destierran cuando les viene á cuenta, hacen juzgar por tribunales incompetentes y fusilan las gentes con inhumanidad como en octubre de 1841; roban por decretos como sucedió cuando declararon bienes nacionales los de las monjas, estinguen contribuciones sin reemplazarlas con otras, y por último animan á sus masas queridas á dar de palos á todo ciudadano pacífico que tiene la desgracia de salir á la calle, cuando impera en todo su esplendor la soberanía nacional, como en los últimos dias del gobierno del ex-Rejente. En una palabra, la anarquía es á ellos, lo que el agua al pez y el aire á las aves.

Los republicanos no han dado hasta el presente la cara ministerialmente, aunque los haya habido en algun gabinete, pero desde luego nos atrevemos á pronosticar que serian muy semejantes á los anteriores, solo que sus chanzas serian un poco mas pesadas.

Ministros moderados y Ministros nada, vienen á ser casi una misma cosa. Su amor á la legalidad, su constitucionalismo y su timidez, los han perdido siempre, dejándose arrebatar el mando en virtud de algun glorioso de esos en que están tan duchos los progresistas. Y lo peor del caso es, que despues que se entregan inermes en poder de sus enemigos en fuerza de su respeto á la Constitucion, los acusan todavía de serviles y retrógados, de modo que á nadie puede aplicarse con mas oportunidad aquello de *tras de cuernos penitencia*.

Tambien hay Ministros que no son moderados, republicanos ni progresistas; que lo han sido todo, que no son nada, que van á su negocio y nada mas. Dios les ayude.

Otra clase queda en la cual están comprendidos los que dan al parlamento con la puerta en los hocicos, los que no temen ni la ira de Dios, y que no ceden á influencias parlamentarias. Estos suelen ser productos de patriotas arrepentidos, de los que nos libre Dios con su infinita bondad, pues si bien en el cielo son muy apreciados los pecadores arrepentidos, en la tierra y políticamente hablando, son de muy mal efecto los arrepentimientos.

De cuanto hasta aquí he dicho, creo que inferirán mis lectores poco mas ó menos qué cosa viene á ser un Ministro generalmente hablando; mas para que formen una idea mas completa de la clase activa, quiero decir, de cualquiera de las subdivisiones en ejercicio, es preciso que se trasladen conmigo á la casa ministerio y se introduzcan conmigo en algunos de los despachos.

Allí mi discípulo aspirante á secretario de Estado, recibirá lecciones sobre el terreno, en el teatro futuro de sus hazañas, lecciones prácticas en una palabra, que son las mas provechosas.

¿A qué ramo piensa V. dedicarse con preferencia? ¿á la Hacienda por ejemplo? Pues vamos al departamento destinado á ese caos insondable. Ante todo es preciso no arredrarse con las dificultades. La primera con que desde luego nos encontramos son los porteros, gente altanera y descortes con los humildes y los tímidos, pero deferente con los osados. Para no ser detenido en la primera porteria es indispensable entrar impávido, con la cerviz enhiesta, con el sombrero calado y sin ninguna clase de cumplimientos. Nuestra arrogancia nos facilita la entrada en la mansion de los porteros mayores, y hénos aquí ya en la segunda es-

tacion. El objeto es penetrar en el despacho y ver al Ministro, y esto no se consigue sin saber que está dentro y sin pasarle recado. Hay pues que preguntar al portero si está el pájaro en la jaula, y esto requiere su fórmula particular para que contesten bien. Sin duda mi discípulo se dirigiria al portero con esta respetuosa pregunta: ¿está S. E.? Hombre al agua, te perdiste, y ya lo conocerás en el avinagrado gesto con que te contestan: «sí señor, pero está muy ocupado.» Han adivinado que no eres ni has sido nunca de la casa, y lo que es peor, que no tienes amistad con el Ministro cuando lo tratas con tal cumplimiento. La pregunta de ordenanza no es otra que ¿está el jefe? ó simplemente ¿está? san fason. Sí señor, te responderán: pues bien, dígale V. que estoy aquí.

Interin regresa el portero á darnos cuenta del resultado de su comision, nos entretenemos en observar las figuritas que hay pintadas en las paredes y techos del palacio que fue de Godoy, y que ha venido despues á parar en el destino que hoy tiene. Sin duda el artista encargado de adornar con sus dibujos aquel edificio, era mas profeta todavía que pintor, cuando tan previsoramente colocó las figuras que aun se observan y que tan alegóricas son al estado actual de nuestros negocios ministeriales.

En unas partes se ven guerreros flacos y en cueros



El Ministro.

armados de cascos, lanzas y escudos, vivo ejemplo de la situacion á que suelen verse reducidos nuestros soldados, y de la constancia y valor que manifiestan no obstante.

Allí dos mancebos blancos, rubios y colorados á caballo sobre dos leones; la fisonomía de aquellos indica que no nacieron bajo la influencia del esplendente sol de España: el leon es el símbolo de nuestro poder. Saque el que guste la consecuencia.

Al otro lado manojos de todas armas hacinados y revueltos: sin duda aluden á la aficion favorita de la época.

En el zócalo de algunas habitaciones se ven cabecitas humanas rodeadas ó guarnecidas con alas de mariposa: á esto no puede darse otra significacion sino la de que nuestros Ministros tienen una cabeza muy lijera y disipada.

En fin, despues de habernos dedicado largo rato á estas observaciones, y á las que proporcionan las caras de tantos pretendientes de todas categorías como pueblan aquellas dichosas antesalas; despues de haber visto pasar y repasar en todas direcciones á unos séres que por la marcialidad con que caminan, por la solicitud y deferencia con que son atendidos de parte de los pretendientes, y mas que todo por un pedacito de hierro terminado por una parte en una

anilla y que tiene en la opuesta dos muescas en cruz, se conoce que son de la casa y que pueden dispensar su alta proteccion, mas útil á veces que la del mismo Ministro; nos toca nuestro turno y hénos ya en el despacho de S. E.

Cuando el hombre se siente de repente poseido de admiracion, es una accion natural la de dirigir la vista al cielo como para darle gracias por sus obras: mas al entregarse á esta espansion general en el despacho del Ministro de Hacienda, lo primero que se presenta á nuestra vista en medio del techo es un angelote en ademan de volar con un mundo en los brazos, que seguramente debe ser el uno de los dos que pertenecieron en lo antiguo á la corona de España, y que voló para nosotros como volarán otras cosillas de las que aun poseemos. El referido angelote tiene la cabeza cubierta con el globo que conduce á cuestas, y solo descubre la parte pos... como burlándose de nosotros: sin duda representa á nuestra carísima aliada la Inglaterra, en la actitud consiguiente á alguna de las morisquetas que nos ha jugado y que si Dios quiere, nos jugará en lo sucesivo.

Repuesto uno del estupor que no pueden menos de causarle semejantes alegorías y el talento profético de su autor, baja la vista y se encuentra frente á frente con el Ministro. ¿Qué hay? pregunta este.—Nuestro objeto es que V. se sirva providenciar sobre tal cosa.—¿Trae V. solicitud?—Sí señor, esta es.—Aqui no hay antecedentes acerca del particular; informen las oficinas.

Va la solicitud, se informa, se vuelve á informar, pasa por veinte manos, se escribe un protocolo, y cuando está concluido se lo traen á firmar á S. E., quien suele preguntar con la pluma en la mano, ¿media firma, ó firma entera? Pone la que le dicen y cuento acabado.

Con saber esto, hacerse el distraido de vez en cuando, aparentar ocupaciones frecuentes é importantisimas, aunque no produzcan ningun resultado, y despedir á las gentes antes de que ellas lo hagan con un adios protector, se llena á las mil maravillas el papel de Ministro, ínterin no están abiertas las Córtes. Durante la legislatura es necesario ademas tener una paciencia á prueba de interpelaciones, ó lo que es lo mismo á prueba de bomba; ser muy osado y charlar como una cotorra. Esto último es lo mas difícil, aunque no sea indispensable hacerlo bien, y por otra parte no es una cualidad ministerial sine *qua non*, pues yo los he conocido que en vez de hablar... mejor es dejarlo.

IGNACIO DE CASTILLA.

LA COLEGIALA.

¿QUÉ es una colegiala? Hé aquí una pregunta que se me ha ofrecido desde luego al empezar este articulo, y me ha dejado tan suspenso, tan aturdido, tan anonadado como si bajo el mas severo castigo me hubieran propuesto la pronta resolucion del problema de la cuadratura del círculo. Por muy sencilla que parezca á primera vista aquella pregunta encierra sin embargo una responsabilidad muy grande aunque no sea otra que la de pedir una definicion, y esto no es poco para el que tiene la desgracia de creer que nada definen, por lo regular, las definiciones. Será aturdimiento, será insuficiencia, será tal vez desconfianza, será lo que se quiera llamar; pero confieso mi pecado, y juro ante la aterradora presencia de una maestra irritada, que al zumbar en mis oidos esta interrogacion: —¿qué es una Colegiala? las fuerzas me han abandonado, la pluma se ha deslizado de mis manos, la cabeza ha caido en una de ellas, y con los ojos clavados en el techo, la boca abierta, y la mayor inmovilidad en todo mi cuerpo, he quedado sumido en un profundo letargo, durante el cual he visto pasar diferentes objetos y personas que venian en tropel á darme una respuesta á aquella pregunta: respuestas todas inconexas, estrafalarias, oscuras, en una palabra, nada satisfactorias.

El Diccionario de la Academia rompia la marcha con gorro de dormir, diciendo que no habia tenido por conveniente dar una definicion exacta, y dejándome al son de buenas noches. Un honrado ciudadano, buen padre y buen esposo decia con la autoridad del Diccionario *que colegio es una casa destinada para la educacion y crianza de niñas*, y que por consiguiente la Colegiala seria una niña criada y educada en la casa destinada á este objeto: pero como el buen hombre llevaba en su frente el sello de la candidez, y tenia trazas de creer á pie juntillas todas las verdades teóricas que están sentadas en el catálogo de las mentiras prácticas, no me pareció oportuno darle la razon. Seguíale un jóven elegante con el pulgar de una mano metido en la sisa del chaleco, y ocupada la otra en juguetear con el lente mientras exclamaba lleno de admiracion: —«Fruta esquisita guardada en un almacen llamado colegio, que como dice Byron, *en él se aprende...*» lo demas lo dijo en inglés y no quise prestarle mas atencion, fijándola en una señora de edad dudosa pero bien parecida y mejor compuesta, que venia diciendo:—«Gracias á Dios que está mi chica en el colegio!... ¡Bendita institucion! Si hubiera seguido mas tiempo á mi lado era cosa de desesperarse... nadie hacia ya caso de mí... me importa poco que aprenda ó deje de aprender... con tal que esté allí cinco ó seis años.»—Y conforme iba hablando pasaba y repasaba su mano por los rizos con mucha coquetería, inclinando á un lado la cabeza con no menor estudio, y dirigiéndome una mirada lánguida y penetrante que me hubiera hecho lanzar del sillon á no haberlo impedido el que venia detras, arrojándose alegremente en mis brazos. Era un hombre de figura esférica y ojos vivarachos; á cada apreton que me daba, decia con toda la efusion de su pecho: —«¡Amigo mio! ¡soy feliz! ¡muy feliz!!! ¡escesivamente feliz!!! Tengo una sanguijuela menos en mi casa: á fuerza de sudores y fatigas he podido conseguir para una de mis chicas una plaza pagada en un colegio... para las otras mi maña proveerá Dios mediante... por el pronto tengo una hija comida y bebida sin que me cueste un cuarto y lo demas es cuento.» Desapareció de mi vista repitiendo varias veces esta última frase al compas de sus dedos que iban imitando á las castañuelas, y me dejó frente á frente de una gravísima señora vestida de negro, que traia cubierto el rostro con la mantilla, al traves de la cual se oian estas palabras: —«Bendito sea el Señor que me ha dado lo suficiente para colocar á mi hija en aquella santa casa, donde no se verá expuesta á los peligros de este mundo engañador. Aunque salga de allá tan ignorante como ha entrado importa poco: lo principal es que sea una buena cristiana... para comer no le ha de faltar mientras viva.... no necesita saber leer ni escribir, ni menear la aguja para...

Aquí estaba de mi vision cuando dí con las narices en la mesa, conociendo bien á mi pesar que me habia quedado dormido pensando en el artículo de la Colegiala. Me levanté azorado, víctima todavía de la mas angustiosa pesadilla, y con los brazos cruzados en el pecho empecé á dar paseos de un rincon á otro de mi cuarto, impulsado por una fuerza oculta como si fuera un sonámbulo; pero reflexionando sin embargo en lo que habia de escribir respecto á la Colegiala. Por fuerza, exclamé, me acosa algun diablillo al pensar en este asunto. ¿Cómo llevar á cabo mi empresa? ¿Cómo he de pintar detenidamente y en

todas sus fases un retrato del que me piden la mas perfecta semejanza? A la verdad no es muy fácil cuando no se tiene delante el original, cuando ni siquiera se ha observado un momento: ¿y cómo se ha de observar con la detencion que se merece si está cerrada á cal y canto para todo individuo del sexo feo la casa donde se oculta este tipo del bello sexo? Si á fuer de concienzudo historiador me valgo de *personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento*, tal vez me contarán lo que quieran y guardarán silencio en lo que yo crea tal vez mas necesario. Si lo escribo al buen tun tun sin órden ni concierto, poniendo en el papel todo lo que se me ocurra, venga ó no venga al caso, como si escribiera un artículo de política, ó de crítica teatral, de lo que menos me tacharán será de haber pretendido salir cuanto antes del paso.

Nada de eso: es preciso que yo mismo lo vea, y para esto pondré todos los medios que estén á mi alcance, me valdré de todas las tretas que se me ocurran, y en último caso llevaré mi celo hasta el punto de sentar plaza de demandadero: ¡pero infeliz! nada conseguiria aunque así fuese. Impelido por el mas ardiente entusiasmo trabajaria sin descanso en hacer las mas minuciosas investigaciones, y bien pronto me descubririan tomando mis puros y loables fines por otros de muy diverso género, y lanzándome un *fuera profano* que me dejaria mas yerto que al buen rey de Tebas: á él le echaron de un cementerio, cosa bastante agradable, y á mi... seria humillante no hay duda ninguna. ¿Cómo pues he de valerme? ¿adónde hallaré remedio? ¿A quién invocar? ¿A quién pedir auxilio? — Venga á mí, exclamé finalmente tomando una postura teatral, y con la cavernosa voz de un nigromántico en el instante mas crítico de sus diabólicos conjuros; venga á mí alguna cabalgadura fantástica que me haga atravesar invisible por las rendijas de las puertas, y me dé á conocer la Colegiala estudiando, cosiendo ó enredando en la clase, orando ó durmiendo en el coro, jugueteando en la huerta, y repasando en su imaginacion en el dormitorio y con el silencio de la noche, en aquellos inesplicables momentos que preceden al sueño, todas las ideas que mas afectan á su alma. Venga la muleta del Diablo cojuelo, la capa de Mefistófeles, ó aunque sea el pálido caballo del Apocalipsi.

Apenas hube acabado de pronunciar estas palabras, cuando un ruido extraño zumbó al rededor de mi cuarto; la luz que me alumbraba se fue debilitando por momentos, y apagándose finalmente apareció con espantoso estruendo un ente sobrenatural de cuya descripcion tengo que privar á mis lectores, porque me hallaba enteramente á oscuras.

—Aquí tienes lo que buscas: dijo á poco tiempo de entrar con una voz que si nada tenia de humano, mucho menos tenia de divino.

—¿Y quién eres?

—No te importa saberlo.

A esta respuesta tan inquisitorial nada pude añadir por un momento; pero sí sospeché bien pronto que aquel individuo pertenecia á la policía secreta de los reinos infernales. Esto era cabalmente lo que yo buscaba. — Vas á darme á conocer la Colegiala: le dije con voz entera y en tono de mando.

—Así lo haré: pero te advierto de antemano que solo la veras de lejos y en el sitio donde me acomode presentártela.

—¿Y dónde ha de ser?

—Donde veras muy pronto si me das la mano.

Se la alargué maquinalmente, y apretándola como con unas tenazas, sentí que de repente faltó el suelo á mis pies: quise forcejear para desasirme pero ya ni era tiempo, ni podia hacerlo, pues iba hendiendo los aires con la velocidad del rayo, caballero en un extraño objeto que, examinándolo al tacto, conocí que era nada menos que el entallado corsé de una dama. Hicimos alto á poco rato de haber empezado tan peregrino viaje, y mi conductor me dijo que nos hallábamos sobre el colegio que me iba á proporcionar cinco tipos ó diferentes caractéres de la Colegiala. Paso en silencio el nombre y el sitio en que se halla colocado este edificio por las poderosas razones que dió Carloto de la muerte de su sobrino el marques de Mantua.

Por tres causas: porque quiero
Es una, y por esta y esta.

La oscuridad me rodeaba por todas partes y no se percibia el menor susurro; yo permanecia en el aire como el alma de Garibay esperando con ansia que llegara el momento de ver lo que deseaba: no tardó mucho, á la verdad, en irse aclarando por grados un ancho espacio, viendo al fin distintamente mis ojos una huerta alumbrada por la débil luz de un crepúsculo de la tarde: debia ser de primavera porque los árboles estaban verdes y floridos, las flores exhalaban esquisito aroma, y un vientecillo suave movia blandamente las hojas. El silencio se fue rompiendo con la misma gradacion, percibiéndose una multitud de voces de distintos metales, que llegaron á herir á mis oidos con discordante clamoreo: al mismo tiempo que, aparecieron los cuerpos de donde salian, vestidos todos de la misma manera aunque con mas ó menos gracia. Eran por fin mis Colegialas; ya las tenia delante aunque lejos, é iba á observarlas no como deseaba, porque no era á mi ver muy á propósito para ello el momento ni el sitio que habia escogido mi misterioso conductor. Sin duda debió de adivinar mi pensamiento, pues antes de hacerle esta observacion me dijo con tono doctoral: — He escogido este sitio y este momento porque en ninguna parte se presenta con menos rebozo el carácter de la Colegiala como en las horas de recreacion.

—Pues, señor, bueno: tú lo sabras mejor que yo: pero me parece que si permanezco aquí en el aire como un vencejo, solo podré decir de la Colegiala lo que están viendo mis ojos, que ciertamente es bien poco. Diré que es una muchacha como hasta de quince años, unas veces bonita, otras fea, que salta, brinca, se está quieta ó se pasea, coge furtivamente la fruta verde de los árboles y la saborea como si fuera un manjar esquisito, y que es en fin una persona muy á propósito para poner por obra el precepto de la Escritura que dice: *crescite et multiplicamini*.

—Yo te he prometido dar las esplicaciones necesarias, y voy á hacerlo ahora á pesar de que me ha incomodado no poco tu réplica, que es lo que llamais en el mundo, no sé por qué, una salida de pie de banco. Préstame atencion. ¿Ves aquella muchacha juiciosa que está sentada al pié de un árbol, fijos sus ojos y todos sus sentidos en el libro que está leyendo, sin tomar la mas mínima parte en la zambra y algazara que se mueve á su alrededor?

— Por cierto que la candidez y tranquilidad de alma que revela en su fisonomía la belleza de sus facciones, el aseo, la gracia, y ese *aquel* encantador con que lleva el hábito y el peinado me incitan á suplicarte que me dejes bajar un rato á su lado aunque no sea mas que para darle las buenas tardes.

—Silencio, y escucha: esa que estas viendo y que tanto te interesa es el primer tipo con que debes encabezar tus observaciones: porque es la que verdaderamente cumple con el objeto á que ha sido destinada en esta casa: es en una palabra.

LA APLICADA.

Esta, prosiguió el misterioso *cicerone*, es la hija del primero que has visto pasar en tu sueño, y del

que has dicho que llevaba en su frente el sello de la candidez, porque así se os antoja llamar ahora en el mundo lo que antes se llamaba hombría de bien. ¿Observas la dulce é inocente calma con que está leyendo ese libro? pues con la misma ha pasado los tres años que lleva de colegio, sin mas amargura que la que le proporciona alguno que otro dia el sentimiento de no haber concluido sus tareas con el esmero que deseaba. Su corazon es tan puro como el cáliz de la azucena que lleva prendida al cabello, y todos sus impulsos se dirigen á que cuando sus queridos padres vienen á visitarla oigan decir á la superiora: — «Luisa es un ángel; es la maravilla del colegio: la » que á todas escede en las labores; la que tiene una » conducta mas irreprensible: la que mejor sabe » hermanar los deberes de cristiana con las obliga- » ciones y estudios que van formando de ella lo que » se llama una muger cabal.» Es imposible que tú puedas comprender ni figurarte el placer que experimenta al sentir en su frente el cariñoso beso con que premian sus padres tan halagüeñas noticias, y ni ella vuelve á experimentarlo con tanta efusion sino es cuando ha concluido alguna labor esmerada, y se halla satisfecha de su obra. ¡Si la vieras entonces con qué noble é inocente orgullo recibe los elogios que la prodigan sus maestras; con qué atencion acoge las correcciones que la dictan por alguna leve falta; con qué modesto desden escucha las insulsas críticas con que procuran hacerla desmerecer sus envidiosas compañeras! Y sin embargo, con estas siempre está afable y cariñosa, enseñándolas cuando no tienen la vanidad de creerse con mas talento, ayudándolas cuando les falta tiempo ó les sobra pereza para concluir una labor, intercediendo por las díscolas, alabando á las estudiosas, de todas amiga, y amiga de corazon. ¡Ah! ciertamente sus padres deben gloriarse de haberla dado el ser, así como sus maestras de haber encontrado tal discípula, sus compañeras tal amiga, y ella de tener un alma tan dispuesta á recibir las impresiones que nacen de todo lo bueno, como fuerte para rechazar las que pueden hacerla torcer del camino de la virtud.

—Por Dios, ó por Satanas, tu dueño, que me dejes bajar á conocer de cerca á esa encantadora Luisa; yo te juro que...

—¡Calla! ¿No escuchas la estrepitosa algazara que se levanta en aquel lado?

—La mayor parte de las Colegialas están riendo á carcajadas al rededor de un árbol, mirando unas veces á su copa y otras á la superiora que está sentada algo lejos leyendo un devocionario con los ojos cerrados.

—No sospechan ellas que está dormida, y sí lo ha descubierto la que ha motivado esa alegría y esas risotadas. ¿No la ves?

—¿Dónde? ¡ay Dios mio! ¿es la que está encaramada en el árbol columpiándose en una rama? ¡Se va á matar! ¡Y qué linda! ¡Qué vivaracha! qué... déjame bajar á sostenerla y haré una obra de caridad.

—No hay cuidado: mientras ella se columpia divirtiendo á las demas, ye te la daré á conocer, diciéndote de antemano, si no lo has adivinado, que es

LA TRAVIESA.

Ya te acordaras del jóven elegante que definia á la Colegiala, diciendo que era una fruta esquisita guardada en un almacen llamado colegio: esta muchacha es su hermana. Al entrar en esta casa no parece sino que quisieron introducir el caballo de Troya, para que hubiera una guerra intestina perenne: pero guerra poco sangrienta á la verdad aunque fecunda en sutilezas y diabluras, que si hace perder la paciencia á las superioras, sirve en cambio de diversion á las discípulas, y de satisfaccion á la muchacha que continuamente está oyendo de ella, que es de la piel de Satanas. Tiene buen corazon, una imaginacion viva, capaz de sacar buen fruto de las lecciones que recibe, y sin embargo no se cuida de esto, pensando solamente en mil travesuras que la proporcionan muy buenos castigos, de los que se ve libre por lo regular inventando y poniendo en planta otras nuevas. En las horas de labor es la que ameniza la monotonía y pesadez del trabajo con cuentos y chistes: cuando reina en la clase el mayor silencio empieza á estornudar, á toser, y si tiene la dicha de que no la mire la maestra, entona con agudos chillidos un ¡qui-qui-ri-qui! quedando despues serena é imperturbable como si nada hubiera hecho. Aunque nunca aprende las lecciones siempre halla modo de aparentar que las sabe tan bien como la primera, y si este no se le ocurre nunca falta disculpa que la salva. Te divertirias infinito con la multitud de diabluras que hace al cabo del dia, unas veces á costa de las superioras, otras de sus compañeras. ¡Quién no se ha de reir al ver irritada á una maestra que la está reprendiendo, aumentar su cólera á medida que la muchacha responde, levantarse, dirigirse á ella y verla llevar tras sí la silla en que estaba sentada, porque Amalia de antemano le habia cosido á ella los hábitos! En el coro se arrodilla detras de alguna devota, y cuando la ve que está en lo mas fervoroso de su oracion se deja caer encima, fingiendo que se ha quedado dormida. Un dia desapareció el rosario de la madre Tecla, y con el mayor asombro le vieron aparecer al medio dia entre los garbanzos: no hace muchas noches que la misma señora estuvo á punto de romperse una costilla porque al irse á acostar dió con la cama en el suelo estrepitosamente, sabiéndose despues que la señorita Amalia le habia puesto en falso las tablas, no contenta con haberla hecho pasar ocho noches de agonía, durmiendo entre sal y recortaduras de cepillo: esto le valió un encierro de doce horas al cabo de las cuales salió como si hubiera hecho á pie y por caminos llenos de matorrales una larga peregrinacion; tuvieron la poca precaucion de dejarla unas tijeras y se habia entretenido en hacer tiras el vestido, agujerear los zapatos, cortarse las cejas y la mayor parte del cabello, dejándose solamente un mechon en la coronilla como los chinos. Si te fuera á contar todos los recursos de su fecunda imaginacion tendria asunto para tres dias, y el tiempo que tengo que pasar contigo es muy corto. Fija la vista en aquella parte retirada de la huerta y observa bien lo que ves.

—Veo una muchacha, que bien tendrá diez y seis años; su bello rostro está cubierto de palidez, y sus ojos negros y rasgados parece que no tienen movimiento; tan fijos están en el objeto que preocupa su imaginacion. Me interesa sobremanera ese aire de tristeza que reina en su fisonomía, y buenas ganas se me pasan de bajar á preguntarla el pesar que la acuita, y á consolarla en su afliccion. No seas déspota; y déjame...

—Nada conseguirias: lo que la tiene así es un secreto que á nadie declarará mientras se halle en el colegio, y sin embargo la martiriza á todas horas. Observa bien su semblante, y si eres conocedor no tardaras en comprender que esta es

LA ENAMORADA.

Esta pobre muchacha es víctima de la coquetería de su madre, que como lo has oido de su misma boca, solo la tiene aquí para que no la haga sombra. La infeliz ha entrado en el colegio con el corazon asaetado por los ojos de un primito que frecuentaba su casa, y las heridas de aquellos tiros se van profundizando con la ausencia, y envenándose con la soledad. ¿Qué es el colegio para ella sino una estrecha prision en la

que no entra por ninguna parte el menor rayo de sol de su esperanza? Por eso la ves tan triste, tan abatida, siempre pálida y cadavérica, sin comunicarse con nadie, huyendo de todas para gozar con los recuerdos infantiles de lo pasado ó con las halagüeñas ilusiones de un porvenir dichoso, que algunas veces pasa como un relámpago por su imaginacion, para sepultarla despues en la mas negra melancolía: y esto ayer lo mismo que hoy, y hoy lo mismo que mañana. Triste vida es la suya sin gozar jamas un rato de calma y de alegría, sufriendo en cambio el martirio que produce el silencio, el despecho y la separacion completa del bullicio del mundo; entre cuya algazara habia abierto los ojos, habia crecido, se habia desarrollado, y cuyos goces empezaba ya á saborear, gracias al cuidado de su madre. ¿Qué ha de hacer la pobre Elvira sino llorar, consumirse, y marchitar las gracias de su juventud como la flor que la faltan los benéficos rayos del sol? ¿Qué leccion se grabará tan profundamente en su memoria como la que recibió una noche en un baile, de los mismos lábios de su primo, con el fuego y entusiasmo que acompañó á la declaracion de este, y con el anhelo, la zozobra y la alegría que se apoderó de ella al escucharla? ¿Qué oraciones dirigirá al cielo en el coro con tanto fervor como los juramentos de amor y fidelidad eterna que la hizo su amante al despedirse, y todavia resuenan en sus oidos y despedazan su corazon? Nada mas quiero decirte de ella porque bien puedes figurártelo. Con mucha razon dijo un poeta frances del siglo pasado, que:

Désir de veuve est un feu qui dévore.
Désir de nonne est cent fois pis encore.

Deja á la enamorada sumida en su contemplacion, y observa á esa otra muchacha que está tendida en el suelo con el mayor abandono, ocupada en ver un reguero de hormigas que andan buscando el agujero que las ha tapado. Ninguna podrá fijar con tanta avidez su atencion en semejante objeto sino es

LA HOLGAZANA.

Observa su peinado descompuesto, su ropa mal traida y llena de manchas, y eso solo te dará idea de la desidia y pereza que la domina. Aunque ves que los dedos de la mano derecha están cubiertos de tinta, no creas que es amiga de escribir, al contrario; no hace mas que emborronar papel pintando unas figuras que quieren ser monigotes, y unos garrapatos gruesos que á todo se parecen menos á letras. En la clase de costura si no se queda dormida, da unas puntadas como de esterero, y presenta una labor tan esmerada que la vale estar de rodillas una hora y otra hora, dándose por contenta con tal de no seguir el trabajo. Su principal ocupacion en el colegio, aquella en que pone todos sus cinco sentidos, es la de comer y dormir bien: lo demas le importa muy poco, lo mismo que á su padre *que ha podido conseguir una plaza pagada para una de sus chicas, y ya la tiene comida y bebida sin que le cueste un cuarto.* Esta es la diversion de sus compañeras, y el blanco de todos sus tiros: pero ella tiene una gran dósis de filosofía cínica para no inquietarse por nada, si no se la toca á la pitanza y no se la perturba el sueño, que mejor puede llamarse una continuada modorra. A ninguna pregunta que le hagas te responderá de otro modo que encogiéndose de hombros y bajando la cabeza, para decirte: —¡Yo no sé ¡Verdad tan completa, tan explícita, tan clara que no se necesita oirla de sus lábios para convencerse de que es una calabaza ambulante con el cabello desgreñado y los zapatos á la rastra. Vuelve de ella los ojos antes que encierre la mitad de las hormigas en un cucuruchito para divertirse despues, y sigue con la vista á aquella otra que con el dedo en la boca y mirando al soslayo, va recatándose de sus compañeras y dirigiéndose con cautela adonde está la superiora. De esta ha querido hacer su madre una santa, y solo ha logrado sacar una hipócrita, á quien llaman las demas

LA ACUSONA.

Ahí la ves en el ejercicio de sus funciones rebosando de alegría porque va á contar á la superiora como la Amelia se ha subido á un árbol á coger fruta y á columpiarse en una rama. De esta huyen todas como yo del agua bendita, porque saben sus mañas, y ella anda siempre á la husma procurando coger alguna palabra vedada, algun descuido, alguna accion de las



La Colegiala.

que pueden llevar un castigo, para contarlo inmediatamente á la que pueda imponerlo. Aunque es muy corta de alcances y estudia poco, la salva esta cualidad, y la pone en el mejor lugar con las maestras y directoras. En la clase mira mas á sus compañeras que al libro y la labor, y siempre de reojo, furtivamente, con disimulo para gozarse en cogerlas en falta: es una araña que está atisbando á la mosca. Cuando alguna está castigada porque ella ha *dado el soplo*, se complace en verla sufrir, sonriéndose con los ojos bajos, oyendo despues con una paciencia aparente los reproches y dicterios en que la echan en cara su malignidad. ¡Pero ay de ella si tiene la poca prevision de quedarse entre las demas en algun momento que

se ausenta la superiora! ya puede contar por seguro el martirio, recibiendo de unas pellizcos, de otras pescozones, y la mas agraviada la pincha con un alfiler, la que no lo está menos la tira de las narices, y todo esto mientras entonan un coro á su alrededor: —¡*Acusona de Barrabas, en el infierno te hallaras*! En el infierno se halla ciertamente hasta que vuelve á aparecer la superiora, y entonces de resignada y paciente se trueca en altiva é imperiosa, mirando á todas con los ojos como brasas, con la boca contraida por el despecho donde quiere asomar una sonrisa infernal que las dé á conocer lo mucho que les agradece la ofensa, porque la proporciona una completa venganza.

Pasemos á otra que nos dé mas halagüeñas ideas de su alma: pero bien mirado es inútil, porque con corta diferencia no hariamos mas que repasar las que ya hemos visto: por otra parte la campana del convento nos las saca de la huerta, y yo, como sabes muy bien, no puedo entrar en sagrado.

Volvió á rodearme en un momento la oscuridad, desapareciendo de repente la huerta, las Colegialas y todo cuanto estaba debajo de mí, y pasó un largo rato en silencio mi misterioso guia dejándome, sin embargo, sin subir ni bajar, perdido entre las nubes como un trueno.

—¿Y qué voy á hacer aquí ahora? le pregunté asustado: es cosa de que por observar á la Colegiala voy á pasar la vida de los pájaros recorriendo las regiones aéreas montado en este corsé? por mi nombre que...

—Quiero que completes tus observaciones, viendo ahora cuál es el porvenir de esas cinco jóvenes que han fijado nuestra atencion.

—Que me place: pero despacha pronto; porque esta cabalgadura tiene una maldita ballena que me está crucificando.

Antes de acabar de hablar me pone la mano delante de los ojos, y como al traves de un lente veo con la mayor claridad un lindo y bien adornado gabinete, en uno de cuyos rincones hay una cama donde duerme un niño, teniendo á su lado guardándole el sueño á una agraciada jóven, vestida con elegancia y sin afectacion, que bien demuestra que es su madre por las miradas cariñosas que le dirige, por el cuidado con que le vela, por el aire de satisfaccion y de alegría que refleja su semblante. Aquellas facciones no me son desconocidas, aunque se conoce que han variado algun tanto desde que las ví por primera vez.

—Esa es Luisa, la aplicada del colegio, me dijo el *cicerone*: ya hace dos años que salió de él y uno que vive en la mayor felicidad, abierto su corazon á todas las delicias que proporciona el amor de esposa y de madre.

—No vayas tan lijero ¡qué diablos! Ya han desaparecido Luisa, el niño y el gabinete, presentándose en cambio un salon de baile lleno de bellezas y fealdades que andan de aquí para allí haciendo que bailan. ¡Ni una cara conocida! ¡Ah, sí! me engañaba: allá hay una que tiene cinco ó seis jóvenes al retortero burlándose de todos, y todos segun parece muy prendados de ella.

—¿Quién ha de ser sino la traviesa? Lo mismo hace aquí que en el colegio, enredar y sacar partido de todo. De ninguno hace caso en realidad aunque no los desanima, dando á unos promesas, á otros suspiros, á otros sonrisas, y á nadie su corazon, que mas vivo que una mariposa vuela y desaparece de entre las cadenas con que algun infeliz ha presumido esclavizarlo.

—Déjame bajar y bailaré un vals con ella... ¿pero qué es esto? ¿voló el baile, y las muchachas bonitas, y las viejas feas, y en dónde estoy? ¿Para qué me traes á este cuarto miserable donde apenas puedo ver lo que contiene con la poca luz que derrama ese agonizante veloncillo? Allí está una jóven pálida y descolorida.

como rosa
que ha sido fuera de sazon cogida.

Sus ojos se van cerrando mas por el cansancio y la fatiga que por un tranquilo y apacible sueño: en su mano tiene un papel que acaba de escribir y parece la continuacion de otros que hay sobre la mesa. Veamos lo que dice:... «Ya sabes como me escapé con »Enrique del colegio y no necesito darte mas explica»ciones, porque demasiado público se ha hecho este »suceso. Lo que nunca habrás sospechado ni creido »que llegara á suceder, es que exista un hombre tan »perverso que despues de mil palabras y mil juramen»tos me haya abandonado completamente dejándome »sumida en la miseria, separada de mi madre que no »quiere perdonarme, y separada del mundo que me »juzga mas culpable de lo que soy...» ¡Pues me gusta! ¡cuando me iba interesando esa escena echas el telon y me dejas á oscuras de lo demas! ¿y para qué? Para traerme á otra habitacion donde están chillando, llorando y rabiando dos chicos, pintadas las caras de chocolate y con todas las señales de estar muy poco cuidados. Aquella obesa y corpulenta mujer que está mas tendida que sentada en el sofá ¿será su madre? Sí tal: se parecen en la cara, en el cuerpo, y mas que todo en la desidia que despunta en ellos y rebosa en ella. No necesitas decirme que esta es la bolgazana del colegio, porque bien la conozco por su interesante ocupacion: dejémosla dormir en paz y llévame á ver la acusona. Cuidado que no te he dicho que me traigas á la policía; nada tengo que hacer con ella á Dios gracias: ¡pero calla! al traves de la mantilla con que trae cubierta la cara esa señora distingo las facciones de la persona que deseaba ver: ¡sí, es ella! la hipócrita, la acusona del colegio que se ha convertido en agente de policía la secreta, vulgo espía. Pase V., señora, y Dios me libre de encontrarme con V. en ninguna parte.

Quitó el diablillo la mano que tenia delante de mis ojos, y á poco tiempo me encontré sin saber cómo en mi cuarto arrellanado en mi sillon; pero tan molido, tan aspado, tan falto de respiracion como un cómico de pocos pulmones que ha ejecutado un largo papel en una larga comedia, y al llegar al final apenas le quedan fuerzas para hacer al público una cortesía, y decirle en tono sumiso

Aquí acabó la comedia
perdonad sus muchas faltas.

CÁRLOS GARCIA DONCEL.

LA CIGARRERA.

¡PUES la chica tiene genio! ¡Como diga que no, es inexpugnable! Vaya, mujer, ven acá; aprovechemos la casualidad de habernos encontrado, para que el público sepa quién eres; mira que estamos comprometidos con el anuncio.

—¡Toma! ¡miste que ley!.... ¿pa qué pusieron ese rétulo?.... escriba osté.

—¡Pero, hija mia, si yo no sé nada de lo que haceis en la fábrica!....

—Cigarros.

—Si, ya lo sé; pero...

—Vaya, dejémonos de requilorios y agur; quédense las probes Cigarreras con su aquel y su frábica, y póngase osté á sacar romances de su cabeza, que lucío quedará con el oficio... En una guardiya al par de la mia, murió un señor hace poco de hambre purita..... Tambien era casi como osté, muy estirao y tóo lo sa-

caba de su cabeza. Mas maldiciones le tié echáas mi curro el cajista porque le emborronaba los papelotes que le traiba de la emprenta, que ya!.. Asi está osté espiritao, le decia yo cuando me recrebaba.....

—Sí, todo eso está bien; pero yo quiero que mis lectores sepan la vida y milagros de la Cigarrera mas bonita y.....

—¿Sabe osté lo que es?.... que sí ¡bonita! Como que me lo voy creyendo..... Vaya usté con esas andróminas y esos papelones á los ciegos, que aquí no cuela. Güen papel haria yo entre tantas señoras como dice osté que hay en el libro.

—¿Y qué tiene eso de particular? ¿No eres tú tan honrada como *el Ama del cura*, y...

—¡Caye osté generoso!.. ¿Cómo el Ama é el cura?.. y mas que todas las marquesas de meriñaque... Vaya un re... Dios!.. Probe sí; pero honráa como denguna.



La Cigarrera.

—¿Ves? ya sabe el lector que sois honradas; aunque me temo que hayan tomado la escepcion por la regla.

—Menos palique y largo... *don Levita.*

—Pues dime ¿qué, no quieres acompañarme á la fábrica y dejar que te retraten en el libro?

—¡Quiá! á remenos me lo tendria yo el andar con usías de casaca... Leví, leví, pero no le conocí.

Un señor de levosa
se me ha perdío;
le he puesto en el *Diario*
y no ha parecío.
Que güeno juera
que el señor don Levita
no pareciera!

. . . .

Por intempestiva que le haya parecido al lector la introduccion de este artículo, no habrá dejado de conocer que el personaje con quien hablábamos era una *Cigarrera*, y que el lenguaje que usaba es el mas comun á esas gentes; sobre todo si están bautizadas en San Lorenzo ó en San Millan.

Los barrios del Ave María y de Lavapies surten generalmente de operarias la fábrica de tabacos de Madrid, aunque algunas de ellas son feligresas de Maravillas y del Barquillo. Pero esas mujeres no están como llovidas en esos sitios, ni se encontraron al nacer en las calles del Tribulete y Humilladero; á esos sitios han ido á parar por sus pasos contados; y tienen procedencia legítima las mas veces; aunque no se exige semejante requisito para hacer cigarros.

Son tan característicos los rasgos particulares de mi tipo que le hacen formar clase aparte en la sociedad; de tal modo que cuando se oye decir: *es una Cigarrera*, nadie pregunta mas de malo ni de bueno.

Las operarias de la fábrica de tabacos de Madrid son en su mayor parte madrileñas; por mas que haya muchas entre ellas, hijas de otras provincias, especialmente valencianas. Pero estas son cuestiones de mayoría, y las Cigarreras que han venido al mundo por la capital de las Españas, forman una parte del tipo de la *Manola*, que merece un recuerdo de nuestra pluma; persuadidos de no podernos emplear nunca con mas españolismo que ahora. Retratar el donaire,

las gracias, la nobleza y la generosidad de una clase que ha llamado siempre la atencion de los extranjeros, y que está próxima á desaparecer para siempre de nuestro suelo, es para nosotros una tarea muy grata. Nos horripila ver hoy dia barridas las escaleras de la fábrica por la ropa talar de las operarias; pero nos refugiamos en ese establecimiento como única trinchera que para defender las costumbres españolas nos ha dejado el ridículo furor de los innovadores. Aun pisa la fábrica de tabacos el zapato de tabinete blanco y la media de seda calada; aun no se ha desterrado de esos sitios el corto guarda-piés ni la mantilla de franja.

. . . .

Media docena de hombres, que pulsan cuatro guitarras y dos bandurrias están sentados á la puerta de una casa baja en la calle de la Palma Alta; acompáñanles cantando seguidillas igual número de mujeres, y bailan en el corro cuatro parejas que repican con gracia la alegre castañuela; y cuando se acaba una tanda de seguidillas ó boleras echan una ronda de aguardiente; circulando, entre los músicos principalmente, un botijon de aquel espíritu de vino disfrazado en parte con la simiente de anís. La calle está llena de curiosos y se habla entre ellos con variedad del objeto de aquella fiesta, aunque todos saben y convienen en que es la torna-boda de la viuda de un albañil, que ha contraido esponsales con un cerrajero viudo tambien, y padre de una niña de doce años, que triste y llorosa en medio de aquella gente, no toma parte en la diversion y parece presentir mal de su madrasta.

El baile ha dado principio á las tres de la tarde, y á instancias del sereno y del alcalde de barrio termina á las diez y media de la noche. Un cuarto de patio con dos piezas que hacen de sala, alcobas y cocina, da asilo á los casados, y aquella noche, como las anteriores, pasa sin una palabra mala ni una obra buena y sin que la hija del cerrajero tenga motivo de queja de su madrastra; pero á los quince dias se acaban los maravedises y empiezan las desazones. La viuda del albañil sabe poner un puchero, pero no sabe de ningun lonjista que dé los comestibles gratis, y se dirige al cerrajero para que la suministre fondos. Este que no tiene ganas de volver á la fragua la dice que los busque, y una palabra de una parte y otra de otra ocasionan una riña diaria, que termina por hacer las paces los esposos y castigar á la pobre niña, diciéndola que no sirve para nada, y que ya tiene edad para ganarse la comida y contribuir con alguna cosa á la casa.

La muchacha sufre el mal trato de su madrastra buscando medios de ganarse la vida, y hoy cuida el puesto de una frutera por cuatro cuartos; mañana vocea, llamando parroquianos á la puerta de una carnecería, ó acarrea botijos de agua para las vecinas y friega y barre en dos ó tres casas inmediatas á la suya; hasta que por fin logra entrar de niñera con una cria de la fábrica de cigarros. Esta ocupacion la obliga á ir dos veces al dia á la casa grande de la calle de Embajadores; ve, por precision, muchachas de su edad que ganan diariamente 36 ó mas cuartos, y andando el tiempo resuelve hacerse Cigarrera; para lo cual pregunta por el superintendente de la fábrica, se entra en el despacho de su señoría, y con las lágrimas en los ojos y el arrojo en los lábios, le dice:

—Señor, yo vengo á ver á usía y usía me va á hacer un favor.

—Mira, yo no puedo hacer nada en eso, dice el superintendente, creyendo que es hija de alguna operaria despedida; tu madre se tiró el otro dia de los pelos con la otra, y ninguna de las dos vuelve á poner los pies aquí.

—¡Pero señor!.... replica la muchacha, sorprendida con aquella interpelacion; ¿qué galimatias es ese que ha movío usía en un memento?.. ¡Usía no me conoce!.. ¡Mire usía que no tengo madre!..

—Pues dí ¿qué quieres?

—Entrar en la frábica *daprendiza*, si usía me lo permite.

—Eres muy chica aun, y el reglamento manda que no entre ninguna antes de los trece años.

—Mire usía que aunque parezco chiquetiya, pa la Vírgen de la Paloma, cumplo catorce años; ahí está la señá Manuela *la Roma*, que usía la debe conocer, señor, que es *capataza* en el tayer de las *comuneras*.....

—Está bien, pero ahora no puede ser; vuelve otro dia.

—Gracias, señor; en el manánimo corazon *dusía* espero que no me faltará á la palabra.

Pero la muchacha no se fia, y siempre que el superintendente sale ó entra en su casa, se encuentra con la aspiranta á Cigarrera que le está esperando en el portal y le acosa especialmente cuando le ve con alguna señora; esperando que esta haga algo por el sexo. A esta circunstancia ó á la de necesitarse operarias en la fábrica, debe su admision en calidad de aprendiza la niña de los doce años; que destinada por el oficial mayor del establecimiento al taller del tabaco comun, logra tomar asiento en la mesa de la señora Manuela, que á fuerza de pellizcos y pescozones la va enseñando el oficio.

Empieza la hija del cerrajero á *despalillar* la hoja, y á los pocos dias, la enseñan á *hacer el niño*, á *liarle* y á *despuntar* por fin el cigarro. La espuerta para el material, la silla, las tijeras, y el *tarugo*, especie de tablita para redondear los cigarros, todo corre de cuenta de las operarias, y la hija del cerrajero, que tomó *al fiado* esos enseres, los va pagando poco á poco con el dinero que recibe los dias de entrega por los mazos que ha hecho en la semana ó década. Y ahora mientras la chica va cobrando manejo en el oficio para llegar á ser una de las Cigarreras *mas largas*, entre las habidas y las por haber, haremos nosotros una visita á LA FÁBRICA DE TABACOS DE MADRID.

A las siete de la mañana se advierte gran afluencia de gente, la mayor parte mujeres, por las calles del Ave María, de Lavapies y del Meson de Paredes. Los hombres que acompañan á alguna de las Cigarreras se van despidiendo poco á poco, y los numerosos grupos de ellas, que se dirigen hácia el portillo de Embajadores, se condensan frente á un edificio de construccion sencilla; destinado á la elaboracion de los tabacos; esperando allí la hora de que se abran las puertas al enjambre femenil.

Variados son los trajes de aquellas infelices madres de familia trabajadoras, ó de aquellas hijas laboriosas que acuden á la fábrica en busca de pan con que alimentar á sus padres ó esposos; el lujo no está en relacion directa del trabajo ni de la asiduidad; depende únicamente de los vicios de los hombres con quienes viven, que acostumbrados en su mayor parte á que los mantengan sus mujeres ó sus hijas, se abandonan á la mas criminal pereza y cuanto mas trabajan las infelices operarias, tanto mas las exigen, tanto mas derrochan, y apenas las dejan con que defender sus carnes del rigor de las estaciones que desafian con valor, dirigiéndose al taller para verter su sudor, ganando el pan de toda una familia. El traje mas general consiste en un zagalejo corto que deje ver una pantorrilla, graciosa las mas veces, calzada con media blanca y zapato idem; pañuelo de manta los inviernos, cubriendo parte de la cabeza, y uno pequeño de percal los veranos, hecho nudo al cuello, y caido sobre la espalda á manera de capucha; delantal corto de percal ó de seda algunas veces y un pañuelo en la mano que contiene un poco de pan y algo de fruta cuando mucho. Otras suelen llevar una cestita de mimbres al brazo; pero esto no es lo mas comun.

El rumor producido necesariamente por tres mil ó mas mujeres (1) que hablan, ó disputan (que en eso no sé yo á cuántos andaríamos de sinonimia) cesa en el momento de entrar en la fábrica la última operaria. El silencio mas profundo reina luego en el interior del establecimiento; parece imposible que en 101,436 pies superficiales se encierren tantas mujeres, y que no se oiga otra cosa aun dentro de los mismo talleres, que el ruido monótono y contínuo que hacen las tijeras, al desempeñar una de sus misiones sobre la tierra, ó al caer sobre las mesas de la labor; ruido elocuente y grande que haria exclamar al poeta menos reflexivo:

Dijo Dios: hombre, el pan que comerás,
con el sudor del rostro ganarás;
Cigarrera, añadió, tu vivirás,
con la tijera haciendo tris, tris, tras.

Los talleres, que ocupan los pisos principal y bajo, están divididos en secciones de á cien mujeres cada una, presididas por una *maestra*; especie de mujer de mas categoría que las operarias, que se pasea por la sala con los brazos cruzados. Antiguamente tenian las maestras su parte en el trabajo como las demas operarias; pero hoy dia les está prohibido mezclarse en esa tarea, y su mision de inspectora, está remunerada con un sueldo de 8 rs. diarios; resolucion que por ciertas hablillas que oimos hace pocos dias á la puerta de la fábrica, nos parece muy acertada. Cada ciento ó partido de operarias está dividido en *ranchos* de á seis mujeres, inclusa la *capataza*, que dirije la mesa, y es en un todo igual á sus subordinadas. Las capatazas son elejidas por las maestras de entre las mas juiciosas y aplicadas.

Los almacenes del tabaco están en los sótanos, y allí todos son hombres los que trabajan, salva una pequeña seccion de mujeres, llamadas *empapeladoras*, que se ocupan de empaquetar el tabaco picado, para la venta pública. La *empapeladora* es una especie mas moderna que la *mistera*, la *habanera* y la *comunera*; pero todas son Cigarreras y se llevan como ángeles unas con otras; comiendo juntas y regañando juntas. Los talleres tienen sus fuentes de agua abundante y clara; pero el aseo y limpieza de los *partidos* está á cargo de las Cigarreras que escotan para pagar á las barrenderas. Cada partido tiene un armario donde la capataza de cada mesa guarda la labor de sus compañeras, hasta el dia de la entrega; y como cada una de ellas cobra despues los mazos que hace, usan para no confundir los trabajos, de una señal en el *atado*, que así llaman á la hoja de palma que sujeta los cigarros; y consiste la señal en hacer uno ó mas piquetes con la tijera. Las madres de familia que tienen niños de pecho se llaman *crias*, y salen al patio á las diez de la mañana á dar de mamar á sus hijos, despues de haber sido registradas por las maestras; operacion que sufren todas las Cigarreras al salir del trabajo por las tardes, y así no puede ser cierto aquel cantar que dice:

«Llevan las Cigarreras
en el rodete,
un cigarrito habano
para su Pepe.»

Casi todas las operarias comen en la fábrica, para lo cual se reunen por ranchos, y pagan cuatro ó cinco cuartos diarios que las guisanderas suplen hasta el dia de la entrega; dia curioso y fecundo en acontecimientos de todo género.

La porcion del tabaco en hoja que toma la operaria para el trabajo diario, se llama *data*, y el dia destinado para recibirla, bajan todas con sus espuertas al patio grande, y á su presencia se pesan las *datas*, que necesariamente han de dar cincuenta mazos de á veinte y cinco cigarros cada uno. Los mozos encargados de esa operacion tienen sus paniaguadas, á quienes dan el peso mas corrido ó justo por lo menos, que no es poco favor; pero esa parcialidad les acarrea muchas maldiciones de las agraviadas, y hay aquello de: —Reladronazo, endino... lástima é presidio... ¡Cuántos hombres habrá ayí con menos motivo que estos piyos!

Para entregar la labor, no esperan á concluir los trescientos *atados* que corresponde por data á cada mesa; sino que la entregan por cientos; para lo cual bajan igualmente al patio y van cobrando su parte, en calderilla y al peso las mas veces. Al terminar esta operacion no están solas las Cigarreras; la puerta de la calle está defendida por las guisanderas, las fiadoras y hasta por los caseros algunas veces; pero estos suelen volverse á su casa sin un cuarto ni esperanzas. El dinero que aquellas infelices reciben por premio de su laboriosidad, no hace mas que pasar de una mano á otra. Los réditos del vestído que lleva puesto y la envoltura del recien nacido, que sacó fiada de la tienda por mediacion de la prestamista, que cobra de ese modo un doble del valor de aquellas prendas, hacen que la operaria salga de la fábrica sin un cuarto y no muy bien parada algunas veces, á consecuencia del siguiente diálogo:

—¡Oyes, tú!... ven acá; ¿qué, no me das nada?

—Esta entrega no puedo.

—Pues yo bien pude darte el vestido cuando te hacia falta... Farfantonas, que quereis lucir mas de lo que podeis.

—Hágase osté cargo, señá Juana, que he cobrao muy poco esta data.

—¿Y qué tengo yo que ver con que tú seas una holgazana?... Si no te anduvieras por ahí hecha un pendon con ese perdío...

—Miste, señá Juana, á mi dígame osté lo que quiera, pero en hablando de mi Alifonso, la rompo á usté el bautismo.

—¡Defiéndele; por lo bien que se porta contigo!.. ¿Creerás tú que no sé yo lo que ha hecho con tu pañuelo de manta?... pues le ha empeñao en casa de la Rufina.

—Ha hecho muy rrebien... ¿se le importa á osté algo de eso?

—A mí no; pero págame, ó te arranco el pañuelo.

—¿Sabe osté lo que es?... que me va osté á arrancar el pañuelo!... ¡Me ha hecho gracia la embajá!...

A todo esto la Cigarrera se pone *enjarras*, se cruza el pañuelo debajo del brazo y con el pie derecho mas sacado que el izquierdo, hace temblar á su adversaria, que aunque mujer de *rompe y rasga*, está poseida del miedo inherente á todos los usureros, que se reconocen infractores de la ley en sus préstamos.

—Dejémonos de historias, y págame.

—No me dá la rial gana, y tómelo usté por donde quiera.

—Pues se lo diré al superintendente.

—¡Quiá! la retorceré á osté el gañote mas pronto que la vista.

—¿Tú á mi? dice la prendera, temiendo dar muestras de debilidad en presencia de la multitud.

—Yo á osté, y me sobra pa otra que venga.

—¡Eso lo dices por mí! interrumpe una tercera que ya por celos ó por otra causa, tiene ojeriza á la querida de Ildefonso.

—¿Y qué tenemos con eso?

—Que te pego una guantáa, en menos que canta un gallo.

—¡Quiá!

—¿Lo quies ver?

—¡Quiá! Necesito yo doce como tú pa refrescarme la boca.

(1) El número de operarias, asciende hoy á 2742.

—Lo que tú tienes es mucha lengua, y muchísima de la fantesía... ¡Como si no supiéramos aquí de dónde sale ese lujo!

—¡De lo que tú me das, mujer! contesta la deudora de la prendera, poniendo la mano en el hombro de la entremetida.

—A mí no me toques tú, porque tarrastro del moño.

—Toma moño, dice la querida de Ildefonso, sacudiendo una fuerte bofetada á su competidora; especie de suerte á que ellas llaman *hacer la colorda*.

Esto era lo único que faltaba para que la entremetida pasase á vias de hecho, y agarrándose á los rizos de su adversaria la arrancase los cabellos, de una manera sangrienta y terrible. Despeluzna ver el encono con que se baten esas mujeres. La guardia interviene siempre para separarlas; pero esas quimeras suelen ocurrir á cierta distancia de la fábrica, y la presencia de algun esbirro que trata de ponerlas en paz, las reconcilia, volviéndose ambas contra el alguacil y diciendo:

—Chica, pégale una bofetá al *guindiya*.

—Oyes; no le llames *guindiya* que está prohibio.

—Pues que se quiten ese chorizo colorao de la *chistera* (1).

Si el negocio se formaliza, suelen ir de allí á la cárcel, de donde salen al dia siguiente, despues de pagar una multa y sufrir una amonestacion del juez. De otro modo siguen por la calle de Embajadores, hácia sus respectivas casas, riéndose de cuantas personas encuentran al paso, sobre todo, si hay algun extranjero que tiene la desgracia de atravesar por aquellos sitios á semejantes horas, en cuyo caso las voces mas conocidas son:

—Señor... Señor... El de la levosa... Cuando páran los faldones, guárdenos usté la cria...

—Déjale, chica, que es *gringo*....

—No lo creas; es *franchute*.. de los que no *mercan pan* y vienen aquí á sacar la tripa de mal año...

—Monsiu, monsiu; dónde ha dejao usté el salterio?...

Esas y otras bromas entretienen el camino de las cigarreras, y cuando ya se dividen por las callejuelas que desembocan en la calle de Embajadores, tienen otros lances no menos característicos; siendo uno de ellos el de dar azotes á alguna criada de servir; especie de mujer que casi siempre tiene entre cejas la manola, ó el de *columpiar* á algun señorito, de esos que quieren galantearlas. Lo primero es una cosa sobrado fácil y puede ocurrir del modo siguiente:

Va por la calle con el derecho de la acera, una criada de servicio que trae á su señorito de la escuela; la Cigarrera se planta en jarras sin dejarla pasar, y la inofensiva criada se retira diciendo:

—Vaya una gana de chocar.

—Sobre tóo... chocar...

—¡Qué tias mas descaradas!... dice la criada, siguiendo su camino.

—Oiga osté sobrina, venga osté acá, y la dejaré la cera; replica la Cigarrera, lanzándose sobre la criada y doblándola sobre la rodilla con una celeridad fabulosa. La víctima se resiste; pero lleva media docena de azotes, y cuando se aparece el celador á saber la causa de aquel alboroto, contesta la Cigarrera:

—No ha sio naa, señor; sino que estaba el dia nublao; pero ya *ha salio el sol* en Lavapies, por esta tarde.

Esta misma escena ú otra menos fuerte, enamora á tal cual jóven, que se llega á la Cigarrera y la dice:

—Bien, salero; ¿quieres que te acompañe?

—No señor, le contesta secamente.

—Entraremos en la botillería.

—No gasto.

—En la taberna.

—Menos.

—¡Estás muy séria, mujer!

Y osté muy franco *por parte de tarde*. ¿En qué bodegon hemos comio juntos?

—Vaya, no seas esquiva, y déjate querer.

—¡Conversacion!

—Quieres venir á la confitería.

—Me empacho.

—¡Pues qué quieres!

—Que se quite osté de delante, so espantajo, pendon, poca pringue...

Y si el *usía*, como ellas dicen, no se retira, sigue ensartando motes, hasta que llega á su casa y se encuentra con su marido que viene del trabajo si es hombre de bien, ó de la taberna si anda *á picos pardos*; en cuyo caso Dios y las costillas de la Cigarrera saben lo que allí pasa.

Pero ya se ve; el lector estará asustado creyendo que las palabras Cigarrera y camorrista son sinónimas, y á fé que no hay semejante cosa; ahí está entre otras muchas la hija del cerrajero que se casó con la viuda del albañil al principio de este artículo, atestiguando lo contrario. Al año de estar en la fábrica, se enamoró de un oficial de zapatero, que se estableció al poco tiempo en un portal de la calle de la Montera, y hoy viven felices con una onza de oro ahorrada, por si se ofrece una enfermedad ó cosa por el estilo. Esto no obsta sin embargo, para que mi chica le pegue una *guantáa al sul um cordam*, y se muestre esquiva como Vds. han visto cuando algun curioso como yo, la pide informes sobre su vida y milagros y quiere retratarla.

Tiempo es ya que sepa el lector, que María, pues así se llama la Cigarrera que hablaba conmigo al principio de este artículo, y la hija del cerrajero, son una misma persona; de cuya graciosa figura podrán dar fé los que, ganosos de conocerla, se lleguen á informarse de mí.

María tiene hoy dia de la fecha diez y ocho años y dos ojos negros que matan si están abiertos y privan cuando se cierran; sus cejas pobladas y negras se pierden suavemente en sus rosadas mejillas, que cubiertas por dos hermosas madejas de pelo mas negro que el ébano y mas brillante que el azabache recogidas por dos horquillas de alambre, sombrean su rostro, dando interes á sus facciones; sus lábios de algo mas que carmin subido dejan ver por intérvalos una doble banda de dientes, con cuya blancura no osaria competir la nieve, y el gracioso lunar que ostenta en medio de su barba, ha perdido á mas de cuatro, y ha ganado *á menos uno*, de cuantos se han querido quemar en las abrasadoras miradas de María; de cada una de sus orejas, sube cruzando la cabeza una línea blanca; que termina en la frente, partiendo en tres grupos desiguales y distintos su negra cabellera; la porcion mayor de pelo, sirve para una ancha trenza, que tejida en forma de canastillo cubre la parte posterior de la cabeza, y constituye lo que se llama *rodete*. Su traje, corto, como sabe el lector, está reducido á un zagalejo de mucho vuelo con tres ó cuatro jaretones; un pañuelo corto cruzado sobre el pecho, un delantal de seda negro, y una mantilla de tafetan negro guarnecida de terciopelo del mismo color, ó por mejor decir, de terciopelo con una tira en medio de tafetan; pero caida siempre á la espalda y cruzada por delante con una gracia que ni el pincel de Alenza podria copiar con exactitud. Su breve pie, calzado con delicado esmero por un zapato de tabinete negro y una media de seda blanca y calada es la admiracion de cuantos le ven; y aprisionado por unas cintas negras que llaman *galgas* anuncia una hermosa pantorrilla, cuyo gracioso contorno, desaparece entre los bajos del vestido.

(1) Uno de los nombres con que esas gentes suelen determinar el sombrero de picos.

María que no tiene otro Dios que su Paco el *Zurdo*, ni piensa en mas que en darle gusto; que seria capaz de empeñar todo su tren, y aun de arrancar clavos con los dientes por darle una onza de oro en un dia de toros, para que fuese el mas rumboso entre sus amigos, es la misma Cigarrera que no nos quiso dictar este artículo y que con toda la sencillez de su buen corazon, y todo el *aire de taco* de su genio independiente y franco, nos dejó ir solos á la fábrica de tabacos; pero ahora se ha apiadado de nosotros, y dignádose oir leer este artículo, cuyo V. B. está en las siguientes palabras, que acabo de oir de su misma boca:

—No está mal... pero... saca osté mucha burla de las Cigarreras, y si una se pusiera... Pues... vamos al decír... que si una quisiera hacer burla de ostedes, no acababa nunca... ¿Por qué no dice osté nada de aquel señor... Cómo lo llaman?... ¿Sagra... ó Sangre... ó qué se yo?...

—¿La Sagra? la pregunté sorprendido de que María tuviese conocimiento con tan respetable señor.

—Ese mesmo; Sagra.

—¿Y qué tienes tú que ver con D. Ramon de la Sagra?

—¿Quién? yo; náa. Sino que ese señor quiso poner una escuela de právulos en la frábica, y regañó con el superintendente pasáo, sobre á quién le habia ocurrío primero la idea... ¡Vaya una gente!

—¿Pero qué cosa mejor, que la de que enseñen gratis á vuestros hijos?

—¿Quién dice que no sea güeno? pero ponerse á disputar por el aquel de la ocurrencia y llenarse de papelotes y de cartas entrambos, que así nos lo dijo la maestra, ¡tiée alma! Eso se parece á lo que me sucedió á mí con el abogao de mi marío, cuando lo del presidio.

—¿Pues qué, ha estado en presidio tu marido?

—No lo premita Dios; pero voy al decir, que cuando lo llevaron preso por haber gritao, «viva la Constitucion,» me pidió cuatro plegos de papel sellao para una súplica, el rreladron del abogao. Fortuna que yo... bendito sea Dios que no me muerdo la lengua por naide, le dije:—¡Ave María! ¿cuatro plegos de papel? ¿Va usía á hacer una cometa, señor?—¿Y sabe usté por tóo en junto pa que quería los cuatro plegos?... pa decir, que mi marío estaba borracho cuando dió los vivas...

Por ese estilo, siguió contándome varios lances, que yo referiré á mis lectores, si vuelvo á pillar otra ocasion de que me escuchen. Ahora ya no puedo hacer mas que indicarles la MORAL QUE RESULTA DE ESTE ARTÍCULO.—Que cuantos mas cigarros consuman los fumadores, tantas mas mujeres pueden ganarse el pan honradamente; y que si el fumador de tabaco (fumador noble) es eminentemente filantrópico, por este concepto, los que fuman salvia, anis ó yerba luisa, son criminales en alto grado, y queda probado que tienden á desmoralizar la sociedad.

Yo tengo acreditado no pertenecer á los segundos en repetidas ocasiones, y ahora mismo en accion de gracias, por haber terminado mi tarea, enciendo un cigarro, elaborado por la Saavedra, célebre Cigarrera de Madrid, á quien hemos conocido hace pocos dias; gracias á la amable condescendencia con que nos enseñó todas las dependencias de la fábrica de tabacos el oficial mayor de la misma, por encargo especial del superintendente, á quien debimos asimismo mucha atencion.

ANTONIO FLORES.

EL EMIGRADO.

LEJOS, muy lejos de mí la idea, no ya de escarnecer ó ridiculizar al infortunio, mas ni aun de procurar siquiera remotamente disminuir el respeto y la simpatía que á todos debe inspirar la triste suerte de los proscriptos. En todos tiempos la proscripcion se ha considerado como el mas duro de los castigos, despues de la pena de muerte. Apartar á un hombre violentamente del seno de su familia, del suelo siempre querido donde por vez primera se abrieron sus ojos á la luz del sol; desprenderle como un miembro podrido del gran cuerpo nacional, condenarle implícitamente al aislamiento y á la miseria, ¿no es por ventura un resto de la antigua barbarie? ¿No es este un acto impío y abominable á los ojos de Dios? Y cuando se considera que el motivo ó el pretesto de este tremendo castigo es, ya un simple error político, ya un exceso tal vez de amor patriótico, tentaciones dan de ver todavía en las proscripciones modernas, como en el ostracismo de la antigua Grecia, una verdadera expiacion impuesta á la virtud y al genio por el egoismo y la medianía.

Circunscribiéndonos á nuestra España, es cierto que los hombres que mas la honran en virtud, en letras y en armas han comido, en alguna época de su vida, el pan amargo del destierro, esa triste y solemne sancion del mérito en estos borrascosos tiempos que alcanzamos. Esto basta para honrar, digámoslo así, el carácter de *Emigrado*; pero á la sombra de tantas ilustres víctimas del mezquino encono de nuestras pasiones políticas como cuentan en España todos los partidos, ha llegado á formarse una turba parásita y bastarda de hombres sin vergüenza que han convertido el infortunio en profesion, la emigracion en industria, y que son á la respetable clase de los verdaderos Emigrados, lo que es la moneda falsa á la de buena ley, una plaga para lo que llaman ellos su partido, una deshonra para la patria que no merecen.

Entre estas dos grandes divisiones fundamentales del ente *Emigrado*, que son el *legítimo* y el *bastardo*, hay una multitud de matices que aunque someramente, iremos describiendo en este cuadro copiado del natural. Desde luego se presentan dos clases, separadas entre sí por una distancia verdaderamente inconmensurable, cuales son el Emigrado *rico* y el Emigrado *pobre*: estas dos clases apenas tienen entre sí el menor punto de contacto. Las diferencias de instruccion, de talento, de carácter separan mucho á los hombres; pero las separaciones que establecen entre ellos, lo mismo en la emigracion que en el estado normal de la sociedad, son estrechas zanjillas, pequeños surcos, ¿qué digo? verdaderas líneas matemáticas en comparacion del insondable abismo que abre entre unos y otros la diferencia de caudal. Así el rico discreto, Emigrado ó no Emigrado, se roza sin dificultad con el rico tonto; el pobre instruido ¿con quién se ha de rozar mas que con otro pobre, aunque sea un asno? Hablamos en general: á esta regla hay muchas escepciones, honrosas para los pobres que las forman, mas honrosas todavía para los ricos que las facilitan.

Antes de pasar adelante, establezcamos bien aquí el valor de las palabras. Las emigraciones, como nadie ignora, se dividen en voluntarias y forzosas. Las primeras, muy frecuentes en los tiempos antiguos, lo son todavia en los modernos mas de lo que generalmente se cree. Hay tambien emigraciones *temporales* y emigraciones *perpétuas*: estas pueden incluirse en la categoría de las forzosas, pues rarísima vez deja de motivarlas una absoluta necesidad, como el esceso de la poblacion respectivamente á los recursos del terreno: esta es la causa mas general de las emigraciones: de ellas nos ofrecen continuos ejemplos la Alsacia en Francia, la Inglaterra, la Alemania y alguna de nuestras provincias del Norte. Escusado es decir que no es de estas emigraciones de las que hablamos. *Emigrado*, en la acepcion en que tomamos aquí esta voz, que es en el dia la mas comun, es el hombre que no

puede residir en su patria *bajo la proteccion de la ley comun*, que es lo que generalmente se llama el *Emigrado político*, único en que por ahora vamos á ocuparnos. Obsérvese bien la expresion que hemos subrayado, *bajo la proteccion de la ley comun*, porque ella es la que expresa cuál es el verdadero carácter que distingue al *Emigrado* en la gran familia social. La ley comun no alcanza al Emigrado: este está sujeto á la ley escepcional. La ley que rige para el salteador como para el vecino honrado, para el grande como para el pequeño, no rige para el Emigrado, por el mero hecho de serlo, y esto es lo que le distingue esencialmente de todos los demas ciudadanos. Expliquemos esto por un ejemplo, pues es necesario penetrarse bien de la índole de esta proposicion para percibir bien la gran diferencia en el fondo, aunque pequeña en la apariencia, que media entre lo que hemos llamado el Emigrado *legítimo* y el *bastardo*. Supongamos que entran en España y son cogidos por la justicia un hombre que ha cometido un delito ó un crimen cualquiera, y por el cual estaba fugitivo, y un Emigrado: el primero, por grande que sea el crimen que cometió, será juzgado por un tribunal ordinario con arreglo á la ley que rige para todos los españoles: el segundo lo será en virtud de una ley escepcional, dictada siempre por la pasion, casi siempre por la injusticia. Esto es lo que hace tan digna de interes la condicion del Emigrado, esta la causa por que en todos los paises cultos donde no dominan las *pasiones* ó la *injusticia* que dictaron la ley de proscripcion, se mira á los Emigrados con respeto, y se los acoge como á hermanos; esta es, en fin, la razon por que conviene tanto distinguir bien en la gran masa de los Emigrados la categoría de los que lo son por motivos políticos, de los que lo son por delitos comunes. A veces es muy difícil distinguirlos; en las emigraciones modernas, resultado casi siempre de las guerras civiles, la línea divisoria entre ambas categorías suele desaparecer con frecuencia, y se necesita un gran criterio para suplirla; pero estos casos son raros, porque muy raros son los delitos verdaderamente tales, que puede justificar cumplidamente la opinion política del delincuente. Es admirable sin embargo ver hasta qué grado se hacen ilusion en este punto algunos hombres: muchos he conocido yo que de muy buena fé miraban como *Emigrado político* al asesino ó ladron fugado que mató ó robó so color de exaltacion en sus opiniones, como si los actos de robar y de matar dejáran de ser crímenes ordinarios y se convirtiesen en crímenes políticos por solo ejercerlos contra personas de distinta opinion. ¡Pues esta casta de emigrados entra por una gran suma en la mayor parte de las emigraciones!

Fuera de esta emigracion, ó mas bien *proscripcion* que pudiéramos llamar *legal*, porque es el triste fruto de una ley, por lo general inícua, hay otra mas triste todavía y no menos comun en estos tiempos, que es aquella que se origina de los enconos privados, en virtud de los cuales huye una porcion del pueblo de los furores del populacho, siempre dispuesto á ponerse del lado del partido vencedor y á ensangrentar su victoria. Esto hace que sea todavía mas difícil de definir exactamente al Emigrado, y distinguir bien al verdadero del falso; pues en efecto hay muchos hombres á quienes no condena ley alguna escrita, y que sin embargo no pueden volver á su patria sin arriesgar su vida: justo es por consiguiente considerarlos como verdaderos Emigrados y tratarlos con el respeto á los tales debido, aunque por desgracia esta es la clase á cuya sombra pululan mas impostores ó falsos Emigrados. No todos pueden inventar una ley que los proscriba del suelo patrio; pero todos, con razon ó sin ella, pueden asegurar que son el blanco de las iras populares en tal ó cual poblacion, y acógense por consiguiente al sagrado carácter de verdaderos emigrados. De aquí resulta que si el populacho no tomara, como acostumbra, parte en las disensiones políticas, haciéndose juez y verdugo de los que ni sabe ni le importa saber si son criminales ó inocentes, si tenian razon ó no en el punto que dió ocasion á la discordia, las emigraciones serian mucho menos frecuentes, menos numerosas, y por de contado menos duraderas. Verdad es que, despues de verificada la emigracion, suele esta convertirse en destierro, porque el gobierno ó el partido que se apodera de él, niega la entrada ó cierra las puertas de su pais al que le abandonó *voluntariamente*, y crea un delito especial, que á falta de otro título que justifique la pena, suele llamarse *delito de emigracion*, como si esta por sí sola pudiese ser jamas un delito. Esta sola consideracion que no tratamos ahora de amplificar, daria suficiente materia para un largo tratado de derecho público, y es una de las infinitas pruebas de lo atrasadas que están todavía las ciencias políticas y morales en la culta Europa. La misma consideracion basta para que desde luego resulten tambien patentes dos grandes categorías en la gran masa que forma una emigracion, que son la de los *proscritos* y la de los simples *Emigrados*. Generalmente se confunden, y para los resultados vienen á ser ambas en efecto una misma cosa.

Los emigrados se dividen en otras dos clases: la de los que viven en libertad, y la de los que viven en depósitos.

Nada mas triste y monótono que la vida de los emigrados pobres en los *depósitos* donde los confina la policía del pais en que van á refugiarse. Estos depósitos suelen ser por lo comun lugares de corta poblacion, y por consiguiente de escasísimos recursos. Yo he recorrido de *aficionado* alguno de ellos, y jamas olvidaré la impresion de profundo desconsuelo que casi siempre me dejaba el aspecto de tanta miseria, de tanta incuria, y, siento decirlo, á veces, de tanta degradacion. La razon de esto último es muy obvia: generalmente los emigrados que se resignan á quedarse en los depósitos (pues rara vez se les niega la traslacion á otros puntos á los que la solicitan, renunciando al socorro que les pasa el gobierno del pais) son aquellos á quienes ha dotado la suerte de menos recursos naturales y adquiridos, y aquellos tambien para quienes mas atractivos ofrece la holgazanería. Los que poseen algun caudal ó alguna instruccion, y tienen buena voluntad de trabajar, pronto consiguen trasladarse á las ciudades donde, aunque bajo la severísima inspeccion de la policía, viven de su industria con bastante libertad. Los que se sienten con alguna travesura para *sacar el caballo adelante*, como suele decirse, viviendo de la trampa en este pícaro mundo, tambien hallan medio de proporcionarse un campo mas fecundo para ejercer sus habilidades que el que presenta la pobretería de los depósitos: lo que queda en estos es, por lo general, esa masa inerte de inteligencias lánguidas, de cuerpos indolentes y de bolsas vacías que constituye el gran fondo de toda emigracion, sin que entre la multitud de gansos que suelen formar esta gran masa de individuos, falten tambien algunos milanos cuya mision sobre la tierra es despojar á los primeros de la poca pluma que les ha dejado su mala estrella. Por miserable que sea el lugar en que establece el gobierno (sea el frances, sea el ingles, pues de estos principalmente hablamos, como que á Francia ó á Inglaterra es adonde van siempre á parar las grandes masas de nuestras emigraciones) por miserable que sea, repetimos, el lugar donde establece el gobierno un depósito, al instante como por encanto se alza en él: 1.° un café con su mesa ó sus mesas de billar; 2.° un garito reservado y tenebroso con abundancia de barajas españolas. Como dice muy bien la Sagrada Escritura, *no solo de pan vive el hombre*: en todas partes se observa la verdad de esta sentencia y señaladamente en

los depósitos, donde faltará acaso el pan alguna vez, pero no hay cuidado de que falten las otras cosas de que tambien vive el hombre como son el *mingo*, el *as de oros*, la copa de *aniseta*, etc., etc., etc. En esos nidos de miseria que se llaman depósitos, el juego con todas sus punzantes emociones, reina cual déspota absoluto, lo mismo, mas aun que en las mas ricas poblaciones, porque es la distraccion casi única, y en estas hay otras muchas: el juego es la lepra que devora el escasísimo socorro que da el gobierno á los emigrados en depósito. Así es que solo viéndolo puede uno formarse idea del grado de pobreza á que llegan en ellos algunos infelices. Yo he conocido en un depósito, que no quiero nombrar, siete emigrados que no tenian entre todos mas que un roto pantalon y tres chaquetas; cada uno de ellos se vestia alternativamente un dia á la semana, y pasaba los otros seis en la cama. Esto, que me sorprendió como es natural, era, me dijeron, cosa vulgarísima en los depósitos, siempre chupados, esprimidos hasta el último maravedí por tres ó cuatro sanguijuelas que luego que han hecho su agostillo en un depósito, se van á otro á acabar de llenarse, ó á vaciarse en Burdeos, Paris ó Lóndres, para volver en seguida á las mismas rapiñas en los mismos sitios.

En los depósitos, la vida del Emigrado *que se levanta de su cama*, es decir, del hombre acomodado, de aquel de quien todos dicen *que tiene posibles*, viene á ser la siguiente. De su casa donde una rústica patrona le ha servido el mas frugal de los desayunos presentes,



El Emigrado.

pasados y futuros, va al café á leer ó á oir leer el periódico ó periódicos que se reciben en el pueblo, porque lo que es esto tampoco puede faltar en ningun depósito, aunque jamas se haya visto hasta entónces en todo el distrito mas papel impreso que las boletas del recaudador de contribuciones. La hora de la llegada de los emigrados al café coincide siempre con la de la llegada de los periódicos, de suerte que varia en cada punto; por la lectura de las *nouvelles d' Espagne* dejaria el Emigrado español sus mas preciados placeres: lo mismo digo respectivamente de los emigrados de otras naciones, pues cuenta que lo que voy diciendo de nuestros paisanos es aplicable con levísimas modificaciones á los polacos, los portugueses y los italianos, únicos pueblos que, con el nuestro, gozan en el dia del alto honor de suministrar á Francia ó Inglaterra su contingente de emigrados políticos. En todos los hombres el amor de la patria aumenta cuando es-

tán ausentes de ella, pudiendo aplicarse á este amor la conocida cuanto ingeniosa seguidilla popular:

El amor que te tengo
parece sombra;
cuanto mas apartado
mas cuerpo toma.
La ausencia es aire
que apaga el fuego chico
y enciende el grande.

En el corro que forman los emigrados en el café se comentan y amplifican las noticias de España, cometiendo en este comentario y amplificacion todas las figuras retóricas que reconoce Hermosilla y muchos mas. Allí se explica cómo y por qué donde el periódico, si es de opinion contraria á la de la emigracion (lo que rara vez sucede porque esta cuida de hacerle trizas si comete tal pecado), donde el periódico, repito, dice *blanco* debe entenderse que aquello significa *negro*, ironía sutilísima, pero lícita. Allí, cuando el periódico amigo dice que un lugar de cuarenta vecinos se ha pronunciado en favor del partido emigrado, se entiende y pasa en autoridad de cosa juzgada que *toda España* se ha levantado como un solo hombre para derrocar la tiranía existente: aplicacion feliz de la figura llamada *sinécdoque*, que consiste en tomar la parte por el todo, ó como decia Larra, en tomar una cosa por otra. Con estas inocentes ilusiones conforta el Emigrado su decaido espíritu y se aferra mas y mas en la opinion que le tiene proscripto. Estas ilusiones, aunque á veces hagan sonreir por lo erróneas, nunca, á mí á lo menos, nunca dejan de conmover á quien las oye manifestarse de buena fé, la esperanza, esa última áncora de nuestro corazon en las grandes tribulaciones de la vida, esa dulce y hermosa hermana de la fé, es un bien demasiado precioso para que le hagamos nunca objeto de befa ó de desprecio. ¡Respetemos las ilusiones del proscripto! ¿Quién sabe si mañana tal vez esas ilusiones serán las nuestras? Como Damocles tenia siempre suspendida una espada sobre su cabeza, nosotros los españoles, de cualquier partido que seamos, tenemos siempre suspendida sobre las nuestras la perspectiva de una emigracion.

Acabada la lectura del periódico, apurados los comentarios, asentado ya como verdad inconcusa que antes de un mes, y esto lo mismo un dia que otro, cada Emigrado habrá vuelto á su casa (se entiende, los que tengan casa), todos con un grado mas, por de contado para los militares, con un empleo muy superior para los empleados, llenos todos de alegría con tan risueño porvenir, fórmanse unos en cuadros al rededor del billar para que decidan las bolas del órden que ha de seguirse en los tacazos de una *guerra* ó de un *chapeau*; emprenden otros con el *dominó* entre dos, ó tres ó cuatro, robado ó no robado; estos, los que carecen de metálico y de crédito en la plaza, se sientan en los banquillos laterales para representar el desairado papel de mirones, y aquellos, los Rotschilds del depósito, se encaminan con grave y reposado continente, muy embozados en sus capas, á la casa donde está establecido el monte. ¿A qué describir el local? aunque es claro que lo que vamos refiriendo pasa fuera de España, para nuestro propósito es lo mismo que si pasara dentro, pues donde quiera que se juntan los españoles, allí está España, es decir, allí están los hábitos, gustos y carácter de España. El garito en cuestion es pues el mismo exactamente que puede verse en la calle de ** en Madrid ó mas bien en cualquier pueblo de provincia donde hay guarnicion: el mismo tapetillo verde, los mismos naipes mugrientos, el mismo humazo pestilente, las mismas caras morenas, enjutas y muy barbadas. A falta de fascinadoras onzas de oro y doblillas francesas sobre el tapete verde, aparecen y desaparecen en él con suma rapidez puñados de calderilla, tal cual franco, un Napoleon de cuando en cuando, y en fin... sí señores, lo digo porque lo he visto, un par de calcetines llenos de puntos, un corbatin raido, un par de botas viejas, y aun tambien, ¡*proh pudor*! una espada que acaso brilló algun dia con gloria en las batallas. Lo que no se juega en un depósito de emigrados no se juega en ninguna parte, y sabido es que un verdadero jugador pondria su alma sobre la sota de copas contra medio duro. Lo que es su patrona, en caso de no ser escesivamente vieja, fea y dura de corazon, no hay jugador en depósito y sin dinero, que no la haya jugado y perdido mas de diez veces. El juego dura hasta la hora de comer, que tambien varía segun las provincias: lo comun en los depósitos es comer temprano, á la española, y todos juntos, á lo pobre. En este punto, el triste Emigrado pasa mil trabajos; acostumbrado al buen trato que nos damos en España donde es refran popular que el *estómago es lo primero*, las patatas inglesas, las judías fatales, el mezquino y ético *bouilli* de los franceses, miserable parodia de nuestro sustancioso puchero, son el constante objeto de las maldiciones del Emigrado español, siempre bamboleado entre el hambre y el cólico. Lo general en Francia y en Inglaterra, entre la clase acomodada, es comer á las seis de la tarde; pero la gente que vive del trabajo manual, lo mismo que los lugareños, comen á las doce ó la una, método mas racional que el que ya vamos copiando de los extranjeros en cuanto supone que no se hace del dia noche y *vice-versa*. Claro está que para comer á esa hora es preciso haberse levantado temprano y haber disfrutado por consiguiente de esa hermosa luz del sol que, segun todas las apariencias, hizo Dios para alumbrar nuestra vigilia mas bien que nuestro sueño. El Emigrado, pues, como hemos dicho, come en los depósitos á la hora del pueblo, es decir, al rededor de la una. Luego, fiel á los recuerdos de su patria, duerme la siesta; luego, en virtud de la misma fidelidad, da su paseo corriente: á media tarde vuelve al juego y así pasa su vida lo mismo un dia que otro, que es lo que llamaria nuestro Mariana en su enérgico lenguaje una *holgazanería miserable*. Adviértase que hablo de lo que sucede en general. Esta pintura, harto fiel por desgracia, tiene muchas y muy honrosas escepciones. Oficiales y aun generales emigrados he conocido que emigraron poseyendo por único caudal de conocimientos la *Ordenanza militar* y el *Tratado de equitacion*, y á quienes son familiares en el dia los mas recientes adelantos hechos en el arte de la guerra. Con decir que algunos de estos dignos militares han estado ó *están* en depósitos, dicho se queda que el cuadro que poco antes he bosquejado pinta, sí, á la mayoría, pero no á la universalidad.

Una regla que no tiene escepcion, digámoslo con orgullo, es esta: entre todos los emigrados, tanto en Francia como en Inglaterra, los españoles se han distinguido por su resignacion en los trabajos, su obediencia á las leyes, y su profunda y sincera gratitud á sus bienhechores. Al paso que los emigrados de otros paises han solido desconocer su situacion hasta el punto de ser un objeto de continua inquietud para las autoridades y del descontento mal disimulado de los pueblos; los españoles, lo repito, han sido modelos de sumision y decoro, de suerte que aun prescindiendo de algunas otras ventajas de que mas adelante hablaremos, que han producido entre algunos males, de que tambien haremos mencion, las últimas emigraciones políticas, han traido para España la de dar á conocer el noble y pundonoroso carácter de sus hijos, bastante desconocido hasta la época actual: así es que los emigrados españoles son mirados en todas partes entre los demas

con particular predileccion. Muchísimo tienen que agradecer, es verdad, sobre este punto, á la generosa conducta observada por el gobierno de Carlos IV y por los particulares españoles, señaladamente por el alto clero, con los refugiados franceses durante los furores de su revolucion, porque ha provocado la constante correspondencia del gobierno y del pueblo frances con los nuestros, sin distincion de colores ni de opiniones, y sin considerar amigos ni enemigos. Este es el signo mas visible de una civilizacion adelantada, y el propio y verdadero carácter de la nacionalidad bien entendida; pues al paso que se ejerce una virtud internacional, se sacan sin sentir inmensas utilidades y se esparcen grandes riquezas que nada cuestan á los gobiernos ni á los pueblos.

Del sombrío cuadro que arriba hemos bosquejado pasemos á otro que viene á ser su antípoda. La escena es en Paris, son las doce de la mañana, una de las rigurosas de invierno. En una pieza deliciosamente amueblada del Hôtel de Castilla, delante de una chimenea de mármol blanco cubierta de terciopelo carmesí con rapacejos de seda, todo claveteado de tachuelas de oro, y brillante con una magnífica lumbrada, están sentados cuatro hombres de diferentes edades y cataduras, pero todos vestidos con la última elegancia, al rededor de un veladorcito de laca sobre el cual se ven todavía los restos de un delicadísimo almuerzo. Llévaselos un mozo, con todas las apariencias de un señor, y el mismo trae y pone sobre la mesa una bandeja en que vienen una tetera de metal ingles, lustrosa como la plata, café, chocolate y tazas adecuadas á cada uno de estos líquidos digestivos: un cajon de escelentes *vegueros* de la vuelta de abajo, verdadera *basura* habanera, llega en manos del mozo que lo baja de encima de un *secretaire*, estilo *rocaille*, y acaba de llenar el velador. Vase el mozo, elige y enciende cada uno de los convidados su cigarro despues de haber tomado té, café ó chocolate, y prosigue entre los cuatro en nuestra hermosa lengua castellana una interesante y profunda discusion sobre el mérito respectivo de las españolas y de las francesas. Estos cuatro personajes son ni mas ni menos que cuatro Emigrados; y sin embargo, encima de la chimenea se ven todavía con sus fajas el *Diario de los Debates*, la *Prensa*, el *Siglo*, y otros periódicos políticos franceses, igualmente que algunos de los nuestros, el *Heraldo*, la *Posdata*, etc.; solo están desplegados y sin duda leidos el *Diario de los Teatros*, un periódico de modas, y el mordaz *Charivari*. Esta indiferencia ó desden á la política es el rasgo que mas distingue al Emigrado rico del pobre, y la razon es sencilla. No es ciertamente porque sean unos mas ó menos patriotas que otros, sino porque para el rico la emigracion es un mal muy llevadero, cuyo término no siempre desea con gran vehemencia, al paso que para el pobre es una situacion llena de amarguras; salir pronto de ella es su sueño de todos los dias, de todas las horas, de todos los minutos. Esta es una prueba mas de la falsedad que envuelve esa supuesta igualdad ante la ley que nos imaginamos haber conseguido y disfrutar como una gran conquista. El mismo castigo impuesto á dos hombres es para uno insignificante, para otro durísimo. Esa decantada igualdad es la mas monstruosa de las desigualdades, y por consiguiente de las injusticias. Sin manifestarlo con una impaciencia febril de leer las noticias de España, el Emigrado rico abriga no obstante en su corazon un vivo apego á las cosas de su patria: así vemos á los cuatro felices proscriptos que acaban de desayunarse, salir, acabada su conversacion (y sustituida ya á la elegante bata del anfitrion una levita forrada de ricas pieles) y encaminarse por el *boulevard* á una *Puerta del Sol* imaginaria improvisada en la *Plaza Vendome*, donde encuentran á varios amigos paisanos con quienes forman bullicioso corro. Es la hora á que pasan por aquella hermosa calle muchedumbre de coches y de ginetes que van al bosque de Bolonia, y de parejas pedestres que se encaminan al jardin de las Tullerías. No pasa buena moza á quien no se le eche disimuladamente algun requiebro, á la española; allí se fuma, de allí se baja al Prado (*vulgo*, las Tullerías,) allí se decide á qué restaurador se irá á comer, en qué teatro se empezará la noche, á cual *soirée* se irá despues... Porque, digámoslo ya en fin, y nos escusaremos llevar mas adelante este bosquejo: el Emigrado rico en todas partes es perfectamente recibido: en realidad no tiene de Emigrado mas que el nombre; su vida es en todo la misma que la del viajero rico de su mismo país. Ya entra en una categoría aparte que merece tambien su descripcion especial, porque se diferencia enteramente de la del Emigrado, cual es la del *Español fuera de España*. Por eso deben omitirse aquí muchas observaciones críticas que ocurren, y que seria injusto aplicar al Emigrado, no recayendo sobre cualidades esencialmente propias de esta clase. El principal carácter del Emigrado, en general, que es el anhelo por volver á su patria, falta en el Emigrado rico; fáltale tambien el aislamiento entre los suyos, la exclusion de todo trato con los representantes del gobierno de su pais, y aun con todas las personas de distinta comunion política, que tan altamente caracteriza al Emigrado ¿qué le queda, pues, de tal? Nada mas que el nombre: ningun rasgo propio esencial le distingue de cualquier otro Español no Emigrado y ausente de su patria, fuera del hecho material de no poder volver á ella. No debemos pues ocuparnos en él en este artículo mas que como lo hemos hecho, es decir, mas que por mera fórmula de recordacion. Por lo mismo me abstendré de pintar al falso Emigrado que hace de su usurpado título un recurso para estafar á sus paisanos: este Emigrado no es mas que una variedad del *Caballero de industria*, otro de los tipos que tambien merecen pintarse y en el que no renuncio á emplear mi tosco pincel; porque son tantos y tan curiosos los que me ha deparado la suerte adversa, que sin mas que apuntar unas cuantas figuras de las que mas impresas se me han quedado, verá el lector cosas que le maravillarán.

Hasta aquí solo he hablado del Emigrado soltero, ó á lo menos que no lleva consigo su familia, si la tiene, que es como naturalmente debe ser, la clase mas numerosa; pero fuerza es decir algo tambien del Emigrado con mujer é hijos. Este, si no es rico, en cuyo caso tenemos lo mismo que antes dige, una familia fuera de las duras condiciones características de la emigracion, es sin disputa el Emigrado mas digno de interes y lástima. Rara vez el Emigrado de esta especie se fija en un depósito; rara vez tambien deja de añadir al socorro del gobierno el producto de alguna honrada industria: aunque nunca haya sido apto para nada, aunque nunca haya hecho ni creido posible hacer otra cosa mas que cumplir bien ó mal las obligaciones de su destino, la necesidad que, como todos saben, tiene cara de hereje, lo fuerza á trabajar: en esto se distingue esencialmente del Emigrado soltero, el cual, por lo comun, se abstiene prudentemente de toda ocupacion que pueda redituarle algun provecho. El trabajo á que mas generalmente se dedica el Emigrado con familia es á dar lecciones de español ó á traducir para los libreros que comercian con nuestras antiguas colonias de América: así están inundadas de traducciones increibles; las hay tan sublimemente desatinadas que merecian estamparse con letras de oro para delicia de las personas de buen humor.

La casa del Emigrado con familia es el punto de reunion por las noches de todos los emigrados del pueblo ó cuando menos del barrio, si se halla en

Paris ó en una ciudad grande: allí se forma una verdadera *tertulia*, con su murmuracion, sus amorios, su poquito de mala música y aun de baile de cuando en cuando. A estas tertulias suele asistir algun indígena que aspira á llegar á poseer la *especialidad* española en la literatura de su pais, estudiando la lengua, el *colorido local*, las costumbres de los Españoles; pero es preciso que tenga mucha magnanimidad para resignarse á oir con indiferencia las mil pestes que probablemente dirán de las cosas de Francia aquellos mismos que tan humana acogida están recibiendo en esta hospitalaria nacion. Solo una docilidad á toda prueba y una grandísima despreocupacion pueden granjear al extranjero el honor de ser visto sin desagrado como individuo, ó tal vez de ser positivamente excluido de la susodicha tertulia española y emigrada.

Otras variedades hay del tipo *Emigrado*; pero muy secundarias y que poco ó ningun carácter general presentan al observador, pues los que tienen les son comunes con el otro tipo arriba indicado del *Español fuera de España*, tipo que no renunciamos á bosquejar.

Terminaré este artículo con algunas consideraciones, de las que prometí al principio, sobre las ventajas é inconvenientes de las emigraciones (1).

Las emigraciones políticas ¿son un bien, ó un mal, para el pais de donde salen y en que se repiten de tiempo en tiempo? Esta es la primera pregunta que se hace á sí mismo el hombre que piensa, sobre todo cuando ya no es Emigrado, porque claro está que, mientras dura su emigracion, la tiene de cierto por un mal, sobre todo si escasea de dinero. Mas lo que parece ofrecer poca duda es que, si en el mundo no hubiera habido emigraciones, la marcha de la civilizacion habria sido mucho mas lenta y probablemente menos segura; porque no hay Emigrado, por rudo y desaplicado que sea, que no haya hecho voluntariamente ó por fuerza una multitud de observaciones y comparaciones que, á su vuelta, aplica ó comunica con cierta vanidad á sus amigos y compatriotas. El uno observa el progreso ú atraso de las artes mecánicas; el otro las costumbres domésticas y familiares; este se pone á traducir mal ó bien los libros que cree pueden ser útiles ó por lo menos venderse en su patria; algunos estudian los métodos mas aventajados en tal ó cual ramo de industria ó de la agricultura; no pocos se dedican á enseñar su propia lengua y la estudian al mismo tiempo; otros siguen los cursos de enseñanza establecidos en los pueblos donde la suerte ó su situacion particular les permite residir; varios aprenden un oficio á que tal vez tenian inclinacion cuando eran jóvenes, ó de que poseian ya algunas nociones elementales; quién hace valer las habilidades que aprendió por solo recreo y enseñándolas se perfecciona en ellas; quién adquiere aplicacion al trabajo, cuando antes era un haragan de por vida; los mas leen una multitud de libros ó periódicos que probablemente no hubieran hojeado jamas si hubiesen permanecido en su pais; todos aprenden bien ó mal un idioma que ignoraban la mayor parte de ellos; no hay uno que no adquiera por fuerza el hábito de la economía doméstica y el convencimiento de la inutilidad de muchas que él tenia por necesidades indispensables; y por último, ninguno deja de pensar en su pais á cada cosa buena que ve en el que accidentalmente se encuentra, y que no desee llevar ó introducir para bien de su patria, siendo á nuestro entender las emigraciones uno de los mayores estímulos al verdadero patriotismo, como que en general todo Emigrado ama mas á su patria, que cuando nunca habia salido de ella.

Verdad es que contra esta última reflexion acostumbran oponer algunos que con la emigracion suele, si no perderse, á lo menos debilitarse eso que han dado en llamar *nacionalidad*. Pero antes de decidir esta cuestion nos parece que convendria ponernos de acuerdo sobre lo que se entiende y debe entenderse por esta palabra, que la mayor parte confunden con el patriotismo. Si por nacionalidad se entiende esa manía de aborrecer á todas las naciones extranjeras como hicieron los judíos desde que se escaparon de Egipto y se reunieron por primera vez en cuerpo de nacion, obedeciendo al pie de la letra lo que les decia la ley de Moises, á saber: «Las naciones extranjeras »que no adoran al verdadero Dios, no son nada para »él: vosotros debeis sujetarlas y exterminarlas,» semejante nacionalidad, ni la queremos, ni la deseamos para España, ni para ningun otro pueblo del mundo. Si se entiende tambien por esta voz aquella bárbara y grandiosa resolucion que se atribuye á los romanos casi desde la cuna de su imperio, de dominar á todo el mundo conocido, sin perdonar para ello la violencia, ni la astucia, ni la traicion, abrogándose el derecho de matar ó hacer esclavos á los vencidos, y cumpliendo ferozmente el precepto de las doce tablas que dice: «*Adversus hostem* (*hostis* aquí quiere decir extranjero) *perpetua auctoritas esto*;» tampoco nos acomoda una nacionalidad que jamas ha producido ni tenido otro orígen que la injusticia. Y por último, si por nacionalidad se entiende lo que hasta ahora han entendido y parece que siguen entendiendo los ingleses y los rusos, es decir, el derecho de valerse de la fuerza para usurpar y hacer suyo todo lo que puedan adquirir sin gran peligro, esa nacionalidad es detestable como el robo y la piratería. Así hemos visto á Inglaterra ejercerla constantemente sobre todo el globo, despojando á casi todas las naciones, muy particularmente á la nuestra, de las posesiones que habiamos adquirido legítimamente en ambos hemisferios; y así vemos á la Rusia absorber poco á poco lo que ya quedaba de la nacionalidad polaca, al paso que va minando la nacionalidad turca.

No es así como nosotros quisiéramos que se entendiese la nacionalidad española, sino como quiso que la entendiera el espíritu del cristianismo desde su aparicion sobre la tierra, es decir, procurando mirar como hermanos á todos los demas hombres, sin perjuicio de que cada nacion procure tener entre todos los individuos que la componen identidad de ideas y de intereses, así materiales como morales. Cuanto mayor unidad haya en estos tres caractéres esencialmente constitutivos, mas firme, mas compacta y vigorosa será la nacionalidad. Hay gentes tan estrechas en sus ideas ó tan mezquinas en sus juicios, que con solo ver que los emigrados, y particularmente aquellos contra quienes están mal prevenidos, vuelven á su patria con distinto traje del que en ella se acostumbra, ó prefiriendo esta ó la otra manera de comer ó de estar en visita, al momento pronuncian el anatema de que el tal ó la tal han perdido su nacionalidad, y gracias si no propalan caritativamente que se han desmoralizado del todo. Como si la nacionalidad y moralidad consistiesen en la forma de un sombrero ó en comer á las cinco, ó á la una de la tarde. Ese modo de calificar las nacionalidades solo probaria que desde que dejamos de usar las anguarinas y las calzas atacadas, hemos perdido el carácter de españoles.

No por eso negaremos que ha habido, hay y habrá muchos emigrados y aun simples viajeros, para quienes la estacion mas ó menos prolongada en estraños paises no es otra cosa que una escuela de imitaciones pueriles ó ridículas; un pretesto para despre-

(1) Estas consideraciones están sacadas de un escelente artículo que escribió a ruego mio el tan justamente celebrado autor de *las Cartas de un pobrecito holgazan* para una *Revista enciclopédica* que publiqué hace dos años en Paris con mi amigo D. P. de la Escosura.

ciar ó hacer despreciable su propio pais, y un modelo tal vez de vicio y corrupcion que acaso no hubiera tenido la desgracia de copiar, no habiendo salido de su patria. Admitimos tambien y vemos con harta pena muchos fátuos que desde que un sastre los viste á la francesa ó á la inglesa ponen todo su conato en remedar, no los usos, sino hasta los movimientos, las frases mas ó menos estropeadas, y en general todos los defectos visibles con que les parece que llevan escrita en la frente la noticia de que han viajado por tal ó cual pais: que no reparan en traducir malditamente las espresiones mas usuales, haciendo un potaje casi ininteligible de la lengua agena y de la propia, en términos de no dejar la menor duda al hombre inteligente que los escucha de que no han aprendido la una y han procurado olvidar la otra. ¿Pero qué especie de gentes son las que se hacen notar por este defecto, y cuántos podrán contarse en cada emigracion? Desde luego nos atrevemos á asegurar que no hay uno por ciento en quien se eche de ver semejante ridiculez, al paso que podriamos citar muchísimos á quienes ha servido de mucho el conocimiento mas perfecto que han adquirido de un idioma extraño para limar y corregir el suyo, y sobre todo para estimarle mas y mas, en fuerza de la comparacion. Lo que nos parece un axioma, es que, para saber amar á su patria y para aprender á servirla, es menester haber salido de ella, pero con instruccion anticipada, sin que á esto deje de haber algunas honrosas escepciones....

¡Ojalá que tantas ventajas de las emigraciones no sufriesen una dura compensacion en la masa de numerario que necesariamente obligan á estraer estas peregrinaciones forzadas, á que con tanta frecuencia está i dando lugar nuestras discordias políticas y los efímeros triunfos de los partidos!...

¿Pero se inferirá de lo dicho que, pues las emigraciones ocasionan tantas ventajas y solo producen en nuestro sentir un solo perjuicio, deben los gobiernos promoverlas ó cuando menos no economizarlas? No, de ninguna manera; pues á pesar de ser evidentísimo cuanto acabamos de esponer, á nadie mas que á los mismos gobiernos interesa evitar las ocasiones de que se repitan semejantes desgracias. Lo primero, porque las emigraciones lejos de ser un signo de fuerza de la autoridad pública, denuncian por el contrario su propia debilidad, y tal vez tambien la de las leyes. Lo segundo, porque siempre presuponen una grande injusticia, como que nadie podrá persuadirse de que un número tan crecido de hombres que, á veces, llegan ó esceden de diez, de quince ó de veinte mil, puedan ser todos criminales. Lo tercero, porque como ya hemos repetido dos veces, son una señal infalible de que el gobierno está supeditado por la opinion, no del pueblo, que esto seria generalmente un bien, sino por el capricho, la ignorancia y las malas pasiones del populacho, ó lo que es lo mismo de la hez de la sociedad. Lo cuarto, porque se desacredita y pierde su consideracion con las potencias extranjeras, un gobierno cuyos súbditos tienen que huir por no encontrar proteccion ni en los tribunales ni en las leyes de la suya propia. Y por último, porque, repetimos, las emigraciones son un signo de debilidad, así como las amnistías son una señal de fuerza y de confianza en su derecho.

Plegue á Dios que estas ligeras reflexiones sirvan á lo menos para escitar otras mas profundas en los que sepan hacerlas, y sobre todo, para poner término á la ferocidad de los partidos, ya que todos ellos han sido alternativamente víctimas ó verdugos de las opiniones que les eran contrarias.

EUGENIO DE OCHOA.

EL ACCIONISTA DE MINAS.

EL bípedo infeliz que vamos á describir con el nombre de *Accionista de Minas*, es un ente *casi racional*, y nuevo en España, que se produce por adicion ó por sustraccion en la clase medianamente acomodada de nuestra sociedad. Antes de entrar en los pormenores de su formacion, cúmplenos sincerarnos á los ojos de la generalidad de los accionistas de minas por el alarmante estremo de la cuasi-racionalidad que en nuestra definicion hemos ingerido. Protestamos ante todo que no hacemos alusion en este artículo á ninguno de los que racionalmente explotan el interesante ramo de la industria minera, haciendo en él un empleo mas ó menos acertado, pero fundado de un capital grande ó pequeño, como puede hacerse en cualquier otro género de industria. Estos pertenecen á la numerosísima, útil, y heterogénea clase de especuladores en general, la cual no tiene tipo fijo y marcado, ni mas objeto real que la *ganancia*; al paso que el ser *sui generis* á que aludimos, constituye una clase nueva enteramente aparte, cuyo distintivo peculiar es *el gusto de perder*.



El Accionista de minas.

Así pues no es nuestro *Accionista de Minas* un cualquiera entre los muchos ciudadanos interesados en empresas mineras: nuestro *Accionista* no es ni el rico banquero que invierte una parte de sus pingües beneficios en la costosa compra de acciones en Linares, ó en el barranco Jaroso; ni el abogado rico de clientela que aventura una modesta porcion de su capital en las minas con una esperanza prudente y racional de una buena ganancia; ni el antes pobre, ora afortunado, que por uno de los raros caprichos de la suerte, al recorrer cuando era miserable la escabrosa senda de una tierra ingrata, topó con un

criadero de ese vil metal cuya vileza ennoblece tanto al que llena con ella sus bolsillos. Nuestro Accionista de Minas no es ni banquero, ni abogado, ni magistrado, ni artista, ni hombre de ciencias; ó si algo de esto fue, ya no lo es. La minería y la metalurgia le han trastornado el seso, y todo lo ha olvidado por la furia de hacer agujeros en los montes de Toledo, ó en el campo de Cartagena: por el parricida anhelo de abrir pozos y socavones en el seno de la madre tierra, donde si no encuentra plata ú oro, va al menos enterrando bonitamente su dinero: —y hé aquí cómo se constituye por sustraccion el *Accionista de Minas*.

Que si el ente primordial que ha de entrar en la composicion de un *Accionista* legítimo, no era ninguna de las cosas arriba dichas, ni tenia profesion alguna, ni tenia ningun capital moral que perder antes que la *minomanía* le acometiera; sino que era meramente un hombre que vivia de su renta, sin curarse mas de lo que oculta la áspera corteza de la tierra que de lo que encubre el azulado velo del cielo; entonces es cuando en rigor se dice que el Accionista se constituye por adicion; puesto que, á diferencia del primero, que para serlo tuvo que perder su profesion y una gran parte de su sano juicio, no necesita el segundo mas que haber adquirido la epidemia reinante, y la precisa actividad para dejar su tranquilo hogar y echarse á correr por esos mundos en busca de pedruscos, sudando el quilo en el verano, y dando diente con diente en el invierno: —y hé aquí por fin probada nuestra definicion del Accionista que le denomina *ente cuasi-racional*.

Pero entre el Accionista por adicion y el Accionista por sustraccion hay notables disparidades: conozco á muchos de uno y otro género, y sus tipos mas frecuentes suelen revelarse por señales exteriores inequívocas: así, por ejemplo, aunque entre los accionistas por sustraccion los hay bien nutridos y de faz bermeja, redonda y expansiva, lo general es que sean enjutos y descoloridos; y *vice-versa* con respecto á los accionistas por adicion; y la razon ocurre naturalmente, por cuanto los primeros viven trabajados no solo por la afeccion mental que padecen, mas tambien por el sentimiento que á ratos les invade de ver desmoronarse sin fruto un bienestar amasado á costa de sacrificios y privaciones; y los segundos faltos del necesario entendimiento y nacidos tontos, corren hácia su ruina con gran beatitud, y con inalterable tranquilidad de espíritu.

Si la calidad intelectual de las personas se reconociese solamente por la distancia de las cejas al vértice del cráneo, y por los planos ó carnosidad de la frente, es indudable que un Accionista por adicion con el sombrero puesto podria pasar por un Accionista por sustraccion; pero la sábia naturaleza no permite que por un miserable pedazo de fieltro se confundan estas dos importantísimas especies; y por lo tanto ha querido diferenciar aun con otras señales exteriores al menguado del maníaco; nosotros, sin embargo, no entraremos en tan prolijas menudencias, y dejaremos á nuestros lectores el placer de buscarlas en los tipos vivientes que ellos conozcan.

El *Accionista de Minas* campea y se agita en dos esferas distintas, cambiando alternativamente en el modo de vivir y de emplear su actividad incansable. La vida de campo y la vida de ciudad le tienen en una especie de movimiento perpétuo, y su único reposo es el sueño. Pero así como en el campo todas las investigaciones del Accionista son mezquinas, lentas y malhadadas; en la ciudad todas sus especulaciones teóricas son grandiosas, halagüeñas, y de facilísima realizacion. Todas sus ideas, altamente abstractas, giran sobre el pensamiento constante de un gran tesoro en masa que él y sus asociados *descubrirán* en las entrañas de la tierra, con el cual no solo van á darse muy pronto una vida regalona, sino que van á hacer la felicidad de toda su parentela. Don Canuto R***, el *Accionista de Minas* mas imperterrito que cubre el cielo de España, y que está interesado en diez y nueve empresas mineras consagradas con patriótico celo al empeño de hacer producir oro y plata á todos los montes de ambas Castillas, es la personificacion mas acabada y exacta de la especie que vamos describiendo. Hasta el año de 1839 vivió dedicado con mediana suerte al comercio, y todo el mundo le tuvo por hombre asentado y sesudo: hasta entonces fue juicioso y mesurado en sus modestas empresas, jamas arriesgó dineros á la ventura, jamas encomendó al azar la mas insignificante de sus acciones. Su vivir retrataba la compasada parsimonia de su alma; ni gastaba una peseta si podia comer con tres reales, ni pagaba por nadie en el café, ni andaba jamas deprisa, ni abria jamas su corazon al temor, á la esperanza, ó al cariño, antes de pesar y analizar bien todos los motivos para amar, esperar ó temer. Pero desde la citada época de 1839, desde que empezaron á llenar la España las noticias de los felices descubrimientos hechos en Sierra Almagrera por D. Miguel Soler y el tio Perdigon, trocóse de todo punto el sereno y reservado Don Canuto: volvióse de repente hombre de accion y de movimiento, se apoderó de él el frenesí de los azares, el fanatismo de los descubrimientos, el vértigo de las empresas, el apetito brutal de la ganancia á poca costa, con hambre y sed inmoderada de plata y oro. Desde entonces perdió su juicio, su aplomo, su calma, su excesiva prevision: salió de quicio, se hizo aturdido, atropellado, hablador, crédulo, imprudente, temerario, correton... ¡ y por remate de cuenta, tramposo!!!

Don Canuto ha visto con la mas imperturbable serenidad vaciarse el arca que contenia sus rancias peluconas: el que antes vertia lágrimas cuando por la inspeccion de sus botitos veia acercarse la época fatal de renovar una media suela, ha consumado hace poco el sacrificio de su haber con un estoicismo digno de los mejores tiempos de :república romana. —Y mientras su semblante ledo revela las esperanzas que le inundan aquel pecho de júbilo, insensible ya á toda otra pasion que la de perforar cerros y lomas, le miran con espanto sus amigos próximo á meditar una torpe estafa para irse á Sierra Almagrera á ahondar los mil setecientos agujeros estériles que otros muchos Don Canutos abrieron en aquel *Eldorado* de los *Accionistas de minas* del centro.

Chocará á muchos de nuestros lectores que una sola manía pueda causar tan radical variacion en un hombre. Yo sin embargo les protesto que este fue en cualquier tiempo el fenómeno que mas distinguió á todo mortal aficionado á minas; y ahí está el señor D. Antonio Ulloa que en sus *Noticias americanas* consigna el mismo portentoso hecho como la dolencia general de los mineros americanos que vió y trató. «El incentivo de la plata, dice en su entretenimiento 12, llega hasta el término de que claudiquen los hombres de mas peso, madurez y juicio, sin que haya desengaños ni razones que los persuadan una vez que se empeñan en ello.» Y la razon es clara: aunque la experiencia de los mas pudiera bastar á persuadir de que los minerales de oro y plata no existen en el creeido número que la generalidad cree, como los afortunados, que son los pocos, hacen sonar mucho sus hallazgos, al paso que los desgraciados callan por vergüenza sus pérdidas, se imaginan fácilmente los poco ilustrados haber metales preciosos en cada cerro, y que solo se necesita abrir la tierra para que se hagan patentes esos tesoros. Y como la esperanza es la mas fiel compañera del hombre, inclusо el perro, conservándose siempre esta fresca y verde, y durando la lisonja de un porvenir feliz, no hay entretenimiento mas agradable que ir gastando

dinero en minas, ni asunto en que se inviertan los caudales con mas franqueza sin quedar el remordimiento de haberlos malogrado. Antes bien deduzco yo que esta ocupacion parece inventada para los mas codiciosos, agarrados y miserables; pues que teniendo un poco de fé en la minoría, el que estaba acostumbrado á guardar en huchas su dinero, puede imaginarse muy bien la sencilla fábula de que los pozos que ha abierto su sociedad con las cuotas mensuales que ha ido satisfaciendo, son otras tantas huchas de donde algun dia sacará centuplicado su caudal.

Embelesados los mineros con las señales de su *filon*, que es el nombre que dan á su pozo aunque no sea mas criadero que la cuesta de las Vistillas, encantados con la distancia que llevan trabajada, con las calidades de tierras que han ido encontrando, con la clase de terrones que *pintan*, con los visos de plata que creen reconocer de tiempo en tiempo, y con las historias que les refieren los agenciadores y manipulantes en el oficio, lo único que sienten cuando se les acaba el caudal es no tener á su disposicion otro tanto como el que han consumido para continuar en la empresa; y así aunque gastan mucho y no recogen nada, no se consideran perdidos contando por mas pingüe el que tienen en espectativa.

La historia de los primeros pasos que dió D. Canuto en la senda de su perdicion suele ser comun á la generalidad de los accionistas de minas: es la historia de su primera tentacion, de su primera debilidad, de su primera rebeldía contra la maldicion de Dios de comer el pan con el sudor de su frente, pareciéndole mejor comerlo con el trabajo ageno.

El diablo tentador de este *Accionista* fue uno de esos hombres pecaminosos llamados por los ingenieros *buscones*, y por la ley *catadores*, el cual sin haber descubierto jamas criadero ninguno, poseia la ciencia de hacer perfectamente su negocio esplotando la credulidad agena. El *buscon* de quien hablamos era consumado en las tretas usadas en las provincias donde abundan las empresas mineras: el expediente de que con mayor éxito se habia servido en aquellas era este: cuando una mina estaba en metales, ó con esperanzas de obtenerlos, plantaba un registro inmediato á ella que sirviese de base para suscitar pleito, buscando por pretexto una triquiñuela cualquiera, por injusta y descabellada que fuese: presentábase al dueño ó dueños de la mina, amenazándoles entablar un litigio para intimidarlos, y luego entraba echándola de generoso y proponiéndoles composicion. La parte contraria por evitar enredos de justicia solia ofrecerle una ó dos acciones en la mina, que él aceptaba, y de este modo se hallaba interesado en varias empresas productivas sin costarle un maravedí. En las garras de este espíritu maligno vino á caer el alma sencilla de D. Canuto. Huyendo el buscon de cierta tierra de Andalucía, donde una de sus arterías descubiertas le acababa de valer una buena paliza, trajo á Castilla, con el venenoso intento de trasplantar á ella su industria, la fama del tio Perdigon y de la riqueza minera de la costa; y en la diligencia que salia de esta ciudad, que no quiero nombrar, topó con él el Accionista *infieri*; y tan buena maña se dió el aventurero para interesarle en sus engaños, tales maravillas le contó, tanto le encareció sus conocimientos en minería, y tan sencillo le pintó el modo de obtener metales preciosos en cualquiera tierra de España, que al fin del viaje era ya el buen D. Canuto todo oidos para cuanto parlaba el astuto manipulante, y no ansiaba otra cosa que trabar intimidad con él para aprender á encontrar criaderos en los campos.

En cuanto al trato, fácil le fue conseguirlo: el buscon habia calado muy bien á su interlocutor, y por las ingénuas confesiones que consiguió arrancarle en su necio entusiasmo, comprendió sin dificultad lo que para sus adentros formuló en los siguientes términos, ú otros parecidos: «Este D. Canuto es una verdadera mina: su riqueza no está en filon, pero está en masa, que es todavía mejor: por el terreno blando de su credulidad le abriré un socavon con mi charlatanismo, y sin necesidad de desagüe, y sin otra máquina de estraccion que mis cinco dedos, en unas cuantas varadas traspaso á mis bolsillos toda su plata ya copelada, acuñada y corriente.»

El resultado correspondió de lleno á su propósito. «¡Vea V., amigo, le dijo al atravesar el puerto de Somosierra, todo esto es riqueza pura! pero acá en Castilla no entienden Vds. una jota de minería, ¡oh! ¡si tuviéramos por allá muchos cerros de esta especie!! Pero ya se ve, aquí carecen Vds. de buenos ingenieros: no tienen Vds. capataces inteligentes... ¡Es un dolor!.... A nosotros los geognostas no se nos ocultan los tesoros que esconde la avara tierra: nuestra ciencia está todavía poco generalizada, y son raros los que conocen á fondo las verdaderas leyes de la teoría eruptiva, en virtud de la cual la sábia naturaleza ha puesto al alcance del hombre la preciosa materia incandescente que elabora el globo en su centro. Todos estos terrenos quebrados esconden por lo general copiosos metales: y le diré á V. la razon por qué es así. Los cataclismos que ha experimentado la corteza de nuestra esfera (y al oir la palabra *cataclismo* abrió D. Canuto tanto de ojo), y que han ocasionado en ella estas quiebras y roturas, han dimanado siempre de los sacudimientos internos que experimenta la materia en combustion, y... — «No entiendo eso muy bien,» dijo D. Canuto. «Me explicaré, repuso el buscon: el centro de la tierra está en trabajo contínuo, y encierra un fuego sumamente activo que pone en disolucion aquella materia íntima que despues por el enfriamiento se convierte en roca: y así como una grande irritacion febril de la sangre se le manifiesta á V. saliéndole un divieso en la nariz ó en... otra parte, del mismo modo la tierra hace aparecer sus escrescencias en la superficie, y los fuegos que del centro envia rompen en volcanes, ocasionan terremotos, ó producen otros fenómenos igualmente terribles. Ahora bien, como estos cataclismos ocasionan grandes quiebras y aberturas en el globo, partiendo como parten del centro, es indudable que todo terreno que presenta señales de semejantes convulsiones en su exterior, debe tener en su profundidad numerosas quebraduras. Y como los metales son, digámoslo así, las secreciones de la tierra, las cuales suben del centro á la periferia en virtud de la fuerza expansiva del calor, dichas quebraduras deben estar llenas de metales, constituyendo una infinidad de riquísimos filones que solo esperan la actividad industrial del hombre para colmar el suelo de tesoros; de hombres de su actividad y fibra de V.; de hombres en fin, que teniendo medios como mi señor D. Canuto, no teman arriesgar una friolera para abrir un agujero y sacar esos metales que casi casi se tocan con la mano.» De este modo, revolviendo en su pedantesco charlatanismo mentiras y verdades, iba el buscon abriendo su mina en el corazon del honrado comerciante. Y para acabar de seducirle, le embocó, envueltas en un indescifrable fárrago de terminachos, una porcion de falsas reglas por las cuales decia él que se guiaba para reconocer las plantas y flores en que influye la plata aun cuando esta se halle á 200 varas de profundidad, y para distinguir las diferentes clases de vapores que emanan de las sustancias metálicas de la tierra al salir el sol.

Cuando ya el Mefistófeles se hubo apoderado del ánimo del neófito, y le hizo aflojar unas cuantas onzas de oro inscribiéndole en tres ó cuatro empresas mineras que acababa de fundar, le empezó á hacer saborear, para completar su ruina, el placer be las escursiones indagatorias. En unos pocos dias de inti-

midad se habian trocado todos los hábitos y costumbres de D. Canuto, de tal manera que nadie en la ciudad de su residencia le reconocia. Veíanle correr las calles acompañado siempre de un hombre de trage sospechoso, que era el referido buscon, abandonar todas sus antiguas relaciones comerciales, andar todo el dia con los bolsillos llenos de muestras de minerales y con listas de asociaciones mineras, buscando en plazas y cafés nuevos suscritores para sus empresas, y encerrarse desde el anochecer hasta la alborada con sus consócios, para celebrar las importantes sesiones donde discutian con calor sobre las esperanzas y porvenir de sus calicatas. Mas cuando D. Canuto empezó á hacer escursiones por los alrededores de la ciudad, y empezaban á observar las gentes que madrugaba para hacer en compañía del buscon sus indagaciones mineras, y que se pasaba el dia entero con un martillo y un azadon en la mano andando por los cerros y por los valles, escarbando donde quiera que encontraba una pinta reluciente, ya le fueron creyendo loco; entonces procuraron sus buenos amigos curarle y disuadirle, pero ya era tarde: el impetuoso accionista no veia en sus amonestaciones y consejos mas que envidia y celos por el brillante porvenir que se le presentaba. Riñó, pues, con todos; é hizo muy bien, porque entonces precisamente empezaba D. Canuto á saborear en las emociones fuertes la verdadera felicidad de la vida.

Todas las noches soñaba que descubria un nuevo criadero en filon, de plata ú oro purísimo; que era dueño de mas de cien cerros, cada uno de los cuales contenia mas riqueza que las minas de Siberia del príncipe Demidoff; que al nombre de Canuto le habia sustituido la popular admiracion el de *nuevo Fúcar* ó de príncipe *Canutoff*; ¡y que el movimiento de su coche era tan delicioso!...

Cuando al cabo de un año de vida de minero urbano y rural, llegó á ser D. Canuto accionista en una docena de empresas, todas igualmente improductivas, pero todas con esperanzas, ya habia dado su fortuna un bajon considerable, sin que se advirtiese en él el mas leve descontento; su humor, por el contrario, habia perdido la nimia impresionabilidad de todo hombre excesivamente cuidadoso de sus intereses, y el pecho del accionista, henchido de una esperanza perénne é inestinguible, no daba cabida á las impresiones de la actualidad. Sin exhalar la menor queja contra la suerte, dejó el piso principal que habitaba para subir al segundo, mas acomodado á su decrecente fortuna; con una dulce sonrisa en los lábios subió al año siguiente del segundo al tercero, por la razon misma; y con la misma beatitud en las facciones y la misma esperanza en el corazon, acaba ahora de subir á respirar el aire puro de la guardilla, hasta tanto que plegue á Dios que se conviertan en manantiales de oro los diez y nueve ó veinte pozos que tiene abiertos en Castilla: para lo cual, desde hace cuatro años largos, falta todos los dias nada mas que un poquito. Con que de escalon en escalon, y de piso en piso, se va remontando el cuerpo de D. Canuto; así como de sueño en sueño, y de ilusion en ilusion, se remonta su espíritu á la esfera de los mas grandes potentados de Europa; hasta el dia, cercano tal vez, en que su casero (á quien dejará de pagar sin perder la serenidad de su semblante) le haga descender de repente hasta el arroyo con sus cuentas y sacos de minerales, poniéndole con la punta del pié un violento tropiezo debajo de la rabadilla.

Al alma ambiciosa del hombre, suelen contentar mas aun los preparativos en todas las empresas, que los mismos resultados ya obtenidos, por felices que sean. Sucédele así á D. Canuto. Mas de cuatro veces me ha confesado, con su natural candor, que si bien es cierto que el sueño de ser príncipe y de arrastrar coche le hace, mientras le revolotea por el cerebro, el mas feliz de los mortales, todavía goza mas, y es su fruicion mas pura é intensa, cuando despues de su frugal comida, adormecido en las soñolientas horas de la siesta de verano, se trasporta su imaginacion al campo de una gran mina en toda regla (como lo será dentro de muy poco cualquiera de sus *filones*!..) y recorre los diferentes trabajos y faenas que allí se ejecutan. Entonces es cuando verdaderamente se le abre un dilatado campo para sus inocentes placeres y para el ejercicio de su alta inteligencia; ¡entonces es cuando realmente goza en dar ensanche y desarrollo á sus mas nobles instintos y virtudes!... Figúrase primeramente el *Accionista*, que habiendo ido á pasar unos cuantos dias á sus minas, llega al terreno de las labores en ocasion de dar un capataz la señal para la salida de los obreros. Hiere agradablemente el oido de D. Canuto, el chasquido de los látigos de los capataces de gavia; oye una voz gritar junto á la armadura del torno: ¡*Cadena*! y repetirse este grito bajo tierra por otras muchas voces, que son las de los cargadores que se hallan en el fondo del pozo, y prolongarse luego el mismo eco hasta las últimas profundidades de la mina; despues de lo cual siente el alegre rumor de sus doscientos ó trescientos operarios que se han puesto en marcha para salir á respirar el aire libre.

¡Qué órden, qué admirable concierto se presenta á los ojos del dichoso propietario! Sentado al pie de un arbolillo oreado por la brisa de la mañana, en la elevacion de una pequeña roca, contempla arrobado la extension de sus varias pertenencias, tiende la vista por el horizonte donde descuellan las cien chimeneas de las grandes fábricas de fundicion á las cuales dan abasto sus inagotables criaderos; recrea la mirada en la tranquila escena del descanso de sus trabajadores, ocupados en comer su *bazofia*; observa con satisfaccion la buena disposicion de las diversas máquinas de extraccion, acarreo, ventilacion, desagüe, etc., que mandó construir su sociedad segun los mejores modelos de Alemania. Llega luego la hora de volver al trabajo: todo es actividad, movimiento ordenado, subordinacion y disciplina. Cada cual corre á su puesto, capataces, picadores, torneros, amainadores, enganchadores, carpinteros, albañiles, gavias y guardas, todos están en su lugar desempeñando sus respectivas tareas. (La gente de gavia es muy numerosa en los sueños de D. Canuto, porque hay mucho mineral que arrimar á los cargaderos de los pozos!!) Los *correos* entran y salen, cantando y brincando, con sus alcuzas y torcidas para aviar los candiles de los trabajadores que se hallan dentro de la mina; llevan á la fragua la herramienta inutilizada, y bajan de los almacenes herramienta nueva. Los *mencheros* preparan mechas para la pega de los barrenos.... Oyese de repente gritar ¡*barreno*!... ¡Sigue á poco rato una gran detonacion subterránea!... ¡Cielo santo!! (Las imágenes mas espantosas se precipitan en el cerebro de D. Canuto!) ¡Cuatro barrenadores han sido gravemente heridos por los cascos de la roca!... En una de las últimas galerías se ha tropezado con un *soplado*, y ha salido de él un gas mortífero tan violento, ¡que ha apagado las luces de los trabajadores, dejándolos á todos asfixiados y tendidos en el suelo!... ¡En otra galería de otra mina contigua, se ha inflamado el gas hidrógeno carbonado!... D. Canuto se ve súbitamente rodeado de víctimas! ¡de padres de víctimas! ¡de hijos de víctimas!... Tuertos unos, los otros con un brazo roto, otros por fin, con una pierna colgando, se precipitan en torno del sensible Accionista exclamando: «¡D. Canuto!! ¡D. Canuto!!» Aquí sus heróicos instintos humanitarios salen de madre, y en el desbordamiento de su ternura se lanza como un rayo á socorrerlos á todos, y á prevenir nuevos males. Manda, prescribe, impera, decreta, toma disposiciones... todo lo remedia, consuela á todos... de

todo triunfa! Ya junta á los heridos en una tienda que sirve de enfermería provisoria; ya se abre á sus ojos como por ensalmo un pozo de ventilacion para desinfeccionar la atmósfera de las galerías: ora recorre el campo con solicitud paternal para reunir los hijos de los trabajadores á los infelices autores de sus dias: ora se arroja dentro de las minas para ver si hay en ellas nuevas víctimas que socorrer, ó mas cadáveres todavía insepultos. ¡Es tan puro é inefable el placer de hacer bien!... Pronto se cambia la escena; todo ha vuelto á su estado normal. De las pasadas desgracias no queda mas que la memoria, lo que equivale á haberse aumentado la suma de los placeres del *Accionista*. Por todas partes oye resonar las bendiciones que centenares de familias piden á Dios para el poderoso benéfico que las sustenta.... Ya está de vuelta en la ciudad, manda cantar un solemne *Te-Deum*. Está repantigado en su muelle butaca rodeado de papeles, donde lee con letras muy gordas: PRODUCTO LÍQUIDO PARA CADA ACCION: ya piensa en nuevos actos de filantropía; en dotar doncellas, en pensionar á artífices; ya trata de fundar hospitales, casas de maternidad, escuelas.... Uno de sus secretarios le presenta un plano levantado al intento, y el rico propietario va á indicar con el dedo un linde... ¡adios sueños! ¡adios ilusiones!!... ¡el pobre D. Canuto habia metido su dedo en un ancho socavon que la polilla abrió en otro tiempo en su mugrienta mesilla de pino, y habia tropezado con un copioso criadero de ciertos insectos de verano, en cuya fétida sangre lo sacó teñido! ¡Oh dura transicion! ya no eran familias humanas las que sustentaba, sino familias numerosísimas de animaluchos *sumamente caseros*, que le atravesaban su ropa á modo de filones: ya en las odiosas cuentas de varadas de que estaba su guardilla llena, lejos de hacerse mencion de producto alguno, solo se leian gordos renglones de ¡GASTOS ORDINARIOS Y EXTRAORDINARIOS! Cada vez que se repite uno de estos amargos desengaños, ruedan por las megillas del Accionista de minas dos gruesas gotas de llanto mezclado con bilis.

Porque tambien el que se dedica á ser *Accionista* pasa sus ratos crueles, y bebe en el cáliz de la vida sus tragos de acíbar. Sirva de ejemplo este que pasó D. Canuto, y que voy á contar á mis lectores para que se formen una idea de nuestro tipo, medianamente aproximada, bajo todos sus diversos aspectos.

Entre los muchos agujeros con los cuales han explotado algunos truhanes al pobre Accionista, hay uno en cuyas estériles profundidades ha enterrado la parte mayor de su desvanecido capital. El manipulante que le interesó en aquella pretendida mina, con la cual engañó tambien á otros varios, lo hizo de la manera siguiente: Compró unas cuantas cargas de mineral de otra mina rica, y las metió en uno de los pozos de la referida mina estéril; previno á los trabajadores lo que habian de hacer, y cierto dia condujo allí por via de paseo, y como por casualidad, á D. Canuto. Así que este se presentó, empezaron los torneros á sacar mineral, y el marchante á hacer exclamaciones como admirado de ver tanta riqueza. Pregunta el mismo en seguida á los trabajadores quién era el dueño de aquella mina: ¡*casualmente* era conocido del buscon!... y el inocente neófito cayó en el garlito comprando todas las acciones, que ambos truhanes quisieron venderle. El mineral bueno se agotó al instante, como era natural; pero la sociedad, que pretendia explotar aquella mina, y en la cual D. Canuto llegó á absorber casi la totalidad de las acciones, opinó que era aquel un criadero en capas, y que por consiguiente ahondando mas el pozo maestro, se reproducirian los terrenos metálicos. Llevaban ya abierto un gran pozo vertical con el cual habian atravesado mas de ocho capas paralelas, y todas ellas presentaban la misma esterilidad que la primera; pero solia periódicamente bajar á visitar la mina D. Canuto, y como por la lobreguez del subterráneo y la escasa luz del candil brillaban de vez en cuando algunas gotas de humedad en las paredes de la escavacion, siempre el Accionista salia convencido de que aquellos reflejos eran señal evidente de un mineral rico y puro. Entretenian su ilusion las falsas noticias que daba á la sociedad el capataz que dirigia la mina, el cual, al fin de cada varada, es decir, cuando se iban á ajustar cuentas, siempre tenia algo extraordinario que contar; unas veces decia: «¡el pozo ha dado en blandura!» otras, «¡la piedra sale tan dura, que rompe las herramientas!» y otras, por fin, «¡se desprende un olor á azufre que no se puede parar!» Y como ya he dicho, nunca faltaba mas que *un poquito* para que viese lograda su esperanza D. Canuto. Una vez que el entendido inspector general de minas D. Joaquin Ezquerra (1) acertó á pasar por la localidad donde está la referida mina, fue consultado por la empresa sobre las esperanzas que ofrecia aquel terreno, y habiéndole examinado, dijo el ingeniero francamente que juzgaba inútil la continuacion de aquellos trabajos, por ser enteramente estéril.

Esta opinion, ingénuamente expresada, le valió de parte de los accionistas un general pronunciamiento, que se vió precisado á conjurar trasladándose á otro punto: y el ofendido D. Canuto, que salió de sus casillas, no contento con haberse arrojado al pozo en un momento de celo colérico para sacar á vista del inspector, á quien llamaba bufando *incrédulo* y *ciego*, un pedazo de arenisca, llenándose de barro la cara y el chupetin, estuvo malo una porcion de dias con un arrebato de sangre, y apenas convaleciente se pasó otros tres con sus noches escribiendo una virulenta invectiva contra la Direccion de minas, y contra el gobierno porque no hacen criaderos de plata ú oro en los cerros de las Castillas.

El, sin embargo, se salió con su empeño: el buscon que le habia proporcionado la alhaja, le llevó á casa de un ensayador frances de la ciudad, que habia venido á España huyendo de su tierra por monedero falso, el cual en un santiamen hizo el ensayo del mineral en uno de sus crisoles: y como en el crisol habia polvo de plata, resultó contener el pedrusco una parte de esquisita materia argentífera, con lo que D. Canuto recobró su calma. Y basta de biografía.

Hemos procurado reunir en un fantástico personage los síntomas principales que, esparcidos entre la generalidad de los aficionados á minas, produce la manía reinante de las empresas y asociaciones mineras. Al comenzar indicamos que nos abstendríamos de toda alusion que pudiese menoscabar injustamente el respeto debido á las bien dirigidas y utilísimas asociaciones mineras que, con tanto provecho propio como bien del pais, benefician las minas de España siguiendo las instrucciones de la ciencia; y recordaremos ahora esta salvedad, así para que no nos dirija reclamaciones ninguna persona de seso cabal de las muchas que son accionistas de minas, como para poder completar el ridículo retrato de los accionistas de la especie de nuestro D. Canuto, de los cuales tambien hay muchos, formados por adicion ó sustraccion, pero siempre faltos de seso y empeñados en hallar tesoros en cualesquiera especies de minerales.

El Accionista de Minas que hemos descrito, se distingue, pues, por tres cualidades: *razon enferma ó incompleta*, *ignorancia*, *y terquedad sin límites*. El que no reuna las tres, entra en categorías mas latas que no forman *tipo especial*, ó que por lo menos se abstiene de delinear

PEDRO DE MADRAZO.

(1) Autor del curioso libro titulado: DATOS Y OBSERVACIONES SOBRE LA INDUSTRIA MINERA, de donde hemos sacado noticias para el presente articulo.

EL CELADOR DE BARRIO.

En la villa y córte de Madrid, distrito de..... barrio de..... calle de..... casa número tantos, y en las altas horas de la noche, oíanse no há muchos meses grandes y confusos gritos, formando grande y discorde algazara; en los oscuros adentros de un callejoncito de portal, cuya puerta tachonada de gruesos clavos estaba entreabierta, como boca de vieja que no se sabe si rie ó llora. — No era en efecto fácil distinguir si aquella intempestiva alharaca era cosa de riña ó de fiesta, porque entre la gente madrileña de estado llano lo mismo se grita para alegrarse que para denostarse y romperse la crisma; pero la escena de que á poco rato fue teatro el referido portalillo, asaz claramente demostró que no era sino de cabezas rotas de lo que se trataba.

El autor de este artículo tiene un poco de curioso y otro poco de terco; estas dos cualidades puestas en accion le proporcionan á veces, á vuelta de algunos sinsabores, el esquisito placer de sorprender importantes secretos y de hacer fecundos descubrimientos; púsolas en juego la referida noche, y aconsejándole ellas que escondiese su bulto detras de la puerta entornada, entróse por ella sin hacer ruido, y oyó, vió y atestiguó lo que ahora, caro lector, te va á contar, y que como un evangelio puedes creer, puesto que tu narrador no miente. Los desaforados gritos que en el fondo del callejon resonaban, salian de un cuarto bajo interior, dentro del cual, por los diferentes tonos de voz, y dado caso de no hallarse allí ningun espectador pasivo ó mudo, podria el oido contar como unas seis ó siete personas: tres hombres, cuatro mujeres; eran al principio agudísimos chillidos de laringe femenina, alternados con las disonancias de un coro de ambos sexos del mas desagradable efecto por lo anárquico del compas, lo bárbaro de los bajos, y lo estridulo y ágrio de los sopranos; llegó luego un momento de silencio; luego se abrió de repente la puerta del cuarto (sin aclararse por eso la densa oscuridad que, en consorcio con el mas fétido olor, reinaba como déspota y absoluta en todo el portal), y luego se volvió á cerrar quedando fuera, en el callejon, dos hombres que inmediatamente emprendieron una cerrada lluvia de cachetes y mojicones, entre resoplidos y bufidos dignos del mas noble de los brutos. Duró la lucha unos cinco minutos: las fuerzas parecian iguales, y solo el cansancio de aquellas dos glorias del pugilato hubiera podido ponerla término; pero volvió á abrirse el cuarto abortando una especie de energúmeno que, lanzándose lleno de ferocidad y de saña en medio de la pelea, puso al período en punto, descargando un espantoso garrotazo sobre un cuerpo duro que sonó á cráneo de hombre, y que dió al punto otro golpe sordo en las guijas del suelo. — Restableciése el silencio: el del garrote y su aliado se encerraron con las cuatro mujeres, y el vencido quedó, segun todas las señales, tendido en el callejon, con el alma en el dintel de la eternidad.

Estaba yo sumergido en una profunda y triste meditacion sobre aquel suceso, cuando me hallé de repente cercado de luz: bajaban por la escalera del cuarto principal dos criados enviados sin duda á informarse de lo que pasaba; y tan distraido estaba yo, tan pasmado y tan fuera de mí, que no me apercibí de su pausado y gravemente asturianil descenso hasta que, con la sonrisa tan caracteristica de los nobles hijos de Pelayo, se acercaron á aferrarme llenos de satisfaccion gritando: «Cujidu está, cujidu está el pajaru!» Trabajo me costó persuadirles de que no era yo el asesino de aquel pobre hombre, que tendido en un charco de su propia sangre acababan de ver por la primera vez y con horror mis ojos. — Para cerciorarse de mi inocencia, y de la verdad de la relacion que les hice del suceso, me obligaron á acompañar al uno en busca del funcionario mas cercano del ramo de proteccion y seguridad pública, al cual resolvieron inmediatamente dar parte, mientras el otro armado de una gruesa estaca permanecia de centinela en la puerta de la calle, cruzado de brazos, para impedir la evasion de los culpados. Despues de comunicar á su compañero en voz baja algunas prudentes instrucciones, movilizóse pesadamente el maruso á quien yo habia de acompañar, y dirigiendo él, y yo siguiéndole resignado, llegamos ambos á la esquina de la calle, y paramos á una puerta donde lucia un farolillo alumbrando un letrero en que se leia con letras gordas: CELADURIA DE PROTECCION Y SEGURIDAD, y con letras mas pequeñas *cuarto tercero de la izquierda*. Hizome seña el criado para que llamara; yo levanté la cabeza á mirar si en aquella casa habia algun otro piso encima del tercero, y cerciorado de que era el buen Celador el mas cercano á la morada del Padre Eterno, aferré resuelto el llamador, y empecé sin escrúpulo á dar golpes como buscando una distraccion en aquel suave instrumento. — Llegó á nuestros oidos entre los repetidos aldabazos la flaca vocecilla de una vieja, que bajó de la mas alta ventana: era la madre del Celador, y antes de una hora ya nos habia abierto la puerta de la calle. — El apreciable funcionario, novicio en su destino, lleno de celo por el buen desempeño de la pequeña fraccion de seguridad que le estaba encomendada, solia pasarse las noches en claro ganando concienzudamente con el sudor de su frente y las pitañas de sus ojos su sueldo de 4,000 rs. vn. con que plugo premiar sus esfuerzos á un ministro de la Gobernacion; porque como empleado del gobierno, y perteneciente al gremio semi-civil-militar (1) que con el nombre de *cuerpo de administracion* semi-civil-militar organizó el subsecretario de dicho señor ministro, ¿quién sabe, decia el buen Celador, si mostrando aplicacion y celo no llegarán á darme la fajita amarilla y encarnada de comisario, y el bastoncito de puño de oro, y un bonito uniforme (cuando aquellos señores tengan tiempo de determinarlo ¡así Dios los conserve eternamente en la Gobernacion de la Península!), y el sueldo, aun mas bonito, de 14,000 rs.? Y proseguia inflamado de esperanza, lleno de fé en el porvenir, y aguijoneado por una noble y santa emulacion; «porque, es claro, los Celadores tenemos ya »un carácter muy distinto del que tenia un pobrete »alcalde de barrio: nuestra autoridad, emancipada ya »de la mísera condicion pedánea y popular, proviene »de real nombramiento; somos *en rigor* ¡empleados en »el ministerio de la Gobernacion de la Península! formamos parte de un gran cuerpo donde puede uno ir »ascendiendo, v. g. á comisario, luego á oficial de un »gobierno político, luego á oficial de la secretaría, luego á diputado, ¡y de la oposicion! luego á ministro, y »luego...» fascinado por el cuadro de su dichoso porvenir ya no encuentra el Celador novicio ni en la silla de ministro término digno á sus ambiciones.

En una de estas dulces meditaciones se hallaba sin duda nuestro Celador cuando el asturiano y yo nos presentamos ante su delegada autoridad. Antes que acabáramos de referirle el caso que allí nos conducia, ya estaba él revestido con su frac azul de oficio, empuñando con gesto severo su baston de puño de marfil, y ensayando con un ridículo encogimiento de lábios el decoroso y reservado continente que habia de tomar en el próximo ejercicio de sus funciones; y para poder obrar con toda libertad y expedicion se fortificó con los 32 artículos de la real disposicion vigente de 30 de enero, que metió en un faldon. Fuimos á paso acelerado al lugar del crimen, y se constituyó el

(1) Semi-civil-militar: palabra compuesta y dificultosa; pero no tan dificultosa como la facha que puede presentar un oficinista civil panzudo y pitarroso con los lomos ceñidos por el rigido cinturon de Marte.

señor Celador dentro del callejon, inmediato al cuerpo del delito; pero se trató de comenzar las diligencias, y ni él ni yo sabíamos qué nos correspondia hacer: los marusos por supuesto lo ignoraban completamente. Para salir de aquel atolladero no hubo mas remedio que recurrir á la instruccion que tenia el Celador en su bolsillo: empezamos á recorrer los artículos que determinaban sus facultades, y leimos el 16 que decia: «Los Celadores desempeñarán en sus »respectivos barrios las atribuciones que han tenido »hasta ahora los alcaldes de los mismos.» La disposicion era clara y terminante, pero como ni el uno ni el otro habíamos sido jamas alcaldes, estábamos tan en ayunas como al principio, nos quedamos mirando un rato en silencio como quien dice: «¿lo entiendes, Fabio?» y como no era preciso decir *no*, seguimos recorriendo los artículos. — El 21 decia: «Comprende tambien á los Celadores lo dispuesto en los artí»culos 6, 7, 8, 9 y 10 de esta real disposicion.» Veamos pues lo que previenen esos artículos. — «Artícu»lo 6.º: No podrán tampoco (los comisarios) penetrar »ni permitir que ninguno de sus agentes subalternos »penetre en las casas particulares sin la prévia autori»zacion del dueño, bajo la pena de inmediata destitu»cion (y el Celador empezó á ponerse descolorido), sin »perjuicio de las disposiciones ulteriores á que haya »lugar con arreglo á las leyes (y el Celador empezó á »sudar y á tiritar de escalofrio). En caso de necesidad »por exigirlo así la averiguacion de un hecho criminal »ó la detencion de algun delincuente (y el Celador lan»zó un suspiro de desahogo), deberán proceder á ello »en compañía del teniente alcalde ó regidor de la de»marcacion respectiva (y volvió el Celador á acongo»jarse y á sudar); y en caso de urgencia ó negativa de »la autoridad municipal, deberán hacerlo en compa»ñía de dos vecinos honrados que tengan su domici»lio en el propio barrio.» Segun este artículo, era evidente la infraccion de ley cometida por el pobre Celador; mas como las diligencias no habian empezado, aun fue tiempo de solicitar el auxilio de la autoridad municipal, y de pasar aviso al comisario segun el artículo 17 previene. El teniente de alcalde no habia aun vuelto de su tertulia: el regidor estaba oyendo un final de ópera en el Circo: el comisario estaba en cama con sanguijuelas; quedaba pues el Celador en pleno derecho para entenderse con la autoridad superior política y comenzar entre tanto, asistido de dos vecinos honrados, las diligencias sumarias para la averiguacion del hecho y aprehension del reo. ¡Y vuelta á empezar las dificultades! — Veamos, veamos la instruccion, dijo resueltamente el Celador tomando el papel de mis manos, y con el tono de persona que manda y tiene la conviccion íntima de su derecho. — «Artículo 27: Habrá en cada barrio cinco agentes »de seguridad, etc., etc. Artículo 28: La obligacion »de estos agentes, que estarán bajo la autoridad in»mediata del Celador...» Basta, basta! A ver ¿dónde están mis cinco agentes de proteccion y seguridad? ¡Holgazanes!..... Queria el Celador que los cinco hubiesen acudido sin ser llamados. Encargose de esta operacion uno de los dos asturianos: yo me encargué de tener el farolillo, en pie, al lado del cuerpo del delito, el cual con asombro nuestro empezó á dar señales de vida lanzando de su boca una prolongada tufarada de vino que amagó asfixiarnos, como el mortífero *soplado* de una mina. Volvió á poco rato el mozo con dos de esos agentes beneméritos á quienes está prohibido ahora llamar *guindillas*, que habia encontrado haciendo oracion mental tendidos en una acera, y velando por consiguiente *sobre la comodidad pública*: é inmediatamente empezó el Celador á fulminar sus órdenes. — ¡V.! ¡eh! corriendo á avisar al cirujano de la casa de en frente, que venga á reconocer al herido y á dar su certificado. — V. al momento á hacer que abran la puerta de ese cuarto donde se esconde el reo ¡voto á brios! ¡pronto, pronto, prónto! Llame V.; y si no quieren abrir, aquí estoy yo para hacer respetar la ley. El agente llamó á la puerta señalada repetidas veces; nadie respondia. — Llamó el mismo Celador lleno de austeridad y compostura; y obtuvo peor resultado, porque una voz chillona respondió desde adentro: «¡No nos da la gana de abrir, »váyase V. á la eme!» — Vi entonces próxima á desencadenarse la cólera del funcionario, y para evitarle un sofocon de noble celo le advertí que sin la asistencia de los dos vecinos honrados, que prevenia la instruccion, no era lícito entrar en ninguna habitacion privada. Y con esto volvimos á encontrarnos por tercera ó cuarta vez paralizados.—Llegaba ya el cirujano de en frente acompañado de un practicante, fámulo y discípulo suyo; la víctima menudeaba ya sus tufaradas y ronquidos, y empezaba á revolcarse en su sangre recobrando el sentido; yo discutia conmigo mismo si seria ó no oportuno lanzar el farolillo á la cabeza de uno de los dos marusos y largarme á mi casa; el Celador permanecia en silencio entre perplejo, avergonzado y corrido; y ninguno desplegaba los lábios. — Por fin, cuando los dos asturianos, que contemplaban nuestra inaccion con estúpido asombro, tuvieron el tiempo suficiente para llegar á comprender el item de la dificultad, prorumpieron en un sonoro duo de carcajadas, y llegándose uno de ellos al Celador, le dijo á media voz y empujándole por el codo:»—Vaya, señor, nu repare en pelillus, en esa casa bien puédese entrar sin premisu y sin vecinus hunradus: yu le derribaréi la puerta de una puñada. — ¿Pues quién vive ahí? preguntó el Celador cobrando ánimos: ¿no es una familia particular la que ocupa ese cuarto? — Quiá, señor, replicó el maruso, y volvió á soltar otra carcajada mal reprimida; y añadió por lo bajo: son unas *piculinas*! y nueva risa al final.

Y en efecto, el asturiano tenia razon, porque segun el artículo 7.º: «*Lo prevenido en el artículo 6.º no se estiende á los cafés, tiendas de despacho de vino y demas* (y al llegar aquí se le escapó una sonrisita maliciosa al Celador, que por una equivocacion de lectura creyó haber concluido la frase, y prosiguió) *casas donde lícita ó* (y aquí entra su triunfo) *i-lí-ci-ta-men-te se reuna el público.*» ¡Bravo! ¡no necesitamos mas! Y en virtud de dicho artículo 7.º llegáronse á la puerta en tropel para derribarla todos mis dignos acompañantes reunidos en el portal, precedidos de los dos animosos agentes de seguridad. Abrieron entonces su puerta las mujeres, y presentáronse tres pecadoras á recibir llorosas y resignadas á la irritada autoridad. — Viendo que no se presentaba el reo, entró gravemente el Celador en el aposento llevando empuñado su baston de puño blanco, como abanderado que entra en el cuartel; y al dirigirse á una de las piezas interiores, arrojóse á sus pies, desmelenada y hecha un torrente de lágrimas, una mujer, pidiéndole por Dios y por los santos que no perdiera al que llamaba *su infeliz amante*, que estaba allí escondido.

¡Oh miseria humana! Era el Celador hombre de corazon sensible; y tan hermosa criatura la suplicante, que no pudo menos de parar en ella la vista con interes. El exterior de aquella jóven, á pesar de la desfavorable tinta que sobre ella arrojaba el abyecto lugar donde fue sorprendida, no revelaba que fuese de condicion comun á las otras tres que allí vivian; su mismo traje denunciaba otra calidad de persona, y descubria bien claramente no ser aquella su morada... ¡Profundo misterio cuya explicacion no queremos indagar! Conténtense mis lectores con lo que puedan colegir de lo que sigo refiriendo.

Como se detuviese en su majestuosa marcha el Celador, sorprendido de la súplica de la mujer, y codicioso de examinar su física catadura; llegóse á él, saliendo cautelosamente de una alcoba, un jóven elegantemente vestido, que á su aventajada estatura

reunia un notable desarrollo muscular, y que seria probablemente el que una hora antes habia sacudido en la oscuridad el garrotazo al hombre que yacia tendido en el callejon.—Los dos agentes de seguridad y los dos marusos quisieron precipitarse sobre él como cuatro alanos, pero el Celador les impuso moderacion, y permanecieron quietos como estátuas á la señal del baston de puño blanco en la pequeña sala de la habitacion.—La dolorida doncella, su amante, otro jóven de aspecto igualmente fino que á poco se presentó, y el inesperto Celador, se encerraron en un cuarto inmediato, y allí estuvieron platicando largo tiempo; despues de lo cual salieron los cuatro, muy discordes, al parecer, en sus pretensiones.—



El Celador de barrio.

La mujer, cubierta con un largo velo de blonda, tenia inclinada la cabeza, y reprimia en su pecho hondos suspiros que salian á veces ahogados, causando verdadero dolor el mirarla: el jóven de atlética complexion que se mostró primero disputaba acaloradamente con el Celador, haciéndole los mas desesperados argumentos para persuadirle que su oficio no le obligaba á dar una ruidosa campanada, difamando con el escándalo á una noble familia y á una distinguida doncella víctima de la mas negra fortuna.—El impertérrito Celador, lastimado de la suerte de aquella interesante hembra, luchaba con dos encontrados sentimientos, la compasion y el deber: y con sentida expresion que mostraba claramente estar apurando uno de los mas amargos tragos que tan sagradas y heróicas hacen las funciones del que guarda la tranquilidad pública, le alegaba que no tenia él la culpa de la mala suerte de los amantes, y que no podia por respetos humanos y consideraciones de familia faltar á su deber y á su conciencia: que se dispusiese pues á seguirle con la jóven fugada de la casa paterna, y que preparase sus descargos para cuando el señor gefe político le sometiese á la jurisdiccion de la autoridad á quien correspondiese la justificacion del hecho y la aplicacion de la pena.—Dirigió á la jóven una mirada de soslayo, y su pecho de Celador se sintió enternecido.... pero triunfó el sentimiento del deber, y enjugando rápidamente una lágrima furtiva que brotó de sus ojos: «¡Ea! exclamó con voz turbada y afectando severidad, síganme Vds.» Acercósele el otro jóven, que hasta entonces nada habia hablado, y llamándole aparte trató de ponerle en la mano un bolsillo lleno de oro. ¡Temerario! La vacilante entereza del Celador se fortaleció entonces con toda la virtud y noble honradez que dicen se encuentra solo en algunos de nuestros funcionarios: herido su amor propio por aquella manifestacion de soborno que en un momento de energía y sencilla dialéctica calificó de *indecente* é *indigna de un caballero*: «¡Guárdese V. su dinero, exclamó irritado, y no insulte el honor de un pobre empleado que cifra solo en la pureza sus medros y recompensa!» Yo, aprovechando aquella expansion de cólera, y la curiosidad que embargó á los demas circunstantes, dejé el farol sobre una silla y me escurrí bonitamente hácia la calle.

Presencié los actos del *Celador novicio* en el uso de sus mas árduas funciones, haciendo con él el aprendizaje del arte de *proteger y asegurar la tranquilidad pública*; y determiné en seguida contar á Vds. aquel suceso para que duerman esta noche con tranquilidad mientras vela por ella el *Celador de su barrio*, que, aunque sea novicio en su cargo, será indudablemente uno de los empleados mas dignos de la confianza pública por su noble desinteres, integridad heróica y sentimiento íntimo de su deber.

PEDRO DE MADRAZO.

EL AGENTE DE BOLSA.

En un discurso que me hicieron pronunciar para dar principio á unos exámenes de Economía política, recuerdo que entre otras cosas dige lo siguiente:—«No hay arte ni profesion alguna, cuyo aprendizaje no exija mucha aplicacion, mucho estudio, y sobre todo ejercicio.»

Me quedé yo tan satisfecho creyendo haber sentado una verdad como un templo, y con efecto, sacando por mí mismo la consecuencia no admitia mi doctrina la menor contradiccion. Pero en aquel entonces (de esto han pasado ya muchos años) no conocia yo la honrosa cuanto lucrativa profesion de *Agentes de Bolsa* que el progreso de la especulacion ha aclimatado y hecho indispensable en nuestro suelo.

Las dos terceras partes de mi axioma quedan destruidas. El Agente de Bolsa no necesita ni mucha aplicacion ni mucho estudio: *nace*, como el poeta, aunque medra mucho mas que el poeta.

La Bolsa, por una de esas contradicciones tan frecuentes de la especie humana, ha venido á ser una necesidad en Madrid, cuando no tenemos una peseta. Sin embargo, en ella llueve el maná para los israelitas, y en su cuadrilongo y desmantelado recinto, se sacrifican diariamente víctimas humanas, al ídolo de la actualidad, EL INTERES.

Los sacerdotes sacrificadores de este moderno templo, son los Agentes.

Con esta rápida y sencillísima indicacion basta para convencer al menos lerdo, que el Agente cobra el diezmo á los devotos, y que sean cuales fueren las faces de la especulacion, sus oráculos son siempre retribuidos por el favorecido y el despreciado de la fortuna.

Hemos dicho que el Agente nace, y algunos dudarán de esta gran verdad: pues para convencer á los escepticistas, nos trasladarémos con ellos á la Bolsa. Observen bien todas esas fisonomías de hombres bulliciosos que van y vienen, que hablan en secreto con unos y con otros, y que dueños absolutos del *estrado*, consignan en una cuartilla de papel el precio de los fondos públicos. Pues bien ¿qué resulta de ese concienzudo exámen? Que no hay entre ellos el menor punto de semejanza.

El Agente sale de todas las aulas, de todas las profesiones, de todos los oficios. El uno fue militar; el



El Agente de Bolsa.

otro comerciante que quebró; aquel estudió para abogado; esotro negoció en pedrería; Juan fue hortera; Perico empleado cesante; Casimiro estuvo de maestro de escuela; Francisco nunca fue nada ¡*ni siquiera* jugador!

Y sin embargo, todas esas partes tan heterogéneas, una vez decididas á abrazar la carrera de Agentes, quedan por el mero hecho aptas y suficientemente instruidas para su fiel y leal desempeño. Como sobre las testas coronadas, cae sobre ellos el don de la sabiduría, y la suprema inteligencia de los cambios y arbitrajes.

Por manera, lector amigo, que no puede consignarse cuál es la veta matriz y primitiva del Agente de Bolsa. Sale del caos, se confunde entre la muchedumbre, despunta á los umbrales del arenisco patio de un ex-convento, y resplandece luego al lado de la aristocracia de sangre, á la que á veces humilla con el lujo de sus deslumbrantes *equipajes*.

Y ahora bien, pudiendo *todos* dedicarse á Agentes, queda demostrado que el oficio no necesita de mucho estudio ni aplicacion: basta con saber los rudimentos, reducidos á multiplicar enteros y quebrados, á poseer muchos conocimientos sociales, y á disfrutar del apoyo de un *Bolsista* que proteja y adelante en la carrera. El hombre que, sobre todos los demas, posea este último don, hará fortuna.

Al establecerse el mercado de fondos públicos llamado Bolsa, se dispuso por el gobierno la existencia de diez y ocho Agentes de número, pudiendo estos aumentarse á medida que se fuesen multiplicando las operaciones bursátiles: considérese hasta qué grado habrán llegado estas, cuando en el dia se ven expuestos en la tablilla los nombres de cuarenta y un

Agentes propietarios y el de un suplente. El crédito ha bajado en proporcion que han subido los que lo manejan; y esta es otra contradiccion que no se concibe ni se explica, y que solo se resuelve con la salida de aquel viejo patron gaditano, á quien preguntando por qué con el mismo viento entraban y salian á un tiempo faluchos en la bahía, encogiéndose de hombros contestaba: «¡Pues ahí verá V.!»

Mas esta observacion nada tiene de comun con el Agente. Una vez elegida por el individuo esta carrera, presenta á la Junta Sindical su certificado suscrito por un comerciante, de llevar seis años de práctica en los negocios mercantiles, el cual se adquiere con mas facilidad que los que libran los escribanos en idénticas circunstancias, y proverbial es la escrupulosidad de estos pajarracos. A la certificacion sigue el exámen que dura diez minutos, despues del exámen se depositan los cien mil reales de fianza, viene el nombramiento y la investidura de funcionario público, y nuestro Agente puede ya dar fé de los contratos que se celebren con su necesario ministerio.

¡Cien mil reales de fianza! exclamarán algunos; hé aquí el grave escollo en que se estrellarán los deseos de muchos aspirantes á la posesion del *estrado*: y nosotros contestaremos, que la fianza, por regla general, el Agente no la posee cuando se dedica al oficio. Busca y encuentra quien le facilite los cien mil reales en efectivo que previene la ley, ó su equivalencia en papel con interes, y mientras no hace suyo el depósito, paga al propietario el premio que se estipula: primer negocio que hace el Agente en su favor, y que sirve de entrada á los demas.

El Agente de Bolsa es el único que tiene derecho á intervenir en la compra y venta de efectos públicos, estándole prevenido por el artículo 74 de la ley: «que proponga los negocios con exactitud, precision y claridad, absteniéndose de hacer supuestos falsos, que puedan inducir á error á los contratantes.» Esto lo cumple á las mil maravillas: nada hay mas claro y preciso que un negocio de Bolsa al tiempo de contratarse: nada que ofrezca despues mas disturbios al tiempo de cumplirse. El hombre propone, y la suerte ó el ministerio dispone, y no es culpa del Agente que suba ó baje el precio del papel, durante el intervalo de las negociaciones á plazo.

Pero si en este punto son clarísimos-sutiles hasta dejárselo de sobra, veamos si con igual escrupulosidad cumplen con el precepto de la misma ley que manda: «que en caso alguno puedan hacer, directa ni indirectamente, bajo su mismo nombre ni en el ajeno, negociaciones algunas de cuenta propia, ni tomar interes con ellas.»

Sin que sea visto menoscabar la probidad ajena, porque si lo que prohibe la ley, lo autoriza la costumbre, deja de ser crímen, rarísimo es el Agente que no se interesa á nombre de otro, en algunas de las operaciones en que interviene. Esto es natural: del mismo modo que seria injusto castigar á un perro, á quien su imprudente dueño encerrase en una provista despensa, poniendo su fidelidad á tan delicada prueba, seria terrible condenar á un hombre á contínua abstinencia cuando tiene en sus manos los medios de hacerse rico, y la tentacion se repite á menudo. El suplicio de Tántalo seria preferible, porque si la sed natural se mitiga con agua, nada basta á satisfacer la sed de oro.

El tribunal del Agente es igual, si nos es permitido comparar lo profano con lo sagrado, al de la penitencia. En él se depositan los secretos de los contratantes: el Agente posee la clave de las fortunas de los bolsistas: conoce sus apuros y sus esperanzas: oye sus cálculos y probabilidades: la experiencia le enseña á distinguir á aquel que es mas certero en sus juicios, y todos estos datos reunidos á su propio criterio, le inducen á caer en la tentacion. Como hemos ya indicado, el Agente debe tener un protector: á nombre de este se estipula y se cierran las negociaciones: nadie puede reconvenirle ni convencerle con que faltó á la ley: los requisitos que esta marca se llenan con las formalidades debidas; y una vez cumplidas las pólizas, el Agente entra en el goce y posesion tranquila de lo que le toca, lo cual, en honor de la clase y de la verdad sea dicho, pasa en seguida á distribuirse entre las masas.

Porque el Agente es fastuoso y desprendido por instinto y naturaleza. Lo primero de que se cuida es de hacer suya la fianza que le prestaron. Una vez satisfecha esta deuda pública, cuya solvencia evita la censura, el Agente compra un cabriolé que sostiene á la última moda. El cabriolé es indispensable al Agente que tiene negocios, porque le ahorra tiempo y le proporciona clientela. El carruaje es uno de los medios con que los hombres se distinguen de la multitud. Se ve mas al que va en coche que al que anda á pie. Se desea saber su nombre y sus circunstancias, y á medida que la figura se deja arrastrar por uno, dos ó cuatro caballos, crece el interes que inspira á primera vista, se hace popular á fuerza de ser aristócrata, y se pone en contacto y roce con todas las clases, mereciendo el sufragio y la contribucion universal.

El Agente que no usa cabriolé, no deja de tener caballo de regalo, y ha de ser una rara escepcion de la especie el que no se someta á este medio de figurar. Porque no nos cansaremos de repetirlo: la generalidad de los hombres gusta de ser servida por otros hombres que hagan viso: se experimenta cierto rubor si al preguntarnos por nuestro médico, no respondemos con una reputacion europea: si no citamos con cierta marcada indiferencia, el nombre del sastre mas afamado al alabarnos un frac ó un pantalon: si no repetimos, como por distraccion, la elevada categoría del *amigo* que nos consiguió tal ó cual gracia, y si no dejamos traslucir que no hay persona de algun renombre, que deje de contribuir á nuestro alivio, á nuestros goces, ó al aumento ó disminucion de nuestra fortuna.

Y ese mismo afan que tienen los servidos, se apodera en sentido inverso de los servidores: aquellos lo disfrutan por vanidad; estos lo hacen por interes; y el afamado médico, el sábio jurisconsulto, el célebre artista, el humilde artesano, y el deslumbrador Agente de Bolsa, todos á porfía se disputan, por unos cuantos reales, el placer de ser citados por bocas mas ó menos aristocráticas. La única diferencia que suelen establecer entre unas y otras, es la de servir mejor y con mas ahinco, á aquellas cuyo timbre es mas argentino, al expresar su profundo reconocimiento.

El Agente de Bolsa, á quien la ley obliga á no poder rehusar el ejercicio de las atribuciones de su ministerio, sea cual fuese la persona que lo solicite, bajo penas y multas de consideracion, mas que otro alguno servidor del público, hace virtud de la necesidad, y para no tener que buscar, se procura los medios de ser buscado. Nada hay que deslumbre tanto como el lujo: nada que se haga mas notable en menos tiempo. Y esta es otra de las causas que obligan á los Agentes á lanzarse en cuerpo y alma á las operaciones por su cuenta; porque reducidos á los simples corretajes, si bien pasarian una vida holgada asegurando un mediano porvenir, ni tendrian palco abonado en los teatros, ni relaciones íntimas con artistas extranjeros, ni suntuosas casas, ni lujosos carruajes, ni llegarian á merecer la honra de ser llamados á cargos públicos y municipales que dan autorizacion á la persona. Por otra parte, y como prueba de la defensa que de este cargo le hemos hecho, el Agente está tambien expuesto en las operaciones por su cuenta á perder, como cada hijo de vecino, y á quebrar y arruinarse, y de estos casos hemos tocado algunos. Sin embargo,

las gentes concienzudas, esas que se ven obligadas á depositar su fortuna y su honra en uno de estos tabeliones de nueva especie, tuercen el gesto á esta observacion, y la contradicen exclamando:—¡Pero ellos juegan á carta vista!

Este es otro de los sinsabores del oficio; la malicia, que no duerme, ha tomado por su cuenta á los depositarios de la fé pública, desde el foro hasta el estado, y vaya V. á contener la malicia!...

Volviendo á nuestro tema, el lujo es el fanal del Agente-tipo de la raza; porque si bien tambien hay Agentes del género que podemos llamar con propiedad sedentario, este se confunde en la generalidad del vulgo; sus costumbres y necesidades no ofrecen materia á la crítica, y vegetan como pobres diablos para morir tranquilos, así como han vivido sin estrépito. Pero el Agente á la moda, el que hace viso, el que presenta todas las faces de las contradicciones y miserias humanas, no puede dispensarse de rendir un ciego culto á las necesidades sociales de la actualidad, ni dejar de figurar en esta galería de retratos contemporáneos.

Sigamos al Agente en el curso diario de su agitada peregrinacion. Muy de mañana, sea cual se fuese la hora en que se acostó la noche precedente, necesita arrancarse de los brazos del sueño, para poner en órden los negocios de la víspera, verificar los asientos y regularizar sus libros, testimonios de fé, que no puede confiar á manos extrañas.

Si no tiene citas para dentro ó fuera de casa en aquel dia, suele dedicar las primeras horas de la mañana en esos arreglos y en el de sus propios negocios, porque á la una en punto necesita presentarse en la Bolsa, teatro de sus manejos y sus triunfos.

Si tiene citas fuera, despues de tomar un lijero desayuno (chocolate regularmente) y de acicalarse con mayor ó menor cuidado, según imagine volver ó no antes de Bolsa, manda poner el cabriolé y se dirige á la casa de las personas con quienes trabaja. Si llega á tiempo de ser recibido sin obstáculo, se introduce con marcial franqueza en el cuarto del patron á tomar órdenes: mas si por acaso tiene que hacer antesala, su oficio le obliga á resignarse y á sufrir una ó dos horas, hasta que ve abierta la puerta de su esperanza, esto es, la del gabinete del banquero. Entonces se presenta con menos soltura, escucha y propone con cierto encogimiento que contrasta notablemente con sus modales habituales y se despide con respetuosas reverencias.

¿Por qué este cambio de una á otra visita? se preguntará. En la primera, aquella que hizo sin esperar, la condicion no se reveló al hombre. Durante el tránsito, formando el Agente mil planes mas ó menos alegres, llega al lugar de la cita y es recibido sin dificultad: habla con desembarazo, porque nada le afecta moralmente; pero no sucede lo mismo en la segunda. Dos horas mortales de antesala, de tiempo perdido y de inaccion, producen una serie de reflexiones, que insensiblemente llevan al hombre material al hombre moral. ¿Qué condicion es la suya? Servir al capricho, á la codicia ajena, y mientras sus insolentes lacayos se burlan á la puerta del mal aventurado transeunte que tiene que abandonar la acera y echar por el arroyo para evitar los salpicones de los corceles que piafan de impaciencia, el dueño del magnífico equipaje pasa por la humillacion no menos triste, de aguardar entre otros criados á que su amo eventual se digne llamarle á su presencia. Y este amo no es ningun grande, ningun poderoso, ni por el nacimiento ni por la fortuna: á veces suele ser un aventurero trapalon, un caballero de industria, un ente despreciable que impone la ley al Agente público y le da sus órdenes, y le fija condiciones, y le somete á un exámen prolijo, y vitupera su conducta, y le reconviene y le despide con grosería.

De aquí nace ese cambio de conducta, que por fortuna es pasajera. El Agente, luego que termina el negocio para que fue llamado, y que tan mal rato le hace pasar, encuentra en la perspectiva de una ganancia segura la compensacion de sus penas. Cual otro Sancho, olvida los azotes por el dinero: vuelve á regentar su ligerísimo carruage, y entre cálculos y esperanzas llega á la Bolsa donde su carácter de hombre público se revela con toda su imponente gravedad.

Aquí habemos de dejarle por un rato, mientras nos ocupamos del local, sin que pueda llamarse digresion tratar del elemento que da vida y sostiene al Agente, objeto principal de nuestro cuadro.

Al crearse la Bolsa, se eligió para este fin el reducido patio de una casa particular en la calle de Carretas; cerróse de cristales, hiciéronse dos chimeneas, adornáronse con estátuas de yeso los huecos de las paredes, y se fijaron sobre los ángulos varios rótulos expresivos de los nombres de diferentes plazas mercantiles de España y el extranjero. Rodeaba á este patio una galería cubierta, y bancos y banquetas colocadas á lo largo de las paredes servian de cómodo descanso á los concurrentes. Si el local era pequeño, no dejaba de ser decente, bonito y aun elegante: los bolsistas se hallaban á cubierto del sol, el frio y las lluvias.

Pero el dueño de la casa, ó disgustado del ruido, ó deseando ensanchar sus habitaciones, reclamó su patio, y hubo de accederse á su demanda, despues de costarle al pobre muy malos ratos y de resolverse á obrar con los bolsitas á semejanza de Jesucristo con los vendedores del templo de Jerusalen.

Andúvose con mil apuros para la eleccion de nuevo local, hasta que por último se destinó para Bolsa otro patio, en el que fue convento de San Martin, y hoy sirve para las oficinas del gobierno político y diputacion provincial.

En este segundo corral, no hay que buscar pinturas, ni estátuas, ni chimeneas, ni banquetas. Cuatro paredes lisas y llanas, el firmamento por montera en invierno, un toldo de lona en verano, y el piso cubierto de arena cual calle en dia de procesion, hé aquí la descripcion exacta de lo que el maldiciente vulgo llama Sinagoga, pero que sin duda debe llamarse Bolsa, por expresarlo así un letrero que hay sobre la puerta de entrada. Cuando llueve, la gente se retira á un estrecho cláustro que rodea al patio, y allí se apiña como arenques en estiva. El aire y los Agentes circulan con igual dificultad; los negocios se estancan en el extremo en que nacen, y en dia de agua los trabajos son poco productivos.

En el centro del costado izquierdo del patio, y en uno de los ángulos del cláustro se ha construido el *estrado*, ó sea lugar de las publicaciones. Forma el estrado una barandilla de hierro circular con un pasamano de madera. Los Agentes son los únicos que tienen derecho á invadir aquel sagrado altar del sacrificio, en cuyo centro se mira impasible al *anunciador*, cuya voz pausada, cascada y macilenta, publica las operaciones.

Durante el curso de los fondos públicos, que empieza á la una y concluye á las dos de la tarde, no se permite fumar, pero al sonar las campanadas de las dos, todo el que es aficionado al tabaco enciende su cigarro, y la Bolsa se convierte en una taberna holandesa. No atinamos con la causa de la privacion que se impone á los fumadores por espacio de una hora: sin duda se teme que el humo, ocultando las fisonomías, no permita leer en ellas la expresion de buena fé que debe reinar en los contratos mercantiles, sutileza oriental que mas de una vez ha ocultado las flaquezas del Divan de la Sublime Puerta. Tampoco se permite la entrada en la Bolsa con baston. Esto ya se comprende con mas facilidad: á estar permitido el

uso de los bastones, muchos bolsistas se abstendrian de personarse en el mercado.

En resúmen, el edificio Bolsa de Madrid, no tiene ningun punto de semejanza con los demas de su especie que existen en Europa: nos hémos acostumbrado de tal modo á las malas traducciones, que nos seria insoportable el espectáculo de una buena imitacion. Como nuestro objeto no sea hacer una disertacion moral acerca de este establecimiento, ni tampoco nos encontramos completamente iniciados en los intrincados misterios de un *juego* en que lleva la peor parte el especulador sencillo y bonachon, nos apartamos de las intrigas y manejos bursátiles, y una vez conocido el templo, volvamos á los sacerdotes que le sirven.

El Agente entra en la bolsa como el pez en el agua: una mirada tan rápida como penetrante y certera, le impone de la calidad de la concurrencia, y sin pérdida de momento empieza á examinar las conciencias de los prójimos reunidos, explotando la situacion en favor de sus comitentes sin olvidarse de sí propio.

Si el Agente despues de haber hablado en secreto con un vendedor ó comprador, pasa sin detenerse á trasladar á otro individuo la propuesta que acaban de hacerle, puede decirse que se ocupa exclusivamente de asuntos ajenos; pero si despues de oida la proposicion se detiene, saca su libro de memorias y hace apuntes ó anotaciones, entonces, excitado por alguna esperanza de lucro, es que calcula abrazar aquel negocio; y una vez decidido el suyo ó el ajeno, pasa al estrado, sienta en cuartillas de papel, preparadas al efecto, las bases estipuladas, y el impasible anunciador las publica incontinenti en esta forma:

«Se hán hecho, tantos miles de reales, en tal género de papel, á tantos dias fecha ó al contado, á tanto por ciento.»

Al oir el «*se han hecho*» por un instinto natural todas las cabezas se vuelven hácia el estrado, un silencio profundo reina en la Bolsa, y el murmullo de las conversaciones no continúa hasta que resuena el precio á que se acaba de hacer la operacion.

Es fácil distinguir al Agente en la Bolsa, porque jamas está parado. Por pocos negocios que tenga, anda de un lado á otro, acercándose á los especuladores, proponiendo compras, oyendo precios, sonriendo á todos por descabelladas que sean las proposiciones, y manifestando cierto apresuramiento que dé á entender lo cargado que se halla de comisiones. ¡Triste condicion del hombre, estar siempre representando farsas para realizar los asuntos mas sérios é importantes!

Como la boca del Agente hace fé, ha podido observarse, que alguna vez es este funcionario el regulador de los precios, con total independencia de los especuladores. Cuando un papel se halla en decadencia ó fuera de juego, no es extraño oir todos los dias á primera hora, una negociacion verificada en aquella especie á precio ínfimo, el cual baja regularmente hasta la cifra que se desea. Los tenedores á quienes *falta resuello* se apresuran á vender al *único* tomador que suele presentarse, y á poco se va notando la subida de aquellos mismos fondos, que corre parejas con el aumento del capital del Agente de Bolsa. Estos se llaman gajes del oficio, compensacion de los malos ratos anejos á la carrera, estrategia peculiar del juego, que muchas veces sin embargo sucumbe ante la omnipotencia ministerial, la cual en estos últimos tiempos, sobre todo, se ha hecho sentir en la Bolsa con su notoria y paternal benevolencia hácia los caidos.

Terminadas las operaciones de Bolsa, el Agente pasa á la vida privada hasta la ora del paseo. En él despliega ese lujo de que hemos hablado: caballos, libreas, carruajes, diamantes, encajes en la camisa, todo es poco para personificar la moda con sus caprichosos dijes y atavíos: porque el Agente es mas fastuoso que elegante: no consulta tanto el buen gusto como la riqueza: hay en su persona cierta mezcla entre aristócrata y plebeyo, que trasciende á tiro de ballesta: puede decirse que es la personificacion de la época actual, insustancialidad y positivismo.

Despues del paseo, donde se le ve devolver saludos á horteras y marqueses, el Agente se traslada al teatro de moda, donde está abonado solo ú en comandita. Indispensablemente ha de bajar durante el primer intermedio entre bastidores, y pasar el resto del último acto de la funcion, en el camarin de alguna artista. En el dia son las de baile las que mas tiran de la bolsa.

En estos tiempos en que, mas que en otra época alguna, el afan de figurar se ha hecho extensivo á todas las clases, y siendo esta una necesidad imperiosa para el Agente en boga, no es extraño verle funcionar en las asambleas municipales, triunfo que celebra con desmesurada ostentacion.

Su método de vida, sus relaciones, la costumbre de adoptar diferentes y variados modales y lenguajes, le dan aptitud para merecer de sus colegas los encargos mas delicados. El felicita á los personajes á quienes la fortuna eleva á la grandeza: preside en los festejos cívicos: despide y recibe á las personas reales cuando se ausentan y regresan á la capital: no falta á ningun besamanos, funcion religiosa, procesion ó acto de ayuntamiento en que se requiera solemnidad y aparato.

En estos casos es cuando nuestro héroe, elevado á la quinta potencia de sus dorados sueños, pone á contribucion á todas las artes, para que su persona sea el objeto mas *remarcable* de la fiesta: broqueles en forma de botones de brillantes, sujetan á la pechera de su camisa de holanda, rica guirindola de encaje, sin que las puntas de una arrasada corbata, prendidas con alfiler tambien de brillantes, oculten tan rico aparador: pantalon colan, con trabillas, zapato de charol con ahuecados lazos, chaleco blanco con botones dorados; abultada cadena y dijes en el reloj, y frac de rico paño belga ó frances, tan bien ceñido al cuerpo, que parece parte integrante del individuo, forman el fastuoso adorno de nuestro Agente, á cuyo complemento nunca falta el estirado guante amarillo y un rizado de pelo, cuya simetría y solidez le dan derecho á figurar dignamente en los aparadores que fija el Sr. Reigon á la puerta de su tienda barbería. Si la ceremonia requiriese baston, este suele ser de concha con puño de oro cincelado, y su correspondiente topacio brasileño en el centro.

Es con efecto cosa vistosa un hombre así ataviado, embutido en su pantalon y su frac como en una funda que contrae sus naturales movimientos, respirando esencias y reluciendo á los rayos del sol y á la luz de las bujías cual araña del cristal abrillantado.... El Agente vale entonces tanto por sí como por lo que lleva encima, y algunos suelen estimar en mas el cabestro que el asno, parodiando á la dama del Comendador de Malta.

Cuando el Agente-concejal preside en los espectáculos públicos, es un magistrado tan complaciente, como *amador*, que bien pueden prometerse los espectadores funcion doble ó triple. Apenas grita el patio ¡*Otra*! ya está doblado el cartel en señal de asentimiento.

El Agente por este medio se hace tambien popular y todo entra en la especulacion.

Por último, lector amigo, del mismo modo que nos es imposible fijar el punto de partida del Agente de Bolsa, tocamos igual dificultad para señalar su término. Pasada la primera fuga de los negocios, el Agente, entrado en años y en caudal, asiste á la Bolsa mas como especulador que como persona intermedia. Conserva su carácter oficial como recurso para soste-

ner lo adquirido: sustituye al lijero cabriolé el *escargot* mucho mas cómodo y significativo: edifica una casa de nueva planta acomodada á sus nuevas necesidades, y á las de su familia, porque este es otro rasgo característico del Agente elegante, no acompañar á su mujer ni á sus hijos durante los primeros años de corretaje, y no separarse jamas de ellos, despues que *intrusa* en el ramo de los banqueros.

Ya desde esta época su existencia es patriarcal: vuelve á confundirse, no con el vulgo de donde salió, sino entre los ricos á cuya clase pertenece: es elector, elegible, jurado, gefe en la milicia cuando la hay, y otras muchas cosas que justifican el antiguo adagio español:

«Fortuna te dé Dios, hijo,
Que el saber poco, te basta.»

Terminaremos estas líneas con una nota importante. En el oficio de Agentes hay tambien *intrusos*; pero estos sufren la pasion y muerte de la agencia mientras que los propietarios realizan la promesa de la hermosa y gloriosa resurreccion de la carne para los buenos. El Agente intruso, pária de la Bolsa, se distingue por la pobreza de su traje: los diamantes son para él el ave fénix; los guantes, incómodos zapatos para las manos; un abultado reloj de plata suspendido á un cordon de goma elástica, es todo el lujo á que pueden aspirar estos infelices, á quienes la ley persigue con el mayor rigor, porque buscan pan para sus familias. A veces el Agente intruso es un especulador de buena fé arruinado, que tiene que ocultarse á las pesquisas del hombre que fue el orígen ó la causa de su infortunio; y mientras que con agitado afan se emplea en oscuras y mezquinas negociaciones calificadas de crímen por esa recta justicia que preside á los juicios humanos; mientras que busca para vivir, en un oficio que no da para vivir, su vista encuentra á cada paso con rostros que insultan su miseria, y con personas que pocos dias antes le tendian una mano amiga, y solicitaban sus órdenes con baja adulacion.

El mes pasado, preguntando á un Agente de la Bolsa: —¿Quién es aquel caballero con quien acaba V. de hablar? respondia con una inclinacion; hija de la costumbre: —¡Oh!... ¡ese es el señor don fulano, rico capitalista!...

Y hoy, al dirigirle igual pregunta, responde con desabrido desden:

—¡Ese es un miserable intruso!—

RAMON DE CASTAÑEYRA.

LA PRENDERA.

AL describir el tipo cuyo nombre encabeza este artículo, se me ocurre, lector amable, aunque no seas tal la cortesía siempre sienta bien, se me ocurre digo, que el mundo en que vivimos, que la patria que habitamos, es la verdadera prendería, á la que alhajas unos ¡buenas alhajas! otros, muebles inútiles los mas, fuimos lanzados por la Prendera nuestra madre comun la señora Eva: no otro motivo encuentro yo á primera vista, para que haya sido vinculado en la mujer tan importante oficio ¿qué somos en el mundo sino prendas? ¿qué hacemos sino empeñarnos los unos por los otros y contraer empeños y mas empeños, hasta el instante último en que ya la polilla nos pone fuera de combate? Hacinados como ropa vieja, nos encontramos en esta gran tienda, con mas ó menos salida, segun las prendas morales que nos asisten, influyendo no poco las físicas que nos adornan y consiguiéndolo todo en último resultado, la mejor de las prendas, el dinero. El hombre siendo prenda se empeña por satisfacer sus necesidades, sus gustos, sus caprichos las mas veces; la mujer siendo alhaja, se empeña tambien, por medir cumplidamente su vanidad y su orgullo; el santo lazo de estos dos séres no es mas que un empeño recíproco, tan empeño como el del criado que sirve por la comida que le ofrece el amo, como el del soldado que cambia su sangre por unos cuantos miserables reales. Todo se empeña, todo se vende en esta grande prendería, y ¿cómo no habia de ser así cuando hasta la palabra es prenda; prenda que se empeña, prenda que se vende?

Ahora bien, considera lector, que así como no hay cosa que se parezca menos á la justicia, que la mujer, tampoco hay cosa que se parezca mas á la *Prendera* que la justicia: recorre todos los establecimientos penitenciarios, mansion de esta, y allí encontrarás hombres de todas clases grandes y chicos, ricos y pobres, bien ataviados los unos, en la desnudez y la miseria los otros, y allí, aunque en sitios preferentes los que tienen para pagarlos, que las cárceles en España son como las casas de huéspedes, todas son prendas y fianza de crímenes, á todos los ha colocado allí la justicia, y á todos en fin los va dando salida conveniente, siendo de notar, que no son las cárceles los puntos de donde menos se surte nuestra *heroina*. La justicia, salvo alguno que otro inocente, prende á todo el que es malo; la *Prendera* es raro lo que tiene bueno, salvo alguno que otro ignorante que no sepa lo que vendió; la justicia coloca en sitio privilegiado y da tal vez mejor salida al que tiene para pagarlo; la *Prendera*, pone en primer término las prendas de mas valor y las mima de contínuo y las acaricia con el plumero y las da pronto despacho; aquella trata á baqueta al desgraciado que nada tiene, y en su mansion no encuentra el curioso mas que hambre, miseria y desnudez; esta blande con energía los ásperos orillos para la mayor parte de sus prendas, y el observador solo trapos y basura encuentra á cada instante: una y otra se mantienen con su trabajo; y así como para que haya confesores son necesarios penitentes, para que haya justicia se necesitan criminales, como son indispensables prendas para que subsistan *Prenderas*. No se crean por esto, comparables una y otra con el albañil, que por mantener el oficio, al tapar una gotera elabora media docena; la *Prendera* en todo caso podrá vender una prenda para comprar dos, pero la justicia no creo yo que condene á un criminal para absolver otros dos.

Ahora bien, todas esas prendas materiales que sirven al ser humano como de careta, todas estas prendas físicas que sirven para encubrir otras morales, y que á pesar de lo mucho que revelan, aseguran la paz del mundo con no saber hablar, en lo cual no nos hizo pequeño favor la Providencia, todas esas prendas digo, colocadas en un espacioso, aunque oscuro portal, constituyen una casa de prendas, un paraje destinado para su despacho, una prendería. Allí verás el dorado uniforme que alguna grandeza colgó de sus hombros, para ser grandeza, esperando que otra de nuevo cuño le descuelgue de su escarpia y le dé nueva forma, porque salvando las formas, hasta la vejez se salva. Mas allá encontrarás el traje de luces, que un dia en que no habia cera que luciese vendió la marquesa de C. Por un lado la toga que busca un juez y no le encuentra, porque hay mas jueces que togas; por otro la casaca de un miliciano que fue, y que no tiene inconveniente en pertenecer á un realista, ni en que el tal haya sido miliciano tambien. De una parte verás pendiente la espada de un general que llegó á serlo sin mancharla porque era muy curioso; de otra la rica blonda que la señora de Z. sacó fiada y la empeñó despues; sobre una silla el gorro molde de flan por lo chico, ó remedo de calesa por lo grande, y que de tanto ponerlo su señora lo mandó á vender; allí la capa que oculta con sus pliegues las averías que con-

tiene; mas allá las botas similes de las del mariscal de Sajonia, que es fama criaban chinches por enero; bastones de cañas de Indias ó mejor dicho conteras con puño de caña; sombrillas que prestan sol, paraguas que dan agua; y sombreros, pantalones y chalecos tan andados que ya era tiempo de que lográran descansar. En una mesa yacen los escaparates y en ellos depositadas las alhajas; mirando con cuidadito se ve alguna perla, preciosa por lo sola que se encuentra; relojes que en vez de señalar la hora, esta les ha señalado su fin, pero relojes que sacándoles las tripas, pueden prestar oficios de fiambrera, ó de cazos poniéndoles un mango, ó bien de calderos con atarles una soga: tambien algun puño de baston que con pasmosa quietud mira pasar las modas por ver si le llega la suya; el mingo de algun juego de villar aguardando servicio en la orfandad de sus hermanas la pinta y la blanca; medallas que buscan donde colgarse y relicarios que solicitan cria; retratos con sus marquitos y marquitos que anhelan retratos; cajitas de rapé para los ancianos, colmillitos de jabalí para los niños, con otra porcion de chucherías y bagatelas



La Prendera

que en su lejano y primitivo origen debieron valer dinero. En esta gran tienda, depósito de objetos en buenos y malos usos, se reflejan, mejor dicho, se adivinan los usos y costumbres de nuestros antepasados; en conjunto forman un museo de antigüedades, por partes una variada coleccion de árboles genealógicos; cada prenda es una historia, y lo que en las mejor guardadas, hace remontar nuestra imaginacion al orígen de la economía, en las otras por el contrario oblíganos á descender á las miserias humanas y dános en rostro con el padron de la polilla. Todo junto forma un hermoso cuadro y en él se presenta la lucha abierta en que están continuamente el instinto de conservacion y el de despilfarro. Siendo de advertir que este cuadro se retoca de tiempo en tiempo; que no constituye una prendería solamente lo que á la vista se presenta: hay piezas que esperan vez; otras que se las ve á la pública espectacion en tiempo oportuno, y otras que por ser de lana tienen sus dias privilegiados, que son aquellos en que corre fuerte huracan y salen en tropel á que las pase.

En lontananza de este gran cuadro se encuentra nuestra heroina, mujer que frisa en los cincuenta, pero ágil en extremo, de mirada audaz, aspecto grave, aunque voluble, magra de carnes, gruesa de vestidos y uu si es no es parecida su cabeza á las prendas que posee, es decir, falta de pelo. Desde el instante en que por la mañana barre el portal, y saca de una especie de despensa los trapos de cristianar, se sienta á hacer labor, no sin tener al lado su arma principal, la horquilla con que cuelga y descuelga las prendas queridas de su corazon, para las cuales es á manera de un

memorialista que las busca acomodo. Colocada en aquel centro manantial de recuerdos é ilusiones perdidas, de vez en cuando alza la cabeza, como si oyera las tristes lamentaciones de alguna pieza, y se levanta corriendo, y se dirige á la prenda, y la hace preguntas y se las contesta ella misma, y la muda de sitio y la examina despacio y compendia su historia y busca los lados por donde en un caso puede hacer su mas completa defensa.

No creas, lector, por lo que dejo dicho, que cuanto constituye una prenderia es propiedad de la Prendera, nada de eso : una gran parte, la mayor tal vez, de lo que allí se encuentra son géneros en comision, y todo el estudio, toda la habilidad de nuestra heroina, consiste en saber sacar partido de cuanto prójimo pisa los umbrales de su tienda. Regularmente, el que quiere dar salida á muebles ó ropas que solo en la prendería pueden tener entrada, lo primero que hace es pasar y repasar, mirando de reojo para observar lo que no hay, y preguntar por ello. De esta manera fácilmente se comprende que logra entablar conversacion acerca de los objetos que quiere dar salida. La Prendera, que en cuanto ve á una persona la lee con una sola mirada, dice inmediatamente : —¿qué se le ofrecia á V.?—... No... nada... no hay lo que yo busco (despues de mirarlo todo).—Diga V., que puede que sí. —¡ Milagro será !.. yo queria... — Precisamente en este momento se lo acaban de llevar.—Vea V. ¡qué diablo !.. ¿diga V. tendria inconveniente en tomarme unas ropas que tengo en mi casa? — ¡ Inconveniente! Ninguno. ¿A qué estamos? Si esas prendas son en buen uso... V. ya conoce que yo estoy aquí para ganarme un pedazo de pan.—Pues bueno, se las traeré á V. y verá si le acomodan. — Corriente. Nuestro hombre ó mujer, que para el caso es lo mismo, corre inmediatamente ó no tiene necesidad de correr, sino da la vuelta á la calle y toma las prendas con que otro le estaba esperando : llega á la prendería y en esta ocasion luce nuestra buena mujer todo su ingenio.—Aqui están las prendas. — Veamos.—Una casaca... dos pares de pantalones... un chaleco.—Despacio, amiguito, despacio, que estas cosas han de verse con toda calma... En primer lugar, la casaca está herida de muerte debajo de los sobacos.—Si, pero lo demas está en buen uso.—Si.... ya lo veo.... está bien usado... estos pantalones necesitan cuchillos los dos pares, y el chalequito tiene navidades... Señor mio, yo no puedo en conciencia ofrecerle á V. ni un cuarto por todo ello.—Pero ¡nada ! ¡ nada !..— ¡ Absolutamente nada ! —El caso es, que por no ir cargado, me desharia de ello por cualquier dinero.—Si V. quiere dejarlo alú... es fácil que tenga salida. Quédase el hombre pensativo; y en la seguridad de que si va á otra parte le han de decir lo mismo, contesta : — Pues ya que no tiene V. inconveniente...—Yo ninguno; las prendas nada me comen. — Vea V. de sacar el mejor partido.—Si haré. De este modo va formando la mayor parte de su establecimiento, que cuando notes que llama la atencion de los muchachos, no es por otra cosa sino porque sus padres ó madres los han mandado para que vean si la prenda está colgada : el dia que la Prendera quiere ver ó entenderse con alguna persona asociada indirectamente á su comercio no tiene mas que no colgar la prenda. De seguro que no tardará mucho en presentarse para ver si se ha despachado.

No solo se limita su tráfico á vender usado : un cartelito manuscrito que se encuentra á la puerta, dice que tambien se empeñan ropas, alhajas, créditos contra el Estado, etc., etc., y mas con este nuevo género de trapisonda, que con otra cosa, vive y se mantiene nuestra Prendera. Cuando la llevan una levita ó un frac á empeñar, si ella conoce que aquella prenda puede tener buena salida, lo primero que hace es tronar contra los usureros y procura convencerle de que entre estos y la comision le va á costar el doscientos por ciento, todo con la sana intencion, de hacerle creer que mejor que todo seria que la vendiera. Si el hombre no se da por convencido, como cuando urge el dinero no se repara en nada, entrega su prenda con toda confianza á la Prendera á fin de que se la empeñe: le pregunta, cuánto es lo que quiere, y despues de un rato, si eran, por ejemplo, cinco duros los que la pedia, dice que solo han dado cuatro, de los cuales se cobra el interes del primer mes á razon de dos reales por duro y uno mas de comision y le entrega el resto. El hombre lo da todo por bien empleado, hasta el dia en que intenta sacar del cautiverio la prenda que se *empeñó* en salir de casa. Semejante dia, es lo probable que tarde algunos meses en llegar, y cuando él cree que ha tratado con una mujer de *buenas prendas*, al preguntar por su levita, se encuentra con que no le sabe dar razon de dónde para ¡demasiado que lo sabe! el hombre se desespera, y luego que la Prendera ha conocido el deseo que tiene de lo que es suyo, le pide señas y le da alguna esperanza; sobre todo le pregunta, en cuánto estaba empeñada. A poco rato se presenta, y con tono indiferente le dice: — Pues señor, no parece.— ¡ Cómo que no parece ! replica furioso el interesado.—Yo le diré á V., es verdad que hay una levita de las señas que V. dice, pero está empeñada en ocho duros.— ¡ Cómo ocho duros, cuando no he tomado sino lo correspondiente á razon de cuatro!— Amiguito, carta canta, vea V. el asiento. Y efectivamente constan ocho duros, y ocho dió el usurero, porque ocho le pidió la Prendera comisionada, solo que esta se quedó con los cuatro, y vaya V. á justificarlo, cuando empieza por decir que no se acuerda de tal empeño.—¿Y qué hacemos en este caso? pregunta el buen hombre.— ¡ Qué hemos de hacer ! que si V. quiere la levita tiene que pagar los ocho duros, con mas el interes de tres meses, de los cuatro que ha estado empeñada, que son doce pesetas. De suerte que setenta y ocho reales que tomó, deducidos intereses del primer mes y cuatro reales de comision, le cuestan doscientos ocho reales ó una levita nueva : el infeliz que se encuentra con algunos cuartos saca su levita escarmentando para lo sucesivo con tan severa leccion, y luego que la Prendera ha cogido los cuartos dice exclamando : ¡qué bien que le decia yo á V. ! los usureros son la peor gente del mundo; y ¡gracias á Dios! que la levita ha parecido, que si no yo hubiera tenido que pagarla, porque era la responsable; y de veras ¡ que me arruina ! porque la levita es riquisima; ¡ bien le costaria á V. su par de onzas ! —No siento lo que me costó, sino lo que me cuesta, sale el hombre diciendo por la puerta y con la firme intencion de no volver á pisarla.

Escusado es, lector, que yo te diga que la Prendera alquila, siempre que se la presente ocasion de hacerlo, las ropas suyas y las agenas, y no son por cierto los cómicos los que menos partido sacan de semejantes depósitos de antigüedades. De esta manera pone su capital y el que no es suyo en movimiento, y aunque cualquiera vaya á reclamar la prenda que allí ha dejado y no la ve puesta al público, le dice con la mayor serenidad : «vuelva V. mañana, que la están limpiando,» otras veces contesta «que está de viaje» y estar de viaje llama á las prendas que suele llevar una su dependienta por las calles, para ver si andando tienen mejor salida, y finalmente suelen decir que por malas las tiene recogidas, que vuelvan otro dia, porque ella no deja la tienda sola.

Tambien tiene dias nuestra Prendera en que está de viaje y en que recoge las blondas y mejores alhajas que tiene en su depósito, para que por este medio pueda franquearse la entrada en alguna casa, donde mas que á vender, va á desempeñar comisiones delicadas y de inmensa dificultad. En estos dias no se abre la tienda, no tan solo porque falta en ella el gefe na-

tural, sino porque todo lo que algo vale se lo lleva consigo. A la hora que cree mas adecuada, se hace anunciar en la casa objeto de su comision, como persona que se quiere deshacer de una porcion de riquezas, por un pedazo de pan. Abrenla la puerta: la señora de la casa y su inocente niña, que no lo es tanto que no sepa á lo que mas que á otra cosa va aquella mujer allí: salen presurosas á ver lo que lleva de bueno, y despues de saludarlas con toda finura las dice: —Yo soy una señora, muy desgraciada... mi marido (Q. E. P. D.), era general con mando, y como las cosas están tan malas, mi casa ha venido á menos y me veo en la precision de irme deshaciendo poco á poco de todas mis alhajas: aquí tienen Vds. unos encajes riquísimos, no sé cuántas varas hay..... estas medias están sin hacer al agua, y este collar de perlas finísimas que son de mucho mérito, por ser un regalo que á mi marido le hizo en cierta ocasion la reina de Etruria. La mamá se entretiene con mirar aquellos objetos que excitan su aficion, y entre tanto la niña recibe de manos de la Prendera, el billete que la remite su amante con toda la confianza de que ha de llegar á sus manos. Procura despues pedir mucho á fin de no ajustarse, y de este modo entra una vez y otra en la casa, desempeñando los oficios de cartero y utilizándose no solo por este medio, sino vendiendo tambien al fin y al cabo alguna cosa.

En la casa donde tiene situado su establecimiento, es portera á la vez, y mantiene relaciones muy estrechas con toda la vecindad, hasta que llega un dia de prueba, un dia terrible, un dia en que se alarman las gentes, al ver huérfanas y mustias y en la mas triste soledad las paredes de aquel inmenso portal. Ese dia es aquel en que la Prendera se ha propuesto mudar de oficio; es aquel en que arramplando con lo suyo y con lo ageno, desempeña lo mejorcito en el Monte de Piedad y con lo demas hace en el Rastro un baratillo y alquila una boardilla, donde en union con un par de muchachas rollizas, termina sus dias decorosamente.

JUAN PEREZ CALVO.

EL USURERO.

COMO las necesidades de todos los pueblos organizados sean idénticas casi sin escepcion, y los *modos de vivir* de sus individuos no tan arbitrarios que se cimenten fuera del terreno de estas; pues ya en la opulencia y su desidia se ven precisados á pagar las obras de otros; ya en la pobreza que suspira medianía ó en la medianía que ambiciona grandeza, á desplegar solicitud para recibir medios en cambio de modos, es decir, provecho á vuelta de servicios; y como el espíritu de imitacion haya uniformado mas y mas tan indispensable vaiven entre las diferentes naciones de esta especie de sociedad, no será extraño que al trazar el modelo de los que ejercen cualquiera profesion, oficio ú ocupacion ordinaria de nuestro pais, bosquejemos de paso un ente recibido en el extranjero, y que acaso no le podamos prestar para evitarle ser un cabal retrato, mas que algun traje provincial, que á manera de enclavado trofeo resiste á la volubilidad de los tiempos en medio de esta cambiante trapería, ó tal cual dicho que orgulloso con su celebrada sal española, rehusa deslavazarse en ese baño de estilo que asimila los modos de decir; y aun estas dos pequeñas divisas no caben, por otra parte, en todas nuestras representaciones; así que los escritores que han pintado á sus compatriotas, no se han propuesto precisamente conseguir tipos de nacionalidad esclusiva, sino seguir á aquellos en diversos rumbos de la vida social.

Sentado esto, me determino á presentar el símil del Usurero, tal cual lo arrojan unos apuntes llegados á mis manos á bordo de un gaban ajeno, que en vez del mio me tocó al salir de un baile de Villahermosa (trueque que aun no ha podido deshacerse) y de cuyo contenido no escrupulizo hacer uso, porque á su vez el nuevo dueño de lo que fue mi abrigo habrá explotado de sus bolsillos curiosidades peregrinas para el fuego.

Si la pluma de este escritor se prestó á sus afanes en escudriñar la índole y manejos del logrero, aunque esta industria no nos sea peculiar, la pintura podrá tener de española el haber sido calcada sobre originales de nuestro suelo; porque quien la delineó no tuvo tiempo para ir á correr córtes, tónica circunstancia viajera que echa de menos en sus minutas. En cambio experimentó demasiado á los rabinos de Madrid, y despechado de sus pícaras jugadas procedió á las siguientes descripciones.

I vent no slander, oure no grudge,
Nor of another's conscience judhe;
At him or him I take no aim,
Yet dare agains all vice declaim.
MOORE.

No calumnio ni insulto, ni juzgo de las conciencias ajenas; ni dirijo mis ataques á personas determinadas; pero no tengo reparo en levantar mi voz contra toda clase de vicios.

Dilatada se ha hecho en nuestras miserias la escala de la usura, caprichosos y desemejantes en sus formas los peldaños que la atraviesan, y á pesar de que con las desdichas han crecido las logrerías, no es fácil determinar si los logreros se aumentan en proporcion de los desdichados, ó los desdichados en proporcion de los logreros. Lo cierto es que ya no son contados ni señalados á dedillo estos últimos, porque como el oficio de prestar á logro causa tan poca fatiga, parece que media humanidad se ha propuesto evadir la sentencia del Todopoderoso de ganar el pan con el sudor de su rostro, y se ha dedicado á proporcionar refrescos á la otra media cuando traspira demasiado, para que sude por ella y por sí.

Cuando hablo de media humanidad que se sofoca hasta el mas estertóreo jadeo y se evapora hasta la aniquilacion, no hago referencia precisamente á los proletarios; si estos se arrastran penosamente en su escasez, no se fatigan menos los ricos en sus goces: y cuando observo que hay otra media sociedad que se lucra y descansa, por supuesto que no me refiero genéricamente á los que poseen; aludo tan solo á aquellos que adventicia, facticia ó ficticiamente son tan inmorales, es decir, que nacieron tan exentos de moralidad, perdieron tan absolutamente su moralidad, ó transigen tan por entero con su moralidad, que especulan sobre las miserias y pasiones de sus semejantes: trato espresamente de los Usureros, de aquellos que tienen suficiente dureza de corazon para que ni el aspecto de la desgracia les conmueva ni los ruegos les hablanden; de aquellos que respiran tanta malignidad que ceban al vicio hasta la trampa y reclaman á la pobreza hasta la red; que despliegan tal astucia, que colocados entre los dos extremos sorben los haberes del pudiente y chupan los sudores del infeliz, porque al grande que ha agotado sus fuerzas luchando con la elevada atmósfera en que vive, le prestan auxilio (que á manera de cuerda de reloj se acabará tambien) para que siga hasta derrumbarse de su eminencia, y al pequeño que surca desfallecido en la hondonada, le van adelantando su mísero alimento hasta que se estrella en el primer escollo.

No es fácil averiguar de cuál de estas dos clases saca mas provecho el Usurero; porque si á la primera

merma anticipos mas considerables, á la segunda, como mas dilatada, cercena mayor número de socorros. Merma y cercena, sí, porque presta el valor de una finca con su mitad y el de una copa ó un trebejo con lo mismo, deduciendo un exagerado deterioro.

Tarea difícil es la de investigar de dónde ha salido esta *profesion*, quiénes fueron sus fundadores, á qué circunstancias es debido su orígen y propagacion, casi imposible es fijar historia y abolengos á la mas simulada traza del entendimiento del hombre; sin embargo, he recorrido la historia antigua en busca de datos, y voy á ver si me doy maña para resolver con arreglo á ellos, y en parte al menos, algunas de estas importantes cuestiones.

Al que inventó la moneda se le acusó desapiadadamente de haber privado de paz á la sociedad; y entre los denuestos que se le dirigieron hubo el siguiente exasperado dilema: O has hecho conocer la moneda para comprar con ella los goces, ó la inventaste solo para hacerla desear por su brillo, y que todos nos desprendiésemos de lo que poseemos para apropiárnosla y guardarla: en el primer caso, el que ve una propiedad tan relevante en las piezas de metal, no podrá menos de cobrarles cariño y despues de cambiarlas por sus caprichos, no quedará muy gozoso cuando se iba acostumbrando á lograrlo todo con su influjo, porque la ambicion es interminable y tú la has desarrollado; en el segundo caso, has inventado una cosa inútil, porque la moneda es insípida para alimento, seca para apagar la sed, dura para lecho, fria para abrigo, pesada para adorno, é infecunda para cultivo: es una engañifa que no satisface mas que á los sentidos de la ilusion, al oido y á la vista: ningun fruto sacamos de ella mas que desearla y enemistarnos por su posesion, porque siempre se halla distribuida desigualmente para mantener la envidia; y si los elementos no la devoran, nosotros estamos siempre en acecho para apoderarnos de la del veneno. Despachado el autor del invento, vagaba de poblacion en poblacion, hasta que ciertos hombres que especulan ya en las primeras materias, prestando sencillo para cobrar doble, conocieron la utilidad que la moneda les proporcionaria en sus tratos, y nada les fue mas fácil que hacerla adoptar con el tiempo hasta de los mismos que mas lo repugnaban al principio. Esto sucedia en los primeros siglos del mundo, pues consta que la moneda fue ya conocida en tiempo del patriarca Abraham, el cual pagó en *siclos* varias tierras que compró á algunos reyes sus vecinos: y de aquí puede deducirse la antigüedad de la profesion usuraria, puesto que habia ya Usureros antes de la invencion de la moneda. Despues de estos padres de la usura, los hebreos cuando estuvieron esclavos en Egipto, y luego cuando viajaban por el desierto en busca de la tierra prometida, tuvieron necesidad de someterse á varias ordenanzas acerca del préstamo á interes. Así el primer legislador del mundo se vió ya obligado á ocuparse como de una cosa importantísima, de poner límites á la usura, que iba haciendo rápidos progresos en el pueblo escogido por Dios, y que no sabemos hasta dónde hubiera llegado si Moises no hubiese juzgado oportuno ponerla cortapisas. Los fenicios, que puramente eran comerciantes, que anduvieron siempre á caza de minas y solo querian dinero, podian vanagloriarse de contar entre sus compatriotas á los mas famosos Usureros del universo: los griegos y los cartagineses no les iban en zaga; despues los romanos tuvieron tambien sus padres de la usura, así como tenian sus padres de la patria: y en los tiempos modernos los judíos y genoveses han dejado fama de grandes Usureros.

Los de hoy dia proceden de estas dos últimas escuelas, y de sus circunstancias parece desprenderse el siguiente retrato:

Como son avaros al mismo tiempo, por lo comun hay pocos jóvenes entre ellos, porque la avaricia es dote casi exclusiva de la ancianidad; es una pasion fria, digámoslo así, que no quiere reinar sino despues de haber desalojado á todas las vehementes, es una disposicion de refinado egoismo que detesta los impulsos generosos del alma. Como suspicaces y calculistas, sus ojos son inquietos y escudriñadores, y á fuerza de muda cavilacion y ansiosa vigilia, su boca es por lo regular sumida; su barba saliente y puntiaguda; sus mejillas enjutas y pálidas; su nariz prominente y afilada; sus cejas parece que quieren cumplir sus deseos de encubrir la mirada y se han poblado á fuerza de ceño con el pelo que pierde su cráneo; son un tipo perfecto del avaro; la misma avaricia personificada, la codicia hecha carne, la sordidez en forma humana.

El Usurero, naturalmente desconfiado y receloso, tiene siempre cuidado de exigir recibo del todo por la parte, mientras su víctima toma la parte por el todo. Es tan especial esta precaucion de amalgamar en el *pagaré* el capital y los réditos, que entre las innumerables formas y matices de Usureros nuestros conciudadanos y las variadas cláusulas de tratos en sus operaciones, apenas hay una que exprese el *recargo del préstamo por el entretenimiento*. De este modo de obrar saca varias ventajas el logrero: en primer lugar, parece que ha prestado sin interes; en segundo, aunque este escede al permitido por la ley, no se le puede probar que abusa; en tercero, no necesita devanarse mucho los sesos para atar cabos, que la travesura de algunos de sus agraciados no puede desanudar, y solo tiene que atender al cumplimiento de los plazos.

El haberse reducido á un contexto tan sencillo las obligaciones de facilitacion á logro, es sin duda el motivo de que hayan tomado parte en este ejercicio personas de mucha avaricia y holgazanería, pero de pocos alcances; porque como una de las familias que explotan estos sedentarios chupones es la de los tramposos, prole sutil y de trazas, avezada en evasivas, seria muy expuesta la multiplicidad de bases contra quien lleva ya estudiadas fórmulas capciosas y de doble sentido. Por eso ha llegado á sembrarse en el hebráico bancal de la fructificacion monetaria hasta el mezquino salario de la cocinera; por eso se atreve á dar tantos de delantera el mas soñoliento abacero al mas saltimbanqui petardista; por eso, forrado en grasa y asomando á una elástica encarnada su poco artera facha, se ha resuelto el tocinero astur á invadir la arena en que retarian los fenicios á todo campeon necesitado.

Pero contraigámonos al Usurero propiamente dicho, ó que no conoce otro medio de subsistir que este amaño; á aquel que una vez reunido un capitalito no lo emplea en nada, sino que á manera de los muchachos que en tiempo de nevada forman su primera pella y la hacen rodar sobre el suelo para que vaya robando la masa que le cubre, así ellos sueltan su peculio á girar sobre todo lo que es ó vale dinero á fin de engrosarlo con su aligacion; pero si la turba pueril, deslumbrada con la candidez del esponjoso manto, suele no sospechar un arroyo que este encubre, deja hundir en él su bola y la gastadora corriente la deslíe, no haya miedo que el Ususero caiga en un garlito casual ó preparado; porque estratégico caudillo de un cartucho de medallas, ó táctico capitan de talegos, siempre es avaro, y al acariciar á sus adalides para enviarlos á la conquista, lo primero que les asegura es la retirada: de lo que nunca se fia es de las apariencias, y siempre presta sobre prenda pretoria. Siguiendo las máximas de ciertos monjes luctuosos, aventa al entrar en su carrera todas las relaciones de parentesco ó de cualquier género de intimidad que pudieran precisarle á consideraciones

de confianza al plantear sus tratos: revistiéndose del mas glacial estoicismo, ni los halagos apartan su persecucion si falta el cumplimiento de aquellos, ni los ultrajes del despecho le hacen mella. Parece que no le queda mas que un ramo de sensibilidad, el de la adquisicion: ha dejado brillar sus armas en una campaña, y sus armas han de volver á su pabellon, y han de volver con el calculado botin. Sin embargo, parece asomar alguna muestra de piedad al mústio ceño del luchador genoves, cuando el territorio le grita invadido «treguas, por Dios, descanso: nos quereis exterminar por la cosecha presente, y si nos dais vagar economizaremos la mitad de ella y podremos dárosla con toda la venidera.» Entonces suele acceder, pero nunca sin tomar nuevas posiciones de afianzamiento.

Son infinitas las categorías, especies y variedades de Usureros; pero podemos reducirlas á cuatro principales, á saber: aristocracia, clase media, plebe, é ínfima plebe.

El Usurero aristócrata suele tener excelencia ó señoría; arrastra coche suyo ó alquilado, segun el menor ó mayor grado de avaricia: elige por teatro de sus operaciones las ruinas zozobrantes de su patria; por víctimas, á clases enteras de la sociedad; por fruto, el producto de las fatigas del soldado, de los sudores del labrador, de las vigilias del artesano, de las penurias del arriero, de los riesgos del navegante: son como plantas parásitas, que absorben el jugo del pais sin dejarle utilidad ninguna, y que desde un oscuro rincon se les ha visto elevarse á una altura que asombra, no con gran lujo (el Usurero no hace gastos inútiles) sino con los caudales que se les ven manejar: las desastrosas tormentas civiles son su elemento y con sus ráfagas sulfúricas y sus turbiones infectos, se les ve como á los sapos á las primeras gotas de una tempestad de verano, avivarse del polvo como por encanto, pareciendo que los llueve el desórden y que el estrago hinche sus rugosas pieles.

Despues de estos vienen los Usureros de la clase media y de medianos capitales, que prestan sobre propiedades saneadas. En todo son medianos estos bichos, menos en los intereses que estipulan y en las tendencias de usurpacion que les asisten. Esta clase es la mas numerosa, aunque no todos los que la componen son conocidos de los profanos. Los hay que semejantes á aquellos reyes de que nos hablan las historias antiguas, solo se dejan ver de sus ministros. Estos ministros son, si queremos dar alguna propiedad á una comparacion mas elevada, como los satélites de un planeta opaco que ni quiere brillar, ni estar donde hay luz: si no hemos de pasar de tejas arriba, son la red que tiende esta araña misántropa para no abandonar su rincon hasta que ha prendido mosca en ella; y si hemos de mantenernos sobre el suelo, son practicantes de la profesion, Usureros de menos cuantía, corredores del oficio, corchetes de la ocasion, corre-ve-y-diles de la trampa, *sub-enredatarios* del dolo, avenidas del ardid, anzuelos del logro: finos sabuesos que traen la pieza á la mano y cobran en huesos, piltrafas y desperdicios.

La tercera clase es la que puede titularse plebe: estos especulan en viudas, cesantes, retirados, frailes, empleados activos de corto sueldo, poetas, estudiantes, jugadores y mayorazguillos, ganado menudo que trasquilan al pormenor, si bien en las arcas del logrero entra por mayor el producto del tanto por tanto en alivios sencillos, y el tanto por tanto en los que pasan de aquí.

Los chinos son tenidos comunmente por los hombres mas fáciles de engañar, y hasta el dia no se han distinguido los mas difíciles; pero yo no tengo la menor duda de que son los Usureros, y entre estos los mas *duros de pelar*, como suele decirse, los de la tercera clase. Tan acostumbrados están á tratar con gente de poco pelo, que ocultan cuidadosamente el suyo, hasta el punto de no tener de dónde asirles el enredo mejor dispuesto, ni la intriga mejor combinada: se fingen ranas en materia de pelos. Esta especie de Usureros calvos suele ser conocida en las oficinas del Estado, donde generalmente se introducen en concepto de apoderados de pensionistas, jubilados, etc., y de paso preguntan si tal ó tal sugeto goza este ó el otro destino, si tiene sus pagas desempeñadas, qué atraso le aqueja, con otras noticias que le hagan conocer si el pájaro que tiene entre las uñas puede ser dueño de todas las plumas que visten su cuerpo, y calcular por las probabilidades de cobro el interes que ha de llevar, el cual varía desde un 80 á un 500 por 100. Las lluvias de incesantes cesantías, las ventolinas de traslaciones y el sol ardiente de los arreglos y plantillas, han propagado esta semilla usuraria de un modo prodigioso; y si el desnivel de las cosas en tiempos de borrasca ha hecho trasmigrar fortunillas de poco quicio, todas estas se puede decir que han venido á fomentar el gérmen del Usurero de que hablamos.

Para dar una idea de las maniobras de estos nenes, estractaré el diálogo habido entre uno de ellos y un malaventurado paisano mio jóven poeta de *esperanzas*, que se vió al borde de la *desesperacion*. Algunos amigos que le vieron apuradillo le dijeron que habia un vetusto y enchochecido *guardatarjas*, tan ruin y pobre diablo, que teniendo un peculio considerable, solo aspiraba á no desmembrarlo, y su codicia no se extendia mas allá de un módico censo por el préstamo para sufragar á su mezquina subsistencia, y que en viéndole podria formar idea de lo poco que para esto necesitaba, porque en el sitio y extension que ocupaba su zaquizamí podria conocer lo poco que enriquecia al casero; en la hechura de su ropa, que no habia recibido palabra de sastre en este siglo, y en su apabilada macritud que se mantenia con migajillas. Aconsejáronle al mismo tiempo que no le dejase traslucir su completa carencia, porque decian: «es un vejete tan gallina, y le afectan tanto las angustias del prójimo, que no le queda un soplo de ánimo para socorrerlas: en fin, lleva entendido que su caridad es muy espantadiza, y preséntate antes como protector que como pretendiente.» Propúsoselo así, vistió las mejores galas que se le proporcionaron, y trepó al nido del buho, que no se le abrió, á pesar de su importante apariencia, sino despues de algunas precauciones. Pasó adelante, y reparó la figura de su introductor: todo era indifinible y solapado en él: si se queria averiguar su estatura, era necesario calcular una porcion de curvas que la embebian; si se procuraba inquerir la magnitud de su frente, los escasos mechones que le quedaban en el cogote estaban crecidos y afianzados con un peinecillo para cubrirla; si se trataba de investigar su color, era preciso descargarlo de un paño aceitunado de que su vejetacion á la sombra lo habia cubierto, como las plantas ahiladas de los subterráneos: parecia un recóndito alquimista, pavonado al humo de sus hornillos y crisoles. Mi amigo, al menos, dotado de una imaginacion comparadora se lo figuró así, y no alimentó gran confianza. El se adelantó á preguntarle con tipli-gangosa voz:

—¿En qué puedo servir á V., caballerito?

—Mi amigo D. N. me ha informado de que se halla V. en disposicion de sacarme de un compromiso de dinero.

El avaro, que le tuvo por hombre de suposicion, queria sin embargo aclarar el punto, y le contestó:

—Yo soy un pobre cuya honradez, bendito sea Dios, merece tal confianza á algunos sugetos acomodados, que me encargan disponer de la colocacion de sus fondos.

—Para el caso es igual: V. se veria con ellos....

—Eso sí señor.... Lo decia yo porque ya conocerá V. que debo corresponder por mi parte á un favor, que me está sosteniendo con la economía que V. ve, con todo el escrúpulo que exige de un hombre de bien el agradecimiento.

—Seguramente, es muy justo.

—¿Eh? me alegro que piense V. de ese modo, dijo el supuesto agente con una risita y un acento que parecia cansino silabeo, y no le obligaba abrir mucho la boca.

—¿Y cuándo podré saber la determinacion de Vds.? preguntó el jóven que reparaba en la mirada de su adversario una actividad muy diferente de su acento.

—El caso es que á Vds. nunca les hacen falta pequeñas cantidades.

Entonces sintió mi amigo haber de desmentir su porte aristocrático con la grosera reclamacion de un par de onzas; pero como era hombre de genio florido, adornó su pequeñez con el siguiente follaje:

—¡Qué! no señor; y aun yo nunca hubiera creido verme en la necesidad de buscar dinero; pero confiado en letras que me remiten de casa, he hecho gastos sin consideracion: las esperaba á la vista, y me encuentro con que son á plazo; asi no necesito mas que para pasar hasta su cumplimiento.

El Usurero echó á un lado esta hojarasca, y siguió averiguando suavemente.

—¡Ah! ¿Es corto el empréstito que V. necesita?

—Sí, corto.

—¿Dos ó tres mil reales?

No se sintió el interpelado con fuerzas para responder de lo que llamaba poco el vejete, y algo desconcertado con estas pesquisas en hipótesis, contestó:

—¡Qué! ni aun eso: si las letras vencen dentro de cuatro dias.... un par de onzas.

—Ya.... sí.... bueno.

—Pues.... para no estar sin algo.

—Esos préstamos de pocos dias se hacen al premio de peseta por duro; de modo que si las letras están ya aceptadas, pueden comprometerse al reintegro del préstamo.

—¡Canario con el estantigua agonizante! dijo entre sí el sitiado sitiador.

—¿No le parece á V.?

—No quiero tocar á las letras, porque seria dejarlo conocer á mi familia.

—Es verdad: no habia yo pensado en lo que es la edad de V.; ademas de que el reloj y la cadena serán suficiente garantía....

—Tampoco necesito empeñarlos: tengo unos papeles que valen tanto como esto, por lo menos.

—¿Títulos al portador?

—No: unos escritos de mi propiedad que....

—Pero se necesitará el consentimiento del papá para hipotecar la propiedad que representen esos papeles.

—Si la propiedad está en ellos.

—Bien: serán escrituras de fincas, y es lo que digo.

—No son marmotretos: son opúsculos y composiciones poéticas.

Aquí cambió notablemente el exterior del logrero, aunque en su aire complicado nada se podia descifrar sino el prescindimiento de la hipocresía, porque aquella larva apagada é inactiva habia soltado su hombre luego que no necesitó aprisionarlo en disfraces. Hallóse á pique de rabiar al ver frustradas sus esperanzas: estuvo á punto de morder al considerar que aquello podria ser una chuscada para atormentar su ambicion; y no pudo reprimir una carcajada bastante varonil al pensar que podia caber en caletre humano que él trocara sus onzas por poesías. El cliente, á quien no habia dejado concluir con esta metamórfosis, se apresuró á decirle:

—¡Señor mio! estos escritos valen dinero.

—Yo me alegraré que V. los venda, dijo el anticuario de moneda corriente casi enderezándose.

—Es que ya están admitidos por un librero, y puede contarse con su cobro conforme se vayan publicando.

—Caballerito, yo no puedo imponer en conciencia el dinero de mis poderdantes mas que sobre objetos tangibles: acaso otro que lo maneje en propiedad aprovechará esa nueva riqueza que V. posee: y diciendo esto se puso á enseñarle el oscuro camino de la puerta.

—¿Con que no quiere V. enterarse?...

Si no es sobre las prendas que he dicho á V., nada.

El pretendiente salió sin responder; y él, despues de asegurar su puerta, entró con las manos cruzadas atras, y echó una ojeada temerosa hácia el rincon donde sin duda tenia el repuesto, como si se estremeciera del riesgo que habia corrido de ponerlo en peligrosas relaciones con el humo del Parnaso.

Llegamos por fin á la última clase de Usureros, á los de la ínfima plebe, al inmundo cenagal donde hormiguean los logreros, revueltos con la prostitucion, el latrocínio, la embriaguez y todas las pasiones indignas.

Podrán discurrir los moralistas que si bien toda usura es un robo, no todo robo es usura, y que por tanto pueden apartarse entre sí estos dos hechos; pero en el género de logrería quo voy describiendo, el robo camina generalmente tan unido como la usura, que con dificultad se les distingue. Así el encubridor de ladrones y la guardadora de agenos gustos: el mantenedor del juego, el tahur y el baratero, el estafador, el chalan y el mohatrero, roban y usurean á la vez sin que se sepa si en sus acciones latro-usurarias entra mas daño de hurto que de logro. Roba el tabernero que da el vino al fiado, cobrando despues por mayor cantidad que la que prestó: roba, y en este robo hay algo de usura: usurea el tenderillo que fia el aceite y las velas, percibiendo luego valor de libras por valor de cuarterones: usurea, y en esta usura hay algo de robo. Roba y usurea á un tiempo el prendero que presta sobre objetos que sabe ó presume con fundamento ser robados: roba y usurea el demandadero de las cárceles y presidios que ademas de apropiarse gran parte del dinero que le entregan para compras, abusa todavía de los miserables presos, engañándoles en el precio. El robo, pues, y la usura, si descendemos á sus ínfimos grados, son hermanos carnales, hijos ambos de la corrupcion y del desenfreno. Con el tiempo estos dos hermanos, que al principio caminan unidos, se apartan para conducir á sus prosélitos á sus distintos fines: el uno los lleva al patíbulo, la otra á las riquezas y comodidades, si el logrero sabe aprovecharse de las que agenció.

Hemos visto al Usurero en sus situaciones mas ostensibles, puede añadirse que entre cada una de estas hay innumerables formas, complicadas con otros comercios, que ó son puntos de transicion por donde sube ó se replega cada una de las clases puramente usureras segun sus lances de fortuna; ó apostaderos perennes desde donde aguarda el esquilmador á la necesidad, envuelto en ajenas trazas, ó familias extrañas á la usura; pero que no rehusan darle hospedaje, y acaban por convertirse á ella. Así vemos al sastre, cuyo oficio lo mas que daba de sí á fuerza de sesgos, piezas y contrapelo era un retazo mayor ó menor, que hizo comprar de mas al parroquiano, darle ahora en anticipo tela y hechura, para valerse en una y otra de sus estrecheces, y aumentar en el todo un sobreprecio por intereses de la cantidad suplida.

Este ejemplo puede bastar para considerar la usura mixta en cualquier otro ejercicio no usurario de suyo: y diré en general que en el plantel de la sociedad apenas hay una especie que no produzca algunos de esos vástagos espúreos que la corroen mas que la carcoma; que naciendo ya en guerra con sus semejantes, no aceptan mas trato con ellos que el del interes; y colocados en competencia con los de su ejercicio, tampoco forman gremio con ellos. Puede



El Usurero.

que sea debido á esta diseminacion verdaderamente judáica, el no conocerse á este, no sé si diga oficio, facultad ó profesion, ningun patrono como tienen todas las demas; ó si consistirá en que el logrero es tambien iconoclasta, ó en que ningun santo ha querido aceptar su culto.

Hasta aquí el contenido de las minutas sueltas, que he ordenado acaso del modo menos conveniente. Yo no me atreveré á ponerlas el mas ligero apéndice; celebraré que su dueño no tenga que reclamar contra mí, y que si al lector no le satisface este diseño, despeje esa incógnita (que ahora debe ser incógnito porque gastaba gaban) para dirigirle su censura.

JUAN DE CAPUA.

LOS BUHONEROS.

.......Este diestro Buhonero,
observando sagaz las circunstancias,
sin mostrar que os deslumbra lisonjero,
vuestra eleccion dirige a sus ganancias.

WALTER SCOTT EN EL PIRATA.

MUY lejos está, á decir verdad, de tener la suerte del Buhonero de las islas Orcadas, á quien se refiere el epígrafe, el tipo que me ha venido en ganas escribir. Las aventuras y fechorías del buen viejo Bryce Snailsfoot, que tan mal rato dió á la económica hermana de Triptolemo Yelowley comiéndole su ganso ahumado, han sido hábilmente narradas por el novelista escoces. Las travesuras de los Buhoneros andaluces, dignas de la pluma del autor de Rinconete y Cortadillo, van á ser bosquejadas por la mia, de la que seguramente saldrán muy mal parados; pero sírvame de escusa el deseo de no condenar al olvido los dramáticos lances de su vida aventurera y errante. Yo les diré para su consuelo, aquello de nuestro célebre poeta Quintana:

En mí supla al talento el buen deseo, etc.

Aunque por lo regular los Buhoneros salen de todas las provincias de España, no es de todos ellos en general de los que voy á ocuparme. El Buhonero legítimo es, como los toreros, natural de Andalucía. Los demas valen muy poca cosa, les falta la chispa y gracia picaresca que caracteriza y distingue á los hijos de la tierra de Dios.

No es fácil, al hacer la descripcion del Buhonero dejar pasar en silencio la vida de su digna é inseparable compañera. Por eso, al encabezar este tipo, he usado la voz «Buhoneros» en plural. En efecto, un Buhonero sin su Buhonera adjunta, es una de aquellas cosas, que no se ven jamas. Haria un papel muy desairado entre los demas Buhoneros, el que no tuviese su amiga que le ayudase y compartiese con él los placeres y sinsabores que les acarrea su extraordinario modo de vivir. En una palabra: la union de estos dos seres es tan íntima, como la de la sombra al cuerpo de que es proyectada; á no ser que admitamos la escepcion del famoso marques de Villena, de quien oí muchas veces decir á mi abuela, que habiendo tenido que ajustar ciertas cuentas con el diablo, su íntimo amigo, y resultando un cargo bastante crecido contra él, se evadió, gracias á su ciencia mágica, del compromiso, dejando su sombra como partida de data; y desde aquel apurado lance siempre anduvo sin ella el buen caballero.

Mas entremos en materia, y dejemos reposar en su tumba los huesos del tan nombrado D. Enrique el Hechicero; que si una vez pudo haber librado bien, no siempre le sucedió lo mismo, segun aquella manoseada copla, que tambien se la aprendí á mi abuela, y cuyo sentido apoyado por tan fuerte autoridad, es para mí tan cierto y verdadero como aquello de la sombra, y dice así:

Como al marques de Villena
te vendrá á suceder,
se picó en una redoma
y no le valió el saber.

Es decir, que D. Enrique á pesar de toda su nigrománcia, las pagó todas juntas. No nació él en los tiempos que alcanzamos, que por poco jugador de manos que fuera, no tuviera un fin tan desastrado, y hubiera, como otros muchos que yo conozco, adquirido una reputacion elevada, y aun gloria inmortal y eterna.

Pero ¡válgame Dios! ¿A qué estas digresiones? ¿Es fuerza que para referir las aventuras de los Buhoneros y sus dignas compañeras, haya sido del caso

traer á colacion nada menos que al poderoso conde de Cangas y de Tineo? ¡Ah! Perdona, tú, que desde las costas de Málaga y Granada y las vertientes de la serranía de Ronda, invades el resto todo de España, sin mas auxilio que una canastilla en el izquierdo brazo y en la mano derecha la media vara de medir, pendiente de una cuarta de hiladillo azul; tú que eres la alegría de los pueblos, la bulla y solaz de nuestras ferias; tú, cuya vida está llena de episódios dignos de péñola mejor tajada que la mia; tú, en fin, que posees toda la sal de las mas saladas de los cuatro reinos, perdona, repito, á tu humilde historiador, estas distracciones. ¿Qué suponen en comparacion tuya todos los marqueses y condes del mundo? Ninguno llega al polvo de tus pobres chinelas.

Segun el Diccionario de la lengua castellana, el Buhonero no es otra cosa que el que lleva de venta cosas de buhoneria; entendiéndose para esta la tienda portátil que lleva su dueño sobre los hombros y que se compone de chucherías y baratijas de poca monta, como botones, agujas, cintas, peines, alfileres, etc. Hasta aqui el Diccionario; mas el personage que vamos á describir, ejerce y desempeña otras honradas profesiones. Clasifiquémosle, pues, segun su modo de vivir, y tendremos una idea del papel que hace en la sociedad.

Yo distingo dos clases de Buhoneros; esto es, Buhonero de alicates y taladro, y Buhonero de tijera y vara de medir. El primero es de mas humilde categoría que el segundo, aunque este no es en realidad otra cosa que una consecuencia de aquel.

El Buhonero de alicates, sale con su compañera ó solo (pues la compañera es cosa de fácil adquisicion á los pocos dias) de alguno de los pueblos ó aldeas del antiguo reino de Granada. Una alforja, por lo regular de cuero, colgada al hombro, dentro de la cual, y asomando por la parte superior, se ve el taladro ó berbiquí con su mango en forma de aspa, unos alicates pendientes de un ojal del chaleco por medio de una cadena de alambre, producto de su industria, tales son los útiles, que con media libra de la misma materia, constituyen todo su capital. Su equipaje lo forman un mal calzon de paño burdo, que llega hasta cubrir la mitad de su pierna siempre desnuda, y que lleva el nombre de calzonas ó bombachos, un chaleco corto de tela de algodon, sobre el cual, y cubriendo la cintura, se aplica una faja de estambre fuertemente ceñida, una raida chaquetilla, de primavera, un sombrero de mala muerte chambergo y de copa en forma de cono truncado, y unas alpargatas con cintas de hiladillo, que suben cruzándose las piernas arriba. Tales son, pues, las prendas de su vestuario, que no sé por qué fatalidad, nunca las he visto nuevas en esta gente, sino súcias, rotas y hechas un harapo.

Por su parte la Buhonera, que voluntariamente ha unido su suerte á la de nuestro héroe, se provee de una canastilla de forma redondeada y poco fondo, en el que campean algunas piezas de hiladillo de diversos colores, una caja de lata, que encierra varios papeles de agujas de diferentes tamaños, alguno que otro papel de alfileres, tambien algunos macillos de horquillas ó agujetas para el pelo, y colgando, por la parte exterior de una asa de la cesta, varios hilillos de cuentas de vidrio, iguales en un todo á aquellas, que puestas en el rollizo cuello de Maritornes, se le figuraron finísimas perlas de Oriente al enamorado Manchego, cuando por su mala suerte velaba en el camaranchon de la venta la noche, que para él fue tan aciaga.

Provista, pues, de estos artículos de comercio, la tierna pareja se une á otras muchas de la misma laya, que salen juntas á correr fortuna, y forman un rancho.

Cualquiera que haya leido las descripciones que hacen los viajeros, de los aduares ó campamentos ambulantes de los árabes del desierto, y vea un rancho de Buhoneros, hallará entre aquellos y estos una semejanza extraordinaria. Parece que los Buhoneros con su vida nómada y errante, sus campamentos en despoblado y donde la noche les coge, y sobre todo con los atrevidos rasgos de una fisonomía verdaderamente árabe, son el testimonio eterno de la larga permanencia de aquel pueblo entre nosotros. Figúrese el lector un grupo numeroso de hombres, mujeres y niños de todas edades á medio vestir ó solamente cubiertos de ropas tan súcias, rotas y miserables, que á tiro de ballesta indican la extremada pobreza de sus dueños, acampados unos y otros bajo unas pobres y reducidas barracas; mas allá, y en medio de los aparejos de sus cabalgaduras, campean unas cuantas angarillas, en que habitan pacificamente al-



El Buhonero.

gunas gallinas y asoma su cabeza un tierno infante, al que su corta edad no le permite moverse de aquella cuna de nueva especie. A un lado se ven sus borricos tan flacos y extenuados, que da compasion mirarlos, al otro unos cuantos gosquecillos ladradores y ruidosos, tan faltos de carne como sobrados de apetito, y considere todo esto mezclado y revuelto en una confusion indefinible. Tal es el aspecto que presenta un rancho de Buhoneros. Este modo de vivir, estas costumbres semi-salvajes, parecen demostrar que aun corre por sus venas la sangre de los descendientes de Ismael.

Luego que una caravana de Buhoneros llega á las

inmediaciones de un pueblo, su primera diligencia es buscar acomodo para sí y sus cabalgaduras. En primavera y verano les es fácil encontrar un prado ó rastrojo en que fijar su campamento. Hacen entonces alto, desaparejan sus rucios, clavan en el suelo unas largas estacas, y con mantas, zaleas y otras zarandajas, forman sus barracas ó tiendas de campaña, que les ponen á cubierto de los ardores del sol. Despues, y en tanto que las mas viejas de las mujeres se disponen á preparar la comida, los chicuelos salen como una plaga de langosta, los unos á recorrer las calles del pueblo en demanda de algunas limosnas, y los otros á buscar combustible que van reuniendo al pie de las encargadas en la comida, que sentadas sobre los aparejos de sus caballerías, y teniendo por delante una gran cazuela de barro apoyada sobre tres piedras en forma de trébedes, activan el fuego y mondan algunas patatas.

El Buhonero en tanto requiere sus alforjas, pone en órden los diversos juegos de gatos ó laños de alambre, que dentro encierra; afila su berbiquí con un pedazo de lima groseramente embutido en un mango de madera; reconoce el estado de sus alicates y cargando con todos estos trebejos, hételo ya hecho un gobernador caminando hácia el pueblo fabricando corchetes y cadenillas de alambre. Mas este caballero gobernador no depende del gobierno ni su mision viene de tan alto; no es gobernador eclesiástico, ni militar, ni político. En una palabra, es solo gobernador que gobierna los desgobiernos (1) de nuestras criadas de servicio. Al entrar en el pueblo anuncia su llegada gritando con todas sus fuerzas: ¿Hay alguna tinaja, lebrillo ó cazuela quebrada que componer? ¡Ratoneras de alambre vendo! Si su mala estrella le conduce al sitio donde solazarse suelen los muchachos de la villa, ya le cayó que hacer y Dios le dé paciencia. Al divisarlo suspenden sus juegos, vánsele aproximando y ya inmediatos á él, grita uno con todas sus fuerzas: ¡Guardia! ¡Que viene el señor gobernador! Al punto y como por encanto la turba se forma en fila, y el mas travieso de todos empieza á batir marcha, imitando con la boca el sonido del parche y llevando al mismo tiempo el compas con los puños cerrados. Si el pobre diablo no se arma de sufrimiento y no haciéndose el cargo que aquellos honores le son tributados á causa de su profesion, no tolera con resignacion tan amarga ironía, si se amostaza y hace siquiera la mas insignificante demostracion de acometer, bien seguro puede estar de sufrir todas las consecuencias de un falso testimonio. ¡Al borracho! gritan unos; ¡á la laguna con él! repiten todos; y entonces si no quiere verse en un sério compromiso, no tiene otro recurso ni otra via de salvacion que ponerse en huida con todos los bríos que sus pies le permitan. Las inocentes criaturitas rompen en seguida tras el malhadado Buhonero, arrojándole peladillas como el puño, con la santa intencion de hacerle padecer el martirio de San Estéban, alzando una gritería infernal. Alborótanse con esto los perros del lugar, ladran, acosan al infeliz que huye, y este se da por bien librado si llega á su campamento sin que alguna lágrima de San Pedro le haya visitado las espaldas, ó sin que alguno de los canes haya alcanzado con sus dientes sus desnudas pantorrillas. Mas no siempre el caballero gobernador sale tan mal de sus espediciones; hay dias, y son muchos, en que recorre todo un pueblo sin que le suceda malandanza alguna, gobierna ó gatea cuantos platos, fuentes y lebrillos hay rotos; espende á doce y quince cuartos algunas ratoneras, da salida á algunas docenas de corchetes, hace nuevo empleo de alambre y vuelve á su rancho dispuesto á emprender al dia siguiente la misma tarea.

La Buhonera á su vez no ha estado ociosa, sino que poniendo en órden en su canastillo los artículos todos de su reducido comercio, marcha impávida en busca de la buena suerte, que siempre le es propicia en todas sus especulaciones mercantiles. Unas enaguas de bayeta verde ó amarilla, tan cortas, que apenas alcanzan á cubrir la mitad de su pierna siempre desnuda y nunca limpia; unas zapatillas tan traidas como llevadas y con el talon caido por el uso; un pañuelo de yerbas á la cabeza; y al cuello un manton de los que llaman de pelo de seda, que no es sino de algodon, procedente de Gibraltar, tales son las piezas que con una camisa sucia y llena de remiendos forman todo su equipo. La Buhonera va recorriendo las calles y las plazas preguntando: ¿Hay pellicas de conejo ó de liebre que vender? ¡Veinte alfileres doy por un cuarto! Entonces principia su especulacion, cambia con las mozas de servicio sus alfileres y agujetas por pellicas de liebre y conejo, aquí vende algunas varas de hiladillos, allí cuatro ó seis cuartos de agujas de coser, mas allá alfileres, en la otra parte hilillos de mostacilla, y siempre, alegre y de buen humor va cortando la tierra con aquel aire de contento que da á las personas la satisfaccion de sí propias, y despreciando con el mayor desden los chicoleos y galanterías que le dirigen unos y otros. Hay ocasiones en que vuelve á su rancho con unos réditos tan crecidos que esceden en mucho al valor efectivo del capital. El Buhonero lo observa y nada estraña, antes parece satisfecho del buen éxito de la espedicion de aquel dia. Esto supuesto no me es permitido á mí, mero historiador, meterme en averiguar la causa de tan escesivas ganancias.

Los réditos de los dos capitales, tan hábilmente manejados, son suficientes á mantener la pareja, amen de algun tierno retoño, fruto casi siempre del amor y rara vez del himeneo. Y cuenta que no es esto una paradoja, el himeneo entre los Buhoneros se deja para tiempos mas felices; para cuando despues de haber corrido medio mundo, han adquirido á fuerza de trabajo ó mas bien de industria, un modesto capital, que los coloca en el rango de Buhoneros de tijera. Entonces celebran sus desposorios, siendo muy comun en estos casos el que asistan á la ceremonia dos ó tres muchachos, que por un órden natural debian haber venido al mundo mucho despues de verificada esta.

Ha llegado la noche. El campamento ha recibido en su seno á todos los individuos que lo componen. El Buhonero se ocupa en recoger de los rastrojos cuanta paja puede, á fin de proporcionarse un lecho algo cómodo en que reposen sus fatigados miembros. Mas como durante el dia ha tenido ocasion de observar hácia qué punto están situadas las huertas del lugar, medita un golpe de mano y quiere, antes de entregarse al sueño, ponerlo en ejecucion. Reune á su derredor á los mas jóvenes y osados de sus compañeros, comunícales su plan que halla la mas favorable acogida, y se emprende al momento la marcha. Distribúyese la tropa en dos ó tres grupos y con una estrategia digna de un mariscal del imperio, interin unos llaman la atencion del hortelano y sus perros dando á la huerta un ataque falso, los demas penetran en ella por otro lado y cargan sus morrales, tupiéndolos de cuantas frutas y legumbres pueden haber á las manos. Provistos de estas municiones de boca, por tan legítimos medios adquiridas, vuelven á sus ranchos celebrando su destreza y buena suerte.

El invierno que ejerce igualmente sus rigores sobre todo vicho viviente, es fatal al Buhonero. Paralízanse casi las espediciones, viéndose obligados á hacer largas estancias en donde quiera que les pilla las continuadas lluvias de la estacion. En los pueblos donde no hay posadas de pobres, que regularmente están á car-

(1) Si D. Quijote viviera y pudiera leer esta locucion le pareceria de perlas, como aquella de la razon de la sin razon que a mi razon se hace, etc...

go de un Buhonero retirado y en donde por ocho maravedises por persona se pasa la noche á cubierto de las inclemencias del cielo, tienen que proporcionarse albergue en un pajar ó establo de bueyes abandonado y en estado ruinoso. Allí, colocados alrededor de una fogata compuesta de estiércol y paja podrida que despide una humareda tal, que les hace correr lágrimas como ciruelas, y que bastaria á asfixiar á cualquiera que no fuese Buhonero; allí, pues, confundidos hombres y mujeres con las bestias, los perros y demas alimañas vocean, juran, se desesperan con la lumbre que se apaga á cada momento y en medio de tan infernal algarabía aquello no parece habitacion de séres racionales, aquello es un verdadero Pandemonium.

Mas la vuelta del buen tiempo ha restituido al Buhonero toda su actividad. Al aproximarse la celebracion de una feria, pónense los aduares en movimiento y se trasladan al pueblo donde se ha de verificar. Acampan todos en el rodeo y se preparan á los grandes lances que van á ocurrir. El Buhonero abandona entonces sus alforjas y alicates y armado de una mesilla, una baraja y dos ó tres peones del juego de damas, va buscando por el rodeo los grupos mas numerosos; lánzase en medio de ellos, planta su mesa, hace dos ó tres suertes de azar con tanta probabilidad de ganancia para los espectadores, en particular en el juego llamado de la yesca, muy conocido de algunos, que lo tendrán tan presente en la memoria como en el bolsillo, que persuadidos de que van á hacer una gran jugada, plantan su dinero, y lo ven desaparecer como el humo. Pero llega un momento en que su charla no produce efecto alguno, ya no hay por allí incautos que se dejen seducir, se presenta entonces un desconocido, pone un duro y lo gana, pone otro y lo gana tambien, y de este modo sigue ganando cuanto juega, en términos que muchos en vista de la mala suerte del Buhonero, se deciden á hacer algunas puestas y les sucede lo contrario precisamente que al otro, pues pierden cuanto ponen. Pero ¿quién es el afortunado desconocido que siempre ganaba? ese es lo que entre estas buenas gentes se llama «gancho;» es otro Buhonero que tiene el cargo de estimular á los circunstantes con sus imprevistas ganancias, que despues devuelve religiosamente á su compañero.

Hay ademas otra escena mas grandiosa, mas interesante y arriesgada; pero en la que la utilidad está en razon del peligro que en su ejecucion se corre. Para ello es necesaria la ayuda y cooperacion de los jitanos, con los que de antemano tienen hecha alianza. La operacion, pues, está reducida á dar un espanto; esto es, hacer de modo que cuantas caballerías hay en el rodeo salgan asombradas y tire cada una por la manga del diablo. El modo y forma como esto se ejecuta no nos es dado á los profanos, el saberlo. Al anochecer los Buhoneros y jitanos toman sus mantas sobre el hombro; sálense fuera del rodeo y divididos en grupos ocupan cuantas avenidas, veredas, sendas y caminos á él conducen y esperan con calma el resultado del espanto, que otros compañeros suyos quedan encargados de ejecutar. Verifícase este y salen las bestias en mil direcciones; hay carreras, caidas, gritos y una confusion espantosa. Las jitanas y Buhoneras aprovechan la ocasion y hacen su pacotilla en pañuelos, sombreros, mantas y en todo cuanto puede arrebatarse en medio de aquel caos. Sus dignos compañeros en tanto recogen cuantas caballerías van á caer en sus manos, montan en ellas y en una noche son llevadas á muchas leguas de distancia de donde se cometió el robo, las venden ó cambian por otras y acuden en seguida al punto de reunion convenido antes del suceso.

Durante la feria, y mientras los hombres se ocupan en tan comprometidas operaciones, las mujeres ponen en movimiento todos los resortes de su astucia y travesura. Por do quiera se las ve pregonando los géneros de su escaso comercio; su pequeño capital es vendido y vuelto á emplear en un solo dia multitud de veces, produciendo unos réditos que harian honor al israelita mas avaro. Entre la multitud inmensa que ocupa el rodeo, la Buhonera, va, viene, bulle, se agita y siempre en un movimiento contínuo ve crecer su peculio de un modo asombroso; y cuando viene la noche á cubrir con su manto protector las flaquezas humanas, invade las cantinas y los puestos de buñolitos calientes, se relaciona con los consumidores de lo tinto y espende un género que si no es de ilícito comercio, por lo menos no tengo noticia de que su nombre figure en ninguno de los aranceles vigentes, ni tampoco de que se halle sujeto al pago del subsidio industrial.

Cuando la ejecucion de todas estas fechorías ha tenido un éxito feliz; cuando no han sido interrumpidas por la intervencion inexorable de la justicia (lo cual sucede con harta frecuencia), el aumento de capital, con tantos quebrantos adquirido, pone á nuestra gente en estado de elevar á una esfera algo superior sus especulaciones y sus tratos comerciales. El Buhonero, sin abandonar aun sus alforjas, su berbiquí y alicates, tapadera eterna de todas sus bellaquerías, da mayor extension á los artículos de su venta. Hace sus viajes á Sevilla y otras capitales donde vende en las fábricas de sombreros su acopio de pieles, y el que antes solo empleaba su dinero en alambre comun, hoy lo hace en el que llaman de plata, que merced á su diestro alicate se convierte en primorosos corchetes de á tres reales la caja. En lugar de ratoneras de alambre, cuelga ya de sus hombros neguilleros de lo mismo y jáulas de perdiz. Su vestido, así como el de su adjunta han adquirido mejoras de consideracion; la canastilla de esta última es de mayores dimensiones ó ha cedido su lugar á un cajon de madera muy decente y que se cierra por medio de una tapadera de lo mismo con un curioso candado. Este va relleno de géneros de mayor cuantía, como cuchillos, navajas, tijeras, botones y espejos; fajas, ligas, medias y tirantes: es, pues, una tienda reducida todavía, pero surtida de muchos y variados artículos. En fin, hasta el pollino flaco y miserable, que aunque de ínfimo valor fue adquirido con gran trabajo, es reemplazado por otro jóven y vigoroso. Un año mas de fatigas y expediciones, y se mirará convertido en Buhonero de tijera.

Muy poco hay que decir de nuestros héroes cuando han llegado á ocupar tan ventajosa posicion. Y necesariamente debe suceder así, porque cuando los hombres han podido adquirir un cómodo bienestar y tienen en parte asegurada su subsistencia, son menos sus afanes y disminuyen tambien los esfuerzos que para llegar á este estado han empleado anteriormente. Por esta razon su vida no ofrece ya lances de la naturaleza de los que llevamos referidos, ni está sujeta á los azares y aventuras del que vive en la escasez y miseria. Ya no necesita mi hombre vivir en cuadrilla ni acampar en despoblado: se ha casado con su compañera, y uno y otro han entrado gustosos en el estado normal y pacífico de los demas individuos de la sociedad en general; y sin embargo de que aun pueden considerarse como mercaderes ambulantes, toman vecindad en un pueblo cualquiera, y orgullosos con el nombre de comerciantes pagan, si no con gusto al menos con resignacion, la contribucion mercantil, la de provinciales, la del culto y clero y tantas y tantas como por la gracia de Dios y la Constitucion pagamos los españoles todos. Las alforjas y alicates han desaparecido. En su lugar se ven, la vara de medir y las tijeras; y en vez de llevar su tienda sobre el hombro, la carga sobre un buen caballo que ha comprado á este fin, y en el cual hace

sus expediciones á los pueblos inmediatos al de su residencia, ínterin la esposa queda al frente del establecimiento. En las ferias huye de los rodeos, teatro de sus antiguas glorias, y planta su venta en medio de la plaza ó en la calle mas concurrida, bajo una decente tienda de campaña hecha de los fardos de angeo en que envuelve los géneros. Sin embargo, como al Buhonero no se le olvidan tan fácilmente las malas costumbres de la vida pasada, le gusta mucho hacer de vez en cuando algunas escursiones al reino de Portugal ó á Gibraltar, si le cae mas á mano, en busca de géneros de ilícito comercio, que gracias á su industria los vende entre los permitidos sacándolos una crecida utilidad. La vida peligrosa y comprometida del contrabandista le es sumamente agradable, y aun se cree que adopta este sistema como método higiénico; pues dice él, y dice bien, que el estado pacífico y sedentario de comerciante destruiria muy pronto la salud del que ha llevado siempre una vida agitada y de movimiento.

Tal es, pues, con muy pocas escepciones, el término de la carrera de un Buhonero. La moralidad de sus costumbres parece que está en razon del aumento de su fortuna; y no es extraño ver convertido en ciudadano honrado, pacífico y útil á la sociedad al que fue siempre su enemigo. Su nombre figura en las listas electorales, y estoy viendo el dia en que aparece alguna candidatura en la que se lea: «Don N. Gazul y Alhamar, Buhonero y propietario;» que cosas como estas se ven hoy dia en la patria del Cid. Por último, á su muerte lega á sus hijos un patrimonio regular, que los pone á cubierto de la indigencia, y que les ahorra el trabajo de llevar tan mala vida como la del que les dió el ser.

Hay no obstante, como llevo dicho, algunas escepciones de esta regla general. Algunos Buhoneros, por desgracias inesperadas y que no están al alcance de humana prevision, están condenados á ser toda su vida gobernadores: cuando la vejez con sus achaques viene á interrumpir el curso de sus expediciones, fijan su residencia en un pueblo cualquiera, del que se constituyen gobernadores natos, alquilan en los extremos del mismo una casucha miserable en donde establecen una posada de pobres. Allí reciben á sus antiguos compañeros, que en las largas noches de invierno los distraen contándoles sus aventuras, que parece los rejuvenecen; y el Buhonero en cambio, como hombre experimentado, les da muy buenos consejos. Es el parroquiano mas constante de las tabernas del pueblo; en las resolanas jamas se le hecha de menos con su baraja grasienta jugando al cané y á la treinta y una con otros de su calaña. A su muerte es enterrado de caridad, no hallándose en todo el burdel que habitó un pedazo de tela en que envolver su cuerpo; ni habiendo otros acreedores á sus bienes, si los tuviera, que el casero y la tabernera.

José Muñoz.

LA MARISABIDILLA.

Pues, señor, si al fin ha de ser, manos á la obra y pecho al agua. La cosa no es tan inocente como al principio me parecia; al cabo hay que hablar mal del bello sexo, es decir, de una parte de él, buscar el lado por donde flaquean algunos de sus individuos, y sacarlo á plaza, para que ellos mismos se rian y avergüencen de su ridiculez. Si mal no me acuerdo, esta es la empresa que me han encomendado; y aunque el asunto es ameno, y lleva en sí cierta dósis de moralidad, y admite los preceptos de Aristóteles y Horacio, no me prometo yo los mejores resultados; en primer lugar por mi condicion esencialmente inofensiva, y en segundo per ser muy poco dado á este género travieso en que pudieran lucirse péñolas mejor cortadas. Con todo, no seré yo el primero que da en bufon por querer parecer chistoso; y luego que bueno es probar de todo; y ademas que, donde menos se piensa salta la liebre, y últimamente, nadie diga de esta agua no beberé.

Pues, señor, como iba diciendo, y si no lo iba diciendo, lo digo ahora, hay cosas que no están escritas; y como toda verdad enunciada así absolutamente tiene visos de temeraria y puede hallar quien la contradiga, daré á esa proposicion un sentido mas concreto, y quedo seguro de que nadie me desmienta. Y si no ¿á que es verdad que en los *Españoles pintados por sí mismos* no se ha hablado hasta ahora esclusivamente de la *Marisabidilla*, siendo un *tipo* tan corriente, tan universal, tan vario y entretenido? Esto es tan cierto, que de lo contrario no hubiera yo podido tomarlo por asunto del presente artículo, porque en los *Españoles* no se admiten reproduciones, ni traducciones, ni refundiciones. ¡Loado sea Dios! y ¡ojalá que en otras partes se hiciera ó se hubiese hecho lo mismo, que no nos veriamos ahora tan estraviados de nuestra casa! De que entre los escritores que componen hasta lo presente el largo catálogo de los Españoles, ninguno haya adoptado el susodicho tipo, cualquiera podrá convencerse sin gran trabajo: debo, pues, mostrarles mi reconocimiento porque me han dejado meter el cuezo en esta obra, y de consiguiente ganar, si honra no, por lo menos algun provecho.

El preámbulo, que no ha de llamarse exordio, es de los de *ab ovo*, lo conozco; pero con algo hemos de llenar el papel, y de algun modo entretener el largo camino que tenemos que andar; y á la verdad que bien hubiera podido el señor editor acortar algo sus límites, que bastan y aun sobran para dejar rendido al mas brioso; aunque si bien se considera, el campo es fértil y da de sí para todo cuanto se quiera. Ea, pues: ánimo, lectores, que si de esta salgo bien, ya no hay cosa que me acobarde.

Lo primero que se me ocurre al tratar de la *Marisabidilla* es empezar por el principio, quiero decir, por la etimología de su nombre, procediendo sintéticamente, como diria con mucha oportunidad cualquiera de nuestros antiguos lógicos. Por fortuna el caso no es complicado, ni hay que darse de calabazadas para saber que de *María* y de *sabia*, ha resultado el nombre compuesto, y ademas diminutivo, á que toda esta gerigonza se refiere; pero lo que sí es muy singular que para componer cualquier calificacion aplicable al sexo frágil, se haya de echar mano precisamente del nombre de María, lo cual parece peor cuando se quiere espresar una idea ridícula ó poco análoga á la natural dulzura que aquella voz lleva consigo. Decimos *Maritornes* y *Mariblanca*, *Marirabadilla* y *Marizápalos*, *Marimacho* y *Marimanta*, y nadie ha pensado en inventar aun palabras tan puras y eufónicas (adjetivo de nuevo cuño) como *Maridulce* ó *Marilinda*, *Marisol* ó *Maristela*. La cuestion pudiera enredarse mucho si tratásemos de profundizarla, porque hallaríamos combinada la susodicha expresion con otras muchas que pasan, no sé por qué razon, como primitivas. *Marido*, por ejemplo: ¿quién no conoce su latina alcurnia? ¿Quién no ve la serie de contracciones que desfiguran su verdadero origen en *Mariæ datus*, *Maridatus Maritus*, que es como ha llegado hasta nuestros dias? ¿Luego marido quiere decir *dado á María*, esto es, á una María determinada? Sí, señor, exactamente: ahí está probado hasta la evidencia. *Si non é vero, é ben trovato* dirá alguno.—Pues con el *ben trovato* me basta, amigo mio, que otros ni con esto aciertan, y

andan por esos mundos pavoneándose que es un contento.

Sabido el nombre de la cosa, debemos pasar á definirla; y así la *Marisabidilla* es una mujer, que guiada meramente por sus observaciones, ó formalmente entregada á las tareas del estudio, ha adquirido una instruccion mas ó menos estensa, y se cree con derecho á mezclarse en todas las cuestiones, y á ser oráculo, juez y árbitro en todas ellas. Los antiguos conocieron tambien individualidades de esta especie: Safo, amante de Faon, y Cleopatra, perdicion de Antonio, deberian citarse, á vivir hoy dia, por modelos perfectísimos del tipo que nos ocupa; por otra parte las Circes, las Musas y las Sibilas prueban el respeto y admiracion con que se miraba á las mujeres cultas; y sin embargo ninguna de ellas tendria las pretensiones que las *sabidillas* de nuestros tiempos, pues si alguna osaba, *verbi gratia*, entremeterse en asuntos de Estado, y penetrar por el laberinto de la política, era convertida en ninfa con el nombre de Egeria, por ejemplo, y se propagaba la voz de que era el númen inspirador de un rey, tal como el apacible Numa. Esto quiere decir que antiguamente tenian vedado las mujeres el camino de la política, y que si alguna, por esceso de audacia, venia á caer en él, era considerada como un ser fantástico, medio pez y medio bípedo, como solian serlo las ninfas, habitadoras de las aguas y de las selvas.

En efecto, la *Marisabidilla* de nuestra edad es ente muy superior á la idea que de él puede formarse. Participa de las dos naturalezas, corpórea y espiritual, de la una por sus encantos físicos, que necesariamente ha de tener algunos, aunque sean pretéritos, y de la otra por la brillante luz que ilumina su entendimiento. Con todo, no se parece á los restantes individuos de su especie sino en la forma, que para el caso es nada; en su método de vida, en sus afecciones, ademanes y coloquios, difiere tanto de todos ellos, que parece llovida de las nubes, segun la trasfiguracion que representa. Sus facultades á mas de esto han recibido del Criador un desarrollo verdaderamente prodigioso; si habla, su conversacion es interminable, pues nada puede compararse á la ductibilidad que adquieren sus palabras con la especial estructura de su lengua; si escribe ¿no se semeja su expansion á la incesante y fecunda lluvia de otoño, para valernos de un símil digno de su delicado ingenio?

Hasta aquí vamos considerando el tipo en general y deduciendo su carácter de las propiedades tambien genéricas que en él se advierten; otras muchas omitimos en gracia de la brevedad, y atendiendo á que no es este nuestro verdadero objeto. Dios, que imprimió signos tan varios en todas sus criaturas, no podia menos de establecer diferencias muy marcadas en la raza *Marisabidilla*; el talento humano ha encontrado en ella un género precioso, independiente bajo cierto aspecto del *animal bipes et implume* que se creia Platon; dividiendo este género en especies, resulta un nuevo viviente que ni alcanzó los tiempos de Demócrito y Plinio, ni analizó Buffon, ni describió Cuvier, ni halló jamas nuestro famoso Hernandez en sus investigaciones ultramarinas. Yo no me precio de naturalista, y sin embargo pudiera designar lo menos veinte y cuatro especies enteramente diversas; mas como quiera que tan difusa clasificacion pareceria á muchos sobrado sutil y complicada, me contentaré con aglomerarlas y distribuirlas todas en dos grandes grupos, al modo que tomando por distintivo el color, se efectuaria con la raza humana. Queda, pues, dividido nuestro tipo en otros dos subalternos; primero el de la *Marisabidilla vulgar*; segundo el de la *Marisabidilla culta*.

La *vulgar* nació casi entre la hez del pueblo, de donde su desenfado natural, sus tendencias democráticas, su espíritu escuderil y enérgico. Engendróla un sacristan ó un maestro de escuela, que en muchas partes vienen á ser lo mismo, un alguacil ó muñidor de cofradía, que no se distinguen tampoco en otras; y como gente toda esta aguda y decidora, si bien honrada y cabal, que esto nadie se atreverá á negarlo, de cualquiera de ellos que recibiera el ser nuestra heroina, debia ser un lince en la penetracion, un loro en la expedicion del habla, un momo en el gracejo, y en el espíritu de observacion un Argos. Creció como crecen todas; pero á los pocos años dió ya visibles muestras de su natural despejo; sus padres que observaron tan bellas disposiciones, se propusieron hacer los posibles sacrificios para que la



La Marisabidilla.

muchacha saliese tan aventajada como prometia; enviáronla á la maestra; pero no descubrió la mayor aficion á las labores propias de su sexo. Esto comenzó á afligirlos, mas habiéndola metido en la cartilla y espoleádola en el caton, quedaron asombrados de sus progresos: desde entonces la dedicaron á la lectura, porque la escritura la entraba menos: el *Amigo de los niños*; las *Lecciones escogidas*; los *Ejemplos morales*; el *Fleuri*; todo lo devoró con avidez extraordinaria. Deshojó el *Flos Sanctorum* á fuerza de hojearlo tanto; se engolfó en las sublimes máximas del *Bertoldo*; en la historia de los *Doce Pares*; en las *Tertulias de la Aldea*, y otra infinidad de obras; y quedó en breve tiempo hecha una enciclopedia ambulante de vidas de santos, de aventuras de caballeria, de sucesos

raros, de remedios y secretos mas raros todavía; en una palabra, creyeron sus padres que Dios destinaba aquel portento para la Iglesia.

Lo que era el exterior de su figura la recomendaba poquísimo para el mundo: tenia el cuerpo bajo y rechoncho; la cabeza pequeña tambien, pero sin gracia; las facciones menudas y toscas; el cútis áspero y escamoso; el talle era tan ancho, que al pronto parecia el horizonte de aquella esfera: en fin, la naturaleza no le habia concedido mas perfecciones que las intrínsecas. Por otra parte se cuidaba muy poco del aliño de su persona; y bien fuese presagio de su futura suerte, ó congénito desvío, odiaba el trato con los hombres, y solo apetecia la sociedad de sus iguales y de su sexo. Divertíanla muy poco los juegos de la mocedad, y cuando se juntaba con muchachas de su tiempo, se revestía de autoridad, las mandaba sentarse á su alrededor, y tomando la palabra, referia mil cuentos, historias y especies que tenia almacenadas en su cabeza.

Así vivió hasta la edad nubil. Dicho se está que aspiraba á la palma de las vírgenes, que á ser otra, hubiera podido costarle la del martirio, porque á los veinte años quedó huérfana la desdichada; su padre habia muerto de una picadura venenosa yendo á buscar camisas de culebra; su madre espiró del sentimiento, que no era caso para menos. Recogióla un hermano mayor que habia sido soldado, y á la sazon fiel de fechos del ayuntamiento de su pueblo, y aquí comienza el segundo periodo de la vida de nuestra doncella.

Con cierta táctica de lenguaje, que por acá llamamos lábia, y su contínua presencia en todas partes, iba haciéndose la indispensable en la vecindad, el fuelle de todas las cocinas y el gato de todas las ratoneras. Apenas amanecia Dios tomaba el trote hacia la iglesia, oia la misa de alba, y solia entrar frecuentemente en la sacristía, una vez para advertir al monacillo de que se corria una vela, otra para recordar al sacristan que en la próxima semana habia dos dias de vigilia y era el cumpleaños del ama del señor cura. El afan por saberlo todo la llevaba despues á la plaza, donde averiguaba lo que cada cual comia, los sucesos de la víspera, los planes para el dia siguiente; y de todo daba cuenta, primero en su casa, y despues en todas las de la circunferencia: era una gaceta viva con su parte oficial, sus noticias extranjeras, sus artículos de fondo á veces; periódico gratuito, puntual, inalterable en sus doctrinas, libre de todo temor y restriccion: así es que contaba con infinito número de suscritores.

Llamó Dios á su hermano á mejor vida, cansado sin duda de sus fechorías, y hallándose la pobre huérfana en edad muy buena todavía, tuvo la suerte de entrar á servir á un señor mayor, mayorazgo de aquel pueblo, que habia estudiado latin en sus mocedades con un beneficiado del mismo, y que estaba tan pagado de sus bienes como de su ciencia, no obstante que ni en uno ni en otro concepto tuviese mucho que agradecer á la fortuna. A la sombra de tan respetable autoridad, subió infinitamente de punto el crédito de la doncella; de él aprendió cosas ignoradas hasta entonces; supo como habia habido un pagano llamado *Ciceron*, hombre de gran talento; otro nombrado *Ovidio*, tan dado á las muchachas, que por buena providencia tuvieron que desterrarle. Oyó decir al amo que el gato en latin se decia *felis* y el perro *canis*, y desde aquel dia llamaba *Cádiz* á este y al gato *Félix*. Era cosa de oir las conversaciones que tenia con el buen señor.—¿Sabe V. lo que pienso? le decia, que en tiempos de aquel *Ovillo* de que V. me ha hablado habia mucha delicadeza entre las gentes. ¿Desterrar á un hombre por su aficion á las mujeres? ¡Pues ahí es nada! ¿Y eso hacian los paganos? Pues si ahora que hay tanta cristiandad fueran á hacer lo mismo, se quedaba el pueblo sin mas hombres que V., que es la misma moderacion y la estampa de la virtud.—Esto prueba que si la hermana del fiel de fechos no sabia gramática latina, por lo menos en la parla era un Nebrija. Otras veces iba diciendo por el lugar que el señor cura habia pronunciado una plática digna de Ciceron; que en su casa se disfrutaba de una paz *otoviana*; que el frio iba apretando tanto que al *angelus Dómini* no se podia ya andar por la calle; que á fulano le habian administrado el *óleo*; con otras cosas de este jaez que dejaban atónitos á los jóvenes, pasmados á los viejos, llenas de envidia á las mujeres, y á todos colgados de la lengua que tan admirables sentencias profería.

El tiempo que todo lo precipita, precipitó á nuestra matrona en los cuarenta abriles, hasta cuya época, propiamente hablando, no le conviene el título de *Marisabidilla*, porque entonces es cuando llega al apogeo, digámoslo así, al *non plus ultra* de su erudicion; los avisos de la experiencia, los ejemplos y desengaños del mundo han madurado su juicio completamente, y dado mayor profundidad y extension á sus conocimientos. Hasta ahora ha sido una observadora superficial, un ingenio frívolo, una planta poco menos que inútil en el vasto jardin de la naturaleza; en adelante el árbol dará ya fruto, el ingenio se hará prosélitos, la observacion triunfará de las preocupaciones escritas, que son las mas ridículas y nocivas. Comprende entonces todo el mérito de su destino; enjuga las lágrimas que le habia arrancado la contemplacion de su estéril integridad, y experimenta en todo su ser un cambio tan visible como repentino.

Una feliz coincidencia contribuyó doblemente á esta extraña metamórfosis. Perdió á su buen amo; y cuando iba á verse nuevamente aislada y en la mas congojosa incertidumbre, la favoreció la Providencia disponiendo de los dias del ama del señor cura, cuya elocuencia habia ella comparado mas de una vez á la del orador romano. El párroco quiso pagar sus panegíricos poniéndola al frente de su casa y de su peculio. Item mas: obtuvo á poco tiempo una rectoría en la córte, y resolvió llevar consigo á la novel ama, previo por supuesto su beneplácito. Un sueño le parecia á ella su instalacion en Madrid, mas lo vió realizado al punto como si hubiese sido sueño de avaro. Héla, pues, en otra escena mas espaciosa y bella, y digna de sus afanes. Embocóse en la córte con familiaridad de indígena, nada la sorprendió de un espectáculo que jamas habia visto; todo lo encontró como se lo habia figurado, como si ella lo hubiese dispuesto de aquel modo; los grados que median entre un pueblo de provincia y una córte, quedaron fácilmente reducidos en la escala de su inteligencia.

Al cabo de algunos años el ama del señor rector contrajo infinidad de relaciones con toda clase de gentes. Hízose la favorita de cien tertulias, el alma de las conversaciones, la madrina mas universal de bodas y bateos; pero lo mas singular era que ninguno de estos compromisos le acarreaba desembolso alguno, antes sacaba de todos ellos agasajos y memorias, porque novios y paridas, maridos y suegros habian recibido de ella consejos y ofrecimientos, confianzas y favores, y todos se apresuraban á cederle, no los gastos, sino los honores y presidencia de cualquier fiesta. Preciso es confesar que en esto influia mucho su colosal fortuna; mas tambien tenia que agradecérselo á su talento, y á la maña con que sabia encaminar su brújula al norte de cualquier designio.

La edad no ha podido entorpecer la sutileza de tan raro instinto, sino comunicar á su figura un aire particular que la da á conocer al primer golpe de vista. El cuerpo antes cilíndico y fornido, se prolonga ahora descarnado y largo; el rostro seco y con

mil arrugas, visto de perfil es una media luna perfecta. Los ojos conservan sin embargo su antigua animacion; la voz su sonoridad, aunque mas gangosa y atiplada; sus movimientos son descompasados y frecuentes; cuando anda parece deslizarse: finalmente, va vestida siempre de negro con jubon y basquiña, y al que le habla de modas contesta que como se han inventado para distinguirse, ella con ir de esta suerte se diferencia de todo el mundo. Otras veces añade que los monumentos antiguos tienen en todo tiempo mas valor que los recientes.

No es posible andar por Madrid dos horas sin encontrarla siquiera otras tantas veces. Los cuidados de la casa la ocupan poco, porque nos hemos olvidado de decir que ha perdido á su amo y bienechor, el cual dejándola heredera de cuanto poseia, ha asegurado su bienestar futuro, y ella no tiene que cuidarse mas que de la conservacion de su salud. Una parte de la mañana la consagra á Dios; el resto y la tarde toda á recorrer las casas de sus conocidos, quedándose á comer por lo comun donde la coge la hora, como ella dice; al anochecer vuelve á su casa, y un rato en el cuarto bajo, otro en el principal ó en el segundo, y así sucesivamente, la noche se le va en un soplo. En todas partes presta algun auxilio, en todas alguna advertencia saludable. Da remedio en todos los achaques, solucion á cualquier duda y fin á cualquier conflicto. Tiene medicamentos peregrinos para toda clase de males: libra á los niños de las molestias de la denticion untándoles las encías con sangre de gorriones; cura la quebradura aun á los adultos, degollando un lagarto sobre la parte dolorida; con el huevo de una gallina negra corrige el vicio del estravismo; su mano goza de una virtud especial para dar fricciones; bástale una cruz de retama macho para ahuyentar la erisipela; en suma no hay doctor que pueda competir con ella, ni sistema anatómico llevado á mayor perfeccion que el suyo, ni fisiología mas natural, ni terapéutica mas infalible.

Pues ¿qué diremos de los secretos químicos que posee, de sus maravillosos conocimientos astronómicos, de su erudicion histórica y política, de su admirable criterio, de la interpretacion que da á las máximas morales y religiosas, y de los comentos, versiones y análisis que hace de los pasajes mas oscuros de los santos padres? Sus estupendas doctrinas deben escucharse con el mayor silencio, por temor de no exasperar la biliosa *susceptibilidad* de su carácter; tomaria las objecciones como desprecios, las preguntas como burlas, y como el mayor insulto la observacion mas sencilla que se intentase hacerle. Sin embargo, no por esto se crea que descubre en su semblante ni en sus palabras el menor indicio de esta propension; siempre lleva en los lábios la risa y la afabilidad; su conversacion siempre es chistosa, franca, amena, como de una persona de mundo que vive penetrada de su experiencia, talento y superioridad. Solo un defecto se advierte en ella que oscurece este sinnúmero de perfecciones: cree en hechizos y trasformaciones, en brujas, duendes y demas espíritus malignos; mas esto será quizá efecto de una revelacion intuitiva, ó lo que es mas cierto, del conocimiento, de la conciencia, como ahora se dice, de sí propia; porque seguramente ¿quién al verla podrá dudar de la existencia de tales trasgos?

Hé aquí la *Marisabidilla vulgar*, á cuyo retrato hubiéramos querido trasladar la energía, expresion y gracia que el original conserva: si con el siguiente no somos mas felices, lluevan sobre nosotros censuras y reprobaciones, que bien merecidas las tenemos; pero no, no serán tan inhumanos nuestros lectores; vamos á tomar otro pincel mas delicado, y quizá logremos representar una figura en todos conceptos interesante.

No necesitamos para ello pedir luces al alba, ni pálidos destellos á la luna, ni tintas á las flores, ni á la primavera la copia de sus encantos: nuestra *culta Marisabidilla* los posee todos, y crea otros nuevos y desconocidos con la mágia de su poder irresistible, dado que habita en un mundo fantástico, pero tan bello, que no hay Eliseos, ni Paraiso, ni Eden que se le parezca. En él reune y perpetúa los atributos y tesoros de todas las estaciones: entre los hiélos del invierno contempla á mayo con toda su *pompa vegetativa*; los rayos del sol de estio, pierden para ella su fuerza entre los húmedos vapores de las lluvias del otoño; cubre sus virginales atractivos ora con las pieles del septentrion, ora con las sedas y gasas del mediodia; remóntase unas veces en alas de la tormenta, y otras goza sobre un mullido césped los halagos del céfiro lascivo; tan pronto escucha aterrada el estrépito de un torrente, como sigue complacida el curso de un arroyuelo. Brama el Averno á sus pies, y si por acaso alza los ojos, ve abiertas de par en par las *diamantinas* puertas de los cielos. Allá se lanzaria llevada de su inspiracion y meciéndose en los aires como una silfide, si no hubiese una selva que la codicia por su *Driada*, una fuente que la quiere por su *Náyade*, y un celebérrimo mar que la llama su *Nereida*.

—¡Bravo! ¡bravo! —esclamarán algunos; —eso á lo menos se escucha con agrado. —Pues vean Vds. la variedad de gustos; ya estaba yo arrepentido de pintar á mi *culta* por este lado; mas por Cristo que lo he de dejar así, que si esto agrada, bueno ha de ser por fuerza, digan otros lo que quisieren. Vayan unas pinceladitas por otro estilo, y ruede la bola, que lo que sobra es campo.

Señores, la *Marisabidilla culta* no puede en modo alguno confundirse con la *Marisabidilla vulgar*. Esta lo debe todo á la naturaleza, nada al arte; en aquella, mitad es arte y mitad naturaleza. La *vulgar* comienza á ser cuando deja de existir la *culta*: esta recibe en su juventud una organizacion completa, un perfecto desarrollo; aquella en semejante edad es todavía un embrion informe, grosero é improductivo: en la una es muerte lo que en la otra es vida: el destino ofrece á la primera sepulcro cuando á la segunda cuna. La misma ley preside á sus gerarquías, la misma retropulsion se efectúa en sus relaciones: mientras la una se ahoga en el fango de la degradacion, respira la otra el aura del bienestar; la suerte avara con la una se muestra expléndida con la otra; son respectivamente el ruiseñor y el pelícano de su especie; el efímero insecto que deja de existir cuando es inútil, y la crisálida que en su trasformacion renace á una nueva vida. Si hallais al paso á la una, direis «esta es la hija de la experiencia;» si observais atentamente á la otra conocereis que es el aborto del genio; y por esto la una perece en flor, y la otra prolonga su existencia decrépita y carcomida. Tenemos, pues, un problema que analizar, un problema que resolver; su solucion envuelve una verdad amarga, pero constante; terrible, pero evidente: la muerte en la juventud, la vida en la ancianidad.....

Y esto ¿qué tal? ¿no es brillante? A poco que uno se distraiga, se pierde en el confuso laberinto de tan intrincada filosofía; con todo, no faltará quien diga que ese es el idioma de la razon y el lenguaje del sentimiento. ¡*Tripas de Barrabás y ombligo del papa*! como dice un sabio que yo conozco: si eso es hablar con razon ¿cómo hablarán los que no la tengan?

Ello es que traducido al español vulgar el largo párrafo que antecede, resulta la vulgaridad de decir en cuatro palabras que así como la *Marisabidilla* de que hemos tratado no adquiere esta calificacion hasta los cuarenta y pico, la culta á los veinte abriles puede ser ya un asombro de erudicion y genio. La razon es muy sencilla: iniciada desde muy temprano por

sus padres en estudios poco comunes á su sexo, adquirió la viveza de comprension y el amor á las ocupaciones literarias que han formado la primera necesidad de su existencia. Dada incesantemente á la lectura de autores antiguos y modernos, ha sentido en su interior el gérmen de las mas sublimes concepciones, ha obedecido á la voz del genio que le señalaba el asiento de la inmortalidad, y aspira á ser digna rival de los hombres mas eminentes que brillan en una y otra nacion, así en los pasados, como en el presente siglo. Tendráse esta empresa por demasiado árdua para el espíritu de una mujer, á quien las consideraciones sociales por una parte, y por otra su propia debilidad oponen estorbos multiplicados; mas ella lo ve de diverso modo; sienta por base la emancipacion del bello sexo, y erige un sistema que algunos proscriben como ridículo é irrealizable, y que á su modo de ver daria complemento á la perfeccion de la especie humana. Absorta en estas reflexiones, ve desplegarse ante sus ojos un cuadro inmenso y magnífico; aquí la ciencia con sus eternos principios y sus benéficas aplicaciones; allí el vasto campo de la literatura, donde crecen para no marchitarse nunca los laureles de las artes. Ansiosa por distinguirse en uno ú otro concepto, en el de científica ó literata, investiga cuál de entrambas denominaciones se acomoda mejor á sus conocimientos, inclinaciones y carácter; y despues de un maduro exámen, despues de apreciar en toda su extension las ventajas é inconvenientes que se le ofrecen, forma la heróica resolucion de hacerse *literata*, pulsar la lira de los poetas, y oscurecer la gloria que han conseguido recientemente en su patria talentos privilegiados.

Todo da indicios en ella de la superioridad de su destino; el talle esbelto y agraciado; el andar desembarazado y grave, el rostro de finísima tez, melancólico, pero apacible; las facciones ni por estremo hermosas, ni tan faltas de perfeccion que desdigan del conjunto de su belleza. La armonía de su voz parece sobrenatural; la influencia y esmero de sus palabras muestra bien claramente el afan empleado en cultivar su espíritu. Su elegancia en el vestir no siempre obedece al capricho tiránico de la moda, sino que por lo comun se anticipa á ella, ostentando ya en la forma, ya en el adorno y accesorios de sus trajes cierta novedad, que prueba cuando menos su delicado gusto. Finalmente no es posible verla, contemplarla, sin experimentar la turbacion que inspiran generalmente los atractivos de la hermosura; es de aquellas mujeres cuyo aspecto acalora la fantasía, conmueve el corazon, suscita deseos que pocos aciertan á reprimir, y trae involuntariamente á la memoria estos afectuosos versos, imitacion feliz de otros no menos afortunados:

¡Dichoso aquel que junto á ti suspira,
que el dulce néctar de tu risa bebe,
que á demandarte compasion se atreve
y blandamente palpitar te mira!

La antítesis de que nos hemos valido para expresar la diversidad que se advierte entre una y otra *Marisabidilla* puede tambien hacerse extensiva á su método de vida y ocupaciones, pues al paso que en la *vulgar* es todo actividad y husmo y correteo, la *culta* vive en el mayor reposo, y se cuida muy poco de los demas, y permanece la mayor parte del tiempo encerrada en su retiro. Escusado es añadir que trae la vida mas atareada que puede darse; mas no por esto se crea que está incesantemente tirando de la hebra, ó hilando el copo, ó creciendo y menguando en la calceta; semejantes ocupaciones son indignas de su clase y mas indignas aun de su educacion y de sus hábitos. Tiene ciertas horas destinadas á la lectura, que por lo comun son las de la mañana, en que perturbada la imaginacion con los vapores del sueño, no acertaria á encontrar un plan, un concepto, una imágen correspondiente á la sublimidad de cierta composicion que la trae confusa y enajenada.

Su biblioteca no es muy numerosa; pero sí selecta. En ella figuran en primer término, bellamente encuadernadas, las novelas de *Jorge Sand*, á quien la participacion de sexo le hace mirar, y no es extraño, con cierta especie de idolatría. Siguen despues *Eugenio Sue, Balzac, Paul de Kock, Walter Scott, Alejandro Dumas*, las obras de *Victor Hugo*, las de *Lamartine*, algunas de *Chateaubriand*, las de *Lord Biron* traducidas al frances, y otras varias de autores de por allá, unos modernos y otros contemporáneos; nada de *Corneille* ni de *Racine*, ni de *Molière*, ni de *la Harpe*, y mucho menos de *Boileau*, *Delille* y demas poetas líricos á quienes solo ha dado fama, segun dice ella, la época en que vivieron. El insulso *Fenelon* acabó cuando niña con su paciencia *Masillon*, *Marmontel*, *Bourdaloue*, *Saint-Pierre, Barthelemy*, *Pascal* la *Bruyere*, y todos los demas prosistas llamados clásicos en otro tiempo, de poco sirven hoy dia, porque ni sienten lo que escriben, ni saben escribir para la generacion presente. De *Rousseau*, solo conserva la *Julia*, y de *Voltaire* las composiciones dramáticas: al lado de las piezas de *Scribe* tiene los tremebundos dramas de *Bouchardy*, los de Casimiro *Delavigne*, el *Fausto* de *Goethe*, y el *Don Cárlos* de *Schiller*, en frances con otras producciones sueltas que están dando allí testimonio de su buen criterio. En punto á nuestras obras es algo mas tolerante, pues no solo ha conseguido reunir cuantas han dado á luz en la postrera década nuestros poetas líricos y dramáticos, sino que guarda con estimacion el *Quijote* y las *novelas de Cervantes*, una preciosa coleccion del *teatro antiguo*, y la de *poesías selectas* publicada por *Quintana*. La delicadeza de su gusto no le permite transigir con la mayor parte de los escritores antiguos en quienes no reconoce títulos suficientes para los aplausos que se les prodigan. De *Quevedo*, por ejemplo, dice que brillaria mucho mas si no fuese tan vulgar y desaliñado, y no hubiese dado en el necio empeño de escribir casi siempre chocarrerías; los historiadores españoles carecen de genio y filosofía; los publicistas son pedantes, los escritores sagrados hipócritas y misioneros, esceptuando únicamente á *Santa Teresa*, sin duda, aquí para entre nosotros, por lo que tenia de comun con Eva.

Con semejantes recursos fácil es comprender á qué género de trabajos se dedica principalmente. No pretende, segun queda ya insinuado, como la *marquesa de Chatelet*, comentar á Leibinitz y Newton, ú ocuparse en escribir instituciones físicas; ni como *madama de Stael* examinar profundamente el estado de cultura de la Alemania; ni aspira como nuestra célebre compatriota *María Isidora Guzman y la Cerda*, hija de los condes de Oñate, á la borla de doctora en filosofía ni al honor de académica de la Historia, ni como *Ana le Fevre* se propone traducir é ilustrar á Floro, Terencio y Homero; su ambicion halla caminos mas espeditos, y sus ilusiones se concentran en el brillante foco de la poesía, pero apartándose de los escollos que ofrece la escuela antigua, desechando sus rancias formas, y adoptando las modernas, como mas varias y armoniosas, é intérpretes mas veraces de la filosofía y el pensamiento. No se busque pues en el índice de cantos con que bajo el significativo nombre de *Impresiones de la Aurora* va á llamar la atencion del público, ninguna oda pindárica, ni elegías, ni sátiras intermitentes, que así las llama ella aludiendo á los tercetos en que solian escribirse, ni epístolas ó composiciones didácticas sobre materia alguna, y mucho menos fragmentos épicos, escenas trágicas, églogas, epígramas y las demas especies de moldes á que acomodaban los antiguos la libre inspiracion del genio. ¿Qué título pues da á sus produc-

ciones? Ninguno; pues al lector le importa un bledo que tal ó cual produccion se denomine como quiera; bástale, y le sobra, saber el argumento de que va á tratarse en ella; y si esto se hace con toda la novedad posible, hablándole siempre al alma, dando á la diccion cierto sabor mágico é inusitado; y variándole á menudo los metros para que no llegue á sentir fastidio, la composicion de seguro será excelente, y la poetisa alcanzará una fama universal y eterna. Hé aquí el principio de una de sus poesías que lleva por título, epígrafe, cabeza ó como se llame, estas palabras: ¡*Pobre Sofía*! y siguen despues estas quintillas:

I.

¡Pobre Sofia, que ves
arraigada tu ilusion
junto á ese mudo cipres,
del que tus brazos y pies
sustento y defensa son!

II.

Llora, infeliz, sin consuelo,
pues que así lo quiere el cielo;
llora tu acerbo quebranto,
yo te acompaño en tu llanto,
y tomo parte en tu duelo.

III.

Cuando gozosa reias
conmigo en edad temprana,
tormento tal no sentias,
ni discrepancia temias
entre el ayer y el mañana.

IV.

¡Oh! ¡maldicion es el mundo!
¡Nuestra existencia maldita!
¡La muerte nos precipita
en el abismo profundo
que solo la nada habita!

En esta postrera quintilla ha apurado nuestra poetisa toda la energía de su corazon y todos los resortes armónicos de su oido. Veámosla remontarse con estro mas sublime, y admiremos la maestría con que describe una mañana tormentosa:

I.

El cielo es un caos de tétricas nubes;
la tierra se cubre de negro crespon.....
¿Será que de nuevo rebeldes querúbes
su cetro disputen al Dios de Sion?

Ya el rayo se fragua; relámpago ardiente
desciende hasta el suelo con presto fulgor.
El trueno retumba..... ¡Piedad, Dios clemente!
¿Mis voces no escuchas? ¡Clemencia, Señor!

II.

Ya las aves
que perecen
no me ofrecen
su cantar.
¡Solo el trueno
parecido
al bramido
de la mar!
Ni del mundo
blanca aurora
la faz dora
con su luz.
Sobre el monte
triste ostenta
la tormenta
su capuz.
De sus galas
despojado
queda el prado.
—¡Vedme aquí!
Todo es luto
y amargura.
¡No hay ventura
para mí!

Despues de este sentido lamento consagra unas diez y seis octavas al restablecimiento de la calma y á las reconvenciones que dirige al Ser Supremo, que es cosa de erizarse los cabellos por la valentía de su lenguaje en que seguramente sobrepuja al ánimo mas varonil. Luego traslada en redondillas los cánticos que entonan en el cielo los serafines; pide perdon á Dios en una cuarteta de versos pareados, y se despide de la creacion en un asombroso soneto, sin cola por supuesto, que esto de los sonetos caudatos fue una misérrima invencion de la pobre Italia; ademas de que bien mirado, toda su composicion es cola.

Por las muestras que anteceden podrá colegir el lector cuánto no debe esperarse de quien con tanta destreza sabe pulsar la cítara de Safo. No es de las *hembrilatinas* á quienes dedicó Quevedo su *Culta Latiniparla*, puesto que no usa de *palabras murciélagas* ni *razonamientos lechuzas*, como aquello de *sonar catarro luciente* por despabilar, *supinidades* por ignorancias, etc.; su lenguaje lleva el sello de la discrecion; no hay mas que decir sino que lo hace frances cuanto le es posible, y sabido es que nada malo puede venir de aquel predilecto clima. Por esto y para mostrar su esquisita erudicion, suele decir á veces cuando habla *de buena hora, soy toda de V. tirar la cortina, vivir en Sardanápalo*, endormecerse, hacer vergüenza, y otras cosas que si escritas pudieran parecer afectadas, en la conversacion suponen un grande ingenio y son otros tantos destellos de la antorcha que la ilumina.

Con todo, á pesar de sus aventajadas dotes y de la gloria que le prometen cuantos tienen la dicha de tratarla, no se sacia ya su ambicion con tan frívolos aplausos; necesita otra esfera mas elevada y anchurosa para desplegar el vuelo. Los recientes lauros merecidos en la escena española por una de sus mas invencibles émulas con quien (de paso sea dicho) quisieran poder compararse muchos hombres, han turbado su sosiego, y dádole á entender cuánto dista todavía del verdadero punto adonde sus miras hubieran debido encaminarse desde luego; aspira al noble coturno; y bullen ya en su mente infinidad de asuntos de la revolucion francesa, todos á cual mas dramáticos, espantosos y sangrientos todos. Dejémosla disponer su accion y desarrollarla con el tino que sabrá hacerlo, y aventuremos algunas conjeturas respecto á su futura suerte; para terminar deseando le sea próspera y duradera.

Con una organizacion tan delicada como la suya, en que el predominio nervioso ejerce los efectos mas destructores, ya exponiéndola á vértigos y convulsiones, ya á paroxismos poco menos que mortales (y es de advertir que solo estos accesos ocasionan la interrupcion de sus tareas); con saber no mas que padece muy á menudo de síncopes é hipocondrías, debe suponerse dotada, y realmente es así, de una sensibilidad eléctrica. Por regla general, no hay mujer cuando habla de sí, que no se compare á la sensitiva; de aquí proviene indudablemente que todas, casi sin escepcion, viven enamoradas, cuál de un sugeto real y palpable, cuál de un Adónis presunto que se ha creado en su fantasía. Unicamente la *Marisabidilla vulgar* no está sujeta como hemos visto á semejantes debilidades; en la *culta* sucede lo contrario, si bien se inclina al segundo estremo, es decir, *al idealismo*: aquel cerebro henchido de imágenes grandiosas y

acostumbrado á embellecer todos los objetos de la naturaleza, halla en el hombre un ser muy imperfecto para hacerle dueño de su albedrío. Tiene adoradores sin cuento, es verdad, y á todos admite, y á ninguno desaira, prerogativa del mérito, que es de suyo indulgente y bondadoso; mas no otorga preferencias, ni prodiga jamas favores, ni cede á la seduccion, ni se ablanda á la porfía. ¡Ay de aquel que la elija por su númen y queme una vez incienso en el ara de sus rigores! Si algo tiene que espiar en esta vida, á purgatorio bien cruel le ha condenado su triste suerte, porque ni tendrá fuerzas para proseguir su empresa, ni alientos para retroceder, ni paciencia para tolerar su angustia. En vano apelará á los ruegos, y mas en vano á las amenazas; el desvío será infructuoso é inútiles las promesas y las mercedes: en una palabra su castigo será el de Tántalo en los infiernos.

Los años producen al cabo una mudanza notable en la vida y carácter de nuestra heroina. La perpetua tension, por decirlo así, en que están sus facultades intelectuales comienza á fatigarla, y acaba por último con su constancia. Vuelve entonces sus ojos al mundo, se para á reflexionar delante de un espejo, y observa el estrago que con la edad, y con las vigilias principalmente, han experimentado sus facciones. Por primera vez se le ocurre la idea terrible de su aislamiento y desamparo, y aunque con repugnancia, tartamudea el nombre de esposa, que poco á poco va dejando en sus oidos cadencia mas agradable. Seis meses despues pronuncia un solemne juramento que para siempre la liga á un hombre; y no pensamos indagar hasta qué punto se le hace este vínculo llevadero, y hasta qué grado irreflexiva su promesa, porque entonces se ha emancipado ya de nuestra jurisdiccion dejando de ser *Marisabidilla*, y renunciando á todo lo que en otro tiempo formaba sus esperanzas y delicias. Los cuidados de madre la han hecho en efecto desistir de sus pretensiones de literata y poetisa; y si alguno encuentra poca exactitud en este último rasgo, y presume por aquello de *quien malas mañas há* que el fin de nuestra *culta* es mas amargo, sepa que no tratamos de corregir á petulantes incorregibles, ni creemos que convendria tan trágico desenlace á un espectáculo enteramento cómico y risible, como el que sin chispa de habilidad nos hemos atrevido á presentarle.

CAYETANO ROSELL.

LA SEÑORA MAYOR.

Así como son cinco los dedos de la mano, y cinco los sentidos del cuerpo, y son cinco los principales colores de la luz, y cinco los pétalos de la flor en general, y cinco los mandamientos en las leyes de caballería del vulgo (capítulo *bofeton*), y cinco las partes del mundo, cinco son tambien las edades de la mas bella flor de la creacion á quien el Eterno puso el nombre de *mujer*. Son estas cinco edades, la de *niña*, la de *jóven*, la de *jamona*, la de *Señora Mayor* y la de *anciana*: todas igualmente dignas de la consideracion y respeto del hombre, aunque el nombre con que se designa á una de ellas, la de *jamona*, no parezca inspirado por el mas delicado sentimiento de belleza. —¡Respeto, pues, á la niña que conservando puro el precioso aroma de la virginidad y de la inocencia, pasa por entre las rosas ajadas y marchitas de este infestado valle de la vida como un naciente boton, cerrado para los mortíferos soplos de las pasiones, con el oido lleno aun de célicas armonías, con la vista fija aun en las vaporosas visiones do allá arriba! ¡Respeto á la jóven, casada ó doncella, fiel y afectuosa compañera de nuestra peregrinacion, embellecedora de nuestra existencia, ser que encierra bajo la mas delicada, blanda y hermosa forma, el alma mas fuerte y enérgica para el sufrimiento, cuyo inesplicable y generoso corazon es un precioso vaso que ademas de la propia pena deposita en sí con placer toda la pena del hombre, y donde nunca la hiel de la amargura rebosa para marchitar las dichas ajenas! ¡Respeto á la *jamona*, fresca ó templada, gorda ú obesa, que en esa especie de edad imperfecta, que sin pertenecer á la hermosa juventud frisa con la edad agridulce de la Señora Mayor, sufre con resignacion, si soltera la soledad enojosa, y si casada la compañía aun mas enojosa del ingrato que desprecia amor! ¡Respeto á la *Señora Mayor*, que empolla el huevo de la felicidad en la ceniza de las ya extinguidas pasiones, y que sin curarse del mundo y sus vanidades, guiada por la filosofía práctica de su experiencia de las cosas humanas, posee la ciencia inestimable de andar por el mundo sin lastimarse con sus espinas, y de conciliar el propio interes y bienestar con el interes y bienestar general, intereses que están siempre en pugna en todas las demas edades de la vida! ¡Respeto pues á la *Señora Mayor*! ¡Respeto, oh lectores, á la estóica portera de la antesala de la vejez!

¿Quereis ahora saber cómo es esta antesala? Voy á describiros las variadas, y á veces risueñas escenas, donde la Señora Mayor aparece y campea. —¿Quereis conocer el carácter, cualidades, usos, costumbres é inclinaciones de la mujer que ocupa el diutel divisorio entre el caliente y dorado mediodia de la vida, y las frias sombras de la tumba? Pues yo os conduciré donde podais observar su modo de vivir, en diversas condiciones de la sociedad; dejaos guiar y venid conmigo.

Atravesamos las ruidosas calles del centro de Madrid, dejamos á la espalda las bulliciosas moradas de los banqueros, comerciantes, bolsistas empresarios, libreros, etc., etc., y nos dirigimos hácia uno de los barrios extraviados, pero tranquilos, donde en las horas medias del dia apenas se percibe mas ruido que el de unos cuantos coches, ó de alguno que otro carro que pasa lentamente cargado de escombros ó de materiales para alguna obra, y al caer la noche no se oye otra voz que la del robusto maruso espendedor de *apio y escarola*, cuyo canto *spianato* hace á veces durar la última nota tenida desde una á otra esquina. — Hay allí una pequeña é irregular plazuela, malísimamente empedrada, con sus altos y bajos, y sus gastadas aceras donde se dan frecuentes resbalones, y sus arroyitos muy torcidos por donde se precipita furiosamente el agua cuando cae algun chaparron de verano: y en dicha plazuela se eleva una casa grande, de sencilla y sólida construccion, pero de prosáico y cuartelesco aspecto, á cuya puerta suele haber constantemente un coche parado, y en cuyo portal suele constantemente estar durmiendo un hombre con chaleco encarnado y chaqueta gris. NADIE PASE SIN HABLAR AL PORTERO, dice la mugrienta fachada de la portería al uso antiguo: los que al uso moderno entran sin preguntar por nadie nunca consiguen subir hasta el cuarto principal, porque el irritado cancerbero saliendo de su casilla empieza á dar voces: «¡eh, eh! ¡caballero! ¡caballero!» y preguntándoles «¿dónde va Vd.?» siempre les da por respuesta: «*no está en casa*» para devolverles el desprecio recibido. — A los que preguntan suele contestar *está* ó *no está*, segun su antojo, unas veces medio gruñendo, otras medio roncando, otras sonriendo con amabilidad, pero siempre tumbado y con los ojos á medio abrir, con toda la dignidad tradicional del oficio. En rigor desempeña muy mal su cometido, pero dura en la casa desde tiempo inmemorial, y

durará hasta el fallecimiento de la persona á quien actualmente hace que sirve; la cual está acostumbrada á despedir cien veces á un criado sin poderle echar nunca.

Tú y yo, lector apreciable, no necesitamos permiso de nadie para penetrar hasta lo mas recóndito de esa casa. Burlamos invisibles la vigilancia del portero dormilon, subimos sin ruido la escalera, no nos dignamos siquiera llamar á la puerta del cuarto principal, pasamos por ella aunque cerrada, nos deslizamos rozando las narices del lacayo y portero de estrado que yacen medio tumbados en los bancos verdes del recibimiento, cruzamos antesalas pintadas de azul, de amarillo con franjas, de encarnado con pabellones, atravesamos un espacioso *estrado* (vulgo *sala*), lujosamente amueblado en tiempo de Cárlos IV, con su grande y pesada araña de cristal, sus sofás y sillones de raso anaranjado, jarrones chinescos en los cuatro ángulos, consolas y veladores de caoba con adornos dorados, ámplias cortinas de damasco, alfombra elaborada en la real fábrica de tapices de Madrid, espejos con marco á la griega, y en las paredes, revestidas de tafetan lila y rosado, varios retratos de ministros, almirantes y togados, con sus correspondientes alas de pichon, ejecutados con aquel estilo caudoroso y bonachon que distingue á nuestros pintores de la pasada centuria, y cuyos caractéres infalibles son la plasta amarillenta y lisa de los claros, y el tono chocolate de las sombras; y llegamos por fin *inapercibidos*, al tranquilo y cómodo gabinete de la marquesa viuda de V*** legítima dueña y habitadora de la referida casa, noble *Señora Mayor*, respetable y digna como casi todas las señoras de su edad pertenecientes á la aristocracia española. Este gabinete ha sido el mudo y fiel testigo de mil interesantes escenas, cómicas y ridículas las unas, dramáticas y aun eminentemente trágicas las otras, algunas puramente pintorescas, varias de ellas de suma importancia política... ahora por lo general puramente religiosas ó domésticas. Cuando el difunto marques de V*** era mozo y habitaba la casa paterna, antes de su enlace con la actual *Señora Mayor* que era entónces una de las lindas criaturas de la córte, todos sus trapicheos amorosos tenian por teatro dicho gabinete; construido por su padre, hombre de severísimas costumbres, bajo la inmediata vigilancia de un preceptor clérigo, que era al mismo tiempo el capellan de la familia; el campo de batalla de sus devaneos juveniles habia de ser forzosamente cualquiera pieza de la casa; y como aquel gabinete era la mas favorable de todas por su contigüidad al oratorio, en cuya sacristía habia una escalera secreta que guiaba á una estrecha callejuela á espaldas del edificio, casi todas las citas clandestinas que por medio de su ayuda de cámara ó la planchadora llegaba á concertar el jóven marques, se verificaban, segun la calidad de la persona citada, ó bien en la susodicha escalerilla, ó bien en la sacristía del oratorio, ó ya por fin dentro del mismo gabinete, que en las horas de siesta hacian completamente independiente y seguro la lejanía del apartamento paterno, y el sueño profundo del inexorable capellan que tenia su cuarto allí cercano.—Era de unos veinte años de edad el jóven primogénito, cuando la caritativa prevision del arquitecto que construyó el edificio le proporcionó el enamorarse locamente, desde un ventanillo de la despensa, de la preciosa criatura arriba mencionada, hija única de un noble matrimonio que, sin ser inmensamente poderoso, habitaba con holgura y comodidades el cuarto principal de la casa vecina. Fernanda, tal es el nombre de la actual marquesa viuda, aunque educada con grande esmero y recogimiento, y de carácter naturalmente tímido en todos los acontecimientos comunes de la vida, sabia en algunas ocasiones escepcionales armarse de valor y resolucion cuando animaba su alma algun efecto verdaderamente poderoso. Largo tiempo pasaron el presunto marques y la hermosa Fernanda comunicándose por el ventanillo, haciendo *telégrafos*, como hoy vulgarmente decimos, y cambiándose palabras pronunciadas á media voz, miradas y besos fervientes encomendados al viento, entre las prosáicas y rancias emanaciones de la cecina y los perniles: hasta que por fin, á propuesta del cautivo mozo, tomó ella la heróica resolucion de que vamos á dar cuenta. Por las indicaciones hechas, ya habrá colegido el lector la forma del misterioso gabinete cuya historia narramos: hay en él cuatro puertas, una es la del espacioso estrado que dejamos descrito: en frente de esta hay otra grande que es la del oratorio, y suele estar siempre abierta por las repetidas visitas que á este piadoso lugar hace al cabo del dia la Señora Mayor de la casa. Las otras dos puertas son: la del cuarto del jóven marques, y la del aposento del clérigo preceptor. Este buen señor acostumbraba á guardar bajo su almohada la llave de la escalerilla de de la sacristía, que reconocia al jóven marques por su habitual detentador: y como aquella costumbre, por el mero hecho de serlo, habia perdido la índole maliciosa y suspicaz que la introdujo, ya nunca se curaba el capellan, al recogerse para dormir su siesta, de verificar si existia ó no bajo su cabezal aquel precioso instrumento de los amores del alumno. —El dia, pues, de nuestra historia, tenia el mozo en su bolsillo la codiciada llave, y á la hora de la siesta no le fue preciso poner á prueba el sueño de su maestro, á quien juzgaba en su aposento profundamente dormido.—Desde el comedor fuése alegremente á su cuarto, permaneció en él un rato con los brazos cruzados hasta que le pareció estar ya recogida toda la gente de la casa, y en seguida se largó á la despensa desde cuyo ventanillo arrojó á Fernanda la llave. Volvió al gabinete, y pocos minutos despues estaba en sus brazos la hermosa doncella... Era dia de gran festividad, y al anochecer se celebraba reserva en el oratorio. — La plática de los dos jóvenes fue de tanto interes que, sin saber cómo, se vieron de repente sorprendidos por las sombras: y cuando quiso Fernanda volverse á su casa, se hallaron al capellan arrodillado en medio del oratorio, por lo cual no pudo salir, y no le quedó á la pobre doncella mas arbitrio que esconderse en el cuarto de su amante. Era que la marquesa madre habia hecho dejar la siesta al capellan para confesarse de unos escrúpulos que se le ocurrieron durante el dia, y despues de retirarse la penitente se habia quedado el cura á echar su siesta dentro del confesonario, lo que verificó en paz y tranquilidad mientras los dos enamorados estaban entretenidos en su coloquio.—Siendo la hora ya avanzada, se disponia el capellan á pasar á la sacristía para celebrar la reserva, cuando Fernanda tuvo que retroceder al cuarto del jóven; por fortuna llegaba á este tiempo al oratorio, presuroso y afanado, vestido con su sotana y sobrepelliz, y llevando en la mano una alcuza para atizar la lámpara, el muchacho que servia de monaguillo, y llegándose á él por detras el intrépido marques, asióle por un brazo, le tapó con una mano la boca, y haciéndole seña de que no chistara le despojó en un santi-amen de sus hábitos, y despues de mandarle que se volviera por donde habia venido entróse en su cuarto con los despojos del estupefacto monaguillo. — De allí á poco volvió á salir conduciendo de la mano á un hermoso jovencito revestido con la misma sotana y sobrepelliz, cuyos ademanes de timidez y vergüenza apenas bastaban á ocultar las sombras del crepúsculo. — Díjole el marques algunas palabras al oido al entrar en el oratorio, con lo que tomando la alcuza se dirigió resueltamente á la sacristía. Entre tanto el marques le dijo al capellan al oido: «Teneis hoy un acólito nuevo:

procurad vestiros como podais, porque como poco ducho en el oficio ha de serviros mal.

Celebróse la reserva, á que asistieron con devocion todos los criados de la casa, si bien no dejó de chocar algun tanto el encogimiento y torpeza del coadjutor; pero todo se le podia disimular por la gracia y lindeza de su semblante, y por el aspecto femenil que le daba su luciente cabellera negra caida por igual en torno del cuello, como era costumbre entre las mas elegantes jóvenes de la época; y si bien la marquesa madre no habia siquiera reparado en él por la devota y constante inclinacion de su cabeza en la casa del Señor, no faltaba entre su servidumbre quien deseára que el monaguillo perteneciese en realidad al sexo que para sus adentros sospechaba, aunque fuese á costa de la profanacion que todos sin saberlo veian consumar. Y así se cumplió en efecto: el monaguillo propietario al verse tan bruscamente desposeido de su empleo acudió llorando y moqueando al viejo marques, y le refirió el hecho. El marques fingió no saber la cosa, y como realmente no sabia que el supuesto monaguillo fuese una doncella, fuése á la sacristía al concluir la reserva, y no hallando ya en ella al usurpador, volvió lleno de cólera en busca de su hijo, mandando al mismo tiempo á dos criados que descubriesen el escondrijo del intruso monaguillo. Estaba el irritado marques en el gabinete reprendiendo al mozo delante de la marquesa y afeando su proceder, cuando los dos criados entraron conduciendo á su presencia á la pobre Fernanda, á quien habian encontrado bajando de puntillas la escalera secreta de la sacristía, y que ahora sollozando y colorada como una grana les suplicaba en vano que la dejasen en libertad. Al verla el jóven en aquel estado arrojóse á los pies de su padre, movimiento que imitó en seguida la doncella, y mientras el viejo marques permanecia de pie confuso sin saber la causa de tantos extremos, oia con asombro que su hijo, á quien reputaba loco rematado, imploraba su paternal perdon y le pedia á voces la mano del monaguillo, diciendo: «¡Concedédmela, que sin ella no puedo vivir!» La marquesa, igualmente admirada, juzgaba tambien que el mancebo habia perdido el seso y no acertaba á articular una palabra sola de estupefaccion: Fernanda cubierta con su sotana de bayeta y su sobrepelliz, con la cabeza junto al suelo, hubiera podido muy bien pasar por un adulto del género masculino; de manera que si el digno primogénito no hubiera tenido á bien dar algunas explicaciones, no habia razon para que cesase en mucho tiempo la confusion de sus padres. No causó aquella revelacion pequeño escándalo: hubo consternacion general en la familia, la marquesa madre ofreció muchas novenas al Santísimo, por la profanacion acontecida, el padre capellan hizo una larga plática sobre el pecado del escándalo, é insistió en la necesidad de una expiacion temporal, proponiendo despues al viejo marques la penitencia que debian en su opinion hacer los dos jóvenes, la cual para la desgraciada Fernanda era nada menos que retirarse *voluntariamente* á un monasterio. El se encargaba de hacer sabedores de aquel grave caso á los padres de la doncella y de arrancarles con su natural persuasiva el *expontáneo* consentimiento. Fernanda estaba aterrada y no sabia mostrar oposicion alguna. Afortunadamente la marquesa era una de esas *Señoras Mayores* que por su carácter racional, benigno y compasivo, no solo se hacen respetar de las familias que tienen la dicha de verlas á su cabeza sino que ademas parecen durar en el mundo para ser la providencia visible de los jóvenes, y para terminar felizmente con su eficaz y santa mediacion las contiendas domésticas siempre religiosas y de maligna naturaleza.—Veamos lo que hizo aquella prudente Señora.

Mientras el capellan escandalizado se retiraba á su aposento, haciéndose cruces al ver á su discípulo sacar de su cuarto, anonadado y contrito, unas ropas de mujer, que era el verdadero traje de Fernanda; la marquesa madre, compadecida del abatimiento de la jóven, que cubriéndose el rostro con ambas manos sollozaba amargamente en un lado del mismo sofá donde ella estaba sentada, acercándose á ella cariñosamente empezó á consolarla, y por último, poniéndola sus vestidos, la prometió acompañarla á casa de sus padres, á quienes ella misma daria tales escusas por su ausencia, que no habria lugar á la menor reconvencion. Antes de acompañar á Fernanda, exigió de su esposo el marques la aprobacion y el consentimiento de todo cuanto ella hiciera para conducir á buen término tan delicado asunto, é hizo prometer al capellan que no se valdria de su autoridad para contrastar en lo mas mínimo sus proyectos: el ascendiente que sobre ambos ejercia por su talento y virtudes, hizo que así el marques como el preceptor manifestáran poca repugnancia en retirar su intervencion de aquel negocio, con lo cual quedó la *Señora Mayor* como único árbitro por parte de la familia.—A pesar del tacto y habilidad que la marquesa desplegó en su entrevista con los padres de Fernanda, la severidad con que estos recibieron á su hija, y las terribles miradas que el padre dirigió á la doncella, daban perfectamente á conocer que las piadosas invenciones alegadas por la respetable Señora Mayor como disculpa de la pasada fuga, no habian sido suficientes para destruir los cargos que á Fernanda amenazaban. Repitióles la marquesa varias veces que ella misma habia ido en su busca, que se habia tomado aquella libertad por no salir sola, y que ella misma habia exigido de Fernanda que no interrumpiese la siesta en que ellos estaban cuando fué por ella. Pero ¿cómo habia de ser posible justificar su conducta? El padre de Fernanda afectó un convencimiento que no tenia, y así que se retiró la marquesa, variando de tono y de semblante, asió del brazo violentamente á su hija, prorumpiendo en espantosas amenazas, se encerró con ella en su despacho donde la sujetó al mas minucioso y severo interrogatorio. Mientras esto pasaba con Fernanda, previendo la marquesa la tormenta que amagaba, solicitó de su esposo un largo coloquio, y retirada con él en el gabinete le expuso la necesidad de casar á su hijo con la doncella.—Aquella proposicion, hecha por otra persona, hubiera sido recibida con una explosion de cólera por parte del marques; pero hecha y sostenida por la marquesa, por la respetable dama cuya alta dignidad no habia rebajado jamas un punto el mas leve olvido, la mas insignificante falta, fue orígen de una larga meditacion, y de discusiones, precipitadas y acaloradas en un principio, pero despues razonadas y calmosas, que dieron por resultado la conformidad del marques y la victoria completa, aunque sin triunfo ni cacareo, de la virtuosa Señora Mayor. Cuando esta acabó de exponer las razones que le dictaba esa rara penetracion que es, por decirlo así, el sexto sentido del cuerpo y la cuarta potencia del alma para la mujer; cuando cesó de hacer las consideraciones que su conocimiento del mundo le sujería, el viejo marques, reconciliado ya con la idea de llamar hija suya á una simple *señorita* de la córte, nacida de un mero *don* y de una *doña*, se disponia á ir en busca de su hijo para interrogarle sobre la pasada escena; pero al levantarse de su sillon, entró atropelladamente en el oratorio, viniendo por la escalerilla de la sacristía que habia quedado abierta, dando grandes voces, con los ojos encendidos, y con una espada en la mano, el padre de Fernanda, y precitándose furioso dentro del gabinete fué á parar al frente del marques, que sorprendido de aquel inesperado ataque solo tuvo accion para sujetarle por ambos brazos. Pero el irritado padre se resistió amenazándole, y sacudiéndose de él con violencia gritó que queria lavar con sangre la

afrenta que en su honor le acababa de hacer su familia; el marques entonces tomó su baston, y se preparaba á descargar un furioso golpe sobre el agresor, cuando interponiéndose la marquesa los rechazó á ambos con dignidad y energía.—«Retiraos, dijo á su esposo, y vos, caballero, escuchadme si no quereis que por delirante é insensato os mande atar por mis criados.»

Quedaron solos en el gabinete el ofendido padre y la marquesa: el lenguaje que esta emplearia para amansar la furia de aquel hombre impetuoso solo es capaz de reproducirlo un ser de su mismo sexo, colocado en sus mismas circunstancias. Dificilmente se encontrarán en los discursos de los mas célebres oradores antiguos y modernos, rasgos de dialéctica mas sublimes que los que en diversas ocasiones han salido de los lábios de algunas damas españolas: apenas podrán citarse artes y recursos retóricos que igualen en poder á las naturales artes que en algunos momentos sabe emplear la mujer. Pero lo mas admirable de este ser, es la luz de verdad con que aparece iluminado en las mas solemnes circunstancias de la vida sea cual fuere su siglo; pues mientras hemos visto á los hombres obedecer ciegamente á las mas absurdas preocupaciones, ha habido mujeres que guiadas solo por los nobles instintos de su corazon, en una edad en que ya la imperiosa voz de la pasion ha enmudecido, han procedido en sus acciones como esclarecidas por la mas pura y avanzada filosofía. Mas de una hora duró la dolorosa escena en



La Señora Mayor.

que por persuasion de la marquesa devoró dentro del pecho su resentimiento el desgraciado padre de Fernanda: al cabo de este tiempo ¡cuán trocados se mostraron los afectos en ambos interlocutores! A los convulsos movimientos del irritado caballero habia sucedido una especie de postracion penosa: su rostro, antes encendido, estaba cubierto de una mortal palidez, y de sus ojos, que antes parecian arrojar llamas, corrian dos gruesas lágrimas. La marquesa, si bien conservaba la misma dignidad que al principio, pronunciaba las palabras de consuelo que á aquel dirigia con honda amargura, y parecía decir solo con el tono de su voz: «aun mas destrozada que vos tengo yo el alma.» Finalmente, convinieron ambos en que el enlace de los dos jóvenes era el mejor medio de reparar la ofensa.

Pocos dias despues se celebró, con toda la pompa y suntuosidad del caso, la boda de Fernanda con el primogénito.

Fernanda, la actual marquesa viuda de V*** recuerda ahora con complacencia mezclada de grave melancolía aquel antiguo suceso que decidió de su

suerte futura, y aunque la relacion de él le sugiere las mas juiciosas reflexiones sobre la ligereza y atolondramiento de la primera juventud, nunca deja de dar gracias al cielo por la buena fortuna que le deparó, destinándola á un hombre que era, segun ella, el modelo de los esposos. Repasa ahora con dulzura todas las memorias de aquella noble dama que fue mas su segunda madre que su suegra; en cuyo elevado y dignísimo carácter hallaban, la familia ejemplos; los estraños, prendas que admirar; los afligidos, consuelo; los enemistados, una mediacion honrosa; los desmedidos, un saludable freno; y amparo todos los menesterosos. La actual Señora Mayor ha sabido seguir las huellas de la antigua, y no brilla por cierto con menores virtudes que aquella. Es compasiva con los amigos desgraciados, porque lo fueron con ella en su juventud: su carácter es conciliador y generoso, porque tiene muy presente el inestimable valor de estas prendas desde que por mediacion de una Señora Mayor se vió libre, con dos familias enteras, de una catástrofe espantosa...

El misterioso gabinete, cuya historia acabamos de narrar, es ahora el pacífico teatro de otros enredos y combinaciones de muy diversa índole de los referidos. Los inocentes embrollos que en él se traman suelen dirigirse ahora al piadoso objeto de la beneficencia: la actual Señora Mayor sabe sacar partido de aquella escena de una manera verdaderamente admirable. Del mismo modo que pone en juego las cuatro puertas de su gabinete para preparar sorpresas y poner algunas veces en compromiso á los mas altos funcionarios públicos, haciendo como por ensalmo aparecer á su presencia á los pretendientes necesitados, así maneja con las artes de su natural elocuencia los ánimos de los personajes influyentes que la visitan, cuando se trata de dar cerca del gobierno un golpe de diplomacia en beneficio de alguna clase desatendida por el Estado, como los ex-claustrados, las pobres religiosas de Madrid, etc.—Su celo por el bien no tiene límites, y su posicion es la mas ventajosa para realizar los planes filantrópicos que discurre. La Señora Mayor se halla por su edad al abrigo de las hablillas de la gente ociosa; á ella le es lícito visitar á los ministros, ir sola donde quiera, tener largos coloquios con los jóvenes, servirse de estos á su antojo (aunque ellos se presten de mala gana y forzados por la galantería que á la mujer en toda edad es debida), y por último valerse con toda libertad de las armas del ingenio sin tener que guardar miramientos en sus luchas oratorias. La marquesa viuda de V*** se distingue principalmente por su carácter dulce y su genial franqueza: su trato es siempre igual, su humor siempre agradable con toda clase de personas. A su casa suelen acudir diariamente un respetable capellan de monjas, antiguo jesuita, cuya instructiva conversacion es uno de los principales recreos de la marquesa viuda: la vetusta baronesa de D*** que se pasa con ella las horas enteras hablando de novenas, cuarenta horas, predicadores y etiqueta palaciega: su sobrina la condesita de R*** que es informanta de la *Sociedad de socorros de relig'osas*, y que suele darle cuenta de los progresos de la asociacion, de los donativos hechos á la Jun'a, de los auxilios recientemente distribuidos, de las labores que se disponen para la próxima rifa, de las inocentes intriguillas que se preparan para la nueva eleccion de oficios de presidenta, secretarias, procuradoras, etc., y del producto de las últimas cuestaciones, concluyendo siempre con un párrafo animado sobre los progresos de la caridad pública y de la reaccion religiosa en que se trasluce el entusiasmo de la poca edad: y ademas algunas otras gentes, como el médico, una doncella antigua de la casa que cobró ley á la señora, un marino veterano que se marea en las sociedades numerosas, un *dómine* protegido de la marquesa, que la recita de vez en cuando exámetros latinos que ella sufre con heróica paciencia, etc., etc. Entre estas visitas diarias, la misa, un poco de lectura, algun solitario paseo en coche cerrado, alguna visita ministerial ó conventual, y el tresillo obligado, en el cual la acompañan el marino, la baronesa vetusta, y una cuarta persona amovible pero de edad madura, pasa insensiblemente un dia y otro dia nuestra Señora Mayor, siempre respetada y querida, siempre tranquila, siempre incólume y libre de los amargos contingentes que pueden á uno arrastrarle á figurar como principal actor en las deshechas borrascas del mundo.

La Señora Mayor en la clase media de nuestra sociedad ofrece en sus usos, costumbres é inclinaciones, varias particularidades que no son comunes á la Señora Mayor aristocrática; pero todos son muy fáciles de notar, por cuanto su vida suele ser mas escéntrica y exterior. Esta, por ejemplo, aunque dotada de un carácter apacible y bondadoso como aquella, es por lo general mas amante de su independencia y de su comodidad. Estos dos sentimientos se hallan desarrollados en ella hasta la exaltacion, y son los que determinan las principales diferencias entre las dos clases de *Señora Mayor*. La aristócrata es comunmente recogida y devota: la de la clase media es despreocupada y amante de la sociedad: la primera pasa el dia entero en su casa, la segunda no falta en ninguna concurrencia pública, y si es en la estacion de los calores, ella es la primera asistente á los paseos matutinos del Prado, el Jardin Botánico y el Retiro. Posee en grado sublime el arte de argüir, y se complace en chafar desapiadadamente á todo mozalvete petulante: inclínase por lo general á la bella literatura, y compone para su recreo comedias y novelitas de costumbres, que se leen con aplauso en las reuniones nocturnas de su casa. Es caritativa sin sacrificarse, por lo cual no suele admitir cargos en ninguna sociedad filantrópica, y se contenta con el honor de ser simple vocal.—La tranquilidad de ánimo que disfruta, el buen régimen higiénico que observa, su amor propio satisfecho, y su amor á la macerina de chocolate cuotidianamente logrado, dan á su físico el desarrollo y crecimiento que notarás, oh lector amigo, en el retrato grabado que á mi artículo acompaña. Contémplala de vuelta de una de sus matinales escursiones.

PEDRO DE MADRAZO.

EL COVACHUELISTA.

En una época, como dicen, de transicion; cuando se realiza en nuestra sociedad un cambio, no solo de instituciones políticas, sino, lo que es consiguiente, de ciertas costumbres y hasta de ciertos caractéres mas ó menos enlazados con aquellas, es preciso, para que sea completo el cuadro que me propongo bosquejar, para que el retrato sea exactamente parecido, que tenga dos partes ó dos términos, ó que se refiera á dos épocas, aunque próximas, bien diversas, representándonos dos figuras, aunque algo semejantes en el fondo, bastante diferentes en los accidentes y accesorios. Esto es general en cuanto se refiere á nuestras costumbres políticas, no ya por la razon que acabamos de apuntar, sino tambien por el influjo poderoso de la moda, de esta tirana, que estiende su dominio á las opiniones, á las costumbres, á los caractéres y á todo. Por eso no hay ya nadie que no conozca que nuestros usos y costumbres políticas, que nuestros caractéres en esta misma esfera varian y degeneran de un modo pasmoso. ¿En qué se parece un togado de nuestros dias, magistrado de veinte y cinco años, á uno de aquellos graves pelucones que compo-

nian nuestras chancillerías y el Consejo de Castilla? ¿Dónde se encuentran ya aquellos contadores capaces de poner reparos á cuentas ajustadas por el mismísimo demonio? ¿Dónde aquellos archiveros, que despues de haber tenido la singular vocacion de pasar cuarenta años entre el polvo y la monotonía de su oficina, impávidos desde su silla daban razon circunstanciada hasta del apunte mas insignificante de aquella inmensidad de papeles?

Muchos caractéres han variado hasta tal punto, que han perdido el sello de originalidad que los distinguia, sin haber adquirido otro nuevo; porque el tiempo no ha permitido todavía que lo reciban de las ideas y hábitos especiales de cada profesion ó clase: han ido á perderse en el vasto mar de las costumbres generales de donde aparecerán un dia con su traje particular y propio. Otros, aunque bien pocos, conservan algo de lo antiguo combinado con algo de lo moderno, formando una mezcla, que aunque en sí sea singular y extraña, no por eso deja de ofrecer al observador las señales marcadas de su primitivo orígen, que por una parte el tiempo ha borrado ú oscurecido algun tanto, y que por otra están cubiertas con el barniz que le han dado las opiniones y otras circunstancias de la época revuelta que hemos alcanzado.

En este número entra nuestro *Covachuelista*, y por eso para darlo á conocer tendremos que describir, aunque ligeramente, lo que ha sido y lo que es; ó como hoy se escribe, su pasado y su presente: aquel fue su siglo de oro, en que todo era vida y dulzura; este es siglo de hierro, en que á todas horas amenaza, aunque no se sepa cuándo ni por dónde ha de venir, una cesantía sin sueldo, y en que solo se recibe una gran leccion moral, que consiste en conocer las vicisitudes de la fortuna y la vanidad de las cosas humanas. Estas dos épocas corresponden á las dos partes de que constará nuestro retrato; en cada una de ellas se representará el mismo sugeto bajo diversa forma, quedando siempre unos mismos el fondo y la sustancia, y las cualidades esenciales que lo constituyen.

Es tan marcada la diferencia que dos épocas que se tocan han producido en un mismo carácter, que hasta el nombre ha variado; ya no se llama *Covachuelista; ó covachuelo* (esta última voz era demasiado vulgar y aun baja, y se usaba como invectiva de las manolas), sino oficial de secretaría ó del ministerio. Si algun crítico me censurase de no dar á mi artículo un título oficial y bastante genérico para abrazar ambas partes, le diré, que debo darlos á conocer bajo el mismo nombre con que el público los conocia, y con el cual los distinguia de cualquier otro oficial de cualquiera secretaría; que con este nombre adquirieron celebridad y eran la envidia de todos los pretendientes y empleados; y que la denominacion de *Covachuelista*, aunque parezca que ya no es de esta época, expresa y expresará siempre á un oficial de secretaría por excelencia, en su época de mayor boga y popularidad.

¿Quién podrá alzar una punta del velo que oculta los orígenes de las cosas en la mas remota antigüedad? Valiéndonos, á falta de datos auténticos, de conjeturas, diremos que deben ser contemporáneos de los expedientes, es decir, de la invencion del papel y de la tinta. En buen hora que los príncipes y los gefes de las repúblicas pudiesen comunicar órdenes por medio de caractéres trazados en tabletas con un punzon; en buen hora que los fueros y privilegios, así como los códices y libros antiguos, que aun se conservan en rollos de pergamino, supongan, respecto de los primeros, que en las córtes de los reyes, y cerca de sus secretarios, habria personas que escribiesen con correccion y esmero aquellos documentos diplomáticos; pero ni lo primero, ni mucho menos lo segundo acreditan otra cosa, sino que los encargados de aquellos trabajos debian ser con muy corta diferencia unos meros pendolistas. Las funciones del *Covachuelista* son muy diversas, y es preciso confesar que revelan un gran adelanto administrativo. Sin papel y tinta no podemos concebir un expediente instructivo, un expediente general, y lo que á eso es consiguiente, los estractos y las minutas, que son las obras mas delicadas del *Covachuelo*, despues de las notas, que es donde suelen, y donde dan á conocer toda su sindéresis. Sin el papel los trabajos de cancillería habrian de ser muy limitados, y los negocios no darian lugar á los trámites y curso que hoy siguen, y en que están comprendidas las tareas de un oficial de secretaría, que consisten en la instruccion de expedientes en que se supone, por una ficcion de derecho, que debe recaer la resolucion superior del rey.

Si hemos de dar crédito á tradiciones antiguas, el cargo de que tratamos no era una elevada categoría, cuando nuestra córte andaba ambulante; pues entonces parece, segun voz vulgar, que nuestros *Covachuelistas* seguian á la córte á todas partes, y que al rededor del palacio, donde el rey residia, se colocaban en unos cajones de madera, á manera de los que usan hoy los memorialistas prácticos: de estos cajones ó *covachas* se cree que tomaron los que los ocupaban la denominacion con que encabezamos este artículo. En estos cajones ó covachas daban razon á los interesados de las solicitudes que habian presentado al rey, ó de los negocios que estaban pendientes; pues todavía no se conocian por aquel tiempo ni las audiencias ni el parte. Cada cual en su breve recinto, sin tener á los lados compañeros con quien hablar ó intrigar, se ocupaba desde bien temprano, despues de haber tajado su pluma, en escribir de su puño y letra las cartas-órdenes y demas que les hubiesen encomendado los diversos secretarios de Estado.

Pero dejando á un lado las investigaciones históricas, que no son el objeto principal de nuestro escrito, vengamos á trazar el retrato de nuestro héroe ideal en los tiempos de su mayor apogeo, en el feliz reinado del Sr. D. Cárlos IV.

¡Feliz el pretendiente, dichoso el litigante que al entrar por las puertas de esta coronada villa venia bien provisto de una buena carta de recomendacion para algun oficial de la covachuela! La sombra de su proteccion no se limitaba á Madrid, sino que se extendia á las provincias del reino; y en estas el que tenia un tio Covachuelista, ó se habia andado á la escuela con alguno de ellos, merecia consideracion y aun respeto; nadie se atrevia á tener ninguna contienda con él, porque se decia que *tenia brazos* en Madrid, y en cualquier negocio empeñado le era muy fácil que viniese á la chancillería ó á la intendencia una real órden *á raja tabla*, ú obtener *por alto* cualquiera gracia de la córte. Sus amigos podian contar ya seguramente con un favorecedor constante, que cada vez podria serles de mas valimiento: su familia entera tenia un apoyo poderoso y un instrumento de su fortuna. Si sus hermanos habian seguido la carrera de las leyes, mas tarde ó mas temprano obtenian togas, aunque fuese, si no podia ser en la Península, en Caracas ó en el Perú: si no habian seguido carrera ninguna, se les daba la mejor administracion de Salinas ó un buen destino en Tabacos. Porque en primer lugar los secretarios del despacho en aquellos tiempos solian deferir el dictámen ó nota de la mesa, cuando se trataba de hacer alguna provision, y no estaban influidos por algun favorito ó criado de palacio. En segundo lugar, que generalmente merecian atenciones y deferencia de los mismos ministros, que no debia esperarse que los desairasen al hablarles en favor de una persona de su familia: y en tercer lugar, que las jornadas á los sitios reales, donde residia la córte la mayor parte del año, estrechaban forzosamente las relaciones entre el ministro y los Covachuelistas, tratándose con mas frecuencia é inmediacion, asistiendo juntos á las me-

sas de Estado, y llegando por estos medios, ademas de su capacidad y expedicion, á adquirir aquellos un verdadero favor con su gefe y demas prohombres y favoritos de la córte.

Ya se deja conocer que estas plazas habian de ser envidiables. Lo eran en efecto, y mucho: por eso estaban reservadas para personas de gran favor, ya en la casa grande, ya con los ministros, como hijo, sobrino, ó persona de su mayor obligacion y cariño. Con ellas fueron agraciados no pocos novios de camaristas, que las preferian, por no salir de Madrid, á una intendencia, ó que no siendo abogados, carecian de este requisito indispensable para vestir la toga. El favorito de entonces tambien premió con algunas de ellas el celo de varias damas de la servidumbre de su ilustre esposa, dándolas como en dote á los que á aquellas habian de dar la mano. Ningun mal habia en esto, y antes bien se hacia un matrimonio feliz. Entre muchos ejemplos se nos ocurre en este instante el del bueno de Calomarde, que segun fama muy extendida y autorizada, entró en la secretaría de Gracia y Justicia en calidad de novio y esposo futuro de la hija del médico del Príncipe de la Paz. Pero en obsequio de la justicia debemos decir que tanto por la proteccion de este personaje, hoy anciano venerable por las vicisitudes de su fortuna, cuanto por el favor de los ministros, obtuvieron estas plazas no pocas personas de distinguido mérito y de alta reputacion literaria. Muchas pudiéramos citar de justo renombre y fama, si no temiéramos alejarnos demasiado de nuestro principal propósito.

Las secretarías del despacho se hallaban situadas entonces en el Palacio Real; y tanto esta circunstancia, que no es pequeña, cuanto las muestras de atencion y respeto que recibian los Covachuelistas á su entrada y salida, daban á aquellas sombrías y lujosas habitaciones un aspecto imponente, que las hacia mirar como un recinto sagrado, adonde no le era dado penetrar al vulgo profano, y sí solo á un número muy corto de altos personajes, que contribuian á hacer mas envidiable aquel privilegio. Esta era una de las pocas preferencias que disfrutaban los secretarios honorarios del rey.

La entrada y salida en la secretaría, asi como las audiencias y el despacho con el ministro, eran los actos mas lisonjeros para el amor propio de un Covachuelo, y en que mas ocasiones se le ofrecian de desplegar sus recursos naturales y su coquetería cortesana. Entraba deprisa, pero sin descomponerse y con dignidad. Como los porteros, que se hallaban siempre en traje de ceremonia, corrian á abrir la mampara, las personas que ocupaban impacientes los bancos de la portería ó primera antesala, se levantaban tambien por un movimiento simpático, en que tenian parte el respeto y la cortesía. Si le salia al paso algun pretendiente, contestaba deprisa y sin poderse detener, y lo hacia casi por monosílabos: «bien, bien; está en curso: lo pondré al despacho; se hará lo que se pueda:» á esto se reducian sus razones; y el pretendiente se volvia tan tranquilo y descansado á su posada, con la confianza de que no habia perdido el viaje. Entre tanto la esposa de un comandante de inválidos se lamentaba desconsolada, porque despues de un poste de dos horas, y no conociendo por su fisonomía al oficial que tenia el expediente de su marido, formado por no sé qué trabacuentas con los fondos de la caja, se habia entrado, sin poder ya hablarle hasta la salida. Como entonces no se conocian los gabanes ni paletós, y era un dolor que se malograse un Covachuelista, hijo de un consejero de Castilla y sobrino de un obispo, tenian todos buen cuidado de no desembozarse al entrar ni quitarse el sombrero de tres picos, puesto de facha. Pero debemos confesar que esto no era mas que buen tono, pues cuando llegaba á hablarle alguna dama ó caballero, se desembozaba inmediatamente, y tenia el sombrero en la mano mientras le hablaba. Cortesía y buenas palabras no le faltaban: para esto á lo menos servia una carta de recomendacion.

De lo dicho podemos inferir, que en vista de las consideraciones y respetos que rodeaban al *Covachuelista*, en vista de la carrera brillante que se le abria, debe disculparse hasta cierto punto el engreimiento é hinchazon de muchos, el quijotismo de algunos, y el aire de superioridad de proteccion de no pocos. El oficial que entraba en la secretaría de la Guerra solia desdeñar las insignias militares por el uniforme de secretaría; y para dar á conocer que no era subalterno ni aun de un capitan general de ejército, no lo saludaba diciéndole: «¡ mi general !» con muestras de respeto: sino «señor general» con buena dósis de llaneza y apretándole la mano como á un antiguo compañero. En ausencia era mayor la franqueza; y los mas altos personajes eran designados por solo el apellido, diciendo á algun pretendiente: «¿quiere V. una carta para Morla? Dé V. un recado mio á Urrutia:» á los grandes y títulos los nombraban por el título; Oreylli, Montemar, etc.

El interior de las secretarías estaba preparado con todo género de comodidades y aun adornado con lujo: mesas, papeleras y púlpitres de caoba, escribanías de plata; tirador de campanilla para atronar los oidos de un campanillazo; estufas y cuanto pudiera exigir el regalo y decoro de las personas; pero habia buen cuidado de que cada cual no tuviese mas que el taburete forrado de damasco que ocupaba; y de esta manera se recibia á todo el mundo en pie, y nadie por elevada que fuese su categoría usaba de la franqueza de tomar un asiento. Pero nunca era mayor la fruicion del Covachuelo, que cuando en presencia de sus amigos y de los pretendientes que le hacian la córte, decia con tono satisfecho: «Hoy he dado órden al intendente de los cuatro reinos de Andalucía...... Por el correo de mañana echo una peluca al capitan general del Principado....»

Un antiguo consejero de Castilla, sugeto de mucha despreocupacion, me decia: «á los treinta y tres años, y despues de haber sido catedrático de leyes en la universidad de Valencia, vine á Madrid, y entré en el cuerpo de Guardias de Corps, en donde esperaba con el apoyo de amigos poderosos tener salida para un destino que asegurase mi carrera y mi fortuna. No tan pronto como yo quisiera obtuve una plaza de oficial de la secretaría de Gracia y Justicia; y dejando la vida de guardia, las molestias del cuartel, las fatigas del servicio, y la subordinacion de un soldado de caballería, hágase V. cargo la impresion que me causaria verme de la noche á la mañana hecho *Covachuelista*. Confieso á V. amigo, que la primera noche no pude dormir, y que las primeras veces que me oí tratar de *usía*, me causaba un placer que no puedo explicar, y que hasta embarazaba mis movimientos.» Con diferencia de mas ó de menos, estos son los primeros momentos y las primeras impresiones que agitaban al Covachuelista que acababa de ser agraciado. Tan dulces ilusiones eran interrumpidas por la necesidad urgente de ir al momento á dar las gracias al ministro y á sus favorecedores. El ministro, despues de recibirlo con bondad, y de darle buenos consejos respecto del celo y aplicacion con que debia corresponder á la merced que acababa de recibir de S. M., le añadia: «preséntese V. mañana en secretaría. Vea V. al señor mayor para que al momento preste juramento, y se encargue de su mesa, en la que nada se despacha desde que faltó el que la servia hace cinco meses.... ¡ Ah ! y es menester que apenas le borden á V. un *peti* vaya á besar la mano á S. M.» Tan lisonjeros, tan gratos, de tanta ilusion eran los primeros dias del agraciado *Covachuelo*. Así continuaban, y cada vez mas placenteros, y con mas satisfacciones, si no venia un soplo

de desgracia, ó al fin, por término de una afortunada carrera, la segura é inevitable *caida*. Esta era muchas veces en colchon de plumas.

Ya con motivo de los dias ó cumpleaños de los reyes, ya con ocasion de algun otro acontecimiento fausto, se formaba en cada secretaría un expediente general de gracias, en el cual se repartian á cada uno de aquellos media docena de cruces de Cárlos III, tres ó cuatro nombramientos de secretarios del rey con ejercicio de decretos, una ó dos encomiendas para los mas favoritos, y algun beneficio simple, ó alguna charretera, ó alguna pension sobre una mitra para el hijo del que ya habia obtenido otras gracias y se veia cargado de familia. De esta manera se iban sucesivamente cargando de honores y condecoraciones, que no eran vanas y estériles. La pension de Cárlos III se pagaba puntualmente, las de secretario del rey solian percibirse de las cajas de la Habana, sin el menor quebranto por razon de cambio; los beneficios simples se cobraban por tercios religiosamente y lo mismo las encomiendas, consistiendo estas rentas en veinte, treinta, ó cuarenta mil reales anuales, las que menos valian. Las pensiones sobre mitras eran pagadas á gusto del interesado; pues el ilustrísimo señor obispo tenia mucho interes en tener obligado á un *Covachuelista* de Gracia y Justicia.

De esta manera subian como una espuma, ganando honra y provecho á un mismo tiempo. El trabajo no era capaz de abrumar á nadie, y se tomaba con despacio. Lo que no se hacia hoy, ni mañana tampoco; esta era la máxima de un Covachuelista. Cuando convenia, ó el expediente era voluminoso y complicado, habia el escelente recurso de darle *carpetazo*; que era condenarlo á muerte; y esto debia dar alguna especie de fama, porque un poeta de nuestros dias cantaba:

> Repítase veloz de gente en gente.
> el nombre del celoso oficinista
> que sabe eternizar un expediente.

Tenia cada cual su escribiente, ademas de los de la secretaría, que en verdad entonces no eran muchos; y este escribiente, que pagaba de su bolsillo y con la esperanza de merecer su proteccion, le ayudaba en hacer cuanto tenia que hacer; aunque en obsequio de la imparcialidad habremos de decir, que extendian en limpio de su puño y letra muchas de las reales órdenes que firmaba el ministro; y que esto era costumbre general en la secretaría de Estado, donde no habia escribientes, y todo lo escribian los oficiales. A pesar del descanso que gozaban, era costumbre admitida ponderar mucho el trabajo, y en prueba de ello se les veia sacar de la secretaría y llevar á su casa su criado grandes legajos de expedientes, para que el escribiente los estractase. Madrugando para trabajar, y no habiendo interrumpido su tarea sino para tomar una jícara de chocolate, como se decia y repetia, era natural que á eso de las once sintiesen necesidad de tomar algun alimento. La secretaría daba un vaso de vino y un poco de pan, pero á los que adoptaban mejor una taza de caldo suculento y odorífero, se les llevaba de las cocinas de Palacio, ó bien alguna otra friolerilla de peso y sustancia.

Con tanta tarea y ocupaciones no tenian tiempo para cumplir con nadie, ni hacer una visita, como no fuese á personas de altos é importantes puestos, ó de favor y valimiento en Palacio. Como estaban dentro de la casa, eran muy puntuales á los besamanos y dias de córte, lo mismo á la de los reyes, que á la del Príncipe de la Paz y al cuarto del Príncipe de Asturias, en lo cual era preciso mucho tiento, porque era fácil verse en un compromiso, y era ese entonces uno de los negocios mas delicados para un cortesano novel. Aunque la asistencia á la secretaría era muy puntual, y ordinariamente cada cual sentado en su silla guardaba silencio, ocupándose en sus negocios, esto no quitaba para que á la entrada ó salida, ó mientras se tomaban las once, se reuniesen en corrillo y hablasen, porque al cabo no habian de estar como cartujos, de chismografía palaciega y de intriguillas cortesanas, en que la ambicion no ocupaba todo el tiempo; que algo quedaba para escenas galantes y aventuras amorosas, materia que ocupaba en aquel tiempo feliz á la sociedad madrileña mas que la política. La conversacion despues de un besamanos ó de la córte solia recaer sobre lo concurrida y brillante que habia estado, habiendo la singular curiosidad de contar el número de personas que asistian, que se comparaba con otros dias, años y reinados, para ob-



El Covachuelista.

tener resultados importantes. «Me ha parecido el rey, decia uno, de mejor semblante que nunca... ¿Sabe V. quién era aquel con quien se paró la reina?... ¡Es preciso confesar que no se presentan en palacio brazos mejor torneados, ni ojos mas hermosos que los de S. M.!» Otro decia: «Pero han visto Vds. qué de largo pasó el rey por delante de Escoiquiz, y aun me parece que lo saludó con mas seriedad que otros dias... Poca gente me parece que ha habido en el cuarto del Príncipe de Asturias... ¡Qué buen mozo está!... Ya sabrán Vds. que anteayer estuvo á visitar

el Hospicio, sorprendiendo al administrador y empleados, y enterándose menudamente de la distribucion y órden del establecimiento. Las atinadas observaciones que hacia, y el conocimiento que demostraba en las preguntas que dirigia relativamente á la administracion de la casa, admiraban á todos los concurrentes.» Mas hubiera dicho, si en aquel momento no entrase en la secretaría, y se dirigiese hácia el corro un oficial nuevo, criatura del Príncipe de la Paz, y con quien todavía no habian adquirido los demas mucha confianza é intimidad.

Como puede conocerse fácilmente, el oficio de Covachuelista no era tampoco muy difícil. Los estractos y reestractos se iban haciendo cada vez mejor con el auxilio de la práctica, y examinando los de otros compañeros ú antecesores. El mérito de los segundos consistia en que fuesen una quinta esencia del negocio ú pretension, ó bien esta reducida á su mas simple expresion, como que los *reestractos* eran lo que al rey leia el ministro en el despacho; y no era justo entretener muchos minutos á S. M., ni que los jabalíes del Pardo esperasen largo tiempo al augusto cazador. Las minutas eran cosa mas difícil, porque al fin en esto no habia unas reglas tan seguras y precisas, que llevasen á uno, como suele decirse, de la mano; ni la imitacion podia llegar hasta el punto de que no fuese necesario mas que meramente copiar. Pero á pesar de esto, no faltaban para el caso algunos modelos ó si se quiere fórmulas, hijas del uso, y aconsejadas por una buena experiencia, que facilitaban en extremo la operacion y daban al hombre mucho alivio y expedicion. Hay obras en que el principio es el todo; y teniendo esto, está todo hecho. Así sucedia con los decretos y reales órdenes. El principio estaba en el tintero; no habia mas que principiar escribiendo desde la orilla misma del papel: «Enterado el rey nuestro señor del espediente instruido con motivo de... y en vista del informe de.. se ha servido resolver, etc.,» ó mas breve. «Es voluntad de S. M. que inmediatamente que reciba V. S. esta...» (haga ó torne, ó lo que sea). Para los decretos estaban en uso comun los gerundios ó participios, pasados ó de pretérito: «Deseando por cuantos medios están al alcance de mi paternal solicitud proporcionar todo género de alivios á los pueblos que la Divina Providencia ha puesto á mi cuidado... en vista de lo informado por el Consejo Real en el pleno celebrado en tal dia con audiencia de mis fiscales, y de lo expuesto unánimemente por la junta de ministros, he venido en mandar lo siguiente: Atículo 1.°, etc.»

Estas fórmulas sin embargo no eran cosa despreciable, ni que merece tratarse con desden por los que ni esto saben, y que ignoran la razon de ellas y su conveniencia. ¿No tienen sus formas propias de locucion un discurso académico, una memoria, una arenga dirigida á un príncipe, ó una epístola familiar? pues ¿por qué no la han de tener los documentos oficiales y de cancillería? La claridad, la sencillez, la precision son caractéres especiales de este género de escritos; y si á esto se agrega que la analogía, la semejanza ó identidad de los actos, debe producir naturalmente analogía, semejanza ó identidad en su verdadera y propia expresion, vendremos á parar á lo que constituye las *fórmulas*. El lenguaje oficial, que en otro tiempo sabian usar muy bien nuestros antiguos oficinistas y diplomáticos, lo han solido ignorar los literatos; y uno de los mas eminentes que hoy viven, nos ha confesado candorosamente que lo desconocia hasta que lo aprendió manejando expedientes antiguos, y escribiendo á las órdenes de un hábil ministro, de cuya boca oyó sobre esto observaciones que le parecieron justas y muy estimables.

Volviendo á nuestro *Covachuelo*, de que por un momento nos hemos distraido, diremos que lo mas singular en él era que á pocos dias de ocupar su silla aprendia, así como quien no dice nada, lo que parece imposible penetrar á nuestra flaca inteligencia, el destino futuro que la suerte le tenia preparado. ¿Cuál era este? En esto habia alguna variedad; si el Covachuelista era de Estado, esperaba tranquilo, como salida, una plaza de ministro plenipotenciario ó encargado de negocios, ó bien si no queria salir de Madrid, la secretaría del Consejo de Estado, ó la de la órden de Cárlos III, ó la contaduría de la misma: si era de Gracia y Justicia, le estaba aguardando la secretaría del Consejo de las Ordenes Militares, la de la Cámara de Castilla ó de la corona de Aragon, ó cualquiera otra cosa que le daba la gana de pedir: si era de Hacienda, le estaban reservadas la intendencia de Barcelona, es decir de todo el principado de Cataluña, ó la Intendencia-Asistencia de Sevilla, ó una plaza de capa y espada en el Consejo de Hacienda: si era de Guerra, contaba como cosa propia la secretaría del Consejo, ó una plaza de ministro en aquel tribunal, ó la intendencia militar de Aragon; y por último, los de Marina iban á descansar á la secretaría del Almirantazgo, plazas de este consejo, ó intendencias del ramo. Por manera que del Covachuelista no podia decirse, como de todos los hombres, que sabia donde habia nacido, pero no donde habia de morir. El Covachuelista hasta esto sabia.

Si una desgracia, imposible de prever, y que salia del órden natural de las cosas, ó bien alguna diablura ó fechoría (porque al fin todos los hombres somos frágiles y el enemigo es sutil) interrumpia esta série continua de goces y de esperanzas satisfechas, entonces se interponia paz y caridad; esto es, los compañeros y amigos, que por espíritu de cuerpo, y por honor de este, conseguian templar la cólera ministerial, y hacer que se le diese al caido una de las salidas que hemos apuntado, ó bien alguna cosa mejor y mas descansada lejos de esta Babilonia de la córte. Porque en aquellos tiempos, en que hay mucho que celebrar respecto de costumbres privadas y públicas, era verdadero y eficaz el espíritu de cuerpo, y este, y la amistad, que tampoco era un vano cumplimiento, extendian su tierna solicitud mas allá del sepulcro, para no dejar desamparada á la viuda, ni desvalidos á los huérfanos de un compañero de secretaría.

Como hemos dicho que estas plazas eran honra y provecho, y demostrado lo primero, solo nos falta hacer ver lo segundo, á fin de que resulte que para el Covachuelo honra y provecho cabia en un costal. En esta parte seremos breves, tanto por evitar escándalos cuanto porque no se crea que convertimos un retrato fiel en una caricatura. Como un Covachuelista no era un juez ni un magistrado, que debia dar á cada uno lo que era suyo, con arreglo á ley, y castigar ó absolver á los acusados, segun la misma regla, y conforme á lo que prescribe la justicia conmutativa; como era el conducto por donde se distribuian gracias, honores y mercedes, en que las reglas de la justicia distributiva no son tan precisas, tan exactas, tan fijas, ni tan reconocidas; y como por último su favor se limitaba en muchas ocasiones á presentar el asunto bajo su verdadero punto de vista, haciéndolo claro y perceptible á S. E. y activando su despacho y la comunicacion de las órdenes; parece que la conciencia mas escrupulosa, podia, sin tomar siquiera agua bendita, recibir cualquiera friolera que la amistad ó agradecimiento enviase. Y como aun despues que el agraciado iba á su ínsula no olvidaba las atenciones y el favor recibidos, y le acomodaba tener consecuente y siempre propicio al Covachuelo protector, no olvidaba enviar algun recuerdo en diversas épocas del año; y así la despensa de aquel, para cuyo uso necesitaban algunos un cuarto entero, contenia lo mas estimado y regalado

de cada provincia. Allí en una hilera de pipotes, se leian sucesivamente los nombres de moscatel, Jerez, Peralta, Málaga y malvasía; allí se veian en abundancia extraordinaria; los garbanzos de Fuentesauco, los jamones de Galicia, los chorizos y demas embutidos de Extremadura, el queso de Tronchon, y numerosos botes de toda clase de almíbares; en fin, allí se encontraba de cuanto Dios crió, como tributos ofrecidos por todas las provincias del reino. Esto era lo general y ordinario: con la sola diferencia de que los que tenian negociado de Ultramar, recibian cocos frescos en abundancia; y en la misma botes bien acondicionados de piña, guayabo, tamarindos, etc., así como estimables galápagos de plata, cajones de esquisitos habanos, con chales de la India para la señora, y juguetes de la China para los niños.

Pero estas buenas prácticas, que ya casi han desaparecido, son sin embargo las que mas se han mantenido, y puede decirse que han durado hasta que el trasiego contínuo de empleados y la instabilidad permanente de todo, no han dejado que se forme empeño en asegurar el favor y cultivar la amistad de quien quizá no podrá nada el dia de mañana. Esto ha ido aflojando las relaciones cortesanas con perjuicio de muchos, y ha escusado aquellos provechos autorizados. Mas ya que naturalmente hemos venido á tocar en los tiempos modernos, que son los del actual reinado y de nuestra revolucion, estamos en el caso, para terminar este mal trazado bosquejo, de indicar lijeramente aquellos perfiles y el matiz propio, que constituyen al moderno y flamante oficial de secretaría, ó con mas propiedad, *chef de bourau au departement de...*

Este tiene mucho de frances, aunque haya algunos casos de anglomanía. Esto es muy disculpable y bien natural. Como desde la última enfermedad del rey padre entraron sucesivamente sugetos de mucho mérito, que habian pasado largos años de emigracion en Francia é Inglaterra, en cuyos paises habian perfeccionado sus estudios, forzoso era que hubiesen contraido otros hábitos y otras costumbres, y que hubiesen modificado notablemente sus ideas. Como desde aquella época se inauguró una era de fomento y de mejoras, forzoso era tambien, que para todos los ramos de la administracion se buscasen, como auxiliares del gobierno, é instrumentos de sus sábias y benéficas resoluciones, aquellos sugetos que por sus estudios ó escritos habian adquirido una merecida reputacion; y como estos estudios, particularmente en administracion propiamente dicha, en economía pública, en ciencias naturales, y en las varias aplicaciones de las exactas, los habian adquirido en libros franceses los mas, natural era que sus ideas siguiesen la misma tendencia que en el reino vecino, y que por consiguiente tambien los mas anhelasen trasplantar á nuestro suelo los gérmenes de prosperidad, que son el mas rico producto de la civilizacion estranjera. Abierta así la puerta á la instruccion y al talento, recayó el favor (cosa siempre indispensable en una córte) en oficiales que cultivaban ó profesaban los diversos conocimientos que exigia la realizacion de los pensamientos del Gobierno.

Sentado esto como preliminar, y dejando á un lado las numerosas escepciones que ha tenido por circunstancias de todos conocidas, solo observaremos, que reemplazados los meros oficinistas por facultativos y gente letrada, ha habido ocasiones en que, para que nada faltase, se ha llegado hasta el extremo de llamar tambien, botánicos, químicos, matasanos y farmacópolis, y sobre todo meros poetas. Si los primeros, despues de tomar un oficio contrario á su vocacion y á sus hábitos, han demostrado que se puede saber muy bien una ciencia, y al mismo tiempo ignorar las relaciones de esta con la sociedad y la administracion, como igualmente la organizacion de los estudios públicos que la han de difundir y propagar; los poetas han probado mal, y lo que es mas triste para quien ama la gloria, han menoscabado mucho su reputacion y su crédito. Ya se ve, gente que (no todos ni los mas dignos) desdeña hasta las reglas de su arte, considerándolas como un yugo: gente que aplicando todos sus esfuerzos al desarrollo de la sensibilidad, se acostumbra á mirar los hechos y los acontecimientos bajo el aspecto, no de la verdad que revelan, sino de la belleza que descubren; y gente en fin que, vehemente y apasionada, no puede habituarse á los cálculos complicadísimos, y profundos que supone cualquier importante resolucion del gobierno, no era muy á propósito para servirle ni para ayudarle, sino á caer. Se les mandaba poner un manifiesto á la nacion, y levantaban una gazapera de quince mil demonios: si ponian una circular, no era comprendida, y á vuelta de correo venian un sinnúmero de consultas: se les encargaba extender una nota para los gabinetes extranjeros, y era necesario que el gefe se tomase el trabajo de ir borrando las frases y retóricos conceptos, las expresiones inconvenientes, y los epítetos de mero lujo, con el fin de evitar una interpretacion siniestra, y de que se pidiese oficialmente una explicacion. No es lo menos atendible la nativa pereza y falta de asiduidad, y que como acostumbrados á esperar sagradas inspiraciones, y momentos favorables para el genio, no están siempre de humor de trabajar, que al cabo es cosa prosáica y de borricos.

Si el moderno oficial de secretaría comparado con el antiguo Covachuelo, parece género de extranjía, tiene sobre este la ventaja de no ser tan vano, pues antes bien se muestra mas humano y tratable: como por ser generalmente muy moderno en los negocios no ha contraido el hábito de pensar y retener en su memoria muchas cosas á un tiempo, parece en muchas ocasiones como distraido, y que ni comprende ni oye lo que se le dice. Su memoria es fatal por lo dicho antes, y no será muy fácil que la mejore, y tenga presente en su mesa lo que le han dicho en la sala de audiencias, porque tiene la debilidad de creer de buen tono su mala memoria, y sus olvidos perennes y sus distracciones, como cosa propia de grandes hombres de Estado. En esta parte no cabe ya curacion; pero sí puede tenerla la agitacion contínua que lo aqueja, y que no le permite reposo ni sosiego: ya lee el *Eco*, ya habla con este, ya se acerca á un corro de compañeros que hablan y discuten acerca de las noticias del dia, y de la sesion anterior en el congreso, y del magnífico discurso de Galiano, y de aquella violenta é intempestiva interpelacion dirigida al gobierno; ya sale á la portería, porque le han pasado una tarjeta por contraseña; ya van á la secretaría, ya baja al archivo, ya sale á Guerra ó Estado, á saber de una instancia de su primo, que tiene recomendada; porque al fin es menester matar el tiempo hasta las cinco ó las seis, que sale precipitado, cansado y con la cabeza caliente. Vuela á su casa; y los que en ella le esperan, y los que por el camino le encuentran, se admiran de su mucho trabajo, y no estrañan de que no tengan tiempo ni para rascarse la cabeza.

Segun el negociado que tiene, el ministro lo llama mas ó menos veces. Si tiene el negociado de convenidos de Vergara, ó el de seguridad pública, ó el personal en Hacienda, ya tiene bastante para que no le dejen sentado cinco minutos, y para que le vuelvan loco. Cada vez que entra en el despacho de S. E. hay que perder una hora por lo menos, porque hablan de los proyectos de ley que se están preparando, de la votacion que se ha perdido en el senado, de los muchos y respetables compromisos que hay para un solo y mismo destino, del lenguaje furibundo de los diarios de la oposicion, y

de las calumnias que contienen tal y cual, que es forzoso desmentir inmediatamente por medio de los periódicos ministeriales.

Por cálculo y por ambicion este oficial de secretaría, que se muestra afable con sus inferiores, consecuente con sus amigos, accesible con el público, que ni se ha hecho su gran uniforme, ni tiene una cruz, ni ha concurrido á un besamanos, está dominado por una pasion noble, la de obtener las palmas electorales en las próximas elecciones; y para conseguirlo ¡cuánto hace! ¡cuánto escribe! ¡cuánto discurre! ¡qué cartas pone tan finas y tan bien estudiadas para los caciques, ó, como ahora se dice, influyentes de su pueblo ó partido! ¡Qué esperanzas tan delicadamente fomentadas! «Muchas cosas, dice, al buen mozo; creo que pronto pensará V. en darle carrera, y si quiere ser artillero, puede V. contar con su amigo.» «Seria muy útil promover la carretera de ese pueblo al punto inmediato, y declarar á esa, capital de partido. Para ello seria conveniente activar el expediente tanto en las Córtes como en el Gobierno. Si yo mañana pudiese, tendria mucho gusto en trabajar en este asunto: Vds. pueden contar con que tendrán en mí un agente eficaz.» Cuando ya aparece su nombre en uno de los primeros lugares de una candidatura, se siente animado y satisfecho, y su alegría se aumenta y sus esperanzas se acrecientan, á medida que ve reproducida aquella candidatura en todos lo periódicos ministeriales. El resultado del escrutinio general se aguarda con impaciencia, sin embargo de que en los correos anteriores se le escribe por sus amigos C por B cuanto ocurre en la votacion y las probabilidades que va ofreciendo. Si la noticia de su eleccion es el ministro su gefe el primero que la sabe ¡con qué prisa lo llama á su despacho, y con qué íntima satisfaccion, que rebosa hasta los ojos, le da con muda sonrisa la carta que acaba de recibir! Apenas se la devuelve y se han comunicado recíprocamente algunas felices nuevas, porque las infaustas no se hallan en aquellas regiones, le da el gefe la mano muy apretada en señal de enhorabuena y de confianza. No ha pasado un mes, cuando llega corriendo un portero hasta la mesa de nuestro oficial, y le dice: «S. E. que es la una, y que espera á V. S. para ir al congreso.» A los cinco miutos van desempedrando las calles en un simon, departiendo sobre los votos de que consta fijamente la mayoría, y discurriendo acerca de los medios de producir algunas deserciones en el campo enemigo.

Este mismo oficial es casi invisible para el público mientras dura la sesion. Llega el dia de audiencia y no da audiencia. En su casa no recibe á nadie ni aun á las personas recomendadas: en la secrerarla entra por una puerta escusada: á los numerosos amigos que con él se interesan para que despache tal expediente, no puede absolutamente servirlos, porque no tiene tiempo para nada, ocupado con los trabajos de la comision de gobierno interior, ó de plan de Hacienda; pero á todos contesta con muy buenas palabras, como hombre político y cortesano, dando á este la mano, pidiendo á aquel un cigarro, dando una bromita á fulano y una cita á zutano; siempre y á todas horas elegante, marcial, introducido, de buen tono, todo frances, todo ingles. Si se trata de ópera ó de baile, se extasía al recordar á la Taglioni y á Tamburini: si lo veis muy deprisa á las seis de la tarde es porque tiene que ir á comer á casa del duque de Frias, ó del embajador frances: á la hora de concluirse la funcion del *Liceo*, se presenta un momento, para saludar á cuatro amigos, y que lo vean al lado de una bella elegantísima decirle... al oido... ¿qué?... nada de particular. Si entra á fumar un cigarro en el Ateneo, ó se pasea solo, como preocupado de graves meditaciones, ó da con señales de mucha importancia alguna noticia ya pública, ó afecta una reserva mal llamada diplomática, porque los diplomáticos tienen que hacer forzosamente un cambio recíproco de confianzas y revelaciones. O escribe de muy mala letra, que dicen es de grandes hombres, ó á la inglesa, por ser la mas bella escritura. Si un antiguo amigo ó compañero de colegio se le acerca diciéndole: «hombre, ahora pudieras tú hacer algo por mí,» le contesta «¿qué te acomoda? echa la vista á una cosa buena, buena y veámosnos.» aunque este encuentro no tenga para el amigo otro resultado que el de hacerle dar algunos pasos inútiles, y fomentar en su cabeza por un par de semanas esperanzas que se disipan, con todo, como dió la grandísima casualidad de que oyeran otros amigos aquel breve diálogo, uno de estos se separó despues diciendo: «¡qué buen muchacho es fulano! ¡qué consecuente es con sus antiguos amigos! ¡qué excelentes sentimientos tiene!»

Como nuestro oficial de secretaría no tiene de vida mas que desde 1834, y es por consiguiente moderno, todavía no hemos observado bastante acerca de su suerte futura y de su fin. Sin embargo, podemos asegurar que en este decenlo, por cierto bien azaroso, no ha envejecido nuestro oficial, ni aun generalmente ha muerto de otra muerte que de la civil. Este es un privilegio de que basta ahora ha gozado. De algunos casos poco aislados, y que no forman todavía una condicion propia y general, resulta que cuando termina su carrera por muerte natural, muere en soledad y desamparo, á no ser que corresponda á alguna cofradía política, que desee ostentarse y hacerse oir al rededor de su humilde tumba; á no ser que muriendo por alguna causa tambien política, se le ensalce hoy y se le aclame por héroe y mártir para mañana olvidarlo.

ANAYA.

EL BOTICARIO.

IN *diebus illis*.... En aquellos tiempos en que las tiendas donde se vendian los medicamentos, se llamaban *boticas*, y sus dueños por una consecuencia legítima *Boticarios*, no necesitaba explicaciones *panlexicales* (y ya huele á *tisana* esa palabrita), el epígrafe de este artículo; pero hoy dia que las mismas casas de fabricacion y comercio medicinal, se llaman oficinas de farmacia ó *farmacias*, como dijo cierto traductor, y los directores de ellas se apellidan farmacéuticos, es indispensable manifestar la distincion que, *teóricamente* hablando, existe entre ambos «cocineros de Galeno.» (Así dice el vulgo que los llamaba el vulgo del siglo pasado.) Y empezamos nuestro trabajo con esta explicacion por evitar interpretaciones de todo género, y porque, lleguemos tarde ó temprano á la botica, siempre hemos de hallar en ella á su dueño como fiel observador de la parte que tiene en el anatema, refran ó sentencia que dice: «Médico viejo, cirujano jóven y Boticario cojo.»

Cuando la química (esto va por lo serio) madre legítima de las ciencias naturales, y nodriza universal de todos los conocimientos humanos, estaba rompiendo á hablar y preludiaba tal cual diente, ansiando ya tomar los andadores, estaban en pañales ó algo menos, todas las ciencias que algun dia habian de ser sus esclavas; y una de ellas, entonces niña de teta y ahora poco mas, era la farmacia. En la actualidad habla ya de corrido la química, y aunque algo voluble en sus idiomas (*nomenclaturas*), se deja entender bastante bien, y si no se sabe todo lo que se debiera en este punto, es porque á esa señora le falta mucho

que aprender. Sin embargo, la química ha hecho por la farmacia todo lo necesario para que ese ramo de la oficina central, *ad pasaportes póstumos*, pierda el ingnominioso é inmerecido nombre de arte, y tome el de ciencia, convirtiendo sus rutinarios secuaces en ilustrados profesores.

Y como quiera que yo estoy asustado de escribir por primera vez en mi vida con tanta formalidad, temo echarlo á perder si continúo por ese camino de gravedad y compostura, en el que, científicamente hablando, creo haberlo hecho muy bien. Porque yo sé de memoria que no soy un sábio; pero todo en este mundo es relativo, y aunque la generalidad de mis lectores crea, con mucha razon por cierto, que no he dicho nada aun, mi apreciable amigo D. Nemesio de La-llana y sus dignos comprofesores, los señores Camps, Leon y Lletget, se estarán haciendo cruces de que sepa tanta farmacia aquel.... (¡que vergüenza!) aquel holgazan que fue su discípulo años pasados. Todos y cualquiera de esos ilustrados catedráticos en particular, hubiesen jurado que yo no sabia ya lo que era farmacia. Pero no tanto, señores mios, y si no temiera dejar airosa la justicia de su fallo, diria que «farmacia, es la ciencia que tiene por objeto conocer y elegir las yerbas mas baratas, prepararlas con el agua de la fuente inmediata, si no tuviese pozo la botica, y convertirlas.... en moneda corriente.» Si ya no fuese ciencia, pudiera decirse muy bien que era: «el arte de comerciar con la salud del prógimo.» Pero en ese caso resultaria que los enfermos eran tratantes en calenturas y pulmonías; cosa que ni en broma se puede admitir. Malo es tener tercianas, segun dicen los peritos; pero seria peor no encontrar quien hiciese píldoras de quinina. Por lo demas, ya se sabe que la riqueza del Boticario está en razon inversa de la salud pública; y que cuando acude por las noches á «sacar el cajon,» brilla de alegría si puede decir al criado:—Mañana salmon y ternera (*aparte*) á costa de los que comieron hoy ruibarbo y genciana.

Y esto que á muchos les habrá parecido apearse por las orejas, ó empezar el artículo por donde debiera concluir, ha sido casual y ajeno en un todo de nuestra voluntad. Pero donde menos se piensa salta la liebre, y allí donde cree uno ver un corista de teatro que va muy embozado al anochecer de un dia de junio para no resfriarse, se encuentra con el teniente cura de una parroquia que se dirige á la (ó á una de las, gracias á la multiplicacion del siglo) botica del barrio, para hacer la partida de tresillo al farmacéutico. Por eso yo, que maquinalmente he seguido á uno de esos capellanes, me quedaré oculto tras la redoma del *óxido hídrico* (agua comun); que aunque mi figura no es muy abultada, bueno es cobijarse tras el cacharro mas grande del establecimiento. Y puesto que tenemos agua en abundancia, no nos falta mucho para hacer una botica completa.

Las indicaciones que apuntamos al principio de estas líneas sobre la enorme distancia que separa al farmacéutico práctico del boticario teórico, nos han de servir de guia en este artículo, que aunque á primera vista parece estar algo adelantado, no da principio hasta la siguiente línea:

La botica, y bromas á un lado, es una cosa; la oficina de farmacia, y chanzas aparte, es otra. Antiguamente, y no sale la fecha del siglo actual, habia en Madrid un número determinado y reducido de boticas; al cambiarse estas en oficinas de farmacia, se han multiplicado por tres, como los faroles del alumbrado antiguo; pero con la diferencia de que estos se han dividido por ese número y por cada tres ha quedado uno, y de aquellas hay tres por cada una de las que habia *in illo*.

Unas puertas vidrieras de nogal oscuro, unas cortinillas de color de rosa, si hemos de creer á los que las vieron antes de volverse blancas, un ventanillo cuadrado que permitia entrar una botella de cuartillo y medio, y no deje salir una redoma, y finalmente una gran muestra parda con clavos romanos, donde se lee en letras encarnadas:

BOTICA
del DOCTOR
DON MATIAS HERNANDEZ DE SILVERIO Y LANUZA,

es todo la que se necesita para poder decir: Aquí nació, vivió y murió el abuelo del que dió el ser al hombre que por no ser menos que su padre, y no perder la formidable herencia de la botica, es hoy farmacéutico práctico, y no sufrirá que deje de serlo mañana el primogénito (siete-mesino, porque á su madre la removió antes de tiempo el olor de la jalapa), á pesar de la inexorable y temible fatalidad del siglo XIX que le ha hecho poeta. Pero no se crea que entretenidos con la portada de la botica, nos hemos de olvidar del dueño de ella. ¡qué disparate! Ahora mismo vamos á llegar al ventanillo y á pedir, no un simple cualquiera, porque en ese caso no conseguiriamos nuestro objeto, sino un medicamento de uso externo, añadiendo que es para tomarlo en ayunas; en cuyo caso verán Vds. como D. Matías, nos hace pasar adelante, nos obliga á tomar asiento, y nos refiere la historia de la farmacia, que suprimimos si á Vds. les parece, y las leyes penales del Boticario que callaremos igualmente. Este es un medio muy suave para que podamos asistir, un par de horas siquiera, al bufete de nuestro farmacópola.

Don Matías Hernandez de Silverio y Lanuza, tiene cincuenta años, y si no los tiene le falta poco: su levita es holgada y crecedera, pero verde botella; su pantalon de paño negro, cuando no es de lienzo blanco; eso va con las estaciones, y poco nos importa que él no se ponga de verano hasta el dia del Corpus, ni de invierno hasta el 1.º de noviembre; no gasta botas ni usa chinelas; pero cada uno en su casa hace lo que quiere, y sus zapatillas de orillo negras, si no son ajustadas al pie, están en su lugar y punto concluido; media blanca, corbatin idem y chaleco de piqué amarillo; ni le hizo falta nunca, ni él dió lugar á que le hiciera, porque desde luego compró vara y media de tela para el chaleco, y tres libras de hilo para las calcetas. El único anacronismo de su traje, y de eso bien sabe Dios que no tiene él la culpa, es un gorro griego, encarnado, que le bordó con sedas de colores su hija la colegiala. No gasta patillas, aunque se sabe que le gustan, porque creeria ofender con ellas al público, faltando al decoro y á la gravedad de la profesion; sus ojos son azules, sin que el *nitrato de plata* se haya ocupado nunca en volvérselos negros; su barba puntiaguda, su nariz aguileña, y á despecho de los olores mas fuertes, y de los reactivos mas diabólicos, sus mejillas están coloradas y sanas como dos camuesas. Ese es D. Matías el boticario, y ese es su traje, sin las manchas históricas de *colophoniæ pallidum* y del *oleum serpentorum terrestrem*, y sin el *sirup violarum*, que cristalizó en las solapas, y yo he tenido buen cuidado de velar á vuestros ojos.

Tal cual le habeis visto, estaba mi hombre cuando, ignorante por supuesto de que yo me hallaba oculto tras la redoma del agua comun, y con un manojo de llaves en la mano, subia á la boardilla en busca de unos sacos de mostaza en grano, que el mozo debia sin dilacion, por medio de una trituracion que pareciese pulverizacion, reducir á la menor expresion, para cuando hubiese ocasion de curar algun causon, ú otra enfermedad que no acabase en *on*; ó algun enfermo de aprension, de esos que se

aplican por desesperacion un sinapismo en el talon.

Prepara el Boticario trabajo á su criado (*vide* mozo de botica) para todo el dia y se dirige al cuartel general de sus operaciones, al foco céntrico de sus tareas, al positivismo de sus tisanas, á la aristocracia de los mostradores, á la mesa, en fin, donde se estienden las cantáridas, se embotellan los cocimientos y se hacen las píldoras. Por costumbre y hasta casualmente si se quiere le sirven el chocolate sobre el cajon del dinero, y desde ese sitio vigila las operaciones de los practicantes, evita sus despilfarros, recogiendo los granos de goma y las hojas de sen que ruedan sobre la mesa, da conversacion á los parroquianos, juzga y discurre sobre la oportunidad del medicamento que prescribió el Hipócrates, y hace en suma lo que se verá á continuacion. Las drogas que se despachan por la mañana temprano, pertenecen generalmente á la seccion de perfumeria; y esto se sabe porque los que las compran añaden el uso que piensan hacer de ellas, sin cuyo requisito creen que les dan una cosa por otra. Las voces mas usuales á esas horas son:

—Boticario, dos cuartos de pomá pal pelo.... que huela á rosa y no sea V. miserable, endino.—Ave María; deme V. dos cuartos de cremol pa los dientes y echéme V. un polvito de quina.—Cuatro cuartos de asta de ciervo molido (en o) para limpiar el sabre de mi marido.... Maldita Melicia que siempre me está haciendo gastar dinero (1).—Dos cuartos de goma agabira pasada por tamiz, que es para hacer bandolina.—A mí dos d'arbayarde *branco* molío, para dibujar una d'mantilla de bronda negra....

Todo esto pasa mientras el practicante, *mozo-rubio* de pelo negro y luengo, con barba larga y negra, boina azul con borla de plata y blusa de percal morado, pasa el plumero á las redomas, sacude el botámen, da tierra blanca á los pesos de plata y limpia con particular esmero los *ojos del Boticario*. (Llámanse así dos secciones de forma ovalada que llenas de frascos pequeños y bautizadas técnicamente con el nombre de *cordialeras*, ocupan la parte principal de las boticas.) Y este paréntesis le hará conocer al lector lo impropio que es decir cuando se trata de una cosa justa y merecida: «le viene como pedrada en ojo de boticario;» pues en las tales cordialeras encierra el farmacéutico, los espiritus, los estractos y en suma lo mas selecto de su patrimonio; motivo mas que suficiente para que ponga en ella sus ojos.

Una vez limpia la botica, que suele ser á las dos horas de abrirse la puerta de la calle, van llegando los criados de servicio con las recetas que los médicos prescribieron en su visita matutina, y el boticario empieza sus preguntas de ordenanza en estos términos: — ¿Cómo sigue tu amo, farruco? ¿qué tal ha pasado la noche la señorita? ¿le hizo operacion la tisana al cochero?... Esos asturianos necesitan dos libras de *sulfato de magnesia*... Y otras por el estilo; aparentando tristeza si los remedios prescritos son extremos, ó alegria, cosa que le cuesta gran trabajo, si indican una convalecencia próxima.

Los enfermos pobres del barrio, vergonzantes para irse al hospital y faltos de recursos para pagar las visitas del esculapio, tienen sus horas de consulta con el boticario, que sin ver al paciente las mas veces, ordena polvos de su cosecha y receta emulsiones de su farmacopea particular, ganando en ello un ciento por ciento. Pocos son los boticarios que se ocupan de un contrabando médico tan inmoral y tan infame; pero algunos se han enriquecido con ese comercio y no sé yo dónde se esconderia mi tipo si alguna vez saliesen de sus sepulcros los infelices á quienes dió boleta para el cementerio, con una caja de polvos amarillos que así podrian estar compuestos de dos partes de harina de trigo y una de quina, como es verdad que costaron 12 rs., escasos si el infeliz paciente solo reunia 10 ó 10 1/2 despues de malvender sus andrajos. Hay casos en que el curandero de que hablamos suele darla de filantrópico, y cuando no puede ganar el ciento por uno suele despilfarrarse hasta el dos. Pero echemos dos libras de ácido sulfúrico sobre esas debilidades de mi tipo, y asistamos de nuevo á su oficina para que no se nos escape algun hecho importante de su variado aunque constante ejercicio.

Don Matías, era sobrino, y no lo es ya porque murió su tio, del boticario de su pueblo; aprendió latin, y lo olvidó á Dios gracias, con el dómine de Pioz: entró á manejar los botes á la edad de 10 años, pero ya llevaba dos y medio de recoger la flor de malva y amapola; á los tres de práctica ya habia aprendido el manejo de la espátula, se quedaba solo en la botica, cuando su tio iba de caza, y vino á Madrid con 16 años de edad, y 6 de oficio á servir una plaza de practicante en la botica del Hospital general. Hoy dia tiene (50 menos 10) 40 años de práctica, cree saber su obligacion como el doctor Hernandez de Gregorio, que es su ángel tutelar, y le conviene haber olvidado el latin, aunque él no está en el secreto, para poder traducir las recetas de ciertos médicos, que por no avergonzarse el dia de mañana de lo que recetaron ayer, lo ponen en un idioma que si se hablaba en la torre de Babel, ya se ha perdido la tradicion. Los practicantes de su botica son dos estudiantes del colegio de San Fernando y el mas atrasado, que está matriculado en segundo año, tiene certificaciones de latin, lógica, aritmética, álgebra, geometria, mineralogia, zoologia, botánica y física experimental; el otro estudió, á mas de todo eso, química y materia farmacéutica; ambos aborrecen de muerte á los *practicones*, y sostienen una disputa contínua con don Matías que no puede convenir en que todos esos estudios, especialmente la lógica, sirvan para hacer una anti-estérica ó clarificar un jarabe. A pie y descalzo iria mi hombre á Roma por no escuchar una teoría, ni oir hablar de las emetinas y opólitos que toda la vida se han llamado zumos é hipecacuanas. Estas cuestiones son curiosas de oir, y ya me alegraria yo saber de memoria alguna de ellas para que viera el lector los esfuerzos desesperados que en este ramo como en otros varios del saber humano hace la ignorancia para dar á la mano del hombre límites mas estrechos de los que un tiempo se creyera que le estaban señalados. Con saber don Matías que Andrómaco, médico primario del emperador Neron, fue el autor de la triaca magna, que esta medicina es buena para muchas enfermedades, que Felipe V le prohibió elebararla en su casa y que la venden en el Colegio de Boticarios; ¿para qué necesita romperse la cabeza con las diferentes teorias del Kermes, cosas que, como él dice, solo á Dios le cumple saber? Pues si él, que no tiene mas libros que la Farmacopea hispana, la matritense, y algunas hojas del Dioscórides, solo acude en caso de duda al *memorandum* manuscrito que su tio, por imitar á su antecesor no se llevó consigo al otro mundo, ¿para qué ha de gastar dinero en esos libros franceses acabados en *oier* y *eau* que dicen que para ser farmacéutico es preciso tener química; siendo así que don Matías para ser Boticario solo trató de tener esposa? Ahora mismo, mientras hemos pasado revista á la biblioteca de nuestro tipo, le ha ocurrido un lance que ha dado lugar al siguiente diálogo, entre él y uno de los practicantes:

—Pero don Matías, advierta V. que mientras el embudo ajuste herméticamente á la tubulura, no podrá V....

—Tú sí que estás herpético y turulato; veinte

(1) Esto se entiende, ó entiéndase, cuando habia Constitucion, porque en tiempos de absolutismo habia realistas; ahora no hay ninguna de esas milicias ciudadanas... *ergo*... (Pase al Congreso de Diputados la consecuencia.)

veces tengo hecho esto mismo, y al cabo y al fin chorrea.

—Es que, para que el líquido desaloje el aire contenido en el frasco...

—¿Aire en el frasco, jumento?..... y ¿por dónde quieres que haya entrado ese aire?

—¿Y por dónde quiere V. que haya salido, si no se da vacío en la naturaleza?

—Mira, tráete una pajita, para ponerla entre el cuello del frasco y el embudo, que así lo hacia mi difunto tio y déjate de metafísicas.

—Eso, si señor, porque así se pondrá en contacto con el aire atmosférico y...

—No me calientes mas la cabeza, y haz aquellas píldoras, antes que se endurezca la masa.

—Lo que debia V. tener aquí era un píldorero, y...

—Lo que yo debia tener aquí eran hombres con callo en los dedos de hacer píldoras, y así sabrian dividirlas á ojo. Toda mi vida he tenido orgullo en que nadie me ganase á buen ojo y á redondear ocho y mas á la vez.

El practicante obedece y no calla, porque siendo el principal algo sordo y muy sabroso el gruñir, no quiere perder tan favorable coyuntura, y aprovecha asimismo la de hojear á sus solas el formulario manuscrito de que se sirve don Matías para sus operaciones farmacéuticas. El estilo familiar del tal memorandum es tan divertido que no podemos resistir á la tentacion de copiar aquí una de sus hojas; y dice así:

«Cocimiento Dulzurante. Cogerás unos palitos »de zarzaparrilla, los abrirás con una navajita vieja, »y los echarás en una pucia ó puchero de Alcorcon, »despues tomarás un puñado de raeduras de cuerno »de ciervo; pondrás agua hasta el gollete del cacharro, y lo harás hervir, hasta que merme cuatro de»dos; entonces añadirás unos pedacitos de sándalo »rojo, y una taza de azúcar; lo separarás del fuego, »tapando el cacharro con un papel ordinario; lo deja»rás enfriar en el patio, ó en un cubo de agua del »pozo si corre prisa; lo cuelas y ya tienes hecho el »cocimiento, que venderás á 6 rs. libra.»

Las casas de la grandeza, las cárceles, los establecimientos de beneficencia y los conventos de monjas, tienen un libro en blanco llamado *recetario*, donde el médico escribe las medicinas que ordena; y como de esas gangas suspiradas, de todos los farmacéuticos, tiene algunas don Matías, recibe en su casa á los lacayos y á los mandaderos de los conventos; siendo el recetario de estos últimos el mas curioso, por estar prescritos casi todos los medicamentos por la tornera. Los médicos de esas santas casas, apenas ordenan nada sin que Sor María de la Transfiguracion de Nuestro Padre Jesus de Nazareno, coja la pluma y diga:

Señor Boticario. Envíeme usté hagua de cerezas y piedra bezual que es para un susto de nuestra madre priora.—Item. *Jarabe petoral, que es para uso interno, y que se repitan las píldoras de nuestro padre vicario.*

Esos recetarios ocasionan varias disputas entre mi tipo y sus practicantes, que rara vez entienden lo que en ellos se pide, y tienen que estar haciendo preguntas diariamente, sobre la *conserva del padre Bermudez, el ungüento de la madre Tecla, el bálsamo del cura de Tembleque, las píldoras para antes de comer* y otros nombres antiguos, comprendidos al ciento por uno en las nomenclaturas modernas. Las recetas de los romancistas que creen escribir en latin, y que don Matías *traduce libremente al farmacéutico*, son problemas de difícil resolucion para los jóvenes estudiantes. Hace pocos dias que si no llega el principal á tiempo, revuelven y alborotan Madrid buscando el cadáver de un suicidado, por haber llegado á la botica una receta que decia: *Cranii, Hermani, Suc.*

Así ó asá pero siempre descifrando recetas; y oyendo decir, que «el tiempo cura al enfermo y no el ungüento» y que «si la píldora güena juere no la dorarian por juera;» durmiendo dos horas de siesta, en la *rebotica* ó trastienda, y dando un paseito por las calles del barrio, da lugar don Matías á que llegue la noche y con ella el momento de echar una partidita de tresillo ó de mediator, con los médicos que de dia le hacen el caldo gordo, y á quienes paga el tanto por ciento de las recetas que mandan á su oficina. Ese tráfico vergonzoso é inmoral, que empezó por una deferencia de ciertos médicos, hácia tal ó cual Boticario, y que este recompensaba con un regalo en tiempo de páscuas, es hoy un comercio escandaloso, que dando por tierra con el decoro de la ciencia de curar, ocasiona perjuicios de consideracion á la humanidad toda. Y á no ser por la torpeza de los criados de servicio ó porque sus amos tengan simpatías con un Boticario determinado, jamas se descubriria ese trato clandestino que existe entre algunos profesores de ambos ramos del arte. Si una de estas causas no hiciese que la receta que el médico escribió para su consabida botica, fuese á parar á otra cualquiera, ¿cómo se habia de saber que el cocimiento allí prescrito, no es mas que agua de cebada con espíritu de canela, y que tal cual allí se receta no existe en ninguna de las farmacopeas conocidas? Necesaria es esa circunstancia y la de oir á esos médicos disputar con esos Boticarios, sobre el número de recetas que mandaron el sábado y las del lunes, para ver cómo anda la moralidad por una de las regiones sociales donde debiera brillar mas pura. Al paso que van llegará dia en que el Boticario tenga ocasion de comprar á buen precio una partida de quinina, y el médico se encargue de darla salida, recetándola para todas las enfermedades que se le presenten.

Pero vertido ya el ácido sulfúrico sobre la otra mancha social de mi tipo, no me queda mas remedio que echar una cantárida de vara en cuadro, sobre la especie de que acabo de hablar, y atravesando la botica, la re-idem, el laboratorio, el patio, los alambiques, las pucias, los tamices y los peroles, llegarme á la sala de su casa, y allí en la amable compañía de su familia, considerarle, no en cuanto Boticario, sino en cuanto hombre.

Desde que se suspendió *la visita* que por la junta superior de farmacia, se hacia todos los años en cada una de las boticas de Madrid, y por comision en las demas del reino, ha quedado el frac negro de don Matías menos recargado de servicio, y solo entra de guardia los dias de Navidad, el cumpleaños de la bocaria, el jueves santo, el dia que sale el *Dios grande* de su parroquia, y cuando se decide á sacar de pila á algun chico; cosa que ocurre siempre que la mujer de su droguero da á luz algun varon. Don Matías no es hombre que cree en la estabilidad de las cosas modernas, y aunque su mujer ha querido varias veces hacer colchas para la cama, del damasco amarillo con que se adornaba la botica el dia de *la visita*; él no lo ha consentido jamas, y conserva las colgaduras en un arcon, juntamente con la vajilla de plata en que servia un ligero ambigú á los visitadores.—Tras de estos tiempos vendrán otros, la dice, y mira tú lo que están haciendo con la Constitucion desde el año doce. En esto tiene mi hombre tanta razon, como en hacer que la cama del practicante esté inmediata al ventanillo, y la suya algo mas distante; aunque no tanto que le impida oir llamar de noche, sobre todo si el primero se hace el dormido, ó real y verdaderamente tiene el sueño pesado. Pero ya ha sucedido mas de una vez que el mancebo tuviese frio, y contestase desde la cama, *no tenemos*; cosa que exalta el orgullo y el *quid pro quo* de don Matías, hasta el extremo de preguntar desde su alcoba, y con los calzoncillos en la mano *¿qué piden*? y volverse á acostar

cuando el practicante contesta, *sanguijuelas*. Nosotros pedimos á Dios que semejante estratagema no se descubra jamas, porque en ese caso disfrazaria don Matías ante los tribunales el verdadero móvil de su queja, con los perjuicios que se siguen á la humanidad doliente de los engaños de su practicante, á quien mas de una noche de enero, le han hecho trabajar mas de una hora en un parche, aplicándosele luego á los ojos como broma de carnaval.

De esos chascarrillos y otros mas necios es blanco muchas veces el Boticario; pero en el número de los petardos se cuenta uno que prueba muy bien en qué proporcion está la ganancia de ese ramo de la medicina: Llegó un muchacho á una oficina de farmacia, pidió dos cuartos de ungüento blanco (me ha ocurrido antes que negro) y arrojando una moneda sobre el mostrador echó á correr por la calle: pícaro, bribon, dijo el practicante y quiso salir tras él; pero el principal le cogió del brazo y le dijo:—Serénate ¿qué hay?—Que me han dado un ochavo contestó el burlado mancebo. — Pues déjalo, que aun se gana la mitad.



El Boticario.

Ahora bien, señores, este tipo que acabo de bosquejar y que seria interminable si se escribiera con mas detencion, se va haciendo muy raro en Madrid, por la sencillísima razon de que siendo muy pocos los Boticarios de hoy dia, que no hayan seguido los estudios teóricos que exige tan difícil carrera, la mayoría de los farmacéuticos actuales han colocado la ciencia en España, casi al nivel que ocupa en otros paises mas adelantados que el nuestro; donde en vez del fanatismo con que hemos luchado hasta hace poco para cierta clase de estudios los españoles, la ilustracion abria ancho campo á las investigaciones de los naturalistas. Tanto el lujo exterior y el materialismo del despacho, como la riqueza y laboriosidad que se advierte en algunas boticas y laboratorios de esta córte, nos proporcionan diariamente productos desconocidos hace años en nuestro pais y otros que hacian al farmacéutico práctico tributario del extranjero. Interesados están los que se dedican á tan honrosa profesion, de conservarla todo el decoro que exige el objeto de sus tareas, aislando y persiguiendo á ese cúmulo de charlatanes que vulgarizando lo que no entienden, todo lo prostituyen y á quienes de intento no hemos querido nombrar hasta la última línea de este artículo.

ANTONIO FLORES.

EL DIPUTADO A CORTES.

MIESES arrasadas y aniversarios políticos, regencias constitucionales y denuncias, fusilamientos y programas, estados de sitio y juntas de armamento y defensa, felicitaciones á porrillo y mejoras materiales en ciernes; plagas son capaces de borrar del mapa al mas floreciente de los imperios; píldoras que ni una á una podrian tragarse á no venir doradas con el barniz del patriotismo, el lustre del desinteres, el brillo de la tolerancia, el explendor de la libertad, el esmalte de la grandeza y la fulgidez de la ventura. Así alternan en perpétuo contraste para la gente española fantásticas ilusiones y fúnebres desengaños: orla hoy sus sienes con la aureola del triunfo quien ayer gemia entre el polvo de la derrota: acaso mañana sucumba de nuevo y proclamen las cien lenguas de la fama al que yace envuelto en el sudario del olvido. Así giramos con vertiginoso afan y crónica demencia en el eterno círculo de nuestras desventuras sin fé que nos sustente, ni esperanza que nos guie, ni caridad que nos socorra, ni prudencia para prevenir el riesgo, ni justicia para administrar al adversario, ni fortaleza para dirimir antiguos rencores, ni templanza para contrarestar la soberbia que nos inspira la fortuna cuando con faz benévola nos acoge y á que abusemos de la victoria nos induce. Así desprovistos de virtudes, avarientos de contiendas, y seguros de que nuestro pais renace siempre de sus propias cenizas, incendiamos un dia y otro nuestros hogares, combatimos á la luz de las rojizas llamas que devoran lo que poseemos hasta que lagos de sangre las apagan, y reprimimos nuestro encono mientras no se viste otra vez de frutos la campiña y de árboles la enramada.

Pues bien, hay quien sostiene que tan frenética saña, tan inícua porfía, y tan imponderable desconcierto se reducen en suma á la solucion de un problema. Hubo un tiempo en que el Diputado á Córtes era planta *indígena* en España: yerta y marchita bajo el maléfico influjo del cierzo austriaco, ni sombra quedara de ella en su vasto territorio: trátase de averiguar si aun le son favorables nuestros climas, ó si han variado de tal modo que haya necesidad de colocarla en la categoría de las plantas *exóticas*. De algunos años á esta parte brota entre nosotros sin período determinado, crece á la intemperie, y sin riego ni cultivo espira como planta *parásita*, ya arrancada de raiz por el impetuoso empuje del popular torbellino, ya agostada en su tallo por los espléndidos resplandores del sol del trono. Si algun dia llegara en

fin á aclimatarse, como en otros paises, la observaríamos verde y pomposa y lozana en la estacion de las nieves, despojándose de sus galas apenas el rocío de mayo anima á las floretas con su vivificante jugo: entonces podria decirse con exactitud que el Diputado á Córtes es *planta de estufa*. Fuera inexacto asegurarlo en el dia, pues desde que empezamos la publicacion de los *Españoles pintados por sí mismos*, han trascurrido dos inviernos, dos primaveras, dos veranos y un otoño, y esa planta ha pasado tres veces por lo menos de la cuna al sepulcro con tan efímera vida, que ni el botánico mas entendido hubiera logrado hacer un rápido análisis de sus propiedades. Hé aquí por qué hemos retardado la presentacion del Diputado á Córtes en nuestra galería: convencidos nosotros de que debe estudiársele en la época de las sesiones, si ha de evitarse el escollo de descubrir su imágen desproporcionada ó imperfecta, como la de quien se mira á un espejo falto á trechos de azogue, pretendíamos dibujarla con el original á la vista, á fin de que se juzgase con acierto del parecido; mas como la escasa duracion de las legislaturas no permite espacio para el dibujo ni menos para el cotejo, renunciamos á nuestra idea primitiva. Renunciamos sí, mas con la esperanza de que nos disimule el lector indulgente alguna incorreccion involuntaria, alguna ligera sombra, ya que por no privarle del bosquejo, lo trazamos con toda premura y con mas trabajo del que nos ocasionaria una simple copia presentándoselo concluido en el período que media de una disolucion á una convocatoria. Cabalmente es la época en que vaga por la atmósfera el suave céfiro que engendra y acaricia al Diputado, y en que aun no se percibe, ó solo muge en lontananza el formidable huracan que le hiere y asesina. De este modo nos prevenimos contra todo evento.



El Diputado á Córtes.

Hace medio siglo reinaba entre nosotros un órden de cosas inmutable: ahora, segun el dicho de un célebre publicista, si uno se encarama sobre el guardacanton de una calle ve pasar las revoluciones por cuartos de hora: con ellas varian continuamente de formas los tipos de la sociedad ó desaparecen del todo de la haz de la tierra. Trasformados se hallan el *chico de la candela* en el *pobre de San Bernardino*; el *guardia de Corps* en *empleado civil*, *oficial de ejército*, ó *señorito de provincia*: si los que hemos venido al mundo despues de 1814 conservamos memoria del jaqueton *chispero*, es debido á la casualidad de haberse perpetuado el último de la clase no en los barrios de Lavapies y las Maravillas, sino en regiones de mas altura: ya no existen para nosotros el miliciano nacional, ciudadano pacífico ó impávido guerrero segun lo despejado ó turbio del horizonte; ni el monacal atlético, rojizo y bermejo, sátira del

ayuno y documento auténtico del regalo: unos dias mas, y en vano buscareis de San Anton á la Morería ni el mas remoto vestigio de la saladísima *manola*. No queremos de ningun modo que pese sobre nuestra conciencia la falta que resultaria de no mencionar al Diputado á Córtes cuando su centésima resurreccion se aproxima: si su existencia ha de ser corta, si su porvenir es quimérico, si le condena su fatal destino á vivir solo en los anales de lo pasado, fuera imperdonable olvido desperdiciar el momento presente. Conviene advertir que, en nuestro dictámen, la muerte ó una vida llena de azares y contratiempos, son sinónimos en este caso: vivir de limosna es poco menos que morirse de hambre.

Desgracia es que ni aun podemos hacer uso del daguerreotipo para dar feliz remate á nuestra tarea: apelamos pues al último recurso, y nos decidimos á ejecutar el retrato de memoria.

Mucha semejanza se advierte entre las maniobras de los ejércitos y las operaciones de las asambleas: Diputados de la oposicion y Diputados ministeriales forman dos campos enemigos: defienden unos y atacan otros al banco del ministerio, almenado castillo, cuya posesion anhelan todos: en el salon de columnas se rompe el fuego de guerrillas; dentro del congreso hay cotidianos choques y escaramuzas, no son tan frecuentes las batallas campales: si el ministerio presenta un proyecto de ley, y la comision encargada de su exámen lo apoya, esta equivale al lienzo exterior de la fortaleza; si lo impugna, se trasforma en la batería avanzada que arroja contra el baluarte toda especie de proyectiles. Estas reflexiones nos inspiran la idea de presentar al Diputado bajo todas las fases de que es susceptible, buscando las correspondientes equivalencias en los diversos grados de la milicia: así, conoceremos al *Diputado recluta*, al *Diputado cabo de escuadra*, al *Diputado comandante*, y al *Diputado general en gefe*. Manos á la obra, y Dios nos la depare buena.

EL DIPUTADO RECLUTA.

Hasta en su orígen se parecen el *quinto* y el *representante del pueblo*: llámese *cántaro ó urna*, es lo cierto que de una cavidad de madera emanan ambas investiduras: si el *quinto* no ha depositado cuota alguna en la *Sociedad del Iris* ú otra semejante palidece cuando, abierta una *bola*, oye en el *sorteo* su nombre de bautismo: por poco que haya frecuentado el *representante del pueblo* los *comités electorales*, rebosa de gozo cuando, desdobladas una y muchas *papeletas*, resulta en el *escrutinio* haber obtenido mayoría de votos. Ved á esos dos personages abandonar su hogar doméstico cabizbajos y meditabundos: aquel teme los sinsabores que le esperan antes de adiestrarse en el *manejo del arma*: este se ocupa en coordinar la *improvisacion* con que piensa anunciarse cuando se conteste al *discurso de la corona*. Sin embargo, raro es el *quinto* que al entrar en *caja* no posea algunos rudimentos de soldado, siquiera haya hecho el *ejercicio* con una escoba en las eras de su tio materno: cíteseme un Diputado que antes de tomar asiento entre los padres de la patria, sus colegas, no haya echado su cuarto á espadas como orador en algun ayuntamiento ó diputacion de provincia, entre los tertulianos del cura y el barbero, ó entre los concurrentes á la alojería de su aldea. Todo *quinto* recuerda mientras se dirige al *depósito* que muchos generales celebres, por soldados empezaran su carrera: ningun *representante del pueblo* ignora que de Diputado á ministro es corta la distancia, y, aunque haya prometido á su provincia no admitir empleos, se acostumbra á contemplar erizadas de espinas las poltronas de terciopelo, y si le designan para sentarse en alguna de ellas, se forja la ilusion de que no admite gracia, antes bien se persuade de que hace un sacrificio, y de que aquello no es *empleo sino cargo*, y con este trueque de palabras logra transigir ó capitular con su conciencia. Reclutas hay en los ejércitos, no procedentes de quintas, por haberse alistado voluntariamente: de todo el que sale Diputado por una provincia, donde nunca ha vivido, donde nadie le conoce, puede decirse con exactitud que *sienta plaza en el congreso*; y si todavía se nos manifestara que muchos, á quienes *cabe la suerte de soldados*, no *ingresan en el servicio*, contestaríamos que no existe gran diferencia entre un *sustituto* y un *suplente*. Casi todos los *quintos* atraviesan á *pie* la distancia desde su pueblo á la *caja*: casi todos los Diputados vienen á la córte en lo *interior* de una *góndola*: si alguno de aquellos se provee de un mal caballo, tambien alguno de estos toma asiento de berlina. De sesenta Diputados, no establecidos en Madrid, con sus familias, cincuenta y siete se acomodan en las fondas de *Europa* y de los *Leones de Oro*, ó en casas de huéspedes, cuyo estipendio diario no esceda de doce reales, y así consiguen reducir á dos onzas su presupuesto mensual de gastos, sin incluir en esta suma lo que les cuesta un frac negro, para los dias de ceremonia, mientras no vistan otra librea. Cercanos están los tiempos en que hemos visto consejeros de la corona de ambas Castillas, no muy versados en la lectura: difícilmente se hallará un Diputado visoño que no haga alarde de sus nociones aritméticas. Vedle solícito y puntual á la hora de la cita como se espacia entre los desiertos bancos y acecha la entrada del presidente y de sus colegas, y suma uno, dos, tres, hasta cincuenta: entonces se aproxima paso á paso á la silla presidencial, murmura algunas palabras al oido del que la ocupa, y la sesion se abre dos minutos antes, merced á su exquisita y loable vigilancia. A ella se debe tambien el que no se desperdicie ni un solo instante en las discusiones, porque el Diputado *recluta* enumera escrupulosamente los que hacen uso de la palabra, y no bien resultan *tres en pró* y *tres en contra* pide que se pregunte *si está el punto suficientemente discutido*. Su maestría en este género de operaciones le vale ser designado por el presidente para contar los que se hallan en *pie ó sentados*, siempre que ocurre duda en *votaciones ordinarias*. Ocúpase pues el Diputado novel en oficios menudos, mientras se impone en todos los arcanos del *reglamento*, ni mas ni menos que el recluta corre con el *rancho* y hace de *cuartelero* y va en busca de *utensilios* mientras se inicia en los preceptos de la *ordenanza*. Con ser un hombre espigado y robusto tiene andada la mitad del camino para figurar dignamente en una *compañía de preferencia*; así como un *Diputado primerizo*, segun arriba indicamos, merece justos encomios si aplica bien las fórmulas de la *economía doméstica* á la *economía parlamentaria*.

Aun cuando el Diputado *recluta* se propone no desplegar sus lábios hasta que se trate del *proyecto de contestacion al discurso de la corona*, que es como si dijéramos la *olla podrida de las discusiones*, tal vez ocurra que al hablarse de las actas de su provincia, ofrezcan dudas las operaciones de tal ó cual distrito; precisado entonces á usar de la palabra, tímido y balbuciente, como inexperto y desprevenido, tartamudea y trasuda, y se confunde hasta que al fin termina con esta frase histórica y de cuya autenticidad respondemos: «Nada me importa que se elimine ese distrito, pues en otros de mas electores fuí nombrado por *unanimidad de todos los votos*.» Sin otro reves llega la hora apetecida y el instante en que le corresponde el turno: se halla mas sobre sí y se arroja al combate sereno y alegre, valiente y osado. Si las ideas del *Diputado novel* se acercan al *progreso rápido*, con maldecir la *tiranía del gobierno*, con despreciar *el hacha del verdugo* y atribuir nuestras desgracias al

gabinete de las Tullerías, y desear que de *las cumbres del Pirineo se alce un muro de bronce, cuyas almenas lleguen á la órbita de la luna*, con entonar himnos á *la soberanía del pueblo*, y llamar *sanguijuelas del Estado á los empleados civiles*, y lamentarse de la no *presentacion de cuentas* y anteponer la palabra *libertad* á la palabra *órden*, y hablar antes de la *milicia nacional* que del *ejército*, y del *pueblo* antes que del *trono*, puede estar seguro de obtener seis *aplausos*, sin contar los *bravos y efectos*. Si pertenece al *gran partido monárquico constitucional*, ó *conservador* y *parlamentario*, debe calificar de *bacanales* todos los *pronunciamientos* que no hayan proporcionado la victoria á sus *correligionarios políticos y sociales*: si se encuentran en el poder no ha de causarle susto la *dictadura militar:* brindan el suficiente campo á la censura, lo del *gobierno á caballo* de marras, y blanco á su ojeriza, el *gabinete de San James:* su triunfo no puede ser ruidoso, mas si en sus giros oratorios se remonta á las nubes, si alcanza á *esprimir* sus ideas en confusas frases, y en períodos ininteligibles así para el que los dice, como para los que lo oyen; méritos son esos que tarde ó temprano han de valerle ser incorporado á los miembros de la *suprema inteligencia*. Tampoco seria nuevo que, apenas concluido el discurso, se encaminara presuroso el Diputado á la redaccion del Diario de las sesiones para corregirlo, como si existiera algun aparato con cuyo auxilio se estampáran las palabras que se pronuncian por la sola impresion del aliento, cual se graban las imágenes por la sola accion de la luz en el moderno daguerreotipo.

No es lo probable que el Diputado *recluta* suelte prenda á las primeras de cambio; por eso en punto á votaciones no le sujeta ningun vínculo con las diversas fracciones en que se divide el congreso, y pronuncia alternativamente el *sí* ó el *no*, en *pró* ó en *contra* del ministerio con voz entera, altisonante y rotunda. Mantenerse en esta posicion independiente es un propósito irrealizable, un error profundo de que abjura el mas pertinaz y testarudo antes de cumplirse una semana. Así como entre dos jugadores desconocidos se decide uno instantáneamente en favor del que mas despierta sus simpatías, entre dos opiniones encontradas es natural que adopte la que le parece mejor expresada, y es sin duda la que vibra mas halagüeña á su oido. Ademas el *Diputado risoño* conoce muy luego que si hace ostentacion de templanza y apela á medios conciliatorios, han de calificarle de *pastelero*; si incurre en la imperdonable falta de creer que al ministerio le asiste la razon en la cuestion que hoy se ventila, despues de no habérsela dado, como individuo de la oposicion en la que ayer se ventilara, se ha de ver motejado de *apóstata* y de *tránsfuga*, porque en política no es prudente mudar de consejo, y segun las *prácticas parlamentarias*, desde que se anuncia la discusion de un proyecto de ley, debe el Diputado formular mentalmente su voto y parapetarse contra toda especie de raciocinios. Ni le cuesta gran trabajo habituarse á estos usos: agotada toda su energía á consecuencia del primer esfuerzo oratorio; persuadido de que España cuenta el número de sus horas por el de sus infortunios, y de que de Cristo acá todos los redentores han sido crucificados, permanece mudo por largo tiempo; se hace *voto de reata* y, modelo de subordinacion y disciplina, recibe las inspiraciones de sus gefes considerándolas como su único norte. Ocioso es decir que de veinte diputados *reclutas*, diez y nueve nunca pasan de *soldados rasos*; no obstante si sus provincias los reeligen, cual suele suceder siempre, ascienden en otra escala. Al principio consideran el cargo de Diputado como honorífico, y su desempeño como uno de los *deberes* que les impone su cualidad de ciudadanos: despues que se acostumbran á asistir todos los dias al Congreso, no sabrian cómo ocuparse en su pueblo miéntras duran las legislaturas, ni acertarian á matar las horas que se emplean en las sesiones, aun cuando fijaran su residencia en Madrid ó en sus contornos, y entonces empiezan á ser Diputados por *necesidad* y por *recreo*. Aun les queda otro ascenso y lo alcanzan, cuando se cercioran de que vale mucho tener por amigo al gabinete en su provecho y en el de sus allegados, y se trasforman súbito en Diputados *de oficio*.

EL DIPUTADO CABO DE ESCUADRA.

De una chispa brota un incendio, como á veces una leve nube produce formidable borrasca: del reparto de papeles, hecho por el *autor* de una compañía cómica, depende á menudo el buen éxito de un drama: influye de una manera notable en las *bolsas* de comercio y hasta en los salones de la *diplomacia* la diligencia de un correo-gabinete: por la hábil combinacion de números proporciona acaso un simple amanuense pingüe ganancia á su principal en varias empresas mercantiles: en la vasta redondez del mundo hace mas uno que habla, que ciento si permanecen silenciosos: con frecuencia el arrojo de un cabo de cazadores, peleando en una guerrilla, permite espacio al general en gefe, para disponer sus tropas en columna cerrada, y tomar á la bayoneta montañas de peña viva. Por razones análogas un Diputado de la última gerarquía parlamentaria, logra ejercer no escasa influencia en el Congreso en ciertos dias y en determinadas ocasiones. No existe identidad ni aun semejanza en las cualidades que pueden constituir un excelente Diputado con *galones*. Como revele mediana disposicion para la intriga de órden secundario, para el manejo interior de dos ó tres decurias, y se dé maña para hacer que produzca efecto en una conversacion familiar tal ó cual especie vertida al acaso y sea un regular estractista, es digno de la confianza de sus gefes y prepara con su venia el giro de los debates; combina las votaciones, toma apuntes de cuantos expedientes quedan sobre la mesa, y señala á cada uno su puesto poco antes del choque, escaramuza ó batalla: fuera del Congreso podria encargarse de la *gacetilla ó crónica de la capital* de un periódico moderado ó progresista, y desempeñaria con acierto el destino de relator de una audiencia. De uso, si no tan comun, mas provechoso, es la *individualidad* del que descuella entre todos por la robustez de sus pulmones, no bastando á cubrir su poderoso acento en bancos ni tribunas, aplausos ó murmullos: á esta circunstancia debe reunir la de un carácter *naturalote* y el prurito de decir *verdades como abuses* y de *arrancar la máscara con que se disfraza la hipocresía* y de *llamar las cosas por sus verdaderos nombres*. Representa fielmente por lo áspero de su tono, y lo tosco de sus modales, á la ingenuidad en caricatura: descarga tajos y reveses á ciegas, seguro de no dar golpes en vago; y así es que apenas obtiene la palabra todos le temen, amigos y adversarios; estos porque parte derecho al bulto, y aquellos porque su deseo de *cantar claro* puede serles nocivo, y una revelacion imprudente destruye los proyectos mejor combinados. No es frecuente que así suceda, pues los *arranques oratorios* de su voz atronadora, vienen de improviso como plaga de langosta ó turbion de verano, y vibra siempre terrible ya para anunciar una *interpelacion furibunda*, ó para formular una *recriminacion fulminante*, ó para denunciar un *abuso escandaloso*: de este modo siembra la agitacion en la asamblea, y cunde por calles y plazas, y suele terminar la crísis que promueve con la *caida del ministerio ó una declaracion de estado de sitio*. Un Diputado de esta especie valdria para barítono todo un tesoro; mas en breve dejaria vacante, pues los *berrinches* que toma no son para hacer los huesos viejos. Cada discurso le cuesta

un par de sangrías, cada triunfo ministerial, en cuestiones que haya tomado parte, tres docenas de *sanguijuelas*, y muere siempre de algun *sofoco ó ataque cerebral* en edad temprana. Entre los Diputados *cabos de escuadra*, aquellos que sobresalen por su actividad y diligencia son los que desempeñan mas ímproba tarea; idas y venidas á la comision de *presupuestos* y á la de *cuentas* y al ministerio de la Gobernacion de la Península y al de Hacienda, y á la gefatura política, y á la cárcel de Córte, y á la del Saladero y al Senado, siempre buscando la pista á las contratas que se hacen á *cencerros tapados*, siempre á caza de *documentos* para echar la *zancadilla* á los ministros, siempre en pos de infelices, encerrados en calabozos por causas políticas, para convertir sus *cuitas* en armas de oposicion contra la arbitrariedad de los *mandarines*. Si se suscita de pronto en el congreso una cuestion ruidosa, y no se halla presente alguno de los paladines de su bando, se proporciona un coche, le busca y le encuentra: como el caso lo requiera sale otra vez del congreso, y las noticias que esparce circulan en breve por la Puerta del Sol de boca en boca, y al punto se pueblan las galerías de espectadores: si la votacion se aproxima y es dudoso el resultado por hallarse equilibradas las fuerzas, acude con la velocidad del rayo á casa de los achacosos y enfermos, y les infunde mas aliento con sus pomposas frases que los doctores con sus cocimientos y unturas. Y á imitacion del cabo de escuadra que en horas de inminente riesgo conduce al aspillerado muro hasta los heridos; el Diputado, que por su presteza es digno de lucir sus *galones*, lleva al sitio del combate y presta apoyo á algunos de sus colegas que ni aun pueden sostenerse con muletas; así habreis visto en horas críticas dentro del salon del congreso, rostros cadavéricos y figuras exánimes, deseando á fuer de patriotas conservar la vida hasta emitir su *voto*; pues así como un herido de gravedad con mover la primera falange del dedo índice aplicado el gatillo de un fusil puede ocasionar la muerte de un caudillo que dirija el cerco de una plaza, un Diputado próximo á exhalar su postrimer suspiro, con un *sí* ó un *no* que articule su cárdeno y trémulo labio, puede anonadar á un ministerio; tal es la naturaleza de los gobiernos representativos. Por si os ocurre clasificar de otro modo á estas diversas especies de *Diputados cabos de escuadra*, llamad al primero *Diputado anzuelo*, al segundo *Diputado bomba* y al tercero *Diputado ardilla*; resultando siempre que son hilos indispensables para entretejer como es debido la flexible red parlamentaria.

EL DIPUTADO COMANDANTE.

Sin haber oido silbar una bala sientan algunos plaza en la milicia hasta de coroneles, nada tiene de extraño que otros ingresen en las filas de los representantes del pueblo en la categoría de *comandantes*, por ser justo que varones de largos estudios y de acreditadas luces capitaneen en la asamblea á los que allí toman asiento, á consecuencia de haber jugado uno de los principales papeles de la última bullanga ó de no haber economizado los áridos de sus graneros, ni los líquidos de sus bodegas para atraerse mas número de comitentes.

De los distintos sucesos de una campaña podeis ormar idea solo con tres clases de documentos, *órdenes del dia*, *arengas ó proclamas* y *partes oficiales*. Y aun la diversa índole de esta clase de escritos os da la clave para conocer la diferencia que existe entre los caudillos de un parlamento, quienes maniobran comunmente por separado, y solo en fuerza de evoluciones complicadas y de *cambios de frente* consiguen unirse para una terrible acometida. Suponiendo que el debate parta de una *proposicion ruidosa*, su lectura equivale al *toque de diana*, y el discurso con que la apoya uno de sus autores á *la órden del dia*. El Diputado *comandante* que lo pronuncia y da así la voz *de alarma* junta á la lógica del raciocinio la sutileza del ingenio; mezcla hábilmente el bálsamo del panegírico al veneno del sarcasmo, afecta sinceridad y franqueza mientras oculta sus miras á sus mas inmediatos parciales: se parece al manso arroyuelo que serpentea escondido entre flores, adivinándose el curso de sus ondas solo por el murmullo que producen al deslizarse sobre un lecho de verdura, y no torna á mostrarse sino convertido en espumoso torrente. En contínuo tira y afloja, acariciando maliciosamente al ministerio por cuya destruccion trabaja, casi merece el título de Diputado *medias tintas*: si tiene corazon es un abismo insondable, su cabeza es un volcan, donde hierven las ideas como ardiente lava: de sus lábios brotan dulces y melosas las frases mas dañinas y virulentas. Nadie podrá disputarle un cargo de esta especie á un hombre habituado al foro, desmenuzador analítico de períodos y oraciones, disertador enojoso hasta la médula de los huesos, y apto para ocupar dos ó tres sesiones con un discurso, si conviene ganar tiempo. Dada la señal de ataque es forzoso enardecer el corazon del soldado, fascinar su mente para que ame el peligro, despertar su orgullo para que lidie con denuedo. No alcanzan tales milagros la dialéctica ni el raciocinio, la profundidad de ideas, ni la severidad de doctrinas, sino la aglomeracion de imágenes vivas, poéticas y palpitantes; y para expresarlas con buen éxito solo se requiere ser artífice de vocablos sonoros y significativos hasta para el vulgo; de esos vocablos que inflaman las pasiones é irritan el entusiasmo, sujetando la razon á las fogosas inspiraciones del momento sin consentirla espacio para rebelarse contra el espeso torbellino de palabras que la acomete y atropella. Para esto se pinta solo el Diputado *cohete ó exhalacion parlamentaria*. Falta aun hacer el último esfuerzo: son las votaciones nominales en las asambleas lo que las cargas de caballería en las lides, y vienen en pos de la *voz de mando*, *del toque á degüello* y del *impetuoso galope*: suple por estas tres cosas el Diputado que reasume la cuestion punto por punto, amenizando su peroracion con agudos chistes y severas razones, porque su voz, á semejanza de un piano, vibra por todos los tonos segun la tecla que se pulse, y retumba bronca y horrenda como el rugido de los huracanes, ó suave y armoniosa como el susurro de la brisa entre los olmos del ameno valle. Suena por último lúgubre y funeraria como el tañido de la campana que dobla á muerto y á la vez bulliciosa y sarcástica como el rumor de la orgía, cuyos brindis y cantares alternan en la mansion de los hombres con la triste salmodia del oficio de difuntos; y es que el discurso del Diputado *clamoreo* toca á su término, y el compungido gabinete está de remate, y ni la uncion le alcanza en su agonía. Se da luego el *parte oficial* de la batalla desde las poltronas ministeriales por los que acaban de sentarse en ellas: lleva la voz el presidente del Consejo, suele referir lo ocurrido y anunciar lo que se propone que ocurra, ó, mas claro, narra un suceso y formula un programa, columpiándose entre realidades é ilusiones, como si colocado en el istmo de Panamá viera crecer las olas del mar Pacífico y del Atlántico para sumergirle en su seno: y no se nos acuse de haber traido á cuento esta comparacion como á remolque. Todo ministerio sirve en las córtes españolas de blanco á opuestos tiros disparados á quema-ropa sin recursos para libertarse de sucumbir entre dos fuegos, porque en vano resiste cual diamantina roca la furiosa arremetida de los parciales de sus antecesores, si no puede tapar la boca á todos los que contribuyeran en su encumbramiento, y unos y otros forman íntima alianza y estrecha liga contra el comun enemigo, arrojándose á la pelea en alas del resentimiento que les inspira haber sido des-

airados, ó del encono que nutren en sus pechos viéndose vencidos. Ni el Diputado *medias-tintas*, ni el Diputado *clamoreo* caen en el lazo de las *condiciones ó engaños mútuos*, poderosas palancas para destruir lo que existe, débiles cimientos para edificar lo que existir debe. Astuto y sagaz el uno como *lejítimo representante de la elocuencia forense*: cauto y previsor el otro como perfecto *símbolo de la elocuencia parlamentaria*, dejan en la estacada al Diputado *cohete*, emblema de la *elocuencia tribunicia*, haciéndole víctima propiciatoria de sus encontradas ambiciones; porque blando de corazon no sabe ponerse en guardia contra amistosas porfías, y rociando con lágrimas la cartera de una secretaría del despacho, la admite solo con la idea de salvar la patria, sin que le aterren compromisos, ni le aturdan reveses, ni le anonaden escarmientos. De todos modos por mal que libre siempre le ha de quedar su grado de comandante y la remota esperanza de que cuando regrese á su provincia le saluden sus comitentes con flautas y violines, á no ser que se vuelvan las tornas y celebren su inesperado arribo coberteras y cencerros en monótona disonancia.

EL DIPUTADO GENERAL EN GEFE.

No admite duda: *reclutas*, *cabos de escuadra y comandantes* dan batallas y consiguen victorias sin acordarse de sus gefes: consiste en que henchidos de vanidad y de arrogancia ni prestan oido á la experiencia de los años, ni ceden la palma á la supremacía del genio: rompen los vínculos de la disciplina y revueltos é insubordinados, se agitan en el recinto del santuario de las leyes; y si les falta talento les sobra arrojo, y en el último estremo ventilan la cuestion *al aire libre*. Vegetan en tanto como *de cuartel* sus naturales directores y maestros deplorando desaciertos que con su legítima intervencion habrian de evitarse. De poco vale colocar cañones en frente de un castillo para abrir brecha y facilitar el asalto cuando no se dirige bien la puntería y solo se consigue meter ruido gastando la pólvora en salvas: es inútil cavar una mina que haga saltar en pedazos los bastiones del muro, si de ello se apercibe el gefe sitiado y neutraliza el peligro que le amenaza. Por una razon análoga no se derriba á un gabinete con fogosos discursos, apóstrofes violentos y reticencias amenazadoras si la intencion no va encubierta, y el golpe no sigue de cerca al amago. Apenas se advierte desemejanza entre un ejército disperso y una cuestion estraviada: un hombre de autoridad y prestigio que arenga á la fugitiva tropa, rehabilita á veces su fuerza y arranca la victoria al enemigo: un Diputado que trae la cuestion á su terreno y dá realce á las razones en ella aducidas, reproduciéndolas en conjunto, gana una votacion que podia contarse por perdida: otro Diputado que secunde los planes de este, hace casi imposible una derrota. Si halláreis alguno que sea lógico inflexible, original en sus argumentos, lacónico y contundente en la réplica, diestro y sesudo en el ataque, firme y tenaz en la resistencia, prudente y cauteloso en la retirada, no os pareis en si discurre mejor que habla ó habla mejor que pronuncia, y aclamadle general en gefe del parlamento. Colocad en la propia categoría á todo el que veais en un momento dado acallar con su acento cuantas prevenciones existan de antiguo contra su persona y la ambigüedad de su conducta, y grangearse como por encanto veneracion, respeto y alabanza, en vez de la indiferencia, el desprecio y la censura con que le abrumáran necias rivalidades de medianías. Ateniéndoos á estas condiciones poco me importa que os imagineis esos personajes á medida de vuestro deseo: sean si os place uno jóven y otro anciano; peine aquel poblados rizos y este blancos cabellos donde no se lo impida su calva; distínganse al primero por su desenfado!! por sus marrullerias al segundo, y ambos por su agudeza y por la facilidad de reducir á polvo solo con un epígrama á una reputacion naciente. No juzgueis por las apariencias para no trocar los frenos: acaso si contemplais á un jóven de gallarda apostura y advertis algo de marcialidad en sus modales no os acostumbreis á creer que nunca ha ejercido la honrosa profesion de las armas, asi como á la vista de un viejo de color sonrosado, salud robusta y esterior apacible no os formais la idea de un veterano. A depender de nosotros la existencia real y efectiva de estos dos generales en gefe ya veríais al uno impávido é impasible luchar contra todos los elementos conjurados en su ruina, y al otro menospreciar los murmullos de las galerías hallándose á su alcance el modo de convertirlos de repente en aplausos unánimes, prolongados y estrepitosos. Os aficionárais de tal modo á estos entes ideales si fueran de carne y hueso que os pareceria viuda toda asamblea en que no figurasen, é intacta toda cuestion en que no se oyeran sus discursos. Resueltos nos hallamos á no hacer mas revelaciones: enemigos de la intriga y del dolo, nadie nos va en zaga cuando la verdad exige nuestro culto; y aunque de buen grado nos engolfaríamos mas en este asunto, nos aconseja la razon que pongamos punto en boca, recordándonos el proverbio de que al buen callar le llaman Sancho, como al autor de estos mal urdidos renglones.

A. Ferrer del Rio.

EL PORTERO.

¡Dichosa *edad y siglos dichosos aquellos* en que cumpliendo el hombre con el fin que el cielo le ha señalado, no conocia ley que menguase su libertad, ni respeto que enfrenase su albedrío, ni pretensiones que le trajesen desasosegado, ni otros deberes para con los demas que los que la naturaleza ha prescrito á cada cual, mostrándole la razon por guia y por consejero la conciencia! No se habian inventado aun las palabras de *sociedad* y *civilizacion* para denotar el martirio de la tiranía y el hipócrita disfraz del vicio; no se encubria el fraude con la generosidad, la lisonja con la franqueza, la envidia con la alabanza: el poderoso no abusaba entonces de la credulidad del desdichado, ni le hacia servir á los caprichos de su orgullo; todos se creian iguales, y por esto eran todos venturosos.

Quizá del olvido de este principio provengan nuestras presentes calamidades; aunque si por las dichas de la especie humana se ha de conjeturar, la igualdad que reinaba entre sus individuos, bien se puede decir desde hoy que esta jamas ha existido: á no colocarla en la edad famosa de oro, que tan bien pintó don Quijote, inspirado por la contemplacion de unas bellotas, y que tan mal he escrito yo, queriendo recordar su razonamiento. Con todo, el proyecto de degenerar el mundo y hacer venturoso al hombre no debe ser caso desesperado, cuando hay filósofos que en dos paletas nos devuelven todas las dulzuras perdidas en la manzana del Paraiso. En Francia, sin ir mas lejos, tenemos un nuevo apóstol que trata de redimirnos de la vergonzosa esclavitud en que nos hallamos; no es menester citar el nombre de Lammennais, porque seria entrar en personalidades; tampoco es del caso esponer los fundamentos de su doctrina; baste saber que el dia en que se realice su pensamiento (y no debe estar lejano) será de juicio para la tierra. El magnate y el mendigo verán igualadas sus fortunas en la balanza de la justicia; quedarán proscritas para siempre las calificaciones de pobre y rico; todos nos

miraremos como hermanos, y los bienes acumulados ahora en las manos del avariento, serán patrimonio comun de cien familias y propiedad de otros tantos menesterosos.

¿Qué será entonces de esta civilizacion que tanto decantamos, de esta ilustracion moderna á que seguramente no llegaron jamas ni el Egipto, ni Grecia, ni Roma en sus mejores tiempos? Diráume, y no se podrá negar, que en semejante estado el progreso de la civilizacion tocará ya á su apogeo; que no es dable mayor *perfectibilidad*; que desaparecerán para siempre la esclavitud y la servidumbre, los privilegios y la tiranía. Yo acepto desde luego el sistema y sus *consecuencias*; pero hablemos claro: ¿cómo nos vamos á componer entonces? ¿andarémos todos á pié, ó serémos todos gente de carruaje? En el primer caso, si el zapatero es igual á mí, ¿con qué derecho le mandaré que me haga calzado? ¿y quién será mi cochero, si el asturiano mas záfio ha de ser persona tan acomodada como yo mismo? Por otra parte ¿de qué servirán estas casas que diariamente y con tanta priesa edificamos? ¿Quién ha de ocupar la *aérea* boardilla y los pisos inferiores, si todos habrán nacido y tendrán para habitar en los principales? La respuesta que puede darse á estas objecciones, yo me la sé, y la callo, porque lo mejor es dejarse de desvaríos, y hablar del asunto que me he propuesto con la gravedad que requiere el caso.

Un ser hay entre los racionales que prueba mas que ninguno lo civilizada que se encuentra la generacion presente, no porque él haya hecho progresos intelectuales ó mejorado su condicion bajo ningun aspecto, sino porque lleva en sí un indicio de civilizacion, y por haberse multiplicado hasta el infinito. De él se pudieran decir estupendas cosas, tratándose de negar la importancia que le da la sociedad; seria fácil, por ejemplo, demostrar hasta la evidencia que es el representante de todo sistema negativo, porque *está* colocado en el mundo para ser el intérprete de innumerables prohibiciones; que es la personificacion de la paradoja, porque se le cree útil para algo, y realmente lo es para nada, dado que su ocupacion es no hacer nada; en suma que su organizacion pudiera reducirse á un ojo para ver, y á un dedo para negar, ó cuando mas para indicar una direccion; todos los demas miembros y órganos de que se compone están en él de sobra, ó como si dijéramos, para ornato.

Este ser, señores mios, si ya no lo han Vds. adivinado, es el *Portero*. San Pedro dicen que lo es de las moradas celestiales, mas yo siempre lo he puesto en duda; al fiel servidor de Cristo, al pontífice mas insigne de nuestra Iglesia ¿habia Dios de haber dado un cargo tan miserable? Los gentiles dejaron abierto el acceso de su Olimpo, y solo en el Averno pusieron esa especie de vigilante; mas lo reputaron tan vil oficio, que emplearon en él á un perro, como para significar que no era digno ni aun de los condenados. Verdad es que en el gremio porteril hay diferentes categorías, pero todas se dan la mano, diferenciándose únicamente en la esterioridad mas ó menos lucida con que la fortuna las ha marcado: este signo adoptaremos pues para conocerle bajo cualquiera máscara que se encubra ó metamórfosis que haya esperimentado; y para proceder al mismo tiempo con órden y claridad en este exámen, comprenderé todas sus diferencias en dos especies distintas, tomadas, como queda dicho, de las ideas de rusticidad ó finura que sugieren á primera vista. Entra pues desde luego en lid

EL PORTERO DE ESCALERA ABAJO.

Especie de insecto ó golondrina, que anida en los zaguanes, al pie de las escaleras casi siempre, y por lo comun en un zaquizamí, donde ó no penetra la luz del dia, ó solo logra colocarse por algun resquicio. Es hombre de larga historia. Pasó su juventud en la campaña del Rosellon y en la guerra de la Independencia, sirviendo al rey de soldado; tomó la licencia absoluta cuando le comenzaban á flaquear las piernas, y se retiró al pueblo de su naturaleza para devorar los tres reales escasos de pension diaria que sacó por recompensa de sus hazañas y servicios. Casóse con una paisana por quien habia penado en otros tiempos, de la que tuvo sucesion presta y numerosa; y viniendo la revolucion del 20, y empezando á escasear las pagas, y creciendo los chiquillos en años y en necesidades, echó sus cuentas consigo, y resolvió trasladarse á Madrid, remedio de todas las cuitas y mina de todas las ambiciones. La mujer con un cantarillo de agua y él con un puesto de piedras de chispa y yesca, fueron bandeándose como Dios les dió á entender, sin tomar parte en el entusiasmo de la época, aunque sí en la caida de la lápida, de la que recogieron algunos restos para dar con ellos testimonio de su *acrisolada lealtad* á los triunfadores. Estos sin embargo se mostraron insensibles á sus votos y solicitudes, y andando el tiempo, y no acrecentándose por medio alguno los recursos del desventurado, hubo de apechugar con una vacante de mozo de cofradía que le vino sin saber por dónde. Contrajo de resultas muchas y poderosas relaciones que al fin le facilitaron el logro de una portería, blanco de todas sus ilusiones, en la cual permanece ahora y permanecerá probablemente los dias de vida que le restan.

No siempre tiene el *Portero de escalera abajo* tan aventurero orígen. El cargo que desempeña puede considerarse á veces como la jubilacion del sastre remendon, del mozo de café, del criado de servicio, del lacayo, y otras profesiones *ejusdem fúrfuris*. ¿En qué vienen á parar si no los cocheros y lacayos de alquiler cuando el peso de los años no les permite ya guardar el equilibrio sobre la trasera ó el pescante? ¿Qué de males no sobrevendrian á la sociedad si no tuviese en las porterías una especie de desaguadero por donde descargarse de los humores de aquellas gentes? Y por otra parte ¿á quiénes encomendar mejor la inspeccion de entrantes y salientes que á los que han pasado las tres cuartas partes de su vida zurciendo embustes, ó clavados en un asiento, ó fiscalizando hasta la menor accion de sus amos y protectores?

La vida que trae nuestro personaje es en un todo análoga á los principios que le han elevado á tan alta altura. Asoma el alba por los balcones del oriente, y dejando apresuradamente el lecho, empuña una escoba en la siniestra mano, y en la derecha una regadera; deja el portal lo menos limpio que puede; se desayuna y asea á su modo, y sentándose en un sillon rehenchido de cerda, da principio á las verdaderas funciones de su ejercicio. Saluda familiarmente á las criadas y fámulos de la vecindad que salen para la compra, y recibe los periódicos que le van entregando los repartidores; porque si bien él no sabe lo que es leer, ó sabe lo bastante para poder decir que nada saca en sustancia de lo que lee, ha hecho de modo que los repartidores se ahorren el trabajo de subir la escalera, y obliga á uno de sus hijos, si los tiene, y si no al del carpintero inmediato, á que le entere de todo lo mas notable que contiene cada uno de aquellos: primera utilidad que, sin apercibirse de ello, le prestan los benéficos inquilinos.

Vuelven de la compra las muchachas, y todas hacen escala en la portería, cuál para advertir que á tal hora vendrá fulanito á dar un recado, y es menester que se la avise con precaucion; cuál para encargar casa por estar aburrida de la miseria de sus amos; cuál en fin para dejar guardadas ciertas prendas de una prima

suya, cuya procedencia ella solo sabe con alguna otra persona, y su dueño que las anda buscando en balde. En retribucion de estos favores y corretaje de sus agencias hacen participante al buen Portero de las menudencias que en las cestas traen; y ¿creerán Vds. que de aquel tributo saca cuanto há menester para la pitanza de cada dia? Esta es otra utilidad que, sin saberlo tampoco, le dejan los inquilinos.

Si es casado, como lo son los mas, abdica en su mujer las funciones mas mecánicas y las relaciones con los sirvientes. Del farol de la escalera y de la luz que suelen pasarle, distrae una parlo del aceite, la precisa no mas, para el consumo de su cocina; de los criados y nodrizas que acomoda, tanto en la casa como en otras de la circunferencia, percibe un tanto proporcional al salario por que se ajustan. Dotado de cierta perspicacia, y convencido de lo severo que por lo comun se muestra el escesivo celo, es complaciente con los domésticos é inexorable con los estraños. Vive eternamente pegado á la parte interior de la trampilla que sirve de antemural á su reducto, cosiendo ropa vieja, tejiendo zapatillas de orillo, ó labrando petacas de paja, que en todas estas manufacturas es un portento, y saca de ellas despues un jornal de algunos maravedises. Al menor ruido que percibe, á la menor sombra que distingue, levanta la cabeza, y si el que pasa es desconocido—¿adónde va V.?—le pregunta.—Al cuarto segundo—replica el otro, y sigue subiendo el primer tramo.—Oiga: ¿sabe V. leer?—Sí señor.—Y ¿qué dice este letrero?—señalando al que tiene sobre la puerta.—Que es V. un mentecato,—contesta aquel cansado de su impertinencia, y sigue escalera arriba; mientras el Portero, que no tolera se huellen sus prerogativas, sale como un venablo, comienza á voces, y arma en la casa universal escándalo. Por esto yo prefiriria que en vez de Portero, se generalizase la costumbre de tener un mastin atado, como en cierta parte que yo conozco, y en lugar del *nadie pase sin licencia del Portero*, se pusiese otro rótulo como el que allí se lee, que dice: *nadie pase, que muerde el perro*. El perro no llega á morder, sino que ladra; y nuestro hombre aulla y cocea, si uno se le pone á tiro.

¿Qué diremos de la influencia que ejerce no solamente en su vecindad, sino en las casas limítrofes y en el barrio todo? El es el vínculo de union entre corazones que la suerte divide y su destreza aproxima y traba; la estafeta de las doncellas y el espía de las casadas. ¿Quiere un antiguo amante ó un nuevo adorador de la señora intendenta hacer llegar sus suspiros hasta las rejas de su triste cárcel? Encamínese al Portero, que él hará de modo que se le abran. ¿Busca la señora del cuarto principal una habitacion reducida, pero decente, en que colocar á una viuda desdichada, por supuesto con el sigilo que requieren las verdaderas obras de caridad? El Portero se la proporcionará cual apetece, y aun si es menester la alquilará en su nombre. Las horas en que come y duerme cada cual, adónde va cuando sale de casa, y de dónde viene cuando entra en ella; los recursos con que cuenta para vivir; sus opiniones y esperanzas, en una palabra, su vida pasada, actual y venidera, todo lo sabe aquel hombre, como si fuese su ángel custodio, y no solo lo sabe él, sino todo el que se lo pregunta.

Esta inevitable publicidad suele ser efecto de aquellas confianzas; el Portero es á veces dueño de ellas á causa de ofrecer menos inconvenientes, lo uno por su humilde condicion y lo otro por su carácter generalmente inamovible, que parece á primera vista la garantia mas segura del secreto. Contribuyen ademas a la predileccion con que se le mira, los favores de otro género que presta espontáneamente. Llega el sastre, el zapatero, un acreedor cualquiera, preguntando por don Fulano, y el taimado, que á la legua conoce lo que pretenden, les asegura que acaba de salir, ó que se halla enfermo, ó ausente; nunca deja de oponer algun obstáculo: y si ellos porfian ó le desmienten, se reviste de autoridad, hace mil protestas enérgicas, y logra conjurar la nube. Cuando baja el interesado, le da á entender lo que ha ocurrido, y recibe gracias una vez y otra por haber tenido la prevision de alejar al importuno; lo cual le sirve de coyuntura para hablar de sí y de sus necesidades, que al punto ve socorridas, ya con ropa de deshecho, ya con cualquier agasajo que redobla su celo en lo sucesivo.

En estos y otros cuidados semejantes consume el dia para emprender al siguiente igual tarea; mas como en el mundo no hay dicha cumplida ni alegría durable, suelen turbar tambien las de nuestro héroe repetidos sinsabores. El lacayo recomendado por él, que ha desaparecido con dos pares de cubiertos; la



El Portero.

cocinera amiga suya, que ha puesto las manos en el rostro de su ama; la doncella, su paisana, que ha contagiado con su humor herpético al señorito del marqués, tan sano y tan gallardo mozo; la señora baronesa que está gravemente constipada, porque habiendo venido algo tarde la noche antes, la tuvo esperando á la puerta, segun él cinco minutos, segun ella lo menos media hora; el falderito de la niña del vizconde, que escapándose un dia inadvertidamente, tomó el camino de la calle sin que él lo viese; el ruido que meten sus chiquillos; el humo que levanta en el portal para encender el brasero; lo sucia que está la acera delante de la casa; el haber dejado subir á

dar las páscuas á los serenos; mil y mil acaecimientos que al pronto parecen insignificantes, son otros tantos motivos de reconvencion para el infeliz Portero. ¡Qué de prudencia no necesita para llevarse bien con todos! ¡de docilidad para acomodarse á las exigencias de cada uno! ¡de constancia para no aburrirse de la monotonía de sus ocupaciones! ¡Qué espíritu tan conciliador por una parte, y por otra tan intolerante! ¡Qué sumision para con los grandes y qué altivez para los pequeños! Confesemos que en medio de sus imperfecciones (y ¡qué hombre no las tiene!) es acreedor á un sinnúmero de alabanzas. Pongámonos en su caso, medio que dicen ser el mejor para juzgar á los hombres, ocupemos su puesto por un momento, y nos convenceremos de que es muy árduo, si no imposible, superarle en honradez, en vigilancia, en desinteres y celo, habilidad y cortesía.

Quede pues en el lugar que le corresponde la benemérita clase del *Portero de escalera abajo*, en la cual van implícitamente consignadas otras varias ramificaciones, como por ejemplo la del *Portero de casa de grande*, que es, por decirlo así, el aristócrata de la especie, y que aunque difiere del tipo genérico en muchos conceptos, por ser menos curioso é interesante, no le he dado la preferencia. Por una razon análoga, al tratar de la segunda especie que me he propuesto, esto es, del *Portero de oficina*, prescindo de los que en segunda, tercera y aun cuarta escala pueblan las antesalas de los innumerables establecimientos, ya del gobierno, ya particulares, y me limito desde luego á presentar en escena al mas grave y distinguido de todos ellos.

EL PORTERO MAYOR.

Este es el hombre mas dichoso del universo, y para convencerse de esta verdad no hay mas que mirarle detenidamente. Anda despacio siempre, como si el esceso de su importancia gravitase sobre su cuerpo, y esto aunque sea delgado; pero por regla general es grueso. Nadie puede compararse á él en lo severo, pues jamas se rie, y si alguna vez lo hace, extremece el recinto donde se encuentra: siempre á los grandes fenómenos acompañan circunstancias extraordinarias. Consecuente en todo á este principio, habla pausado y recio; tose á compas; estornuda como un mortero; se sienta con majestad, echando atras la cabeza; se levanta poco á poco, y antes de dar el primer paso, se arregla la corbata y lanza un profundo resoplido. Es, propiamente hablando, el canónigo del mundo. Su traje participa tambien de este sistema; holgado, pero bien hecho, del dia, mas sin afectacion.—¿De dónde ha salido, preguntará alguno, y qué papel representa tan magnífico caballero?—Voy á satisfacer su curiosidad.

Respecto á su procedencia están discordes las opiniones, pero todos convienen en que para él hubiera sido inútil cualquiera cuna, pues en unas pajas se halló al nacer, y en las mismas estaba aun cuando ya le apuntaba el bozo. Tomóle un señor á su servicio; supo agradarle; encaramóse aquel á la altura ministerial, y cátate, como suele decirse, á nuestro mozo con el padre alcalde. En efecto le colocó en una portería, que fue para él como trasladarse al Paraiso; fueron muriendo los que estaban delante, y ascendió por órden de rigorosa escala hasta la envidiada eminencia en que hoy le vemos; porque este ser privilegiado no solo ha conservado el empleo en medio de los mayores vaivenes políticos, presenciando la reproduccion de un centenar de generaciones oficinescas, sino que ni aun la injusticia tiene que lamentar de haber sido postergado en ningun ascenso. Hé aquí el origen de esta curiosa notabilidad, que si no es idéntico en todos los que llevan su nombre, tampoco ofrece notable desemejanza; sin embargo, debemos hacer la escepcion honrosa de aquellos beneméritos militares que habiendo consagrado sus mejores años á la defensa de la patria, prefieren el sosiego de este oscuro cargo á la bulliciosa ambicion de otros mayores.

El carácter que representa es muy fácil de comprender. Vive á las órdenes inmediatas del gefe de su departamento, sea ministro ó director, sirviéndole, como si dijéramos, de ordenanza. Atento siempre el oido al llamamiento de la campanilla, es su deber, así que suena la señal, presentarse respetuosamente ante *su señoría ó su excelencia*, escuchar con atencion lo que manda, retirarse haciendo un saludo, y cumplir sus órdenes sin demora. Unas veces anuncia al oficial mayor, al subsecretario, al gefe de seccion, que S. E. le aguarda, y esto de ser el órgano, el paraninfo de aquel á quien acatan todos, es honor que al mas modesto envaneceria; otras trasmite sus despachos á manos de los conductores, ó atiza su chimenea, ó repone los elementos de su escritorio, ó le sirve un vaso de agua, y en caso necesario, algun otro refrigerio. Ya se ve: estas mútuas relaciones, y mas si duran por mucho tiempo, llegan á establecer entre ambos cierta especie de confianza, que tarde ó temprano esplota al fin nuestro personaje en favor del hermano, del pariente ó del amigo: y yo sé de ministro que no hacia caso de recomendacion alguna como no la recibiese por conducto de su portero, que era al propio tiempo su asesor é intérprete.

Pero no está exclusivamente destinada á estos quehaceres su existencia. Corren tambien á su cuidado todos los gastos, por decirlo así, domésticos, papel, plumas, tinta y demas adminículos cancillerescos, el surtido de leña, carbon y luces, el esterado de la casa, la compostura de puertas, ventanas y mesas, y otros muchos que seria prolijo enumerar: es una especie de administrador de aquel palacio en que no se conoce lo que es miseria, ni órden, ni economía. Sin embargo, tampoco se crea que le es penoso este trabajo; todo lo contrario; de él saca lo que se llama *manos puercas* ó gajes del oficio, pues ademas de tener frecuentemente á su disposicion y en abundancia todo lo necesario para escribir, combustible para su cocina, alumbrado para su sala, y alfombra de esparto ó paja para su habitacion, vende las esteras viejas para los baños del rio, la ceniza de los braseros para la colada de las lavanderas, los cabos de vela y las cortinas viejas, y reune al fin del año un respetable sobresueldo. Item mas: el carpintero, el vidriero, el cerrajero, el espartero, el almacenista de papel y todos cuantos perciben alguna utilidad del establecimiento se apresuran á mostrársele agradecidos, este por medio de un enorme jamon, aquel de un pavo que parece un buitre, el otro de un barril de esquisito Málaga, que tienen por largo tiempo abundantemente provista su despensa, y su estómago dulcemente entretenido. No sé hasta qué punto habrán caducado en el dia estas añejas costumbres; pero lo cierto es que no ha mucho superaban sus productos en ciertas dependencias á los que por via de asignacion se chupaban del erario público.

No es por lo tanto miserable vanagloria el aire de satisfaccion que ostenta el Portero mayor repantigado en su despacho. El tambien es gefe de su dependencia, y por cierto no muy risueño ni tolerante, bien que le es forzoso estar luchando contínuamente con la desidia y torpeza de sus subordinados y compañeros. Vedle allí, cual otro piloto de la nave del Estado, rodeado de papeles, mojando la pluma con frecuencia; ajustándose á menudo los anteojos, de una convexidad poco menos que microscópica, y con un aire meditabundo que hace mas respetable y austera su fisonomía. No es necesario ser muy lince para comprender lo que en aquel momento le tiene tan enajenado: está ajustando una cuenta de ochenta y

siete varas de tafetan verde que dice haber comprado para cortinillas de los balcones á 15 3/4 rs. la vara; y como no es gran matemático ni muy fuerte en esto de fracciones, suda la gota, tamaña como una nuez, sin obtener resultado alguno: hasta que por fin recuerda que debe tener guardado un libro de contadores; le consulta, estudia la regla de multiplicar quebrados por enteros, y al cabo de dos horas agrega una partida mas á las 320 de que consta ya la cuenta de aquel mes. Otras veces incluye gastos que se le abonaron en la data del anterior, y tiene que eliminarlos; otras en fin advierte que la serie de sumas van formando una diagonal, de suerte que las decenas caen debajo de las centenas y estas de los millares, y ha armado un laberinto, que ni el de Creta que se le compare.

No dejan de ser fastidiosas estas ocupaciones, pero aun hay otra que suele acabar muy á menudo con la calma de nuestro cerbero. Hablo de las audiencias, así llamadas por licencia poética sin duda, puesto que ordinariamente las concede un sordo. Los infelices pretendientes que están aguardando una, dos semanas, y á veces mas tiempo, estos instantes de desahogo, acuden con tres horas de anticipacion al vestíbulo del oráculo, que quiero suponer en el ministerio. Cada pisada de gente que llega, le oprime al Portero en el corazon, no por exceso de sensibilidad, sino porque calcula que cada persona nueva le cuesta cinco ú ocho minutos mas de planton; sin embargo ¡qué remedio! S. E. previene de antemano si está ó no en ánimo de recibir: en el primer caso, llegada la hora de costumbre, que suele retardarse como unos ciento veinte minutos de la que está prescrita, abre el héroe de la presente historia el templo de la Esperanza, á cuyas puertas se agolpan en inquieta confusion aquellas almas que buscan cuerpo. Al lado de un elegante, pugna por ganar la delantera una viudita almibarada, que lleva por intercesores los flechazos de sus ojos; detras un cesante ya de edad, consumido mas por el hambre que por la desesperacion; un patriota verdinegro, porque con los esfuerzos que hace para ganar lugar toda la bilis se la ha exaltado; un jóven, imberbe aun, que ha escrito ya seis tratados de filosofía, y otra multitud de personas llenas de méritos, de miseria, de historias y de rencores. —¡Orden, señores!— dice el Portero; y metiéndose entre aquel motin, lo apacigua al punto, dando á cada uno el puesto que le corresponde, ó el que en sus profundos designios sabe él que debe ocupar. Aquel drama dura algunos momentos, y se acaba antes que los personajes que quieren representar en él, porque es de advertir que siempre hay mas pretendientes que audiencia, ó menos audiencia que pretendientes. El grito de «*S. E. no puede proseguir*,» dado por el Portero, produce las peripecias mas tremendas que pudo inventar jamas trágico alguno: los unos se retiran vomitando denuestos, los otros, mas pusilánimes, quejándose de su acerba suerte.

Seria empeño tan enojoso como pesado seguir á nuestro héroe en todas las circunstancias de su vida; verle con cuánta tibieza y aun desden recibe á unos, con cuánto respeto recibe por el contrario á otros; cómo brinda proteccion en ciertos casos, y cómo exagera su inutilidad en otros muchos. Sobre todo es admirable su tino para colocarse á la altura de las circunstancias: hoy defiende al que mañana acusa; ahora es partidario de tales opiniones ó de tales hombres, y despues conoce su error y se declara por los contrarios. Esto consiste en que como tan próximo á la fuente, sabe cuándo corre el agua mansa, y cuándo turbia. Cala muchos secretos, oye algunas conferencias, es consumado fisonomista, y tiene un tímpano tan delicado, que nadie oye primero que él el ruido de la tormenta. No habia previsto ciertamente la que por mi parte le amenazaba; con todo, á fuer de imparcial y generoso, debo consagrarle un sincero elogio en este lugar, declarando que es fiel á los secretos que oye, leal mientras debe serlo, celoso de su deber mas que ninguno, y tan afecto á los intereses y objetos que se le confian, que nunca deja de considerarlos como cosa propia.

VICENTE LOPEZ.

EL ESPAÑOL FUERA DE ESPAÑA.

No han observado Vds., lectores mios amadísimos, los diferentes aspectos que suelen tomar todos los objetos cuando se los saca del elemento para que los destinó la naturaleza, y se los coloca en otro? Precisamente lo habrán observado, y si no, pongan en ello alguna atencion, y lo observarán de cierto. Metan en agua una rama de un árbol, y les parecerá ó mas chica ó mas grande, ó tal vez quebrada, aunque no lo esté; saquen del agua un pez, y verán como á los pocos instantes desaparecen aquella nítida tersura de sus colores, aquel brillo metálico de sus escamas, aquella satinada limpieza de su superficie. Hasta el infinito podríamos multiplicar los ejemplos, pero mas importará para el caso completar aquella primera observacion, que ya suponemos hecha por el lector, con otra no menos profunda, y que viene á ser en efecto el complemento de aquella; y es, que aquellos susodichos cambios de aspecto, son unos *en bien*, otros *en mal*. A este género pertenece el antes citado del pez fuera del agua; ejemplo insigne del cambio en bien, es el del mineral sacado del centro de la tierra y despojado de la corteza que le rodea, al que vemos convertirse como por encanto, de vil pedrusco en preciosa barra de oro ó plata. Pues, señores, lo mismo mismísimo que con los brutos y los objetos inanimados, sucede con las personas, en esto como en otras muchas cosas.

Escusado es decir que no tomamos aquí la palabra *elemento* en su acepcion rigorosa, sino en la figurada en que tanto se usa; y que hablando, como vamos á hablar, de hombres y mujeres, entendemos por su elemento, no la tierra en general, sino aquella porcion de territorio en que á cada uno colocó la Providencia: admitida esta metáfora, nuestro elemento es España, y descendiendo así de mas á menos, el del castellano, es Castilla; el del madrileño, Madrid, etc., etc. A los cambios de esta especie de elemento, es aplicable todo lo dicho anteriormente; no es mas diferente la fruta puesta en el plato de la misma fruta pendiente del árbol, de lo que lo es un Español en Francia, de un Español en España. Esta diferencia es, por su naturaleza, de aquellas que no todos pueden haber observado, pero los que hayan tenido ocasion de observarla, probablemente tendrán gusto en verla aquí consignada en algunos de sus principales matices.

He dicho que no todos habrán tenido ocasion de observarla, pero la verdad es que entre los lectores de esta obra, á quienes supongo personas de alguna importancia, habrá muchísimos que la hayan observado, ya por haberse visto inclusos en alguna de las grandes emigraciones que han afligido á nuestra pobre patria en lo que va de siglo, ya porque su aficion al estudio los haya llevado á completar su educacion en pais extranjero, ya en fin por satisfacer la moda de viajar que tan general se ha hecho de veinte años á esta parte. Esto de viajar por recreo puede considerarse como usanza esencialmente moderna, á lo menos en España, si hemos de creer lo que nos cuentan nuestros padres, y mas aun nuestros abuelos. Todavía á principios de este siglo, un hombre que habia

pasado la raya de Francia y penetrado hasta las murallas de Bayona, era ya una especie de fenómeno; se le llamaba *cosmopolita* al que habia llegado á Burdeos, se le consideraba como un intrépido viajero, un capitan Cook; llegar á Paris era cosa excesivamente inverosímil, temeridad en que rarísima vez se creia por mas señas que se diesen de las orillas del *Sena*, del *Louvre*, del *Palais Royal* y de las revistas del campo de Marte. Aquella incredulidad era muy natural; las dificultades, los peligros de la mas insignificante escursion eran tales, que se necesitaba en efecto un ánimo no vulgar para arrostrar unos y otros. El primer cuidado del que emprendia entonces un viaje era hacer testamento y reconciliarse con el Señor; luego habia que proveerse, como para una navegacion, de todas las cosas necesarias á la vida para los dias que durase el viaje, que calculados á razon de siete ú ocho leguas diarias, formaban al pie de medio mes para llegar de Madrid á Irun: distancia que hoy recorre el correo en cincuenta y seis horas, *perdiendo voluntariamente* y en virtud de esas anomalías que solo se ven entre nosotros, *de ocho á diez horas*, largas de talle. Y no era esto todo; tambien habia que buscar y ajustar un coche de colleras, y contratar los correspondientes mayoral, zagal y escopeteros, todo por cuenta y á expensas del viajante. Figúrese el lector el coste enorme que suponen todas esas necesidades. Hasta aquí, lo que hemos llamado las dificultades de viajar en aquellos benditos tiempos de los señores Cárlos III y Cárlos IV tan decantados; pasemos ahora á los peligros del viaje. Sabido es que el salteador de caminos ha sido siempre una de las plantas que mas han prosperado en nuestro fecundo suelo; el encuentro con el salteador de caminos aislado ó en cuadrilla, era, no ya una probabilidad, sino una seguridad para el pobre viajero. Las dulzuras de esta perspectiva no necesitan casi encarecerse; si el viajero hacia resistencia, solo se esponia ¡friolera! á recibir un balazo ó una cuchillada en la accion; si se resignaba á su suerte ¿quién le libertaba de una rapiña general de todos sus efectos, incluso el dinero? Ahora bien, para un hombre acomodado, como debemos suponer al viajero de aquellos tiempos, acostumbrado á los recursos de la vida social, hallarse con dinero ó sin él en un lugar de Castilla, distante de alguna gran poblacion, sujeto á lo que da de sí el pais, equivalia á verse en inminente riesgo de morir de hambre ó de asco: en el dia ya no es así, pero cuenta que esto último no se entiende mas que de los pueblos de la carretera, pues en los demas continúa la misma inmundicia, la misma falta de todo manjar no repugnante que en los tiempos del rey D. Rodrigo. Nunca se me olvidará la sorpresa que causó á los vecinos de un lugarejo estraviado del bajo Aragon, mi resistencia á apagar la sed que me devoraba con un jarro de agua que me presentaron todo lleno de moscas: mi repugnancia pasó por el mas exagerado de los dengues; al fin un alma caritativa y amiga de la limpieza, simpatizó con mi situacion y tuvo la cortesía de ir estrayendo una á una aquellas aves con las puntas de los dedos que parecian pegados uno á otro con pez ó brea. Estos eran algunos de los peligros que corria el viajero; luego hay que tomar en cuenta los que se originaban de la falta ó pésimo estado de los caminos reales; cuales eran los vuelcos, los atrancos y algunos otros...

¡Qué diferencia entre esto y lo que sucede en el dia! Así es que ahora, por el contrario de lo que pasaba hace un siglo, lo extraño, lo increible es, en ciertas clases de la sociedad, un hombre que no ha salido de España: para que ahora empiece á llamar un poco la atencion por sus viajes un madrileño, es preciso que haya residido en Arcángel, penetrado en el estrecho de Behring ó cuando menos doblado el cabo de Buena-Esperanza. *Cuando menos*, he dicho, porque es de observar que los viajes al sud y al occidente, llaman mucho menos la atencion y acreditan mucho menos á un hombre de *viajero* que los viajes al norte ó al oriente. Yo creo haber hallado la razon de esto: con los primeros estamos muy de antiguo familiarizados en España; ademas va unida á ellos cierta idea mercantil que les quita toda su poesía: el hombre que va á Filipinas ó á América, aunque sea todo un *touriste*, nos recuerda involuntariamente el hijo ó el sobrino del comerciante A ó B, de Santander, de Cádiz y de otros mil puertos, que emprendieron el mismo viaje en busca no de románticas ruinas ó pintorescas perspectivas, sino de cargamentos de cacao y azúcar y de productos de la industria china: el hombre que se encamina al norte ó al oriente, pasa desde luego ó por un caprichoso que va á sembrar alegremente sus caudales en las magníficas tiendas de *Regent-Street* y de la *Rue de la Paix*, ó por un artista que aspira á empaparse en las inspiraciones clásicas de la deliciosa Italia, ó en fin, por un piadoso peregrino sediento de beber la fé cristiana en las sagradas fuentes de donde se derramó el cristianismo sobre todo el mundo, y que exclama, con el tierno Lamartine, en la anhelosa angustia de su corazon:

Y no he seguido las divinas huellas
donde bajo el olivo lloró Cristo;
la impresion de sus lágrimas no he visto
que aun conserva su eterno resplandor.
En éxtasis sublime sumergido
no he llorado una noche en aquel huerto,
donde de sangre y de sudor cubierto
bebió el amargo cáliz del dolor.

Y en el polvo mi frente no he inclinado
donde impresa al partir quedó su planta;
y no he besado con fervor la santa
tumba donde su madre le lloró;
y no he doblado la rodilla en donde,
de su vida mortal rotos los lazos,
para ceñir al mundo abrió los brazos,
¡y para bendecirle se inclinó!

El *Español fuera de España*, forma, pues, ya un tipo aparte en nuestra sociedad moderna, tipo bastante comun para que salga de las condiciones de una mera escepcion y para que puedan y aun deban consignarse en esta obra los principales rasgos de su fisonomía. Eso es lo que voy á procurar hacer ahora, aprovechando la circunstancia feliz para el caso que me permite dibujar este tipo, copiándole del natural.

Muchísimas son las variedades de este tipo; cualquiera conocerá á primera vista, que así debe ser en efecto. Un sinnúmero de circunstancias le modifican en cada uno de los mil aspectos que presenta al observador. Uno de ellos, es decir, una de estas variedades, es el *emigrado*, tipo que ya hemos procurado bosquejar, y en el que por consiguiente no volveremos á ocuparnos, tanto mas, cuanto como ya manifestamos en aquel artículo, este es en rigor un tipo aparte, que ya tiene su fisonomía peculiar y sus rasgos característicos que le constituyen en ente *sui generis*, aunque, considerado en globo, entra completamente en el asunto de este nuevo artículo. Descartemos, pues, al emigrado; sin recurrir á esta no nos faltarán curiosas variedades del mismo tipo en que ocuparnos.

La primera que naturalmente se ofrece á la observacion, como la mas frecuente, es la del *Español fuera de España* con el tiempo contado para volver á ella, ó sea el madrileño, por ejemplo, que está pasando una temporada de tres meses en Paris, verbi gracia. Observémosle en todas las fases de su viaje, tomando la cosa *ab ovo*. Un mes antes de meterse en la diligencia ó en el correo, ya empieza nuestro madrileño á presentar los caractéres del tipo que nos propo-

uemos delinear: hasta entonces ha sido un hombre como otro cualquiera: desde entonces entra ya en condiciones distintas, propias, sintomáticas de la situacion excepcional en que va á encontrarse,—condiciones que, por una natural reaccion, se prolongan hasta otro mes despues de terminado el viaje y efectuado el regreso: —pasado dicho mes, vuelve igualmente nuestro hombre á confundirse con los demas de su esfera: ya le falta el barniz, digámoslo así, ó mas bien el reflejo, el crepúsculo —(ahora de la tarde, antes de la mañana) —de la situacion por donde ha pasado. La pintura del *Español fuera de España*, empieza y acaba dentro de España; si no, no es completa, le falta el antecedente y el consiguiente, la causa y el efecto, el principio y el fin.

Un mes antes de emprender su viaje, el madrileño ha ido cacareando por todo Madrid que se va á Paris. ¡Insensato! el vano placer de excitar tal cual envidia, de *darse tono*, le hace arrostrar no el peligro, sino la certeza de recibir de cada persona á quien anuncia el noticion de su partida, uno, dos, diez, veinte, tal vez mas encargos, —y muy cómodos y fáciles de cumplir por cierto;—ya dos sombreros para dos hermanas, un vestido de baile para la señora de***, un traje negro completo, para D. Fulano, seis pares de botas, para D. Zutano, —todo esto sin dar las medidas, ó, lo que es peor, dando por medida un par de botas viejas, un frac raido y cosas así, con que tiene el viajero que llenar su baul, —y por de contado, sin pagar jamas de antemano, y rara vez con posterioridad, el importe de las susodichas impertinentísimas comisiones. Gracias cuando estas no son de objetos rigorosamente prohibidos, que obliguen al comisionado á discurrir mil tretas para pasarlos en la aduana, como suele ser, por ejemplo, meterlos entre la camisa y la carne, ó colocarlos de suerte que le hagan parecer muy panzon ó muy jorobado, cosas todas deliciosísimas: no lo es menos tener por culpa agena y mera complacencia propia, que andar en dimes y diretes con el gobierno representado por los vistas, todo á expensas del bolsillo, que es, en suma, adonde asestan sus miras todos los gobiernos conocidos. Lo primero es pagar, y luego se entra en explicaciones, muy en hora buena. Saturado ya suficientemente de encargos, de los cuales hará los que pueda, llega para el viajero el momento de las despedidas, momento de abrazos, de repartimiento de tarjetas á los menos íntimos, con las consabidas iniciales S. D. P. P. (se despide para Paris), todo esto muchos dias antes de tener el pasaporte y el billete de la diligencia, —pero ya sin vivir como hasta entonces, es decir, sin ir á la oficina, si el viajante es empleado, sin comer á las horas acostumbradas: escusa ó motivo de esta inversion de hábitos son los *preparativos del viaje*. Si este es para Paris ó Lóndres, es de rigor que el viajero, en los últimos dias de su residencia en Madrid, vaya por esas calles y esas tertulias, muy desastrado y casi roto: esto da pie para decir á todo vicho viviente:—No quiero hacerme ropa, porque como voy á Paris... allí me vestiré.... aquí no hay sastres ni zapateros... Si tiene ropa decente, la vende ó la regala. Pues señor, acaban todos los preparativos; ya está sacado el pasaporte, enviado el equipaje á la diligencia, dado el último abrazo, y:—Adios Madrid, que te quedas sin gente, dice todo jubiloso nuestro viajero: ya va andando al son de los latigazos del mayoral y de las eternas excitaciones ¡*Coronelaaaa*! ¡*Capitanaaaa*! ¡*Puliaaaa*!.... camino de Somosierra. Si conocen Vds. este camino, nada tengo que decirles de él; si no le conocen, debo en conciencia darles la enhorabuena de no conocerle, pues territorio mas abominable no le ha creado el Supremo Hacedor en toda la superficie de este mundo sublunar. En ese miserable hacinamiento de chozas indecente que llaman Somosierra, hace noche el viajero con la diligencia... á las cuatro de la tarde: come y se acuesta al instante por no ver aquel pueblo y aquellos pobladores de ambos sexos, que humillan profundamente su orgullo nacional. Al dia siguiente echa un rápido vistazo á la catedral de Búrgos; ya esto merece la pena de haber hecho un viaje; ya, si el viajero está en los trotes de la moda, puede empezar á tomar apuntes, á escribir su diario y sus *impresiones*. De Búrgos en adelante, el pais es generalmente hermoso y pintoresco; en la provincia de Alava, es como una digna antesala de la deliciosa Guipúzcoa, que verdaderamente le parece un paraiso terrenal al madrileño, acostumbrado á las increibles cercanías de Madrid, y al árido terreno que ha atravesado durante los dos primeros dias de su viaje. Al cuarto pasa la raya de Francia: pocas horas despues se apea todo molido y empolvado—(supongamos que la escena es en verano)—en la Plaza de Armas de Bayona, á la puerta del *Hotel du Commerce*.

Ya tenemos á nuestro Español fuera de España; apelo á cualquier tratado de geografía, que no me dejará mentir, pues por lo demas, nadie sospecharia, hallándose en Bayona, que no está en España,—y prueba de ello es, que en nada se diferencia nuestro madrileño de cualquiera de las personas que allí le rodean. Si, dotado de un loable espíritu de prevision, se ha provisto del suficiente número de frases francesas para hacerse entender en Francia, puede considerar en Bayona su trabajo como enteramente inútil; á sus frases francesas le contestarán con frases castellanas, algo chapurradas, es verdad, pero no mucho mas que las que oyó en Vitoria ó en Astigarraga. Si pide de comer, le darán un buen puchero; si no lleva moneda francesa, que será muy raro yendo de España, no importa; la española es allí recibida con pálio, como que su valor intrínsico es muy superior al que nosotros discretamente le damos: hasta el realillo de ventaja que reconocemos en el peso duro sobre el napoleon, le reconocerán los bondadosos bayoneses, aunque el peso duro no es en Francia moneda nacional, como lo es el napoleon en España.

En general el pueblo de Bayona le gusta mucho al Español *á la ida*: á la vuelta le parece muy mal. Lo mismo le viene á suceder en Burdeos: el que ve esta hermosa ciudad antes de haber visto á Paris, se queda estupefacto; solo la comparacion con Paris puede hacer que decaiga esta bellísima poblacion del alto concepto que de ella se forma siempre á primera vista. Poco mas de veinte y cuatro horas tarda la diligencia desde Bayona á Burdeos: la distancia material entre ambos pueblos, no es, pues, muy grande; en civilizacion, en cultura, en belleza, la distancia que los separa es grandísima. El terreno intermedio se compone en su mayor parte de lo que los franceses llaman *les landes*, que pudiéramos traducir los arenales; la aridez y miseria de este terreno es proverbial en Francia y en España:—Yo conozco ese terreno á palmos, y puedo decir que los susodichos *arenales* son un verdadero jardin un vergel delicioso, comparados con todo lo que se ve desde Búrgos hasta Madrid, y digan lo que quieran los que se dejan llevar de un patriotismo mal entendido.

El Español que lleva su tiempo tasado, como arriba dijimos, no se detiene en Burdeos arriba de tres ó cuatro dias cuando mas, con lo cual tiene el gusto de irse sin haber visto el pueblo; quince dias bien empleados son apenas bastante para conocerle medianamente. Entre tanto nuestro viajero continúa, como en los últimos dias de su residencia en Madrid, desastrado y casi roto; ¡se ha propuesto no vestirse hasta que llegue á Paris! ¡lleva en su cartera, al lado del pasaporte y de varias cartas de recomendacion, las señas (*l' adresse*), de un sastre de la *Rue Vivienne*! ¿Qué importa que en los pueblos del tránsito le tomen por un pelafustan? Para eso á la vuelta le mira-

rán como un figurin ambulante. Este es uno de los mas graciosos errores con que se está en Madrid,—creer que las gentes se visten en París como expresa el figurin;—en algunos pueblos de provincia, sí, y aun se exagera si viene á cuento lo que prescribe el órgano oficial de la moda, aunque nunca tanto ni con mucho como en nuestra capital; ¡pero en París! No tendrian bastantes caricaturas Daumier y Gavarni, para ridiculizar á la parisiense que saliese á la calle como van por el Prado algunas de nuestras *leonas*, esclavas del último figurin, ó para el mal aconsejado *dandy* que se pusiese un frac por el estilo de los que aquí se nos figura que allá son muy bien *portés*. De estos desengaños recibirá no pocos nuestro viajero.

Ya ha atravesado este, á pie como todos sus compañeros de diligencia, el bellísimo puente de Cubzac, que se cimbrea como un inmenso columpio bajo el mas leve peso; obra colosal y aérea, y al mismo tiempo tan sútil, que parece hecha por las hadas; tan grandiosa, que semeja un trabajo de gigantes. Ya ha pasado dos dias y dos noches en el carruaje sin descansar mas que para almorzar y comer en abreviatura; ya le tenemos en Orleans, donde en un momento le traslada con la diligencia, y con otras diez ó doce, como á otras tantas leves plumas, una máquina sencillísima al camino de hierro, y en él recorre con una rapidez fantástica, en poco mas de tres horas, las treinta leguas que dista de Paris aquel último pueblo. Ya ha llegado por fin al anhelado término de sus deseos. ¡Ya está en Paris!

Las variedades del *Español fuera de España*, son innumerables, como que las constituyen las diferencias de carácter, de condicion y de crianza. Sin embargo, en este gran tipo multiforme, cualquiera distinguirá á primera vista tres *entidades*, como se dice ahora, muy marcadas, y á las cuales pueden referirse todas las otras variedades: aquellas son:

1.ª El *Español fuera de España* que decididamente detesta, injuria y maldice todo lo que no es España. Para evitar circunlóquios, denominaremos á este Español el *patriota*, sin que sea ni aun remotamente nuestro ánimo aplicar la menor intencion satírica á este dictado hermoso, respetable, pero desacreditado lastimosamente por un necio abuso.

2.ª El *Español fuera de España* que decididamente tambien detesta, injuria y maldice á España. ¿Qué nombre podremos discurrir bastante enérgico y expresivo para designar á este majadero sin entrañas, porque de seguro no las tiene, y es un ente inepto el que no siente latir nada en su pecho al nombre de *patria*? En prueba de que no tomamos en su acepcion rigorosa estas denominaciones convencionales, llamaremos á este tipo el *cosmopolita*.

3.ª El *Español fuera de España*, que sin incurrir en ninguno de estos extremos, ridículo el uno, odioso el otro, conoce y juzga desapiadadamente lo bueno y lo malo que hay en España, lo bueno y lo malo que hay en otras partes. Aquí ya no necesitamos recurrir al estilo figurado: á este tipo le designaremos con el nombre del *sensato*.

La manía característica del *patriota*, es que, en Francia, por ejemplo, *todo es mentira*, todo es diferente de lo que parece, y por consiguiente, que todo es malo, porque es de advertir que los franceses tienen el arte, que nosotros desconocemos, de dar á todo buena apariencia. Las mas sorprendentes y *sólidas* bellezas de Paris, no excitan en el *patriota* mas que una sonrisita de desden ó incredulidad. De este y de sus semejantes es de quienes dice la Escritura: «Y »tendrán ojos y no verán, y tendrán orejas y no oirán, »etc.» Hombre de estos he conocido yo que nunca pudo persuasuadirse de que las columnas del Palacio Real eran verdaderas columnas de piedra:—á pesar del testimonio de la vista y del tacto, persuadidísimo se volvió á España de que aquellas columnas eran de carton ó de madera, ó *de alguna otra invencion de esos trapalones de gabachos*, como él decia. Otra de las ideas fijas del *patriota*, es que fuera de España *todos* roban.—«Mire uzté,» me decia un dia un andaluz, parándome en una de las calles mas concurridas de Paris: «¿ve uzté eze zeñó que va tan arrellanao en zu »coche? Puez eze roba. ¿Ve uzté eza zeñora que ye»va detraz ezoz doz lacayoz? Puez eza tambien roba. »Porque aquí, dezengáñeze uzté, aquí toiticoz roban.» Y por mas que le dige que aquel señor era cabalmente el respetabilísimo arzobispo de Paris, que aquella señora, á quien una feliz casualidad me habia hecho conocer recientemente en una ocasion muy honrosa para ella, era una verdadera perla de la mas alta aristocracia francesa, uno de esos ángeles á quienes desde las mas encumbradas esferas sociales, conduce diariamente la caridad á las mas humildes guaridas de los indigentes para llevarles *ellas mismas*, con sus propias manos y sus propios lábios, pan y consuelos (junto al lecho de la esposa moribunda de un infeliz emigrado español, conocí á aquella señora), por mas que le dige, repito, esto que acabo de referir, añadiendo que son numerosos, muy numerosos en Paris, en todas las clases y en ambos sexos, esos ángeles consoladores de todas las miserias, no pude sacar á mi compatriota *patriota*, de su eterna cantinela:—«Dezengáñeze uzté; aquí toiticoz ro»ban» ¿Qué se le responde á una preocupacion tan estúpida? A otros les da, no por despreciar ó desconocer la realidad de lo que ven, sino por no querer ver: esta nueva extravagancia es rara, pero no tanto como debe parecer á primera vista; y yo he hallado, entre otros, un jemplo insigne de ella. Una vez me fue recomendado un sugeto que no debia detenerse en Paris mas que dos dias, lo necesario para hacer ciertas compras, y que llegaba, no ya de Madrid ó de otra ciudad principal, sino de un pueblo muy secundario de una provincia. Le acompañé en todas sus correrías, y naturalmente, aunque era imposible enseñarle en tan poco tiempo la capital, para que á lo menos pudiese decir que habia visto algo, siempre que pasábamos por delante de alguna curiosidad, le llamaba la atencion para que reparase en ella. Pues ¿podrán Vds. creer que no conseguí recaudar de aquel alcornoque que levantase una vez siquiera la cabeza para mirar cosa alguna de las que yo procuraba enseñarle?—«Deje V. eso, hombre, me decia: »deje V. eso: vamos al grano.» Y con su gorra de gran visera encasquetada hasta las cejas, y parapetado contra toda *emocion* con su gran capa de paño recio como tabla, proseguia su marcha á paso redoblado, tirándome del brazo como si le incomodase que viese yo lo que á él no le daba la gana de ver.—Este es el *patriota* superlativo, lo sublime del género. De esta casta de *Españoles fuera de España*, salen los que de vuelta en su patria dicen muy ufanos estas y otras sándias fanfarronadas: «He estado ocho años »en Lóndres, y tengo el gusto de haber vuelto sin sa»ber una palabra de inglés;»—y se lo celebran ellos á sí mismos como si hubieran hecho una gran cosa. Escusado es añadir que lo mismo que en punto á lengua, han aprendido en todo lo demas; burros salieron de España y archiburros vuelven á ella. La especie es muy numerosa. Si esta clase de hombres supiese de versos y fuese capaz de comprender la poesía de su situacion, deberia adoptar por divisa y tener siempre en los lábios este bellísimo pensamiento de D. Alberto Lista:

¡Feliz el que nunca ha visto
mas rio que el de su patria,
y duerme anciano á la sombra
do pequeñuelo jugaba!

Tan cierto es que no hay cosa que no pueda poetizar un claro ingenio, y que toda medalla tiene dos

caras, diametralmente opuestas, físicamente siempre, moralmente muchas veces, como en este caso. Por un lado vemos un tonto, por otro un filósofo.

No son tan opuestos á estos los caractéres distintivos del *cosmopolita*, como pudiera inferir un observador superficial: una profunda incapacidad de parte del sugeto, es la base esencial de estas dos *entidades*. El cosmopolita no admira lo bueno do los extranjeros porque es bueno, sino porque es de los extranjeros, y prueba de ello es que igualmente admira lo malo. Sin embargo, en no llegando á las exageraciones de este carácter, alguna vez se encuentran en el tipo cosmopolita individuos de talento, aunque verdaderos monómanos: en algunos la aversion á su pais llega á ser una especie de enfermedad,—lo opuesto á la proverbial *murriña* de los gallegos. Los ha habido que se han ahorcado al llegar á Irun, entrando en España. Para estos, ya se sabe, hay frases consagradas que les repetirán á Vds. siempre que venga á cuento:—*Madrid es un corral de vacas.—En España no se puede vivir.—La Europa llega hasta los Pirineos.— En España tres y dos no son cinco:*—y otras *barbaridades* de este jaez. Lo peor, lo realmente imperdonable, es que suelen repetirlas, por un efecto de la costumbre ó por echarla de despreocupados, delante de los extranjeros. Así consiguen dos cosas;



El Español fuera de España.

hacerse despreciables á los ojos de estos, y odiosos á los de sus paisanos. La Bolsa es el recurso de la mayor parte de estos cosmopolitas.

Este tipo suministra el fondo no despreciable (por su número, se entiende), de los Españoles, decidida y perdurablemente establecidos fuera de España. De estos, unos se naturalizan en el pais que mas les agrada y no vuelven á cordarse del suyo mas que para renegar de él; otros, sin llegar á este extremo, emplean todos los ardides imaginables para no volver á España: nuestras revueltas políticas, la funesta instabilidad de todas nuestras instituciones, son la causa ó el pretesto de esa invencible aversion que manifiestan á vivir en su pais. La verdad es que en ellos predomina un grosero egoismo, y que no quieren pagar el tributo de amor y de servicios que todo ciudadano debe á su patria. Los hay que se quejan de la *instabilidad* de nuestras cosas, y que todavía en este momento están cobrando á la sordina en tal ó cual capital extranjera, que pudiéramos nombrar, el sueldo que les señaló hace diez ó mas años un ministro amigo para ir á desempeñar una comision que jamas desempeñaron, y que maldita de Dios la falta hacia que se desempeñase: estos viven solapadísimamente, como tristes *abusos* vergonzantes, no salen á las calles mas que al anochecer; siempre van con ademan

cauteloso; sombrío:—su idea fija es hacerse olvidar,—que nadie piense en que existen,—mas que el banquero pagador de las comisiones inútiles.

Del tipo *sensato*, es muy poco lo que hay que decir: su carácter distintivo es un constante anhelo de ver introducidas en España todas las cosas buenas que ve y francamente admira en los paises extranjeros. Entre sus paisanos, lamenta con calor, alguna vez con exageracion, el atraso y las miserias de España; entre franceses é ingleses, habla de su patria con decoro y con cierto respeto filial, sin consentir que nadie la insulte: su máxima favorita es este aforismo de Napoleon: *Il faut laver son linge sale en famille.* Literalmente: «La ropa puerca debe lavarse »en casa.»—En su sentido figurado, no es fácil traducir en toda su patriótica energía esta expresion proverbial. Mis lectores deben conocer muy bien este tipo, pues los supongo pertenecientes á él, como cree serlo el que tiene el honor de suscribirse su muy atento y S. S. Q. B. S. M.

EUGENIO DE OCHOA.

EL CIEGO.

Como te ponderen ¡oh lector benévolo! un cuadro de Zurbarán ó de Murillo, has de ser poco aficionado á las artes para no dirigirte al Museo que posee tan rico tesoro. No es lo probable se ofrezca á tus ojos desde que pisas el umbral de los salones, ni has de mostrarte tan tibio que no lances una ojeada en torno tuyo, impelido por la variedad de figuras y de asuntos representados en otros lienzos, con doble motivo si tienen algun punto de contacto con el que aguija tu curiosidad, y así te lo advierte tu guia. Cabalmente nos encontramos en este caso tú y yo al comenzar mi artículo: pongo en las nubes al Ciego, ansías verle, te conduzco como por la mano á una vasta galería en que se muestra al público, miras y no le ves; culpa de otros personajes que le circundan y guardan con él relacion no pequeña. Forzoso es pasarles revista para desembarazarnos de ellos cuanto antes.

No todos los casos de ceguera se hallan al alcance del mas famoso oculista, por mucho que sobrepuje en ciencia al Albinus del Campanero de San Pablo. Mientras encienden luz en su casa ve suficiente la cándida jóven para marcar con una hebra de su rubio y sutil cabello la delicada batista del pañuelo del amante, y no ve su corrupcion de que son testigos lupanares y orgías. Ostenta su asombrosa puntería el buen marido que sale á caza y tumba de un balazo al mas volátil vencejo, y no descubre las liviandades de su esposa, sobre las que se hace lenguas todo el barrio. Desde el fondo de una alameda distingue el sencillo labrador á la hormiga, que toma provisiones de sus mieses; á la oruga, pegada al tronco de sus manzanos; á la mosca, solazándose con el dulcísimo fruto de sus colmenas, y se le oculta lo caro que le cuesta no pagar diezmos y cangear su título de súbdito leal por el de ciudadano libre. Sácase de aquí en limpio como nadie ve lo que mas le importa; y en tal sentido todo viviente tiene mas de ciego que de loco, aunque le pese al adagio. Te enredaria y me enredara en laberinto mas intrincado que el de Creta enumerando uno por uno á cuantos prójimos padecen de ese achaque.

Existe otra clase de Ciegos que lo son á sabiendas. Imposible es, lector amigo, que no tropieces cada dia con alguno de ellos; y si no recuerda al cesante, á quien acosan acreedores, cuando se topa por sus culpas con el mas implacable de todos y se escurre á la deshilada, motivando el repentino giro de su cabeza con un respetuoso saludo dirigido al balcon de un cuarto piso, donde solo se ven tiestos. Figúrate despues al padre de familias que va á la oficina y columbra á su primogénito jugando á la pelota en la plaza de Oriente: por no armar bulla no interrumpe tan lícito recreo, antes bien se reserva sus paternales prerogativas para ocasion en que no cuente el chico con molestos intercesores. No olvides al dependiente del resguardo, protector nato de las barcas contrabandistas y patrono especial de sus patrones, que permite frecuentes alijos en el mismo punto de la costa que se le confió para estorbarlos. Aun cuando sea de refilon observa á gentes de la propia calaña y formarás cabal idea de lo que se llama en castellano *hacer la vista gorda*. Tampoco aquí encuentro tintas para mis pinceles, ni dibujo para mi pintura.

A mi propósito solo cumple bosquejar lo mejor que me sea dado á los que son Ciegos por faltarles la vista, y todavía me descarto de los que la pierden en fuerza de años como Homero y Milton, de los que la rinden en manos del verdugo como el Belisario y el conde de Saldaña, y de los que se la arrancan á sí propios como Edipo y Santa Lucía. Me concreto al que sale del vientre de su madre no á luz sino á las tinieblas del mundo, legándole aquella á su muerte, perpetua noche, y el inapreciable recurso de buscarse la vida á tientas. Y pues dimos ya de codo á cuantos estorbaban nuestras pesquisas, y te puse, lector, delante de mi tipo, abre ojos, cierra boca y aguza oido, mientras procuro salir airoso de mi tarea con ayuda de Dios y de tu genial indulgente.

Ofrécese en lontananza el ciego niño: aprendiz de música, nos obsequia con aguitarrados rasguños y violinescos chirridos: imita cual puede el canto del gilguero, el de la codorniz, los ayes del lloron recien nacido; y se ocupa en la expendicion de géneros de escaso consumo; como programas ministeriales y profesiones de fé republicanas. Aparece en segundo término el ciego mozo, todavía poco ducho en su oficio y vacilante en su educacion práctica: sírvenos con todo para destacar la principal figura del cuadro. Es la del Ciego á quien cubren canas, por mas que no las peine; camastron de por vida, bachiller en embustes, licenciado en malicia y doctor en charla sin haber asistido á seminario, universidad ni colegio: chalan de noticias, mercader de jácaras y baratillero de fenómenos sin que se le incluya en las listas del subsidio, saludémosle con la afabilidad y cortesanía de que seamos capaces, por advertirse en él toda la perfeccion, toda la belleza, toda la bizarría del modelo.

Ignoro si mi héroe es ó no descreido, mas observo que sin vista representan á una de las virtudes teologales: no averiguo si es vehemente en sus pasiones, si atropella imposibles, ni si da flechazo á hermosas y feas; bástame saber como carece del propio sentido que el hijo de Vénus: ni falta quien le conceptúe mas semejanza con la justicia, á quien pintan tambien venda en los ojos; y es á mi ver por lo de blandir su espada como palo de Ciego.

A la rapidez con que cunden las luces en nuestro fosfórico siglo debe de cierto la circunstancia de bandearse sin el mueble mas imprescindible, sin el atributo mas añejo de sus predecesores: á mengua tendria el Ciego contemporáneo salir á la calle con el enjuto perro, ó el frívolo lazarillo: acaso caduque el refran de que si un Ciego guia á otro Ciego ambos caen en el hoyo, pues ahora no cae ninguno aun siendo tres los que caminen uno en pos de otro. Por supuesto es rarísimo el Ciego que pide limosna de casa en casa, salvo los que han perdido su vista en la última fratricida guerra.

Depositan sus votos en las urnas electorales muchos de peor pelaje que mi tipo, y ya quisieran contar en el mes de diciembre con sus zapatos de la valentía, sus medias azules, sus pantalones negros con rodille-

tas pardas, su raida chaqueta, su sombrero de hule y su capa guarnecida de barro, infinitos que han figurado en la penúltima ominosa década como oficiales de secretaría, coroneles de tropa y generales de convento.

Tales son las señas que se toman del Ciego apenas se le mira, aplicables en un todo á la Ciega con solo vestir su cuerpo de faldas, poner á su cabeza pañuelo de yerbas, y sembrar su faz de diseminado bozo en vez de cerdosa barba, pues hasta su voz tiene algo de hombruno y mucho de varonil sus arranques. Y ahora, lector, conviene variar de rumbo para engolfarnos con el Ciego en el ejercicio de sus funciones, en la práctica de sus costumbres, y en la diversidad de sus recreos. Adáptase por fortuna el método periodístico á nuestro asunto, y así podemos dividirlo, si no te enoja, en *seccion política, seccion religiosa, seccion literaria* y *miscelánea ó parte indiferente*, con lo que tú quedarás servido, yo pagado y ambos contentos.

SECCION POLÍTICA.

Aquí se nos presenta el Ciego tornasolado de matices: en materia de opiniones baila al son que le tocan, y hace como un santo á juicio de unos, y al de otros como can de mala especie que acaricia al vencedor y ladra al vencido. No percibe un real de tesorería; pero medra á la capa de los trastornos como pescador que á rio revuelto ganancia logra. Muchas y repetidas veces ha cambiado de librea, ya ostentando en su sombrero la cinta blanca con lo de *viva el rey y la religion* como acérrimo defensor del altar y el trono, ya la cinta morada con lo de *Constitucion ó muerte* como buen hijo de Padilla: ora desgañitándose por esas calles del diablo con el *trágala y el himno de Riego*, ora deplorando en lúgubres armonías la *muerte de Elio ó jaleándose con el julepe*, para ensayar poco despues las groseras notas del *maquirandel y el maquirandelo*, y hacerse en contrarias alternativas *moderado ó progresista, conservador ó ayacucho*, y crearse un ente moral ó fantasma con quien lucha lanzándole al rostro el apodo de *feota* ó de *negro*, de *pastelero* ó *retrógrado*, de *servil ó carlino*. Y les apoda, tilda y asaetea con el mismo fervoroso entusiasmo: y se amolda á las circunstancias como un diplomático de primera tijera, y con todos come y de todos saca astilla porque halaga las pasiones del momento, y mientras fermentan las pasiones su popularidad crece, y cuando se apaciguan diera *un ojo de la cara* porque en las provincias se alzáran y formáran juntas y dieran un grito cualquiera que fuese con tal de que produjera una mudanza é hiciera oportuna la entonacion de nuevos himnos de victoria, de nuevas canciones burlescas que acibarasen el infortunio del vencido.

Aparte lunarcillos de tan poca monta, dado que para adquirir el renombre de camaleon político no se necesita ser Ciego, es mi tipo elemento necesario, rueda muy principal de la máquina gubernativa española. De nada le serviria á un invicto gefe seguir la pista al enemigo por espacio de tres semanas, alcanzarle al fin y dejar dos hombres fuera de combate, debiendo su salvacion los dos mil restantes á lo *escabroso de la noche* y á la *oscuridad del terreno*: poco se adelantaria con que el parte saliera del ministerio de la guerra pulido y lozano de palabrería y de la Imprenta Nacional flamante y limpio de toda errata, si no hubiera un Ciego pronto á darle la última mano con sus pomposos pregones que anuncian el *total esterminio de los rebeldes*. Para que la noticia cunda como su importancia lo exige, se trasforma en telégrafo ambulante de Madrid, lluevan chuzos ó soplen huracanes, ásense los pájaros ó hiélense las aguas. En los tiempos de antaño si ocurria vender á deshora papeles de tal calibre equivalian los gritos del Ciego al voleo de las campanas, y toda la poblacion se iluminaba como por encanto; mas secos ya los vecinos de la coronada villa con tantas felices nuevas que en infaustas desventuras se tornan, han resuelto casi por unanimidad destinar su aceite á usos mas provechosos, y no iluminan ni por un ojo de la cara. Hubo épocas en que caminaba el Ciego á orillas del rio de la opinion pública para hacerse eco de su murmullo: así señalaba á los gobernantes el puente ó el vado de ese rio, y desde su centro contemplaban su recto y apacible curso: mas desde que ese rio se ha trasformado en innumerables arrollos, que no han menester de vado ni puente, ha perdido el Ciego la brújula, se ha estraviado en su marcha antes regular é inalterable, y anda á tientas bajo dos conceptos entre sí bien distintos. Por desgracia hasta en esa clase, tan uniforme de muy antiguo en ideas y sentimientos, ha penetrado el desórden, la confusion y la anarquía: si ocurria *un cambio de frente*, diez años hace, todos los Ciegos lo ejecutaban á una: no habia tránsfugas, rezagados ni desertores, y de consiguiente el sistema de discusion no podia establecerse ni desarrollarse entre individuos acordes en todo; mas el periodismo latente y fulminante ha alterado tan buenos usos, ha envuelto en doble caos á esas pobres gentes, escitando su codicia con el cebo de la ganancia, y haciéndoles sacudir el miedo é impulsándoles á la osadia con lo pingüe del salario. Ocupados los Ciegos, como despues veremos, en diversas faenas, solia suceder que llegase á Madrid un correo gabinete con pliegos para la secretaría de la Guerra; como por ensalmo cundia entre aquellos la noticia, y paso á paso iban agrupándose en torno de la *Imprenta Real ó Nacional*, segun los tiempos, y allí aguardaban una, dos, tres ó mas horas hasta que se abria el despacho; se abalanzaban frenéticos á la reja y adquirian unas cuantas decenas de gacetas extraordinarias: desde allí se dividia la numerosa falange con rumbo á los cuatro vientos, y diseminados los Ciegos corrian como energúmenos, aturdiendo los oidos del pacífico ciudadano, y perdiendo de vender su género en fuerza de andar deprisa y de los gritos de sus colegas, que tampoco querian hacer alto hasta que se apoderáran de una calle, donde campeasen solos. Perspectiva por demas animada presentaba entonces la Puerta del Sol con todas sus avenidas: todo era ir y venir Ciegos y arrebatarles las noticias á puñados, y formarse grupos, donde se recogian con avidez las palabras del que leia, procurando todos esmerarse en interpretaciones y comentarios que hicieran subir de punto la importancia del parte oficial de la secretaría del despacho. Muchas veces habreis visto repetida esta escena sin que hayais advertido en los Ciegos la misma unidad de opiniones: por ejemplo mientras la mayoría de ellos ensalzaba, poco há, las victorias de Prim en San Andres de la Barca, en Mataró, en Gerona y al pie del castillo de Figueras, oiríais á algunos anunciar con tímidos y vergonzantes pregones la venta del *Moscardon* y de la *Tarántula*; así como mientras la guerra civil tocaba en su postrera agonía y la toma de Morella ensanchaba el círculo de sus operaciones mercantiles, veríais á algun Ciego, no asociado al regocijo de sus camaradas, que mustio y cabizbajo se escondia entre la muchedumbre, que suele poblar las esquinas de la calle de la Montera, para vender *huracanes* á cuatro cuartos, bajo las apariencias de *cortes de chaleco*; pues conviene decir de paso que nadie como el Ciego está versado en la táctica de no rebelarse contra las leyes, contentándose con eludirlas hasta que se cumple un mes desde el dia en que fueron promulgadas: entonces las infringe abiertamente porque entre nosotros no hay una sola que á ese tiempo no caiga en desuso; y consiste en que las autoridades se cansan de velar por su cumplimiento, y los súbditos son propensos á la desobediencia. De suerte que entre los españoles no tiene grande aplicacion aquello de *hecha*

la ley hecha la trampa, por tres razones: 1.ª, porque en España no hay leyes ó si las hay cada una de las muchas fracciones en que se divide la monarquía tiene las suyas opuestas entre sí como los polos. 2.ª, porque una vez publicadas son como aristas que arrebata el viento, como flores arrancadas de sus tiestos para que se marchiten en el arroyo de una calle, como naves que vagan á la merced de las olas sin timon ni vela; y 3.ª, porque en España, la trampa se hace antes que la ley, y la ley es trampa.

Escusado es que yo te diga que nuestro héroe tiene en su archivo, cuantas gacetas extraordinarias, periódicos y hojas volantes no ha podido vender, y fuera manantial fecundo para un historiador á no encontrarse, por ejemplo, en sus investigaciones; con que Zumalacárregui habia muerto tres veces, que á Cabrera le habian fusilado los suyos, y que á Carlos V lo habia envenenado un fraile; que estas y otras especiotas ha publicado el pobrecillo, con tanta fé y entusiasmo, como si cobrando de repente la vista, las hubiera presenciado: ¡cuántas veces, al terminar su pregon, habrá oido decir de sí: ¡*soñaba el Ciego que veia*! Ni fuera este solo el obstáculo en que el historiador pudiera tropezar, que á guiarse por las carpetas que deben ordenar sus papeles, si puede haber órden en los papeles de un Ciego, se encontraria con una porcion de novedades, de hechos ignorados y de sucesos á los que viene de molde al hablar de nuestro tipo aquello de ***aquí está quien lo dice y allí está el que lo vió***, ¿quién no recuerda haberle oido pregonar el año de 36 *la muerte de Fernando VII*, cuando de lo que hablaba el papelito nuevo, era de las honras á la muerte del rey? ¿quién no le ha visto vender por dos cuartos la muerte de Riego y los suyos por el año 40 en que se exhumaban los restos del mártir de la libertad? Y es que el pobre *Ciego*, atento á la ganancia, despues que un muchacho le ha leido el papel, lo glosa procurando conciliar las circunstancias con su propio interes. Se habla de la muerte de Fernando VII y esto en el año de 36; noticia que mas llamara la atencion, no se podia vender. ¡Váyase V. á fiar de esta manera en el archivo del Ciego para escribir una historia! Verdad es que puede que no faltara historiador que dejara de sacar partido de semejantes patrañas, ni extranjero que pagase á buen precio tan estupendos papelotes como preciosos documentos para escribir nuestra historia, que historias he visto yo que así parece las escribieron sus autores. Pasemos ahora á la

SECCION RELIGIOSA.

Como la seta al pie de encima, encontrarás, lector amigo, al Ciego á la puerta de la iglesia, y tuviérasle por adorno del pórtico, si con voz lastimera, no hiriese tus oidos exclamando: —¡A este pobrecico, que no ve! Y cuenta que aun en este caso, no pide limosna, lo que hace sí, es tener la mano abierta, y tomarla si se la dan, y sus palabras no son mas que un recuerdo á los fieles de la obligacion que tienen de ***alumbrar*** al que no ve. Él sabe al dedillo todas las fiestas solemnes, jubileos, cuarenta horas, y las iglesias en que tienen lugar; y digo al dedillo, porque nadie como el que carece de ojos, se fia de los dedos y ve con ellos lo que muchos de vista hermosa no alcanzan á distinguir. Monedas recibe nuestro héroe á la puerta de la iglesia y en el tacto sabe lo que son, cuando el que se las da, lo hace precisamente porque con ellas puede asegurar que no conoce al rey. Colocado á la puerta, el Ciego que parece no hacer nada, bebe sin cansarse en el hermoso manantial de la religion, aunque no sea muy conforme con los santos preceptos de esta, sacar una fuerte tos en el instante en que una mano benéfica se pone en contacto con la suya, á fin de que no se oiga el ***para todos*** que pronuncian los caritativos fieles cuando es mas de un ochavo lo que aflojan. Allí reza y reza en latin, lo cual equivale á rezar en *Ciego*, echa responsos, con tal que le responseen tambien, y en esto observa fielmente la conducta de los padres de la Iglesia, y deja el templo del Señor en ciertas temporadas, para convertirse en apóstol, y predicar por las calles y plazuelas, la fé de Jesucristo y los misterios de la religion.

A estos actos de doctrina cristiana acude el *Ciego* en compañía de otros que no ven, ó ven muy poco; que un par de ojos aunque estén nublados, bien pueden pasar por soles, cuando en la tierra de Ciegos al tuerto se cuenta rey; y no hay para qué decir, que quien así mira con ojos remedo de borrasca, es el que en tales casos hace oficios de cobrador. Lleva nuestro *Ciego* una guitarra, ó mejor dicho la guitarra le conduce á él, que ocupándole las dos manos y no pudiendo hacer uso de su palo, especie de péndula ondulatoria, las armoniosas cuerdas que pulsan sus delicados dedos son un aviso significativo y le salvan las dificultades que á su lento y sereno paso se le oponen. Y nada importa que en vez de guitarra lleve violin, que aquel que nada ve, la naturaleza nos dice que habrá de *tocar* bien. Mira lector, á nuestro hombre en la calle de Toledo á la puerta de San Isidro el Real, cercado de una porcion de curiosos que así tienen la boca abierta, como el *Ciego* la vista tapada, el palo colgado de un boton, el recado de las coplas al cuello, la capa sujeta al mismo, aunque echada atras, el instrumento en actitud de obrar, y boca y manos, y cabeza y pies, diciendo y haciendo sin pies ni cabeza, aunque con tanta gesticulacion y dificultosas caras, como quien quiere marcar, con el rostro, lo que los ojos no pueden, pero quisieran decir.

La muerte y pasion de nuestro Señor Jesucristo canta el *Ciego* en la cuaresma, y las siete palabras el jueves y viernes santo al compas de los bordones de su guitarra, si ya no se ocupa en enseñar á los fieles el modo de visitar el Santo Sagrario. Hace algunos años solian dos Ciegos explicar por medio de preguntas y respuestas el sacrificio de la misa, colocados uno en frente de otro, y ostentando en sus semblantes una gravedad muy parecida á la estupidez empezaban por decirla significacion de cada una de las vestiduras del sacerdote.—¿*Qué segnefica el céngulo*? preguntaba uno, y el otro respondia con melancólico acento.—*Segnefica la soga con que ataron á Nuestro Señor Jesucristo.* Con la boca abierta asistia mucho auditorio á aquella leccion de doctrina cristiana tenida al raso y al viento libre, hasta que uno de los preceptores postrándose de hinojos, decia:—¿*Qué segnefica cuando alzan*? Imitando este ejemplo su camarada, respondia: —*Segnefica cuando levantaron á Jesucristo en el santo madero sobre el monte Calvario.* Y proseguian de este modo hasta el último evangelio, edificando con su afectada devocion á los doctores de las ***Maravillas*** y á las matronas del *Rastro*. Nos alegramos de que ya no se pongan títeres á lo divino, hablando del santo sacrificio de la misa dos ciegos en las calles y plazas públicas entre las sombras de la noche: es probable que si se aventuraran á restablecer semejante abuso, viniera á perturbarles alguna peladilla de arroyo disparada por uno de esos ***espíritus fuertes*** que, creyendo ver un acto de fervorosa devocion en tan ridícula farsa, quisiera hacer alarde de que, en su sentir, la reverencia al culto es la mayor de las preocupaciones.

Practica el Ciego la moral como íntimamente unida á la religion cristiana, sin apartarse de la senda que le trazan sus especulaciones mercantiles. —¿No oís sus pregones? Atended: «En dos cuartos el papel que ha salido nuevo, donde se da cuenta y razon de la prision de unos criminales.» Dentro de pocos dias venderá la ***declaracion de un hombre preso en la cárcel de esta córte con relacion de las atrocidades y***

hechos voraces que ha cometido en el resto de su vida. —¿Deseais saber el curso de este proceso? Tened un poco de paciencia: el dia menos pensado os despertará el Ciego vendiendo á gritos: «*La causa y sentencia del reo que está en capilla con su nombre y apellido y cómo se llama.*» Hasta aquí ha dado nuestro héroe inequívocas muestras de que *odia el delito.* Mientras los hermanos de la filantrópica é insigne cofradía de la Paz y Caridad piden *para hacer bien y decir misas por el alma del reo que van á sacar á ajusticiar, á quien pueda por el amor de Dios*, prepara el Ciego un paquete de impresos: son la *salve que cantan los presos* cuando el que fue su amigo y camarada en la mansion de los criminales, va á precederles en el patíbulo afrentoso. Muchos ejemplares venderá de esa *salve*, caminando á algunos pasos de distancia en pos del infeliz reo, para llegar al sitio del cadalso apenas exhale el último suspiro. Su objeto es dar vuelta en torno del *garrote* y pedir que le *manden rezar la devota oracion ó rogativa por nuestros hermanos reos difuntos*, la cual no es otra cosa que una relacion, escrita en malísimos versos, de las penalidades y angustias que sufre el reo desde la *vista de la causa* hasta que le ponen en capilla, donde, *cuarenta y ocho horas dan, poco mas ó menos*, para que salve su alma, y desde que

ya lo sacan de la cárcel
lo llevan por la carrera
hasta llegar á la plaza
donde turbado se queda.

Con perdon del Ciego, nos parece que mas agradeceria el difunto un responso á la oracion del Santo Sudario que el relato de sus tormentos, el cual solo sirve para entretener á los vivos. De todos modos la fé es lo que salva, y si el Ciego cree que de esa manera hace bien por el alma de los que han *sido*, nadie puede tachar la pureza de sus intenciones; y si al cometerse un crímen dió muestras de que *odia el delito*, satisfecha ya la vindicta pública, hace ostentacion de que *compadece el delincuente*; con lo cual cumple en todas sus partes esa sábia máxima que sirve de inscripcion sobre las férreas puertas de las cárceles públicas.

SECCION LITERARIA.

Si el Ciego no es hombre *leido ni escribido*, nadie podrá negar que es hombre de letras y que una de sus principales misiones en este mundo en que nadie ve y todos caminan á tientas, es dar luces y quitar telarañas á muchos ojos, y que este privilegio lo tiene el *Ciego* es tan indudable como la verde mora posee el suyo de quitar la mancha de su sazonado fruto. Desde luego y aunque no sea mas que un pregonar: «*Libritos para escribir y notar cartas, memoriales y esquelas al uso moderno,*» que siempre es moderno desde que hay *ciegos*, difunde la ilustracion, y gana la voluntad de tanto mocito, que al oir lo mucho que contiene un libro tan pequeño, lo compra, diciendo: «Quién por tampoco dinero no se hace sábio.» Los niños acuden presurosos á comprarle cartillas, catones y gramáticas, los mozos de cordel, la historia de los doce Pares de Francia, las coplas de Calainos, los siete infantes de Lara, Pedro Cadenas y Rosaura la de Trujillo, y de este modo notarás, lector, que el *Ciego* consigue establecer en cada esquina de las calles de la capital, una cátedra de historia y poesía é infundir un amor á las bellas letras, que no hay momento del dia en que no se encuentre un mozo que lea y muchos que con la boca abierta le escuchen. Por supuesto que todos estos libritos, historias y coplas, con otra porcion de cosas raras y nunca vistas, las sabe el *Ciego* de memoria, con sus puntos y comas, prueba inequívoca de lo mucho que las ha oido leer y de lo mucho que gustan en nuestra tierra las cosas de *Ciego* ¡y habrá aun quien nos calumnie diciendo que no somos aficionados á la lectura! Tambien pregona su arte poética, y de que no debe tener tan mala venta y lograr famosos resultados en la ilustracion, responda el inmenso número de poetas que cada dia se dan al público, con una composicioncita *á un ahorcado*; *la Calavera Fantástica* y el *Suicidio atroz.* Conoce á fondo las reglas de la poesía, y con la guitarra en la mano es fuerte en la improvisacion. Pero como el que no ve las grandezas del orbe no puede elevar mucho su inspiracion, cuando quiere *echar una copla* á la jóven que se encuentra en el balcon, toma puntos del lazarillo, de si es blanca, de si es rubia y si posible fuese de cómo se llama; y en conociendo algo de esto, por sabido se tiene la copla en que la llamará hermosa y buena moza, siquiera su cara sea una criba y su cuerpo el de un tonel. Esta facilidad de improvisar, no solo le vale dinero, sino que le granjea el aplauso y la admiracion de todas las fregonas, que no viendo mas allá de sus narices, y nariz de fregona siempre es chata, no comprenden como un *Ciego* vea y sepa tanto.



El Ciego.

Todo lo dicho hasta aquí, vale muy poco comparado con la *gramática parda* de nuestro héroe, que aplica á su modo de vivir y de obrar, y que constituye la última seccion.

MISCELANEA Ó PARTE INDIFERENTE.

Nacido entre tinieblas el desgraciado ser que nos ocupa, dotóle el Supremo Hacedor de entendimiento claro y de una fuerza de lógica irresistible en los dedos de las manos. Le privó de contemplar con la vista

todas las grandezas que le rodean, pero dióle en cambio un oido fino y delicado, que comprendiera todas las bellezas de la música, y un tacto esquisito, para conocer los objetos á su modo é ir á cada toque aclarando sus ideas y sacando deducciones. Es claro que desde su infancia la educacion del *Ciego* tiene que ser enteramente diversa de la de los que no lo son, y que desde el momento en que usa una especie de *gramática parda* que le saque de los apuros en que encontrarse pueda, y le prevenga contra los engaños, que la humanidad que ve, quiera dirigirle. Con su palo en la mano, especie de timon, navega por el piélago inmenso en que se encuentra, sin dar el menor tropiezo, aunque los chicos ó los grandes quieran que tropiece; con las manos atrae los objetos y los encamina directamente hácia ellos, como si la naturaleza las hubiera dotado de vista; si conoce por su oido, que escucha hasta las intenciones, que en la mesa tratan de pegarle un chasco, se aguanta y con la mayor mansedumbre, recorren sus dedos los bordes del plato en que ha de comer ó del vaso de la bebida; nótase sin embargo en su fisonomía cierta severidad, capaz de infundir respeto, ya que no miedo, al mas osado, y en sus gestos se leen las palabras de: «*Miserables*, *cómo abusais de la desgracia*.»

Es el Ciego, empleando para todo su gramática parda, el mejor buscavidas que pudieras idear. Cuando no hay guerra civil, ni política militante, y por consiguiente ni gacetas extraordinarias, ni hojas volantes, nuestro héroe saca del archivo un mazo de coplas, inventa sucesos horrorosos, hace que se ahorquen media docena de personas ó se envenene una familia, degüellen dos amantes desgraciados, ó devore un lobo rabioso media poblacion; y cualquiera de estos hechos que por supuesto *acaba de ocurrir*, sale de madrugada pregonándolo por los barrios bajos y plazuelas de la capital: en tales casos llega su astucia hasta el punto de imaginarse, que ni á un hombre solo y Ciego le han de creer por lo que diga, ni habiendo tantos como él, habria de ser privilegio suyo la venta de noticia tan garrafal. Para que esto no suceda, se ponen de acuerdo tres ó cuatro de la hermandad, se reparten las coplas, marcan el itinerario que han de llevar, en la seguridad de no perderse, y como si fuera fresca la noticia la predican desesperados y á escape, atrapando en red tan bien tendida algun incauto pececillo, que ansioso la devora y se encuentra con un suceso raro acaecido el año del hambre. Otras veces, hace su tráfico con mujeres, y puedes calcular qué gentecita será, cuando por dos cuartos da 4,007, siendo de advertir que para llamar la atencion recorre las calles, gritando los vicios y defectos que cada una tiene, sin que haya una virtud que las adorne.

Tiene bajo su dominio la venta de nuevos calendarios, y de viejos tambien, los motes nuevos para damas y galanes; los fósforos finos y el papel para fumar, de hilo por supuesto. Despacha carretillas de pega, garbanzos de pega, papel de cigarros de pega, cartas de chasco y se divierte en pegarla tambien, no sin prevenirlo al grito de *todo pega*, ya sisando la pólvora á las carretillas, que no dan mas que un trueno, ya vendiendo á dos cuartos cada garbanzo natural.

Con la guitarra ó el violin en la mano, da los dias á cierta parroquia que tiene, improvisando una copiita; y por navidades canta y vende los villancicos á la puerta de cada tienda ó puesto y desgarra los oidos del tendero para precisarlo á que cansándole otorgue el aguinaldo. Y finalmente, cuando otro recurso no le queda, contémplale, lector, hecho un Hércules, que lleva á *Madrid en la mano*, con sus calles y plazuelas, iglesias y conventos, hospicios y hospitales, y cuantos establecimientos públicos quiera recorrer en un momento el curioso viajero.

Este es nuestro *Ciego*, amables lectores, no le mireis con malos ojos, la guerra que le hagais, no será con armas del todo desiguales, que al fin y al cabo, entre uno que ve mal y otro que no ve, la lucha habrá de ser á tientas. Miradle, pues, con buenos ojos, siquiera hagamos nosotros el papel de ciegos y llevemos lo peor en la demanda.

ANTONIO FERRER DEL RIO.—JUAN PEREZ CALVO.

EL RETIRADO.

Era una tarde de febrero, en que la anticipada primavera de los campos de Estremadura Baja preludiaba en las márgenes del Guadiana el suave concierto de sus embalsamadas brisas. Declinaba el dia en las fronteras portuguesas, y comenzaba á percibirse el misterioso ruido de la alegre ciudad vecina, que abandonaba sus tareas cuotidianas, mientras en la campiña parecian responderle en coro el metálico son de las esquilas y campanillos de mulas y bueyes que iban á soltar su acostumbrado yugo, y el monótono balido del ganado, que tornaba á sus rediles, junto con la robusta voz de los labradores, que saludaban al crepúsculo con sus rústicas melodías.—Yo depositaba en mi corazon este armonioso ruido, como otros tantos manantiales de mis futuros cantos, tal vez uniendo á los ecos de la tarde mis amantes suspiros, tal vez intercalando en ellos alguna meditacion filosófica, albergando por este medio en mi hospitalaria lira las encontradas huestes de las milicias clásica y romántica.—Cosas todas, que probablemente importarán bien poco al lector, pero que yo necesito decirle, si quiere reunirse amistosamente conmigo en el sitio y á la hora de presenciar una escena, que en cierto modo vino á interrumpir mi poético arrobamiento: y no porque el objeto de aquella deje de ser bastante poético en sí mismo, sino porque precisamente entonces me dió á mí la tentacion de mirarlo por su lado prosáico, presumiendo quizas habia de llegar un dia, en que varias poderosas razones me obligárau á describirlo en prosa tan desaliñada y soporífera, como ya se habrá echado de ver.

Figuráos, lector, que lees, y editor que pagas; figuráos, repito, que se trata de un buen hombre seguramente, no tan mozo que pudiera llevar con el debido donaire una faja de general de los ejércitos españoles, si bien no precisamente tan viejo que pudiera ser un digno colaborador de los padres conscriptos del año 12; con un pie, como si dijéramos, en el término del octubre, y otro en el principio del noviembre de su vida.—El brillo de sus ojos era demasiado vivo para dudar que animaba su luz un cúmulo de recuerdos tan religiosa como ardientemente conservados en su memoria, á la par que la agitada ondulacion de su pecho revelaria conservarse aun lozano en su hueco el gérmen de fogosas pasiones, si no se supiera que el frio de las vigilias pasadas y la ruda inclemencia del hambre presente le habian producido un asma tenaz, que era lo que ocasionaba aquel penoso esfuerzo en su respiracion acompañada de cierto murmullo sordo, semejante al del hervir de una caldera.—Al mirar su cabello espeso y entrecano, su frente á trechos rugosa, sus mejillas casi angulares, sus manos nerviosas y descarnadas, si bien en cambio guarnecidas por una sobrepiel de vello cerdoso; al oir el bronco metal de su voz trémula y entrecortada unas veces, como la de ministro interpelado, segura y enérgica otras, como la de un sargento de granaderos; al contemplar, en fin, aquella incon-

gruencia de facciones y de modales, que tan pronto revelaban una virilidad prematuramente desgastada por fuertes sensaciones, como una vejez en lucha con la agonía de la virilidad, diríais que era el Judío Errante.

Pero apartad la vista por un momento de estos caractéres problemáticos: fijadla en su cumplida talla ligeramente modificada por una escasa curvatura, que pone en completo divorcio con su descarnado espinazo el talle de un enorme casacon azul turquí en otros tiempos, de escaso cuello, en conversacion con el hombro, bocamanga de paño carmesí al parecer, como el del cuello, prolongada desde las yemas de los dedos hasta muy cerca del codo, de cintura perfectamente circular, con su ribetito carmesí tambien, y formando dos ángulos obtusos con el faldon largo y estrecho á manera de bacalao, por cuyas orillas se extiende el susodicho ribete, si bien con un ensanche progresivo desde la pélvis á las corvas ó mas abajo, que es su centro natural de gravedad. A este cuerpo así ataviado, añadid ahora unas piernas, donde predominan el sistema huesoso y zancudo, cubiertas, como palo de manga parroquial, con unos pantalones (*calzones* le llama siempre el interesado), de holgada pretina, cuyos puntos diametrales arrancan en mitad de la espina dorsal por detras, y en la punta del esternon por delante, y cuyas dos secciones perfectamente cilíndricas apoyan sus bases respectivas en otros dos botines, que en invierno son de paño negro con botones de hueso blanco, y vice-versa en verano, que suelen ser de lienzo blanco con botones de hueso negro.—Examinad luego esta individualidad por sus extremos, por su cenit y nadir,—hallareis en sus pies zapato de robusto becerro con un tacon igual á la profundidad geométrica de su triple suela, y rematado por su delantera en una mal llamada punta, que con razon pudiéramos llamar semicírculo.—Esto en cuanto á su extremo inferior: seguid ahora vuestro exámen en escala ascendente, si quereis encontrar el signo verdaderamente característico de nuestro personaje. No os pareis en el ancha trampa de sus ya descritos pantalones: no os detengais en la trabajosa tarea de descifrar el roido letrero de los ya cobrizos botones de su casaca: mirad siquiera de paso la única charretera, no ya pendiente, sino amarrada en su hombro izquierdo, como la uña de un galápago en la arena, y de color ya de calabaza ahumada: dejad en paz su inflexible corbatin de baqueta.... Id mas arriba, mas arriba.

Allí se ostenta, como en el tronco de Marte, una fórmula sagrada de mejores tiempos; un geroglífico, que vale toda una historia, un verdadero lábaro recien profanado en nuestros dias por un capricho de la moda, una escarapela, en fin, que así se parece á un tomate escachado, por seguir la frase vulgar, como á una moña de bolero, por seguir la frase mia. Esa escarapela, que miró con espanto mas de un enemigo, esa escarapela compañera amorosa y eterna amante de su dueño, que bajará con él al sepulcro, esa escarapela es el inapreciable ornato, es la diadema que brilla, no en la corona, pero sí en el mugriento y alimosquino sombrero apuntado (en el lenguaje de su dueño se llama de *tres vientos*), verdadero monumento arqueológico, y que, si ya la pintura no se hubiera apoderado de él para revelarlo á las futuras edades; podríamos determinar, comparándolo á una piragua empavesada.

Figuráos, pues, este armonioso conjunto de sustancia y accidentes, que son tal vez la sustancia misma, y hallareis la verdadera efigie de nuestro ambíguo personaje.—Si las señas dadas no os bastasen para conocerlo, tampoco me cogerá de susto—y prueba de ello el cuidado que he tenido de anunciaros ¿quién es? en el epígrafe del artículo presente, siguiendo en órden inverso el ejemplo de aquel pintor de brocha gorda, que escribia por bajo de su mamarracho: «este es un gallo, señores...»

Volvamos á nuestro hombre y á nuestra escena.—Hallábase aquel en el lugar y á la hora, que ya hemos dicho, pacífica y muellemente sentado á la orilla misma del rio. De hablaros poéticamente, diríaos yo que buscaba tal vez en el espejo de las ondas la imágen amiga de sus bellos recuerdos juveniles; pero esto nunca pasaria de ser una congetura tanto mas inverosímil, cuanto que recae sobre un hombre, que pesca con caña, ocupacion á mi ver la mas prosáica del mundo, y ciertamente no la mas favorecida por el vulgar adágio.—Con caña pescaba, pues, nuestro



El Retirado.

hombre, sujetando entre sus rodillas el extremo citerior de aquella inocente máquina, mientras ocupaba sus manos en la, para él, complicada y entretenida obra de hacer su acostumbrado cigarro vespertino.

Sorprendiéronle mis curiosas investigaciones, cuando comenzaba á picar su trozo, gordo como un cable, de tabaco negro con el mellado filo de una navajita de hoja corva y cabos blancos, que hacia treinta años conservaba, como recuerdo, sabe Dios de qué y de quién: y apenas dió cima al laberinto de vueltas y revueltas con que agitaba el tabaco, el papel, la navaja, las manos y los ojos para confeccionar con la debida perfeccion lo que él llama *su tranca*, cuando le ví sacar de una bolsita de badana hecha á manera de alforjas, el minucioso aparato de piedra, yesca y eslabon, que necesitaba para poner en ejercicio su ambulante chimenea.

Parecióme aquel el momento crítico de entablar con él un diálogo, que yo deseaba, y para darle comienzo en algun modo, me ocurrió preguntarle ¿por qué

en vez de aquella lenta y embarazosa operacion de *echar yescas*, no usaba de la breve y sencillísima de encender un fósforo?—Miróme con vista escudriñadora y un si es no es, mezclada de reconvencion; pero reponiéndose inmediatamente, y adoptando aquel exterior medio áspero, medio jovial que le hace tan misterioso, me contestó con cierta risita desdeñosa: «¡Hem! yo siempre he gastado esta táctica, amigo: moro viejo no aprende lenguas.»—Esta respuesta significativa y compendiosa, debió haberme hecho entender que toda réplica mia, por suave que fuera, habia de llevar envuelto algo, que ofendiese el amor propio de mi interlocutor; pero precisamente yo tenia toda esa petulancia de la adolescencia tan intolerante quizá con las viejas prácticas, como la vejez lo es con las nuevas, y á trueque de echarla de hombre que podia habérselas con el mas pintado en materia de reformas, hice todo lo posible por empeñar una polémica, para cuya decision escaso ya de razones que oponer á mis argumentos un tanto escolásticos, me dió mi contrincante las dos poderosas siguientes: 1.ª, que sus abuelos habian encendido sus cigarros con yescas, y que el fósforo era una invencion venida *de extranjis*: 2.ª, que aquellas yesquitas le habian servido *en tiempos que allá van*, para encender candela en muchos campamentos, y que con yescas, en fin, habia dado *jumazo á muchas zorreras.*

«¡Poder de Dios!—dige yo entonces para mi chaleco, siguiendo los humillos de filósofo que tenia—«hé aquí la generacion que nace en lucha con la que »muere; la civilizacion presente en lucha con la pa»sada; las ideas en guerra con los recuerdos; la fuer»za de las preocupaciones con la ley de las convenien»cias.»—Ahí está un hombre, que prefiere una yesca á un fósforo, porque entre otras cosas le ha servido tal vez la primera para sepultar entre las llamas algunos soldados franceses.—Decidle que hizo mal: decidle que fue cruel ó cobarde; y á ambas recriminaciones os contestará satisfecho, primero, enseñándoos cien cicatrices ganadas en mil combates, y añadiéndoos despues: «En paz estábamos en nuestra casa, »y sin meternos con nadie, cuando vinieron á tentar»nos la paciencia: nos atacaron como viles; y nosotros »los rechazamos como pudimos—todos los medios de »defensa eran legítimos contra tan injustos invaso»res....» ¡Oh! dice bien ¡vive Dios! el hombre de la casaca vieja y el sombrero mugriento.

Al menos, yo entonces nada pude contestarle: miréle, no sé ahora si con respeto ó repugnancia; sé que no fue con ódio.—Despedime de él, proponiéndome recoger noticias de su vida, que son las que te doy, lector amigo.—Aunque creeas leer la historia de un individuo, tómate tú el trabajo de versificar cuando te plazca, algunos matices de su pintura: añádeles, si te parece, uno: quítales otro, y con poco que subordines tus modificaciones á un pensamiento fijo, te hallarás en la historia de un individuo la de una clase, y el bosquejo de una época entera.

Si en el año de 1801, hubiérais pasado por un pequeño lugar de Andalucía, quizá hubiérais visto jugando con aire bullicioso á la puerta de la humilde casa que habitaba el párroco de la aldea, un chicuelo como de diez á doce años, que pasaba sin oposicion por el único sobrino del buen cura, que lo habia recibido como exclusiva herencia de un bravo militar.—Crecia el pobre huérfano bajo la tutela paternal del bondadoso sacerdote y el yugo madrastril de la señora Teodora, que á fuer de ama de cura no podia en paciencia ver compartidas con el intruso muchacho las atenciones que antes ella monopolizaba, y los escasos bienes, de que no sin fundamento se habia juzgado siempre única y universal heredera.

En esta situacion, vió venir el pobrecito huérfano su pubertad entre las lecciones de latin, los sermones en idem de su tio, y los sopapos de la señora Teodora, que tan pronta estaba siempre á regañarle por la menor travesura, como á denunciarla á la autoridad de *su señor*, no sin una gratuita y considerable exageracion de su cantidad y calidad.—Verdaderamente el chicuelo no daba señas de haber nacido para podrirse entre las bayetas escolásticas ó en la celda de un convento; y harto claramente veia con dolor su buen tio, la razon con que podia aplicarse á las tendencias de su rebelde neófito aquello de

¿Estudiante de dia
galan de noche?...
Malas trazas te veo
de sacerdote.

No habia, efectivamente, muchacha linda en el lugar, á quien no hiciese un guiño el picaruelo, ni vieja á quien no quebrase el cántaro cuando iba á la fuente, ni mancebo de sus años, á quien no sacudiese el polvo en los egidos y callejuelas.—Reprendiale su indulgente tio con esa mezcla de dulzura y severidad, que en vano buscaríamos en el clero de nuestros tiempos, si bien el maldito muchacho le hacia soltar la risa á lo mejor del sermon con las gracias que ocurrian á su natural despejo, acabando por desarmarlo enteramente por la precision con que daba sus lecciones del Nebrija, y la exactitud con que repetia de coro el catecismo entero de Ripalda.—Especialmente el dia que le *habia ayudado la misa* sin equivocar una coma, ya podia el sobrinillo desafiar la ojeriza sin treguas de la señora Teodora, y sus chismes y sus refunfuños.

Tan pacífica, dulce é inocentemente corrian las horas en el hogar del virtuoso párroco, cuando un suceso tan inesperado allí, como en la España toda, vino á turbar aciagamente su quietud y su alegría.—Pálido, y temblando de coraje y espanto, entró un dia el alcalde del pueblo, agitando convulsivamente sus desencajadas facciones; y sin aguardar pregunta alguna, refirió con el enérgico lenguaje del mas violento encono, la heróica hazaña de nuestros caros vecinos en la memorable jornada del *Dos de Mayo*.—Por la primera vez de su vida asomó la cólera en los turbados ojos del ministro de paz, y levantándose bruscamente despues de una breve pausa producida por el terror y la sorpresa, dijo con voz segura y profunda decision: «alcalde, es menester matarlos.»—El alcalde hizo con su cabeza un signo inefable de afirmacion: la señora Teodora, hasta entonces callada, limpiándose una gruesa lágrima que cayó en su delantal, prorumpió con toda la extension de su gangoso acento en una interjecion de anatema; y el ya adulto huérfano, que habia parecido extraño á aquella sublime escena, y no estaba sino absorto de ver tan inopinadamente exaltada la evangélica mansedumbre de su tio, pega un golpe repentino en la rodilla con su sombrerillo redondo, aprieta los puños en guisa de amenaza, y exclama con un énfasis indefinible de entusiasmo y de cólera: «tio, dice V. bien, es me»nester matarlos, hacerlos añicos...»

Cuarenta dias despues salian armados con fusil y canana por los egidos de este lugar, todos los mancebos que en él habian tenido su cuna.—Distinguíase entre ellos por su ingénita marcialidad y su traje, que parecia pedir licencia á los sastres de la aldea para llegar á ser el de un señorito de capital de provincia, un jóven de agradable fisonomía, en cuyo brazo se apoyaba, dando visibles muestras de dolor, un anciano sacerdote, y en cuyos ojos claramente se veian señales de haber llorado.—Era el sobrino del cura, que respondiendo á la voz de su patria, iba á coger laureles en los campos de Bailen.... ¡Bailen!! nombre tres veces santo, que pronunciaba desde su sólio, como un canto de victoria, el eterno defensor de los buenos, y el padre comun de los oprimidos.... Pero

no estoy escribiendo una epopeya, sino la historia de un veterano.

Escusado me parece decir que el escolar recluta se batió con bizarría en aquella memorable jornada, porque en ella hubo todo, menos cobardes:—lejos de eso, mereció particulares atenciones de sus gefes inmediatos, que no solo le anunciaron desde luego rápidos adelantos en su comenzada carrera, sino que para justificar inmediatamente sus pronósticos, le dieron sobre el campo de batalla la *vara* de cabo segundo.—Y hé aquí dentro de breve tiempo al sobrino del cura trocando su modesta chaquetilla negra por la casaca de dos colores, su *chapeo de la tierra*, por la *gorra de chimenea*, y en vez del báculo pastoral que su tio le predestinaba, ostentando con toda la inocente vanidad del recluta su *chafarote* de granadero y su cigarro de *hombre crudo*; tan dispuesto á llevarse por delante *los ojos de una morena*, como las barbas de un *perro gabacho*.—Al cabo de un mes de servicio estaba ya tan enterado en las *mecánicas*, tan diestro en el manejo de su *chopo*, tan estimado por su exactitud, y tan celebrado por sus inofensivos chistes, que no habia cabo de su regimiento, que no quisiera *echárselo por su camarada*, ni camorra en que no terciase con éxito para *poner en paz á la gente*, ni cantinera que no le guardara lo mejor de sus repuestos.—Siempre alegre, siempre animoso, en la fortuna próspera y en la adversa eran verdaderamente ejemplares su paciencia y su alegría.—Cuentan, sin embargo, que despues de leer alguna que otra carta, que de higos á brevas recibia de su hogar adoptivo, anublaba su frente alguna que otra sombra de tristeza; pero se le veia volver de pronto, y cerrando su carta con calma, decir con humos de escéptico: «¡Pobre Dolorillas! »Dios te provea.» El pobre recluta habia amado, amaba quizás todavía; pero este amor estaba en suspenso, porque necesitaba de todo su corazon para odiar á los franceses....

Nos hemos detenido con complacencia en describir estos detalles, que tenemos (con perdon del lector), por característicos del hombre de las yescas y de la caña de pescar, porque esta pintura de entonces es bello bosquejo del triste cuadro de ahora, y queremos, apurando la hiel del segundo, y gozando en las imágenes del primero, ensayar un canto de gratitud en medio de nuestros dias de miserias.

Si el biógrafo simple ó el simple biógrafo, pudiera impunemente invadir el terreno del historiador, yo os contaria ahora todos los encuentros y batallas, retiradas y escaramuzas, marchas y contramarchas, en cuyo vario suceso fue ascendiendo nuestro héroe de cabo á sargento, y de sargento á oficial; pero hay una peripecia en el drama de su vida, mas importante que el drama mismo, y que puede contárseos en dos palabras, diciéndoos, que de oficial pasó á marido de la linda lugareña su paisana, cuyas cartas frecuentes no le habian dejado olvidar una deuda de honor, que habia para con ella contraido antes de comenzar sus campañas, y que se apresuró á satisfacer cuando arrojados ya los enemigos de su patria del lado allá de los Pirineos, sintió su brazo inerme y su corazon sin odio.—Prematuro fruto de su amor habia sido una preciosa niña, que creciendo en belleza y en virtudes durante su ausencia, tenia ya bastante edad cuando la boda de sus padres, para ver claro el remiendo que se echaba al honor destrozado de su madre vindicada.—Ligado ya con tan dulces vínculos, mil veces estuvo á punto de pedir su retiro aquel soldado de la Independencia y de la monarquía, creyendo que para nada necesitaba ya su brazo la España constitucional; pero el recuerdo de sus recientes hábitos, *el amor al servicio*, que no le habia pagado mal sus nobles afanes, y la esperanza tal vez de su futuro medro, lo arrastraron de nuevo á aquellas filas, que *Fernando el Deseado* habia visto combatir por su libertad desde las ventanas de Valencey, y que poco despues estuvo á pique de saludar con el nombre de *traidoras* porque habian jurado *aquella cosa*, que por lo visto no era muy del agrado de S. M.

Seis años pasó nuestro veterano en la sedentaria ocupacion de guarnecer las plazas que habian presenciado en otro tiempo su bizarría, sin otro pasto á la doble actividad de su cuerpo y su espíritu, mas que instruir reclutas por el dia y contar batallas por la noche.—Esta inaccion tormentosa para él, junta con el temor de estancar su carrera en el estrecho círculo de un pobre alferez, lo decidió á solicitar bandera para embarcarse á América en busca de trancazos y de ascensos que constituyesen el futuro patrimonio de su hija, ya entonces huérfana de madre.—Pero desgraciadamente su ejército expedicionario dió en decir, que no se le antojaba surcar *el pérfido elemento*, y se decidió por meterse á restaurador de *las libertades patrias*.—El pobre alferez dió tambien en decir, á su vez, que aquello era una insurreccion, un negocio que no estaba arreglado á la ordenanza, y yo no sé cuántas cosas mas.... En fin; le dieron su licencia absoluta, y lo condenaron á morirse de hambre en nombre de la libertad, y lo que es mas chistoso de la disciplina.

Cuando tornado á su lugar, se oyó llamar *servil* en los brazos mismos de su hija, apenas comprendió la significacion de una palabra, que no habia oido en Bailen, ni en Arapiles, ni en Zaragoza, ni en la Albuera, ni en ninguno de los hospitales donde habia pasado dias de dolor y noches de insómnio.—Chocábale no menos que se llamase *pueblo* aquella coleccion de individualidades, que él habia designado siempre con el pacífico epíteto de *paisanos*, y de ningun modo alcanzaba á explicarse cómo podia pasar á su lado sin saludarlo siquiera el alcalde de su pueblo, ni mucho menos podia comprender por qué vestian uniforme y se juntaban á manera de soldados, aquellos buenos de sus vecinos, á quienes nadie habia tomado la filiacion, y que ni recibian prest, ni vestuario, ni comian rancho, ni oian leer las leyes penales, ni etc., etc., etc. Reíase el pobre hombre, como lo hubiera yo tambien hecho en su caso, de ver aquellos arranques de soldado y paradas de tonto, que sus compatricios tenian en aquellas evoluciones, que, á manera de academias escolásticas dominicales, ensayaban los dias de fiesta en las plazas y en los egidos, si bien no podia mirar tan pacientemente las patrióticas borracheras, con que á fuer de *liberales netos remojaban la primera guardia* que hacian para no *guardar* maldita de Dios la cosa, y que ordinariamente acababan por ir á cantar á la puerta del *pícaro servil* aquel melodioso y filantrópico trágala, hijo natural del *Zurriago*, y primo hermano de las arengas y los motines.

Natural era que el soldado de la Independencia desease con todo su corazon el término de aquella barahunda, que ni comer, ni dormir le dejaba con descanso; y lo que aun era para él mas tormentoso, ni contar el ingénuo relato de aquellos grandes hechos, que producian y eran á su vez producidos por el código de Alcalá Galiano y de Argüelles, pero cuya memoria debia estar sin duda muy gastada á la reaparicion del código de Argüelles y de Alcalá Galiano.—Afortunadamente para el vizconde de Chateaubriand, y desgraciadamente para nuestros tribunos de café y nuestros periodistas de bohardilla, se encargó Fernando el Deseado de decir que todo habia sido broma, y que aquello de *marchemos por la senda* no se entendia con su real magestad; y volvió á nuestro Retirado aquella paz sabrosa, que en el oscuro hogar de su pobre casa debia ser ya el único reposo de sus fatigas y el único precio tambien de sus victorias.—Pero estaba decidido que la suerte habia de maltratarlo, y hé aqui que sus buenos paisa-

nos de la noche á la mañana se truecan de *voluntarios nacionales* en *voluntarios realistas*; y conforme les habia de dar la borrachera por no acordarse para nada del Retirado, les da por ir á su casa, cogerlo en andas y volandas y magullarle los huesos de puro entusiasmo en nombre de la religion y del trono.— Estas fatales simpatías lo designaron desde luego por capitan de una compañía de la nueva milicia farsante; y él, que no toleraba farsa en asunto de milicia, cometió la imprudencia de decir que *aquello era tan barullo como lo otro, y que redondamente* no le daba la gana de conducir á la victoria (es decir, á la taberna) á aquella guardia pretoriana del *amigo Tadeo*. No era menester mas para hacerse reo del epíteto de *negro*, y para que en lugar del *trágala* oyese zumbar á su alrededor constantemente aquella *pitita*, sublime parto del ingenio musical, cuyas notas cadenciosas pasaban ahora por las mismas gargantas y casi, casi con el mismo tono del susodicho *trá ala*. Pero como el reinado de este no duró mas que tres años, no tuvo lugar para gastarse, y así lo mortificó hasta la segunda venida de nuestros caros aliados; y como esta venida era para el soldado de la Independencia una infamia como otra cualquiera, y una invasion, que tenia con la pasada un parentesco, lo menos de afinidad, estuvo á punto de bendecir el trágala que le cantaban *los españoles*, y maldijo con todos los votos é interjeciones, que habia ya casi olvidado, la *pitita*, que se cantaba á la sombra y bajo la proteccion de los franceses, gefes por otra parte de la civilizacion europea, segun su modestísimo lenguaje.— Pero los franceses se fueron, y los españoles, que no se fueron, creyeron que era mas oportuno ahorcar que cantar, y la *pitita* fué hundiéndose poco á poco en el insondable abismo del tiempo.—Los realistas descansaron en el seno tutelar del altar y del trono, dejando á los dos el piadoso encargo de *limpiar á la monarquía de pícaros revoltosos* y de jacobinos herejotes.—Entonces nuestro Retirado libre ya de canciones, de soldados de papel, y de acriminaciones diversas pudo organizar el plan de su vida, que siguió constantemente, y que verdaderamente constituye en toda su subsistencia y accidentes el personaje de la caña y de las yescas.

Empezó por meter á su hija en un convento, fiel á la extraña vocacion, que habia visto despertarse en ella, y contento tambien hasta cierto punto por librarse de los cuidados, que en un padre celoso y bien nacido produce la vigilancia de una hija linda y moza, huérfana de madre.—Como este acontecimiento le robaba todo el auditorio de aquellas relaciones que formaban su encanto, y cuyo asunto identificado con su vida conservaba íntegros sus hábitos militares, pensó en procurarse un círculo de curiosos, que le prestasen atencion y avivasen sus recuerdos.—Ninguno se le ofreció tan halagüeño y verdaderamente simpático como la pequeña tertulia cuotidiana de la única botica de su lugar, cuyo regente á la circunstancia doble de boticario, y de único, juntaba un humor alegrete, y un genio arriscadillo y picante— habia sido practicante de cirujía en la campaña de la Independencia, y ya conocerá el lector que semejante título era una gran recomendacion para el pobre Alferez Retirado.—Proveyóse este para la asistencia de su estrecho cuarto y mesa escasa de una cantinera de aquellos mismos tiempos, la cual, *moza de rumbo* cuando Dios queria, habia llegado á ser vieja, prueba fatal é inevitable del femenil orgullo, que tiene para mí ahora la ventaja de abonar desde luego la castidad de nuestro héroe.—Pero como esta compañera de sus glorias y fatigas no extendia sus funciones mas allá del umbral doméstico, quedó bajo el dominio del Retirado la compra de sus frugales alimentos, que, cenacho en brazo, y embozado en su capa heredada por derecho de abolengo, iba á rebuscar todas las mañanas en el mercado, no sin haber oido antes su misa de alba, evidente prueba en nuestro juicio de que por él no habia entrado un solo resquicio de luz de ninguna de esas luces que los hijos de los españoles de 1808 comenzamos á difundir en 1820.—Una visita á su hija la monja, su comida á las doce en punto, un paseo solitario por los olivares de su pueblo, su rosario vespertino, y su tertulia nocturna hasta la nueve ó diez de la noche en que se retiraba á descansar... hé aquí el cuadro completo de la vida del Retirado, tal como era, tal como se complacia él de que fuese, cuando lo conocimos por vez primera pescando y echando sus yescas.—Vida uniforme, metódica y tranquila, que solo turba mensualmente el aciago dia en que yendo á la capital de su provincia á recoger alguna paga, tropieza con un escribiente que le da en los hocicos con la puerta de su oficina, ó topa luciendo galones y acaso fajas de general á alguno de sus antiguos camaradas, que mas feliz ó menos honrado que el triste alferez, ha comprendido cuánto vale emanciparse á tiempo de una disciplina asaz rutinaria y monótona, ó esgrimir la vencedora espada en uno de estos arranques de heroismo y ensayos de grandeza que nos han traido las respectivas muertes y resurrecciones del Código de Argüelles y Alcalá Galiano, conocidos con el nombre de *pronunciamientos*.

APÉNDICE Á ESTA NOVELA HISTÓRICA.

Pasaba yo un dia del año de 1840 junto á una casa de humilde apariencia, sita en un barrio oscuro del primer pueblo que al lector venga en mientes.—Al llegar á la puerta, ví bajar dificilmente por una estrecha escalera dos hombres, que parecian dependientes del hospital de Caridad, conduciendo un mugriento y desentablillado ataud, el cual nadie creeria ciertamente que llevaba en su hueco el cadáver de un hombre y los restos de un cristiano.— Mientras veia yo alejarse tan triste espectáculo sin mas accesorios ni otro cortejo, que los que llevo dichos, oí lamentarse con el mas profundo acento de desesperacion dentro de la casa mortuoria á dos mujeres.—Por un movimiento involuntario de compasion mezclada con algo de filosófica curiosidad, subí yo á mi vez por la escalerilla que acababa de dar paso al féretro; y llegado que hube á un cuartucho desmantelado y sombrío, hallé abrazadas á una vieja casi llena de harapos y á una jóven miserablemente vestida, que eran las que formaban el fúnebre concierto de gritos y esclamaciones que me habian llamado la atencion.—Trabajo me costó hacer que llegase á fijar la suya en mi la jóven doliente para que recibiese el escaso don, que yo podia hacer á la mendicidad y al infortunio.—«¡Gracias, señor, me dijo la infeliz recibiendo sonrojada mis auxilios: al menos podré consagrar un piadoso sufragio al eterno reposo de un viejo desgraciado, que baja al sepulcro sin mas compañia que sus cicatrices ganadas en el campo del honor, y las lágrimas de una esposa de Jesucristo, que de la miseria de su clausura ha venido á compartir la miseria del lecho funeral, que una patria ingrata ha reservado á mi desgraciado padre!»—Consolé, como pude, á esta pobre huérfana que Dios eligió por suya, y á quien el progreso de nuestras luces habia robado el escaso sustento, que la mantenia en su retiro.—Salí de allí: salí llorando.

GAVINO TEJADO.

FIN.

INDICE

DE LAS MATERIAS QUE CONTIENE ESTA OBRA.


Biblioteca Episcopal de Barcelona
13030000000770

